



The Library
of the
UNIVERSITATIS WISCONSINENSIS SIGILLUM
NUMEN LUMEN
University of Wisconsin



LA CIENCIA CRISTIANA

LA

CIENCIA CRISTIANA

REVISTA QUINCENAL

VOLÚMEN I

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

1877

En medio de la gran variedad de sucesos políticos y sociales que se ofrecen diariamente á la vista, y de las teorías, proyectos é ilusiones que con ellos nacen y mueren, pasando todo con rapidez vertiginosa, no sin consumir estérilmente la noble actividad del hombre, razon es que nos paremos todos á meditar sobre los altos objetos cuyo valor no se mide ni regula por los intereses y opiniones mudables del dia, sino por la norma inmutable de las verdades eternas, por las ideas que nuestra razon, ilustrada con lumbre divina, puede concebir, y realmente ha concebido en los mejores tiempos de la historia del espíritu humano, acerca de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. Estas sublimes razones y conceptos son, por otra parte, la clave invisible que esplica muchas de las cosas que vemos. Conviene, decimos, meditar sobre los verdaderos bienes del hombre y de la sociedad, sobre el profundo sentido que tienen á los ojos del filósofo los hechos mismos esternos y visibles de la naturaleza, sobre las leyes á que están sujetas las obras humanas, y en suma, sobre todas las grandes verdades y problemas que mas íntima y necesariamente nos tocan, de cuyo esclarecimiento y solucion penden en

gran parte el progreso intelectual, moral y material de los hombres en la vida presente, y la felicidad que esperan conseguir mas allá del sepulcro.

Bien sabemos que la verdadera luz que todo lo esclarece, iluminando á la vez interiormente los entendimientos para que vean las cosas como ellas son en sí, es la fe católica, principio de justicia y dicha verdadera; pero tambien es cierto, que la meditacion, el estudio y la ciencia en todas sus formas y aplicaciones, disponen admirablemente los ánimos para dejarse penetrar de esta divina luz, confirman con todo linaje de argumentos la verdad religiosa, desvanecen las objeciones y sofismas de los incrédulos, y glorificándola con los discursos de la razon, con las investigaciones del genio, con los resultados de la crítica, con el esplendor de las letras y artes bellas, contribuyen sobremanera á asegurar y dilatar su imperio sobrenatural y divino.

¿Seremos nosotros tan felices que nos sea dado escitar en nuestra patria, por medio de la presente Revista, el amor de tales meditaciones y estudios, y promover de esta suerte los altos intereses, si nos es lícito hablar así, de la religion y de la verdadera ciencia, los cuales son en cierto modo comunes, y piden ser defendidos juntamente contra la moderna barbarie? A lo menos este es el deseo de que nos sentimos animados, esta la esperanza que nos alienta, y el propósito que hemos formado, no sin consultar antes con personas graves, de mucha y veneranda autoridad, á quienes parece, no solamente útil, sino en cierto modo hasta necesaria una publicacion de esta especie.

De todas partes llegan á nuestras manos revistas científico-católicas muy escelentes: Roma, Nápoles, Dublin, Lyon, Lóndres, Viena, Lovaina, Munich, están dando sus nombres esclarecidos á las mas famosas revistas europeas. Tambien España, áun en medio de sus mayores desdichas,

ha hecho en este ramo laudables ensayos; aunque desgraciadamente, salva alguna que otra escepcion, ninguno de ellos ha pasado á obra formal y duradera, á verdadera institucion doctrinal. Nosotros, pues, para prevenir esa misma suerte, empezamos pidiendo auxilio y proteccion á todos los que sientan con nosotros las necesidades del tiempo presente, y quieran eficazmente su remedio. Por nuestra parte, aspiramos á obtener el favor de nuestros lectores con la virtud intrínseca de los escritos, con el trabajo esquisito de la redaccion, con la autoridad de sus autores, con la inmaculada pureza de sus doctrinas, y con el buen uso de nuestra hermosa lengua castellana.

Para la distribucion y órden de las materias tendremos siempre delante de los ojos las principales revistas del orbe católico, singularmente las que en su misma capital instituyó al volver del destierro el inmortal Pio IX, *La Cività cattolica*, obra grande, aprobada por el mismo Pontífice, y encomendada para siempre á la insigne Compañía de Jesus, que desde un principio la ha dirigido y redactado. Esos serán los modelos á que procuraremos acercarnos en lo posible: su espíritu será el nuestro, su fin idéntico; y no dudamos que con celo y perseverancia de nuestra parte, y benevolencia y auxilio de los demás, han de ser coronados nuestros modestos trabajos con los mismos frutos y bendiciones.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

LOS PUNTOS NEGROS

DE

LA CIENCIA MODERNA

LECCIONES PRONUNCIADAS ANTE LA JUVENTUD CATÓLICA

DE MADRID

INTRODUCCION

Señores: Despues de los años trascurridos desde que por vez primera me dispensásteis el honor de escuchar, con harta benevolencia por cierto, las modestas lecciones que pronuncié en esta Academia sobre los caractéres comunes á todas las escuelas heterodoxas, me presento de nuevo ante vosotros, movido del deseo de corresponder á la distincion de que soy objeto, no sin justo temor y desconfianza; porque las fuerzas, siempre débiles en mí, y desiguales para este género de empresas, con los años se van disminuyendo cada vez más, hasta que desfallezcan del todo, y dejen de parecer en este mundo. Bien es verdad que, en cambio, las antiguas convicciones perseveran firmes en el ánimo: el estudio, la meditacion, y hasta la misma esperiencia, han venido á hacerlas mas fuertes y profundas; por cuya razon, ya que no podais oir de mis lábios aquella palabra viva y animada que salia de ellos en



otro tiempo, ni ser ilustrados por mí con los esplendores de una ciencia que nunca tuve, ni espero ya poseer, estensa, variada, rica en doctrina y erudicion, por lo menos oireis la espresion de ciertos principios fijos é invariables, de ciertas razones fundamentales y fecundas, á que se reduce mi escaso patrimonio intelectual, adquirido durante largos años con el modesto trabajo consagrado al conocimiento de las fuentes que contienen los tesoros del saber con una integridad, riqueza y perfeccion, que exceden inmensamente á mis cortos talentos.

En mi anhelo por el triunfo de la ciencia cristiana en la inteligencia de los jóvenes, á quienes siempre he mirado con especial predileccion, háseme ocurrido muchas veces la idea de escribir una especie de *Itinerarium mentis* que les guiase con seguridad en sus estudios, señalándoles los puntos más luminosos del verdadero saber, y los escollos donde peligra y donde tantas veces ¡ay! naufragan el candor y la pureza de su fe: bello pensamiento ciertamente, al menos á mis ojos, pero de ejecucion imposible· para mí, que sobre saber harto poco para ponerlo por obra, me he sentido siempre oprimido de tareas que si ya no hubieran sido graves de suyo, habríalas hecho pesadas la debilidad de mis fuerzas intelectuales y físicas. Pero ¿no pudiera suplir de alguna manera ese vacío que hoy se nota en nuestra literatura, un ensayo sobre los resultados más importantes y trascendentales del pensamiento moderno en las diversas esferas de su actividad, conviene á saber, en las ciencias, así teóricas como prácticas, que forman parte del árbol enciclopédico cultivado en los tiempos modernos, en cuyos frutos, deleitables á los ojos del orgullo y de la concupiscencia, están saciando en nuestros dias los hijos de Adan la sed maldita que les atormenta de placeres é independencia? Figúraseme, señores, que esta idea os ha de agradar, y mucho más si con ella concebís la es-

peranza de verla convertirse en la série de lecciones que me habeis invitado á dar en este recinto, delante de vosotros, á quienes saludo como á preciada flor de la juventud madrileña. No seré yo en verdad quien rehuse cumplir el deseo que hayan podido excitar en vosotros mis palabras; y así comenzaré al punto, sin más preámbulos ni digresiones, la ejecucion de ese intento.

Tres revoluciones, señores, han mudado por completo fuera de las escuelas católicas el curso de las ideas que forman la tradicion literaria y científica de la Europa cristiana: la revolucion religiosa del siglo XVI, á cuya cabeza anduvo principalmente Lutero; la revolucion filosófica del siglo XVII, producida por la funesta tentativa de Descartes; y por último, la revolucion política del siglo XVIII, cuyo primer apóstol fué J. J. Rousseau, el filósofo de Ginebra. El siglo en que vivimos, no ha producido ninguna revolucion verdaderamente original en ninguno de esos tres órdenes; pero en cambio es el heredero universal de esos tres siglos reprobados. ¡Aunque muchas, la mayor parte de las invenciones de aquellos tres pseudoreformadores, se han disipado por completo; pero su espíritu, es decir, el principio que dió orígen á las novedades religiosas, filosóficas y políticas que han trastornado el mundo, subsiste todavía, vive y ejercita su accion deletérea en todos los objetos á que se aplica la actividad humana, en la Teología, en la lógica, en la metafísica, en la moral, en las letras, en las artes, en las costumbres, en la política, en la sociedad. Todas las ciencias, así prácticas como especulativas, inclusas las ciencias naturales cultivadas fuera de la Iglesia y de sus instituciones docentes, quieren proceder de aquel principio: este es el único espíritu que invocan y glorifican sus doctores y maestros; espíritu y principio, segun los cuales la razon humana es el solo juez, y juez infalible, aunque tantas veces convicto

de vanidad y locura; el único criterio de la verdad, de la moralidad, de la belleza, del derecho, la única luz del mundo moral y civil, ó por mejor decir, la fuente única de luz y de vida entre los hombres.

Pues bien: yo creo firmemente que esa triple revolucion, idealmente contenida en la mente de sus apóstoles, hubo de concentrarse bajo una forma científica en la cabeza del fundador de las escuelas heterodoxas alemanas, del padre del racionalismo, del liberalismo y de la incredulidad de nuestros tiempos, de Manuel Kant, en una palabra, filósofo de Kœnisberg. En Kant, señores, el principio del protestantismo llegó hasta el deismo puro; la duda de Descartes, se convirtió en escepticismo desesperante; y la soberanía popular de Rousseau, en absoluta independencia de toda autoridad digna de este nombre.

Tocante al primero de estos tres puntos, si hemos de dar crédito á ciertas correspondencias confidenciales de Kant, el designio de este filósofo en la creacion de su filosofía subjetiva y autónoma, fué preparar la destruccion del Catolicismo, y aun de todo dogma y religion positiva. No ha faltado ciertamente quien nos hable de la religion y de la piedad del autor de la *Crítica de la razon pura:* no lo extrañeis; Kant pertenecia á aquella aristocracia de filósofos y publicistas conservadores, que estiman y respetan exteriormente con los labios la religion del pueblo, reservando para ellos y sus amigos el derecho de rehusarle todo asenso, y hasta el de insultarla..... cuando estan seguros de la impunidad. ¿Por ventura no son de Kant las palabras con que decia que «cuando se contempla la horrible historia del Cristianismo, podría parecer justa la esclamacion : *Tantum religio potuit suadere malorum?*» [1]

[1] Refiérelas el Conde AVOGADRO, en su obra *Del socialismo*, part. X, sec. X. cap. I.



Repitámoslo: Kant protestaba de su respeto á la Biblia (única autoridad de los protestantes), sobre todo cuando el Rey Federico Guillermo II le amenazó con su enojo, si abusaba de su filosofía hasta el punto de inducir al menosprecio de las *doctrinas fundamentales* del Cristianismo; áun llegó á decir que la Biblia era el fundamento de la religion pública, aunque solo le otorgara esta gracia con relacion á un espacio de tiempo indefinido, en cuyo término dejaba por consiguiente prever el reino absoluto de la razon pura hasta en las creencias populares: pero á vueltas de aquel respeto hipócrita, rechazó desde luego la revelacion divina y sobrenatural, y vivió sin Dios y sin ley ninguna divina, no tomando parte alguna en los deberes del culto, que miraba como una necesidad de las almas débiles. Bajo este concepto ¿qué otra diferencia hay entre Kant y Voltaire, ambos á dos *espíritus fuertes*, sino que el último, mas osado en la espresion, llamaba *infame* á nuestro adorable Redentor, y pretendia neciamente *aplastarlo*, mientras el otro se contentaba con reducir las enseñanzas del divino Maestro á los límites subjetivos de su razon independiente?

Uno de los expositores de Kant ha dicho de este filósofo, que empleó toda la sagacidad de su talento en demostrar la armonía de los doctrinas bíblicas con la razon [1]; hubiera debido añadir, que las doctrinas bíblicas sin la autoridad de la Iglesia, intérprete infalible de las sagradas letras, luego descienden hasta el nivel de la razon misma, trocándose de dogmas divinos en meras opiniones humanas, y desapareciendo sus misterios sublimes, su moral santísima, y con ellos todo el orden sobrenatural y revelado. La Biblia fuera de la Iglesia

---

[1] Willm, Histoire de la Philosophie allemande depuis Kant jusqu' a Hegel, introduction, pág. 48.



Hic liber est in quo quærit sua dogmata quisque,
Invenit et pariter dogmata quisque sua.

Este fué el término final á que tendia desde el principio la reforma protestante. «La razon autónoma, ha dicho uno de los primeros teólogos de nuestros dias, se hizo juez supremo del contenido de la Biblia, y por un modo sucesivo, á medida que reparaba en alguna verdad superior á sus fuerzas, la reducia á los términos de su comprension, haciendo descender á la Biblia hasta el humilde nivel de la razon, desapareciendo así todos los misterios. Habiéndole salido á su placer esta idea, que penetró, gracias al socinianismo, toda la masa protestante, despues de suprimir la Trinidad, la divinidad de Jesucristo, el pecado original, la encarnacion y la redencion, la razon autónoma, cada vez mas osada, la emprendió con todo lo demás del orden sobrenatural, con las pruebas de la revelacion divina, principalmente los milagros y las profecías, mirando los primeros como mitos ó fábulas que encierran cierta instruccion moral, ó algun concepto filosófico, y no viendo en las profecías sino previsiones naturales revestidas con el acento propio de la imaginacion exaltada. De esta suerte la Escritura se convirtió en una compilacion apreciable de documentos morales, con que la divina Providencia ha querido atender al progreso moral de los hombres [1].» Así, señores, vino á parar en racionalismo puro el protestantismo primitivo; así el espíritu de la protesta logró despojarse de la pesada balumba de doctrinas incoherentes que le envolvió en un principio, para mostrarse tal como era: no le demos pues segun esto el nombre de Lutero; su verdadero nombre en los tiempos

[1] Perrone, L'idea cristiana della chiesa distrutta nel protestantismo, cap. XX, pág. 481.

modernos es el que llevan los filósofos alemanes de quien ha recibido las últimas formas de la impiedad, y singularmente el nombre de Kant, maestro de todos ellos, fundador de sus escuelas disolventes, patriarca de la ciencia moderna totalmente emancipada de la fe.

En este filósofo encarnó además el libre exámen, que desde los tiempos de Descartes ha venido informando y dirigiendo las investigaciones filosóficas.

A Descartes, señores, le ha venido á suceder en definitiva lo mismo que á Lutero, que no ha quedado de él sino el espíritu que le dictó sus invenciones, podríamos decir sus fábulas, hoy generalmente abandonadas y proscritas; aquel espíritu que llegó á formar la esencia del método que empieza dudando de todas las cosas, y que solo se fija en el pensamiento de que nos da testimonio la conciencia. Porque si bien Descartes no quiso comprender en su duda las verdades reveladas, pero lo cierto es que, contra su intencion, que yo creo la expresó sinceramente, una vez proclamado el principio segun el cual nada debe ser tenido por verdadero conforme al dictámen de la razon, si no parece ante sus ojos con evidencia, ningun género de verdades puede eximirse de esta ley, y el racionalismo teológico es entonces inevitable. De todos modos siempre resultará que Descartes aspiró á deducir de su propio pensamiento las nociones de las demás cosas, estableciendo la filosofía sobre el yo, y allanando de esta suerte el camino de la autonomía absoluta de la razon, que solo busca la verdad en sí misma con independencia de toda luz divina y aun de toda evidencia objetiva.

Esto supuesto, ¿quién puede ignorar que el principio de esta filosofía es la raiz del criticismo de Kant, y áun de toda la ciencia moderna heterodoxa? [1] Porque real-

[1] «Descartes, han dicho muy bien los escritores del Diccionario francés de las ciencias filosóficas, no solo fué quien levantó la bandera de la libertad de exámen y



mente el profesor de Könisberg no hizo otra cosa sino proseguir en el análisis del pensamiento, abandonado por Descartes; por donde vino á concluir que el pensamiento mismo del hombre es el centro de todas las cosas, y á subordinarlas todas al pensamiento humano. Esto, señores, como facilmente comprendereis, fué sublevarse la filosofía contra el órden de la realidad y de la verdad, segun el cual es la ciencia un reflejo de la sabiduría divina en el espíritu humano, que no una creacion subjetiva del yo, constituido por Kant en principio único del conocimiento intelectual. Sobre este vano fundamento subjetivo, sobre esta orgullosa autonomía del espíritu humano, sobre esta loca presuncion que diviniza en cierto modo al yo, fundó Kant toda su crítica, es decir, toda su ciencia disolvente, de la cual hizo aplicaciones múltiples á la Religion, á la Moral, al Derecho, á la Etica, á la Política, y á todas las ciencias y disciplinas que reciben de la Metafísica sus últimas razones y principios. En todas ellas puso Kant el sello de su racionalismo crítico; en todas se ofrecen el pensamiento y la actividad humana como principios absolutos é ilegislables, por los cuales se mide y regula el mundo de la realidad y de la ciencia; sistema puramente subjetivo, continuado y perfeccionado por el célebre Fichte, en cuya teoría de la ciencia aparece el yo poniéndose á sí mismo, y poniendo ó creando todas las demás cosas. A tan profundo abismo de impiedad llegó la filosofía iniciada por Descartes, informada en Kant del espíritu de

---

fundó la filosofía moderna, emancipando el pensamiento humano, sino quien dió á esta ciencia el *carácter crítico* que, desenvolviéndose sucesivamente, debia preparar y producir la filosofía de Kant.» (*Dictionnaire des sciences philosoph.*, art. KANT.) «El padre de la filosofía critica, añade Julio Simon, creyó sin duda haber sepultado al Cartesianismo, pero lejos de conseguirlo, hizo perdurables sus destinos. *La crítica de la razon pura* germinó de la duda de Descartes. En nuestros mismos dias, ¿qué otra cosa es el atrevido vuelo del pensamiento germánico, que identifica absolutamente el ser con la idea, sino el desenvolvimiento, acaso temerario, del *Yo pienso, luego existo?» (Introduction aux œuvres de Descartes*, pág. 62.)

Lutero, y consumada en los delirios sacrílegos del filósofo á quien un consistorio protestante hubo de lanzar del cuerpo universitario por ateo [1]. «Reservado estaba al protestantismo, ha dicho un docto y venerable escritor, el crear una filosofía nueva, de la que ni siquiera vestigios nos ofrece la antigüedad; una filosofía todavía mas pagana que el antiguo paganismo, pues conduce directamente á la adoracion del hombre por sí propio. En las apoteosis gentílicas, el hombre se hacia adorar por sus semejantes, pero en la filosofía del yo no tiene que salir de sí para encontrarse con un Dios, y he aquí que dice henchido de soberbia: *Yo soy el que es*. Cierto, al principio protestante de la soberanía individual se debe atribuir la filosofía del yo..... El yo ha venido á ser el eje al rededor del cual gira toda la filosofía protestante. No todos los filósofos que han partido del yo, han seguido las mismas vias en la construccion de sus sistemas; pero todos, como arrebatados por una fuerza fatal, han llegado al mismo término [2].» Ya veremos, señores que el término á que se ha llegado, es el panteismo primero, y el positivismo despues; entre tanto reconozcamos en Kant el genio de las dos revoluciones que han corrompido en la vida moderna la fe y el pensamiento, trocando la hermosa lumbre de la revelacion y de la filosofía cristiana en hórridas tinieblas, donde de vez en cuando se ve relampaguear al angel que mora en ellas como príncipe soberano.

¿Fué tambien Kant el representante de la revolucion político-social predicada por el mayor de entre sus apóstoles, J. J. Rousseau, y puesta en ejecucion por la revolucion francesa?

Kant, dice Willm, amaba singularmente á Rousseau.

---

[1] Fichte fué profesor en la Universidad de Jena, de donde fue lanzado por haber sido reputadas sus doctrinas por ateas á juicio del consistorio protestante.

[2] Carta de Monseñor Rendu, Obispo de Annecy, al Rey de Prusia.

Refieren sus biógrafos, que habiendo leido por vez primera el *Emilio*, se quedó tan prendado de él, que por espacio de muchos dias, dedicó de nuevo á esta leccion hasta las horas de su paseo ordinario. El retrato de Rousseau era el único que adornaba su cuarto [1]. El traductor francés de sus obras, Mr. Tissot, nos dice en la vida de Kant que precede á la *Crítica de la razon pura*, que no solo fué gran filósofo, sino tambien gran *ciudadano*, pues se atrevió á decir y escribir en favor de la libertad, lo que muchos no se atreven acaso ni siquiera á pensar el dia de hoy. La revolucion francesa fué á sus ojos un ensayo para realizar el ideal que se habia formado del Estado, la experiencia destinada á comprobar una hipótesis en cuyo cumplimiento se cifraba la salud del mundo. Ya comprendereis que esta hipótesis es el contrato social del filósofo de Ginebra. El entusiasmo con que saludó la incredulidad á la revolucion francesa, lo esplicaba Kant por el sentimiento del derecho que el liberalismo atribuye á las naciones, de darse á sí propias las instituciones que juzguen mejores; y la mejor constitucion política de los pueblos, la única buena, era, en sentir de Kant, la república, conciliable segun Willm, expositor del filósofo aleman, con la Monarquía contenida dentro de justos límites, es decir, con el fantasma á que reducen los publicistas de esta escuela la Monarquía tradicional de los pueblos católicos. En suma, señores, así como fué Rousseau el apóstol de la revolucion, así fué Manuel Kant el filósofo de las escuelas revolucionarias, el autor de la sentencia de muerte dictada por la ciencia moderna contra la autoridad de orígen divino, contra la sociedad fundada en el derecho antiguo, contra la ciudad de Dios que conocieron nuestros padres, y que todavía subsiste entre nosotros en forma de fragmentos aislados, de

---

[1] Willm., Philosoph. de Kant, t. I, ap. á la pág. 81.

piedras vivas, esparcidas aquí y allí, que acaso algun dia vereis vosotros ó verán vuestros hijos unidas en el edificio social que esperamos construya de nuevo la diestra del Señor, que está siempre con la Iglesia.

Hay, sin embargo, una diferencia capital entre Kant y Rousseau. Este último prescindió absolutamente de Dios en la constitucion de la autoridad civil, poniéndola esclusivamente en la voluntad del hombre, ó digamos, en el pueblo soberano; pero al menos, como filósofo, reconocia la existencia de Dios, y en momentos lúcidos hasta confesó con elocuencia la divinidad de Jesucristo. ¿Puede decirse otro tanto del filósofo de Könisberg? Oid, señores, sus propias palabras: «Un hombre que ora, si por ventura no se contenta con espresar en la oracion simples deseos, sino además pretende hablar con Dios, bien deja sospechar que delira, pues sea como quiera, está persuadido de la presencia de Dios, cuando ni siquiera puede asegurar con plena certeza que existe.» [1] Ambos filósofos aspiraron, pues, á fundar la ciudad terrena, la autoridad y el órden de la justicia con la sola fuerza de la voluntad humana, usando de medios agenos del órden religioso y moral, y para fines contenidos en la triste felicidad de los mundanos; pero miéntras Rousseau edificaba sobre la arena movediza de los intereses y de las pasiones, Kant trazaba idealmente la línea de las futuras construcciones sobre las ruinas en que se tornan en su crítica la oracion y la fé.

Creo, señores, haber confirmado mi tésis: las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos, el protestantismo, la filosofía independiente del yo, y la revolucion propiamente dicha, han hallado en el pensamiento de Kant su mas perfecta espresion, su verbo esencial, el espíritu

---

[1] KANT, *La Religion en los límites de la razon*, citada por KLEUTGEN en su *Defensa de la filosofía antigua* (traduccion italiana), trat. 4. cap. IV.



que las informa. En las obras de este filósofo, el protestantismo se tornó en racionalismo, la filosofía se convirtió en protesta contra la fe, y la política en máquina de guerra contra el órden verdaderamente cristiano. ¿Quereis ahora saber cuál es el pecado capital de donde proceden esas tres revoluciones abominables, esas tres manifestaciones subversivas del pensamiento moderno, representado en Kant? ¡Ah, señores! ese pecado, bien lo sabeis, es tan antiguo como el hombre; por él entró la muerte en el mundo, no solo la que separa al cuerpo del alma, sino al alma de Dios, que es todo luz y verdad, sin el cual las ciencias son vanas y falaces, delirios funestos engendrados de la soberbia.

Juzgad ahora, señores, por estas simples indicaciones, qué tan grande será el estrago que en todas las ramas del saber ha causado el principio de rebelion antiteista elaborado por Kant en su crítica, é inoculado en todas ellas por su propia mano con incansable perseverancia; y qué tales serán los frutos que penden de tales ramas, por donde no circula ya ni una sola gota de sávia divina. Y aquí teneis de nuevo, bajo la forma de esta imágen, el tema de mis futuras lecciones. Porque si, como os decia en el principio, conviene esponer los resultados del pensamiento moderno, condensado, si es lícito decirlo así, ó al menos virtualmente contenido en las doctrinas de Kant, nada mas adecuado para este intento que un estudio acerca del estraño maestro de las sentencias que el siglo de las luces repite á cada paso, como otros tantos oráculos, para resolver las cuestiones, así especulativas como prácticas, de la ciencia contemporánea. El objeto de mi primera leccion, despues de la presente, será poner de manifiesto el vicio capital de la filosofía de Kant, quedando para lecciones ulteriores el señalar los otros errores ó puntos negros que oscurecen la Psicología, la Moral, el Derecho,

la Religion, la Estética y la Política, cultivadas generalmente fuera de las escuelas católicas segun la mente y el espíritu del padre de la moderna libertad. Hoy que el Kantismo se muestra en España en su propia forma, vertido del aleman ó del francés á la lengua de Fray Luis de Leon [1], convertida ya en estraña algaravía por los discípulos de Krause, bueno será penetrar con la misma luz que alumbró al poeta italiano en

Questa selva selvaggia ed aspra e forte,
Che nel pensier rinnova la paura.

JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

---

[1] He aquí las obras de Kant, recientemente publicadas en España:

Principios metafísicos del derecho, traduccion de Gabino Lizárraga. Madrid, 1873.

Crítica del juicio, obra traducida por A. García Moreno y Juan Ruvira.—2 tomos. Madrid, 1876.

Crítica de la razon práctica, vertida al castellano por A. García Moreno.—1 tomo. Madrid, 1876.

Metafísica de Kant. Lecciones publicadas en aleman por M. Poelitz. Traducidas al francés por J. Tissot. Version española de Juan Uña. 1 volumen en 8.° Madrid, 1876.

Crítica de la razon pura, de Manuel Kant, traducida del aleman por D. José del Perojo —Con la biografía de Kant, exposicion esplicativa de los antecedentes del sistema crítico, por Kuno Fischer, y la Historia de la filosofía kantiana por el traductor, 24 rs. en toda España.

Está terminándose la impresion y se publicará muy en breve. Inmediatamente la seguirán la *Crítica de la razon práctica* y la del *juicio*.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

ARTICULO I

INTRODUCCION

La historia del mundo tiene su centro en la persona sagrada de Nuestro Señor Jesucristo. Imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda criatura, en quien fueron criadas todas las que hay en el cielo y en la tierra, al juntar en sí la naturaleza divina y la humana, quiso reconciliar por él á sí mismo las cosas visibles y las invisibles, pacificando por la sangre de su cruz así lo que reside en la tierra como lo que está en el cielo [1], y enlazando con vínculo perdurable todas las edades, todas las generaciones y clases de los hombres. Su imperio soberano, que comenzó en el momento de ser constituido Redentor del linage humano, señorea majestuosamente los siglos; ni hay lugar por escondido que esté, ni criatura alguna, por vil y despreciable que parezca, á donde no se estienda la influencia de su virtud, el poder divino é incontrastable de su gracia. Él es el verdadero Príncipe de la paz, en quien

[1] Colos. I. 15. 16. 20.

se abrazan con lazo indisoluble la justicia y la misericordia, Rey inmortal de los siglos, principio y fin de todas las cosas, piedra angular fuera de la cual en vano se intentará levantar el edificio de la sociedad humana, pues no hay otro fundamento sino el que está puesto ya, ni á nadie mas que á Jesucristo fue concedido pronunciar palabras de vida eterna, destellos de la sabiduría infinita de Dios, que iluminan y fortalecen al hombre en las asperezas y oscuridades de la vida. El es el único camino por donde se llega á la cumbre de la perfecta felicidad y bienaventuranza; la única verdad que esclarece con sus benéficos rayos los entendimientos de los hombres, y sin la cual todo es tinieblas y confusion; la única vida que regala el corazon con suavísimos inefables deleites, y le aviva, y le recrea y esfuerza con la hermosa esperanza de una dicha completa é inmortal. El es el verdadero, el único Salvador del género humano.

Este oficio de Salvador y Redentor de los hombres no lo desempeñó solamente mientras duró su vida mortal, sino que aun antes de aparecer á la luz de este mundo, la eficacia de sus méritos futuros obraba en los que, segun los divinos designios, estaban predestinados á la vida eterna; y ahora que está en el lleno de su majestad y de su gloria, sentado á la diestra de Dios, persevera redimiendo, y salvando, y santificando á los hombres; y esta redencion y salvacion crece y se desenvuelve incesantemente, y así continuará hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, alcance su perfeccion y acabamiento, y la grey escogida de Cristo se reuna toda al amparo del Divino Pastor para reinar con él eternamente. Cristo era ayer, esclama San Pablo, es hoy, y será en los siglos [1].

Por esto, cuando al principio del mundo comenzaron

---

[1] Hebr. 13, 8.

los hombres á derramarse por la redondez de la tierra, lleváronse consigo la esperanza del futuro Libertador prometido á sus progenitores, y donde quiera que asentaban las tiendas movedizas, ó levantaban nueva ciudad, allí los acompañaba el recuerdo de la alegre promesa, siempre vivo y floreciente á vueltas de los infinitos azares de su existencia vagarosa. En la persona divina del Redentor del linaje humano, perdido por la culpa de Adan tuvieron fijos los ojos los pueblos del mundo antiguo; á él aludian en las ceremonias del culto; perpetuaban su recuerdo en historias y tradiciones; y los que con la conciencia de una vida pura eran santificados por su fe en él, pasaban gozosos de las tinieblas de la presente vida á los esplendores de la eterna bienaventurada.

La nacion judía, el pueblo de Israel, encargado de conservar las tradiciones primitivas, y de allanar el camino al Deseado de las naciones, le vió salir de su seno, rodeado no de la majestad é irresistible grandeza que fantaseaban los sensuales hebreos, sino vestido de humildad pura y sencilla, y brillando con el resplandor apacible de incomparable santidad é inocencia. El eco de sus dulcísimas palabras resonó en las quiebras de las montañas y en el tumulto de las ciudades. Las auras de los campos refrescaron su frente fatigada cuando corria afanoso por pueblos y villares, anunciando la Buena Nueva, la reconciliacion de los pecadores, la salvacion del mundo; y el suave olor de sus virtudes embalsamó con tan divina fragancia aquella atmósfera de Judea, que al cabo de mas de diez y ocho siglos parece cargada todavía con el aroma de santidad y pureza que esparcia por donde quiera su augusta presencia.

Con la venida del Mesías prometido quedó sellada para siempre la alianza entre los cielos y la tierra, entre Dios y el hombre. Un nuevo principio de vida sobrenatural, des-

prendido del cielo penetró en la masa general del linaje humano, avigorándola y trasformándola de manera, que la tierra que no producia sino espinos y malezas, comenzó á rendir frutos sazonados de santidad merecedores de vida gloriosa y perdurable. El Romano no puso ya la regla de la virtud en la fiel observancia de sus leyes y costumbres, ni el Griego en la policía exterior, en la elegancia y decorosa urbanidad de los modales, sino que levantando mas alto el pensamiento, buscáronla en la rectitud de la voluntad ajustada á la ley eterna de un Dios santo, próvido, infinitamente sábio, gobernador del mundo y Padre amoroso de los hombres. El bien del alma no consistió para ellos en la impasibilidad, ó exencion de pasiones y perturbaciones del ánimo, sino en la limpieza no manchada de los pensamientos, en la pureza de los afectos y deseos, y sobre todo, en los arreos sobrenaturales de la gracia, con los cuales santificado el hombre se hace hijo de Dios, hermano de Cristo, y coheredero suyo de perfectísima bienaventuranza. Guiados por enseñanzas infalibles pusieron la felicidad tal como puede lograrse en la presente vida, no en los placeres fugaces y engañadores de los sentidos, sino en la paz de un corazon sencillo, manso, humilde, compasivo con los menesterosos, sediento de la justicia y alegre en padecer por ella persecuciones é injurias. Siendo hijos de un mismo Padre que está en los cielos, considéronse todos iguales ante Dios, que reparte los tesoros de su bondad al rico y al pobre, al noble y al plebeyo, al siervo y al señor, al bárbaro y al civilizado; y redimidos por la sangre del Cordero inmaculado, estrecháronse con lazo apretadísimo que, traspasando los límites de la presente vida, se perpetúa y perfecciona en la eternidad.

La gracia de Cristo entrañada en los corazones de los hombres los fue poco á poco desaficionando de los bienes pasajeros de este mundo, y aficionándolos á los espirituales

y eternos. Las nobles matronas, que antes pasaban miserablemente la vida entregadas á toda suerte de liviandades, más que de las galas del cuerpo, cuidaron de hermosear sus almas con los adornos de la virtud y honestidad. En las frentes de los tiernos mancebos y de las débiles doncellas centelleó vivísima la luz de celestial pureza; pobláronse los yermos de varones santísimos que emularon en la tierra la inocencia de los ángeles; ingenios admirables se levantaron á defender con las armas de su milagrosa elocuencia la divina Religion; y mártires gloriosísimos triunfando del amor á la vida, de la debilidad y regalo del cuerpo y de la flaqueza femenil, fatigaron la crueldad de los Emperadores, y entre tormentos atrocísimos derramaron á millones su sangre y su vida por la fe, por la Religion, por el amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Así la virtud, que andaba despreciada y abatida, recobró el perdido honor; y el poder de Cristo, cual piedrecita bajada del monte, derrocó el ídolo de la humana soberbia, y lo despedazó y entregó al enfurecimiento de implacables enemigos; y sobre las ruinas del Imperio Romano, trasunto horrible de cuantas abominaciones, maldades é infamias puede concebir el depravado corazon del hombre, se levantaron otras naciones, que bañadas en las aguas santificadoras del bautismo, vivieron del espíritu de Cristo, y lo reflejaron en sus leyes, usos y costumbres y en todas las manifestaciones de su vida social. La gracia de Cristo que hasta entonces habia obrado en lo secreto de los corazones, desplegó á cielo abierto su energía y maravillosa fecundidad. Artes, ciencias, instituciones políticas y sociales, todo lo renovó, mejorándolo inmensamente, la eficacia de tan soberana virtud; y movido de su impulso divino, encumbróse el ingenio humano á regiones altísimas, desde donde alumbrado por luz inaccesible, descubrió verdades y perfecciones de hermosura ideal, que jamás hubiera po-

dido entrever, ni sospechar siquiera con solas sus fuerzas naturales.

De esta suerte levantó Nuestro Señor Jesucristo á la pobre humanidad que yacia en el lecho de la culpa, formando de toda ella un cuerpo bellísimo, cuyos miembros vivos son los que, habiendo recibido la cristiana religion, con fe viva y eficaz la conservan, templo santo donde se adora á Dios en espíritu y en verdad, trono glorioso donde reina el poder y la gracia de Jesucristo, reinado que durará mas que el mundo, y contra el cual no prevalecerán jamás las potestades del infierno.

Todas estas grandezas, toda esta universalidad y amontonamiento de bienes con que ha enriquecido al mundo nuestra sacrosanta Religion, proceden, como de su principio y orígen, de la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Su vida santísima, sus acciones y virtudes admirables, sus enseñanzas divinas, los contínuos ejemplos con que apoya su doctrina, cuando se leen contados con sublime é inimitable sencillez por los Evangelistas, y sobre todo cuando se ponderan en atenta callada meditacion, arrebatan el alma con santo entusiasmo, y la trasportan á un mundo nuevo, á una esfera divina, donde envuelto en la luz purísima que despide la persona adorable de Nuestro Salvador, siente uno como mejorarse en su espíritu, y cobrar fuerzas y aliento para seguir con fortaleza de ánimo inquebrantable el sendero de la virtud, que nos dejó franqueado tan soberano modelo. Pero en la vida de Jesucristo hay un período en cuya lectura descansa y se apacienta el alma con incomparable deleite, y que, descrito con minuciosa prolijidad en los santos Evangelios, es el punto culminante y la clave del edificio de nuestra divina Religion. Este período es el de su pasion y muerte dolorosísima. En él se obraron los misterios mas altos que han presenciado los hombres, ni presenciarán mientras dure el mundo.

Dando fin á su vida y maravillosa predicacion nuestro Rey y benditísimo Salvador, puso tambien remate á la obra á que habia venido á este mundo, reconciliando á los hombres con Dios, y mereciéndonos con la infinita satisfaccion y soberanía del sacrificio que hizo de sí mismo el perdon de nuestros pecados, y los socorros y auxilios de la gracia que necesitamos para servirle, y el premio de la bienaventuranza eterna de la gloria, obra divina, llena de misterios y prodigios estupendos, y que ya se considere la persona de Cristo que en ella principalmente interviene, ya los ejemplos de humildad y mansedumbre invencible que nos da, ya los tormentos atrocísimos que por nosotros padece, ya finalmente la porfía, el ciego furor, las trazas y dañados intentos de sus enemigos, cumpliendo misteriosamente los secretos designios de Dios, será perdurablemente la admiracion de los hombres y de los ángeles.

Todo en esta obra es asombroso y divinamente sublime; todo embarga el corazon del que lo contempla con infinito religioso estupor, mas hay un objeto en el cual se fija irresistiblemente el entendimiento, cada vez que pone en ella la atencion; un punto, un instante de tiempo que, resumiendo por maravillosa manera toda la vida de nuestro Redentor, viene á ser el centro de la Religion y de la historia del género humano. Aquel objeto es el árbol de la cruz, del cual pende el cuerpo sangriento y despedazado del Redentor del mundo; este momento es el de su muerte preciosísima en que, desasida el alma del cuerpo, tiene su acabado cumplimiento la obra de nuestra redencion.

Sobre la tierra maldecida por la ira de Dios que encendieron nuestros innumerables pecados, en medio del pueblo escogido para testigo de sus maravillas y misericordias infinitas, y no lejos de la ciudad de Jerusalén, antes sagrada, pero manchada ya con el crímen más espantoso que vieron los siglos, envuelta en sombras horribles y

misteriosas que cubren la faz de la tierra, se levanta la cruz salvadora de Cristo,

El madero soberano,
Iris de paz que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo [1].

Aquel es el asiento del amor infinito con que Dios ha amado eternamente á los hombres. Allí yace tendida, sujeta con unos clavos, toda molida y quebrantada por los tormentos la Sagrada Humanidad del Hijo de Dios, ofreciendo su vida en sacrificio por la salvacion y redencion de todos los hombres. El altar está en el Calvario; pero la sangre de la víctima inunda el universo. No hay virtud, ni excelencia, ni hermosura moral, ni ninguno de cuantos bienes ha derramado sobre el mundo la cristiana religion, que no procedan de este sacrosanto madero. Él es el punto más alto, la cumbre más elevada que domina todas las cumbres de los divinos misterios. A través de la negra oscuridad que le rodea, despide una ráfaga de luz que proyecta su hermosa y apacible claridad sobre toda la corriente de los siglos, así pasados como por venir, y colma de celestial regocijo los pechos de los mortales, haciendo brillar á sus ojos la prenda inestimable del amor y de la paz y amistad entre Dios y los hombres.

Al pié de la cruz nacimos; allí está nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion. Nuestras alegrías ó tristezas, nuestros gozos y gemidos, nuestras acciones, deseos y pensamientos, todo lo que forma la tela de nuestra vida, recibe su merecimiento y valor moral del precio de la sangre de Cristo, que corre caudalosa por este árbol de vida. Al contemplar á Jesucristo, Señor y Dios nuestro, en la cruz, los brazos abiertos, las manos encla-

---

[1] CALDERON DE LA BARCA, *La Exaltacion de la Cruz*, jorn. 2, esc. IX.

vadas, seca la boca y amarga con la hiel, todos los miembros descoyuntados y goteando con la sangre que destila de las heridas, desamparado de sus amigos, injuriado, maldecido y blasfemado de sus enemigos, al penetrar con el pensamiento en su benditísimo corazon, y al ver su profundo abatimiento, su paciencia, su mansedumbre, su resignacion y conformidad con la voluntad divina, y, sobre todo, el amor infinito con que se sacrifica por nosotros, no hay amargura que no se endulce, ni dificultad que no se venza, ni abnegacion que parezca áspera ó imposible, ni corazon, por rebelde que sea, que no se rinda y humille. En la cruz de Cristo, en este libro abierto á la enseñanza de todos los pueblos y naciones de la tierra, aprendemos la gloria de la humillacion, la corona del propio vencimiento, el tesoro de la honrada pobreza, la hermosura resplandeciente de la castidad, el mérito de la deshonra, y la divina transfiguracion del dolor. Aquí se aclaran los misterios y se resuelven todas las dificultades. Las tinieblas del Calvario alumbraron más que toda la luz fantástica de la ciencia y vana palabrería de los hombres. Por esto San Pablo, á pesar de su altísimo entendimiento, sobrenaturalmente iluminado con ilustraciones de cosas que ni el ojo vió, ni escuchó el oido, ni caben en corazon de hombre, decia á boca llena, que para él no habia más escuela que la del Calvario, ni más cátedra que la cruz, ni más ciencia, ni más filosofía que la que se aprende en Jesucristo crucificado [1].

En todos los instantes de su vida, desde que encarnó en el seno purísimo de la Vírgen Nuestra Señora hasta que murió en la cruz, cercado de ignominias y dolores, Dios estaba en él, como dice San Pablo [2], reconciliando el

[1] I Cor. 2, 2.
[2] II Cor. 5, 19.

mundo por medio del perfectísimo holocausto que ofrecia de sí mismo su Hijo unigénito, hecho Hostia viva por los pecados de los hombres. Mas este sacrificio soberano, y con él la obra de nuestra reconciliacion y salvacion, alcanzó su entero cumplimiento en el instante de su muerte. El postrer aliento, la última palpitacion del corazon de Nuestro Señor Jesucristo espirando en la cruz, fué el impulso divino que derribó el muro de bronce interpuesto entre la misericordia de Dios y los pecados del mundo, y que derramó sobre éste el raudal de gracias que han de vivificarle eternamente.

Al consumarse esta propiciacion y sacrificio, este abrazo divino entre los cielos y la tierra, entre Dios y los hombres, cuando oscilaba en el sagrado madero el cuerpo moribundo de Jesucristo, lívido, penetrado ya del frio de la muerte, y todo empapado en sangre, que le corria á hilos por todos sus miembros, cuando el sol desviaba con horror sus rayos por no alumbrar tan fiero espectáculo, y la tierra temblaba, y las piedras, con callado sentimiento, iban á saltar en pedazos, en aquel momento sublime, que tenia suspensa á toda la naturaleza, ¿qué pasaba dentro de la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo? Cuando daba en la cruz el último aliento de vida mortal, aquel soplo de vida que hacia palpitar de gozo á todo el humano linage, ¿qué sucedia en el interior de su cuerpo sacratísimo? En una palabra, ¿cuál fué la causa física, directa, inmediata, de la muerte de nuestro benditísimo Salvador? No plugo á la sabiduría de Dios declararla manifiestamente en las Sagradas Escrituras; y los escritores primitivos de la Iglesia, los Santos Padres, y aun los teólogos de todos los tiempos, aunque discurren largamente sobre la muerte del Redentor de los hombres, considerándola en sus causas y efectos morales, poco ó nada se detienen á investigar la causa física y natural de este acontecimiento,

el más grandioso que ha sucedido ni sucederá jamás, y el que debe principalmente ocupar el pensamiento y el corazon de todo cristiano.

El deseo de aclarar este punto nos pone la pluma en las manos. Por largo tiempo nos retrajeron de tal propósito la oscuridad, los peligros y dificultades de que veíamos rodeada la cuestion, y más que todo, la naturaleza de un asunto cuya inmensa grandeza y trascendencia más debiéramos adorar callando que escudriñar con el entendimiento, y menos declarar ó comentar con palabras. Mas el parecernos esta investigacion muy acomodada á encender y acrecentar la piedad de los fieles, y su misma novedad é interés, nos han decidido al fin á entrar por una senda que, aunque áspera y poco trillada, parece ha de conducirnos á campos de hermosas vistas, y grandiosos y deleitables horizontes. Hay además otra razon que nos empeña vivamente á llevar adelante nuestro intento. La condicion de los tiempos en que vivimos es tan triste, que no parece sino que Dios, cansado de nuestras maldades y pecados, va á desamparar la tierra, dejándonos á nuestras aventuras, y al encarnizamiento de nuestras fieras é indomables pasiones. Adonde quiera que volvamos los ojos, no vemos sino desolacion y ruinas. De todas partes llegan á los oidos amargos lamentos, ayes, gemidos, lágrimas y confusion. No hay nacion, ni pueblo, ni punto alguno de la tierra, que no llore sus duelos y desgracias. Cada dia trae su dolor, cada hora su quebranto. El polvo que se levanta del tropel de tantas calamidades, ciega los ojos de muchos, los cuales, aturdidos por el ruido y vocinglería mundanal, viven en perpétua ansiedad, hechos miserable juguete de todos los vientos de las opiniones, sin paz, sin órden, sin concierto, sin esperanza, sin luz. Los que caminamos á la de los preceptos y enseñanzas de Cristo, no olvidando que Dios es quien da la vida y la muerte, el que

humilla hasta lo profundo y nos saca y levanta de él, y que aun en los furores de su indignacion se acuerda de su misericordia, estamos firmísimamente persuadidos de que su santa creencia que acabó con los errores, con las supersticiones y maldades del mundo antiguo, es la única fuerza capaz de sacarnos del abismo de males en que nos vamos sumiendo; sabemos que en la persona divina de Nuestro Redentor está la fuente de todos los bienes de paz, de consuelo, de alegría, y de toda bienandanza para los individuos y para las naciones; creemos y confesamos que él es de tal manera nuestra salud, que no la hay en ningun otro; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos. En esta postrera edad y vejez del mundo, la bondad infinita de Dios se ha dignado descubrir á los hombres de una manera especial los tesoros de gracias divinas que se encierran en esta Santísima Humanidad, haciendo que su Sagrado Corazon, centro de su vida física y moral, sea honrado con particular culto como símbolo del amor encendidísimo en que se abrasa contínuamente por los hombres. En tan bella devocion ha querido la Divina Providencia vincular singulares gracias y favores, y avivar con muestra tan señalada de su misericordia la llama de caridad, que por la perversidad de los tiempos se iba amortiguando en los pechos de los hombres. Conforme á los intentos divinos, á medida que ha crecido la osadía de los malos, y sus persecuciones y triunfos aparentes, han ido en aumento el recurso y la devocion á este Corazon adorable. A él dirigen los buenos cristianos sus ardientes clamores; á él acuden como á manantial inagotable de santidad para apagar la sed de sus almas, y reparar las fuerzas perdidas en la dura contienda con sus enemigos; y fijos en él los ojos, perseveran luchando y peleando, confiados en que, por las entrañas de su no vencida misericordia, se

compadecerá al fin de nosotros, y nos librará de los males en que gemimos y de los mayores que nos amenazan. Este movimiento de las almas, efecto sin duda del Espíritu de Dios que gobierna la Iglesia, guiándola á su primer principio por el único camino que á él conduce, que es la Sagrada Persona de Cristo Nuestro Señor, ha despertado en los fieles el deseo de conocer más y más las grandezas del Divino Corazon. Las perfecciones inefables que en él resplandecen, sus excelencias y virtudes, son objeto de regalada contemplacion para sus redimidos. En todas las partes de la cristiandad se predican y celebran á porfía sus glorias y loores; contínuamente salen de las imprentas libros puestos al alcance de toda suerte de personas, y algunos de ellos escritos por ingenios esclarecidos, destinados á dar á conocer lo poco que al débil entendimiento del hombre es dado vislumbrar de sus excelencias. Y de todas estas voces innumerables, en cuyos sonidos se perciben los acentos de todas las naciones de la tierra, se forma una armonía divina, que resonando en todos los ámbitos del universo, crece, y sube, y traspasa los confines del mundo, y llega hasta los cielos, para confundirse con las bendiciones y cánticos de alabanza que entonan los bienaventurados en aquella region feliz, á la gloria, honor, virtud y ensalzamiento de la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. En tales circunstancias, cuando todos los corazones son arrastrados con vehemencia irresistible hácia el Corazon de nuestro benignísimo Salvador, ¿se perdonará nuestro atrevimiento al acercarnos respetuosamente á este mismo Corazon, para estudiar los postreros latidos que dió en la cruz en los últimos instantes que sustentó la vida de la Sagrada Humanidad? Esperamos que sí: y tanto más confiadamente lo esperamos, cuanto al estudiar estos últimos movimientos á la luz de las Santas Escrituras, de los dogmas de la Iglesia y de los dictáme-

nes de las ciencias médicas y fisiológicas, se nos ha ofrecido este Divino Corazon en toda su inconmensurable grandeza, y en la causa que hubo de cortar el hilo de su vida hemos visto cifrada toda la obra de la Redencion, y el compendio de sus venerables misterios. Esto es lo que á vuelta de muchas vacilaciones nos decide al fin á escribir el presente ensayo, que no es otra cosa lo que pretendemos bosquejar.

¡Quiera Dios guiar nuestra pluma, y encaminar nuestros intentos de suerte, que estas páginas, fruto de nuestro pobre, pero bien intencionado ingénio, cedan en honra y gloria de Aquel á cuyo santo nombre doblan humildemente la rodilla el cielo, la tierra y el infierno, autor y consumador de nuestra fe, única víctima, único mediador entre Dios y los hombres, y que hecho por los hombres sabiduría, justicia, santificacion y redencion, es para nosotros, como dice el Apóstol San Pablo, todo en todas las cosas [1].

MIGUEL MIR, S. J.

---

[1] Colos., 3. 11.

EXCURSION A NÁPOLES [1]

NÁPOLES 22 DE OCTUBRE.

Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.

Querido amigo: Salí ayer tarde de Roma, y en ocho horas me trasladé, como de un vuelo, á la antigua Neápolis. Confieso á V. que, aunque no me domina el entusiasmo por la antigüedad clásica, sobre esta tierra virgiliana, donde cada piedra me recuerda alguna fábula del génio latino, no he dejado de sentir cierto disgusto de no hacer el viaje por la via Appia, *longarum regina viarum*, como decia Stacio, pasando por las lagunas Pontinas y por el pintoresco golfo de Terracina para salir á la via Campaniense, que, á través del fecundo país donde Plinio colocaba el teatro de las rivalidades entre Céres y Baco, entre el trigo y la viña, conducia á los antiguos romanos á las deleitosas playas de la perezosa Parthénope. Hoy solo nos queda el recurso de la adivinacion para gozar del viaje de Roma á Nápoles, como se hacia en los tiempos de Horacio, cuando la aristocracia romana iba á pasar alegres temporadas de verano en Bayas y Púzzol, brillantes y poéticas playas napolitanas, á la sazon cubiertas de jardines y *villas* encantadoras. A la antigua *rheda*, tirada por mulas, que solo podia conducir á cinco personas, ha reemplazado la locomotora, que arrastra pueblos enteros, con

[1] Esta carta pertenece á la coleccion que sobre *La peregrinacion española en Italia*, va á publicar en breve el autor en un libro anunciado con este título.



velocidad que no conocieron los Cicerones ni Mecenas. De este modo he venido á Nápoles por un camino tambien poblado de notables recuerdos.

Al salir de la estacion, se divisan sobre la triste y solitaria campiña romana las rotas arcadas de los gigantescos acueductos del Imperio; ruinas augustas que recuerdan la soberbia de la Roma pagana. No puede V. figurarse qué aspecto tan imponente ofrecen al entrar la noche, cuando sus descarnados miembros se destacan sobre el cielo azul de Italia, formando como una legion de esqueletos acampados á las puertas de la Ciudad Eterna. La marcha veloz del tren me producia la sorprendente ilusion de ver caminar rápidos hácia la ciudad aquellos fantásticos esqueletos, como para reconquistar con la magia de sus recuerdos el Capitolio, é inaugurar en el mundo el imperio de la desolacion y de la muerte. Las sombras crecian por instantes, y no tardaron en borrar del cielo las cordilleras de Tibur y de Albano, por lo que tuve que resignarme á gozar, desde el fondo de mi wagon, de los recuerdos que despertaban en mi mente los nombres que oia vocear en las estaciones del tránsito. *¡Aquino!* Al oir este nombre, el corazon me dió un vuelco en el pecho, y lancé un grito de entusiasmo. Me abalancé á la ventanilla del wagon por ver si descubria la cuna de Santo Tomás, y aún me pareció ver entre las tinieblas de la noche blanquear á lo lejos el monasterio de Monte Casino, donde brotó á la luz de la sabiduría divina la *Suma Teológica* del Angel de las Escuelas.

Volví á hundirme en el wagon, y me dí á pensar con entusiasmo en la influencia que ejerció Santo Tomás sobre su siglo, y en la restauracion saludable de sus doctrinas en el siglo presente; pero el nombre de *Cápua* me sacó bien pronto de mis meditaciones. ¿Qué se ha hecho de las *delicias* de Cápua? me pregunté. Perdieron á un grande

hombre; y hé aquí toda la memoria que han dejado en el mundo. En cambio las *penitencias* de Aquino hicieron de un fraile humilde un sábio sin rival y un santo asombroso, y dejaron en el mundo un tesoro inagotable de admirables doctrinas.

Comparando las *delicias* de Cápua, que hundieron á Anibal, con las penitencias de Aquino, que levantaron á Santo Tomás; comparando el mundo pagano con el mundo cristiano, llegué á Nápoles en hora en que la ciudad dormia tranquila al pié de su Vesubio.

Esta mañana muy temprano me lancé á la calle, y desalado como un loco, he corrido en pocas horas los sitios más notables del rádio de la ciudad. No crea V., sin embargo, que mis rápidas carreras á pié y en coche han llamado la atencion de nadie: aquí las gentes andan tan á escape, los coches ruedan tan veloces por las calles enlosadas de mármol, que no parece sino que á todas las horas del dia están ocurriendo sucesos extraordinarios, que arrastran de un punto á otro de la ciudad muchedumbres de noveleros y curiosos. No puede uno menos de recordar aquí las costumbres madrileñas de principios del siglo, que nos han descrito nuestros padres; pues las calesas adornadas de chapas de metal dorado; los caballos enjaezados con vistosas escarapelas; las campanillas, los látigos, la animacion y las voces, forman uno de aquellos cuadros de nuestros dias de toros, que daban á Madrid aspecto singular y pintoresco en los buenos tiempos de Pepe-Hillo y de Montes. Huyendo de semejante Babel, mayor hoy que otros dias por ser domingo, he ido á buscar las alturas próximas á la ciudad, para dominar desde ellas el famoso panorama de la campiña de Nápoles.

Nunca he podido olvidar las descripciones de los *Mártires*, que desde niño me han enamorado de estas playas, «mas suaves y frescas que las flores y las frutas hume-

decidas por el rocío al salir de las sombras de la noche.» Era el sueño de mis ilusiones poéticas el contemplar «el brillo aterciopelado de estos campos; la templada temperatura de su aire perfumado; los redondeados contornos de sus montañas; las muelles inflexiones de sus rios y de sus valles;» y sobre todo, el admirar el Vesubio con su cabellera de humo, reflejándose de dia en el claro espejo del golfo de Nápoles, y resplandeciendo de noche como un cometa sobre la inmensa bóveda de aquel cielo que repite las melancólicas barcarolas del pescador napolitano.

A poca costa dominé el grandioso panorama; y á su vista, todas las descripciones de Chateaubriand me parecieron pálidos destellos de un sol de belleza, de sublimidad y de gracia. Como Johannet, al contemplar al Oriente la mole sombría del Vesubio coronada de nubes, y á sus piés las *villas* encantadoras de Pórtici, Torre del Greco, L'Annunziata, Castellamare y Sorrento, envueltas en bosques de naranjos, de viñas y de aloes, como nidos de gabiotas colocados en las orillas de las azuladas olas del Mediterráneo; al Occidente, el inmenso golfo de Gaeta, cuya ciudad parece columbrarse entre las nieblas del lejano horizonte; á mis piés, Púzzol, Bayas y los lugares inmortalizados por Virgilio en el sesto canto de la *Enéida*; y por diversos lados deliciosas villas, bosques misteriosos, playas indescriptibles, horizontes interminables, luz y sombra, animacion y soledad, recuerdos y ruinas, he repetido las palabras de la reina de Sabá contemplando las maravillas de Jerusalén: «*Major est opera tua quam rumor quem audivi*, vuestras obras exceden todavía en sublimidad y grandeza á todo lo que se nos habia dicho de ellas.»

Los sábios, amigo mio, tienen muchas veces tristes encargos que cumplir; digo á V. esto, porque debe costarles mucho trabajo el borrar de sus ojos este cuadro de real y positiva belleza, para imaginarse lo que sería el

golfo de Nápoles en las primeras edades del mundo, cuando, segun doctas investigaciones, no era otra cosa que una inmensa y esteril montaña abierta por las llagas de inmensos volcanes que fluian torrentes de fuego, y empañaban la claridad del sol con el humo intenso de aquella fragua infernal. Dejémosles trazar sobre el hermoso mar que separa á Nápoles de Sicilia la cadena de montañas volcánicas, cuyos anillos eran, al Norte el Vesubio, y al Mediodía el Etna; allá se las hayan con los recuerdos espantosos de la revolucion que abrió al mar esta concha inmensa del golfo napolitano; yo me contento con recuerdos más recientes, y con las bellezas que estoy contemplando en la deliciosa Parthénope; y ojalá que pudiera disfrutar de todos sus lugares famosos, corriendo desde Cumas hasta Sorrento, por la dilatada estension de sus playas.

Se necesita mucho más tiempo del que dispongo para visitar todos estos lugares, cuyas bellezas superan, como digo, á las descripciones que de ellos nos hacen los poetas. Una fábula antigua suponia á Parthénope edificada sobre el sepulcro de una sirena; y le aseguro á V. que, de todas las fábulas mitológicas, esta es la que menos me repugna, porque prescindiendo del valor geológico que los sábios puedan darle, en este lugar de Italia se respira un aire que seduce y embriaga los sentidos. V. conoce mejor que yo las descripciones que de la celebérrima Bayas nos dejaron los escritores latinos, de esa playa de la Biarritz romana cubierta de suntuosos palacios y de regaladas termas, donde la *buena sociedad* de la corte de los Césares se entregaba á los culpables placeres de todas las sensualidades. Horacio no conocia nada mas encantador en el mundo.

Nullus in orbe sinus Baiis prælucet amœnis.

Séneca escribia sentidas páginas sobre la pobreza en mesas de marfil y de oro, y condenaba en sus cartas el lujo de

Bayas; y Marcial, que como dice graciosamente un crítico, moralizaba en sus ratos perdidos, suponia que las damas romanas llegaban á la playa napolitana semejantes á Penélope y tornaban á la manera de Helena.

Por esta Biarritz de la antigüedad romana he paseado esta tarde sobre las rápidas alas de una calesa que he alquilado en Nápoles, volviendo á la ciudad por la famosa gruta de Pausilipo, para saludar de paso la tumba de Virgilio.

Las voluptuosas quintas de Marco y de Hortensio, de Cesar y Pompeyo, de Luculo y de Pison, ya no existen:

De los baños y termas regaladas,
Leves vuelan cenizas desdichadas;

enmudecieron las liras que con lúbricas canciones acariciaban el oido de las cortesanas que por allí pasearon sus encantos abominables; secáronse las flores de los amenos jardines, que esparcian por aquella rosada atmósfera seductores aromas; soledad melancólica y silencio sepulcral reinan en la estensa Bayas, que fué, como he dicho, el lugar mas encantador del mundo para Horacio, y el de lujo mas escandaloso para Séneca.

He atravesado con una antorcha en la mano la gruta de Seyano, y he visitado los restos de la casa de Polion y de la escuela de Virgilio. Desde la altura en que se dominan estas ruinas, que marcan el paso por aquellos olvidados lugares de una civilizacion espléndida y grandiosa, contémplase una vista del mar, como no vi otra en todas las costas de Nápoles que he recorrido. No intento describírsela á V., porque no podria; la azulada superficie del Mediterráneo recogiendo los últimos rayos del encendido sol que se oculta detrás de sus olas, y las sombras informes de las lejanas cordilleras á modo de gigantescas embar-

caciones de titanes que escoltan al astro del dia en su viaje de uno á otro continente, ofrecen á la imaginacion, sobre aquel suelo, espectáculo tan maravilloso y fantástico, que cree uno asistir con Virgilio á las escenas mitológicas de sus Campos Elíseos.

Pisando esta tierra, ha dicho Johannet, donde la imaginacion evoca tan imperecederos recuerdos, reviven los versos de Virgilio. Por cima del lago del Averno y de Fúsaro, parécenos ver revolotear en el espacio esas vidas sin cuerpo, esas formas vagas é impalpables, *tenues sine corpore vitas.....* *cava sub imagine formas*, que los héroes del poeta encontraron en estos mismos lugares.

Estos navíos que una brisa ligera balancea sobre el golfo á través de las fajas de luz, ¿no serán por ventura la escuadra de Eneas navegando hácia el mar Tirreno? Escuchad el canto lejano del pescador: ¿no diríais, sin equivocaros, que es el grito de alegría de los marineros troyanos descubriendo la patria nueva prometida por los destinos? *¡Italiam! ¡Italiam!.....*

Habrá V. observado que cito muchas veces á Johannet; un libro de este ameno escritor me va sirviendo de *Cicerone* por las bellas playas de Nápoles, y, como un buen amigo, me va comunicando sus poéticas y doctas impresiones.

Al regresar de tan *bella passeggiata*, como dicen estos *lazzaroni*, he pasado por la gruta de Pausilipo, tunel de un kilómetro de largo, abierto por Agripa para facilitar las comunicaciones entre Nápoles y Púzzol. Como era ya tarde no subí á la tumba de Virgilio, que se abre sobre la boca de la gruta que unia á Nápoles, entre un bosquecillo de olivos y de aloes. Johannet, mi inseparable Johannet, ha probado en las bellas páginas de su *Bajada á los Infiernos*, la autenticidad de este monumento, sobre el que se han escrito muchos volúmenes por los eruditos admiradores de Virgilio.

Hago á V. gracia de nuevos relatos sobre monumento tan conocido, y voy á cerrar ya estos deshilvanados apuntes de viaje, que escribo á las altas horas de la noche, cansado de correr todo el dia como un buen napolitano. Mañana, Dios mediante, seguiré comunicando á V. mis impresiones en esta hermosa ciudad, acariciada por las brisas del Mediterráneo, cuyas olas veo brillar en estos momentos á los rayos de la luna, que luce melancólica sobre la vasta extension del golfo, como una lámpara sepulcral sobre inmenso campo de batalla.

Suyo de corazon,

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII [1]

NOVELA HISTÓRICA

INTRODUCCION

Los pobladores aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan aún con su idioma y costumbres primitivas, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y gorjeos y amor á la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Celosos de su independencia, pero afables y sencillos, no podian carecer de esa antiquísima virtud de las tribus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenian en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los estraños, procuraban vivir en paz con los vecinos y unirse á ellos, si no por vínculos de sangre, por tratos de alianza y amistad.

Si alguna vez quebrantaron esta regla, fué dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los estranjeros. Quince siglos antes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro, principiando por albergar á los celtas en su feracísimo territorio, concluyeron por confundirse con ellos, formando la gran familia celtibérica, que tuvo por solar lo mediterráneo de la Península, y por capital á Numancia. Los mismos altivos pirenáicos, que se quedaron á la orilla izquierda del rio, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron á los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Alava, hasta la boca de la Burunda, y mas tarde se hicieron amigos del cartaginés Anibal, y le abrieron paso y le acompañaron á la vanguardia de la maravillosa espedicion de Italia, segun lo recuerdan todavía en una de sus antiguas y mas hermosas canciones.

Años despues sostienen guerra contra César Augusto, para terminar

[1] No se autoriza la reimpresion total ni parcial de esta Novela.

la cual conviértense en aliados suyos, y con tal lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y á la caida del imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace mas romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, esos fáciles amigos de celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen á pesar de la diferencia de casta, de lengua y religion, nunca pudieron aceptar ni alianza, ni trato, ni paz, ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y á borbotones, digámoslo así, se derramaron por España en el siglo V.

Todas las provincias imperiales, todas las naciones cultas, casi todos los pueblos conocidos se encorvaron, cruzaron los brazos, y tendieron desfallecida la cerviz al látigo, mas bien que al yugo del vencedor: solo los vascos se mantuvieron en pié, y se atrevieron á mirarle frente á frente, y le arrojaron el guante á la cara, enarbolando el estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil é inesplicable que resulte el hecho, la historia misma, escrita por visigodos, —no tenemos otra,— se encarga de justificarlo.

En efecto, si con la imparcialidad debida examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atencion; que sus autores apenas mencionen el advenimiento de cualquiera de los monarcas visigodos, como no sea para advertirnos de que su primer hazaña, al ocupar el trono de Sevilla ó Toledo, fué *domar á los vascones*, nombre que daban á los navarros, los cuales desde las montañas de Jaca, poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasages, de allí frente á Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la antiquísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, sujetaron *á los vascones*, frase que constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene á significar precisamente lo contrario de lo que suena. «Sisebuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepcion en la materia [1], pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, *ni intentarlo siquiera*, en el interior de las montañas vascongadas.»

Y consta, por los historiadores árabes, que la noticia de la mas lastimosa y célebre invasion sarracénica en Andalucía, sujetando á los vascones, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Esta larga série de conquistas *definitivas*, que solo termina con el sú-

---

1 *Los Vascongados*, por Rodriguez Ferrer.—*Introduccion* por el Sr. Cánovas del Castillo, 1873.



bito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente á favor de la independencia de un pueblo, que no tiene ni historia propia que oponer á la de los extraños, ni mas diplomas que sus cantares, ni mas archivos que las tradiciones y leyendas del hogar.

Y si á esta y otras pruebas, que por amor á la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linage conservados hasta hoy, purísimo resto arqueológico, animado como por arte de encantamiento, no puede menos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo serio la frase de *domuit vascones*, que los godos tenian como de estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasion de los septentrionales y concluye por su desaparicion, no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto á los vascos de la ribera, todo menos que esquivos ni zahareños, amalgamarse con los celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con los cartagineses meridionales: no se nutre en antipatías religiosas, porque al principiar la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni á la conclusion de ella dejó de haber ningun visigodo que no fuese católico. Tampoco se esplica por la aspereza del territorio pirenáico, porque Pirineos mas salvajes aún que el occidental, son los del Centro y Levante que los godos dominaban como la campiña y cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose á cada momento con la Galia Narbonense, parte á la sazon del reino hispano.

¿A qué causa, á qué razon obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distincion entre vascones y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen á los primeros indómitos, feroces, intratables, salteadores de los llanos y campiñas ocupadas por los enemigos, y á los otros tan blandos y bonachones, que no solo no guerrearon con romanos ni visigodos, «sino que tampoco tomaron tan á pechos..... cuanto los moradores de otras regiones mas pobladas y ricas, y mas cultas sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas.» «Mientras aquellas pacíficas tribus iberas, prosigue el Sr. Cánovas, vivian así apartadas de todo externo influjo, y sin entender por lo comun á los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pié de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimo de tal gente y de la tierra inhospitalaria á la sazon, que la habitára.» «Concíbese bien, añade con fina ironía, que ni romanos, ni visigodos, ni árabes, ni siquiera los primeros reyes cristianos, experimentaran la menor tentacion de acampar allí y penetrar con el hacha en la mano por aquellos bosques, para descuajarlos y robar á las rocas, que penosamente sustentan las raices, algunos piés de tierra de sembradura, cuando tanta y tanta dejaban hácia el Ebro, y todavía mas y mejor desde el Ebro hácia el Mediodía.»

No está la historia conforme con semejante explicacion. Apenas hay memoria de cuatro ciudades construidas en el largo transcurso de tres siglos por aquellos bárbaros, que empuñaban el azote de Dios, enviados á destruir mas que á edificar; grande por lo tanto debia de ser el aprieto de los hijos del Norte, para verse obligados á levantar nuevas plazas de guerra. Pues bien, de estos cuatro baluartes, tres fueron erigidos en territorio vasco: á la falda de Gorbea, Leovigildo fundó á Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso á los ribereños del Arga el castigo de construir á Ologitum (Olite), y en su tiempo tambien se alzó Fuenterrabía en la desembocadura del Vidasoa; y para completar un formidable cuadrilátero; Wamba, por último, fortificó á Pamplona, plaza entonces inespugnable y punto el mas avanzado de sus conquistas. No es fácil imaginar mayor importancia que la que dieron los visigodos á la conquista de Vasconia.

Y siendo esto así, ¿se concibe el desden ó pacífico olvido en que dejaron á las provincias Vascongadas? ¿Se comprende que Suintila peleara contra los navarros, como dice mas arriba el Sr. Cánovas, en los llanos de Alava y la Rioja, y que luego, sin penetrar, *ni intentarlo siquiera* en el interior de las montañas vascongadas pacíficas y amigas, se embarcase, no sabemos dónde, para aquella expedicion marítima en que debió de fundar á Fuenterrabía? ¿Hay conformidad entre el espíritu de uno y otro párrafo, preñado de amenazas el primero y allanador de dificultades el segundo?

No; quien tantos insultos y tantas provocaciones tenia que sufrir del navarro, quien se veia obligado á vivir por él en contínua guerra, no podia mirar con ese menosprecio al hermano del rebelde, al vecino que hablaba el mismo idioma no comprendido por los visigodos, que se llamaba eúscaro como él y como él adoraba á un mismo Dios y le daba un mismo nombre. No se explica, ni se concibe siquiera tal indiferencia por parte de las tribus que hoy llamamos Provincias Vascongadas, ni tan necio y estúpido abandono por parte de los godos, que «pasaran al pié de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimo de tal gente y de la tierra á la sazon inhospitalaria.»

El interés de la resistencia era comun, la guerra debió de ser general y por todos los vascos mas ó menos directamente sustentada; y si á los navarros tocó el pelear en la vanguardia debe de atribuirse á condiciones topográficas ó de otro orden, en cuyo exámen no podemos entrar á la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno de los mas hondos misterios de nuestra historia: es un duelo de pueblo á pueblo; un combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *escualherria*, tierra vascongada. Duelo á muerte en que pelear es vivir, y abandonar la liza sucumbir y caer en la huesa. Duró mas de tres siglos como pudiera haber durado menos de tres semanas, si uno de los combatientes hubiese querido ceder;

como habria durado otras tantas centurias, si uno de los testigos del duelo no hubiese echado el montante separando á tan encarnizados enemigos. Y para que no falten ni la leyenda ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí estan por un lado los godos con narraciones de un orden sobrenatural que espantan, y por otro los vascongados, la raza superviviente sin rastro ni memoria de ningun héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres tan heróicas como ellos por espacio de mas de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al transportarse uno en alas de la fantasía á tan remotas edades, siente en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroismo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir á las montañas se perciben auras purísimas y desconocidas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva á Dios.

¡Gloria á Dios, y lancémonos á las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin mas guia que algunas frases de la historia, algunos fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, á sorprender á dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene á ser principio lo que parece fin: que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!

LIBRO I

CAPITULO I

DEL HABLA QUE TUVIERON EL REY Y SU MINISTRO

A principios del siglo VIII el imperio visigodo, cuya capital era Toledo, se extendia desde la Galia Narbonense hasta mas allá de Tánger, sin que los Pirineos de Aragon y Cataluña, ni el Estrecho de Gibraltar sirviesen de límites al dominio hispano.

Sólo las tribus ibéricas que poblaban las faldas pirenáicas desde el Adour hasta el Ebro, se mantenian independientes, sosteniendo interminable y fabulosa lucha, que ya contaba desde las primeras embestidas de los suevos, cerca de trescientos años.

El territorio mas accesible de las vertientes meridionales, abierto y desprovisto de natural defensa, sucumbió desde luego al mayor número; Suintila y Wamba mucho mas tarde, estuvieron á punto de enseñorearse de Vasconia; pero las sierras y barrancos, con sus selvas y precipicios, sus cuevas, torrentes y cataratas, conservaron siempre su primitiva independencia, como los picos mas elevados guardan la nieve, que no derriten jamás los soles de cien siglos.

Dominaban los godos por un lado las llanuras comprendidas entre las dos cadenas de montañas que arrancando de la parte superior del Ebro y separándose en Alava, tornan casi á juntarse en la Burunda. Salvando con harto peligro tan angosto paso, llegaban á la cuenca de Pamplona, ciudad que constituia su principal presidio. Y por el lado opuesto, es decir, por la parte del Arga, ceñíanse sus conquistas á las pingües riberas de este rio, desde su magnífica desembocadura hasta aquella plaza, donde se unian entrambas curvas. Eran dos brazos de hierro cuyas manos se enlazaban en Pamplona, pero sin fuerza muscular para estrujar lo que abarcaban, solo oprimian la tierra que tenian debajo. En el centro de ese círculo respiraban en libertad las sierras de Cantabria, de Urbasa y Andía, con los ricos valles que esmaltan sus laderas como vellones un manto de armiño; y fuera de la periferia vivian, no solo independientes sino hasta cierto punto en paz y holgura, los moradores de Guipúzcoa y Vizcaya, y de los contrafuertes destinados á sostener las casi inaccesibles alturas del Pirineo central.

Hemos usado la palabra *dominacion*, porque los visigodos poseian ciertamente en ese anillo territorial que dejamos trazado, ciudades en que guarecerse, tierras que cultivar, y alguna, aunque siempre arriesgada comunicacion entre sí; mas no parece digna de aquel nombre la ocupacion no pocas veces interrumpida, con frecuencia turbada por sobresaltos y amenazada siempre de poblaciones, en que los conquistadores estaban como bloqueados, y de campos que se aventuraban á sembrar, á riesgo de que los conquistados recogiesen el fruto.

La necesidad en que se vieron los visigodos de fundar tres ciudades nada menos en país vasco, Olite, Victoriano y Fuenterrabía, sin contar la restauracion de Pamplona, prueba lo difícil que debia de serles en aquellos tiempos sostenerse allí. Pero en la época en que comienza nuestra historia, estas dificultades subian de punto por la flojedad y desmayo de las autoridades, consiguiente á los desórdenes del último reinado.

Los godos se mantenian á la defensiva, y casi, casi en forzado reposo. Witiza que habia destituido y arrancado los ojos á Favila, Duque de Cantabria, con mando militar y político en toda la region pirenáica, separó tambien á Ranimiro, de la familia real de Chindasvinto, deudo por consiguiente de Favila, Tiufado y Conde en la Vasconia, uno de los mas activos y expertos capitanes de los godos en aquella tierra.

Los gobernadores que les habian sustituido, ni eran tan vigorosos, ni podian disponer de los medios necesarios para continuar la guerra. Proseguíanla con tal desaliento, que dejaba adivinar la persuasion en que vivian de la inutilidad de todo esfuerzo y la proximidad de una catástrofe.

Pero el año 710 los visigodos habian estrenado rey, lujo que con frecuencia sobrada, aun para monarquías electivas, se permitia la imperial Toledo. La faz de las cosas debia de cambiar, por consiguiente, si el nuevo monarca seguia la costumbre de domar á los vascos, de que no prescindian facilmente sus predecesores.

Una revolucion asombrosamente dirigida, derribó en efecto del trono á Witiza, tan aborrecido por su impiedad como por sus liviandades. Púsose al frente de la conspiracion un griego, ó romano, esto es, español latino, llamado Eudon, que acababa de llegar de Bizancio, con grande y al parecer merecida reputacion de ingenio, de valor y sabiduría.

Hízose en poco tiempo amigo de Rodrigo, que vivia oscurecido, procurando que el rey y la corte se olvidaran de que era nieto de Recesvinto, hijo de Teodofredo, asesinado por el monarca reinante, y sobrino carnal de Favila. Y no le faltaba razon; porque ser de su estirpe en aquellos tiempos, era casi vivir de milagro.

Eudon le prometió la corona, y cumplió en breve su palabra.

Habiendo observado que Witiza, para retener á los godos avergonzados ya de tanto escándalo, queria hacerse jefe del partido anti-español, resucitando la famosa ley de razas derogada por Recesvinto, fundador

de la unidad política de la monarquía, Eudon trató de ponerse al frente del partido español ó romano, y fueron tan hábiles sus maniobras y tan rápidos sus movimientos, que á pesar de haber empleado como ariete el popular tumulto, la primera noticia que Witiza tuvo de la conspiracion fué verse preso por los amotinados.

Constituidos estos despues del triunfo en junta (senado romano, la llaman los historiadores), representaron la conocida farsa de la eleccion, y naturalmente pensaron en nombrar al nieto de aquel gran rey á quien tanto debian los españoles por haber derogado los aborrecidos privilegios góticos. Solo habia una dificultad que vencer, decian los oradores del senado: la resistencia de Rodrigo á salir de la feliz oscuridad en que vivia, con su bellísima esposa Egilona, en las dulzuras de la vida privada. Fueron, pues, á persuadirle de la necesidad que tenia de aceptar la corona, y á suplicarle casi con lágrimas en los ojos, que en aras de la patria moribunda hiciese el sacrificio de ocupar el trono.

Resignóse el conspirador, y nombró á Eudon, como era consiguiente, Conde de los Notarios, ó sea Ministro de Estado.

Eudon lo merecia, segun la jurisprudencia, que por lo visto parece antigua, de pronunciamientos; porque lo habia hecho todo, hasta interesar en el triunfo á los mismos godos, castizos intransigentes; pero tuvo además el mérito real de no derramar una gota de sangre. Trató Rodrigo de imitarle; mas no se dominó hasta el punto de perdonar á Witiza. Es verdad que Witiza, no solo habia muerto á Teodofredo, padre de Rodrigo, sino que antes le habia arrancado los ojos. Pero si esto atenúa la falta del nuevo rey, no le absuelve de la culpa de haberse entregado á la venganza.

Un año despues de estos sucesos, en la primavera de 711, llegó á reinar en Toledo una especie de fiebre antivascónica. Sisebuto y Ebbas, hijos de Witiza, convertidos con general asombro en flamantes y desinteresados amigos del matador de su padre, pasaban tambien por entusiastas partidarios de la prosecucion de la guerra y conquista definitiva de los rebeldes iberos. Una campaña vascónica era para ellos empresa de honra nacional, y forzosa, por lo tanto, áun en el caso de saberse de antemano que no habia de corresponder á las esperanzas por todos concebidas.

—Mas no será así, decian al rey estos excelentes patricios; no será, si no andamos con mezquindades, si emprendemos una guerra formal, como hasta ahora no han querido hacerla nuestros mayores; si vos, serenísimo Señor, vais en persona á dirigir las huestes, aunque nos quedemos por acá vuestros amigos sin un pedazo de pan, sin un soldado.

No sonaban mal semejantes discursos en los oidos del rey, mas guerrero que político, valiente, ganoso de laureles, y resuelto como nadie á debelar á los vascones, por lo mismo que Witiza los habia tenido abandonados; y no disgustaban tampoco á los judíos, harto quebrantados con

la muerte de su protector, y que instintivamente se arrimaban á la opinion de los hijos de su antiguo amigo, aunque los viesen figurar entre los primeros cortesanos de su verdugo.

Como quiera que fuese, se decretó la guerra, y tropas y mas tropas, y municiones y bastimentos, fueron llegando á Calahorra, Victoriaco, Ologitum y Pamplona. Arietes, catapultas y demás máquinas de batir no eran necesarias, toda vez que los montañeses pirenáicos no conocian mas fortalezas que sus rocas y desfiladeros, si se exceptúa alguna que otra casa fuerte condecorada con el nombre de castillo, y que solo servia para evitar un golpe de mano, no para base de larga defensa.

Eran los visigodos grandes militares, y sobre todo eminentemente organizadores, y tenian el ejército dividido en tiufadías ó regimientos de mil hombres, mandados por milenarios, quingentarios, centenarios y decanos, que correspondian á nuestros coroneles, comandantes, capitanes y oficiales. En el arma de caballería no reconocian rivales. Prepósitos ó generales de brigada mandaban varias tiufadías, y un prepósito general ó general en jefe, todo el ejército. El rey habia confiado este cargo á Pedro, gobernador de la provincia tarraconense y Duque de Cantabria. Susurrábase, sin embargo, que este último puesto lo queria Eudon para sí, como retiro muy semejante á reinado feudal.

Dividíase el imperio visigodo en siete provincias tamañas como un mediano reino, y una de las mayores era la de Tarragona, que comprendia todos los Pirineos, del uno al otro mar, las fragosas sierras cantábricas, hasta confinar con Asturias y las riveras y valles del Ebro, desde su nacimiento, cerca del Océano, hasta su desembocadura en el Mediterráneo. Los gobernadores civiles y militares de estas provincias, llamábanse Duques; y el de la region pirenáica, que desde el tiempo de los romanos llevaba el nombre de Tarragona, su capital, ya en los tres últimos reinados se conocia con el título de Cantabria, sin duda por la creciente importancia del distrito occidental de region tan vasta, denominado Cantábrico por griegos y latinos.

Y como si todos estos preparativos no fuesen suficientes, anuncióse la próxima marcha del Rey á Vasconia con su brillante guardia pretoriana, á cuya cabeza, como Conde de los Espatharios, iba Pelayo, hijo de aquel Favila, á quien Witiza habia destituido del Ducado de Cantabria.

No quiso Rodrigo, sin embargo, ponerse al frente de la hueste, sin escudriñar, temerario y supersticioso, lo futuro. No dudaba él del buen éxito de la campaña; pero eran tantos y tan diversos los consejos que se le daban, y las acusaciones que las parcialidades mútuamente se dirigian; tan harto estaba de oir hablar mal de todos, y de que se le echase en cara su confianza, siquier efímera, cuándo en unos, cuándo en otros hombres, que perdida la brújula en achaque de personas, se lanzó desatentado á regiones donde solo supercherías ó malas artes podian tener cabida.

Habia en Toledo una antiquísima cueva ó palacio soterraño, que el vulgo creia encantado, donde nadie se atrevia á entrar. Allí diz que se guardaba el secreto de lo porvenir; pero abrir la puerta y dejar salida á todas las calamidades, como la Caja de Pandora, todo sería uno. Por lo cual el palacio siempre estaba cerrado.

Rodrigo, determinado y audaz, se fué una noche al temeroso y solitario edificio, y sin curarse de candados y cerrojos, á hachazos hizo él mismo astillas la puerta, y tomó una tea, y se lanzó solo, pues nadie quiso seguirle, á la espantosa y lóbrega cueva, de donde volvió á salir al poco rato pálido, meditabundo, taciturno, pero tranquilo.

Acababa de conocer á la gente por quien sería España destruida. Despues de paso tan imprudente, llamó á su primo Pelayo, y á Pedro, Duque de Cantabria, y habló con ellos grave, pero sereno y animoso, de la próxima campaña, y luego recibió la visita de Eudon, que debia estar algo mas enterado de lo ocurrido, y de quien esperaba por lo tanto alguna reprimenda.

Era el único hombre á quien temia: pero el Rey habia imaginado ya la manera de sorprenderlo y contentarlo.

Entró grave y respetuoso el jóven Ministro en una Cámara del Pretorio, nombre que daban á la sazon al alcázar edificado por Wamba, en sitio ameno y de solaz, propio para aliviar la frente de la pesadumbre del Gobierno, y halló al Rey muellemente tendido en un triclinio, cerca de la mesa que tambien llevaba este nombre, y en la cual veíanse copas y garrafas de oro con vinos generosos, que llenaban de fragancia el aposento.

Vestia Rodrigo túnica ó estringe de lana blanca y amículo de púrpura con profusion de brazaletes y anillos. Parecia una mujer en el traje y afeites, y acababa de darle femenil aspecto la blonda cabellera ensortijada y olorosa que le caia por hombros y espalda; pero su rostro era varonil, su mirada audaz y aun temeraria, que alguna vez abatia la supersticion, nunca la amenaza.

—Eudon, le dijo al verlo entrar, mañana salgo para Pamplona con Pelayo y el Duque de Cantabria: tú, con harto sentimiento mio, te quedas aquí; pero te quedas Conde de los Notarios, de las Largiciones y del Tesoro: te quedas en mi lugar y haciendo mis veces, porque eres necesario. No podría yo salir, si tú no te quedaras.

—Y yo, serenísimo Señor, vengo á suplicaros que no os movais de aquí, que no salgais de Toledo. Quizás os vaya en ello el trono y la vida.

—No lo creas, amigo mio, exclamó Rodrigo sonriéndose: lo he consultado ya, nada podemos temer por esa parte.

—¡Lo habeis consultado! exclamó el Conde afectando sorpresa.

—No podia ser contigo, porque tú, como extranjero que solo de oidas conoces á los vascos, no estás enterado de esas cosas; pero á gentes que los han visto de cerca, á mi primo Pelayo, por ejemplo, hijo del pobre

ciego que vive en Vasconia y fué Duque de Cantabria, le he preguntado qué trage llevan, y me ha dicho que visten sayo oscuro y van en cabellos, sin tocado ni adorno alguno en la cabeza.

Eudon se quedó mirándole de hito en hito, como si dudase de su juicio, y luego fijó los ojos alternativamente en su rostro y en las copas, sospechando alguna falta de sobriedad.

—Pero eso, ¿qué tiene que ver con vuestra marcha? ¿qué importa en tan graves negocios, que los vascos vistan de esa ó de otra manera?

Rodrigo se levantó, y acercándose á Eudon con aire entre familiar y misterioso, murmuró á su oido:

—¡He penetrado, al fin, en el palacio encantado! Lo sé todo, lo he visto todo. En lienzos guardados dentro de una caja, están retratadas las gentes que nos han de perder y que han de perder á España; y esas gentes, amigo mio, no son los vascos. Pelayo me los ha descrito y no se parecen á las figuras que yo he visto pintadas. Iré á los Pirineos, donde me aguardan la gloria, el triunfo, la salvacion.

—Señor, yó soy tambien un tanto supersticioso, y me habeis hecho picar el cebo de la curiosidad. ¿No pudiera saber cuyos son los retratos de los malandrines que habeis visto en el Palacio encantado?

—Visten turbantes de color y capotillos blancos, y tienen el rostro aceitunado aunque de bellas y enérgicas facciones.

—Moros, vasallos vuestros de la provincia Tingitana. Podeis pedir el dinero al que os ha vendido esas profecías; porque acá, de balde sabemos que hácia la Bética está el peligro de España. A mayor abundamiento el Conde Teodomiro nos lo escribe todos los dias. ¿Y no habeis reparado si esos bereberes con turbante y alquicel que han de perder á España, se parecen un poco á los hijos de Witiza y al Conde de la Tingitana, ó si hay entre ellos alguna mujer.....

—¡Miserable! exclamó el Rey como mordido en el pecho por una víbora. ¿A quién aludes? ¿Qué quieres decir?

—Que cuando llegue el fin, por una mujer se ha de perder España, como se ha perdido el mundo; aunque espero en Dios que por otra se ha de salvar.

—Si otro que tú se hubiera permitido tomar en boca á.....

Eudon se cruzó de brazos mirándole de arriba abajo con inmensa superioridad.

—Se habria perdido para siempre. Pero como soy yo, le dijo con acento tranquilo, yo que os quiero como amigo, y he prometido deciros siempre la verdad, vuelvo á suplicaros que no os movais de Toledo; que os olvideis por ahora de los vascos, toda vez que á semejanza de los francos llevan desnuda la cabeza, y que acudais á la Bética y al Africa, y dejándome á mí hacer las paces con los iberos, me nombreis Duque de Cantabria.

—¡A ti, Duque de Cantabria!

—¿Por qué no?

—Lo serás, mas no ahora. Los Duques de Cantabria, ó son Príncipes de la sangre, ó están casados con princesas de nuestra familia.

—Lo cual quiere decir que tratais de desposarme con.....

—Con una de mis primas, en efecto, contestó Rodrigo asombrado de la penetracion de su ministro. ¿Conoces por ventura á Ranimiro?

—Hay muchos godos de ese nombre.

—¿No has oido hablar de Ranimiro, opulento Tiufado de Pamplona, Conde que fué de Vasconia?

—¡Oh! de ese Ranimiro, ciertamente. ¿Quién no le conoce?

—Su padre era hermano carnal de mi abuelo Recesvinto.

—Él, por consiguiente, es tio segundo vuestro.

—Gran soldado.

—Pero feroz, segun la fama cuenta en Toledo. Ha hecho la guerra en los Pirineos por espacio de veinte años. Conoce á palmos el país conquistado y mas que ningun godo la tierra que todavía no hemos logrado dominar. Ha llegado en sus incursiones hasta donde ni los romanos mismos se habian atrevido á poner la planta, y tiene casi tantas noticias de los montañeses como de los moradores de Pamplona y Victoriaco. Lo cual es mas singular y peregrino de lo que á primera vista parece: porque de los vascos apenas sabemos mas en Toledo sino que de cuando en cuando se les conquista y se les vence, sin que se acabe nunca de vencerlos ni conquistarlos. Para la misma Vasconia gótica es un enigma todavía la Vasconia ibérica. Si preguntais por ellos al vulgo de los conquistadores, no os contarán mas que fábulas. Desde luego el idioma vascongado carece absolutamente de semejanza y analogía con el nuestro, y no admite amalgama ni acomodamiento con el latino.

—Pero, Eudon, ¿de dónde sabes tantas cosas? le dijo el Rey asombrado.

—Pues si no supiera algo mas que otros, ¿con qué títulos hubiera llegado al puesto que ocupo? Si no hubiese estudiado un poco las costumbres y la guerra de los vascos, ¿cómo me hubiera atrevido á pediros que me hiciéseis Duque de Cantabria solo por lograr con mi política lo que no conseguireis vos, lo que no han podido conseguir todos los reyes predecesores vuestros con la fuerza de las armas?

—Es tarde, Eudon.

—Un poco tarde; pero aún espero llegar á tiempo. Vosotros los hijos del Septentrion, lo habeis errado desde un principio.

—Sí, porque esos vascos que pelearon contra los romanos, paces hicieron al fin con ellos, y vivieron con ellos en buena armonía mas de quinientos años.....

—Y sintieron su caida mas que los latinos, añadió Eudon, y su amistad se acrisoló con la desgracia. De repente se vieron embestidos y saqueados por Reciario y los suevos, y creyeron que se les castigaba precisamente por la virtud de que podian estar mas ufanos, por su fidelidad al

amigo desdichado. Esta conducta debió de llegarles al alma, así como el verse humillados por gentes medio salvajes, cuyos arreos contrastaban con la cultura y esplendor de los vencidos.

—Pero al cabo de tres siglos de lucha no nos queda otro camino que el de la fuerza: ó vencer ó morir.

—¿Quien sabe....?

—Ese Ranimiro quizás, tan conocedor de los vascos, como tú dices.....

—Ese es el primero á quien teneis que arrancar de Vasconia. Vuestro tio ha dejado allá terrible fama. Pasa con razon ó sin ella, por un tigre, por un monstruo, incendiario, asesino de mujeres y niños.

—¡Mi tio!

—Vuestro tio Ranimiro.

—Le quereis mal.

—No le conozco, no le he visto en mi vida. Tengo en mucho sus condiciones como militar, y aun sus dotes de hombre de estado. Cuando trateis de darme un sucesor no os olvideis de Ranimiro. Servíos de él; pero lejos, muy lejos de Vasconia: allí es la encarnacion del odio de raza.....

—Pero Ranimiro tiene una hija.

—¿Qué me importa á mí?

—Una dama bellísima, prodigio de gracia y hermosura.

—Guardaos de ella si es tan hermosa.

—¡Yo! ¡Yo la guardo hace tiempo para ti!

—¡Para mí! esclamó Eudon, sonriéndose por muy extraña manera.

—Y de este modo podemos sin la menor violencia hacer salir á su padre de Pamplona, traerlo á Toledo, donde vivireis todos juntos y como en familia.

—¡Jamás!

—¿Por qué?

—Porque, aquí donde me veis, estoy desposado.

—¡Casado tú! ¿Con quién?

—Con una princesa.

—¿Griega?

—Tan griega como yo.

—Pero ¿no sois bizantino? ¿No sois heleno?

—No.

—¿Romano ó latino?

—No.

—¿Ibero por ventura? ¿De las antiguas tribus españolas?

—Tampoco. Sospecho que ni siquiera soy de su raza.

—Pues ¿quién eres tú, Eudon? ¿Quién eres tú?

—Un hombre de quien teneis necesidad, y que os necesita á Vos: un estranjero que no ha nacido en vuestros dominios; proscrito, errante, sin patria ni hogar, sin deudos ni amigos. Perdonad, un hombre que no tiene mas amigo que vos.

El rey le tendió la mano en silencio. El Conde de los Notarios prosiguió.

—Sois mi único amigo y sois tambien el único depositario de mi secreto, ó por mejor decir, el único testigo de mi debilidad; porque yo quiero ser Duque, y mi debilidad es el haberlo pedido. Yo necesito presentarme al padre de mi prometida esposa, y decirle: ahí teneis los títulos que en son de burla me pedíais; ahí esta ese Ducado; venga ahora la princesa que ha tiempo me pertenece. Hasta entonces, Señor, no soy nadie; tengo que ocultar el nombre de mi desposada, no puedo presentarla á la faz del mundo, ni revelar siquiera cual es su familia.

—Pues bien, Eudon, tú serás Duque; tuyo será el palacio de Amaya.

—¡De Amaya habeis dicho! esclamó turbado el Conde de los Notarios.

El Rey se sonrió.

—De Amaya, sí, le contestó reprimiendo su maliciosa expresion: Amaya es la ciudad patricia de los romanos, no lejos de las Asturias, donde los Duques de Cantabria tienen un magnífico palacio.

—Acepto el palacio de Amaya.

—Para despues de mi vuelta de Vasconia..... Y ahora puedes retirarte, y hacer entrar de paso á Pedro, mi pariente y Duque actual de Cantabria, que está aguardando en la antecámara.

Retiróse Eudon, poco satisfecho de sí mismo y un tanto receloso de la sonrisa del Rey.

Entró Pedro, y Rodrigo sin mas preámbulos le dijo:

—Pedro, ¿cuántos dias há que salísteis de Pamplona?

—Quince.

—¿Quedaba allí mi tio Ranimiro, con su hija Amaya?

—No; acababan de salir para el castillo de Cantabria.

—¿Dónde está ese castillo?

—Encima de Varia y de Lucronio; al pie de la cordillera que lleva ese mismo nombre de Cantabria.

—¿Y que han ido á hacer allí?

—Han ido á pasar una temporada con vuestro tio Favila, el padre de Pelayo, que vive retirado y solitario en su modesto alcázar. Yo creo que Ranimiro quiere quedarse solo, por si le necesitais para la próxima campaña.

—¿Y en qué opinion tienes tú á Ranimiro como militar?

—Es un consumado capitan, y conoce como nadie aquella guerra.

—Y siendo así, ¿cómo no me lo has propuesto para Conde de cualquiera de nuestras ciudades vascas? ¿No es por ventura de fiar como amigo nuestro?

—Lo es tanto, que solo por leal le quitó Witiza condado y tiufadía, aunque por un descuido inexplicable se olvidó de decalvarlo ó de sacarle los ojos. Pero vuestro tio tiene una gran falta para el mando en aquella tierra, porque es el hombre mas aborrecido de los vascos.

—¿Por qué así?

—Ha sido, serenísimo Señor, el godo que mas hondamente ha penetrado en las montañas pirenáicas, llegando casi á cruzarlas, ó por lo menos al riñon vascongado. En una de las incursiones de su juventud, allá por los tiempos de Egica ó de Ervigio, llevado en alas no sé si de la ambicion ó de la venganza, avanzó hasta la casería del padre y patriarca de los vascos, tenida por ende en gran veneracion en todo ese país, y la entregó á las llamas, de manera que de toda aquella respetable antigualla no han quedado mas que cenizas. Dicen tambien, pero yo me resisto á creerlo, que habia dentro de la casa una mujer que pereció abrasada.

—Es uno de tantos azares de la guerra, contestó tranquilamente el Rey.

—Pero funesto para Ranimiro, que desde aquel momento quedó imposibilitado de seguir otro sistema que el del terror. Viéndose detestado, la necesidad de hacerse obedecer le obligaba á exajerar los rigores, lo cual acrecentaba el ódio, no dejándole otro recurso que la crueldad.

Y, Señor, el oficio de gobernadores no es el de los cometas, que solo aparecen en el firmamento para amedrentar.

—Pero ¿es hombre tan severo, tan duro realmente, como de tus palabras se infiere? preguntó Rodrigo, clavando en el rostro del Duque una mirada escudriñadora.

Pedro contestó sin desconcertarse:

—Es el hombre mas bondadoso y apacible, y al propio tiempo el mas fiero que he conocido. Dulce y cariñoso en el trato ordinario, implacable cuando se atenta á su dignidad ó la justicia; por la justicia y la dignidad lo sacrificaría todo, hasta su propia hija.

Calló el Duque, y su augusto pariente quedó un rato como distraido rumiando las palabras que acababa de oir.

—Afortunadamente para nosotros, exclamó levantándose del triclinio en ademan de dar por terminada la conferencia, si yo necesito á Ranimiro, no es para darle mando alguno en el país de los rebeldes, sino para..... para consultar con él y con vosotros mi plan de campaña.

—¡Gracias á Dios! exclamó Pedro: no podeis hacer mejor cosa. Porque ¿qué muestras de talento militar, ni de estudios estratégicos, han dado Sisebuto y Ebbas? ¿Qué saben ellos, ni el mismo Eudon, de vascos ni de Vasconia?

—Basta, Pedro, ¿quereis dejar en paz á mis amigos?

—Al paso que Ranimiro entró imberbe en la guerra, y de ella ha salido peinando canas.

—Pues bien, le consultaré mi plan, le oiré, para lo cual será preciso avisarle de que se vuelva á Pamplona.

—¿Solo?

—Con su hija. ¿No se llama Amaya?

—Amaya, nombre peregrino, que para los godos es el de una ciudad, y para los vascos es el fin.

—¡El fin! repitió el Rey pálido y con trémulo acento. Díle á Pelayo que les escriba. Quiero que Ranimiro se vuelva á Pamplona, porque durante mi permanencia en aquella ciudad, he de hospedarme en su casa.

Pedro salió.

—Cuando llegue el fin, por una mujer se perderá España. El fin ha llegado. ¿Dónde está la mujer que ha de perdernos? ¿Dónde la que nos ha de salvar?

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Se continuará.)

REVISTA DE LIBROS

I.

Jesucristo Maestro divino de las naciones, por el Excmo. Sr. D. Antolin Monescillo, Obispo de Jaen.

Trátase de un librito en 16.°, de 380 páginas, cuyo mérito empieza ya por una cualidad menos comun de lo que pudiera creerse, y es que desde luego su título expresa bien el objeto de la obra. Si algo se necesitara para definirle íntegramente, dícenlo todo los dos textos sagrados que se ven en la portada: *Et redens docebat turbas.—Ipsum audite.*

Cierto, asentado en el trono inconmovible de los principios eternos del órden social, Jesucristo, verbo de Dios, no sólo Maestro sino Autor de las humanas sociedades, á todas enseña perpétuamente, junto con su oríjen y su fin natural y sus leyes fundamentales, los medios prácticos de realizar en ellas y por ellas el fin sobrenatural del hombre individuo, para quien fueron instituidos.

Una, en efecto, es la doctrina social, como una es la naturaleza humana, y como uno solo es el medio de restaurar esta naturaleza, degradada por abuso de aquella libertad que específicamente la constituye. De aquí que ni haya, ni pueda haber doctrina social perfecta sino la que, junto con aquella unidad natural de la humana familia, tome en cuenta esta otra de órden mas excelente, erigida por la misericordiosa omnipotencia de nuestro Padre que está en los cielos, para que todos y cada uno podamos ser hechos, como el Catecismo nos lo enseña, hijos de Dios y herederos de su gloria. *Deus, qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti.*

Digámoslo claramente: fuera de la doctrina cristiana, es vano buscar doctrina social íntegra, ni sana ni eficaz para gobernar á los pueblos. La soberanía social de Jesucristo es base de toda soberanía, porque él es Rey de reyes y Señor de señores; y toda legitimidad que presuma de fundarse en aparatos jurídicos ó históricos, desprendidos de aquel cetro labrado *ab æterno* con madera del árbol de la Cruz, viene á ser lo que en Lógica se llama una peticion de principio, y es de todos modos un simulacro de poder, alternativamente hundido en el fango de cesarismos abyectos y de sediciones de ilotas.

«Y sin embargo, nada hay mas desconocido en el mundo oficial que el espíritu cristiano, por mas que ningun hombre de Estado prescinda de la religion. Los mismos que se precian de ateos ó deistas, sufren presion amarga en su ánimo, siempre que intentan esclarecer problemas sociales,

nunca independientes del cristianismo. Quisieran, es verdad, distraer el público, las asambleas y los estrados con teorías extrañas, á fin de apartar como enojosa la doctrina del Evangelio. Entre los mas audaces para llevar á cabo la empresa, debe contarse una raza de académicos imbuidos de espíritu de duda y de incredulidad, á propósito para extraviar del buen camino á generaciones enteras. Pero acosados de uno y otro lado por la historia, por las tradiciones, por las costumbres y la vida pública de los imperios, solo tienen el valor de las negaciones atrevidas ó la imbecilidad de la burla.

»Otra escuela mas entonada y ágil ha tomado á su cargo la tarea de compaginar los extremos que ella tiene por disparatados, y abriga la pretension de terciar definitivamente en todas las contiendas, promuévalas el escepticismo ó la indiferencia, la osadía ó la astucia.

»Para esto se requiere sangre fria y pulso tranquilo, pues el calor sufre achaques de sorpresa y de ingenuidad, inconvenientes en casos árduos y para obviar conflictos.

»¿Qué hará el cristianismo á presencia de tales enemigos? Comparecido, y como de asiento en el banquillo de los acusados, todo se revuelve contra él: las ciencias que él bendice é impulsa, la historia á la cual dignifica, las artes que alienta y perfecciona, las industrias y la riqueza cuyo buen uso consagra, y por fin, la razon por él esclarecida y elevada.

»Solo que por parte de los astutos y con una especie de compasion semejante al sarcasmo, se finge amor á Jesucristo y admiracion á su doctrina; se declara la conveniencia de tratar con la Iglesia, y no se desconoce la necesidad de la religion para gobernar los pueblos.

»Mas á todo esto, recélase de la preponderancia del clero, temiendo lo que no se debe temer, y confiando justamente en lo que ofrece peligros.

»Así las cosas, desvélanse los políticos en buscar el modo y forma de armonizar la accion de la Iglesia con la gestion de los asuntos públicos; y como todo lo haya llamado á sí la política, saluda ella á la religion en estos términos: «Seas bienvenida; pero no te excedas.» Dice al clero: «Seamos amigos; pero guarda compostura.» Lo cual significa que la política admite de la religion lo que, en su concepto, no puede molestarla, y pacta con la Iglesia siempre que el Estado reporta utilidad.

»Siendo mas que sospechosas estas relaciones, andan apesadumbrados los hombres de buena voluntad, sin hallar muchas veces recursos á mano para advertir á unos y enseñar á muchos lo que conviene tener entendido para librarse de emboscadas y sorpresas.

»En realidad todo se ha hecho en este sentido. Hay apologías de la religion y de la Iglesia; hay preciosos textos y comentarios brillantes; la exposicion y la polémica adelgazan cada dia en la industria de esclarecer las cuestiones é interesar el buen sentido; y el ingenio cristiano, tomando de inagotables tesoros ejemplares divinos, presenta sin cesar á la consideracion pública objetos edificantes de esperanza y de consuelo.

»Y pues tal camino ha de frecuentarse sin interrupcion, á él he traido la imágen de Jesucristo, divino Maestro de las naciones, con el piadoso intento de que, oyéndole, ante Él se postren y le adoren los pueblos reconocidos.»

Con estas cláusulas enuncia el ilustre autor su propósito, y á fe que le cumple.

Su obra es harto breve para que se la pueda llamar comentario del Evangelio social de Jesucristo; pero sí es un compendio sustancioso de máximas políticas rectamente deducidas de la ejemplar historia de aquel Hombre Dios que, encarnado en las entrañas virginales de María, para ser «Hombre revelado á los Gentiles y salud aparejada ante la faz de todos los pueblos,» mostró bien desde luego ser Maestro verdaderamente divino, haciendo de cada cual de sus obras una enseñanza, y de cada cual de sus enseñanzas un principio fecundo en todo linaje de buenas obras: *cœpit facere et docere*.

De aquí la utilidad práctica de todo el libro. Calcado como está en modelo tan perfecto, su autor no ha tenido sino seguir paso á paso el proceso de la narracion evangélica, para ir encontrando debajo de su docta pluma todo un ordenado conjunto de política, digámoslo así, esperimental, en donde se ve la doctrina comprobada por el hecho, y el hecho derivándose espontánea y aun necesariamente de la doctrina.

Espíritu de toda la obra es encaminar la reforma social por la via espedita y segura de la reforma del indivíduo. Poniendo delante de cada hombre el divino ejemplar, ofreciéndolo á su mente como eterno manantial que es de la verdad misma, y á su corazon como inagotable océano de todo afecto puro, va mostrándolo á toda clase y condicion de espectadores, no solo tal y como Él se mostró en toda su vida mortal, privada y pública, desde la Encarnacion hasta el Calvario, sino tal y como sigue mostrándose perpétuamente en la vida interior y exterior de su santa Iglesia.

En ese celestial panorama, fotografiado, permítasenos la frase, por el Sr. Obispo de Jaen con la ciencia de profundo teólogo, con la mision de piadoso moralista, y con el arte de hábil expositor, vanse viendo pasar, y difundiendo su fragancia propia, los sermones, las parábolas, los actos de Nuestro Señor, todo ello confluyendo, digámoslo así, á la doctrina social, ejemplada en toda la série de personajes, que como otros tantos tipos de todas las clases y condiciones de la humana sociedad, rodearon al divino Maestro.

Puédese, por tanto, decir que la obrita del ilustre Sr. Monescillo es un cuadro sinóptico de la vida del Divino Maestro, un verdadero compendio de apologética cristiana, un *Syllabus* de principios fundamentales de ciencia social, y un bosquejo de las aplicaciones que á esta ciencia ha ido dando la Iglesia en el establecimiento y propagacion de la soberanía social de Jesucristo.

GABINO TEJADO.

II.

Polémicas. indicaciones y proyectos sobre la ciencia española, por Don Marcelino Menendez Pelayo, Doctor en Filosofía y Letras. Con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz, Catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid. Un tomo en 8.° XXIX.—292, pp.

El autor de este libro es un jóven en quien contrasta á maravilla el verdor de los años, que no pasan de veinte, con la grandeza del ingenio, la madurez del juicio y erudicion inmensa y bien aprovechada. En una edad en que los más, ó la malgastan en devaneos y pasatiempos peligrosos, ó si, estimulados por la pasion del saber, dedican al estudio sus mas nobles facultades, apenas han logrado formarse ideas claras de los principios ó elementos de las ciencias, el Sr. Menendez Pelayo ha publicado una obra que honraria á cualquier autor, cuya cabeza hubiese encanecido en el estudio, y cuya pluma se hubiese ejercitado largos años en escribir sobre las cuestiones mas árduas y difíciles. Y con ser tan jóven, no es este el primer escrito que ha salido de su pluma. Ya en 1875 dió á luz el erudito discurso acerca de *La Novela entre los latinos* leido al recibir la investidura de Doctor en Filosofía y Letras; el mismo año divulgó en el periódico *La España Católica* una série de artículos literarios sobre *Los Jesuitas españoles en Italia*, que vivamente desearíamos ver continuados é impresos separadamente; y en 1876, el primer tomo de una Coleccion de *Estudios sobre escritores montañeses*. Actualmente, segun lo indica el Sr. D. Gumersindo Laverde en el elegante prólogo que encabeza el libro de las *Polémicas*, está preparando una *Biblioteca de traductores españoles*, vasto tesoro de erudicion biográfica y bibliográfica, en su mayor parte, y con infatigable aplicacion y diligencia ya reunido y ordenado; la *Historia de la Estética en España;* y la de los *heterodoxos españoles*, cuya introduccion y plan ha dado ya á conocer. Estos y otros trabajos, cuyos proyectos bullen en la cabeza juvenil del Sr. Menendez, al par que demuestran entendimiento clarísimo, alentado corazon y otras excelentes cualidades que debe al cielo, hacen concebir á los amantes de las letras patrias halagüeñas esperanzas de ver algun dia reverdecer en las sienes de nuestro jóven escritor los lauros que ennoblecieron las frentes de los Nicolás Antonio, Perez Bayer y otros, que aplicaron sus talentos á esclarecer la historia de los ingenios españoles.

En las *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, de que vamos con mucho gusto á dar cuenta á nuestros lectores, resplandecen altísimas cualidades, erudicion extraordinaria, doctrina segura y bebida en buenas fuentes, agudeza de ingenio, estilo fácil, brioso y castizo, y una elocuencia viva, persuasiva, brillante á veces, y siempre es-

pontánea y natural. Empezado el libro, no hay soltarle de la mano. Sin sentirlo va uno leyendo página tras página, y ya se indigna con el autor contra los despreciadores de nuestra antigua cultura; ya se sonrie, al ver sacados á la vergüenza los disparates de nuestros modernos Don Hermógenes literarios, pronunciados con la mayor seriedad y aplomo del mundo; ya se exalta y entusiasma al mirar algunos rasguños no más del cuadro de la grandeza intelectual de nuestros mayores; ya aplaude y oye con cariño los proyectos del autor para dar á conocer los tesoros de nuestra riqueza científica á los ligeros, aturdidos y descastados nietos de aquellos ilustres varones, por cuyas virtudes é ingenio se levantó España á la cumbre de la mayor prosperidad y grandeza, á que ha subido nacion alguna, y de la cual, como bellamente decia en lúcido intervalo un escritor liberal, no nos queda más que el polvo, que pisamos con indiferencia.

A tres puntos ó cabezas pueden reducirse las materias tratadas por el señor Menendez, como resulta del título de su obra. En las *Polémicas*, vindica generosamente á nuestra nacion de la nota de ignorancia y abatimiento intelectual con que quieren deshonrarla algunos escritores, que sin duda por equivocacion han nacido en España. Como el cargo era gratuito, con citar media docena de nombres propios, y los títulos de algunos libros que cualquier ocioso puede leer recorriendo los estantes de nuestras bibliotecas, se hubiera venido abajo aquel castillo de viento, levantado por la ignorancia y osadía. Mas no se contenta con esto el Señor Menendez, sino que con caudal inmenso de erudicion hace ver el lugar preeminente que ocupan los españoles entre los cultivadores de las ciencias de las pasadas edades, poniendo en toda evidencia que (como decia el Padre Mariana), «los estudios de la sabiduría florecieron en España cuanto en cualquiera parte del mundo, y que en ninguna nacion tuvo la carrera mas abierta y patente, el valor y la virtud para adelantarse.» Por el largo catálogo de sabios ilustres que presenta el Sr. Menendez, no habrá nadie que no quede de todo punto convencido de la extension, universalidad y eminencia de la sabiduría de nuestros antepasados, y de que es imposible escribir la historia de la civilizacion europea, sin tener en cuenta sus esfuerzos y adelantamientos intelectuales. Y si fuesen necesarios testigos de fuera, ahí está el inglés Hallam, protestante, pero no krausista ni *constructor de ciencia*, que no creyó posible bosquejar esta historia, sin dedicar largos capítulos á los sabios españoles.

Por lo que toca á la filosofía, que es el blanco adonde principalmente asestan sus tiros los escritores que combate el Sr. Menendez Pelayo, no solo fueron eminentísimos los que la cultivaron en España, pero nos atrevemos á asegurar que han sido los primeros y más escelentes del mundo, y los que ejercieron mayor y más eficaz influencia en las escuelas y universidades de su tiempo; y aun ahora la tienen eficacísima y preponderante. Solamente los dos tomos en fólio de *Disputationes Meta-*

physicæ, y los tratados *De Anima* y *De Legibus* del Padre Francisco Suarez, contienen mas ciencia, mas luz y conocimiento de los problemas filosóficos, que infinitas obras de filósofos estranjeros muy renombrados; y no decimos más que los modernos de Alemania y los españoles que los siguen y traducen, porque éstos, no luz sino tinieblas son las que derraman, y toda su ponderada profundidad no es tal profundidad, sino pobreza y superficialidad de ideas, que forman risible contraste con el lenguaje sibilino é inestricable en que están espresadas: imágen de su entendimiento tenebroso, y de la confusion y embrollo, que en él reinan. Es cierto que en España no hemos tenido *filosofía* á lo Bacon, á lo Descartes, á lo Kant, y demás sofistas transpirenáicos. La claridad de los entendimientos españoles fué hasta ahora valladar incontrastable, donde se han deshecho los errores engendrados en imaginaciones levantiscas ó extraviadas; y si alguna vez han aparecido en libros españoles los desvaríos de los filósofos modernos, ha sido en el capítulo de las objeciones y dificultades, no en el cuerpo de la verdadera doctrina filosófica. Si esta es la causa de no hablarse en el mundo de *filosofía española*, no tenemos por qué avergonzarnos, sino mucho de que envanecernos. Porque si la ciencia es un sistema de conocimientos ó conclusiones sobre un objeto determinado; si la verdad y el conocimiento resultan de la conformidad ó ecuacion entre el entendimiento y el objeto; si el objeto de la filosofía, que son las razones, ó relaciones supremas de las cosas, persevera siempre el mismo; si idéntico es en todos los hombres el entendimiento que las percibe, y una y la misma en todos la manera de producirse el conocimiento y la certeza y la demostracion de donde nace la ciencia,—es evidente que la filosofía, ó sea el conocimiento ordenado y reducido á los primeros principios de estas supremas relaciones, ha de ser una y la misma en todos lugares y tiempos. Sería absurdo suponer que pueda haber una filosofía española, otra francesa, otra alemana, otra inglesa, india ó escandinava, ni más ni menos que una astronomía, ó química, ó matemáticas diferentes para cada nacion, y acomodadas al gusto y uso particular de sus naturales. No hay duda que en el desenvolvimiento de algunos principios, en el enlace de unas verdades con otras, en discurrir nuevos caminos ó argumentos para llegar á ciertas conclusiones, puede haber mucha variedad, que abra campo inmenso donde hayan de lozanear los ingenios, y descubrir verdades, y relaciones, y puntos de vista peregrinos, y aun imitando ser nuevos, y disintiendo en cuestiones secundarias, procurar á la ciencia verdaderos progresos: como lo prueba muy bien el Sr. Menendez Pelayo en los varios grupos, ó escuelas en que divide á los filósofos españoles. Pero esto de que el primer venido, echando á un lado los libros, y haciendo tabla rasa de cuanto han dicho los mayores ingenios del mundo, se arroje á filosofar, y *construya ciencia*, y sin más luz que la de su anochecido entendimiento, decida magistralmente de cuanto hay en el cielo y en la tierra, es invencion moderna,

en la cual nunca soñaron aquellos antiguos bienaventurados españoles. Los cuales, no despreciando, sino estimando y aquilatando el tesoro de verdades descubiertas por los que los precedieron, y añadiendo otras nuevas al acervo comun, creyeron que habia de enriquecerse la ciencia. Y con este criterio, dotaron á nuestra patria de aquella *perennis philosophia*, que era el bello ideal de Leibnitz; y dejaron escritas obras imperecederas, á donde siempre acudirán todos los amantes de la ciencia, á buscar luz para la resolucion de las cuestiones más difíciles de la filosofía. Estos libros, aun en nuestro siglo ligero y superficial, se leen y reimprimen, como lo prueban las dos ediciones de las obras de Suarez, que son voluminosísimas, hechas en pocos años: las de Lugo, Toledo, Martinez de Ripalda, y la novísima de Alvarez de Paz, cuyos escritos forman una *suma de la ciencia de la voluntad*, comparable con la de Santo Tomás de Aquino, de que es magnífico complemento. Tal ha sido el carácter peculiar (salvas rarísimas escepciones y de escasa importancia) de todos los que han filosofado en España, desde los más antiguos hasta los más modernos, entre los cuales brilla como astro esplendorosísimo el gran filósofo catalan D. Jaime Bálmes.

Y á propósito de este último, si bien el Sr. Menendez Pelayo solo se propone desmentir á los que niegan nuestra antigua filosofía, hubiéramos querido que encareciese algo más los altos merecimientos de Bálmes, tributándole alguna parte de las alabanzas que da al valenciano Luis Vives, cuyo mérito é influencia creemos que exajera algun tanto, supuesto que sus obras filosóficas cuentan muy pocas ediciones, y su nombre es apenas citado por los escritores de filosofía, aun por aquellos que pudieran pertenecer á su escuela. Muy al contrario sucede con Bálmes, cuya fama, en lugar de disminuir, crece con los años; y su autoridad se cita con aplauso en todas las escuelas; y las imprentas reproducen sin cesar sus escritos: los cuales se traducen al francés, inglés, aleman, italiano y hasta el polaco, si mal no recordamos. Y á ellas y á las del insigne Donoso Cortés, y á las de algun otro pobre oscurantista y apagaluces debemos los españoles á quienes ha tocado vivir en este siglo iluminado, el que fuera de España se acuerden de nosotros, y que no aparezcamos como una nulidad en punto á ciencias racionales. Y pues se ofrece la ocasion, no estará de más recordar que Krause, aquel filósofo (cuya doctrina fué á buscar allá á Alemania el Sr. Sanz del Rio, corriendo las siete partidas, pagado y mantenido por el Gobierno español), apenas es conocido en su patria; y el que escribe estas líneas no olvidará jamás la expresion de sorpresa que se dibujó en la fisonomía de un eminente profesor de teología, natural de Alemania, y educado en una de sus más célebres universidades, cuando preguntado por el crédito de que gozaba Krause entre los suyos, respondió que jamás habia oido citar semejante nombre en las escuelas. Ni tampoco se le borrará de la memoria el gozo que sintió en su pecho, al oir de sus lábios autorizados, que

el nombre de Bálmes se oia con veneracion y respeto, y que los profesores recomendaban sus obras á los alumnos, y que no habia ninguno de estos que no tuviese noticia de la *Filosofía Fundamental*.

Nos hemos detenido demasiado en las *Polémicas* del Sr. Menendez, y nos queda poco espacio para hablar de las *Indicaciones y Proyectos*. Ninguno de cuantos lean su libro dejará de agradecerle las curiosas noticias que recoge sobre nuestra bibliografía; y muchos seguramente sentirán con él en los planes que propone para levantar de la postracion en que yacen en España los buenos estudios; aunque al leer alguno de ellos, en especial el que se refiere al restablecimiento de Comunidades religiosas, digan para sí que el proponer semejante idea en los tiempos que corren es peor que predicar en desierto. El plan de la *Historia de los heterodoxos españoles* nos parece escelente; alguna que otra omision hemos advertido, la cual no se escapará á la sagacidad del Sr. Menendez Pelayo, segun vaya realizando su proyecto. En particular sería de desear que, sobre el elemento doctrinal ó científico, diese alguna entrada á otro elemento más humano, ó más bien más mujeril ó mujeriego, que desde los primeros tiempos de la Iglesia, pasando por Lutero, y llegando hasta Blanco White y Villanueva, y aun mas acá, ha tenido gran mano é influencia en todo este negocio de herejías. Por lo demás, no hay que disimular que la obra en que está empeñado el Sr. Menendez Pelayo, aunque gloriosa, aparece llena de dificultades, que se aumentan no poco con un modelo ó punto de comparacion que tiene en *Los herejes de Italia* del ilustre César Cantú. Mas á los espíritus de tan generoso aliento como nuestro jóven escritor, se puede decir que las dificultades se han hecho para vencerlas.

No terminaremos esta revista sin apuntar que á algunos ha parecido el estilo del Sr. Menendez un tanto agresivo, desenfadado y mordaz, sobre todo, cuando se las ha con los deslumbrados filosofantes krausistas. A nosotros nos parece que no hay razon para tal cargo. Es sabido que

El que escribe neceda
Dalas á censo perpé

Y si el loco por la pena es cuerdo, no lograria poco el Sr. Menendez y cuantos se propongan satirizar la ridícula germanía de nuestros sábios flamantes, si consiguieran, ya que no traerlos al buen camino (porque esto solo Dios puede hacerlo), tener á raya su osadía, y librar al sentido comun y á la lengua castellana de los sustos que de vez en cuando les dan con sus lucubraciones estupendas.

Y aquí ponemos punto; no sin exhortar á los jóvenes españoles á que, siguiendo el ejemplo de su noble compañero el Sr. Menendez Pelayo, lean y estudien las obras inmortales de los ilustres españoles, que fueron altísimo honor de su patria y del género humano. En ellas encontrarán luz para el entendimiento y esfuerzo para el corazon; y enamorados

de su doctrina, despreciarán la confusa y disparatada filosofía krausista, que por misterio inexplicable (si la Revolucion no fuese capaz de aclarar estos misterios) ha reinado en algunas de nuestras Universidades, y que, si no mienten las señas, va ya tropezando, y ha de caer del todo sin duda alguna.

M. MIR.

BIBLIOGRAFÍA

I

LIBROS ESPAÑOLES

ARROYO Y ALMELA (J.)—Vida de San Francisco de Paula (de Senequier). Valencia, 1876, J. Mariana, editor. Un volúmen en 8.° de 230 páginas.

CARBONERO Y SOL (D. LEON), Director de la Cruz.—Crónica de la peregrinacion española á Roma. Madrid, 1876, imprenta de D. A. Perez Dubrull. Un volúmen en 4.° de 517 págs.

Reuniendo y ordenando en este volúmen el activo y celoso director de la *Cruz*, cuantos datos y noticias ha encontrado dispersos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros, acerca de la peregrinacion española á Roma, ha contribuido en gran manera á perpetuar la memoria de esta grandiosa manifestacion del espíritu católico en nuestra patria.

La acertada distribucion de la obra, así como sus escelentes condiciones materiales, y el precioso retrato fotográfico de Su Santidad, que va unido á ella, la hacen digna de ser acogida favorablemente por los lectores católicos.

DUPANLOUP (MONSEÑOR), Obispo de Orleans.—El Matrimonio Cristiano. Traduccion española de la B. del Castillo. Madrid, 1876, imprenta de Berenguillo. Un volúmen en 8.° de 250 págs.

— Mujeres sabias y mujeres estudiosas. Traduccion española de María de la Peña, 2.ª edicion. Madrid, 1876, imprenta de la Viuda de García. Un volúmen en 8.° de 149 págs.

La frecuente traduccion al castellano de obras de reputados escritores católicos de otros países, ha de tenerse por felicísimo síntoma de la aceptacion que encuentran entre nosotros los libros de sana y sólida lectura. A este género pertenecen las dos mencionadas obritas del celoso y elocuente Obispo de Orleans, encaminada la primera á establecer la verdadera nocion del matrimonio cristiano y de los deberes á él inherentes, contra los errores y preocupaciones que lo desnaturalizan y falsean, y dirigida la segunda á asentar los principios que deben dirigir la educacion de la mujer, combatiendo por una parte á los que pretenden reducir escesivamente la esfera de su actividad intelectual, y por otra el error, mas funesto todavía, de los que quisieran estenderla mas allá de sus justos límites.

FÁBER (R. P. F. WILLIAM).—El Criador y la Criatura, ó las Maravillas del Amor Divino. Madrid, 1876. Librería de Leocadio Lopez, editor. Un volúmen en 8.° mayor de 530 págs.

— Progreso del alma en la vida espiritual. Traducido por Gabino Tejado. Madrid, 1876, librería de Leocadio Lopez. Un volúmen en 8.° de 620 págs. Se vende en la librería católica de Tejado, Arenal, 20, y su precio es 16 rs.

Excelente idea ha sido la de traducir al castellano las obras del insigne sacerdote del Oratorio de Lóndres Federico Guillermo Fáber, tenido con justicia por uno de los mas grandes maestros de la vida espiritual en nuestro siglo. A la publicacion de su tratado sobre *El Santísimo Sacramento*, continuacion del *Todo por Jesús*, y á la del que lleva por título *María al pie de la Cruz*, verificada en 1875, han seguido en el año que acaba de pasar, los dos libros cuyos títulos sirven de epígrafe á estas líneas, no menos recomendables que los anteriores, por la profundidad de la doctrina y las saludables enseñanzas que encierran. En el primero, despues de demostrar los prodigios de amor que Dios ha obrado en las criaturas, nos propone el camino que hemos de seguir para sustraernos á las tentaciones del mundo, y entrar resueltamente en las vias de la santidad. La segunda de estas obras, cuyo carácter esencialmente práctico se revela en su título, se dirige á las personas que desean verdaderamente abrazar la vida espiritual, dándoles excelentes consejos para adoptarla y perseverar en ella, y mostrándoles las dificultades que han de encontrar en su camino, juntamente con los medios de dominarlas y vencerlas. La traduccion es esmerada y correcta, como debida á la castiza pluma del notable escritor católico Sr. Tejado.

F. (P.) La persecucion religiosa en Alemania. Traduccion de D. J. B. Padilla. Madrid, 1876, imprenta de Bernardino Cao. Un folleto en 4.° de 46 págs. Se vende en la librería católica de Tejado, y su precio es 1 peseta.

Redúcese este opúsculo á una breve reseña del orígen y progresos de la persecucion que sufre actualmente la Iglesia en el nuevo imperio alemán, reseña que por lo sencilla y ordenada, y por contener el texto de las leyes mas importantes dictadas contra los católicos por el Cesarismo prusiano, puede servir para dar cabal idea del inícuo proceder de los revolucionarios alemanes, no menos que de la inquebrantable adhesion á su fe, y santa energía de los católicos en aquel país. Es de sentir que la traduccion, fiel y esmerada por lo general, peque á veces de incorrecta, y que se hayan deslizado algunos errores al traducir los nombres geográficos, como son, por ejemplo, el poner Treves por Tréveris y Majencia por Maguncia.

FFRNANDEZ GUERRA (D. AURELIANO).—Las ciudades béticas Ulisi y Sábora. Nuevos descubrimientos, incripciones inéditas. Dos correspondientes de la Academia de la Historia. Carta á un amigo. Madrid, 1876, imprenta de F. Maroto. Un folleto en 4.° mayor de 7 págs.

Interesantísimo desde el punto de vista histórico es este opúsculo de nuestro ilustre arqueólogo y erudito Sr. Fernandez Guerra, con que se resuelve en última instancia, merced á un reciente descubrimiento epigráfico, el pleito seguido hace largo tiempo entre los aficionados á las antigüedades, sobre el sitio que debió ocupar la antigua *Sábora*, famosa ya por la carta del emperador Vespasiano, conocida con el nombre de *Epis-*

tula Vespasiani ad Saborenos, fijándose en él tambien, con ayuda de otro curioso monumento epigráfico, el lugar en que se asentó una ciudad desconocida hasta ahora, denominada *Ulisi*. Este escrito, redactado en forma epistolar y dirigido al sábio P. Fidel Fita (que lo ha enriquecido con algunas curiosas observaciones), revela, como todos los de su autor, gran erudicion, esquisita diligencia y sagacidad suma en la interpretacion de los textos epigráficos, cualidad esta última que se deja ver muy singularmente en la reivindicacion que hace el Sr. Fernandez Guerra, para la epigrafía cristiana, de la lápida sepulcral de Corao, no explicada ni entendida por ningun epigrafista de los que la han copiado, incluso el aleman Hübner.

FRANCIOSI (J.)—Nociones doctrinales y prácticas sobre la devocion al Sagrado Corazon de Jesús, acompañados de un apéndice sobre la devocion al Santísimo Corazon de María. Traducido de la 2.ª edicion francesa. Madrid, 1876, imprenta de A. Gomez Fuentenebro. Un volúmen en 8.° de 304 págs.

GARCÍA AYUSO (F.)—Iran, ó del Indo al Tigris. Descripcion geográfica de los paises iranios Afghanistan, Beluchistan, Pérsia y Armenia. Madrid, 1876, librería de Murillo. Un volúmen en 4.° mayor de 418 págs., con un mapa.

G. RODRIGO (D. FRANCISCO JAVIER).—Historia verdadera de la Inquisicion. Madrid, 1876, imprenta de Gomez Fuentenebro.

Se publica esta obra por entregas de 16 páginas en 4.° Se han publicado tres cuadernos. La obra constará de tres volúmenes.

Tenemos á la vista el resúmen general de los capítulos que comprenderá esta obra, y á juzgar por él y por el buen nombre de su autor, creemos destinado este libro á ilustrar del todo una materia en que tantas calumnias y declamaciones ha sembrado el Protestantismo y la Filosofía incrédula: esperamos, pues, que á la luz de la verdad histórica, conocida gracias á las diligentes investigaciones del Sr. García Rodrigo, la Inquisicion se ofrecerá de nuevo á los ojos de todas las personas imparciales, como una institucion justa y misericordiosa, que salvó en España la Unidad católica contra las tentativas y asechanzas de todos sus enemigos. Cuando la obra esté adelantada, será objeto de exámen detenido, en la seccion correspondiente de esta REVISTA.

GOMEZ SALAZAR (D. F.), Catedrático de la Universidad Central.—Tratado de las censuras eclesiásticas, con arreglo á la Constitucion *Apostolicæ Sedis*, expedida en 12 de Octubre de 1869. Madrid, 1876, imprenta de A. Gomez Fuentenebro. Un volúmen en 4.° de 244 págs.

Esta obra es ya conocida y apreciada del público. El *Siglo Futuro* le dedicó oportunamente un análisis detenido, al que nada tenemos que añadir, pues precisamente el autor de aquel escrito es quien redactó estas líneas, y así se limita á encarecer de nuevo la importancia de esta publicacion, donde el lector encontrará esplicada con toda claridad la bula *Apostolicæ Sedis*, que es uno de los documentos destinados á perpetuar las glorias del insigne Pontífice.

GONZALEZ (Excmo. é Ilmo. Sr. D. F.), Obispo de Córdoba.—Filosofía elemental, 2.ª edicion, Madrid 1876, imprenta de Policarpo Lopez. Dos volúmenes en 4.° de 474 y 646 páginas, respectivamente.

— Philosophia elementaria ad usum academicæ et præsertim ecclesiasticæ juventutis. Editio secunda. Madrid 1877, imprenta de Policarpo Lopez. Volumen I.

El haberse agotado en el corto espacio de tres años, la primera edicion de estas dos excelentes obras del sábio Dominico, que tan dignamente ocupa hoy la Sede de Córdoba, demuestra bien á las claras, el incremento que va tomando en nuestra pátria el amor á la filosofía cristiana, á cuyo maravilloso renacimiento ha contribuido poderosamente, no solo en España sino tambien en el estranjero, donde sus obras son muy conocidas y estimadas, nuestro ilustre Prelado. Aunque los múltiples deberes que su elevado cargo le impone, han impedido al Sr. Obispo de Córdoba dedicarse, como hubiera deseado, á adicionar y modificar en algunas partes la primera de estas obras, segun hace notar en el prólogo de la segunda edicion, no por eso ha dejado de mejorarla, ampliándola y reformándola en muchos puntos.

En cuanto á la *Philosophia elementaria* (de cuya segunda edicion no se ha publicado todavía mas que el primer volúmen), dedicada especialmente para servir de testo en los Seminarios eclesiásticos, ha sido enriquecida tambien con importantísimas adiciones, entre las cuales se mencionan en el prólogo las relativas á la teoría de los derechos individuales, y al exámen de la moral independiente y del derecho de propiedad.

LEFEBRE (F.)—Luisa Lateau de Bois d'Haine. Su vida, sus éxtasis, sus estigmas. Estudio médico, traducido por Cárlos Castelain, alumno del Colegio de San Cárlos. Madrid 1876, imprenta de S. Limia. Un volúmen en 8.° de 352 págs.

Tan maravillosos y sorprendentes son los fenómenos observados en Luisa Lateau, la famosa estigmatizada de Bois d'Haine (Bélgica), que no obstante la atmósfera de incredulidad en que vivimos, y el menosprecio sistemático de los mas hácia lo que parece sobrenatural, la prensa no ha podido pasarlos en silencio, antes bien han sido objeto preferente de sus escritos, así como de exámen y discusion en las Academias y Congresos científicos. Entre las obras á que ha dado márgen su estudio por parte de escritores católicos, descuella la del sábio profesor de la Universidad de Lovaina, Doctor Lefebre, que despues de examinar el caso por sí mismo en la persona de la estigmatizada, se muestra plenamente convencido de la imposibilidad de esplicarlo por causas meramente naturales, y por tanto de que los maravillosos efectos observados en Luisa Lateau, no pueden ser producidos mas que por especial intervencion divina. El Señor Castelain al traducir el libro del Dr. Lefebre, donde tan magistralmente se esponen los términos de este problema y los datos para su resolucion, ha prestado un verdadero servicio á la causa de la Religion y á la ciencia á que se dedica, siendo merecedor por ambos conceptos de que no le escaseemos nuestros elogios.

LINIERS (S. de).—Todo el mundo. Breves apuntes acerca de lo mas importante que debe saber, y de lo mas preciso que debe ignorar el hombre moderno para vivir correctamente en la patria, en la familia y en la sociedad. Madrid 1876, imprenta de F. Maroto. Un volúmen en 8.° de 344 págs.

Se engañaria quien juzgando solo por el título, considerase la obra de Don Santiago de Liniers como un libro superficial y de mero pasatiempo. No ha sido seguramente la única intencion del autor entretener

agradablemente á sus lectores, antes bien, el fin que le ha impulsado á escribir su obra se revela en ella frecuentemente, aun en los mismos pasajes cómicos que le proporciona la *vida moderna*, retratada y criticada por él con singular ingenio. En la série de curiosas y verídicas escenas sociales, que hace pasar ante nuestra vista, muestra el señor Liniers, aunque alguna vez quizá con demasiada desnudez, pero siempre ridiculizándolos y anatematizándolos, como se merecen, los vicios y las preocupaciones que, como otros tantos cánceres, devoran á nuestra sociedad, poniendo de manifiesto sus cualidades de escritor fácil é ingenioso, observador sagaz y agradable moralista.

MACH (S.)—Tesoro del sacerdote, ó repertorio de las principales cosas que ha de saber y practicar el sacerdote para santificarse á sí mismo y santificar á los demás. Notablemente aumentado en obsequio de los Seminarios que han adoptado esta obra por testo de liturgia y teología pastoral. 7.ª edicion. Barcelona, 1876, imprenta de Francisco Rosal. Un volúmen en 4.° de 900 págs.

MALVAR (D. EDUARDO).—Recuerdos de un viaje á los Santos Lugares, con un prólogo del Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, de la Academia Española. Madrid, 1877. Un volúmen en 4.° de 202 págs.

Uno de los vacíos que se notan en nuestra literatura moderna, sobre todo al compararla con la de otros paises, es la falta de relaciones y libros de viajes. La obra del Sr. Malvar viene á llenarlo en lo que se refiere á la Tierra Santa, ofreciéndonos una relacion interesante y bien escrita, aunque á veces algo descarnada, de su peregrinacion á Jerusalén. La multitud de datos y noticias que contiene acerca del estado actual de aquellas comarcas, y particularmente sobre los sagrarios y lugares inmortalizados por la vida y muerte del Hombre-Dios, constituyen el principal mérito de la obra, que podria ser utilizada provechosamente como Guia, segun hace notar con razon el Sr. Cañete en su elegante prólogo, por los que emprendiesen el viaje á los Santos Lugares.

MARTINEZ IZQUIERDO (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Narciso), Obispo de Salamanca.—INSTRUCCION PASTORAL del Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca sobre los principales errores contemporáneos contrarios al Catolicismo. Madrid, 1876, imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado. Un volúmen en 8.° prolongado de 170 págs. Se vende en casa de Olamendi y otras librerías, y su producto está destinado al Padre Santo.

Esta produccion del ilustre Obispo de Salamanca, que tanto ilustró su nombre defendiendo la unidad religiosa en el Senado, es una obra completa sobre el espíritu de la época, formado por los errores del protestantismo, de la filosofía independiente y de la política liberal. Pocas veces hemos visto poner la segur contra la raiz de los males presentes con mano mas segura y entera, ni exponer la verdad con tanta claridad y valor. Aquí tiene el lector un indicador luminoso de los ídolos que debe quemar, y un programa completo de las verdades á que debe abrazarse para no perecer en este nuevo y extraño diluvio de errores y falsos intereses No conocemos en nuestros dias escrito alguno mas grave, mas completo, mas trascendental y elevado que la presente Instruccion.

MIGUEL (D. RAIMUNDO DE).—Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de San Isidro de Madrid.—Poesías, seguidas de un Apéndice que contiene la traduccion de los dos primeros libros de la Enéida, y varias composiciones latinas del maestro Francisco Sanchez de las Brozas, vertidas á la lengua castellana en variedad de metros por el mismo autor. Madrid, 1877. Editor, Agustin Jubera. Un grueso volúmen en 8.° prolongado de 544 págs.

Despues de haber ilustrado su nombre con variedad de obras, tocantes al estudio del Latin y de las Humanidades, conocidas todas y apreciadas justamente del público, el Sr. de Miguel, amante de las letras, no ha querido permanecer ocioso ni aun en el triste estado á que le reduce la privacion de la vista; antes ha tomado de aquí ocasion de consuelo, consagrando su ingenio á la poesía, para la cual ha mostrado siempre singulares disposiciones. Díganlo si no las preciosas fábulas morales que ha publicado recientemente. El presente volúmen contiene en su mayor parte producciones originales de singular gusto y belleza, en las cuales expresa su autor la delicadeza moral de sus sentimientos, adornada con los encantos que ha sabido prestarles su imaginacion lozana, dirigidas por las reglas de la moral religiosa y del arte, en que es escelente profesor el ilustre poeta. La otra parte del libro es una traduccion esmerada de los dos primeros libros del poema Virgiliano, y de algunas composiciones magistrales del insigne Brocense. Los amantes de la bella literatura, y especialmente los que cultivan las letras clásicas, pueden darse con razon el parabien á vista de esta notable publicacion, y nosotros se lo damos cumplidamente al esclarecido humanista, que tan dulces sonidos ha sacado de su lira para su propio consuelo y general y honesto deleite.

MONESCILLO (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antolin), Obispo de Jaen.—El camino, la Verdad y la Vida. Comentario piadoso á la imitacion de Cristo. Madrid, 1876, imprenta de Policarpo Lopez. Un volúmen en 16.° de 384 págs.

— Jesucristo, Maestro Divino de las Naciones. Madrid, 1876, imprenta de Policarpo Lopez. Un volúmen en 16.° de 384 págs.

Concretándonos á la primera de estas dos notables producciones del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Jaen, puesto que la segunda es objeto de un artículo especial en otra seccion de la Revista, no podemos menos de elogiar con toda nuestra alma el noble y piadoso pensamiento que la ha dictado, y la manera felicísima como ha sabido llevarlo á buen término. Aclarando y ampliando el ilustre Prelado con reflexiones acomodadas á la índole de los tiempos, el texto de la Imitacion de Jesucristo, ha llevado á cabo una obra utilísima á las personas amantes de la vida espiritual, y ha añadido un nuevo y relevante mérito á los muchos que le han conquistado su profunda ciencia sagrada.

ORTI Y LARA (D. J. M.), Catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid.—Psicología. Obra adoptada como texto para la enseñanza de dicha asignatura. Quinta edicion, aumentada con un sumario general para mayor comodidad de los alumnos. Madrid, 1876, imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado. Un volúmen en 8.° de 308 págs.

— Lógica. Obra adoptada como texto para la enseñanza de dicha asig-

natura. Quinta edicion aumentada con un sumario general para mayor comodidad de los alumnos. Madrid, 1876, imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado. Un volúmen en 8.° de 216 págs.

PUENTE (V. P. LUIS DE LA).—Sentimientos y avisos espirituales. Madrid, 1876, imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado. Un volúmen en 12.° de 470 págs.

La reimpresion de los *Sentimientos y Avisos espirituales* del venerable siervo de Dios, Fr. Luis de la Puente, preciado ornamento de la insigne Compañía de Jesús y de nuestra pátria, no puede menos de ser acogida con entusiasmo por cuantos aman la verdadera y sólida piedad, de que fué gran maestro y ejemplo maravilloso el santo hijo de San Ignacio. El compendio de la vida del venerable, que precede á su obra, está tomado, segun se hace notar en el prólogo, de la edicion publicada en Sevilla en 1671, por el Padre Tirso Gonzalez, que llegó á ser general de la Compañía.

Los caracteres y el papel empleados en la impresion son escelentes, y la edicion se distingue por lo esmerada y correcta.

RAMIERE (P. E. R.) La Bancarrota del Liberalismo y el Catolicismo liberal. Traduccion del Dr. D. Jaime Borrás, presbítero. Barcelona, 1876, imprenta de la Revista popular. Un volúmen en 4.° de mas de 200 págs.

El celoso é infatigable jesuita francés P. Ramière, uno de los mas asíduos redactores de los *Études religieuses, historiques et littéraires* de Lyon, consagra esta obra al exámen y refutacion del gran error de los tiempos modernos, y á establecer, en oposicion á él, la verdadera doctrina de la Iglesia en órden á los principios que deben servir de base al órden social, siendo única garantía de la paz y prosperidad de los pueblos. *La Bancarrota del Liberalismo y el Catolicismo liberal*, como su mismo título indica, consta de dos partes: en la primera, muestra el P. Ramière los perniciosos frutos del liberalismo en el órden práctico, á pesar de sus flamantes promesas de regeneracion social; en la segunda, notable por el rigor del razonamiento y la lógica incontrastable, combate y pulveriza los funestos errores del *Catolicismo liberal*, cuyos resultados en la gobernacion de los pueblos condensa en las siguientes palabras: «Anunciado como el único sistema que podia dar libertad á la Iglesia, y devolverle su antiguo prestigio en el corazon de las sociedades, ha hecho todo lo posible por destruirla, y la habria destruido á no ser inmortal; y no sería ciertamente él á quien se atribuya el que las naciones cristianas, á las cuales pretendia regenerar con la libertad, se vean libres mañana de las cadenas del despotismo, ó de la disgregacion consiguiente á los fueros de la anarquía.»

En suma, esta obra es utilísima para restablecer y conservar entre nosotros los verdaderos principios sociales, y su traductor nos ha prestado un señalado servicio vertiéndolas al castellano.

SALA (el P. D. Bernardo), Monje benedictino de Monserrat.—Exposicion apologética del *Syllabus*, de la Encíclica *Quanta cura* y de las dos constituciones dogmáticas del Concilio Vaticano. Manresa, 1876, imprenta de P. R. Un volúmen en 8.° de 284 págs.

Del autor de este interesante volúmen son tambien las siguientes obras: *Sacerdote instruido en las rúbricas de la Misa rezada y cantada.—Filosofía de la confesion, seguida de reflexiones sobre la comunion.—Manual de erudicion sagrada y eclesiástica.—Teología Moral en 90 conferencias.—Explicacion de la const.* Apostolicæ Sedis.—*Vocacion considerada bajo todos sus aspectos.—Prontuario del confesor de personas piadosas.*—

Vida doméstica de la ven. Ana María Taigi, por su propio marido.

Contrayéndonos aquí á la *Exposicion apologética*, no podemos menos de encarecer en ella la sólida pureza de su doctrina, presentada con mucha sencillez y claridad, cuyas excelencias con la oportunidad de tales instrucciones y documentos venerandos, que el autor inserta y comenta en su libro, lo recomiendan mucho á los lectores, que sin duda encontrarán en él luces y antídotos eficaces contra las tinieblas y corrupcion del pensamiento moderno.

SANCHEZ Y CASADO (D. Félix), Profesor auxiliar del Instituto del Noviciado.—Prontuario de Historia natural para uso de los alumnos de segunda enseñanza, 4.ª edicion, ilustrada con escogidos grabados. Madrid, 1876, librería de Hernando. Un volúmen en 8.º de 162 páginas.

La buena fama de que goza la coleccion de excelentes compendios de todas las asignaturas de la segunda enseñanza, publicada con el título de *Guia del Bachiller* por el señor Sanchez Casado, nos dispensaria de hacer de esta obrita, que forma parte de ella, el elogio que merece. Haremos notar, sin embargo, que esta 4.ª edicion del *Prontuario de Historia Natural*, ha sido notablemente mejorada por su autor, cuyo esmero en este punto es digno del mayor elogio, con adiciones en el texto y aumento de los grabados hasta un número casi doble del de las ediciones anteriores. Justo es consignar tambien como uno de los mayores méritos de esta obra y de las demás del autor, que en todas ellas se revelan sus sentimientos católicos, y su afan por infundirlos y conservarlos en la juventud, á que se dirigen.

SUAÑA Y CASTELLET (D. Hemeterio), Catedrático de lengua latina en el Instituto del Noviciado de Madrid.—Curso teórico y práctico de Latinidad, 4.ª edicion. Madrid, 1876, imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros. Un volúmen en 8.º de 198 págs. Se vende en la librería de Hernando.

No es este libro una produccion vulgar, sino un trabajo muy concienzudo, el resultado de prolijos y detenidos estudios durante largos años. En la seccion correspondiente de esta Revista, expondremos en su dia las razones intrínsecas de su mérito: entretanto no dudamos asegurar que esta Gramática no tiene nada que envidiar á las mas excelentes de Europa, por su método, exactitud de conceptos y riqueza de doctrina y ejemplos.

YEPES (Fr. D. de).—Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesus, madre y fundadora del Orden de las Descalzas y Descalzos de Nuestra Señora del Cármen. Valencia, 1876, imprenta de Juan Guix. Dos volúmenes en 8.º de 216 págs.

WERMANN (A.)—O'Connell, el católico mas grande y popular de nuestro siglo. Traducido directamente de la lengua alemana por Fernando Roca de Togores. Madrid, 1876, imprenta de M. Ginesta. Un volúmen en 8.º de 124 págs.

La biografía del insigne agitador irlandés, escrita por el aleman Wehrmann, no es solo una relacion fiel y verídica de los grandes hechos de O'Connell, digna por este concepto de ser traducida á nuestra lengua,

sino que contiene tambien, y esto realza notablemente su mérito, una série de reflexiones prácticas con el título de *Enseñanzas*, donde se exponen las en que se muestra tan fecunda la vida de aquel gran católico. Laudable, por tanto, es el Sr. Roca de Togores, por haberla hecho accesible á los lectores españoles, mereciendo elogios tambien el ilustrado sacerdote D. José Fernandez Montaña por su erudito prólogo al libro que nos ocupa, abundante en curiosas noticias etnográficas é históricas relativas á Irlanda.

II

LIBROS ITALIANOS

ALIMONDA (GAETANO).—I problemi del secolo XIX. Conferenze recitate nella metropolitana di Genova, negli anni 1874 e 1875. Genova, tipografía della Gioventu, 1876. Cuatro volúmenes en 8.°

Juzgando la *Civiltà Cattólica* en uno de sus últimos números la obra cuyo título precede á estas líneas, no vacila en calificarla de «una de las mas doctas que han salido á luz en estos tiempos, y considerada en conjunto. como una victoriosa refutacion de los errores modernos, y una magnífica apología de las verdades á ellos opuestas, enseñadas por la Iglesia.»

CENNI (ENRICO).—Della Chiesa e dello Stato, considerati secondo la loro reale natura. Firenze, 1876. Un volúmen en 8.° de 114 págs.

Exponer la verdadera doctrina en punto á las relaciones entre la Iglesia y el Estado, refutando al paso los crasísimos errores propalados por el liberalismo, en lo que se refiere á tan importantísimo asunto; tal ha sido el objeto del autor de estas obras, grandemente elogiado por la prensa católica de Italia. El señor Cenni, cuyos anteriores escritos dejaban ver algunos resabios católico-liberales, se muestra corregido de ellos en su última produccion, hasta el punto de asegurar la *Civiltà*, que todo lo contenido en ella es de «jugo puramente católico, sin mezcla alguna de elementos heterogéneos,» regocijándose de «poder contar entre los católicos sin epíteto, á escritor tan docto y de tan elevado ingenio.»

CURCI (P. C. M.)—Il suicidio studiato in sé e nelle sue cagioni. Firenze, 1876, presso L. Manuelli. Un volúmen en 8.°—124 págs.

El insigne jesuita italiano, Padre Curci, conocido ya entre nosotros por haber sido traducido al castellano su estudio sobre el Espiritismo, trata magistralmente en la obra cuyo título antecede, las múltiples cuestiones relacionadas con el suicidio, verdadera plaga de los desdichados tiempos que alcanzamos. Despues de combatir con solidísimas razones el error, harto comun, de que el suicidio es siempre un acto de

locura, con que se pretende disculpar á los autores de tan horrendo crímen, y de demostrar que procede las mas veces de un acto de la voluntad, refuta con no menos brío y profundidad, la absurda preocupacion que quiere convertir en héroe al suicida, concluyendo con algunas consideraciones acerca de las causas de este mal y de sus remedios, entre los cuales no hay ninguno realmente eficaz fuera de la moral católica.

FORMISANO, VESCOVO DI NOLA (Monseñor Giuseppe).—Il primato Pontificio considerato nella sua divina istituzione e reale esistenza in ordine alla potestá di giurisdizione e di magistero. Nápoli, 1876. Un volúmen en 8.° de 188 págs.

Cuando tantos y tan deplorables errores se difunden en órden al orígen, naturaleza y extension del primado concedido por Dios á San Pedro y á sus sucesores, la publicacion de una obra como la del ilustre Obispo de Nola, donde se compendia de un modo profundo y sencillo á la par la verdadera doctrina sobre puntos tan esenciales, es sin duda alguna oportunísima, y digno de la mayor alabanza su autor, que tan felizmente ha realizado el propósito que le movió á escribir este libro, que no es otro sino desvanecer ante los ojos de los seglares, faltos de estudios teológicos, las sombras con que el protestantismo, el racionalismo y el liberalismo, de consuno, han cubierto, sobre todo en estos últimos tiempos, la verdad católica en lo que dice relacion á las prerogativas del Vicario de Jesucristo. El orígen divino del primado de honor y jurisdiccion de la Santa Sede, trasmitido por San Pedro á sus sucesores, su necesidad para conservar incólume el depósito de la sagrada doctrina, y las diversas facultades que de él emanan, son asuntos tratados en su obra por el sábio y celoso Prelado italiano, con singular maestría y copiosa ciencia teológica, sobresaliendo en ella la exposicion del dogma de la Infalibilidad Pontificia, explicado luminosamente y defendido contra las calumnias y ataques de los modernos sectarios.

MIGLIOR (FRANCESCO).—Biblia, Fede e Scienza, ossia Lezioni bibliche sulla Cosmogonia Mosaica. Van publicados tres volúmenes en 8.° Parma, tipografía Fiaccadori, 1876.

El objeto de esta obra, como lo declara su título, es demostrar la perfecta concordancia de los descubrimientos de las ciencias en nuestro siglo, con la doctrina de los sagrados textos referente á la Creacion del mundo y del hombre. A juzgar por los tres tomos publicados ya, el libro que nos ocupa, notable por la solidez de la doctrina no menos que por el órden y la claridad en la exposicion, podrá ser colocado dignamente al lado de las escelentes obras del Obispo de Chalons, Monseñor Meignan y del sacerdote inglés Molloy, sobre el mismo asunto.

VARIEDADES

INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN LA CIVILIZACION:

CARTA DE SU SANTIDAD PIO IX.

Habiendo publicado el escritor católico belga Baron de Hauleville una victoriosa refutacion de la absurda tésis defendida recientemente por el racionalista Laveleye, que pretende presentar al Catolicismo como enemigo de la prosperidad de los pueblos, Su Santidad Pio IX se ha dignado dirigirle la siguiente carta, donde se compendian de un modo admirable los inmensos servicios prestados por la Iglesia Católica á la causa de la civilizacion verdadera:

Dilecte fili, nobilis vir: Salutem et apostolicam Benedictionem.

Nihil nobilius, nec quidquam christiano homine dignius, dilecte fili, nobilis vir, studio, quod prodis, serviendi Ecclesiæ; præsertim hisce in adjunctis, in quibus ipsam impetere gloriæ passim ducitur. Gaudemus idcirco, te Matrem hanc nostram vindicare rursum voluisse ab iniqua veterique calumnia, nocendi civili prosperitati progressuique populorum. Huic utique criminationi tota refragatur historia, repugnant cicurati barbarorum mores, vis juri subjecta, civiles consociationes constitutæ, paludosæ et incultæ terræ in agros pagosque conversæ, artes invectæ et promotæ, veteris sapientiæ monumenta servata et vulgata, populi exculti, curæ singulis hominum necessitatibus adhibitæ: sed frustra; eadem semper instauratur criminatio, semperque imperitus et inscius decipitur populus, et ad Ecclesiæ contemptum compellitur. Quamquam igitur gravissimis rei christianæ curis distenti legere nequiverimus oblatum a te libellum *De l' avenir des peuples catholiques*, quo complexus es lucubrationes jam à te sparsim editas per ephemeridem, cui titulus *Revue Générale*, eum libentissime excepimus, tibique gratulamur quod, uti asseris, obsoletam istam calumniam centies rejectam jugi constantique factorum serie fretus iterum explodendam susceperis.

Ipsorum enim ineluctabilis eloquentia necessario consideranti demonstrat, catholicam religionem,—licet ad supernaturalem finem assequendum ordinatam, cum nequeat veritatem ac justitiam non tradere ac tueri, ordinem non constituere, hominis facultates non perficere,—fuisse semper et futuram esse, ipsa indole sua, civilis prosperitatis, verique progressus parentem et altricem; totamque propterea testari historiam, progressum eumdem verum floruisse vel elanguisse pro diversa religionis vice in nationibus; etsi apud hanc aut illam exterior opum viriumque apparatus, ea rejecta, non illico conciderit, sustentatus adhuc ab aliquo ejusdem religionis vesti-

gio nondum prorsus abjecto. Ominamur igitur lucubrationi tuæ, ut multos a deceptione sua revocatos, ad æquam adducat de Ecclesia sententiam. Divini vero favoris auspicem et paternæ Nostræ benevolentiæ pignus tibi, dilecte Fili, nobilis Vir, apostolicam benedictionem peramanter impertimus.

Datum Romæ, apud Sanctum Petrum, 5 octobris 1876, Pontificatus Nostri anno trigesimo primo.

PIVS PP. IX.

(Dilecto filio, nobili viro varoni de Hauleville, Bruxelles.)

UN DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACION DEL CONCILIO

Segun lo prescrito en el Santo Concilio de Trento, deben los Párrocos predicar un sermon á sus feligreses, cuando menos los domingos y dias de fiesta, á no impedirlo justa causa, en cuyo caso han de hacer que lo predique por ellos persona á quien consideren idónea para este encargo [1]. Juntamente con este precepto, establece el mismo Santo Concilio, que no pueda alegarse contra él la costumbre contraria, ni invalidarlo en manera alguna: *neque hujus decreti exsecutionem consuetudo..... impedire valeat.*

Consultada sobre este punto á principios del año anterior la Sagrada Congregacion del Concilio, ha dictado una resolucion importantísima, cuyo testo, precedido del de la consulta, trascribimos á continuacion:

Episcopus *B.* in relatione status suæ Ecclesiæ ad S. C. Congregationem transmissa die 7 Januarii 1876, hæc exponit. «Consuetudo viget in hac Diœcesi, qua Parochi, cæteroquin assidui in Verbi Dei prædicatione diebus Dominicis habenda, eam tamen plerique omittunt omnino diebus festis de præcepto infra hebdomadam occurrentibus. Quo posito ab ista Sacra Congregatione humiliter quærit.—1. Utrum dicta consuetudo sit toleranda, et quatenus negative:—2. Utrum præcipi possit ac debeat Parochis, ut cæteris quoque diebus festis de præcepto infra hebdomadam occurrentibus, eadem ratione ac Dominicis diebus prædicationis officio incumbant; et quatenus affirmative:—3. Utrum liceat nonnullos excipere solemniores dies, quibus facultas sit Parochis abstinendi a prædicationis officio.»

La sagrada Congregacion ha respondido con la siguiente:

Resolutio. Sacra C. Concilii sub die 1 Aprilis 1876, causa cognita, responsum dedit:

Tenentur Parochi diebus Dominicis et Festis de præcepto populo sermonem habere juxta Conc. Tridentini præscriptionem; attamen erit prudentiæ Episcopi dispensare ab hac ordinatione in aliquibus solemnioribus diebus.

---

[1] Ses. V, cap. 2 de *Ref.*



CRÓNICA

ESPAÑA

Ojeada retrospectiva.—1. Sancion de la tolerancia religiosa.—2. Propaganda protestante: sucesos de Mahon.—3. Criterio del Gobierno en la interpretacion de la base 11 de la Constitucion.—4. Ineficacia de este criterio.—5. Inaccion de los católicos.—6. Fe de España: peregrinacion á Roma.—7. Fin de los *Estudios católicos*.—8. Universidad racionalista.—9. Necesidad de que los católicos trabajen.—10. Proyecto de ley de Instruccion pública.—11. Situacion política.

Para la debida inteligencia de los sucesos de que hemos de dar cuenta, con el favor de Dios, tanto al inaugurar hoy esta seccion de la *Ciencia Cristiana*, como en los números sucesivos, menester es echar una ojeada retrospectiva al año 1876, y apuntar, siquiera sea sumariamente, los principales acontecimientos en él ocurridos.

1.° Por lo que á España se refiere, el mas importante y trascendental ha sido, sin duda, la sancion legal y solemne de la tolerancia religiosa, consignada en la Constitucion últimamente promulgada. Ya en el primer período de la revolucion habia sido rota la unidad católica de España; pero ahora, puesto de nuevo en tela de juicio este vital asunto, es cuando puede decirse verdaderamente que la tolerancia de cultos ha pasado en España al número de los *hechos consumados*.

2. Como era de temer, en vista de esto, la secta, ó mejor, la propaganda protestante, único error que, con carácter religioso, se ha atrevido á presentarse en esta tierra, ha redoblado sus esfuerzos, aspirando á consolidar las exíguas conquistas que hizo al principio de la revolucion de Setiembre, y que tal vez creyó tendria que abandonar al ocurrir el primer cambio en las esferas gubernamentales. Las poblaciones mas visitadas por extranjeros, especialmente algunas que, por su situacion marítima y su importancia comercial, tienen frecuente trato con los mercaderes de otros paises, han sido las que con predileccion han mirado los sectarios, y entre ellas la ciudad de Mahon ha sido principalmente elegida para foco del protestantismo.

Al efecto, la secta abrió allí varias capillas y escuelas, fundó periódicos, y empezó la propaganda en grande escala, y con tal audacia, que no pudo menos de llamar la atencion de las autoridades civiles. El subgobernador de la ciudad, entendiendo el artículo de la Constitucion en sentido restrictivo, prohibió toda manifestacion protestante que no se verificase en el interior de los edificios destinados al culto de la secta; y esto, produciendo reclamaciones de los protestantes y de sus favorecedores, dió ocasion á que el Gobierno manifestase su criterio en la interpretacion de aquel artículo.

3. Segun ese criterio, conforme con el que habia mostrado el subgobernador de Mahon, los disidentes podrán ejercer libremente su culto *en el interior de los lugares* á él destinados; pero no se permitirá manifestacion alguna pública en contra del catolicismo, debiendo desaparecer del exterior de las capillas protestantes los signos ó inscripciones que indiquen su objeto.

4. Restrictiva es, como se ve, la interpretacion dada por el Gobierno actual; pero dejando á parte que los cambios de ministerio son muy frecuentes en España, y que otro ministerio entenderá probablemente el artículo de otra manera, ¿está hoy garantida la Iglesia católica en España contra los ataques de sus enemigos? ¿Es la religion de la inmensa mayoría de los españoles, declarada religion del Estado, respetada ya que no protegida? ¿Se limita realmente la *tolerancia* á que los disidentes extranjeros (porque españoles no los hay) practiquen privadamente su culto?

A estas preguntas no queremos contestar nosotros. Hace muy pocos dias han dicho los periódicos, que en Barcelona habia ocurrido un alboroto por *estarse repartiendo hojas protestantes á las mismas puertas de la iglesia de San Jaime*. Y el Sr. Valera, senador, decia en la sesion del Senado del 16 de Noviembre, hablando de la cuestion religiosa: «En cuanto á la propaganda, ¿puede existir una religion sin ella? ¿Cómo se va á destruir? Sería inútil. Habria que *ir á ciertas librerías y quemar las cuatro quintas partes de los libros que tienen; prohibir las discusiones del Ateneo, y otra porcion de medidas semejantes, porque en todas esas partes, se vierte veneno anticatólico.....»*

Es decir que, segun el Sr. Valera, la propaganda anticatólica se hace en España públicamente, sin que lo impida la interpretacion dada por el Gobierno á la base 11 de la Constitucion; y que no gana gran cosa el catolicismo con que hoy se impidan ciertas manifestaciones protestantes, si, por otra parte, se dejan mil medios de combatirle abierta y descaradamente.

5. A esta triste y desconsoladora verdad, no tenemos, por desgracia, que oponer grandes motivos de consuelo. Mientras se multiplican por todas partes los periódicos, revistas, libros y academias en que el catolicismo es combatido, ¿qué hacen los católicos españoles?

6. Reciente está la peregrinacion á Roma; millares de personas de uno y otro sexo y de todas las clases sociales, han acudido á los piés del Vicario de Jesucristo, dando á Roma y al mundo un admirable ejemplo de fé y de piedad que ha regocijado á los fieles del orbe entero. Ningun pueblo ha hecho tanto como el nuestro en este particular; ninguna peregrinacion tan numerosa, tan brillante, tan cristiana como la española, á pesar de la distancia y de la notoria penuria de toda España, y especialmente de los católicos. Esto prueba, sin duda alguna, que en España se conserva un gran tesoro de fé, con el cual, hábil y activamente empleado, podrian, con la bendicion de Dios, obrarse maravillas.

7. Mas estas maravillas no se obran, y nada se hace en España para contrarestar los terribles progresos y los incesantes ataques de la revolucion. Años hace se fundaron los *Estudios Católicos*, uno de los pocos refugios de la juventud cristiana contra la corrupcion general de la enseñanza; y despues de arrastrar una vida lánguida y penosa, á pesar del generoso desprendimiento de su profesorado, han muerto en el año 76, precisamente

cuando se sancionaba la ruptura de la unidad católica y era anunciada la ereccion de una universidad racionalista.

8. Esta universidad se ha fundado, en efecto, habiendo bastado muy poco tiempo para que los iniciadores del proyecto le hayan visto realizado. En Octubre último celebró su solemne inauguracion, en la cual el secretario hizo constar que la universidad libre (así la denominan) contaba entonces con 359 accionistas ó sócios fundadores, suscritos por 403 acciones, equivalentes á 403.000 rs.

9. Esto que han hecho los revolucionarios, ¿no pudieran hacerlo los católicos españoles? Desprendimiento no les falta, como lo acaban de mostrar en la costosa peregrinacion á Roma: ¿qué les falta, pues? No formularemos por completo nuestro pensamiento; pero diremos que una de las causas de que los católicos españoles no den señales de vida en todos los terrenos, como la dan en algunos, es la falta de costumbre en este género de combates, á que por su situacion tan habituados están los católicos de otros paises. Pero ya es menester que los españoles conozcamos bien el mal en todas sus formas y nos persuadamos de la urgencia del remedio, que, mediante el favor de Dios, solo podemos esperar de nuestros esfuerzos.

10. Ahora precisamente acaba de presentar el Gobierno al Congreso de Diputados un proyecto de ley de Instruccion pública, en el cual, como era de temer, no quedan garantidos los derechos del Catolicismo. Adoptando un criterio doctrinario y queriendo contentar á todo el mundo, el Ministerio resuelve plantear la gravísima cuestion de enseñanza de una manera nada satisfactoria. Habla en su proyecto de Religion y moral católica y de Catecismo, como si quisiera dar á entender que el criterio católico ha presidido á la redaccion del documento. Pero ¿qué garantías se dan en él á la Iglesia? El ministro de Fomento es proclamado jefe superior de la Instruccion pública, y en cambio no se reconoce debidamente la intervencion de los Prelados en la enseñanza. Aunque el proyecto habla de *enseñanza libre*, ésta ha de sujetarse, para producir efectos académicos, á los programas y exámenes de la enseñanza *oficial*. Ni siquiera se mencionan en el proyecto los *Seminarios conciliares*, que, segun parece, ó habrian de sujetarse al régimen de la enseñanza *oficial*, ó no podrán dar validez académica á sus estudios. De las órdenes religiosas, inclusas las dedicadas especialmente á la enseñanza, tampoco se dice una palabra en el proyecto, lo cual parece indicar que subsiste contra ellas la antigua y odiosa proscripcion, á pesar de haberse concedido á los disidentes el derecho de fundar escuelas.

Hé aquí las disposiciones del proyecto en cuestion.

1.ª La enseñanza se divide en los tres períodos de primera enseñanza, segunda enseñanza y enseñanza superior.

La primera enseñanza comprende las nociones rudimentales de mas general aplicacion á los usos de la vida. Será incompleta donde las circunstancias no permitan darla en toda su extension.

La segunda enseñanza se divide en literaria y tecnológica.

La literaria comprende los conocimientos mas esenciales á la cultura del espíritu, y prepara para el ingreso en el estudio de las carreras superiores. Se agregarán á ella los estudios profesionales que consistan esencialmente en la ampliacion ó aplicacion de aquellos conocimientos.

La tecnológica difunde entre las clases populares las conocimientos inseparables de toda educacion humana, y prepara para el ejercicio de las artes y oficios.

La superior se divide en universitaria y especial.

2.ª La segunda enseñanza literaria comprende latin, lenguas vivas y elementos de literatura, filosofía y ciencias. Su estudio dará derecho al título de bachiller en artes, prévios los correspondientes ejercicios.

Los que omitieren el latin, podrán obtener, prévio exámen general, una certificacion de estudios.

La ley determinará para qué carreras se requiere el título de bachiller, y para cuáles basta la certificacion de estudios.

3.ª La enseñanza será oficial, privada ó doméstica.

La privada podrá ser reglamentaria ó libre.

El Gobierno dirigirá la oficial, intervendrá directamente en la reglamentaria, vigilará la libre, y limitará su accion respecto á la doméstica, á lo que exijan el respeto á la moral y la proteccion de las personas.

4.ª Los estudios domésticos adquirirán carácter académico, mediante los mismos ejercicios y pruebas que los oficiales.

En ellos se comprenderán solo las primeras letras y la parte puramente especulativa y teórica de la segunda enseñanza.

Los demas estudios hechos en el hogar doméstico, quedarán equiparados á los de la enseñanza libre, con el pago de iguales derechos de matrículas.

5.ª En la enseñanza privada podrán hacerse todos los estudios que comprende la oficial.

La reglamentaria producirá efectos académicos, para lo cual se hallará sometida al Gobierno en lo concerniente á matrículas, textos, programas, material de enseñanza y exámenes, y carácter académico de los profesores, así como en lo relativo á la higiene y la moral.

6.ª La libre podrá tambien producirlos, prévio el pago de iguales derechos que los que graven la enseñanza oficial, y mediante el exámen y aprobacion, por el órden reglamentario, de las asignaturas cuya reválida se pretenda.

El tribunal que deba de presidir dichos actos, y la forma en que hayan de tener efecto, serán objeto de disposiciones especiales.

Las asignaturas así revalidadas, dan opcion á los grados académicos, de igual modo que las ganadas en la enseñanza oficial.

7.ª La enseñanza oficial se da únicamente en los establecimientos públicos. Tienen este carácter aquellos cuyos jefes y profesores son nombrados por el Gobierno ó sus delegados, cualquiera que sea, en todo ó en parte, la procedencia de los fondos con que se sostengan.

8.ª Serán objeto de determinacion expresa las materias que ha de comprender cada uno de los distintos ramos de la enseñanza, el órden de las asignaturas y el tiempo que haya de invertirse en su estudio.

El real Consejo de instruccion pública propondrá oportunamente al Gobierno los programas generales, en que se determinará la extension y límites de cada asignatura.

Los programas particulares de los profesores habrán de estar en armonía con ellos.

La enseñanza se dará con textos aprobados por el Gobierno, á consulta del mencionado Consejo.

Su número no será limitado.

Se exceptúan: el Catecismo, que habrá de ser el de la diócesis, la gramática y la ortografía, que serán las de la Academia.

Los estudios posteriores á la licenciatura se exceptúan de lo dispuesto en esta base.

9.ª La doctrina católica es parte esencial de la enseñanza y educacion de las escuelas de primeras letras.

Podrán fundarse escuelas especiales destinadas á los hijos de los que profesen cultos disidentes.

La Religion y la moral católica se comprenderán en la segunda enseñanza; pero los hijos de los que profesen religion distinta, prévia declaracion de sus padres, no tendrán obligacion de asistir á la clase de la respectiva asignatura.

La enseñanza superior será puramente científica. Deberá, sin embargo, guardar constante respeto al dogma y la moral de la Iglesia católica.

10.ª La primera enseñanza es obligatoria, y será gratuita para los que no puedan pagarla. Deberán asistir para adquirirla á las escuelas públicas, los que no acrediten recibirla privadamente, siempre que haya escuela á distancia y en condiciones adecuadas.

La ley establecerá la sancion penal con que se ha de conminar á los padres y guardadores al cumplimiento del deber que en este punto les incumbe.

La enseñanza tecnológica será tambien gratuita. La literaria y la superior solo lo serán en concepto de premio para cierto número de alumnos, que la ley señala.

11.ª Costearán la instruccion pública:

Los alumnos con la retribucion que satisfagan.

Los establecimientos, con las rentas que posean y las que lleguen á adquirir.

Los municipios, satisfaciendo los gastos de instruccion primaria de los niños de ambos sexos.

Las provincias, sosteniendo la segunda enseñanza y la de Bellas Artes, y prestando auxilio á los pueblos en cuanto á las de primeras letras.

El Estado, auxiliando á los pueblos y provincias en sus respectivos gastos, así como á las academias y sociedades científicas oficialmente reconocidas.

Los municipios y diputaciones provinciales podrán fundar otros establecimientos de instruccion distintos de los que tienen obligacion de sostener, una vez cubiertas las necesidades de estos, y prévia autorizacion del Gobierno.

12.ª El profesorado público constituye una carrera facultativa, en la cual se ingresa por oposicion, salvo los casos que determine la ley, y se asciende por antigüedad y méritos contraidos en la enseñanza.

No podrán ser separados los profesores sino en virtud de sentencia judicial ó de expediente gubernativo, en los casos que la ley señale, y oyendo á los interesados y al real Consejo de Instruccion pública.



La ley determinará la forma en que se ha de estender á los profesores de los institutos el derecho de jubilacion.

Los de primera enseñanza continuarán gozando el derecho de sustitucion en los pueblos en que no se les señale jubilacion por el respectivo presupuesto.

13.ª Para fundar ó regir un establecimiento dedicado á la enseñanza, se necesita: ser español; tener veinticinco años; estar en el goce de los derechos civiles y políticos, y no incurso en los casos de incapacidad que marque la ley; y finalmente, destinar al objeto un local que reuna las convenientes condiciones higiénicas, atendido el número de alumnos.

No podrán los extranjeros fundar ni regir establecimientos de enseñanza, sino en casos muy especiales, y prévia autorizacion del Gobierno, la cual será revocable.

14.ª El Ministro de Fomento es el jefe superior de la instruccion pública.

La administracion central de la misma corre á cargo de la Direccion general del ramo.

La local está encomendada á los Rectores de las Universidades, jefes de los respectivos distritos universitarios.

El real Consejo de Instruccion pública es, en la materia, el cuerpo consultivo permanente del Gobierno.

El universitario lo es del Rector.

Para el fomento de la instruccion pública habrá juntas provinciales y municipales, bajo la presidencia de las autoridades que la ley señale.

Serán auxiliares de estas mismas las juntas de vigilancia que se formarán, compuestas de padres de familia ó de señoras.

15.ª Se organizará la inspeccion de la Instruccion pública en todos sus grados, sin perjuicio de la que corresponda á los diocesanos en la enseñanza católica de las escuelas.

16.ª Los cargos de Inspector y de Rector son incompatibles con el ejercicio del profesorado. La ley determinará las condiciones indispensables para obtenerlos. Los Catedráticos que sean nombrados para los mismos conservarán su derecho para volver á serlo; pero no podrán visitar como Inspectores la escuela de que procedan, sino en el caso de haber cesado de antemano y definitivamente en el profesorado.

17.ª La ley determinará las atribuciones de las autoridades civiles y sus relaciones con las del ramo.

18.ª A fin de facilitar la introduccion en España de los adelantos que las ciencias ó las artes puedan hacer en otros paises, y ampliar y perfeccionar la enseñanza de las escuelas públicas, subvencionará el Gobierno á alumnos sobresalientes ó á profesores distinguidos que hagan en el estranjero los correspondientes estudios.

19.ª Con el mismo objeto y el de conservar las riquezas artísticas, científicas é industriales, el Gobierno sostendrá las Academias, Museos, Bibliotecas, Archivos y Conservatorios, y procurará la creacion de nuevos establecimientos semejantes, cuya organizacion, en lo posible, se enlace con la de los que actualmente existen.

20.ª Las corporaciones de la índole anteriormente espuesta, pueden ser oficiales y privadas.



El Estado determinará la organizacion de las primeras y ejercerá su intervencion respecto á las segundas, en los límites marcados por la Constitucion y las leyes que forman su complemento.

21.ª Las Bibliotecas y Archivos de carácter general estarán á cargo del cuerpo especial del ramo.

La ley determinará las relaciones que deberán existir entre los jefes de los establecimientos de enseñanza y los de las Bibliotecas unidas ó afectas á los mismos.

22.ª En todas las cabezas de partido habrá Bibliotecas populares.

Se establecerán en ellas lecturas públicas sobre puntos y temas de utilidad general que designe la junta municipal respectiva.

Art. 2.° Se autoriza asimismo al Gobierno para disponer de las sumas comprendidas en el presupuesto del año económico corriente para la instruccion pública, del modo que fuere necesario para la ejecucion de la ley.

Art. 3.° El Gobierno dará oportunamente cuenta á las Córtes del uso que haga de esta autorizacion.»

En estas bases se deja ver, á través de cierto colorido católico, el nuevo dogma de la omnipotencia del Estado, y su derecho esclusivo de dirigir la enseñanza contra la virtud de aquellas palabras, que por cierto no fueron dirigidas al Estado: *Id, y enseñad á todas las gentes*.

11. Por lo que hace á los asuntos políticos, solo tenemos que consignar la suspension de las sesiones de las Córtes, la disolucion del Senado y la convocatoria para las elecciones municipales y provinciales, que se habrán verificado cuando se publiquen estas líneas. Acerca de la dictadura que viene ejerciendo el Ministerio, nada definitivo se ha resuelto, pues el Gobierno conserva sus poderes estraordinarios sobre la prensa. Desgraciadamente el uso de esta dictadura en nada lastima á la triste libertad de errar y hasta de blasfemar en los periódicos y demás escritos; en cambio podemos citar dos hechos que valen más que todos los discursos, para declarar la especie de libertad de que gozamos. Uno de ellos fué haber rehusado el Gobierno civil de Madrid su autorizacion para los efectos de la publicidad á las esposiciones del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada en favor de la unidad católica; y el otro la reproduccion de la misma negativa con relacion al discurso pronunciado por el mismo venerable Prelado en San Pedro de Roma en el acto de presentarse á Su Santidad el Papa Pio IX los peregrinos españoles.

ROMA

1. Discurso del Papa á los Cardenales el dia de Pascua.—2. Muerte de los Emmos. Cardenales Antonelli y Patrizzi y del P. Perrone.—3. Son reemplazados respectivamente por los Cardenales Simeoni y Monaco la Valleta.—4. Nuevos Cardenales.—5. Visitas de D. Cárlos, de la emperatriz Eugenia y del príncipe imperial al Papa.—6. Situacion de los capuchinos en Europa.—7. Conversion del sacerdote Marchal.—8. Preparativos para el Jubileo episcopal de Pio IX.

1. De ninguna manera podríamos empezar esta seccion mejor que con el discurso pronunciado por el Sumo Pontífice, al contestar á la felicitacion que le dirigió el Sacro Colegio en el dia de Pascua. Veinticuatro Cardenales estaban presentes, siendo el Cardenal di Pietro el encargado, por muerte del Cardenal Patrizzi y enfermedad del Cardenal Amat, de interpretar ante el Padre comun de los fieles, los sentimientos de adhesion inquebrantable del Sacro Colegio. El Papa muy conmovido, segun los periódicos romanos, contestó en estos términos:

«Tomo parte en el dolor que sentís, y con todo mi corazon y con gran »sinceridad, por las pérdidas que habeis tenido estos dias: pérdidas mucho »mas dolorosas habiendo acaecido en medio de la presente agitacion del »mundo.

»Esta agitacion, cuyo período, bien largo, no toca aún á su término, ni »da señas de aproximarse, mientras da lustre á la Iglesia con los grandes »ejemplos de fe, de fuerza y de piedad que salen de ella y se dan en su seno; »mientras á vosotros, Venerables Hermanos, os proporciona nuevas fatigas, »que sufrís con tanta abnegacion, y nuevos motivos porque combatir y con »que sostener siempre intactos los derechos de la Esposa de Jesucristo con»tra los poderosos, esta agitacion, no puede negarse, es causa de que esta »Iglesia misma sea oprimida, conculcada, perseguida dentro y fuera. De »suerte que, como en otro tiempo el pueblo hebreo, tiene que reparar con »una mano los muros de la mística Jerusalén derribados por los rebeldes, y »blandir con otra las armas contra los enemigos que por fuera la cercan.

»Persíguenla enemigos interiores, aunque pocos; persíguenla enemigos »exteriores, y muchos. Los enemigos de dentro se pueden llamar con ver»dad sediciosos, y juntamente con los de fuera, están todos impelidos y »animados por el orgullo y la soberbia; y tanto los unos como los otros, gri»tan y repiten en distinto tono: *Non serviam.* Aquellos atacan á la Iglesia »con la voz y con la pluma, publicando impresos de mas ó menos bulto, »pero que todos tienden á disminuir la autoridad de la Iglesia. Alguna vez »son anónimos, y salen de la oscuridad de algun salon. Los enemigos de »fuera hacen guerra á la Iglesia con el hierro y el fuego, usurpan, destru»yen, atacan, no solo la propiedad, pero aun los mas sagrados derechos.

»Los primeros escriben y hablan por cuenta propia, sin tener mision: »*Ex semetipsis loquuntur*, como decia Jesucristo mismo á los fariseos. Y »por consiguiente, caminan á ciegas, *nubes sine aqua,* predicando errores »en grande. Hablan, mas no pueden decir como el Divino Maestro cuando »aseveraba, verdadero prodigio de humildad: *Mea doctrina non est mea, sed »ejus qui misit me, Patris.* Tambien nosotros, Venerables Hermanos, pode»mos decir con toda verdad: *Mea doctrina non est mea, sed..... Patris.* Nues»tra doctrina nos viene toda de Dios, y nosotros no hacemos mas que es»parcir su voz.

»Mas nosotros entre tanto, ¿qué haremos, y cuál es el plazo señalado »para poner freno á los fieros asaltos? La Iglesia se lamenta de los sediciosos »y esclama: *Filii matris meæ pugnaverunt contra me.* Y prosigue: *Filios enu»trivi et axaltavi; ipsi autem spreverunt me.* Y yo tambien uno la mia á la voz »de esta madre amorosa, y repito con ella: *Filios enutrivi et exaltavi; ipsi »autem spreverunt me!* Nosotros entre tanto seguiremos la enseñanza del »Apóstol San Pablo: *Argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina;* »amonestad, rogad, gritad, y si es menester, emplead las armas de la Igle»sia, las penas canónicas, cuando eso haga falta para que no caigan los »simples y los débiles en los lazos de estos engañadores.

»Y señalando á los otros enemigos, exclamaremos al pié del trono de »Dios: *Usquequo, peccatores, Domine, usquequo peccatores gloriabuntur*? ¡Oh »Dios mio! ¿Hasta cuándo estos perseguidores han de estar anhelando des»pojar á la Iglesia de sus bienes materiales, siempre prontos, y esto es peor, »á arrebatarle sus derechos, á privarla de la libertad de enseñar, de predi»car, de ordenar, en suma, de todas las libertades que le habeis concedido, »entre las que merece especial mencion la libertad de enseñar? No á otros »sino á los Apóstoles habeis dicho: *Euntes docete omnes gentes.*

»Pero, Venerables Hermanos, así como nos oponemos al orgullo de los »unos, así debemos mantenernos firmes en medio de la ferocidad de los »otros. Sí; á estos que ya parecen dejados de la mano de Dios, debemos opo»ner aquella constancia que fué hasta ahora la admiracion de los Angeles y »de los hombres, y con el auxilio de Dios concluirá por triunfar. Hasta aho»ra podemos decir que estos nos persiguen, pero que nosotros permanece»mos fuertes en el ejercicio de nuestros deberes: *Persecutionem patimur, sed »sustinemus.* Continuemos del mismo modo, Venerables Hermanos, hasta »el fin de nuestros dias. Y así podremos presentarnos al tribunal de Dios y »decir: Henos aquí: hemos sido fieles custodios de vuestra Iglesia militante, »y hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte por sostener sus derechos. »Y al fin con la confianza del Apóstol, podremos pedir la corona de la glo»ria en la Iglesia triunfante.

»Bendiga el Señor estos nuestros deseos, y con su bendicion infunda »nuevo valor á Mí y á vosotros. La misma bendicion descienda sobre vues»tras familias, sobre todas las cosas que os pertenecen, y permanezca con »vosotros hasta la consumacion de la vida.

»*Benedictio*, etc.»

2. El Pontífice se refiere al principio de esta alocucion, en que tan al vivo presenta la persecucion que la Iglesia sufre en todo el mundo, á los Cardenales Patrizzi y Antonelli. Tambien ha fallecido en el último tercio del año

76 el ilustre P. Perrone, gloria de la Compañía de Jesús, y uno de los más famosos teólogos de estos tiempos. Los tres han muerto en el servicio de Dios y de su santa Iglesia, llenos de años y merecimientos.

3. S. S. se ha dignado nombrar Secretario de Estado al Cardenal Simeoni, y Vicario general al Cardenal Monaco la Valleta. De ambos príncipes de la Iglesia esperan grandes incrementos para la Religion el Sumo Pontífice y todo el orbe católico, pues ambos han dado relevantes pruebas de sus singulares talentos y virtudes. El Cardenal Monaco la Valleta, que ya ha merecido los ataques é insultos de los periódicos revolucionarios, que le califican de «uno de los ultramontanos más intransigentes,» nació en Aguila (Nápoles) el 23 de Febrero de 1827, y forma parte del Sagrado Colegio desde el 13 de Marzo de 1868. Es Prelado de conducta edificante, instruido y activo.

El Cardenal Simeoni nació, de padres humildes pero devotísimos, en Paliano, diócesis de Palestrina, el 23 de Julio de 1816. En 1847 fué nombrado auditor de la Nunciatura de Madrid, y desde 1857 hasta el siguiente año, fué encargado de Negocios de la Santa Sede en España. Por aquel tiempo desempeñó una mision apostólica en Hungría y Transilvania, y en 1869 perteneció á la comision preparatoria del Concilio, y fué nombrado Arzobispo, *in partibus*, de Calcedonia, y elevado á la dignidad de Cardenal el 5 de Marzo de 1875.

Instalado ya en el palacio del Vaticano, el Cardenal Simeoni ha empezado á ejercer su alto cargo de Secretario de Estado, dirigiendo una circular al Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

4. Además Su Santidad ha nombrado al Emmo. Cardenal Bilio, Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos; al Emmo. Cardenal Caterini, Secretario de la Sagrada Romana y Universal Inquisicion, y al Emmo. Cardenal Chigi, gran Prior Comendatario en Roma de la Orden de Jerusalén.

Monseñor Cattani, vendrá á Madrid en calidad de Nuncio de la Santa Sede.

5. Entre las visitas mas notables recibidas por Su Santidad se cuentan la de D. Cárlos de Borbon y la de la Emperatriz Eugenia con su hijo. Don Cárlos fué al Vaticano acompañado del general Kanzler á la audiencia del Pontífice, que duró largo rato. Despues se dirigió á la Puerta Pia, por donde asaltaron á Roma los piamonteses en 1870, y sin detenerse, salió de la Ciudad Eterna.

A la Emperatriz Eugenia y su hijo los recibió el Papa con fraternal bondad, y segun *La Germania* de Berlin, Pio IX dijo testualmente á su ahijado: «Me complace mucho la salud corporal que el Señor os concede; pero deseo que reflexioneis sobre otra cosa mucho mas importante: sobre la salud de vuestra alma. Creo que os convendria abreviar vuestra permanencia en Italia. Vuestro padre vino tambien aquí, y frecuentaba este país; pero no sacó provecho de estas escursiones.» *La Germania* añade que Pio IX dió al jóven Napoleon el consejo de no estimar las grandezas humanas, y de acordarse siempre de la suerte de su familia, en que tan grandes ejemplos podia ver de lo fácilmente que se cae desde las mas encumbradas posiciones. Segun telégrama de Roma, al despedirse el Papa de la Emperatriz y de su [illegible]o, añadió muy conmovido:

«Probablemente veis por última vez á este pobre anciano Pontífice, cuyo reino ha sido tan perseguido; pero que perdona y ruega al Señor que perdone á los autores de sus tormentos, á todos sin excepcion.»

Algunos periódicos dijeron que estas palabras habian causado gran impresion en la madre y en el hijo, lo cual, sin embargo, no impidió al último acudir á banquetes y diversiones, y asistir á cacerías en union de los nuevos Señores de Roma, ni presentarse en el Quirinal.

6. En los últimos dias de Diciembre recibió tambien Su Santidad al General de los Capuchinos, que volvia á Roma, despues de visitar los conventos de su órden en varias provincias de Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra é Irlanda. El Padre General dió cuenta al Padre Santo del resultado de sus visitas, diciendo al Pontífice que los Padres Capuchinos gozan en esos países de la única libertad que ellos anhelan: la de hacer bien. Los discípulos de San Francisco son en todas partes pobres, humildes, fervorosos, y están prontos á todo género de sacrificios.

En Italia, los Capuchinos, gracias al liberalismo del gobierno, estan en una situacion deplorable. Despues de haberlos despojado de todos sus bienes, el gobierno les ha señalado generosamente una pension de *cincuenta céntimos.....* Ellos lo soportan todo con admirable resignacion, y gracias á su abnegacion y á las almas generosas que los socorren, continúan sirviendo á Dios en su ministerio sublime.

7. Entre los consuelos que ha tenido el atribulado Pio IX al espirar el año de 76, una de los mayores ha sido la audiencia concedida al célebre Marchal, sacerdote que hasta estos últimos tiempos se habia distinguido tristemente entre los neo-cismáticos de Ginebra. Despues de haberse retirado una temporada en la Trapa de Aiguebelle, ilustrado y movido por la divina gracia, Marchal se resolvió á echarse á los pies del Papa y pedirle perdon. No hay que decir como recibió el buen Pastor á esta oveja descarriada, que ahora vuelve al sagrado redil.

8. En Roma los católicos se preparan á celebrar el jubileo episcopal de Pio IX, que será en Julio de 1877. Para este dia se anuncian grandes solemnidades religiosas, una esposicion artístico-religiosa, y numerosas peregrinaciones internacionales.

El Círculo de San Pedro, de Roma, de la Juventud Católica, ha establecido con este intento una comision especial, y dirigido la siguiente carta al *Siglo Futuro:*

Círculo de San Pedro, Roma, Diciembre 1876.=El Círculo de San Pedro en Roma, de la Sociedad de la Juventud Católica italiana, con el fin de de facilitar cada vez más las peregrinaciones á la tumba de los Apóstoles, ha establecido en su seno una comision expresamente encargada de dicha obra.

Sírvase V. hacer pública en su estimable y acreditado diario la institucion de esta comision, para que los señores presidentes de las peregrinaciones, puedan en caso dirigirse á ella.

El presidente del Círculo,
FELIPE TOLLI.

Roma.—Vaticano.

ORIENTE [1]

1. Ojeada retrospectiva.—2. Insurreccion de los eslavos.—3. Actitud de Inglaterra y Rusia.—4. Situacion de los cristianos: política rusa.—5. Muerte del Sultan Abdul-Aziz.—6. Proclamacion y destronamiento de Mourad V y proclamacion de Hamid II.—7. Incremento de la guerra: derrota de los sérvios cerca de Alexinatz: primer armisticio.—8. Acusaciones contra los turcos: hechos de los insurrectos.—9. Reformas en Turquía.—10. Condiciones de paz rechazadas por los sérvios.—11. Renovacion de las hostilidades: nueva derrota de los sérvios y proposicion de nuevo armisticio.—12. Negociaciones diplomáticas y convocatoria de la Asamblea turca.—13. Derrota de los sérvios: toma de Alexinatz por los turcos.—14. Agitacion en Rusia: *ultimatum* del Czar y proposicion para la conferencia.—15. Actitud de las Potencias: Alemania.—16. Francia.—17. Austria.—18. Italia.—19. Rumanía y Grecia.—20. Inglaterra y Rusia.—21. Partidarios de la paz en estos últimos paises.—22. La *Frac-masoneria*.—23. Conferencia de Constantinopla: proposiciones de las Potencias.—24. Resistencia de Turquía.—25. Deseos y situacion de los católicos orientales.—26. Carta del R. S. Strosmayer.—27. Constitucion turca.—28. Opinion de los cristianos de Oriente acerca de ella.

1. A la fecha en que escribimos estas líneas todavía no han terminado las conferencias diplomáticas de Constantinopla, ni se puede saber cuál será el rumbo inmediato que tomen los sucesos en que haya de resolverse la *cuestion de Oriente*. Pero ora sea la continuacion del *statu quo*, ora la guerra ó la sumision de Turquía á las exigencias de Rusia, lo que resulte de la conferencia, conveniente y aun necesario es, para apreciar la situacion actual y los sucesos futuros, recordar los principales hechos acaecidos en Oriente desde el principio de la insurreccion de los eslavos, y hacer notar la actitud de los Gobiernos y países que intervienen mas ó menos directamente en la solucion del temeroso problema.

2. En la última primavera la provincia de Herzegovina, sublevándose contra el Gobierno turco, dió la señal de insurreccion á los eslavos sometidos al yugo de los Sultanes. Pronto fué secundada por la Bulgaria y la Bosnia, uniéndose despues á estas provincias dependientes de Turquía, los Estados tributarios, Sérvia y Montenegro, con sus Príncipes, feudatarios del Sultan, á la cabeza, haciéndose, por consiguiente, general la insurreccion de los pueblos eslavos.

[1] Para que los lectores de La Ciencia Cristiana conozcan los sucesos de Oriente en sus causas y principios, y puedan apreciarlos debidamente, teniendo ante los ojos todos los hilos de la trama, nos ha parecido bien tomar las cosas de arriba, empezando la narracion por los sucesos que forman el nudo aparente de la cuestion, y dejando entrever el verdadero. Mas porque la narracion es de suyo larga, por fuerza tenemos que distribuirla en varios números para no ocupar esclusivamente con ella toda la Crónica, alternándola con la de cada Estado en particular.



3. Desde el principio se vió que tomaban parte indirecta en los sucesos dos Potencias rivales por razon de sus intereses respectivos en Oriente: Inglaterra y Rusia: Rusia fomentando la insurreccion, permitiendo que llegasen á los sublevados toda clase de auxilios y recursos, hombres y dinero, é Inglaterra procurando destruir la influencia rusa y dominar por completo en los consejos de Constantinopla para dirigir los sucesos á su placer. Desde luego procuró que el Gobierno turco concediese algunas franquicias á las provincias sublevadas, para apagar la insurreccion y para quitar á Rusia el pretesto de intervenir.

4. En la sublevacion de Oriente es preciso considerar dos cosas: el yugo de los musulmanes sobre los súbditos cristianos (cismáticos en su gran mayoría) es realmente ominoso, y el deseo de romperlo les incita á sublevarse cuando se les presenta ocasion favorable; y Rusia, mas tiránica que Turquía contra los que no profesan la religion cismática, aprovecha siempre este descontento, y so color de igualdad de raza y de Religion, se coloca resueltamente al lado de los eslavos cuando se sublevan, proclamándose su protectora.

Así, pues, desde el principio de la sublevacion se conoció la gravedad de las cosas, viéndose claro que Rusia, detenida en sus proyectos ambiciosos hace veinte años en Crimea, aspira ahora á renovar sus pretensiones tradicionales de acabar con el Imperio turco y apoderarse de Constantinopla.

5. Reinaba en Turquía el Sultan Abdul-Aziz, quien, temeroso de la situacion, rodeado de intrigas, sin ánimo para conjurar los peligros que le amenazaban de parte de los sublevados, de la diplomacia, y de los partidos musulmanes escitados y revueltos, puso fin á sus dias, si por ventura no fué víctima de algun crimen oculto. En Europa así se sospechó, culpándose de la muerte del Sultan al partido exaltado de Turquía, instrumento de intrigas extranjeras.

6. Fué proclamado Sultan Mourad V; pero, entregado á la vida sensual del Serrallo, no correspondiendo sus actos á las esperanzas de los que le habian elevado al trono, ni dando él muestras de actividad y de energía, fué depuesto á los tres meses de reinado. Mourad V no murió, sin embargo; el partido dominante en Constantinopla dijo que estaba loco, declaracion que repitieron afamados doctores turcos y extranjeros, y así acaso se libró al Sultan de un *suicidio* semejante al de su antecesor. Para suceder á Mourad V, fué proclamado su hermano Abdul-Hamid II, actual soberano de Turquía.

7. Por aquel tiempo (Agosto) la guerra habia tomado gran incremento, prosiguiéndose con varia fortuna. El ejército servio, nucleo principal de la sublevacion, ya numeroso de suyo, habia sido reforzado con más de 8.000 voluntarios rusos; rusos eran la mayor parte de sus oficiales y generales, y de Rusia recibia diariamente nuevos recursos. Su general en jefe, Tchernajeff, creyó que podia salir de las fortalezas de Alexinatz y de su campo atrincherado de Deligrad, para batir al ejército turco, que, mandado por Abdul-Kerim, hizo una evolucion, simulando una retirada ó un ataque á la frontera de Servia por otra parte. Los turcos esperaron á sus enemigos los servo-rusos, y los rechazaron vigorosamente, causándoles grandes pérdidas hasta más allá del Morawa, obligándoles á encerrarse en Alexinatz. Pero ni

allí se creyeron seguros los vencidos: se retiraron al campo de Deligrad, dejando solo en Alexinatz á Horwatovich con 6.000 hombres para cubrir la retirada: y aunque Tchernajeff volvió á mandar refuerzos á la plaza, Abdul-Kerim hubiera podido entrar en ella, si la diplomacia inglesa, y sobre todo Alemania y Rusia, no hubieran impuesto *filantrópicamente* á los turcos un armisticio, deteniendo así el curso de sus victorias, y socorriendo de esta manera á los servios, como en 1849 socorrió al Piamonte revolucionario, despues de la batalla de Novara, la diplomacia inglesa y francesa.

8. Esta suspension de hostilidades, no solo libró á los servios de una inminente y quizá definitiva derrota, sino además les sirvió para reorganizar y aumentar sus fuerzas, llegando aquellos dias de Rusia al campamento servio, multitud de soldados, armas y pertrechos de todas clases, expedidos bajo la marca y amparo de la *Cruz Roja.* Al propio tiempo, Ristitch, *el Cavour* eslavo, enviaba circulares á toda Europa, acusando á los turcos de haber cometido horribles y sangrientas atrocidades hasta con las personas indefensas, y escitando de este modo las simpatías hácia la causa eslava. Estas acusaciones no produjeron ya todo el efecto deseado, por haberlas desmentido oficialmente el gobierno turco, y porque, al propio tiempo, no faltaron periódicos revolucionarios que, como *L' Opinione* de Roma, daban cuenta tambien de verdaderas atrocidades cometidas por los servios, y más aún por los montenegrinos, que mutilaban á los heridos turcos, los cuales llegaban al hospital ó á las ambulancias sin labios, sin narices, ó sin manos. Poco despues se publicaba el informe oficial del Sr. Baring, comisionado inglés para averiguar la verdad de los incendios, violaciones y crímenes de toda clase cometidos en Bulgaria, y de que se habia acusado á los turcos; y de él resultaba que muchas de estas atrocidades habian sido cometidas por los mismos búlgaros vestidos de turcos, para hacer odiosos á estos, y para obligar á sus compatriotas á la sublevacion.

9. Coincidiendo con el armisticio impuesto á los turcos, el nuevo Sultan, que acababa de tomar posesion del imperio, publicaba un *Hatl*, confirmando en sus empleos al gran Visir y á los Ministros, proponiendo mejoras en la administracion de justicia, y prometiendo reformas liberales, especialmente la creacion de un gran Consejo de Estado electivo, y dando iguales garantías á cristianos y musulmanes. Pero como las reformas reclamadas de Turquía son el pretesto de que echa mano Rusia para sus fines, de nada sirven estas disposiciones del gobierno turco para la paz; en Rusia se trabajaba cada vez con mas ardor en propagar el espíritu belicoso, y se buscaban alianzas, mientras los sublevados, por su parte, se oponian á la prolongacion del armisticio que proponia Abdul-Kerim, y en Belgrado, capital de Sérvia, se celebraba el aniversario del natalicio del Czar, con la misma pompa y con las mismas ruidosas demostraciones que si hubiera sido Soberano del pais.

10. El Gobierno del Sultan dirigió un *Memorandum* á las Potencias que tuvieron representacion en el Congreso de París, justificando su conducta, esplicando las causas de la guerra, y declarando que estaba dispuesto á hacer la paz con Sérvia, con las condiciones siguientes: que el Príncipe de Sérvia habia de asistir á su proclamacion para rendir pleito-homenaje al Sultan; que las milicias fueran licenciadas, dejando solo 10.000 hombres

para el órden interior del Principado; que se aumentara la contribucion; que se pagára lentamente una indemnizacion de guerra; que fueran demolidas ciertas fortalezas; y que el Gobierno turco tuviera el derecho de unir, por medio de una nueva línea, sus ferro-carriles con el de Belgrado.

La noticia de estas condiciones de paz causó gran escitacion en el campamento servio, tal, que al punto fué proclamado *Rey* independiente el Príncipe feudatario Milan Obrenovich I. Este acto se celebró con gran entusiasmo en el campamento, y Tchernajeff envió un mensaje al Príncipe, dándole cuenta del suceso, y llamándole Rey. Rusia no mostró semblante favorable ante semejante novedad, y el Príncipe Milan, por su parte, rehusó el título y la corona de Rey; pero no debieron de ser muy formales la repugnancia de Rusia y la del Príncipe servio, cuando las cosas quedaron como estaban; el hecho es que la enseña real fué trasladada en las banderas, que siguieron allegando los recursos de Rusia, y que el Príncipe Milan no quiso poner por escrito su renuncia, diciendo que «debia respetar el voto nacional.» De esto se resintió el Príncipe Nicolás de Montenegro, el cual, aunque habia vencido á los turcos en varios combates, se mostró dispuesto á la paz; pero para complacer á Rusia, volvió á unirse á los servios, renovó las hostilidades contra los turcos, derrotó á Djelladim-Bajá, tomó á Medun, y obligó á Dervisch-Bajá á retirarse á Podgoritza.

11. Los servios, por su parte, rechazando el armisticio que les ofrecia Abdul-Kerim hasta Octubre, rompieron la tregua sin prévio aviso, y atacaron á los turcos el 26 de Setiembre; pero, despues de un encarnizado combate, fueron rechazados, sufriendo otra derrota mayor todavía el 30 del mismo mes, en que volvieron á atacar, pues perecieron en ella 2.000 hombres y mas de 30 oficiales rusos.

La diplomacia volvió á interponer *sus buenos oficios*, y el mismo embajador inglés en Constantinopla, lord Elliot, persuadió á la Puerta á conceder un nuevo armisticio. La Puerta, conociendo que esto solo podia aprovechar á Rusia, sirviéndole para completar sus armamentos, quiso, á lo menos, librarse de la guerra en el invierno, y propuso un armisticio de seis meses: pero el Gobierno del Czar, que entonces estaba en Livadia, publicó una nota rechazando un armisticio tan largo, y exigiendo que no pasase de cuatro á seis semanas.

12. La Puerta prometia al mismo tiempo, por consejo del embajador inglés, ámplias reformas políticas y administrativas, especialmente en favor de los cristianos, y promulgaba la ley electoral para la Asamblea representativa del imperio. Esto no satisfizo al partido *eslavófilo*, que mostraba querer la guerra á todo trance, por lo cual el embajador inglés en Rusia, lord Loftus, fué á Livadia á ver al Czar para conocer sus verdaderas intenciones. Las impresiones del embajador inglés no le infundieron esperanzas de paz, aunque las palabras del Czar fueron pacíficas.

13. A los pocos dias, renovadas las hostilidades, Abdul-Kerim volvió á derrotar á los servios cerca de Alexinatz, y el 20 y 21 de Octubre los arrojaba de sus formidables posiciones de Krevet, que eran el centro de su línea. En los dias sucesivos les tomó á Roumik, á poca distancia del puente de Deligrad; ocupó á Djimiski, y las inespugnables alturas de Djunis, cayendo esta ciudad en su poder, huyendo los servios y amenazando á su propio ge-

neral, por lo cual, sus aliados rusos hubieron de hacer fuego contra ellos. Pero tambien estos voluntarios rusos atacados por grandes fuerzas turcas, fueron desechos, perdiendo 2.500 hombres y 120 oficiales. Despues de estos sucesos era imposible la defensa de Alexinatz, y así fué abandonada esta plaza, entrando en ella los turcos el 31 de Octubre; despues se apoderaron estos del campamento de Deligrad.

14. Estas victorias, que abrian á los turcos el camino de Belgrado, fueron consideradas decisivas. Tchernajeff fué destituido de todo mando, y enviado *con licencia* á Italia el ministro de la guerra de Servia. La situacion para este principado era crítica; pero entonces el Czar ordenó por medio del telégrafo á su embajador en Constantinopla, el general Ignatieff, que presentase á la Puerta un *ultimatum*, exigiéndole que aceptase solemnemente un armisticio de dos meses, y sometiese la cuestion á una Conferencia de las Potencias, amenazándole de lo contrario con la guerra. Turquía, siguiendo el consejo de Inglaterra, admitió la proposicion de Rusia; dió á Abdul-Kerim órden de suspender las hostilidades, y, mediante la intervencion de delegados militares de las Potencias, se trazó la zona neutral entre los ejércitos, tanto en Servia como en la Herzegovina y la Albania.

(Se continuará en el próximo número.)

LOS PUNTOS NEGROS

DE

LA CIENCIA MODERNA[1]

(Lecciones ante la Juventud Católica de Madrid.)

LA ULTIMA PALABRA DEL RACIONALISMO

Señores:

El carácter esencial del autor de la *Crítica de la razon pura*, y aun de todos los fundadores del trascendentalismo germánico, es la pretension de construir la ciencia *à priori*, con elementos puramente subjetivos, sacando, por decirlo así, la luz y la verdad, y algunos hasta la misma realidad de las cosas, de su propio pensamiento. Esta altiva pretension, fruto natural de la reforma protestante, lejos de alcanzar jamás el triunfo que apetece, tiende á corromper y destruir por completo la verdadera ciencia que al entendimiento humano le es dado alcanzar en la presente vida. Porque á la verdad, ¿qué otra cosa es la ciencia que ilustra y perfecciona á la razon humana en este mundo, sino la expresion ideal de la realidad? ¿y de qué otro modo puede nuestro espíritu llegarse al conocimiento

[1] Véase el núm. I de esta Revista.

de la realidad de las cosas, á considerarlas como son en sí, en su naturaleza intrínseca, en el órden de sus mútuas relaciones (pues todas ellas forman la vasta unidad del universo), y de la dependencia que todas tienen de Dios, su principio y su fin, sino dejándose penetrar del esplendor de la evidencia con que la realidad misma se ofrece á nuestros ojos, formados precisamente para conocerla? Si la mente del hombre, en vez de ser lo que sin duda alguna es, luz iluminada, imágen y participacion de la inteligencia divina, fuese, como piensan los panteistas, la misma razon eterna, la fuente y principio del sér y de la verdad, entonces no tendria necesidad de salir de sí para contemplar las esencias de todas las cosas reales y posibles: su ciencia no sería en tal caso la expresion de la realidad, sino al contrario, la realidad sería la expresion de su ciencia; porque no hay duda, que en el pensamiento absoluto de Dios todas las cosas criadas están idealmente representadas desde la eternidad: allí están los tipos ó ejemplares de todo lo que es y puede ser en el tiempo, fuera del sér divino; y conforme á estos eternos modelos, fueron hechos todos los seres del universo. Pero la inteligencia humana no es la inteligencia divina; y no siéndolo, tiene que renunciar á la orgullosa pretension de construir *à priori* la ciencia con elementos puramente subjetivos, engendrados de la actividad del espíritu humano, y á la vana ilusion de los que miran la ciencia así formada, como el fundamento y la regla de las cosas que existen fuera de nosotros. No, señores: el yo de que tenemos conciencia, ó mejor, el entendimiento con que este modesto yo piensa y conoce, no es el Verbo divino, por quien todas las cosas han sido hechas, luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, sino el ojo que contempla esta misma luz, reflejada en dos libros, entrambos admirables, escritos por el dedo del Omnipotente: uno de ellos el libro de la creacion, y el otro el libro

de la revelacion, que consta en las sagradas Letras. Si el hombre quiere saber algo en este mundo, es preciso ante todo, que se haga niño y deletree estas sublimes páginas. Bien mirada la filosofía, ¿qué otra cosa es sino el arte que enseña á leer con provecho las páginas de aquel primer volúmen, y dispone el ánimo á leer tambien con fruto las del segundo? ¡Ay del filósofo que, desdeñando esta doble leccion, quiere componer con la virtud de su inteligencia, aislada y solitaria, la grande obra en que se refleja la sabiduría de Dios! El escepticismo, el panteismo, el materialismo y todo linaje de errores, vestidos al parecer con las formas lógicas de las ciencias, brotarian de su espíritu como frutos maldecidos de un árbol que realmente los diera, sin recibir los jugos de la tierra, ni los elementos del aire, ni la luz y el calor del sol.

Ahora señores; Kant es el filósofo en quien puede estudiarse este caso, reproducido en todos sus discípulos, y transformado en ley general del pensamiento moderno. Una rápida exposicion de su teoría del conocimiento, os lo va á probar con fuerza irrefragable.

«Las impresiones de los sentidos, dice Kant, suministran en efecto la primera ocasion para desenvolver todo el poder cognoscitivo en lo concerniente á las mismas, y para constituir la experiencia. Ahora bien, la experiencia contiene dos elementos muy diferentes: una *materia* del conocimiento suministrada por los sentidos, y una cierta *forma* propia para ordenar esta materia, la cual forma se deriva de la fuente interna de la intuicion pura y del *pensamiento;* intuicion y pensamiento que, con ocasion de las impresiones sensibles, entran en ejercicio y producen los conceptos [1].» No sin alguna oscuridad se echan de ver en estas palabras de Kant los diversos elementos que el autor de la

[1] *Crítica de la razon pura*, lib. I, cap. II, version francesa de Tissot.

Crítica de la razon pura obtuvo del análisis del conocimiento que tenemos de las cosas externas y sensibles. El primero de esos dos principios es la materia que nos es dada por los sentidos; y el segundo, la forma de que el espíritu la reviste. ¿Qué entiende Kant por materia del conocimiento? Oigámosle de nuevo:

«Cualquiera que sea la manera con que algun conocimiento se refiera á sus objetos, y cualesquiera que sean los medios por donde esto pueda suceder, aquella manera en cuya virtud el conocimiento se refiere inmediatamente á las cosas, y que el pensamiento se propone siempre como medio, constituye la *intuicion*. Pero esta intuicion no nace sino en tanto que algun objeto nos es dado, lo cual no es posible, á lo menos para el hombre, sino á condicion de que el espíritu experimente cierto modo de afeccion..... El efecto de algun objeto sobre la facultad representativa, segun que somos afectados por él, es la *sensacion*. Toda intuicion que se refiere á un objeto por medio de la sensacion, se llama *empírica*. El objeto indeterminado de una intuicion empírica se llama *fenómeno*.» Más claro, señores: la materia del conocimiento, segun el filósofo aleman, es el objeto indeterminado que causa en la sensibilidad externa cierta afeccion, mediante la cual es representado en el espíritu. A esta representacion la llama Kant *intuicion empírica*, y al objeto mismo indeterminado de esta intuicion, considerado, no ya en sí mismo, sino en cuanto está representado en el espíritu mediante la sensacion, le llama *fenómeno*. ¿A qué se reduce, pues, la materia del conocimiento conforme á esta teoría? Se reduce á simples representaciones de las cosas que existen fuera de nosotros, consideradas, no como son en sí mismas, sino tales como se ofrecen en la intuicion empírica, tales como aparecen en nuestra facultad representativa, como simples fenómenos. Son, pues, estos fenómenos la materia del conocimiento en

la teoría de Kant. Veamos ahora la forma que recibe la materia en la crítica de este filósofo [1].

«Llamo puras, nos dice el filósofo aleman (en el sentido trascendental), todas aquellas representaciones con las cuales no se mezcla cosa alguna perteneciente á la experiencia. De donde se sigue, que la forma pura de las intuiciones sensibles en general se encuentra *à priori* en el espíritu, donde toda la diversidad de los fenómenos es percibida en ciertas relaciones. Esta forma pura de la sensibilidad se llama tambien *intuicion pura*. Así, cuando yo desprendo de la representacion de un cuerpo lo que el entendimiento concibe de él, como la sustancia, la fuerza, la divisibilidad, etc.; lo que la sensacion recibe de él, como la impenetrabilidad, la dureza, el color, todavía me queda algo de esta intuicion empírica, á saber: la extension y la figura. Estas dos cualidades pertenecen á la intuicion pura, que tiene lugar *à priori* en el espíritu, como una pura teoría de la sensibilidad [2].» He copiado este pasaje, porque el ejemplo que contiene, puede ilustrar hasta cierto punto el pensamiento de Kant. Por mi parte, quiero para este fin valerme del mismo ejemplo, presentándolo de un modo más concreto. Tomemos en la mano un globo de cristal: este globo se ofrece á nuestros ojos como un sér permanente, no adherido á ninguna cosa por via de modificacion, sér que gravita hácia su centro, y está compuesto de partes. Nada de esto me dicen los sentidos del globo que tengo ante los ojos; pero yo se lo atribuyo mentalmente, aplicándole los conceptos *à priori* que posee mi entendimiento, los cuales proceden de la fuerza nativa de mi espíritu, conviene á saber: los conceptos de *sér*, de *sustancia*, de *causa*, de *pluralidad*, etc. Todavía atribuyo á este globo

---

1 *Crítica de la razon pura*, primera parte, *Estética trascendental*.
2 Ibid.

otra cosa que no percibo en él con los sentidos, á saber: que es extenso, que tiene la figura de la esfera, pues aunque realmente mis ojos me representan sus diversas partes las unas fuera y al lado de las otras, y bajo esa figura geométrica, pero esta es una mera ilusion: la extension y la figura de este objeto no son sino determinaciones del espacio, el cual es una intuicion pura, que preexiste en mi espíritu á toda intuicion empírica, y que yo aplico al objeto indeterminado, tan solo para darle esta forma dentro de mí mismo; forma, por consiguiente, subjetiva, sin valor alguno real fuera de mí. ¿Qué es, pues, lo que los sentidos nos dan á conocer del globo de cristal? Nada más que su color y alguna otra cualidad secundaria con que se manifiesta á nuestro espíritu; en otros términos, una mera apariencia, un simple fenómeno ocasionado á la ilusion que padeceríamos si atribuyéramos al cristal la representacion que tenemos de él. En resolucion, señores: la extension y la figura, la sustancia, la accion, la pluralidad de partes con que pensamos el globo que parece ante nuestros ojos, son formas subjetivas del conocimiento, á las que no corresponde realidad alguna fuera del espíritu, con relacion á los objetos de que nos instruye la experiencia. Pero estas formas, ¿no tendrán al ménos valor en algun órden de realidad superior á la de los seres que afectan nuestros sentidos? Kant responde categóricamente que no. El espacio y el tiempo, formas puras, *à priori*, de la sensibilidad, no representan positivamente cosa alguna real fuera del espíritu; los conceptos del entendimiento puro, las categorías, deducidas por Kant de las formas de nuestros juicios, como la unidad, la sustancia, la causa, la existencia, la necesidad, son conceptos vacíos en sí mismos, que solo puede llenar la materia dada por los sentidos, sin recibir por esto más valor del que ella tiene como objeto indeterminado que es, del cual no se puede

afirmar cosa ninguna, ni siquiera que existe, porque la existencia es una categoría puramente formal é interna del espíritu.

Hasta las mismas ideas á que Kant se lisonjeaba de haber restituido la dignidad que ostentan en la doctrina de Platon, las ideas de Dios, del espíritu humano y del universo, con las cuales construyó este filósofo lo absoluto, no son otra cosa sino la ley conforme á la cual se desenvuelve en nosotros la razon; ley, por consiguiente, subjetiva, por la cual no se considera esta potencia autorizada para afirmar la realidad del sér divino, ni la sustancia de nuestro yo, ni el órden que guardan entre sí las diversas partes de este vasto sistema de seres finitos á que damos el hermoso nombre de universo.

El plan de estas lecciones no me permite una exposicion más detenida de la teoría de Kant, ni de sus conclusiones escépticas, contrarias absolutamente á las nobles aspiraciones de la verdadera filosofía, cuyo oficio consiste en esplicar las cosas por razones altísimas, convirtiendo en científica la certeza que todos tenemos naturalmente de la verdad de ellas; porque mi intento ha sido señalar en la leccion presente el vicio capital de la ciencia moderna, representada en Kant, y ese vicio ya lo estamos tocando con el dedo, ese vicio es la subversion absoluta del órden de la sabiduría increada, segun el cual la ciencia de la criatura inteligente no es pura y *à priori*, engendrada absolutamente por el yo, con independencia de su objeto; no es obra del pensamiento libre de toda realidad y de toda regla distinta de sí mismo, sino antes es la copia ideal del universo, y en cierto modo, de su infinito autor. El concebir las razones de las cosas por el pensamiento puro, como quiere Kant, no es cosa del espíritu finito, sino de la inteligencia perfectísima de Dios; y por esta razon, antes de atribuir al entendimiento criado esa virtud divi-

na, es forzoso divinizarlo, convertirle de imágen imperfecta, en original perfectísimo, de luz iluminada en luz que todo lo ilumina. Esto, señores, fué lo que pretendió hacer á fines del último siglo el genio de la reforma protestante, encarnado en el autor de la *Crítica de la razon pura;* y este es el punto más negro de la ciencia moderna, la sombra que oscurece el pensamiento de todos los filósofos trascendentales de la infeliz Alemania, y el de sus apasionados discípulos y admiradores en la Europa latina, y comunica su propia oscuridad esencial á todas las esferas científicas en que vana y estérilmente se agita, bajo las influencias del criticismo, el espíritu contemporáneo. Permitidme ahora exponer las razones que justifican tan terrible sentencia, con que espero probar que la teoría de los conceptos *à priori* ideada por Kant, implica necesariamente la sacrílega deificacion del yo y del pensamiento.

«La experiencia, dice Kant, está muy lejos de ser el solo campo donde quiere moverse nuestro entendimiento: porque ella nos dice lo que es, pero no lo que deba ser *necesariamente* así y no de otro modo: no nos da por lo mismo la universalidad; y hé aquí que la razon, que tan inclinada es á esta clase de conocimientos, mas bien se siente excitada que satisfecha por la experiencia. Ahora bien, los conocimientos universales, que al mismo tiempo llevan en sí el carácter de la necesidad, por fuerza tienen que ser independientes de la experiencia, claros y ciertos; y por esta razon se les denomina *à priori* [1].» ¿Pero de dónde dimanan estos conocimientos necesarios, universales, *à priori*, que Kant considera anteriores y superiores á la experiencia sensible? Para la filosofía cristiana, la respuesta es, señores, muy sencilla: cuando los sentidos nos dan á conocer sus respectivos objetos, el entendimien-

[1] *Crítica*, t. 1, introduccion.

to contempla en ellos las razones intrínsecas de su sér, los principios constitutivos de su esencia; y pues las esencias de las cosas son necesarias é inmutables, en razon de su conformidad con los tipos ó ejemplares que las representan en el entendimiento divino, esta necesidad se refleja en nuestra mente, haciéndole ver la imposibilidad de que las cosas dejen de ser lo que son, v. gr., que el círculo deje de ser redondo, que el hombre deje de ser racional, ó el espíritu incorruptible. Pero Kant, que del órden de la realidad solo quiso admitir la existencia de no sé qué objeto indeterminado que representaba á sus ojos la materia del conocimiento, desdeñando el estudio y contemplacion de las esencias reales de las cosas [1], por fuerza habia de buscar en sí mismo, en las oscuras profundidades del yo, el orígen de sus conocimientos *à priori*. Hé aquí sus mismas palabras, que será conveniente repetir:

«La experiencia contiene dos elementos muy diferentes, á saber: una *materia* de conocimiento, suministrada por los sentidos, y cierta *forma* propia para ordenar esta materia; cuya forma se deriva de la fuente interna de la intuicion pura y *del pensamiento;* intuicion y pensamiento que con ocasion de las impresiones sensibles, entran en accion y producen los conceptos.»

Establecida, señores, esta premisa, que el pensamiento humano produce por su propia virtud los conocimientos necesarios y universales, forzoso es deducir que el sujeto que tiene tal poder, es el mismo Dios. La razon de esta deduccion es, que las causas comunican á sus efectos respectivos algunas semejanzas consigo mismas, porque no es otra cosa la accion ejercitada por la causa, sino una especie de comunicacion con que hace á otras cosas parti-

---

[1] Así lo ha notado agudamente el ilustre Liberatore: «Kant, dice el filósofo italiano, consideró nelle cose create la sole esistenza, e pose del tutto in non cale l'essenza.» *Della conoscenza intellettuale*, part. II, cap. VII.



cipantes en este ó aquel grado de su propio sér y perfeccion. Esta es una ley universal, que comprende las producciones ideales de nuestro espíritu, sus intuiciones puras, sus conceptos, sus ideas, todos los elementos *à priori*, engendrados del pensamiento en la doctrina de Kant. Si el espíritu humano diese el sér real á las cosas que entiende, este sér tendría forzosamente alguna semejanza con él: *Simile producit sibi simile: causæ efficienti assimilatur effectus;* mas porque no alcanza á tanto su virtud en la *Crítica de la razon pura*, sino simplemente á producir meros conocimientos subjetivos, no hay duda sino que la necesidad y universalidad de estos conceptos, para asemejarse al principio de que proceden, exigen un pensamiento necesario y en cierto modo universal como ellos, un pensamiento divino. Y á la verdad, señores, siendo el sujeto del pensamiento, de donde Kant deriva todo el órden ideal y necesario de sus conceptos universales con absoluta independencia de toda realidad objetiva distinta del pensamiento mismo, siendo un principio contingente, finito, relativo y circunscrito por condiciones particulares que lo determinan y reducen á simple indivíduo de una especie tambien determinada, nacido ayer y sujeto á todos los accidentes de la vida, ¿cómo es posible que engendre de sí mismo lo que idealmente al menos es necesario, universal y absoluto? Lo absoluto y lo necesario son atributos incomunicables de Dios (en cuya esencia perfectísima se contienen con eminencia el sér y las perfecciones de todas las criaturas); y aunque en las cosas criadas contemplamos tambien la razon de lo necesario, pero esta necesidad no se refiere á su existencia, sino á su esencia, eternamente representada en Dios como necesaria. El fundamento, pues, de esta necesidad, propia de las esencias, es la necesidad absoluta del mismo Dios. Pero esta necesidad absoluta, divina, en que se fundan nuestros conocimientos

necesarios, no puede ser atribuida á nuestro espíritu sin suponerlo divino, porque solo la inteligencia divina es principio y fundamento de toda necesidad [1].

¡Cosa verdaderamente admirable! Muchos siglos ántes que la crítica trascendental hubiese renovado, bajo cierta apariencia de novedad, los errores de los sofistas griegos, el Angel de las escuelas puso de manifiesto el egoismo panteístico en que habia de caer el filósofo de Könisberg. ¿Qué pensaba Santo Tomás de Aquino de las teorías filosóficas que hacen del espíritu humano la forma ó principio del sér universal inteligible, que Kant juzga contenido en el órden de nuestros conceptos? Oidlo, señores, y fijad en lo más profundo de vuestra mente estas sublimes palabras: «Ningun entendimiento humano puede haberse como acto respecto del sér universal, porque en tal caso habria de ser infinito, y así ningun entendimiento criado es acto de las cosas todas inteligibles [2].» Que es lo mismo que decir: el entendimiento humano, aunque puede entender todas las cosas, pero no las entiende por su propia virtud sacándolas idealmente de sí mismo, lo cual es propio de Dios, que las entiende por sí como acto puro, sin necesidad de que se ofrezcan á sus ojos, al modo como se ofrecen á los ojos de nuestra inteligencia, haciéndola pasar de la potencia al acto, ó sea perfeccionándola con la luz de su inteligibilidad, que unida con la luz interior de nuestro espíritu, imágen de la luz divina, produce la forma ideal que tienen las cosas en nuestra mente. Si este fuese el principio generador del sér universal inteligible, lejos de ser actuada por la realidad que se presenta delante de sus

---

[1] Es muy digno de leerse sobre esta materia el insigne Liberatore, obra citada arriba, part. II, cap. V, donde se encuentra el mismo argumento con mayor lucidez.

[2] «Nullus intellectus creatus potest se habere, ut actus totius entis universalis: quia sic oporteret quod esset ens infinitum. Unde omnis intellectus creatus, per hoc ipsum quod est, non est actus omnium intelligibilium.» I. q. LXIX, art. II.



ojos, acaecería que del acto de entender, ó como dice Kant, del pensamiento, saldría el sér ideal, y este pensamiento vendria á ser acto puro, como lo es el entendimiento increado. Pero esto, señores, es tan absurdo como impío: ningun entendimiento criado puede haberse como acto respecto del sér universal: Dios, solo el Verbo, el pensamiento eterno de Dios, dice San Agustin, es la forma de todas las cosas formadas, *Verbum Dei forma omnium formatorum* [1]; del cual proceden los principios de las formas, las formas de los principios, y el conocimiento de las formas y de los principios, *à quo sunt semina formarum, formæ seminum, motus seminum atque formarum* [2]. Por el Verbo de Dios, que es, dice Santo Tomás, la razon del entendimiento divino, es producido todo conocimiento intelectual, *per Verbum Dei, quod est ratio intellectus divini, causatur omnis intellectualis cognitio* [3]. O mas brevemente: todo nuestro conocimiento se deriva del Verbo, *omnis nostra cognitio à Verbo derivatur* [4]. Sí: el Verbo de Dios es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la palabra eterna que habla y se deja oir de todos y en todos los tiempos, cuyos ecos repiten á una todas las criaturas, formando el concierto universal con que los cielos y la tierra dan testimonio á la sabiduría increada. Y como si esta especie de revelacion natural por medio de las criaturas, con que Dios comunicó á la humanidad alguna parte de su ciencia divina, no bastase para ilustrar á los hombres, atendidas la dureza de su corazon y la ceguedad de su entendimiento, todavía quiso confirmarla y perfeccionarla, comunicándola al mundo de un modo directo y personal, para lo cual el mismo Verbo divino se hizo hom-

---

1 Serm. CXVII, núm. 3.
2 De Civit. Dei, l. V, c. II.
3 Contra Gent., l. I, IV, c. XIII.
4 In Joan., c. VIII, lect. VIII.

bre, y habitó entre los hombres, y les dijo: «Yo soy la luz, y el que me sigue no anda en medio de las tinieblas.» Y despues confió los tesoros de su enseñanza divina á la Iglesia que él mismo instituyó, como maestra de toda verdad conducente á la vida eterna: de la verdad religiosa, de la verdad metafísica, de la verdad moral, de la verdad política, de la verdad estética, de toda verdad, en fin, capaz de perfeccionar moralmente al hombre y conducirle á la bienaventurada intuicion de la verdad misma por esencia, de la belleza pura y sin mancha, que resplandece en el órden de las cosas criadas, por lo cual es el universo semejante á su divino Autor, á quien se ordena todo como á su último fin.

Le cose tutte quante
Hanno ordine tra loro; è questo è forma
Che l' universo à dio fa simigliante.
Qui veggion l' alte creature l' orma
Dell' eterno valore, il quale è fine
Al quale é fatta la tocata norma [1].

Segun esto, ¿qué otra cosa es la ciencia moderna, representada por Kant, sino el último ensayo de la soberbia protestante, que despues de haberse rebelado contra el magisterio católico, y de haber proseguido su rebelion contra la palabra divina, consignada en las sagradas Letras, se esfuerza á emancipar al espíritu humano hasta del último vestigio de la sabiduría increada en el universo, para hacerle autor de un mundo ideal absolutamente independiente? Porque en esto consiste, señores, el criticismo de Kant: en cerrar nuestro espíritu herméticamente á toda luz objetiva de verdad, á toda enseñanza divina, natural y sobrenatural, al testimonio de todas las criaturas, á las

---

[1] Paradiso, canto I, 103 y siguientes.

tradiciones y enseñanzas de todos los siglos, á fin de sacar de la profunda oscuridad de no sé qué yo abstracto é ininteligible, los conceptos y principios universales y necesarios de la realidad y de la ciencia. Y cuenta, señores, que no sin deliberado intento he proferido la palabra *oscuridad*, refiriéndola al egoismo idealista de Kant: porque ese es precisamente uno de los puntos negros de la ciencia moderna, y uno de los caracteres inequívocos de la temeridad de sus juicios [1], y de la intrínseca falsedad de sus teorías. La verdad es en sí clara, porque su fundamento es el sér mismo de las cosas, inteligible por su misma naturaleza, el cual brilla con esplendor todavía superior al de la luz que se refleja en este mundo visible. Pero en desapareciendo de nuestra vista la realidad en que á Dios plugo que se manifestaran las razones eternas de su sabiduría, aparecen las tinieblas sobre la faz del abismo ahondado en nuestro mismo yo por la orgullosa ciencia que en él estriba únicamente, que de él pretende sacar la luz y la vida. Esta es la razon de la oscuridad esencial del moderno lenguaje filosófico: cierto, el lenguaje de los modernos filósofos está condenado á oscuridad perpétua, porque es la espresion del pensamiento humano divorciado de la verdad que existe fuera de él, porque no está iluminado con rayo alguno de la palabra increada, porque el verbo interior que debiera iluminarlo, ha sido engendrado de un yo que empieza por suponerse Dios, para sacar del fondo oscurísimo de este absurdo las fórmulas ininteligibles, contradictorias, del filosofismo trascendental.

En suma, señores, aunque el filósofo de Königsberg admite fuera del pensamiento la existencia de los objetos re-

---

[1] Refiriéndose un filósofo contemporáneo á los juicios sintéticos *à priori* de Kant, tiénelos con razon por resultado de la temeridad de la voluntad, añadiendo que «solo en los juicios *temerarios* pudo Kant entender los juicios sinteticos *à priori*.» Tongiorgi, Inst. phil., p. II, lib. II, cap. II.



presentados por la intuicion empírica de los sentidos, pero la esencia de tales objetos es á sus ojos una incógnita algébrica, un noumeno completamente desconocido: el objeto único del pensamiento, segun Kant, son los conceptos nacidos *à priori* del pensamiento mismo. Con estos elementos subjetivos construyó el filósofo aleman toda su ciencia, fundando el racionalismo contemporáneo, cuya última palabra es, que no solamente la ciencia, sino tambien la misma realidad debe surgir de la razon humana: ó en otros términos, que la razon da á la ciencia su forma y contenido; que la razon humana es el artífice y el instrumento de la obra, cuyos materiales proceden asimismo de ella. Esta palabra, repito, no la pronunció Kant, antes humilló á la razon, abatiéndola hasta reducirla á prestar sus formas á la materia del conocimiento sensible, que fué reproducir el sensualismo francés del siglo XVIII [1], declarándola incapaz de conocer ninguna de las verdades del órden inteligible, y condenándola en fin á todas las angustias de la duda sobre todas las cosas, desde la esencia de los objetos visibles hasta la existencia de su divino Autor, desde la sustancia de nuestro espíritu hasta sus más nobles atributos. Pero en cambio, á donde Kant, detenido por su crítica, tímida en cierto modo y recelosa, no se atrevió á llegar, fueron las consecuencias de su sistema, deducidas con lógica inexorable por el célebre Fichte, el cual, como sabeis, dió un paso de gigante en esta direccion puramente subjetiva y racionalista, diciendo, que pues el pensamiento es independiente de toda realidad objetiva, y supone de necesidad alguna cosa pensada, el sujeto que piensa da el sér á las cosas mismas que conoce por el mismo caso que las conoce,

---

[1] Bien conoció esta verdad nuestro Balmes cuando dijo que Kant, «no obstante sus largas disertaciones sobre el entendimiento puro, es profundamente sensualista; y que el autor de la razon pura y el del tratado de las sensaciones, distan entre sí mucho menos de lo que pudiera parecer á primera vista.» *Fil. fund.*, lib. IV, cap. XI.



empezando por ponerse á sí mismo como un yo infinito, absoluto, del cual proceden todas las cosas. Y como si todavía este discípulo de Kant no hubiese acentuado con bastante osadía el racionalismo de su maestro, he aquí que despues de él se presenta otro sofista, acaso el mayor de los tiempos modernos, diciendo que «el pensamiento puro, sin presuponer ninguna otra cosa, por virtud de la necesidad que le es propia, *engendra* y conoce los momentos del sér [1],» y que «el sér puro es tambien puro pensamiento: *Das reine sein..... reiner Gedanke* [2].» Ved pues, señores, al pensamiento humano constituido en puro sér, del cual proceden la ciencia y la realidad, no contenidas por cierto dentro de límites precisos, sino desenvolviéndose en el proceso mismo con que se hace, segun la blasfemia de Hegel, el peregrino Dios de su escuela. Esta es verdaderamente la última palabra de la filosofía moderna, la espresion del racionalismo absoluto, punto negro, ó mejor dicho, abismo tenebroso, en que ha caido miserablemente la razon emancipada de Dios y divorciada de su Cristo.

Por lo demás, señores, no creais que estas vanas y sacrílegas tentativas del pensamiento moderno engendrado de la *reforma*, con que aspiran locamente nuestros pseudo-filósofos á regular en su ciencia *à priori* la verdad de las cosas, no creais, digo, que estos esfuerzos titánicos de la soberbia alemana, sean en la historia del espíritu humano un fenómeno nunca visto, no: antes que ellos, los antiguos sofistas fundaron, como ellos, la verdad en la conformidad de las cosas, no ya con el entendimiento divino, sino con la razon humana. «Decian los filósofos antiguos, que las especies de las cosas naturales no procedian de ninguna

---

[1] Es ist der Grundgedanke der hegelschen Dialektike, dass das reine Denken voraussetrunglos aus der eigenen Nothwendigkeit die Momente des seins erzeuge und erkenne. TRENDELEMBURG, *Lôgische Untersuchungen*. III. Die dialektische Methode, n. 1.

[2] *Encyclopédie*, §. 86.

virtud intelectual, sino eran hijas del acaso; y como además de esto juzgaban que la verdad debe de referirse á algun entendimiento, viéronse obligados á cifrarla en la conveniencia de las cosas con el entendimiento humano [1].» De Protágoras en particular refiere Aristóteles, «que hacia al hombre regla y medida de todas las cosas: *à Protagora dictum est..... omnium rerum mensuram hominem esse* [2].» Pero los filósofos dignos de este nombre, áun entre los mismos gentiles, combatieron siempre este primer principio del racionalismo. Si no temiera fatigaros todavía más, reproduciria aquí algunos de los muchos testimonios en que el genio de la ciencia, ilustrado por la fé en los padres y doctores de Iglesia, refutó este dogma fundamental de la ciencia moderna: pero de todos modos, deseo que oigais por lo menos á Platon y á San Agustin. En el libro cuarto de las leyes escribió Platon, que «Dios es sin duda alguna la medida de todas las cosas, y particularmente del hombre;» y definiendo en otra parte la filosofía puso el concepto de esta ciencia «en volver el alma los ojos á Dios [3]. Cierto, el ser por esencia es el centro y fundamento real de toda ciencia digna de este nombre, y particularmente de la que cultivó el filósofo de Atenas, el sér en quien residen las razones eternas que se revelan en las criaturas, y por modo singular en las inteligencias donde está sellada la lumbre del divino rostro. «Yerran, pues, decia el autor de la *Preparacion evangélica*, los que creen que las cosas son tales como parecen á nuestros ojos, porque al contrario, la verdad es que ellas se nos

---

[1] Dicendum quod antiqui philosophi species rerum naturalium non dicebant procedere ab aliquo intellectu, sed eas provenire à casu. Et quia considerabant, quod verum importat comparationem ad intellectum, cogebantur veritatem rerum constituere in ordine ad intellectum nostrum. (I, q. XV, a. 1 ad 2.)

[2] Metaphysic., cap. 5.

[3] El gran Sanseverino en su *I principali sistemi della filosofia*, I §. V, p. 188, inserta el testo griego del maestro de Aristóteles.



parecen como son. La razon de esto es, porque no somos nosotros quienes hemos dado el sér á las cosas, sino antes son ellas las que obran sobre nuestro espíritu [1].» Y San Agustin decia: «*Omne verum ab illo est qui ait:* EGO SUM VERITAS, toda verdad procede de aquel que dice: *Yo soy la verdad* [2].» Oigamos ahora para concluir, al santo doctor que recogió en su mente angélica toda la ciencia de los antiguos filósofos, acrecentada, purificada y transfigurada por los Padres de la Iglesia: «Las cosas naturales, de las cuales recibe la ciencia nuestro entendimiento, son la medida á que debe esta potencia conformarse, segun dijo Aristóteles; pero ellas á su vez son medidas por el entendimiento divino, en donde están idealmente todas las cosas, al modo que están en la mente del artista las obras del arte. Así que el entendimiento divino es la medida de todas las cosas, sin ser medido por ninguna; las cosas naturales son medidas por el entendimiento divino, y á su vez miden al entendimiento humano; y por último, el entendimiento humano es medido por las cosas naturales, y no mide á cosa ninguna sino es á las obras ó producciones de las artes [3].» ¡Qué conceptos tan profundos y luminosos! ¿No percibís, señores, claramente, á la luz de esta filosofía, la esterilidad y bajeza de la que gira en torno de un pensamiento en quien los esplendores de la verdad eterna se han oscurecido? Por lo demás, bien veis que el error capital de la crítica de Kant, perfeccionada por sus discípulos, no es cosa nueva; ya le profesaron los sofistas antiguos, hacien-

---

[1] Lib. XIV, cap. 20.

[2] De Doct. Christ., prol., §. 9.

[3] ... res naturales, ex quibus intellectus noster scientiam accipit, mensurant intellectum nostrum, ut dicitur X Metaphys. (com. X), sed sunt mensuratæ ab intellectu divino, in quo sunt omnia creata, sicut omnia artificiata in intellectu artificis. Sic ergo intellectus divinus est mensurans, non mensuratus; res autem naturalis mensurans et mensurata; sed intellectus noster est mensuratus, non mensurans quidem res naturales, sed artificiales tantum. (Qq. disp. de verit., q. I, a. 2 c.)

do del hombre, ó como dirian hoy si vivieran, del pensamiento humano, del yo, el centro de la ciencia, el fundamento y la regla de la verdad. En cambio, señores, los grandes é inmortales maestros y doctores en ciencias divinas y humanas, combatieron á los sofistas antiguos, diciendo lo que habeis oido, que nosotros no hemos dado el sér á las cosas, ni podemos regularlas con nuestros pensamientos, antes son ellas las que se ofrecen á nuestros ojos, instruyéndonos y dándonos voces para que elevemos el espíritu y el corazon al Dios de toda verdad y santidad. «El alma humana, diçe San Agustin, que juzga acerca de las cosas visibles, es sin duda mejor que todas ellas; más viendo que ella misma está sujeta á vicisitudes y mudanzas, luego entiende que sobre ella está la verdad inconmutable [1].» Pues bien, señores: usemos nosotros de las armas con que la antigua sabiduría combatió á los antiguos sofistas, para combatir y vencer á los nuevos y derribar sus ídolos, que son los mismos que aquellos formaron, algo retocados por el ingenio moderno, que no ha podido, sin embargo, quitarles su oscuridad y vileza.

JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

---

[1] Mens enim humana de visibilibus judicans, potest agnoscere omnibus visibilibus seipsam esse meliorem. Quæ tamen *cum etiam se* propter defectum profectumque sapientia fatetur esse mutabilem, invenit *supra se* esse incommutabilem veritatem. (In libro LXXXIII, qu. XLV.)



CARTA Á UN ACADÉMICO DE LA LENGUA

SOBRE LA EPÍSTOLA MORAL ATRIBUIDA Á RIOJA [1]

Muy distinguido señor mio y muy querido paisano y amigo: El Sr. D. Adolfo de Castro merece una corona de oro, como descubridor de ese precioso manuscrito de la *Epístola moral á Fabio*, y como autor del opúsculo que ha tenido V. la bondad de remitirme [2], y que no sé cómo agradecer á V. bastante.

¡Cómo se ha desvanecido á manera de sombra, lo que era, ayer no más, el gran Rioja! Tras la cancion á Itálica, pierde hoy la Epístola. Napoleon no tuvo más que un

---

[1] En 1875 publicó D. Adolfo de Castro un opúsculo demostrando que la Epístola moral á Fabio ha sido atribuida á Rioja sin razonable fundamento. El estilo de tan admirable poesía, enérgico, sentencioso, discreto y oportuno en los epítetos, severamente poético, y un tanto vagaroso y redundante, contrasta notoriamente con el lenguaje de Rioja, algo artificioso y arcaico, delicado, conciso, y poéticamente adjetivador á la manera del Príncipe de los poetas sevillanos, D. Fernando de Herrera. Esta diferencia de estilos podia hacer sospechar que la *Epístola moral* y las silvas no brotaron de la misma pluma. A D. Adolfo de Castro le cupo la gloria de convertir en certeza la sospecha y de descubrir el nombre de su verdadero autor con el hallazgo de un MS. de la Biblioteca Colombina de letra del siglo XVII, donde se copia la *Epístola moral* con este epígrafe: *Copia de la carta que el capitan Andrés Fernandez de Andrada escribió de Sevilla á Don Alonso Tello de Guzman, pretendiente en Madrid, que fue corregidor de México.* El nombre de Andrés Fernandez de Andrada ha sonado poco hasta ahora en la República de las letras. De él solo se conoce un fragmento, cuyo estilo tiene bastante semejanza con el de la Epístola. Tráelo el Sr. Castro en su opúsculo, donde apunta algunas noticias sobre el hasta ahora ignorado y de hoy más glorioso nombre de Fernandez de Andrada, y sobre quién era D. Alonso Tello de Guzman. Al ver que tras de la *cancion á las ruinas de Itálica,* definitivamente asegurada al Licenciado Rodrigo Caro por el docto Académico D. Aureliano Fernandez-Guerra, se despoja á Rioja del honor de haber escrito la *epístola moral*, no puede menos de repetirse lo que con ocasion de la primera poesía afirmaba D. Cayetano Alberto de la Barrera, esto es, que si D. Francisco de Rioja pierde un floron más de su corona poética, nuestro Parnaso gana en cambio un nuevo y eminente ingenio.

[2] El autor reside en Aintree, Liverpool, donde está fechada esta carta, en calidad de Cónsul de Venezuela, su pais.

Waterloo; pero tampoco tenia más que un imperio. El Napoleon de los clásicos, tenia dos: dos, sí, porque vale un imperio cada una de esas dos piezas. Así, pues, podemos decir de esa, como Byron de aquel:

Since he, miscall'd the Morning Star,
Nor man nor fiend hath fallen so far.

Ahora todo se esplica. ¿Qué mucho que Rioja tuviese tal talla, y la frente en las nubes, y que á todos los pasase y venciese, si habia allí ocultos bajo una sola túnica y un manto, dos tan grandes ingenios sobrepuestos el uno al otro, como Osa sobre Pelion para destronar á los dioses!

Don Alonso Tello de Guzman, ex-Corregidor de la ciudad de Méjico y otra vez pretendiente en Madrid, es Fabio, indudablemente; y pues en esto nos dice verdad el copista, no hay por donde presumir que mienta ni se equivoque al mencionar como autor de la carta al Capitan Andrés Fernandez de Andrada. ¡El Capitan Andrada! ¡qué novedad! Su aparicion, al través de dos siglos largos, es como la de un astro que, aunque de primera magnitud, no habia podido todavía hacer llegar su luz hasta nuestro planeta, desde su inmensa distancia; y su primer astrónomo es un correspondiente dignísimo de la Real Academia. Muy enhorabuena. Yo, desde luego acepto al Capitan por el verdadero autor, no obstante que alguna de las razones que se hacen valer en contra de Rioja, pudiera convertirse en su favor. Por ejemplo: el decir que *no fué criado el varon para el rayo de la guerra*, más propio pareceria del Sacerdote, que de quien tenia por profesion la de las armas. Bastaría solo, para estar bien, que Fabio fuese militar. Podia tambien hablar así el Capitan, por desengaño.—Más ¿por qué no Rioja? Sobre que ambos iban á la par, sin quedarse á deber nada el uno al

otro, porque ambos eran rayos: el uno de la guerra, el otro de la Iglesia. De otra parte, toda esa filosofía y experiencia, ese desengaño palaciego que respira la Epístola, parece aprendido prácticamente en la verdadera escuela, en *esa antigua colonia de los vicios*, que no frecuentó el Capitan tanto como Rioja; y esos acendrados sentimientos de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, han de parecer voces más naturales del discípulo de Cristo, que del de Marte.

No hago yo estas observaciones para argüir en contra del Capitan Andrada, sino antes para apartar las razones que no tienen fuerza decisiva favorable ni adversa á ninguno de los dos poetas, cualquiera de los cuales podria haber escrito la Epístola, por lo que hace á esas circunstancias personales. La paternidad de ella no es ya discutible; es punto aclarado por el manuscrito descubierto, y evidenciado por concluyentes consideraciones del docto señor de Castro.

Queda solo por decidirse el de las variantes, si han de aceptarse todas las del autor, ó si hay algunas preferibles en los otros textos. Toca decidirlo ex-cátedra á la Real Academia, que únicamente tiene derecho para ello, así por su autoridad y ciencia, como por ser la guardadora de esas antiguas preciosísimas joyas, que debe conservar libres de toda sombra, tersas y brillantes para admiracion y deleite públicos. Tal vez debiera ella dar á una comision de su seno, el encargo de examinar todas las diferencias, y pesarlas, á fin de ver cuáles tienen los quilates correspondientes á los muchos que encierra cada eslabon, cada terceto y áun cada verso y frase de la admirable Epístola. ¡Que si lo merece la obra! Estoy por decir que en todo el Parnaso no hay una sola que pueda competir ventajosamente con ella, y donde, como en ella, se halle reunido todo lo que constituye sublime un rasgo literario: diccion pura

y elegante, expresion enérgica en su sencillez, y sencilla cuando enérgica; vigoroso fondo moral, que forma su cuerpo, donde se mueve, y habla, y manda, como su espíritu; una sabiduría á toda ley, que se hace obedecer cautivando, y cautiva, no solo merced á ese decir embelesador é irresistible, que es don del cielo y tormento de los falsificadores del ingenio, sino tambien, y más aún, porque no enseña seca y magistralmente como los pedagogos, sino llamando por testigos á los desengaños, pregones de la verdad, á declarar contra los vicios y á proclamar la virtud, única amparadora de la dignidad humana. Todo es leccion en la Epístola; y leccion es, sí, de otro género, áun su misma excelencia y supremacía literaria. ¿Cuál es su asunto? Ni la victoria de Lepanto, ni el paso de las Termópilas, ni la cólera de Aquiles, ni el poder de Tonante; apenas es el tedio de la vida cortesana, el desengaño de los parásitos del poder, de donde deduce en admirables ideas la pequeñez de lo grande, y la grandeza de lo pequeño.

Si no tuviera destinados estos momentos á hablar á V. ligeramente de las variantes, me daría recreo comunicando á V. mis impresiones respecto de la Epístola, ahora que he venido por incidente á considerar su mérito. Pero no prescindo de hacer una breve distincion en algo que dice el muy docto Sr. de Castro tocante á su estilo, y apoyándose, al parecer, en declaracion del mismo autor. Verdaderamente, nada hay en él de *vanamente pomposo*, ni cabe ser más sencillo: lo concedo; pero ¿está reñida la sencillez con los adornos de la retórica? ¿No es la sencillez por sí misma un artificio retórico de la mejor ley? ¿O dejará de serlo porque algunos lo tengan á su arbitrio como dón natural, y otros no puedan aspirar á poseerlo sin incurrir ó en desaliño ó en afectacion? ¡Que no usaba el autor artificios retóricos! Pues si esos que se llaman artificios,

son, como no pueden menos de ser, las figuras, llena está de ellos la Epístola, que abunda en figuras de retórica, de estilo, de gramática, de todo género, desde el primer terceto hasta el cuarteto. Sino que son espontáneas y hermosas, como de quien son, y no se vé el engaste, y el arte desaparece bajo tanta belleza: porque, á fuer de gran artista, sabia el autor (y esto no lo enseña nadie) que el mayor arte es ocultar el arte. Artificio, es primor: ¿y qué más primoroso que esa Epístola?

He anunciado á V. que destinaba estos momentos á decirle algo acerca de las variantes. Diré ahora cómo: desentendiéndome de que escribo á V., para imaginarme que honra y alegra V. mi hogar con su presencia, que bajamos al jardin, y á la sombra del encorvado fresno que V. conoce, en tanto humea ante nosotros aromático sabeo, toma la palabra el indocto discípulo, y dice á su sapientísimo maestro:

¡Qué razon ésta tan proporcionada á mi deseo de salir de algun error y aprender algo! Para provocar la réplica de V. á tal fin, voy á dar á V. mi opinion acerca de las variantes de la Epístola moral que tenemos á la vista. Pero dígnese V. hacerse de un poco de paciencia, que ellas son muchas, y no reputo insignificante á ninguna. Una conjuncion, una mera partícula puede tener tanto valor en tan primorosa pieza, como para atar ó completar una labor, un nudillo en el hilo de oro de una filigrana. De todas hablaré, pues, á V.; y lo haré con tanto mayor desenfado, cuanto mayor campo deseo presentar á V. para que me corrija é ilustre.

Asiento primeramente el texto original, como se ha descubierto hoy [1], y considero luego las variantes de Se-

[1] Para que el lector pueda juzgar sobre la materia de este escrito, trasladamos al pié de las páginas la epístola moral, tal como se encuentra en el libro del Sr. Castro.



dano, Estala y otros editores, como las trae el señor de Castro. Empecemos.

«Y *á* donde al más *activo* nacen canas.»

Sedano y otros dicen *donde*, en vez de *á donde;* y *astuto*, en vez de *activo*. En lo antiguo se usaba la forma compuesta *á donde* en casos como este, pero hoy no es admisible sino cuando media movimiento, expresado por la partícula componente. Es singular, que de las formas compuestas cualquiera vendria bien, por lo que hace á la propiedad del sentido, menos aquella; pues relativamente á la procedencia, á la causa, al lugar puede decirse «las prisiones *en donde* nacen canas al pretendiente, *de donde* le nacen (le vienen las canas), por donde le nacen;» pero no *á donde*. La forma simple es, pues, la que debe subsistir. Prefiero tambien *astuto* á *activo*, porque fija y determina la idea del autor, cual es, que si al que mejor se ingenia, nacen canas en la córte, ¿qué no al poco avisádo? Se puede ser activo, y encanecer en la fatiga por falta de maña y perspicacia; que encanezca el astuto, eso sí que no deja *esperanza*.

«El que no las limare, etc.»

Los otros textos traen «*Y* el que no las limare, etc.»—Estoy con el autor, tanto porque el verso anterior comienza tambien con esa conjuncion, como porque sin ella aparece más sentencioso el período.

«Ni *llegar* al honor que pretendiere.»

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son dó el ambicioso muere
y adonde al más activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
ni el nombre de varon ha merecido,
ni llegar al honor que pretendiere.



El Sr. Castro halla más exacta la frase del autor, que la de los otros textos, que dicen *subir;* y yo tambien.

«Esta invasion *terrible* é importuna.»

No me gusta *terrible*, porque deja ya sin fuerza á *importuna*. El *prolija* de Sedano y Estala tiene otros defectos.

En la acepcion de *molesta, impertinente* (que tambien tiene), no haria más que anteponer un sinónimo innecesario á *importuna*. En la suya principal, es impropio aplicado á *invasion*. No hay propiedad en decir *invasion larga dilatada*.

Invasion es *acometida*, y decir que esta es *larga* y *dilatada,* es decir que no llega á verificarse, que está siempre en el empeño. Lo que puede decirse de una invasion es, que se repite, que es frecuente, tenaz en sus ataques. Por esto preferiría yo decir *tenaz* en vez de *terrible*. Lo que es el verso, quedará siempre falto de una astillica que lo apriete en ese punto; póngase *terrible*, *prolija* ó *tenaz*.

«Desde el primer sollozo *de la* cuna.»

En esto no cabe discusion; ni se concibe que haya nadie podido decir *hasta la cuna*, como no fuera para signi-

---

El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caido.
Que el corazon entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente,
que supo retirarse, la fortuna
que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.

ficar que la verdadera cuna del hombre es la tumba. Pero eso sería hilar muy delgado.

«Dejémos*le* pasar como á la fiera
Corriente *ó al* gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su *carrera.*»

La variante aceptada hasta hoy, dice:

Dejémos*la* pasar como á la fiera
Corriente *del* gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su *ribera.*

Respecto del enclítico, es claro que debe ser *la* y no *le*. En lo sustancial del terceto, estoy con el autor, porque de la variante aparece *fiera de suyo* la corriente del Bétis, sin que baste á establecer escepcion el *cuando airado* que le sigue, pues este *cuando*, en ocasiones, hace veces de relativo, y como tal suena en este caso. Si la establece en la frase del autor que dice, en plata: «dejemos pasar esa invasion como á fiera avenida, ó como al gran Bétis cuando se aíra y dilata su carrera hasta los montes.» Lo que sí haria yo en el terceto original sería poner una coma en *pasar*, y otra en *corriente*, y quitar la que hay en *Bétis*.

Relativamente á *ribera* y *carrera*, aquel podrá ser más claro; pero este es más expresivo. Si *carrera* estuviese limitado á significar el curso que lleva á lo largo un rio, no lo habria usado el autor, pues bien hubiera visto que ningun rio porque se hinche y embravezca, puede ir más allá de su desagüe, el mar ú otro rio. Pero *carrera* es equivalente á *corrientes* (plural), que son *las* aguas de los rios caudalosos, y abraza en su significacion todo el álveo

---

Dejémosle pasar como á la fiera
corriente ó al gran Bétis, cuando airado
dilata hasta los montes su carrera.

del rio, todo el espacio, toda la extension, toda la *calle*, digámoslo así, que corre de largo á largo y de ancho á ancho: esa es su *carrera;* y hallo, así, más expresivo y hermoso este sustantivo del autor.

«Por *vanas* consecuencias, etc.»

La variante *varias* por *vanas,* no hay que considerarla, ni vale nada, ni ha subsistido.

«Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de *Astrea* fué, cuanto regia
Con su temida espada y su *balanza.*»

Por Dios, que no se toque este hermoso y decidor terceto.

Nada de *Austria,* nada de *lanza;* déjese esa hermosa figura de la riqueza pública hecha patrimonio de los validos, y la justicia despojada de sus fueros, derechos y santo ministerio.

«El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo *precede* y *pasa* al bueno.
¿Qué espera la virtud ó en qué confía?»

Es imponderable el valor que restituye al terceto ese verbo *preceder,* tan bien estimado por el Sr. de Castro. Efectivamente, él tiene la significacion de *superar, privar,*

Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien lo alcanza
por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fué: cuanto regia
con su temida espada y su balanza.
El oro la maldad, la tiranía
del inícuo precede y pasa al bueno:
¿qué espera la virtud ó en qué confia?

que le da el autor, y es entonces equivalente al *præcellere* latino; y el verbo *pasa* está ahí, no por *extenderse* ó *comunicarse*, sino por *exceder*, *ir más allá, aventajar*, equivaliendo al *excellere* latino. ¿Cómo podia decir el diestro autor de la Epístola, que la tiranía, la maldad y *el oro* proceden del inícuo y se *comunican* al bueno? Pasa al bueno el contagio de la maldad, ¿pero el oro? Yo colocaria, sí, una coma en *inícuo* para más claridad.

«Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno;
A donde por lo menos cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
«Blanda le sea,» al derramarla encima.»

El adverbio más propio sería *en donde*, porque ya se trata de reposo (y hasta de reposo final) *en* Romúlea, *en donde* echan la tierra al cuerpo. Con todo, no deja de ser correcto el adverbio *donde* precedido de la preposicion *a*, porque esta queda reproduciendo la accion anterior de venir *á* Romúlea, y *donde* haciendo su oficio natural de reposo; sino que deben escribirse separadamente:

«*A donde* por lo menos, cuando oprima

Esto es, *á* Romúlea, *donde* por lo menos, etc.»

No acertaron Sedano y Estala cuando antepusieron *la tierra* á *nuestro cuerpo*, ni aun para lo mismo que tuvieron en mientes, que fué, hacer que el sujeto precediese, porque

---

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será mas humano y mas sereno;
Adonde por lo menos cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra dirá alguno,
«Blanda le sea.» al derramarla encima.



el verbo les quedaba detrás oponiéndoseles. La frase del autor es más natural, hace mejor el verso, y pone á *tierra* más cerca de *blanda le sea*.

Me ocurre decir algo acerca de la frase *dirá alguno*.

No sé en qué edicion la vió D. Andrés Bello sustituida con la de *diga alguno*. Recuerdo que mi sábio compatriota la cita con elogio, como ejemplo de las formas aparentemente *subjuntivas*, y que por lo que expresan, no son en realidad sino *optativas:* así, *diga alguno* vale *deseo que diga*, ú *¡ojalá diga!*

No sería indigna de la Epístola, en verdad, esa frase. Pero, de una parte, no es la del autor; y de otra, la de éste es superior, más expresiva, de más alcance, y de mayor aliciente para el llamado á Romúlea; porque de ésta resalta ya la seguridad de que *habrá* quien desee al cuerpo blando reposo y paz. Resulta del pasaje (y es oportuno notarlo) que la seguridad de obtener el piadoso sufragio, viene de que Fabio morirá entre hermanos, prueba más de que éste y el que le escribia, eran, ámbos, sevillanos.

«Cuando en ella *te* falte el pece raro
O cuando su pavon *te* niegue Juno.»

Así escribió el autor, y no veo por qué haya de decirse *te* en un caso, y *nos* en el otro.

«Busca, pues, el sosiego dulce *claro*
Como en la oscura noche de *Leteo*
Busca el piloto el eminente faro.»

Donde no dejarás la mesa ayuno
cuando en ella te falte el pece raro,
ó cuando su pavon te niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y claro
como en la obscura noche del Letheo
busca el piloto el eminente faro.



La variante dice:

«Busca, pues, el sosiego dulce y *caro*
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro.»

Caro por *claro*, tampoco á mí me gusta, y creo, como el Sr. de Castro, más oportuno el segundo. *Claro* es tambien lo que no está intrincado, lo que no expone á tropiezo, lo que deja ver sus ventajas, como á toda luz; y es un término necesario en el terceto, que dice: «lo que es á la noche de Leteo el faro, le es á la vida el sosiego: luz.»

Con perdon del Sr. de Castro, cuyas explicaciones son oportunísimas, hallo inconveniente decir *Leteo* más bien que *Egeo*. En la mente de todo el mundo ese nombre no es ya sino el del rio del Olvido, cuyas aguas tan de olvido son, que no han dejado ni memoria de que á ningun otro perteneciese. Luego, el Egeo es muy apropiado; porque, si bien con exajeracion, de ningun otro mar se decia en lo antiguo que padeciese tantas tempestades y fuese tan peligroso: inmejorable imágen de la corte.

Hay una edicion de la Epístola que trae ese verso con una pausa en *noche*, para dar á entender que el sentido es: «Como busca el piloto, en la oscura noche, el eminente faro del Egeo.» Pues no debe ponerse esa coma en *noche*, porque le quita al verso su grandeza, que consiste en presentar como *oscura* siempre la noche en las olas del Egeo, como es siempre azarosa la cortesana vida, aludiendo ese *oscura* más á la multitud y gravedad de los peligros, que á la densidad de las sombras. Es oportuno hacer ver aquí, que como representa ese *oscura* llena de peligros á la noche, representa exento de ellos al sosiego el *claro* del primer verso. La diferencia está únicamente en que *oscura* tiene tambien una significacion que es propiedad general

de la noche. Aquella intrusa coma, sobre dañar á la idea, establece un hipérbaton desgraciado.

«Dirás *cuanto* desprecio *he* conseguido.»

Cuanto desprecio es preferible á *lo que desprecio*, pues *cuanto* es más extenso y absoluto, y contribuye á hacer que aparezca más fuerte el varon que se vence á sí mismo. Esta es la idea del terceto. En este hay algo que para al lector, y que fué sin duda lo que hizo á Sedano y Estala alterar el verso y decir: «ló que *yo precio*.» Este algo es, á mi juicio, la significacion del verbo *conseguir*. Pero el autor no quiso decir *si te ciñes á lo que posees*, sino que dijo: *si acortas y ciñes tu deseo*. Ahora, de desear, por limitado que sea el deseo, no se sigue que se obtenga lo ansiado; el logro de todo deseo es eventual; y luego, la fortaleza está en contrariarse á sí mismo, para *buscar y seguir, obténgase, ó no*, lo que manda la virtud, despreciando los goces ambiciosos. El autor, pues, no usó el verbo *conseguir* en la significacion de *obtener*, sino en la hoy arcáica de *ir en pos*, solicitar (seguir-con).

«Más precia el ruiseñor *el* pobre nido, etc.»

Su pobre nido, es sin duda mejor.

«Que adular lisonjero las orejas
De algun príncipe *raro*, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.»

Que si acortas y ciñes tu deseo
dirás cuanto desprecio he conseguido
que la opinion vulgar es devaneo.
Más precia el ruiseñor el pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que adular lisonjero las orejas
de algun príncipe raro, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Es más suave y poético *adular* que *agradar*, y aun más oportuno, habiendo príncipe de por medio.

El segundo verso no me gusta de ningun modo, ni con *raro* ni con *insigne*. Al ruiseñor (lo sé de tan buena tinta como el autor), no le gusta halàgar el oido de príncipe ninguno, ni raro ni no raro, ni de ningun cautivador de pájaros. Todavía soporto ménos ese *algun*, tan indeterminado y vago. Ahí no hace falta pronombre ni artículo ninguno; y como *opulento*, por ejemplo, tendria alguna significacion intencionada, porque mientras más opulento el príncipe, más regalado podia estar el ruiseñor, y más meritorio sería su desden, yo me decidiría porque se dijese:

«Que adular lisonjero las orejas
De príncipe opulento, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!»

¡Qué hermosura de terceto! ¡Qué perfeccion! ¡Qué retrato tan gráfico del servil cortesano! Etopeya tan enérgica cuanto breve. Nada hay que decir de la rota y desastrada variante de otros textos.

«Ni *aun* quizá de un momento á otro momento.»

El *áun* añade mucha fuerza á la expresion, y debe conservarse.

¡Triste de aquel que vive destinado
á esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.
Cese el ánsia y la sed de los oficios;
que acepta el don y burla del intento
el ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
y no la pasarás de hoy á mañana,
ni aun quizá de un momento á otro momento.

«*Apenas* tienes *ni* una sombra vana.»

No se compadece el *apenas*, que concede algo, con el *ni*, que lo niega todo. Pero con suprimir la partícula negativa basta; sin que haya necesidad de decir, como los otros textos, *casi no tienes*.

«De *nuestra grande* Itálica.»

Hay cacofonía. Pero *grande* es el calificativo que pide la idea, y no *antigua*, como dicen los textos vulgares; porque el autor quiso decir, que Itálica se acabó, á pesar de su grandeza, de su pujanza. Conciliando, pues, la propiedad de la frase y la eufonía, diria yo:

«De aquella grande Itálica, ¡y esperas!....»

¿Por qué poner entre interrogaciones ese último inciso, como lo hacen los otros textos? «¡Y tú tienes todavía esperanzas, mísero!» Este es el sentido, más expresivo que el interrogativo, aunque ambos expliquen lo mismo.

«¡Oh error *caduco* de la suerte humana!»

El caduco me parece á mí que sería el copista.

Error *caduco* ó error *perpétuo*, como dicen otros, tan malo es éste como aquél, porque lo que hay al caso no es que la suerte humana yerra, sino que es suerte del humano el errar; error que, segun respira el pasaje, consiste en esperar á todas manos, y aun cuando no haya ni pre-

---

Apenas tienes ni una sombra vana
de nuestra grande Itálica y esperas
¡oh error caduco de la suerte humana!

testo para ello; ceguedad, condicion del hombre. Así, yo me atreveria á proponer uno de estos dos versos:

¡Oh error tenaz! ¡Oh condicion humana!
¡Oh error tenaz y ceguedad humana!

«Las enseñas grecianas, las banderas
Del Senado y romana monarquía,
Murieron y pasaron sus carreras.»

La variante que á este terceto ponen Sedano y Estala, es tan desgraciada como casi todas las que engendraron.

«¿Qué es nuestra vida más que un breve dia
Do apenas *nace* el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?»

Es muy de preferirse el *nace* del autor, al *sale* de los otros textos. No presenta cacofonía *apenas nace*, porque la *s* de apenas la impide. Sí la hay en *sale el sol*. Luego debe conservarse el *nace* como término intencionado y necesario, pues ahí el *sol* es el hombre, como la *noche fria* es la muerte. Nótese ese *fria* magnífico.

«¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde?»

Tiene razon el Sr. Castro, la frase tiene más vigor sin la repeticion del verbo ser, diciendo: «¿Qué *es* más que el heno?» Se destruye esa enérgica zeugma, por la cual está

Las enseñas grecianas, las banderas
del Senado y romana monarquía
murieron y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve dia
dó apenas nace el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fria?
¿Qué más que el heno; á la mañana verde,
seco á la tarde? O ciego desvarío
será que de este sueño se recuerde?

aquí sobreentendido el verbo que se expresó en la interrogacion del período anterior.

«¡Oh ciego desvarío?
¿Será que de este sueño *se* recuerde?»

El autor puso *se*, refiriéndose al hombre; pues si comenzó diciendo *nuestra vida*, desde que escribió la comparacion con el *sol*, se efectuó en su mente un cambio de persona, y siguió pensando *en el hombre;* y en él pensó cuando dijo:

¿Qué más que el heno?

Lo que es la exclamacion, debe escribirse con *h: ¡Oh* ciego desvarío! Pues es regla aceptada y conveniente, que la *o* sin *h* no se use sino en los vocativos, cuando se apostrofa á álguien ó algo personificado.

«¿Será que pueda *ser* que me desvío
De la vida viviendo, y que esté unida
La *cauta* muerte al simple vivir mio?»

¿Será que me desvie? Esto era lo que tenia en la mente el autor; pero se vió obligado á buscar ese giro de presente de indicativo, y de ahí vino esa desgraciada agrupacion de verbos.

Ya eso no tiene remedio, y lo ménos malo es poner *ver* en lugar de *ser*, como traen los textos conocidos. *Cauta muerte* es tan delicado, como fatal el *corta muerte* de los susodichos Sedano y Estala.

Será que pueda ser que me desvío
de la vida viviendo y que esté unida
la cauta muerte al simple vivir mio?



«Como los rios *que* en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de *la* vida.»

Sea que se ponga signo de pausa en *rios*, sea que no, debe conservarse el *que* del autor. En el primer caso sería explicativo de la manera como van al mar aquellos; y en el segundo puramente relativo de los rios que tienen su desagüe en el mar; y en ambos evitaria esa flojedad y debilidad que se siente en el verso de los textos conocidos.

La vida, es ménos concreto que *mi vida*, y preferible, por tanto. Aunque el autor dice *soy llevado*, el plural *rios* le dá tono de generalidad á la idea, como representando á los *hombres;* y *la vida* se corresponde con *la mar*.

«De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero
Sino alguna noticia de mi hado?»

Los textos conocidos dicen:

Sin ninguna noticia de mi hado.

El autor era ménos escéptico; y del manuscrito se ve que sí creia tener alguna noticia de su futuro destino, y que esa, la de la inmortalidad de su alma, era la única dicha que podía esperar. Es preciso, pues, respetar el verso.

Como los rios que en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de la vida.
¿De la pasada edad qué me ha quedado?
ó ¿qué tengo yo á dicha en la que espero
sino alguna noticia de mi hado?
O si acabase viendo como muero
de aprender á morir antes que llegue
aquel forzoso término postrero!

«Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte *cruda* mano,
Y á la comun materia *se le* entregue.»

No hay para qué decir que debe ser *se la entregue.*

Cruda mano dá más vigor á la expresion y al verso, que *dura mano;* y en cuanto á lo *ruda*, es inútil hablar, pues no tiene esa significacion.

Antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte cruda mano
y á la comun materia se le entregue.

(*Se continuará.*)

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

EXCURSION A BOLONIA[1]

BOLONIA 30 DE OCTUBRE.

Sr. D. Juan Manuel Ortí y Lara.

Querido amigo: Cuando esta ciudad no encerrase otro monumento que la tumba de Santo Domingo, mereceria ser visitada por los peregrinos y por los artistas. Mas que á pasear por los tristes y majestuosos pórticos de sus calles sombrías; mas que á visitar el rico museo que guarda las joyas de sus grandes pintores, con quienes espira la maravillosa fecundidad del génio italiano; mas que á contemplar de cerca estas celebradas torres inclinadas, perpétuo enigma de los arquitectos, que no aciertan á descubrir el orígen de su construccion; mas que á beber el agua de la fuente de Neptuno en el mismo vaso que labró el buril de Juan de Bolonia, vine á esta ciudad á venerar como español y como cristiano el sepulcro de nuestro compatriota, el fundador de la Orden de Predicadores, sepulcro maravilloso que, bajo las esculturas incomparables de Nicolás de Pisa, encierra el cuerpo de uno de los más grandes doctores de la Iglesia y más esclarecidos hijos de España. Mi primera diligencia al entrar en esta ciudad, tan notable por sus recuerdos históricos y sus monumentos artísti-

[1] Esta carta pertenece á la serie que sobre *La peregrinacion española en Italia*, va á publicar en breve el autor en un libro anunciado con este título.



cos, fué buscar la iglesia de Santo Domingo, situada en la plaza de su nombre, no muy lejos de la famosa basílica de San Petronio. Al recorrer toda la dilatada via di Galliera, por debajo de los anchos soportales que dan á las calles de Bolonia aspecto original y grandioso; al desembocar despues en la Plaza Mayor, foro de la ciudad en la Edad Media, que conserva en sus edificios la fisonomía severa y sombría de la antigua arquitectura toscana; al pasar por junto á los muros de la iglesia de San Petronio, grandiosa basílica que recuerda los tiempos heróicos de Bolonia, y en cuyos ladrillos puede leerse su historia; al contemplar, por último, las cúpulas de la iglesia de Santo Domingo, que se levantan sobre la tumba del santo Fundador, he sentido el encanto de los antiguos tiempos y me ha parecido vivir en los últimos siglos de la Edad Media. El aspecto de Bolonia es monumental, y para el que visita, como yo, esta ciudad con un objeto religioso, predispone favorablemente á las más graves meditaciones. Recorriendo las calles por debajo de los pórticos que parecen inmensas galerías de un convento, donde la vista se recoje bajo bóvedas y arcadas interminables, sin que la distraigan los resplandores del sol, ni las formas caprichosas de la arquitectura local, es imposible no entregarse á la meditacion de las antiguas glorias de Bolonia.

La animacion es muy escasa en las calles; el comercio está casi reducido al centro de la poblacion; de modo que parece una ciudad desierta, habitada en otro tiempo por monjes y por sabios. Los palacios de la antigua nobleza desaparecen; los de Albergati, Bevilacqua, Fava, Magnani, Pépoli, y otros famosos, son hoy en su mayor parte edificios solitarios, donde reina eterno silencio, como galería de antiguos sepulcros, venerables solo por sus recuerdos. Si permaneciese aquí por algun tiempo, meditaria sobre sus ruinas en la antigua y revuelta historia de Bolo-

nia, porque tengo para mí que debe ser cosa agradable el recordarla bajo los pórticos de la ciudad, sobre todo al caer la tarde, cuando las sombras de las columnas y arcadas comienzan á poblar de fantasmas las misteriosas calles y plazas de la antigua *Felsina*, fundada por los etruscos, destruida por los bárbaros, dominada por los lombardos, conquistada por Pipino y por Carlomagno, convertida en plaza fuerte por los güelfos, odiada por las vecinas repúblicas gibelinas, vendida por Pépoli á los Visconti, por los Visconti al Papa, gobernada por nuestro compatriota el Cardenal Albornoz, agitada y comprometida en las guerras intestinas de Italia en la Edad Media, declarada república por Bentivoglio, conquistada por Julio II, anexionada al Austria, engastada en los laureles del vencedor de Marengo, devuelta al Papa, y dominada luego por la revolucion que ha podido borrar la antigua divisa del escudo de Bolonia: *Libertas*.

Si de dia el aspecto de la ciudad es triste, figúrese V. lo que será de noche cuando se recorren estos pórticos á la escasa luz de los faroles, que proyectan sobre la calle la sombra de los arcos y de las columnas, y no se descubre el término de estas vastas galerías por donde solo resuenan los pasos lentos de los transeuntes que se deslizan y ocultan en el fondo de aquellas puertas sombrías como las de un inmenso panteon ó las de un lóbrego calabozo. De todos modos que se mire á Bolonia, más bien que una ciudad es un convento, donde reinan la soledad y el silencio de los cláustros sombríos, la severidad y grandeza de las tradiciones piadosas, la gravedad y misterio de los monumentos antiguos, y donde se levantan sepulcros venerables de mártires y de santos.

Basta el de Santo Domingo, como digo á V., para dar á Bolonia lugar preeminente en el corazon de los cristianos, de los artistas y de los españoles. La iglesia de

Santo Domingo, aunque grandiosa, no es ya lo que fué hasta principios del siglo pasado, época funesta de corrupcion artística, en que los antiguos monumentos de la Edad Media fueron profanados con las indiscretas restauraciones del mal gusto, á la sazon reinante en Europa.

Hoy es una espaciosa iglesia de tres naves, de estilo greco-romano, rodeada de capillas, que conserva, como restos de su magnificencia pasada, ricos altares, con cuadros y esculturas de notable mérito artístico.

Lipo Dalmasio tiene allí una preciosa Vírgen, que recuerda las imágenes místicas del siglo XV; Guerchino, una majestuosa pintura de Santo Tomás, escribiendo sobre la Eucaristía; Felippino Lippi, un cuadro encantador, que representa el casamiento místico de Santa Catalina, que puede rivalizar con el de Corregio; Carrachio ha dejado un San Raimundo pasando el mar sobre su manto, peregrina composicion llena de gracia y majestad sobrehumanas; frente á la tumba de Enzius, hijo de Federico II, se contempla un retrato de Santo Tomás, que pasa por auténtico, y en el coro se admiran las primorosas tallas de dos monjes Dominicos, Fr. Damiano y Antonio Asinelli, eminentes artistas del siglo XV, que están demostrando la laboriosidad y el génio de los cláustros, tan calumniados por la cínica ignorancia de los enemigos de los frailes.

Pero la joya inestimable, el tesoro de la piedad y del arte en esta iglesia dominicana, es la sesta capilla de la nave derecha, consagrada al Santo Fundador. Una grandiosa verja de hierro cierra el gran arco de ingreso, desde donde se contempla la espaciosa capilla de estilo greco-romano, atribuida al monge Terribilia, rica y espléndida por sus brillantes mármoles, sus artísticas esculturas y sus cuadros magistrales y bellos. En los muros laterales campean los de Tiarini y Lionello Spada, que representan

el niño resucitado el primero, y Santo Domingo quemando los libros de los herejes el segundo, obras notables, que á pesar de las escasas luces con que los he visto, brillaban á mis ojos con la vigorosa entonacion del pincel de sus autores. En el fondo de la capilla se abre el ábside con diez ventanas rectangulares en los intercolumnios áticos, en la cúpula la gloria del Santo, pintada por Guido Reni, y en medio el altar sobre que se asienta la urna sepulcral de Santo Domingo.

Sea por la veneracion con que me acerqué á este sepulcro, sea porque real y verdaderamente es obra sin rival en su género, aseguro á V. que me quedé asombrado al contemplarle. Nicolás de Pisa, autor de la famosa cátedra del batisterio de su ciudad natal, fué quien labró este sepulcro por los años de 1231, ayudado de su compatriota Agnelli. La escultura, que sin perder aún la severidad y el misticismo de la Edad Media, comenzaba á recibir las lecciones de la antigüedad clásica, tan atenta á la perfeccion de la forma, aparece en este magnífico sarcófago de mármol blanco en toda la lozanía de su inspiracion fecunda, y de su gusto delicado y puro. Juzgar esta obra con detenimiento, sería escribir la historia del arte italiano en el siglo XIII, y aún más la historia prodigiosa de Santo Domingo, de donde están tomados los asuntos de sus bajos relieves.

De rodillas ante el sepulcro, fija la vista en sus primorosas esculturas, he pasado más de una hora meditando en las grandezas y glorias del español insigne, del enamorado siervo de Dios, santo campeon de la fe cristiana, dulce á los suyos y á los enemigos terrible (*il santo atleta benigno à suoi, ed à nimici crudo*), en expresion del Dante, del excelso maestro y fundador insigne de la Orden esclarecida de los Padres Predicadores.

¡Con qué encanto repetia yo desde aquel sitio, á qui-

nientas leguas de mi pátria, los versos intraducibles del Dante, en que este génio sin rival de la poesía cristiana, describia la cuna de Santo Domingo de Guzman!

«In quella parte, ove surge ad aprire
Zeffiro dolce le novelle fronde,
Di che si vede Europa rivestire,
Non molto lungi al percuoter dell' onde,
Dietro alle quali per la lunga foga
Lo Sol tal volta ad ogni uom si nasconde,
Siede la fortunata Callaroga.»

Nuestra es la cuna de Santo Domingo, en nuestra tierra brotó esta flor maravillosa del jardin de Jesucristo, y bajo nuestro cielo se desarrolló, inundando la cristiandad con el aroma de sus virtudes. Cuando en el sagrado bautismo la fé y él se desposaron, dice el Dante, mútuamente se prometieron la salud, y la madrina, que en nombre suyo daba el consentimiento, vió en sueños el maravilloso fruto que habian de dar él y sus herederos. (*Vide nel sonno il mirabile frutto.—Ch' uscir devea di lui e delle rede.*) Para que su nombre respondiese á su naturaleza, continúa el cantor de las maravillas de la religion, un ángel bajó del cielo á nombrarle con el nombre mismo del Señor, *di cui era tutto*. Fué llamado Domingo, y él fué el jardinero escogido por Cristo para ayudarle á cultivar su jardin. Muchas veces la nodriza le encontró echado en tierra, callado y despierto, como si dijese: para esto he venido (*io son venuto à questo*), para velar y orar.

«¡O padre suo veramente Felice!
¡O madre sua veramente Giovanna,
Se' nterpretata val come si dice!»

Las glorias de Santo Domingo son glorias de España, y por esto, al pié de su sepulcro, yo, peregrino español, he

sentido como nunca el noble amor de mi pátria. ¿Cómo en esta solitaria capilla, á la tíbia luz de la lámpara que ilumina el blanco sepulcro del Santo, no abismarse en recuerdos y reflexiones vivísimas? ¿Cómo no trasladarse en espíritu al siglo XIII, y asistir á la gran batalla y esclarecido triunfo de la Iglesia contra los errores que la soberbia humana produjo para malograr las conquistas de la civilizacion cristiana?

Aseguro á V., que ante el sepulcro del gran campeon que dirigió y organizó la cruzada de la ciencia católica contra la pravedad herética de los Paulacianos y Albigenses; ante el altar donde se veneran sus reliquias, como tesoro de santidad que los siglos han respetado y los sábios del mundo han bendecido; ante el recuerdo vivo de Santo Domingo de Guzman, que despreciando las vanas pompas del siglo, puso todo su pensamiento y alma generosa en formar el entendimiento y el corazon de sus hermanos, predicando con la palabra de la sabiduría y el ejemplo de la santidad las doctrinas y máximas del Evangelio; para dirigir á los pueblos por los caminos de la vida eterna, he experimentado emociones indescriptibles, que en vano intentaria expresar á V. en esta carta. Veia yo brotar de aquella urna maravillosa, como de una fuente del cielo, los raudales de santidad y doctrina:

Onde l' orto cattolico si riga,
Si che i suoi arbuscelli stan più vivi;

y veia levantarse á la sombra de estos fecundos arbustos de la Orden dominicana, las cátedras más doctas que han tenido las escuelas cristianas para la enseñanza y propagacion de la ciencia de Dios. Del fondo de esta urna, como de un jardin brotan las flores en la primavera, veia salir los innumerables sábios y santos, que en distintos siglos y

naciones han esparcido el aroma de Santo Domingo por toda la redondez de la tierra. Los hijos de Santo Domingo fueron legion escogida de santos y de mártires, que en las ciencias y en las artes, en la soledad de los cláustros y en el tumulto de las revoluciones, dieron siempre ejemplos admirables de profunda sabiduría y angélicas virtudes.

Sumido en esta meditacion pasé buen rato, sin acordarme de mirar otra cosa que el sepulcro del Santo Fundador. Por fin volví la vista á mi alrededor, y hallé junto á mí un fraile dominico, que parecia estar expiando mis sentimientos y mis oraciones. Con respeto y con cariño me acerqué á él, como si su hábito fuera para mí título de paisanaje, y le pregunté por el convento donde Santo Domingo vivió y murió, consagrándole con sus virtudes y sus reliquias. El hermano me miró con tristeza, y me dijo casi sollozando:—Yo no soy más que un pobre lego encargado de cuidar de la Iglesia y de la capilla del Santo; los Padres han sido arrojados de sus celdas, y el Convento está convertido en cuartel de la Milicia Nacional italiana.—Bien puede V. figurarse el efecto que me causó la noticia. Pocos dias hace que en Asís, vi solitario y triste el sepulcro de San Francisco, y hoy veo abandonado y triste tambien el sepulcro de Santo Domingo. Los vínculos que unieron siempre á estos dos siervos del Señor y á sus hijos los dominicos y franciscanos, han unido tambien el sepulcro de tan exímios varones. San Francisco y Santo Domingo comenzaron su vida pública por una peregrinacion á Roma; uno y otro buscaron la gloria eterna por los caminos de la caridad y de la ciencia; solo que Domingo enseñó á sus discípulos la ciencia de la caridad, y Francisco dió como norma de vida á los suyos la caridad de la ciencia: uno y otro vieron brillar en sus cláustros las dos más grandes lumbreras de la filosofía cristiana, Santo Tomás y San Buenaventura, y uno y otro por fin sienten hoy sobre sus sepul-

cros los estragos de la revolucion, que ha dispersado á sus piadosos hijos y dignos guardadores.

¡Aún la celda de San Francisco está desierta; pero la de Santo Domingo convertida en cuerpo de guardia....! Indignado y como fuera de mí por estas reflexiones, de nuevo me postré ante el altar de Santo Domingo, y con todo el fervor de mí alma comencé á decir en voz alta, para que en aquel sagrado recinto resonase la lengua de Santo Domingo:—«Levántate, ó santo fundador, gloria de España y admiracion del mundo, levántate de esta maravillosa tumba donde no caben tus cenizas, y vuelve á organizar tus celestiales huestes, para combatir de nuevo contra los errores de la soberbia humana. La revolucion deshojó las flores que coronaban tu cuna, apagó las lámparas que ardian ante tu sepulcro, disolvió tus santas legiones, encarceló al Papa, y anuncia hoy su triunfo definitivo sobre las ruinas de la Iglesia católica. Hora es ya, invencible campeon de la fé, de que renueves tus batallas, y con la caridad inagotable de tu corazon enseñes el amor de Dios á los sábios infatuados por la soberbia de la tierra, y muestres el rigor de tu indignacion contra los enemigos de la Iglesia rebeldes á la gracia del cielo, *ed à nimici crudo*. Ya que por particular providencia de Dios descansan tus reliquias no lejos de las de San Francisco y de la cátedra de San Pedro, envia al menos sobre tu cuna española las bendiciones del Altísimo, para que se vea libre de los errores con que la ha infestado el espíritu moderno. Vuelve á ella con el tuyo, y restaura tus casas arruinadas, tus altares caidos, tus cátedras abandonadas, para que no pueda decirse que es España indigna madre de sus hijos gloriosísimos. Infúndeme, santo atleta de la Iglesia, el valor de tú corazon para combatir contra los herejes de este siglo, y que no me abandone la caridad en las terribles luchas contra la revolucion, á que estamos obligados los discípulos de Jesucristo.»

Mi oracion hubiese sido interminable si la noche no se hubiese echado encima, obligándome á abandonar la Iglesia. Me acerqué por última vez á la urna sepulcral, apoyé mi frente sobre aquel mármol, que hallé dulce y suave como el pecho de un amigo, y arrasados los ojos en lágrimas me retiré de Santo Domingo. Al salir de la Iglesia, las calles de la ciudad estaban tristísimas; me paseé un rato á lo largo de sus pórticos, y llena el alma de emociones indescriptibles me he encerrado en mi casa con intencion de escribir á V. esta carta. Mañana temprano salgo para Pádua y Venecia: si tengo tiempo escribiré á V. desde el camino mis últimas impresiones de Bolonia. Suyo afectísimo,

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO II

DE LAS HERMOSAS VISTAS QUE TENIA EL CASTILLO DEL CIEGO.

Las tradiciones de Navarra y la Rioja nos hablan de un pueblo ó castillo llamado Cantábria, en el cerro conocido con este nombre, orilla izquierda del Ebro, entre la antiquísima Vária, ciudad ya reducida á pobre aldea, á donde llegaban los barcos del Mediterráneo, y el barrio de Lucronio, hoy convertido en capital de provincia.

Como con otras semejantes, y aun más grandiosas fábricas acontece, de la de Cantábria apenas quedan restos ni vestigios, si es que tales no se reputan algunas simas abiertas á media ladera, que el vulgo, con un desenfado que horripila al erudito, suele llamar obra de moros.

De todas maneras, pueblo y castillo de Cantábria, coexistiendo con la aldea que crecia, y la ciudad que menguaba, convertidos por su situacion en ciudadela de entrambas, no podian corresponder á la importancia del nombre histórico y regional con que se honraban, compartiendo este honor con la soberbia cordillera que sirve hácia el Norte como de muro contenedor á las tierras altas de Alava, ó de magnífico cercado á los llanos y recuestos en que serpea el Ebro.

A este alcázar, construido segun quieren algunos, por la familia de Pelayo, se habia retirado Favila desde que Witiza le sacó los ojos.

La brutal y abominable pena de la ceguera pasaba entonces como piadosa hasta cierto punto; porque solo debia imponerse á los que, reos de muerte por delitos de rebelion, eran indultados por gracia especial del monarca. Ponian las leyes en aquel linaje de crímenes esta cortapisa á la real clemencia, para que en ningun caso pudiesen los agraciados *ver* la

ruina pública en que de antemano se habian gozado. Y cierto que si tal era el objeto de la pena, el medio de conseguirlo no podia ser más adecuado.

Pero tan bárbara limitacion de la régia prerogativa solo servia á tiranos como Witiza para inutilizar á sus presuntos rivales, sin cargar con la odiosidad de haberles quitado la vida.

El retiro de Cantábria tenia para el Duque la ventaja de ser uno de los rincones más distantes y olvidados de Toledo, de llevar el grato nombre de la provincia querida donde aún le quedaban casi tantos amigos como antiguos súbditos, y de estar enclavado en el territorio que fué de su mando. Pero al propio tiempo—¡amarga irrision de la suerte!—aquel castillo le brindaba con el punto de vista más apacible, bello y pintoresco que imaginarse puede: riquísima vega de viñedos, sotos, alamedas, huertas y olivares, cruzadas de Ocaso á Oriente por el Ebro, con sinuosidades de otros rios tributarios, más abrigadas y más feraces aún; campiña esmaltada de pueblecillos engarzados en vergeles, y circundada de variados picos y sierras que á proporcionada distancia le sirven, sin asombrarla, de marco más que de muro, y que elevándose, ora suave, ora bruscamente, prestan al cuadro esa copia de reflejos, esa amenidad de tonos, esa gradacion de matices, azules, cárdenos y arrebolados, que bajo un cielo diáfano, límpido y espléndido, difunden serenidad y alegría en el ánimo de quien más embargado por melancólicos pensamientos lo contempla.

Espectáculo inútil ya, placer perdido para el pobre anciano, que asomado á las almenas de Cantábria tenia vuelto el rostro hácia la populosa Vária celtibérica ó la romana Lucronium, como si realmente esperase ver salir alguna persona querida por el puente de barcas que allí habia, hasta que San Juan de Ortega, á fines del siglo XI, principió á construir el de piedra que hoy subsiste.

Efectivamente, iba inclinándose el sol hácia las sierras de Toloño y San Lorenzo, cuando cruzaron el rio por Vária muchas y muy diferentes personas, que semejaban partida de tropas, cabalgata, ó más bien especie de caravana.

Formábanla un grupo de soldados de caballería, un peloton de gentes á pie y gran número de acémilas con sendos tercios á los lomos y algun hombre ó mujer encima.

De pronto salieron del centro á la vanguardia, tomando la delantera á trote largo, un caballero y una dama, seguidos de dos bucelarios, al mismo paso, pero á cierta respetuosa distancia.

Eran, como el lector se habrá figurado, Amaya y Ranimiro.

Desde que comenzó á susurrarse en Pamplona la proximidad de la nueva campaña y la venida del Rey, dispuso el tiufado y magnate godo trasladarse á Cantábria para acompañar y defender al padre de Pelayo durante la guerra. De esta manera tambien, si el monarca su deudo

queria confiarle el mando de algun cuerpo de ejército, quedaba con más desembarazo para aceptarlo, dejando á Amaya, que no tenia madre, á la sombra de su anciano y respetable tio el Duque Favila.

Con esta idea, que Ranimiro procuró esparcir entre los próceres, seniores, gardingos y tiufados de Pamplona, para que á nadie chocara su ausencia del presunto cuartel real, tomó hasta dos docenas de bucelarios, libertos así llamados, por la *buccea* ó bocado que recibian de su señor, y que para defensa propia se permitia tener á cualquiera que quisiera armarlos y mantenerlos; y se dirigió por Ologitum á Vária, con no pequeño convoy y nada escaso número de siervos y siervas.

Nadie extrañó tan dispendioso modo de viajar. La poca seguridad de los caminos lo exigia, y el lujo á que estaban acostumbrados los godos les obligaba á tanto aparato. Ringunda, prometida esposa de Recaredo, venia á España con cincuenta carros de equipaje y más de cuatro mil personas de servicio, y caballos con frenos de oro y riquísimos jaeces: pero aunque Amaya no iba á casarse, era patricia y tan de sangre real como la hija de Fredegunda, y no habia podido prescindir de seis pajes, otras tantas doncellas, amen de los siervos inferiores y la escolta de bucelarios.

El traje de Ranimiro indicaba desde luego su categoría de prócer.

Sabido es que las hordas germánicas vencedoras del imperio romano, se dejaron conquistar muy presto por los vencidos. Roma, señora del mundo, pudo ser sumergida en el torrente de la barbarie; pero la civilizacion cristiana, señora de Roma, tenia que flotar como el arca en el diluvio. Idioma, religion, artes y ciencias, todo lo recibieron y mendigaron los hijos del Báltico de aquellos á quienes venian dispuestos á exterminar. El traje fué lo primero que los invasores abandonaron. Mas como no haya costumbre que no degenere al ser trasplantada, al cabo de algunos años la legislacion ni era goda ni romana; Virgilio y Ciceron hubieran menester de intérprete para entender el latin de aquellas gentes, y la vestimenta comun y los arreos militares, aunque traian á la memoria los del imperio, olian, si nos es permitido hablar así, á las pieles á medio curtir que trajeron las tribus de las orillas del Caspio.

Llevaba el prócer casco circular de hierro con fajas de oro que remataba en punta, y en vez del coselete romano de correcto dibujo, una coraza de escamas con vuelos de malla grosera, pues este género de armadura estaba entonces como en ensayo. De la cintura al pié, las famosas bragas ó pantalones germánicos, con fajas cruzadas que descendian hasta la planta.

Pendíale de los hombros capa de púrpura, que sujeta al pecho con broches de oro, más que al manto consular de la república, se asemejaba al *caracala* que empezó á usarse en tiempo del emperador á quien dió nombre. Brillaba tambien el oro en los brazaletes con que terminaban las mangas de un sayo de lino, y en las groseras figuras y tachones del peto y el escudo. Las armas ofensivas eran espada pendiente de un cinturon



de cuero, la *cateya* teutónica, lanza corta que servia tambien de dardo arrojadizo, y en contrapeso del redondo escudo, que colgaba de la silla, iba al opuesto lado el hacha terrible de dos filos llamada *francisca*, por haberla usado los francos.

Sabiéndose que los visigodos no reconocian superior en el arma de caballería, que su mayor diversion eran las carreras de caballos, y que solian hasta regalarlos á sus novias, no debemos extrañar que el corcel del Tiufado fuera de la mejor estampa, si habia de corresponder á los arreos del ginete. Pero aunque de las más preciadas castas del Bétis, brioso y de resistencia, daba á entender en lo sudoroso que era más sensible á la fatiga que las jacas montañesas de los bucelarios.

El prócer aparentaba tener de cuarenta á cincuenta años de edad: era rubio, de temperamento sanguíneo, de blancas y encendidas mejillas y ojos azules, que no denotaban ciertamente aquella ferocidad que godos y vascos le atribuian. Largo el cabello, le colgaba en doradas guedejas sobre los hombros, formando los *granos*, pequeños rizos entonces á la moda; pero traia la barba esmeradamente afeitada á navaja, segun estilo de los ricos, pues los siervos y gente pobre se la cortaban á tijera.

Su hija, de diez y ocho á veinte abriles, no se parecia á su padre, porque aunque blanca y sonrosada, tenia ojos y cabellos negros como el azabache. A no ser por el traje, cualquiera la hubiese creido española originaria.

Vestia manto de púrpura con fimbria de oro, que á la sazon tenia alzado por la necesidad de atender al caballo y al camino, túnica blanca y cinturon recamados, y brazaletes de rica hechura y del más precioso metal.

Cabalgaba en hacanea color de perla, con freno dorado y bridas rojas, y en la seguridad con que iba sentada conocíasele la costumbre de montar y correr á caballo. Un paño oscuro forrado de ricas pieles le cubria los piés.

El traje de los bucelarios consistia en túnica corta de lana burda, casco de hierro, y bragas sujetas con tiras de cuero cruzadas desde los piés hasta la cintura; eran sus armas, arcos, flechas, cateyas y escudos redondos y pequeños, á modo de rodelas.

Ni amos ni criados gastaban estribos.

—Allí está Cantabria: allí el castillo, entre cuyas almenas diviso á nuestro tio. ¿Lo ves? preguntó Ranimiro á su hija, indicándola con el brazo tendido la figura del anciano Duque, que iluminada por el sol del ocaso, y vagarosa á la sazon, se destacaba en el cielo tendido, esplendente y arrebolado.

—Sí le veo, exclamó Amaya. ¡Pobre tio! ¡Cuánto daría yo porque pudieses tú decir otro tanto!....

Y se anublaron los ojos inefablemente hermosos de la dama.

—Pues ya nos han conocido, porque se detiene, y nos saluda agitando un lienzo blanco.

—Corramos.

La jóven puso al galope su briosa jaca, caminando Ranimiro á par de ella, cuando lo permitia la anchura de la senda, que iba ganando la cumbre por la falda oriental de la loma, entre viñedos y olivares.

Llegaron á las puertas del alcázar donde Favila los estaba ya aguardando.

Ranimiro se apeó de un brinco, soltando las riendas de su corcel en manos de un bucelario, y se fué al lado de Amaya, que se arrojó al suelo sin tocar apenas los hombros de su padre.

Ella fué la primera que abrazó á Favila, cubriéndole de besos en silencio.

Ranimiro hizo luego otro tanto.

Imposible les fué pronunciar ni una palabra fuera de las exclamaciones entre sollozos escapadas, porque el aspecto de aquel nobilísimo y bondadoso anciano sin ojos, desgarraba el corazon.

Favila más sereno, les consolaba y distraia adrede, haciéndoles pensar en cosas triviales consiguientes á su arribo.

—Mira, Amaya, la decia: esta casa está sin ama; tú tienes que serlo desde ahora, y disponerlo todo. Ranimiro, que cuiden de los caballos, que vienen jadeantes. Nunilo, esperad aquí la escolta y los equipajes. Y nosotros, hijos mios, vamos adentro, que harta necesidad tendreis de descansar. Ven aquí, Amaya, dame el brazo, y comienza á ser desde ahora el báculo de mi vejez. ¿Qué sabeis de Pelayo? exclamó de repente: ¿podeis darme noticia de mi hijo?

—Sí, tio, sí, le contestó la dama: mi padre ha recibido un mensage suyo de Toledo.

—El ingrato no se acuerda de mí, exclamó Favila en tono de dulce reconvencion ó de cariñosa envidia. Pero no me importa, si piensa en vosotros. Es lo mismo. Hija mia, ya estamos delante de tu cuarto, y aquí te esperan mis siervas. Quédate, que ya te suplirá tu padre.

Tio y sobrino entraron en otro aposento, y Ranimiro resolvió desde luego hablar al anciano Duque con más franqueza que á los nobles y magnates de Vasconia.

Apenas se quedaron completamente á solas, sentáronse el uno junto al otro para suplir por el tacto el vacío de la vista, y el Tiufado se explicó con breve y perentorio acento:

—Vengo aquí, no como me dejé decir en Pamplona para prepararme á servir al Rey, sino á buscar asilo contra nuestro augusto sobrino.

El Duque se conmovió con la sorpresa.

—Pues qué, ¿será capaz de amenazarte á ti, príncipe como él de la familia de Chindasvinto, y como él perseguido por Witiza? ¿Será capaz de no honrarte siquiera como es debido?

Ranimiro guardó silencio.

—Aunque esto último, prosiguió Favila, no tenia necesidad de pre-



guntarlo, toda vez que al cabo de algunos meses de reinado, en el mismo abandono en que te dejó nuestro verdugo, te estoy viendo.

—No; no me persigue, contestó con cruel ironía Ranimiro; no me amenaza ni me tiene en olvido nuestro serenísimo deudo. Meses ha tardado en acordarse del Conde de Pamplona; pero algo se ha de dar al beleño de la prosperidad, cuyos letargos suelen ser eternos. Al cabo de ese tiempo, se ha dignado pensar en mí, ó por mejor decir, en mi hija.

—¿En tu hija?

—Sí señor; en Amaya.

—Pero ¿la conoce siquiera?

—Ha preguntado qué edad tiene, si es bella, si está casada, y segun parece, trata de venir á Pamplona á conocerla.

—¿Ha muerto quizá la reina Egilona?

—Esa es la pregunta que yo me hice á mí mismo: pregunta que antes que yo debió de hacerse á sí propio el Conde de Ceuta; repuso con amargura Ranimiro.

—¡Juliano! exclamó el ciego comprendiendo el alcance de aquella alusion.

—«¿Habrá muerto la reina Egilona?» pensaria ayer el padre de Florinda. Hoy ese desdichado debe de estar bien convencido de que la reina vive todavía.

—¡Ranimiro! tornó á exclamar el pobre anciano, alzándose bruscamente del sitial, y expresando con su inquietud y acento la indignacion que trataba de ocultar con sus palabras, y tanto mejor la expresaba, cuanto más hacia por encubrirla: Ranimiro, eso que tú sospechas es imposible, es cavilosidad tuya, resábio de nuestros tiempos. Somos malos, pero todos recíprocamente nos hacemos peores de lo que somos. El Rey, segun dicen, pudiera darnos mejor ejemplo; pero..... ¿ha visto Rodrigo á su prima por ventura?

—Jamás, respondió el Tiufado. Pero..... á vos y solo á vos puedo y debo decirlo: Amaya es hermosa: es, perdonad mi debilidad de padre, realmente bella.

—Sí, hombre, sí: todo el mundo lo dice: es una maravilla de hermosura. ¿Qué necesidad tenia de ser tan hermosa siendo tan buena?

—Ninguna: pero tiene necesidad de ser tan buena siendo tan hermosa.

—Es verdad; no se lo que me digo. Todo lo da Dios, y cuanto más nos da, más tenemos que devolverle. Por algo habrá dotado con tal munificencia á nuestra Amaya.

Ranimiro se quedó mirándole con profunda intencion, y despues de breve silencio, como quien hace un esfuerzo sobre sí mismo, prosiguió:

—Pues bien, tio: su fama ha llegado á Toledo, y no sé quién ni con qué objeto (pues para mí hay en esto algun misterio), al ver al Rey decidido á venir á Vasconia, le ha sugerido la idea de fijarse en Pamplona,

y le ha recordado el nombre de su prima, y quizá, quizá le ha inspirado deseos de contemplar de cerca esa que vos habeis llamado maravilla.

Favila, ya más tranquilo, porque los arrebatos de un viejo duran poco, volvióse á sentar, y dijo:

—Discurramos con calma, Ranimiro: Amaya es prima del Rey; no hay misterio alguno en que este quiera verla: por el contrario, desaire sería y piedra de escándalo y rompimiento, que yendo á Pamplona y viviendo tú en la ciudad, dejase de honrar como es debido á princesa de su propia sangre.

—Teneis razon, Duque de Cantabria, y no sé qué replicaros; solo os diré que se me encarga sacarla á tiempo de Pamplona, salvando todas las apariencias de fuga, y procurar que no llegue á verla el Rey.

—¿Y quién ha sido ese amigo tan celoso del honor de tu hija y de tanta autoridad para ti? preguntó el ciego alarmado,

—Un prócer del reino, el Conde de los Espatarios, vuestro propio hijo.

—¡Pelayo! exclamó con júbilo Favila gratamente sorprendido.

—Pelayo, el primo de Amaya, repitió el Tiufado mirándole atentamente para adivinar por su semblante la causa de tan súbita como no disimulada alegría.

Presumiendo el ciego que era su rostro objeto de aquella investigacion, bajó la cabeza, y permaneció algun rato reponiéndose de su primer involuntario movimiento.

—Dices bien, Ranimiro, repuso poco despues: hay aquí un enigma, que á todos nos importa descifrar. ¿No sospechas tú algo?

—Como podeis figuraros no pienso en otra cosa hace muchos dias, y recelos y sospechas me acosan de todos lados. He visto que el Rey que se reveló contra Witiza en nombre de la dignidad hispana, ultrajada por los escándalos y licenciosas costumbres del tirano, ha caido inmediatamente en parecidos excesos, y he sospechado que algunos miserables políticos tratan de distraer á Rodrigo con nuevas aficiones, para aplacar la ira africana del Conde Juliano, como si las fieras de los Pirineos fuesen menos temibles que las de la Libia.

—¿Es posible? preguntó el ciego murmurando.

—Pero es tambien posible, y quizás más probable, añadió el Tiufado alzando la voz, y dándola cada vez más energía, creciendo al parecer su conviccion á compás de su discurso; es más probable que ni aun esa desdichada mira de mal entendido gobierno se lleven los autores de tan abominable intriga: yo lo supongo todo resultado de la vasta, aunque todavía latente conspiracion que estoy viendo, digo mal, que estoy barruntando hace dias en el imperio godo.

—Explícate, Ranimiro, habla claro, hijo mio, dijo Favila removiéndose impaciente en su sitial de cuero.

—Tio y señor, exclamó el magnate visigodo, ¿no ha llegado á vuestra noticia que hace poco más de medio año desembarcó Tarif, bárbaro

africano de la secta de Mahoma, al frente de cien ginetes árabes y unos cuatrocientos berberiscos, y recorriendo las costas de la Bética, destrozó impunemente el litoral, y retornó al Africa cargado de cautivos y despojos?

—Algo de eso oí; aunque llegan tan lenta y tortuosamente las noticias...

—Y sobre todo, á vos, que vivís en Cantabria como en un nido de cándidas palomas. Pues bien, añadió Ranimiro, todo era cierto.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con mi sobrina Amaya?

—Escuchadme. Vos, que habeis mandado tantos años en la provincia de Cantabria y militado bajo la enseña del inolvidable Wamba; vos, que conoceis la podredumbre de nuestro imperio debajo de la corteza de nuestro poder, ¿creeis que estamos en el caso de acometer con todas ó casi todas nuestras huestes á los vascos, cuando los africanos han aprendido á pasar veloces y repasar triunfantes y repletos el Estrecho?

—Convengo en ello, Ranimiro, y en pensar así no haces más que corresponder á tu renombre de capitan: esta campaña me parece imprudente.....

—Temeraria, añadió el prócer, concebida por conjurados, inspirada por traidores. Escuchadme: oid con calma; no os movais de vuestro asiento. ¿Quién ha sugerido al Rey el pensamiento de activar la guerra?

—Yo supongo que la gótica costumbre de comenzar á reinar escarmentando á los vascones.

—No, porque Rodrigo al coronarse en la basílica imperial, ni se acordaba siquiera de vascos, ni de Pirineos. No, porque, como sabeis, ningun motivo, ningun flamante pretesto han dado al Rey los vascos para hacer incompatible la tregua disimulada, ó guerra flojamente proseguida, con nuestra dignidad de señores, con nuestra altivez de godos. Pues bien, ¿quién ha metido al Rey tan fuera de propósito en los dispendios y azares de las futuras y nunca en mayor escala intentadas facciones militares? ¿Quién? Los hijos de Witiza, asesino de vuestro hermano Teodofredo. ¿Quién? Sisebuto y Ebbas, ayer enemigos y hoy en apariencia reconciliados, no sé por arte de quién, con el destronador y matador de su padre. ¿Quién ha trazado el plan de la próxima campaña? Sisebuto y Ebbas. ¿Con qué objeto, despues de habernos esquilmado con los mayores tributos y levas posibles, tratan de arrinconar el poder militar de España en los valles del Pirineo?

—Pero ¿no manda en la Bética Teodomiro? ¿No tiene allá una hueste para rechazar las hordas del desierto? preguntó Favila.

—Sí, allí está nuestro indomable y bizarro amigo; allí queda con una manga de mil y quinientos ginetes; y á fin de que ni aun ese puñado de hombres mandados por un leal, estorbe á la traicion, se les deja entregados al alfange berberisco, alejando del Betis los cien mil soldados que tan inútil como intempestivamente se nos vienen encima.

—¡Oh! Pero aun dado que tuvieses razon, yo no sé que Amaya.....

—Amaya, dice el aviso, y el aviso, no lo olvideis, viene de vuestro hijo Pelayo, «debe retirarse de Pamplona á Cantabria antes de que Rodrigo exprese su pensamiento de ir á esa, de fijar ahí su cuartel, y quizás de hospedarse en vuestra casa. Hacedlo pronto, sin vacilar; hoy antes que mañana, porque mañana os habrá comprometido el Rey y será tarde.»

—¿Eso dice mi hijo?

—¡Eso! ¿Quién ha revelado á Rodrigo el nombre de su prima Amaya, cuya existencia dudo que le fuese conocida? Por mi genio retraido, por mi amor á la soledad, he vivido lejos de la córte, como un simple particular, sin enterar á nadie de cuándo me he casado, ni de la hija que á Dios he debido..... ¿Con qué objeto han hablado al Rey de que en Pamplona tiene un deudo llamado Ranimiro y una prima jóven, moza y bella?—¡Ah! En ese diabólico rasgo descubro precisamente la fina urdimbre de la conspiracion. El ejército godo aun encajonado en los valles del Pirineo, pero á las órdenes de un capitan como Pelayo, puede, sin necesidad de milagros, revolverse, sacudirse, lanzarse sobre los vascos y tornar airoso á Toledo, antes de que los ocultos enemigos del Rey hayan tenido tiempo de destronarlo; el ejército leal los arrollaria entonces solo con el prestigio de la victoria. La conspiracion quedaria disipada por los mismos vientos que los conjurados habian querido sembrar. Pero esa misma hueste á la distancia de veinte ó treinta jornadas de la provincia Bética, Cartaginense ó Lusitana; al mando de un Anibal que convierta en Capua á Pamplona, y..... Pero, más vale guardar silencio: más vale no pensar en ello siquiera.....

Calló el Tiufado. La ira empañaba un poco su garganta, y no quiso seguir hablando con ira. El hervor de su pecho, y de cuando en cuando algun leve suspiro, era lo único que Favila llegaba á percibir.

Este arrimó aún más su sitial al de su sobrino, y á tientas le cogió una mano, que retuvo paternalmente entre las suyas.

—¡Oh, tio! exclamó entonces Ranimiro con un sacudimiento eléctrico que el ciego Duque sintió de rechazo: ¡si yo llegase á conocer un dia al fraguador de tales enredos!.... Y se contuvo otra vez, conociendo que acababa de cometer una falta.

Al hombre más valiente hubiera aterrado en aquel momento su mirada.

Contra lo que su reputacion de duro y severo prometia, era Ranimiro de aspecto dulce y apacible. Sus ojos, reflejando con abandono los habituales sentimientos de su corazon, parecian afables y bondadosos, su cuerpo siempre derecho, su frente nunca abatida, ni por la bajeza ni por el remordimiento. Naturalmente pulcro y esmerado en el vestir, ni aun en los momentos de mayor familiaridad ó distraccion, ni aun en su sueño, prescindia de la modestia y compostura. Era, si podemos expresarlo así, cortés consigo mismo. Siempre con benévola sonrisa en los lábios, sin violencia y sin estudio, y con el oido siempre atento á las palabras y de-

seos de los demás, parecia haber nacido para complacer á todos con olvido completo de sí propio.

Pero sobre el sentimiento de benevolencia descollaba en su pecho el amor á la justicia; sobre la dulzura, la dignidad. Parecia imposible que aquellos ojos apacibles supiesen mandar soberanos y fulminar inexorables; que aquella voz que vibraba de placer y cariño, hiciese de pronto estremecer con severo, y á veces terrible acento. Y Ranimiro no se esforzaba para aterrar, ni se descomponia nunca con la ira ó la soberbia: era amedrentador con tanta naturalidad como cortés, y quizas el secreto de su enojo que avasallaba estaba en la fuerza de su calma que atraia. ¿No es esta la fascinacion que ejerce el mar sobre nosotros?

Pocas veces se le habia visto tan agitado como en la ocasion presente; él, que llevaba el amor paterno casi hasta la debilidad, acababa de sentir el dardo en lo más delicado de su corazon. Pero se contuvo: amaba á su hija, más no idolatraba en ella: rugia de cólera ante el agravio, pero no estaba seguro de él y temia ser injusto.

El anciano padre de Pelayo, para acabar de tranquilizarle, le contestó:

—Nosotros los ciegos vemos á veces en la soledad y silencio de las tinieblas, más que vosotros los que aún flotais en piélagos de luz. Como nada nos distrae en nuestra perpétua noche, nada nos impide valernos de los ojos del alma, más perspicaces que los de la carne. Así, pues, creo ver en la ocasion presente con más claridad que tú. Por extraña que la flamante empresa de Rodrigo nos parezca, no hay todavía suficientes motivos para achacársela á nuestros antiguos enemigos, los partidarios del monarca destronado. Y si no, ven acá, Ranimiro, ¿cómo es posible que siendo todo obra de diabólicas conspiraciones, y tan desatinada la próxima campaña contra los vascos, no la haya rechazado mi hijo?

—Pelayo, respondió el Tiufado con firme, pero ya más sosegado acento, Pelayo es un verdadero militar. Probablemente no habrá sido consultado por el Rey acerca de la oportunidad de la guerra, y no ha podido, ni debido dar una opinion que no se le pedia. Conde de los Espatarios, capitan de la guardia pretoriana, de los primeros defensores y guardadores del monarca, su obligacion es ir escoltándole y sirviéndole á donde quiera que vaya. El puesto del Conde de los Espatarios es siempre al lado del Rey.

—Pero ese nuevo Duque de Cantabria, prepósito general del ejército.....

—No hablemos de él: leal, pero sencillo, debe de estar un poco desvanecido con el cúmulo de honores que le ha caido encima tan de improviso como una tempestad de verano. ¿Prepósito general de la hueste un hombre como Pedro? A trueque de honra tamaña, bien puede devorar en silencio la humillacion de recibir planes de guerra agenos, y quizá forjados por sospechosos amigos del Rey.

—¿Y Eudon? ¿Qué me dices de Eudon, hijo mio? Ese no es militar, ni viene aquí con mando, repuso Favila como quien presenta un argumento sin réplica.

—¿Y quién es Eudon? preguntó Ranimiro con una mirada, en que otra vez se descubria la fiera.

—Eudon es el Conde de los Notarios, y aun creo que de las Largiciones tambien.

—Conde de todo lo que quiera. ¿Y qué?....

—Como tal lleva el peso de la política, y dispone de la justicia en todo el reino. El debe de saber mejor que nadie si en efecto se conspira.

—¿Conoceis personalmente á tan poderoso magnate? tornó á preguntar el Tiufado.

—No.

—Ni yo tampoco.

—He oido encarecer á todos su clarísimo entendimiento.

—¿Y su lealtad?

—Indubitable; á él le debe Rodrigo el trono.

—Y al trono de Rodrigo le debe él sus condados. ¿Sabeís su orígen?

—Es griego.

—¡Griego! exclamó Ranimiro con amargura: pues qué, ¿no hay ya godos en España? ¿Es posible que de Bizancio tengan que venir los condes y ministros de la curia (córte) á la tierra de los Leandros é Isidoros, á la patria de Suintila y Recaredo? ¿No tuvo que arrojar Leovigido á los griegos de la Bética? ¿No los desbarató despues nuestro amigo Teodomiro? ¿No ha escarmentado Rodrigo en el Rey Wamba? ¿No hay álguien que le haya recordado la historia de Paulo el griego? Tambien él vino del Oriente; tambien logró fascinar en poco tiempo al honrado monarca toledano; tambien él se convirtió en privado suyo, y se apoderó por ambuestas de los empleos y honores del imperio. ¡Para rebelarse luego en la Narbonense contra aquel á quien era deudor de todo cuanto tenia! ¡Para coronarse allí!....

—Pero Eudon.....

—Perdonad, tio, que os interrumpa. Sé lo que me vais á decir, porque me lo estaba diciendo ya mi conciencia: de que Eudon sea griego como Paulo, no se sigue que como Paulo sea traidor. Puede ser bizantino y leal, y no debo de acusarle, y cierto no le acuso por su raza: no debo dudar de él sin fundados motivos. Iba á confesarlo como correctivo á mis palabras; pero tengo que añadir que en esta ocasion no me dejo llevar de antipatías de linage, ni de acerbos precedentes, sino de no sé qué íntimas razones ó tenaces presentimientos.....

—Explícate, Ranimiro.

—¿Me negareis que se está conspirando contra el Rey, y no sé si diga contra la patria? ¿Me negareis que conspirar es ya la única política de los brutales, si quereis, pero nobles y altivos visigodos? ¿Qué como de monarca á monarca saltamos de conjuracion á conjuracion? ¿Qué los romanos ibéricos nos aborrecen á los godos, y nosotros á los romanos, y los judios á romanos y godos, y los vascos y celtíberos á godos, romanos y ju-

díos? En este hormiguero de guerras intestinas, en este constante hervor de mútuos rencores, en este subir al trono degollando, para caer degollado á los pocos dias, ¿nos queda otra manera de vivir que conspirando, siquiera para evitar que nos saquen los ojos ó nos corten el pescuezo?

Pues, bien, se conspira, y es temeridad insigne en tiempos como estos, agotar las fuerzas vivas de la patria para inutilizarlas en campañas inoportunas: se conspira, y un Conde de los Notarios debe de saber quién y cómo; y si no lo sabe, es un necio que no merece el puesto que ocupa, y si lo sabe y deja que los conspiradores lleguen al logro de sus miras, es su cómplice ó su cabeza.—Ahora vos me direis si Eudon debe ser contado en el número infinito de.....

—Eres implacable, Ranimiro.

—Con los villanos.

—No tenemos ni pruebas, ni fundados motivos para sospechar siquiera de un hombre como Eudon, que al fin y al cabo, sin escándalo ni asombro, ni extrañeza de nadie, aunque extranjero es el primer ministro del Rey.

El procer godo, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de su tio, se le quedó mirando con una sonrisa que el pobre ciego no podia adivinar.

—Duque de Cantabria, le dijo con dulcísima y respetuosa voz, me confieso vencido por vuestra virtud. Yo, al veros ciego y sin ojos, no pude conservar la serenidad de juicio necesaria para discurrir con la debida rectitud sobre ciertas materias; pero vos, que no me veis y que para no verme habeis sido barbaramente atenazado, sois el defensor de todo el mundo principiando por nuestros verdugos.

—¿Y sabes por qué, Ranimiro? le contestó Favila con un tono casi infantil, y unos movimientos tan sencillos como candorosos. ¿Sabes por qué? No lo atribuyas á caridad, sobrino, es por quitarme un peso de la conciencia.

—¡Vos!

—Sí, yo, porque sospecho que la culpa de todas tus cavilaciones es de mi hijo.

—¿De Pelayo?

—Si él no te hubiese dado aviso de que salieses con tu hija de Pamplona guardándola de Rodrigo, ¿habrías recelado tú lo que recelas, te hubieras perdido en ese golfo de imaginaciones en que te veo zozobrar?

—Probablemente no.

—Pues bien, en tus discursos, en tus juicios y presentimientos te dejas arrastrar á la exageracion por tu cariño paternal; y Pelayo, en sus recelos, se desliza sensiblemente á la injusticia, por el amor fraternal que profesa á su prima.

—¿A Amaya? dijo el Tiufado murmurando y con mal seguro acento.

—A Amaya, á quien conoce há tanto tiempo, y contempla como la perla

de la familia. A su prima, á quien quiere entrañablemente como un hermano.

Ranimiro callaba.

—Desengáñate, sobrino, celos todo: celos de padre en ti, celos de hermano ó de primo en él.

Y el Tiufado seguia callando.

¡Oh! ¡Si Favila hubiese podido ver su rostro resplandeciente de júbilo, aunque guardando siempre el mismo respeto que si el anciano le estuviese contemplando!

—Duque de Cantabria, exclamó por fin no tratando de disimular la profunda conmocion de su ánimo, estoy satisfecho y os quedo reconocido.

—Pues yo no: yo quiero que acabes de hacer justicia á todo el mundo. Vivimos en tiempos misérrimos, y señal de ellos es el ambiente de temores, de sospechas, de mútua desconfianza en que todos nos agitamos.

No hay amigo para amigo, ni hermano para hermano, ni padres para hijos: todos somos ó traidores ó vendidos. Ranimiro, pensemos más cristianamente, y nos equivocaremos menos. ¿Por qué has de tener tan mala opinion del Rey tu sobrino?

—Señor, porque su conducta.....

—No es buena, te lo concedo. Pero ¿porque una vez haya sido detestable ha de ser siempre mala? ¿No ha podido preguntar por tu hija, por su prima Amaya, con la honesta y benévola intencion de casarla?

—¿Con quién?

—Eso no te lo podré decir sin más datos; pero sus preguntas acerca del estado, edad y belleza de Amaya, trascienden á proyectos matrimoniales, nada extraños en quien al fin y al cabo es cabeza de toda la familia, y por primera vez trata de honrar la casa de una prima suya, moza casadera. ¿Con quién piensa casarla, me preguntas? ¡qué sé yo! ¡Quizá nuestro sobrino piensa y quiere lo mismo que..... lo mismo que su tio!

—¡Que sus tios! exclamó Ranimiro lleno de gozo.

—Sus tios, eso es. Porque teniendo á su lado á mi hijo, y tratándose de una princesa como Amaya, llena de virtudes, de talento, de gracias, ¿en quién ha de pensar sino en su primo-hermano, en su más próximo deudo?

—¡Oh! no os dejeis llevar de vuestra bondad. Si fuera como decís, no lo habria conocido Pelayo? Y sospechándolo siquiera, ¿habia de escribirme tan alarmado?

—Efectivamente; pero tú no conoces á mi hijo: cuando se trata de la pátria sigue sus consejos, respeta sus corazonadas; pero en negocios, por decirlo así domésticos, haz más caso de cualquiera que de él. De todos modos, si yo me equivoco pensando bien, tendré el sentimiento de haberme equivocado, más no el de haber pensado mal antes de tiempo. Pero, Ranimiro, ahora sí que puedo decir con toda verdad que estamos echando la cuenta sin la *huéspeda*.



—Perded cuidado, que por la huéspeda no fallará.

—¡Ah! ¿Con que tú me respondes de Amaya?

—Como de mí mismo.

—¿De veras?

—Amaya guarda todavía entero su corazon. Ni yo he tratado de inclinárselo hácia ningun hombre, ni ella lo ha rendido á nadie hasta ahora. Tan buena hija es, y en tan alta estimacion tiene á Pelayo, que una mirada de éste y una indicacion mia, bastarán para decidirla. Pero suspendamos si os parece la conversacion: va á estallar mi pecho de alegría.

—Bien está, sobrino, tiempo tenemos de departir sobre ello. Ahora vete, quítate esos arreos militares, y cenaremos luego todos juntos, que me está devorando el ánsia de oir y tener á mi lado á tu hija.

—Sí, pero acerca de nuestro proyecto, ó por mejor decir de nuestro deseo, guardad por ahora el más profundo silencio.

—¿Por qué?

—Porque podemos equivocarnos: equivocarnos, si no lo llevais á mal, acerca del Rey, equivocarnos acerca de Pelayo.....

—¿Y de Amaya?

—Acerca de esa no. Su corazon está libre y exento de toda impresion de amor. Pero no la conoceis bastante todavía, y sobre todo, no me conoceis á mí. Es preciso que yo repare una falta que he cometido con vos: tenemos que hablar despacio. Dejadme elegir el momento oportuno.

Tal fué la primera entrevista de los dos próceres visigodos, en el castillo de Cantabria.

CAPÍTULO III

MÚSICA DE LOS GODOS, LETRA DE LOS VASCOS

Las últimas razones de Ranimiro eran para dar en que pensar al hombre menos caviloso; pero el bueno del Duque ni las rumiaba, ni recordaba de ellas al parecer sino la especie de que no conocia bastante á su sobrina, pues sin duda para conocerla y estudiarla y decorarla no la dejaba, como vulgarmente se dice, ni á sol ni á sombra.

Ya supondrá el lector que en semejante ocupacion, persecucion siquier, y asedio, no se columbraba sombra de temor y desconfianza; era el placer del niño que no acierta á separarse de lo que le gusta, y come con sus juguetes sobre la mesa y duerme con ellos bajo la almohada. Si no podia gozarse el pobre ciego contemplando aquel rostro modelado por la bondad para inspirar amor á lo bueno, resplandeciente de gracia y hermosura para que la Suma Divina Perfeccion fuese alabada, percibia como

nadie y saboreaba con embeleso todas las virtudes de Amaya, su delicadeza de gustos, la claridad de su entendimiento, la ternura y pureza de su corazon.

—¡Qué no la conozco á fondo!.... murmuraba á sus solas. Cierto, porque la bondad de su alma es insondable. Pero ya sé que su pecho está libre de todo peligroso afecto; que no ama singularmente á nadie sino á Dios, á su padre y á mí. ¡A mí tambien! ¡Bendita sea!

Para colmo de su felicidad, Amaya tenia entre otras gracias el talento de la música.

Favila despues de su ceguera habia mandado construir un hermosísimo salterio, con ánimo de distraerse en las eternas horas de soledad y tinieblas; más á pesar de haber sido aficionado en su juventud, y de la paciencia proverbial del ciego, poco, muy poco habia adelantado. Figúrese el lector qué hallazgo no sería para el pobre anciano el de una huéspeda que cantaba como un angel y tañía con primor, y que nunca se cansaba de tañer y cantar para complacer á su tio.

Así trascurria el tiempo en el castillo, veloz como una estrella errante que cruza un cielo sin nubes; así pasaron algunas semanas como un ensueño infantil.

Una tarde de primavera, Amaya cantaba acompañándose al salterio, ó más bien, daba leccion, porque su padre era su maestro.

Sentada delante del instrumento en sencilla trípode de baqueta, se habia puesto dediles de oro con puas de marfil para herir las cuerdas metálicas con la debida fuerza y sin lastimarse.

Repasaba á la sazon un himno de Conancio, distinguido entre los compositores españoles del siglo VII por la dulzura de sus melodías.

Su padre, que andubo mustio y taciturno los primeros dias, estaba en pie á su lado, más afable y tranquilo que nunca. Conocíase en la serenidad de su mirada, que despues de luchar largo tiempo consigo mismo habia tomado al fin una resolucion.

—Más despacio, Amaya, exclamaba Ranimiro. ¡Te entusiasmas con una facilidad!....

—Hombre, dejala á su aire, se atrevió á decirle su tio, que retirado un poco para oir mejor, no perdia nota.

—Es que la música religiosa debe cantarse en tono muy pausado y saboreando la letra. De lo contrario, como dice nuestro grande Isidoro hispalense, se asemeja á la afeminada canturía de los teatros.—Por cierto que los visigodos podemos enorgullecernos con maestros tales como Leandro, Conancio, Juan y Braulio de Zaragoza, Julian y Eugenio de Toledo. Todos obispos y poetas, y aun estoy por deciros que todos santos.

—¿Y músicos? preguntó Amaya.

—Músicos además de compositores de versos; porque si fuésemos á recordar los visigodos únicamente distinguidos en la poesía, no acabaríamos tan pronto.



—Y por el gusto de escucharte nos privaríamos del de oir cantar á Amaya, que es uno de mis mayores placeres. Y esta tarde, por más que digas, Ranimiro, está de vena. ¡Lástima que no la oyese mi hijo!....

Animada con el elogio del anciano, y más bien con la seguridad de que le complacia, Amaya volvió á comenzar el himno religioso de Conancio, dejándose llevar de la inspiracion.

Cuando estaba con tan excelentes propósitos tocando el preludio meramente instrumental, sin dejar de tañer, volvió atrás la cabeza, y dirijiéndose al Duque, le dijo:

—¿Y no os gustan los cantos vascongados, tio?

Su padre no pudo reprimir un ademán de sorpresa.

—Con tal de que sea música, y música cantada por ti, me gustan todos los cantos, hasta los de piedra berroqueña, contestó el anciano sonriéndose.

Sonrióse tambien la hija del Tiufado, más que del juego del vocablo, de la satisfaccion que denotaba el chiste, y se puso á cantar el himno.

Ranimiro distraido ó satisfecho no le dijo nada.

—Muchacha, exclamó el Duque levantándose, no quiero encarecerte cómo has cantado, porque no hay elogio que equivalga al silencio de tu padre. ¡Eh! ¿qué tienes que replicar, maestro gruñon y descontentadizo?

—No lo ha hecho mal, contestó Ranimiro. ¡Cuándo ella quiere!....

—¿No habeis oido nunca la música de los montañeses? preguntó Amaya á su tio.

—Ignoro, hija mia, si esos bárbaros tienen otra música que la de sus alaridos salvages y sus cuernos, que les sirven de trompetas en la batalla.

El Tiufado, despues de mirar á su hija y de registrar en sus ojos hasta el fondo de su corazon, quedó tranquilo y murmuró para sí:

—No es ella, no; es Dios quien lo dispone y nos abre el camino. He hecho bien en resolverme. Dejémonos llevar por la corriente.

Y luego alzando la voz añadió:

—Pues en la aficion á la música y en cierta predisposicion natural para la poesía, es lo único en que se parecen los vascos á los godos. Esos que veis tan rebeldes, indómitos y vengativos, dejados en paz y en libertad á su modo, forman un pueblo de niños que se divierte cantando y bailando en las praderas de sus valles.

—¿Quereis que os cante alguna de sus canciones? añadió Amaya, animada con la presunta aprobacion de su padre.

—Sí, mujer, sí: no solo quiero, sino que te lo suplico. Eso si la visigoda severidad de mi sobrino lo consiente, dijo Favila sonriendo. Porque tú eres implacable y atroz contra los vascos.

—No creo, contestó Ranimiro en el mismo tono, que por zorcico más ó menos lleguen á hacerse sospechosos á los godos ni al Duque Favila, ni al Tiufado Ranimiro. Pero supuesto que vas á cantar una sola cancion, escójela de las antiguas: que no turbe el placer de oirla la amarga memoria de la presente guerra.



—El canto de Aníbal si os parece.

—Es bellísimo, y va contra los romanos que fueron tambien enemigos nuestros.

—¡El canto de Anibal! exclamó el Duque, ¿qué es eso?

—Cuando el cartaginés Anibal se dirigia contra Roma, tuvo que cruzar los Pirineos y firmó paces y alianza con estos montañeses, algunos de los cuales quisieron acompañarle y se incorporaron á la vanguardia. Cruzaron las Galias y los Alpes, pero al llegar á Italia, cuando más encantados debian de estar en aquellas feraces y floridas campiñas, delante de ciudades maravillosamente ricas, cata que los vascos se acuerdan de sus montañas, y le dicen al capitan de Cartago, entretenido en las delicias de Cápua: «Aníbal, nosotros nos vamos de aquí: no podemos vivir más tiempo fuera de nuestros bosques.»

Este es el argumento de la cancion.

—Muy bello. Pero ¿es posible que esos salvajes conserven la memoria de tan antiguos sucesos?

—¡La memoria! exclamó el Tiufado sonriéndose de la extrañeza de Favila; en el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza si llegara á perder la tradicion.

—Ea, pues..... dijo el Duque, dirigiéndose con voz de ruego á su sobrina.

—Allá voy, tio, contestó Amaya: pero como es la primera vez que oís, ó por lo menos que vais á oir con atencion y conocimiento de causa una cancion vascongada, debo enteraros del singular artificio de su composicion para que no extrañeis ciertos cambios de tono, que pudieran pareceros bruscos é inmotivados. Os hablo así, querido tio, porque sois muy entendido en música.

—Es claro, dijo Ranimiro, interrumpiéndola con dulce malicia: ¡como que siempre te está elogiando!

—Prosigue, hija mia, y no hagas caso de tu padre. ¿Qué artificio es ese de las canciones vascas?

—Comienzan, respondió Amaya, por un preludio que no tiene al parecer conexion alguna con el asunto de la cancion. Es, por ejemplo, un recuerdo de cualquier acontecimiento que llame la atencion pública; es otras veces un desahogo del corazon, una lágrima dedicada á la memoria de personas queridas, ausentes ó difuntas, ó cosa por el estilo. Despues de este preludio, que parece concedido al cantor para desahogo de sus afectos personales, entra la cancion guerrera, histórica ó de cualquier género que sea, concluida la cual, le sucede una especie de remate, que se enlaza con la alusion, la queja ó los amores del principio.

—¿Y cómo explicas tú eso, hija mia? preguntó el ciego: porque alguna razon ha de tener; por algo habrá llegado á convertirse en regla.

—Eso yo no lo sé, contestó la niña, pero os lo podrá explicar mi padre.

—Algunas veces he pensado en ello, dijo Ranimiro, porque como ten-

dré que deciros luego, tanto Amaya como yo hemos oido con harta frecuencia canciones vascongadas. Yo creo que el entusiasmo, el calor de la inspiracion no vienen de repente: el horno tiene que calentarse poco á poco, y el preludio es el fuego que lo templa y le pone en el grado necesario para recibir al Génio que desciende de lo alto. Cuando el cantor ó el poeta se hallan ya como saturados del estro, como arrobados por la exaltacion, entonces cantan sin temor; y cuando han concluido vuelven los ojos al objeto que les sirvió de reclamo para hacer bajar al númen, y le consagran un recuerdo de gratitud.

—Perfectamente explicado, exclamó Amaya mirando á su padre con orgullo, y no creo que pueda entenderse de otra manera. Ahora oid, tio; escuchad, padre; y queden mudas de asombro las sierras de Cantabria y de Codés, que tenemos enfrente, al percibir los ecos vascongados que van á salir por las ventanas del castillo de Favila y Ranimiro.

Y se sentó nuevamente al salterio con el entusiasmo que se trasluce en sus palabras.

Despues de algunos compases de música lánguida, comenzó la cancion, de cuya inimitable sencillez y energía no pueden ser trasunto los siguientes versos:

Pájaro de dulce canto
¿quién te retiene cautivo?
Há dias que tus gorjeos
no resuenan en mi oido.
Y no hay hora, no hay instante
que con ayes y suspiros,
no recuerde aquellos ecos,
regalo del pecho mio.

—Este es el preludio, dijo la dama, volviendo tan rápida como graciosamente el rostro hácia Favila, y traduciéndole la introduccion.

—¡Precioso, bellísimo! exclamó este: pero ¿quién ha de adivinar que de aquí brota la cancion de Aníbal?

Amaya, por toda respuesta, pasó del tono lánguido del zorcico al más enérgico de las narraciones y leyendas, y prosiguió:

Pasó un dia el africano
delante de nuestros riscos;
nos vió y dijo á nuestros padres:
—«Valientes son vuestros hijos.»
Y era verdad, y á nosotros
que probárselo quisimos
nos habló: «Voy contra Roma,
busco á vuestros enemigos.»

Los mancebos contestamos:
—«Anibal, vamos contigo;
pero llévanos delante,
y te abriremos camino.»
Y á la hora en que se acuestan
las mujeres, nos partimos,
callados, por no turbar
su dulce sueño á los niños.
El mastin de los rebaños
no ahulla en torno al aprisco,
pues cree que al punto volvemos,
al vernos salir tranquilos.
Pasan dias, pasan noches
lejos del valle nativo,
noche y dia combatiendo
por el africano amigo.
El Ródano atravesamos,
más que el Ebro enfurecido;
cruzamos luego los Alpes,
más que el Pirineo altivos.
Y de allí como un torrente,
vencedores, descendimos
á las campiñas de Italia,
vergeles del Paraiso.
Palacios de oro encontramos,
mujeres hermosas vimos;
pero ni damos por ellos
nuestra cabaña al olvido,
Ni valen aquellas hembras
con sus joyeles y hechizos,
lo que mi madre y mi hermana
y el amor del pecho mio.
Dícenme que á Roma vamos,
donde el oro corre á rios.....
¿Qué importa? Que se harten ellos,
yo por mi valle suspiro.
Yo quiero ver á la hermosa
que me guarda su cariño,
y mi tierra está muy lejos,
¡y el tiempo es largo y sombrío!

—Tio, dijo Amaya: aquí termina el poema; pero el compositor se acuerda de su pajarito, y como ha dicho mi padre, no quiere dejar el instrumento sin dedicar un recuerdo de gratitud á los afectos á que debe la inspiracion. Oid el remate:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de contino.

Más desdichado que yo
nadie en el mundo ha nacido.
  Perdí la hermosa á quien amo,
perdí mi valle nativo.
Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos mios.

—¡Oh! ¡Magnífico! Soberanamente cantado, exclamó Favila levantándose y yendo hácia Amaya, que se adelantó á recibirle, temerosa de que tropezara.

Favila al sentirla se arrojó á sus brazos.

En aquel punto resonó debajo de las ventanas que daban al campo un grito alegre, gutural, vibrante y prolongado, que parecia superior al aparato eufónico del hombre.

Era el clamor ó vocería de los montañeses que todavía resuena en las romerías del país y en los momentos de entusiasmo popular; ese famoso grito en que algunos vascófilos descubren hasta la raíz del nombre eúscaro de Dios, tres veces repetido como en honor de la beatísima Trinidad. Diríasele la voz de las montañas que se eleva al cielo para aclamar á *Jaungoicoa*.

—¡Los vascos! exclamó Amaya desprendiéndose como sobrecogida de los brazos del anciano.

—Los vascos: dices bien, hija mia, la contestó su padre, porque ese grito, que es de un solo hombre, rara vez queda solitario y sin eco en esta tierra.

Y en efecto, á lo lejos otro grito igual, aunque más debilitado por la distancia, resonó entre los olivares y viñedos de la llanura.

—¡Callad! prosiguió Ranimiro.

Y todos se quedaron escuchando.

Y mucho más lejos, cerca ya de los primeros estribos de la cordillera, los tres godos creyeron percibir ténue, muy ténue, ese clamor simbólico, característico de los montañeses.

—Puedes quedar satisfecha, Amaya, añadió su padre; ese aplauso que te ha tributado un vasco vagabundo al pié del cerro de Cantábria, de eco en eco va dilatándose por todo ese solar, y como las ondulaciones de un lago solo en las orillas irá á desvanecerse.

—Verdaderamente, contestó la cantora, que era para estar orgullosa si el aplauso nacional no fuera tributado á la cancion nacional, á la antigüedad, á la tradicion que parece encerrar todo el espíritu vascongado. Para que comprendais el mérito de este poema, añadió Amaya dirigiéndose á su tio, concluiré de traducíroslo.

Cuando hubo acabado de explicarlo, exclamó el anciano Duque de Cantábria:

—Pero ¿es posible que nosotros los godos, que no nos preciamos de cul-

tos y que tan celosos somos de nuestra independencia, testigos vándalos, hunos y suevos, hagamos la guerra á gente tan sencilla y que ningun mal nos haria si la dejásemos en paz?

—Les hacemos la guerra muy justamente, contestó Ranimiro tomando aquel aire de severidad que hacia cambiar por completo su fisonomía: nosotros vencimos á los romanos, y los romanos habian vencido á los vascos; si los primeros se sometieron á nuestra ley, los últimos forman parte de los vencidos y quedan á merced del conquistador.

—¿Qué piensas tú de esto, sobrina? le dijo el Duque, adivinando que el silencio de Amaya era esclusivamente debido al respeto.

—Yo creo, contestó tímidamente la dama, que los vascos se establecieron en los Pirineos occidentales, sin tener que desalojar á ningun sér viviente más que á las fieras que se albergaban en las rocas y las selvas. Para hacer praderas principiaron por incendiar los bosques de que los valles estaban cubiertos. No sé si fueron ó no conquistados por los romanos; pero si he de atenerme á sus canciones, paces hicieron con ellos, sin que ni unos ni otros pudieran llamarse vencedores ni vencidos.

—Veo, hija mia, la dijo Favila con dulzura, que sabes defender á nuestros enemigos.

—Instintivamente, y á fuer de mujer, contestó la dama, me pongo de parte del débil. Pero soy goda ante todo y sobre todo, y por serlo tan de corazon, quisiera yo ver á los de mi raza más..... no sé cómo decir, más altivos y magnánimos; quisiera verlos como á los latinos, amigos de los vascongados.

—¡Imposible! exclamó Ranimiro: eso pudo ser en otros tiempos por ventura; esa fué mi esperanza y mi mayor deseo en vida de tu madre: hoy la luz y las tinieblas podrán unirse y amalgamarse antes que godos y vascos.

—¡Quién sabe!.... murmuró Amaya, y se quedó pensativa.

—Tio, prosiguió Ranimiro, sin parar mientes al parecer en las imaginaciones en que Amaya se habia sumergido.—Acabais de oir á vuestra sobrina que es ante todo goda, y de veras lo ha dicho, porque es hija mia; pero ha podido añadir una cosa que por mí ha omitido, dando en ello una prueba más del respeto que tiene á su padre.

—¿Pues qué?

—Ha callado, porque sabe que yo nunca hablo de esas cosas; que la mitad de su sangre es vascongada.

Amaya salió de sus distracciones como de un sueño al oir aquellas palabras, y se irguió con asombro en su asiento.

El Duque exclamó levantándose como lanzado por una fuerte sacudida:

—¡Amaya vascongada! ¡tú..... de la sangre flavia! ¡tú! ¿Qué estás diciendo?

—Lo que no he dicho á nadie hasta ahora; lo que os anuncié desde que llegamos á Cantabria; lo que he resuelto al fin revelaros hoy, porque me

causaba cierto empacho y aun remordimiento el ocultároslo á vos, que sois como el patriarca de nuestra familia, y que tantas y tantas pruebas de cariño nos habeis dado, y nos queríais dar, amado tio.

Y al pronunciar estas últimas frases con melancólico acento, tomó el Tiufado una de las manos del ciego, apretándosela de un modo particular, para hacerle comprender el verdadero sentido de sus razones.

El Duque le contestó de la misma manera, y uno y otro quedaron al menos satisfechos de haberse entendido.

—Habla, Ranimiro, que yo de antemano te agradezco la confianza que me dispensas.

Amaya se levantó para marcharse.

—¿A dónde vas? la preguntó su padre.

—Me retiro, si me dais permiso.

—No, hija mia, le contestó su padre con dulzura, algo has oido, aunque muy poco, de lo que voy á referir: sabes que tu madre era vascongada, y apenas sabes más. Ya es tiempo de que nada ignores. Has dejado de ser niña, y es preciso que así como he procurado esclarecer tu entendimiento y dirigir tu corazon desde la edad más tierna, no olvide mis deberes cuando ha llegado para ti la edad de nuevos sentimientos.

Amaya se ruborizó, bajó los ojos y se sentó otra vez.

Su pecho se agitaba con el orgullo de verse por vez primera tratada por su padre como mujer, y el vago temor que la infundia la solemnidad de las revelaciones que iban á romper el misterio de su nacimiento.

Desechando, sin embargo, como criminal hasta el miedo que inspira lo desconocido, aquella criatura tan generosamente inspirada de grandes afectos, dijo á su padre:

—Sólo quiero que me digais, padre mio, lo necesario para enseñarme á defenderos con razones ya que hasta ahora os he defendido con el corazon.

Favila entre tanto parecia absorto y abatido.

—¡Vascongada! exclamaba murmurando. Pero, ¿no eres tú?....

—¡El azote de los vascos, sí!

—¿El incendiario de?....

—¿Del caserío de Aitor?

—¡Eso no! exclamó Amaya con santa indignacion.

—¿El qué?....

—Proseguid, tio, contestó Ranimiro con amarga sonrisa: el que hizo perecer dentro del venerando edificio á una mujer.....

—¡Eso no! tornó á decir su hija.

—A una mujer recien parida con la criatura misma en los brazos.....

—¡No, no! ¡y mil veces no! repetia Amaya como fuera de sí, pero con la conviccion más profunda, con una fe ciega en su padre.

—Haces bien, Amaya, haces bien en sostener la verdad. Ahora, como tú lo deseas, te enseñaré á demostrarla con razones, á confundir á mis calumniadores godos ó vascos.

Y Ranimiro la estrechó contra su corazon, y la besó en la frente, sentándose luego como rendido bajo la inmensa pesadumbre de los recuerdos que á todas partes le habian seguido, y de las calumnias que hasta entonces habia despreciado.

Repuesto un poco de su turbacion, dijo al anciano.

—Duque de Cantabria, sois el patriarca de la familia, sois mi superior en dignidad, en edad, en todo, hasta en desdichas, y eso que no creo haber sido yo muy venturoso. Vais á ser mi juez, solo mi juez. Escuchad.

Favila quiso hablar.

En aquel momento echó más que nunca de menos la falta de sus ojos.

Pero ni pudo ver, ni derramar una sola lágrima, ni pronunciar una palabra.

Fué á coger la mano del Tiufado, y se encontró con la de Amaya, la apretó y la estrujó contra su corazon.

—Escuchad, repitió Ranimiro.

Y habiendo bajado la cabeza Favila en señal de anuencia, comenzó el Tiufado su relato de semejante manera.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(*Se continuará.*

REVISTA DE LIBROS

I

Curso teórico y práctico de Latinidad, por D. HEMETERIO SUAÑA Y CASTELLET, CATEDRÁTICO DE LENGUA LATINA EN EL INSTITUTO DEL NOVICIADO DE MADRID.—4.ª edicion.—Se vende en la librería de G. Hernando, calle del Arenal, núm. 11.—Su precio 18 reales el ejemplar encuadernado á la holandesa.

Esta gramática está dividida en dos partes, cada una de las cuales va seguida del prólogo correspondiente, en el cual traza el autor el plan de su obra, y se extiende en interesantes pormenores sobre el método que á su juicio debe seguirse para que el alumno aprenda el idioma, de forma que su estudio sea un ejercicio muy útil para el desenvolvimiento y cultura de su inteligencia. Aprovechando todo lo que ha creido aceptable, que por cierto es mucho, en nuestras antiguas gramáticas, y tomando por base la del insigne Nebrija, ha procurado sacar tambien mucho partido de los adelantos que ha hecho la filologia; y porque además es muy conveniente acostumbrar á los niños á concebir y expresar los pensamientos con exactitud, ha procurado guardarla en las definiciones y en la exposicion de las principales teorías, recurriendo para esto á los mejores tratados de Gramática general. Bien se conoce que el Sr. Suaña ha leido con fruto á filósofos tan eminentes como San Severino, el Padre Ceferino Gonzalez, etc.: de aquí la exactitud y profundidad científica de sus conceptos, que no están reñidos, sino antes se hermanan muy bien en esta obra con la claridad y sencillez que la ponen al alcance de las más tiernas inteligencias con toda la posible sencillez; sencillez que no se aviene bien con el lujo de conocimientos en Gramática comparada que despliegan otros autores, por ejemplo, Mr. Constant Beaufils, y algunos gramáticos más de nuestros dias.

Aleccionado el autor por más de veinte años de práctica en la enseñanza del idioma, bien puede decir á los que censuren su gramática por demasiado extensa, que su idea ha sido escribir un libro útil al profesor lo mismo que al alumno, reservando para el primero muchas ampliaciones y reflexiones, las cuales van impresas en caractéres más pequeños; que la gramática debe ser un libro que maneje el estudiante, no solo durante el corto tiempo que dedica á estudiar latin, sino tambien en los años siguientes de segunda enseñanza, en que vemos que la mayor parte

olvidan los primeros rudimentos de esta lengua en vez de perfeccionarse en su conocimiento; por lo cual «desciende, dice, á ciertos pormenores »que pueden prestar interés y comunicar el atractivo de la novedad á »materias que ya se han estudiado, sin que de ninguna manera sean in»útiles para el principiante.»

Aunque el eminente profesor ha consultado las mejores gramáticas modernas que se han publicado en el extranjero, todavía ha tenido buen cuidado en amoldar reglas y preceptos al génio especial de nuestra lengua, como se ve desde las primeras páginas, donde compara entrambos alfabetos, y con tanta precision como lucidez formula algunas de las principales leyes eufónicas que rigen en la disposicion de los sonidos elementales de una y otra lengua. No podemos resistir al deseo de copiar testualmente la nota que está al pié de la página 52 de la primera parte, como un espécimen de lenguaje sencillo y acomodado á la capacidad de los niños:

«Llaman algunos gramáticos característica á la vocal que sigue inme»diatamente á la raíz en el presente de infinitivo, y varía en cada una de »las cuatro conjugaciones, á saber:

am-á-re, mon-é-re, scríb-e-re, aud-í-re.

»Suprímase la *e* final y resultan los infinitivos en *ar*, *er*, *ir* de nues»tras tres conjugaciones, que corresponden á la primera, segunda y cuar»ta de los latinos.»

Al establecer estas comparaciones entre ambos idiomas, omite el señor Suaña todas las que son óbvias y al profesor se le pueden ocurrir fácilmente, para no abultar más el libro; pero se guarda de omitir el tratado de oraciones, ó por otro nombre, *platiquillas*, que es un procedimiento tradicional en nuestras aulas, y muy á propósito para que el principiante se acostumbre á trasladar de uno á otro idioma las oraciones más sencillas, y aquellos giros más usuales y de forma más compleja, que llamamos *oraciones de infinitivo, de relativo y de gerundio.* Aun en este punto se aparta de la generalidad de nuestros gramáticos, en que al tratado de que acabamos de hablar, lo considera como meramente auxiliar, y pertenecientes á la sintaxis las materias que comprende, entre las cuales anticipa unas ligeras nociones de concordancia y régimen; y en la sintaxis vuelve á tratar *ex-profeso* de las oraciones, lo mismo simples que compuestas, de los elementos que entran respectivamente en la formacion de unas y otras, y de los lazos que las unen; haciendo de las compuestas una clasificacion tan sencilla como completa, que permite analizar cualquiera de las oraciones que dependen unas de otras en las cláusulas de estructura más complicada, como se ve en uno de los modelos de análisis que se encuentran al final de la segunda parte.

Por esta misma causa ha desestimado nuestro autor la division tan comun en nuestras gramáticas, de la *sintaxis* en *concordancia*, *régimen* y *construccion*, que no cree conforme con los principios de la Gramática

general y de la lógica; pues entiende que esta voz *construccion* es aplicable á la dependencia, así de las palabras como de las oraciones; y que la concordancia y el régimen son dos modos especiales de enlazar las varias voces que sirven para expresar una idea compuesta ó una oracion gramatical, y que además pueden tambien unirse por medio de ciertas conjunciones. Así que la concordancia en particular tiene una importancia harto secundaria para poder constituir por sí sola una de las tres principales divisiones de la sintaxis, las cuales son para el autor: *construccion de la frase suelta* ó gramatical, *construccion de la frase compuesta*, y *construccion figurada*.

Aquí ponemos término al presente análisis, no sin recordar á los lectores el juicio que brevemente emitimos en la bibliografía del número anterior de LA CIENCIA CRISTIANA. Solo debemos añadir, que el Sr. D. Hemeterio Suaña es un profesor tan eminente por su saber, como por la sencillez de su fe y el fervor de su piedad; y que es un bello timbre de la ciencia cristiana cultivada en nuestros mismos dias en España, contar uno de sus más ilustres representantes en el eminente humanista que así enseña las letras latinas para honor de su pátria y provecho de la juventud estudiosa.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

II

Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia, por JUAN GUILLERMO DRAPER. *Traduccion directa del inglés por* AUGUSTO T. ARCINIS, DE LA REAL SOCIEDAD ASTRONÓMICA DE LÓNDRES. *Con un prólogo de* NICOLÁS SALMERON. Un volúmen en 8.° de 388 págs. Madrid, 1876.

La circunstancia de haber sido publicadas simultáneamente dos traducciones españolas de esta obra, los desmesurados elogios que le ha prodigado la prensa revolucionaria y hasta la benevolencia para con ella de algun periódico *conservador* [1], nos mueven á examinarla, no obstante su total carencia de valor científico, en esta seccion de nuestra Revista.

Basta el título del libro, y el saber que su autor es un incrédulo consumado, para comprender desde luego su objeto, que no es otro, segun

[1] *La Epoca*, cuyas son las siguientes palabras á propósito de este libro: «Aunque para muchos espíritus meticulosos (!) este género de obras se hace sospechoso por su tendencia racionalista, los que cultivan con independencia de carácter *(esprits forts)* el movimiento civilizador de nuestra época (de la *Epoca)* no pueden prescindir de estar en la corriente de las ideas (desatinadas).»



declara espresamente Draper, sino demostrar la supuesta imcompatibilidad entre el catolicismo y los progresos de las ciencias: tema favorito de los modernos pseudo-sábios, cuyas mas elocuentes y vigorosas refutaciones suelen ser, como sucede en el presente caso, las mismas obras encaminadas á defenderlo. El libro de Draper, calificado por uno de los maestros del racionalismo en nuestra patria de obra de «vasta erudicion, severa crítica y esmerado arte [1]» es una palmaria demostracion de aquella verdad.

En el prólogo de la obra, despues de algunas consideraciones sobre la importancia de su asunto, y de protestar el autor del espíritu de imparcialidad que dice haberle guiado en sus investigaciones, afirmando que no es su objeto «abogar por las miras y tendencias de este ó el otro partido [2]» espone el plan que se propone seguir, el cual vamos á usar nosotros en el exámen de su libro, porque es imposible reducir á principios y hechos capitales, la multitud de especies inconexas y estravagantes que contiene.

El mismo prólogo nos ofrece una muestra del «severo espíritu de imparcialidad [3]» que Draper se atribuye, en las siguientes palabras: «En el Vaticano (baste recordar la Inquisicion), las manos que hoy se alzan en demanda de gracia al infinitamente misericordioso, todavía están teñidas de sangre [4].» No habla así la imparcialidad, sino el odio.

El primer capítulo de su obra lo dedica Draper al orígen de la ciencia, debido segun él «á las campañas macedónicas que pusieron en contacto al Asia y Europa,» hasta tal punto, dice en otro lugar, que de ellas parten «todos nuestros conocimientos exactos.» Conviene advertir para juzgar rectamente de las opiniones de Draper, que á sus ojos no merecen el nombre de *ciencias* mas que las puramente esperimentales, por lo cual no vacila en calificar de *especulaciones estériles* las teorías de Platon y de los filósofos que le precedieron. Pero aun dado su falso concepto de la ciencia, no es posible negar, sin incurrir en la nota de ignorancia, los grandes progresos que habian alcanzado los Babilonios en la astronomía y las matemáticas, que sirvieron de fundamento á los realizados con posterioridad por los cosmógrafos y matemáticos alejandrinos. «A ellos se debe la invencion del zodiaco, la division del círculo en 360 grados, y del grado en 60 minutos, la primera observacion de los planetas, y el cálculo de los eclipses de luna. La astronomía los habia conducido al estudio de las matemáticas y particularmente al de los números, siendo de ellos de quienes tomó Pitagoras la famosa tabla de multiplicar que lleva su nom-

---

[1] Véase la pág. VI del prólogo de D. Nicolás Salmeron.
[2] Pág. LXIX.
[3] Pág. XXXVII.
[4] Pág. LXXXI.

bre [1].» Los portentosos adelantos de la mecánica en Egipto y Asiria, el perfeccionamiento y propagacion de la escritura alfabética por los fenicios, y en suma el maravilloso grado de cultura que alcanzaron los pueblos orientales, revelado en parte por los modernos descubrimientos arqueológicos, nada significan para el escritor norte-americano, empeñado en atribuir al Museo de Alejandría, como resultado de las campañas de Alejandro, el orígen de todos los progresos habidos y por haber en las ciencias físicas y naturales.

La aparicion del cristianismo, «su trasformacion al adquirir el poder imperial,» y sus relaciones con la ciencia, son asunto del segundo capítulo, que ofrece respecto del primero el singular contraste de que mientras las campañas de Alejandro ocupan varias páginas, la relacion de los orígenes del cristianismo se halla condensada en el siguiente párrafo: «En una de las provincias orientales, en la Siria, algunas personas de humildísima condicion se habian asociado con objetos benévolos y religiosos. Las doctrinas que sustentaban, estaban en armonía con ese sentimiento de fraternidad universal que hizo nacer la semejanza que existia entre los reinos conquistados. Eran las doctrinas inculcadas por Jesús.»

De esta suerte pretende Draper quitar al hecho mas grande de la historia toda la importancia que le han reconocido siempre hasta los mismos escritores racionalistas. Las persecuciones de la Iglesia en los primeros siglos, apenas si son mencionadas por Draper, y esto para absolver de toda responsabilidad á los emperadores paganos. Constantino, en cambio, es á sus ojos «un malvado;» y la ardiente fe y pureza de costumbres de los primitivos cristianos, confesada hasta por los enemigos mas encarnizados de la Religion católica, son en el libro de Draper, artificios de «personas mundanas, paganos de corazon, sin apego alguno á sus ideas religiosas.»

El ódio enconado de Draper contra el catolicismo, se revela en todas las páginas de su obra. El libre ciudadano de la *República modelo*, tiene superabundantes elogios para toda tiranía que combata y oprima á la Iglesia católica. Los Césares paganos, perseguidores del cristianismo, los Emperadores bizantinos, favorecedores de la heregía y el cisma, el absolutismo germánico y la autocracia rusa: hé aquí el objeto de todas sus alabanzas.

El incendio de la biblioteca de Alejandría á fines del siglo IV, Draper lo atribuye á los cristianos, añadiendo que fueron movidos á ejecutarlo, por ver en aquellos tesoros de saber, la condenacion de sus creen-

---

[1] F. Lenormant, *Histoire des peuples orientaux*, pág. 82. París, 1869. Véase tambien el excelente artículo de M. Th. H. Martin sobre la astronomía entre los griegos y romanos en el *Dictionaire des antiquités grecques et romaines* de Daremberg. París, 1873-75.

cias; pero todo esto es pura calumnia, desacreditada hasta entre los mismos incrédulos, y profunda ignorancia del escritor norte-americano [1].

En el capítulo 3.° empieza la exposicion de los supuestos conflictos entre la Religion y la ciencia. El primero nos dice que versó sobre la doctrina de la unidad de Dios, habiendo mediado en él, de una parte la Iglesia católica, y de otra la heregía de Nestorio y el Mahometismo; cuyo conflicto tuvo por resultado, al decir del mismo Draper, «el establecimiento de la doctrina de la unidad de Dios en la mayor parte del imperio romano,» llevado á cabo por Mahoma (!). En la imposibilidad de enumerar la multitud de crasísimos errores históricos de que están plagados, tanto este capítulo, como los demás de la obra, nos limitaremos á copiar el siguiente párrafo, donde se propone bosquejar el autor las ideas religiosas dominantes durante la Edad Media, en los pueblos cristianos:

«El Cielo del popular, del elegante cristianismo, era el antiguo Olimpo, despojado de las *venerables* divinidades griegas. En él, sobre un gran trono blanco, se sentaban Dios Padre, á su derecha el Hijo, y luego la Bendita Vírgen, envuelta en vestiduras de oro, y cubierta con varios adornos femeniles; á la izquierda se sentaba el Dios Espíritu Santo. Rodeando estos tronos habia legiones de ángeles con arpas. El vasto espacio que se extiende detrás, estaba cubierto de mesas, en las que los espíritus de los bienaventurados, gozaban de un banquete eterno [2].»

La misma ignorancia y los mismos errores acerca de los dogmas católicos, y aun la misma mala fé que revela esta pasaje del libro, los encontramos siempre que su autor trata de exponer ó interpretar alguna de las creencias de nuestra Religion.

Despues de haber dedicado todo un capítulo á lo que llama «el conflicto sobre la naturaleza del alma,» donde, siguiendo las huellas de Renan, pone en las nubes al Averroismo, y de romper, como todos los escritores impíos, en dicterios contra la Inquisicion, dando como verdades inconcusas las mentiras de Llorente, pasa á examinar el «conflicto sobre la naturaleza del mundo.» En este otro capítulo se encuentran absurdos tales como el suponer dogma de la Iglesia católica, que la tierra sea una superficie plana, y el asegurar que las teorías y proyectos de Colon, fueran condenados por un Concilio reunido en Salamanca, con todas las otras vulgares declamaciones de costumbre entre los impíos á propósito de Galileo, y cuantas enormidades de este jaez acreditan la superficialidad del autor y su ignorancia en punto á investigaciones históricas.

La controversia sobre la edad de la tierra es el asunto del capítu-

---

[1] Sirve de base á esta infundada acusacion, la traduccion de un pasaje de Orosio, cuyo verdadero sentido ha sido fijado entre otros por el abate Manoury en un artículo de los *Annales Catholiques* de Chantrel, núm. 188 (1875).

[2] Págs. 73 y 74.



lo 7.°, en el cual supone Draper, que es dogma de nuestra Religion la opinion generalmente adoptada hasta mediados de este siglo, acerca de la antigüedad del mundo, y se esfuerza á combatirla, valiéndose de los descubrimientos geológicos. Con decir que siempre ha sido lícito para los católicos pensar que los dias de la creacion no fueron dias solares, sino períodos sucesivos, se comprenderá cuán absurda es aquella suposicion. En cuanto al diluvio universal, calificado por Draper de leyenda, sabido es que los más insignes geólogos, desde Cuvier hasta Elías de Beaumont, lo admiten entre los hechos históricos indudables. Y no es menor la ignorancia que demuestra el autor americano en negar rotundamente, sin ofrecer prueba alguna de su aserto, la existencia de la torre de Babel; lo cual es desconocer los recientes progresos de la filologia oriental, que la prueban de una manera irrefragable.

En el capítulo siguiente, destinado á exponer el *conflicto* que imagina sobre el criterio de la verdad, cuenta el autor á su manera el orígen de la Reforma protestante, «promovida, dice, por muchos hombres piadosos,» que deseaban que la Iglesia volviera á «la pureza primitiva.» El fraile impúdico y soberbio, seductor de Catalina de Boré, los príncipes que, arrastrados por la codicia ó el libertinaje, siguieron sus huellas, se ven trasformados de esta suerte en modelos de virtud por Draper; quien, fiel á su sistema de falsificar desvergonzadamente la historia, y de confundir en un mismo capítulo las cosas más heterogéneas, imputa aquí á la Iglesia la matanza de Saint-Barthelemy, é intenta combatir con miserables sofismas la autenticidad del Pentatéuco.

A la doctrina católica de la Providencia opone Draper en el capítulo 9.°, intitulado «Controversia sobre el gobierno del Universo,» la teoría de «la necesidad mecánica,» entre cuyos representantes pone á Keplero y Newton, que ni siquiera soñaron en los supuestos conflictos de Draper. Niega la posibilidad de los milagros, demostrando al tratar este punto, que ignora lo que se entiende por milagro; y siguiendo su costumbre de revolver y barajar las cosas más diversas, cae sobre las indulgencias, diciendo néciamente, «que en el fondo son un permiso de Dios para practicar el pecado, á condicion de pagar cierta suma al clero.» [1]

Los errores históricos acumulados por el autor en los capítulos 10 y 11, el primero de los cuales trata «del Cristianismo *latino*, nombre que Draper da al Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion moderna,» y el segundo «de la ciencia» considerada en órden á esa misma civilizacion, son innumerables, y revelan todavía más claramente que los demás de la obra, el ódio enconado del autor á la Iglesia católica. Este ódio le arrastra hasta negar que el Catolicismo haya ejercido influencia alguna en la civilizacion. Los inmensos beneficios dispensados por los Pontí-

---

1 Pág. 279.

fices, los Concilios y las órdenes monásticas, á las clases pobres, á la instruccion popular, á las ciencias y las artes, y hasta á la agricultura, son ó pasados en silencio, ó absolutamente negados.

Aun se atreve Draper á dirigir en este punto á la Iglesia las más absurdas y ridículas imputaciones. Culpa fué, segun Draper, de la Iglesia católica, entre otras cosas peregrinas, que en la Edad Media, «el aseo personal se desconocia por completo,» que «grandes oficiales del Estado y aun altos funcionarios, como el Arzobispo de Canterbury, estaban llenos de parásitos. [1]» Llega hasta pretender hacerla responsable de las epidemias que por entonces invadieron á Europa, y dice que «ha sido siempre política de la Iglesia desanimar á los médicos en su arte, mezclándose á cada paso con sus reliquias para curar las enfermedades.» Para descoronar tales mentiras, nos contentaremos con trascribir el siguiente pasaje de un autorizado escritor: «La escuela de Salerno, fundada por discípulos de San Benito, que, sacerdotes y médicos á un tiempo, dedicaban sus cuidados á las almas y cuerpos de los enfermos, fué desde el siglo VIII hasta el XIV, el único establecimiento de este género. Los monjes benedictinos se dedicaron con celo á sostener establecimientos de aguas minerales; los baños de Baden, conocidos de los romanos y destruidos por los bárbaros, fueron restablecidos en 873 por los benedictinos de Weissenfel. Kissengin, Mariembad, Pfóffers, Pyrmont, Rippoldsau y otros baños, fueron en su orígen propiedades monásticas. Los servicios prestados á la humanidad doliente por los benedictinos, en aquella época de terribles enfermedades, son dignos de perdurable memoria.» [2]

Los nombres gloriosos en la historia del pensamiento humano de Santo Tomás, Alberto Magno, San Anselmo y San Buenaventura, nada significan, á juicio del escritor incrédulo, que sin mencionarlos siquiera afirma desde las alturas de su ciencia positivista, ser en aquellos tiempos «máxima admitida generalmente que *la ignorancia es madre de la devocion.*» [3]

Con esta innoble caricatura de la civilizacion cristiana en los siglos medios, intenta rebajar el oscuro escritor racionalista la bienhechora influencia de la Iglesia católica, aquella «influencia saludable, al decir del protestante Guizot, que no solo ha sostenido y fecundado el movimiento intelectual en Europa, sino que tenia un sistema de doctrinas y preceptos, en cuyo nombre imprimia el movimiento; sistema muy superior á todo lo que habia conocido el mundo antiguo.» [4]

La misma ignorancia y mala fe demuestra Draper en el capítulo dedicado á cantar las glorias de la *Ciencia*, á la cual atribuye todos los des-

---

[1] *Gaceta de Baviera*, 1866, núm. 346.
[2] Pág. 278.
[3] *Historia de la civilizacion en Europa,* Leçon VI.
[4] Páginas 333 y 334.

cubrimientos y progresos realizados en los varios órdenes de la actividad humana, desde «la industria algodonera», el «cañon rayado,» y «la máquina de costura,» hasta «la creacion de una sociedad que lee,» y «las ventajas industriales y sociales de los anuncios en los periódicos.» Los hospitales, cuyo orígen cristiano es imposible negar, pues con el nombre de *hospitia* se encuentran en la historia desde la época de Constantino, fundados bajo el amparo de la Iglesia, y objeto constante de su solicitud, son tambien, segun Draper, invencion moderna, y bajo este concepto, cuéntalos entre las conquistas de su *Ciencia* [1].

El último capítulo del libro que lleva por título «Una crísis inminente,» no es otra cosa que una breve reseña de los sucesos políticos acaecidos desde la convocacion del Concilio Vaticano; á que sirve de complemento un proyecto de comentario de las resoluciones adoptadas por esta augusta Asamblea. Draper aplaude, como es de suponer, la persecucion que sufre la Iglesia en Italia, Alemania, Suiza y Rusia; incurre en mil inexactitudes, á través de las cuales se deja ver su prurito de disfrazar la verdad, con el fin de justificar los atropellos y violencias de la revolucion, y de tergiversar, como en tantos otros lugares de su libro, los dogmas católicos, hasta el punto de confundir la infalibilidad con la omnisciencia [1], y de suponer que si el Papa es infalible, debe estar dotado del don de profecía.

La absurda y gratuita conclusion que pretende Draper sacar de su obra, es «que el cristianismo católico y la ciencia son absolutamente incompatibles, *segun reconocen sus respectivos adeptos.*» Como si la Religion católica no hubiese sido siempre madre de la verdadera ciencia, que nacida al amparo de la Iglesia, á ella debe sus más preciados y legítimos progresos.

Como podrán ver nuestros lectores por este breve análisis, el libro de Draper no es otra cosa que un repertorio de las más triviales y desacreditadas acusaciones dirigidas por la impiedad contra el catolicismo. No obstante las pretensiones de representante de la *ciencia*, que ostenta su autor, su libro carece hasta de las apariencias de obra científica, siendo inútil buscar en él ni siquiera una nota que indique los documentos ó fuentes históricas en que funda Draper el cúmulo de errores que forman la trama de su libro, refutados y deshechos mil veces en las obras de los apologistas católicos.

Pero si la lectura de esta obra no puede por estas razones ejercer influencia alguna sobre personas instruidas, capaces de discernir sus errores, es indudable que producirá perniciosos resultados entre las gentes sencillas é ignorantes, no apercibidas para rechazar el veneno de este linaje de producciones.

---

1 Pág. 574.

La traduccion del libro de Draper entra sin duda alguna en el plan de debilitar y aniquilar la fé de nuestro país, plan que se revela asimismo en la frecuente publicacion de obras no menos impías que la presente.

EDUARDO DE HINOJOSA.

REVISTA DE CIENCIAS NATURALES

Astronomía.—La noche del 24 de noviembre último, Mr. Schmidt, Director del Observatorio de Atenas, observó en la constelacion del Cisne, una estrella de tercera magnitud, que no figuraba en ningun catálogo, y cuya ascension recta era de 21 horas 36 minutos y 50 segundos, y la declinacion boreal 40° 16′ 34″. Su color, amarillo al principio, se fué á poco desvaneciendo hasta extinguirse del todo. No es este el primer caso que se presenta. La aparicion y desaparicion de tales estrellas nos recuerdan que en el fondo mas escondido de los cielos no reina la tranquilidad y silencio que algunos se imaginan. Allí se producen crisis espantosas que dan origen á mundos nuevos; masas enormes de materia, iguales tal vez, ó superiores á nuestro sol, pasan de un estado á otro por medio de trasformaciones de que no podemos formar idea, y preparan nuevos focos á la actividad y á la vida, en espacios que parecen destinados á eterna quietud. Lo mas estraño en todo esto es que el cataclismo que se nos manifiesta actualmente sucedió hace ya muchos años, quizá siglos. El llegar tan tarde á nuestro conocimiento se debe al tiempo que tarda la luz en llegar á nuestro globo desde aquellas apartadísimas regiones.

El Profesor Seinon Newcomb, del Observatorio de Washington, ha descubierto que la tierra, á juzgar por los movimientos de la luna, tiene algunas irregularidades en su curso. De 1850 á 1862 se retrasó 7 segundos, adelantándose 8 de 1862 á 1874. En estos intérvalos tuvo otras variaciones aún más pequeñas, ya en una, ya en otra direccion. Para explicar tales irregularidades, el Profesor Newcomb propone dos hipótesis, es á saber: ó que el movimiento de la tierra es en sí mismo irregular, á lo cual él se inclina, ó que algun cuerpo, invisible para nosotros, pasando cerca de la luna, perturba su movimiento alrededor de nuestro planeta.

Meteorología.—En la Revista científica *Les Mondes*, leemos un estudio muy curioso acerca de un fenómeno perteneciente á la Meteorología, ó más bien á la Física general del globo, y que, aunque observado desde remota antigüedad, ha sido hasta ahora poco estudiado. Este fenómeno,

conocido generalmente con el nombre de *Veranillo de San Martin*, sucede hácia mediados de Noviembre, en cuyo tiempo, despues de dias de frio intenso, cuando naturalmente debia continuar bajando la temperatura, sube de improviso hasta el caso de figurarse uno estar en la mitad del verano. La antigüedad de la tradicion en este punto, y la generalidad del fenómeno, prueban claramente que no depende de circunstancias locales. Solamente la latitud parece tener alguna influencia en la intensidad del calor y en la contemporaneidad ó discordancia, segun los climas, de las subidas termométricas. Así, por ejemplo, parece haberse notado un retraso de dos ó tres dias en el Mediodía de Francia respecto del Norte. Segun nos acercamos al Ecuador, el fenómeno desaparece; y el silencio de los observadores ó viajeros, en lo que se refiere al polo austral, hace sospechar si será propio del hemisferio boreal solamente. De todo esto se colije, que la causa de tan extraño cambio de temperatura, no está en el sol, el cual derrama uniformemente sus benéficos rayos sobre toda la tierra, ni reside tampoco en nuestra atmósfera: pues las lluvias, vientos, tempestades y demás perturbaciones atmosféricas, no son tan regulares, que puedan dar lugar á efectos periódicos y de tan grande extension. ¿Cuál es, pues, la causa de fenómeno tan curioso? A esta pregunta responde el Abate Lamey, cuyo es el artículo de *Les Mondes*, de la manera siguiente.

Todos los años, en las noches del 13 al 15 de Noviembre, en los mismos dias, poco mas ó menos, en que se nota la elevacion de temperatura que se ha indicado, se ven gran muchedumbre de estrellas fugaces surcando rápidas el firmamento, é irradiando de un punto situado en la constelacion del Leon, de donde les viene el nombre de *Leonidas*. Que no sea casual la coincidencia de la aparicion de estas estrellas con la variacion de la temperatura, nos lo hace sospechar el repetirse esta misma coincidencia de las estrellas fugaces con el aumento de calor en el mes de Agosto y en otras estaciones del año, en especial, en los últimos dias del de Abril ó primeros de Mayo, en los cuales suele haber no ya aumento sino descenso extraordinario de temperatura, que por lo regular es muy desastroso para los árboles frutales, por ir precedido de un temperamento benigno que ha acelerado la vegetacion.

Ahora bien: conforme á la admirable teoría propuesta por Schiapparelli, y hoy dia comunmente admitida, las estrellas que llamamos fugaces, son unos cuerpos pequeños que discurren alrededor del sol, aglomerados en grupos y girando en órbita determinada y constante; los cuales se acercan tanto á la tierra, que á veces penetran en la region superior de la atmósfera, donde por efecto de la afinidad química y de la rapidez de su carrera, se inflaman, presentándose á nuestros ojos como puntos ó rastros luminosos. Cuando este grupo ó aglomeracion de cuerpos se interpone entre la tierra y el sol, impide que una parte del calor solar llegue á nuestro globo, resultando de aquí un descenso de temperatura. Cuando están en tal posicion, que no solamente no impiden ó detie-

nen los rayos solares, sino que recibiéndolos en sí los envian reflejados á nuestro planeta, la temperatura de este aumenta sensiblemente. Segun el Abate Lamey, esta sería la causa del llamado *Veranillo de San Martin*, y de los frios de principios de Mayo. Hay que advertir que tales alzas y bajas de temperatura no son siempre constantes, sino que varian con los años, como sucede tambien en las Leonidas, cuyas máximas periódicas sobrevienen cada 33 años y algunos meses. Esta correlacion entre las variaciones de temperatura y la aparicion de las estrellas fugaces, la hizo notar Mr. Erman á Mr. Arago en 1840, y posteriormente el Abate Raillard y Mr. Meibauer. Para llegar á una conclusion segura y definitiva, convendria descartar todos los elementos extraños que puedan inducir á error, exagerando ó disminuyendo estas relaciones.

No hace mucho tiempo que Mr. Faye sostuvo en la Academia de ciencias de París que las trombas, tornados, ciclones, y otros meteoros análogos de eje vertical, se verifican, no por aspiracion ó corrientes de aire ascendentes, como cree la generalidad de los meteorologistas, sino por masas de aire, ó movimientos descendentes. El P. Secchi en una comunicacion á dicha Academia recuerda que el P. Boscovich, en la relacion de la tromba que pasó por Roma en la noche del 11 al 12 de julio de 1749, habla ya de una fuerte corriente de aire descendente atestiguada por un tal Constantini, quien habia observado el hueco ó concavidad formada en el mar por el impulso del movimiento de la tromba. Cree sin embargo que las corrientes de aspiracion, ó ascendentes, no pueden ponerse en duda, atendida la multitud de las observaciones que prueban tal movimiento en las tempestades de eje vertical.

GEOGRAFÍA.—*El Alert* y *El Discovery*, que en Mayo de 1875 emprendieron su expedicion al polo, bajo el mando de los capitanes Nares y Stephenson, han vuelto ya, despues de invernar al Oeste de la bahía de Hall en la latitud de 81° 44 minutos. El invierno fué largo y tenebroso por extremo, pues el sol estuvo oculto 142 dias. La temperatura más baja fué de 54 grados bajo cero, y la media de 51 grados, por espacio de 34 dias seguidos. De la tripulacion murieron dos hombres de escorbuto y uno por los rigores del frio. Cuando apareció el sol se emprendieron grandes operaciones en trinéos para ver de acercarse al Polo; mas como fuese necesario abrirse camino á través del hielo, apenas se adelantaba kilómetro por dia; y así hubieron de pararse á los 83° 26′ 26″ de latitud, á la distancia de 600 kilómetros del Polo. Con esto queda demostrado que es de todo punto imposible, desviándose de las costas, resolver el problema que hace tanto tiempo fatiga á los geógrafos. Tal ha sido el resultado de la famosa expedicion inglesa al Polo Norte.

HIDROGEOLOGIA.—El abate Richard es célebre en Francia por el cono-

cimiento que posee de las corrientes de agua que minan la tierra y por el acierto con que, puesto en un sitio cualquiera, indica los manantiales que pueden abrirse allí y la profundidad á que los encontrarán. A muchos miles se elevan ya las fuentes que ha encontrado, y son innumerables los beneficios que se le deben, con la extension que ha hecho de su arte á las grandes industrias, á las aguas termales, depósitos de petróleo, y lo que más importa, á los grandes riegos agrícolas. Cualquiera que sea este arte maravilloso, nosotros le hemas oido afirmar (dice el *Journal de la Société d'Agriculture de la Haute-Garonne*), que la presencia del agua se manifiesta por señales tan seguras como la existencia del fuego por el humo; que él ve un manantial oculto en la tierra, como otros ven un árbol ó una casa. Añade que el agua no corre á la ventura por debajo, como tampoco por la superficie de los continentes; que el hilo de agua más delgado oculto en la tierra está sometido á una ley tan absoluta como las leyes físicas más averiguadas; que el descubrimiento de una fuente es la solucion de un problema puramente matemático, y que los elementos de este problema constituyen una verdadera ciencia. Tal vez haya un instinto especial para esta ciencia, y no sea otro quizá el de los que llamamos *zahories*, tan frecuentes y acertadores en Andalucía y aun en otras partes de España.

Historia natural.—Un botánico de California da la medida exacta que ha tomado recientemente de los famosos *big trees*, ó árboles gigantescos de aquel país. El «Padre de la Selva,» que algunos suponian tan antiguo como el diluvio, debe de tener unos 1.500 años. Su diámetro no es de 40 piés como se decia, sino de 18 solamente, á la distancia de 6 piés del suelo. Su tronco tiene un gran hueco, por donde pueden entrar diez caballos á la vez y darle la vuelta. Segun el mismo botánico, muchos árboles del South Park Grove tienen un diámetro superior al del «Padre de la Selva.» El «Trapper Smith» cuenta 90 piés de circunferencia, y otro de nombre desconocido 27 piés de diámetro. Hay además unos 500 árboles de 10 á 15 piés de diámetro. La edad de estos árboles ha sido con frecuencia enormemente exagerada.

Mecánica.—El cuerpo de artilleros de Inglaterra ha vuelto á empezar sus esperimentos con el cañon móntruo, de 81 toneladas. El problema que tratan de resolver consiste en aumentar el alcance sin aumentar la carga de pólvora. Para esto es necesario obtener que toda la masa de pólvora se inflame lo más simultánea y completamente que se pueda, á fin de que los gases den al proyectil el mayor y más eficaz impulso. Prescindiendo de los procedimientos empleados á este fin, hé aquí el resultado de los ensayos: el proyectil pesaba 797 kilóg. 800 gramos; la carga de pólvora 163 kilógramos 600 gramos. Con un ángulo de tiro de 4 grados, el proyectil llega en 6"9 al blanco, situado á la distancia de 3.600 metros. Esta velocidad es sorprendente; pero lo es aún más la precision del tiro que se ha logrado conseguir. Dos balas entraron en el mismo agujero, y la segunda no hizo

más que agrandar el cono dejado por la primera. Esto tratándose de distancia de 3.600 metros es ciertamente maravilloso.

Fisiologia.—Los fisiologistas señalan como asiento del calor animal, unos el pulmon, otros los vasos capilares, otros el tejido muscular, etc. Segun las observaciones de Mr. Claudio Bernard, este calor no se produce en un foco solamente, sino en todo el organismo, si bien hay puntos donde se manifiesta con más intensidad, quedando todo sometido á leyes fijas y determinadas. Segun este sabio fisiologista, la opinion admitida generalmente desde Lavoissier, de que la sangre arterial es más caliente que la venosa, no puede sostenerse, y si hasta ahora se ha creido así, débese al error y defectos de los esperimentos. En *Les Mondes* (pág. 15, t. XLI), describe el método seguido en sus observaciones, de las cuales deduce que la fiebre es un fenómeno puramente nervioso, efecto de las alteraciones del sistema general de los nervios. Apoyado en numerosas investigaciones, se inclina á creer que existen nervios vasomotores de dos clases, unos dilatadores y otros constrictores. La fiebre no es más que el resultado de las profundas modificaciones de este sistema, resultado cuyo efecto principal es la elevacion de la temperatura.

Química.—Por medio de una mezcla debida casi á pura casualidad, se ha logrado dar al petróleo la dureza de la estearina, conservando todas sus propiedades luminosas, pero perdiendo los peligros de esplosion. Además puede servir como jabon, formando un compuesto casi isómero y tan eficaz para quitar las manchas como la misma benzina.

VARIEDADES

LA ANARQUÍA

Confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos.

Salm. 52, vers. 7.

Cuando de Babilonia
sobre el candente suelo
levantaron audaces
para escalar el cielo
su monumento bárbaro
las hordas de Nemró;
La omnipotencia suma
de su soberbia en pago
en vez de sepultarlos
con rumoroso estrago,
con desdeñoso epígrama
sus lenguas confundió.
Y ejemplo memorando
fué aquel, que eterno dura.
Siempre que del Altísimo
la necia criatura
con vanidad satánica
medir osa el poder;
Como por arte mágica
toda razon perece,
brota el caos babélico,
Thémis desaparece,
y la anarquía estólida
retoña por do quier.
Látigo tinto en fango,
que á todo un pueblo azota,
harpía sin cabeza,
monstruo feroz é idiota,
carcajada sarcástica
del torvo rey del mal.

Cuando la grey humana
rompe el paterno aprisco,
y atropellada y ciega
corre del llano al risco,
su fiera suelta el báratro
¡qué horrendo carnaval!
Como al sonoro impulso
de recios temporales
del lago removido
se enturbian los cristales,
y el fango sube rápido
sobre su limpia tez;
Así todo lindero
social el mónstruo borra:
Monipodio al Senado,
Leandro á la mazmorra,
el truhan al pináculo,
al polvo la honradez.
La senda del garito
conduce al Capitolio,
puede el banquillo ignoble
ser escabel del solio,
la audacia escusa títulos,
de sobra está el rubor:
Del bien se hace parodia;
quemando incienso á Vesta
remeda Aspasia el porte
de la matrona honesta,
Chiquiznaque en la cátedra
chilla virtud y honor.
¡Oh Dios! cuando por densos
vapores ofuscada
la mente humana pierde
la luz de tu mirada,
¡á qué profundos límites
no llega de abyeccion!
Vedla ébria de sí misma
que necia fantasea
refabricar el mundo
¡y la incendiaria tea,
y la piqueta estúpida
sus arquitectos son!
Cien sacros monumentos
del genio humano asombro
caen ¡duro espectáculo!
en lamentable escombro
que con airadas lágrimas
el alma opresa ve.

Canta el ciego ateismo
su triunfo y nuestra afrenta.
Ladra, bestia insaciable,
tu voz dura y violenta
enciende el rayo apático
de nuestra antigua fe.
Tras los cálidos vientos
del rojo mediodía
la fresca tramontana
sus ráfagas envía
de la campiña exánime
templando el seco ardor.
Mas ¡ay! rota la enseña
fulgente del Calvario
¿quién puede, oh Dios inmenso,
servir de intermediario
entre tu justa cólera
y un pueblo pecador?
Hinchada por el odio
la vela, el arrecife
rozando, de la patria
el zozobrante esquife
arroja en vano el áncora
al vórtice cruel:
Las iritadas ondas
surca de tumbo en tumbo;
sin guia, sin piloto,
la chusma marca el rumbo
y arroja al mar la brújula.
¡Oh mísero bajel!

Enero de 1873.

C. Suarez Bravo.

CRÓNICA

ESPAÑA

1. Nombramiento del Sr. Silvela.—2. Lastre setembrino.—3. Inundaciones.—4. Situacion de las Provincias Vascongadas.—5. Grande acontecimiento.—6. Naufragio.

Las Córtes se han cerrado. Las llamadas garantías constitucionales, por mucho tiempo suspendidas sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles, han vuelto á recobrar su valor legal en el Código constitucional vigente, que es el de 1876, si no hemos hecho mal la cuenta. Hemos entrado, pues, en las aguas pacíficas y normales del derecho comun. ¿Quiere esto decir que podemos libremente historiar los sucesos y examinar los actos de los poderes dominantes?

Dejamos la contestacion á esta pregunta al buen criterio de nuestros lectores. La fuerza de las cosas es superior á la voluntad de los hombres. El cuerpo político tiene siempre llagas que no es lícito tocar, aunque se encuentren situadas sobre vísceras que no se hallen protegidas per la ley. Tal llaga hay sobre el corazon, que se puede impunemente sondar y hasta manosear, al paso que hay otras sobre miembros que no son esenciales para la vida, á las cuales no se les puede ni siquiera levantar el apósito.

1. Por ahora, si no la más importante, la más ruidosa y batalladora de las cuestiones pendientes, es la que se ha suscitado con motivo del desenlace de la última crísis parcial del Gabinete que preside el Sr. Cánovas. La enfermedad del Sr. Ayala habia dejado un puesto vacante en el Ministerio. Una plaza de Ministro, vacante en estos tiempos, en que una plaza de portero se disputa con encarnizamiento, era un peligro constante para el Señor Cánovas, porque lo era para la homogeneidad de la mayoría heterogénea, que lo apoya. Mientras el Sr. Ayala permanecia en Madrid, se fué esquivando la necesidad de su reemplazo; pero una vez en camino de Estremadura, ya no habia medio de aplazar la peligrosa cuestion.

El Jefe del Gabinete se decidió por fin, como se decide el que tiene que tragar una pócima, y la manipulacion del Ministerio apareció en la *Gaceta*. El Sr. Martin Herrera, Ministro de Gracia y Justicia é interino de Ultramar, entró á ocupar este segundo puesto en propiedad. El Sr. Calderon Collantes dejó la cartera de Estado, para sustituir en Gracia y Justicia al señor Martin Herrera, y para la cartera vacante de Estado se nombró al señor Silvela (D. Manuel).

La combinacion fué mal recibida, como lo son todas las combinaciones ministeriales. El número de los llamados es siempre mucho mayor que el de los escogidos, sobre todo en un país como el nuestro, en el cual, ¡loado sea Dios! apenas hay hombre que no se encuentre con talla de Ministro.

Pero entre los descontentos por el desenlace de la última crísis, esto es, por el ingreso en el Gabinete del Sr. Silvela, figuran padres graves de la situacion. El Sr. Silvela ha sido Ministro en el período álgido de la revolucion de Setiembre, y los elementos que se titulan más conservadores de la mayoría, aspiraban á reforzar el Gabinete con una cuña de su madera. La cuña del Sr. Cánovas no les ha gustado, porque temian, no sabemos si con razon ó sin ella, que esta pueda hacer saltar un dia ú otro lo poco que va quedando suyo en el Gabinete.

Ello es que la revolucion de Setiembre no ha perdido nada con la salida del Sr. Ayala. El nuevo Ministro, ayudado por los Sres. Romero Robledo y Martin Herrera, se encarga de mantener impregnado el actual Gobierno de aquel espíritu fuerte que iluminó con tan vivos resplandores los horizontes de la pátria.

Los conservadores de la última hornada se han quedado de hocico; pero ya se les pasará. Se anunciaron en un principio las dimisiones de algunos de ellos, pero ya varios se han apresurado á declarar que la cosa no es para tanto. Todo se reduce á un poco de marejada, á un arranque de mal humor sin consecuencias.

2. Este empeño del Sr. Cánovas en no arrojar el lastre septembrino, da márgen á todo género de comentarios. Hay quien asegura que son los vientos del Norte los que le obligan á conservarlo; pero por nuestra parte no hallamos dificultad en creer que el lastre septembrino es el propio del señor Cánovas.

¿Hace bien ó hace mal en navegar con él? Eso depende del punto de vista desde el cual se examine la cuestion. Para los viajes de cabotaje de la política liberal, no conocemos otro lastre posible. Esplícase indudablemente; pero esto no puede importar á navegantes que clasifican el naufragio entre los accidentes ordinarios é inevitables de la carrera. Para los viajes de curso largo, ya es otra cosa. Pero ¿quién conoce ya estos viajes más que por tradicion?

3. Si de la situacion del Ministerio pasamos á la situacion de España, no hallamos motivo para echar cuentas alegres. Las inundaciones de Andalucía y de Estremadura pasaron ya, dejando en todas partes huellas siniestras de su paso: las pobres comarcas del Mediodía, casi siempre sedientas de agua, especialmente las ribereñas del Guadalquivir y del Guadiana, han tenido sobre sus espaldas, durante muchos dias, diez ó doce metros del terrible elemento, y han quedado convertidas en pantanos, que serán improductivos por mucho tiempo, si el sol de Mediodía vibra sobre ellos sin alternativas de humedad, sus rayos ardientes. Esperemos que la divina Providencia se apiade de aquellos pueblos desdichados. Ella sabe sacar el bien del mal, y puede hacer todavía de los campos anegados, comarcas fertilísimas y hasta risueños vergeles.

4. Otra inundacion ha pasado, de consecuencias quizá más lastimosas, por las desdichadas provincias del Norte, que divide el Ebro, y el mar y el



Pirineo circundan. Se trata de aplicar á las comarcas vascongadas el derecho comun de Castilla. Ha pasado ya el momento de dar nuestra opinion acerca de esta delicada cuestion, y de poner nuestros argumentos en defensa de la tradicional manera de sér de aquellos pueblos, sobre uno de los platillos de la balanza. Desde el momento en que el Gobierno echó sobre el otro el peso de su espada, la cuestion ha dejado de ser libre, y aunque la ley nos autorizára á examinarla, la prudencia nos lo vedaría.

En el momento en que escribimos, el Gobierno procede en el país vasco á las operaciones de la quinta. Parece que las corporaciones provinciales y municipales de aquel país, oponen á las disposiciones del Gobierno cierta resistencia pasiva. Los Ayuntamientos se niegan, á lo que parece, á confeccionar y publicar las listas del sorteo, y en algunos puntos dimiten. Los Gobernadores no admiten las dimisiones. Las Diputaciones forales de las tres provincias se reunen en Zumárraga, á fin de obrar de comun acuerdo, aunque se ignoran los asuntos sobre los cuales versan las conferencias. Varios periódicos locales, como el *Diario de San Sebastian* y el *Ibaizabal*, cuyas opiniones fueristas son conocidas, desaparecen ó se refunden, etc., etc.

Oigamos ahora á *La Correspondencia*. Su significacion en la prensa, y el tono gubernamental y autoritativo de sus declaraciones, indican claramente que estas no son de su cosecha, y traen orígen casi oficial.

Dice este periódico en su número del dia 21:

«Los que hablan de dificultades para hacer la quinta en las Provincias »Vascongadas, ó exageran los hechos, ú olvidan la historia y antecedentes »de aquel país. Claro es, y pocos dias há lo decíamos, que no habia de ser »llano y leve el llevar á cabo tan radical reforma como la abolicion de los »fueros. Pero hasta ahora y á pesar de la repugnacia de los que han de cam»biar su manera de ser administrativa tradicional, la reforma se va plan»teando, merced á la energía y acierto del Gobierno, y la quinta se hará, y »para realizarla se adoptarán las medidas convenientes.

»En los pueblos donde sea necesario un delegado especial, será nombra»do; y donde la necesidad hiciera imprescindible hasta la creacion de comi»siones militares, que no es de creer, se haria tambien. No falta la energía »que la prensa y la opinion reclaman para llevar á cabo los acuerdos de las »Córtes.»

4. Quizá no ignoren nuestros lectores, que un periódico moderado anunció, hace cosa de quince dias, con aire entre regocijado y misterioso, que la fraccion política que lleva aquella denominacion, y que marcha á la cola de la situacion actual, iba á ser reforzada por elementos importantes del carlismo. El *Pabellon Nacional*, que es el periódico aludido, llamaba á esta evolucion *gran acontecimiento*, sin duda porque en el ardor de su deseo, miraba el suceso con cristales de aumento.

Algo habíamos oido nosotros acerca de esto. Cuando se nos citaron los nombres de los revolucionarios, nos pareció el suceso anunciado por el *Pabellon*, naturalísimo. En honor de la verdad, la fusion anunciada estaba prevista, cuando no realizada ya: lo único que nos parecia dudoso era que con esto ganasen algo los moderados ni perdiesen nada los carlistas.

Un periódico revolucionario, *El Pueblo*, descorre un poco el velo de este

misterioso asunto, y lo hace en términos que creemos oportuno poner á la vista de nuestros lectores. He aquí de qué modo comenta la noticia.

«Es preciso que sepa *El Pabellon Nacional*, que detrás de ellos (los fusio»nistas) no está el partido carlista, que consecuente con sus ideas políticas, »siquiera sean por nosotros reprobadas, rechaza toda idea que crea perjudi»cial á sus intereses, y contento verá que los hombres á quienes el partido »en masa señala como réprobos, se segreguen para siempre de él.

»¿Qué tales serán estos ex-carlistas, cuando al mismo tiempo que trataban »con el Sr. Cánovas para que se les reconociesen los empleos, estaban en »tratos con algunos personajes del moderantismo, pero exigiendo á éstos »compromisos escritos de reconocerles sus empleos en el caso de que con »su auxilio viniesen al poder? Nos consta que el Presidente del Consejo de »Ministros rechazó con dignidad y hasta con desden, las exigencias de los »negociadores, y desahuciados se decidieron á unirse á los históricos.

....

»Si nuestras noticias son ciertas, y motivos tenemos para creerlo, el »grupo que va á reformar el moderantismo se compone de jefes de todos »grados del que fue ejército del centro, de algunos cabreristas desesperados »y de algunos tambien del ejército del Norte, mirados alli con descon»fianza.

»Nos prometemos publicar sus nombres cuando tenga lugar el aconteci-miento.»

Con estos datos, que tomamos del arsenal de nuestros adversarios, nos parece que basta y sobra para que los lectores puedan formar su juicio acerca de un asunto del cual nos hemos ocupado bastante mas de lo que merece.

6. El telégrafo nos ha comunicado una tristísima noticia. Dos lanchas pescadoras que salieron del puertecito de Candás (Asturias), tripuladas por 20 hombres cada una, han naufragado. La consternacion de las familias de aquellos cuarenta desdichados y de los habitantes inmediatos de la costa, no son para dichas.

Espanta el considerar que hay pueblos enteros que fian su subsistencia al peligroso oficio de la pesca, especialmente en las costas inclementes del Cantábrico. Todos los años hay que deplorar aquí ó allí alguna catástrofe como la que acabamos de narrar. ¡Dios haya tenido piedad de los náufragos, y la tenga ahora de las familias que han quedado en la horfandad!

ORIENTE

(Continuacion.)

15. Ya es tiempo de que digamos algo de la actitud de las potencias. Todas, mas ó menos, guardan reserva respecto de sus intenciones; pero no deja de haber algunos indicios por donde pueden suponerse. Alemania especialmente, segun opinion general en Europa, ha dado á Rusia seguridades de no entorpecerla en su marcha. A poco de la proclamacion del último sultan, cuando el gobierno turco hacia promesas de reformas, la *Gaceta de la Alemania del Norte*, decia claramente que las Potencias no podian fiarse de Turquía, y que necesitaban *sólidas garantías* para obtener las reformas; y al mismo tiempo era enviado á San Petersburgo el general Manteuffel, y, segun los telégramas que entonces se publicaron, «el emperador de Alemania aseguraba al Czar que no habia olvidado la neutralidad de Rusia en 1870, cuando su guerra con Francia; que, en los asuntos de Oriente, Alemania conservará su plena independencia; y que, en caso de guerra, guardará neutralidad.» En rigor de verdad, no se sabe, sin-embargo, lo que piensa Bismark; pues una interpelacion hecha en el parlamento aleman sobre los asuntos de Oriente, no dió mas resultado que una reprimenda al diputado que la hizo. El silencio de Bismark es, sí, interpretado favorable á Rusia; porque si Rusia no contara con la neutralidad de Alemania, parece que no se habría comprometido tanto en el camino de la guerra. Esto hace decir á varios periódicos, incluso alguno de Alemania, que la neutralidad puede ser funesta á este imperio; porque si Rusia logra sus deseos sobre Turquía, los eslavos reclamarán algunas provincias sometidas hoy á Prusia, y esta, en todo caso, perderá su preponderancia.

16. En cuanto á Francia, su gobierno, por medio de una nota publicada en el *Memorial diplomático*, desmintió todas las noticias relativas á sus supuestas alianzas; declaró que secundaría con todas sus fuerzas todo lo que se hiciera para lograr la paz, y protestó terminantemente de que, en ningun caso, Francia, atenta á sus asuntos interiores, saldría de su absoluta neutralidad; declaraciones confirmadas solemnemente por Decazes en Noviembre, en la Asamblea. Ya habia dicho el *Correspondant*, hablando de la actitud de las Potencias, que Francia «impotente y neutral..... no puede mostrarse en Constantinopla sino circunspecta y humilde.»

17. Austria ha seguido hasta ahora una conducta meramente pasiva, aunque activando sus armamentos y aumentando sus fuerzas como si previese la necesidad de tomar parte en la guerra. El dualismo del imperio, dando el dominio á dos partidos distintos, dificulta que Austria obre con resolucion é independencia; pero segun la *Correspondencia húngara*, el ministro presidente del gobierno de Pesth, decia en una de las últimas sesiones de la Cámara: «El objeto de nuestra política en Oriente, es impedir todo



suceso que sea contrario á los intereses de la monarquía austro-húngara y á los de Hungría: impedirlos por la vía pacífica, si es posible; pero impedirlos en todo caso.» El periódico oficioso citado, añade por su parte:

«Esta declaracion es terminante, é implica dos cosas. Desde luego Austria-Hungría está decidida á mantener la integridad territorial y el *statu quo* político del imperio otomano, y, por consiguiente, no consentirá que Servia se constituya en reino independiente por la anexion de una provincia turco-eslava. Además resulta de esta declaracion, que la ocupacion militar de las provincias turco-eslavas por una de las potencias del Norte, está escluida del programa en que los tres emperadores convinieron. El mejoramiento, pues, de la situacion de los cristianos de Oriente, no podrá servir de pretesto á Austria ni á Rusia, para ensanchar su poder sobre las provincias eslavas de Turquía. La declaracion del ministro implica el aplazamiento de toda solucion *definitiva* en la cuestion de Oriente.»

18. Mientras así habla un ministro húngaro, los de Italia, país convertido en gran potencia por obra y gracia de la revolucion, callan por completo, ó ponen en boca de su Rey palabras ambíguas, tanto al inaugurar el parlamento, como al recibir al delegado inglés, lord Salisbury, que, antes de partir para la conferencia de Constantinopla, estuvo en París, Berlin, Viena y Roma, para conocer la actitud de los respectivos gobiernos.

19. Por lo que toca á Rumanía y Grecia, las dos, Grecia sobre todo, parecen inclinadas á seguir la accion de Rusia. Rumanía ha hecho protestas de neutralidad; pero el ministro de negocios extranjeros, interpelado en la Cámara, habló en términos muy laudatorios del Czar, considerándole el *libertador de los cristianos de Oriente;* y al propio tiempo el gobierno de Bucharest pedia al del Sultan garantías equivalentes á una absoluta independencia. Grecia, agitada por las intrigas eslavas, afectando grandes temores por una colonia de circasianos en Tesalia, proponia llamar á las armas 200.000 hombres, precisamente cuando se firmaba el armisticio de Octubre entre Turquía y Servia; y el Rey Jorge, que estaba en San Petersburgo, volvió precipitadamente á Atenas, para estar pronto á lo que pudiera ocurrir. Con esto coincidió una gran agitacion en la isla de Creta (Candía), agitacion que ha ido en aumento, pues, como dicen recientes telégramas, los soldados turcos encargados de recaudar los tributos, han sido recibidos á tiros en algunas partes.

20. Inglaterra y Rusia prosiguen en tanto sus preparativos militares, diciendo que quieren la paz, pero dando á entender que no temen la guerra. Pocos dias despues de la entrevista que tuvo en Livadia el embajador inglés con el Czar, este, que dió á lord Loftus muy buenas palabras, protestando de sus intenciones pacíficas, recibia en Moscow, centro del panslavismo, á la nobleza y al municipio, y les decia, despues de retirar sus protestas pacíficas: «Si no se efectúa el deseado acuerdo entre las Potencias, y si veo que no obtenemos *garantías reales* para la ejecucion de la que tenemos derecho á exigir á la Puerta, tengo la firme intencion *de obrar por mí solo*, y estoy seguro de que, en tal caso, Rusia entera responderá á un llamamiento, cuando yo lo juzgue necesario y lo reclame el honor del país.»

Estas palabras fueron consideradas como un grito de guerra contra Turquía, por ser de tal naturaleza las exigencias del Czar, que la Puerta no po-

dría aceptarlas. Pero, casi al mismo tiempo que el Czar, las pronunciaba en Moscow, Disraeli, ya lord conde de Beaconsfiel, jefe del gobierno inglés, fiándose poco de las protestas pacíficas hechas por el Czar á lord Loftus, y atendiendo á los hechos, decia (el 9 de Noviembre) en un banquete dado por el *Lord Maire* de Lóndres:

«Inglaterra no es potencia agresiva, porque no tiene nada que desear. Pero aunque su política sea de paz, no hay país mejor preparado que el nuestro para la guerra..... Si emprendiera la lucha por una causa justa (y no luchará jamás sino por una causa justa), por la libertad..... por su integridad, por su independencia..... no tendrá necesidad de examinar si tiene medios suficientes para *dos ó tres campañas*..... y emprenderá la guerra con resolucion de no deponer las armas hasta que se haga justicia.....»

Claro es que estas arrogantes palabras de Disraeli aumentaron la escitacion en Rusia, que ya antes habia concentrado dos ejércitos, uno en Besarabia, y otro en el Cáucaso, en las fronteras de Armenia; y entonces (el 13 de Noviembre) el príncipe Gortschakoff, ministro de Estado del Czar, dirigió un despacho circular á los embajadores de Rusia en Europa, anunciando que, siendo inútiles las prácticas de la diplomacia para obtener de la sublime Puerta garantías reales y eficaces en favor de los oprimidos cristianos de Oriente, el Czar habia ordenado la *movilizacion* de una parte de su ejército. Al decir esto Gortschakoff, seis cuerpos de ejército ruso, de 40.000 hombres cada uno, marchaban hácia el Pruth, al mando del gran duque Nicolás, hermano del Czar, que constituyó su cuartel general en Kischeneff, y todas las plazas y costas del mar Negro, encomendadas al general ruso Totleben, estaban en pleno estado de guerra, sembradas de torpedos y erizadas de cañones.

21. Así es como Inglaterra y Rusia se han manifestado al reunirse la conferencia de Constantinopla. En ambos paises hay, sin embargo, un partido enemigo de la guerra. En Inglaterra, los radicales, dirigidos por Gladstone, que ha desplegado la bandera de paz como arma de oposicion á Disraeli, y que se muestra adversario de Turquía; en Rusia, la prensa moderada, que teme la exaltacion del elemento eslavo, por creerlo perjudicial á las demás razas que pueblan aquel vasto imperio, y por considerar que, dando á la guerra el carácter de una cruzada eslavo-cismática, tendrian que emigrar en masa los habitantes de la pequeña Rusia, los Finlandeses, los idólatras de Siberia, y los musulmanes y hebreos de Levante.

LA ENSEÑANZA SUPERIOR

SEGUN LA BASE NOVENA DEL PROYECTO DE LEY DE INSTRUCCION PÚBLICA

Artículo I

Antes de terminar la primera legislatura de las actuales Córtes, el Gobierno presentó al Congreso de diputados un proyecto de ley, en cuyo primer artículo queda autorizado para formar y promulgar un nuevo plan de estudios, con arreglo á las bases generales que ya son conocidas del público. Este proyecto, si el Ministerio no le retira, como sería de desear, no podrá discutirse sino pasados algunos meses, durante los cuales hay tiempo para estudiar las bases que contiene, y examinarlas á la luz de principios más elevados ciertamente que ellas, y para que entiendan todos los que tengan voto en tan delicada materia, la norma á que deben ajustar sus juicios y conducta. Por lo pronto, uno de nuestros primeros publicistas católicos ha consagrado á tal exámen una interesante série de artículos, que en su dia formarán unidos un verdadero tratado clásico y completo, muy digno de ser consultado de todos los que aman sinceramente la verdad. Por nuestra parte, queremos tambien contribuir á ilustrar la presente materia segun la medida de nuestras fuerzas, aunque limitándonos por ahora, atendidas la variedad y trascendencia de las bases contenidas en el proyecto oficial, al exámen de una de ellas tan solamente, á la base novena, y aun dentro de esta base á los términos que formulan la índole de la enseñanza superior.

Los términos de la base á que nos referimos son los siguientes:

«La enseñanza superior será *puramente científica*. Deberá, *sin embargo*, guardar constantemente *respeto* al dogma y la moral de la Iglesia católica.»

¿Cuál es el verdadero sentido de esta base? Para llegar á penetrarlo debemos fijarnos lo primero en el carácter *puramente científico* de dicha enseñanza superior; y lo segundo, en el constante *respeto* que esa misma enseñanza debe guardar al dogma y la moral de la Iglesia.

Los autores de la base novena empiezan por declarar que la enseñanza superior será *puramente científica*. ¿Quiere decir esto, que entre los estudios superiores no ha de incluirse el Catecismo, ni aun el tratado de *vera religione*, que ya se suponen estudiados y conocidos por los alumnos en las clases de primeras letras y de segunda enseñanza, sino únicamente las materias de que respectivamente tratan las otras ciencias, inclusa la sagrada teología? Si este fuera el sentido de la base, nada tendríamos que oponer: una vez estudiada la religion en todas sus partes, hasta en los fundamentos y razones que demuestran su divinidad, bien pueden los jóvenes cultivar los estudios que comprenden las carreras respectivas que hayan elegido, sin necesidad de volver sobre doctrinas que ya se suponen conocidas. Pero mucho nos recelamos que la enseñanza *puramente científica* del proyecto de ley presentado por el Gobierno, encierre algun concepto hostil á la verdadera ciencia, cierto espíritu de independencia racionalista que en su dia puede acabar de corromper la enseñanza. Expongamos la razon de nuestro temor.

Una de las conquistas del espíritu moderno en la enseñanza pública, es el nombre de *ciencias* atribuido por

antonomasia á las Matemáticas, á la Física, á la Química, y en general á las diversas partes en que se descompone el estudio de la naturaleza sensible: todos estos estudios se contienen en la llamada *facultad de ciencias*, con exclusion de las que se refieren á los objetos del órden suprasensible, ¡como si el saber, en su concepto más sublime, las ciencias todas divinas y humanas pudiesen estar vinculadas ni representadas siquiera en las que más cerca se hallan de la tierra! No queremos decir con esto, que los autores de la espresada base quieran limitar á las ciencias exactas, físicas y naturales la enseñanza superior; antes por el contrario, estamos persuadidos á que la esfera en que se proponen dilatarla, comprende casi toda la enciclopédia del saber humano; pero dado el abuso cometido en los planes de estudio, de llamar *ciencias* solo á las que tienen por objeto el mundo externo y visible, ¿no hubiera sido razon emplear un término ménos profanado sin duda que la palabra *ciencia?*

Otros entienden debajo de este nombre los conceptos del saber que llaman *trascendental*, las ciencias todas reducidas á la unidad de un principio supremo, de donde se engendra á sus ojos toda clase de conocimientos científicos: para éstos la ciencia no tiene plural, es una, y por ella entienden el sistema creado *à priori* por el entendimiento humano con independencia absoluta de toda autoridad, y aun de toda regla objetiva de verdad. *La ciencia:* hé aquí la palabra con que expresa la filosofía moderna esa altiva pretension; dijeran más bien la torre de Babel que nosotros hemos construido idealmente con nuestro pensamiento, sacrílegamente deificado en los sistemas alemanes, y nadie podria padecer en este punto otra ilusion que la del orgullo.

Pero viniendo á nuestro propósito, ¿es este por ventura el sentido de la palabra *ciencia* en labios de los que han

tomado de ella su enseñanza *científica?* Mucho distamos de creerlo: entre los autores del proyecto no sabemos que haya ni un solo filósofo *trascendental*, y acaso no todos puedan cubrir sus personas bajo el manto de la filosofía sublunar. Con todo, de tanto repetirse el nombre de *ciencia* en el sentido de simple produccion del entendimiento humano, de pura obra de la razon emancipada de la autoridad divina, ha venido á perder su antiguo valor, y correr al modo de las monedas falsas, que primero las acuñan, como agudamente se ha dicho, los criminales, y luego pasan entre los hombres de bien.

Hubiera sido pues de desear que los autores de la base que nos ocupa, hubiesen formulado su pensamiento de un modo menos arrogante y fastuoso, esponiendo el carácter científico que pretenden imprimir á la enseñanza, con términos llanos y modestos, para evitar todo equívoco. Por otra parte, muchas de las materias comprendidas en los estudios universitarios distan mucho de merecer el nombre de *ciencia*. ¿Por ventura son verdaderas ciencias la simple historia, la geografía descriptiva, el conocimiento de las lenguas, la parte puramente empírica de la medicina, ni aun la misma jurisprudencia positiva en gran parte de sus disposiciones, contrarias á veces á los cánones de la ciencia del derecho? En general es científico todo conocimiento cierto y evidente de las cosas por medio de sus causas y razones, *cognitio rerum per causas* [1]: pero en tales materias y en otras análogas faltan algunas de estas propiedades, cuando no todas, y en este concepto no pueden hacer parte de la enseñanza científica, contra la mente misma de los autores de la base novena.

¿Por ventura se habrá puesto esa palabra para dar á

---

[1] Scientia est stabilis comprehensio per veras ac stabiles rationes deducens ad causæ cognitionem. CLEM. ALEX., *Strom.*, lib. VI, núm. 18.

entender que en los estudios superiores ha de dominar cierto espíritu de independencia científica, ó como dicen, la libertad de la ciencia y la del pensamiento que la engendra y constituye por sí mismo dentro de una esfera no iluminada por la fe? Mucho nos lo tememos, y en nuestro sentir esta es la razon de la alarma que ha producido en las conciencias católicas el nuevo proyecto de instruccion pública. Porque si es regla de interpretacion, que á las palabras del legislador debe dárseles algun sentido [1], no debiendo entenderse en una ley de instruccion pública la palabra *ciencia* en su sentido recto y ordinario, porque realmente gran número de los estudios universitarios no pueden en rigor ser llamados *científicos*, no nos parece del todo temerario entender dicho término en el sentido de independencia absoluta de toda enseñanza divina y sobrenatural. ¡Oh! cuando no hay cosa en el mundo moderno que no tienda á separarse de Dios, causa primera y fin último de todo lo que es y puede ser; cuando las artes, el derecho, la sociedad, el Estado y hasta la religion de ciertas cabezas fundan su triste gloria en proceder de la razon autónoma, ¿qué maravilla que las ciencias, en que directamente se ejercita la razon, se tengan á sí mismas por un poder independiente y soberano?

Como si estas consideraciones no fuesen bastantes para engendrar en el ánimo ese temor, los mismos autores de la base se han encargado de justificarlo espresamente. En efecto, despues de haber declarado que la enseñanza superior será puramente científica, dícennos, que «deberá, *sin embargo*, guardar constante *respeto* al dogma y á la moral de la Iglesia católica.» Note el lector la palabra *sin embargo*, que es adversativa, y espresa por consiguiente cierta restriccion del concepto absoluto de enseñanza científi-

[1] Verba cum effectu sunt accipienda. (L. 5. D. *ne quis eum qui in jus voc.*)

ca. Con que segun esto la ciencia pura no contiene dentro de sí la razon del respeto que debe á la religion, pues es menester exigírselo como una condicion que la obligue á rendir esta especie de obsequio contra lo que pide su misma naturaleza. ¿No es esto reconocer á la ciencia la autonomía que vindica á su favor no ya la pura enseñanza científica, sino el puro racionalismo? ¿Qué se diria de una base constitucional formulada en estos términos: «El Estado será pura institucion *política;* más *sin embargo* deberá respetar á la Iglesia?» La voz *política* significaria en esa cláusula una institucion, no ya solo distinta sino absolutamente *independiente* de la Iglesia, á quien deberia sin embargo respetar, sacrificando en cierto modo por razones estrínsecas alguna parte de su autonomía.

Todavía se puede declarar mejor el sabor racionalista de la espresada base, formulando su contraria en los términos que pide el concepto de la verdadera enseñanza científica. Un legislador digno de este nombre hubiera dicho: «La enseñanza superior será puramente científica, y *por consiguiente* se ajustará con entera fidelidad y sumision á la norma propuesta por la Iglesia.» En otros términos, la religiosidad es el carácter nobilísimo de la ciencia, *scientiæ religiositas*, como dice el sagrado testo [1]; timbre glorioso que ha recibido de aquel que se gloría con el nombre de señor de las ciencias, *scientiarum Dominus* [2]. El hombre, dijo Aristóteles con ser gentil, es un animal *religioso;* y asi todas sus obras y creaciones, inclusas las especulaciones de su mente, deben ser tambien religiosas para corresponder con su alta dignidad. Fuera de que ahora no tratamos del hombre como tal, ni de la ciencia adquirida entre las tinieblas del gentilismo: la base novena del proyecto

[1] Eccl. I, 11, 26.
[2] I Reg., 2. 3.

que nos ocupa, ha sido dictada para maestros y discípulos cristianos, á quien no es lícito olvidar que «toda la sabiduría viene del Señor Dios, y con él estuvo siempre y existe antes de los siglos [1].» Digámoslo todo con franqueza: la religion es madre de la ciencia. «El cetro de la ciencia, ha dicho admirablemente de Maistre, lo lleva Europa por haberlo recibido del cristianismo.» Puede asegurarse que desde el punto que la inteligencia deja de ser cristiana, y que las ciencias humanas renuncian á su filiacion divina, el nivel intelectual y científico desciende hasta la ignorancia de los bárbaros, más bajo aún, hasta las ignominias del absurdo y de la necia algaravía que lo espresa en algunas escuelas contemporáneas. Bien lo ha demostrado recientemente Monseñor Dupanloup al pedir y obtener la institucion de universidades libres en nombre no solo de los derechos de la religion, sino de los intereses de las mismas ciencias, cuyo nivel ha descendido en los últimos tiempos al compás de su orgullo en las escuelas oficiales.

Ahora bien, si la ciencia es esencialmente religiosa, la base del proyecto que obliga á la enseñanza, *sin embargo de* su carácter *científico*, á respetar el catolicismo, ó contiene un absurdo semejante al que cometeria el legislador que obligase á los hijos á respetar á sus padres *sin embargo* de haber recibido de ellos la vida y llevar impresa su imágen; ó tiene que entenderse en este sentido: que la ciencia es independiente de la religion; que para adquirirla, perfeccionarla y trasmitirla por el ministerio de la enseñanza, la razon humana no tiene necesidad de invocar ni seguir la luz de la fe. Examinando pues la nueva base, nos encontramos con el racionalismo condenado en el *Syllabus* y en las declaraciones del último concilio ecuménico [2].

[1] Omnis sapientia à Domino Deo est, et cum illo fuit semper et est ante ævum. (Eccli. I., 1.)

[2] He aquí los errores condenados en el *Syllabus*, el cual debe tenerse á la vista en todo proyecto de instruccion pública.



Acaso al llegar aquí, alguno de nuestros lectores observe contra la conclusion á que nos ha conducido el análisis de la base relativa á la enseñanza superior, que en ella se le impone el deber de respetar la fe y las costumbres, y que este respeto, cumplido religiosamente, repara por una parte el abuso de la palabra *ciencia*, que al menos sabe aquí á racionalismo, y de otra infunde en los ánimos honestos y católicos la esperanza cierta de que no serán corrompidos en las universidades y escuelas superiores, el pensamiento ni el corazon de los jóvenes. Pero si bien se mira, el mismo *respeto* que la base novena exige de la ciencia para la religion, es la confirmacion de nuestro juicio. Así lo probaremos en el artículo siguiente.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Prop. X. Cum aliud sit philosophus, aliud philosophia, ille jus et officium habet se submittendi auctoritati, quam veram ipse probaverit; at philosophia neque potest, neque debet ulli sese submittere auctoritati.—XIV. Philosophia tractanda est, nulla supernaturalis revelationis habita ratione.

Véase ahora lo que nos enseña la Iglesia en el concilio del Vaticano (*Constit. dogm. de fide cath.*, cap. IV): «Neque solum fides et ratio inter se dissidere nunquam possunt, sed opem quoque sibi mutuam ferunt cum recta ratio fidei fundamenta demonstret, ejusque lumine illustrata, rerum divinarum scientiam excolat; fides vero rationem ab erroribus liberet ac tueatur, eamque multiplice cognitione instruat. Quapropter tantum abest, ut Ecclesia humanarum artium et disciplinarum culturæ obsistat, ut hanc multis modis jubet atque promoveat. Non enim commoda ab iis ad hominum vita dimanantia aut ignorat aut despicit; fatetur imo, eas, quemadmodum a Deo, scientiarum Domino, protectæ sunt, ita si rite pertractentur, ad Deum, juvante ejus gratia, perducere. Nec sane ipsa vetat, ne hujusmodi disciplinæ in suo quæque ambitu prorsus utantur principiis et propia methodo; sed justam hanc libertatem agnoscens, id sedulo cavet, ne divinæ doctrinæ repugnando errores in se suscipiant, aut fines proprios transgressæ, ea, quæ sunt fidei, occupent et perturbent.

EL CISMA GRIEGO

I

Vuélvense hoy todos los ojos á Oriente, cuna del humano linaje, país de maravillosos recuerdos y venerandas tradiciones, donde el polvo de las ruinas recuerda al viajero que las mira, cuán efímeras son todas las grandezas puramente humanas. Pues lo que hoy atrae las miradas hácia Oriente, es la cuestion que lleva este nombre. Por nuestra parte, al fijar la vista en este tan temeroso problema, no podemos ménos de recordar el triste estado de la Iglesia griega, con tanto más motivo, cuanto es más desairado el papel que está haciendo en el teatro de los presentes altercados.

No se echa de ver en ella ciertamente aquel espíritu independiente y generoso, propio del catolicismo, que jamás transije con la iniquidad; aquella santa libertad de la Iglesia católica, que rige al mundo moral, sin temer á los poderosos de la tierra: el espectáculo que el cisma de Oriente nos ofrece, es el del esclavo que lame los piés de su señor. Bien se conoce por aquí, que esa rama desgajada del árbol del catolicismo no tiene sávia, que carece de espíritu y de vida, moviéndose, así en San Petersburgo como en Constantinopla, al viento del poder. Cuéntase que en el gran consejo turco celebrado para examinar las proposiciones dirigidas á la sublime Puerta por las potencias europeas, asistieron los jefes de la Iglesia griega de Turquía, manifestándose tan entusiastas y decididos en favor

de la guerra como los mismos musulmanes. ¡Triste situacion ciertamente, que forma doloroso contraste con el estado próspero y risueño en que se vió la Iglesia griega allá por los felices tiempos durante los cuales permaneció unida á la cátedra de San Pedro!

No es necesario estar uno muy versado en historia eclesiástica, para recordar que desde los primeros siglos de la Iglesia, la religion cristiana prosperó felizmente en Oriente. En él florecieron aquellas iglesias de Palestina, de Siria, de Egipto, de Mesopotamia, de donde salieron los misioneros que llevaron la semilla de la religion á Persia, á las faldas del Cáucaso, á la Arabia Petrea y á la Arabia Feliz, á Ceilan, Malabar, á la misma China. En Oriente floreció tambien la escuela de Alejandría, que hicieron célebre Clemente de este nombre, Pantino, Orígenes y tantos otros apologistas del cristianismo; la de Cesarea, donde se formó San Gregorio Taumaturgo; la de Antioquía, que tuvo la gloria de contar entre sus discípulos al poeta lírico San Efren de Siria, al popular San Cirilo de Jerusalén, al príncipe de los oradores San Juan Crisóstomo. En Oriente elevaron la literatura cristiana al último grado de esplendor el profundo y enérgico San Basilio, el insigne San Gregorio Nacianceno, el gran San Atanasio, y tantos otros cuyos nombres sería prolijo enumerar aquí. En Oriente se celebraron el Concilio de Nicea, que definió contra Arrio, que el Hijo de Dios es verdadero Dios, *engendrado de Dios*, de una sustancia igual á la del Padre (*consubstantialis*); el de Constantinopla, donde se definió contra Macedonio, que hay tres personas en Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; el de Efeso, donde se fijó la verdadera doctrina de la Iglesia acerca de la gracia y sus relaciones con la naturaleza humana; el de Calcedonia, que definió que en Cristo están las dos naturalezas divina y humana, sin confusion ni transmu-

tacion, division ni separacion con otros varios Concilios; así particulares como generales, que contribuyeron á fijar y hacer más precisa la doctrina de la Iglesia. En Oriente regaron la tierra con su sangre los primeros mártires, é ilustraron al mundo los primeros apologistas de la religion: allí germinaron los primeros institutos religiosos. Muchos siglos despues brillaron todavía en su seno sábios y santos esclarecidos; y misioneros griegos fueron los que convirtieron á pueblos tan importantes como los chazaros, búlgaros y rusos.

Hoy no queda, por desgracia, de todas estas grandezas, más que el recuerdo; y la Iglesia griega, semejante á las momias egipcias conservadas hasta nuestros dias, vive como en un sepulcro, sin dar muestra alguna de vida y energía. Y no es maravilla que así suceda, sino es antes lógico y natural. Fuera de la Iglesia católica *non datur salus:* no hay salvacion eterna para el que por su culpa vive en el cisma, la incredulidad ó la herejía. Hasta en el órden temporal nos demuestra la historia, que no hay salvacion para las sociedades que arrojan á Dios de su seno, ni para las Iglesias separadas del centro de unidad. Este hecho evidente es una de las razones que prueban la divinidad de la Iglesia.

Muchas son las Iglesias cismáticas: la Iglesia cismática de Turquía, la Iglesia cismática de Rusia, la Iglesia cismática de Grecia; muchas las Iglesias protestantes, la Iglesia episcopal de Inglaterra, la Iglesia presbiteriana de Escocia, la Iglesia calvinista de Holanda, la Iglesia evangélica de Prusia. Existen además otras sectas, en tan gran variedad, que no pueden reducirse á número; solo la Iglesia es una, santa, católica, apostólica; solo ella vive y ejercita sobre las almas verdadero ascendiente; solo ella reina en el universo. Las sectas se agitan en el vacío, y no producen sino frutos de muerte; pues no es posible que

vivan los miembros, separados de la cabeza que los mueve y dirige.

Jesucristo instituyó su Iglesia á manera de rebaño, custodiada por un supremo pastor; y las sectas abandonaron su redil, estraviadas por entre las malezas y sinuosidades del error. Jesucristo fundó su Iglesia á la manera de un reino gobernado por un soberano; y las sectas se rebelaron contra este soberano espiritual, y viven en la anarquía y el desórden. En una palabra, la Iglesia está donde está Pedro [1]; y las sectas se separaron de él, y así abandonaron el centro de unidad, de fuerza, de vigor, de grandeza, para precipitarse en el abismo de todos los errores y de todas las contradicciones.

Cierto que las Iglesias cismáticas griegas conservan todavía alguna apariencia de cohesion, por varias causas que no hay necesidad de referir, una de las cuales es la misma ignorancia en que viven; pero de todos modos, su estado es tristísimo y espantosa su corrupcion. Vamos á verlo, si bien antes nos parece oportuno referir el orígen del cisma griego, y sus varias vicisitudes hasta la época presente.

Segun observa atinadamente de Maistre, puede decirse que la Iglesia griega llevó en su seno desde su orígen cierta semilla de division, que aunque no se desarrolló por completo, sino al cabo de doce siglos, pero ha existido siempre bajo formas ménos absolutas, ménos decisivas. Recuerda á este propósito aquel ilustre escritor, que hasta San Basilio habla en alguna parte de sus obras del *orgullo occidental;* lo cual prueba que nada absolutamente, ni aun la santidad, hubo de extinguir del todo el estado natural de guerra que dividia los dos Estados y las dos Iglesias, estado

---

[1] SAN AMBROSIO, *in Psalm*. LX, núm. 80, col. 379.



que nacia de la política y venia durando desde los dias de Constantino [1].

La fundacion de Constantinopla, cuya ciudad fué desde sus primeros tiempos rival de la antigua capital del imperio; la division del imperio romano en dos grandes mitades, y los diversos intereses de ambos imperios, contribuyeron á ahondar las divisiones entre la Iglesia griega y la latina. Hay tambien que tener en cuenta la diversidad de lenguas y de costumbres; el carácter de los griegos, tan dado á vanas sutilezas, en pugna con el carácter práctico de los latinos; la fundacion del gran imperio occidental, apoyado por el romano Pontífice; y la lucha entablada entre Oriente y Occidente desde hace tantos siglos. Dice además el P. Gagarin, de la Compañía de Jesús, que si el brillo y la gloria de la antigua Iglesia de las Galias pudo deslumbrar á algunos de sus hijos hasta el punto de hacerles perder de vista las bellas proporciones de la Iglesia universal, con más razon se concibe una ilusion de este género en los hijos de la Iglesia griega, la cual produjo varones tan eminentes como los Atanasios, los Cirilos, los Crisóstomos, los Basilios y otros muchos que hoy mismo son gloria y ornamento de la Iglesia católica. Y añade el mismo escritor: «De este modo se explica que alucinados por »la admiracion y el amor que les inspiraba la Iglesia par»ticular á que pertenecian, no hubieran podido preca»verse bastante los griegos contra las sugestiones del or»gullo nacional. Al mismo tiempo los juristas de Constan»tinopla, extraviados por los principios de una legislacion »todavía pagana, no sabian determinar con bastante pre»cision los límites de las dos potestades, ni discernir las »atribuciones del Obispo exterior de las del Obispo inte»rior. Bajo el influjo de estas circunstancias comenzó á

[1] De Maistre, *del Papa*, libro III, cap. VII.

»manifestarse poco á poco una tendencia peligrosísima para »la unidad y la independencia de la Iglesia.

»Los negocios de la Iglesia se identificaban allí con »los del Estado, y se procuraba centralizar el gobierno de »la Iglesia de Oriente en la capital de su imperio. La Igle»sia griega se hacia, pues, más y más nacional, y en la »misma proporcion se aislaba de la Iglesia universal y ca»tólica: toda la autoridad eclesiástica se iba concentrando »en el Obispo de Constantinopla, para quedar él mismo »sujeto á las influencias del poder temporal [1].» Como no hay unidad de Iglesia sin unidad de fé, ni unidad de fé sin un jefe supremo [2], así no puede concebirse la independencia de la Iglesia sin la unidad, ni la unidad sin la independencia. No es, pues, extraño que la Iglesia griega, conforme se iba separando del centro de unidad, fuese cayendo en la abominable dependencia de aquellos tiranos del Bajo Imperio, tan corrompidos é insensatos como los tiranos de los más tristes tiempos de la decadencia de Roma. Y esta corrupcion es otra de las causas que originaron el cisma nefando que hoy todavía desgarra las entrañas de la Iglesia. Afirma de Maistre, que Bizancio parece inclinarnos á creer que tienen razon los que dicen, que los climas y las exhalaciones particulares de ciertas tierras influyen de un modo uniforme en el carácter de los habitantes, pues la soberanía romana, desde que asentó su trono en aquel pueblo, movida por no sé qué influencia mágica, perdió la razon para no volver á recobrarla jamás. Es ciertamente horrible la situacion á que llegó Bizancio, gobernada por eunucos y mujerzuelas, agitada por perennes revoluciones, entretenida en discutir las más necias frivolidades, mientras los mahometanos llegaban triunfantes

---

[1] *¿Será Rusia católica?* Cap. II, pág. 36.
[2] S. Thom. *Adversus gentes,* libro IV, cap. 76.

hasta los muros de Constantinopla. Si, pues, la providencia de Dios convirtió en instrumentos de su justicia aquellos bárbaros del Norte que se arrojaron sobre Roma, como el milano sobre la codiciada presa, sorprendiendo á los afeminados patricios en medio de escandalosas orgías é inmundos placeres, bien se puede asimismo pensar que el mismo Señor en sus misteriosos designios, permitió que el islamismo cayese como nube de fuego sobre aquellos pueblos de Oriente que convertian la religion en enmarañada y absurda metafísica, y la moral en vano juego de palabras. Quizás el predominio del islamismo fué un mal menor que el predominio de aquellos orientales que, como dice de Maistre, «armados de una dialéctica insensata, »quieren dividir lo que es indivisible, y penetrar lo que »es impenetrable; que en vez de creer, disputan; en vez »de orar, arguyen.» Decia el Papa San Gregorio II al emperador de Constantinopla: «¡Cosa extraña! Los bárbaros »de Occidente, que tienen puestos los ojos en nuestra hu»mildad, se suavizan y hacen humanos, mientras vosotros, »que nos haceis la guerra, os convertís en bárbaros.» Lo que el Papa decia de los griegos en el siglo VIII, lo confirmó el mismo Voltaire en el siglo XVIII. Hé aquí el cuadro que este escritor impío traza del imperio de Constantinopla en los siglos IX y VIII: «Si las fronteras del imperio griego estaban siempre estrechadas y desoladas, la capital era teatro de revoluciones y de crímenes. Una mezcla del artificio de los griegos y de la ferocidad de los tracios, formaba el carácter que reinaba en la córte. En efecto, ¿qué espectáculo nos ofrece Constantinopla? Mauricio y sus cinco hijos asesinados; Focas muerto en premio de sus homicidios y sus incestos; Constantino envenenado por la emperatriz Martina, á la que arrancan la lengua, mientras le cortan la nariz á su hijo Heracleonas; Constante, que hace degollar á su hermano; Constante, ahogado en

un baño por sus criados; Constantino Pogonato, que hace arrancar los ojos á sus dos hermanos; Justiniano II, hijo de este, próximo á hacer en Constantinopla lo que Teodosio hizo en Tesalónica, sorprendido, mutilado y encadenado por Leoncio en el momento en que iba á mandar degollar á los principales ciudadanos; Leoncio tratado bien pronto de la misma manera que habia tratado á Justiniano II; este Justiniano, restablecido en el trono, haciendo correr á su vista en la plaza pública la sangre de sus enemigos, y pereciendo al fin á manos del verdugo; Felipe Bardano, destronado y condenado á perder los ojos; Leon Isáurico y Constantino Coprónimo, muertos, á la verdad, en su lecho, pero despues de un reinado sanguinario, tan desgraciado para el príncipe como para los súbditos; la emperatriz Irene, la primera mujer que subió al trono de los Césares y la primera que hizo matar á su hijo para reinar; Nicéforo, su sucesor, aborrecido de sus súbditos, hecho prisionero por los búlgaros, degollado, sirviendo de pasto á las bestias, en tanto que su cráneo servia de copa al vencedor; en fin, Miguel Curapalato, contemporáneo de Carlo-Magno, confinado en un cláustro, y muriendo así ménos duramente, pero no con más gloria que sus predecesores. De esta suerte estuvo gobernado el imperio durante trescientos años. ¿Qué historia de ladrones oscuros castigados en una plaza pública por sus crímenes, es más horrible y más asquerosa?» [1] Observa Rhorbacher [2], de cuya historia eclesiástica tomamos la cita anterior, que si los mahometanos ó los emperadores griegos de Bizancio llegaran á ser los dueños del mundo, se hallaria este en el estado en que hoy se halla Africa ó Constantinopla, metrópoli de la division religiosa, metrópoli del imperio anti-cristiano, me-

---

[1] *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, cap. 26.

[2] *Histoire de l'Eglise catholique*, livre cinquante deuxième, pág. 36.

trópoli del despotismo y la esclavitud. A la Iglesia católica le cabe la gloria de haber libertado al mundo de semejante ignominia.

Otra de las causas que contribuyeron á separar el Oriente del Occidente, fué la herejía de los iconoclastas, que comenzó en 726, y no terminó hasta 842, convirtiéndose en una guerra cruel y encarnizada. Patrocinada la herejía por emperadores insensatos, por obispos venales, por grandes corrompidos, los católicos que permanecieron firmes en la fé, sufrieron en Oriente y Occidente los más horribles tormentos que imaginarse pueden. Cuenta Rohbacher, que Constantino Coprónimo, no contento con las crueldades que hacia cometer en la ciudad y en las provincias, quiso presidir los suplicios y ver correr él mismo la sangre. Hizo levantar un estrado en la basílica de San Mamas, á las puertas de Constantinopla. Rodeado allí de verdugos, en medio de la pompa imperial, hacia llevar los católicos prisioneros, y cuando él llegaba, todo se ponia en movimiento para atormentarlos: unos eran azotados, á otros les arrancaban los ojos y la lengua; á algunos les cortaban los piés y las manos: horrible y desolador espectáculo, grato, sin embargo, para el emperador y sus cortesanos. Y como prueba del estado de degradacion á que habian llegado los griegos, no queremos pasar en silencio el retrato que de dicho emperador hacen los historiadores. Era Constantino Coprónimo apasionado por los caballos, y como sus gustos eran tan depravados como sus costumbres, no hallaba perfume más agradable que el estiércol y la orina de caballo, y con esta se hacia frotar diariamente. Entregado á los más viles placeres, castigado durante su vida con enfermedades vergonzosas, con úlceras que le hicieron perder muchos de sus miembros; turbado sin cesar por espantoso terror que le quitaba el sueño; brutal con sus criados, cuyas carnes desgarraba á latigazos; no ménos inhu-

mano que injusto, hacia traer á su vista los miembros todavía ensangrentados de los mártires; enemigo, en fin, de Dios y de los hombres [1], fué ejemplo elocuentísimo del extremo á que puede llegar la perversidad humana, y del castigo que Dios puede enviar á un pueblo cuando, olvidado de la ley divina, se entrega á espantosos desórdenes. Por desgracia los Obispos orientales, coetáneos del emperador, no eran mejores que él. Reunidos 338 en Constantinopla, fueron tan serviles y cobardes, que proscribieron, bajo las penas más severas, toda clase de imágenes, y condenaron para mayor deshonra suya, á Germano, antiguo Patriarca de Constantinopla, á Gregorio de Chipre y al ilustre Juan Damasceno.

Coprónimo llevó hasta el Occidente la persecucion contra las imágenes; pero los Papas defendieron enérgicamente la doctrina católica. Reunióse en Roma el año 732 un Concilio numeroso, que presidió Gregorio III, y en él fueron excomulgados los que se atreviesen á destruirlas. El ódio del pueblo contra el emperador estalló luego con mayor fuerza, por haberle este gravado con nuevos tributos [2].

Examinadas todas estas causas, que contribuyeron á separar la Iglesia griega de la Iglesia latina, no es difícil entender cuán preparado estaba el terreno para la excision definitiva. Las antipatías nacionales, la diversidad de lengüas, la corrupcion de los griegos, la herejía de los iconoclastas, el caracter de los orientales, tan diferente del de los latinos, habian sembrado tales gérmenes de desunion, que el dia en que un hombre audaz se aprovechase de ellos, no podrian ménos de producir frutos de muerte, si el Señor en sus misteriosos designios así lo permitia. Y

---

[1] ROHRBACHER, *Histoire de l'Eglise catholique*, livre cinquante deuxième, pág. 121.
[2] ALZOG, *Historia universal de la Iglesia*, tomo 2.º, pág. 267.

el Señor lo permitió, ya quizás para castigar la corrupcion griega, ya para mostrar á las generaciones venideras el triste estado de una Iglesia separada del centro de unidad, ó acaso tambien para maravillar un dia al humano linaje con alguna obra de su bondad y misericordia. El caso fué que el eunuco Focio, recogiendo los gérmenes de desunion sembrados en la Iglesia griega, y arrojándolos á los cuatro vientos, creó el horrible cisma, que todavía dura. Cierto que á Focio le sirvieron á maravilla las circunstancias; más es innegable que era el hombre más á propósito para aprovecharse de ellas.

Hijo del patricio Sergio, sobrino del patriarca Tarisio, y de Irene, hermana de la emperatriz Teodora, ejercia cargos elevadísimos en la córte, entre otros el de primer secretario del emperador. Su inteligencia, que era notable, hallábase muy cultivada, pues las grandes riquezas que poseia, le permitian comprar toda suerte de libros, en que estudiaba con afan por amor á la gloria. Sabia la gramática, la retórica, la poética, la filosofía, la medicina, y todas las ciencias profanas; tambien habia estudiado algo las ciencias eclesiásticas; más por desgracia era un hipócrita consumado, hablaba como un santo, en cuyos labios parecia rebosar la bondad del corazon, pero abrigaba en el suyo todos los ódios y todas las maldades [1]. Asemejábase á esos conservadores de nuestros dias, muy instruidos, muy corteses, muy amables, que al parecer aman mucho el catolicismo, pero que en realidad le detestan cordialmente, y le hacen una guerra, tanto más cruel cuanto es más solapada y artera.

URBANO FERREIROA.

---

[1] ROHRBACHER, *Histoire universelle de L'Eglise Catholique*, libre cinquante septième, página 117. FLEURY, *Histoire ecclésiastique*, libre cinquantene, pág. 5.



JEHOVA

ó

EL TETRAGRAMATON DE LOS HEBREOS

I

Dicen los filósofos con gran razon que los nombres de las cosas significan, ó deben significar el sér, la fuerza, la virtud y la naturaleza de los objetos que los llevan. De suerte que el nombre, cuando está puesto con cabal y perfecta maestría, define y da á conocer la cosa con una sola palabra, mejor que cuanto despues quisiéramos decir de ella con muchas. Los objetos finitos son los únicos que pueden tener nombre impuesto por el entendimiento humano. Y á la verdad, no pudiendo el hombre con su mente limitada comprender á la divinidad, que es sér infinito, es imposible que alcance á nombrarla adecuadamente; lo más que puede hacer es llamarla é invocarla con nombres que correspondan más ó menos á los efectos de la infinita causa de cuanto tiene vida y sér. Por eso la Escritura santa dice que Adan puso nombre propio y cabal á todos los séres; pero se guarda muy bien de indicar siquiera que diese nombre al *Sér por esencia*, que es mar sin playas, esfera sin circunferencia y vida sin fin. El mismo Dios por consiguiente, y sólo él, podia darse apellido justo y adecuado.

Sobre el sacrosanto nombre de *Jehova* ha dicho y descubierto la filología sagrada grandes misterios á cuantos se consagran al estudio de las ciencias religiosas. Mucho se discurre y diserta acerca de la etimología, significacion, valor literal, pronunciacion, orígen y vocales primi-

tivas del *Tetragramaton* hebreo; pero si hemos de declarar ingenuamente nuestro parecer, el estudio verdadero, noble y formal qne de tan misterioso nombre debe hacerse, ha de ser desde el punto de vista *teosófico.* Así lo comprendieron y practicaron los sábios orientalistas cristianos, y al frente de ellos el bibliotecario de honor de la Propaganda romana, el incomparable Drach, y aun antes, el inmortal José de Voisin y tantos otros ilustres defensores de la verdadera ciencia semítico-oriental.

Si hemos de atenernos á obras incontestables y profundas *(De l' harmonie entre l' Eglise et la Synagogue,* y el *Pugio Fidei),* y á deducciones importantísimas que se han hecho en nuestros dias, la vieja sinagoga hebrea poseia en el adorable *Tetragramaton* la cifra y el compendio de las verdades fundamentales de la redencion mesiánica que esperaba con vehemente deseo é inquebrantable fé. Consultando cuidadosamente los más antiguos documentos de aquel religioso cuerpo, hasta los dias de nuestra redencion puro y no bastardeado, veremos que el pueblo hebreo esperaba desde un principio el advenimiento más ó menos próximo del Mesías deseado, siendo de notar que se le esperaba en general como salvador, reparador, *persona divina* reconciliadora del Criador y la criatura, generacion soberana y eterna del *primer principio divino,* verbo increado hecho hombre por obra de una *tercer persona,* la cual procede de las dos primeras.

Generacion eterna; Procesion sin principio; Encarnacion en el tiempo: tal es la fé que los patriarcas recibieron de lo alto, y los gérmenes divino-doctrinales que oralmente comunicaron á sus descendientes. En ninguna parte nos dice el Evangelio que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, haya *revelado* á los judíos el dogma de la Trinidad beatísima. El Soberano Doctor y Maestro de los hombres habló desde luego, sin exordios ni explicaciones, del Padre, del

Hijo y del Paracleto, como punto doctrinal sabido y conocido en la sinagoga y pueblo hebráico, confirmando así y llenando de luz celestial con su divina autoridad tan antiquísima y sublime teología. Verdad es esta anunciada de cien maneras en casi todos los sagrados libros del Antiguo Testamento y en cada una de las tradiciones del pueblo de Israel[1].

No cabe duda, pues, que las dos grandes verdades, la Trinidad de Dios y la Encarnacion, fundamento esencialísimo de la religion católica, se remontan á través de los siglos hasta la misma cuna del género humano. Más importa advertir y tener muy en cuenta que ni la Sinagoga, ni la ciencia de los antiguos israelitas adivinó tan celestial enseñanza en las disquisiciones y análisis gramaticales del nombre inefable *Jehova*. Tampoco la pudo encontrar en la apreciacion más ó ménos sutil é ingeniosa de las vocales, ni en la configuracion de los caracteres que lo constituyen. Tan sublimes conocimientos no proceden de la tierra, sino del cielo: el manantial augusto de donde nacieron se llama *revelacion divina*.

El dia en que el hombre caido y pecador oyó por vez primera pronunciar el nombre de un Reparador sobrenatural, de bendecida semilla, del hijo *de la mujer*, en ese feliz momento quedaron sembradas en la tierra espiritual del entendimiento humano las verdades augustísimas que mitigaron el inmenso dolor de nuestros primeros padres, desterrados del paraiso de delicias, patria exclusiva de la inocencia.

Tan consoladora promesa, la cual envolvia en sí la unidad de la esencia Divina, de la Trinidad de personas y de la Encarnacion del Verbo, fué renovada y aclarada en muy solemnes ocasiones á los patriarcas del pueblo santo, esco-

---

[1] *De la pronunciacion del Tetragramaton de los hebreos*, por el caballero DRACH.

gido entre todas las familias de la tierra para ser el depositario de tan riquísimos tesoros. Y así vemos, que Israel es la única nacion que se levanta en medio de las tinieblas corruptoras del humano linaje, para servir de luminaria y faro celestial á los demás pueblos extraviados del recto sendero del Mesías. Los profetas, ilustrados por el Espíritu de Dios, anuncian á los pueblos que la palabra de vida, la ley del Señor, habia de traspasar los linderos y fronteras de Judá, y desparramarse como rio desbordado sobre las regiones todas del mundo.

Por eso, en consonancia con este pensamiento, nos dice Isaías, el profeta evangelista anterior al Evangelio: «y sucederá que en la plenitud de los tiempos será confirmado el monte de *Jehova* como cabeza de las demás montañas, y será ensalzado sobre los collados, y correrán á él en tropel todas las gentes. Y vendrán muchos pueblos y dirán: «Venid y subamos al monte de Jehova, á la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos y marcharemos por sus senderos. Porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Jehova[1].»

El Mesías, por consiguiente, como persona divina, vestida de nuestra mortalidad, hombre verdadero sin dejar de ser Dios, supone ya en los tiempos de la ley antigua un cuerpo completo de doctrina, que forma la esencia del catolicismo: por lo mismo se ha de decir, con justicia y con verdad que la Religion católica nació en el dia de la promesa paradisiaca, para no acabar hasta la consumacion de los siglos.

Ahora bien; ese depósito de doctrina mesiánica se halla contenido en el adorable nombre de *Jehova;* no tanto por rigurosa y natural significacion de los caractéres escritos y materiales, cuanto como apoyo, recuerdo y auxilio de

---

[1] Isai, II, 2, 3.

la memoria. Así á lo ménos se dejan vislumbrar estos puntos cuando consideramos atentamente la conducta general de la sinagoga en órden á todas y cada una de las tradiciones que constituian el conjunto de la ley oral.

Con efecto; para los Padres y Pontífices del antiguo Testamento, la ley escrita era *simple apoyo y auxilio* de la enseñanza tradicional. En prueba de ello hemos de copiar aquí un pasaje que Isaac Abuhab colocó á la cabeza de su célebre *Menorat Hammaor*, que es libro harto popular y celebrado entre la gente israelita. Despues de aclarar cumplidamente el orígen y los modos de trasmitir la tradicion sagrada, continúa asi: «Por más que los antiguos conociesen tradicionalmente las maneras y caminos de observar las prescripciones y mandatos de la ley escrita, ponian, sin embargo, sumo empeño y cuidado en probar lo que enseñaban las interpretaciones orales; unas veces por la letra del texto; otras por los trece razonamientos, ó maneras de argüir; y tambien pronunciando el aforismo comun: *El texto es mero apoyo.* La misma idea sostiene y manifiesta el célebre *Maimónides* en su libro intitulado *Moré-Nebuhhim,* al indicar el método que ha de seguirse en el estudio de la ley del Señor; pues dice que se debe empezar adquiriendo su verdadero conocimiento *por la tradicion.*

De estas breves consideraciones generales, que han de servir como de introduccion á este escrito, podemos deducir que hay dos caminos para estudiar el sacratísimo nombre de Jehova: el uno discurriendo por las sendas y principios de la filología; y el otro escudriñando y descubriendo teológica y tradicionalmente el tesoro de verdad y de doctrina que encierra en sí misma tan divina palabra. Para proceder con método riguroso en nuestras investigaciones, empezaremos tan interesante trabajo estudiando gramaticalmente el *tetragramaton* santo. Despues apuntaremos algo

de lo mucho que se ha escrito en el sentido teosófico sobre la misma palabra tres veces santa.

II

Jehová es el nombre propio de la Divinidad: la índole del celestial vocablo es hebrea pura: nace de la raiz *javah* (spiravit, vixit). Este verbo es antiguo y poco usado en la forma *kal:* en su lugar anda más en boca de todos y en plumas judáicas la raiz *jayah* (fuit, ser [1]): pues equivale y suple perfectamente en su significacion al anticuado *javah*. Los griegos comprendieron el mismo nombre bajo la célebre palabra *Yao;* y *Yabé*, Dios, el Sér Supremo, el Dios de los hebreos. *Yahyah* llamaron las gentes siriacas á *Aquel que es*. En lugar del *yao* griego aparece en no pocos autores la palabra *yaou*, *yahou*, que viene á ser el *yahu* (Dios él), propio de la lengua hebrea, usado por Moisés. En la China, á lo ménos entre los judíos de aquel país, reconócese el *tetragramaton* hebreo con la palabra *Hotoi*, que es el mismo término *Yehova*, como se evidencia en el siguiente análisis de las sílabas que lo constituyen.

Téngase ante todo muy presente, que así los judíos chinos como los del Norte de Europa y la gente de la Siria oriental, pronuncian el *kametz*, haciéndole sonar *O;* mientras que los europeos le dan generalmente el sonido de *A:* así, los primeros leen la palabra (bara) *boró*, los segundos *bará-creó*. Pues bien; la primera sílaba de *Yehova* se lee en China *i*, como en el síriaco *ya* y *ye:* se sustituye la *v* con la *d;* y como esta última letra *d*, suena en el idioma chino como *t*, resulta la lectura del *tetragramaton*, *yehot*, y vulgarmente *Hotoi* ó *Yotoi*.

---

[1] De la palabra *Javah* sale el nombre *Eva*, vida, madre de los hombres.

Pero volvamos al orígen de tan adorable nombre. De los libros inspirados del antiguo Testamento resulta claro que la palabra *Yehova* es originaria del cielo: la primera vez que la oyó el hombre fué pronunciada por la lengua inefable del mismo Dios. Cuando apacentaba Moisés los rebaños del sacerdote de Madian, pasó con las ovejas á Horeb, monte de Dios, en donde llamado del Señor, respondió: «Héme aquí.»—«No te acerques, le dijo Dios, quita el calzado de tus piés, porque santa es la tierra que pisas: yo soy el Dios de tus padres Abraham, Isaac y Jacob.» Entonces Moisés, cubriéndose el rostro, á causa de gran temor, escuchó estremecido el mandamiento del Señor, que le enviaba á Egipto para sacar de la esclavitud faraónica á los hijos de Israel.

A vista de los estupendos milagros con que era sellada la verdad divina, Moisés se atrevió á preguntar al Señor, diciendo: «Si ellos, los hijos de Israel, me preguntaren cuál es el nombre de quien me envia, ¿qué les responderé?» Y contestó Dios á Moisés: «*Yo soy El que soy:* así dirás á los hijos de Israel: *Yo soy*, me ha enviado á vosotros..... *Jehova*, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob..... Este es mi nombre para siempre, y mi memorial por todos los siglos.» En tan sublimes palabras nos enseña el sagrado libro del Exodo (cap. III), que el mismo Criador de todas las cosas visibles é invisibles, fué quien, revelándose ya personal y más determinadamente á los hombres, nos enseñó su nombre en el augustísimo *tetragramaton*, *Jehova*.

Nótese bien, que hasta la solemne y sorprendente escena del monte Horeb, no habia anunciado el cielo á los mortales el nuevo y exactísimo apellido de la Divinidad. Así, á lo menos, se viene á comprender, leyendo con cuidado las palabras del tercer versículo del Exodo en el capítulo sesto,

cuyo testo hebreo, y en el fondo la Vulgata, dicen: «Y aparecí á Abraham, á Isaac y á Jacob como *El* (Dios) *Schadai* (Omnipotente); más en mi nombre *Jehova*, no me revelé á ellos.» En efecto, *El* ó *Elohim*, Dios omnipotente, era la palabra con que se designaba el Sér por esencia, Criador del universo, entre las generaciones anteriores á Moisés. Hebreos y paganos poseian en comun el término *Elohim*, para significar al Supremo Señor de todas las cosas. Era nombre que les indicaba una designacion general de Dios, el Sér fuerte, la fuerza, la virtud magna, el Señor muy poderoso.

Por el contrario, pasando ya al significado del *Tetragramaton* hebreo, la palabra *Jehova*, indica el mismo Sér Supremo y Omnipotente *Elohim*; pero de una manera más precisa y determinada. *Jahu* ó *Jehova*, como derivacion de la palabra hebrea *javah*, significa Sér; pero teniendo presentes las esplicaciones que el Señor, la *Sabiduría*, ó *el Angel de Jehova*, da al sagrado pastor de los rebaños de Jetro, deducimos fácilmente que con tan augusto nombre se manifiesta al género humano el Sér vivo, el Sér persona, el único Sér que es por escelencia, *el Ehyeh ó el Soy quien Soy*, *el Hihyeh*, ó antiguo *Yahweh*, el *Él Es* [1], Tales vienen á ser los significados que en rigor filológico y puramente gramatical, contiene en sí el nombre de *Jehova*. Mas adelante habremos de estudiar la misma palabra desde el punto de vista teológico, y entonces haremos notar con razones terminantes, que con el *Tetragramaton*, que vamos estudiando, aparecen señalados grandes misterios y dogmas católicos.

Recordemos tambien aquí, y nos servirá en el discurso de este escrito, que el santo nombre de *Jehova* aparece in-

---

[1] Haneber: Geschichte der biblischen Offenbarung dritte auflage: pag. 72. (sendung Moses).



dicado en el Antiguo Testamento bajo las formas de *yeho*, *yo*, *yah*, *yahu:* la mayor parte de las veces se hallan estas palabras en composicion, formando nombres propios de personas y de cosas; pero siempre revelando que son el mismo término *Jehova*, entrecortado y en abreviatura. Unas veces vemos esas mismas formas al principio, y otras al fin, ya de nombres sustantivos, ya de verbos, principalmente en los tiempos futuros. Entre los primeros podemos apuntar *yoel* (Joel)=*Jehova* es Dios: *yoab* (Johab)=*Jehova* es padre: *yotam* (Joatan)=*Jehova* es perfecto: como ejemplos del *yah* al fin, sirvan los siguientes: *haleluyah*,=alabad á Dios: *adoniyahu* (Adonías)=Señor es Dios: *malkiya* (Malaquías)= rey es Dios: con verbos: *yamelek* (Jamelec)=*Jehová* le hace reinar: *yafelet*=Dios le salva, con otros mil que pudiéramos citar.

III

Pero mucho más tenemos que apuntar, escudriñando el augusto nombre de *Jehova*, y analizando gramaticalmente cada una de sus sílabas, sin salirnos jamás del valor y fuerza natural que en sí mismos tienen los vocablos hebreos. Diez nombres por lo menos usa el Antiguo Testamento para llamar á Dios; pero casi todos ellos significan la virtud y fuerza de sus divinos atributos: solo *Jehova* es el que nos hace entrever como en enigma y por espejo, la misma Divinidad y su inefable y eterno Sér.

En efecto, la palabra *Jehova* encierra en sí los tres tiempos del verbo hebreo, de donde se deriva; lo pasado, lo presente y lo futuro, y por consiguiente aquella eternidad *à parte ante* y *à parte post*, que solamente se encuentra en Dios. El *yod* inicial del sacro nombre con la correspondiente vocal *scheva*, es el prefijo constante y característico del futuro *ihveh*=será, en lugar del *ihyeh*=será, que

usamos en nuestros dias. El Jólem, colocado sobre la primera letra radical, es propia del participio de presente *jovéh*,=el que es, ó está siendo. Finalmente, el *kametz*, que aparece bajo la segunda radical, seguida de la tercera quiescente y muda, pertenece por naturaleza y condicion de la lengua hebrea, al pretérito *javah* ó *jayah* actual=*era, fué, ha sido* [1]. El presente, pretérito y futuro, abrazan todos los tiempos, ó mejor dicho, significan la eternidad, que se halla solo en Dios; porque como dice San Agustin, en Dios no hay tiempo, puesto que nada le falta [2].

Si alguno cree ó sospecha que el precedente análisis del santo nombre es infundado ó caprichoso, le diremos ante todo, que no conoce bien la índole y naturaleza de la lengua sagrada. Le aconsejaremos despues que recuerde el celebrado himno que cantan las sinagogas rabínicas, intitulado *Adon-Olam*. Porque en efecto, uno de los versículos del excelente cántico dirigido al Señor, hablando del *Tetragramaton* bendito, dice así: «Él (Jehova) ha sido, Es y Será con majestad.» El docto Micaelis, cuya autoridad filológica es generalmente respetada, ve tambien los tres tiempos indicados en el sacratísimo vocablo *Jehova:* hé aquí sus palabras textuales, segun se leen en el *Supplem. ad lex. hebr.*, pág. 524: «Ex consueta sententia

[1] El humilde y profundo hebraizante, Padre Sigüenza, monje escurialense, en su obra inédita «Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores,» cuyo manuscrito posee el eminente y cristiano publicista, mi querido amigo D. Aureliano Fernandez Guerra, dice que la palabra *Jehova*, procede del verbo *jayah*, y que no se dice *Jehoya* porque es propio del idioma hebreo el cambiar el *yod* en *Vau*, de donde *Jehová:* parécenos (con el respeto debido al sabio religioso), que no hay necesidad de recurrir á tales cambios, porque los hebreos han conservado el verbo *javah;* participio de presente *jovéh;* imperativo *jeveh* y *jevi:* en el Eccl. XI, 3, se halla el futuro en apócope *yehu*, que es el mismo *Jehova* abreviado. El mismo verbo se ha conservado en el caldeo, siriaco y samaritano y con más uso que entre los judíos; tambien los rabinos lo adoptaron posteriormente.

[2] Omne præteritum jam non est: omne futurum nondum est: omne igitur et præteritum et futurum deest. Apud Deum autem nihil *deest:* nec præteritum igitur nec futurum, sed omne præsens est apud Deum. (Quæst. 83, q. XVII.)

nomini, ab *javah*=fuit, ducto tria tempora insunt. *Yod* ex futuro petito; *cholem* ex participio, quo præsens tempus indicant hæbrei, et *Kamez* ex præterito, ut eum designet qui idem semper fuit, est, eritque.»

Sinónimo de la palabra *Jehova*, es aquel otro nombre *Ehyeh*, *Yo soy*, del cual queda hecha mencion en otro lugar. Anda usadísima entre los partidarios de la *Kabala*, quienes sin excepcion lo explican y traducen con el propio significado de *Jehova*. El autor de la *Kabala denudata*, se expresa en estos términos: «Nomen *ehyeh* absconditum est et tetragrammaton judicandi officio jungitur.» Muchos hebraizantes nacionales y extranjeros, trasladan la palabra *ehyeh*, ero, seré; el doctísimo Haneber no cometió tanto descuido; pues al traducir el célebre pasage de Moisés, *ehyeh*, *ascher*, *ehyeh*, en lugar de ero, qui ero, es decir, en futuro, nos dió la verdadera traduccion, conformándose con la Vulgata y Santos Padres, de esta manera: «*Ego sum qui sum.*»

Como prueba y fundamento de que así se ha de trasladar dicho pasage, debe notarse, que la conjugacion hebrea carece de la forma peculiar del tiempo presente; para expresar el cual se vale con frecuencia del participio; pero no pocas veces echa mano *del futuro* con el mismo objeto, como puede observar quien lea atentamente el texto hebreo del Antiguo Testamento. Recorriendo José valles y campiñas en busca de sus hermanos, topó con un hombre que le dirigió la siguiente pregunta: *mahtebaquesch*=¿qué buscas? Aunque el verbo de esta pregunta resulta en futuro, nadie pensó en traducirlo «¿qué buscarás?» sino «¿qué buscas?» en tiempo presente. La misma verdad enseña el libro divino y admirable de Job: en el capítulo primero, versículos 6 y 7, se nos representa á Satanás en medio del consejo de Dios; el Señor le pregunta: «¿De dónde vienes?» Pues bien; el verbo venir aparece en el texto hebráico en futuro, así: *Tabó*,=

vendrás, que el sentido comun sin faltar á las reglas gramaticales, ha vertido siempre en tiempo presente. Todo lo cual viene á demostrar que la palabra santa *Ehyeh*, aunque se ve en la primera persona de futuro, se puede y debe aquí traducir: «*Ego sum*» en primera persona del presente.

En consonancia con nuestra version del *ehyeh, yo soy*, está en primer término la naturaleza del objeto; porque el estar siempre siendo, el *yo soy*, es más propio de Dios que el *yo seré* del futuro. Y por eso el Rabino Ecequías dice bien, que nosotros llamamos á Dios Jehova,=*él ha sido, es y será;* pero que el mismo Señor se denominó á sí propio: *Ehyeh*,=*yo soy*. Y el hijo del trueno en su admirable Apocalipsis (cap. 19, v. 12), escribe que el Verbo divino tiene un nombre que solamente él conoce. Hasta el mismo Filon en la vida de Moisés (lib. 1.°, p. 614), dice que el Señor respondió á Moisés [1], *yo soy el que soy:* para enseñar á los hebreos, añade el autor judío, toda la diferencia que hay entre Aquel que *Es* esencialmente, y los otros séres que existen ó tienen sér por participacion, los cuales en cierto sentido puede decirse que no son.

El autor de las *Antigüedades judáicas*, Flavio Josefo (libro II, c. 12), refiérenos en los siguientes términos las palabras que Dios habló á Moisés sobre las pendientes del monte Horeb: «Y Dios, dice, le indicó su propio nombre, que á ningun otro habia sido aún revelado, y por respeto al cual no me es lícito romper el silencio.» El *Medrascha-Rabba* sobre el Exodo, hablando del propio objeto, dice lo siguiente: «Entonces rogó Moisés al Santísimo, bendito sea, que le diese á conocer *su nombre grande*.» Y Rab. Isaac añade, que le respondió: «*Yo soy El que he sido, El que estoy siendo y El que seré*.» Más terminante que todos los

[1] Εγω ειμι ο ων = Ego eimi o on.

suyos está Maimónides en el *Moré-Nebuhhim*, parte 1.ª, capítulo 63, donde expone con mucho acierto la siguiente proposicion: «*Ehyeh* y *Jehova* son idénticos. Tanto uno como otro son el *nombre propio* de la ESENCIA DIVINA; todos los demás vocablos que sirven para llamar á Dios, vienen á ser meros calificativos.»

JOSÉ FERNANDEZ MONTAÑA,

Presbítero.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO IV

EN QUE EL TIUFADO COMIENZA Á CONTAR SU HISTORIA

Hace veinte años, ocupando Egica el trono de Recaredo, siendo vos Duque de la provincia tarraconense, y yo Conde de Victoriaco, puesto allí al frente de mi tiufadía con encargo de no dejar en paz á los vascos de lo interior; estaba yo siempre, unas veces imaginando empresas, y otras acometiéndolas, ora á la faz del sol, ora nocturnas, para señalarme como jóven capitan, asaltando á las gentes de la tierra baja, haciéndolas sentir cotidianamente, pero sin saña, los trabajos y molestias de la guerra, llevando siquier á sus inaccesibles y casi desconocidos valles, la noticia de la existencia, derechos y pretensiones de los godos.

Situada la ciudad, erigida por Leovigildo, á la falda meridional de Gorvea, gigante de aquellos montes, cuyas vertientes de Ocaso y Norte se pierden en el mar, mis incursiones no habian pasado, á la sazon, de la cumbre, ó más bien, de la línea divisoria de las aguas que de allí se reparten el Océano y el Mediterráneo.

—Y era cuanto yo te habia encomendado, Ranimiro, dijo Favila, y eso, por conocer tu arrojo y aficion á temerarias aventuras, en las cuales nadie habia ido tan lejos como tú, ni despues te ha superado nadie.

—Yo, sin embargo, no estaba satisfecho, prosiguió diciendo Ranimiro, y con poca gente, sin ánimo de empeñar combate, y solo por tantear el terreno y tomar, como quien dice, posesion en nombre del rey, de la tierra que da cara al mar, salí de Victoriaco una mañana y llegué hasta las márgenes de un rio que corre al golfo Cantábrico, y donde moran ya tribus de nosotros ignoradas.

Dí señal de retirada, y al volver los esploradores me trajeron una jóven del país, con su cabello corto, como soltera, su blanco tocado y su traje florido y de brillantes colores.

Tomáronla mis bucelarios por espía; más un poco de reflexion bastaba para desmentirlos. ¿Cómo habia de espiar nadie á los godos en parajes donde no los esperaba nadie, y hasta la sazon ninguno de nosotros habia puesto los piés?

Por otra parte, bastaba mirarla al rostro, que era por cierto encantador, para comprender la inocencia, el candor y sencillez de aquella pobre muchacha.

La expresion de su fisonomía me pareció extraña, sin embargo. Denotaba algun recelo, pero más alegría que temor: parecia contenta de hallarse entre nosotros, y miraba atrás con desconfianza, como con miedo de sus perseguidores. Esto, por un lado, y por otro su infantil asombro al ver nuestros grandes corceles y espléndidos arreos militares, añadia nuevos encantos á su hermosura, que tenia el suave y místico resplandor de las cosas celestiales.

Esta, dije para mí, es una pobre niña sorprendida en la montaña, tal vez extraviada en los bosques por su mismo afan de buscar aturdidamente el camino, ó perseguida acaso por alguna fiera, ya que por allá son inverosímiles los salteadores. Lo mejor será llevarla con nosotros hasta encontrar un caserío, y dejarla segura en él.

Apenas los soldados la dieron á entender que yo era caudillo y señor de todos, se vino á mí desalada, como buscando amparo y proteccion, y exclamando:

—¡Yo cristiana! ¡Yo cristiana!

Y sacando del pecho una tosca crucecita de madera, sin duda hechura de sus manos, la besaba con fervor y uncion angelicales, y me miraba con suplicantes ojos.

Contestéla en nuestro idioma latino, que nosotros los godos tambien éramos cristianos como ella; pero no me entendia.

Solo la expresion de mi semblante, la suavidad que naturalmente debia de tener mi acento, y el respetuoso beso que dí tambien á la cruz, debieron de hacerla comprender al punto la diferencia de mi trato al de los soldados, y que en mí podia poner toda su confianza.

En ella, pues, y no sin miedo á mi brioso caballo, cuyas sacudidas, que no llegaban á escarceos, la hacian retroceder, arrimándose á mí, y señalándome la peña de Gorvea, repetia:

—¡Cristiana! ¡Cristiana!

Su voz era argentina, conmovedora y privilegiada.

Llevaba yo, como sabeis, algunos años en Vasconia, donde tenia tierras y casas; y tanto por esto, como por las necesidades de la guerra, sabia algunas cuantas frases y palabras sueltas en vascuence; y de tan escaso caudal tuve que valerme para indicarla que todos éramos cristianos, que

tuviese confianza en mí, que la dejaria en libertad desde luego en aquel monte, ó si allí no, en donde más quisiese.

La jóven, que ya pasaba de veinte años, llena de júbilo al oirme chapurrar su propio idioma, me replicó:

—Yo soy cristiana de corazon nada más; pero quiero serlo como vosotros, aunque me cueste la vida!

Esto fué lo único que la entendí; porque animada sin duda por la fé, por la divina gracia que resplandecia en su semblante, siguió explicándose con un calor y entusiasmo fatales para mi escasa práctica en el vascuence.

Adivinando, sin embargo, en sus miradas y gestos algo de lo que me decia, la pregunté:

—¿Quieres un sacerdote?

—Sí, sí; uno de vuestros ancianos.—¡Bautismo! añadió de repente en latin, con verdadera alegría, por haber topado al fin con esa palabra en cuya busca andaba su memoria hacia rato.

—¿Quieres venir á Victoriaco para que te instruya un monje y te bautice? la pregunté.

La jóven, trasportada entonces de júbilo, exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Ese es precisamente mi único deseo!

Y tan pronto besaba la cruz, como miraba al cielo y queria tomarme la mano, y se retiraba medrosa al menor movimiento del ya impaciente corcel que yo montaba.

Dispuse que cabalgara ella en la hacanea de uno de los ginetes; pero lo rehusó con muy gracioso gesto, y para probarme que no lo habia menester, echó á correr pecho arriba, y siguió constantemente sin quedarse atrás.

Así entramos en la ciudad casi de noche, y la llevé en seguida al convento de religiosas, para que permaneciese en él todo el tiempo que fuera necesario.

Un monje que sabia vascuence, por haber servido mucho tiempo parroquias de lo interior de Vasconia, me acompañó al dia siguiente á ver á la presunta catecúmena, y se enteró en breve de su historia y sus deseos.

Llamábase Lorea, era pagana, y pertenecia á una familia de fanáticos gentiles, que la habrian hecho pedazos si hubiesen presumido que trataba de abandonar la religion de sus mayores.

—Pero ¿hay todavía idólatras en ese país? preguntó Amaya, que escuchaba el relato con un interés que nadie como ella podia sentir, comprendiendo desde luego de quien se trataba.

—Los vascos, hija mia, contestó el tiufado, no son idólatras, ni lo han sido nunca. Antes de convertirse al cristianismo por la predicacion de San Pablo, San Saturnino, San Fermin y otros apóstoles, seguian, generalmente hablando, la religion natural, primitivamente revelada, ado-



rando á un solo Dios, espíritu puro, Creador y *Señor de lo alto*, como lo llaman, sin ídolos ni altares. No te diré que en sus ritos y leyendas religiosas no se haya deslizado alguna supersticion; pero en el fondo tenian la fe de los Patriarcas anteriores al diluvio.

Yo creia tambien que ya no quedaba un solo vasco sin bautizar; pero el monje me enteró de que en lo más fragoso de las montañas habia ciertas familias que rechazaban el cristianismo como una novedad, como cosa extranjera, contraria á la tradicion; en una palabra, por mal entendida exaltacion patriótica, por fanatismo ibérico.

A una de esas familias, á la primera y principal de todas, pertenecia Lorea.

—¡Madre mia! exclamó la dama profundamente conmovida.

Y llevó á sus labios su bracelete de oro con un medallon ovalado, besándolo con veneracion y ternura.

—Ese nombre vascongado, tio y señor, prosiguió diciendo Ranimiro, ha hecho recordar á vuestra sobrina que lleva un bracelete con una tosca crucecita de oro, y esta leyenda vasca: *Amaija dá asieriá* [1]. «El fin es el principio.» Por eso sin duda ha besado la cruz cincelada en bajo relieve.

—Por eso, y porque este brazalete con fiel trasunto de la tosca cruz de madera, de que nos acabais de hablar, ha pertenecido á mi pobre madre.

—Y por ella fué mandado hacer á un platero judío de los más hábiles que han pasado por aquí de Toledo á la Aquitania.

Favila lo examinó al tacto, lo llevó tambien á los labios con respeto, aunque con mal disimulada pena, y lo devolvió á su sobrina.

Ibase relajando, á pesar de todo, la tirantez en que por algunos momentos estuvo la situacion de nuestros personajes.

—La jóven vascongada, continuó diciendo Ranimiro, que veia cristiana á casi toda su raza, sintió en el corazon un llamamiento sobrenatural, un ánsia viva y eficaz de abrazar la religion verdadera; pero no se atrevió á comunicárselo á nadie.

Esto necesita una esplicacion.

Era Lorea huérfana de padre y madre, y la mayor de tres hermanas. Llamábanse las que la seguian, Amagoya y Usua. Como primogénita ejercia verdadera autoridad y una especie de sacerdocio entre las familias no bautizadas, y aun cierta soberanía en todas las siete tribus, sin distincion de cristianos ni gentiles.

—Esplícate, sobrina, esclamó Favila, dándose al fin á partido; porque esa criatura me va interesando sobre manera.

---

[1] Esta frase es del dialecto vizcaino. *Amaija* se pronuncia *Amaya* con un poco de fuerza en la *y*, que es tan dulce en labios guipuzcoanos. En este dialecto *asieria* es *asierá*. y *amaija* es *asquena*, *atsena* y *ataendea*.



Lo que sin conocerlo quizás le interesaba al noble anciano, era el incremento y gallardas proporciones que iba tomando aquella figura, que aparecia en escena como una pobre niña abandonada en los bosques, y habia ido creciendo, creciendo hasta el punto de poderse llamar reina de los vascos.

Se conocia que el bueno del Duque, á pesar de haber sabido que la esposa de Ranimiro fué vascongada, no desechaba todavía la idea de casar á su hijo con Amaya; y que si la mezcla de sangre le habia disgustado, no le parecia tan mal que lo que Amaya perdiese de goda, de princesa lo ganára.

El Tiufado contestó:

—Os lo diré, tio, y tú tambien, Amaya, vas á oirlo por primera vez. Lorea pertenecia al linaje de Aitor, como todos los vascos; pero era descendiente del primogénito del gran patriarca eúscaro, y de la familia de los primogénitos, sucesora directa suya, y heredera de sus bienes y de su casa solariega.

En esta, segun la tradicion, vivió el primer vasco que llegó á los Pirineos con siete hijos varones, cabezas de sendas tribus, en que se dividieron los pobladores de las montañas.

—¿Y por qué se llaman vascos ó vascones? preguntó Favila.

—Ellos entre sí se denominan *escualdunac*, y á su region *escualherria*, que significa tierra del *escuara* ó vascuence. Vascos equivale á montañeses, y nosotros hemos tomado este nombre de los romanos, por más fácil para nuestros labios. Pero montañeses y vascos todo es uno.

—Prosigue.

—Los de la tribu primogénita, la familia, propiamente dicha, de Aitor, y más que nadie los herederos de Aitormendi, han sido tenidos siempre en veneracion casi supersticiosa: moralmente eran los reyes de esa confederacion de repúblicas y señoríos que se extiende del Adour al Ebro, del mar Cantábrico á los picos más altos del Pirineo, y fueron, en cuanto cabe, la suprema autoridad de esa religion, que carecia de templos, de pontífices y sacerdotes. Los ancianos mandan en las juntas ó consejos de ese país: pero el primogénito de Aitor, por respeto al patriarcado, era como el anciano de los ancianos.

Extinguida la línea masculina del heredero, ese sacerdocio, esa autoridad suprema, ese cetro, pasan íntegros á las hembras; á la hija mayor si habia otras, á los hijos de esta.....

Favila volvió instintivamente el rostro hácia Amaya, como si quisiera observar el efecto que semejante declaracion producia en su sobrina.

—A los hijos de esta, repitió Ranimiro, varon ú hembra, despues de la madre, ó si la madre moria sin sucesion, á sus hermanos, de mayor á menor, es decir, de Lorea á Amagoya, y de Amagoya á Usua.

Lejos de menoscabar aquella majestad el trasmitirse á las hembras, parece que por el contrario la engrandecia y abrillantaba; porque en opi-

nion vulgar, pero unánime, una de esas hembras, verdadera y legítima heredera del solar de Aitor, ha de ser reina, reina de veras con cetro y corona como nuestros reyes de Toledo, y rica, inmensamente rica, para que pueda verificar la transicion de humilde casera al trono de.....

—¿De dónde? preguntó impaciente el Duque.

—Eso no lo sé, ni creo que lo hayan dicho los profetas vascongados, contestó Ranimiro, que ya habia recobrado la serenidad hasta el punto de sonreirse.

—Prosigue, sobrino, y perdona que te interrumpa: no sabes tú con cuánto placer te escucho.

—Por estos antecedentes podemos ya adivinar y aun comprender el heroismo de la hija de Aitor, de la jóven Lorea. Sus dos hermanas menores se habian casado con dos mozos paganos de su misma tribu: Amagoya con Basurde, Usua con Lartaun de Butron. Estas tres familias se consideraban ya como las únicas animadas del espíritu vascongado, y depositarias esclusivas de la tradicion. Nada importaba que todos los vascos se hubiesen hecho cristianos, mientras la casa de Aitor, el valle de Aitormendi se conservase fiel á la religion primitiva. ¿Qué habria sido de Lorea, que miraba como una carga y hasta como un torcedor aquella autoridad, si los paganos la hubiesen visto departir con algun monje, ó intentar de cualquier modo hacerse cristiana?

Éralo ya una íntima amiga suya; una arrogante jóven llamada Petronila de Butron, hermana de Lartaun, y de quien por ventura se habia servido Dios para que la hija de Aitor le abriese las puertas del corazon. Pero Lorea, tan circunspecta, como delicada, desde que resolvió hacerse cristiana dejó de ver á su amiga, á fin de preservarla de la persecucion, que ella únicamente queria arrostrar. Sola pues, sin consultar á nadie, con pretesto de un viaje hácia Gorvea, abandonó su casa, sus hermanas, su familia, sus amigos, su hogar, su patria, su cetro, su pontificado, todo, absolutamente todo, hasta su mismo honor, su reputacion misma por seguir á Dios que la llamaba, que la queria para sí, para su Iglesia, para los cielos.

—¡Sublime mujer! exclamó el Duque sin poderse contener. ¡Sólo en pechos cristianos cabe tanta virtud!

—¡Santa madre de mi alma! murmuró Amaya tornando á besar la cruz del brazalete con lágrimas, no sabemos si de quebranto ó de entusiasmo.

—Cuando yo comprendí su abnegacion, su inmenso sacrificio, cuando la vi pasar desde el palacio de Aitormendi, que al cabo magüer de humilde aspecto, reinas y reyes habia cobijado, al pobre monasterio gótico de Victoriaco, de la atmósfera de la *escualherria* al ambiente de próceres y siervos, tiufados y bucelarios, del *euscara* al latin, sin parientes, sin amigos, sin hacienda, sin recursos, la contemplé con respeto, y en los inescrutables juicios de Dios me consideré de alguna manera envuelto en aquella vocacion, y como ligado á la suerte de tan maravillosa criatura.

Aunque mozo todavía y acostumbrado á vivir mas que entre clérigos entre soldados, entendí mi obligacion de prestar á la jóven vascongada cuantos auxilios necesitara, haciendo con ella los oficios de padre y hermano, y comprendí además de que todo en mí debia de ser noble, desinteresado y puro, si habia de corresponder á la santidad de la obra á que la Providencia se dignaba asociarme.

Está en uso, como sabeis, que las monjas admitan seglares en el monasterio, ó como siervas, ó como penitentes, y aunque bajo ninguno de estos títulos podia ser recibida Lorea, gracias á mi influencia como Gobernador de la ciudad, gracias sobre todo á lo extraordinario y singular del caso, se quedó en el cláustro. Allí fué catequizada por el monje; allí se instruyó tambien en nuestro idioma; y sin salir de allí, recibió el bautismo.

¿Qué hacer despues?—Yo la amaba; de protector habia pasado á hermano, y el cariño fraternal habia engendrado otros tan castos, sí, pero mas íntimos afectos. Las transiciones se habian verificado rápida é insensiblemente; pero lejos de dejarme llevar por la pasion que sentia, y que trataba de ocultar á todos, y muy principalmente á quien me la inspiraba, me uní á las monjas para hacer comprender á la jóven que en ninguna parte sería mas feliz que en el convento, tomando el velo de las vírgenes del Señor.

Yo la decia:

—Paula,—porque con este nombre se habia bautizado en memoria de la conversion de San Pablo, primer apóstol de los vascones [1],—Paula, tú estas en completa libertad de salir del claustro ó de quedarte en él. Si quieres volver á tus montañas, mañana mismo podrás vivir entre los tuyos; si es tu ánimo permanecer entre nosotros, deudos tengo que te recibirán como amiga, hacienda para dotarte el dia en que quieras contraer matrimonio. Pero si el monasterio quieres dejar, tiene que ser ó para tornar á tus valles, ó para residir en Toledo.

—¿Y por qué en Toledo? ¿Por qué no he de vivir en vuestra casa como una sierva, ó si no lo consentís, como una hermana?

---

[1] «Paulus, præco crucis,
Dedit nobis primordia lucis.»

Inscripcion que existió en la ermita de San Miguel de Viana, en Navarra, completamente demolida en la guerra de los siete años. Debia de ser fábrica del siglo XI, ó tal vez anterior á juzgar por lo que de ella recuerdo, y por el estilo arquitectónico de otras construcciones análogas circunvecinas, de las cuales aún se conservan restos característicos.

Es evidente que la época de la inscripcion en versos leoninos que pueden traducirse
«Pablo, apóstol de la cruz,
nos dió la primera luz,»
no se remonta mas allá del siglo XIII; pero demuestra que es ya antigua, y por lo tanto respetable la tradicion de la predicacion de San Pablo á los vascones, lo cual basta y sobra para mi propósito.



No la contesté, ni podia contestarla de pronto sin que mi acento, cuando no mis palabras, hiciera traicion á mis buenos propósitos.

—Creo, la dije, esforzándome por mostrarme sereno despues de breve pausa, creo con sinceridad completa, que en ninguna parte estarás mejor que en el convento. Los vascos gentiles no te perdonarán nunca el haber buscado un refugio entre nosotros, sus eternos capitales enemigos: pero te disculparán, te absolverán quizá los cristianos, si se persuaden de que solo has venido á vivir con los godos, porque teniendo vocacion de monja, no podias permanecer en vuestros valles, donde careceis, segun creo, de monasterios de religiosas.

—Pero eso sería mentir, si yo de alguna manera lo dijese, porque no me siento con semejante vocacion, respondió Paula. Mi padre al morir me encargó que me casara.

Y en la manera con que dijo estas palabras conocí por una parte que aquella sencillez podia ser peligrosa, y por otra que mi oculto, mi tierno afecto, era con ternura igual correspondido.

Nos casamos, no diré en secreto, pero sin ruido ni aparato, y sin que nadie apenas conociera á mi mujer, ni supiese su procedencia. De las montañas habia pasado al monasterio, donde no trató con mas hombres que con el monje y conmigo, y del convento salió desposada para mi palacio de Conde.

Al dia siguiente de mi boda me nombrásteis Gobernador de Pamplona, de lo cual me congratulé con Paula, porque en aquella ciudad tenia yo mi casa, y sobre todo os tenia á vos, á quien queria confiar mi nuevo estado. Pero al llegar á Pamplona supe que os habíais partido para Calahorra, desde donde pensábais proteger la orilla izquierda del Ebro, limpiando de enemigos la ribera, muy molestada ya por los vascones de los primeros estribos del Pirineo.

—Lo recuerdo, dijo el anciano Duque, y precisamente fué debido tu nombramiento de Conde de Pamplona á la necesidad de dejar en aquella fortaleza persona de toda mi confianza. Me habian sorprendido y satisfecho tus expediciones á las vertientes septentrionales de Gorvea, y queria que desde tu nuevo condado te dejases caer en direccion del promontorio Olearso, sin acercarte, por supuesto, ni de muchas leguas, á la ciudad de ese nombre, fundada por Leovigildo.

—Sí, la que llaman los vascos Ondarivia, principio de los montes Pirineos,y á la cual solo por mar hemos arribado los godos. Esa determinacion contribuyó no poco á que mi casamiento siguiese oculto y desconocido.

Cumpliendo vuestras órdenes, antes de dirigirme hácia las fuentes del Bidasoa y del Urumea, habia procurado y conseguido debelar en noble guerra á los vascos de la ribera del Arga y barrancos del rio Burunda, mientras vos por igual modo, los inquietábais en las ricas llanuras que se extienden desde Toloño á Montejurra. Esas correrías que me obligaban á

frecuentes si no largas ausencias, imponian á Paula cada vez mas el deber de una vida retirada, ó por mejor decir, estimulaban su aficion á la soledad y apartamiento del mundo, á que desde su entrada en el monasterio se habia acostumbrado. Pero completamente retraida y entregada á la piedad y los cuidados domésticos, sin hablar con nadie mas que con los siervos y libertos y con su confesor, el que hoy es nuestro santísimo obispo Marciano, cuando tornaba yo de mi sorpresas, algaradas y combates empecé á notar que me recibia con los brazos abiertos, sí, con inequívocas muestras de cariño, quizá con mas extremos de amor que nunca; pero con cierta cortedad, con una falta de abandono y aun de franqueza que no podia echársela en cara, porque yo la sentia igual, yo me la tenia que reprochar á mí mismo. Hasta nuestras mas íntimas conversaciones adolecian de ése empacho y encojimiento.

Su mismo semblante parecia demudado.

La creí arrepentida hasta cierto punto de su casamiento, y aunque solo el pensarlo me destrozaba el corazon, la disculpaba y comprendia su pesar de haberse dejado llevar de la pasion, su remordimiento de no haber tomado el velo de las vírgenes del Señor en Victoriaco, y me achacaba con razon á mí mismo toda la falta; porque yo estaba obligado á ser más fuerte, y sin torcer su vocacion, debí quizás haber huido de su lado. Mas ya no tenia remedio, y era terrible, en efecto, nuestra situacion. Por la fe de Cristo dejó Paula familia, hogar, patria, honores y hacienda. Esto era heróico; pero justo: nadie podia echárselo en cará. Dios lo queria, y antes que á los hombres, hay que obedecer á Dios. Mas por amor mio, por gratitud acaso, ella de casta vascónica, la primera entre los vascos, del linaje de Aitor, personificacion del orgullo, de las preocupaciones y aspiraciones de su pueblo, se habia unido indisolublemente al godo mas godo de nuestra Vasconia, al infatigable perseguidor de sus hermanos. Lo primero se llamaba conversion, la misma que habian hecho todas las siete tribus, con excepcion de unas cuantas familias; pero lo segundo..... ¿qué nombre tendría entre los vascos?

—¡Pobre madre! exclamó Amaya con abatimiento.

—¿Qué hacer? prosiguió Ranimiro: mi honor me ordenaba no aflojar en la guerra: mi temor de ser débil por miramientos á mi esposa, por contemplaciones conmigo mismo, me impulsaban á mostrarme mas que nunca celoso y arriscado; y todo conspiraba contra la triste víctima, que no podia menos de estremecerse al ver mis armas ó mi vestimenta salpicadas de sangre, sangre mas que de hermanos (porque la autoridad de Paula era maternal), de sus mismos hijos.

Hacia yo lo posible porque ella ignorase mis aventuras, mis empresas y combates: fomentaba su aficion al retiro, su retraimiento de las gentes, y hasta prohibí á los siervos que hablasen de las hazañas de godos ó vascos, que mentasen siquiera la guerra de tres siglos. De aquí la reserva que guardé con vos, con toda nuestra familia, acerca de mi nuevo estado; de

aquí que en Pamplona mismo, pasase para muchos por soltero; de aquí, en fin, la creciente gravedad de aquella falta de franqueza y cordialidad entre nosotros que podia llegar á ser funesta.

Semejante estado de cosas no podia ni debia prolongarse.

Yo no solo amaba á mi mujer, sino que la estimaba en todo lo que valia y casi casi la veneraba. Reflexioné un dia sobre mi situacion, resuelto á seguir la inspiracion de mi conciencia, por duro que fuese el sacrificio que me exigiera.

¿A qué debo de atribuir, decia yo para mi, la melancolía, ó mas bien la inquietud de Paula?—Porque debo advertiros que mas que triste, parecia imaginativa y desasosegada.—A la guerra. ¿Y qué necesidad tengo yo de hacer la guerra en Vasconia? ¿No puedo servir á mi patria en otra parte? Acaba de descubrirse una espantosa conspiracion contra Egica en Toledo: ¿tan mal vendrá al rey en la Corte el brazo, y sobre todo, el corazon de un milenario leal y seguro? Comenzaba á susurrarse que los judíos andaban en tratos con los africanos, de tal manera, que poco despues hubo necesidad de declarar siervos á todos los conjurados: ¿no podia mandarme Egica á la provincia Tingitana?

Pero al propio tiempo se me ocurrió que acaso se achacara á cobardía el esquivar voluntariamente el peligro de la guerra, y pedir al rey otro empleo cuando mis atrevidas y afortunadas incursiones comenzaban á llamar la atencion; y queriendo cohonestar mi tranquilidad doméstica con mis deberes públicos, segui diciéndome á mí mismo:—¿Cuándo ha de tener fin esta guerra entre cristianos? ¿Por qué ha durado cerca de tres siglos? ¿No ha unido Dios á Paula, hija de Aitor, conmigo, nieto de Chindasvinto? ¿No podia concluirse la guerra abrazándose con lazos de amistad godos y vascos? ¿No sería un bien para todos y muy singular satisfaccion para Paula que yo pudiese conseguirlo?

CAPITULO V.

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL TIUFADO.

Cualquiera otro que vos, á quien como deudo y Duque de Cantabria enteré entonces de mis intentos, tendria hoy por inverosímil fábula y mentira, que el godo aterrador, llamado Conde de Pamplona, hubiese revuelto en su mente ideas más propias de monjes y piadosas mujeres, que de soldados; pero, así fué, y con tan mansos y pacíficos pensamientos entré en el cuarto de mi mujer, que daba al segundo patio ó jardin de la casa, con vistas, como sabeis, á la calle. Lo recuerdo todo y me consuelo, ó quizás me desgarro el corazon recordándolo; porque de semejantes sucesos nacieron mis desventuras. Hablé á Paula con el mayor

cariño y abandono, desahogándome con ella, vaciando, por decirlo así en su pecho, toda la inquietud y ternura del mio.

Paula se arrojó á mis brazos, exclamando tambien con verdadera y completa efusion de ánimo:

—Pero, Ranimiro, ¡si no es lo que te imaginas lo que principalmente me trae inquieta....! ¡La guerra! Ya lo sé, y antes de casarme contigo lo sabia. Por Dios y por ti lo he dejado todo, y su amor y el tuyo me harán siempre feliz. ¡La guerra! Si la guerra no hubiese de tener fin, me moriría de dolor. Pero precisamente hoy con mas esperanzas que nunca, puedo anunciarte la conclusion de la guerra. Ranimiro, van á cumplirse las profecías de Aitor..... Esposo mio, ¿no lo adivinas?.....

Y no atreviéndose á continuar, bajó los ojos un instante para clavarlos luego en los mios con inefable dulzura.

—Paula, ¿será posible? exclamé lleno de gozo.

—Sí, Ranimiro, vas á ser padre, me contestó: ha llegado *Amaya;* ha llegado *el fin.*

—Pero ¿por qué estabas triste? ¿por qué retraida, temerosa y sin sosiego? Esa bendicion de Dios que me anuncias, ¿puede turbar nuestra ventura?

—No, no la turbará, Dios mediante, me replicó: todo se arreglará pronta y fácilmente.

—¿Hay algo que arreglar entre nosotros? torné á preguntar cada vez más asombrado.

—Mientras hemos sido solos, satisfecha con tu amor, y viéndote á ti contento con el mio, no he pensado en más, porque de nada más habia menester. Pero ahora, que vamos á tener sucesion, debo revelarte un secreto, ó más bien, debo indicarte un secreto que no te puedo revelar, y de que no te hablé hasta ahora, porque en el egoismo de mi felicidad lo habia olvidado. Soy rica, tal vez inmensamente rica.

—¿Qué importa? la contesté: yo no soy pobre, y tenemos lo suficiente para nosotros y nuestros hijos.

—Sí, repuso Paula: pero mis riquezas no serán para mí, sino para lo que llevo en mis entrañas. Escucha, Ranimiro. No hace muchos años, sintiéndose mi padre próximo á la muerte, aunque no postrado en el lecho del dolor, me llamó y me dijo: «Mis dias están contados, y no será larga la cuenta. Muero jóven, y conmigo se extingue la línea masculina de los herederos de Aitor. Tú, como primogénita, quedas en posesion de esta casa y de este valle: á tus hermanos no les faltarán otros. Pero vas á entrar desde luego en el goce de mayores bienes, vas á ser guardadora y depositaria del secreto de nuestro patriarca. Muerto yo, uno de tus hijos, varon ó hembra, ha de ser rey ó reina.»

—¡Reina! exclamó Favila, pensando en que Pelayo se hallaba tan cerca del trono, que sería probablemente elegido Rey, si sobrevivia á Rodrigo.



—¡Reina! murmuró casi imperceptiblemente Amaya, y dirigió una mirada á las azules montañas que se destacaban en el horizonte anaranjado del Noroeste.

Ranimiro, sin darse por entendido de la interrupcion, más no sin haberla observado, prosiguió:

—¡Reina! exclamé sonriendo con ironía: ¿y en esas consejas fundas tú la esperanza de ser rica?

—No, respondió Paula, no seremos ricos por ser padres de reyes: lo será uno de mis hijos para que pueda reinar. Cuando Aitor llegó del Oriente, traia consigo los diamantes, perlas y piedras preciosas que por allá se crian. Pero tan sabio como bueno, no quiso que tuviésemos otro patrimonio que el suelo que Dios nos deparaba, y el trabajo, que como obligacion nos imponia. «Estos tesoros, dicen que decian, van á corromper el corazon de mis descendientes, á disgustarles del pastoreo y cultivo de los campos. Harán codiciosos, muelles, dados á la envidia y la pereza á mis hijos, los cuales querrán ser mas ricos, y serán desdichados. Y para quitarles aquel gérmen de corrupcion, lo sepultó en las entrañas de la tierra, y dijo á su primogénito: Tú solo sabes dónde queda escondido: procura que nadie más que tu sucesor y heredero lo sepa. Ahí quedará hasta que el último de la línea masculina determine cómo ha de repartirse.» Estas, poco más ó ménos, fueron las palabras de Aitor: ahora te voy á repetir las de mi padre. Hallábase este en el caso previsto por el patriarca: tenïa que disponer de aquella riqueza, y lo hizo en estos términos:

—«Lorea, si te dijese que el Señor de lo alto me ha dado á conocer por medio de palabras, ó de otro modo indubitable, lo porvenir, mentiria, y tengo horror á la mentira. Pero presiento, adivino, tengo por indubitable que dentro de algunos años ha de cambiar la situacion de los vascos, quizás la de toda España. Creo que acaso nuestro pueblo, ó parte principal de nuestro pueblo, ha de necesitar un señor, un rey, y que en tal caso, del solar de Aitor ha de surgir el trono. No hay remedio; si se funda una monarquía por escualdunas, aquí tendrán que venir, á ti tendrán que buscarte, á ti ó tus hijos, y si no los tienes, á tus hermanas. Eso es lo que veo y alcanzo á vislumbrar, ó con la luz de la razon, ó por inspiracion divina. Aitor lo decia: Cuando os parezca que ha llegado el fin, será el principio. Pues bien, para ese dia debes de guardar el tesoro. Puede ser tuyo, puede serlo de tus hijos, y tambien de tus hermanas, ó de los hijos de tus hermanas.»

Así decia Paula y yo la escuchaba con tanta incredulidad, que frisaba con la compasion.

—¡Cómo! esclamé, y en tantos años y en tantos siglos, ¿ninguno de tus abuelos ha caido en la tentacion de apoderarse del oro y piedras preciosas, reliquias de los tiempos patriarcales? ¿Ni uno siquiera ha tenido curiosidad de ver el efecto que hacian en el cuello y cabeza de su mujer, de su novia ó de sus hijas, esos ricos brillantes del Oriente?

—Ningun hijo de Aitor es capaz de desobedecer á los ancianos, ni menos á sus padres.

No podeis figuraros la entereza, la seguridad con que Paula pronunció estas razones: baste deciros que con su acento y su mirada logró infundirme toda su conviccion, toda su fe.

Pero luego añadió:

—A mayor abundamiento..... á ti te lo puedo decir ¡yo lo he visto!

—¿El tesoro?

—El tesoro.

—¿El oro, las perlas, las piedras preciosas?

—Todo.

—¿Tú lo has visto y lo has palpado?.....

—Eso no, dijo Paula: verlo sí, tocarlo no.

—¡Oh! lo comprendo. ¡Lo habrás visto en sueños!

—Despierta: lo he visto con mis propios ojos.

—De ese modo, has sido tú la primera.....

—Vas á decirme, me contestó Paula sonriendo, que habiendo sido la primera mujer que ha conocido el secreto, debia de ser el primero de los herederos de Aitor en dejarme llevar de la curiosidad al registrarlo. No fué curiosidad lo que me movió en esa ocasion, sino otro más elevado sentimiento. Yo estaba resuelta á dejar la casa de mis padres para hacerme cristiana, y tenia, y tengo todavía un miedo cerval á mi hermana Amagoya. Con un corazon excelente y una nobleza de alma sin igual, se extravia por cierta ceguedad, por una insana exaltacion patriótica, que confina con el frenesí. Por miedo de ella me escapé de casa y me refugié entre vosotros. Yo era la mayor, la heredera y principal; pero ella me dominaba como domina á cuantos viven á su lado, por mucho que descuellen sobre los demás. ¿Qué hubiera dicho de mí, qué de los cristianos si al heredar un dia el trono de Aitor, se hubiese encontrado sin el depósito, sin nada? De mis antepasados nunca dudé; pero la casualidad podia haber descubierto, ó quizás sepultado bajo enormes peñas, removidas y dislocadas por un terremoto, esas riquezas que ocupan tan poco lugar, y entonces me hubieran inculpado de la pérdida. Se habria dicho que la primera cristiana del caserío de Aitor, habia sido la primera ladrona de la familia; y que no por seguir á Dios, sino por gozar en paz de aquella riqueza, me escapé á tierra enemiga. Fuí, pues; descubrí que era verdad todo cuanto se me habia asegurado; que el tesoro existia, al parecer, intacto; y sin atreverme á tocarlo, lo cubrí de nuevo y me volví tranquila.»

Así habló Paula.

Recordando cómo habia encontrado sola y sin recurso alguno á la jóven que tenia á su disposicion tales riquezas, no podia volver del asombro que me causaba, y cerca de veinte años han trascurrido desde entonces, y su virtud me conmueve aún y me enternece.

—¿Y no puedo saber yo, la dije, dónde está escondido ese tesoro?

—Si no te hacen rey, contestó sonriendo, no puedo descubrir el secreto más que al hijo ó la hija que llevo en mis entrañas.

—¡Padre! exclamó Amaya interrumpiéndole: ¿es eso cierto? ¿No soy yo esa hija? ¿Hay otra Amaya por ventura? ¿Cómo ignoro yo el secreto de Aitor? ¿Cómo no me ha sido nunca revelado?

—No pienses en él, hija mia. Ese secreto, por fortuna, se ha perdido para siempre. ¡Oh! ¡Si nunca hubiese existido! Acaso tendrias hoy madre, acaso no hubieran sucedido las desgracias que sobre nosotros se han desplomado! Pero es propio de las riquezas dividir, enconar y endurecer corazones, y ser fuente y raiz de calamidades. Aitor fué un sábio al esconder su tesoro; pero lo hubiera sido más si al fondo del mar lo hubiese arrojado. Déjame seguir el relato.

—¿Y si ese hijo, repliqué yo á Paula, muere antes de poder oir de tus lábios el secreto?

—Aguardaré á que Dios me dé otro.

—¿Y si no?....

—Si no tengo hijos, el derecho y mi secreto pasarán á mi hermana Amagoya.

—Pero Amagoya te cree muerta: así lo pregona al ménos toda tu familia, la cual añade que Amagoya es la predestinada, y que por eso lleva el nombre de vuestra primera madre, la mujer de Aitor: la Madre superior. Ya tienen otra vez su Amagoya los vascongados; ya tienen quien les cante las canciones de sus mayores con esa voz que arrebata, y es peculiar de todas vosotras. Ella celebra el plenilunio en Aitormendi, á usanza de paganos; y no vendrá jamás á nuestras ciudades.

—De aquí la necesidad que tengo de volver á mi tierra, y de aquí la inquietud y tristeza que en mí has notado. Porque mi obligacion es volver.....

—¡No volverás, exclamé, no lo permitiré nunca, que se pierdan todos los tesoros del mundo y todas las perlas orientales: no volverás!

—Que se pierdan para mí, poco me importa: que se pierdan para mi hijo, debo evitarlo. Pero dejarlas perder para mis hermanas ó mis sobrinas, eso no puede ser: eso nos haria por siempre desdichados, objeto de las maldiciones de toda mi familia, de todo mi pueblo, de Dios nuestro supremo Juez, porque gravaria nuestra conciencia por haber defraudado á mis deudos de lo que llegará tal vez á ser legítimamente suyo. Entiéndelo bien, Ranimiro: yo soy depositaria de ese tesoro, nada más, y de él tengo que dar cuenta á Dios y á mis hermanas.

—Pero sin necesidad de ver á tu hermana, puedes confiar el secreto á Marcial tu confesor, al obispo Atilano.....

—Lo he consultado ya. No conviene que los godos, ni mucho ménos los monjes, se mezclen en estos negocios. Si puede ser, me han dicho, debo buscar para confidente á un vascongado.

—¿A quién?

—A cualquiera de mis hermanas.

—¡No!

—Pues entonces, á la hermana de mi cuñado Lartaun de Butron, á mi amiga Petronila.

—¡Esa sí! exclamé como quien arroja un peso que le oprime.

—Pues bien, para encontrarla tendré que ir á su casa.

—No, no saldrás de estas murallas, ó por lo ménos de la zona que los godos ocupamos. Yo te traeré aquí á Petronila, ó si á nuestra casa no, al pie de los muros de la ciudad.

Hablé entónces á Paula con más detenimiento y decision de mis pensamientos de terminar la guerra. Solo para intentarlo, necesitaba ponerme de acuerdo con los principales caudillos vascos. Estos tratos me darian facilidad de hablar, ó cuando ménos de dar una cita á Petronila en cualquier caserío de mis colonos en los alrededores de Pamplona.

Paula quedó convencida y yo tranquilo y feliz.

Por grandes que fuesen mis deseos de paz y la necesidad que todo el reino tenia de ella, no podia ni debia dar paso alguno para conseguirla, siquiera fuese el de averiguar si el enemigo estaba dispuesto á tratar con nosotros, sin obtener préviamente vuestro permiso. Cuando tuvísteis á bien concedérmelo y autorizarme á todo, estaba ya informado por mi mujer de la organizacion interior de los vascos, y de las personas que sobre ellos ejercian verdadero y decisivo influjo.

Tres de las siete tribus de Aitor se habian separado siglos atrás de la confederacion primitiva: moraban aquellas en la falda septentrional del Pirineo hácia las Galias ó la Aquitania; las cuatro restantes siguieron unidas, tomando por enseña lo que llaman el *lauburu,* esto es, *cuatro cabezas*, simbolizadas, ¡notable casualidad ó misterio! por una cruz como la de los cristianos; pero cruz griega de cuatro brazos iguales.

—¿Despues de la predicacion del Evangelio? preguntó Favila.

—Mucho antes. Y por cierto, que cuando los romanos hicieron prisioneros á trescientos vascos con su caudillo Lecóvide y los crucificaron en la montañuela próxima al Hirnio, llamada desde entonces *lugar de las cruces* (*Guruceeta*), se quedaron atónitos al verlos espirar á todos cantando alegres en medio de los tormentos, solo porque morian en el *lauburu*, abrazados, como quien dice, á su propia bandera.

Estas cuatro regiones ó tribus, confederadas, mas que por tratados, por la fuerza de la sangre, por la identidad de orígen, por la semejanza de costumbres y dialectos, son sin embargo independientes entre sí, y hasta contrarias en su modo de gobierno. Los vascones propiamente dichos, que son estos cuyo territorio en gran parte ocupamos, denominado por nosotros Vasconia y por ellos *Navaerria*, tierra llana, tienen en cada valle un Señor que no reconoce superior alguno, especie de reyezuelo en su comarca, que gobierna una ó media docena de pueblos entre villas y aldeas, con la misma autoridad que un padre su propia casa. Cuando la

necesidad les obliga á concertarse y unirse, forman los vascones un consejo de doce ancianos, y sin saber por qué, por hábito, por instinto ó por respeto á la ley de Dios, obedecen al mas viejo, que suele ser el mejor. Así hoy, y así tambien entonces, Miguel, Señor de Goñi, es por decirlo así soberano ó caudillo de los vascones, y su casa y su valle, aunque uno de los mas frios y pobres de la Vasconia, son el palacio y la córte de esta tierra.

Los alaveses tienen su junta ó cofradía en el campo de Arriaga, á la cual concurren hasta las mujeres; los vizcainos só el árbol de Guernica; y esos que los romanos llamaban várdulos están gobernados por los parientes mayores del jefe de su raza, esto es, por los mas próximos al primogénito de Aitor.

Dos eran principalmente las personas con quienes tenia que tratar: Miguel de Goñi y la heredera de Aitormendi, esto es, Paula si hubiese permanecido en su valle, pero en defecto de ella, Amagoya. Sino que la influencia del Señor de Goñi apenas traspasaba los límites de la *Navaerria*, y la de Amagoya se extendia no sólo á las tribus del *lauburu*, es decir, á las gentes que otros dicen vascones, autrigones, caristos y várdulos, sino á los pueblos mismos separados de la antigua confederacion.

Habiendo obtenido vuestra venia, procuré por medio de los monjes dar á entender á Basurde, marido de mi cuñada, y al anciano Miguel de Goñi, que deseaba verlos en son de paz. Sino que en consideracion á la edad realmente venerable de este último, le advertia que estaba dispuesto á presentarme donde quiera y cuando quiera que me llamase.

Del marido de Amagoya no obtuve respuesta alguna: el Señor de Goñi, por el contrario, me contestó pronto y bien. Cierto que su valle dista á lo sumo cuatro leguas de Pamplona, y el caserío de Aitor cae poco más ó ménos á esa distancia del mar. Miguel se escusó por sus años de venir á verme; pero me previno que mandaria un hijo suyo para que en una noche oscura me condujese al valle, armado ó sin armas, solo ó acompañado de la gente que yo escogiese. No tardó en llegar á mi casa el guia: era un rapazuelo de diez ó doce años muy listo, muy sereno y valeroso, que de nada se asombraba y lo facilitaba todo. Llamábase Teodosio.

—¡Teodosio de Goñi! exclamó Amaya. ¿Es ese quizás el capitan que tanto figura hoy entre los vascos?

—El mismo. Su padre vive todavía, y si hace veinte años era ya viejo, imaginaos lo que hoy será. Por eso quien realmente dispone y manda en los combates es Teodosio, aquel muchacho á cuya direccion me entregué una noche oscura como boca de sima, nebulosa y casi de llovizna, sin luna ni estrellas.

Fuí solo, á pié y sin otras armas que la *cateya* que me servia de báculo. El muchacho se mostró muy satisfecho de aquella prueba de confianza.

Salimos de Pamplona, y á corta distancia entramos en un corral aban-

donado, donde guardaba Teodosio una jaca montañesa, en que cabalgamos entrambos. Allí dejé mi *cateya* escondida entre el heno, por serme ya innecesaria. El caballo fué nuestro verdadero guia. Lo dejamos á su aire y nos llevó por donde quiso, por el camino mejor indudablemente, á la querencia. Ignoro por dónde fuimos; solo sé que al salir de un angosto barranco que apenas servia para dar paso á un riachuelo cuyo murmullo sentia á nuestros pies, me dijo Teodosio que venia á las ancas:

—Ya estamos en el valle.

Despues fuimos subiendo un breve rato, apeándonos al fin delante de un edificio casi tan negro como la noche, que no se hubiera destacado del fondo, á no ser por la luz de sus grietas ó ventanas. Entré por una puerta muy baja y angosta abierta al parecer en un muro de espesor descomunal, y me hallé en un extraño aposento, que hubiera podido parecerme mazmorra, á no constarme que habia entrado en él á piso llano y que debia recibir la luz por ciertos profundos agujeros ó hendiduras laterales á modo de saeteras.

Eran sus paredes de grandes piedras casi en bruto ó muy toscamente labradas, que puestas en hiladas sostenian el techo, de enormes anchurosísimas losas. Hubiérala creido caverna de nuestros más remotos antepasados, á no ver en ella, sin órden ni simetría, vigas de roble y haya, destinadas, donde lo exigia la necesidad, á reforzar la techumbre.

De las grietas de la pared arrancaban algunas teas que daban luz al aposento, pero tambien humo y olor resinoso, poco grato á quien no estaba á semejante atmósfera acostumbrado. En medio se alzaba una mesa de nogal con dos banquillos á los lados, y sendos jarros de vino, vasos de hasta, platos de madera y hogazas de pan.

Por una puerta interior, tan angosta como la de fuera, aparecieron dos personages, marido y mujer sin duda, viejos los dos y vascongados ambos á juzgar por el traje, por la fisonomía y hasta por el talante; pues en todo, como sabeis, va diciendo esa gente: nosotros somos de raza distinta de la vuestra.

El aspecto del primero revelaba al punto no gran perspicacia, ni muy elevadas miras, pero sí tranquila conciencia, ventura habitual, y apacible condicion. Alto, aunque ligeramente encorvado, recio de miembros y poblado aún de fuerte barba y cabellera, blancas como la espuma de la cascada, ó como dos recentales escogidos para piadosa ofrenda, no podia dudarse de su robusta complexion; y la nobleza y serenidad de su mirada y la sonrisa de sus lábios, aunque delgados, bondadosos, daban á conocer una juventud sin mancilla, prenda segura de aquella hermosa y venerable vejez sin remordimientos. Cuando hablaba ó se sonreia dejaba ver dos hileras de dientes sin falta alguna, elementos como pude luego observar indispensables á su dicha.

Aparentaba aquel anciano unos setenta años de edad, y como me figuré desde que apareció en el umbral de la puerta, era Miguel de Goñi. Su

16

mujer, de tres lustros menos, se llamaba Plácida, y su semblante formaba verdadero contraste con su nombre. Grave y circunspecta, crei notar en ella cierto escrúpulo ó repugnancia en mirarme: más no era este su sentimiento, como vi despues, sino tristeza, renovacion de dolores y heridas que nunca se cicatrizan del todo en el corazon de una madre. Dulce y afable, á pesar de todo, porque la virtud es siempre atractiva, estaba poseida de ese amor conyugal, propio de las montañesas, que se trasluce en las obras y que rara vez se significa con la palabra. Adivinar los deseos de su marido, leerlos en sus ojos antes que descendiesen á los lábios, era todo su estudio; satisfacerlos, toda su ocupacion. Su frente indicaba talento superior; pero si lo tenia en realidad, dábalo á entender principalmente en aparecer al lado de Miguel, humilde y contenta como un polluelo bajo las alas maternales.

—Salud, y bien venido á Gastelúzar, me dijo el anciano al entrar. ¿Hablas vascuence?

—Un poco, le contesté.

—Me alegro, porque á mí me cuesta trabajo el expresarme en la lengua de los romanos, y eso que fueron amigos nuestros. Prosigamos en la mia. No estais en mi palacio, sino en el castillo, y os he traido aquí, no por desconfianza ni menosprecio, sino porque hablemos solos y en completa libertad. Mi mujer nos servirá, y como nadie más que mi hijo menor sabe que habeis venido, nadie se enterará de la entrevista. Cualquiera que sea el objeto de ella, os repito la bienvenida, y declaro que me honrais con vuestra presencia, y sobre todo con vuestra confianza. Sí; no podeis figuraros cuánto os agradezco el que hayais venido solo y sin armas á tierra de vascos. Y no solo yo; todo el país si lo supiera os quedaria agradecido. De confiar en los vascos no tendreis que arrepentiros jamás.

Os digo todas estas cosas, amados mios, añadió Ranimiro, dirigiéndose á su tio y Amaya, porque son necesarias para mi justificacion.

Nos sentamos á la mesa y principió la cena, la cual si no se distinguia, como habeis visto, por el lujo del servicio, no desmerecia de las más opíparas por lo escogido y sabroso de las viandas.

No queriendo yo tratar mientras cenábamos del asunto que motivaba nuestra conferencia, le pregunté:

—¿Teneis muchos hijos?

—Cuatro.

—¿Nada más?

—Otros cuatro han muerto. No debe quedar descontento el cazador que parte con el campo, añadió sonriendo tristemente.

—Os compadezco.

—Y vos, ¿sois casado, Ranimiro?

—Lo soy, contesté un poco turbado con la pregunta.

—¿Teneis familia?

—Todavía no; pero sí próximas esperanzas de tenerla.

—Dios os dé más suerte que á mí. El primer hijo que se llamaba Marcelo me lo mató Wamba: es decir, murió peleando contra Wamba en la primera expedicion de aquel monarca: el segundo, que era Antonio, se empeñó en molestar á los godos mientras por disposicion de aquel mismo Rey estaban reedificando á Iruña, que vosotros decis Pamplona, y quedó tendido en una carga de caballería. El tercero..... Chica, ¿dónde murió nuestro tercer hijo, que ya no lo recuerdo?

—En la cama, contestó lacónicamente Plácida.

Y tuvo que dejar de escanciar el vino porque la mano le temblaba.

—Ah, sí: Millan murió en la cama, de resultas de las heridas que recibió en el ataque de la Burunda. El cuarto hijo tambien pereció pocos meses há junto á Victoriaco.....

—Dejemos si os parece esta conversacion, le dije interrumpiéndole: porque vuestra esposa.....

—Tiene otros cuatro hijos dispuestos á seguir el camino de sus hermanos, contestó Plácida con voz entera como la de una leona.

Creí, sin embargo, propicia la ocasion de abordar el objeto de mi viaje, y contesté:

—¿Y no sería mejor conducirlos por senderos de paz? ¿No ha de tener fin esta guerra? ¿No podemos entendernos alguna vez godos y vascos?

—¡Paces entre nosotros! ¿estais soñando? exclamó Miguel, sonriéndose como si acabara de oir un desatino.

—¡Aún no han muerto todos mis hijos! añadió Plácida.

—¿Y habeis venido á proponernos eso? preguntó el anciano, el cual, viendo que yo confirmaba sus sospechas con mi silencio, prosiguió: Me he llevado chasco, Ranimiro; creí otra cosa. Como vos cautivásteis á Lorea, la hija de Aitor.....

—¡Yo cautivar á Lorea! exclamé sin poderme contener en mi sorpresa.

—¡Calla!—Ahora caigo en la cuenta. ¿Quieres hacer en favor de los godos más que han hecho en trescientos años todos tus predecesores? ¿Quieres dar el primer paso hácia nuestra mutua estimacion? ¿Quieres que se calmen y apaguen un poco nuestros rencores? Pues bien; restitúyenos á la hija de Aitor. Devuélvela sin condiciones; porque al fin y al cabo no es un soldado, es una mujer, y tendrás derecho á esperar de nosotros lo que de fijo no te atreverias á pedir.

—Pero Lorea no está prisionera, le contesté: Lorea se ha hecho cristiana.

—¡Cristiana! exclamó Miguel de Goñi, como si fuese á estallar de júbilo su pecho. ¡Cristiana la hija de Aitor! ¡La heredera de Aitormendi! ¿Es cierto?

—¡Cierto, seguro, indubitable! le contesté.

—Pues bien, prosiguió el anciano con una exaltacion que parecia im-

propia de su edad: ya ha llegado el término de los antiguos tiempos! Ya es de Dios todo el pueblo vascongado.

Y el pobre anciano lloraba de gozo y abrazaba á su mujer, y casi casi queria abrazarme á mí, que podia ser el matador de su cuarto hijo en Victoriaco.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Plácida mirando al cielo: ¡de algo ha de servir la sangre de tantos inocentes!

—Mirad, Ranimiro, añadió Miguel: traedme aquí á Lorea y pedidme lo que querais. Sí; ella no puede volver inmediatamente al Jauréguia (palacio) de su valle: no sería prudente exponerla á las iras y despecho de su furibunda hermana: pero que venga aquí, que venga al valle de Goñi. ¡Ya sabes lo que Goñi quiere decir: *Go-i-ñi; en alto yo!* Tan alto está, que aquí no alcanzan ni las locuras de Amagoya. ¡Que venga, Ranimiro!

Si comete Lorea la imprudencia de presentarse sola en Aitormendi; si cae en poder de Amagoya ó de su marido el Jabalí *(Basurde)*, ¡desdichada de ella! ¡Que pida á Dios fuerzas para el martirio! Pero aquí, en nuestra casa, en Gasteluzar, aquí recibirá el homenaje de amor, de respeto, de cariño de todas las siete tribus vascongadas; de las de allá, lo mismo que de las de acá. Dios habrá hecho por ella la redencion de su pueblo. Podremos entendernos quizás vascos y godos, como nos entendimos vascos y romanos!....

Es imposible pintar la alegría y los transportes de aquel anciano que como Simeon al tener al Mesías en sus brazos, parecia haber llegado al colmo de la felicidad.

No supe qué responderle; me encontraba acorralado y vencido por la explosion de palabras de aquel hombre, cuyo corazon suplia á su talento. Entonces comprendí lo que valia mi esposa entre los suyos, y por tanto, toda la importancia y mérito de su sacrificio.

Deseando, sin embargo, conocer á fondo lo que podia esperar ó temer de la situacion en que se hallaba Paula, le dije:

—Debo repetiros que yo, ni me he llevado prisionera, ni he retenido un solo instante, contra su voluntad, á la hija de Aitor. Pero figuraos que haya muerto, ¿qué sucederia entre vosotros?

—Sería una inmensa desgracia para todos; pero si ha muerto cristiana, es de creer que desde el cielo siga siendo la madre de su pueblo y pidiendo á Dios la conversion de Amagoya, que acá en la tierra la sucede en todos sus derechos y su prestigio.

—¿Y si solo hubiese muerto para el mundo y viviese entre las vírgenes del Señor?

—¡Cómo! ¿y así nos habia de haber dejado? Pudiendo hacer tanto bien á su pueblo.....

—Dios, que la llamaba para sí, se encargaria de devolveros con creces lo que con llevársela os quitaba. Pero figuraos que Lorea, sin ser religiosa, no quiera por ahora vivir entre vosotros.

—¡Imposible! ¿Qué vascongado ha de vivir entre godos? ¿Quién de nosotros puede permanecer muchos dias fuera de sus montañas? ¿Qué hijo de Aitor abandona por siempre nuestros valles?

—Figuraos que Lorea se haya casado con un godo.....

—¡Basta, Ranimiro! exclamó el anciano levantándose acongojado: estais en mi casa, y por eso no os contesto como mereceis. Hemos concluido.

En efecto, concluimos. No habia medio de entendernos: ni yo tampoco, vivamente ofendido, de pensamiento si no de palabra, tenia voluntad de satisfacer al señor de Goñi, que se creia insultado por la suposicion de cosa tan cierta, tan indestructible como el matrimonio de la hija de Aitor con un godo.

Y si nada podia esperar de Miguel, del anciano más afable y bondadoso de los vascones, de aquel que habiendo perdido cuatro hijos en la guerra no tuvo ni una palabra de queja y amargura contra sus enemigos, ¿qué esperanzas fundaria yo en Amagoya? Ninguna. Estaba arrepentido de haber significado en Pamplona mis deseos de hablar á Basurde.

Me levanté tambien de la mesa; pero fué para despedirme. Mi dignidad no me permitia añadir una palabra más, á las últimas que allí se habian pronunciado.

Pero al mirar el rostro compungido y venerable de Miguel, se me ocurrió de repente que aquel nobilísimo anciano pudiera acusarme un dia de falta de valor ó de franqueza, por no haberle revelado toda la verdad, arrostrando sereno sus consecuencias; creí, además, que antes de salir de entre aquellos peñascos, condecorados con el nombre de castillo, tenia yo que volver por el nombre y fama de mi esposa, y dije:

—Jaun Miguel, Andra Plácida (son títulos que se dan á las personas principales [1]), Sentaos.

—Sois mi huesped, y mandais aquí. Me siento, respondió Miguel.

Plácida, como si nada fuese con ella, permaneció de pié; pero retirada en el rincon más oscuro del aposento.

—Lo que os he dicho como mera suposicion es cierto, proseguí: la hija de Aitor ya no se llama Lorea, sino Paula. Está casada con un godo de la real familia de Chindasvinto; y ante Dios y los hombres, para vascos y visigodos, es la esposa de Ranimiro, es mi mujer.

No pude proseguir. Miguel tenia la cabeza inclinada al pecho y los brazos cruzados debajo de su blanca y luenga barba; pero á lo largo de ella veia yo correr abundoso llanto, que hilo á hilo se escapaba de sus ojos.

¡Cómo permanecer indiferente ante el espectáculo de un anciano que

[1] *Jaun.* señor: *andra* ó *andria*, señora. Tan honoríficos son, antepuestos al nombre propio, que *Andra-Maria* se llama por autonomasia á la Madre de Dios.



no habia tenido una lágrima por la memoria de sus cuatro hijos muertos en la guerra, y lloraba, sin poderlo remediar, creyendo perdida para los vascos á la heredera de Aitormendi!

—¡Miguel de Goñi, exclamé: Paula no es ya una mujer de este mundo, es una santa!

—¡Sí, me contestó Plácida desde su rincon, pero no es santa vascongada!

Aquella respuesta me devolvió la serenidad, y casi casi me indignó.

—¡Aquí, por lo visto, murmuré, todas las mujeres son Amagoyas!.....

Reponiéndome un poco les expliqué, ya más por consolar á Miguel que por defender á Paula, cómo habia encontrado á esta en Gorvea, y cómo Dios habia preparado el camino para hacerla mi esposa. ¿Qué son, les dije al concluir, qué son ante el Señor las distinciones de godos y vascos? Para él no hay más que hijos; para él todos tenemos que ser hermanos.

Entonces llamó Miguel á su mujer y le dijo que nos escanciara á los dos sendos vasos de vino, y añadió:

—Bebamos como tales; pero cada cual en su puesto. Ese es el órden. Ranimiro, vuestro puesto es Pamplona, quizá Toledo: el mio, Goñi, y el puesto de la hija de Aitor es Aitormendi.

Confieso que las palabras de aquel anciano, que para decir sin saberlo cosas profundas, se habia reforzado con un vaso de vino, me hicieron mella. Hay cosas lícitas que, sin embargo, no suelen salir bien ó no son perfectas, porque no están en el órden. ¿Quién duda que es lícito el matrimonio de un viejo y una niña, de un señor y su sierva? Y con todo, no están en el órden. ¿No se podia decir otro tanto de nuestro casamiento?

—No, padre mio, no, contestó Amaya interrumpiéndole: porque en el órden de Dios está que los hombres se amen como hermanos, que los pueblos no vivan en perpétua guerra, y todo lo que sea facilitar el camino de la paz y concordia.....

—No debia de creerlo así Miguel de Goñi, contestó el Tiufado: no esperaba que nuestro casamiento pudiese abrir paso á la avenencia, porque me dijo al despedirnos:

—Permitidme un consejo, Ranimiro: si no habeis declarado á nadie el nombre y procedencia de vuestra esposa, no lo reveleis jamás. En cuanto á nosotros, los muros de Gasteluzar son bastante gruesos para que dejen escapar el secreto: no saldrá de aquí.

—¡Pero mis hijos..... mis hijos! exclamé. Porque Lorea está en cinta.....

—Lorea ha muerto: los hijos de Amagoya ó de Usua serán para nosotros los hijos de Aitor.

Me marché completamente desconsolado, sin ninguna esperanza en los hombres, pero más que nunca confiado en Dios. Salí de Gasteluzar

despues del alba, con el mismo travieso conductor y la misma jaca que me habian traido.

Para evitar encuentros, me llevó entre breñas y por rodeos al Arga, que vadeamos, y al pié de la montaña de Sárbil, que quedaba á la izquierda, y al divisar á Pamplona desde territorio que ocupábamos los godos, se volvió Teodosio.

Quise hacerle el pequeño regalo de una cadena de oro. Aquel niño lo rehusó con tanta altivez como pudieran haberlo hecho sus padres.

Entré en la ciudad y acudí presuroso á mi casa con el anhelo de contar á mi mujer algo de lo que me habia pasado: algo, digo, porque decírselo todo hubiera sido terrible para ella.

Paula habia desaparecido con una de sus siervas.

Creí al pronto que habria ido á la Iglesia; pero precisamente la sierva que faltaba era judía.

Acudí á las puertas de la plaza, y en la que da frente á la Burunda me informaron de que efectivamente por la mañana habian visto salir dos mujeres y dirigirse hácia el rio Larraun. Aquel camino podia conducir á Goñi, á la Burunda, á la costa.

Una de las fugitivas, cuyas señas cuadraban perfectamente á Paula, llevaba traje vascongado. Aunque se hubiesen dirigido á Valde-Goñi no era regular que nos hubiésemos encontrado en el camino.

Quedé helado de espanto. Al pronto me figuré que Paula, viéndose sola, habia querido llevar á cabo su primer pensamiento de buscar á Petronila para confiarla el funestísimo secreto del tesoro. ¿Cómo, si no, haberse puesto para huir aquel vestido que trajo al entrar en el convento de Victoriaco, y que, segun yo sabia, tan cuidadosamente conservaba?

¡Ay! Si directamente ó por rodeos Paula se dirigia al valle de Aitor, donde moraba su íntima amiga casada con Ochoa, no cabia duda, Paula iba á caer en manos de Basurde y Amagoya, en cuyo caso, como me lo habia dicho Miguel de Goñi pocas horas antes: «¡Desdichada de ella! ¡que pida á Dios fuerzas para sufrir el martirio que la espera!»

—Pero ¡mi madre desobedeceros! esclamó Amaya. ¡Imposible! ¡imposible!

—Eso es lo que yo me decia, despues de un momento de reflexion, repuso Ranimiro: ¡Desobedecer aquella santa mujer á su marido! Y luego ¿á qué fin llevarse á una judía á tierra vascongada? ¡Qué confusion! ¡Qué tormento! ¡Qué incertidumbre! No sé por qué, pero desde aquel dia la consideré perdida para mí, perdida con el hijo que llevaba en sus entrañas! ¡Perdidos ambos para siempre!

No lo estrañeis, aquel acontecimiento misterioso, lleno de contradicciones, inesplicable y frio, tenia todo el aire de un crímen.

—¡Ay, Favila, ay, hija de mi alma! La memoria de ese dia me atormenta sobre manera, y si quereis, suspenderemos por un momento la relacion.

Amaya y el Duque se acercaron al Tiufado, y cada cual le cogió una mano, que apretaba cariñosamente entre las suyas.

Su hija besaba además con lágrimas la que retenia, y Ranimiro estrechó luego á entrambos contra su corazon.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

CATALOGUE OF ORIENTAL COINS IN THE BRITISH MUSEUM

(Volumen II)

Printed by order of the trustees, etc. (*Catálogo de las monedas orientales del Museo Británico. Volúmen segundo. Publicado de orden de los Directores.*) London, 1876.

Acaba de publicarse el 2.° volúmen del Catálogo de las monedas orientales existentes en el Museo Británico, impreso por órden de los directores del mismo, y escrito por Stanley Lane Poole, aunque la publicacion se haya hecho bajo la direccion de Reginald Stuard Poole.

Este precioso volúmen contiene la descripcion de 687 monedas árabes, pertenecientes á las clases de III á X de la clasificacion de Fraehn; son españolas las 182 primeras, cuya descripcion ocupa desde la pág. 2 á la 53.

Que la descripcion está hecha con singular esmero, anotando cuantos detalles ha creido el Autor que pueden tener algun interés para el estudio de la Numismática árabe, no hay para qué decirlo; echamos de menos, sin embargo, el no haberse indicado el número de líneas sencillas ó de gráfila que hay entre ambas leyendas y en las orlas de ambas áreas; pues el número y calidad de estas líneas sirve algunas veces para fijar fechas dudosas; así por ejemplo, algunas monedas de los años 170 á 180 se confunden fácilmente con las de 190 á 200, y se distinguen por el número de líneas que hay en la orla de la I. A., pues las de la decena 170 tienen tres, al paso que las de la decena 190 tienen dos ó una. La obra está adornada con 8 láminas, en las que están representados los principales tipos de las monedas descritas en este tomo: estas láminas están hechas por el procedimiento mecánico autotípico de molde en yeso, procedimiento que, si bien conserva bastante el carácter de los originales, en cambio deja mucha vaguedad en los detalles, de modo que es imposible convencerse de si la lectura está bien hecha, á no ser cuando los originales son de carácter muy claro, y están en perfecto estado de conservacion.

Para mayor comodidad de los aficionados á estos estudios, el Autor ha añadido seis índices minuciosos que comprenden.

I. Indice de años, con los datos siguientes en otras tantas columnas,

año en que fué acuñada la moneda,—metal,—çeca,—dinastía á que pertenece,—príncipe,—número—y página en que está descrita.

II. Indice de çecas; contiene:—çeca,—metal,—año,—dinastía,—príncipe,—número—y página.

III. Indice de nombres propios; contiene por órden alfabético la indicacion de cuantos nombres figuran en las monedas descritas, con remision al número correspondiente.

IV. Indice de puntos diacríticos y otros: contiene por órden alfabético las palabras que en las monedas están escritas con alguno de los puntos diacríticos ó vocales, tambien con la remision al número correspondiente: contiene además los signos de adorno que se encuentran en las monedas.

V. Indice de las marcas de legitimidad de las monedas,—y marcas de çecas.

VI. Indice de miscelánea: contiene principalmente las fórmulas religiosas.

Algunas cosas encontramos poco aceptables en el sistema de publicacion que se sigue en este Catálogo, las cuales á nuestro modo de ver limitan en gran manera la utilidad de tan importante publicacion: nos referimos al sistema de publicar tan solo el texto árabe de las monedas, sin traduccion alguna, sistema que impide por completo á los no arabistas el poder aprovechar los muchos datos contenidos en las monedas árabes: solo se expresa en inglés el año y çeca de las mismas. Tampoco nos parece muy acertado el no haber seguido el sistema métrico decimal, al indicar el tamaño y peso de las monedas: es verdad que el A. salva en parte los inconvenientes, poniendo tablas para la reduccion de las pulgadas inglesas á milímetros, y de los granos á gramos; pero hubiera sido mejor, aunque menos inglés, aceptar de llano el sistema métrico decimal.

Como el Autor parece que con mucho acierto se propone rectificar en los tomos sucesivos lo que respecto á los anteriores haya notado la crítica imparcial, y ha rectificado ya en el II volúmen varias inexactitudes, que han sido advertidas por el Dr. Otto Blau en la Revista *Zeitschrift der deutschen morgenländischen Gessellschaft. XXIX*, al hacer una ligera indicacion de las monedas españolas existentes en el Museo Británico, descritas en este volúmen, nos permitiremos algunas rectificaciones.

De *Abde-r-Rahmán I* existen en el Museo Británico monedas de los años 153, 154, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168 y 169.

El Autor omite indicar la rareza de las monedas descritas, indicacion que en realidad no es fácil hacer sin grandes trabajos prévios: tampoco indica si están ó no publicadas. Como nosotros tenemos á mano datos muy detallados, indicaremos las que juzgamos sean inéditas, como las de los años 158 y 160: de la primera sólo hemos visto dos ejemplares, que poseen el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra y D. Francisco Caballero Infante: del año 169 hemos visto varios.

De *Hixém I* sólo describe un dirhem del año 173: es comun.

Al-Háquem I: años,—185, 186, 187, 188, 190, 191, 193, 195 dos, 197 dos, 198, 199, 200 dos, 201 dos, 202, 203, 204, 205. La del año 188 es inédita, aunque no muy rara, pues hemos visto cinco ejemplares.

Abde-r-Rahmán II,—años 206 tres, 210, 219, 220 dos, 221, 222, 226, 229 dos, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237 dos: las monedas de todos estos años son bastante comunes, y han sido publicadas: la del año 221 con el nombre يحيى? *Yahya?* es nueva para nosotros con este nombre: sospechamos que en vez de *Yahya* deberá leerse علي *Alí,* cuyo nombre figura en monedas del año 220, despues de haber desaparecido el n. *Yahya,* que se lee en las primeras del año 220, y en 4 de las 6 variedades que tenemos anotadas del 219.

Mohámmad I,—años 238, 239 dos, 240, 241, 243. De todos estos años son comunes y las hay publicadas: en la del año 240, hay debajo el n. معاذ, *Moádz,* no معاد, *Moád,* como lee el Autor, por más que en realidad no está el punto de la letra ذ, como no está ordinariamente [1].

De los Príncipes *Al-Mondzir* y *Abd-Allah,* cuyas monedas son bastante raras, no las hay en el Museo Británico.

Abde-r-Rahmán III,—años 343 dinar:—dirhemes, 323, 324, con el n. Çaíd debajo de la I. A.—330, 331 y 332. con *Káçin*—333 y 334 con *Mohámmad*—334, con *Hixem* en la II. A.—336 con *Abd-Allah* en la I. A.—338 dos, 339, 340, 342, 345, 346 dos con *Mohámmad* (desde la mitad del año 336 comienzan á estar acuñadas en Medina Az-Zahra);—347, 348 dos, 349, con *Ahmed:*—todas están publicadas y son bastante comunes.

Al-Háquem II,—dinares de 357 y 359; el primero con el n. *Amir* en la I. A. y الحاجب || جافر en la II:—el segundo solo tiene en la I. A. el n. *Amir;*—dirhemes, 351 con *Yahya* en la II. A.—351 dos, 353, 354, otro de 344 por 354, 355, 356, con el n. *Abde-r-Rahmán* en dos líneas:—357, 358, 361 y 365 con *Amir.*

El dirhem de 351 con el n. *Yahya* es inédito y rarísimo: respecto al dinar de 359, debemos advertir que es bastante raro, y que el nombre que hay debajo de la II. A. debe leerse الحاجب || جعفر, *el hachib* ‖ *Chaáfar,* siendo este en realidad el nombre del *hachib* que en estos años estaba al frente del Gobierno; personaje muy conocido de los historiadores árabes.

Hixem II.—Dinares, de 380 con *Amir* en la II. A.—392 con معلع en la I. A. y *Amir* en la II.—y 393 con el *hachib Abdel-Melic* en la segunda y *Abde-l-Mélic* en la primera:—dirhemes,—366, 380, 381 tres, 382 y 385, con *Amir* en la II. A.—387 con *Mofarrech* en la I. A. y *Amir* en la II.—388 con palabra ininteligible en la II. A.—389, 390 y 391 con

---

[1] Puede verse respecto á este personaje lo que decimos en nuestro trabajo: Títulos y Nombres propios en las monedas arábigo-españolas, comenzado á publicar en la Revista de la Universidad de Madrid, num. de Mayo de 1875.



Mohámmad en la I. A. y *Amir* en la II.—392, tres con سملع la I. A. y *Amir* en la II.—393 dos 394, 395, 396 dos con *Abde-l-Mélic* en la I. A. el *hachib Abde-l-Mélic* en la II.—402 con *Çaid ben Yúcuf* en la I. A.

Todas estas monedas habian sido publicadas, á no ser la del 383: hemos visto muchísimas este año, en la mayor parte de las cuales se leen los nombres *Mohámmad* y *Amir;* en algunas no se lee nombre alguno, y en un sólo ejemplar encontramos el n. *Amir* en dos líneas; quizá la del Museo Británico sea como ésta.

Como el dinar del año 392 no hemos visto ejemplar alguno; los dirhemes de este año con los mismos nombres son muy comunes: el A. ha leido de un modo en el dinar, y de otro en los dirhemes: este nombre debe leerse تمليخ *Ţamlij* ó *Tamlich,* segun hemos expuesto en el trabajo citado anteriormente.

Mohámmad II. Sólo existen en el Museo Británico dirhemes de los años 399 con el n. *Chahwar* en la I. A., y dos del 400 con el n. *Ebn Moçlemah* en la I. A: son comunes.

Çuleimán:—años, 400, dos con *Ebn Moçlemachi*—400 con *Ebn Xochaid* en la I. A. y محمد || ولي العهد *walhiyyo-l-ahd* || *Mohámmad* en la II. y 404, con مدرد *Modrid* (equivocacion por محمد) en la I. A. con la II. como en el anterior:—de estas tres monedas, la tercera es inédita y rara; hemos visto cuatro ejemplares; el A. cree que el grabador debió haber puesto *Mohámmad*, y que por equivocacion puso *Modrid:* nosotros creemos que es un nuevo personaje que figura en monedas de estos años, y que debe leerse مدرك *Modric*, ya que este es nombre árabe conocido, no sucediendo lo mismo con *Modrid*, cuyo nombre no encontramos en parte alguna.

MONEDAS DE LOS HAMMUDIES.

Alí ben Hammud:—dirhemes de Ceuta de los años 407 y 408, ambos con el nombre del *waliyyo-l-ahd-Yahya*, ó sea Príncipe heredero Yahya: publicadas y comunes.

Al-kaçim Al-Mamun:—dirhem de Ceuta de 409 con el n. del Príncipe heredero en la I. A.—en Al-Andalus 410, con el mismo nombre en la II.—Ceuta 411, con el n. *Idris* en la I. A. y el del Príncipe heredero Yahya en la II.

De estas tres monedas, la primera es inédita, y única que sepamos: nosotros tenemos otra con las mismas leyendas, pero del año anterior. La segunda tambien puede considerarse inédita, aunque un ejemplar igual aparezca grabado en las láminas para la obra del Sr. D. Antonio Delgado: hemos visto tres ejemplares de ella. La tercera fué ya publicada por Adler, y es comun.

Yahya Al-Motali:—dinar de 425—dirhem del 419 ó 429, ambas con el nombre del *Príncipe heredero Idris* en la II. A. y *Kaçim* en la I., si bien en el dinar está en dos líneas: ambas son inéditas, aunque bastante

comunes: la fecha de la segunda será 419, no 429, pues Yahya solo reinó hasta el 427.

Idris II. Al-Ali-billah.—Dirhem acuñado en Al-Andalus, año 437, con el n. *Mohámmad* en la I. A., inédito y raro:—dirhem de Málaga, año 446, con nombre de Príncipe heredero *Mohámmad* en la I. A. y en la II. el n. del *Imam Idris* con los sobrenombres de *Al-Ali-billah* y *Ath-Tháfir-billah:*—otro ejemplar de fecha y çeca ilegibles:—estas monedas son inéditas y muy raras: conocíamos dos ejemplares no buenos, que vimos en una escursion que hicimos el verano último con objeto de estudiar las monedas árabes: habiendo encontrado un ejemplar en poder de D. Félix García, de Jaen, á instancias nuestras lo regaló al Museo Arqueológico, y despues adquirimos por compra otro ejemplar, que cedimos á nuestro amigo D. Francisco Guillen Robles, quien tiene interés muy especial por las monedas de Málaga, su pátria.

La lectura de estas monedas, en mala conservacion, es difícil; nosotros no habíamos dado con la interpretacion de la tercera línea de la II. A. hasta hace muy pocos dias, y creimos distinguir الظافر هو الله EL VENCEDOR ES ALLAH.

Mohámmad Al-Mahdi.—Dirhemes en Al-Andalus, de 439 dos y 440 con el n. *Mohammad* en la I. A.—441 dos, 442 tres y 443, con el mismo n. en la I. A. y *El amir Jahya* en la II.—443 sin n. Mohámmad y otro, dudoso con *El amir Al-Kaçim*: todas son conocidas y han dado bastante trabajo á los numismáticos por no estar íntegras las fechas, y haberlas creido de los años 401, 402 y 403, y haberlas atribuido por tanto al Mohámmad Al-Mahdí, que reinó en 399 y 400, y cuyo reinado se creyó que se hubiera prolongado hasta el 403.

BANU ABBÁD DE SEVILLA.

Abbad Al-Mótadhid billah: $^1/_4$ de dinar ó pequeña moneda sin leyendas circulares:—Dirhem de 454, en *Al-Andalus* (Sevilla) con el n. del *hachib Mohámmad:* ambas monedas han sido publicadas por nosotros en el tomo VI del *Museo Español de Antigüedades;* pues aunque la primera aparece como diferente de las que nosotros conocíamos, creemos que el autor ha padecido una equivocacion; leyendo *El hachib*, donde en los originales que hemos visto se lee *Ath-Thafir* sin género alguno de duda, y lo mismo vemos al través de la vaguedad de la reproduccion de la L. II.

Mohámmad Al-Mótamid.—Dirhem acuñado en Al-Andalus en el año 482 con los nombres *El hachib Xarfo-d-Daulah* y *Haxim* en la I. A.: para nosotros es seguro que tambien en esta moneda ha padecido una equivocacion el A.; pues las de este tipo, que nosotros hemos visto, pertenecen á los años 462 y 463, notándose alguna pequeña diferencia en algunas del 463 y en las del 464: desde el 465 no encontramos el n. *en Al-Andalus* en las monedas de Al-Môtamid, sino que las acuñan *en la*

ciudad de Sevilla;—en la ciudad de Córdoba, ó *en la ciudad de Múrcia:* además de que, desde 465, constan en ellas otros nombres que en la moneda en cuestion.

REYES DE ZARAGOZA.

Ahmed Al-Moktadir.—Dirhem de 461 y 008: publicados y comunes.
Ahmed II. Al-Moçtain.—Dirhem de 481: publicado y comun.

AL-MOTHAFFIR DE VALENCIA.

Dirhem del año 456, y otro sin fecha con el n. *Ebn Aglab* en la II. A.: publicado uno del año 455: del 456 no conocíamos.

ÎMADO-D-DAULAH MONDZIR, REY DE DÉNIA.

Dos dirhemes del año 476: comun.

MOHÁMMAD BEN ÇAÁD, DE MÚRCIA.

Dinares de los años 543, 545 y 565: el 1.° y 3.° están publicados; el 2.°, por la pequeña diferencia de la distribucion de la leyenda, resulta inédito: estas monedas son bastantes comunes.

REYES DE GRANADA.

Mohámmad I. Pone como de este Príncipe una moneda de plata, que el Sr. D. Antonio Delgado en su Catálogo de García de la Torre parece que atribuyó á Mohámmad IX; y efectivamente, en el sentido riguroso de la leyenda solo á él puede atribuirse, pues no hay otro Mohámmad que sea hijo de Nasr: sabido es, sin embargo, que la palabra *ben* en las genealogías puede y debe traducirse, unas veces por *hijo* y otras por *descendiente*, de modo que la moneda en cuestion puede ser de cualquiera de los 12 Reyes de Granada que llevaran el n. de Mohámmad: nosotros nos inclinamos á creer que sea del Mohámmad IX.

Yúçuf I. Dobla de este Príncipe con la leyenda [1]:

El amir siervo de Allah, Yuçuf || *hijo del amir de los muslimes, Abu* || *Al-Walid Içmail ben* || *Farech ben Nasr; ayúdele* || *Allah y hágale feliz:*

---

[1] En las monedas de estos Príncipes ponemos íntegra la parte importante de la leyenda, en obsequio de los que no pueden consultar la obra inglesa. Por las dificultades tipográficas, prescindimos de poner el texto árabe, como hemos tenido que prescindir de poner algunas palabras, que teníamos en el original.



en la otra área hay una larga leyenda tomada de la çura III. del Koran, v. 25: esta moneda es sumamente rara.

Mohámmad V. Dos grandes doblas con la leyenda:

El amir siervo de Allah, Mohámmad ben || amir almuslimin Abu || Al-Hachchach, Yúçuf ben || amir almuslimin Abu Al-Walid || Içma-il ben Nasr, ayúdele Allah: en la otra área hay la misma leyenda coránica que en la anterior: tambien es inédita y rara.

Yúçuf III. Gran dobla con la leyenda:

El siervo de Allah An-Nasir || lidin-Allah Yúçuf || ben Yúçuf ben Mohámmad ben || Yúçuf ben Içmail || ben Nasr; ayúdele Allah y protéjale;—es moneda inédita y rara, de la cual hemos visto tres ejemplares.

Mohámmad IX. Cuatro grandes doblas de tres tipos diferentes; las de los números 175 y 176 tienen igual la II. A.: las de los números 177 y 178 son iguales entre sí y coinciden con la del n. 175 en la leyenda de la I. A.

La genealogía del Príncipe está indicada del modo siguiente en la del n. 171.

El siervo de Allah, el vencedor || por Allah, Mohámmad ben Nasr || ben Mohámmad ben Yúçuf || ben Içmail ben Nasr || ayúdele Allah, y protéjale: la leyenda de la otra área está tomada de la çura III. del Koran, ver. 200: es moneda inédita, pero no rara.

La del n. 176 se diferencia solo de la anterior en que al padre del Príncipe le llama *Abu Al-Choyuç* (el padre de los ejércitos) *Nasr*, en vez de *Nasr*, como le nombra la anterior: está publicada, pero es muy rara.

La de los números 177 y 178 está publicada tambien, pero es rara.

Abu-l-Haçan Alî: monedita cuadrada, acuñada con la leyenda *El siervo de Allah, Alí || el vencedor por Allah. || Granada:* es comun.

Anónimas: las de los números 180, 181 y 182 son pequeñas moneditas cuadradas, todas muy comunes.

Por el exámen que hemos hecho de la parte referente á España, del II. vol. del Catálogo de las monedas orientales del Museo Británico, puede formarse idea del interés con que se miran las colecciones numismáticas en los grandes Museos: hace ya muchos años que los sábios extranjeros manifestaban vivos deseos de que se publicaran catálogos de las monedas árabes existentes en tales centros científicos, y casi todos ellos han satisfecho tan justos deseos, ó están en vias de hacerlo: de seguro que los aficionados á tales estudios agradecerian que se hiciese lo mismo con el nuestro, que si tiene muy pocas monedas árabes orientales, tiene muchas de los árabes españoles; su importancia, tanto por el número como por la variedad, supera á la de todos los Museos reunidos; pues á pesar de haberse publicado muchas, quedan todavía muchísimas inéditas tanto en nuestros Museos como en las colecciones particulares.

FRANCISCO CODERA.

Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters, von IOHANNES JANSSEN. Erster Band. Erste Abtheilung. *Deutschlands geistige Zustände beim Ausgang des Mittelalters. (Historia del pueblo aleman por* JUAN JANSSEN. Tomo primero. Primera parte. *Situacion intelectual de Alemania al terminar la Edad Media.)* Un volúmen en 4.° de 260 páginas. Freiburg im Breisgau, Herder, 1876 [1].

Entre la multitud de obras históricas que la erudicion alemana ha dado á luz en estos últimos años, ninguna, en nuestro juicio, aventaja en mérito é importancia al presente escrito. Su autor el Dr. Juan Janssen, profesor de Historia en Francfort sobre el Mein, goza en su patria de envidiable reputacion de erudito, constituyendo con los von Reumont, Hergenröther, Onno Kloop, J. B. Weiss y otros la brillante pléyade de historiadores que puede gloriarse de presentar la Alemania católica enfrente de los Droysen, Ranke, Max Duncker y von Sybel de la Alemania protestante y racionalista. Multitud de obras, relativas en su mayor parte á la historia de Alemania, dan elocuente testimonio de la prodigiosa actividad del profesor Janssen que, aunque aplicada principalmente á los estudios históricos, no por eso ha dejado de dar tambien excelentes frutos en el órden literario. Descuella entre estos su coleccion de retratos y biografías de políticos, filósofos y escritores contemporáneos, de que se han publicado en brevísimo espacio dos ediciones [2].

Pero donde brillan mas claramente las grandes cualidades del doctor Janssen es en el terreno de la historia. Discípulo predilecto y constante amigo del célebre Juan Federico Böhmer [3], iguala á su maestro en el profundo conocimiento de las fuentes históricas, y lo supera en el arte de discernir su valor y en el de condensar y exponer el resultado de sus investigaciones. El estudio de la historia de Alemania desde el principio de la Edad Media hasta la caida del antiguo imperio aleman, ha sido el objeto preferente, cuando no casi esclusivo, de su atencion por espacio de veinte años. La vasta é importantísima coleccion de documentos inéditos relativos á la historia del imperio aleman desde 1376 hasta 1519 publicada por él con el título de *Frankfurts Reichscorrespondenz* [4], sus exce-

[1] La obra completa, segun dice el autor en el prólogo, constará de seis volúmenes.

[2] *Zeit-und Lebensbilder.* Zweite Auflage, 1876.

[3] Autor de importantes obras históricas, entre las que sobresale la vastísima compilacion de documentos inéditos sobre la historia de la Edad Media en Alemania intitulada *Regesta imperii*, rival en importancia de los *Monumenta Germaniæ historica* de Pertz. Janssen ha publicado una extensa biografía de su maestro, á que acompañan varios escritos inéditos de Bohmer, con el título de *Bohmers Leben, Briefe und Kleinere Schriften*, 1869.

[4] *Frankfurts Reichscorrespondenz nebst andern Actenstüchen*, 1863-72.

lentes monografías sobre el emperador Maximiliano y Gustavo Adolfo en Alemania, su exámen de las últimas investigaciones sobre la historia de la guerra de los treinta años, la crítica de Schiller como historiador [1], y el estudio acerca de los orígenes de la primera division de Polonia [2], acreditan al par que la vastísima erudicion del sábio profesor, su sincero amor á la verdad y su rara maestría en el arte de la crítica histórica. Estas cualidades, que los críticos mas eminentes de Alemania reconocen unánimes en el Dr. Janssen, justifican la impaciencia con que se aguardaba su Historia del pueblo aleman desde la conclusion de la Edad Media hasta la caida del Imperio. La primera parte del tomo primero de esta obra ha salido á luz hace algunos meses, mereciendo tan favorable acojida, que en brevísimo tiempo se han agotado tres ediciones de 2.000 ejemplares cada una. La crítica imparcial por su parte ha corroborado los sufragios del público, declarando que el libro del Dr. Janssen, excede á las lisonjeras esperanzas que habia hecho concebir el nombre ilustre de su autor.

Para que nuestros lectores puedan juzgar, en alguna manera, por sí mismos del mérito de esta obra, vamos á examinarla brevemente, procurando condensar, valiéndonos para este fin con frecuencia de las mismas palabras del autor, el resultado de sus investigaciones.

La situacion de Alemania en los últimos tiempos de la Edad Media, ha sido descrita con los mas negros colores por los historiadores protestantes, cuyas obras nos representan el siglo que precedió á la Reforma, como una época de universal decadencia. Dicen estos autores que el pueblo aleman gemia por entonces en la mas espantosa abyeccion; que la supersticion de una parte, y el descreimiento por otra, habian minado los cimientos de la fe; que el clero, olvidado de su mision, no se cuidaba de dar al pueblo la instruccion religiosa, ni de alimentarlo con el pan de la divina palabra; que las ciencias y las artes apenas si encontraban quien las cultivase en el suelo aleman; que el estudio de los clásicos era mirado con horror por el clero..... con otras aseveraciones no menos gratuitas con que pretenden demostrar que todos los adelantos y mejoras de Alemania, fueron debidos a la *Reforma* y al «Humanismo» del siglo XVI.

El libro del Dr. Janssen ha venido á dar el golpe de gracia á tamaños errores, demostrando de una manera irrefragable, que el período histórico tan calumniado por los escritores protestantes, fué «en el órden moral y religioso, en el político y en el científico y artístico, el período de la verdadera reforma en Alemania [3].»

La gloria de principal promovedor del maravilloso renacimiento verificado en esta época, corresponde al insigne cardenal Nicolás de Cusa,

---

[1] *Schiller als Historiker*, 1863.
[2] *Zur Genesis der erste Theilung Polens*, 1865.
[3] Pág. 7.

«espíritu gigante colocado en los confines de la Edad Media, no menos eminente como político y hombre de Estado, que como renovador de los estudios teológicos, filósoficos, clásicos y fisico-matemáticos [1].»

Resumiendo los frutos de este saludable renacimiento en el órden práctico, dice el Dr. Janssen: «La fundacion de nuevas escuelas en las ciudades y en los campos, y la mejora de las que ya existian muestra á las claras el cuidado que se ponia en asentar la educacion del pueblo sobre la base firmísima de las escuelas elementales. La creacion de innumerables gimnasios y de multitud de Universidades, es prueba evidentísima de cuán profundo era en todas partes el deseo de instruirse. El desarrollo de las artes plásticas marchaba al compás del de la ciencia en sus diversos ramos [2].»

La causa de todas estas reformas, el espíritu que las informaba, no eran otra cosa sino «la doctrina católica acerca de las buenas obras, que reinaba á la sazon en todas las almas. Innumerables fundaciones piadosas, asilos de pobres, hospitales y casas de huérfanos, atestiguan su predominio: fruto suyo son, continúa Janssen, nuestras magníficas catedrales é iglesias, y las maravillas artísticas que adornaban en el campo y en la ciudad las casas del Señor: á ella debieron su existencia los gimnasios y las Universidades, á cuya vida proveyó la Iglesia generosamente con fundaciones de todo género [3].»

El cuadro de la situacion intelectual de Alemania en el período que nos ocupa, bosquejado de esta suerte por el autor en la introduccion de su obra, ocupa toda la primera parte del tomo primero, única que se ha publicado hasta ahora, la cual se halla dividida en dos libros. En el primero, intitulado «Enseñanza popular y Ciencia,» expone Janssen el estado de la enseñanza, así en las escuelas elementales como en los colegios y Universidades, á que sirve como de introduccion un capítulo interesantísimo sobre la invencion de la imprenta, considerada como hecho que favoreció poderosamente el movimiento intelectual de la época.

Janssen muestra en un cuadro animadísimo, donde, como en toda la obra, los hechos hablan más elocuentemente que las palabras, la escelente acogida que tuvo el nuevo arte de parte de la Iglesia, su rápida propagacion por Europa, y lo mucho que contribuyeron á ella los Papas, los prelados, todo el clero secular y las comunidades religiosas.

Es sistema del autor, no asentar ninguna proposicion que no se halle comprobada por multitud de testimonios. De aquí que su obra esté sembrada materialmente de textos y de notas, que aquilatan notablemente su mérito, convirtiéndola en un verdadero monumento de erudicion histórica y literaria.

---

1 Pág. 3.
2 Pág. 6.
3 Páginas 7 y 8.

Revélase especialmente esta erudicion en la gran copia de datos con que demuestra Janssen, en el capítulo preliminar antes citado, que «casi todas las impresionees que se hicieron durante el siglo XV en Alemania tuvieron por objeto satisfacer las necesidades literarias del clero, debiéndose únicamente á esto que pudiera participar el pueblo simultáneamente en todas partes de las ventajas de la imprenta [1].»

El capítulo siguiente ofrece á nuestra vista el floreciente estado de la enseñanza en las escuelas elementales, difundidas por toda Alemania hasta en las más pequeñas aldeas, donde los hijos del pueblo que las frecuentaban, recibian la más sana y sólida instruccion religiosa. Numerosas ediciones de Catecismos y Biblias con grabados para uso del pueblo, é importantes prescripciones sinodales sobre la predicacion popular, á que iba unida la creacion de cargos especiales de predicadores, demuestran el celo con que procuraba la Iglesia conservar la fe y promover el bien de las almas.

La situacion de las escuelas medias, que pudiéramos llamar de segunda enseñanza, y el renacimiento en ellas de los estudios clásicos es el asunto del tercer capítulo. La influencia ejercida en este órden por la *Congregacion de la vida comun*, fundada por Gerardo Groote en los Países-Bajos, de donde se extendió á toda Alemania, fué poderosísima. «El espíritu cristiano informaba en las escuelas todos los ramos de la enseñanza: el alumno aprendia á considerar la religion como maestra de la vida y fundamento de toda cultura verdaderamente digna de este nombre [2].» Janssen demuestra con el testimonio de escritores coetáneos cuán frecuentados eran estos centros de enseñanza. En ellos tuvo orígen el renacimiento del clasicismo, ó «antiguo humanismo aleman,» como lo llama Janssen de que fueron principales representantes, juntamente con Rodolfo Agrícola, protegido del cardenal de Cusa, Alejandro Hegius, Rodolfo de Langen y Luis Dringenberg, amigos y discípulos del venerable Tomás de Kempis, «no ménos ilustres por su erudicion, que por su acendrada fe religiosa y pureza de costumbres.» Ellos fueron «los más activos renovadores de la literatura clásica en Alemania, los padres del antiguo humanismo aleman; y es ciertamente notable, que quien más esencialmente influyó en su educacion, fué el mismo que con su libro de la «Imitacion de Jesucristo,» y otros escritos, representa el mayor grado de florecimiento de la piedad ascética en la *sociedad de los hermanos de la vida comun* [3].»

Janssen demuestra el carácter cristiano de este renacimiento, esencialmente distinto del «humanismo,» hostil á la Iglesia de la segunda mitad del siglo XVI. De entre los muchos documentos que cita el autor para de-

[1] Pág. 13.
[2] Pág. 47.
[3] Pág. 48.

mostrar la sincera piedad de los humanistas de la escuela de Kempis, desglosamos la siguiente admirable sentencia de Alejandro Hegius:

Libertas summa est tua, Christe, facessere jussa,
Nemo est ingenuus, nisi qui tibi servit, Jesu,
Nemo est, qui regnet famulus, nisi fidus Jesu.

El capítulo quinto lo dedica el autor á las Universidades, «centros de enseñanza que abarcaban todos los ramos del saber, no promovidos en ningun período de la historia con tan enérgica abnegacion como en el medio siglo comprendido entre 1460 y 1510, y que nunca han alcanzado mayor grado de prosperidad [1].»

Durante estos cincuenta años se fundaron, sobre las siete que anteriormente existian, nueve Universidades. Fueron estas, la de Greifswald, en 1456; las de Basilea y Friburgo, en 1460; las de Ingolstadt y Tréveris, en 1472; en 1477, las de Tubinga y Maguncia; la de Witenberg en 1502, y en 1506 la de Francfort sobre el Oder.

«Innumerables fueron las fundaciones que por los prelados y el clero, por los príncipes y nobles, por la clase media y por los agricultores, se hicieron para estos centros superiores de cultura; y numerosísimos los legados para estudiantes pobres, á quienes se queria procurar las ventajas de la instruccion del mismo modo que á los ricos [2].»

A la proteccion solícita y constante que dispensó la Iglesia á las Universidades, que se consideraban como hijas suyas, ha de atribuirse el que «en la época del cisma casi todas, excepto Witenberg y Erfurt, permanecieron fieles á la Iglesia.» Nacidas á su sombra, florecieron y brillaron con singular esplendor, mientras se conservó inalterable la unidad de la fe, y solo «cuando fué violentamente destruida la base cristiana y corporativa sobre que descansaban, se logro que aceptaran la nueva doctrina; pero esto no sucedió sino cuando hubieron perdido su libertad, descenciendo á la categoría de meros establecimientos del Estado [3].»

El segundo libro, que lleva por título «Vida artística y popular,» consta de varios capítulos, donde despues de algunas consideraciones generales sobre el carácter de las creaciones artísticas en el siglo XV, expone el autor el estado de la arquitectura, de la escultura, de la pintura, del grabado y de la música en Alemania durante este período. Los últimos capítulos tratan de la poesía popular y de la prosa.

Como nuestro artículo va traspasando ya los límites asignados á una revista bibliográfica, y por otra parte, el asunto de este segundo libro no es de tanta importancia como el del primero, nos contentaremos con en-

---

1 Pág. 66.
2 Pág. 66.
3 Pag. 69.



tresacar de él el siguiente párrafo, donde el autor resume brillantemente el resultado de sus investigaciones sobre la historia del arte aleman en la época á que nos referimos.

«Las obras artísticas, maravilla de los siglos por su solidez, su sencillez grandiosa y su belleza, son los monumentos más preciosos de la historia de Alemania en esta época, el termómetro de la elevacion moral del pueblo, la muestra más elocuente de su acendrada fé y patrióticos sentimientos. Ellas nos proporcionan la prueba irrefragable de que así en este terreno como en el de la ciencia, lejos de cortar la Iglesia los vuelos al espíritu, le daba energía, y los medios para realizar las más ideales concepciones..... Los varios ramos del arte formaban entonces un todo magnífico: la arquitectura, la escultura, la pintura y la música se derivaban de la misma fuente, estaban informadas del mismo espíritu, y constituian un solo arte. Arquitectos, escultores, pintores y músicos procedian de comun acuerdo y trabajaban animados de los mismos sentimientos religiosos y patrióticos: la unidad del arte constituia su verdadera grandeza [1].»

Como se ve por este rápido bosquejo, el libro del Dr. Janssen ha venido á iluminar con claridad vivísima la historia del pueblo aleman durante el siglo XV y principios del XVI, disipando las sombras con que la ignorancia y la mala fe habian procurado oscurecerla. Las profundas y perseverantes investigaciones del insigne profesor aleman constituyen una brillante apología del catolicismo, á cuya influencia bienhechora debió Alemania el mayor grado de prosperidad y grandeza que ha alcanzado en todo el curso de su historia. Comparando la Alemania de esta época con la Alemania posterior á la Reforma, se comprende la gran verdad que encierran estas palabras de Grimm: «El protestantismo, que, excitando contra sí saludable reaccion, acrecentó la energía de los pueblos neolatinos, no hizo sino paralizar las fuerzas de los pueblos que lo abrazaron [2].»

EDUARDO DE HINOJOSA Y NAVEROS.

---

1 Págs. 127 y 128.
2 *Leben Michelangelo's*, pág. 671.—Zweite Anflage, 1861.

REVISTA DE CIENCIAS ARQUEOLÓGICAS

SUMARIO

Poblacion reciente de Francia.—Sepultura descubierta en Auwerneer.—Cadáveres de los tiempos heróicos hallados en Tróade.—Inscripciones líbicas de Canarias.

1. De algunos años á esta parte, cultívanse con infatigable ardor los estudios llamados *prehistóricos*. Recogiendo y clasificando los monumentos que ha dejado el hombre esparcidos sobre la tierra, los aficionados á tales estudios suben de una en otra generacion para sorprender los primeros pobladores de esta ó aquella region, ó continente, y señalar sus usos y costumbres, y las modificaciones que en su manera de ser y de vivir hubieron de introducir el andar de los tiempos, y las relaciones con otros pueblos, ó naciones comarcanas. Son innumerables los errores á que han dado lugar estos estudios, de suyo difíciles y ocasionados á grandes estravíos, aun cuando no influyan en ellos, como desgraciadamente influyen muchas veces, las preocupaciones, torcidos juicios y pasiones de los hombres. Uno de los errores más comunes es el atribuir á la poblacion del mundo época remotísima, que algunos hacen subir á centenares de siglos. Con datos de otras ciencias se ha patentizadó mil veces lo absurdo de semejante suposicion; y por lo que toca á Francia, hace poco lo ha demostrado evidentemente con monumentos de la misma Paleontología, Mr. Alejandro Bertrand, competentísimo como el que más en tales materias, secretario perpétuo de la Academia de Ciencias de París y Director del Museo de San German, el más rico del mundo en esta clase de monumentos. Su obra *L'Archéologie Celtique et Gauloise*, publicada el año pasado, hace ver que la poblacion de Francia es relativamente muy reciente, asentando desde luego que los resultados de la arqueología están en perfecto acuerdo con los de la historia, que el arqueólogo no es más que el auxiliar que ayuda á esclarecer y completar al historiador, y que ninguno de los descubrimientos llamados *prehistóricos*, con los hechos ó deducciones que encierran, es de tal naturaleza, que pudiera sorprender á Herodoto, á Tucídides, Polibio, Estrabon, ni siquiera á Tito Livio. La poblacion y cultura del continente europeo no es indígena, sino que vino de fuera, y se pueden seguir las huellas de su paso á través de

las regiones que riega el Danubio, hasta llegar á las que señorean las cumbres del Cáucaso. Más allá de 200 ó 250 años antes de Jesucristo, no se encuentran en las provincias del Norte de Francia, vestigios de su comercio con el mar interior, ó Mediterráneo. Sus más antiguas sepulturas no pasan arriba del siglo V ó VI antes de nuestra era. Para hacerse cargo de los razonamientos de Mr. Bertrand, es necesario leer todo su libro. Al dar cuenta de él el sabio Abate Moigno, considera su publicacion como un acontecimiento de grande importancia, pues afirma de nuevo y robustece la verdad sobre la cuestion más grave debatida en los últimos tiempos, es á saber, sobre el orígen reciente del hombre. «Acabo de pasar, añade, siete años de mi vida estudiando todo lo que se refiere á este asunto; sobre él he formado mis convicciones y las he dado á conocer, divulgándolas en mi revista; tenia la conciencia de no haberme engañado; pero conservaba, sin embargo, algun temor. Hoy este se ha desvanecido completamente, y gracias á Mr. Bertrand, toco la verdad con plena certidumbre, por lo cual le estaré siempre muy agradecido.»

2. A la orilla del lago de Neufchâtel, en Auwerneer, á la distancia de 30 metros de la célebre poblacion lacustre que hubo allí antiguamente, se ha descubierto una sepultura debajo de una capa de tierra de cerca de dos metros de espesor, depositada por el arrastre de las aguas al bajar de la inmediata colina. Su forma es cuadrangular, y mide $1^{m},08$ de largo, y $1^{m},012$ de ancho, y está formada por grandes piedras ó lajas de gneiss, cortadas, sin duda alguna, artificialmente. Esta sepultura pertenece, sin disputa á la clase de dólmenes, llamados en inglés *stone-cist*, á los cuales une nuevo lazo con las ciudades lacustres. Segun el profesor Desor, testigo del descubrimiento, no es sencillo depósito de huesos humanos, sino sepulcro de familia; y la colocacion de los huesos encontrados, indica que los cadáveres fueron depositados enteros, y probablemente sentados. El número de los enterrados allí hubo de ser de 15 á 20. Aunque por estar los huesos muy deteriorados con dificultad pudieron lograrse los cráneos enteros, algunos mejor conservados tenian perfecta semejanza con los cráneos de los habitantes de las ciudades lacustres, en especial con los descritos por MM. Rutimayer é His en su *Craniologia helvética*. Son del tipo mesaticefálico, conocido con el nombre de *grupo de Sion*, que constituye el verdadero tipo helvético. Esta forma de cráneos hállase en la edad de piedra labrada; continúa apareciendo en el corto período de la de piedra alisada ó pulimentada, creciendo siempre en volúmen, en altura, y agrandándose cada vez más la prominencia frontal; y no difiere de la forma helvética actual, sino por el grado de su desarrollo. Además de algunos instrumentos de piedra y de hueso que pertenecen á la edad de piedra pulimentada, halláronse varios objetos de bronce, es á saber, un disco agujereado, un anillo y un alfiler, los cuales presentan el lazo deseado y buscado por tan largo tiempo entre las ciudades lacustres de la edad de piedra y las de la edad

de bronce, ambas á dos representadas en Auwerneer. La importancia del descubrimiento consiste en la nueva prueba que ofrece en favor de la identidad de los hombres de la edad de bronce, de las ciudades lacustres, de la edad de piedra pulimentada, y por consiguiente, de la edad de piedra simplemente cortada. Con esto, el orígen reciente del hombre queda demostrado irrevocablemente, y más y más confirmada la tésis de Mr. Alejandro Bertrand.

3. El Dr. Schlieman, cuyo nombre va gloriosamente unido á las escavaciones que han dado por resultado el descubrimiento de la antigua Ilion, teatro de las guerras y proezas cantadas por Homero, ha descubierto no ha mucho en Mycenas, tres cadáveres de talla gigantesca, colocados en una sola sepultura, y de tal manera, que las cabezas miraban al Oriente y los piés al Occidente. Uno de ellos estaba prodigiosamente conservado, y envuelto en un bellísimo arnés de oro; faltábanle los cabellos; pero se le distinguian muy bien los ojos, lo propio que la boca, abierta por el peso de la celada, y que presentaba treinta y dos dientes, perfectamente conservados. Los médicos, al examinar este cadáver, afirmaron que debió morir este personage en edad de 35 años. No tenia nariz. Ceñia su frente una cinta de oro, y otra más ancha cubria el ojo derecho. El color del cuerpo se semejaba al de las momias egipcias. Apenas se esparció en Argólida la noticia de haberse encontrado el cadáver, bastante bien conservado, de un hombre de los tiempos heróicos, acudieron de Argos, de Nauplia y pueblos vecinos, millares de curiosos, para ver tan estraña maravilla. Como nadie supiese la manera de conservar este cadáver, el Dr. Schlieman llamó á un pintor para que le reprodujese inmediatamente, antes de que se convirtiera en polvo; mas, permaneciendo el cadáver íntegro por dos dias, un farmacéutico de Argos logró solidificarlo por medio de una disolucion de alcohol y sandaraca. Esta sepultura, ¿será la de Agamenon, la de Orestes, ó tal vez la de Atreo y Tieste? Segun la tradicion, allí fueron sepultados estos personajes. A Mycenas la destruyeron los habitantes de Argos, 400 años antes de Jesucristo, convirtiéndola en monton de ruinas.

4. En el Boletin de la Sociedad geográfica de Madrid, correspondiente al mes de Setiembre de 1876, se publicaron unas inscripciones muy curiosas, encontradas por D. Aquilino Padron, beneficiado de la catedral de las Palmas, hácia en un paraje desierto, llamado de los Letreros, en la pequeña isla de Hierro.» Cuando se examinan (dice Mr. Berthelot, Cónsul »de Francia en Santa Cruz de Tenerife, escribiendo á la Sociedad geográ»fica de París), estos signos ó caractéres grabados en la roca á bastante »profundidad, por medio, sin duda, de una piedra dura, sea obsidiana, ó »basalto, que debió servir de punzon, saltan á primera vista muchos sig»nos idénticos los cuales aparecen reproducidos bastantes veces en el »mismo grupo. Son los signos redondos ú ovalados, más ó ménos per»fectos, en algunos casos sencillos y aislados, en otros aglomerados en

»un solo grupo. Estos caractéres, reproducidos con tanta frecuencia, se »encuentran tambien superpuestos, ó unidos á otros semejantes, y aun »encerrados en los análogos.» Algunos se asemejan á hojas ó frutos, otros recuerdan alguna cifra árabe seguida de uno ó varios ceros, y son otros, en fin, de formas muy complicadas, y tal vez geroglíficas. Parece no cabe la menor duda acerca de la antigüedad remotísima de estas inscripciones. Sobre su naturaleza y significacion, no sabemos que nadie haya podido dar con ellas hasta ahora; si bien es probable que se haga cargo de tales monumentos el Dr. V. Reboud, en su obra *Recueil des inscriptions libico-berbères*, publicada recientemente en París: pues á lo que puede sospecharse deben de ser líbicas ó mauritanas.

Importa recordar aquí, pues no sabemos que se haya reparado en ello, cómo alguno, ó algunos de tales caractéres tienen gran parentesco y semejanza con los tallados en piedras toscas, descubiertos y conservados por D. Aureliano Fernandez Guerra en el término de la villa de Zuheros, provincia de Córdoba, monumentos importantísimos de que ya dió muestra el Sr. D. Manuel de Góngora en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, p. 60. Allí se dibujan otras inscripciones de Luque, de Fuencaliente y de Velez-Blanco, de que el Dr. Reboud no podrá menos de sacar sumo partido. Ceda en gloria de nuestros españoles el esmero que han tenido siempre de suministrar datos al estudio y á la ciencia, sin perderse por los espacios imaginarios, y contentándose con mostrar que saben respetar el *ars nesciendi.*

El estudio comparativo de los monumentos de las islas Canarias con los de la campiña de Córdoba y sierras de Luque y Zuheros, unido al de las monedas de *Oba* (Jimena), y *Asido* (Medina-Sidonia), y á la inscripcion de Jerez en letras desconocidas, publicada por Florez, tal vez llegarán á evidenciar que aquellas colonias líbicas, de que nos hablan antiguos escritores, no solamente invadieron las comarcas de las sierras de Ronda y orillas del Guadalete, sino que se derramaron por el Norte, hasta más allá del Genil, y por el Occidente hasta las islas Canarias.

CRÓNICA

ITALIA

1. El Ministro italiano.—2. Las últimas elecciones.—3. Discursos de Depretis y Sella contra la Iglesia.—4. Triunfo del Gobierno en las elecciones: constitucion de la Cámara.—5. La voluntad nacional desconocida en Italia.—6. Discurso de la corona: proyectos contra la Iglesia.—7. Ley *contra los abusos del clero*.—8. Opresion de los católicos en Italia: disolucion del Congreso católico de Bolonia.

1. La revolucion italiana constante en su hostilidad contra el catolicismo, adopta diversas trazas encaminadas al mismo fin. Su última evolucion ha sido *progresista*, verificándose en el año anterior un cambio de Ministerio y unas elecciones en que, como suele suceder, ha triunfado el Gobierno, reuniéndose una Cámara semi-republicana.

Semi-republicano es, en efecto, el actual Ministerio de Víctor Manuel, presidido por Depretis, del cual forman parte Nicotera, antiguo republicano, Mancini y Melegari, revolucionarios avanzados, y otros *ejusdem furfuris*.

2. En vísperas de las elecciones, menudearon los banquetes, las reuniones y los discursos con que los candidatos procuraron atraerse á los electores, prometiéndoles la felicidad del país. De los muchos discursos que en diversas ciudades de Italia pronunciaron los jefes de partido al acercarse las elecciones, debemos dar noticia de los de Depretis y Sella, este último de oposicion; pues ambos discursos muestran perfectamente las dos fases de la política italiana.

3. Depretis, representante de la política *radical*, pronunció su discurso en Estradella, y despues de declarar *progresista* á su Ministerio, se felicitó de la gran obra que la Italia revolucionaria estaba llevando á cabo. Confesaba el gefe del Gabinete, que Italia no tiene hoy grandes hombres, que en ciencias y en artes hiciesen glorioso su nombre, como lo hicieron Galileo y Volta, Manzoni y Rosini, y añadia: «pero si Italia no ha escrito en estos tiempos un libro inmortal, ha escrito un decreto inmortal: *la supresion del clericalismo político;* la redencion del cristianismo civil; la emancipacion del pensamiento religioso; el culto libre de la humanidad.» Tras esta fraseología, comun á los oradores revolucionarios, Depretis ofreció presentar dos proyectos de ley sobre «administracion de los bienes eclesiásticos, y sobre el reconocimiento de la jurisdiccion espiritual, para los efectos civiles,» que corrigieran y completaran las disposiciones de la *ley de garantías*.

Esplicando su pensamiento, dió á entender que en su opinion el Papa tiene demasiada libertad y la Iglesia demasiada influencia, y que es pre-

ciso despojarla por completo y oprimirla de todas maneras, para que «la religion sea un vínculo voluntario de la conciencia libre,» y para que se cumpla el *rationabile obsequium* del Apóstol. De tan insultante manera declaraba Depretis su ódio á la Iglesia y su deseo de oprimirla.

Y como por su boca hablaba de ese modo el partido radical, así por la de Quintino Sella, antiguo Ministro de la revolucion italiana, manifestaban los *conservadores* sus propósitos y deseos. Sella es jefe de la *consortería* de la derecha, representante de lo que en Italia se llama *partido moderado*. Sella, pues, en el discurso de Cossato, despues de admirarse de que «*á pesar* del triunfo de la revolucion y *de la ocupacion de Roma*, no hubieran cedido la hostilidad del Vaticano y los ataques de los ultramontanos;» despues de mostrarse escandalizado de que la Santa Sede y los católicos sigan defendiendo los derechos de la Iglesia, se lamentó de que la ley de garantías de libertad al Papa para combatir con la palabra la revolucion, y se mostró furibundo partidario del *placet* y del *exequatur*, pidiendo que se quitase á la Iglesia la poca libertad de que goza, y que se la sujetase en todo y por todo á la omnipotencia del Estado. Para lograr mejor sus intentos, hasta manifestó Sella el deseo de que los jóvenes que se dedican al sacerdocio, vivan y sean educados al modo secular, y se les haga tener simpatías á la revolucion italiana y amor á sus hombres. No es extraño que, en vista de esto, la *Civilta Católica* repita que son preferibles los radicales á los *moderados* ó conservadores; porque aquellos, sobre debilitarse más pronto con sus violencias, son más francos y se les puede combatir mejor.

4. Al fin se celebraron las elecciones en Italia, triunfando el gobierno. Segun la clasificacion hecha por los periódicos italianos de los partidos en aquella Cámara, constituyen la antigua derecha, actualmente oposicion, 90 ó mas diputados; el centro, unos 110; divididos en ministeriales puros, que son 50, y en grupos Correnti y Peruzzi, que son 60; y la izquierda que la componen 300, repartidos de este modo: republicanos, grupo Bertani, 50; radicales, grupo Cairoli, 50; é izquierda pura, grupo Crispi, 200.

5. No será inoportuno notar, que estos triunfos electorales son muy pobres en Italia, si se tiene en cuenta no ya el número de habitantes, sino el de electores, que allí no son muchos, por estar el sufragio muy restringido. Los electores aumentan todos los años; pero no aumentan los votantes en la misma proporcion. De 600.000 electores inscritos en las últimas elecciones generales de 5 y 12 de Noviembre, apenas votaron 350.000. Son curiosas las cifras de todos los electores votantes que tomaron parte en las seis elecciones que formaron las seis legislaturas del llamado *reino de Italia*, desde la octava, hecha en Enero de 1861, hasta la décimatercera en 1876:

ELECCIONES.	INSCRITOS.	VOTANTES.
27 de Enero de 1861.........	418.696	239.355
22 de Octubre de 1865.......	465.488	250.031
10 de Marzo de 1867.........	460.169	238.381
20 de Noviembre de 1870.....	528.932	238.448
8 de Noviembre de 1874.....	531.939	308.427
5 de Noviembre de 1876.....	605.044	356.437

Es decir, que el número total de electores inscritos en toda Italia, cuando mas, apenas pasa del número de habitantes que tiene la sola ciudad de Nápoles, y aun de esos apenas votan la mitad: lo cual no obsta para que se diga en todos los tonos, que las *hazañas* de la revolucion italiana son obra de la *voluntad nacional*.

6. En este sentido se espresaba el Rey Victor Manuel en el discurso que leyó al abrir la Cámara. En ese discurso decia· «Siempre que inauguro esta solemnidad, siento crecer en mi corazon la fe en los destinos de Italia y en el porvenir de las libres instituciones que hemos jurado, en medio de los nuevos *representantes de la nacion*, que han podido estudiar de cerca las necesidades y *los deseos de los pueblos*, y que serán *sus fieles intérpretes*.» Y despues de tocar varios puntos relativos al régimen económico y administrativo, añadia conforme con Depretis:

«Tenemos que abordar un problema.

»Las libertades *concedidas* en nuestro reino á la Iglesia, mas ámplias que en ningun otro Estado católico, no pueden ser aplicadas de modo que resulten ofendidas las libertades públicas, y mermados los derechos de la soberanía nacional.

»Mi gobierno presentará á vuestro exámen las disposiciones necesarias para dar eficacia á las reservas y condiciones indicadas en la misma ley que sancionaba las franquicias eclesiásticas.....»

Escusado es decir que la Cámara italiana recibió con gritos de aplauso estas declaraciones hostiles á la Iglesia, poniéndose así en claro que para los *regeneradores* de Italia, todas aquellas promesas de libertad de la Iglesia y respeto á la Santa Sede eran pura palabrería, artificio para engañar incautos y encubrir siniestros designios.

No hace mucho que el ministro Mancini dió una circular para que no se diese el *placet* á obispos y sacerdotes no reconocidos *civilmente;* y ahora, conforme á sus propósitos tan claramente manifestados, ha presentado ya á la Cámara un proyecto de ley «sobre la responsabilidad de los empleados públicos, y *contra los abusos del clero*, en el cual no ha hecho mas que copiar las leyes dictadas en odio á la Iglesia por el canciller prusiano. He aquí algunas de las disposiciones del proyecto convertido al presente en ley.

Art. 1.° El ministro de un culto que, abusando de los actos de su ministerio, turbe la conciencia pública ó la paz de las familias, será castigado con cárcel de cuatro meses á dos años, y multa hasta de mil liras (francos).

Art. 2.° El ministro de un culto que, en el ejercicio de su ministerio, por medio de discurso pronunciado ó leido en reunion pública, ó con escritos publicados de otra manera, ó por medio de cualquier otro acto público, censure expresamente, ó ultraje las instituciones, las leyes del Estado, decreto real, *ó cualquier otro acto de la autoridad pública*, será castigado con cárcel hasta de tres meses y con multa hasta de mil liras.

«Si el dircurso, el escrito ó el hecho tienden á provocar la desobediencia á las leyes del Estado ó á los actos de la autoridad pública, el culpable será castigado con cuatro meses de cárcel á dos años, y con multa hasta de dos mil liras.....»

Por este estilo sigue todo el proyecto de ley, que no es otra cosa que una mordaza para los sacerdotes católicos. Los mismos términos en que está

redactado, se prestan perfectamente á la mas odiosa tiranía, y á que el sacerdote no pueda, cumpliendo con su deber, censurar ni oponerse siquiera indirectamente ni aun al mayor abuso de autoridad del último alcalde de monterilla. El periódico satírico de Roma, *Don Pirloncino*, pinta este proyecto de ley, llamándole *La Pastoral de Monseñor Mancini*, del siguiente modo. La escena representa los muros de una cárcel: *el Ministro de Gracia y Justicia* está de pie, amenazador, entre dos filas de obispos con mitra y capa y de sacerdotes con sobrepelliz, y les dice: «*Ciudadanos, cerrad la boca, porque si no ireis á la cárcel.*» Un carcelero, en la puerta de la prision, hace sonar las llaves.

8. Ya no parecerá extraño á nuestros lectores que en Italia, donde tantas reuniones masónicas, internacionalistas y revolucionarias de todo género hay, se prohiba con frívolos pretestos una reunion de católicos. Eso ha sucedido con el Congreso católico reunido en Bolonia. El prefecto de la ciudad, que no habia tenido inconveniente en que se reunieran los internacionalistas, vió con disgusto que se reunian hombres pacíficos y honrados con el fin de fomentar la piedad, la beneficencia, la instruccion y el alivio de los pobres; y so pretesto de que algunos grupos de malvados, que nunca faltan, mostraban antipatía al Congreso, consultó al ministro sobre su disolucion. El ministro, como *hombre de ley*, le dijo, que «estando garantido en Italia el derecho de reunion» no podia eso hacerse *sin una causa poderosa:* el prefecto contestó que el *órden público* estaba amenazado en la ciudad, que veia con disgusto la reunion del Congreso, y entonces el ministro dió su permiso para la disolucion, en vez de haber tomado las disposiciones convenientes para asegurar la libertad de los católicos, si realmente alguien hubiera tratado de cohibirla tumultuariamente. Pero todo era una farsa odiosa, contra la que protestó noble y enérgicamente el Duque Salviati, presidente del Congreso. Algunos periódicos revolucionarios, como *l' Opinione* y la *Nazione*, protestaron tambien, mirando á su propio interés, y pidiendo que se respetase la libertad de reunion.

FRANCIA

1. La última modificacion ministerial en Francia.—2. Política vacilante de Mac-Mahon.—3. Julio Simon jefe del ministerio.—4. Su discurso en la Cámara.—5. Conflicto entre la Asamblea y el Senado.—6. Modificacion de los presupuestos votados en la Cámara popular: discursos notables del Sr. Obispo de Orleans en el Senado.—7. Triste situacion del clero en Francia.—8. El municipio de París.—9. Empresas de los católicos: *Universidades católicas.*—10. Los católicos franceses.

1. A mediados de Diciembre ha ocurrido en Francia una modificacion ministerial en sentido republicano. La política vacilante del presidente del ministerio Dufaure, política en su caida. El mariscal presidente de la República podia haber aprovechado la ocasion de constituir un gobierno fuerte, pero su adhesion al sistema parlamentario, su natural irresolucion y su deseo de seguir gozando tranquilamente del *setenado*, le movieron á contemporizar con la izquierda, y á reformar el gabinete en el sentido que deseaban los gambetistas.

2. Mac-Mahon, sin embargo, quiso quedarse con Dufaure, y consentia en que entrara en el ministerio Julio Simon, uno de los autores del 4 de Setiembre, miembro de la Internacional y testaferro de Thiers. No olvidaba el mariscal que dicho hombre público habia pronunciado en 1873 un discurso violentísimo contra el setenado, y personalmente contra Mac-Mahon; pero el mariscal pasaba por todo, con tal de contentar á la izquierda. La izquierda no se contentaba, y, al fin, Mac-Mahon, á formar un ministerio de la derecha ó disolver la Cámara, prefirió nombrar jefe del gabinete y ministro de lo interior á Julio Simon. Ministro de Justicia y cultos fué nombrado el conservador Mr. Martel, vicepresidente del Senado, y de Ministro de la Guerra quedó Mr. Berthaud, á pesar de la hostilidad que le manifestaba la izquierda. De este modo quiso el mariscal contentar á todo el mundo, y no contentó á nadie: á los republicanos, porque no transigen con un ministerio en que haya elementos conservadores; y á los conservadores, porque no les puede inspirar confianza un ministerio presidido por un hombre como Julio Simon.

3. Segun los datos publicados por los periódicos de París, Julio Simon (que nació en Loriente en Diciembre de 1814) no es solo el último y el mas distinguido representante de la escuela ecléctica, de que fué jefe Víctor Cousin, sino que personifica, además, esa filosofía profesional que para todo sirve, y conduce á los mas altos puestos. Fué sucesivamente discípulo y suplente del compañero de Villemain y Guizot en la Escuela Normal. Suspendido de su cátedra en 1851, presentó su dimision en 1852 por negarse á prestar juramento. No tiene, sin embargo, por la filosofía y por la Universidad, que ha defendido siempre contra los católicos, mas que un amor platónico y secundario. La política revolucionaria le absorve por completo.

Es enemigo de la Iglesia, aunque breton; ambicioso, aunque filósofo; excéntrico, aunque universitario; republicano, aunque orleanista; filántropo

lloroso, aunque enemigo implacable. Trasportando á su vida filosófica, es hoy lo que ha sido siempre: un ecléctico, es decir, un hombre cuyo sistema y cuya doctrina consisten en no tener doctrina ni sistema que le sean propios, que refleja todo y no produce nada, que es tan incapaz de dominar sus propias pasiones como las de otros, que no puede ser jamás mas que un instrumento de partido.

La *République Française* decia terminantemente que en Julio Simon la filosofía, el republicanismo, la democracia, todo ha sido un instrumento para hacer fortuna, una máscara, un disfraz, de que se ha servido ó que ha abandonado cuando ha convenido á sus intereses. Así ha hablado el órgano de Gambetta, del hombre que ha sido elevado á la presidencia del gobierno para complacer al partido que Gambetta representa. Por nuestra parte, nos falta decir que el órgano de Julio Simon en la prensa, es *Le Siècle*, uno de los periódicos mas impíos de Europa.

4. Tal es el hombre á quien el mariscal Mac-Mahon ha confiado el gobierno de Francia. Desempeñando ahora su papel de *conservador* republicano, Julio Simon dijo entre otras cosas, en su discurso de presentacion á la Cámara:

«Soy, ya lo sabeis, profundamente republicano y profundamente conservador, adicto, por todas mis convicciones y todos los estudios de mi vida, al principio de la libertad de conciencia y animado de un respeto sincero hácia la Religion.

El Gabinete es y quiere ser un Gabinete republicano.

En esto no tenemos que hacer mas que conformarnos con el ejemplo dado por el primer magistrado de la república, que en toda ocasion procura seguir de la manera mas exacta los principios de un gobierno constitucional.

Estamos unidos (los ministros) y de acuerdo con la mayoría del Parlamento; queremos, como la mayoría, el mantenimiento, el establecimiento definitivo de la Constitucion republicana que Francia misma se ha dado.

Penetrados de este espíritu, creemos que imprimiremos á los diversos servicios que nos están encargados, una unidad tal que, lejos de contrariarse, se asociarán y se prestarán un mútuo apoyo en la realizacion de la obra comun.

Pero para que la libertad sea verdadera, es menester que la autoridad sea fuerte, y la autoridad no puede ser fuerte si está dividida contra sí misma.....»

5. En cuanto el ministerio presidido por Julio Simon empezó á funcionar, la Cámara de los diputados, es decir, los gambetistas, envalentonados con sus triunfos, quisieron seguir obteniéndolos en toda la línea, y rechazaron ó modificaron, disminuyendo varios artículos del presupuesto de Cultos, de Justicia, de Guerra y de Marina, presentados por el ministerio. Con este motivo surgió un conflicto entre la Asamblea y el Senado, pues este avocó á sí los presupuestos, sosteniendo que sin su aprobacion no podian tener validez. En el Senado se refugiaron las esperanzas de los conservadores, que pedian reparacion á los ataques sufridos en la Asamblea, el clero, el ejército y la magistratura. Algo hizo el Senado, pero no todo lo que podia y debia esperarse de él. En el presupuesto de Justicia restableció un crédito de 40.000 francos, suprimido por la Asamblea; pero en el capítulo referente al culto y

clero, no se atrevió ó no quiso dar plena satisfaccion á los católicos, aunque modificó algo los acuerdos tomados por la Cámara.

6. El Sr. Obispo de Orleans fué el sostenedor de la batalla en el Senado, pronunciando elocuentísimos discursos, para convencer á los senadores de la necesidad de reformar los votos de la Asamblea. Esta habia reducido á la mas mínima espresion el crédito relativo á los capellanes castrenses, y el R. S. Dupanloup logró que el Senado introdujese dos créditos de 103.690 francos en junto para este servicio. Tambien logró el restablecimiento de un crédito de 4.000 francos para las facultades de Teología en Aix y en Rouen, y de las becas de los seminarios, y socorros para el clero rural. En el presupuesto general del clero, el Senado ha hecho poco, aumentando solo en 200.000 francos el crédito de 39.000.000 votado por la Asamblea. En todas estas discusiones el Sr. Obispo de Orleans ha estado á grande altura, volviendo valerosamente por el honor del clero de Francia, y poniendo al propio tiempo de manifiesto sus privaciones y trabajos.

7. Hablando de esto dice una carta de París:

«Borrándose por completo el orador parlamentario y el político elocuente, quedó en la tribuna senatorial el Obispo cargado de años y de experiencia, refiriendo á sus compañeros en lenguaje familiar y conmovedor la profunda miseria, la abnegacion inaudita, los rasgos de heroismo cristiano que él habia presenciado en el clero.

»La escasez del clero en Francia ha alcanzado proporciones tan desconsoladoras, que monseñor Dupanloup demostró que en veintisiete diócesis (Francia cuenta noventa, pero el Obispo de Orleans no habia podido entregarse á ese profundo estudio estadístico en todas ellas) habia dos mil pueblos sin Cura, ni culto, ni matriz que pudiera servirlos; en suma, completamente como si vivieran en la isla de Robinson.

»Y si no habia mas, añadia el Prelado, es por la abnegacion sublime de los sacerdotes, que á costa de su salud, y sin retribucion, andaban distancias enormes para atender á los pueblos huérfanos de su ministerio.

»Un Párroco rural en esas condiciones necesita, para no morirse de hambre, contar con 1.500 francos al año, segun demostró el orador leyendo un minuciosísimo presupuesto casero, y el estado no les daba mas que 900. Si me preguntais que el qué hacen entonces, añadia, os contestaré con dos palabras: se mueren. Yo he perdido así en mi diócesis 33 Párrocos jóvenes que han muerto en la brecha.

»La situacion de París, en lo referente á penuria de sacerdotes, es mas deplorable aún que la de los campos, segun confesion de monseñor Dupanloup, voto autorizado en la materia, pues ha sido, durante muchos años, Vicario en la capital.

»Con tales antecedentes, suprimir las becas de los seminarios y negar todo socorro á los sacerdotes rurales, equivalia á declarar pura y simplemente que se buscaba el esterminio del clero, y esa responsabilidad ha influido favorablemente en el Senado, haciéndole introducir algunas, aunque pequeñas modificaciones, en los créditos suprimidos por la Asamblea.»

8. En esta guerra que la Asamblea ha hecho al clero, reduciendo sus pequeños recursos todo lo que ha podido, es activamente secundada por el municipio de París. Segun dice el *Universo*, despues de haber reducido á

muy pequeña cantidad la subvencion para habitacion de los párrocos y coadjutores de París, y de haber suprimido enteramente el exíguo crédito consignado á favor de los capellanes de cementerios, ha reducido tambien la corta retribucion que se daba á los hermanos de las escuelas cristianas ascritos á las escuelas municipales de la ciudad. Por este camino, no hay duda que Francia se *regenerará* pronto con una nueva *Commune*.

9. Los católicos, en tanto, trabajan sin descanso, y además de organizar diariamente multitud de obras piadosas para todas las miserias morales y materiales, procuran que sea fecunda la victoria conseguida el año anterior, en que alcanzaron la libertad de enseñanza. En toda la nacion se establecen universidades católicas, funcionando ya la de París. La *Semana religiosa* de la diócesis de Arras anuncia entusiasmada que el Romano Pontífice ha aprobado y bendecido los estatutos para la Universidad católica de Lila, especialmente los de la facultad de Teología, concediendo á la Universidad el poder de conferir grados teológicos. Asimismo, la *Semana católica* de Tolosa, anuncia que está en vias de hecho el proyecto de otra Universidad católica en aquella ciudad, habiendo ya celebrado varias reuniones la comision mista de clérigos y legos notables nombrada al efecto por el Sr. Arzobispo.

10. La piedad y el desprendimiento, así como la actividad y el celo de los católicos franceses, son ciertamente motivo de consuelo y esperanza. En medio de aquella sociedad corrompida, las Iglesias de Francia, y muy especialmente las de París, se han visto henchidas de fieles en las últimas festividades, habiendo sido numerosísimas las comuniones: en Marsella los católicos tratan de ofrecer un trono al Pontífice el dia de su jubileo episcopal: en Lyon, como en Marsella y París, los buenos trabajan sin descanso: en todas esas ciudades, focos de impiedad y corrupcion, las congregaciones religiosas florecen, y tienen una vida lozana y fecunda: de allí parten misioneros é Hijas de la caridad á todas las regiones del globo, y allí se fomenta la propagacion de la fe mas que en ninguna nacion del mundo. ¡Quiera Dios que estos esfuerzos y estas virtudes, tengan un dia la decidida cooperacion de un gobierno católico, para que Francia entre de lleno en las vias de la restauracion!

ORIENTE

(Continuacion.)

22. De intento hemos dejado para la última una *potencia* que, no por ser oculta, deja de ser poderosa, y que, al contrario, lo es en alto grado. Nos referimos á la *masonería*, que influye decididamente en todos los sucesos importantes de los pueblos. Y para que no se nos tache de preocupados, apelaremos al testimonio, poco sospechoso, del jefe del gabinete inglés. Lord Disraeli, creado en el año último conde de Beaconsfiel, recibió en Setiembre una comision que, al felicitarle, le rogó que procurase la paz entre las Potencias; y al contestar al mensage de la comision, pronunció un discurso que reprodujo el *Memorial diplomático*, en el cual hizo las siguientes graves declaraciones:

«En la primavera de este año, creia asegurada la paz, y una paz sobre bases que habrian sido aprobadas por todos los hombres prudentes. Pero ¿qué sucedió? Contra la general espectacion, Servia declaró la guerra á Turquía. Os puedo asegurar, señores, que en la direccion de los gobiernos, se deben considerar ahora elementos desconocidos de nuestros predecesores. No tenemos que tratar ahora con príncipes solamente, porque están ahí las *sociedades secretas*, que es un elemento con el cual hemos de tener cuenta, y que, en el último momento, puede dar al traste con todos nuestros acuerdos: sociedades que tienen agentes regulares en todas partes; que denuncian como odiosos los crímenes y estragos, pero que, si les fuera necesario, no vacilarian en cometerlos.»

Cuando esto dice Disraeli, no maravillará á nadie que la *Civiltá Cattólica* crea que la masonería ha decidido la guerra de los eslavos y la desmembracion de Turquía, porque así espera con el tiempo la desmembracion de Austria.

23. En vista de todo, ¿quién podrá conjeturar el resultado de la conferencia de Constantinopla? Por nuestra parte, ciñéndonos al papel de cronistas, diremos solamente que los plenipotenciarios enviados por las Potencias repiten sus reuniones, sin dar á la cuestion solucion alguna. Rusia exige, y la conferencia propone á Turquía, el desarme general de los habitantes de las provincias sublevadas, la abolicion de la milicia territorial turca, la espulsion de los circasianos al Asia, la ocupacion militar de Bulgaria, Bosnia y Herzegowina por tropas extranjeras, el nombramiento de gobernadores cristianos para estas provincias, la organizacion de los tribunales (en los cuales podrán entrar extranjeros) por una comision internacional, la anexion á la Servia del pequeño Zwornik, estendiendo su frontera hasta el Drina, y el aumento del territorio de Montenegro, dotándole de puertos de mar.

24. El Gobierno turco creyó, sin duda, que no se le exigiría tanto, y pensó contentar á las Potencias promulgando una Constitucion á la europea; y ahora ha presentado á la Conferencia sus contra-proposiciones; pero no se puede predecir si las retirará ó las mantendrá, en cuyo caso la guerra sería inevitable.

25. Segun cartas de Oriente, publicadas por las *Misiones católicas*, los

católicos de aquellas regiones desean que la conferencia logre algunas reformas en Turquía, donde realmente los cristianos son mal mirados y peor tratados, entrometiéndose además el Sultan á decidir los derechos y situacion del catolicismo respecto á las diferentes sectas. Además temen que si Turquía triunfase, se entregaría á sangrientas venganzas contra los cristianos, por considerarlos causa de sus disgustos y conflictos. Pero, por otra parte, los católicos temen asimismo el triunfo de los eslavos y de Rusia, por ser esta potencia más tiránica y enemiga del catolicismo, y de más funesta influencia que Turquía.

26. Sobre este particular, expresa perfectamente la situacion, una notable carta que ha publicado el R. S. Strosmayer, el célebre Obispo de Diakobar, que tanto dió que hablar cuando el Concilio Vaticano. El R. S. Strosmayer, que es muy popular entre los eslavos, especialmente entre los católicos, dice en su carta:

«Los voluntarios rusos, al socorrer á los eslavos del Mediodía, trabajan por su propia libertad y por la destruccion del despotismo que les oprime..... Los rusos, que luchan por libertar á otro pueblo, dan al mismo tiempo un golpe terrible al despotismo autocrático del Czar..... Esta es la recompensa que la Providencia reserva á una accion generosa. Los polacos de 1831 llevaban escrito en su bandera: *por nuestra libertad y por la vuestra*, y estas mismas palabras están hoy escritas virtualmente, y dirigidas á Rusia, en las banderas de Bosnia y Herzegovina, de Servia y Montenegro.»

El Obispo de Diakobar no cree que los eslavos del Sur acepten el dominio del Czar, despues de haber sacudido el del Sultan. «Pueden, dice, aceptar el dinero, las armas, los voluntarios de Rusia: más no aceptarán jamás la nacionalidad, la lengua, la dominacion; porque en tal caso, el Gobierno turco sería preferible, como más débil y tolerante, y por consiguiente menos peligroso.» El R. S. Strosmayer ve en los eslavos meridionales, no la vanguardia del Czar, sino soldados de la libertad, que tienden una mano fraternal á todos los otros pueblos libres de Europa, y que estarán dispuestos, una vez libres del Sultan, á socorrer á todos los oprimidos. Si la autocracia rusa se vale de los padecimientos nacionales y de las generosas aspiraciones de los eslavos; si intenta hacer á estos sus vasallos para imponer á Europa su intolerancia religiosa y su sistema político (sistema no eslavo, sino tártaro), la autocracia rusa se equivoca por completo, y los eslavos no podrán disipar victoriosamente las dudas de que son objeto, sino ayudando á sus hermanos, esclavos de la Rusia, á sacudir el yugo y á libertarse del Czar.»

27. Por no interrumpir la relacion de los sucesos de Oriente, hemos dejado para este lugar el trascribir las principales disposiciones de la Constitucion promulgada recientemente en Turquía. Hélas aquí tomadas de la prensa extranjera.

«Indivisibilidad del imperio otomano; el Sultan, califa supremo de todos los musulmanes y soberano de todos los otomanos, es irresponsable é inviolable; sus prerogativas son las de los soberanos constitucionales del Occidente; los individuos del imperio se llaman otomanos indistintamente; su libertad individual es inviolable y garantida por las leyes.

La religion del Estado es el Islamismo; pero se garantiza el libre ejerci-

cio de todos los cultos reconocidos, y los privilegios religiosos de las diversas comuniones. En la Constitucion no existe ninguna disposicion que dé á las instituciones del Estado un carácter teocrático.

Libertad de la prensa; derecho de asociacion; derecho de peticion en las dos Cámaras, para todos los otomanos; libertad de enseñanza; igualdad ante la ley de todos los otomanos; los mismos derechos y los mismos deberes con el país; admision para el desempeño de los cargos públicos de todos, sin distincion de religion; reparticion igual de impuestos; garantida la propiedad; el domicilio inviolable; los jueces actuales ejercerán su accion sobre todos.

El Consejo de Ministros delibera bajo la presidencia del Gran Visir; cada Ministro es responsable de la gestion de los negocios que á su departamento pertenezcan; la Cámara de Diputados puede pedir la acusacion de los Ministros; para juzgarlos se instituirá un alto Consejo; en caso de votar la Cámara de Diputados en contra de un Ministro, el Sultan cambia los Ministros ó disuelve la Cámara; los Ministros pueden asistir á las sesiones de ambas Cámaras, y toman la palabra; puede dirigírseles interpelaciones.

Los funcionarios públicos nombrados segun las condiciones impuestas por la ley, no pueden ser depuestos sin motivo legal y legítimo; la responsabilidad de los funcionarios no queda á salvo por las órdenes que hubieran recibido del superior en contra de la ley.

La asamblea general de los otomanos se compone de dos Cámaras, el Senado y la Cámara de diputados, que se reunen el 1.° de Noviembre de cada año, durando la legislatura cuatro meses. En la apertura de cada una, el Sultan dirige un mensage á ambas Cámaras; los miembros de estas son libres para votar y para emitir sus opiniones, la iniciativa de las leyes pertenece en primer lugar al ministro, y luego á las Cámaras en forma de proposicion; las leyes se someten desde luego á la aprobacion de los diputados, despues al Senado, y por último á la sancion del soberano.

El Senado se compone de miembros nombrados por el Sultan y escogidos entre las eminencias del país. El Senado vota las leyes ya adoptadas por la otra Cámara y la vuelve á enviar, ó desecha las disposiciones contrarias á la Constitucion, á la integridad y á la seguridad del Estado.

Por cada cinco mil habitantes hay un diputado; la eleccion se verifica por escrutinio secreto; el cargo de diputado es incompatible con los empleos públicos; las elecciones generales de diputados se verifican cada cuatro años; los diputados son reelegibles; en caso de disolverse la Cámara se efectúan las elecciones generales, y la nueva Cámara se reune á los seis meses despues de la disolucion de la primera.

Las sesiones de la Cámara de diputados son públicas; los diputados no pueden ser ni detenidos ni perseguidos durante las sesiones, sino con la autorizacion de la Cámara. La Cámara vota las leyes por artículos, y el presupuesto por capítulos.

Los jueces son inamovibles. Las audiencias de los tribunales públicas. La defensa libre; los juicios se pueden dar á la publicidad; en la administracion de justicia no es permitida ninguna ingerencia extraña, las atribuciones de los tribunales serán determinadas exactamente. Los tribunales y comisiones de escepcion son abolidos. Se crea el ministerio fiscal.

El alto consejo, destinado para juzgar los ministros, los miembros del Tribunal de casacion y las personas acusadas de crímen de lesa majestad y de atentado contra el Estado, se compone de notabilidades jurídicas y administrativas. No puede establecerse ni percibirse impuesto alguno sino en virtud de una ley. La ley del presupuesto es votada al fin de cada legislatura, y por un año solamente. El reglamento definitivo del presupuesto del ejercicio trascurrido, se somete á la Cámara de diputados en la forma de ley.

El Tribunal de Cuentas presenta cada año á la Cámara de diputados un estado de la contabilidad financiera, y al Sultan, cada trimestre, la cuenta de la situacion financiera. Los miembros del Tribunal de Cuentas son inamovibles. No podrá ser repuesto ninguno sino por decision de la Cámara de los diputados.

La administracion provincial está basada en la mas ámplia descentralizacion. Los consejos generales elegidos, tratan é intervienen en los asuntos de la provincia; cada canton tendrá un consejo, elegido por cada uno de los pueblos, para gestionar sus negocios propios.

Las poblaciones serán administradas por consejos municipales elegidos.

La instruccion primaria es obligatoria.

La interpretacion de las leyes pertenece, segun su naturaleza, al Tribunal de casacion, al Consejo de Estado, ó al Senado.

La Constitucion no puede modificarse mas que por la iniciativa del ministerio, ó de una ú otra Cámara, y por una votacion de las dos Cámaras, con mayoría de un tercio de votos, «sancionada por el Sultan.»

28. Como se vé, esta Constitucion está calcada sobre las de los estados á la moderna, y, en rigor de verdad, no satisface ni poco ni mucho á los cristianos, segun una carta publicada por las *Misiones Católicas*, de la cual tomamos, para concluir, lo siguiente:

«Segun el reglamento de la Cámara turca, los diputados serán elegidos este año, por escepcion, por los consejos provinciales. Como los armenios católicos están excluidos de estos consejos, claro es que no tendrán representantes en la Cámara de los diputados. Esto no será verdaderamente una gran privacion, y hasta será mejor que los católicos se abstengan de tomar parte; porque segun la organizacion que se va á dar al Parlamento, los cristianos que sean llamados á él, no servirán mas que para ratificar y confirmar los desafueros de la administracion turca.»

«Así el *Hakikat*, diario oficial del Ministerio de la Guerra, tranquiliza á los musulmanes respecto de esta institucion, haciendo notar que la mayoría de los diputados será musulmana, que el Senado se compondrá esclusivamente de musulmanes, y que el *iradé* imperial no sancionará jamás nada que pueda disminuir la autoridad teocrática del Sultan. El *Hakikat* no necesitaba decirlo. Aquí el último de los cristianos sabe que la institucion del parlamento otomano no es mas que una comedia para engañar á Europa. Por otra parte, en un país en que los cargos civiles, administrativos y judiciales, están esclusivamente en manos de los musulmanes, y en que los cristianos, es decir, la otra mitad de la poblacion, están absolutamente privados de ellos, ¿no es una monstruosidad semejante institucion?»

CRONICA INTERIOR

1. Levantamiento del estado de guerra en algunas provincias.—2. Informe de la comision parlamentaria acerca de las operaciones del Tesoro hasta el año 71.—3. Reflexiones acerca de este asunto.—4. Cuestion Elduayen.—5. Alistamiento en las Provincias Vascongadas.

1. Espigando la crónica de los acontecimientos de la última quincena, si no hallamos sucesos de importancia, no faltan, sin embargo, asuntos que merecen fijar la atencion de nuestros lectores. Con relacion á otras, la que acaba de trascurrir ha sido tranquila; pero, ¿qué dia de la presente edad no trae consigo sus miserias y desventuras?

Por de pronto, empecemos felicitándonos del levantamiento del estado de guerra en algunos distritos militares. Los capitanes generales de Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y las cuatro provincias de Granada, Málaga, Almería y Jaen, han declarado que quedan en su fuerza y vigor en los distritos de su mando «las garantías que reconoce la Constitucion del Estado.» De tal modo estamos acostumbrados los españoles al régimen escepcional, que ni siquiera habíamos advertido que nos hallábamos en estado de guerra y sin las garantías que nos reconoce la Constitucion vigente.

2. Nuestros lectores recordarán que con motivo de las graves revelacionas hechas en el congreso por un diputado acerca de las irregularidades, por no decir otra cosa, con que se practicaban las operaciones del tesoro en los primeros años de la revolucion; se nombró una comision parlamentaria á fin de que, estudiando y examinando cuidadosamente los antecedentes de la cuestion, informase á las córtes, á fin de que estas pudieran juzgar con conocimiento de causa, si habia ó no lugar á proceder contra las administraciones de aquella época.

A pesar de la grande polvareda que entonces levantó este ruidoso negocio, no tardó en caer en el olvido: cuando se revelan ciertas miserias, más por espíritu de bandería y de oposicion que por espíritu de justicia; cuando es la pasion y no el austero deber lo que impulsa á los hombres políticos, acontece casi siempre lo mismo. El interés político es siempre móvible y tornadizo.

Sin embargo, en los periódicos de estos últimos dias hemos visto un resúmen del dictámen de la comision parlamentaria nombrada con este obje-

to, dictámen que, sin ser todo lo claro y esplícito que fuera de desear, no deja duda ninguna acerca de la pésima gestion de los intereses públicos en un período de tiempo que comprende desde la revolucion de Setiembre hasta mediados del año 74.

La comision consigna y demuestra «la certeza de las revelaciones» que motivaron su nombramiento» y afirma «que la gestion del tesoro, referente »á las operaciones de la deuda flotante, *fué muy gravosa en general* hasta fin »de Diciembre de 1873, y *todavía lo fué más en su conjunto* en el primer se»mestre de 1874.» Concretando más su pensamiento, asegura «que en la pri»mera de las épocas citadas, y despues de la *ruinosa* operacion de los bonos »del Tesoro, las operaciones se hacian cediendo letras ó pagarés á corto pla»zo con un descuento al tiron, que osciló del 6 al 18 por 100, pudiendo ase»gurarse que en la mayor parte de las ocasiones excedia del 10, abonándose »además en algunos casos comision, casi siempre corretaje, renovándose las »operaciones con inusitada rapidez, ofreciendo pingües ganancias las dife»rencias del cambio, obligando á cuantiosas emisiones de deuda del Estado »y valores del Tesoro para alimentar las pignoraciones, poniendo al Tesoro, »por la enormidad de las sumas, en la dura precision de acudir á consoli»daciones, cada vez á mas bajo precio, con lo que en las comisiones que se »abonaron, obtuvieron los prestamistas grandes utilidades, especialmente »el Banco de París y de los Paises-Bajos.»

Este párrafo nos parece que estaria mas en su lugar en una acusacion fiscal, que en un informe parlamentario; y no precisamente porque le encontremos demasiado severo: nada de eso. El cuidado con que se mantienen los informantes en el terreno de las generalidades, sin arriesgar nombres propios y sin particularizar ninguna de las operaciones que paladinamente condenan, nos parece escesivo. Nosotros creemos que dentro de los límites de su mandato cabia algo mas.

De todos modos, ó nosotros no sabemos leer, ó el asunto pertenece de derecho á los tribunales de justicia.

Pero no hemos concluido: todas las lindezas que nuestros lectores acaban de leer, pertenecen á la primera época, esto es, á la que concluye en Diciembre de 1873; pero no deben olvidar que si esta fué muy mala, la que comprende el primer semestre de 1874 fué todavía peor.

He aquí en qué términos habla de ella la comision parlamentaria.

«En la segunda de las épocas citadas (la que comprende el referido pri»mer semestre), tuvo comienzo el perjudicial sistema de operar admitiendo »valores, *con el que si el Tesoro no encontraba recursos para atender á sus ne»cesidades, ofrecia increibles ganancias á los prestamistas*, convirtiendo crédi»tos sin interés ni plazo fatal ni pignoraciones, en pagarés ó giros con inte»rés, á plazo angustioso ó con garantías enormes, puestas en muchas oca»siones á disposicion del interesado, llegándose á tal punto, que se cedian »letras sobre dinero hecho sin subasta, y á pagar en su mayor parte con va»lores descontados en Bolsa al 40 ó 50 por 100, cuando no el todo, abonando »además un descuento, cuando siempre se habia colocado sobre la par; »dándose el caso de aceptar las proposiciones mas desventajosas, y siendo »digno de llamar la atencion que, condenado el sistema en una órden de ca»rácter general, en el mismo dia y siguientes se faltaba á ella.»

3. Confesamos nuestra incompetencia en materias de hacienda: pero vemos tantos sapos y culebras en ese párrafo, que es para nosotros motivo de profunda admiracion cómo se publica eso sin que la conciencia pública se levante á hacer de fiscal. Los que se admiran del infinito número de carruajes que obstruye las calles y los paseos de Madrid, no tienen por qué calentarse los sesos buscando una esplicacion á este fenómeno de prosperidad negativa. Al ver á muchos de ellos, no puede uno menos de decir para sus adentros:—Ahí vá la bancarrota de España.

La comision parlamentaria encargada de remover este sumidero, propone «para la realizacion de la justicia» (¡diablo de frase!) que se nombre otra comision. Esto es lo que se llama vulgarmente echar *el muerto á otro*.

La prensa, muy ocupada en averiguar si la destitucion del último gobernador de Madrid, es ó no susceptible de producir una crisis ministerial, apenas ha dado muestras de fijar su atencion en este documento, que pone al descubierto llagas repugnantes, que sólo puede cicatrizar la mano inflexible y reparadora de la justicia. Repugna á todo sentimiento de equidad, que al paso que cae inflexible la ley sobre criminales cuyo delito consiste á veces en apoderarse de un objeto ó de una cantidad insignificante, se eche la esponja del olvido sobre malversaciones (por no decir algo mas), de los caudales públicos verificadas en grande escala, y con las circunstancias que revela el informe de la comision parlamentaria.

4. Hemos tocado de paso en el párrafo anterior el asunto referente á la destitucion del Sr. Elduayen, cuestion ardiente, no precisamente por su importancia intrínseca, sino porque por su índole de cuestion personal, trae muy agitado el estadio político en estos últimos dias.

Nuestros lectores ya habrán comprendido que si el Sr. Elduayen, *fidus Achates* de la situacion, ha sido destituido, ha sido pura y simplemente porque no ha querido hacer dimision.

La causa de su desgracia se comenta de muy diversos modos en los círculos políticos. Todas las versiones que á este propósito corren, nos parecen verosímiles. No nos interesa averiguar cuál sea la verdadera. Los celos de influencia son casi tan asustadizos como los celos amorosos. El hecho es que el Ministerio no estaba contento del Sr. Elduayen; que como es costumbre en semejantes casos, le hizo entender por medio de persona oficiosa, que debia hacer dimision; que el Sr. Elduayen manifestó que no estaba de ese humor; y que el Ministerio tuvo que apelar al medio de destituirlo, quedando, sin embargo, satisfecho *del celo y lealtad* con que habia desempeñado su cargo.

Ahora resulta que el gobierno de Madrid tenia facultades y preeminencias que pueden en muchos casos contrabalancear la influencia, y hasta poner en peligro la existencia de los Ministerios. Parece que se trata de poner remedio á este mal mermando alguna de esas preeminencias; pero la cosa no debe de ser tan hacedera, cuando en el momento en que escribimos, esto es, cuatro ó cinco dias despues de la destitucion del Sr. Elduayen, todavía no se ha provisto la vacante, y está abierta la sucesion con gran detrimento de la disciplina de la mayoría.

Porque ahora, como nuestros lectores pueden comprender, la verdadera dificultad no consiste en hallar un reemplazante al Sr. Elduayen, sino en

elegir entre los muchos candidatos que se presentan. Cada circulito de la mayoría, como es natural y de uso, presenta el suyo, y hay siempre peligro en ajar vanidades y en destruir ilusiones. La política moderna es pequeña, y tiene necesariamente que estrellarse en las pequeñeces.

De todos modos, los peligros de esta cuestion nos parece que se exageran algun tanto por los amigos políticos del Sr. Elduayen. El dia en que se le nombre sucesor, habrá que buscar otra nueva, porque esta no darà ya jugo.

5. Poco tenemos que añadir á lo que ya hemos dicho en nuestro número anterior acerca de la manera con que se ha procedido en las provincias vascongadas para la ultimacion y publicacion de las listas de sorteo. La resistencia pasiva á las disposiciones de la nueva ley, parece ser el sistema generalmente seguido por las autoridades forales y municipales de las tres provincias. Siendo el asunto de por sí muy delicado, nos abstenemos de publicar pormenores.

CRONICA ESTERIOR

1. El embrollo oriental, sin disminuir en importancia, disminuye cada dia en interés. Esta cuestion, que era la cuestion favorita de la diplomacia, ha llegado á convertirse en un laberinto sin salida, para demostrar una vez mas la impotencia radical en que ha caido la vieja pacificadora desde que se puso al servicio de la revolucion: las conferencias de Constantinopla, que con trabajoso esfuerzo abortó de sus estériles entrañas, han concluido en medio de la silva y de la indiferencia universal.

Tres únicas soluciones se ofrecian al Congreso diplomático, y todas tres dejaban en pié el inevitable conflicto.

Era la primera presentar á la Puerta un ultimatum; pero habia la dificultad de que siendo un ultimatum de la diplomacia, ninguna nacion queria encargarse de apoyarlo con la fuerza de las bayonetas.

Consistia la segunda, en que la conferencia uniformase sus conclusiones con el modelo presentado por la Puerta; pero esto equivalia á dar la razon al pupilo sobre sus tutores, y á convertirse en la befa del mundo.

Finalmente la tercera, que es la que se adoptó, se reducia á *renunciar generosamente* á *la mano de doña Leonor*, ó lo que es lo mismo, á plegar tiendas y marcharse cada embajador á su olivo, lavándose las manos.

2. El fiasco de la diplomacia y la actitud aparentemente moderada de Rusia, han envalentonado á la Turquía, que no cesa de pasear por todos los periódicos de Europa, estadísticas que nosotros creémos algun tanto imaginarias, de sus fuerzas militares. Ahora pide indemnizacion de guerra á los estados tributarios que se han levantado en armas contra ella, y la reocupacion de las fortalezas sérvias que en otro tiempo eran suyas. A su vez los Principados exigen el *statu quo ante bellum* sin garantías.

3. Entre tanto, todo el mundo dirige la vista á Rusia, que es el *Deus ex*

maquina, en el fondo de cuyas intenciones se encierra el porvenir de esta temerosa cuestion. Las palabras de la esfinge son pacíficas y moderadas; pero las obras no corresponden con las palabras. Mientras expide desde sus cancillerías ramos de oliva, reina en sus arsenales una actividad febril. Dice que no quiere la guerra; pero mobiliza la guardia imperial. Cuando el sol primaveral deshiele los rios y desembarace de nieve las rutas militares, es mas que probable que su lenguaje adquiera mayor calor.

La cuestion oriental es de por sí tan complicada, los paises inmediatamente interesados en ella son tantos, los mediatamente interesados son de tal importancia, los problemas religiosos, sociales, políticos y comerciales que en ella se encierran, son de tal magnitud, que exigiria un estudio especial, que nosotros haremos quizá algun dia, á fin de que nuestros lectores tengan un hilo que les guie por el intrincado dédalo de las noticias y apreciaciones contradictorias de la prensa.

5. Recordamos que en los primeros tiempos del ministerio de Mr. Guirot, se envió un comisionado especial á Oriente para estudiar sobre el terreno la enmarañada madeja oriental. Entonces, como ahora, todo el mundo hablaba de la cuestion de Oriente sin entenderla. El comisionado volvió despues de haber cumplido concienzudamente su encargo, y en su primera entrevista con el jefe del gabinete francés, es fama que le habló en estos términos.

—En la actualidad, Sr. Ministro, yo soy la persona que está mejor enterada en Francia de los asuntos orientales; pero mañana habrá otra que los conocerá mejor que yo.

—¿Quién? le preguntó el Ministro.

—Mr. Thiers, en cuanto yo hable dos horas con él.

Mr. Thiers fué en efecto durante algun tiempo el grande oráculo de los asuntos orientales; pero ahora todo el periodismo europeo se ha dado á hacer pronósticos, y á dar su opinion sobre las complicaciones que lleva esta cuestion en sus entrañas.

6. ¿Surgirá de ellas la guerra general?

Creemos que se puede sin temeridad contestar afirmativamente á esta pregunta.

La guerra parece inevitable.

Los últimos telégramas huelen á pólvora. La destitucion del gran visir Midhat Bajá, se considera como un síntoma belicoso. Se dice que el Czar va á publicar un manifiesto anunciando la próxima ruptura de las hostilidades. Por último, la agencia Maclean dice que los rusos pasarán al Pruth si la Puerta concentra sus fuerzas en la frontera de Dalmacia.

Dice un refran español, que cuando uno no quiere, dos no riñen. La cuestion de Oriente se encargará de desmentir este refran. Para que todo el mundo riña, basta que lo quiera uno. Escusamos decir que este uno será Rusia.

7. La inícua ley contra los *abusos del clero* que acaba de votar la Cámara revolucionaria de Italia, ha sido recibida con protestas de mal reprimida indignacion por todos los centros y todos los periódicos católicos de la península. Pero ¿qué mucho? si la misma revolucion mansa, la conservaduría liberal, mas dañina en Italia que en ningun otro país de Europa, ha creido necesario sacudirse el manto y atacar duramente este acto de salvage into-

lerancia, y de odio feroz é irreflexivo contra la Iglesia. La *Gaceta de Italia* publica á este próposito un artículo, del cual vamos á trasladar algunos párrafos, advirtiendo á aquellos de nuestros lectores que lo ignoren, que este periódico es uno de los más italianísimos y mas liberales entre los que ven, ó mejor dicho, entre los que oscurecen la luz en aquel país.

He aquí en qué términos apreciaba la indicada ley mientras se estaba discutiendo.

«Los representantes de las potencias siguen con el mayor interés los de»bates sobre la nueva ley relativa á los ministros del culto. Hace ya »muchos años que no se han oido en la Cámara italiana *tantos despropósitos,* »*tantas bestialidades*, *tantas blasfemias*. Discursos como los de los honora»bles Petruccelli, Abignente y Marciale Capo no inspiran ni siquiera la ira, »sino la risa. Un Marciale Capo, que quiere arrastrar al Papa delante de los »tribunales, y lo dice en pleno parlamento, parece desde luego privado no »solo de tacto político y de pudor, sino tambien de patriotismo y de sentido »comun, porque no comprende ó finge no comprender el arma irresistible »que pone en las manos de los enemigos de la unidad italiana, de los que »sostienen que el dominio temporal es la única forma posible, la sola ga»rantía positiva de la independencia del Soberano Pontífice. La ley no es »solamente absurda, sino inoportuna y antipatriótica.»

»Diríase que el Ministerio y la Cámara, proponiendo, discutiendo y vo»tando semejante ley, están absolutamente ciegos, porque se figuran que la »fé religiosa ha muerto en el mundo, y no puede despertarse de un momen»to á otro, creando á Italia infinitas complicaciones: ciegos, porque no se »debe hablar en Roma de arrastrar al Sumo Pontífice delante de los tribu»nales, cuando no se tiene la fuerza indispensable para perpetrar y llevar á »cabo semejantes violencias. Para usar este lenguaje, lo repetimos, se ne»cesita tener fuerza material á falta de fé religiosa y de generosidad.

»Esta fuerza no la tenemos: la unidad italiana no *podria resistir hoy á* »*un ejército extranjero;* el que hiciese la guerra á Italia, no se descuidaria en »herirla en su talon de Aquiles; y hé aquí por qué los representantes de las »Potencias extranjeras hacen caudal de estos discursos, debates y vota»ciones.»

Con esta rociada tomada de manantial tan poco sospechoso de parcialidad católica, pueden nuestros lectores formarse una idea de la ley y de los debates á que dió lugar. En estos lució la demagogia desenfrenada sus galas favoritas; por eso la demagogia hipócrita se muestra alarmada hasta el punto que revelan los párrafos que acabamos de trascribir.

8. Hé aquí algunos textos tomados del discurso de Pretruccelli de la Gatina, personaje sacado por las lógias de la córte de los milagros de París, en donde tenia por oficio denigrar á tanto la línea todo lo que hay de más respetable en el cielo y en la tierra, para elevarle á la dignidad de padre conscripto del flamante reino de Italia. Nuestros lectores nos dispensarán que removamos tales inmundicias; pero la política moderna no produce mejores frutos.

«La Iglesia fué siempre subversiva. Desde el Concilio Vaticano se hizo »agresiva. Ahora se halla atacada de hidrofobia.»

....



«La Francia, la fatal Francia, se ha puesto á la cabeza de la cruzada »anti-civil y anti-humana de la Iglesia.»

....

«La revolucion se inspiró en el grito de Voltaire: *aplastemos al infame.*»

«Italia, que imita todas las *suciedades francesas (brutture francese)*, pro»dujo sus Manzonis, sus Pellicos, sus Cantús, sus Balbos y sus Rosminis. »Estos fueron una *suciedad italiana*, del mismo modo que de Maistre, Bo»nald y Chateaubriand fueron una *suciedad francesa.*»

....

«¿Qué sucederia si el nefando y fatal principio de la libertad de la Igle»sia prevaleciese?»

....

«El Episcopado y el Papa continuarán su mision anti-humana y anti»social.»

«Conservando al Papa hemos conservado la serpiente en el seno.»

Este discurso, empedrado de estas y otras muchas blasfemias contra Dios, contra la historia y contra el sentido comun, concluye de una manera digna del orador y de la Cámara que le escuchaba. Cansado de vomitar injurias contra la religion y contra Pio IX, remató su arenga con este bestial apóstrofe al Vicario de Jesucristo: «Tú, lo mismo que tu antecesor San Pe»dro, mientes, mientes, mientes.»

Tales son los comentarios auténticos de la ley contra los abusos del clero. Los moderados italianos andan algo asustados de que semejantes atrocidades se hagan y se digan en el flamante reino, hechura de sus manos; pero la lógica de Dios los condena en todas partes á ser los precursores de *la perdutta gente* que echa los trastos por la ventana con brutal franqueza.

9. Para dar una idea del espíritu y de las disposiciones de la ley contra los abusos del clero, trasladaremos aquí algunos artículos de una parodia burlesca de la ley, hecha por el *Fanfulla*, periódico satírico liberal de Roma. Esta parodia pone perfectamente en relieve la situacion en que quedan la Iglesia y sus ministros á consecuencia del nuevo reglamento lanzado por los clerófobos de Monte-Citorio:

Artículo 1.° «Las autoridades encargadas de la ejecucion de la ley, de»ben siempre tener presente que con las palabras *ministro de un culto* el le»gislador ha querido únicamente castigar al sér nocivo y despreciable que »se llama sacerdote católico apostólico romano, desde el sacristan hasta el »Papa.

Art. 2.° »Nada se modifica en lo que respecta á los ministros protestan»tes, luteranos, evangélicos, calvinistas, valdenses, griegos, ortodoxos, me»todistas, muftis y softas. Para todos estos queda en vigor la grande máxi»ma de la Iglesia libre en el Estado libre.

Art. 3.° »El cura queda igualado por la ley á los que deben estar siem»pre, de dia y de noche, bajo la vigilancia de la policía.

Art. 4.° »Siempre que la policía crea útil extender la vigilancia hasta »el domicilio particular del cura, podrá hacerlo metiendo en él una pareja »de agentes; pero á condicion de que estos sean nutridos y alojados por »cuenta del cura vigilado.»

....

Art. 8.° »Cuando un cura camine por la calle en compañía de algun ciu»dadano, el agente de policía tendrá derecho á formar con ellos el tercio, y »aun en caso necesario, de ir con el cura de bracero para ser testigo del co»loquio.

Art. 9.° »Se tolera, mientras no se disponga lo contrario, el llamado Sa»cramento de la penitencia; pero el cura de almas deberá entenderse con la »autoridad política local para establecer las horas de confesion, que en nin»gun caso podrán pasar de dos al dia.

Art. 10. »Todos los confesonarios del reino deberán estar cerrados con »llave, que tendrá constantemente en su poder la autoridad local, la cual »cuidará de tener los confesonarios abiertos durante las horas estable»cidas.

Art. 11. »En el confesonario, y al lado del cura de almas, tomará asien»to un agente de policía mientras duren las confesiones.

Art. 12. »Si el confesor negase la absolucion al penitente ó á la peniten»te, el agente tendrá derecho á enterarse de las razones canónicas que hu»biesen motivado la negativa, á fin de informar á las autoridades supe»riores.

Art. 13. »En las parroquias donde no haya autoridades políticas ni agen»tes subalternos, la ejecucion de los artículos anteriores podrá delegarse en »un libre-pensador de la localidad, y á falta de este, en un progresista.»

. . . .

Art. 17. «Si uno de los cónyuges, ó parientes, ó convivientes en una fa»milia fastidiase á los demás miembros de la misma con sermones, exhor»tándoles á seguir ciertas prácticas religiosas, y de aquí naciesen dispu»tas, etc., la autoridad política, en vista de la denuncia de alguno de los in»teresados, ó del cocinero, ó de la cocinera, hará prender al Padre espiritual »del exhortante autor del escándalo, y lo meterá en la cárcel, á fin de entre»garlo á la autoridad judicial.

Art. 18. »Cuando no se encuentre al confesor, será arrestado el Pár»roco.»

. . . .

Art. 21. «En todos aquellos casos en los cuales se suscitasen dudas »acerca de la interpretacion de esta ley, los funcionarios administrativos y »agentes subalternos deberán atenerse constantemente al sentido restricti»vo, esto es, á favor del pensamiento libre.»

Nos ha parecido que estas manifestaciones del disgusto y del escándalo que ha producido en el mismo campo liberal el reglamento contra el clero, servirian mejor que la insercion de la misma ley, para dar una idea de lo tiránico y odioso de sus disposiciones.

10. Esta lucha desatentada contra la Iglesia de Jesucristo constituye la política en casi todos los paises de Europa. En todas partes la revolucion dirije con furor sus máquinas de guerra contra este último baluarte del órden social.

En Francia, la persecucion se va acentuando cada dia mas. Los terribles escarmientos de estos últimos años, lejos de hacer entrar á las llamadas clases productoras dentro de sí mismas, parece que han llegado á hacer incurable la ceguera voluntaria que padecen. Francia corre precipitada

á una nueva *Commune*, más terrible y de más deplorables consecuencias que la primera.

11. El Mariscal Mac-Mahon, en quien en un principio se cifraban tan lisongeras esperanzas, no es más que un espantajo, que entre los árduos deberes de su mision, solo ha tomado por lo serío la conservacion de su setenado. Bajo muchos aspectos recuerda este personage á otro famoso general español, que no hizo en el gobierno más que dejarse llevar de todos los vientos, y para el cual toda manifestacion de la violencia, era un mandato de la voluntad nacional.

12. El Ministro más influyente del Gabinete francés en estos momentos, es Mr. Julio Simon, ideólogo corrompido, de palabra melosa y solemne, que entretiene á los revolucionarios asustadizos con guiños y alhagos, mientras obedece borreguilmente los mandatos de los violentos.

13. Al paño del Gobierno, y ocupando una posicion excepcional, el tribuno Mr. Gambetta ejerce una especie de protectorado inverosímil, que demuestra hasta qué punto descienden los pueblos que se embarrancan en los lodazales de la revolucion.

14. Ultimamente, un diario comunista, en el cual escribe Rochefort *Los Derechos del hombre*, llegó á llamar á la Biblia «libro obsceno», y excitó al pueblo á que pasase á vias de hecho contra los curas. La opinion pública se conmovió y pidió con vehemencia que se reprimiesen tales excesos de lenguage. Julio Simon, obligado á hacer algo, acaba de hallar el medio de contentar á todos menos á los católicos. Ha mandado formar nada menos que dos procesos al periódico de Rochefort: pero no por las infamias que acabamos de indicar, sino por haber dicho que la *Commune* habia hecho bien en fusilar á un banquero, y por desacato á Mac-Mahon. Con esto los conservadores han quedado satisfechos (es gente que se contenta fácilmente), y los comunistas tambien.

Este Julio Simon es un tesoro.

15. Ultimamente, Gambetta ha pronunciado en la inauguracion de una biblioteca de distrito, un discurso violentísimo contra la Iglesia. Gambetta pasa por hábil y disimulado; pero hay que observar como síntoma del tiempo, que los hombres políticos solapados dejan de usar ya la solapa cuando se trata de la Iglesia.

16. Estas bibliotecas son hoy en Francia una verdadera calamidad social. «Son verdaderas sentinas morales, dice un amigo nuestro, que ponen espanto en el espíritu más sereno, y desalientan al corazon más confiado. Son depósitos de veneno intelectual, distribuido á manos llenas al pueblo de París.»

17. Tantos y tales incentivos han acabado de decidir á los demagogos de la estrema derecha de la Cámara, los cuales han presentado una proposicion de ley, aboliendo el celibato eclesiástico. En ella, en honor de la verdad, no se pide que se obligue á los curas á casarse á la fuerza; esto vendrá probablemente con el tiempo: por ahora, la proposicion de ley se limita á establecer una sancion penal contra todo funcionario civil que se niegue á autorizar el matrimonio de un sacerdote católico.

Si la cosa no pasa de aquí, queda reducida á las proporciones de una estupidez más. La religion, la moral y el sentido comun, han recibido ya tan-

tas ofensas de los libre-pensadores, que por una más ó menos, no hemos de quedar mejor ni peor.

18. La ley que puede considerarse como un hecho, y cuya gravedad no necesitamos encarecer, es la que establece la enseñanza primaria *obligatoria* en toda Francia. Decimos que puede considerarse como un hecho, porque aunque no ha sido discutida toda á su presentacion en la Cámara, que ha tenido lugar en uno de los primeros dias de este mes, han estallado tales aplausos en todas las izquierdas, que se puede asegurar que si no ocurre alguno de esos tropiezos inesperados con que Dios hace hocicar á los impíos cuando creen estar más seguros de su triunfo, el proyecto será ley vigente en el año próximo.

Así se van descendiendo todos los escalones hasta llegar al fondo, del cual solo podrá sacarnos la misericordia divina.

LA ENSEÑANZA SUPERIOR

SEGUN LA BASE NOVENA DEL PROYECTO DE LEY DE INSTRUCCION PÚBLICA

Artículo II

Veamos primero qué cosa sea el respeto que la base novena impone á la enseñanza científica, y atendamos despues á lo que es verdaderamente la ciencia considerada en el órden religioso. La palabra *respeto* es harto vaga, pues así da á entender el simple miramiento á cosas que no obtienen nuestra adhesion, v. g. cuando se habla de *respetar* las *opiniones agenas*, á veces hasta en materias religiosas (lenguaje vicioso, pero usado por todos los publicistas liberales), como la veneracion y observancia debidas á las cosas sagradas. ¿En cuál de estos dos sentidos deberá ser respetada la religion católica segun la base novena? No habiéndolo declarado sus autores, mal podemos nosotros exponerlo, por más que lo deje entrever el texto mismo oficial. En cambio observaremos, que cualquiera que sea el sentido de la palabra *respeto,* no se puede aplicar á la ciencia considerada en órden á la religion, sin suponer á la primera independiente de la segunda. Porque el respeto, como la etimología misma de esta palabra lo da á entender, denota relacion entre términos extrínsecos y sustancialmente distintos el uno del otro; así cuando decimos, por ejemplo, que la autoridad debe ser *respetada,* claramente nos referimos á las personas que carecen de ella, consideradas en órden á las que legítimamente la poseen; porque de estas últimas no decimos que deben *respetarla,* sino ha-

cer uso de ella respetando á su vez los derechos de los gobernados. Decimos asimismo de los hijos que deben *respetar* á los padres; hablamos del *respeto* debido á los templos, al sacerdocio, á la ancianidad, á la virtud y santidad, aplicando siempre esa palabra con relacion á términos que no forman parte del sujeto que está obligado á esa manera de reverencia; pero nunca la usamos con relacion al sujeto mismo, y así no sería recta la expresion «*respetar* uno *su* propio derecho,» porque el derecho propio debe ser *respetado* de los demás, y puede ser *ejercitado* de la persona adornada de él.

Esto supuesto, el deber que la base novena impone á la enseñanza científica de *respetar* á la Religion, supone que la Religion no hace parte esencial de la ciencia, ó en otros términos, que la ciencia y la Religion son cosas sustancialmente distintas, al ménos en el órden de la enseñanza. Ahora bien, ¿es esto verdad? ¿puede por ventura decirse que los estudios superiores no contienen en su respectiva esfera conceptos y verdades puramente religiosos? La sagrada teología, ¿no pertenece á la enseñanza superior? El derecho canónico y la historia de la Iglesia, asignaturas de la facultad de jurisprudencia, ¿no contienen el conocimiento del dogma y de la moral? Pero aun dejadas á parte estas altísimas disciplinas, esencialmente religiosas, y viniendo á los estudios en que más interviene el discurso natural de la razon, dígannos por su vida los autores de la base novena, qué ciencia, qué doctrina, qué materia conocen que la Religion no la penetre, que no la ilumine la Religion, que no la vivifique y conserve la Religion, de la cual dijo el canciller inglés, que es el aroma que preserva de corrupcion á las ciencias. Poned si no los ojos en cualquiera de las facultades de que consta la enseñanza superior: la Jurisprudencia, por ejemplo. El cristianismo es el alma de la Jurisprudencia. Léase la obra de Troplong

sobre la influencia de esta divina religion en el derecho romano, y se verá que todo él, desde Constantino en adelante, fué informándose de la idea católica, merced á la cual ha podido decirse, que es la *moral práctica, la razon escrita*. De nuestro derecho real no hay que hablar, porque es el mismo derecho romano dándose la mano con el de la Iglesia. Pues ¿qué diremos de la jurisprudencia natural? ¿De dónde proceden sino es de la fe y de la teología la integridad y pureza de su estudio? Y en órden á las otras partes de esa facultad, ¿dónde está por ventura, fuera del cristianismo, la razon íntima de la política y de la economía? [1]

En la facultad llamada de *filosofía* y *letras*, parte vital de la enseñanza superior, la religion y la ciencia se compenetran de tal suerte, que vienen á formar una verdadera unidad. Al frente de esos estudios, dominándolos y dirigiéndolos, se halla la Metafísica, es decir, la ciencia que trata de los conceptos supremos y trascendentales acerca de las cosas reales y posibles, y de las verdades tocantes al orígen, naturaleza y destino del universo físico y de la criatura racional, á la espiritualidad é inmortalidad del alma, á su union con el cuerpo, á la libertad de su albedrío, y por último, á la existencia y atributos de Dios. Pues bien, ¿cuál de entre aquellos conceptos y de entre estas verdades no ha recibido en las escuelas filosóficas dignas de este nombre, el sacramento del bautismo, por cuya virtud han sido purificadas, ennoblecidas y elevadas hasta la dignidad de dogmas y doctrinas sagradas? Los conceptos de lo ver-

---

[1] De tal modo está la verdadera ciencia económica informada de la sabiduría derivada de la fé, que uno de los más ilustres economistas en los tiempos modernos, el vizconde Alban de Villeneuve-Bargemont, no ha dudado poner á su hermosa obra el título de *Economía política* CRISTIANA. Por lo que toca á la política, ¿qué otra cosa es sino la moral católica aplicada al gobierno de los pueblos? «Despues de haber meditado mucho sobre los diez mandamientos de la ley de Dios, el genio político se ha maravillado de ver que nada falta en ellos de cuanto necesita para regir y gobernar rectamente á los hombres.» (MARTINET, *Science social*, lib. I, cap. V.)

dádero, de lo bueno, de lo perfecto, de lo infinito, de lo absoluto é inmutable, proceden, no lo negamos, de la mente del hombre, la cual es naturalmente cristiana, pero de la mente fecundada é iluminada por la luz sobrenatural; lo cual es tan cierto, que fuera de esta region divina, en las escuelas racionalistas, inclusas las que blasonan de *respetar* el cristianismo, aquellos conceptos se corrompen miserablemente, descomponiéndose y transformándose en errores y delirios. La gran verdad que ilumina el mundo real á los ojos de la filosofía, como una lámpara descendida del cielo y pendiente siempre de la mano de Dios, es la creacion; más hé aquí que la creacion, antes de ser la gloria de la filosofía moderna, fué dogma de nuestra fe. Dogmas son asimismo de la fe, que el alma humana es espiritual é inmortal; que goza de libertad de albedrío: que es la forma sustancial de nuestro cuerpo; que fué criada á imágen y semejanza de Dios: dogmas son las nobles doctrinas de la Metafísica acerca de Dios, de su providencia, del orígen del mal, de la ordenacion universal de los séres á Dios como á su último fin. En una palabra, toda la Metafísica es *cristiana*, y en este sentido ha sido y es cultivada por los ingenios más peregrinos que conoce la historia del espíritu humano, desde S. Agustin á Cayetano Sanseverino [1], quedando entre ambos recibiendo y comunicando la verdad que brilla en sus obras el Angel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino. Y lo que decimos de la filosofía, puede asimismo entenderse de las letras y de la historia. La literatura, como expresion de lo bello, es sustancialmente cristiana, porque la belleza es el esplendor de la verdad, y el cristianismo es la verdad misma descendida del cielo, en la cual se contienen tipos y modelos de

[1] Todos conocen la obra monumental de Sanseverino intitulada *Philosophia Christiana*. La Filosofía moderna que desdeña este hermoso título, no puede gloriarse de ninguna obra comparable siquiera con la del insigne canónigo de Nápoles.

perfeccion y belleza sobrehumanas. Es la belleza una misma cosa con el bien, y reside con eminencia en la virtud y perfeccion moral de la vida; y en el cristianismo el órden moral se mira constituido y transfigurado en perfeccion sobrenatural y divina. Así que las artes todas que llevan el nombre de bellas, la poesía y la elocuencia entre ellas, son y no pueden ménos de ser cristianas en los pueblos ilustrados por la fe, y muy particularmente en España, cuyos mayores ingenios, de la fé recibieron sus altos conceptos caleotécnicos, y con ella sellaron las obras que forman nuestros más ricos tesoros literarios. Concíbese el arte, como se concibe la moral, y en épocas y naciones donde no ha sido conocida la verdad cristiana; lo que no se concibe es, que despues de haber sido conocida, despues de haber vivido de ella el entendimiento, el corazon y hasta la misma fantasía, conserven respectivamente estas potencias el conocimiento y el amor de lo bello y de lo bueno, rebelándose contra el principio mismo de que proceden el bien y la belleza, y cayendo en las tinieblas de la infidelidad. No vacilamos pues en decir con profunda conviccion, que cuando en los pueblos cristianos las bellas artes dejan de ser cristianas, por el mismo caso dejan de ser bellas, y hasta de ser verdaderamente artes.

¿Pues qué diremos de la historia? Todos saben que la porcion más importante de su trama la forman los hechos del órden religioso, ó los que más ó ménos próximamente se enlazan con la religion, con la cual corren siempre unidos la vida, la duracion y el destino de los imperios. Que si además se quiere estudiar la historia, contemplando en los mismos sucesos que refiere, los designios de la Providencia, todavía se verá mas claramente la necesidad de mirarlos á la luz de la enseñanza católica, donde únicamente se contienen las razones del plan divino que resplandece en el conjunto y ordenacion de los sucesos históricos. «La reli-

gion, ha dicho Balmes, y no nos cansaremos nosotros de repetir, es la verdadera filosofía de la historia.» «Cuatro ó cinco hechos auténticos, observa el autor del *Discurso sobre la historia universal,* más claros que la luz del sol, ponen de manifiesto á nuestros ojos, que la religion que profesamos es tan antigua como el mundo, y por consiguiente, que el autor de ella es el mismo Criador del universo, en cuyas manos están todas las cosas, siendo Él quien únicamente ha podido comenzar y dirigir la ejecucion de un plan que comprende el curso de todos los siglos [1].» Un escritor contemporáneo expresa esta misma verdad en dos líneas bellísimas. «La religion, dice el Cardenal Deschamps, es el alma de los pueblos, forma la verdadera sustancia de su vida *histórica,* y es el hilo precioso que debe guiarnos en el laberinto de los hechos que pasan [2].» Pero ¿qué necesidad tenemos de insistir en una verdad reconocida y confesada por todos los hombres pensadores cuando discurren acerca de la historia, inclusos los mismos racionalistas? Porque basta tender la vista sobre la prolongacion de los tiempos que recorre la historia universal, para ver y admirar en medio de ellos el polo divino de la redencion que atrae á sí todas las cosas, al cual tienden, como al término dichoso de su anhelo, las generaciones del mundo antiguo, y del cual parten la luz y la fuerza que necesita el mundo para regenerarse y vivir segun las leyes de la verdad divina, y cumplir el género humano sus gloriosos destinos.

Por este órden pudiéramos ir fijando sucesivamente los ojos en las diversas ramas del humano saber, y considerar, al través de la corteza exterior formada por los datos de la experiencia, el espíritu cristiano que las vivifica y embellece. Esta es una ley universal que comprende hasta las

---

[1] II part. *in fine.*

[2] Le Christ et les antechrists. cap. II. art. I.

facultades y disciplinas científicas que parecen más extrañas á la religion, v. gr., la Medicina. No hace muchos años, cuando el imperio del tercer Napoleon se acercaba sin advertirlo al período de la agonía, el Secretario general del Ministerio de Instruccion pública y Comisario del Gobierno en el Parlamento, Mr. Cárlos Robert, fué osado á sostener delante del Senado esta odiosa proposicion: «Que la ciencia en general y la Medicina en particular, pueden y deben mirar, y tener por cosas extrañas á su estudio y consideracion, los conceptos del órden filosófico, y toda doctrina moral y religiosa.» Felizmente la escelente revista francesa de Medicina intitulada *L'Art Medical*, salió al punto en defensa de la verdad y hasta de la dignidad de esta ciencia, lastimada por el audaz comisario; y recorriendo una por una las diversas partes que la componen, demostró que «todas ellas contienen conceptos ó implican relaciones tocantes á la religion y la filosofía cristiana, y que no se la puede aislar ni separar de los principios que la ilustran, fecundan y dignifican, sin que luego al punto degenere en vergonzoso positivismo, es decir, en pura ignorancia y negacion á un mismo tiempo sistemática y orgullosa.» «No hay parte alguna de la Medicina, concluye el sabio escritor de *L'Art Medical*, que no esté en contacto con la filosofía, con la moral, con la religion, de donde proceden juntamente sus peligros y su dignidad, porque segun sean las dóctrinas que secreta ó manifiestamente la inspiren, así será esta ciencia buena ó mala, verdadera ó falsa, así será arte benéfico ó funesto [1].»

---

[1] Precisamente al tiempo de componer este artículo recibimos la preciosa revista de *Filosofía*, *Medicina* y *Ciencias naturales* publicada en Bolonia por la Academia filosofico-médica de *Santo Tomás* con el título de *La Scienza italiana;* y escusamos decir que los sabios fundadores de esta revista, entre quienes figura el Padre Secchi, no creen hacer nada tan favorable para las ciencias *médicas* y naturales y su *pura enseñanza científica*, como tomar por guia al Angel de las escuelas; lo que es algo mas que *respetar* los dogmas católicos.



No queremos seguir adelante en el análisis de los principios y verdades de fe y sabiduría divina que encierra la enseñanza de las ciencias humanas: lo dicho basta para que se entienda cuán fuera de razon es suponer, como supone la base novena del proyecto de instruccion pública, que la religion sea cosa agena de la enseñanza superior, ó que esta última haya de limitar sus deberes para con Dios, al simple respeto y miramiento que deben guardarse dos poderes independientes el uno del otro. Este respeto, por otra parte, no suele ser otra cosa en la ciencia y en la enseñanza moderna, sino una fórmula de pura cortesía, debajo de la cual se oculta á menudo la horrenda conjuracion de los enemigos de Dios contra la verdad que se ha dignado revelarnos. Acerca de este punto, el lector nos permitirá que recordemos un ejemplo notable que aclara y confirma nuestras observaciones.

El jefe del universitarismo francés, el fundador del eclecticismo filosófico-doctrinario que por espacio de largos años ha informado las escuelas moderadas, Mr. Victor Cousin, en el prefacio de sus *Fragmentos*, decia: «¿Qué puede haber entre mí y la escuela teológica? ¿Por ventura soy yo algun enemigo del cristianismo y de la Iglesia? En los muchos cursos que he esplicado, ni en los libros que he escrito, ¿se puede acaso encontrar una sola palabra que se aparte del RESPETO *debido* á las cosas sagradas? Que se me cite una sola siquiera dudosa ó ligera, y la retiro, la repruebo como indigna del filósofo. ¿Será tal vez que sin quererlo ni saberlo yo, la filosofía que enseño, hace vacilar la fe cristiana? Esto sería más peligroso, y al mismo tiempo menos *criminal*, porque no siempre es ortodoxo quien quiere serlo. Veamos cuál es el dogma que mi filosofía pone en peligro. ¿Es el del Verbo, el de la Trinidad ú otro cualquiera? Dígase, pruébese ó ensáyese al menos la prueba: esta será, cuando menos, una discusion séria y

verdaderamente teológica: yo la acepto de antemano y la solicito.» Pues bien, el filósofo que en este tono hacia alarde de *respetar constantemente* los dogmas católicos, y reputaba por *crimen* el conmover en los ánimos la fe cristiana, ese mismo se gloriaba de haber importado en Francia el panteismo germánico, en calidad de simple discípulo de Schelling y Hegel; ese mismo habia enseñado, que «el ser absoluto es el *fondo idéntico de todas las cosas* [1];» «que no puede haber más que *una substancia* [2];» que «Dios no es otra cosa que el mismo bien, *el órden moral tomado substancialmente* [3];» que «el mismo Dios, que vive en nosotros, *vive en la materia* [4];» que «Dios cuenta tantos adoradores *cuantos son los hombres que piensan*, pues que no es posible pensar sin admitir alguna verdad, *aunque no sea más que una sola* [5];» que «Dios es á un mismo tiempo *uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre del sér y en su más humilde grado, infinito y finito á un mismo tiempo*, triple, en fin, es decir, á un mismo tiempo Dios, *naturaleza* y *humanidad*; y en suma, que «*si Dios no es todo, no es nada* [6].» Mentira parece que quien tan descaradamente profesaba el panteismo, es decir, el ateismo más la mentira, segun la definicion del Padre Gratry, tuviese la osadía de preguntar con arrogancia cuál era el dogma cristiano de que habia renegado, cuando antes hubiera sido razon preguntarle á él, cuál era, no ya solamente el dogma cristiano, sino la verdad metafísica y moral, entre las que puede conocer naturalmente la razon, y de hecho conocie-

---

1 Curso de 1818, pág. 55.
2 Ibid., pág. 139.
3 Obras de Platon, t. I, argumento del Euthyphron, pág. 3.
4 Curso de 1818, pág. 265.
5 Ibid., pág. 128.
6 Tomo I, prefacio de la 1.ª edicion.

ron hasta los mismos gentiles, que su enseñanza científica no destruyese cuanto era de su parte en sus lectores y discípulos. Este fué, sin embargo, el que protestaba de su respeto á la Religion, y tenia por crímen hacer vacilar, aunque fuera sin advertencia, la fe cristiana; respeto digno ciertamente de quien rechazó «la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar [1];» respeto en que se ve reproducido el *Ave Rex* con que saludaban al Salvador del mundo los mismos que herian su adorable rostro y clamaban por su crucifixion.

Ahora, ¿será temerario decir que este será el respeto que guarden á los dogmas y la moral de la Iglesia, muchos de los doctores y maestros encargados de dispensar la enseñanza puramente científica en España, conforme á la base novena del nuevo proyecto de instruccion pública? Acaece á las ciencias lo mismo precisamente que al hombre: que el que no recoje, esparce; el que no está con Cristo, es enemigo de Cristo. Tampoco entre las ciencias hay medio: ó conducen próxima ó remotamente á Dios, de quien proceden; ó se terminan en la glorificacion de la razon humana y en servir á la carne. En este último caso, vano será exigirles que respeten al cristianismo, que es precisamente el blanco de su oposicion; porque eso será decir á las pasiones y al orgullo, que respeten la ley que los enfrena, que estimen la humildad y la castidad. La ciencia sin religion, hinche el ánimo de soberbia; y la soberbia no supo jamás otra cosa sino despreciar. Mas decimos: ese respeto que se exige á la enseñanza, *á pesar de ser científica*, para con la fe, puede ser todavía más funesto que la libertad que le otorgára la ley de combatirla; al menos, la religion no agradece ni pue-

---

[1] Palabras del mismo Cousin, que se leen en su traduccion de Platon, t. 4.º, páginas 276. 277, donde añade, «que en su opinion hay engaños *inocentes*, engaños *útiles* y hasta *obligatorios*.» Despues de esto no hubiera vacilado Cousin en hacer nuevas protestas de su respeto á la moral católica. ¡Farsantes!



de estimar los homenajes forzados que le tributen sus enemigos, en pos de los cuales vienen siempre los insultos más atroces, acaeciendo á veces que á las formas corteses del respeto se junta la expresion de la incredulidad más refinada. Cousin decia de sí mismo: «Yo me quito humildemente el sombrero en presencia del catolicismo, y continúo la filosofía [1];» y la filosofía que continuaba era la impiedad. ¿Pues de qué servirá que la ley obligue á los profesores á inclinarse respetuosamente en medio de sus discípulos en pronunciando el nombre de Cristo, si les deja la libertad de continuar su enseñanza *puramente científica*, que no conoce á Cristo?

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

---

[1] Refiere estas palabras Pedro Leroux, diciendo en un número de la *Revista independiente*, habérselas oido. Véase á nuestro Balmes en su *Carta cuarta á un escéptico en materia de Religion*.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

ARTICULO II

ÚLTIMAS HORAS DE LA VIDA DE JESUCRISTO

Nuestro Señor Jesucristo fué verdadero Dios y hombre verdadero. En una sola persona se reunieron la naturaleza divina y la humana, juntándose y coexistiendo todas las facultades, excelencias y atributos propios de cada una de estas dos naturalezas. Como Dios, su poder era infinito; su entendimiento abrazaba toda la universidad de cosas que pueden ser conocidas, y principalmente su propia, divina é ilimitada esencia; y su voluntad, gozándose en este conocimiento perfectísimo, era completamente feliz y bienaventurada. En cuanto hombre, estaba sometido, exceptuando el pecado, á todas las flaquezas y debilidades á que vive sujeta nuestra pobre y miserable naturaleza.

Mas como esta union de Dios y del hombre era tan estrecha, que el que existia por sí desde toda la eternidad era el mismo que rodeado de cuerpo mortal, obraba, y procedia, y se afanaba ni más ni ménos que cualquiera de los hombres, la naturaleza humana en Cristo, por razon de este vínculo apretadísimo, fué levantada á alteza incomparable, y á la excelencia y dignidad mayor de cuantas Dios puede dar. Y conforme á esta dignidad, recibió todas las gracias y riquezas y prerogativas imaginables, tan sin tasa ni medida, que si fuera posible agotarse alguna vez el piélago de las grandezas de Dios, aquí sin duda alguna se agotara.

Desde el primer instante de su union con la persona del Verbo, el alma santísima de Cristo Nuestro Señor vió la divina esencia intuitiva y clarísimamente, y en ella todos sus infinitos atributos y perfecciones, y tambien todas las grandezas, todas las gracias y excelencias que la Bondad Divina le habia comunicado, resultando de esta inefable vision un amor tan encendido al Dador de tantos bienes, y una complacencia y descanso tan grande en la contemplacion de Dios, y un gozo tan perfecto, que se difundia por todas las potencias y sentidos de la Sagrada Humanidad hasta hacerla de todo en todo bienaventurada. Y cual era este amor, tal era el deseo de agradar y servir y cumplir la voluntad de quien así la habia engrandecido.

Pues como entendiese el alma benditísima de Cristo que la voluntad de Dios era que fuese el Redentor, Santificador y Salvador del género humano, perdido por la culpa de Adan, y que para esto habia de amar tanto á los hombres, que á fin de alcanzarles el perdon de los pecados y reconciliarlos con Dios, debia sacrificarse por ellos, arrostrando todo linage de trabajos, y finalmente, la muerte más ignominiosa y cruel, inflamada en celo de la gloria de Dios, con prontísima voluntad, y con gozo y alegría de su corazon, ofrecióse á todos estos trabajos y dolores, por penosos que fuesen á la débil naturaleza humana, en razon de salvar á los hombres y enseñarles el camino del cielo con sus palabras y ejemplo, y ayudarles con las fuerzas sobrenaturales de la gracia que con sus méritos les habia de alcanzar.

Y venido el tiempo en que segun los decretos divinos habia de dar cima á esta empresa, despues de celebrar con sus discípulos la cena de la Pascua, en la cual, abriéndoles su corazon y descubriéndoles el tesoro de caridad y encendido afecto que les tenia, les dijo tantas palabras y enternecimientos de amor, que á los que ahora

los vemos escritos solamente el leerlos nos enternece, salió en su compañía al huerto de Getsemaní.

La noche habia cerrado ya; el ruido de la ciudad de Jerusalen apagábase por momentos, segun iban alejándose de sus murallas; la soledad de aquel valle oscuro y sombrío hacíase cada vez más profunda, y el pavoroso silencio que reinaba en él era turbado solamente por el sonido de las pisadas, y por el murmullo de las aguas que blandamente corrian por el torrente de Cedron. Y habiendo llegado á la parte más espesa del huerto, escogió Cristo Nuestro Señor á tres de sus discípulos para su compañía y consuelo, y con ellos se apartó, y *comenzó*, dice el Sagrado Evangelio, *á temer y entristecerse* [1], palabras solemnes, llenas de altísimos misterios, por donde principia la historia de la Pasion, y que admirablemente la resumen.

Era llegada la hora en que el poder de las tinieblas habia de prevalecer por un momento; y el que hasta entonces, gozando de la vision clara é intuitiva de la Divinidad, recibia de lleno el rayo de la esencia divina, que, iluminando el entendimiento, conhortaba la voluntad, y derramaba el gozo y la alegría por todos sus sentidos, hizo que, no obstante esta avenida de gozo en que se bañaba su alma, diese milagrosamente entrada en su corazon al temor, y á una tristeza tan grande, que, como declaró á sus mismos discípulos, ella sola bastara á causarle la muerte.

Estando, pues, Nuestro Divino Salvador afligido con esta pena y congoja, se apartó de sus tres queridos discípulos, para más libremente derramar su angustiado corazon en el acatamiento divino, y postrándose con profundísima humildad, dió principio á su oracion al Eterno Padre. En esta fervorosa oracion hubo de perseverar largo tiempo, soste-

---

[1] Marc. XIV, 33.

niendo en el interior de su alma porfiadísimo combate entre la voluntad divina, que por salvar al género humano habia decretado que el Hijo de Dios, resplandor de la santidad infinita, padeciese por nuestros pecados las mayores ignominias y dolores, y la flaca voluntad humana, que rehusaba presentarse en el divino acatamiento como cargado de los pecados feísimos é innumerables de los hombres, y padecer por ellos ni más ni menos que si fuesen propios. Y fué tan grande el esfuerzo que hizo en lucha tan terrible y angustiosa que al fin rompió en un sudor copiosísimo de sangre, viniendo un ángel del cielo á esforzar su humana debilidad.

Así fortalecido nuestro Soberano Redentor, y resuelto á arrostrar los trabajos que estaban á punto de descargar sobre él, levantóse del suelo con grande sosiego y gravedad, y fuése para los discípulos, á quienes en vano habia querido repetidamente despertar del pesado sueño que los oprimia; y reprendiéndolos amorosamente, les dijo: «Dormid y »descansad; llegada es ya la hora en que el Hijo del hom»bre ha de ser entregado en manos de pecadores; levantaos »y vamos: ved allí al hombre que me ha de entregar.»

Aún estaba diciendo estas palabras, y la gente enviada por los ancianos y príncipes del pueblo á fin de prenderle, penetraban en la espesura del bosque, llevando por guia y adalid al discípulo traidor, que por el precio de treinta dineros les habia ofrecido ponérselo en sus manos. Salióles Jesus al encuentro; y Judas por su parte, con la desvergüenza y la impiedad pintadas en el semblante, torva la mirada, é inquieto y provocativo el ademan, adelantóse á todos, y se acercó al Divino Maestro á besarle en el rostro (que esta era la señal con que habia de darle á conocer á la turba que consigo llevaba), y llegándose á Jesus, le dijo: «Dios te salve, Maestro,» y dióle paz en el rostro, besándole. No rehusó el mansísimo Salvador aque-

lla falsa muestra de amistad; antes queriendo atraer á sí el obstinado corazon del discípulo, cuya perfidia y doblez conocia perfectamente, y fijando en él su dulcísima mirada, le dijo: «Judas, amigo mio, ¿á qué has venido? ¿Con beso de paz y de amistad entregas á tu amigo y maestro?» No se ablandó con estas palabras llenas de ternura divina el endurecido corazon de Judas. Y como la gente que con él venia se estuviese quieta, volvióse á ellos el Señor, diciéndoles: «¿A quién buscais?—A Jesus de Nazaret,» respondieron; y replicándoles el Señor con autoridad: «Yo soy,» espantados y como heridos de un rayo, dieron consigo en tierra. Vueltos en sí, repitióles Jesus la pregunta; y respondiendo ellos lo mismo, les dijo: «Ya os he dicho que yo soy; si me buscais, aquí me teneis; de mi voluntad me entrego á vosotros, porque esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas; mas os encargo que á ninguno de estos mis discípulos molesteis, sino dejadlos ir libremente.» Con estas palabras, concedida licencia, no solamente á la turba de enemigos que le rodeaba, sino principalmente á las potestades del infierno, cuyos instrumentos eran, arremeten aquellos hombres feroces con la persona divina del Salvador, y descargando en él su furia, le llenan de toda suerte de afrentas, y atándole las manos con fuertes cordeles, le conducen á Jerusalén, gozosos de tener al fin en su poder presa tan codiciada.

Desamparado de todo humano auxilio, pues sus discípulos y amigos, apenas vieron el peligro que en aquel trance corrian, dieron á huir despavoridos y azorados, entró el Señor en la ciudad atravesando apresuradamente las calles, escoltado de sus enemigos, que en son de triunfo pregonaban con algazara infernal el feliz suceso de la empresa. Al ruido que andaba por las calles, saldria curiosa la gente á conocer la causa de tan grande alboroto, y cuando á la luz de las antorchas viesen que el preso y ma-

niatado era aquel mismo Jesus, tan seguido y admirado de todos por sus prodigios, virtudes y doctrina, y á quien habian visto pocos dias ántes entrar en Jerusalén entre los aplausos y aclamaciones de la muchedumbre, ¡cuál sería su asombro y admiracion! ¡qué variedad de juicios y pareceres se formarían! y ¡qué rubor y vergüenza encendería el divino semblante del Salvador, al verse en aquel estremo de abatimiento é ignominia!

De paso para la casa del Sumo Pontífice, fué llevado á presencia de Anás, el cual, satisfecha su curiosidad, le envió atado, como estaba, á Caifás, Pontífice de la Sinagoga, y juez supremo en lo eclesiástico del pueblo judío, y como tal, presidente del antiguo tribunal llamado Sanhedrin, compuesto de setenta y dos jueces, sacerdotes, ancianos del pueblo, y escribas ó doctores de la ley; los cuales, sin tener cuenta con su edad, ni con la gravedad y mesura que á su oficio convenia, á pesar de la hora intempestiva de la noche, estaban todavía velando, y aguardando la persona del Salvador para ver su causa y pronunciar la sentencia que contra él tenian convenida.

Entró Jesus en la sala del concilio, y el Presidente empezó á examinarle jurídicamente, y primero, acerca de sus discípulos, doctrina y predicacion. Habia sido ésta tan pública, tan notoria á todos y de eficacia tan maravillosa, que no necesitaba de esplicacion ó defensa. Y así respondió Jesus: «Pública y abiertamente he predicado, y de ordi»nario en el templo donde suelen concurrir todos los ju»díos, y nada he enseñado en secreto; puedes, por tanto, »preguntar á los que me han oido, que ellos saben lo que »yo he dicho.» Esta respuesta llena de verdad, mansedumbre y entereza, hubo de parecer irrespetuosa á uno de los esbirros ó ministros del Pontífice, hombre vil y abatido, de aquellos que por hacer lisonja y ganarse la gracia de su señor no reparan en cometer las más abiertas injusti-

cias; el cual, dirigiéndose indignado á Jesús le dijo: «¿Así respondes al Pontífice?» Y diciendo y haciendo, levantó el brazo sacrílego, y descargó cruelísima bofetada en el rostro divino de Jesús. No se turbó el Señor con tan grave injuria, recibida delante de los sacerdotes y letrados, y de la gente más granada de su nacion, antes con mucha templanza y mesura, volviéndose al que le habia herido: «Si hablé mal, le dijo, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

Deseaban los jueces malévolos y apasionados dar algun color á la sentencia de muerte, que movidos de envidia y ambicion tenian dispuesto pronunciar contra el Salvador. Y así buscaban con vivo afan algun testimonio que sirviese para encubrir su pasion, y con apariencia de juicio alucinar el de la muchedumbre del pueblo, de suyo vago y tornadizo, y de quien recelaban se mostraria favorable á Jesus por el crédito que le habian granjeado sus milagros, la santidad de su vida y sublimes enseñanzas. Mas los testimonios que se aducian no convenian entre sí, ni aun probados, bastaban á concluir la sentencia de muerte que los jueces pretendian. Por último, se levantaron dos testigos diciendo haber afirmado Jesús que podia destruir, y con efecto destruiria el templo construido de mano de hombres, y que despues de tres dias lo volveria á edificar. No eran estas las palabras dichas por el Salvador, ni al decirlas se referia al templo material y de piedra que se veneraba en Jerusalén, sino al templo de su cuerpo, del cual en profecía de su resurreccion habia afirmado que destruyéndolo ellos con la muerte, volveria á ponerlo en pié por su propia divina virtud.

Como á todas estas calumnias y falsedades no respondiese cosa alguna el Señor, estrañándolo mucho el Sumo Sacerdote le dijo: «¿Por qué callas? ¿Por qué no respondes algo á tantas acusaciones y testimonios como dicen contra

tí?» Callaba Jesús con grande humildad y mansedumbre, tanto, que cansado el Presidente le dijo con resolucion y entereza: «Yo te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito.» La Divinidad de la persona del Salvador se habia manifestado tan claramente en la santidad de su vida, en sus predicaciones y en los milagros tan ilustres que habia obrado, que así como era ociosa la pregunta, podia escusarse la respuesta; mas á pesar de esto, y de que con decir la verdad sabia que habia de dar ocasion á los jueces para condenarle, en oyendo el nombre de Dios por el cual se le conjuraba, respondió modestamente al Pontífice: «Tú lo dices que »yo soy; y dígoos de verdad que de aquí á poco ha»beis de ver al Hijo del hombre que está aquí humilla»do delante de vosotros, sentado á la diestra de la vir»tud de Dios, y bajar sobre las nubes del cielo á juzgar »á los hombres.» Indignóse el Sumo Sacerdote al oir estas palabras, y embravecido en su corazon rasgó sus vestiduras (lo cual era entre los judíos señal del horror con que oian cualquier blasfemia contra el nombre de Dios), y dijo á los jueces: «Ha blasfemado. ¿A qué nos cansamos en buscar testigos? ¿No habeis oido la blasfemia? Reo es de muerte. ¿Qué os parece?» Y los apasionados sacerdotes, asintiendo á las palabras del Presidente, condenaron en aquel momento al Señor á muerte ignominiosa; y levantándose de sus sillas, le llenaron de injurias y denuestos, y le entregaron á los guardias para que lo custodiasen lo que faltaba de la noche.

Los cuales, resueltos á burlarse de él, hubieron de llevarle á parte donde pudiesen desahogar su mal reprimida ira y enojo; y aquí, las injurias, las burlas y oprobios que sufrió el Señor, ¿quién podrá contarlos? ¿quién imaginar el tropel de escarnios y juegos pesados que le harian? Mofábanle desvergonzadamente con apodos, con visajes y ri-

sotadas; escupíanle, llenando con asquerosas salivas aquel rostro en quien no se hartan de mirar los ángeles; heríanle con golpes y puñadas, y velándole los ojos, le daban de bofetadas, mesábanle el cabello, y cometian con él todos los descomedimientos y afrentas que se podian esperar de gente tan ruin y desalmada. Así se pasó aquella noche, cansándose los viles sayones de afrentar al Señor con toda suerte de ultrajes y villanías, y no se cansando él de sufrirlos por nuestro amor, y por cumplir la voluntad divina que así lo tenia decretado.

Amaneció por fin el dia siguiente, Viernes, dia tristísimo, en el cual habia de cometerse el pecado más horrendo que se ha cometido en los siglos, y dia por otra parte felicísimo, porque en él se habian de abrir para no cerrarse jamás las puertas de la bondad y misericordia infinita á los desventurados hijos de los hombres. Y siendo muy de mañana volvieron á juntarse los letrados y sacerdotes, para llevar á cabo la causa del Salvador. Fué este presentado de nuevo al tribunal, y preguntado otra vez por el Presidente si en verdad era el Hijo de Dios, se afirmó en lo que poco antes habia dicho; y armados con esta acusacion se levantan los jueces, y seguidos de gran golpe de gente, movidos unos por la curiosidad y otros por la pasion y el furor, llevan á Jesus atado infamemente al Pretorio de Pilato, Gobernador de la Judea en nombre de los romanos, para que ponga en ejecucion la sentencia de muerte que han pronunciado.

Pilato, despues de mucho dar y tomar con los príncipes de los sacerdotes sobre la culpabilidad del reo y su jurisdiccion ó autoridad para castigarle, tomó á solas á Jesus, y le examinó despacio sobre los cargos que sus enemigos le hacian; los cuales eran tres: el primero, que alborotaba al pueblo con mala doctrina; el segundo, que prohibia pagar los tributos al César; y el tercero, que decia de sí ser

Cristo Rey, esto es, que era el Mesías, prometido por Rey de los judíos. Hallándole inocente de estas acusaciones, salió á fuera á decírselo públicamente á los sacerdotes; los cuales, en oyendo las palabras del Gobernador romano, comenzaron á agitarse y clamorear, repitiendo tumultuosamente las acusaciones contra Jesus, y pidiendo su muerte por blasfemo, público malhechor, enemigo del Imperio, y por traer revuelto al pueblo con sus predicaciones y doctrinas. Nada decia Jesus á tales acusaciones, á pesar de provocarle Pilato á que respondiese y volviese por su honra; y de este silencio se admiró en gran manera el Gobernador, sin saber qué resolucion tomar, ni cómo desembarazarse de aquel negocio. Al fin, como oyese que Jesus era galileo y de la jurisdiccion de Herodes, Tetrarca de Peréa y Galiléa, se lo envió, pues aquellos dias se hallaba en Jerusalen con ocasion de la solemnidad de la Pascua.

Holgóse mucho Herodes de ver á Jesus, porque habia gran tiempo que deseaba conocerle, y esperaba que haria en su presencia algun milagro. Para esto dirigíale muchas preguntas; y como Jesus no respondiese á ninguna, á pesar de las acusaciones que repetian los sacerdotes con gran fuerza y porfía, lo despreció como á loco y menguado, y vistiéndole una vestidura blanca por irrision, le envió á Pilato.

Tenia costumbre el Gobernador romano, el dia solemne de la Pascua, ya fuese en memoria de la libertad milagrosa de Egipto, ya (lo que parece más probable) para contentar al pueblo y hacerle más llevadero el yugo de la dominacion romana con aquella sombra de libertad, darla á un preso, el que el pueblo pidiese. Y estaba á la sazon en la cárcel un malhechor famoso, por nombre Barrabás, hombre inquieto, ladron y sedicioso, y que en cierto ruido habido recientemente en la ciudad, habia muerto á un hombre. Saliendo pues á fuera Pilato, dijo al pueblo: «¿A quién

quieres que os suelte de los dos, á Jesús, ó á Barrabás?» Andaba el pueblo en balanzas dudando á quién escojer, y como lo echasen de ver los sacerdotes, temiendo escogiese á Jesus, le iban azuzando y persuadiendo á que pidiese la libertad de Barrabás y que Jesús fuese crucificado, como lo hizo en efecto con grandes alaridos y tumulto. Así iba creciendo el furor de los enemigos de Cristo, y fuese para ver de calmarlos, fuese como preparativo y principio de la sentencia de muerte ya premeditada, dió Pilato contra Jesus la de que fuese azotado, entregándole á los soldados para que la ejecutasen.

Hiciéronlo ellos despiadada y cruelísimamente; despues de lo cual convocaron toda la cohorte, que se componia de unos ciento veinte y cinco soldados, y desnudado que hubieron á Jesus le cubrieron las espaldas con un andrajo de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, y una caña en la mano derecha; é hincadas las rodillas burlaban de él como de reyezuelo y Dios fingido, escupiéndole é hiriéndole con la caña en la cabeza.

Tal como estaba, coronada de espinas la frente, los ojos llorosos y llenos de sangre, afeada la cara con salivas, y todo el cuerpo ceñido de llagas y cardenales, le sacó Pilato afuera delante del pueblo, para ver si espectáculo tan lastimero los moveria á compasion, diciendo: «Mirad al hombre.» Enfurecíanse más y más aquellos lobos sangrientos á vista del mansísimo ó inocente cordero, atronando el viento con los gritos de «crucifícale, crucifícale.» Enfadado Pilato de tanta protervia y pertinacia, les dijo: «Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no ha»llo en él causa bastante para esto.» Y ellos respondieron: »Nosotros tenemos ley, y segun ella debe morir, porque se »hizo Hijo de Dios.» Estas últimas palabras, la modestia, y mansedumbre de Jesus, su maravillosa entereza en medio de tanto tropel de acusaciones é ignominias, la fama de

sus maravillas y milagros, de los cuales sin duda alguna habia oido hablar, y el resplandor de divina santidad que despedia toda su persona, hubieron de herir vivamente el ánimo del gobernador romano, que tal vez sospechó si el reo que tenia presente sería alguno de los infinitos descendientes é hijos de los dioses que fantaseaba la vana supersticion pagana; y así pensativo además, y llena la cabeza de ridículas teogonías, y héroes é hijos del cielo, entró en el pretorio y preguntó á Jesus: «¿De dónde eres tú?» No respondiéndole palabra alguna, le dijo Pilato: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para »crucificarte y para salvarte?» Y entonces, desplegando el Señor sus labios divinos, le respondió: «No tuvieras poder »alguno sobre mí, si no te fuera dado de lo alto.» Al oir tan admirable respuesta, tan llena de grandeza y soberana majestad, encendíase más y más en Pilatos el deseo de librar al Salvador de la furia de sus enemigos; y así andaba buscando trazas y caminos para ello. Además de su inocencia manifiesta y el estar persuadido de que no por celo de la Religion y del bien público, como pretendian los sacerdotes y príncipes del pueblo, sino porque les reprendia su hipocresía y ambicion, se lo habian presentado para que le condenase, movíale á esto un recado que estando sentado en el tribunal recibió de su mujer, en que le pedia encarecidamente que no se comprometiese, ni arrojase á condenar á aquel santo hombre, pues la noche antes habia tenido no sé qué sueños ó visiones que la traian sobre manera confusa y atemorizada.

Conociendo los judíos el empeño de Pilato de salvar á Jesus, en último recurso le dijeron entre gritos y amenazas, que si no le condenaba luego inmediatamente, daba señales evidentes de no ser *amigo del César*, apellido de que estaban muy celosos los primeros dignatarios del Imperio. En vano declaraba Pilato la inocencia de Jesus; en vano

hacia ver al pueblo la injusticia y crueldad de condenar á un inocente; no por esto cesaba el tumulto, antes crecia por momentos, asordando el aire con horribles y espantosos clamores. Duró algun tiempo lucha tan terrible y porfiada, hasta que arreciando mas y mas la tormenta, triunfaron la injusticia, la violencia y la crueldad, y fué sacrificada la inocencia; pues, aunque la de Jesus era tan manifiesta, confesada por el mismo infame y alevoso discípulo que le habia puesto en manos de sus enemigos, reconocida hasta cinco veces públicamente por el mismo Pilato, éste, hombre flaco, contemporizador y político, más atento á la conveniencia y razon de estado que á los fueros de la justicia, no queriendo malquistarse con los príncipes del pueblo, ni enredarse en un negocio de donde podria resultarle algun disgusto ó trabacuenta con los príncipes de la nacion, harto irritados ya contra él por los abusos y demasías[1] cometidas en su gobierno, vino en lo que pedian y sacrificó la inocencia de Jesus al frenesí de aquella turba vil y apasionada. Al hacerlo así, quiso lavarse las manos, protestando que era inocente de la sangre que iba á derramarse. Inútil protestar; aquella sangre inocente, al verterse en el Calvario, iba á caer gota á gota sobre el juez cobarde y malvado por cuya órden se ejecutaba la sentencia, ni más ni ménos que sobre los sacerdotes, sobre los príncipes del pueblo, y sobre el mismo pueblo que con su violencia se la habian arrancado.

Cundió instantáneamente por la ciudad la voz de la sentencia pronunciada contra Jesus, entristeciendo á unos, y alegrando á otros, segun eran amigos, ó enemigos; y provocando en todos la ansiedad, vocería y confusion, la curiosidad de los que iban y venian, y el alboroto, al-

---

[1] Vide Josephi Antiquit. p. 18, c. 3, et de Bello jud., l. 2, c. 9.

gazara y clamoreo de los que se disponian á poner en ejecucion la bárbara sentencia.

A las puertas del Pretorio estaba la cruz, larga y pesada, cual era costumbre usarse para insignes malhechores; y cargada sobre los hombros del Salvador, empezó á desfilar el fúnebre cortejo por las calles de Jerusalén. Delante iba muchedumbre del pueblo; despues los sacerdotes, los ancianos y letrados, los escribas y fariseos; luego los soldados y gente de guerra; y rodeado de los verdugos y ministros de la justicia, venia á la postre el Salvador, el paso lento, el huelgo acongojado y presuroso, hinchado el rostro y sonroseado con la fatiga del caminar, y todo el cuerpo bañado en sudor, que mezclado con la sangre le corria por todos sus miembros.

De esta manera llegaron al Calvario, lugar destinado al tormento de los ajusticiados. Y habiéndole ofrecido vino confeccionado con mirra y hiel, al objeto de entorpecerle los sentidos, aunque lo probó, no quiso beberlo para sentir con toda su intensidad los tormentos de la crucifixion. Y luego, desnudo de sus vestiduras, le extendieron en la cruz, y enclavaron en ella con dolores agudísimos; y levantado en alto le pusieron en medio de dos malhechores condenados al mismo suplicio.

Eran cerca de las doce del dia. El sol desde el punto más alto de su carrera vibraba sus rayos más ardientes, inundando el espacio de claridad y deslumbrantes resplandores. Expuesta á la vista de los cielos y la tierra, desnuda y enclavada en un infame madero está la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Desde la planta de los piés hasta lo más elevado de la cabeza, no hay en él miembro que no sufra especial dolor. Corre la sangre por todo el cuerpo; las sienes traspasadas con punzantes espinas; mesados los cabellos; anublada la luz de sus ojos con la sangre que por la frente le gotea; los labios marchi-

tos y aheleados; desfigurado el rostro con las salivas y sangre resecada; el pecho descoyuntado, las manos y los piés taladrados, sujetos con clavos por las mismas heridas; desamparado de sus amigos; hecho la abominacion de la gente, que á porfía le maldice y blasfema; así está Jesus una, dos, tres y más horas, sufriendo estos tormentos y baldones con paciencia infinita, pidiendo perdon por sus enemigos é injuriadores, y ofreciéndose á Dios en sacrificio por los pecados de todos y cada uno de los hombres, á quienes tiene presentes con el pensamiento en aquella hora terrible, hasta que, llegado el momento decretado desde toda la eternidad, en el cual ha de consumarse la obra de nuestra salvacion, toda la naturaleza, sobrecogida de estupor, comienza á dar señales temerosas de luto y tristeza; oscurécese el sol, derrámanse por el orbe de la tierra densas tinieblas, se estremece y da bramidos la tierra al espectáculo del Hombre-Dios moribundo, y dando Jesus un grande y esforzado clamor, inclínase su cabeza, desfallece el cuerpo, y exhala su espíritu.

Así muere Jesus; así da cumplimiento á los eternos designios de Dios, á lo que de él han anunciado los Profetas, y á la obra maravillosamente divina de la reparacion y redencion de todo el humano linaje.

La muerte de Cristo en la cruz, rodeada de infinitas ignominias y dolores, y preferida por él á cualquier otro linaje de muerte, la tuvieron los judíos por escándalo y los gentiles por locura; la luz de la recta razon descubre en ella el poder y la sabiduría de Dios. En la santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, muriendo á vista de los cielos y la tierra en un madero infame y maldecido, aprendemos á estimar la dignidad del alma humana, que el mundo antiguo no supo sino despreciar, pisotear y aun odiar; allí vemos la gravedad del pecado, infraccion de la ley divina, para cuya expiacion fueron necesarias tantas

afrentas y tormentos; ante la humillacion de la cruz, abate la frente avergonzado el orgullo incomprensible del hombre; los padecimientos del cuerpo de Cristo confunden el regalo de nuestra sensualidad y concupiscencia; sus vituperios, los atavíos de nuestra nécia presuncion; y sus deshonras, el punto vidrioso de nuestro falso honor. Y mientras sus oprobios y dolores esfuerzan con aliento incomparable las víctimas de la crueldad y de la injusticia, y la luz vivificadora que despiden sus heridas hermosea las de los inocentes, y refresca como bálsamo eficacísimo las de los culpables, iluminando hasta la lobreguez de las cárceles y la abyeccion de los patíbulos, la cruz ignominiosa de Cristo, enhiesta en el Calvario, y triunfando al fin de la soberbia, de la maldad y de los infinitos errores y villanías del depravado corazon del hombre, enseña con elocuencia irresistible que solo por las asperezas de la humillacion podemos subir á la cumbre de la gloria, y por las puertas de la muerte entrar en los alcázares de la vida.

MIGUEL MIR, S. J.

EL CISMA GRIEGO

II

Conviene mucho referir, siquiera sea con toda la brevedad posible, la historia de este cisma, en la cual consta la sentencia que justa y elocuentemente le condena. Regia la silla de Constantinopla el patriarca San Ignacio, y era emperador Miguel II, cuando el eunuco Fócio usurpó el puesto en que habia de causar tan graves males á la Iglesia de Oriente y á la cristiandad entera.

Miguel II, conocido en la historia con el sobrenombre de *el borracho*, era un jóven licencioso y disipado, que vivia en el seno de los placeres más abyectos y degradantes. Una de sus ocupaciones favoritas eran las carreras del circo, donde confundido con los cocheros disputábales la victoria, llevando la librea de los *azules*. A tales vanidades, á festines babilónicos y á sacrílegas parodias de las cosas santas, posponia los más graves asuntos del imperio, de hecho gobernado por su tio el César Bardas, no menos corrompido que Miguel, pero más astuto, más pérfido, más inteligente.

Separado Bardas de su mujer sin causa legítima, vivia públicamente con la mujer de su propio hijo, como en otro tiempo Herodes con la mujer de su hermano. Reprendióle con severidad el patriarca San Ignacio, y aun se negó públicamente á darle la comunion, con lo cual irritado sobre manera Bardas, resolvió la ruina del Santo Patriarca. En efecto, el dia 23 de Noviembre de 857, le arrojó del palacio patriarcal, y le desterró á la isla de Terebinto,

á donde, pasados tres dias, envió Obispos, nobles y jueces que le indujesen á renunciar su silla; pero ni las promesas, ni las amenazas que á este propósito le hicieron, fueron parte á quebrantar la entereza con que recibió tales sugestiones. Y como algunos Obispos se quejaran de la injusticia con que era tratado Ignacio, y amenazasen con no reconocer como patriarca al sucesor que se pretendia darle, Bardas les habló á todos ellos en particular, uno por uno, prometiendo á cada cual la silla de Constantinopla, con la condicion de separarse del patriarca legítimo. Por desdicha, ni un solo Obispo se negó á cometer tamaña infamia. Pero el astuto Bardas les puso este otro lazo, diciendo: «Aunque el emperador os cumplirá su palabra, más para merecer su estima y evitar toda suposicion, es necesario que cuando se os ofrezca el patriarcado finjais rehusarlo por modestia.» Esto asentado, el emperador les llamó aparte á su palacio para hacerles la oferta prometida, la que todos rehusaron con tan fingida como inútil modestia, habiendo sido elegido por patriarca el impío Focio, y de lego convertido en obispo en el espacio de seis dias por obra y gracia de Gregorio de Siracusa, depuesto del episcopado por sus vicios y maldades. Protestaron los obispos; más al fin fuéronse sometiendo uno á uno al resultado de tan indigna farsa; que no tenian sus almas envilecidas energía bastante para resistir las órdenes del tirano. Habia llegado la Iglesia de Oriente á tal estado de miseria y degradacion; eran los obispos tan esclavos de todos los caprichos del poder civil, que no es estraño que, caminando de abismo en abismo, llegasen las cosas al vergonzoso cisma que dura todavía, mostrándose así claramente el estremo de abyeccion á donde vienen á parar las Iglesias que se separan del centro de unidad.

La conducta de Focio desde que se vió elevado á la dignidad patriarcal, fué la que podia esperarse de su ca-

rácter. Hipócrita y traidor, desleal y cruel, hacia sufrir á Ignacio los más horribles tormentos, hasta mandarle encerrar en un establo de cabras, y que le diesen de bofetadas tan terribles que le arrancaran así los dientes; y llegó su maldad al estremo de deponerle en un conciliábulo, al mismo tiempo que escribia al Papa San Nicolás I en estos términos:

«Cuando pienso en la grandeza del episcopado, en la »debilidad humana, particularmente en la mia, y en el »asombro que me ha causado siempre el que pudiera sufrir»se tan terrible yugo, no tengo palabras para decir cuál es »mi dolor al verme yo mismo en este punto..... Habiendo »renunciado mi predecesor á su dignidad, el clero, los »metropolitanos reunidos, y sobre todo el emperador, hu»mano con los demás y solo cruel conmigo, llevados de no »sé qué movimiento, vinieron á mí, y sin escuchar mis »escusas ni darme treguas, me dijeron que era absoluta»mente necesario que aceptase la carga del episcopado. »Así que, á pesar de mis lágrimas y mi desesperacion, me »violentaron é hicieron su voluntad.»

No se dejó engañar el Papa San Nicolás con esta carta, ejemplo memorable de la perfidia griega; más por desgracia, los legados que el mismo Pontífice envió á Constantinopla, encarcelados allí y amenazados con horribles tormentos, cedieron á las injustas pretensiones de Focio. Reunió este un conciliábulo de 318 Obispos, en que fué depuesto con el consentimiento de los legados el santo patriarca Ignacio, el cual siguió, no obstante, dando muestras inequívocas de heróica invencible firmeza. Nada fué poderoso para abatir la frente del Santo, ni los ruegos de los más grandes señores y del mismo emperador, ni las más terribles amenazas y los tormentos más atroces. Suspendiósele primero en el aire con gruesas piedras en los piés; fué entregado en manos de tres hombres,

que despues de abofetearle cruelmente, le desnudaron haciendo un tiempo crudísimo, y le arrojaron sobre frio mármol; pero el Santo permaneció en pié sin dormir, sin tomar alimento alguno durante una semana entera, y todo lo sufrió con invicta paciencia antes que renunciar á su silla.

El Papa San Nicolás no podia menos de reprobar la conducta de sus legados, y en efecto reprobóla, defendiendo con gran energía la causa de Ignacio, en el punto que recibió informes fidedignos de lo que verdaderamente habia pasado. Por su parte Focio continuaba ofreciendo en su persona el tipo de la hipocresía y maldad más refinada; á los severos términos con que el Sumo Pontífice condenó su conducta, dió la contestacion siguiente:

«Nada hay más precioso que la caridad. Esta vir»tud reconcilia á los padres con los hijos, á los amigos »con los enemigos, y logra que se acerquen las personas »más alejadas unas de otras. La caridad es la que me ha »movido á sufrir vuestras palabras..... Vuestra virtud per»fecta, en lugar de reprenderme, hubiera debido tener »piedad de nosotros, porque á los que sufren violencia »debe tenérseles compasion..... No he deseado jamás esta »dignidad: y así solo la tengo á pesar mio..... Las cos»tumbres son lo que hace á las personas dignas del epis»copado.»

¡Estraño modo de ejercitar la caridad y demás virtudes, perseguir encarnizadamente á Ignacio y á los que le eran fieles, afligiéndolos con horribles tormentos, y á todo esto hacer uso de groseros artificios para hacer creer que el Papa se habia declarado en favor suyo! ¡Estraño modo de mostrarse digno del episcopado mediante la integridad y pureza de costumbres, hacerse cómplice de todos los desórdenes de la corrompida corte de Bizancio, incluso el asistir en los festines donde el emperador y sus

sacrílegos compañeros parodiaban las sagradas ceremonias, tomando cada uno el título de un metropolitano! El mismo emperador llegó á decir: «Teófilo es mi patriarca» (era Teófilo un impío, blasfemo y desvergonzado libertino, á quien toda la ciudad llamaba el puerco, á causa de su fisonomía y sus costumbres), «Focio, el patriarca de César (Bardas), é Ignacio el de los cristianos.»

Segun costumbre de los heresiarcas, no arrojó Focio la careta hasta que se persuadió de que nada podia conseguir de Roma; más desde ese momento su impudencia llegó hasta el extremo de simular la celebracion de un concilio ecuménico en Constantinopla, y enviar sus actas al Papa; desvergüenza de que no hay ejemplo en la historia. Es de advertir que Focio se mostró en este concilio imaginario con aire lleno de bondad, de indulgencia, de misericordia con el Papa, como para dar á entender que solo á instancias de los Obispos se veia obligado á deponerle. Por este tiempo escribió tambien su famosa carta-circular á los Obispos de Oriente, en que dirigió á la Iglesia latina las absurdas acusaciones sobre el *Filioque*, el ayuno del sábado, etc., de las que habremos de hablar más adelante cuando las veamos reproducidas por Miguel Cerulario. No debemos, sin embargo, omitir aquí, que para juzgar de la buena fe de Focio, como observa con razon un historiador, basta tener presente que cuando siete ú ocho años antes escribió al Papa, tenia la Iglesia romana las mismas prácticas condenadas ahora por Focio, y este, á pesar de eso, nada opuso contra ellas, antes en otra carta que escribió al mismo Papa, era de opinion que cada Iglesia debia guardar sus usos. Estos usos, indiferentes siete ú ocho años antes, se convirtieron á sus ojos en herejías y crímenes horribles: que tales eran la buena fe de Focio y su amor á la verdad.

Los repentinos cambios ocurridos en el imperio ocasio-

naron un cambio favorable en el triste estado de la Iglesia de Oriente. Miguel II, que disgustado del César Bardas le habia mandado asesinar, intentó hacer lo mismo con Basilio el Macedonio, á quien habia agregado al imperio; pero Basilio, viendo que estaba resuelta su muerte, se desembarazó de Miguel, haciéndole perecer á manos de tropas amotinadas el 24 de Setiembre de 867. El mismo año comenzó á reinar solo, y mandó deponer á Focio y encerrarle en un convento, restableciendo á San Ignacio en la silla de Constantinopla. El Papa Adriano II, sucesor de San Nicolás, recibió estas noticias con una carta del emperador y otra de Ignacio, que es eterno monumento de la creencia de las Iglesias griegas en la primacía de la silla apostólica. Despues de citar San Ignacio las palabras: *Tu es Petrus*, etc., y las *Tibi dabo claves*, etc., añadia: «Estas dichosas palabras no las ha dirigido esclusivamente Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles, sino por él y despues de él á todos los Pontífices de la antigua Roma.» Por su parte, Focio tuvo la osadía de enviar dos emisarios á Roma; pero acaeció que uno de ellos pereció en un naufragio, y que el otro fué anatematizado, y se retiró. Por lo visto ya no se acordaba el usurpador de que antes habia pretendido la primacía sobre los Obispos de Roma.

Puestos de acuerdo el Papa y el emperador, convínose en celebrar en Constantinopla el octavo Concilio general para condenar á Focio, lo cual se consiguió en efecto no obstante las hipócritas demostraciones de este malvado. Al mencionar este Concilio, es justo recordar con un insigne escritor, que en él pronunció de antemano la Iglesia de Oriente su propia sentencia. Porque en efecto allí, á la faz del cielo y de la tierra, por boca de sus emperadores, de sus patriarcas, de sus Obispos, la Iglesia griega proclamó una vez más la supremacía de la Iglesia romana. Notóse empero en aquella como en otras muchas ocasiones, la do-

blez de los orientales, porque entonces fueron sustraidos á los legados los formularios de abjuracion enviados de Roma; y en el asunto de los búlgaros, arrogóse Constantinopla la jurisdiccion de aquel pueblo que de derecho no le correspondia. Hallábanse todavía Roma y Constantinopla en esta disputa, cuando falleció Ignacio, sucediéndole Focio, ya reconciliado con Basilio el Macedonio, por medio de una ridícula é indigna supercheria. Hombre de humildísima extraccion, habia ido Basilio á Constantinopla para hacer fortuna, empezando por ser mozo de cuadra de un pariente del César Bardas, como era público, y en Bizancio nadie ignoraba; mas ¡oh extraña peripecia! como en la gran biblioteca de palacio se encontrase un dia cierto libro antiquísimo, que al decir del bibliotecario nadie podia descifrar sino Focio, fué llamado al intento este impostor, y ¡cosa extraña! en él leyó que Basilio descendia nada menos que de Tiridates, rey de Armenia. El libro, por supuesto, habia sido compuesto por Focio y colocado en el lugar donde se hallaba por el bibliotecario, acérrimo partidario del usurpador. Es este hecho una nueva prueba de la falsía y doblez de Focio, tipo acabado de farsantes y aduladores.

Muerto el Papa Adriano II, su sucesor Juan VIII reconoció á Focio, con la condicion de que se retractaria públicamente, se esmeraria en corregir su vida, y devolveria á Roma la jurisdiccion sobre Bulgaria. Como no hiciese nada de esto, vióse obligado el Papa á anular todo lo que en un conciliábulo habia hecho el usurpador, y á renovar contra él, puesta la mano en el libro de los Evangelios, los anatemas de los Papas Nicolás y Adriano.

Por fin cayó el malvado Focio al subir al trono el emperador Leon VI, que por encargo de su padre moribundo lo depuso y encerró en un convento, donde falleció el año de 891. Hasta los últimos momentos perseveró en el mal

este hombre funesto, malvado como Maquiavelo, desvergonzado como Martin Lutero, cínico como Voltaire, capcioso como Jansenio, y más que todos hipócrita, frio, cruel; cuyo nombre está unido á uno de los sucesos más lamentables que registran los anales de la Iglesia; verdadero tipo de aquellos griegos de quienes decia Ciceron, que no sabian lo que era buena fe, que consideraban el juramento como un juguete, y pensaban en el modo de explicarse, sin pensar nunca en la verdad de lo que decian. Puede formarse idea de su impiedad teniendo presente que canonizó, sin resultar mérito alguno en la causa, al hijo de Basilio el Macedonio, tan solo para consolar á su padre.

Antes de terminar estos rasgos de la vida de Focio, séanos permitido notar, que hay pocos sucesos en que haya brillado de una manera tan grandiosa la supremacía de la Iglesia romana como el presente [1]. Focio acude al Papa para justificar su intrusion; á pesar de haber sido condenado, le escribe humildemente reconociendo su soberanía; hace creer á los pueblos de Oriente que el Papa le reconoce por Obispo; vuelve á acudir al Papa despues de haber sido depuesto por Basilio; recurre tambien al Papa despues de su restablecimiento, á la muerte de Ignacio; en suma, el jefe de los griegos rebeldes, el autor del cisma, el odiado, el funesto Focio, es quien da mas elocuentes testimonios al Primado del romano Pontífice, á la obra misma que intentó destruir. Porque la justicia del Señor aparece á través de todas las iniquidades, brilla resplandeciente en medio de las más espesas tinieblas.

Comunicaron con Roma los patriarcas durante el siglo X; pero habíanse debilitado de tal suerte los lazos de union entre ambas Iglesias, que no era necesario gran esfuerzo para romperlos por completo. Esto fué lo que hizo

---

[1] ROHRBACHER, *Histoire universelle de L'Eglise Catholique*, libre cinquante huitième.

Miguel Cerulario, ó el *Cerero*, que subió al patriarcado de Constantinopla en 1043. Era Miguel hombre soberbio y corrompido, habituado á las intrigas palaciegas, educado en medio de aquellas innumerables facciones que desgarraban la córte de Bizancio, y más á propósito para ejercer el cargo de gran chambelan ó gran escudero en el palacio de los Césares, que para apacentar la grey cristiana.

No tenia espíritu cristiano, ni respeto á las leyes eclesiásticas, ni celo sacerdotal. Aunque tomó el hábito de monje durante el destierro que sufrió en castigo de haber conspirado, esto fué solo por miras mundanas, como lo demuestra el subir á la silla patriarcal contra lo dispuesto por los cánones, y merced á bajas y miserables intrigas. Era tan cruel, que treinta y seis dias despues de su elevacion hizo arrancar los ojos al eunuco Juan, autor de su destierro; y tan vano y orgulloso, que en todo procuraba igualarse á la majestad imperial hasta el punto de usar zapatos de escarlata. Un dia osó decir al emperador Isaac Commeno: «Yo os he dado la corona, y yo sabré quitárosla.» Un hombre de esta talla fué quien, siguiendo las huellas de Focio, rompió definitivamente los últimos lazos que unian á la Iglesia griega con la latina. Empezó la ejecucion de su intento de acuerdo con el metropolitano de Bulgaria, reproduciendo las acusaciones dirigidas á la Iglesia romana por Focio y otros sobre el ayuno del sábado, el uso del pan sin levadura en la Eucaristía, la suspension del *Alleluya* durante la Cuaresma , etc., *extrañas razones para indisponer al Oriente con el Occidente*, dice el mismo Voltaire. Fueron refutadas estas acusaciones por el Papa Leon IX, el cual envió á Constantinopla tres legados, que á vista de la contumacia de Cerulario se vieron obligados á excomulgarle, deponiendo el acta solemne de esta excomunion sobre el altar mayor de Santa Sofía el 16 de Julio de 1054, á la hora de

tercia, á presencia del clero y del pueblo. Acto de heróico valor que honró sobre manera á los legados, y demostró cuán profunda era la conviccion que tenia el mismo pueblo de Constantinopla de la primacía de Roma, pues en otro caso no hubieran podido los legados ejercer tranquilamente aquel acto de soberanía espiritual.

Cerulario publicó á su vez un decreto contra la excomunion, quedando así consumado este horrible cisma, que hoy tiene todavía sumidas en tinieblas de muerte á las Iglesias griegas.

Hemos apuntado las causas más ó ménos remotas de tan deplorable excision. Las que inmediatamente la produjeron, dando márgen á tantas disputas como Focio y Cerulario suscitaron contra los romanos Pontífices, pueden reducirse á dos, pues las demás eran solo tocantes á diferencias accidentales, que no hubiera sido difícil arreglar: primera, el desmedido orgullo de los patriarcas de Constantinopla, que miraron su silla como la primera entre todas las del orbe cristiano; y segunda, el error que profesaban en sostener que el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo, sino solamente del Padre.

Respecto á la primera de estas dos causas es de notar, que desde los primeros años de la fundacion de la Iglesia de Constantinopla se echó de ver el orgulloso anhelo por aquella superioridad. Con este propósito los Obispos de Oriente añadieron un cánon al segundo Concilio de Constantinopla, á pesar de las protestas del Papa San Leon; añadieron tambien tres cánones al Concilio de Calcedonia, y en el año 595, Juan el *Ayunador* tomó el fastuoso título de Patriarca *ecuménico*, ó universal; y despues subió tanto de punto el nécio orgullo de aquellos patriarcas, que cuando se dirigian á los demás Obispos, no les llamaban *hermanos*, como suele el Sumo Pontífice llamarlos, sino *hijos* espirituales: lenguaje diverso, no solo del usado por los

sucesores de Pedro, sino del que empleaba el mismo Jesucristo Nuestro Señor cuando llamaba *hermanos* á los Apóstoles.

Para cohonestar sus altivas pretensiones alegaban los orientales, que habiéndose trasladado el imperio á Constantinopla, se habia tambien trasladado á esta ciudad el Primado pontificio; pero semejante doctrina es absurda, porque hace dependiente al primado de honor y jurisdiccion que gozan los sucesores del Príncipe de los Apóstoles, de un hecho tan temporal y humano como la traslacion de la capital del imperio, y por consiguiente de la autoridad de los emperadores, incompetente y nula tratándose no ya solo del primado espiritual, sino de ninguna otra materia tocante á la religion y á la Iglesia. La otra causa que hemos indicado fué el error de los griegos acerca de la procesion del Espíritu Santo. El orígen de este error debe buscarse entre las herejías que contaminaron la Iglesia de Oriente desde sus primeros tiempos, las cuales, divididas y subdivididas hasta lo infinito, uniendo el idealismo platónico con los sueños del Oriente, y defendiéndose con una metafísica temeraria, parecian anunciar que el génio oriental estaba poseido del demonio de la mentira, de la division, de la disputa, y que no habia de vivir mucho tiempo en la grandiosa unidad de la fe, base y cúpula á un mismo tiempo de la santa Iglesia católica.

La controversia del *Filioque* nació probablemente con ocasion de la heregía de los arrianos y los macedonios [1]. Cuando San Atanasio, San Hilario de Poitiers, y San Basilio el Magno, hubieron demostrado en sus escritos la realidad de la divinidad del Verbo y del Espíritu Santo, se exigió á todos los arrianos convertidos á la Iglesia declarasen que el Espíritu Santo no era una criatura, pues se

[1] PERRONE. *Prælectiones Theologicæ*, Tractatus de Trinitate, cap. V.



consideraba á los arrianos como enemigos del Espíritu Santo, y fueron apellidados macedonianos, cuando el semiarriano Macedonio se puso á su cabeza [1]. Teodoreto fué el primero que impugnó á San Cirilo, porque este, en el *Anatematismo* XI contra Nestorio, llamó al Espíritu Santo *Espíritu propio de Jesucristo, Spiritum Christi proprium.* Los monotelitas, que no admitian en Cristo más que una sola operacion y una sola voluntad con dos naturalezas, reprendieron á San Martin I, porque enseñó que el Espíritu Santo procedia del Padre y del Hijo; tambien los iconoclastas se declararon en contra de esta doctrina, que aún defienden hoy los orientales cismáticos, fundados en que no habla de ella espresamente la Escritura, en que algunos Santos Padres griegos no la mencionan, y en que el segundo Concilio de Constantinopla solo declaró que el Espíritu Santo procedia del Padre, argumentos todos vanos y cien veces refutados. Sabido es que una doctrina no deja de ser dogmática porque la Escritura no la mencione en términos esplícitos, ó porque algunos Santos Padres no la hayan defendido. El Concilio de Constantinopla nada dijo de la procesion *ex Filio*, porque no se trataba de ella, ni nadie la negaba, como dice muy bien De Maistre. Pero demos de mano á la esposicion de las equivocaciones en que incurren los griegos acerca de esta y otras materias, porque de lo dicho se deduce evidentemente cuán ciega y locamente se precipitaron en el cisma.

Despues de Miguel Cerulario, la Iglesia griega se separó más y más de la católica, cayendo miserablemente en la esclavitud y la ignorancia. El año 1204, cuando los cruzados fundaron el imperio latino, restableció Balduino I la union con Roma; pero Teodoro Lascaris, á quien los griegos cismáticos proclamaron emperador en Nicea,

---

[1] Alzog, *Historia Universal de la Iglesia*, tomo II, pág. 55.

mantuvo el cisma en los lugares en que mandaba. En 1261 derribó el imperio latino Miguel Paleólogo, y restableció el cisma en todo su vigor. Cierto que Paleólogo, amenazado á un mismo tiempo por Cárlos de Anjou, Rey de Sicilia, y por el emperador latino Balduino II, envió embajadores al Concilio de Lyon, celebrado en 1274, que admitieron la procesion del Espíritu Santo y la supremacía de la silla de Roma; mas el mismo Paleólogo no tardó en volver á las andadas, y despues de su muerte, acaecida en 1283, fué por completo restablecido el cisma.

Verificóse otra vez la reconciliacion en el Concilio de Florencia, celebrado en 1439; pero fué bien pronto rota, como lo habia sido anteriormente. Por último, Constantino Paleólogo, previendo los designios de Mahomet, envió en 1451 á pedir auxilio al Papa, haciendo protestas de que trabajaria en traer á buen camino á los cismáticos; los cuales, sin embargo, continuaban su satánico empeño cuando Mahomet se apoderó de Constantinopla en 1453.

Despues de la toma de esta ciudad, expió sus crímenes la Iglesia griega, cayendo en horrible opresion. No habia querido sujetarse á la Madre y Maestra de todas las Iglesias, y el Señor castigó su orgullo sujetándola á la ignominiosa esclavitud de los sectarios de Mahoma. Desde Selim I (1512) se vieron obligados los griegos á ceder á los turcos sus iglesias de piedra, reservándose el Sultán la eleccion de Patriarca. Al ser este elegido debia ser conducido al serrallo durante una sesion del Divan, recibir un vestido de honor de seda blanca, y comprar á gran precio la carta de aprobacion del Sultán. Difícilmente podia conservarse en su silla, pues unas veces se veia obligado á resignar voluntariamente su cargo, otras se le desterraba, y otras era degradado ó ahorcado [1]. A la vista tenemos la

---

[1] ALZOG, *Historia universal de la Iglesia*, tomo IV, pág. 183.

lista de Patriarcas que rigieron la silla de Constantinopla desde 1454 hasta 1687 [1], donde no se leen más que estas ú otras notas parecidas: «José Coacas, mutilado; Marco Xylocarabas, expulsado; Mateo de Joannina, echado al cabo de diez y nueve dias; Cirilo Lúcar, desterrado; Cirilo Lucar, vuelto á traer, etc., etc.» Elocuente enseñanza, que demuestra una vez más que quien sacude el santo yugo de las autoridades legítimas, se sujeta á otro yugo verdaderamente aborrecible, el yugo de la tiranía y del error.

URBANO FERREIROA.

---

[1] MURATORI, *Gran Diccionario Histórico,* 1.ª parte, tomo 3.º, letras Cha, CZY.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO VI

DONDE SE ACABA EL DIA, PERO NO LA HISTORIA DEL TIUFADO

Recobráronse y tornaron á su ordinaria actitud al sentir pasos de los siervos que traian candelabros de plata con velas de cera encendidas, alumbrado de lujo á que los visigodos estaban acostumbrados.

Se descubrian ya desde las ventanas las constelaciones boreales, el cielo sin nubes y con profusion de estrellas, la luna en creciente, la noche apacible: sentíase la atmósfera perfumada de los primeros dias de Mayo.

Amaya suplicó á su padre que suspendiese la historia, y el Duque añadió sus ruegos á los de su sobrina.

—Prefiero concluir de una vez, contestó el Tiufado: me sería doblemente penoso renovar mañana tan tristes memorias.

No tuvo, sin embargo, más remedio que suspender el relato por algunos momentos.

Como hemos podido ver, ó más bien, adivinar en ciertas palabras escapadas por abundancia del corazon al Duque de Cantábria, nunca habia echado este tan de menos á su hijo Pelayo, como en la ocasion presente.

Tambien Ranimiro hubiera querido tenerlo en el castillo: pero naturalmente se mostraba más cauto y reservado que su tio. Uno y otro estaban impacientes por saber algo de la córte, del movimiento de tropas, y de su amigo Teodomiro, á quien suponian abandonado y comprometido en la Bética; todo lo cual prueba, confirma y corrobora que el achaque de saber noticias es antiguo. A falta de periódicos y papeles volantes, de extraordinarios y telégramas, que no se recibian en Cantábria,

Nunilo, liberta de Favila, que hacia las veces de ama de gobierno, habia ido despues de comer, á Varia y Lucronio á proveerse de ciertos artículos de fondo necesarios para una casa, como telas, vajilla y comestibles, y de paso á inquirir y averiguar algo de lo que sucedia en el mundo; no por curiosidad ciertamente, sino por complacer á sus señores. Esta excelente liberta, más provista de *gacetillas* de la capital y *sueltos de sensacion*, que de brocados, alhajas y vinos generosos, comprados á ciertos mercaderes judíos que acababan de llegar de Toledo, no titubeó en entrar detrás de los siervos que iluminaron la estancia, y con el respeto debido, pero tambien con la solemnidad de un periódico sério que anuncia *crísis radical* ó cambio de *situacion*, dijo á Favila:

—Señor, vengo aquí, no para interrumpiros, sino para que los siervos pongan las luces donde es menester. Si os hablo, no me digais como de costumbre, que soy muy atrevida y me tomo demasiadas libertades: lo que es ahora, no puedo dispensarme de interrumpiros. ¿No sabeis lo que pasa?

—No, mujer, ¿cómo quieres que lo sepamos, ni qué nos importa á nosotros lo que pasa fuera de aquí?

—Bueno, pues si no os importa saber lo de Pamplona y lo de Toledo, perdonad; me marcharé.

—Mujer, me arrepiento de lo dicho. Me importa y mucho. Dí presto lo que sepas, y principia esplicándonos por dónde lo sabes.

—Por Varia, á donde he ido esta tarde; porque me avisaron de que habian llegado unos judíos con cosas riquísimas, tanto de paños como de..... Y dije yo: estos, que vienen de Toledo, sabrán.....

—Adelante. ¿Y qué has oido en Varia?

—He visto, lo que se llama ver, con mis propios ojos, huestes que llegan á toda prisa de Cesaraugusta y Tutela: he visto mucha gente; mucho movimiento. Esos guerreros se van á sorber á los vascos: no tienen ni para un diente con todas esas montañas. Yo no soy niña; que hartos años de sierva he hecho en vuestra casa, hasta que me dísteis libertad por haber criado tan bueno y robusto á vuestro hijo Pelayo; pero os digo mi verdad, en mi vida he visto tanto bucelario, tanto decano, tanto milenario juntos.

—¿Y quién los manda? preguntó Ranimiro.

—No lo sé: cada tiufadía estará mandada por un tiufado, y cada tres ó cuatro, por un prepósito.....

—¿Y qué dicen de Pamplona?

—Dicen que aquello está muy malo; que allí anda todo revuelto, y que los judíos.....

—¡Los judíos!

—Eso dicen los cristianos. Pero los judíos, á quienes he comprado yo una rica tabla de manteles, replican que los vascones no necesitan de nadie para alborotarse, y que no saben lo que tiene esa Vasconia, pues en

pisándola, hasta los visigodos bullen inquietos y azogados, y están deseando saltar. Y los mercaderes tienen razon. ¿Por qué han de rebelarse ahora los godos mismos de Pamplona? ¿Qué tienen que ver con ellos los judíos?

—Pero, Nunilo, acaba si quieres, exclamó Favila impaciente: ¿qué se sabe de Toledo?

—¿De Toledo? Nada, sino que el Rey, vuestro sobrino..... ¿no han hecho Rey al hijo de vuestro pobre hermano Teodofredo?

—Sí, mujer, sí, hace meses. ¿Qué le ha pasado al Rey?

—Que á consecuencia de los rumores y alborotos de Pamplona, apresura su viaje y se viene solo con sus espatarios.

—¿Con Pelayo?

—Sí, señor, con mi hijo Pelayo, á quien yo he criado á mis pechos. Pues esa es la noticia; eso lo que me ha obligado á entrar á interrumpiros sin querer.

—¿Y dónde están?

—¿Qué se yo? Dicen que el Rey y Pelayo vienen..... ¿Cómo dicen que vienen, señor? ¿A la fuerza? no: á marchas.....

—Forzadas.

—Eso es, á marchas forzadas. ¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir, que el dia menos pensado le vemos asomar por aquí, quizás esta misma noche.

—¿Y os estais con tanta calma, señor?

—Pero, mujer, si no sabia una palabra..... Mira, Nunilo, confio en ti. Pónle una buena cena; que le tengan bien mullida la cama.

—¡Cena! ¡Yo misma se la he de aderezar! Ya sé que él es muy poco amigo de guisotes y melindres: carne asada medio cruda, y el lecho como una tabla. Mi hijo no se parece, ni quiere parecerse á los godos que hoy se estilan. Godos de alfeñique, godos enclenques y encanijados.

—Pues date prisa, Nunilo, que no te coja desprevenida.

Vínoles muy bien á nuestros personages aquella interrupcion, con la cual se distrajeron un momento, sosegándose un poco su ánimo. Por mucho que fuera el interés con que el Duque y Amaya escuchaban á Ranimiro, y no cabe imaginarlo mayor, la gravedad de los acontecimientos era tal, que no podian prescindir de reflexionar sobre ellos, y aun de comentarlos.

—Ranimiro, le dijo el ciego; si estás para pensar en algo más que en tus propias desdichas, que ya entreveo, dime: ¿qué te parece de lo que acabamos de oir á la liberta?

—Sus noticias, contestó Ranimiro, me confirman en el juicio que ántes de ahora he formado. Esa sublevacion, esa agitacion de Pamplona cuando van llegando á Vasconia miles y miles de hombres, ¿es creible, es verosímil siquiera? ¿Tiene sentido comun? ¡Rebelarse una plaza fuerte en que todo está aparejado para recibir al Rey; guarnicion escogida, Con-

de y tiufados de confianza! En ninguna ciudad de España puede tener Rodrigo en estos momentos más confianza y seguridad, que en el primer presidio de Vasconia. Esas voces, esos fingidos temores, ó quizás esa agitacion artificial, son nuevo pretesto para apresurar la salida del Rey, retrasada no sé por qué. En efecto, debe de urgir á los conspiradores sacar á Rodrigo de Toledo, alejar las huestes del Mediodía. Todo lo cual quiere decir que los sucesos se precipitan, y que pronto vamos á presenciar grandes catástrofes, si no las evitamos por grandes escarmientos.

—Pues bien, de un momento á otro vendrá aquí Pelayo.....

—¡Aquí! No loespereis por ahora, le contestó el Tiufado. Si son ciertas esas noticias de Pamplona, allí se dirigirán en seguida por la ribera del Arga.

—Pero, si se detienen en Tutela ó Calahorra para emprender la marcha con las huestes.....

—Tendrán que mandar á la plaza de Vasconia un gobernador de toda su confianza; quizás vaya el mismo Pelayo, y en estos momentos en que los vascos están quietos, con unos cuantos bucelarios tiene bastante para escolta. Así hemos hecho nosotros el viaje. Los vascos no se mueven. Ven con indiferencia que vamos á soltar sobre ellos las cataratas del diluvio. ¿En quien confian? ¿qué es lo que presienten? No lo sé. Profundamente dormidos cuando nosotros nos agitamos calenturientos contra ellos, ó tratan de rendirse, ó esperan vernos desaparecer.

—Aguardemos, dijo Favila: para mi hijo como para todos, en dias tales la patria es antes que padre y madre. Pero si Pelayo puede, no dejará de hacer una escapada para vernos. Y ahora, Ranimiro, si estás más tranquilo, continúa tu lamentable historia, suspendida precisamente en la ausencia de Paula.

—Sí, dijo el Tiufado, la desaparicion de mi mujer era efecto de un crímen; pero no podia encontrar rastro de él en ninguna parte. En los primeros momentos, y sin apartarme de las puertas de la ciudad, mandé salir en todas direcciones bucelarios á caballo para ver si podian alcanzar á las fugitivas dentro de la region en que los godos nos movíamos sin gran riesgo; y luego, sospechando que en aquel crímen pudieran tener intervencion los judíos, toda vez que una sierva hebrea, ó como cómplice ó como víctima, figuraba en él, me dirigí á la aljama de Pamplona. Los judíos en aquella época vivian en una especie de paz y holgura relativas: eran nuestros mercaderes, artífices, médicos, y aun abogados. Ya entonces se susurraba que andaban en tratos con los africanos, y dos ó tres años despues abusaron de tal modo de nuestra tolerancia, que fué necesario tomar gravísimas providencias para refrenar su audacia pertinaz. No podeis figuraros la repugnancia que sentí al tener que recorrer las inmundas calles de la judería y sus casas aun más sórdidas, pero henchidas, repletas de riquezas, de telas preciosas, de alhajas, y al mismo tiempo pobladas por una raza hermosa, inteligente, robusta y vengati-

va, con apariencias de humilde y resignada. La sierva de Paula, que se llamaba Respha, no era de Pamplona, segun ellos, ni siquiera allí conocida. La habia traido mi mujer de Victoriaco, con la esperanza de convertirla, y por lo tanto, ni se dejaba ver por la sinagoga, ni entraba en el barrio de sus hermanos. Mentira todo, como luego ví; pero de esa gente no pude entonces sacar otra cosa. Nada tampoco de los bucelarios, que recorrieron á caballo toda la cuenca. Solo alguno de ellos trajo noticias de que se habia visto á la sierva judía volver á la ciudad, segun unos, ó dirigirse hácia la Burunda, es decir, hácia Victoriaco, segun otros. De Paula, nada.

No sabia qué hacer: estaba loco, desesperado. Como podeis figuraros, me habia informado minuciosamente de lo ocurrido.

¿Habia venido á casa alguna persona extraña?

Nadie.

¿Habia salido mi mujer antes de su desaparicion? Ni un momento.

¿Quién habia hablado con ella? Ni siquiera Marciano. Solo la hebrea la habia servido cual de costumbre.

Pero Respha ¿estuvo fuera de casa? Despues de mi ausencia no: tampoco se habia movido. Todo era regular y ordinario, lo que habia precedido al crímen. Mucho más tarde supe que Respha habia hablado al amanecer con una persona desde la ventana.

Acudí á Miguel de Goñi: pude indicarle lo que me pasaba; pero tampoco me sacó de dudas. Nada sabia, nada podia sospechar. Creí que todo el país vasco se habia conjurado contra mí; creí á todos nuestros enemigos cómplices de aquel delito.

Furioso contra ellos y contra mí mismo, me lancé entonces á lo interior de la sierra, sorprendiendo á sus habitantes y dejando atónitos á los godos de mi audacia, que atribuian al valor y era hija de mi desesperacion. De entonces data principalmente mi funesto renombre de infatigable guerrero y terrible azote del enemigo. No lo dejaba en paz, no perdonaba ni roca, ni selva, ni cueva, ni caserío. Las pobres gentes huian delante de mí, abandonando sus chozas, ó trataban de oponer resistencia á mis arremetidas, obligándome á empeñar combates que no buscaba, pues solo queria saber, inquirir, rastrear dónde estaba mi Paula, cuál habia sido su suerte.

No, no era cruel; no me ensañaba con nadie, os lo aseguro: si hacia algun prisionero, si me llevaba algun cautivo, era para preguntarle, con la debida prudencia, por Lorea, la primogénita, la señora de Aitormendi.—Ha muerto, me contestaban; y aquella noticia me consternaba, hasta que explicándose más, veia que se referian á la época de su desaparicion del país vasco.

Aseguraban algunos que nosotros la teníamos en cautiverio.

De su salida de Pamplona y del tiempo posterior, nada, absolutamente nada.

Quise valerme entonces de los monjes, únicos que sin distincion de castas ni de gentes, entran y salen en la Vasconia sin dificultad, y aunque tienen que ser muy prudentes y circunspectos para no hacerse sospechosos al uno ni al otro campo, se encargaron de averiguar lo que pudiesen por la parte del litoral y de los más salvajes Pirineos, á donde no llegaban ni mi audacia, ni mi desesperacion. Tampoco me dieron luz alguna.

Por fin llegué un dia á sorprender á una jóven que trasponia una montaña. Al asomarse al puerto para cruzar de valle á valle, dió con nosotros de manos á boca, y no pudo escapar. Era mujer serena y varonil, casada, segun las trenzas y el tocado lo daban á entender: su estatura colosal; su fuerza hercúlea, á juzgar por la anchura de sus hombros, y la robustez de sus brazos, nervudos y arremangados. Pero sus facciones, aunque enérgicas y de expresion altiva, eran agradables y bien proporcionadas. Habia en su mirada audacia, pero al propio tiempo astucia y bondad.

Sorprendida la jóven ciclópea se cruzó de brazos, y se quedó inmóvil, esperándonos.

—¿Por qué no huyes? la pregunté en vascuence.

—Porque es inútil, me contestó.

—¿De dónde vienes?

—¿Y á tí qué te importa, si no es eso lo que quieres saber?

—¿A dónde vas?

—A buscarte. Quiero hablar contigo á solas.

—Aquí nadie más que yo entiende tu idioma.

—Entonces, no nos movamos; y trátame sin piedad, como prisionera tuya. Pueden mirarnos desde lejos, y no conviene que adviertan en ti la menor consideracion.

Mandé á mis bucelarios que atasen las manos á la jóven, la cual prosiguió:

—Ranimiro, estás siendo el verdugo de este país por averiguar lo mismo que yo trato de saber, y sólo por amor á mi patria vengo á decirte: Ranimiro, déjanos en paz, que yo, sin derramar una gota de sangre, puedo acaso descubrir, lo que tú con tanta como viertes, no conseguirás saber nunca.

—¿Quién eres?

—Petronila.

—¿La amiga de Paula?

—La misma: la amiga, la verdadera hermana de Paula.

—¿Qué sabes de ella?

—Nada: sabré lo que tú me digas; y con lo que me digas tú puedo llegar quizás á saberlo todo.

—Sé que Lorea, ó más bien, Paula, tenia empeño en salir de Iruña en tu busca, sin más objeto que verte para confiarte el secreto de Aitor.

—Basta, Ranimiro: no necesito saber más. ¿Qué dia salió de vuestra ciudad?

—Hace hoy tres meses y medio.

—¿Sola?

—No, con una sierva judía.

—¡Judía! exclamó la jóven gigantea: ¿no son los de esa raza y religion los que tanta fama tienen de codiciosos y avaros?....

—Sí.

—¿Y decís que se trataba de descubrir un tesoro?

—De depositar en ti el secreto del tesoro de Aitor, que solo Paula conoce.

—¡Me lo temia! exclamó Petronila; y sus enérgicas facciones se iluminaron con un rayo de inspiracion. ¡Es el mismo, el mismo! Yo vivo en su valle y lo he visto antes de ese tiempo ausentarse con frecuencia. Sí; desde que Amagoya se quedó sin su hermana mayor, desde que á su frente orgullosa se le subieron los humos de heredera! ¡El mismo! Y el que, contra su costumbre, siempre andaba forastero, de tres meses á esta parte apenas se ha movido de Aitormendi.

—¿De quién hablas? la pregunté con viva ansiedad.

—Anda en busca del tesoro: el tesoro tiene la culpa.....

—Pero ¿de quién se trata? ¿De Amagoya? ¿De la judía?

—¡De Basurde! Basurde, el marido de Amagoya, el pagano, el terrible, el astuto pagano de Aitormendi, es capaz de haberla asesinado, si Paula ha sido débil hasta el punto de descubrir á su hermana el secreto.....

—¡Asesinarla! ¿Para qué?

—Para hacer á su mujer legítima heredera y apoderarse del tesoro de Aitor.

Quedé aterrado.

—Si no es eso, es que Paula huyendo de su cuñado se ha caido ó precipitado en alguna sima. Porque, seguia diciendo como si hablase consigo misma, rastro habia de haber dejado, noticias suyas me habria trasmitido al cabo de tantos meses!.... Yo lo sabré todo, ó dejaré de ser quien soy. Ahora suéltame y ponme en libertad; y si me dices qué títulos tienes para inquirir el paradero de Paula.....

—¡Soy su marido, le contesté: padre del hijo que lleva en sus entrañas!

—¡Lorea en cinta!.... ¡Lorea casada contigo! ¡Ah! ¡Todo lo veo claro! Si Basurde lo ha sabido.....

—¿Qué sucederá?

—¡Desdichada!—exclamó sin oirme ni hacerme caso: ¡no ha podido llegar á más tu ceguedad! Pero no importa; mi amistad va más lejos que tu desventura. Mi amistad y mi amor á mi país. Y luego mirándome, añadió:—Ranimiro, yo no te pido paces, ni treguas; por nada ni por nadie me rebajo hasta ese punto. De los godos, nada. De los cristianos tengo de-

recho á esperar una guerra regular y ordenada, como hasta ahora la habíais hecho.

—Te lo prometo.

—Pues bien: no iré, no he ido nunca á vuestras ciudades, y solo en la mayor extremidad pondría en ellas mis plantas; pero no me faltará con quien mandarte un aviso y enterarte de lo que sepa. Y lo repito: ó poco he de poder, ó he de saberlo todo.

No quise confiar á ningun siervo el cuidado de desatar sus lazos, y lo hice con mis propias manos, para estrechar las suyas y decirle:

—Si llegas á verla, dila que la amo y que la espero; y entre tanto, Petronila, tened de ella la idea de que es una santa, llamada por Dios á cosas extraordinarias y descomunales, y vuestro juicio será más recto y acertado [1].

—Te he dicho que soy su amiga, y pese á todos los paganos endurecidos y testarudos de los Pirineos, no se han de salir con la suya: que si ellos tienen la cabeza de pedernal, la mia es de bronce.

Las suposiciones de aquella mujer no podian ser más desconsoladoras. La idea de que Paula hubiese perecido de muerte violenta, me horrorizaba. Sin embargo, no creia en ella, y ménos que nada en su desesperacion. Comprendo que á un vasco, á un hijo de aquellos fieros montañeses que en las batallas se precipitaban de las rocas por no caer prisioneros, se le ocurriese tan horrible sospecha; pero los godos no nos deshonramos con la cobardía del suicidio. Mi mujer era vascongada; pero ennoblecida ya con el agua del bautismo: santa y heróica, no podia dudar ni de su fé; ni de su valor y fortaleza. Los hijos de Aitor, me habia dicho, no desobedecen á sus padres, y desobediencia suprema era faltar á un tiempo á las leyes divinas y á los designios del patriarca vascongado. El asesinato de Paula era, si no verosimil, posible al ménos. Pero meditando en tan espantosa idea, acabé por desecharla tambien. La muerte violenta de la hija de Aitor, hùbiera resonado como un acontecimiento histórico de primer órden en aquella tierra donde, forzoso es confesarlo, son estos crímenes incomparablemente ménos frecuentes que en la nuestra.

Y luego, por cruel que fuera el marido de Amagoya, ¿qué adelantaba, siendo tan avaro, con la muerte de Paula, si esta se llevaba al sepulcro el secreto de las riquezas? Era necesario suponer que se lo habia arrancado á su cuñada, lo cual me parecía difícil, como tambien el que Amagoya, altiva, pero noble, se prestase á ser cómplice más ó ménos directa de tan espantoso crímen.

---

[1] El tratamiento tan pronto de *tú* como de *vos*, dirigido en un mismo escrito á una misma persona, se vé usado no solo por los visigodos en aquella época, sino en las cartas de San Gregorio el Magno, segun el eruditísimo P. Fita. (*La Ciudad de Dios*, tomo IV, pág. 268: artículos sobre *El Papa Honorio I y San Braulio de Zaragoza.*) En vascuence, no hay tanta libertad, pero Ranimiro contaba su historia en latin.

Estas reflexiones que hice en el camino me tranquilizaron, y entré en Pamplona con alguna esperanza, con cierta consolacion. Al ménos no me agitaba ya en el vacío, no abria los ojos en las tinieblas, no tendia como hasta aquí los brazos buscando asidero, sin encontrar ni el menor arrimo.

Estando en mi casa á los pocos dias, me dijeron que una formidable montañesa, que habia venido á vender corderos, queria hablarme. Me dió un vuelco el corazon recordando que Petronila, sólo en último trance habia resuelto venir á verme. Quise precipitarme á su encuentro; pero me contuve por prudencia y la mandé entrar. Porque era ella: sentí su bronca voz en el vestíbulo, y sus pasos luego que hacian retemblar el pavimento.

—No vengo por ti, me dijo en su idioma al traspasar el umbral: yo no visito, ni visitaré jamás á nuestros enemigos; vengo, como buena vascongada, por servir á la hija de Aitor.

—¿Vive Paula? pregunté con la mayor ansiedad.

—Vive. La he visto.

—¿Y no vuelve contigo?

—¡Volver! exclamó Petronila con amargura: No vuelve, ni volverá tan presto, como Dios no haga un milagro.

—Pues, ¡cómo! ¿está enferma?

—Buena, buena está; y no me aturdais á preguntas: tened presente que no vengo por vos, sino por ella; porque es mi amiga, cristiana como yo, y goda ó no, es una santa, una martir, y lleva en su seno un descendiente de Aitor. Y con tal de que esa familia de paganos no se salga con la suya, sería yo capaz de venir á ver, no al godo Ranimiro, sino al mismo rey de Toledo.

—Pero, Petronila, exclamé: ten compasion de mi angustia, y dime pronto y sin rodeos lo que tengas que decirme.

—Ante todas cosas, ella me ha mandado venir á veros, que si no, yo, cumpliendo mi palabra, como vos habeis cumplido la vuestra en lo que atañe á la guerra, os hubiera enviado á mi marido Ochoa para informaros de lo que pasa, pero no habria pisado estos umbrales. He venido con toda repugnancia; más no me recibireis vos con tanta, trayéndoos como os traigo una prenda de esa santa mujer. Bien lo decíais vos, es una santa. ¡Qué resignada! ¡Qué caritativa!

—¿Qué prenda?

—¿La conoceis? dijo sacando ese brazalete de oro con la imágen de la cruz y la leyenda de *Amaya dá asiera.*

—Pero esto, ¿qué significa? exclamé espantado: ¿es un recuerdo de cariño, ó un testamento? ¿Es un legado?

—Es lo primero. Es al propio tiempo un depósito que os confia. Que lo guarde para mi hija, ha dicho; que se lo entregue un dia, si acaso tiene que nacer aquí entre paganos.

—Luego teme que su estancia se prolongue.....

—No tendria que prolongarse mucho, porque ya ha entrado en los siete meses y.....

—¿Donde está, Petronila, dónde está? exclamé con vivas ansias, y llevando con impaciencia las dilaciones de aquella mujer, que sin embargo era mi única amiga, mi único consuelo.

Su relato fué para mí interesantísimo; pero atormentador á veces por sus rodeos y digresiones. Me ceñiré lo posible al repetíroslo.

Basurde, inquieto con la fuga de Lorea del caserío de Aitor, donde vivia con Amagoya, no tardó en saber que su cuñada habia caido en poder de los godos, y con auxilio de Respha, sierva en Victoriaco, á quien habia conocido en Aquitania ó en la Vasconia de los Gaulas, se enteró de su conversion al cristianismo y hasta de su casamiento conmigo. Basurde se alegró extraordinariamente al saber esto último, porque comprendió que equivalia á la abdicacion de Paula, cuyos derechos pasaban á la hermana que la seguia en edad, á su mujer Amagoya. Mucho importaban estos derechos á Basurde, porque eran no sólo la posesion del valle y caserío de Aitormendi, sino la del tesoro de Aitor. Habló de ello á Respha, prometiéndola participacion en él si descubria el secreto; pero la judía no pudo conseguirlo, y eso que tenia ya la comezon del interés, que no la dejaba vivir. Solo sí averiguó que Paula estaba inquieta por ese depósito, y queria descubrirlo á Petronila. Entonces fué cuando Basurde resolvió apoderarse de Paula para obligarla á revelárselo, y si á él no, á su mujer Amagoya, y se puso de acuerdo con Respha. La judía en efecto engañó á su ama, diciéndola que un vasco habia venido á llamar á esta de parte de Ranimiro, para que saliese disfrazada de montañesa en compañía de su sierva, á un bosquecillo próximo á Pamplona, donde la estaba esperando su amiga Petronila, y en prueba de ser verdad, habia traido la *cateya* que dejó oculta en el heno al cabalgar con Teodosio para Goñi. Con esta órden, Paula no vaciló, y como una de tantas aldeanas que vienen al mercado, salió de la ciudad donde no era conocida, y sin entrar en ningun caserío, guiada por Respha se emboscó en una espesura, cayendo en manos de Basurde. Paula dió un grito y se extremeció al conocerle, como si hubiese visto al Basajaun de las leyendas vascongadas.

Basurde la tranquilizó con palabras suaves y melosas, haciéndola ver que su principal interés en aquel negocio, consistia en que no se perdiese para su familia el secreto del tesoro, á cuya posesion por contingencia estaba llamada su mujer Amagoya; y como esta declaracion tenia todo el aire de ser sincera, dada la condicion de la persona que la hacia, Paula la dió crédito y se dejó guiar hacia el monte por su cuñado. No tenia tampoco medio de evitar su compañía. Paula pidió á Respha que no la abandonara; pero esta infame desapareció despues de recibir la recompensa de su traicion.

—¿A dónde quieres que te conduzca? la preguntó Basurde.

—A mi casa de Pamplona.

—Imposible, mientras no nos comuniques el secreto y asegures el tesoro para tu familia.

—Llévame, pues, al caserío de Ochoa.

—¿Y por qué no al tuyo? ¿Por qué no has de ir á la casa de tus padres?

—Basurde, haz lo que quieras: no puedo resistir ni dejar de obedecerte, pero temo á tu mujer; me da miedo mi hermana.

El astuto pagano se sonrió.

—Tienes razon, la dijo: la primera entrada será terrible. Tú cristiana, y casada con un godo, y con el más cordialmente detestado de todos nuestros enemigos, y ella..... ya sabes su genio, ya conoces su exaltacion.....

¿Qué sé yo lo que haría?.... En los primeros momentos, se entiende; porque pasado aquel pronto, se quedaria como una malva. Por eso, lo has pensado bien: iremos á casa de Ochoa, ó de tu hermana menor Usua, que ya vive en Aitorechea con su marido Lartaun, y acaba de dar á luz una niña. Se me figura que tú no estas tan distante de tener otra.

—¿Con que mi hermana menor tiene ya una hija? repuso Paula, desentendiéndose de lo demás.

—Sí, y Usua no es como Amagoya. Ella no es cristiana; pero no detesta á la nueva religion; y luego, todo se ha de decir, madre ya de una hija, que puede ser en su dia heredera del tesoro, su interés por asegurarlo para en adelante es doble que el nuestro, que al fin y al cabo no tenemos hijos. Te recibirá bien, estarás allí como en tu casa; y luego que yo haya enterado de todo á mi mujer, y despues que esta se haya desahogado un poco conmigo, vendrás á tu palacio. ¿Dónde mejor?

Paula le replicó que por de pronto preferia descansar en casa de Ochoa.

—Como quieras, la dijo Basurde; pero de todos modos, añadió, el camino es penoso, larga la jornada, y hallándote en cinta..... Y el vasco lo repetia para asegurarse de ello, y oir de los lábios de Paula la confirmacion de sus sospechas, ó noticias, y hallándote en cinta, no puedes andar tanto ni tan de prisa como es menester.—Nos llegaremos á un prado que está aquí á la derecha, y tomaremos un caballo que nos llevará más pronto y mejor al caserío del marido de Petronila.—¡Petronila! añadió en tono sentimental: ya todos los vascos se van haciendo cristianos. ¡Por más que diga Amagoya, tenemos que sucumbir!....

El taimado habia herido la fibra más delicada del corazon de Paula, que arrebatada por su ardiente fé y su celo por la gloria de Dios y el cariño á su familia, quiso aprovechar la ocasion y las buenas disposiciones de su cuñado.

Y hablando con tanta uncion como entusiasmo, se dejó llevar por él á una selva enmarañada, en un raso de la cual, cierto pastor ó dulero les

prestó una yegua. Púsola Basurde cabezadas, acomodó la capa en sus lomos, haciendo montar á Paula, y él tirando del ramal y á pié las cuestas abajo y cabalgando en los pechos arriba, fué andando por caminos desconocidos y solitarios, por asperezas y desiertos, esquivando todo encuentro y huyendo de toda vivienda.

Algunas provisiones de pan, mojama y frutas secas fueron su alimento, mientras la yegua descansaba y pacia en una pradera al márgen de un arroyuelo.

—¡Qué caminos tan solitarios! exclamó Paula: ¡me dan miedo!

—Es que vamos por atajos para llegar antes, porque si nó nos sorprendería la noche en el camino.

—Siento así cierta pesadez en los ojos; tengo sueño.

—No es extraño, le contestó Basurde: has salido de Iruña de mañana; y luego los vaporcillos de la comida..... Cabalguemos; no hay tiempo que perder.

Estas fueron las últimas palabras que recuerda Paula.

Despues se despertó en una cama, ó por mejor decir, en un monton de heno seco, dentro de una especie de torre formada de cuatro paredes altas, gruesas y lisas, sin otras ventanas que algunos agujeros á los cuales no podia asomarse, por estar abiertos cerca del techo y á la altura de ocho ó diez varas del suelo.

Paula quedó consternada. Cayó luego en la cuenta de que estaba en su propia casa, en el palacio de Aitormendi, y que Basurde le habia dado en la comida el zumo de alguna yerba de las que producen letargo, y cuyo conocimiento, para usos medicinales, era tradicional en la familia de Aitor. Aquella torre habia servido de palomar, y contígua al cuerpo principal del edificio, comunicaba con él por una puerta abarrotada y dividida en direccion horizontal en dos mitades iguales, con su postigo en la superior. No cabia duda: estaba presa, quizás emparedada en su propia casa. Confirmáronla en estas sospechas un cántaro de agua, algunas hogazas, provisiones de cecina y frutas, que yacian en el suelo ó colgaban de las paredes, y algunos paños que la servian para preservarse del frio.

—¡Madre mia! exclamó Amaya.

—¡Mártir de la fé cristiana y del amor conyugal! añadió Favila.

—La pobre Paula, en efecto, fué allí á padecer martirio. Aquella torre flanqueaba la fachada del caserío, formando con ella una rinconada; pero Paula sentia en torno los ladridos de un enorme mastin y el ruido de la larga cadena á que estaba sujeto, para que nadie osara acercarse á los muros. Conoció que ó no veria á nadie, ó que su trato y comunicacion se limitarian á sus carceleros.

Nada temió por sí, pero tembló por su marido, y sobre todo por la criatura que llevaba en su seno.

Ella se puso de hinojos y se ofreció al Señor como oveja destinada al sacrificio; pero le pidió por mí y por su hija. Y luego se sentó tranquila,

y hasta gozosa, porque creia que Dios la habia escuchado, y aceptaba su vida en cambio de la mia y de la tuya, Amaya.

La hija del milenario sollozaba.

—Es más, tu santa madre llegó no sólo á perdonar, sino á disculpar á su hermana.—Dadas su ceguedad, su obstinacion en el error, decia, ¿qué soy yo á sus ojos? Una mala vascongada que se ha pasado al campo enemigo, y se ha unido al más aborrecido caudillo de los contrarios. Amagoya se avergüenza de mí, me considera indigna del nombre de hija de Aitor, y cree de buena fe que yo he perdido todos mis derechos.

Así pensaba Paula, sintiéndose, sin embargo, en su interior llamada por Dios á la fe primero para salvarse á sí y á su pueblo, y luego al amor de un príncipe godo, para no ver en nosotros ya más que cristianos. Por eso solia decir con lágrimas hijas de afectos inefables: yo podré morir, pero mi hija vivirá, y si vive se llamará Amaya, y Dios pondrá la cruz sobre el árbol de nuestra independencia.

Amagoya pasó á verla. Entró altiva, severa, dura como un juez nombrado para condenar, cruel como leona hambrienta que se encuentra una oveja que devorar; pero salió mansa, humilde, casi confundida.

No quiso volver más.

—Llévala, le dijo á Basurde, llévala cuanto necesite; pero díla que la honra de nuestro padre Aitor no consiente que salga de ahí. Prométela que cuidaremos de su hijo; pero que lo daremos á criar lejos, muy lejos de aquí; que no sabrá nunca que sangre tan ilustre lleva en sus venas. Voy sospechando, Basurde, que esos cristianos valen más que nosotros.

—¿Y no la has hablado del secreto de Aitor?

—No, porque confio en ella. Ese secreto no me ha dado á mí ningun cuidado: no se perderá.

La pobre Paula, entretanto, oraba, sufria y esperaba. ¿En quién? Solo en Dios: llevaba ese brazalete de oro que tú llevas, Amaya, única joya que ella habia mandado hacer á un artífice judío, y se consolaba con la imágen de la cruz cincelada en el medallon, recuerdo de la cruz que me mostró en Gorbea. Pero aun de este consuelo quiso desprenderse, y me lo mandó para ti, presintiendo su muerte. Pero anticipo los sucesos.

Volvamos á Petronila, por quien supe todos ellos, esos pormenores tan minuciosos, tan dulces y terribles á un tiempo para mí.

¿Cómo pudo averiguarlo todo? A fuerza de penetracion, de astucia y osadía; digámoslo mejor, á fuerza de cariño á su amiga, ó de generosa inspiracion. ¡Qué mujer tan admirable! Por algunos indicios de haber pasado Basurde á caballo, llevando una jóven á las ancas, precisamente en el mismo dia en que Paula salió de la ciudad gótica, acabó de persuadirse de que solo á esa familia debia atribuirse la desaparicion de la primogénita de Aitor. En esta conviccion, se dirigió resueltamente al palacio, á pesar de la repugnancia que le causaba el tratar con Amagoya, que

la miraba con aversion desde que se habia hecho cristiana y casado con Ochoa. Fué, y no se acercó con miedo ni recelo, sino con rostro erguido y mirada serena, dispensando, no pidiendo proteccion. Halló á Basurde y su esposa, que á los ladridos del mastin, guardian de la torre, salieron á la puerta del caserío.

Acercóse á ellos con resolucion, y les dijo:—Sé que teneis encerrada á vuestra hermana mayor, en castigo de haberse desposado con uno de los enemigos de su raza.

Basurde lo negó con altivez.

—Aguardad un momento, repuso Petronila.

Y entonó una de esas canciones en diálogo que solian cantar juntas ella y Paula en su niñez.

Y de la torre salió al punto la respuesta, con aquel estilo y voz singulares que parecen privilegio de las hijas de Aitor.

No cabia ya la menor duda: aquellos acentos no podian confundirse con ningun otro.

—¿Lo veis? prosiguió la gigante vascongada, conmigo no sirven mentiras ni disimulos. Vale más hablar con franqueza y confesarme la verdad, toda la verdad. Porque, cansada de vuestra ojeriza vengo á buenas, y quiero prestaros un inmenso servicio en cambio de nuestra amistad.

—Entra, le contestó Amagoya: entra y habla. Pero recuerda que en la casa de Aitor no se consienten, ni mentiras, ni bajezas.

Petronila, mirándola con más orgullo aún que el de Amagoya, le replicó:

—Nunca podrás verte conmigo en el caso de consentirlas, porque soy incapaz de cometerlas. Hija de Aitor, añadió, ten cuidado con tu lengua, porque al menor insulto, al menor amago de injuria, me salgo y os dejo, y no será á mí á quien le pese de no habernos avenido.

Amagoya no la queria baja y miserable, pero tampoco tan altanera. Nadie en su presencia podia serlo tanto como ella. Tuvo que tascar el freno, sin embargo, porque su marido, presintiendo la importancia de aquella entrevista, se apresuró á dar á Petronila todo linaje de satisfacciones.

—Hablad, le dijo, y explicaos como os parezca.

—Soy amiga de Paula, prosiguió Petronila, pero tanto como á vos me ha escandalizado su matrimonio con un godo. La teneis aquí sin duda hasta su alumbramiento, bueno. Pero si muere en él, se llevará al sepulcro el secreto de Aitor.

—Es verdad, exclamó Basurde consternado.

—Lo revelará á su hermana, contestó Amagoya.

—¡A su hermana! repitió Petronila con sublime ironía: ¿á su hermana, que la tiene emparedada? ¡A su hermana, dejando quizás una hija en el mundo! No lo espereis.

—No lo espero yo, dijo Basurde, que la escuchaba con la frialdad de un hombre que mira ante todo su interés.

—Pues bien; la única persona á quien puede, si no descubrir el secreto, poner en la pista para averiguarlo, soy yo. Así me lo ha dicho mil veces, previniéndome de antemano para el dia en que fuera preciso descubrirlo.

—¿Y te lo ha manifestado? ¿Te lo ha descubierto, ó por lo menos indicado, cómo puede descubrirse en su dia? le preguntó Amagoya.

—Ni uno, ni otro: no tengo más sino su palabra, de hacerme depositaria de ese arcano.

—¿Y qué quieres?

—Quiero ver á Paula: quiero recibir su declaracion, si persiste, como yo creo, en hacérmela.

—¿Y solo por afecto, por gratitud hácia nosotros, vienes á dispensarnos ese favor? preguntó Amagoya con cierto desden.

—No, replicó Petronila, levantándose de la trípode en que se habia sentado: os he dicho al llegar que queria vuestra amistad á cambio de un servicio; pero ya no la quiero.

Vengo dispuesta á prestar ese servicio á nuestro patriarca Aitor, que tan padre fué mio como vuestro: vengo á servir á toda la raza vascongada. Quiero que no perezca ese tesoro para nuestro pueblo, ya que tan próximos están los tiempos en que han de brillar á la luz del sol las riquezas del Oriente, sepultadas sabe Dios dónde.

Si Paula da á luz una nueva hija de Aitor, para ella será ese tesoro; si una y otra mueren, para vosotros. Lo que nos importa á todos los vascos es que el secreto no desaparezca, y á ello, despues de las prevenciones de mi amiga, me creo obligada en conciencia. Ahora, si se pierde por culpa vuestra, que Dios y todos los escualdunas, que mi hermano Lartaun, padre de vuestra sobrina, os lo demanden.

—Ahora te creo, dijo la esposa de Basurde. Ven y hablarás á esa desdichada, á esa goda, que por serlo ha renegado de la dignidad de primogénita de Aitor y la supremacía de su linaje. Puedes decirla todo cuanto quieras; no incurriré en la bajeza de espiarte, ni de escucharos. Al salir me verás á la puerta, y solo te preguntaré si el secreto de mi raza queda asegurado. No quiero que me digas una palabra más; nada más tengo que saber. Confio en ti, y suceda lo que quiera, no podrá nunca atribuirse á la ambicion y la codicia.

Así pasó; así quedó enterada de todo Petronila.

Al salir le preguntó la esposa de Basurde, que se puso á hilar tranquila á la puerta de su palacio.

—¿Conoces el secreto?

—Lo conozco.

—Vete en paz.

Y se fué.

—¡Oh! exclamó Favila sin poder contener su asombro: ¡qué dos tan singulares caracteres!

CAPITULO VII

DE CÓMO AL FIN LLEGA EL DE LA HISTORIA DEL TIUFADO

Creo haberos indicado ya, prosiguió el magnate godo, que Paula habia dado á su amiga el encargo de venir á verme y enterarme de cuanto le habia pasado. Departir con quien acababa de hablar á la pobre emparedada, ver á quien la habia visto, é informarme de ciertas pequeñeces que para mi tenian infinito valor, era mi único consuelo. Petronila, con todas sus protestas de no prestar servicios á un enemigo, sus salvedades al poner los piés mal de su grado en poblaciones góticas, y su repugnancia á tratar con quien voluntaria ó involuntariamente habia lastimado á la casa de Aitor en el orgullo de su patriotismo, arrostraba el no soñado peligro de oponerse á los planes y miras de tan poderosa familia, y puesta al fin completamente de mi parte, me daba cuantas esplicaciones le pedia en tan apurado trance.

Pero todas sus noticias solo me sirvieron para salir de la cruel incertidumbre en que vivia, no para sugerirme un medio de salvar á la infeliz cautiva. Cuantos más datos me suministraba Petronila, más me persuadia yo de la gravedad del mal y de mi impotencia para remediarlo.

¿Cómo libertar á Paula? ¿Cómo sacarla de su prision, arrancándola de las garras de aquellas fieras, no hermanos, que tan despiadada como impunemente la retenian? La menor imprudencia en mis gestiones, el más ligero amago contra sus carceleros, podian ser funestos á la víctima, la cual no quedaba únicamente á merced de Amagoya, que al fin y al cabo era hija de Aitor, y no por codicia, ni por ambicion, ni por bajas pasiones, sino por alucinacion, por exaltacion de ánimo, se movia, dejando entrever ternura y compasion al través de su rigor y entereza: el verdadero verdugo de Paula, quien de ella disponia, era su cuñado, astuto y avariento, que á fuer de esposo de Amagoya, no ignoraba el uso que podia hacer de ciertas hierbas, á las cuales podia acudir para envenenar á Paula.

Pensé en salir disfrazado con tres ó cuatro bucelarios de toda confianza, á sorprender una noche el valle de Aitormendi, y asaltar la torre que servia de cárcel á su misma señora: ¿pero cómo volver luego á tierra de godos, dado que nos fuera posible llegar hasta allá?

Ocurrióseme tambien el reclamar á las autoridades ó caudillos vascos. Pero lo que habia sabido de sus modos de gobierno, desvaneció mis esperanzas.

En efecto, ¿qué hacia yo con querellarme ante Miguel de Goñi, si el crimen ó la violencia se habian perpetrado por gentes de distintas tribus?

Y sobre todo, ¿qué vasco era capaz de condenar, ni aun de oponerse á su Amagoya, por la querella de un godo que les habia infamado en lo más vivo de su honra, y á quien profesaban ya un ódio mortal, el ódio de raza y de tres siglos?

Amagoya, por otra parte, moraba entre los vascos más apartados de nosotros, en el valle mejor defendido por la naturaleza, y más exento, por consiguiente, de nuestro yugo. Mis reclamaciones no llegarían allá, y si llegaban serían escarnecidas. ¡Quejas de godos contra la casa de Aitor, que en el castigo de una persona de la familia, volvia por la honra de todas las siete tribus vascongadas! ¡Y quejas contra los habitantes de un valle próximo al mar, y al pié de las más altivas crestas, á donde los godos no habian llegado nunca, ni soñado siquiera en arrimarse!

No me quedaba otro recurso que acudir á la dura, á la bárbara ley de las represalias.

«Sean várdulos, vascones, vizcainos ó caristos, cogeré rehenes, decia en mi desesperacion, incendiaré mieses, casas, bosques, sacrificaré hombres, mujeres y niños, hasta que me devuelvan sana y salva á mi mujer y á mi hijo si nace en cautiverio.»

Pero este medio me repugnaba: dado que fuese eficaz, que no lo sería, me habria desgarrado el corazon; no era cristiano. A mayor abundamiento, al indicárselo á Petronila, cuando en la furia de mi cólera, revuelta con mi impotencia, dejé escapar aquel pensamiento, que no llegó siquiera á deliberado propósito, la joven vasca me atajó diciendo:

—El único encargo que Paula me ha hecho, es que por ella no ha de verterse una gota de sangre siquiera. Y yo añado, que si emprendeis ese camino, tendré que morir la primera á vuestras manos, porque seré vuestra más implacable enemiga. ¡Cómo! prosiguió: yo que vengo aquí desafiando las iras, los rencores, ó cuando menos, los recelos y sospechas de todo mi pueblo; yo, que por servir á Paula, no por serviros á vos, que no lo mereceis, vengo á Iruña, á donde jamás me habia acercado, y entro en la casa del caudillo Ranimiro, para enterarle de lo que sin mí no hubiera sabido ni adivinado nunca; yo ¿he de tornar á mi valle para ser testigo de crímenes y horrores, que sin mi debilidad no se hubieran perpetrado? No: para no morir de pena, tendría que morir al filo de vuestra espada.

—Pues dime, Petronila, ¿he de dejar á Paula que perezca con el hijo que lleva en sus entrañas?

—No morirá: Amagoya en el fondo, aunque insolente y altiva, es.....

—¿Y su marido?

—¡Su marido! ¿Quereis oir lo que Basurde me ha dicho?

—Sí, quiero saberlo todo.

—Pues bien: salió á mi encuentro, despues de haber dejado yo el caserío de Aitor, y me dijo: si mi cuñada me descubriese á mí solo el secreto de nuestra familia, ó tú me lo revelases en nombre de Paula, esta mis-

ma noche sería conducida por mí á Pamplona. La daríamos por muerta; la tendríamos como perdida para siempre en la familia; ella renunciaría todos sus derechos en su hermana, y viviría feliz entre sus godos, sin que los vascos volviésemos á acordarnos siquiera de su nombre.

—¿Eso dijo Basurde? pregunté.

—Ni más ni menos.

—¿Y qué le contestaste?

—Eso no se me pregunta á mí, Ranimiro, dijo Petronila irguiéndose como una estátua, porque tampoco os he hecho la ofensa de preguntaros qué es lo que debia contestar.

—Está bien. Pues que todas las puertas se me cierran; pues que no hay remedio en lo humano para mí, no hablemos más del asunto. Suceda lo que quiera, y háyaslo hecho por mí ó por Paula, lo cual es exactamente igual, me has prestado un gran servicio, y la gratitud y estimacion de un hombre honrado, aunque godo, no te faltarán jamás. No me ensañaré con vosotros.

—¡Adios! me respondió aquella mujer singular: si atendiera á lo que me inspira el corazon y casi bulle en mis labios, añadiría: «yo la salvaré.» Pero no quiero engañarte ni adormecer tu dolor con vanas esperanzas. Es superior á mi voluntad la conviccion de que no puedo salvarla tan presto como sería necesario, para que no desapareciese el fruto de vuestro amor.

—¡Oh! Es necesario evitarlo, es preciso llegar á tiempo.

—Ella misma lo reconoce y lo presiente, dijo Petronila como distraida: este es el fin, me repetia.

—¡El fin! exclamé. *¡Amaya!* Mira esa cruz, mira esa leyenda: *amaya da asierá.* El fin es el principio. Por algo me envia Paula ese brazalete. La salvaré, Petronila; salvaré á mi hija, y mi hija será Amaya. ¡Dios lo quiere!

—Él solo puede sacarnos de este conflicto.

Así se despidió Petronila.

Habia yo tomado mi resolucion: pero no quise confiársela á nadie, absolutamente á nadie, y menos á ella por no acabar de comprometerla.

Tracé entonces aquel plan de invasion desde la falda de Aralar á la costa, plan que llevado á cabo con tanta ventura para la pátria como desdicha particular para mí, me dió una fama entre los godos, que ciertamente no he merecido, y un nombre odioso, aterrador, entre los vascos, que aún he merecido menos.

Recordareis, tio, que por aquel tiempo teníamos una ingente armada, con la que Wamba habia echado á pique doscientos setenta vageles sarracenos en el Mediterráneo. Acababa Egica de repetir la hazaña; y limpias aquellas aguas de enemigos, una gran parte de la escuadra gótica se vino costeando hasta los mares cantábricos, á vuestras órdenes, como Duque, y con intencion de infundir respeto á los piratas normandos, que ya comenzaban á infestar el Océano.

Queriendo vos aprovechar la permanencia de aquellas fuerzas marítimas, si no para un desembarque, al cual no venian dispuestas, para un amago ó para auxilio y refugio en caso necesario, me enviásteis á decir que aquella era buena ocasion de extender mis correrías hasta los várdulos, á los cuales teníais empeño en hacer sentir el azote de la guerra. Sugiriéndome esta idea, todo me lo dábais hecho.

—Perdona, sobrino: yo no te dije más sino: ahí tiene los bajeles por si quieres aprovechar la ocasion para combinar con la armada algun golpe de mano. Pero el plan y su ejecucion.....

—Apenas tuvieron importancia, creedlo. Mi plan se redujo á disponer que los buques se aproximaran á la costa; amagando constantemente con saltar á tierra. Así conseguia que las fuerzas todas de la marina, es decir, todos los hombres capaces de llevar armas, se aglomerasen á los puertos y playas, como lo hicieron en tiempo de Roma; y entretanto me lancé yo con buen número de ginetes, siguiendo el curso de un rio, y llegué una noche de luna llena al valle de Aitormendi.

Nadie, absolutamente nadie que no fuese vascongado, habia llegado allí: ningun extranjero, ni celta, ni fenicio, ni cartaginés, ni romano habia hollado aquel recinto, verdaderamente digno de respeto, como resto de la cultura patriarcal: el invadirlo yo impunemente y quizá sin costarme una gota de sangre, solo dependia, despues del llamamiento de gente hácia la costa hecho por la armada, de la rapidez en la ejecucion. Este fué, si quereis, mi único mérito, que como se deja conocer, es bien pequeño. Aquel valle tan verde, tan ameno, rodeado de pintorescas montañas, cubiertas de manzanos y castañares, encima de los cuales descollaban, ora las rocas de mármol ceniciento, ora los blancos caseríos; aquel ámbito donde se aspiraba el aura de la antigüedad y sencillez primitiva, pertenecia á mi mujer, y por consiguiente, me pertenecia á mí; y mi mujer estaba allí bárbaramente cautiva, y yo godo, yo mortal enemigo de los vascos, iba á salvar la progénie de Aitor, á su legítima heredera.

Me propuse que valle, casas y palacio fuesen respetados por mis bucelarios: que no faltase de allí, ni aun lo que podíamos tomar por ley de necesidad ó de guerra.

Aún más: para facilitar la empresa de libertar á Paula, principal, aunque para todos desconocido objeto de la expedicion, para no tener que emplear, ni violencia, ni siquiera amenaza con Basurde y Amagoya, carceleros y verdugos de la pobre mártir, habia escogido la noche del plenilunio, única festividad que celebraban los vascos no bautizados, y de que Amagoya no prescindia jamás, subiéndose, como me habia informado Paula, á una de las montañuelas inmediatas, á cantar y bailar á usanza de sus mayores. Los demás gentiles pasaban el plenilunio á la puerta de sus casas.

Entré, pues, en el valle con pocos ginetes, dejando en las gargantas y portillos toda la gente necesaria para proteger y asegurar la retirada, y

con estas precauciones me dirigí á todo escape al caserío de Aitor, que por su grandeza no podia confundirse con ningun otro.

Como lo habia previsto, no habia nadie dentro, ó por lo ménos, nadie salió á recibirnos.

Solo el mastin, ladrando desesperadamente desde nuestro arribo al valle, se abalanzó á nosotros como un tigre al acercarnos á la puerta de la casa, abierta patriarcalmente de par en par.

Ví la torre al momento, y dirigiéndome hácia ella, grité con toda la fuerza de mi voz: ¡Paula! queriendo anticiparle la dicha, aunque no fuese más que algunos momentos.

Quedé escuchando, despues de haber impuesto á todos silencio; pero nadie me contestó.

—¡Paula! ¡Paula! volví á gritar, y reinó el mismo silencio.

Cogí la *francisca* que colgaba del arzon delantero de la silla, y entré en el caserío, llamando á voces y andando á tientas hácia la torre.

Hallé cerradas las puertas de lo interior, y fué preciso que los bucelarios encendiesen teas para iluminar aquellos vastos y tenebrosos ánditos.

Me inquietaba, me daba espanto aquel silencio y aquella soledad. Casi, casi, habia perdido la serenidad, y temblaba como un niño en las tinieblas.

¡Ay! el recuerdo de tan terrible noche me hace estremecer todavía al cabo de tantos años.

Para que comprendais lo que allí pasó, tengo que apartar un instante los ojos de semejante escena y entrar en algunas explicaciones que serán breves.

Con la mira de acelerar la expedicion y acortar el camino todo lo posible, habia yo dispuesto que mi tiufadía partiese, no de Pamplona ni de ninguna fortaleza, sino de los pueblecillos situados en la zona gótica que podíamos llamar nuestra frontera. No sé cómo, pero tal vez por alguna pregunta mia acerca del valle de Aitor, los siervos ó colonos habian barruntado que teníamos la audaz pretension de llegarnos á los sántos y misteriosos lugares de donde brotó la cepa de los escualdunas. Y cavilando sobre el móvil de la temeraria invasion, creyeron que no podia ser otro que el de apoderarnos del tesoro de aquella familia. La noticia más ó ménos confusa acerca de riquezas orientales guardadas para el dia del triunfo de los vascos, era no solo conocida, sino comun y popular entre estos, y de ahí, con las alteraciones, variantes y leyendas consiguientes, habia pasado á nuestros colonos, que naturalmente estaban en contacto con sus vecinos.

Al adivinar ó presumir los siervos campesinos á dónde tratábamos de ir, al hablar de ello á los soldados, era regular que les enterasen de lo del tesoro; porque la especie es de las más propias para excitar la imaginacion del pueblo, por índole, dado á misterios y maravillas.

¿Qué idea llevarian los soldados de las riquezas del palacio de Aitor? ¿Qué esperanzas de descubrir el tesoro encantado de los vascos?

Yo no lo sé; pero debí de haberlo sospechado al ver á mis bucelarios alegres y risueños, avanzar por selvas y barrancos desconocidos, sin pensar en que á cada paso dado hácia adelante, surgia una nueva, y cada vez mayor dificultad para volver. Los que escogí para que me acompañasen al caserío saltaban de júbilo, los que se quedaban de reserva movian la cabeza con muestras de descontento.

Yo lo atribuí á celo por mi servicio; pero no fué así. Apenas les dí órden de encender luz en el caserío, me ví rodeado de teas que ardieron como por encanto. Puede decirse que todos los soldados iban mejor provistos de ellas que de armas y vituallas. Sin duda las traian á prevencion desde los caseríos de los godos, ó las habian cogido al cruzar los pinares de la sierra.

Con ellas en una mano y la francisca en la otra, se derramaron por todo el edificio, derribando puertas y paredes, golpeando, tanteando, revolviendo el heno, la paja y la leña, buscando siempre debajo de montones de materias combustibles las soñadas riquezas que creian ocultas en aquella casa.

Nada más tengo que deciros para haceros ver cuán fácil, cuán natural era que acaeciese lo que al punto, en pocos minutos, en pocos instantes sucedió.

Yo habia derribado la puerta del antiguo palomar; acababa de entrar en la prision sin sentir ni la voz ni los brazos de mi esposa; la llamaba á gritos, sin obtener respuesta; iba á salir en busca de una de las teas que ardian en el suelo, cuando de repente se iluminó la estancia con vivísimo, pero espantoso resplandor.

Estaba ardiendo el edificio, y al fulgor de las llamas que invadieron bramando la torre por la parte superior contígua al depósito de heno, ví á mis piés el cadáver de Paula, tendido en un lecho de paja, yerto, frio, con evidentes señales, sin embargo, de una muerte reciente y al parecer natural.

—¡Oh! ¡Qué horror! exclamó Amaya.

—Y tú, pobre hija mia, tú estabas en los rígidos brazos de tu madre, recibiendo el beso, ya helado, de sus labios, envuelta en pobres pañales y llorando de hambre ó de frio.

No me quedaba ni un momento que perder: el techo podia desplomarse de un instante á otro; las llamas me iban á cerrar la única salida; un momento de vacilacion bastaba quizás para que hija, padre y madre quedásemos reducidos á ceniza.

Te arranqué de los brazos del cadáver, y envolviéndote en mi caracala, te dejé á la puerta del caserío, tornando para sacar el cadáver; pero al llegar á la torre se desplomó el techo, y uno de los lienzos de pared, quedando todo el interior lleno de escombros, y de polvo y de humo.

Imposible ya salvar el cuerpo de Paula, á quien las ruinas de su casa, los restos del palacio de Aitor servian de túmulo.

Llamé á mi gente, tomé el envoltorio, que para mis soldados no era otra cosa que el tesoro de Aitor, y cabalgando á prisa, nos reunimos en breves instantes á la reserva, que nos esperaba dispuesta á partir, porque ya los del plenilunio descendian de la montaña, dando gritos descomunales que el eco repetia pavoroso.

Habia pasado todo en pocos momentos.

Las gentes que permanecian en el valle, pues no todos habian subido á celebrar la fiesta nocturna, miraban consternados y con estupor aquella escena de desolacion, y medio despiertos salian á la puerta, y por primera vez veian godos á la luz del incendio, con trajes y rostros tan distintos de los suyos, con caballos que les parecian propios de gigantes, y creian soñar y no se atrevian á dar un paso. Solo los niños y las mujeres prorumpian en alaridos.

Así desapareció el caserío de Aitor.

¿A quién debe de atribuirse el incendio?

¿Fué descuido, despecho ú traza de los soldados para descubrir pronto el aposento ó paraje donde suponian encerrado el tesoro?

No pude averiguarlo nunca.

Yo me inclinaba, y aun me inclino, á lo primero: el incendio era casi inevitable en aquel desórden, en aquella confusion.

Pero más tarde me dijeron mis bucelarios que un vasco habia sido el incendiario, y que al verle huir hácia la montaña le habian disparado algunas flechas.

No lo sé; pero es lo cierto, que despues de este suceso Basurde apareció muerto á la subida del monte, con el corazon atravesado por un dardo que le habia penetrado por la espalda.

Al reunirnos al resto de la tiufadía quise descansar un momento de tantas y tantas fatigas y conmociones, y quise, sobre todo, dar algun alimento á la infeliz criatura que llevaba conmigo.

Apliqué los labios de mi hija á la teta de una cabra que llevaban los soldados, y la necesidad y el instinto le enseñaron á mamar, con lo cual recibí el primer consuelo en tan crueles horas de dolor y espanto.

No fué el único.

Repuesta un poco Amagoya de su primer impresion de espanto, habia vuelto al valle con su gente, animándola con gritos y ademanes feroces al combate y la venganza.

Ella la primera habia cogido una *guecia*, ó lanza corta, y la blandia cantando las canciones de guerra, y puesta al frente de aquellas turbas venia corriendo contra nosotros.

Traian arcos, hondas y flechas, y podian herirnos, y sobre todo, podian matar á mi pobre hija recien nacida.

Ignoraba si su madre habia tenido tiempo de bautizarla: lo probable

era que no, y no sabia siquiera si en la torre tenia agua para el Sacramento.

Un arroyo bullia á mis piés, y allí, quitándome el casco, cogí con él agua del riachuelo, y delante de Amagoya y de todos aquellos paganos, allí, todavía dentro del valle de Aitor, dije:—«¡Esta es Amaya! Amaya, si no estás bautizada, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

Y te dí un beso, el primero que recibiste de tu padre, hija mia.

Cabalgué otra vez, embracé el escudo, te cubrí con él y partimos á todo escape, llevándonos la cabra que te habia amamantado.

Una lluvia de flechas y de piedras se nos vino encima, y apenas nos hizo daño. No quise contestar.

Desde el hondo del desfiladero que cruzábamos, oíamos los gritos desaforados de nuestros perseguidores y los cantos de su capitana.

Pero bien pronto los dejamos atrás. El camino era por allí espacioso, no muy ágrias las cuestas, y podíamos avanzar al galope sin cuidado.

Llegamos á perderlos de vista, y en otros valles ya, pudimos apearnos un momento.

Habia yo dispuesto que en la noche del plenilunio, nuestros bajeles, sin aguardar señal ninguna, hiciesen el simulacro de un desembarco hácia las playas más próximas á Aitormendi, y así lo habian verificado.

Merced á este ardid, todos los guerreros de aquellos valles, que por medio de gritos inarticulados habian recibido aviso del peligro, se lanzaron á la costa para aniquilar á los marinos y apoderarse, si era posible, de los buques.

Quedábamos los godos expedicionarios casi por completo dueños del campo, y pudimos, por consiguiente, descansar, tomar algun alimento y apoderarnos de los rebaños que por allí pacian.

En resolucion, llegamos á las tierras altas sin haber perdido un hombre, y con una considerable riqueza en ganado lanar, vacuno y cabrío.

Los bucelarios quedaron defraudados en sus esperanzas de un quimérico botin; pero volvian alegres, ufanos y orgullosos por haber ido hasta donde ni antes ni despues han llegado los godos, y sin que por allá se quedase ninguno. Los mil hombres de mi tiufadía fueron desde aquel dia distinguidos.

Ese, decian los de Pamplona, ha llegado hasta Aitormendi, ha cruzado la tierra vascongada de parte á parte.

Pero yo, yo me encerré en mi casa con el corazon partido de dolor, y me dejaba llevar dulcemente por la tristeza á la sepultura. Es verdad que te tenia á ti, Amaya; pero hubiera dado entonces, lo confieso, cien hijas por la madre.

Despues fué otra cosa: tuve conciencia del peligro que me amenaza-

ba, del mortal letargo en que insensiblemente me sumergia, y alcé la frente y sacudí mi espíritu, y resolví vivir para ti, que te quedabas sola en el mundo, y para Dios, que por tan maravillosa manera te habia salvado.

Sin ánimo de descubrirte en muchos años, acaso nunca, lo pasado, quise, sin embargo, prepararte á querer y venerar á tu madre, neutralizando en lo posible el ódio á los vascos que te habian de inspirar mi nombre y mis hechos de armas, con el conocimiento del idioma, cánticos y leyendas vascongadas. Por eso fué tu nodriza una mujer de esa raza, y de las pocas que se habian quedado en el Burgo de Pamplona.

Más ¡ay! nombre, y lengua, y costumbres de los vascos, llegaron á serme aborrecibles. Porque no tardé en saber las infamias que todos ellos, y con apariencia de razon á veces, ahora lo conozco, me atribuian. Decian de mí que habia ido al valle sin más objeto que el de quemar la casa de Aitor, solo por lastimar de un golpe á todos los vascongados, á quienes no podia vencer en cien combates. Aseguraban que en el caserío habia abrasado viva á la primogénita, que se habia ocultado en su palacio para salir de él, casada con el futuro rey ó caudillo salvador del pueblo vasco; y afirmaban, por último, que yo mismo, con mis propias manos, habia asesinado por la espalda á Basurde y jurado el exterminio de todo ese linaje.

No parece sino que sobre mí pesaba una maldicion, por haber sido causa, aunque involuntaria, de la desaparicion del caserío de Aitor. Desde entonces cobré una fama de cruel, de exterminador y hasta de bárbaro, que me precedia como al leon su rugido, y ahuyentaba alrededor de mí á la gente despavorida. Quedé inútil para todo lo que no fuese infundir miedo y servir en ciertos momentos de fantasma aterrador.

Insensiblemente los godos mismos llegaron á dar crédito á las calumnias de nuestros enemigos, y admitiéndolas como moneda corriente, ó me acriminaban ó me defendian.

Cuando Witiza quedó solo en el trono que compartia con Egica y se apresuró á quitarme el mando de milenario, yo bendije la mano que me heria, porque aquel golpe y el desenfreno del monarca, enemigo de la Iglesia, me reducian á la oscuridad, al silencio y reposo de que habia menester para reponerme y vivir.

—Pues dime, sobrino, dijo á la sazon Favila: ¿por qué no pusiste en claro los hechos? ¿Por qué no desmentiste las voces de nuestros enemigos?

—Tio, contestó Ranimiro, al principio por respeto á la memoria de mi mujer, y luego por orgullo, por desden. Para enterar á mis amigos de la historia de mi casamiento, tenia que entregar al pasto del vulgo todo cuanto os acabo de referir, y solo Dios sabe en qué historias, en qué con-

sejas se hubiera luego convertido. Me limité á negar secamente lo que no era cierto, sin añadir ni una sola palabra de satisfaccion á la calumnia.

Solo á vos, tio como padre de nuestra familia, como superior mio, os debia esta esplicacion, y uno de los motivos que me han traido á Cantabria ha sido el de pagaros esta deuda, y descargar la pesadumbre de mi conciencia. Mi hija ha entrado ya en la edad de saberlo todo.....

—¡Ah, padre mio, ya lo sé todo! esclamó Amaya; pero, creedme, despues de haberos oido, os profeso la misma estimacion y el mismo cariño que antes. No sois vos ahora mas grande ni mejor que hasta aquí; sois el que yo adivinaba, digo mal, el que yo veia. Padre, imposible es mirar vuestros ojos y no conocer vuestra bondad, vuestra dignidad y vuestros sacrificios. Padre, hoy me habeis hecho reina, rica, y de la prole de Aitor; pero antes que eso era hija vuestra, lo cual vale para mí mas que todas las coronas y todos los tesoros y linajes del mundo.

Estas palabras, pronunciadas por Amaya con aquella exaltacion característica de la sangre de Amagoya, hicieron tan feliz á Ranimiro, que precipitándose á sus brazos, la dijo profundamente conmovido.

—Hija de mi vida, por este momento acepto gustoso veinte años de tortura.

El anciano duque de Cantabria estaba no menos satisfecho de su sobrino, y enternecido ante aquella escena conmovedora; pero se advertia en su rostro cierta pena interior, cierta secreta inquietud que le embarazaba.

—Ranimiro, dijo por fin, una sola cosa quiero que me repitas: ¿Es cierto que no conoce Amaya eso que llamais el secreto de Aitor?

—Nada mas sabe de él que lo que acaba de oirme.

—Pues ella es la heredera; ella está ya en edad de saber á punto fijo dónde se ocultan ó dónde se ocultaban esos tesoros.

—No lo sabe: no lo sabrá nunca.

—¿Ni tú tampoco?

—¡Yo! Menos.

—¿No vive Petronila?

—Vive.

—¿Y no quiere sin duda revelárselo á una goda? ¿Habrá preferido á su Amagoya?

—Ni Amagoya, ni Amaya, ni yo, ni nadie conoce ese secreto. Petronila se ha vuelto loca. El secreto, por consiguiente, se ha perdido para siempre.

—¡Oh! Me alegro, me alegro mucho, exclamó Favila, abrazando á Ranimiro y Amaya.

—¿Por qué? preguntaron los dos.

—Hijos mios, os quiero como os he querido siempre, tal cual sois; no poseedores de esas riquezas que me asustan y que tan funestas os han

sido. Así tambien nuestras fortunas son poco mas ó menos iguales..... y Pelayo.....

Iba á descubrir el anciano el fondo de su corazon, y en él todo su amable egoismo, cuando se sintieron debajo de las ventanas las pisadas y relinchos de un brioso caballo que acababa de llegar al trote.

—¡Pelayo! ¡Pelayo! exclamó el duque; no ha podido llegar mas á tiempo.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

Fisonomías contemporáneas.—Curiosa coleccion de apuntes dignos de estudio, por José Selgas.

Un libro de Selgas es siempre un festin para la inteligencia. El que vamos á desflorar es algo más que eso. A pesar de la modestia de su nombre de bautismo, hay en él cuadros trazados con vigorosos rasgos de pincel. Selgas se ha lanzado resueltamente á la arena del mundo y de la ciencia, y con brazo nervioso, armado de sutil florete, ha derribado gigantes provistos con todos los instrumentos de guerra de los modernos arsenales.

El espectáculo es curioso y lleno de atractivos. Los corpulentos mantenedores de la sandez contemporánea van mordiendo sucesivamente el polvo, quién de una sutil estocada, quién de un capirotazo, quién de un silbido, quién de una simple mueca. El autor no gusta de los combates ruidosos: antes de despachar al adversario lo mira de arriba á abajo con aire burlon, da ligeramente algunas vueltas en torno suyo hasta averiguar dónde tiene el punto flaco, la víscera esencial: su vista penetrante no tarda en descubrirla, y lo remata de una, que es siempre buena, porque no va nunca dirigida al bulto, sino al punto débil, á la entraña vital.

No es nuestro ánimo hacer un análisis del libro del Sr. Selgas. Los que quieran conocerlo que lo compren, en la seguridad de que pocas veces habrán empleado mejor su dinero. Analizar un libro de Selgas es endiablada tarea, porque todo lo que ocurre decir de él lo dice el autor muchísimo mejor, y además, la movilidad de su ingénio es tal, que para seguir la intrincada y sutil trabazon de sus razonamientos, se necesita ser él, ó por lo menos, ser gemelo suyo, y si lo uno es imposible, lo otro es sumamente difícil, porque no hemos conocido entendimiento que tenga un sello de originalidad más marcado.

El estilo de Selgas ha sido, sin embargo, muy imitado, pero como los chinos han imitado el buque de vapor. Se han apropiado los copistas la forma externa, esto es, los aparejos, las ruedas, la chimenea, y hasta el humo; pero falta el motor, esto es, la fuerza impulsiva interior. El horror que tiene Selgas á lo hinchado y á lo pretencioso, le ha hecho adoptar maneras familiares y ligeras, que el plagio ha cogido al vuelo, creyendo coger su estilo; pero el estilo es el hombre, y Selgas continúa siendo exclusivo dueño del suyo. Aunque para hablar se mete á veces las ma-

nos en los bolsillos ó lia sonriéndose un cigarrillo de papel, lo que dice es siempre agudo, original, y no pocas veces profundo. Su frase retozona juega con las cosas sérias, pero no para prostituirlas y alterarlas, sino para hacer brotar de ellas chispas de luz.

En el libro que tenemos á la vista hay capítulos que no dudamos en calificar de admirables. Conocíamos algunos de ellos, que han obtenido las primicias de la publicidad en *El Siglo Futuro;* pero al volverlos á leer hemos sentido como remordimiento de no haberlos apreciado en la primera lectura en todo su valor. El gran mundo y la ciencia moderna son dos estudios que por el fondo y por la forma deben ocupar un lugar preferente entre las producciones del autor. El estilo es conciso, diserto, convencido é impregnado de un tinte de irónica melancolía que deleita y entristece á la vez. Parece imposible que el ingénio que desflora con tanta gracia todas las futilidades sociales, posea al mismo tiempo la mirada incisiva y penetrante con que pone al descubierto los errores y los vicios esenciales de la vida contemporánea. En estas páginas llenas de vida, parece que se ve luchar la agudeza ingénita y original de su entendimiento con la grave y trascendental seriedad del asunto: el chiste es contenido, la sonrisa triste, y las puntas epigramáticas salen mojadas con lágrimas. En algunos momentos se le ve vencido y sofocado por la emocion, como cuando despues de haber sondeado los espantosos delirios de la moderna filosofía, prorumpe en estas frases desconsoladas:

«Aquí me detengo absorto, oprimido por el peso de una impresion »dolorosa; siento mi razon llena de angustia, de una angustia indecible, »y puedo asegurar que me duele el alma.»

Antes de examinar en otro capítulo las investigaciones y descubrimientos de la nueva ciencia acerca del alma humana, se detiene para cobrar fuerzas, y exclama desalentado:

«Esta tarea me cansa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma embar»gado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.»

«¡Justicia divina!—dice en otro lugar con viril elocuencia—¡con qué »claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!

»Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.»

Hemos copiado á designio estas frases, que ponen de manifiesto el tono general y el órden de ideas del nuevo libro de Selgas, y que marcan una etapa importante en el curso de su vida intelectual. Podrán los pedantes que hoy se engalanan con el título de sábios, y cuyo entendimiento, como dice discretísimamente el autor, «no es una biblioteca, es »más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura que contiene me»dias ideas, medias frases, medias palabras; un cajon de sastre donde se »encuentran retales, recortes de todos los errores,» acusarle de poco científico. La verdad es que Selgas los ha estudiado á fondo, y que su mirada intuitiva ha penetrado hasta en los pliegues más recónditos de su es-

pantosa nulidad. Cuando con implacable y sutil escalpelo los expone abiertos de arriba á abajo en el público anfiteatro, se participa de la incertidumbre, en la cual se ve que fluctúa siempre el espíritu del autor: no se sabe si reirse ó indignarse: si por un lado la increible necedad de las nuevas teorías despierta la risa, la sofoca, por otro, la consideracion de los horribles estragos que causan en los entendimientos incultos.

Selgas llama á su obra «Curiosa coleccion de apuntes dignos de estudio,» quizá porque no cree que tiene la unidad y el complemento de detalles que necesita un libro. Selgas conoce su flaco: es un espíritu vagabundo y caprichoso, que no sabe someterse á la disciplina de las amplificaciones vulgares, y que como la abeja de las flores, solo quiere extraer de las ideas el jugo vital. Posee lo que rara vez se aprende, el talento intuitivo de las cosas: su laboratorio solo produce esencias concentradas; pero un libro exige además procedimientos de exposicion, de método, y hasta de relleno, que se avienen mal con la independencia un poco salvaje de este génio singular. Acaso tienen tambien su parte en esta imperfeccion relativa, las exigencias de una produccion apresurada. Sabido es que Selgas, inspirado por móviles que le enaltecen, ha desdeñado desde hace muchos años los regalos de la vida oficial, y vive exclusivamente de los productos de su inteligencia. Para quien se ha consagrado á la nobilísima tarea de contrariar las pasiones dominantes, la empresa tiene algo de titánica, y no hay que extrañar que á ratos las duras necesidades de la vida le obliguen á sacrificar á la prontitud los complementos de la última mano.

Como quiera que sea, el libro con que nos ocupamos abunda en rasgos de ingénio peregrinos, en pinturas trazadas con buril magistral, y en filigranas de estilo inimitables.

No conocemos ningun otro de Selgas más digno de ser admirado. La sátira es fina y penetrante, el pincel delicado, la moralidad altísima. Las *Fisonomías Contemporáneas* deben figurar en la librería de toda persona que estime todavía el arte de bien decir y de bien pensar.

C. Suarez Bravo.

BIBLIOGRAFÍA

I

LIBROS ESPAÑOLES

CASALS (D. J.), Canónigo de Lérida.—Camino de perfeccion, ó sea guia espiritual, con la que una persona, de cualquier clase que sea, podrá hacerse perfecta. Obra de dos personas que desean el bien espiritual de las almas. 2.ª edicion. Con aprobacion de la autoridad eclesiástica. Un volúmen en 8.° de 456 páginas. Lérida, imprenta de Montes hermanos, 1876.

Esta obra, conocida y apreciada ya de las personas piadosas, como lo demuestra el hecho de haberse agotado en poco tiempo la primera edicion, no ha menester de nuestros elogios. Nos limitaremos, pues, á recomendarla á los lectores de la CIENCIA CRISTIANA, seguros, como estamos, de que la propagacion de libros como este, no puede menos de producir excelentes frutos.

CASAS Y ABAD (D. Serafin).—Motivos para amar á Jesus Sacramentado, y motivos que acreditan su presencia real en la Sagrada Eucaristía. Un volúmen. Barcelona, librería de la viuda de Subirana.

COMIN (D. Bienvenido).—Vírgen y Mártir, novela histórico-religiosa. Escenas y costumbres de los primeros siglos del Cristianismo. Con licencia de la autoridad eclesiástica. Un volúmen en 8.° de 361 páginas. Zaragoza, imprenta de Manuel Solá, 1876.

El asunto de esta bella é interesante produccion del Sr. Comin, es la vida y martirio de la insigne hija de Zaragoza, Santa Engracia. Siguiendo las huellas de ilustres escritores católicos, entre los que sobresale el sábio Cardenal Wisseman (que puede considerarse como fundador de la novela religiosa), ha logrado el escritor aragonés salvar las dificultades que ofrece este género literario, presentándonos en una série de cuadros verídicos y animados, un retrato fiel de la sociedad cristiana en la época á que su obra se refiere.

CUVEIRO Y PIÑOL (D. J.)—Diccionario gallego, el más completo en términos y acepciones de todos los publicados hasta el dia, con las vo-

ces antiguas que figuran en varias escrituras y documentos antiguos, términos familiares y vulgares, y su pronunciacion. Un volúmen en 4.° de 336 págs. Barcelona, establecimiento tipográfico de N. Ramirez y compañía, 1876.

DUPANLOUP (Monseñor).—¿A dónde vamos á parar? Un volúmen en 8.° Barcelona, librería de Llordachs, 1877.

El año anterior se vertió al castellano el *Estudio sobre la Fracmasonería* del mismo esclarecido autor, y á juzgar por la fecundidad de su pluma, no serán estas las últimas producciones con que el elocuente prelado de Orleans está enriqueciendo la literatura católica.

FELIU y PEREZ (D. Bartolomé).—Curso elemental de física experimental y aplicada, y nociones de química inorgánica, para uso de los establecimientos de segunda enseñanza, seminarios y escuelas especiales. 3.ª edicion nuevamente corregida y aumentada. Con más de 400 figuras intercaladas en el texto. Un volúmen en 4.° mayor de 536 páginas. Valencia, imprenta de José Rius, 1876.

—Lecciones de Química general inorgánica y orgánica, con aplicacion á la ciencia, á la industria y á las artes, con numerosas figuras intercaladas en el texto. Un gran volúmen en 8.° de 515 págs. Madrid, imprenta de la víuda é hijo de D. Eusebio Aguado, 1876.

Tenemos singular complacencia en incluir en esta seccion bibliográfica estas dos obras del docto profesor de Física y Química del instituto de Toledo, por dos razones: la una por ser su autor español, que no es bien se enseñen las ciencias físicas en España por autores extranjeros; y la segunda, porque sobre español es católico, y católico fervoroso, el Sr. Feliu. Leyendo, sin embargo, los *Preliminares* de su obra de Física, hemos reparado en algunos conceptos que, en nuestro sentir, debe el autor esplicar ó rectificar. Tales son, hablando el autor de las ciencias cultivadas en los antiguos tiempos, «que estas eran patrimonio de algunos hombres ó de algunas clases privilegiadas, que tenian grande interés en acompañarlas del misterio, pues les servian para asegurar su predominio entre las masas.» Estamos persuadidos que el autor no ha querido incluir en esta sentencia los conocimientos físicos de cuyo estado brillante nos asegura que dan testimonio las Sagradas Letras; mas hubiera convenido declarar que en el pueblo de Dios, por lo menos, dichos conocimientos no fueron monopolizados por la tribu de Leví. La especie que debe ser rectificada, es la que atribuye á los árabes la gloria de haber vivificado las ciencias á mediados del siglo X. Sobre este punto son bien conocidas las investigaciones eruditas de nuestros sabios arabistas, entre ellos el Sr. Simonet, los cuales vienen demostrando que la ciencia de los árabes españoles se les deriva á ellos de los sabios cristianos, no solo en órden al conocimiento de la naturaleza, sino en los demás ramos del saber que cultivaron.

FERNANDEZ ZUNZUNEGUI (Dr. D. Gaspar), Canónigo magistral de Santiago.—El Apóstol Santiago, patron de España. Relacion de su vida, su apostolado, su glorioso martirio, traslacion de su santo cuer-

po, constante proteccion á los españoles y venerado sepulcro de Compostela. Un volúmen. Santiago, 1876.

Con la publicacion de este libro, de cuya importancia puede juzgarse en algun modo por el título, ha prestado su autor un gran servicio á la Religion y á las Letras. La falta de una obra que diera á conocer la vida del patrono de España, recogiendo cuantas noticias pueden interesarnos en órden á sus reliquias, á su culto, y á la proteccion que ha dispensado siempre á nuestra pátria, constituia un vacío muy sensible en nuestra literatura religiosa. El ilustrado y celoso magistral de Santiago se ha propuesto llenarlo, haciéndose acreedor á los mayores elogios por la manera como ha conseguido llevar á feliz término su propósito.

FITA (D. Fidel), Correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia.—Lápidas hebreas de Gerona. Un opúsculo en 8.° de 15 páginas. Barcelona, imprenta Barcelonesa, 1876.

Constituyen este opúsculo varias cartas dirigidas por su autor al señor D. Enrique Girbal de Gerona, relativas á la interpretacion de algunas lápidas sepulcrales hebreas, encontradas en esta ciudad. La notoria competencia del sabio y diligente Sr. Fita, en cuanto se relaciona con las lenguas orientales y la filologia clásica, acreditada en multitud de escritos, encomiados justamente por los críticos más eminentes de España y del estranjero, nos dispensa de elogiar este trabajo, digno por todos conceptos de su autor.

GARCIA GALAN (D. Demetrio).—Tratado de las oraciones latinas. Un opúsculo en 8.° de 32 págs. Madrid, imprenta de la sociedad tipográfica, 1877.

Este breve tratado de una de las partes más importantes de la Gramática latina, se distingue por lo metódico y sencillo, pudiendo por esta causa ser empleado con fruto por los principiantes en el estudio de dicha lengua.

HARTZENBUSCH (D. Eugenio).—Periódicos de Madrid. Tabla cronológica de los incluidos en la obra premiada por la Biblioteca Nacional, en el certámen público de 1872. Un volúmen en 8.° de 330 págs.

ANONIMO. Himnos sagrados de Manzoni, traducidos en verso castellano. Un opúsculo en 16.° de 37 págs. Santiago, establecimiento tipográfico de Manuel Mirás, 1876.

Ofrecer á los amantes de la literatura y á las personas piadosas que no conozcan el italiano, una copia lo más parecida posible de estas bellísimas joyas de la poesía cristiana, tal ha sido la intencion del traductor, segun nos dice en el prólogo de su obrita. Reconociendo que su propósito es digno de elogios, y que la ejecucion es por lo general acertada, nos parece, sin embargo, que no siempre refleja la traduccion las bellezas del original. Las poesías intituladas «Nacimiento» y «Pentecostés» son, en nuestro juicio, las que mejor y más fielmente ha logrado interpretar el traductor español.

LA LAMPARA DEL SANTUARIO. Revista mensual, dedicada especial y únicamente á propagar la devocion al Santísimo Sacramento del Altar, y á promover la frecuencia de la comunion. 7.° año de publicacion. Este periódico se publica con licencia y aprobacion de la autoridad eclesiástica, todos los meses, por cuadernos de 40 páginas, en 4.°, costando *un real* en toda la Península, puesto en Madrid, libre de todo gasto, y *dos reales* en Ultramar y extranjero, haciéndose la suscricion á lo menos por medio año. Los doce números del año formarán un tomo de 480 páginas.

La Lámpara del Santuario contiene artículos doctrinales, literarios é históricos, encaminados á promover la devocion á este sublime misterio, y la frecuencia de la sagrada Comunion: contiene además noticias de la Asociacion del Culto contínuo, y participa sus adelantos y los de las Cofradías y Congregaciones Sacramentales que se suscriben.

Contiene vidas de los Santos que más se distinguieron por su tierna devocion al Santísimo Sacramento, comenzando por los españoles, y de los venerables varones ilustres en santidad, que le han consagrado sus oraciones: inserta, como lo permitan los materiales de redaccion, los hechos y sucesos notables, pensamientos, sentencias y datos conducentes á formar la historia de esta devocion en España.

Se suscribe en la librería de Aguado, y en provincias en todos los pueblos donde haya coros del Culto contínuo y propagadores, enviando, libre de gastos, el importe del abono, á la Administracion, establecida en la Carrera de San Gerónimo, número 14, 3.°

LASSO DE LA VEGA Y ARGUELLES (D. A.)—Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX. Memoria premiada por la Real Academia sevillana de Buenas Letras, é impresa con auxilio del Ministerio de Fomento. Un volúmen en 4.° de 288 páginas. Madrid, imprenta de Manuel Tello, 1876.

Conocida es de cuantos se dedican en nuestra pátria á estudios literarios, y justamente estimada la primera parte de esta obra, publicada en 1871 por el Sr. Lasso de la Vega. Las mismas cualidades que la crítica tuvo ocasion de elogiar en dicha primera parte, se revelan en la segunda, publicada al terminar el año último, con la cual queda completa la obra: diligencia suma en la investigacion de noticias biográficas y bibliográficas, erudicion bebida en buenas fuentes, y escelente espíritu crítico. No creemos, por tanto, que se nos tachará de exagerados si decimos que el libro del Sr. Lasso de la Vega es una de las mejores monografías literarias que se han dado á luz en España en el presente siglo.

LAZARO Y GARZON (Dr. D. Bonifacio Martin), Canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Toledo.—Homilías y Sermones.—Esta obra se publicará por cuadernos de 128 págs. cada uno. Toda la obra constará de unos ocho tomos. Publícala el nuevo *Centro de propaganda católica.* Madrid, imprenta de Labajos, 1877.

Tenemos á la vista el prospecto en que recomienda esta obra el nuevo *Centro de propaganda católica*, establecido en Madrid, plaza de Herradores, 12, principal, colegio, con la aprobacion y bendicion del Eminen-

tísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo. Este escelente *Centro de propaganda católica* inaugura sus tareas editoriales con las *Homilías y Sermones* del Sr. Lectoral de Toledo, y no dudamos que su celo ha de producir muchos y escelentes frutos. Cuando la obra esté concluida, reproduciremos el anuncio con más conocimiento de causa, aunque ya el solo nombre del Sr. Lázaro y Garzon es buena recomendacion de sus discursos, y lo es tambien haber sido elegido, como objeto de su solicitud, por los celosos directores del nuevo Centro.

LEON Y DOMINGUEZ (D. José María), Presbítero.—De Cádiz á Roma. Album histórico descriptivo de la peregrinacion española al Vaticano. Un volúmen en 8.° de 440 págs. Cádiz, imprenta de la *Revista Médica*, 1876.

En este libro, cuyo vivo interés indica ya su mismo título, encontrará el lector, junto con la historia sencilla, pero sublime, de los gloriosos hechos que forman la primera peregrinacion española al Vaticano en el presente siglo, la descripcion de los riquísimos y asombrosos monumentos de la Ciudad Eterna, y de las más bellas y populosas ciudades de Italia; el cuadro de los recuerdos histórico-religiosos de la Roma pontificia, hoy profanada por la revolucion; los encantadores recuerdos que deja en el ánimo del piadoso peregrino la consideracion de los devotos lugares y misterios que se veneran en Nuestra Señora del Pilar, en Lourdes, en Asís, en Loreto y Pádua. El autor, que ha formado tan precioso ramillete de gloriosos recuerdos é interesantes descripciones, es bien conocido en toda España por sus producciones religiosas; pero seguramente la presente contribuirá mucho á fijar su nombre en la historia religiosa de nuestra patria en los dias que alcanzamos, unido al recuerdo de una peregrinacion en que fué parte muy principal, y cuya memoria se ha de conservar en su precioso libro.

M. DE LA C. (P. J.)—Elementos de geografía de la isla de Cuba, con un mapa conforme al texto, arreglados para las clases inferiores de primera enseñanza elemental. Obra declarada de texto por la Excma. Junta superior de Instruccion pública para todas las escuelas y colegios de esta isla. Segunda edicion, corregida y aumentada. Un volúmen en 8.° de 70 págs. Habana, Alorta y Gonzalez editores, 1876.

MADRID MANSO (D. Pablo), beneficiado y maestro de ceremonias de la catedral de Palencia.—Synopsis ad ordinem celebrandi Missas, tam per annum, quam votivas privatas et solemnes.—Se vende en Palencia, administracion de la «Propaganda Católica,» á 2 rs. el ejemplar, y en Madrid en la librería de Olamendi.

La utilidad de este trabajo, debido al celoso Beneficiado de la catedral de Palencia, Sr. Madrid, para el clero en general, es indisputable. En una gran hoja de 32 pulgadas de ancho por 20 de larga, presenta el autor un cuadro sinóptico de las Misas que se deben decir en cada dia del año, y otro de las Misas votivas, con expresion de los dias en que pueden decirse ya sean privadas ó solemnes, y del rito de cada una de ellas. Estos cuadros están ilustrados con breves, pero oportunas notas, que resuelven cuantas dudas puedan presentarse. La impresion es correcta y esmerada, los tipos claros y nuevos, y el papel fuerte y de buena calidad.

MAÑÉ Y FLAQUER (D. Juan).—La revolucion de 1868 juzgada por sus autores. Documentos, juicios, máximas, palinodias y desahogos, coleccionados por..... Primera parte. Interinidad. Reinado de D. Amadeo de Saboya. Un volúmen en 8.° de 262 pags. Barcelona, imprenta de Jáime Jepus, 1876.

— Segunda parte. La República federal.—La República posible.—La República indefinible.—Un volúmen en 8.° de 329 págs. Barcelona, imprenta de Jáime Jepus, 1877.

Sin perjuicio de ocuparnos algun dia detenidamente de esta notable coleccion de documentos, pues el Sr. Mañé y Flaquer apenas ha escrito algunas líneas por via de indicacion y breve comentario, desde luego decimos que esta obra es el mejor proceso que podia formarse á la revolucion del 68, pues es nada menos que la *España con honra* pintada por sí misma. El Sr. Mañé y Flaquer ha hecho un distinguido servicio á la verdad histórica contemporánea, reuniendo en esta doble coleccion los documentos de la *sabiduría* revolucionaria, representada en los tribunos y demás hombres de Estado que empujaron á España al abismo, de donde ya estaba muy cerca, gracias á los que prepararon la catástrofe.

MORENO CEBADA (D. Emilio), ex-predicador de S. M. y del arzobispado de Toledo.—Biblioteca predicable ó sea coleccion de sermones panegíricos, dogmáticos, morales, y pláticas para todos los domingos del año y para la santa Cuaresma. Segunda edicion. Consta de once tomos en 4.° español de unas 460 págs. cada uno.

La *Biblioteca predicable* del señor Moreno Cebada, distinguido orador sagrado y autor de varias obras, entre las cuales merece especial mencion su *Historia del Santo Concilio Vaticano*, goza de merecida fama entre el clero, que acogió favorablemente esta obra desde su aparicion, como lo prueba el haberse agotado la primera edicion, publicada en 1864. Por el detallado índice de esta obra, que tenemos á la vista, se ve que el Sr. Moreno Cebada no ha dejado de tratar ningun punto importante del dogma ó la moral católica; antes bien ofrece en este órden, así como en el de los panegíricos, pláticas doctrinales y conferencias sobre la Religion, gran copia de materiales, de que podrán sacar gran utilidad los sacerdotes que se dedican á la predicacion.

MATEOS GAGO (D. Francisco), Presbítero.—Coleccion de opúsculos. Se ha publicado el tomo primero, dividido en dos cuadernos, que componen un volúmen de 500 págs. El cuaderno primero comprende los siguientes opúsculos: 1.° Discurso sobre el paganismo y la teología. 2.° La teología española, principalmente en la época del renacimiento, fué la madre de las ciencias. Contestacion á la pregunta hecha por un catedrático krausista: Que ha hecho la teología en España en la época bel renacimiento. 3.° Contestacion á la «Carta á los Presbíteros españoles,» del Presbítero D. Antonio Aguayo. 4.° Carta al Sr. D. Manuel Merry y Colon sobre una de las cartas ascéticas del P. D. Cayetano Fernandez. 5.° La cuestion de los derribos de monumentos históricos y

artísticos en Sevilla durante la resolucion de 1868. 6.° Carta al Sr. Ministro de Fomento (Ruiz Zorrilla) sobre su decreto de incautacion de cosas eclesiásticas. 7.° Carta al Sr. D. Federico Rubio, Diputado republicano. 8.° Dos cartas á D. Emilio Castelar.—El cuaderno segundo contiene: 1.° ¿Hubo moros en Vizcaya? 2.° Los caballeros católicos alquilones. Contra el periódico la «Revolucion Española.» 3.° Otros alquilones. 4.° Un comunicado á un periódico federal de Cádiz. 5.° Hazañas cantonales. Breve relacion de algunos acontecimientos ocurridos en Cádiz en los cuatro primeros dias de su canton federal. 6.° Los vándalos en San Isidro del Campo. Quien es responsable de la destruccion del monasterio de Santiponce.—Sevilla, librería de Izquierdo y sobrino.

Estos opúsculos son ya conocidos del público, pues salieron á luz en diferentes periódicos; pero ahora se ofrecen en forma de coleccion, quedando así cumplido el justo deseo de los que querian tenerlos bajo esta forma para poder saborear á su gusto estos célebres escritos.

PEREZ Y VILLALVILLA (D. Angel) y CALVO Y GARRIDO (D. Francisco).—Novísimo Misal romano-español traducido al castellano. Con licencia de la autoridad eclesiástica.—Dos gruesos volúmenes en 8.° Madrid, imprenta de Labajos, 1875.

— Semana Santa ó mayor, y Semanas de Pascua de Resurreccion y Pentecostés. Un volúmen en 8.° de 416 págs. Madrid, imprenta de Labajos, 1875.

— Oraciones para recibir dignamente los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunion. Un opúsculo en 16.° de 48 págs. Madrid, imprenta de Labajos, 1876.

R. y D. (D. J.)—Viaje de D. Juan Mastai Ferreti en la América del Sud, precedido de un ensayo biográfico de Su Santidad el Papa Pio IX, y seguido de varias encíclicas, breves y el *Syllabus*. Un volúmen en 4.° de 156 págs. Barcelona, librería de Gaspar y Homdeden, 1876. Lleva al frente un retrato de Su Santidad.

Este libro, como claramente indica su título, está dividido en tres partes. La primera es un brevísimo extracto de la vida de Pio IX, en que se dan á conocer los gloriosísimos hechos de este gran Pontífice, á quien considera el autor como á cristiano modelo de virtudes, como á dignísimo Prelado de la Iglesia católica, y como á cabeza visible que la rige y gobierna, dirigiendo, cual hábil piloto, la nave de San Pedro entre las tempestades que amenazan en vano sumergirla. En todas las páginas de esta biografía reina escelente espíritu de amor y adhesion á la sublime cátedra del Príncipe de los Apóstoles. La segunda es una relacion circunstanciada de la mision apostólica en que tomó parte el que entonces era simple Canónigo, Don Juan Mastai Ferreti, en union con Monseñor Musi, Arzobispo *in partibus infidelium*, y del abad José Salustio, secretario de la legacion, hombre muy instruido, á quien se debe el relato del viaje; mision encargada de remediar las necesidades espirituales de Chile, y de las provincias que componian el antiguo

vireinato de Buenos-Aires, con atribuciones para ejercer asimismo el alto ministerio apostólico en el Perú, la Colombia y los Estados de Méjico. Cuán interesante sea la relacion de este viaje, no solo bajo el aspecto espiritual, sino tambien del conocimiento de los lugares, y principalmente para ir contemplando algunas de las líneas con que ya se dibujaba la gran figura del futuro Pontífice, parécenos escusado encarecer. Siguen, finalmente, los magníficos documentos que sirven de apéndice á este interesante libro, los cuales deben tenerse siempre á la vista, como fuentes que son de enseñanza muy acomodada y oportuna para las necesidades presentes.

SARDA Y SALVANY (D. Félix), Presbítero.—Biblioteca ligera. Se han publicado los opúsculos siguientes: IX. ¿Y si hay?—X. A confesar.—XI. ¿Soy católico?—XII. Amigo leal.—Barcelona, tipografía católica, 1877.

Como se ve, estos opúsculos son continuacion de la interesante série que hace ya algun tiempo viene publicando el celosísimo apologista popular D. Félix Sardá y Salvany, director de la *Revista popular* de Barcelona. Difícilmente se podrán encontrar publicaciones más á propósito que estas para ilustrar al pueblo en general, y en particular á todas las personas distraidas y disipadas, en cuyo ánimo suelen hacer una impresion harto funesta y contraria á la verdad, los sofismas y especies en que se resumen la incredulidad y el escepticismo de nuestra época. A todas esas personas, el Sr. Sardá las llama á sí, les habla el lenguaje del corazon, las instruye, desengaña y edifica con tal eficacia, que no creemos haya una sola alma que lea con alguna atencion las interesantes páginas del escritor catalan, sin que se sienta conmovida y vivamente inclinada á conocer y amar la Religion. De estos opusculitos debe, pues, echar mano la propaganda católica para difundirlos, si fuera posible, á millares: esto sería sembrar el buen grano allí donde hoy se siembra tan copiosamente la cizaña.

SELGAS (D. José).—Fisonomías contemporáneas. Curiosa coleccion de apuntes dignos de estudio. Un volúmen en 8.° de 250 págs. Madrid, librería de Leocadio Lopez, 1877.

Nada diremos de esta excelente produccion de uno de nuestros primeros ingenios, profundo y festivo á la par, porque es objeto de especial exámen en la seccion correspondiente de esta Revista.

TEJADO (D. Gabino).—El Triunfo. Ensayo poético. Un opúsculo en 8.° de 39 págs. Madrid, imprenta de la Viuda é Hijo de Aguado, 1877.

Esta preciosa coleccion de poesías, calificada modestamente por su autor de «Ensayo poético,» es una verdadera joya literaria y tipográfica, que el autor y el editor han procurado cada cual en la parte que le correspondia, hacer digna de nuestro inmortal Pontífice, á quien está dedicada. Estas cualidades, así como la circunstancia de destinarse el producto líquido de su venta al Dinero de San Pedro, nos mueven á recomendarla encarecidamente á nuestros lectores.

II

LIBROS FRANCESES

GAINET (L'abbe).—Accord de la Bible et de la Géologie dans la creation des six jours.—Un volúmen en 8.° de 678 págs.; con láminas, París, librería de Blond et Barrald, 1876.

El sábio abate Gainet, que con su obra intitulada «La Biblia sin la Biblia,» ha demostrado la perfecta concordancia de los hechos narrados en los sagrados libros, con las noticias que nos proporcionan los escritores antiguos y los modernos descubrimientos arqueológicos, prueba en el presente libro que los progresos de la geologia, de que pretenden los impíos sacar argumentos contra la veracidad de las Sagradas Escrituras, confirman de un modo evidente lo que ellas nos enseñan en órden á la creacion del mundo y del hombre. La obra se halla dividida en tres partes, la primera de las cuales trata de los seis dias de la creacion, la segunda, del diluvio, y la tercera de la antigüedad del hombre. Apreciando este trabajo en carta dirigida al autor, dice el Obispo de Nimes: «Condensando los descubrimientos que han asignado en estos últimos tiempos á la Geologia el lugar que le corresponde en la esfera de los conocimientos humanos, y comparando sus progresos con la relacion de Moisés, habeis demostrado que, lejos de contradecir las conquistas de nuestros modernos geólogos, el texto sagrado sobre la creacion y el diluvio, son su más elocuente comentario.

LACROIX (Paul).—Sciences et lettres au moyen âge et à l' époque de la renaissance. Ouvrage illustré de treize chromolithographies et de quatrecents gravures sur bois. Un volúmen en 4.° de 612 págs. París, librairie de Fermin Didot et C., 1877.

Las materias tratadas por el célebre erudito francés conocido bajo el pseudónimo de bibliófilo Jacob en este importante volúmen, son los siguientes, que constituyen otros tantos capítulos de la obra: *Universidades; Escuelas; Estudiantes; Ciencias filosóficas; Ciencias matemáticas; Ciencias naturales; Ciencias médicas; Química y Alquimia; Ciencias ocultas; Creencias populares; Ciencias geográficas; Ciencia heráldica; Proverbios; Lenguas; Novelas; Cartas populares: Poesía nacional; Crónicas; Historia; Memorias; Teatro; Elocuencia civil y religiosa.* Este cuadro de las Ciencias y las Letras en la Edad Media y en la época del renacimiento, dice el *Polybiblion*, recuerda al que ha leido mucho todo lo que sabe sobre este particular, y enseña al que nada sabe en este punto, todo lo que le interesa saber.

LE HIR (L' abbé).—Les trois grands prophètes, Isaïe, Jerémie, Ezechiel, analyses et commentaires, avec traduction de l'hébreu en français des

parties principaux. Publié par l'abbé Grandvaux, directeur du séminaire de Saint Sulpice. Un volúmen en 12.° de 404 págs. París, Poussielgue, 1877.

«El abate Grandvaux se ha encargado de publicar los trabajos que dejó sin concluir el sabio abate Le Hir, modesto sacerdote de San Sulpicio, no conocido en vida sino de algunos que se dedicaban á los mismos estudios que él, sin embargo de que ahora se nos muestra en sus obras como uno de los primeros hebraizantes que ha conocido Francia, y uno de los más sabios comentadores de la Sagrada Escritura.» Esta obra, que ha merecido los mayores elogios del Cardenal-Arzobispo de París, Monseñor Guibert, es de las que no necesitan dice la Revista de donde copiamos las anteriores líneas, ser recomendadas al clero. En cuanto á los seglares, no podrán menos de leerla y estudiarla con tanto placer como provecho.

MONSABRÉ (R. P. J. M. L.)—Conférences de Nôtre Dame. Exposition du dogme catholique. Carême, 1876: in 8.° Paris, Ed. Battenweck.

De estas importantes conferencias han hablado con el debido elogio los *Etudes religieuses* de Lyon y la *Scienza é la Fede* de Nápoles; los primeros valiéndose de la pluma del ilustre jesuita P. Ramiere, y la segunda anunciando al mismo tiempo una reimpresion de la obra de Luis de Molina, *Concordia liberi arbitrii cum gratiæ donis*, entre las cuales los redactores de ambas Revistas hacen comparaciones que pueden ilustrar los conceptos relativos á la Divina gracia.

SEGUR (Mgr. de).—Le jeune ouvrier chrétien, petites directions spirituelles a l'usage des jeunes gens. Dos volúmenes en 18.° de 282 y 315 págs. Paris, Tolra, 1876.

Este nuevo libro del celosísimo é infatigable Prelado francés, algunas de cuyas excelentes obritas de propaganda están traducidas al castellano, consta de dos partes: en la primera expone el autor la nocion de la piedad cristiana y da advertencias y consejos para alcanzarla, y salvar las dificultades con que se suele tropezar en este camino. En la segunda, empezando á exponer la doctrina católica sobre las virtudes, define los caractéres de la fe y hace ver su influencia en la vida cristiana. Como se ve, esta obra, aún no terminada, es como todas las del mismo autor, de gran utilidad práctica, y sería de desear que fuera traducida al castellano.

VOGUÉ (Eugéne-Melchior de).—Syrie, Palestine, Mont-Athos. Voyage au pays du passé. Ouvrage illustré d'après des photographies. Un volúmen en 18.° de 334 págs. París, Didier, 1876.

El autor de este libro, hijo del ilustre orientalista y arqueólogo del mismo nombre, describe en él los países que tuvo ocasion de visitar en su peregrinacion á los Santos Lugares, evocando los recuerdos y tradiciones que á ellos se refieren. La descripcion de los monasterios situados sobre el monte Athos, es, en opinion de un distinguido crítico, una de las partes más interesantes de esta obra.

SINCHOLLE (A.)—Le Mariage civil et le mariage religieux. Un volúmen en 12.° de 209 págs. Paris, Marescq ainé, 1877.

Establecer la verdadera doctrina acerca del matrimonio, combatiendo al propio tiempo los gravísimos errores que se propalan en toda clase de escritos sobre tan importante asunto, tal es el noble propósito del autor de esta obra, cuyos principales esfuerzos se dirigen contra la legislacion vigente en Francia en este órden, la cual, como es sabido, establece el matrimonio civil prévio y obligatorio.

VARIEDADES

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON EL 25 DE FEBRERO DE 1877.

El domingo último, 25 de Febrero, tuvo lugar la recepcion pública en la Academia española, de D. Pedro Antonio de Alarcon.

Los discursos pronunciados en esta solemnidad literaria fueron, sin duda alguna, de los más bellos que se han oido en tales ocasiones. En aquel salon, donde no há mucho se pronunciaron frases que impresionaron desagradablemente á los oidos cristianos, resonaron el domingo último pensamientos verdaderamente católicos y españoles. Dicho sea en honor del público que asistia, estas ideas y palabras encontraron eco en los que las escucharon; y cada vez que el orador apuntaba alguna idea cristiana, algun concepto ó sentimiento castizamente español, veian iluminarse los semblantes, centellear los ojos y como que se sentian latir los corazones con más vigor y energía. Un nutrido aplauso venia á coronar no pocas veces la noble y resuelta expresion de la verdad.

Asunto del discurso del Sr. Alarcon fué demostrar que no hay belleza independiente de la moral, tema fecundo si los hay, y de los que han dado lugar á más cuestiones y á más frecuentes y empeñados debates. Sin aprobar todas las ideas emitidas por el Sr. Alarcon en su discurso, no podemos menos de convenir con él en la idea principal, y darle la enhorabuena por la novedad, belleza, galanura de estilo, y rasgos y luces de ingénio con que ha sabido poner en clarísima luz un punto de suyo muy oscuro y trascendental. Consuélase el alma en medio del trastorno y confusion universal de ideas que hoy señorea los entendimientos, al ver á ingénios poderosos y alentados salir á defender verdades que en tiempos no lejanos eran patrimonio comun de los hombres estudiosos, y

que hoy dia son negadas ó desconocidas por muchos. Regocíjase el corazon al verlos luchar generosamente contra la corriente general, y al contemplar sus esfuerzos y aliento denodado, ábrense á la esperanza de dias mejores para el progreso de la verdad, de la literatura y bellas artes en nuestra patria.

Hé aquí las nobles palabras del Sr. Alarcon al principiar su discurso:

«.....no viniera hoy á defender en este acto público como tésis litigiosa y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima inconcusa, si no hubiésemos llegado á tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbacion de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en son de axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo francés y acogida con fruicion por el insepulto paganismo italiano, de que el *Arte*, incluyendo en esta denominacion las Bellas Letras, es independiente de la *Moral;* de que, proscrito el *Bien* de los dominios de Apolo, la *Belleza* debe servir de único término ideal ó exclusivo objeto de atribucion á los poetas y á los artistas, y de que *Bien* y *Belleza* son, por lo tanto, conceptos separables. ¡Es decir, que, segun los flamantes críticos, cabe que al espíritu humano le parezca bello lo ocioso, bello lo nulo, bello lo indiferente, y hasta bello lo malo, lo injusto, lo inícuo, lo aborrecible!....»

Contra semejante absurdo se levanta el Sr. Alarcon, armado de poderosos argumentos tomados de la filosofía y de los hechos..... Pero los breves límites del espacio que podemos ocupar en este número, y el deseo de dar cabida á algunos de los bellos lugares del elocuente discurso del Sr. Nocedal, que contestó al nuevo académico, nos impiden proseguir. Hé aquí varios conceptos del ilustre orador, de belleza muy superior á la que podrian encarecer nuestras palabras, sospechosas, y no sin grave motivo, de apasionadas.

«Dice muy bien el Sr. Alarcon: es aborrecible eso que se llama el arte por el arte. No se puede tolerar, no se debe consentir, ni en artes ni en letras, la preocupacion impía y salvaje de la forma por la forma misma, de la forma como objeto, como fin único ó esencial de letras y artes. No; eso no es arte ni literatura; eso es iliterario y antiartístico. Quien acaricia la insensata pasion de hacer admirar en sí misma una forma artística, y producir efecto esclusivamente por la forma, ese destruye la primera condicion del arte, la cual no es otra que la espresion de la idea. El que rebaja las letras al humilde terreno del *realismo,* hoy al uso, mutila al hombre, decapita su personalidad, y convierte el cuerpo, no en cárcel, sino en tumba del alma. Bueno es—¿quién lo duda?—que el cuerpo esté sano, y aun mejor si parece hermoso y bien proporcionado; pero el alma es la destinada á superior belleza, á la angelical hermosura, á los esplendores de la inmarcesible gloria perdurable. Lo mismo sucede en las artes: sus producciones han de tener espíritu y cuerpo. Cuídese en buen hora el cuerpo, la forma, la

expresion: reconozco su valor, y un valor no así como quiera grande, sino muy importante; pero la idea es lo principal, la forma su sierva, dócil y sumisa, sin la necedad y locura de pretender erigirse en su señora; sierva que sabe cumplir con su obligacion esmerándose en que la idea á quien sirve sea simpática, agradable, bien recibida por todos en todas partes, distinguiéndose en la limpieza, galanura y buena disposicion. La señora manda y dirige; es rey que reina y gobierna: la forma es un ministro de ineludible responsabilidad cuantas veces no acierte á abrir paso fácil, llano, agradable y simpático á la reina y señora á quien presta vasallaje.

....

La fé es precisa, indispensable á toda criatura humana; pero mas que á nadie al orador, al poeta, al artista. Por eso no merecen tal nombre, ni producen obras de arte verdaderas los incrédulos. Contemplad al verdadero artista: alegre cuando ha visto el ideal de una obra, se entristece conforme adelanta en ella; y al terminarla, el mundo aplaude, y él está descontento, porque no ha podido hacer con sus manos ó con su palabra todo aquello que adivinó, y vió, y contempló en el instante de la inspiracion; porque el cuerpo no sabe realizar todo lo que alma siente ó presiente; porque el alma desterrada del cielo, aspira al cielo, y los grandes artistas consiguen entreverle. El cuerpo, cárcel estrecha, no alcanza á tanto; la bestiezuela de la carne limita los horizontes del poeta y del artista; y mientras el alma forcejea por subir hácia lo alto, el cuerpo miserable se desploma hácia la tierra. En esta lucha, el gran artista sube lo bastante para asombrar al mundo, pero nunca todo lo que su alma habia concebido; porque al ir á realizarlo se encuentra el alma desterrada y prisionera.

Ahora bien, el arte por el arte, no es sino el *realismo,* como ahora se dice: el cual, definido por sus apologistas, consiste «en que los hombres, desprendidos del mundo sobrenatural y viviendo en el mundo real, quieren contemplar, no ideas ni símbolos, sino personas y cosas; porque ellas no son un signo al través del cual se manifiesta el pensamiento místico, sino que tienen valor y belleza de por sí, y la mirada se fija en las cosas reales, tales como ellas son, con tal de estar bien copiadas é imitadas, sin que las abandone un punto para pasar adelante ni pensar mas allá.» O sea, como dice un gran orador cristiano, «supresion del *más allá;* las perspectivas de lo ideal, cerradas á la contemplacion y á la expresion de los artistas.» Es decir obras para los ojos, para los sentidos groseros y deleznables, no para el alma nobilísima é inmortal.

Pues ante todo, el que imita así á la naturaleza, no piense que la imita exacta y completamente; por el contrario, la envilece y la mata. No quiero yo, ni quiere nadie, que las artes y las letras prescindan del mundo real; pero queremos que no se prescinda de lo ideal, de lo sobrenatural que late y palpita en lo real. Quien no lo sienta latir y palpitar, no es artista ni poeta.

En segundo lugar, yerra el que da nombre de artista al servil imitador de la naturaleza: las artes no se limitan á imitar, sino que aspiran á interpretar la obra de Dios á los ojos de la muchedumbre. Así como saliéndose del cuerpo caduco el alma inmortal, la materia se corrompe, del propio modo en prescindiendo de lo ideal, en no viendo en el mundo á su Criador,

no se interpreta, se copia; no se pintan cuadros, se hacen fotografías todo lo más; flores de un dia, gustosas de ver á la mañana, marchitas y deshojadas á la tarde.

Mas con esto, solo habríamos de lamentar la pérdida de las artes; pérdida inmensa, incalculable, deshonrosa, tremenda; pero que al cabo, por sí sola no traería la fin del mundo. Mas ahí no para el daño: el daño consiste en que el realismo en las artes, corresponde fiel al materialismo en la ciencia; el daño consiste en que el realismo de las artes y el materialismo en la ciencia, son el sensualismo en la sociedad; y las sociedades que caen en el sensualismo, están á la puerta de la barbarie, y á disposicion del primer conquistador que se digne castigarlas. Un pueblo que pasa treinta ó cuarenta años danzando el *can-can*, no solamente en sus bailes de gente perdida, sino en sus dramas, en sus novelas, en sus canciones, en sus cuadros, y hasta en sus edificios, y creyéndose civilizador se entretenga en pasear por el mundo su literatura realista y sensualista, no hay duda, caerá vencido y humillado ante el primer enemigo que con cualquier pretesto le invada. Ese desventurado pueblo se hallará sin fuerzas para defenderse noble, varonil y heróico; verá caer los muros de sus fortalezas al simple rumor de las trompetas de sus invasores, aunque no sean estos, ni con mucho, el pueblo de Dios; verá sus meretrices bailar el *can-can* al compás de las músicas extranjeras, á sus avaros contratistas suministrar víveres y provisiones al extranjero enemigo, y buscará su salvacion por el momento en las arcas repletas de sus hijos degenerados.

¡Dichoso mil veces ese pueblo, si contrito vuelve sus ojos hácia Dios, y le desagravia confiando en su Providencia! ¡Infeliz de él, si insensato busca de nuevo los placeres en la contemplacion de la materia deificada, y se venga de su invasor enseñándole las muecas del *can-can!* Si esto hace así, que se prepare á ver abrasados sus edificios soberbios, destruidos sus monumentos insignes, asolados sus feracísimos campos; y no por fuego del cielo, sino para mayor ignominia y para escarmiento más terrible, por fuego brotado del infierno, propagado por demonios disfrazados de hombres y mujeres, y mantenido con petróleo. Si la sociedad, con la enseñanza de sus filósofos, con los acordes acentos de sus poetas, con la maravillosa y electrizadora palabra de sus oradores, y con la deleitable seduccion de las artes, formando un himno magnífico y universal, levanta su corazon arriba, sobre ella como benéfica lluvia derrama Dios sus misericordias. Si persiste en el camino de la perversion. y todo espíritu se materializa, y todo corazon se mancilla, la hora se acerca, el castigo está próximo; los festines se suceden, la literatura realista se multiplica, las artes paganas se embrutecen, el cielo se encapota, la tierra se anega, y desquiciado el mundo, vuelve al estado salvaje.

Estos son los frutos del materialismo en la filosofía, del sensualismo en las costumbres, y del *realismo* en las letras y en las artes.»

CRONICA INTERIOR

1. Conspiracion descubierta en Barcelona.—2. Animacion política.—3. Reunion de radicales y posibilistas.—4. Cansancio de los constitucionales.—5. Personaje esfinge.—6. Negociaciones misteriosas.—7. Amnistía.—8. Provincias Vascongadas. Romería al Vaticano.

1. Lo que se llama la política, parece que en esta quincena ha adquirido una cierta animacion, un aire decidido, que ha puesto, segun se trasluce por sus periódicos, en algun cuidado al gobierno. Por de pronto se ha descubierto en Barcelona una conspiracion que los diarios ministeriales califican de zorrillista-salmeroniana. Han sido presas varias personas y se han fugado otras. La prensa ministerial se felicita por este descubrimiento, y se nos figura que no hay por qué. Un periódico católico ha dicho á este propósito con mucha oportunidad, que en España no se ha conocido conspiracion triunfante que no haya sido descubierta antes cuatro ó cinco veces. Las revoluciones empiezan siempre por conatos que se descubren y que se reprimen. Son como los aluviones, que antes de inundar á su sabor los campos, tienen que refrenarse ante los diques, pero acabando por minarlos y destruirlos con sus arremetidas.

2. Tranquiliza, y hasta cierto punto no sin razon, á los amigos del gobierno, lo divididas que se hallan las fuerzas revolucionarias. Desde los constitucionales del Sr. Sagasta, que no son precisamente los constitucionales del Sr. Cánovas, ni los del Sr. Ulloa (y es curioso que ya se ponga un nombre propio donde antes se ponia la especificacion del Código fundamental, que merecia la preferencia, como si con esta variacion se quisiera dar á entender que ya no se lucha por ideas); desde los constitucionales del Sr. Sagasta, decimos, hasta el socialismo crudo y ateo del Sr. Salmeron. hay una porcion de agrupaciones, suficientes cada una de ellas para constituir una de estas situaciones que se llaman liberales, que duran lo que las flores del campo, pero impotentes para derribar á un Gobierno. Pero antójasenos que esta tranquilidad que se apoya en la dispersion de las fuerzas enemigas, es una tranquilidad falsa, pues la esperiencia enseña que cuando las agrupaciones políticas se reconocen impotentes para vencer por

sí solas, acuden siempre al vulgar recurso de coligarse, recurso que desgraciadamente no ha dejado nunca de dar sus frutos en la España liberal.

Aunque no creemos que esta vez suceda lo mismo, se ve ya dibujarse en lontananza, á guisa de nubarrones que amenazan tormenta, los principios de una *entente* mas ó menos cordial entre las diversas fracciones que aspiran á constituir ó crear una situacion suya sobre las ruinas de la presente. Hasta ahora no se advierte nada decisivo, pero se manifiestan conatos que no sin razon inquietan á las gentes prácticas.

3. En uno de estos últimos dias se ha celebrado una reunion en casa del Sr. Martos entre radicales y posibilistas. Se da el nombre de posibilistas á los amigos del Sr. Castelar, quien, como no ignoran nuestros lectores, ha renegado con una frescura sin igual de todos aquellos principios que le han parecido molestos en el tiempo que fué árbitro de nuestros destinos, aspirando sobre todo á hacer *posible* su vuelta al poder. Los periódicos de oposicion aseguran que en esta reunion se entendieron radicales y posibilistas, y los ministeriales aseguran lo contrario. No se necesita una vista de lince para creer que los primeros deben estar en lo cierto, no solamente porque su aserto está en la naturaleza de las cosas, sino tambien porque es mas que probable que no hubiera tenido lugar la reunion si no se hubieran de antemano descartado las dificultades susceptibles de hacerla infructuosa. Es evidente que las dos fracciones desean entenderse, y aunque existieran realmente en su seno diferencias sérias de opinion (cosa que no creemos), no puede abrigarse la menor duda acerca del ardiente deseo que anima á entrambos de conquistar el poder, y no hay ejemplo de que los revolucionarios hayan dejado de abrazarse sobre este terreno comun.

4. Mas cerca de la situacion, pero sin romper del todo con las fracciones extremas del liberalismo, se ve á los constitucionales capitaneados por Sagasta y Ulloa, en aptitud vacilante y sospechosa. El Sr. Cánovas los ha tenido hasta ahora entretenidos con promesas de sucesion que han enfriado temporalmente sus instintos militantes y agresivos; pero parece que el señor Cánovas no tiene prisa de bajar, y ellos la tienen de subir. Ambas cosas se comprenden, pero lo que no se comprende es que esta situacion espectante pueda prolongarse por mucho tiempo. Ya se advierten en el campo sagastino señales evidentes de impaciencia, que, cualquiera que sea su tension, es mas que probable que no conmuevan al corazon del Presidente del Consejo, cada vez mas convencido de que en España no hay Gobierno posible fuera del suyo. El dia en que los constitucionales pierdan toda esperanza, se volverán á encender en amor por la libertad, y las reuniones del señor Martos tendrán mayor importancia.

5. Este teje-maneje, hasta ahora misterioso, con que venimos ocupándonos, careceria de su natural complemento si prescindiésemos de una figura con honores de figuron, que se ve al paño; especie de esfinge, en la cual todo el mundo fija involuntariamente los ojos. El personaje de que se trata es uno de los séres mas amables y al parecer menos agresivos que se conocen; amigo de todo el mundo, sin repugnancias ni preferencias marcadas hácia ninguna forma política, de trato fácil, de maneras llanas, de condicion apacible, constituye una individualidad *sui generis*, que no se puede, sin un grande esfuerzo de imaginacion, elevar al rango de personaje im-

portante, y lo que es mas, temible. El hecho es, sin embargo, que no hay conversacion política en que no salga á relucir su nombre, ni eventualidad futura en que deje de andar mezclada su persona.

6. No sabemos si como tributo pagado á esta preocupacion universal, ó porque realmente el Gobierno con mayor número y mejores datos crea necesario fijar la situacion de esta nebulosa individualidad, el hecho es que en estos dias se habla mucho de negociaciones entabladas con objeto de arrebatar á los partidos revolucionarios esta especie de denominador comun, que por no pertenecer determinadamente á ningun partido, parece ser la propiedad de todos.

Hé aquí á este propósito lo que dice un periódico. En ciertos asuntos nosotros preferiremos siempre ser eco, á hablar por nuestra propia cuenta.

«Aunque esta persona, dice, no es partido ni siquiera fraccion, y se »mueve exclusivamente sobre dos piernas, estas piernas están cubiertas con »unas botas de montar que han conquistado en la política una importancia »excepcional. Ya sea porque estas botas hayan hecho algun movimiento, »para acercarse á una de las dos fracciones, entre las cuales se mantiene »como el acero entre dos imanes, ó porque teme que lo haga á la hora me»nos pensada, el caso es que hoy se habla mucho en los círculos políticos »de negociaciones entabladas para librarse de esta amable pesadilla. Con»tribuyen á dar crédito á estos rumores ciertas indiscreciones de *La Corres»pondencia*, periódico de quien se sabe que no suele ser indiscreto sino con »permiso del gobierno. Se susurra que las arras del contrato son un título »de príncipe adicionado con algo sólido con que lucirlo, que cargará sobre »las espaldas de la gratitud nacional.»

Cualquiera que sea el valor de estos rumores, nuestros lectores reconocerán que no son los más á propósito para disipar los recelos de las gentes suspicaces, ni para que nos entreguemos, bajo la fe del optimismo ministerial, á sueños lisonjeros ni á sonrosadas perspectivas.

Parécenos, sin embargo, y así debemos consignarlo á fuer de imparciales, que el Gobierno debe hallarse muy distante de participar de los temores de la gente pesimista, que saca de estos y otros indicios consecuencias poco tranquilizadoras, si hemos de juzgar por las últimas resoluciones que han visto la luz en la *Gaceta*. En plena ebullicion política no teme el Gobierno abrir las puertas de la patria á todos los emigrados políticos, con objeto «de borrar hasta donde es dado las huellas de nuestras pasadas discordias.»

7. Tres reales órdenes publica el diario oficial con este motivo. Las tres llevan la fecha del 20 de Febrero. La primera, dirigida al Ministro de Estado, dispone que los agentes diplomáticos y consulares de S. M. en el extranjero, «lejos de poner obstáculo alguno al regreso de cuantas personas compro»metidas en la última insurreccion carlista deseen volver á la Península, les »den la completa seguridad de que cuantos lo ejecuten con el propósito de »respetar las leyes, no serán molestados ni perseguidos por su participacion »en el levantamiento carlista, ni por delitos políticos y conexos, sin otra ex»cepcion que la de los comunes, por ser de la competencia de los tribunales; »procediendo desde luego á expedirles los pasaportes á los que lo soliciten, »y limitándose á dar cuenta al ministerio del punto para que se les ex»pida.»

Por algun periódico se ha manifestado la duda de si esta disposicion es una amnistía en el sentido general y lato que suele darse á esta palabra. Aunqne no deja de llamar la atencion que se haga por una simple real órden lo que ha solido siempre, y con razon, hacerse por real decreto, cuando no por ley; ateniéndose al texto que acabamos de trascribir, no cabe duda que hay en la referida real órden una amnistía completa y sin limitaciones. Sería impropio é indigno de un Gobierno que aspira al título de formal, valerse de subterfugios y atenuar con órdenes reservadas el valor testual de lo que públicamente dispone. Al Gobierno no puede ocultársele que á la mayor parte de los carlistas que viven todavía en la emigracion, les detenia únicamente un escrúpulo moral; la repugnancia al juramento que se les imponia: si no fuera su ánimo derogar esta disposicion y abrirles incondicionalmente las puertas de la patria, no tenia objeto la real órden que nos ocupa. Por nuestra parte, no podemos abrigar duda ninguna acerca de este particular, pues el «propósito de respetar las leyes» que dicha disposicion menciona, á deber traducirse por juramento, haria completamente ineficaz é irrisoria la real órden, pues como ya hemos dicho, la mayor parte de la emigracion carlista no tenia más motivo que el juramento para dejar de entrar en España. De todos modos, asunto es este que se habrá ya puesto en claro á la hora en que escribimos.

Por otras dos reales órdenes de la misma fecha, dirigidas, la una al Ministro de Gracia y Justicia y la otra al de Gobernacion, se dispone: en la primera, que se sustancien sin levantar mano y con la mayor actividad, todos los procesos políticos, y se dé cuenta al Ministerio antes de llegar á su terminacion, de aquellos acerca de los cuales se pueda formar juicio racional y equitativo de que realmente lo son, esto es, de que no se trata de delitos comunes, á fin de sobreseer en ellos; procurando en los demás aplicar la ley lo más benignamente posible. En la segunda se ordena al Ministro de la Gobernacion que adopte y comunique sin demora á las autoridades de su dependencia las resoluciones oportunas, para que inmediatamente puedan volver á sus hogares todas aquellas personas que por disposiciones gubernativas han sido desterradas ó conducidas á puntos de la Península, islas adyacentes y posesiones de Africa, siempre que no resulte contra ellas responsabilidad criminal; y que los gastos que para el regreso y conduccion de unos y otros se originen, se satisfagan con cargo al crédito de 749.563 pesetas, abierto para este objeto en la ley de 11 de Enero de este año.

Se ve, pues, por este ligero relato, que la amnistía comprende á todos los que más ó menos directamente tomaron parte en las insurrecciones carlista y republicana, aunque respecto á los de la segunda se dispone por un artículo especial, que sean desde luego entregados á los tribunales de justicia los que resulten reos de delitos comunes.

Aunque no deja de ser peligrosa y ocasionada á graves abusos la distincion entre delitos políticos y delitos comunes, no nos es lícito poner en duda en el presente caso la sinceridad con que el gobierno desea que se cobigen todos los españoles más ó menos perseguidos por sus actos ó sus opiniones políticas, bajo el amparo de la ley comun. Su deseo de alejar complicaciones y de cerrar las heridas todavía mal cerradas de nuestros pasados conflictos, se comprende, aunque hay personas que en las presentes cir-

cunstancias lo esplican por razones menos benévolas y que se relacionan con los movimientos de los partidos de que hemos hablado al principio de esta crónica.

8. En inmediata conexion con estas medidas, aunque encerrado todavía en los límites de la presuncion, se habla tambien en los círculos de Madrid de negociaciones encaminadas á sofocar el disgusto de las provincias vascongadas, por medio de concesiones mútuas que den por resultado la resignacion de aquellos pueblos á variar su manera de ser secular. La cosa nos parece harto difícil. Siempre hemos creido que el gobierno no ha obrado con buen consejo, ni aun bajo su punto de vista, que escusamos decir que es muy distinto del nuestro, en suscitar esta temerosa cuestion. Para nosotros el derecho es dar á cada uno lo que es suyo, concepcion que se aleja mucho de la de los que creen que todos los ciudadanos deben tener una suma igual de derechos. Pero en el estado presente de la cuestion, no vemos, y lo decimos con sentimiento, terreno libre para tratar, toda vez que los pueblos vascongados difícilmente se resignarán á modificacion alguna que no sea el *statu quo* antes de la última ley votada en Córtes, y el gobierno se ha atado él mismo las manos provocando la sancion de esta medida legislativa.

9. Digamos algo de asuntos religiosos. Segun nuestras noticias particulares, que confirma además un periódico, al parecer bien informado, el señor Cardenal Arzobispo de Toledo ha acordado constituir una junta diocesana, que se encargue de organizar y preparar los trabajos para otra peregrinacion á Roma en el próximo mes de Junio. A invitacion de la juventud católica de Roma se habia creado ya en Madrid una junta con este objeto. Componian esta junta algunos católicos respetables, algunos miembros de la juventud católica de Madrid, y los directores de los periódicos *El Siglo Futuro* y *La Fe*, y las revistas *La Cruz* y LA CIENCIA CRISTIANA. Esta junta se disponia á pedir al Eminentísimo Prelado de la diócesis su bendicion, con obgeto de comenzar sus tareas; pero avisada oportunamente de la resolucion del Sr. Cardenal, acordó, como era natural, disolverse. Hasta ahora no sabemos cuáles son las personas llamadas á cooperar, bajo la presidencia del Sr. Arzobispo, á la realizacion de esta obra cristiana, al par que patriótica; pero adelantamos estos datos para calmar la impaciencia de aquellos de nuestros lectores que nos dirijen preguntas acerca de un asunto tan interesante para todos los que blasonamos de católicos y de españoles.

CRONICA ESTERIOR

1. Cuestion de Oriente.—2. Enfermedad del Sultan Abdul-Hamid.—3. Constitucion turca.—4. Ultimas noticias.—5. Actitud de Inglaterra.—6. Opinion de un publicista católico.—7. Estocadas de pluma.—8. Francia. Asuntos interiores. Movimiento legitimista.—9. Viaje de D. Cárlos.

1. Los asuntos orientales siguen siempre tan embrollados, y amenazando la paz del mundo. No pasa dia sin que surja una nueva dificultad, una complicacion más añadida á las otras. La que ahora sirve de testo á toda la prensa europea nos llega de Constantinopla, y se refiere á la salud, ó mejor dicho, á la falta de salud del sultan Abdul-Hamid.

La historia es curiosa, y parece destinada á continuar la série de sucesos trágicos é imprevistos que se está desarrollando á las orillas del Bósforo, desde que se suscitó de nuevo la cuestion oriental.

2. Hé aquí en qué términos poco mas ó menos la refieren algunos periódicos, bajo la fe de sus corresponsales en la capital del imperio turco.

El nuevo sultan es jóven y de complexion ardiente. Antes de su advenimiento al trono era de costumbres bastante arregladas, y observaba regularmente los preceptos de la sabiduría musulmana, contentándose con sus mujeres legítimas, que no eran mas que cuatro.

En los primeros dias de su elevacion al trono, manifestó conatos de reformar los abusos del palacio imperial, que, como se sabe, no son pocos; pero sus parientes los príncipes y princesas, así como los ministros y los altos funcionarios, trataron de parar el golpe corrompiendo al jóven soberano, y enviándole de regalo, segun costumbre, las mas hermosas circasianas de todo el imperio. El califa parece què cayó en el lazo, y las consecuencias son el consabido reblandecimiento espinal, acompañado de los síntomas de locura que son consiguientes á este estado. Hasta ahora no se cita, sin embargo, ningun acto de demencia furiosa, pero segun los infalibles corresponsales, esto no puede dejar de venir de un momento á otro. Ya se nota en el paciente una especie de actividad febril sin objeto, que despierta la inquietud de los verdaderos creyentes. Llama á su servidumbre para dar un

paseo por el Bósforo, y de repente cambia de idea y se dirige al mar de Mármora. Asaltado de terrores pueriles, hace colocar centinelas en todos los patios y en todas las entradas del palacio imperial, y ordena poner cerraduras sólidas en todas las puertas que dan ingreso á sus habitaciones; pero ¡cosa rara! respecto de este punto delicado no cambia de resolucion.

Los corresponsales se indignan de que ose encerrarse á piedra y lodo, porque aseguran que esto es contrario á los usos del pais. Quieren que gobierne á la europea, pero que viva á la turca. Parece que los turcos no cierran jamás sus puertas, y que la costumbre en el palacio imperial es tener todas las entradas y salidas protegidas exclusivamente por un tapiz. Abdul-Hamid ha querido probar que es hombre de su tiempo, y ha sustituido el tapiz oriental con una sólida puerta europea. No sabemos por qué no ha de ser signo de locura tomar una constitucion del continente, y lo ha de ser el tomar todas aquellas precauciones que un hombre prudente en Europa no deja nunca de adoptar, cuando abriga temores de que le puedan andar con el bulto.

Y si estos temores son ó no legítimos en un sultan tan protegido como Abdul-Hamid por las grandes potencias, lo dejamos al buen juicio de nuestros lectores. Además, la historia de los últimos reinados no nos parece muy á propósito para que el califa pueda dormir tranquilo, ni aun en las habitaciones cerradas á la europea; pero en situaciones como la suya se hace lo que se puede, y nosotros en su caso preferiríamos tambien una sólida puerta al mejor tapiz oriental.

Hasta ahora la enfermedad, siempre segun el testimonio de los susodichos corresponsales, no está bien caracterizada, pero no puede tardar en estarlo, á juzgar por los espantosos síntomas de que acabamos de hacer mencion.

3. Respecto á la flamante constitucion turca, los corresponsales de los diarios liberales de Europa no se hacen ilusiones. Con su alta perspicacia de hombres de Estado, adivinan que será letra muerta, y no servirá para otra cosa que para acabar de desmoronar el imperio. «Para creer en la viabi»lidad del nuevo Código,» dice uno de los mas liberales, «sería preciso cer»rar voluntariamente los ojos á la luz.» «En vano los teoristas» añade, «se »esfuerzan en este momento en toda Europa por demostrar que los princi»pios de la revolucion francesa pueden adaptarse perfectamente á los prin»cipios democráticos del Islam, oscureciendo mas y haciendo cada dia me»nos comprensible una cuestion que no tiene seguramente nada de clara. »Admitiendo que la carta constitucional haya sido otorgada de buena fe, no »pasará de ser letra muerta, *porque no se apoya en las costumbres y en el con»sentimiento de la nacion.*»

¿Entónces, por qué se la imponeis?

A los liberales les hacia falta un turco que fuese completamente suyo, y ya le han encontrado en Midhat-Bajá. El ex-visir, para conformarse en un todo con los usos políticos de Europa, ha abierto cátedra de liberalismo musulman; pero la ha abierto en Nápoles, por no esponerse sin duda á ciertos contratiempos. Desde la ciudad partenopéa, dicta este turco liberal, ilustrado y libre-cultista sus oráculos á la prensa y al telégrafo continen-

tales, sin reflexionar que el público cristiano puede oponer á sus teorías de regeneracion sarracena, el consabido—Eres turco; no te creo.

4. Las últimas noticias referentes á este temeroso embrollo, siguen siendo belicosas. Hasta ahora las potencias no han contestado al despacho de Gorschakof; pero, como hemos dicho ya repetidamente, importa poco que Inglaterra, Austria y demás naciones de primer órden deseen, porque así se lo aconsejan sus recíprocos intereses, descartar la guerra universal que esta cuestion encierra en sus entrañas, si Rusia sigue armándose hasta los dientes, y preparándose para el supremo conflicto.

No importa mucho tampoco que la Puerta llegue á entenderse con sus estados tributarios Servia y Montenegro, por más que esto ofrezca, en nuestra opinion, muchas más dificultades de las que dice el telégrafo, órgano hoy de la ridícula y desautorizada diplomacia. El lenguaje y los actos del gobierno moscovita siguen revelando una voluntad tanto más firme, cuanto más procura envolverse en fórmulas moderadas y prudentes. Una nacion como Rusia no saca nunca la espada á medias. Sería juego peligrosísimo é indigno de un gobierno sério, suscitar pasiones y antagonismos de raza, sin más objeto que el de hacer un vano alarde; y al estado á que han llegado las cosas en Rusia, la paz podría costar más cara al emperador que la guerra, cualquiera que fuese su resultado.

5. Inglaterra lo comprende así, y ha procurado acentuar en estos últimos dias su política, que hoy como ayer se reduce á sostener á todo trance la integridad del imperio turco. Tambien Inglaterra tiene sus innovadores, su liberalismo enemigo de las tradiciones diplomáticas y de los intereses permanentes; pero en la sesion del Parlamento del dia 16 de este mes, el gobierno, por conducto del Ministro de la guerra, M. Hardy, se manifestó resuelto á intervenir en favor de Turquía en el caso previsto de que Rusia lance sus ejércitos en direccion de Constantinopla. Resulta de las declaraciones de M. Hardy, que la Gran Bretaña considera el mantenimiento del imperio turco como una necesidad europea, y ateniéndose á la letra de los últimos tratados (los de 1856 y 1871), que obligan en su concepto á todas las potencias signatarias, sostendrá su validez por todos los medios que considere eficaces al objeto. Este lenguaje ha sido muy aplaudido por la prensa inglesa de todos los colores, y ha sentado muy mal en Rusia, aunque es de creer que allí no les haya cogido de nuevo.

No nos atreveremos á dar por indudables nuestras conjeturas, ni tampoco á profetizar cuál será el éxito de la lucha que creemos probable. A propósito de este último punto, dice con mucho acierto uno de estos últimos dias un elocuente escritor católico:

6. «Los Estados se mueven guerra por conquistar territoríos; pero el »Omnipotente Rey de reyes y Señor de señores, tiene fines jamás previstos »por ninguna prudencia humana, y con la fe y la historia podemos asegu»rar desde ahora mismo que ningun Estado de cuantos tomen parte en la »lucha, irá donde se propone ir, y que todos irán adonde ninguno piense. »En todos estos dramas hay un protagonista con quien nadie suele contar, »y un argumento que nadie suele entender. Alarico era sin saberlo un gran »filósofo, cuando preguntado adónde iba con sus hordas, respondió que no »lo sabia.»

7. Uno de los asuntos que han levantado mayor rumor en estos dias en la prensa extranjera, es el tono ardiente y apasionado.de la polémica periodística entre prusianos y franceses. Los hechos que han dado lugar á este recrudecimiento de ira entre los dos pueblos, no tienen realmente gran importancia, pero es muy peligroso que se encienda una chispa entre dos combustibles. Por ahora la cosa se reduce á un aluvion de injurias con que se han inundado recíprocamente, y no tomará mayores proporciones; pero esta cuenta abierta entre la vanidad de dos pueblos, irritado el uno por la derrota, y ensoberbecido el otro por la victoria, habrá que saldarla un dia ú otro.

8. Pasando á los asuntos interiores de Francia, debemos señalar á la atencion de nuestros lectores un movimiento de la opinion, por todo extremo notable, que allí se verifica en la actualidad, y en el cual, sin darle exagerada importancia, conviene, sin embargo, fijar la vista.

Sentemos antes como preliminar indispensable, que la situacion de aquel desdichado país es poco menos que desesperada. Una desenfrenada demagogia enemiga de Dios y de todo freno social, impera casi sin oposicion en todas las esferas, gracias á la prodigiosa nulidad de Mac-Mahon, y al refinado egoismo de las que se llaman clases conservadoras. Satisfechas estas de verse hidrópicamente ricas, no han opuesto á las invasiones de la revolucion desenfrenada y de los apetitos socialistas, otra cosa que una resistencia débil, que en las cuestiones de índole exclusivamente religiosa degeneraba en evidente complicidad. Pero hoy empiezan ya á comprender con espanto que la insensata cruzada contra Dios, que capitanean los Gambettas, los Hugos y los Blanc, trae como corolario indispensable la ruina del órden social completo.

En esta situacion, que no tiene nada de halagüeña, el periódico *La Union*, órgano del Conde de Chambord, publicó un artículo presentando al nieto de Luis XVI como la única esperanza de Francia, y declarando que el Conde de Chambord *quiere*, *puede* y *debe ser rey*.

La sensacion ha sido grande, aun en los mismos círculos liberales. El tono del artículo no dejaba duda acerca de su orígen autorizado y oficial.

Allí sabe todo el mundo que el Conde de Chambord no mantenia sus pretensiones á la corona sino como un deber de conciencia y de familia. Allí nadie ignora que para el descendiente de la rama legítima al trono, no representa un goce de ambicion, sino un sacrificio impuesto por su nacimiento.

En Francia se creia generalmente que la cuestion de la bandera, más bien que un escrúpulo legítimo, era una renuncia tácita al trono de San Luis.

Por eso ha producido una gran sensacion el artículo de la *Union*. El nombre de Enrique V representa una tabla de salvacion, y como ya hemos dicho, Francia se está ahogando. La sensacion ha sido mayor, porque la creencia general es que Francia se ahoga porque no ha encontrado un hombre, y con Enrique V se le ofrece un hombre y un principio.

La Union ha seguido desarrollando su tésis, y la prensa séria de Paris se hace cargo de sus artículos. Los mismos periódicos republicanos se manifiestan asombrados, y piden aclaraciones al diario legitimista.

Las contestaciones de *La Union* siguen siendo tan explícitas como lo fueron las declaraciones de su primer artículo, é insiste en que el rey «quiere llegar, y llegará hasta el fin.»

«Una circunstancia, dice á este propósito el corresponsal en París del »*Siglo Futuro*, digna de llamar la atencion en esta nueva actitud, adoptada »por el órgano oficial del legitimismo, es el tono de moderacion y de mesu»ra, sin excluir por eso la firmeza en el fondo, con que amonesta á todos *á »prepararse á la restauracion monárquica*.»

«El eje, añade, sobre el cual hace girar todas sus observaciones, es el si»guiente: Francia necesita hoy más que nunca un hombre, un hombre res»petado por todos, y cuyo carácter y cuya lealtad nadie pueda poner en »duda: si ese hombre no se apresura á venir, Francia se despeña. Y ese sal»vador necesario, ¿puede ser otro que el Conde de Chambord?»

El hecho es que periódicos tan opuestos á la monarquía legítima como el *Constitutionnel* y el *Paris Journal*, y en general toda la prensa séria de París, atribuyen á estas declaraciones una importancia excepcional; aunque manifiestan su incredulidad de que el Conde de Chambord se decida al papel de pretendiente activo, creyendo que su presente actitud no es más que un tributo ineficaz pagado á sus deberes de raza: pero *La Union*, al paso que hace constar que la impresion producida no es de repulsion sino de incredulidad, emplaza á todos ante el tribunal del tiempo.

Es indudable que la voz de Enrique V ha sido escuchada con interés por unos, con curiosidad por otros, con respeto por casi todos. Excluimos á la prensa demagógica, que hace gala de no conocer ningun respeto. La voz de un rey, hombre de bien, tiene siempre un grande alcance. ¿Será de nuevo una *vox clamantis in deserto*? Es evidente que aun los mismos adversarios de la monarquía y de la legitimidad la han escuchado con gusto, quizá porque ven en ella el último asidero que queda á la Francia en el futuro é inminente naufragio.

9. Hé aquí las noticias que hemos encontrado en los periódicos extranjeros acerca del viaje de D. Cárlos por el Norte de Europa.

Se lee en la *Gaceta de Moscow:*

«Don Cárlos llegó á Moscow el 27 de Enero por el camino de hierro de »Kowsk. Fué recibido en la estacion por el teniente general Arapova, gran »maestre de la policía, con el cual pasó al hotel Bazar Slave, donde tenia »reservadas sus habitaciones.»

«A poco de haber llegado al hotel D. Cárlos, recibió la visita del príncipe »Dolgoroukow, gobernador general de Moscow. Al dia siguiente, 28, Don »Cárlos devolvió las visitas al príncipe y al general, dirigiéndose en seguida »á visitar al Kremlim.»

La *Gaceta* y el *Diario de San Petersburgo* dicen lo siguiente:

«Don Cárlos de Borbon, que viaja con el nombre de Duque de Madrid, »ha llegado esta mañana á las once á San Petersburgo, parando en el hotel »Mout; lo acompañan el general Boet y el marqués de Respaldiza.

»A poco de llegar, se dirigió D. Cárlos al palacio de invierno, donde fué »recibido por el emperador Alejandro, con quien pasó á las habitaciones de »la emperatriz.

»A la hora de haber vuelto al hotel, el emperador pagó la visita á Don

»Cárlos, á quien tambien visitaron el gran duque heredero y los grandes »duques Vladamiro, Sergio y Constantino, los príncipes Pedro y Alejandro »de Oldemburgo, el duque de Leuchtemberg y el príncipe de Romanowski; »por la noche D. Cárlos ha estado en el teatro con el emperador, con quien »luego ha tomado té. D. Cárlos comerá hoy con los emperadores y la fa- »milia imperial, asistiendo despues á un baile que dan los grandes duques »de Meklemburgo.»

LOS PUNTOS NEGROS

DE

LA CIENCIA MODERNA

LA FACULTAD DEL SENTIMIENTO

Señores:

Una de las teorías filosóficas que han sufrido y continúan sufriendo la influencia maligna del criticismo kantiano, es sin duda alguna la de las facultades de nuestra alma. La filosofía cristiana, heredera en este punto, como en todos los que pertenecen á la ciencia de las últimas razones de las cosas, de los conceptos mas escogidos de la escuela socrática, recibió, como sabeis, su último complemento y perfeccion de los Padres y Doctores de la Iglesia, singularmente de San Agustin y Santo Tomás de Aquino, é ilustrada y perfeccionada por ellos, llegó á formular sobre todas las materias de la Metafísica y de la Moral un vasto sistema de verdades, que resuelven todas las cuestiones capaces de solucion, causando en el ánimo que las estudia y considera la certidumbre mas perfecta.

Pero entre las cuestiones resueltas por la razon humana iluminada por la fe, ninguna hay quizá en que la ciencia haya alcanzado soluciones mas claras y precisas, re-

sultados mas bellos é interesantes, que los que se ofrecen á nuestros ojos en cualquiera de los libros escritos bajo la inspiracion de tan insignes maestros, sobre la naturaleza del alma y las fuerzas ó potencias de que plugo á la infinita bondad y sabiduría de Dios adornarla para que fuera imagen y semejanza de su divino sér. Es de advertir que la teoría que contiene el conocimiento de las fuerzas de nuestro espíritu, aunque de un órden subjetivo, y por consiguiente menos elevado y trascendental que el órden de los conceptos ontológicos, mas por su enlace y relacion con la verdad, con la belleza, con el bien, con nuestro destino final, y para decirlo en una palabra, con Dios, esa teoría contiene en gérmen toda la sabiduría que podemos alcanzar naturalmente en esta vida, y es tanta su fecundidad y excelencia, que dispone admirablemente al entendimiento para recibir los sublimes conceptos y doctrinas de la reina de las ciencias. Aun puede decirse que la doctrina de las facultades del alma, tal como se enseña por los filósofos católicos, forma parte integrante de la sagrada Teología; los mas altos misterios de nuestra fe la suponen ciertamente, de forma que apenas puede darse ni un solo paso en la ciencia sagrada sin conocer el entendimiento préviamente cuáles son las facultades de nuestro ánimo y cuáles su naturaleza, sus relaciones, su perfeccion última y su destino. Empezando por la sublime condicion y dignidad en que fué criado el primer hombre, y por el estado á que le redujo la culpa, viniendo despues á la esplicacion de la gracia y de las virtudes sobrenaturales de la vida cristiana, y siguiendo el órden de los misterios revelados y de la moral divina hasta llegar con el pensamiento á las alturas del cielo y de la bienaventuranza, siempre parecen delante de los ojos en la doctrina filosófico-cristiana acerca del entendimiento y la voluntad, de la fuerza aprehensiva de la verdad y de la fuerza ex-

pansiva destinada á amar, á abrazar el bien, las dos tendencias que señalan el rumbo y direccion de la vida hácia nuestra suprema perfeccion y felicidad. Teoría sublime, que eleva el alma al conocimiento y al amor de las cosas suprasensibles, y tan sencilla, que está al alcance de los niños, formulada en estas dos palabras que todos tomamos de memoria en nuestros primeros años, cuando pusieron en nuestras manos el catecismo: entendimiento y voluntad. Que es, señores, una de las mayores glorias de la verdadera ciencia, contener doctrinas tan profundas, que los mayores sábios no se hartan nunca de ahondar y meditar, y tan claras y proporcionadas á la luz natural, que están al alcance de los niños. Reservado estaba al orgullo racionalista de Kant, turbar tambien acerca de esta doctrina la paz de las inteligencias que tranquilamente la gozaban, y oscurecer la verdad con las sombras de su espíritu innovador. Este es cabalmente uno de los puntos negros de la ciencia moderna; porque es de advertir que la falsa division de las potencias del alma introducida en el pensamiento contemporáneo, ha sido adoptada ciegamente, sin otra razon que la del *magister dixit*, por todos los filósofos que blasonan en nuestros dias de no seguir otras luces que las de su propia razon *independiente*.

Ya antes de Kant habia iniciado otro pensador aleman la nueva clasificacion establecida despues por el filósofo de Könisberg, á quien privó ciertamente en este punto del triste mérito de la originalidad. «Cuántas facultades, habia dicho Tetens, deban atribuirse al alma, y cuáles sean, es un punto acerca del cual no piensan lo mismo todos los psicólogos. Los mas cuentan con el catecismo solo dos, el entendimiento y la voluntad; pero otros admiten ademas un tercer principio, una facultad de esperimentar sentimientos, á que llaman sensibilidad superior

(*Empfindsamkeit*).» «Yo cuento, añade Tetens, tres potencias cardinales en el alma: *sentimiento*, inteligencia y actividad [1].» Oigamos ahora á Manuel Kant. En la introduccion á su *Crítica del juicio*, reproduce en estos términos la doctrina de su predecesor, aunque sin citarlo: «Todas las facultades del alma pueden reducirse á estas tres....: la facultad de conocer, el sentimiento de placer y dolor, y la facultad de apetecer ó voluntad [2].» Esta division se lee en otros lugares de las obras de Kant, aunque en ninguno de ellos demostrada ni defendida contra las razones de la filosofía antigua; que no era su costumbre, dice un sábio aleman [3], establecer ni defender sus invenciones con razones demostrativas, ni presentarlas en calidad de hipótesis razonables, ni de modestas tentativas encaminadas á la restauracion de la filosofía, sino como indubitables axiomas, como fundamentos inmóviles de una fábrica indestructible; por donde tuvo que devorar en silencio la justa censura «con que le reprendió Ernesto Platner, diciéndole que con semejante proceder provocaba las acusaciones del dogmatismo, tanto mas fuertes cuanto era mayor el aire de seguridad y confianza, con que daba Kant á entender que el fin principal de su crítica era precisamente humillarlo.»

De todos modos es, señores, indudable que el principio añadido por Kant á las dos facultades ó potencias reconocidas por la antigua filosofía en nuestra alma espiritual, fué aceptado por la psicología moderna, y aclamado por unanimidad entre sus más autorizados oráculos, pudiendo aquí decirse que el sentimiento, ó si queremos hablar me-

[1] J. N. Tetens, Philosophische Versuche uber die menschl. Natur und ihre Entwilkelung (Leipzig, 1777). Bd. I. S. 619.

[2] Das Erkennissvermögen, das Gefühl der Lust und Unlust, un das Begehrungsvermögen. Kant's Werke (Leipzig, 1839). Bd. I. S. 15.

[3] JUNGMANN, *Das Gemuth, und das Getulhsvermogen der neueren Psychologie*, Einletung, S. 5.

tafóricamente, el corazon, que antes estaba entrañado en la voluntad, la izquierda filosófica lo ha separado de ella, y convertido en potencia especial é independiente del libre albedrío. «La conciencia íntima nos enseña,» dice el aleman Esser en su psicología [1], «que todos los estados de nuestra alma, á pesar de su variedad, pueden reducirse á tres cabezas; porque ellos son ó meras representaciones y conocimientos de algun objeto dado, externo ó interno; ó ciertos como tonos producidos mediante los objetos representados, y convenientes ó repugnantes al alma; ó impulsos del sujeto en órden á algun objeto, ora para realizarlo, ora para destruirlo. Háse mirado con horror que á los estados de la primera especie se les llame conocimientos, á los de la segunda sentimientos, y á los de la tercera impulsos ó apetitos; pero esto no impide que la psicología tenga necesariamente tres partes: una la que expone la facultad de conocer *(Erkenntniss-vermogen)*, otra la facultad del sentimiento *(Gefuhls-vermogen)*, y otra la facultad de determinarse á obrar *(Begehrungs-vermogen)*.—Cierto que antes se distinguia la facultad de conocer *(facultas cognoscendi)*, de la de apetecer *(facultas appetendi)*; pero todavía debe tenerse por un progreso de la ciencia el haberse distinguido de estas dos facultades la del sentimiento: á Kant pertenece singularmente la gloria de haber señalado esta última facultad entre las que son propias del alma.»—«Todas las fuerzas del alma, enseña otro autor aleman, se reducen á tres: la del conocimiento, la del sentimiento y la del apetito..... En el sentimiento, el alma se apercibe *(wird inne)* de sus propios estados, en tanto que el mismo sentimiento pertenece al yo, á cuyo perfeccionamiento y destino aprovecha ó daña. El sentimiento se mueve, por consiguiente, en el círculo de lo agradable ó desagradable,

---

[1] Psychologie (Munster, 1851), par. 1. S. 18.

y en razon de su fundamento es en sí mismo oscuro, tornándose claro por virtud de la reflexion, pues por medio de esta conocemos por qué una cosa nos agrada y otra nos desagrada. Así todo sentimiento tiene por fundamento un juicio implícito, esto es, cuando el alma siente, es juntamente activa, conociendo. En los actos de la *facultas appetendi* el alma da una direccion determinada á sus fuerzas, ya con relacion á su voluntad interior, ya á la accion ó externa voluntad. Lo que al alma la determina al impulso, es un sentimiento que pretende satisfaccion; y como cada sentimiento implica un juicio, resulta que, volicion, sentimiento y conocimiento, están unidos[1].» «Aunque en último término, ha dicho despues Zimmermann, todos nuestros estados interiores tienen de comun ser *internos* y ser *nuestros*, todavía la relacion que dicen á nosotros mismos, es diferente. Porque si no solo los consideramos como *hechos*, sino como hechos que acaecen en nosotros, todavía nos queda que distinguir si están acompañados de una *reaccion* sensible de ellos para con nosotros, ó de una sensible *cooperacion* de nuestra parte. Los dos últimos son, no menos que el primero, que no va acompañado del uno ni del otro, hechos acaecidos en nosotros; pero acaecidos en nosotros por una manera diferente de aquel. En el primer caso decimos que acaece algo con nosotros; en el segundo, por medio de nosotros; y en el tercero solo en nosotros. Aquellos dos añaden en el caso de la reaccion sobre nosotros un sentimiento de placer ó dolor; y en el de la cooperacion de nosotros, una *voluntad* ó *aversion*. El hecho diferente de los otros dos es *pura representacion*. En esto se funda la division de todos nuestros hechos interiormente perceptibles en tres grandes grupos, el más comun de los cuales, la represen-

[1] J. Beck Phil. propädeutik, I, 55, 21 y 22, S. 13.

tacion, es el fundamento de los otros dos; porque sin acaecer algo en nosotros, no puede haber reaccion sobre nosotros de aquello que acaece, ni cooperacion de nuestra parte..... La simple representacion de un amigo ausente es cierto una cosa del todo distinta del dolor que sentimos con su ausencia, y del vivo anhelo con que aspiramos á verle de nuevo. Aquella representacion es *en sí* indiferente; por medio de ella *sufrimos*, y segun ella nos dirigimos con el impulso [1].

No seguiré, señores, reproduciendo nuevos textos: básteme decir, que toda la filosofía moderna, derivada de Kant, inclusa la que en Bélgica han difundido Ahrens y Tiberghien, propagada despues en hora menguada á la infeliz España, y la que en Francia fundaron Cousin y sus discípulos, de la cual llegaron tambien á nosotros siniestros, aunque pálidos reflejos, toda la filosofía moderna no tiene sino una sola voz para repetir la tésis de su maestro: que la voluntad, ó como dicen otros, la *actividad*, la fuerza impulsiva del alma, es esencialmente distinta del *sentimiento*. Pero todavía no habeis oido razon alguna en favor de esta novedad, introducida en la moderna psicologia; novedad que á primera vista parece inocente, pero que bien mirada, es uno de los gérmenes arrojados en medio de la ciencia, para ahogar en los ánimos que la cultivan, la buena semilla de la verdad y la honestidad. Pongamos, pues, oido á las palabras con que defienden tan funesto error los que en este punto han seguido ciegamente al oráculo de Könisberg. Antes, sin embargo, me permitireis recordar la antigua doctrina filosófico-cristiana, la enseñanza purísima del Catecismo sobre las potencias espirituales del alma.

Una de las leyes constantes y generales del universo

---

1 R. ZIMMERMANN. Phil. propadeutik. Empir. Psychologie, pár. 21 y 22, s. 179.



es sin duda alguna la tendencia de los séres que le componen hácia su bien y perfeccion: no hay ninguno de ellos que no busque el bien á su manera; aquel bien que conviene á su naturaleza, que le confiere algun grado de sér, alguna dote ó excelencia más ó menos preciosa. Puede decirse, que ese movimiento incesante y variado que se nota en todos los reinos de la naturaleza, regido por leyes cuyo cumplimiento nos ofrece el espectáculo sublime del órden y armonía que reinan en la creacion, no es sino la accion de esa tendencia, con que toda cosa se dirige á su centro, al lugar de su descanso, donde encuentra el complemento de su sér, el término de su destino. Pero entre todos los séres visibles, el hombre, rey del universo, se aventaja singularmente en el modo de cumplir esa ley universal, porque solo él conoce intelectualmente el bien que está llamado á poseer, y se dirige á él por sí mismo, con actos libres, como señor que es del uso de las fuerzas destinadas en los designios de la sabiduría infinita á su perfeccionamiento sucesivo en la presente vida. A diferencia de los animales brutos y de todos los demás séres impersonales del universo, la naturaleza humana tiende al bien, no por ciego instinto, ni por efecto de las simples representaciones de las cosas que el instinto apetece, sino moviéndose en medio de la luz de una inteligencia capaz de conocer la razon general de bien, y de ofrecer de esta suerte á las tendencias espansivas del espíritu, un objeto digno de él, un como piélago de perfeccion y felicidad. Los séres inferiores al hombre codician naturalmente éstos ó aquellos bienes particulares y finitos, porque no conocen otros, si por ventura los conocen; pero el hombre no apetece ninguno de esos bienes, harto pequeños comparados con la inmensidad de sus deseos; no los apetece, digo, ni procura, sino porque antes anhela al bien en general, sin límite ni medida, en pos del cual se va necesariamente el

corazon humano. Ahora bien, dada esta tendencia, este impulso de nuestro sér hácia el bien, nada más natural ni constante sino que asimismo tienda hácia las cosas que participan de él, hácia todo lo que de algun modo sea capaz de conservar ó acrecentar su perfeccion ó su dicha; y cuando, ilustrado por la doble luz de la razon y de la fe, entiende que el principio supremo de su dicha y de su perfeccion no es ninguna de las cosas criadas, sino el mismo Criador de ellas, el sér infinitamente perfecto, bien soberano, belleza infinita, digna de infinito amor, su misma razon le dice, que ese debe ser el objeto digno de sus deseos, el centro de sus amores y el término final de su esperanza. Si fuera posible ver el hombre cara á cara, con una mirada intuitiva, al modo que la ven allá en el cielo los santos, la divina esencia, á ella se uniria su voluntad con una adhesion mil veces más firme que la del hierro con el iman que irresistiblemente le atrae; más porque mientras somos peregrinos en esta vida, el bien por excelencia está oculto para nosotros en medio de la misma divina luz inaccesible, no vamos á él por ninguna necesidad de la naturaleza, sino por libre eleccion del albedrío, siendo nosotros dueños, como realmente lo somos, de preferirle á todas las cosas criadas, inclusos nosotros mismos, ó de buscar en ellas, como si fueran nuestro bien, la felicidad que irresistiblemente codiciamos.

He considerado al bien con relacion á nosotros mismos, es decir, segun que los objetos que le poseen, son buenos para nosotros, complaciéndonos actualmente ó brindándonos con sus atractivos: esta es sin duda una de las razones del movimiento expansivo del alma hácia las cosas buenas y perfectas; pero además de esta razon, hay otra más pura, más noble y elevada, conviene á saber: la que nos hace gustar el bien en sí mismo, ó digamos, en las cosas que son absolutamente buenas y amables, cuya presencia

y consideracion nos deleita en razon de sus perfecciones intrínsecas, aunque estas perfecciones no sean realmente nuestras, ni las hayamos nunca de poseer. Este es el amor puro, desinteresado, perfecto, amor de benevolencia y amistad, con que queremos el bien de la persona amada por ella misma, olvidándonos en cierto modo de nosotros, y hasta sacrificándole nuestro bien. ¿Quién puede dudar, señores, de la realidad de este amor, ó al ménos, de que el corazon humano está formado por la mano de Dios para amar de esta manera? ¿Quién, por muy oscurecida que esté su mente por el positivismo científico ó simplemente egoista, enemigo del verdadero amor, deja de sentir en momentos dados dentro de sí algun impulso de amor desinteresado y generoso, para con un hijo, para con un hermano, para con alguna persona que le esté unida con los sagrados lazos que nos unen, por ejemplo, á la esposa ó al amigo?

Si ahora queremos reducir á su último principio todos los afectos ó sentimientos del alma con relacion al bien, no nos será difícil contemplar en el fondo de todos ellos, dándoles el movimiento y la vida, aquel ímpetu ó inclinacion de nuestro sér, de que decia San Agustin: *Pondus meum amor meus* [1]. Cierto, el amor es el principio de todos nuestros movimientos expansivos; no hay entre ellos, ni puede siquiera concebirse ninguno en que no esté contenido, entrañado íntimamente el amor. Ya lo enseñó el santo Obispo de Hipona con la enérgica elocuencia de su estilo, diciendo: *Amor inhians habere quod amatur, cupiditas est; id autem habens eoque fruens, lætitia est; fugiens quod ei adversatur, timor est; idque si acciderit sentiens, tristitia est* [2]. Esta misma doctrina enseñó Santo Tomás en la

---

1 *Conf.*, l. 13, c. 9, n. 10.
2 *De Civit. Dei*, l. XIV, c. 7, n. 2.

Suma que llaman filosófica, por estas palabras: «Aunque á la voluntad pertenezcan muchos actos, tales como desear, gozarse, aborrecer, y otros semejantes; pero uno es el principio y una la raiz de que proceden todos ellos, conviene á saber: el amor..... Del amor se originan todas las inclinaciones de la voluntad y hasta del apetito sensitivo. Porque cuando amamos alguna cosa, anhelamos á ella, si por ventura está ausente; gozámonos si está presente; nos pone tristes el no poderla alcanzar; aborrecemos lo que nos impide gozar del objeto amado, y sentimos contra la causa que nos separa de él, el ímpetu de la ira [1].» Conforme enteramente con esta doctrina, decia el gran Bossuet: «El deseo es el amor que se extiende al bien no poseido, como la alegría es el amor inherente al bien que uno goza. La aversion y la tristeza son el amor que se aleja y aflige del mal que nos priva del bien. La audacia es el amor que lucha con las mayores dificultades para poseer el objeto amado; y el temor un sentimiento amoroso para con el bien que está amenazado del peligro de perderse. La esperanza es el amor que se complace con la idea de que ha de poseer el objeto que ama; y la desesperacion el amor desolado al bien de que el ánimo se siente privado para siempre. Suprimid el amor, y vereis extinguirse las pasiones; ponedlo de nuevo y luego al punto las vereis renacer [2].»

Notad, señores, que entre los sentimientos que se reducen al amor, uno de ellos es la alegría, el deleite espiri-

---

[1] Quum ad voluntatem plures actus pertinere videantur, ut desiderare, delectari, odire, et hujusmodi, omnium tamen amor et unum principium et communis radix invehitur..... Affici autem ad aliquid in quantum hujusmodi, est amare ipsum. Omnis igitur indinatio voluntatis, et etiam appetitus sensibilis, ex amore originem habet. Ex hoc enim quod aliquid amamus, desideramus illud si absit, gaudemus autem quum adest, et tristamur quum ab eo impedimur, et odimus quæ nos ab amato impediunt, et irascimur contra ea. (*Contr. Gent.*, l. 4, c. 19.)

[2] De la connaissance de Dieu et de soi-même, pág. 37.



tual, pues aquí hablamos de las facultades del alma como verdadero espíritu que es. Aun en las mismas pasiones, que pertenecen al apetito sensitivo, el deleite es una de las fases del amor. «Estos ímpetus ó turbaciones que nos ciegan,» dice admirablemente el Catecismo, «son cuatro principales: *gozo, temor, esperanza* y *dolor*.» Sí: el gozo, así en el órden de las tendencias inferiores, propias del apetito sensitivo, como en el de los afectos del corazon, es el amor que se termina y complace en el objeto á que anhela. «De todo linaje de afecciones, dice Santo Tomás, es principio el amor, porque el gozo y el deseo son únicamente del bien amado, así como el temor y la tristeza no son sino del mal que se opone al objeto que amamos [1].» De donde se sigue esta conclusion: que así como en la vida sensitiva, comun al hombre y á los animales, no se conocen sino dos potencias, el conocimiento y el apetito, pertenecientes ambas á la sensibilidad, así en la vida espiritual, compuesta asimismo de conocimiento y amor, el primero intelectual y el segundo voluntario, no hay sino esas dos fuerzas ó facultades fundamentales, elevadas á la dignidad de principios espirituales, conviene á saber, la fuerza aprehensiva del sér y de la verdad, y la fuerza expansiva con que tiende al bien nuestra alma, y en él descansa con aquel dulce reposo de una necesidad satisfecha, esto es, con el gozo que nace del amor. En conclusion, señores, como el gozo sea realmente el amor que posee el objeto amado, es evidente que la voluntad que ama, es la misma voluntad que goza; que no hay sino una sola potencia afectiva ó volitiva, una sola raiz y principio de los sentimientos del corazon, una sola virtud espiritual que

---

[1] Omnis affectionis principium est amor. Gaudium enim et desiderium non est nisi amati boni, timor enim et tristitia, non est nisi de malo, quod contrariatur bono amato. Ex his autem omnes aliæ affectiones oriuntur. (*Contr. Gent.*, l. I, c. 91, n. 6.)

anhela al bien cuando está ausente, que sufre cuando se siente privada de él; que al bien que es su misma felicidad evidentemente conocida, ámale necesariamente, y libremente, si el bien es limitado, ó no se ofrece á sus ojos con el esplendor de la evidencia; que teme perderlo si lo tiene, ó espera alcanzarlo si acierta á ver la línea luminosa que conduce á su posesion; y por último, que goza derramándose fuera de sí y haciéndose una misma cosa con el término de su anhelo, ahora sea este un ídolo de barro, si la voluntad es vencida de la concupiscencia carnal, ahora la soberana amabilidad y dulzura de Aquel cuya vision es

Tal, che nel fuoco faria l'uom felice [1].

¿Qué ha dicho contra esta enseñanza tradicional de las escuelas cristianas el moderno psicologismo? ¿Qué razones han podido moverle á robar á la voluntad el fuego del amor, creando una facultad nueva, bajo el nombre de *Gefuhlsvermogen*? Oigamos alguno de sus oráculos: «Todo lo que se ofrece á nuestra observacion en la conciencia, dice Drobisch, incluye esta triple diferencia: Algunos fenómenos acaecen *en nosotros*, sin que nos apercibamos de empleo alguno sensible de fuerzas en sentido activo ni pasivo, y estos fenómenos son la representacion; otros parecen, por el contrario, proceder *con nosotros*, de suerte que en ellos *padecemos:* tal es el *sentimiento*. Otros, en fin, parecen proceder *de nosotros* como actos propios de nuestro espíritu, los cuales pueden ser llamados, en general, impulsos [2].» «El conocimiento y el impulso, dice otro autor, deben ser tenidos por estados activos del alma; los sentimientos, al contrario, por estados pasivos [3].» Segun este autor, el pla-

---

1 Dante, *Parad.*, c. I.

2 Empirische Psychologie (Leipzig, 1842), par. 2, pag. 36.

3 ..... die Erkenntnisse und Bégierden müssen zu die thätigen, che Gefühle hingegen zu den *leideinden Seelenzustanden*, gerechnet werden. (ESSER, *Psychologie* Munster, 1854, pár. 83, pág. 366.)

cer y el dolor, la esperanza, la compasion y los demás sentimientos, son tonos, afectos, disposiciones que carecen de objeto; modificaciones pasivas, intransitivas, que «parecen en el alma en sí solamente, y no más que para sí.» Pero esta razon ¿es cierta? ¿Pueden considerarse los afectos del corazon, las formas todas del amor, y en particular el gozo y la tristeza, como fenómenos puramente pasivos é intransitivos?

Es de advertir, que aunque realmente la voluntad no fuese el principio eficiente de tales sentimientos, todavía sería cosa fuera de razon admitir otra facultad que los produjese, porque los estados pasivos no se producen por facultad ninguna, sino simplemente se reciben por el sujeto que los padece: las facultades implican la actividad, y la accion es lo contrario de la pasion. La *Gefuhls-vermogen* de los alemanes, es decir, la facultad del sentimiento, considerado este último como estado pasivo, es por tanto una contradiccion *in terminis*. ¿Pero acaso no podia la voluntad producir los impulsos con que el hombre se determina á obrar exteriormente, y juntamente recibir estados pasivos de otra virtud del alma? Tal fué, señores, la sentencia de algunos filósofos escolásticos, singularmente del sutil Escoto; pero su doctrina no prevaleció en las escuelas, ni puede sufrir el exámen de la razon. «Algunos teólogos, dice el eximio Suarez, distinguieron en el apetito operaciones y pasiones, diciendo que las primeras son producidas por el mismo apetito, pero las segundas no, sino antes son ciertas afecciones causadas en él por otro principio, como *el placer*, *el dolor*, etc..... Pero esta opinion es falsa; porque en el apetito, que es acto vital, no se da propiamente afecto alguno que consista en la sola recepcion; si se diera, no sería el apetito movimiento de la vida: es así que las pasiones de que hablamos, son ciertas afecciones vitales; luego deben ser producidas, que no

solamente recibidas, por el mismo apetito [1].» Erraron, pues, Escoto y los otros teólogos á que se refiere Suarez, aunque su error no llegó hasta el delirio kantiano de admitir en el alma una potencia absolutamente impotente, cual sería la *facultad* de sufrir los estados puramente pasivos á que reducen el placer y el dolor.

Formulemos todavía con mayor claridad la moderna doctrina psicológica, valiéndonos al intento de las palabras del ilustre profesor de la Universidad de Inspruck, el Padre Jungmann, de la Compañía de Jesus: «Los sentimientos, dice, son modificaciones del sér actual del alma, cuyo único principio adecuado, es algo diferente del alma misma considerada como sujeto que siente. El alma en cuanto siente, es enteramente inactiva, receptiva, pasiva [2].» Oid ahora las bellas palabras con que el ilustre filósofo aleman demuestra la falsedad de esta sentencia. «El alma humana es espiritual por su naturaleza; es decir, es una sustancia simple y viviente, una fuerza sustancial. Es sustancia simple y viviente, en razon de ser activa y de poder traducir en actos su actividad; y es fuerza sustancial, en cuanto obra y puede obrar. De donde se sigue, que las modificaciones particulares del alma no pueden formarse sino de estas dos solas maneras: ó segun que el alma comienza á ejercitar su actividad por modo distinto en cada caso, á obrar por una manera diferente; ó segun

---

[1] Advertendum est, quosdam Theologos distinguere in appetitu operationes et passiones. Illas dicunt esse actus ab appetitu elicitos, has vero minime, sed affectiones quasdam, quæ in appetitu ipso ab alio efficiuntur, ut delectatio, dolor, etc..... *Sed est falsa sententia:* quia in appetitu vitæ nullus est proprie affectus, qui in sola receptione consistat; alias non esset actus vitæ, ut ex supra dictis patet: at hæ passiones de quibus loquimur, sunt vitales quidem affectus, et ita actus vitæ: ergo effici debent ab ipso appetitu, et non tantum recipi. (SUAREZ. *de passionibus*, sect. I, n. 2.)

[2] *Das Gemuth, und das Gefuhls-vermogen der neueren Psychologie*. Dritter Abschnitt, II, pág. 255. Esta preciosísima obra contiene gran riqueza de erudicion y apurada doctrina sobre la materia del presente discurso, y en ella he bebido como en fuente pura y copiosa al ordenarlo.



que las facultades del alma (natural ó sobrenaturalmente) son inmutadas por Dios. No se puede concebir ninguna otra manera de producir los fenómenos interiores del alma. En el segundo caso, no hay duda sino que el alma se ha pasivamente, pero no es esta por cierto la explicacion que se quiere dar del sentimiento. Luego el admitir hechos psicológicos en los cuales se ha el alma plenamente pasiva, se opone á la naturaleza espiritual de su sér, es una teoría materialista [1].» Es, señores, el mismo pensamiento de nuestro Suarez cuando decia: «El acto de amar es vital é inmanente, el cual debe producirse por la misma potencia que lo recibe [2].» Y aquí volvemos á la teoría que antes os recordé, en la cual todos los sentimientos son modos diferentes de un mismo sentimiento: el amor; y el amor es el acto vital de la voluntad, que lleva y sufre todas las cosas sin dificultad ni pesadumbre, *pondus sine pondere portat* [3].

Además, señores, si el alma es puramente pasiva, cuando sufre ó se alegra, ó espera ó teme, ó esperimenta, en fin, cualquiera de los sentimientos que nacen del amor, ¿de dónde se originan tales afectos? ¿qué causa los produce? ¿el objeto amado por ventura? Pero las cosas á que se refieren nuestros afectos, no llegan al corazon sino mediante la inteligencia, representadas por medio de especies ó conceptos ideales, y por lo mismo sin virtud alguna eficiente sobre el ánimo. Cuando el alma ha reproducido dentro de sí, bajo una forma ideal, la realidad que existe fuera de ella, entonces del alma misma nace, como de su fuente y principio, el sentimiento que corresponde con la idea; pero ni la idea misma, ni el afecto que nace en el

---

1 *Materialisirt dieselbe*, loco citato, pág. 257.

2 .....est enim actus amandi vitalis et immanens, qui necessario *fieri* debet ab ipsa potentia, in qua recipitur. (*De anima*, lib. 5, c. 3, n. 1.)

3 De Imit. Christi.

corazon en órden al objeto representado por ella, son producidos por los séres que nos rodean: si lo fueran, el espíritu humano careceria de actividad y de vida, su inteligencia y su corazon se parecerian al simple cristal que refleja la luz y el calor de la naturaleza física. Bien lo entendieron así, señores, los antiguos filósofos escolásticos, tan menospreciados de la ciencia moderna, los cuales decian que los objetos de nuestros deleites no son la causa que los produce, sino el fin en que se termina el afecto que los codicia, *causa non efficiens, sed finalis*. Por otra parte, ¡cuántas veces sucede, que el objeto que despierta y pone en movimiento la actividad de nuestro espíritu, es notoriamente inferior y desproporcionado al verdadero objeto de nuestros actos intelectuales y afectivos! Al aspecto del mundo corpóreo, de las sustancias materiales que lo componen, el alma se eleva á la consideracion de la verdad invisible y al gozo de los bienes eternos; pero ¿qué digo el mundo que nos rodea? la vista del mar, de una montaña, la simple percepcion de una flor, y hasta de un grano de arena, nos trasporta al conocimiento y amor de lo infinito; ¿y habrá quien diga que estos sublimes movimientos del espíritu son producidos por tales objetos? Más todavía: cuando se ofrece á nuestros ojos alguna de las producciones en que el génio de la música ó de la pintura ha sabido expresar la belleza ideal que fulgura en la mente, y trasladarla en cierto modo á la nuestra, valiéndose de una imágen concreta, mera expresion de un concepto cuya realidad acaso no existe sino en la mente divina, ¿dónde está el objeto real que produce en nuestro ánimo la consideracion y el deleite de esa belleza.....? Quitar, pues, á nuestro espíritu la facultad de producir sus propios conocimientos y afectos, es quitarle la vida del entendimiento y del corazon, y convertirle, de fuerza sustancial que es, en no sé qué sustancia pasible é indiferente para recibir imágenes y mo-

vimientos del mundo externo, si es que no se le reduce á mera escena donde el *ser-idea* de la escuela hegeliana se manifiesta en forma de representaciones y sentimientos.

Y no vale decir que los conceptos de la mente engendran los afectos interiores del corazon, no: entre una y otra clase de fenómenos media una diferencia esencial. En los conceptos, las cosas reciben del espíritu cierta forma y existencia ideal; y en los sentimientos, el alma recibe, por decirlo así, la forma de sus objetos: en los primeros, la realidad es representada en el espíritu por medio de alguna forma inteligible; en los segundos, el alma se convierte á la realidad, y se hace en algun modo semejante á ella. De donde resultan dos movimientos y direcciones contrarias: una de ellas que parte de la realidad y se termina en la mente; otra que parte de la fuerza expansiva del amor, y se termina en el objeto amado. Ahora, es imposible que el primero de estos movimientos engendre precisamente su contrario: *oppositum non oritur à suo opposito*. La razon, señores, es luz, pero solo luz: en conociendo la verdad, nada le resta que hacer; su noble oficio ha concluido, no sin la gloria de haber enriquecido al espíritu y adornádole con una nueva perfeccion. Por el contrario, el sentimiento, aunque ciego de suyo, es fuego más ó menos vivo: ¡pluguiera á Dios que siempre ardiese con la llama del verdadero amor! Pues segun esto, señores, ¿cómo ha de producir la simple razon humana, de suyo fria, y entre los filósofos modernos helada por la indiferencia y la duda, cómo ha de producir el calor vital del sentimiento? Que si por ventura lo produjese; si el placer y el dolor, y las inclinaciones que la nueva psicologia deriva de estos dos estados del alma, fueran producidos por la razon, entonces la doctrina alemana habria perdido tambien su causa, quedando convicta de presuncion y error, porque habiendo pretendido poner en el alma una nueva facultad, *die Gefuhls-*

vermogen, la facultad del sentimiento, solo habria conseguido despojar á la voluntad de la virtud de producir los afectos de nuestro espíritu, para enriquecer con sus despojos á la razon, que es el ídolo principal, ya que no el único, de la ciencia heterodoxa. Pero la razon no será nunca sino potencia meramente intelectual, incapaz de engendrar la llama del amor: es luz que ilumina y no calienta; que muestra el bien sin tener virtud de amarlo ni seguirlo; faro que indica al piloto el rumbo que debe seguir la nave, no fuerza de viento ni vapor que la mueva y dirija al puerto.

Esta estraña doctrina, que suprime la voluntad como principio de amor, es el punto negro que me habia propuesto señalar en la ciencia moderna, y si no me engaño, ya lo estais todos viendo y tocando, aunque todavía no sintais al verlo el horror que debe causaros. Para esto os es preciso fijar los ojos en la conexion de la psicologia de Kant, en la parte relativa al sentimiento, con sus doctrinas morales, donde claramente se echa de ver la horrible trascendencia de la nueva teoría. Antes, sin embargo, me permitireis anticipar aquí brevemente algunos conceptos que facilitan la clara inteligencia de este punto negro.

Exponiendo nuestro Balmes el fundamento del órden moral, escribió estas bellísimas palabras: «Me parece, decia, que en este punto, como en tantos otros, la ciencia *(moderna)* no ha notado bastante la admirable profundidad de la Religion cristiana; esta lo ha dicho todo con una palabra tan tierna como llena de sentido: *Amor*[1].» Este bello pensamiento de Balmes me recuerda el *ordo amoris* de San Agustin, órden en que consiste propiamente toda virtud y perfeccion moral: que el gran punto, señores, en esta materia se reduce á ordenar el amor, de suerte que así amemos

---

[1] Filosofía fundamental. lib. X, c. 20.

las cosas segun el valor y justa estimacion que tienen, el alma mucho más que el cuerpo que la envuelve, á nuestros semejantes como á nosotros mismos, y á Dios sobre todas las cosas, como á bien incomparablemente superior á todas ellas. La violacion de este órden admirable del amor es el mal moral, es el pecado [1]. Pero el amor, señores, no puede ser ordenado, si primero no existe. Por ventura, ¿diremos que el amor no es más que un nombre? Ya habíamos antes preguntado: ¿quién hay, por ventura, que no ame?

Nè creator, nè creatura mai
..... *fu senza amore,*
O naturale, o d'animo; e tu l' sai.
Lo natural fu sempre senza errore,
Ma l'altro puote errar per male obbietto,
O per troppo, o per poco de vigore.

(Dante, Purg., c. XVII.)

Aquí teneis en forma de poesía casi divina, expresada la realidad, y hasta la ley del amor. Oigamos ahora al fundador de la ciencia moderna, al autor de la nueva teoría, que quita á nuestra voluntad la facultad de amar: «La tendencia habitual *sensible* se llama *inclinacion* [2].» «Todo sentimiento, en general, es *patológico;* todo sentimiento es *sensible*..... El sentimiento *sensible* es el fundamento de todas nuestras inclinaciones.....» ¿Qué se sigue, señores, de esta doctrina? Que suprimido el sen-

---

[1] Si enim (homo) minus se amat, quam est, ut verbi gratia, tantum se amet mens hominis, quantum amandum est corpus hominis, cum plus sit ipsa, quam corpus, peccat, et non est perfectus amor ejus. Item, si amplius se amat, quam est, velut si tantum se amet, quantum amandus est Deus, cum incomparabiliter minus sit ipsa, quam Deus, etiam sic minus peccat et non perfectum habet amorem sui. (SAN AGUSTIN, *De Trinit.*, IV, 4.)

[2] Die habituelle *sinnliche* Begierde heisst *Neigung*. Kant, Anthropologie in pragmat. Hinsicbt. 55. 71. (Edicion de Leipzig. 1839. vol. 10, pág. 276.)



timiento como afecto de la voluntad, que suprimido el amor, que es la raiz de todas las afecciones del alma, el hombre no puede amar las cosas suprasensibles, no puede amar á Dios, ni puede amar al prójimo en lo que tiene más digno de ser amado; y que el primer precepto de la ley natural, aquel mandamiento divino, que es la sustancia, la vida y la perfeccion del bien y de la virtud, la razon de lo justo y de lo santo, la fuente de la belleza con que resplandece la verdad de las relaciones morales; en una palabra, que la moral natural, elevada por Jesucristo hasta la perfeccion del amor de caridad y de esperanza, son voces sin sentido, preceptos imposibles, ó ilusiones quizá del fanatismo. ¿Veis ya, señores, toda la extension del punto negro que os vengo señalando esta noche? Y cuenta que tan horrible doctrina, que no parece sino que tiende á hacer al hombre partícipe de la triste condicion del ángel de las tinieblas, cuya mayor desdicha, dice Santa Teresa, consiste en que no puede amar; esa horrible doctrina, digo, no es simple consecuencia de la teoría que reduce la voluntad á simple impulso ó principio de actos externos, sino tésis y confesion esplícita del mismo Kant, el cual no vaciló en decir (son sus mismas palabras) que «el amor de Dios es *imposible*.....[1]»

Razon tenia, pues, el ilustre Pascal para decir que «la religion verdadera, ella únicamente, pone á los hombres el precepto del amor de Dios, y que este precepto es una de las razones que declaran la verdad de nuestra fe [2]. Cuya sublime sentencia pesa como una losa de plomo sobre la ciencia que arranca del corazon su más íntima y delicada fibra, haciendo de esta suerte imposible amar á

---

[1] *Crítica de la razon práctica,* parte primera, lib. I, cap. III.

[2] La vraie religion doit avoir pour marque d'obliger a aimer Dieu: cela est bien juste, et cependant *aucune* autre que la notre ne l'a ordonné..... *nulle* autre n'a jamais demandé a Dieu de *l'aimer* et de le suivre. (*Pensées*, Ch. VII.)

Dios, y borrando de las tablas de la ley aquellas divinas palabras del Salvador: «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á este, y es: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas [1]. ¿Veis ahora claramente el punto negro de la ciencia engendrada del príncipe de los modernos filósofos?

Yo bien sé que no todos los sucesores de este gran sofista, han aceptado plenamente sus teorías, donde á vueltas de un idealismo que se pierde en las nubes, se ven marcadas las huellas de la filosofía sensualista; y que entre los sentimientos que admiten los filósofos al uso suelen contarse el sentimiento estético y el religioso, y algunos otros muy superiores á la inclinacion *sensible* de Kant [2]; ¿pero qué bienes le vienen á la religion, á la moral ni á las bellas artes, con los sentimientos de la nueva psicología, estados meramente pasivos, intransitivos, fatales, fenómenos de que no somos realmente dueños, pues no proceden siquiera de nosotros, sino de la fuerza desconocida que los produce como simples modificaciones de una facultad innominada? «Tales sentimientos, dice el autor del artículo *Facultades del alma* del diccionario francés de ciencias filosóficas, tales sentimientos..... los recibimos, los padecemos, asistimos en cierto modo á ellos; somos el sujeto y como el teatro en que se presentan, pero no so-

---

1 Matth. 22-34-40.

2 En este punto proceden de acuerdo con nuestro insigne Balmes, cuyas son estas bellas palabras: «En los objetos de los sentimientos y en el modo con que nacen en nuestra alma, se ve lucir una facultad superior á la puramente sensitiva. El sentimiento de lo sublime, de lo bello, el amor de la pátria, de la virtud, la admiracion por las grandes acciones, el entusiasmo y otros sentimientos semejantes, no pueden encontrarse en un sér que no comprende un órden de cosas superior al mundo sensible.» (*Filosofía elemental*, Metafísica, Estética, cap. XVIII.)

mos su causa, pues se producen en nosotros sin nosotros, y muy á menudo á pesar nuestro [1].»

Ahora bien, si estos sentimientos no son nuestros, sino de algun otro principio que en nosotros se manifieste por medio de fenómenos que aparecen en el fondo de nuestra alma ante los ojos de la conciencia que asiste en su representacion como simple espectadora, vano y hasta absurdo sería el precepto de moderarlos y dirigirlos, ordenándolos á su verdadero fin. ¿Acaso pertenece al espectador intervenir en la accion dramática ni en su representacion escénica? ¿puedo yo regular actos que no son mios, sino de un principio extraño, independiente y ageno de mi propio sér? Razon es, pues, concluir, que los afectos de la nueva psicologia no caen bajo la jurisdiccion de ley alguna natural ni positiva; que esta doctrina es incompatible con la direccion moral del amor; y en suma, que los sentimientos religiosos y estéticos de la ciencia moderna, son las melodías sentimentales con que celebran las escuelas heterodoxas de Alemania, la frialdad egoista que sucede en el corazon á la extincion de la hermosa y dulce llama del amor de Dios y de los hombres.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

---

[1] «Nous les recevons, nous les subissons, nous y assistons en quelqüe sorte, nous sommes les sugets et comme le theâtre; mais nous n' en sommes pas la cause, ils se produisent en nous sans nous, et bien souvent malgré nous.»—¿No le parece al lector que los sentimientos de estos filósofos más son fábulas teatrales que conceptos filosóficos?



LA MUERTE DE JESUCRISTO

ARTICULO III

PASION INTERIOR DE JESUCRISTO

Los tormentos que Nuestro Señor Jesucristo padeció en el cuerpo, aunque muchos y agudísimos, no fueron sino parte muy pequeña de los trabajos de su Pasion. Los santos Evangelistas se detienen largamente en referir la historia de estos tormentos, las idas y venidas, y los trances varios por los cuales pasó la causa del Salvador; mas no dejan tambien de hacer mencion de las penas y angustias de su alma, ántes dan á entender claramente que estas fueron sin comparacion mayores que los padecimientos del cuerpo.

Para rastrear algo de esta pasion interior, oculta y vivísima del alma de Jesucristo, conviene fijar la vista en su purísimo corazon, y considerar el tesoro de sus divinas perfecciones, y los nobilísimos sentimientos que brotaban de contínuo de aquel manantial inagotable de santidad y pureza. El fundamento y raiz de tan soberanas perfecciones era la union inefable de la Humanidad de Cristo con la segunda Persona de la Santísima Trinidad, con la cual enlazada estrechamente desde el instante de su concepcion, recibia en sí los resplandores de las perfecciones y excelencias divinas; y con estos celestiales destellos de la bondad y pureza infinita se iba figurando, y ennobleciendo y hermoseando por maravillosa é incomprensible manera; y morando en ella la plenitud de la divina esencia, contenia y abrazaba en sí todo lo bueno, lo santo,

lo perfecto y lo admirable todo que en la naturaleza de Dios vive y resplandece.

Enriquecido con tan milagrosa santidad, apareció entre los hombres para enseñarles el camino de la virtud, y enamorarlos de ella con la fuerza de su ejemplo. El atractivo suavísimo de la majestad que en su persona relucía, arrebató los corazones mas obstinados. Su mansedumbre y humildad cautivaron las mas rebeldes voluntades. El candor inmaculado del rostro hermosísimo infundiendo en cuantos le miraban santos pensamientos, los inflamaba en el amor de la bondad, de la inocencia y de la pureza. Por esto los que tenian la dicha de llegarse á él, y de contemplar de cerca sus acciones y recoger sus dulcísimas palabras, eran irresistiblemente arrastrados por el encanto de la santidad que por de fuera parecia. Pero cuando escudriñando el orígen de esta bondad é inocencia, penetraban en el Corazon de Jesus, y alumbrados los ojos del alma con la luz de la gracia, veian á este santísimo Corazon todo rodeado y lanzado y sumido en el mar inmenso de la Divinidad; cuando consideraban á este sol encendido y lleno de aquel Sol de justicia, luz de luz, resplandor de resplandor, piélago de bellezas surgiendo de un abismo bellísimo, arrobados los sentidos, postrábanse anonadados, adorando la Divinidad que relumbraba en su sacratísima persona.

Pues cuando esta alma tan pura, tan santa é inocente, fué á deshora envuelta en el fiero torbellino de dolores y tormentos que descargaron sobre ella en el curso de la Pasion; cuando se vió de improviso hecha blanco de la envidia, de la crueldad, de la traicion, y de tantas y tan aviesas pasiones como en tan corto tiempo se embravecieron contra ella, no hay entendimiento que pueda alcanzar la pena, la congoja y agonía de muerte que sentiria el nobilísimo Corazon de Jesus.

Levantado en la cumbre de la prosperidad y de la honra, escuchado y reverenciado como Profeta, apellidado por sus naturales Hijo de Dios, y aclamado por el Mesías prometido y por tanto tiempo esperado, vió súbitamente nublársele el sol de gloria que tan hermoso le resplandecia, y sucederse al dia más sereno la noche más oscura y tenebrosa, y al tiempo más tranquilo y apacible el más adverso, más turbio y proceloso. Pocos dias antes era llevado en triunfo por las calles de Jerusalén; ahora, atado y medio arrastrando, corre desalentado por esta misma ciudad, conducido de tribunal en tribunal seguido de grosera muchedumbre, y cargado de infame madero para ser en él crucificado; antes tenido y escuchado como profeta enviado del cielo, ahora maldecido, blasfemado, escarnecido como el más miserable de los hombres; antes gloria de Israel, ahora desprecio y abyeccion de la plebe.

Toda su vida la habia pasado haciendo bien; enseñanzas admirables, consejos de celestial sabiduría, palabras divinamente eficaces, cuales nunca se oyeron antes de él, ni se volverán á oir jamás sobre la tierra, salian continuamente de sus labios. Curaciones milagrosas é instantáneas, ciegos que recobraban la vista, cojos y lisiados que caminaban, muertos que tornaban á la vida, las penas del alma aliviadas, las conciencias sosegadas, y restituida la paz y la alegría del espíritu con el perdon de los pecados, todos estos prodigios y maravillas pregonaban y enaltecian la bondad inefable de su corazon, su entrañable caridad y la blandura amorosa de su misericordia dulcísima. Pues á tantos beneficios y desvelos vió repentinamente sucederse el olvido, el desconocimiento, el mas completo desamparo. Su alma nobilísima hubo de afligirse por extremo al considerar que la semilla de tanta caridad y buenas obras no le producia sino frutos de amarga indiferencia, desvío, ingratitud, y aun quizá de injurias y villanos baldones. En aquellos tris-

tes viajes por las calles de Jerusalén, sus ojos hubieron de encontrarse con los de muchos, á quienes tenia obligados con sus beneficios, y que ahora le volvian ingratos las espaldas, avergonzándose de haber tenido trato con él, llamándose tal vez á engaño porque le habian dado crédito, y aun aumentando quizás el número de sus acusadores y enemigos.

Angustiábale sobre manera el pensar en sus discípulos mas queridos, á quienes dió tantas muestras de ternura y amistad, y que ahora andaban despavoridos á sombra de tejado, y escondiéndose, sin que ninguno tuviese valor para volver por él, ni salir en su defensa. Acudíale á la imaginacion la figura siniestra del discípulo traidor y fementido, que por el precio vil de treinta dineros le vino á entregar á sus enemigos, y á ponerle en tan miserable trabajo. Y sobre todo, le quebraba el corazon el recuerdo de aquel Pedro, tan ardiente amigo y devoto suyo, y que tantas veces y con tanto encarecimiento habia protestado de su lealtad, y que al primer encuentro no supo resistir á las insinuaciones de una criaduela, negando cobarde á su Maestro, y aun perjurando no haberle conocido jamás. Esta negacion del discípulo á quien habia dado el primer lugar entre sus amigos y seguidores, la traicion y perfidia de aquel otro que, confesando haber entregado la sangre inocente, no tuvo valor ni humildad para pedir á Dios perdon de su enorme delito, sino que, desesperado, se ahorcó, y el desamparo de los demás, hubieron de llenar de amarguísima angustia el corazon de Jesus, de tierna y dulcísima condicion, amigo de sus amigos, y padre solícito y amoroso de los que Dios habia confiado á su cuidado.

A donde quiera que volvia los ojos no encontraba sino olvido, deslealtad, cobardía y desagradecimiento. Solo en su Madre Santísima halló fidelidad y firmeza; sola ella nunca le desamparó; antes cuando el miedo y el pavor tenian

postrados los corazones mas ardidos; cuando volaba de boca en boca por la ciudad de Jerusalén la noticia de la sentencia de muerte pronunciada contra Jesus, helando de estupor las almas de los mas fieles amigos y reteniéndolos escondidos en sus casas, la Virgen bendita sale animosamente de la suya, y arrastrando consigo á Juan, á la Magdalena y algunas buenas mujeres, corre apresuradamente al Calvario, y con valor de ánimo incomparable se acerca al lugar donde va á ser ajusticiado el Hijo de sus entrañas. Presencia impávida cómo le clavan en la cruz; y ya enclavado, y levantado en alto, y cercado por todas partes de dolores é ignominias, allí, al pié del patíbulo afrentoso, está la dulce Madre acompañando á su amado Hijo en aquel trance cruelísimo. Y cuando la tierra se estremece, y se conmueven las columnas del cielo, y se trastorna la naturaleza, y las tinieblas envuelven al mundo en luto y horror, solo su corazon maternal está firme, permaneciendo al pié de la cruz con maravillosa constancia y entereza. Más ¡ay! que su presencia, en lugar de calmar los dolores del Hijo, no hace sino acrecentarlos y hacerlos más intolerables. Mírase el Hijo clavado en el madero de la cruz, desnudo vergonzosamente, escarnecido y blasfemado; y cuando desde aquella altura de tanta ignominia tiende los ojos sangrientos y oscurecidos por el dolor y por las lágrimas, y se encuentra con los de su bendita madre, ¿quién podrá imaginar la vergüenza, la congoja y amargura de su alma? ¡Qué impresion de ojos en ojos y de corazon en corazon! ¿Cuáles serían los dolores y ansias del corazon de la Madre, al contemplar la figura lastimera de su Hijo, antes el más bello y gracioso entre los hijos de los hombres, y ahora horriblemente maltratado, y hecho blanco de los desprecios, injurias y baldones más viles y crueles? Sentian agudamente las entrañas maternales la muerte tan atroz dé su querido Hijo; su pecho

herido de vehementísimo dolor con el espectáculo que tenia delante, latia ansiosamente exhalando amargos gemidos; y de las olas del corazon revolvian á sus ojos copiosas avenidas de lágrimas, que con gran serenidad y mesura se deslizaban por el rostro sagrado. Y estas lágrimas, estos sollozos y gemidos, repercutiendo en el corazon afligidísimo de Jesus, acrecentaban inmensamente sus angustias y dolores. Triste correlacion, espantosa correspondencia entre la pasion del Hijo y la compasion de la Madre!

Tal fué el desconsuelo y quebranto de corazon que experimentó nuestro Divino Salvador de parte de los que más le podian consolar en los trances más acerbos de su pasion y de su muerte. Y si tanto fué y tan amargo lo que tuvo que sufrir de sus deudos y amigos, y aun por ocasion de su dulcísima y santa Madre, ¡cuánto tendría que padecer de parte de sus enemigos, tan fieros, tan crueles, tan ciegos y ensañados, y que tan á su libertad se gozaban en hartarle de agravios, tormentos y vituperios!

A las almas bien nacidas y á los corazones nobles y generosos, nada aflije tanto como ver á la verdad y á la inocencia oprimidas, y triunfante á la maldad con su espantable acompañamiento de crímenes, iniquidades y abominaciones. Y el alma de Cristo era tan pura, y tenia tal aversion á cualquier sombra de pecado, que la más mínima injusticia habia de angustiarle por estremo. ¿Pues qué sentimiento, qué agonía y congoja le atormentarían al considerar el pecado infinitamente enorme y abominable de prender al que era la misma justicia y santidad, y llevarle á los tribunales con feroz violencia y gritería, y condenarle á muerte de cruz, y clavarle en ella con infinitos ultrajes y dolores? ¡Cómo se oprimiría su benditísimo corazon, tan manso, tan benigno y piadoso, al ver el furor, la hipocresía, el envilecimiento y ruindad de la

gente que le rodeaba por todos lados, su encono y apasionamiento, el ódio rabioso que tan sin causa le tenian, y la muchedumbre innumerable de oprobios, miserias y villanías que, instigados de infames pasiones, ejecutaban en su santísima persona! Aquel sagrado corazon, que por su comunicacion inmediata con la Divinidad respiraba el ambiente de la santidad infinita, y era todo él inocencia y pureza, vióse á deshora envuelto en una atmósfera de crímenes horribles y de pasiones y maldades por todo extremo abominables. La asquerosa sensualidad, el orgullo impío, la crueldad y raposería de Herodes; la debilidad de Pilato, cuya conciencia daba á Jesus por inocente y cuya cobardía le condenaba, su estúpida indiferencia por la virtud, y el ridículo bravear sobre su autoridad y poderío; la locura, el desatinado furor, la soberbia diabólica de los príncipes del pueblo y ministros de la Religion; la malicia y perversidad manifiesta de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma y sed de sangre inocente sentadas en el soberano tribunal; el atropellamiento é irregularidad del proceso; el color de Religion donde todo era impiedad y blasfemia, ódio de Dios, y aborrecimiento de su santa ley; la villanía y braveza de los sayones, sus rostros y pechos bañados en gozo cuando le oprimian con todo linage de tormentos, y tantas, y tan viles y abatidas pasiones, que de tropel y como en escuadron le acometieron de todas partes, le angustiaban con sus figuras horribles, y sin darle punto de alivio, le causaban ánsias y agonías de muerte.

Pues los desprecios, las afrentas y ultrajes que llovieron sobre él en el curso de su Pasion, ¿quién habrá que los cuente? ¿Qué sentimiento alcanzará la pena, la tristeza y congoja con que amargaron su corazon? Porque hay que tener siempre presente, que habiendo Cristo Nuestro Redentor tomado en sí la naturaleza humana, y héchose en

todo igual á nosotros, excepto el pecado y sus consecuencias, tomó tambien todas nuestras pasiones y debilidades, y no solamente las miserias del cuerpo, sino las que llama San Bernardo miserias del corazon [1]; de suerte, que así como herido y lastimado en el cuerpo sentia agudos dolores, así ni más ni menos, abatido, afrentado y herido en su alma, esperimentaba las amarguras, tedios, repugnancias, tristezas y congojas que en las afrentas y tribulaciones suelen asaltarnos. Y con tanta mayor viveza las sentia, cuanto era de más alto corazon, y más vivo tenia el sentimiento de su deshonra, y mayores y más injustas eran las que se le hacian. Y aunque es verdad que en el tiempo de la Pasion, como en todo el curso de su vida mortal, veia claramente la gloria de Dios, y el efecto de la contemplacion de tan soberano bien en el alma sea derramar en ella una avenida de gozo inefable que borra y aleja toda pena, no solo del alma, sino del cuerpo tambien, aquel Divino Salvador y Remediador nuestro, que quiso experimentar en sí todas nuestras miserias y trabajos para enseñarnos á sobrellevarlos, y con las tristezas y amarguras de su espíritu satisfacer lo que ofendemos á Dios con nuestros placeres pecaminosos, y con nuestras vanas alegrías y desaprovechadas tristezas, reprimió el gozo que podia causarle el deleite de la divina consolacion. Y así, desnudo de todas las consolaciones y esfuerzos del cielo, entregó su alma, su cuerpo y todas sus facultades, sentidos y afectos á los horrores de la angustia más acerba y de la más áspera y espantosa tristeza que puede imaginarse.

Así, cuando andaba por la calles de Jerusalén, las manos atadas, atropellado, y seguido de infame populacho que le baldonaba y escarnecia; cuando era presentado de-

[1] Sermo de Passione Domini, n. 6.

lante de los tribunales y de los hombres más graves de su nacion y más reputados por su saber y autoridad, Reyes, jueces, gobernadores, Sumos Pontífices, letrados y Sacerdotes, y delante de ellos era acusado de embaucador del pueblo y maestro de falsas doctrinas, y de blasfemo contra Dios, y ellos tenian por buenas tales acusaciones, y por ellas le condenaban á muerte; cuando entregado á la chusma ruin y descomulgada de los soldados, estos se mofaban de él, y le blasfemaban y escarnecian como á reyezuelo y Dios de farsa, y á los escarnios añadian los golpes, y á los golpes las salivas, y á las salivas todas las invenciones de injurias y baldones que pudo imaginar su crueldad y villanía; cuando era azotado como vil esclavo, y comparado y aun pospuesto á Barrabás, ladron infame y asesino, y tratado en todas partes como la horrura del mundo, el que era la gloria más alta del género humano, es imponderable la amargura y afliccion que hubo de sentir su espíritu nobilísimo. El rubor y la confusion encendiéronle el semblante divinamente modesto y vergonzoso al ser despojado de sus vestiduras, quedando el cuerpo virginal expuesto á las miradas insolentes de la envilecida soldadesca; y subió de punto su vergüenza y congoja cuando, puesto en presencia de Herodes, fué tenido por loco y mentecato; por tonto y necio, el que era la Sabiduría de Dios; por simple y menguado el resplandor de la Ciencia infinita, el ángel del gran consejo, el que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; por estólido, aquel en cuya hermosa frente llameaba el rayo de la Inteligencia infinita.

Todas estas afrentas é ignominias, y otras mil que el entendimiento humano no conocerá jamás, y que aunque las conociera, no podria apreciar su acerbidad, ni las hieles y amarguras que derramaron en el corazon santísimo del Redentor, fueron coronadas por la cruz; la cruz, leño

fatal, árbol maldecido, cuyo solo nombre turbaba la imaginacion y hacia temblar las carnes de todo hombre honrado. Porque este cruelísimo suplicio, no solamente era infame y propio de esclavos, y cifra de las mayores deshonras y humillaciones que se conocian en el mundo, sino que á su crueldad y vileza juntaba afrenta indeleble, reprobacion eterna de los hombres y la maldicion de Dios. Tan incomparable deshonra la arrostró nuestro Salvador benignísimo; y oprimido por el peso de tanta ignominia, en el dia solemne de la Pascua, en que era inmenso el número de forasteros en Jerusalén, atravesó las calles de la ciudad apiñadas de gente, y subió al Calvario con la vergüenza, confusion, horror y abatimiento de espíritu, y con todos los afectos naturales en un condenado á tan abominable suplicio, todos, excepto el remordimiento de la culpa. Y en aquella hora terrible, en que estando clavado en el afrentoso madero y puesto entre dos criminales y salteadores como si fuese su capitan, desnudo públicamente, afeado y despedazado con llagas y dolores, cuando parecia que habia de merecer de los espectadores algun sentimiento de lástima y compasion, desde lo alto del patíbulo ignominioso, descubria pueblo inmenso, que con sus gestos, visajes, palabras y alaridos, le insultaba y maldecia, y se regocijaba cruelmente en sus tormentos, en sus ignominias y en su muerte.

Parece que ya no podian llegar á más la pena y la afliccion del Salvador. Sin embargo, cuando fijamos la vista en lo más secreto del corazon, descubrimos otras penas infinitamente más terribles y espantosas; é iluminados con la luz de las Sagradas Escrituras, á través de los desprecios y descomedimiento de los hombres, de los sarcasmos que contra él proferian sus enemigos, y de la maldicion que pesaba sobre él estando en la cruz, columbramos otros desprecios, otros sarcasmos y otra maldicion más íntima

y más terrible, que penetrando hasta lo profundo de su alma, la sumergieron en indecible amargura. Esta maldicion espantable á que se vió sujeta el alma santísima de Jesucristo, es uno de los puntos más altos, más ocultos é inefables de lo que llama San Pablo *misterio de Cristo* [1], misterio escondido en los siglos y generaciones, y revelado en parte á los que quiso dar á conocer las riquezas de su gloria.

Para entender, en la manera que es posible á la flaqueza del entendimiento humano, la profundidad de este misterio, y vislumbrar la amargura y congoja que afligió el Divino Corazon de Nuestro Señor Jesucristo, conviene presuponer que la razon formal, el mérito y valor intrínseco de la Pasion y Muerte de Cristo, en cuanto era sacrificio que ofrecia de sí mismo á la Divina Majestad por nuestros pecados, no tanto consistió en los tormentos del cuerpo y en su muerte acompañada de tantos dolores y ultrajes, cuanto en la espontánea, libre y amorosísima voluntad con que, deseoso de cumplir el beneplácito del Eterno Padre, se ofrecia á todos estos tormentos y trabajos. Por manera que su pasion no venia de fuera, sino tenia orígen en su libre y no forzada voluntad; él era el autor, el preparador y consumador del nobilísimo sacrificio con que se ofrecia por nuestra salud, encendiendo él mismo con el fuego de su ardentísima caridad la hoguera en que habia de consumirse este soberano y perfectísimo holocausto. Y así como en este acto de su voluntad tenian principio, y merecimiento y valía los dolores de la Pasion, así él era tambien la fuente más caudalosa de los dolores que anegaban su alma, y que rebosando en el cuerpo, lo destrozaron con incomparables tormentos. Porque habiéndose ofrecido á satisfacer las penas que merecian nuestros delitos, fué ne-

---

[1] Colos. 1. 26.

cesario que como Redentor y cabeza moral del género humano, nos tomase á nosotros y á nuestros pecados en sí: y juntándolos consigo se cargase de ellos, para que fuesen en él castigadas, y borradas, y perdonadas las culpas de todo el mundo. Para lo cual convino que nuestros pecados se llegasen y juntasen, y como hiciesen una misma cosa con su alma santísima é inculpable, de suerte que, siendo la misma santidad y pureza, se presentase en el acatamiento de la Divina Majestad como pecador y malvado, y padeciese por nuestros pecados ni más ni menos que si fuesen propios.

Pues ¿cuál sería el sentimiento, las ánsias, las bascas mortales que atormentarian el corazon purísimo de Jesus, cuando tanta muchedumbre de pecados como desde el principio del mundo hasta el fin de él se han cometido, cometen y cometerán por todos los hombres, tan graves, tan enormes, tan feos, y con tantas figuras torpes y abominables, se le venian encima y cargaban sobre él, y verdaderamente se le apegaban y hacian como suyos, sin serlo ni haberlo podido ser? ¡Qué congoja y agonía para quien conocia perfectamente la fealdad del pecado y le detestaba necesariamente con ódio infinito, tenerse que abrazar con enemigo tan asqueroso y aborrecible, cuyo solo aliento le atosigaba y hacia dar arcadas de muerte! ¡Qué angustia, al ver cómo toda esta masa de corrupcion tan hedionda y asquerosa, iba extendiéndose por su cuerpo, y le envolvia como en una lepra súcia y abominable! ¡Qué horror, al mirarse y contemplar sus miembros, sus ojos, sus labios, sus manos y sus piés, no como miembros del Verbo de Dios encarnado, destello sustancial de la gloria del Padre y resplandor de la santidad infinita, sino como miembros de un horrible y abominable pecador! ¡O Santo y Divino Leproso [1]! ¡O Jesus dulcísimo, cubierto y oprimido

[1] Isai, 53, 4.

por los pecados de los hombres! ¿Y son esas las manos del Cordero inmaculado de Dios, antes tan inocentes, y ahora enrojecidas con la sangre de millares de crímenes y atentados? Esos labios, que poco há nadaban en gracia, en inocencia y dulzura, ¿cómo están ahora manchados con juramentos, con blasfemias, con doctrinas horribles y diabólicas? En los castísimos oidos, ¿cómo resuena el ruido espantoso de las imprecaciones, de las orgías y de las más repugnantes bacanales? ¿Y cómo son profanados los ojos con visiones torpísimas, y turbada la imaginacion con figuras asquerosas, y yerto y endurecido el corazon con el frio de la crueldad y de la avaricia, y fatigada la memoria con la pesadumbre inmensa de tantos pecados é iniquidades como han cometido los hombres, y cometerán mientras duren los siglos?

Todos los crímenes, todas las maneras é invenciones de pecar que se han engendrado en las almas de todos los hombres, están presentes en la memoria de nuestro benignísimo Redentor, y oprimen su corazon como una losa pesadísima. Allí están las tiranías y crueldades de los poderosos contra los débiles; la soberbia de los grandes, hollando altiva sobre la flaqueza de los pequeños; la desvergüenza y la impiedad, triunfantes y desafiando al cielo; la inocencia, burlada y oprimida; la lujuria, con su inmundo cortejo de cuerpos encanijados, rostros lívidos y descompuestos y almas embrutecidas; la avaricia sórdida y cruel; la sofistería de la incredulidad; la procacidad y rebeldía de corazon de los impíos; la virtud despreciada y escarnecida; el vicio coronado y llevado en palmas; las gracias y los avisos de Dios despreciados; los votos quebrantados; los pensamientos ruines, las inconstancias é infidelidades, todas las impuras y aviesas pasiones. Allí están las maldades de los hombres despreciadores de Dios que pasaron toda la vida en un contínuo pecar, y las de las almas justas, que si le ofen-

dieron alguna vez, buscaron en la penitencia y en el llanto y dolor de su corazon la paz de sus almas, y la gracia y reconciliacion divina; los pecados de los condenados y de los que se salvaron; los de los enemigos de Dios y los de los amigos. Allí están, finalmente, todos los pecados que ha cometido, comete y cometerá cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir; y no por junto y en general, sino particular é individualmente, segun su específica gravedad, y singulares circunstancias.

Pues al embestir en el alma santísima de Cristo este tropel innumerable de enemigos, cuya sola vista le fatiga el corazon, un sentimiento de repugnancia, de terror y angustia incomparable se apodera de él; trábase en su interior terrible combate entre la humana debilidad y flaqueza que rehusa pasar tales ignominias, y la fuerza de amor infinito, que le mueve á salir al encuentro y arrostrar aquel cúmulo inmenso de abatimientos y deshonras: combate y duelo entre la vida y la muerte, que tuvo atónita y en espectacion á toda la naturaleza. Esta lucha entre el amor sin medida que á Dios tuvo, y á los hombres por Dios, y el exceso de ignominia, de abatimiento y de humillacion á que le forzaba este mismo amor, fué sin duda uno de los tormentos más fieros y más vehementes y agudos que desgarraron el corazon de Nuestro Señor Jesucristo, ó más bien, él fué la fuente y el orígen de todas las corrientes de dolores que se derramaron sobre su Humanidad santísima. Y como no alcanza, ni alcanzará jamás el humano entendimiento á comprender la fuerza de este divino amor, como tampoco la grandeza de tanta humillacion é ignomínia, así el efecto de estos dos movimientos y afectos contrarios en la santa Humanidad de Cristo será uno de los misterios más altos, más secretos é impenetrables de su vida y Pasion.

En tan duro y porfiado combate quedó triunfante el

amor, aquel amor eterno, inmenso, infinito con que Dios ha amado siempre á los hombres. El obligó al Verbo eterno de Dios, resplandor de la sustancia paternal, á abrazarse con nuestras miserias y pecados; él hizo que, siendo la santidad y pureza infinita, se presentase ante el divino acatamiento, no solo vestido de la forma y divisa de pecador, sino como el mayor de todos ellos, en quien estaban reunidos virtual y eminentemente los pecados de todos. Y puesto en la presencia de su Eterno Padre, agobiado con el peso y la vergüenza de tantos delitos, y ofreciéndose á padecer por ellos los tormentos y afrentas que le estaban predestinados, completamente con el sacrificio de su vida ofrecia el sacrificio incruento de su corazon contrito y humillado; y de la union de estos dos sacrificios se formaba el holocausto más perfecto, más admirable y sublime que se ha ofrecido jamás á la Divinidad, el único en que se han agradado enteramente los ojos divinos, y que solo podia ofrecer y consumar la caridad inmensa de Nuestro Señor Jesucristo.

MIGUEL MIR, S. J.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO VIII

QUE TRATA DE LA AMAYA GÓTICA, DE LA ROMANA Y LA VASCONGADA.

El nombre de Pelayo, pronunciado con singular inflexion de voz por el candoroso anciano, inmediatamente despues de sus involuntarias indiscreciones, ó dulce distraccion siquier, fué para la dama goda una sorprendente revelacion.

Nunca se la habia ocurrido que el Conde de los Espatarios pudiera ser para ella más que primo, ni este tampoco la habia manifestado nunca otro afecto que el fraternal. Pero tales habian sido la impaciencia y el poco disimulo del Duque en ocasion semejante, que su sobrina cayó en la cuenta de los proyectos que se fraguaban en el castillo, y por primera vez se halló como perdida en un piélago de imaginaciones acerca de lo porvenir.

Esto era precisamente lo que su padre queria evitar.

Ranimiro deseaba esa boda tanto por lo menos como Favila, y no es encarecerlo poco: la edad de ambos jóvenes era proporcionada, uno mismo el linaje, y en la riqueza tampoco habia desigualdad. Si la sangre goda de Amaya estaba mezclada con la vascónica, era por ambos costados tan ilustre, que los más soberbios linajudos se verian forzados á respetarla. Ella además, hermosa, discreta y de gran corazon, llevada al trono por misteriosas corrientes, y con íntimas voces llamada á cosas grandes; y él severo, aunque mozo, bizarro y amante de su pátria, única esperanza de los godos, y casi obligado sucesor del monarca, si este fallecia antes que él ó se cansaba de llevar el cetro; no habia duda: parecian nacidos el uno para el otro.

Pero Ranimiro, prudente como buen padre, no queria que su hija llegase á vislumbrar sus propósitos, sin tener la seguridad de que por parte de Pelayo serían bien acogidos.

Sabia perfectamente que el corazon de Amaya no habia recibido la más leve impresion de amor, que su imaginacion con igual tersura de candor brillaba; pero conociendo, como conocia, las grandes prendas y privilegiadas cualidades de Pelayo para cautivar el corazon de una dama, no queria con palabras ó indicaciones imprudentes hurgar aficiones que pudieran estar adormidas en el pecho de su hija, y que no convenia despertar intempestivamente.

Por eso deseaba que el Conde de los Espatarios viniese al castillo y tratase á Amaya, á quien conocia y admiraba, es cierto, pero cuyo materno orígen ignoraba, tanto por la reserva y silencio del Tiufado, como por haber vivido constantemente en la córte y los campamentos, sirviendo leal á su pátria, ó retirado cuando Witiza queria perseguirle como nieto de Recesvinto.

Todo esto lo habia tratado Ranimiro con el Duque, encargándole que moderase un poco su pasion por Amaya, y contuviera el anhelo por verla casada con Pelayo; pero el buen viejo, reconociendo sus faltas, á solas con el sobrino lo prometia todo, y al lado de la sobrina no se acordaba de nada.

¿Qué efecto habia producido en el corazon de la hija de Aitor la idea de ser esposa del Conde de los Espatarios?

Ni lo sabemos, ni siquiera nos atrevemos á conjeturarlo, por la sencilla razon de que ella misma lo ignoraba.

Por heroina que sea en la presente historia, por acabada y perfecta que el lector se la figure, Amaya, al fin y al cabo era mujer, y como tal quedó halagada y aun se sonrió engreida al descubrir que no se la consideraba indigna de tan gran príncipe: pero como mujer tambien hubiera querido hacer este descubrimiento, más que en olvidos y flaquezas de su anciano tio, en las palabras y aún en los ojos del marido que se la destinaba.

Y no era esta, por ventura, la causa única de su ya sospechosa incertidumbre: el reciente descubrimiento de los misterios en que hasta la sazon estaba envuelto su nombre, misterios que habian de seguirla como estela de grandeza y rastro de gloria, por el rumbo que emprendiese con un hombre desconocido y un pueblo casi tan indeterminado; la historia que acababa de oir, era quizás la principal razon de su ignorancia acerca del significado de las palpitaciones de su corazon.

—¿Estaré predestinada para reina de los godos? decia, pensando en el primo-hermano del Rey y Conde de los Espatarios.

Y al hacerse á sí propia esta pregunta, se contestó con estotra:

—¿No dicen que estoy llamada á ser reina de los vascos?

Y no se fijaba, ni podia fijarse en nadie. Volaba su imaginacion de

roca en roca, de torrente en torrente, de valle en valle, todo grande y verde y majestuoso, pero valles, rocas y torrentes despoblados todos para ella: por aquel desierto ni un pájaro cruzaba, y semejante soledad la daba miedo. Es más: en la tabla rasa de su imaginacion, ni siquiera estaba pintado un nombre. De los antiguos vascos sabia un poco, por las canciones tradicionales: de los modernos, no habia oido hablar más que de Teodosio de Goñi.

Ella misma llegó tal vez á figurarse vagamente, que los vascos no eran hombres, sino pueblo. Y pensaba, por ventura, en que ella no podia amar á nadie con singular amor, porque amaba al conjunto con sobrado afecto.

Y seguia pensando y diciendo: «¿No es así mi primo? Quien ama tanto á su pátria como Pelayo, ¿puede tener otros amores?

Tal era la situacion de ánimo de la hija del Tiufado, á consecuencia de haberse dejado llevar el ciego Favila de sus deseos, anunciando la llegada de su hijo al sentir estrépito de armas y caballos á la puerta del alcázar.

No era, sin embargo, Pelayo el forastero.

Un siervo se apresuró á decirlo en el momento mismo en que los tres señores salian á recibir al hijo del Duque:

—Señor, no es tu hijo Pelayo, es un prócer espatario que viene con una carta del Rey colgada al cuello, dijo el siervo.

—¿Cómo se llama ese prócer?

—Munio.

—No le conozco; pero si de parte del Rey viene, que sea bien venido: Salgamos á su encuentro como si fuera mi hijo.

Amaya se retiró.

No bien habia desaparecido, cuando se presentó un mancebo, oficial de los espatarios, que debia de servir, por consiguiente, á las órdenes del Conde Pelayo.

—Señor Duque, exclamó al ver al pobre ciego, aunque no os conocia, desgraciadamente no puedo confundiros con nadie en esta casa: traigo para el Tiufado Ranimiro un mensaje de nuestro serenísimo monarca, y para vos otro de vuestro hijo, mi capitan, Conde de los Espatarios.

—Entrad, y sed muy bien venido; que lo seríais, ciertamente, aunque no trajéseis tan insignes títulos para disponer de nosotros y mandar en esta casa.—¿Vuestro nombre?

—Munio, godo de pura casta, y quingentario de la guardia del Rey.

—Entremos.

Y juntos entraron en el aposento.

Ranimiro cerró la puerta, y dijo al mensajero:

—Yo soy el antiguo Tiufado Ranimiro: si el mensaje del Rey es de tal naturaleza que no deba saberlo mi tio, el Duque de Cantábria, nos iremos á otra cámara; pues os advierto que tengo en Favila la misma confianza que he tenido en mi padre.

—Eso vos lo habeis de juzgar, contestó Munio con los finísimos modales de un cortesano. Nuestro muy piadoso monarca me ha dado el encargo de entregaros esta carta, y suplicaros que vayais inmediatamente á Pamplona, poniéndome á vuestra merced para todo cuanto creais conveniente preguntarme.

Y al decir esto se quitó del cuello el estuche, que pendiente de una correa le caia al pecho, y sacó una tira de pergamino enrollada en un cilindro y sellada con cera.

Munio entregó la carta á Ranimiro con el mayor respeto, y con no menor reverencia la recibió el Tiufado; pero antes de romper el sello preguntó al mensajero:

—¿Dónde está el Rey?

—El Rey, que se detuvo en Toledo mucho más de lo que pensaba, salió de allí precipitadamente hace pocos dias, á consecuencia de ciertas noticias de Pamplona, y esperando no sé qué huestes, se ha detenido en Cesaraugusta, desde donde escribe.

—¿Y Pelayo tambien? ¿Mi hijo le acompaña? preguntó el ciego.

—Por supuesto. El Conde de los Espatarios no se aparta de su lado.

—¿Y qué sabeis de Pamplona? añadió Favila.

—Que aquella ciudad inspira al Rey y á Pedro, vuestro sucesor, muy poca confianza, pues en opinion de entrambos, está á punto de rebelarse.

—¿En favor de los vascos?

—¡De los vascos! exclamó el quingentario con asombro. ¡Oh, no! ¿Qué godo puede alzarse por nuestros eternos enemigos? La sublevacion que en aquel presidio se teme parece ser maquinacion de judíos.

—¡De judíos!

—Sí, ya es de antiguo que los israelitas de acá se pongan de acuerdo con los africanos, como pasó en vuestro tiempo, en el reinado de Egica.... Por eso Pelayo y el Rey quieren matar en embrion tan espantosa conjura..... Y creen que nadie como Ranimiro puede sofocarla, ó tal vez hacerla abortar.

El Tiufado entre tanto habia desarrollado la tira de pergamino y leido la carta para sí.

Aunque desde el principio de la entrevista procuró reprimir y disimular la inquietud que el anuncio del régio mensaje le inspiraba, no pudo evitar una ligera turbacion y palidez de su semblante.

Un momento despues, dominando por completo su conmocion, dijo con toda tranquilidad, y aun con afable sonrisa:

—Oid, tio, la carta que tiene la bondad de escribirme nuestro ilustre monarca, pues á vos os interesa tanto como á mí.

—Aguardad un momento, si os parece, dijo el cortesano: os entregaré, Duque de Cantábria, la de vuestro hijo, y me permitireis que me retire, pues necesito descansar de la jornada. Os advierto, sin embargo, que dentro de breves momentos me tendreis á vuestras órdenes.

Y diciendo estas palabras, en las que claramente se traslucia el deseo de dejar en completa libertad á los dos personajes á quienes iban dirigidas las misivas, sacó del estuche otro rollo, lo puso en manos de Favila y salió del aposento acompañado de Ranimiro.

Así que éste lo dejó encomendado á los libertos del castillo, volvió al lado de Favila, no sin decir:

—Es tan atento como delicado. ¿Quereis oir?

—Estoy impaciente por saber lo que ocurre. Dime, ante todo, ¿no es nada malo para Pelayo?

—Todo lo contrario. Escuchad.

Y leyó Ranimiro:

«A su carísimo tio, Ranimiro, en quien se cifran todas las escelencias del esclarecido linaje de Chindasvinto, salud envia su deudo Rodrigo, Rey.

»Volved inmediatamente á Pamplona, pues os he menester para las cosas de la guerra. Quedas nombrado, aunque por breves dias, Conde de aquella ciudad: bastará tu presencia y tu prestigio con las huestes para conjurar la tempestad que la judáica perfidia nos prepara.

»Que vuelva con vos asimismo vuestra hija y amada prima mia Amaya, acerca de la cual tengo grandes pensamientos, que espero os han de ser gratos. A ella y á vos os quiero en Toledo cerca de mí. Así que llegueis á Pamplona saldré yo para esa ciudad; pero durante mi permanencia en ella no me hospedaré en vuestra casa, como habia pensado, sino dentro de la fortaleza.

»El quingentario Munio, portador de las presentes letras, acaba de llegar de la capital, por cuya razon lo he escogido para mensajero, por si quereis enteraros bien de cuanto ocurre.

»Pasadlo bien. Vuestro Rey y sobrino,=*Rodrigo.*»

—¡Nada para mí, nada para el hermano y compañero de su padre en la persecucion y suplicio: nada más que el privarme de la compañía de Amaya! exclamó el viejo con amargura.

—¡En cambio, á mí me dice que me quiere á su lado en Toledo!....

—¡Lejos de mí!

—¡Y á mi hija tambien!....

—¡Lejos de mí!

—No, no será. Yo iré á Pamplona; pero Amaya.....

Y revolvia los ojos como un leon cercado de enemigos.

—Pero léeme la carta de Pelayo, que debe de aclararlo todo.

—Perdonad: mis arrebatos me han hecho olvidar de nuevo mis deberes. Oid.

Y leyó el Duque la carta de Pelayo, que decia así:

«Dilectísimo padre y señor.

»Os ruego que no pongais ningun obstáculo al regreso de nuestros parientes Ranimiro y Amaya.

»La pátria exige la presencia de Ranimiro en Pamplona: él solo puede salvarnos, y las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede ya volver á su casa con toda seguridad.

»No debo abandonar al Rey en estos momentos; por eso no voy á daros el ósculo filial; pero confio en que muy pronto, despues de la entrevista de Pamplona con mis carísimos deudos, tendremos esa satisfaccion.

»Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oidle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos en su casa.

»Pasadlo bien. Vuestro,=*Pelayo.*»

—¿Qué decís ahora? preguntó Ranimiro.

—Tantas cosas se me ocurren, contestó Favila, que no sé por dónde empezar.

—Yo sí, tio: principiemos por llamar á Munio y saber lo que ocurre. Si no, perderemos el tiempo en conjeturas, y creo que no lo puedo desperdiciar.

—¿Con que te vas? exclamó el viejo acongojado.

—Sí, tio: así lo manda el Rey.

—¡Y con Amaya!....

—Así lo quiere vuestro hijo.

—¿Lo ves? exclamó el anciano con triste satisfaccion.

—Sí, tio. Más que empeño del Rey parece decidida voluntad de Pelayo que vuelva Amaya á Pamplona. Por él salió de su casa, por él tornará.

—Se comprende bien la conducta de mi hijo. El interés por su prima, el honor de la familia, le mueven en una y otra ocasion. Cuando él vió algun riesgo, cuando podia abrigarse el más leve temor, te escribe: «Alejad de ahí á nuestra Amaya.» Pero ahora, ahora..... ¿Cómo dice?....

—«Las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede volver á su casa con toda seguridad.»

—Es imposible hablar más claro. Haya sido lo que quiera, Rodrigo debe de ser otro hombre; y siéndolo, tú haces falta á su lado en Pamplona, y por mucho que yo lo sienta, la princesa Amaya tambien.

—Cierto; pero á ella y á mí nos quiere Rodrigo en Toledo.

—¿Y qué? Si Amaya y Pelayo se casan, ¿en dónde han de vivir? ¿A dónde hemos de ir todos?

—Tio, mucho han tenido que cambiar las cosas. Sepamos cómo y en qué sentido. Interroguemos á Munio.

—Dices bien; pero ya más tranquilos y consolados, ¿no será mejor que cumplamos con los deberes de la hospitalidad, y llamemos á cenar á nuestro mensajero, antes de entablar una conferencia que podrá ser larga?

Ranimiro convino en ello y fué á buscar primero á Munio y luego á Amaya, acompañándolos sucesivamente al triclinio ó cenador. Los godos

seguian la costumbre romana de hacer de noche la principal comida; pero aunque daban el nombre de triclinio, tanto al comedor como á los escaños ó lechos de alrededor de la mesa, habian olvidado, si es que alguna vez la habian aprendido, la costumbre latina de comer echados.

De suponer es que Munio, viniendo al castillo de Cantábria despues de haber hablado con el Rey y Pelayo, estuviese muy prevenido acerca de la hermosura de la princesa Amaya: al verla, sin embargo, quedó verdaderamente sobrecogido y como espantado. No habia concebido él tantas y tan soberanas perfecciones juntas.

—¡Cómo! exclamó murmurando para sí: ¡y con esta dama no quiere casarse Eudon!

Pero no era aquella la mayor, ni quizá la más grata de las sorpresas que le esperaban.

Sentárose á cenar en una mesa espléndida, con servicio de plata, mantel y servilletas de lino, que indistintamente se denominaban *mantelium* ó tela de manos, y profusion de luces de cera.

El espatario ocupó el escaño á la derecha de Favila y á la izquierda de la princesa, dando el frente á Ranimiro.

Correspondíale naturalmente ser obsequioso con la dama, sosteniendo con ella discreta conversacion.

Repuesto ya del sobrecogimiento, pudo mirarla con serenidad y decirla afable:

—¿Nunca habeis estado en Toledo?

—Jamás. ¿Y vos habeis venido de la córte con el Rey?

—No, señora. He salido despues. Llegué de Toledo á Cesaraugusta hace tres dias, y sin descansar apenas, continué el viaje á Cantabria.

—Pero ¿habeis hablado con el Rey y con Pelayo? le dijo Favila.

—Es claro, yo pensaba de todos modos tener el honor de visitaros en este cerro de Vasconia; pero á consecuencia de mi entrevista con entrambos príncipes, he sido por ellos encargado de sendos mensajes.

—¿Y quién queda mandando en Toledo en ausencia del Rey? preguntó la dama, que creyó complacer á su padre, desviando discretamente la conversacion de todo cuanto se refiriese á las cartas recibidas.

—El Rey, contestó Munio, es siempre el Rey, donde quiera que resida, lleva la autoridad y la córte consigo; pero al salir por breves dias de la capital, tiene que dejar en ella un medio gobierno, como habeis presumido, y al frente de él ha quedado el Conde de los Notarios y de las Largiciones, el primer Ministro.....

—Que se llama.....

—Eudon.

—No le conozco.

—Es quien se puso al frente del movimiento popular que ha devuelto el trono á la familia de vuestro abuelo Chindasvinto.

—Extranjero, segun dicen.



—No lo sé: no es godo, ni vasco, ni griego, ni romano, contestó Munio.

Ranimiro quiso terciar en la conversacion, y añadió:

—Pasa por griego.

—Porque llegó de Bizancio, y habla la lengua helénica con maravillosa perfeccion. Pero esto en él no puede pasar como prueba de orígen, porque con igual soltura y elegancia se explica en nuestro idioma. Escribe el latin como Isidoro de Sevilla y Braulio de Zaragoza, de cuya pureza quedó asombrada Roma. En vista de ello, y de su prestigio con los españoles de raza latina, he llegado á tenerle por uno de esos antiguos celtíberos.....

—¿Y por qué no ha de ser godo aunque sea un sábio? contestó el Tiufado. Ahí está Teodomiro, el Duque de la Bética, gran soldado, gran Prepósito y peritísimo en letras divinas y humanas.

—De todas maneras, añadió Amaya, si ese Eudon sabe tanto, no me maravilla de que el Rey le haya hecho quedarse en Toledo con las riendas del gobierno.

—Harto lo siente él, repuso Munio, que por lo visto se complacia en hablar de Eudon.

—¿Por qué lo siente? preguntó Ranimiro.

—Porque no es un misterio para nadie que el Conde de los Notarios quiere dejar el puesto que ocupa, y venirse aquí de Duque de Cantabria.

—El ducado no está vacante.

—Quizá debia de estarlo. Y perdonad que así hable; porque Pedro, que fué directamente á Pamplona, ha tenido que volver á Cesaraugusta desacreditado. En fin, el Rey quiere tener á Eudon todavía en Toledo, al menos mientras..... Pero de eso, si os parece, hablaremos más tarde.

—Así será.

—Y á propósito, y para entretenernos con otro asunto, que el nombre de Eudon me ha traido á la memoria, tengo un especialísimo encargo suyo, y en el cual no sé como complacerle. Tal vez vosotros, que llevais aquí tantos años de residencia, pudiérais darme alguna luz en la materia.

—Vos direis.

—Se trata de averiguar el paradero de una joya de corto valor intrínseco, aunque debe de tener mérito singular, cuando ha llamado la atencion de un personaje como el Conde de los Notarios.

—¿Será, por ventura, algun recuerdo de familia?

—Lo ignoro. Es un brazalete de oro con un medallon ovalado, y en él una cruz cincelada imitando otra de tosca madera, y al pié, ó en torno de ella, una leyenda vascongada con el nombre de Amaya.

Callaron todos: Ranimiro frunció el entrecejo: su hija dudaba si sonreirse y echar mano al brazalete que llevaba puesto, aunque al brazo de-

recho, donde no podia verlo facilmente el espatario; pero al advertir el recelo de su padre y la gravedad del rostro de Favila, acabó por mostrarse ella misma séria y circunspecta.

Munio prosiguió como si nada hubiese observado.

—Debo recordaros que Amaya, aunque nombre de la ciudad patricia de los romanos, que está cerca de los turmódigos, es tambien una palabra vascongada que significa *el fin*. Pero, señora, perdonad..... Ahora caigo en la cuenta de que Amaya es vuestro nombre.

—¿Sabeis vascuence? le preguntó Ranimiro, dirigiéndole una de esas miradas que llegan hasta el fondo del alma.

—Ni una palabra más que la que habeis oido, contestó tranquilo el mensagero, y esa por habérmela explicado Eudon.

—Pues que, ¿tambien habla Eudon la lengua vascongada? preguntó Amaya, que comenzaba á interesarse ya por tan extraño y misterioso personaje.

—Lo dudo, porque él jamás ha venido por estas tierras. Pero tratándose de un hombre como Eudon, no me atreveria á negarlo con juramento. Cuanto se diga acerca de su ingenio es poco.

—¿Y por dónde ha tenido él noticia de esa joya, y de que debe hallarse en tierra vascongada? preguntó Favila, que hasta á la sazon habia guardado silencio.

—Acerca de ese particular puedo satisfaceros completamente. Hace pocos dias llamó Eudon á un toledano viejo, platero judío, llamado David, para encargarle algunas joyas. El artífice le enseñó, entre otros, el diseño de ese brazalete que guardaba como cosa curiosa, y le dijo que hacia unos veinte años que, pasando por Pamplona donde se detuvo corta temporada, una mujer desconocida le dió la idea de esa joya, y se la encomendó con mucho misterio, pagando sin regatear, lo que él á fuer de hebreo le habia pedido, que como podeis suponer no sería poco.

—Y el artífice, preguntó Ranimiro, ¿no conoció á la dama?.....

—Creo que no era una dama, sino una jóven vascongada que debia de estar en casa de algun magnate godo, la que le dió el encargo.

—Pero el judío, ¿no trató de averiguar quién le habia encomendado la alhaja?

—El honrado David se contentó con hacerse pagar bien el oro, el trabajo, el arte y el misterio; guardó su dibujo, y no se metió en mas.

El Tiufado dirigia nuevamente á Munio su mirada de águila, y le dijo ya mas tranquilo:

—Todo eso me parece sencillo y natural; pero no me explica el interés de Eudon en poseer alhaja tan insignificante, que ha podido en tantos años perderse, fundirse ó desaparecer de cualquier manera. Verdaderamente que si no traeis mas señas ó mas noticias, el encargo que os ha dado vuestro amigo, es punto menos que inútil, á no ser que la casualidad os favorezca.

—Así lo creo. Pero acaso pueda comprenderse el interés de Eudon, por lo que voy á deciros. Ese nombre de Amaya, tal vez signifique poco mas ó menos en vascuence lo mismo que Amagoya.

—No; Amagoya quiere decir, madre superior, abuela. Pero ¿quién os ha hablado á vos de Amagoya?

—El mismo Eudon.

—¿Tambien como de esos nombres sabe el Conde de los Notarios?

—Y mas: Eudon sabe muchas cosas.

—Y escoger amigos entre otras, dijo Ranimiro sonriéndose.

El espatario se inclinó ante aquella interrupcion que podia ser maliciosa, y que aceptó como benévola.

—Volvamos al cuento, prosiguió el Tiufado: Amagoya no es Amaya; pero, ¿cómo lo del brazalete de Amaya os ha hecho recordar á Amagoya?

—Porque Amagoya es el nombre de una mujer de quien, segun dice Eudon, depende la sumision de las Vasconias al imperio gótico.

—Cierto.

—Y si el brazalete fuese suyo, ¿no sería buena manera de entablar relaciones con ella el devolverle su joya?

—¿Y eso os ha dicho tambien Eudon? preguntó Ranimiro con fina y casi imperceptible ironía.

—No: eso lo he pensado yo.

—Lo creo. ¿Y qué motivo teneis para discurrir de ese modo?

—Alguno tengo, porque al propio tiempo que el encargo del brazalete, me ha dado Eudon el de informarle acerca de si vive ó no esa mujer de tanta influencia, esa Amagoya, y una hermana suya que se dice Usua, y principalmente una hija de ésta.....

—Sí, la que llaman los vascos la *hija de Aitor*, añadió Amaya.

—La que se llama Amaya como vos, repuso Munio.

—¡Amaya! exclamaron á un tiempo el Duque de Cantabria y su sobrina.

El único que dominándose á sí propio permaneció impasible, fué Ranimiro, el cual contestó con su habitual sonrisa, y sin perder la superioridad que por tantos conceptos le era debida:

—Tan singular nombre de mujer es Amaya, que tanto mi tio como su sobrina, estaban en la persuasion de que nadie mas que mi hija lo llevaba. A mí no me coge tan de nuevas la noticia. Habia oido antes de ahora que la hija de Lartaun se llamaba Amaya; pero la cosa es de tan casa importancia, que nunca hemos tenido, ni ocasion ni motivo de tomarla en cuenta. Ahora ya sabes, añadió dirigiéndose á su hija con sonrisa, que los godos tenemos una Amaya y los vascos otra.

—Que por mucho que valga no valdrá tanto como la nuestra, se permitió decir Munio á fuer de cortesano.

—Y esa es la verdad, añadió Favila á la sazon, no pudiendo disimular su impaciencia.

—Llámese como quiera, para nosotros los godos, lo repito, debe de ser cosa insignificante, dijo Ranimiro, y no creo que tampoco nos importen mucho los demás nombres vascos que habeis pronunciado. No le pasa lo mismo á Eudon; y por muy amigo suyo que seais, debeis reconocer que hay motivo para extrañar que un hombre como él, que nunca ha venido por acá, tenga tan minuciosas noticias de lo interior de la tierra vascongada, y tantos deseos de conocerla todavía más.

—Vuestra extrañeza es justa, contestó Munio, pero tiene para mí muy óbvia explicacion. El Conde de los Notarios es hombre tan perspicaz y previsor, que sabe sacar partido de cosas que otros quizá desprecian por fútiles y baladíes. Como de su lealtad y amor pátrio ni por un momento puede dudarse, he creido que, tratando de venir á mandar en estas regiones, y de lograr pacíficamente lo que al cabo de trescientos años de guerra no llevamos trazas de conseguir los godos, querrá servirse de las personas mas influyentes de la Vasconia. ¿No son esas Amayas y Amagoyas, que yo en mi ignorancia confundia, las que tanto valen para ese pueblo? Pues bien, si encontráramos ese brazalete con el nombre de Amaya, ¿no podria ser en manos de un hombre como Eudon, futuro Duque de Cantabria, motivo ú pretexto para entrar en relaciones con esas gentes feroces y esas familias intratables?

—Pues bien, Munio, esa consideracion es decisiva, y si me dais una prueba, por pequeña que sea, de que Eudon tiene miras tan elevadas.....

—Os las daré luego tan insignes como irrecusables, y entre tanto teneis mi palabra de noble, Ranimiro: los pensamientos de Eudon, los que yo conozco al menos, son muy altos, y ellos responden de los que no alcance á comprender.

—Me basta, Munio. Estás en un sitio donde todo cuanto deseas saber te será explicado.

—¿Todo?

—Todo. Vive Amagoya en Aitormendi, y no se ha vuelto á casar desde que murió su marido Basurde veinte años há: vive en Aitorechea su hermana Usua con Lartaun de Butron, y tienen esa hija única, segun creo, á quien los vascos llaman la *hija de Aitor*. Y todos cuatro, á saber; Amagoya, Usua, Lartaun y Amaya continuan siendo paganos; ninguno de ellos se ha bautizado.

—¡Pero no es eso todo!

—No es todo, efectivamente: podeis tambien añadir á Eudon, que en opinion de Ranimiro, antes harán paces lobos y corderos, que esa familia de inexorables paganos con los godos españoles.

—¿Será posible?

—Si el Conde de los Notarios abriga por ese lado alguna esperanza, que la deseche. Amagoya es inflexible, implacable.

—Está bien: pero habeis prometido enterarme de todo cuanto deseo saber; ¿y el brazalete?

—Lo vereis, lo tendreis en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, sin salir del triclinio, sin suspender la cena. Solamente os exijo una palabra.

—Os la daré.

—Me habeis de decir con sinceridad y lisura, si al hablar aquí de estos asuntos, teníais noticia, ó por lo menos abrigábais sospechas de que alguna de esas historias pudiese tener relacion con la mia.

—Ninguna, os lo juro: y aun ahora mismo que me lo advertís, no acierto á figurarme de qué manera.....

¡Ah! sí. Allá en tiempos pasados, cuando reinaban Ervigio y Egica, érais vos conde en Vasconia, y cruzásteis el país enemigo de parte á parte. Quizá entonces pudísteis adquirir el brazalete.

—Amaya, dijo Ranimiro satisfecho: dáselo á Munio.

La hija del tiufado apretó con la mano izquierda un resorte, abriendo el aro del brazalete, y presentó este al oficial de los espatarios, que atónito, radiante de júbilo, temblando con la emocion, lo palpaba y lo examinaba, sin expresarse más que por palabras sueltas ó frases entrecortadas.

—¡El mismo!..... ¡Es el mismo! ¡Qué dicha! ¡Qué casualidad!..... ¡Amaya! No cabe duda..... ¡La cruz! Aquí hay otros nombres: *¡dá asieriá!*

Y luego, tendiendo la mano á Ranimiro por encima de la mesa, prosiguió:

—Me habeis hecho feliz, porque puedo servir á mi amigo tan completamente y con tal prontitud, que ni él mismo lo habrá soñado.

—Y aún más completo sería vuestro servicio si me dejase llevar de mis deseos y de los de Amaya, ciertamente, pues le podríais llevar la joya que busca: pero este regalo es imposible. Es la única memoria de que mi hija, no puede desprenderse.

La dama, que sin duda disfrazada, encargó al judío David el brazalete, se lo ha legado á mi Amaya con el encargo de que lo conserve siempre.

—Basta, basta; Eudon será el primero en respetar los sagrados motivos que os obligan á guardar esa joya. A mayor abundamiento, sabiendo dónde para y quién es su dueño.....

—La tendrá siempre á su disposicion, si con ella puede hacer algun bien á nuestra pobre pátria. Pero creedme, si solo en Amagoya y en el brazalete funda sus esperanzas, aconsejadle que desista, y dirija su agudo ingenio por otra parte.

Concluida la cena, Ranimiro acompañó á su hija, que se habia vuelto á poner el brazalete, y tornando al cenador, dijo cerrando la puerta:

—Ahora, Munio, hablemos de vuestros mensajes.

Favila, que habia tomado tan poca parte en la conversacion, indi-

cando con su silencio la pesadumbre que tenia por la ausencia de sus huéspedes, dijo con sequedad extraña en él, y que solo á su mal humor podia atribuirse.

—Sí, hablemos de cosas formales, y sepamos en primer lugar,—si es que yo estoy llamado aquí para saber algo,—sepamos, repito, qué ocurre, qué pasa en Toledo.

Munio, que parecia hombre listo además de fino cortesano, se hizo cargo del inciso ó paréntesis del Duque de Cantábria, aunque por de pronto lo dejó pasar por alto.

—En Toledo, contestó Munio, han sucedido cosas muy graves. El Rey tenia dispuesto su salida para Vasconia en uno de los últimos dias de Marzo; pero á consecuencia de haber sabido en el palacio encantado, segun dicen unos, por quién se habia de perder España, de haber recibido carta de Juliano, Conde de Ceuta, que mandó de allá mensajeros con órden expresa de que le llevaran inmediatamente á sus dos únicas hijas, despidió á Florinda y su hermana, y las envió á su padre. Desde que tomó tan cristiana resolucion, y dejó de ver los ojos que le fascinaban, Rodrigo es otro hombre, y no ha necesitado Eudon de grandes esfuerzos para hacerle adoptar magnánimos propósitos y salvadoras resoluciones.

—La primera de todas, la más urgente, la más imperiosa, era hacerle desistir por ahora de esta malhadada campaña personal contra los vascos, dijo Ranimiro: ¿lo ha conseguido Eudon?

—Lo ha intentado, y á punto estuvo de lograrlo. De aquí el haber detenido al Rey tanto tiempo en Toledo, despues del dia fijado para su marcha. Pero la fuerza de las cosas ha sido mayor que la del consejo y voluntad del Conde de los Notarios; porque de improviso recibe el Rey noticias de la conjuracion de Pamplona; teme que allí se le subleven las huestes, y ni Eudon ni nadie lo pueden contener. Manda á Pedro, Duque de Cantábria, por delante, á refrenar á los vascones godos, y en seguida salen Rodrigo y Pelayo con los espatarios para Cesaraugusta, donde se detienen aguardando á los Tiufados de más confianza; y es preciso reconocer y confesar que no engañaban á nuestro piadoso monarca los instintos de propia salvacion: dos dias despues de su salida de Toledo, el Conde de los Notarios descubre una conspiracion tremenda.

—¿La de los hijos de Witiza? preguntó Ranimiro interrumpiéndole.

Munio clavó en él receloso y sorprendido una mirada aguda como un dardo, y dijo:

—No; no se trata, al parecer, de una conspiracion debida á móviles políticos, sino más bien de una venganza particular. Nosotros los godos, partidarios de vuestra ilustre familia y de las leyes de Recesvinto, que autorizaron el matrimonio de godos y romanos, hasta la sazon prohibido, no podemos acostumbrarnos á considerar á Sisebuto y Ebbas como leales y sumisos al monarca que tan duramente castigó á su padre; pero es lo

cierto que Eudon, tan desconfiado y receloso como todos, y viviendo por el puesto que ocupa, más sobre aviso que nadie, hasta ahora no ha encontrado motivos para dudar de la familia de Wamba, rival de la vuestra.

—¿Pues á quién atribuye la conjuracion? preguntó Favila.

—No la atribuye á nadie: le consta ya positivamente que es obra de Juliano, Conde de una ciudad Tingitana.

—¿El padre de Florinda?

—El mismo. Apenas Florinda y su hermana llegaron á Ceuta, el Conde, su padre, parece que se ha entendido con Tarik, capitan africano....

—Tarif, direis; el mismo que hace un año desembarcó al frente de quinientos hombres entre Calpe y Gades.

—No; aquel era Tarif Abu Zora, y este es Tarik Ben Ziyad, el cual exige al traidor que se ponga al frente de la próxima expedicion, mostrándose público enemigo de los cristianos, y dejando en rehenes á sus dos hijas.

—¡Qué infamia y qué vergüenza! exclamó el Duque. Pero esta traicion no puede ser cierta, ni mucho menos general. Hace bien Eudon en no manchar con ella ni aun el nombre de nuestros enemigos, mientras no tenga pruebas irrecusables de tan vil apostasía.

—Sisebuto y Ebbas son los primeros en protestar contra ella, y aseguran que la nueva correría no pasará de la costa, bastando para contener y castigar á los traidores las huestes del Duque Teodomiro.

—¿Y piensa lo mismo Eudon? preguntó Ranimiro.

—No, señor: Eudon, sin exagerar la importancia de una empresa que principia con tales villanías, cree peligroso que los sarracenos se obstinen en invadir el imperio hispano-gótico y cobren aficion á tales incursiones. El Conde de los Notarios considera además necesario, que la familia Flavia reinante escarmiente á los árabes y africanos en tierra, con tanta dureza como Wamba los castigó en la mar.

—Y dice bien Eudon, exclamó Ranimiro.

—Eudon da muestras de ser digno de la reputacion que goza de hombre de estado, añadió Favila.

Trabajo le costó á Munio hacerse superior á la satisfaccion en que rebosaba; pero no pudo reprimir una leve sonrisa de triunfo.

Deseando consolidarlo, añadió:

—Vengo autorizado por Eudon para consultaros sus planes. Sabedor de que estábais aquí, me dijo en Toledo: el venerable Duque Favila, por el estado en que se halla, no puede moverse fácilmente de su alcázar de Cantabria; pero vos, Munio, podeis ir allá y hablar con él y su sobrino.

—Tengo que agradecer á un extraño, exclamó el Duque lanzando un suspiro, atenciones que no he debido al hijo de mi hermano.

Los viejos son muy sensibles á cierta clase de olvidos, por lo mismo que se ven obligados á reconocer el abandono en que poco á poco les va sumiendo la decadencia de sus facultades.

Escusado es añadir que Munio y Eudon acabaron de cautivarse el afecto y la gratitud del anciano.

—El Rey, vuestro sobrino, no se ha olvidado de vos, como quiera que, sabedor de todo, ha tenido la bondad de designarme para mensajero, contestó Munio, á quien le pareció conveniente, á fuer de cortesano, decir algo á favor del monarca.

—Y bien; ¿cuáles son los planes de Eudon? preguntó Ranimiro.

—Vastos. Eudon quiere reforzar las huestes de Teodomiro, aunque no sea más que con media docena de tiufadías; ha destituido á Juliano del cargo de Conde en la Tingitana, sin aguardar, porque no había tiempo para ello, las órdenes del Rey, y ha nombrado interinamente.....

—¿A quién?

—Al Duque Teodomiro, el cual continuará, sin embargo, en la Bética.

—Perfectamente.

—Pero esto no le parece suficiente: quiere que siguiendo Rodrigo el ejemplo de muchos de sus predecesores, y singularmente el de Egica, que asoció al trono á su hijo Witiza, nombre Rodrigo un compañero y sucesor de su corona.....

—¿A quién, si no tiene hijos?

—A su primo hermano, á Pelayo.

—¡A Pelayo! exclamaron con inefable asombro Favila y Ranimiro.

—Sí, á Pelayo. El trono de Toledo no puede salvarse de otra manera: está perdido, minado, ruinoso. El Rey es fuerte, valeroso, audaz; pero débil tratándose de las faltas precisamente que hicieron aborrecible y perdieron á Witiza. Eudon cree que el trono necesita para sostenerse el contrapeso de tantos y tan antiguos desórdenes, y que esa fuerza está en la virtud severa, varonil, y á todos notoria de mi noble capitan. No me opongais razones hijas de vuestra modestia: confesadme que quedan ya muy pocos godos del temple y de la raza de Pelayo, que todos estamos corrompidos, enervados y carcomidos por la molicie y los deleites; que son pocos ya los dignos sucesores de Recaredo, de Chindasvinto y Wamba.

—¿Y el Rey? ¿Conoce Rodrigo ese pensamiento? ¿Qué dice de los planes del Conde de los Notarios? preguntó Favila estremecido de júbilo y de impaciencia.

Munio, que al parecer se gozaba en ella, prosiguió:

—No conoceis todavía los pensamientos de Eudon. Este quiere que el Rey le nombre Duque de Cantabria, y trata de venir á mandar la provincia y las huestes que aquí se queden, despues de aumentar hasta el punto que sea necesario las de Teodomiro.

—Pero eso es imposible, exclamó Favila: ¿quién queda entonces al lado del Rey como primer ministro y Conde de los Notarios?

—Vuestro sobrino Ranimiro.

—¡Yo! exclamó el padre de Amaya, que todavía no acababa de abandonarse al júbilo y confianza.

Y de improviso cruzó por su mente una negra sospecha que oscureció su rostro, y le hizo tomar aquel aire de altivez y severidad que infundia pavor al más osado.

—No iré yo nunca al lado del Rey. Decid á Eudon que le agradezco el recuerdo; pero que ni mi hija ni yo hemos nacido para cortesanos.

—Pero habeis nacido seguramente para vivir juntos toda la vida, y si no os habeis de separar de Amaya, tendreis que acompañarla á la córte.

Ranimiro se levantó súbitamente como un gigante, y queriendo dejar aplastado á Munio con su mirada más que con sus manos, le dijo tendiendo los brazos sobre la cabeza del espatario:

—¿Se os habia ocurrido, por ventura, que Amaya pudiese vivir en la córte sin su padre?

—¡Sosegaos!

—¿Sois vos, es Eudon, ó es el Rey, quien así piensa?

—Sosegaos, contestó Munio sin inmutarse, y antes bien con dulce y tranquila sonrisa: ni el Rey, ni Eudon, ni yo somos capaces de haceros el menor agravio. Ranimiro, no sabeis la impresion que han hecho al Rey los consejos del Conde de los Notarios y la noticia de la venganza de Juliano. El Rey ha podido extraviarse; pero no está perdido, y quiere sin veleidades, con la firmeza propia de su hermosa índole, volver atrás y emprender el camino del arrepentimiento y la virtud. El Rey acepta á Pelayo por compañero de su trono, y lo hará aclamar en el Concilio como sucesor del imperio; pero al mismo tiempo os necesita á vos á su lado y á Amaya por esposa del nuevo Rey.

Todo estaba dicho con esta palabra, que colmaba de alegría infantil, casi insensata, al buen anciano Duque de Cantabria; pero que no acababa de satisfacer por completo á Ranimiro, siempre receloso, ó por mejor decir, algo más cauto y menos desmemoriado que su tio.

—Pero, Ranimiro, ¿tú callas? exclamó Favila: ¿qué tienes que decir á esto?

—Nada, tio, sino que con todo cuidado he dicho á Amaya que me espere, por si tenia que darle algunas órdenes, y voy á decirla que mañana al amanecer salimos para Pamplona. Vos, Munio, necesitareis descansar. Os dejaré en vuestro aposento.

Teneis que madrugar tambien para volver á Cesaraugusta, y suplicar al Rey de mi parte, que no se mueva de allá. Las revueltas de Pamplona no son más que indicios de otras más lejanas y temibles, á cuya mira conviene estar. Hace dos ó tres semanas que Pamplona se está sublevando y no se subleva nunca. ¿Por qué? Porque con ese amago se quiere atraer al Rey á Vasconia, ya que no se le trajo á fines de Marzo con la desatinada campaña contra los vascos. ¡Que permanezca Rodrigo en Cesaraugusta! De allí podrá acudir, si en Pamplona hace falta, á Pamplona,

y si á Toledo y la Bética, á la Bética y á Toledo. Pamplona no se rebelará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado, y si voy yo.....

—Ni ahora ni despues; porque Pedro, el Duque de Cantabria, lo ha dicho. «Las Tiufadias están en harta indisciplina; pero Ranimiro, á quien creen resentido del Rey, es el único que puede traerlas á mandamiento.»

—Pues bien, iré. Retirémonos á descansar.

Aguardadme aquí, tio; vendré á conduciros á vuestro aposento y á despedirme de vos.

Hízose todo como lo habia indicado, y al volver al lado de Favila, le dijo á éste:

—Pero, tio, ¿no recordais lo que os dice Pelayo?

—¿Qué me dice?

—Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oidle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos.

—Es claro, Pelayo no quiere que resolvamos nada hasta saber si Amaya corresponde á su cariño.

—¡Ojalá que así sea! Pero sospecho que Pelayo no tiene más que un am or.

—El de Amaya.

—El de la pátria.

—Son dos amores que anidan juntos.

—Tio, creo que Pelayo no ve las cosas tan risueñas como vos. Yo mismo percibo no sé qué sombras en ese cuadro.....

—Vaya, vaya, dijo Favila, déjame dormir tranquilo y no perturbes mi sueño con tus eternas cavilaciones. Déjame soñar que veo á nuestra hija reina de los godos; porque es ya hija mia; porque es la esposa de Pelayo.

Ranimiro se retiró á contestar al Rey y á Pelayo, para que Munio les llevase al dia siguiente la respuesta.

El espatario escribió tambien una carta para Eudon.

Decia así en sustancia:

«Cumpliendo vuestras órdenes os escribo sin perder momento. Acabo de descubrir el paradero del brazalete. Lo he tenido en mis manos; pero no me es posible haceros dueño de él. Pertenece á la princesa Amaya, hija de Ranimiro, y lo lleva siempre puesto. Únicamente viniendo vos por aquí, lo podreis ver y áun examinarlo á solas detenidamente.

»Viven esas personas enemigas nuestras de cuya existencia dudábais tal vez; Amaya, Amagoya, Usua y Lartaun. Moza la primera y viuda siempre la segunda.

»Lo he sabido apenas he cruzado el Ebro, al poner el pié en esta region de Vasconia.

»Todos vuestros planes, aprobados. Pelayo se casará con Amaya.

»¡Feliz mortal!

»En mi vida he visto una mujer tan hermosa.

»¿En qué habeis estado pensando vos para no aceptar el primer proyecto del Rey?»

Inmediatamente que el amigo de Eudon enrolló el pergamino y lo selló, encerrándolo en un estuche, llamó á uno de sus bucelarios, y sin permitirle dormir en el castillo lo despachó con la carta para Toledo.

LIBRO II

CAPITULO I

CASTILLO DE TIEMPO INMEMORIAL, PALACIO PRIMITIVO Y SEÑORES CASI SECULARES

En la cumbre de una colina cónica que se alza en medio del valle de Goñi, formando el vértice de su principal revuelta, descollaba un edificio tan antiguo, que ya en el siglo VIII se conocia con el nombre de *Gasteluzar* ó castillo viejo. Muy en armonía con la denominacion vascongada, tanto su construccion interior, de que tenemos alguna idea, como la de sus muros y fachada, trasportan nuestra imaginacion á lo vago del tiempo inmemorial.

No vayamos á figurarnos ese castillo ceñido de fosos, coronado de almenas, y de trecho en trecho circundado por cubos cilíndricos ó torreones cuadrangulares: estos primeros recursos de la arquitectura militar, son invenciones modernas para Gasteluzar, contemporáneo quizá de los monumentos pelásgicos y ciclópeos, con los cuales tenia cierta semejanza y analogía. Era un vasto edificio rectangular, sencillo como toda idea primitiva, tosco como todo ensayo. Dábanle aquel sello de grandeza que habian de conservar sus mismas ruinas, peñas enormes rudamente labradas y puestas en seco con esa misteriosa nivelacion, obra del arte ó de la paciencia, que pueblos poco posteriores al diluvio legaron á la admiracion de siglos más civilizados: interrumpian la uniformidad de sus cuatro lienzos, profundas bocas que servian á la vez de ventanas y saeteras, coronando la ingente fábrica un tejado de anchas y delgadas losas, cubierto de nieve gran parte del año, y cuando no, de negro musgo y otras menudas plantas parietarias.

Bien es verdad, que este manto funeral entapizaba todo el edificio, amen de la yedra secular que trepaba por las fachadas del Norte y Occidente, agarrándose á todas las junturas, como si no satisfecha de la solidez de aquel monumento gigante, tratase de sostenerlo con sus nervudos brazos.



El que movido de curiosidad quisiese reconocer hoy las ruinas de Gasteluzar, apenas hallaria más que su nombre; pero si aquella mole berroqueña, negruzca y agujereada reapareciese tal como existia en Mayo del año 711, dominando las torrenteras y barrancos que la circundan, y anonadada á su vez por los inaccesibles riscos, bosques impenetrables, y sierras de primera magnitud que la servian de antemural, difícilmente se persuadiria de que la ventura pudiera anidar en tan adusta vivienda. Pero esa ave misteriosa que llamamos felicidad, al descender de los cielos, indiferente á climas y lugares, tan sólo busca sencillos y virtuosos corazones, y en ellos se posa, sin que la arredren los hielos, ni la enerven los calores, ni la espanten asperezas y soledades.

Dueño del castillo era todavía aquel bendito Miguel, anciano veinte años atrás, y robusto aún, á pesar de sus noventa navidades. Si en lo viejo y lo fuerte podia comparársele al edificio, no así en lo sombrío y melancólico, porque el Señor de Goñi continuaba siendo el encanto y alegría de toda la comarca.

Habia perdido tres de los cuatro hijos que le quedaban; pero todos peleando por la independencia, y mantenia la fe viva, la conciencia serena y la mesa aparejada siempre á la hospitalidad, sin que despues del tiempo trascurrido le faltase en la boca ni uno solo de aquellos huesos que D. Quijote comparaba á las ruedas de molino.

Pero además de dientes y muelas, conservaba la compañera de los últimos once lustros de su vida.

Jamás aquellos cincuenta y cinco años de poco gárrulo cariño, habian sido turbados ni por las tempestades de los celos, ni por el aburrimiento del fastidio, que suele engendrar el ocio. El amor de ambos consortes, como el aire que respiraban, no se dejaba sentir, y era elemento indispensable de su vida.

Desde las ventanas del castillo podian contemplar estos señores todos sus estados: y si no veian mucho, en cambio era suyo casi todo cuanto su vista alcanzaba.

El valle de Goñi es uno de los más pobres de Navarra; pero está defendido al Norte y Occidente por las majestuosas y pintorescas sierras de Andía y Urbasa, en donde Miguel mantenia numerosísimos rebaños que le suministraban pingüe riqueza.

Desde ningun punto se descubren mejor que de Gasteluzar las románticas bellezas del paisaje. Diríase que á la fundacion del castillo habian concurrido el instinto de propia defensa y el sentimiento de lo bello. No lo extrañemos: las obras humanas, en tiempos en que no existen filósofos, suelen rebosar en filosofía.

De allí, en efecto, la vista abarca todo el valle que le ciñe, con sus crestas de rocas cenicientas y sus fragosos bosques de verdes hayas, parduscos robles y espinosas carrascas. Cinco pueblos humildes aparecen como engarzados en ese magnífico fondo de selvas y peñascos. Munárriz

se destaca al Mediodía entre las copas de un encinar, en sitio llano y elevado, al pié de los riscos que cierran el valle de Guesalaz, y que por su forma, y por hallarse contínuamente nevados, se llaman la *artesa* de Munárriz.

De aquella altura desciende impetuoso un torrente, siguiendo el curso del cual, y en frente de la colina de Gasteluzar, se vé á Urdánoz, escondido á modo de violeta, pero recogiendo ricas cosechas en suelo abrigado, como en premio de su humildad.

Más inclinados al Oriente, y á la falda de la sierra de Sárbil, que separa á Goñi del Larraun y el Arga, muéstranse Aizpun y Azanza, resbalándose al parecer por la pendiente de aquella montaña de gallardos y vigorosos contornos: y cuando las miradas, estrellándose al Norte en unos peñascos de arrogantes estratificaciones, que descuellan pintorescos entre hayas, robles y siempre verdes tejos, dan por terminado el valle, no hay más que volver los ojos al ocaso, para descubrir otro paisaje que llamará siempre la atencion, por el recuerdo del drama, vivo aún en la memoria de aquellas gentes al cabo de tres siglos y medio, y que es uno de los episodios de la historia que hemos principiado á narrar. En una gran rinconada de la majestuosa sierra de Andía, aparece una nueva selva tendida sobre el hondo barranco, un hayedo, de contínuo azotado por los vientos, en contraste de cuyo estruendo y mobilidad, álzase detrás la descarnada montaña de Churregui, tambien de grandiosas y severas líneas, imágen de la serenidad y del reposo.

Sobre este barranco está situado Goñi, cabeza del valle, y en una eminencia como su nombre lo indica, *en alto yo*. No obstante su corto vecindario, ha llegado á tener cuatro palacios, tres de los cuales, por lo menos, se han disputado el honor de haber sido solar del célebre Teodosio, hasta que por repetidas sentencias del Real Consejo de Navarra, en el siglo XVI, se adjudicó esta gloria á Jaureguizar (Palacio viejo), condenando á sus opositores á perpétuo silencio.

Jaureguizar, que en el siglo VIII no conocia rivales y se llamaba sencillamente Jaureguia (el Palacio, la *casa del Señor*), era en efecto la residencia habitual de Miguel y su familia, porque el castillo, á semejanza del templo de Jano, se cerraba en tiempos de paz, y solo se abria cuando estallaba, ó por mejor decir, se encrudecia la perpétua guerra á que la region vascónica estaba condenada.

Era Miguel gran madrugador. Fuese invierno ó verano se levantaba siempre al romper el dia, y despues de dar gracias á Dios por los beneficios que recibia de su bondadosa mano, despachaba á pastores y zagales con los rebaños, ó si los campos estaban cubiertos de nieve, disponia el pienso para vacas y caballos, y haces de ramas y yerba para los apriscos.

No se decia más que una Misa en el lugar; pero nunca sin la asistencia de los señores del valle. A la salida, si lo permitia el tiempo, sentá-

base Miguel en un banco de piedra, al pié del roble corpulento y majestuoso que se elevaba al Mediodía delante de la Iglesia, extendiendo sus robustos brazos sobre el tejado con aire protector. Aquel banco era su trono, su bufete y tribunal.

Allí escuchaba lo mismo al rico que al pobre, y resolvia en pocos minutos los negocios más árduos é intrincados de sus cinco pueblos; y si los litigantes eran menesterosos, el juez perdia siempre el pleito, socorriendo por igual á entrambas partes.

La comida era siempre una grande solemnidad. Tanto en el palacio como en el castillo, la sala principal servia de comedor, y la mesa de nogal que del uno al otro extremo se perdia de vista, daba desde luego á conocer las costumbres hospitalarias del Señor. En efecto, si alguna vez se percibian ráfagas de mal humor en el bondadoso semblante del anciano era cuando al sentarse á comer veia pocos escaños ocupados. Atribuíalo siempre á culpa suya, por no haber obsequiado á las gentes como debia. Así es que cuando Plácida observaba que al acercarse el medio dia no habian llegado bastantes huéspedes de las Amezcuas, de Araquil, Ollo, Guesalaz y otros valles vecinos, ó que los *Echecojaunas* ó padres de familia, súbditos suyos, andaban perezosos ú ocupados en labores y pastoreos, cuidaba de llamar á los primeros que se encontraban libres en el pueblo para que comiesen con el amo.

Nunca este tomaba asiento en la mesa sin que el cura la hubiese bendecido, ni se levantaba nunca de ella sin haber dado gracias al Señor. En el intermedio de entrambas oraciones, Dios solo y Plácida, que todo lo disponia, erañ sabedores de lo que se habia consumido y desbaratado. El servicio todo de madera, la comida más abundante que esquisita; pero alternaban con las legumbres, cabezas y lomo de jabalíes, venado, vaca y corderos, truchas y anguilas del rio Salado, palomas del Pirineo que á la entrada del invierno se cazaban á centenares, gansos, pollas, liebres, recentales, lechones, perdices, chochas y cecina y jamon, segun el tiempo y la fortuna de los cazadores. El vino solia ser de la Solana, ó cuando no, de los valles de Yerri y de Guesalaz: la sidra, de Guipúzcoa.

Mucho daba la casa de Miguel; pero recibia mucho: porque constituyendo la altivez y la gratitud el fondo del carácter navarro, no hay papel que más le repugne que el de parásito. Miguel procuraba enterarse de lo que recibia; jamás llevaba cuenta de lo que daba: solo Plácida sabia lo que se daba y recibia.

Tanto combustible hacinado en el comedor podia alguna vez convertirse en espantosa hoguera; pero Miguel, amaestrado por la experiencia, cuidaba de evitar el incendio. Nada le importaba el vocerío, nada que á los postres brotasen chispas los ojos de sus comensales, ni que las gargantas fuesen perdiendo su habitual sonoridad: á fuer de práctico, veia venir sereno la borrasca. Pero si vislumbraba disputas peligrosas, si ren-

cillas adormecidas se despertaban y querían alzar la frente, aprovechándose de la confusion, Miguel imponia á todos silencio, y los ángulos de la sala resonaban con los ecos de un canto guerrero de los antiguos tiempos, el himno de Lecóvide y Tamayo, el combate de Lara, la cancion de Anibal, por ejemplo, que ensordecian la voz de las más violentas pasiones en aquellos pechos, cuyo espíritu dominante era el amor salvaje á la independencia y el ódio implacable á toda servidumbre en general, y á la de los godos en particular.

Al dia siguiente de haber salido de Cantabria Ranimiro y Amaya, recibió Miguel de Goñi, poco antes de comer, la visita de un huesped, á quien ciertamente no aguardaba.

Era un ermitaño godo, ó por lo menos, no vascongado, que vivia á sus anchas, tan pronto en un campo como en otro, aunque su cueva ó ermita correspondiese á la tierra de vascos. Podia, pues, entenderse con invasores é invadidos, y vivir, como procuraba hacerlo, á costa de entrambos.

Los Concilios cuarto y séptimo de Toledo habian tomado sus disposiciones para extinguir esta clase de anacoretas, que ni eran monjes, ni clérigos, ni legos, sacándolos de sus ermitas, obligándolos á servir en monasterios y prohibiendo para en adelante tan peligrosa profesion, á menos de autorizacion especial del Obispo; pero hallaban siempre cierta proteccion en el pueblo que se dejaba halucinar por las apariencias del traje y la vivienda. El celoso y piadosísimo Marciano, que ocupaba á la sazon la Sede Iruniense, y á quien despues de haber sufrido el martirio venera la Iglesia en los altares, intentó muchas veces traer á mandamiento al buen Pacomio, que así se llamaba el huésped; pero tanto el favor popular, como la guerra que dividia á la grey cristiana, compuesta de godos y vascos, hacian casi imposible la vigilancia del Prelado, y poco menos que ilusoria la accion de la autoridad.

Los hábitos de sayal del falso ermitaño, la cuerda de cáñamo con que se ceñia la túnica, y sus groseras sandalias, contrastaban con la rubicundez de sus mejillas, su fuerte y vigorosa musculatura, sus ojuelos garzos, alegres y traviesos, que con la nariz aguileña y labios finos y apenas perceptibles, daban á su fisonomía cierta semejanza con una ave de rapiña.

Aquella mañana habia estado Miguel muy ocupado, acabando de atestar de vituallas y pertrechos de guerra el fuerte de Gasteluzar, único indicio en valle tan próximo á Pamplona, de la proximidad de la nueva campaña.

Cuando Pacomio llamaba á la puerta de Jaureguia con la contera de su enorme cayado de acebo, volvia Miguel de Gasteluzar, acompañado de media docena de perros y de doble número de personas de ambos sexos, que habiéndole ayudado en la tarea de aprovisionar el castillo, venian á comer al palacio.

—Pacomio, Pacomio, le gritó Miguel, ¿á qué tantos golpes? ¿No sabes que ni de dia ni de noche llama nadie á las puertas de la casa del Señor, en donde todo el mundo tiene derecho á entrar como en la suya propia?

—Llamaba, Jaun Miguel, para saber únicamente si estaba aquí vuestro hijo Teodosio; pues de lo contrario habria ido á buscarle á Gasteluzar.

—Ni aquí ni en el castillo lo encontrarás hoy, hermano Pacomio.

—¿Pero está en el valle?

—Tampoco.

—¿Ha ido de caza?

—Tampoco; y te advierto que no te contesto una palabra más, como no sea dentro de casa y sentado á la mesa.

—No puedo detenerme.

—¿Ni á comer siquiera?

—Tanto como para comer..... y con tal de que no me deis á probar vuestros escelentes vinos de la Ribera..... Porque ya sabeis que á pesar de mi sayal, soy blando de corazon, y hoy necesito andar listo.

—Entra, hermano Pacomio, pero entra sin condiciones: no las admito.

Entraron, y llevando Miguel al huésped á un extremo del comedor para departir un momento á solas, le dijo:

—¿Para qué necesitas á mi hijo?

—Os lo diré á vos solo; y porque solo vos podeis saberlo, os vuelvo á suplicar que no me deis á los postres vuestro fragante vino rancio de Peralta, y de toda aquella tierra de promision de que se han apoderado los godos. ¿Lo entendeis? No me hagais ser indiscreto.

—Bien, hombre, bien; te daré un par de yasos nada más.

—Para gustarlo, y porque no se diga que he pasado como quien dice delante de él, sin hacerle el debido homenaje y acatamiento.

—Pero bien; ahora que no corre peligro tu discrecion.....

—Ahora os diré que ayer ha salido de Cantabria el bárbaro, el infame Ranimiro.

—¡Ranimiro! ¿El incendiario de Aitormendi?

—El mismo.

—¿Y hácia dónde?

—Vuelve á Iruña.

—¿Solo?

—Supongo que habrá dejado en Cantabria á su hija, porque el Rey, que pensaba hospedarse con ellos en Pamplona, ha mandado preparar su alojamiento en el palacio de los Condes, y la venida de Ranimiro no tiene más objeto que el de trazar el plan de la guerra.

—Y Ranimiro es el único que puede hacerlo. Si hubiese sido posible conquistarnos, solo él habria sido en otros tiempos nuestro conquistador. A él ya no le temo: se ha hecho demasiado odioso; pero á sus planes sí.

—Pues bien; como eso que acabais de indicarme lo sabe Teodosio tan

bien como vos, no necesitaba decir á vuestro hijo más de lo que os he dicho, para que ni Ranimiro entre en Pamplona, ni llegue á ver al Rey.

—Pero Ranimiro vendrá con el ejército.

—Las huestes de Rodrigo están pasando todos estos dias hácia Victoriaco y Ologitum, tanto á la izquierda como á la derecha de esta sierra, y Ranimiro no necesita más que una pequeña escolta para volver con toda seguridad á Pamplona. Pero un guerrero jóven y audaz como Teodosio, pudiera intentar.....

—¡Oh! ¡Qué gloria para mi hijo, qué suerte para todos los vascos, si pudiéramos cojer á Ranimiro, vengar los antiguos agravios que, aunque de veinte años de fecha, no pueden olvidarse en veinte siglos, y desbaratar los planes de campaña, aun antes de haberla emprendido!.... Pero es inútil que nos lamentemos de mi mala suerte: Teodosio hace dos dias que falta de casa.....

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sabemos: tal vez hoy, tal vez mañana. Supongo que en vista del movimiento de tropas enemigas, habrá ido á ponerse de acuerdo con otros señores, ó quizá con las tribus hermanas nuestras. El valle de Goñi es uno de los más próximos á la plaza de Iruña, y es posible que nos veamos acometidos dentro de pocos dias. No importa; ahí está Gasteluzar, y sobre todo, ahí están á la espalda las sierras de Urbasa y Andía, para las cuales sirven lo mismo los corceles de la Bética, que las naves famosas del Rey Wamba. Pero eso no obstante hace bien mi hijo Teodosio en contar con sus vecinos, y mejor con los ancianos de las demás tribus del *lauburu*. No hay remedio, hermano Pacomio; no sabemos cuándo volverá Teodosio, y Ranimiro no ha de esperar á pasar por aquí á que mi hijo salga á medir con él su *ezpata* ó su *guecia*. Comamos, pues, en paz y en gracia de Dios, y con tan plausible motivo bebamos á los postres esos vinos á los que tienes un miedo indigno de tu santidad, y luego, que sea lo que Dios quiera.

—Comamos, sí; pero aunque por primera vez quebranteis los inveterados usos hospitalarios de Jaureguia, dejadme ser sóbrio. Tengo que ponerme inmediatamente en camino, porque á falta de Teodosio he pensado en.....

—¿En García?

—Pues; en García, Señor de Abarzuza y las Amescuas.

—El único que puede reemplazar, y áun aventajar pudiera á Teodosio si tuviese algunos más años. Dices bien, comerás como solemos antes de salir de montería, breve y compendiosamente; y te despacharé presto, porque necesitas llegar esta misma tarde á Abárzuza, y creo posible que allí encuentres tambien á mi hijo Teodosio.

—¡Y silencio, por Dios! Porque yo necesito vivir con los godos y con vosotros.

Miguel cumplió su palabra, lo cual es la mayor prueba que po-

demos dar de la importancia que daba á la sorpresa y captura de Ranimiro.

El falso ermitaño, no sin haber saboreado los distintos vinos de la coleccion de Goñi, pudo ir por su pié y con cabeza firme, cruzando por el puerto de Munarriz al valle de Yerri, llegando á la villa de Abarzuza una hora antes de ponerse el sol.

Aquel dia, que era ya uno de la segunda semana de Mayo, parecia fecundo en noticias gordas.

Miguel, á pesar de su inalterable calma y de la asombrosa serenidad con que veia cruzar las huestes hácia Pamplona, receloso de que los enemigos cerrasen la plaza á los vascos cuando menos se pensara, habia mandado allá uno de sus pastores, llamado Saturnino, y por mal nombre *el Disgustado*.

Era este pastor hijo de una familia del valle de Ollo, refugiada en Goñi desde que los godos destruyeron el molino y caserío que habia heredado de sus mayores, orillas del rio Larraun, tributario del Arga.

Llevado de una irresistible atraccion que tiene para el hombre el abismo que le traga ó el espectáculo que le tortura, andaba siempre el Disgustado buscando pretextos para ir á Pamplona y cruzar por su hacienda de Errotalde, que habia pasado á ser propiedad del Tiufado Ranimiro, y por eso Miguel de Goñi le escogió aquel dia para llevar al mercado algunas aves, y traerle cuantas noticias positivas pudiera buenamente adquirir acerca de los godos.

Aunque tan adelantada ya la primavera, las alturas estaban cubiertas de nieve, las noches eran frias en Goñi, y las veladas al amor de la lumbre no se habian interrumpido en la cocina del Palacio.

Situada la de Jaureguia á piso llano, era un ancho recinto sin más techo que la chimenea, que abarcaba todo el aposento en forma de embudo, ni más hogar que el pavimento de enormes piedras cortadas á escuadra. Dos enormes morillos de hierro sustentaban en medio el tronco de un roble, que poco á poco se iba consumiendo, gracias á la hojarasca y leña delgada que gavilla á gavilla se le arrimaba. Contra las paredes yacian sendos escaños de nogal, que ocupaban los hombres: las mujeres se sentaban á hilar en banquillos, ó á coser en el suelo cerca de una especie de hachero, de cuyo mástil como aspas de molino de viento salian en direccion oblícua, las teas que cuidaban de atizar y renovar las mozas que más necesidad tenian de la luz para sus labores.

Entre los asientos y la lumbre promediaba siempre cierta respetuosa distancia, en que sin respeto alguno se tendian los perros de caza, especialmente tolerados los dias que habian tenido algun encuentro con los venados y jabalíes de la sierra.

Amos y criados, señores y vasallos, ricos y pobres, descansando unas veces de las fatigas del combate y otras de las rudas faenas del campo y la montería, pasaban allí las primeras horas de la noche, sin distincion

alguna. Solo por respeto á la ancianidad se reservaba el sitio más abrigado de la cocina al casi secular Miguel, cuyos brazos podian descansar en una mesa fija por un extremo á la pared, con goznes para alzarla verticalmente contra el muro, ó tenderla sobre un pié al extremo opuesto, que es como generalmente se colocaba cuando el amo se sentaba en la cocina. Nunca faltaban durante la velada sendos jarros de vino y de sidra, que el señor cuidaba de ir desocupando en vasos de asta, y la señora de renovar cuando conocia que iban á quedar vacíos.

Aquella noche tenia Saturnino la fortuna de ser de todos esperado, lo cual rara vez le acontecia, pues su cara de pocos amigos, macilenta y displicente, su gesto ordinariamente avinagrado, le hacian poco simpático á jóvenes de ambos sexos.

Al verle entrar á prima noche en la cocina de Jaureguia, exclamaron las mujeres:

—¡El Disgustado, el Disgustado! Aquí viene de dar la vuelta acostumbrada por su hacienda.

—Pese á quien pese, y púdrase quien con buenos ojos no lo mire, contestó con ceño el recien llegado, la hacienda de Errotalde mia es, que no del godo ladron que cobra las rentas, por más que descienda de reyes y se llame Ranimiro: mia la casa, mio el molino; y si los vascos no fuésemos á firmar paces con nuestros enemigos, aún tendria esperanzas de recobrarla.

—¡Paces con los godos! exclamaron hombres y mujeres, soltando la carcajada: no te disgustes por eso, Disgustado.

—Ni pierdas por eso las esperanzas.

—Pues eso, ni más ni menos, corre por Iruña, repuso el pastor tomando asiento en los escaños.

—¿Y son como la muestra todas las noticias que de allí nos traes? le preguntó Miguel.

—Como esa tienen que ser si han de ser ciertas.

—¿Qué noche hace?

—De luna clara como el medio dia.

—¿Qué tales campos hay por Iruña?

—Buenos y malos. Buenos para quien los ha de segar, malos para mí, que no he de trillar en mis eras, ni moler un grano en mi molino.

—¿Y cuándo viene el nuevo Rey de Toledo á domar los vascos?

—¿Y para qué ha de venir, si los vascos estamos ya más domados que mi caballo, que se está ya cayendo de puro viejo?

—Toma un vaso de vino y sosiégate, dijo Miguel escanciándole del de la ribera.

Saturnino se lo bebió de un trago y sin ceremonia.

Entretanto decian los circunstantes:

—Pero esos godos se mudan de reyes como de camisa.

—Y los degüellan para mudarlos.



—No quisiera yo por nada en el mundo ser godo: pero rey suyo menos que nada.

—Pues falta nos hace un rey á los vascos, dijo el Disgustado, limpiándose los labios con la manga del sayo.

Miguel, que no habia tomado parte en este último diálogo, contestó á Saturnino sonriéndose:

—¿Para qué? ¿para degollarlo?

—Señor, para exterminar á nuestros enemigos: para arrojarlos de las tierras que nos han usurpado; para no dejarlos vivir en paz un solo dia. ¿Qué nos hacemos aquí mano sobre mano, secándonos como cecina al aire de la lumbre? Señor, ¿sabeis las noticias que corren por Iruña?

—Estoy aguardando á que me las cuente uno á quien sin más objeto he mandado allá esta mañana, y que no da muestras de haber vuelto.

—Señor, como no me habeis llamado aparte á que os las diga.....

—¡Aparte yo! Habla, hombre, si es por eso; desembucha todo lo que tengas que contar: que acá todos somos amigos, y Miguel de Goñi no tiene para ellos ni vino que no caten, ni secreto de que no participen. Pero te advierto, Saturnino, que las noticias las quiero de buena fuente, y no como esa de la paz, que has recogido del charco.

—Buena ó mala, entre los godos corre y del mercado la traigo. Pero la noticia que allí me han dado en confirmacion de la primera, es que mañana entran en Iruña el Rey por una puerta y Ranimiro por otra.

—Es decir, que Rodrigo viene por la puerta de.....

—De la Ribera.

—Y su pariente Ranimiro......

—Por la Burunda.

—Eso es saber algo, dijo Miguel: toma otro vaso de vino para que cuentes más, y que ande la rueda; que tambien nosotros necesitamos confortarnos para oirte, si son tan graves como parecen las nuevas que nos vas á referir.

Y fué llenando los vasos de vino ó de sidra, á gusto del consumidor.

(Se continuará.)

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

Theses de cultu Sacratissimi Cordis Jesu a PP. Andrea Martorell et Josepho Castellá, e Societate Jesu, methodo didactica concinnatæ; editio altera locupletior et emendata. Barcinone: ex typis Francisci Rosal. MDCCCLXXVII.

Es esta la segunda edicion, revista y acrecentada, de una obra que hace poco más de un año se publicó en Francia. Sus autores que, como se ve por los apellidos, son españoles, la escribieron para dar á los alumnos confiados á su enseñanza teológica, una explicacion clara, sencilla y completa de la devocion al Corazon Sagrado de Nuestro Señor Jesucristo. Al principio no intentaron más que bosquejar un breve ensayo; mas desenvolviéndose naturalmente el pensamiento, resultó un tratado magnífico, en el cual la amplitud y grandeza del plan compiten con la perfeccion de sus partes, y la copia y precision de los conceptos con la elegante sencillez y claridad con que están expresados. La hermosa disposicion y armonía de toda la obra, el conveniente desarrollo de cada una de sus partes, y sobre todo, la clarísima luz que esparce sobre cuanto se refiere directa ó indirectamente á la cuestion principal que en ella se trata, la hacen sumamente apreciable á cuantos quieran profundizar en esta materia. Siendo el libro esencialmente didáctico, y estando escrito segun el método seguido generalmente en las escuelas, es claro que ha de abundar más en doctrina que en aplicaciones, más en argumentos y principios que en vagas amplificaciones, ornamentos retóricos, luces y ambiciosas galas de lenguaje. La sobriedad y sencillez del estilo son los mejores adornos de un libro destinado á la enseñanza; y estas son las prendas que avaloran el de que venimos hablando.

Divídese en tres partes: la primera trata de la existencia del culto del Sagrado Corazon de Jesucristo, de su antigüedad, institucion y propagacion; la segunda, de su naturaleza, y aquí se explican el objeto, los motivos y el fin de esta devocion; la tercera, de sus propiedades, es á saber, de sus ventajas, conveniencia y utilidad. En una breve noticia es imposible ni apuntar siquiera la série de razonamientos con que se prueba, ó desenvuelve cada una de estas partes. Baste indicar que no hay punto alguno de los muchos que abraza esta discusion, que no reciba la conveniente claridad; no hay página del libro de donde no broten ideas bellas y á veces originales, datos y autoridades de gran valor, y áun rayos de devocion y de piedad, de aquellos que, iluminando el entendimiento, se reflejan sobre el corazon, y lo encienden y levantan de la bajeza de la tierra á las divinas alturas del cielo.

En general, parece haber sido empeño especial de los autores de este libro, el llenar el vacío que se advierte en los que corren entre nosotros

acerca de la devocion al Corazon Sagrado de Jesucristo, los cuales, como nacidos en suelo extranjero, ó formados segun el modelo y con los materiales de los escritos en Francia, ó Italia, hablan muy poco ó nada de lo mucho que pudiera decirse sobre la historia de esta devocion en nuestra pátria. Tan laudable propósito lo han desempeñado á maravilla los PP. Andrés Martorell y José Castellá; porque, registrando libros y tratados difíciles de haber á las manos, y revolviendo papeles y documentos en gran parte desconocidos, han logrado hacer una obra que, juntando á la profundidad de la doctrina teológica, la curiosidad de las noticias, y muchos datos y especies de grande importancia y utilidad, se lee con interés vivísimo y siempre creciente.

Cuando todo el libro está tan discretamente concebido, y tan sábia y claramente escrito, es difícil señalar los puntos que merecen especial atencion. Con todo, no dejaremos de indicar que, además de las referidas noticias acerca de la historia de la devocion al Corazon de Jesus en España, que se hallan en la parte primera, en la segunda encontrarán los curiosos datos y principios muy poco conocidos acerca de los fundamentos fisiológicos de esta devocion; y en la tercera, que trata de los provechos y utilidades que se consiguen de este culto sagrado, tendrán asunto de gravísimas consideraciones que, despues de aprovechadas para el bien de sus almas, podrán prestarles abundante materia de instruccion que comunicar á los demás.

Por todo lo cual creemos que las *Teses* sobre el culto del Sagrado Corazon de Jesus escritas y publicadas por los PP. Martorell y Castellá, serán de suma utilidad á los profesores de Teología, predicadores, y cuantos quieran penetrar á fondo los fundamentos doctrinales de esta devocion; pues no hay duda alguna que ellas forman el mejor tratado que en su línea se ha publicado en España, y pueden sostener la competencia con lo mejor de lo publicado en el extranjero sobre tan grave y socorrido asunto.

Al ver en los tiempos que corren salir de las prensas españolas un libro de Teología, escrito en latin y en estilo correcto y elegante, no faltará quien tenga esto por un acontecimiento extraordinario: tan poco acostumbrados estamos en España á tales ediciones. No era así antiguamente, en aquella edad gloriosa en que, siendo el latin lengua universal, los teólogos y filósofos españoles estampaban continuamente obras admirables, escritas en la grave y hermosa lengua del Lacio, que extendian el nombre y la sabiduría de nuestra pátria hasta los postreros confines del mundo. Hoy apenas hay en España quien sepa escribir el latin, y no son muchos los que lo entienden. Podemos consolarnos, sin embargo, porque si la lengua latina está abatida entre nosotros, la castellana no anda muy levantada, y no están de sobra los que escriban con correccion y pureza el habla que heredaron de sus mayores.

M. Mir.

COSTUMBRES POPULARES DE LA SIERRA DE ALBARRACIN.

Cuentos originales POR MANUEL POLO Y PEYROLON, *tercera edicion. Un volúmen en 8.º Barcelona*, 1876.

No extrañará seguramente el lector de LA CIENCIA CRISTIANA, que pongamos particular atencion en el exámen de un libro de tan modestas apariencias, ni que sobre costumbres populares y cuentos de sierra, discurramos en estas páginas dedicadas á la revista de libros sérios y trascendentales. Tratándose de novelas, más ó menos extensas y complicadas, que estas circunstancias no alteran la importancia del género literario, la crítica cristiana tiene graves deberes que cumplir; pues sabido es cuánto han influido estas obras del ingénio en la corrupcion de las costumbres modernas, y en la decadencia de la literatura y de las artes.

Nadie ignora el pago que los escritores franceses nos han dado, por la saludable influencia que en el siglo XVII ejercimos sobre su literatura dramática. Entonces nuestros poetas surtian de asuntos heróicos y bellos á los suyos, y les enseñaban á manejarlos con gracia y gallardía. Corneille, Racine y Moliere eran admiradores, y aun podria decirse discípulos aprovechados de nuestros Guillen de Castro, Lope, Calderon y Moreto. En cambio, desde fines del siglo pasado los novelistas franceses vienen suministrando fábulas á nuestros poetas, y Dumas, Jorge Sand, Eugenio Sue, Víctor Hugo y Paul de Kock, se han erigido en maestros de nuestros novelistas y dramaturgos. La preponderancia política ha estado en este punto relacionada con la literaria, y de señores hemos pasado á ser esclavos.

La consecuencia de este cambio ha sido fatal para nuestra literatura y nuestras costumbres: dímosles nosotros oro puro, y nos han devuelto vil escoria.

Ahí están las novelas originales y traducidas que salen de nuestras prensas, que no nos dejarán mentir. Bajo el pretesto de desenvolver altos pensamientos filosóficos y sociales, dan entrada en sus fábulas á cuantos vicios y locuras ha producido el espíritu moderno. Sin respeto al pudor, ni á la santa ignorancia del alma, que llamamos inocencia, los novelistas pintan en toda su desnudez esas odiosas y desenfrenadas pasiones, que son gérmen natural de los grandes crímenes, objeto de sus novelas. Aparentando combatir el vicio en todos sus aspectos, preséntanle por su cara más repugnante; queriendo, acaso, inspirar horror hácia el crímen, dejan al pasar las páginas de sus libros, funestas semillas de corrupcion en los corazones cándidos y virginales.

Ahora bien, cuando esto sucede, ¿no es deber de la crítica litera-

ria, el emitir su juicio sobre las novelas y cuentos que se publican en castellano, aplaudiendo ó censurando las obras de este género, que vienen á aumentar las bibliotecas de las familias, y donde buscan grato solaz y esparcimiento las imaginaciones juveniles? Por esto, repetimos, no estrañará el lector que demos importancia á los *Cuentos populares* del Sr. Polo, que aunque modestos en sus pretensiones, son muy estimables por su moralidad, y no poco por su mérito literario.

Huyendo el Sr. Polo de la pretenciosa novela social, importada del extranjero, y de las escandalosas fábulas que los novelistas modernos aprenden en los estrados de los tribunales y en los calabozos de los presidios, .hase refugiado en el rincon de la sierra de Albarracin, para traducir en castizo y poético lenguaje cristiano, las inocentes y candorosas costumbres de nuestro pueblo, no contaminado aún de los vicios de la *civilizacion moderna.*

Verdad es que el Sr. Polo no es el iniciador de esta empresa; que antes que él una mujer insigne, y española á toda prueba, *Fernan Caballero*, ha sabido presentar en interesantes cuentos y novelas la vida sencilla y poética de nuestras aldeas y nuestros campos; pero el Sr. Polo, al seguir este camino, prueba gusto delicado y bueno, sentimientos religiosos y tiernos, facilidad y gracia en el uso de la lengua popular, y valor por último; que tambien esta virtud se necesita para arrostrar las burlas y sarcasmos de los necios, que solo hallan interesante y magnífico lo que enrojece el rostro de los hombres honrados y decentes.

Leyendo los cuatro cuentos que contiene el libro del Sr. Polo, parécenos asistir á las escenas que en ellos se narran, y respirar el aire puro de nuestras escondidas sierras, donde al abrigo de las montañas se conservan las santas costumbres y tradiciones de nuestros antepasados. Las descripciones son tan exactas y tan bellas, que el novelista nos lleva como de la mano por entre los valles, que como canastillos de flores se esconden en la sierra; nos introduce en las aldeas, que como bandadas de pájaros se agrupan en torno de la casa del Señor; nos hace sentar á la *losa* del hogar, bajo la anchurosa campana de la chimenea, donde al amor de la lumbre y al resplandor de las teas, celebran sus veladas las familias del lugar, presididas por los abuelos; nos pone en relacion con los sencillos aldeanos, para que de sus lábios escuchemos la candorosa relacion de sus alegrías y tristezas; nos traslada en una palabra á la vida inocente, dulce y cristiana de las montañas, desde el vertiginoso torbellino de la vida moderna, que en estas grandes ciudades nos aturde y enloquece.

¿Cómo ha podido conseguir el Sr. Polo tan maravilloso resultado? Aparte de sus dotes literarias, que son muchas y buenas, tiene una que sobre todas resplandece. El Sr. Polo ama la verdad y la tráduce fielmente en sus novelas. No es el poeta almibarado, que desde los suntuosos salones de la Corte pinta con alambicadas frases y elegantes conceptos la

dichosa vida de los pastores, que en el ameno prado, á la puerta de la escondida choza, cantan al dulce son del caramillo los desdenes de sus amadas y la fortuna de sus rivales, no; no es el poeta bucólico de la *Diana*, de la *Galatea* y de la *Arcadia;* es el poeta de las aldeas, que conoce los rincones de las sierras, entre las cuales ha nacido; el poeta de los sentimientos dulces y los afectos cristianos; el cantor de una vida que conoce, porque la ama; de costumbres que ha estudiado, porque han sido las suyas; de alegrías y de tristezas, en fin, que han pasado por su corazon, y han formado en cierto modo su caracter, sus aficiones y sus gustos.

Solo así se esplica la verdad y el interés de los cuentos del Sr. Polo. El novelista, por creador y fantástico que sea, si es verdadero artista, si sus obras han de llevar el sello del alma, no puede menos de reflejar las ideas, los sentimientos y las costumbres, entre las cuales se ha formado su genio. Daniel de Foe, tan conocido en un tiempo por sus novelas de ladrones y piratas, se crió en una taberna de Lóndres, donde trató á aquellos intrépidos corsarios, cuyas costumbres reprodujo fielmente en sus novelas; Walter Scott, el incomparable novelista de las tradiciones escocesas, se crió al lado de su abuelo, en un castillo de Escocia, donde los viejos pastores le referian *baladas* antiguas é historias portentosas acaecidas en aquel país; el mismo Goethe, tan fantástico y tan lúgubre en sus incomprensibles poemas, refiere que los cuentos de brujas y duendes fueron la lectura constante de su niñez y el encanto de su juventud. De tal modo influyen en el novelista las circunstancias en las cuales se educa su espíritu y reforma su gusto.

Ahora bien, el Sr. Polo ha nacido y se ha educado en la sierra de Albarracin; ha paseado desde niño los valles y las montañas que describe en sus cuentos; ha tratado á los personajes de sus dramas: y vive identificado aún con aquellas santas costumbres, que forman el principal asunto de sus narraciones poéticas. Sobre la portada de sus cuentos pudiera haber escrito el Sr. Polo esta frase, que Shakespeare puso al frente de una de sus mejores obras: *All is true:* todo es verdad.

Aplaudimos, pues, al Sr. Polo por sus cuentos; reconocemos en él excelentes cualidades; podrá, acaso, hacernos con sus novelas menos sensible la pérdida que parece inminente de *Fernan Caballero;* pero estas mismas circunstancias le imponen graves deberes que cumplir, para no decaer, antes bien, para adelantar de dia en dia en la difícil senda que ha tomado. Los cuentos que tenemos á la vista se resienten todavía un poco de la inesperiencia del aprendizaje. Aunque los asuntos son de suyo sencillos, hubiera convenido que el autor le hubiese dado mayor variedad, procurando no repetir las escenas que, aunque bellas, pueden languidecer á fuerza de ser representadas. Es esto tal vez efecto de una tradicion literaria, muy arraigada en los poetas y novelistas, y acerca de la cual habria mucho que decir, que no es propio de este lugar. Nos referimos á ese exclusivismo, digámoslo así, que se observa por

las escenas amorosas, en razon sin duda á la viveza de los sentimientos que suscitan. Comprendemos que el amor de los novios sea santo y legítimo, cuando nace de corazones nobles y cristianos; pero ¿por qué limitar á este círculo de afectos, el vasto campo de los amores que abriga el corazon humano? El amor de la religion, de la familia, de la pátria, y tantos otros en que se han formado grandes héroes y esclarecidos santos, ¿no pueden dar al novelista y al poeta asuntos interesantes y bellos para tejer sus fábulas? Algo de esto hay en los cuentos del Sr. Polo, y por ello le tributamos especiales alabanzas; pero la tradicion sobrenada en la corriente de sus narraciones, y sin que constituya un grave defecto, amengua la variedad de sus escenas populares.

Por lo demás, en los *Cuentos* del Sr. Polo, segun juicio autorizado del censor eclesiástico, Sr. Sardá y Salvany, resplandecen «el amor más acendrado á la santa religion verdadera, el celo por las buenas costumbres, y la aversion más profunda á las máximas de la impiedad moderna,» lo cual constituye un elogio incomparablemente mayor que todos los que con justicia puede tributarles la crítica literaria.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

VARIEDADES

I

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES

ODA

Llena el alma de luto y pesadumbre,
Contemplando la arena ensangrentada,
Del Gólgota aparece en la alta cumbre
Una madre infeliz arrodillada:
Su atónita mirada,
Sin luz por el raudal de acerbo llanto
Que anega el corazon, busca impaciente
Y hallar teme á la vez el leño santo,
Por ver si el Hombre-Dios allí pendiente
Prolonga su agonía,
O acabó de penar: ¡pobre María!

Es su Hijo, es su amor, es su tesoro
Que un tiempo en Nazaret, mientras oraba,
Fulgente númen del celeste coro
Como fruto bendito le anunciaba:
El mismo que jugaba
A los piés de José, su amado esposo:
El mismo que arrulló en su casto seno,
El dulce encanto del hogar dichoso,
El que niño impugnó de ciencia lleno
Judáicos errores
Confundiendo en el templo á los doctores.

De oprobioso madero suspendido
Le encuentra ahora, yerto, amoratado,
Entre uno y otro criminal bandido
Como vil malhechor ajusticiado!
¿Y el cielo despiadado
Le olvida y abandona de esa suerte?
¿Y aún sustenta la tierra al miserable,
Cobarde juez que decretó su muerte?

¿Y al mónstruo que en su faz osó implacable
Poner la mano impía?
¡Cuán justo es tu dolor, pobre María!

¡Vedla pálida, inmóvil, con los ojos
Clavados en la cruz, de donde brota
Fluyendo por los cárdenos despojos,
La sangre del Cordero gota á gota!
Comprende la derrota
Del imperio satánico en el mundo,
De Abraham y su prole el regocijo;
Más ¡ay! al contemplar que moribundo
Rindió la vida su inocente hijo
En tan infame lecho,
Revienta el corazon dentro del pecho.

La luna esconde su plateado disco
Por no ver la tragedia del Calvario,
El sol desmaya, se estremece el risco,
Y devuelve sus muertos el osario:
El velo del santuario
Se rasga con estrépito; la tierra
Retiembla con pavor, brama el torrente,
Retumba el trueno en la empinada sierra,
Y los roncos gemidos que elocuente
Natura en torno envia,
Redoblan su dolor: ¡pobre María!

No desgarra las tocas virginales,
Ni se irrita mesando los cabellos,
Ni retuerce los brazos maternales,
Ni destilan rencor sus ojos bellos:
Leerse puede en ellos
De una santa heroina la firmeza,
De un amor sin igual todo el delirio,
De un alma desolada la tristeza,
De un pecho lacerado el cruel martirio,
Que ser mayor no pudo,
Ni más horrible, aunque callado y mudo.

Exaspera y confunde á los sayones
Aquel llanto sin fin, mal reprimido,
Que sus negros y duros corazones
Quemando está cual plomo derretido.

¿Habrán reconocido
Su bárbara impiedad? ¿su error nefando?
Aunque el cielo y la tierra dan señales
De profunda afliccion, siguen dudando,
Sin dejarse mover de pruebas tales,
Blasfeman todavía
Con torpe ceguedad..... ¡pobre María!

«¡Perdónalos, exclama: ya piadoso
Por ellos del Eterno la clemencia
Demandaste en patíbulo afrentoso
Mostrando en él tu celestial esencia!
Olvida su demencia:
Mayor es tu bondad que su delito:
Da luz á la obstinada impía gente
Que se alzó contra ti Dios infinito;
Y esa sangre preciosa que caliente
La mústia yerba inunda,
No sea á rescatarlos infecunda.»

¡Prostérnate, ó querub, ante ese leño,
Vela el rostro y admira á la Matrona
Que al contar las heridas de su dueño,
Compadece al verdugo y le perdona:
Por rígida corona
Ve su frente divina taladrada,
Pero al Padre el espíritu volviendo
Con sus altos decretos resignada,
Humilde acata el sacrificio horrendo
Que á libertar venia
La sierva humanidad: ¡pobre María!

Mas ¡ay! consuélate, reina y señora,
Recobre la quietud el pecho amante:
Escrito está que á la tercer aurora
Del sepulcro Jesus saldrá triunfante.
¡Aquel dichoso instante
Vendrá á poner el sello á tu alegría!
Regocíjate pues, hija del Cielo,
No más lágrimas viertas, ó María,
Que harto regaron el ingrato suelo!
Y sean tus dolores
Salud á los enfermos pecadores.

Raimundo de Miguel.

II

LA CORONA DE ESPINAS[1]

POEMITA DRAMÁTICO

Cueva cerca del sepulcro de Absalon en Jerusalén. Es de noche: una lámpara de mano alumbra tibiamente.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA CLEOFÉ *y* MARÍA MAGDALENA: *la primera á la entrada de la cueva como observando: la segunda reclinada sobre una peña.*

MAGDALENA.—Mira bien, hermana mia.
¿Nada divisas, Cleofé!
CLEOFÉ. Desierto el campo se vé:
Juan no ha vuelto, ni María.
Ella cerca de su amor
vivir tan solo procura.
MAG. Del Hijo á la sepultura,
fué transida de dolor.
Teme que aquellos malvados
de Jesus el cuerpo ofendan.
CLEOFÉ. Guardas hay que lo defiendan.
MAG. Recela áun de los soldados.
CLEOFÉ. No puedo, no, recordar
de la madre el sufrimiento:
quiero verla, y mi tormento
no me la deja llamar.

---

1 La accion de este poemita es puramente alegórica. Se describe cual si hubiese ocurrido en los instantes inmediatos á la hora de la Resurreccion de Jesucristo en la gruta ó cueva, que segun las tradiciones jerosolimitanas sirvió de refugio á los Apóstoles.

Las palabras que se ponen en boca de San Juan Evangelista, y en esa hora son con referencia, hasta cierto punto, á lo que la Iglesia canta en su festividad: «Este es el que se recostó en la cena sobre el pecho del Señor. ¡Dichoso Apóstol á quien fueren revelados los secretos celestiales!» Y tambien en consonancia con lo que escribió San Ambrosio (Sup. Psalm. 118, v. 2): «Reclinando San Juan la cabeza sobre el pecho de Cristo sacaba de allí profundos secretos de la divina sabiduría.»

MAG. No puede seguir sus huellas
en tal noche de dolor.

CLEOFÉ. Parece que hasta el fulgor
han perdido las estrellas.

MAG. Y son mis lamentos vanos
en la angustia con que lucho.

CLEOFÉ. Solo esas hojas escucho
de los olivos cercanos.

MAG. En Jesus mi bien perdí.

CLEOFÉ. Yo en Jesus tengo mi gloria,
porque su dulce memoria
es la vida para mí.

MAG. A mi recuerdo querido,
¿hay alma que se resista?
Vivo, sí, pero á la vista
siempre de mi bien perdido.
De nuevo al sepulcro iré.
¡Ay! No lo puedo olvidar:
vengo y torno á aquel lugar
donde á mi dueño dejé.

CLEOFÉ. Contigo irá mi lamento,
y contigo mi congoja.
¿No lo ves? Soy pobre hoja
que arrebata cualquier viento.

MAG. Junto á la tumba me espera,
á acompañar mi gemido,
la tórtola que ha venido
á anunciar la primavera.

CLEOFÉ. Ayer voló sobre el huerto,
donde reposa mi amor,
con fatiga y con dolor
la paloma del desierto.
El ver su inquietud esquiva,
en algo me consolaba,
y es que en su pico llevaba
un ramo de tierna oliva.
Dije yo: «No desesperes,
alma, en ciego desvarío:
tuya soy, tuya, Dios mio;
haz de mí lo que quisieres.»

MAG. En desconsuelo cruel
está mi frente abatida:
¿cómo puedo tener vida
si se la han quitado á Él?

Mi juventud fué locura;
galas, amores, contento;
por do quier llevaba el viento
los ecos de mi ventura.
Senda de error frecuenté,
creyendo feliz mi suerte:
buscaba, nécia, la muerte,
pero la vida encontré.
Cuando de Jesus oia
las cosas que el mundo hablaba,
mi corazon palpitaba,
pero yo no lo atendia.
Fué estraña mi confusion:
la primer vez que le ví
una lágrima vertí
sin saber yo la razon.
¿Y por qué tal sentimiento
y tal lágrima ignorada?
Era ¡oh Dios! que anticipada
la dió mi arrepentimiento.
Y cuando en tan dulce dia
torné á ver su rostro amado,
dije: «Por fin me he encontrado
en el mar de la alegría.»
Entonces mi pensamiento
vió una luz de encanto llena.....

CLEOFÉ. Cesa un punto, Magdalena,
que hácia allí pisadas siento.
Mas no..... me engañó el oido.
El triste viento agitó
un rosal de Jericó
que en esa entrada ha nacido.
Otro rosal para ti
planté bajo aquella palma.

MAG. Me lo está diciendo el alma
desde el punto en que lo ví.
Emblema esas flores son
de lo que aquí está pasando:
con el aire están temblando,
cual tiembla mi corazon!
Así otro tiempo corria
un viento que me besaba,
y con mis rizos jugaba,
jugaba, y los deshacia.

Desvanecióse el encanto
con el mal y su evidencia,
y á la voz de «penitencia»
solté el cabello y el llanto.

CLEOFÉ. Ten, Magdalena, valor.

MAG. Valor siempre en mí verás;
¿y qué pedirme podrás
que por Él no haga mi amor?
Ave fuí de este horizonte,
que va del nido á la grama,
y salta de rama en rama,
y vuela de monte en monte.
Dejé el amoroso canto
por otro canto y gemido.

CLEOFÉ. ¡Oh! ¡qué senda has recorrido!

MAG. Desde el suspiro hasta el llanto.
Y así pasarán mis dias
cual entre espinas y abrojos,
pues con la luz de sus ojos
se fueron mis alegrías.

CLEOFÉ. Mi espíritu aguarda atento
en medio de este dolor
con el silencio mayor
que puede mi sufrimiento.

MAG. ¿Aguardas? Yo espero á Juan.

CLEOFÉ. Mas de media noche es;
y allí, hermana, bien los ves,
esos aromas están.....

MAG. Flores que fueron regadas
por las aguas del Silóe,
y tambien mirra y alóe.

CLEOFÉ. ¿No escuchas?

MAG. No.

CLEOFÉ. Son pisadas.

MAG. Abandona esa ilusion,
Cleofé; lo que estás oyendo
es solo el lejano estruendo
del torrente de Cedron.

CLEOFÉ. ¡Verdad!

MAG. Sobre piedras mil
sus aguas se van quebrando.

CLEOFÉ. ¡Ay! que me están recordando
el bramar del pueblo vil,
cuando sin piedad alguna

clamaba: «Cristo en la cruz.»

MAG. Y velada fué la luz
del sol, de estrellas y luna.
Jesus en la cruz moria:
yo con llanto lo miraba;
raudo el viento suspiraba,
y el cielo le respondia.
El cielo, de espanto lleno,
se ocultaba con dolor,
y aumentaba mi terror
con sus gemidos el trueno.
Estremecióse el abismo:
demandé al cielo ¡piedad!
y al ver tan grande maldad,
«¡piedad!» clamó el cielo mismo.

CLEOFÉ. Allí en su tumba querida,
mi sentido se enagena:
parece playa serena
donde está en calma la vida.

MAG. Tambien la miro de suerte,
que juzga mi pensamiento
que en tan triste monumento
descansa con Él la muerte.

CLEOFÉ. Tregua á tu pena y la mia.

MAG. Cual tú le adoras, le adoro.

CLEOFÉ. ¿Qué ha prometido á tu lloro?

MAG. ¿Qué prometió? ¡La alegría!

CLEOFÉ. ¿Y quién logrará excederla?

MAG. Sola tu bondad, Dios mio,
que es cual gota de rocío,
miel en flor, en concha perla.

CLEOFÉ. Calla que ya cerca están:
oigo la voz cariñosa
de la Madre dolorosa
que se despide de Juan.

MAG. Cuando á Juan miro á mi lado
con su espresion de dolor,
parece un ángel de amor
que en la tierra se ha quedado.

CLEOFÉ. Cuando escûchaba mi anhelo
su regalada armonía,
yo pensaba que se abria
ante mis ojos el cielo.

ESCENA SEGUNDA.

(Las mismas y JUAN, *con un objeto en la mano, envuelto en un lienzo.)*

MAG. ¡Oh Juan! temblaba por ti
este corazon cobarde,
mientras en tu pecho arde
la luz que vacila en mí.

JUAN. En esta lucha de horror
soy un mísero soldado
que la corona ha salvado
de su muerto emperador.

MAG. ¡Corona tú!

JUAN. ¿No la esperas
ni su poder adivinas?
Es la corona de espinas
con que Dios quiere que mueras.

CLEOFÉ. ¡De espinas!

JUAN. La traigo yo
como el mayor de los bienes:
ella fué la que las sienes
de Jesucristo ciñó.

(Se arrodillan las dos.)

A mi cariño confia
esa reliquia preciosa
la Madre más amorosa,
que por Él es Madre mia.
De rodillas, sí, y llorad;
llorad cual llorando estoy;
que en vosotras debo hoy
coronar la humanidad.

(Breve pausa. Se levantan las mujeres á una señal de Juan, que coloca en una peña la corona, tapada cual la trajo. Despues de una breve pausa, y como inspirado, dice:)

JUAN. ¿De tu soberbia la ley
qué declara y cómo empieza?
De la gran naturaleza,
hombre, te llamas el Rey.
Respondes á un santo amor
con orgullo y abandono;
eres Rey..... pero ¿en qué trono?

¡En el trono del dolor!
¡Triste Rey! con lo que adquieres,
inmortal te juzgas, sí;
perdido dentro de ti
cual en un desierto mueres.
De la victoria la palma
y el poder has conseguido.....
y Dios recorre afligido
el desierto de tu alma.
¡Cómo el oro te enajena!
sin ver, hombre delirante,
que en el desierto es brillante
la seca y pálida arena.....
¡Agua! tu sed con espanto,
pide á la arena extendida,
cuando no hay para tu vida
más gotas que las del llanto.
Rey de inmensos arenales
en que nada se divisa;
sin verlos tu planta pisa
de la muerte los umbrales.
Rey eres de la razon,
que es tu reino el más amado.....
¡Infeliz! ya lo ha anegado
el mar de tu corazon.

MAG. ¡Oh! cuánta verdad se encierra,
águila, en tu raudo vuelo,
que con alas hácia el cielo
clavas tu vista en la tierra!

JUAN. No: que han dejado estos dias
los serafines sus galas;
cuando recogen sus alas
¿cómo desplegar las mias?

CLEOFÉ. Da al viento lo que es del viento:
tus alas torna á tender,
y así volverás á ser
alma de mi pensamiento.

JUAN. Rey de engañadoras vidas,
de promesas ensalzadas,
si por una parte dadas
por otra jamás cumplidas;
Rey de vida tan ligera,
que aparece y desparece
entre el bien que desvanece,

y entre el mal que desespera.
En ventura y desventura
y en todo lo que en ti veo,
no hay más Dios que tu deseo,
ni más razon que locura.
Ignorante, finges ciencia;
infiel, la fidelidad;
rico, finges caridad;
y pobre, finges paciencia.
Avariento, prevision;
injusto, el más noble anhelo;
calumniador, santo celo;
y sin piedad, compasion.
Y das á la ingratitud
nombre del más digno olvido;
y siempre en tanto fingido,
¿qué proclamas? ¡La virtud!
Y por seguir tu falsía
tendrás, Rey del sufrimiento,
por cada goce un lamento,
por cada bien, la agonía.
Y entre aquel dolor que viene,
y esa ilusion que se va,
¡clemencia! á Dios pedirá
quien para nadie la tiene!!

CLEOFÉ. Mi mente al cielo se eleva
de esa luz á los reflejos,
para no ver ni áun de lejos
qué camino el mundo lleva.

JUAN. Eres Rey de amor soñado;
eres Rey de amor mentido.
¿Si Jesús fué aborrecido,
cómo quieres ser amado?
Con mil vistosos colores
tu manto bordado tienes,
y en las abrasadas sienes
corona de frescas flores.
¿Esas flores lisonjeras
son de un jardin delicado?
¡En un bosque se han criado
en donde anidan las fieras!
Enajenan tu razon
con sus aromas ardientes,
mientras espinas vehementes

te llegan al corazon.
Tu orgullo ciego batalla
entre la tierra y el cielo.
¿Es que buscas un consuelo?
Fuera de Dios, ¿quién lo halla?
Ve en esa peña á ti mismo.
¿Si del monte es desprendida,
qué le espera á la caida?
A la caida, ¡el abismo!

Mag. Recuerdo el bien que perdí;
y al verme en tal soledad,
digo á mis ojos: «Llorad,
llorad, porque estoy sin mí.»

Cleofé. Jesús con voces divinas
senda me enseñó de amor,
y tambien la del dolor
esta corona de espinas.

Juan. Lo que tu afan no ambiciona,
Hombre-Rey has de tener:
de hoy más habrás de poner
una cruz en tu corona.
Tu independencia altanera
con una cruz se ha abrazado:
la de Cristo no has tomado;
dejaste la verdadera.
Esa á que abrazado estás
es la cruz del mal ladron:
esa cruz de obstinacion
es la cruz de Satanás.
En busca del bien perdido
sigue senda de ventura:
bebe el caliz de amargura
donde Jesús lo ha bebido.
En esta corona, sí,
te dió al morir su riqueza:
cuando inclinó la cabeza
fué para legarla á ti.

Mag. Me enajena tu voz grata,
grata siempre al alma mia:
estrella que al bien me guia,
aura que dulce arrebata.

Cleofé. Con tu acento de verdad
¿qué más quiero poseer?
Soy cual nave en un placer

cercada de tempestad.

MAG. ¡Ay! yo no olvido ese dia:
ultrajes á su persona,
falsos testigos, corona,
Calvario, cruz y agonía.
Muerte, tempestad y calma,
sepulcro y Jesús ausente.....
y todo, todo presente
á un mismo tiempo en el alma.

(Juan dirigiendo la vista al campo que está á la entrada de la gruta, el cual aparece iluminado con luz roja.)

JUAN. Mirad, hijas de Sion,
que llorais su desventura:
sobre el Gólgota fulgura,
vedla, sí, una exhalacion.

(Desaparece la luz.)

Pero esa instantánea luz,
que aparece sobre el monte,
se extiende en el horizonte
en forma de roja cruz.

(Vuelve á aparecer la luz, desapareciendo al poco rato.)

Otra luz de nuevo lanza.
Mi frente al verla se inclina:
es el puerto á dó camina
muerta de amor la esperanza.

MAG. No me engaña una ilusion:
¿la sierra se ha estremecido,
ó es sólo un fuerte latido
de mi triste corazon?

CLEOFÉ. Las nubes que en denso velo
la luz del sol ocultaron,
corren ya..... se disiparon.....

(Empieza á iluminarse la escena con luz blanca, que irá aumentando en intensidad segun los versos.)

Ved las estrellas y el cielo.

MAG. No hay oscuridad alguna:
el mundo en calma reposa:
ténue luz brilla dudosa.....
¿es la del alba ó la luna?

Un aura blanda de amores
regalar mi rostro siento,
y percibo el dulce aliento
de las ya entreabiertas flores.

JUAN. Llega pues, dichoso dia:
mas la gloria de tenerte
no me mate antes de verte.....
te lo pide el alma mia.
Vosotras id, no tardeis,
con uno y con otro aroma,
que aunque el alba lenta asoma,
al sol muy pronto vereis.
De Jesus la tumba espera
ese perfume sagrado,
por vuestro amor preparado
con la fe que persevera.
Os seguirá Salomé.
Id: mi cariño os envia:
voy á llorar con María.
Con Pedro os alcanzaré.
Y las rodillas doblad
antes de subir á un trono:
porque en vosotras corono
de nuevo á la humanidad.

(Se arrodillan las mujeres.—Señalando la corona que descubre y deja sobre la peña, dice:)

JUAN. Esta corona esplendente
de un espino se formó,
nacido allá en Jericó
en el lecho de un torrente.
Brillan cual grandes rubíes
gotas de sangre adoradas,
por el amor transformadas
en rosas y en alelíes.
En ella te ofrece el cielo
como prenda de su amor,
por cada humano dolor
cien espinas de consuelo.
Ya, Rey, tu sólio no halla
enemigo poderoso
aunque espere cauteloso
en el campo de batalla.

Tus banderas da á los vientos;
que una locura pretende:
esa corona defiende
tu trono y tus pensamientos.
¿Qué era tu ley? despreciarla.
¿Qué tu piedad? no seguirla.
¿Qué tu razon? confundirla.
¿Y tu modestia? olvidarla.
¿Cómo, pues, engrandecerte,
si ignoraba tu vivir
el secreto del morir,¦
y el más allá de la muerte?
A Dios tal vez conociendo
por su poder te humillabas:
más tu humillacion vengabas
al oprimido oprimiendo.
Por la espada ó por la lengua
al que estaba herido herias,
¿qué en el alma, qué sentias?
¿grandeza ó talento? ¡Mengua!
Tu Dios al mundo ha venido
y ha preguntado por ti,
¿y á dónde te aguarda? Allí.....
al lado del afligido.
¿Para su inmensa afliccion
no tienes plata ni oro?
Aún te queda un gran tesoro;
te queda la compasion.
Cubra sus llagas tu manto.....
Dios te lo dió para eso.....
sus ayes cubra tu beso,
cubra su llanto tu llanto.
Por tu caridad divina
tú su consuelo has de ser;
porque así verás caer
de esta corona una espina.
Perdonas á tu ofensor
y bien por el mal le das;
descender luego verás
otra espina de dolor.
A cada virtud que haciendo
vayas, con mano segura,
mil espinas de amargura
tu corona irá perdiendo.

Con la caridad por ley
logras sin espinas verte:
sal á encontrar á la muerte
con valor digno de un rey.
Es ya libre tu persona
sin las espinas crueles:
¡coronas de oro y laureles!
¿qué sois ante esta corona?
¿Cuál otra dicha mayor?
Tu esclavitud ha acabado.....
¡Paz á ti, rey coronado
para el reino del amor.....!!
¿Al amor más verdadero
no oyes pues?—«Ten confianza:
»Yo tambien tengo esperanza;
»soy tu Dios, tu Dios..... y espero.»
«Verte esa corona ansío.
»Yo la he llevado por tí;
»hoy tú la llevas por Mí.....
»ya eres todo, todo mio.»—
No más..... mi voz conmovida
tan solo os puede decir:
«*Fieles sed hasta morir*
y habreis corona de vida [1].»

FIN.

ADOLFO DE CASTRO.

---

[1] *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* (San Juan, Apocalipsis, 2, 10.)

CRONICA INTERIOR

1. Preparativos para la peregrinacion á Roma.—2. Resultado de las últimas elecciones.—3. Conjeturas sobre la composicion del futuro Senado.—4. Discordias entre los revolucionarios.—5. Un incidente de la discusion sobre las bases de enseñanza en el Consejo de Instruccion pública.—6. La propaganda protestante.—7. Derrota del protestantísmo en Menorca.

1. Son verdaderamente admirables la actividad y el celo desplegados por nuestro episcopado en los preparativos para la romería que se proyecta á la capital del orbe católico, con ocasion del jubileo episcopal del insigne Pio IX. Si, como es de esperar, encuentra eco en el corazon de todos los católicos españoles este llamamiento de nuestros venerables Prelados, no es dudoso que España logrará estar dignamente representada en tan solemne y universal manifestacion religiosa. En muchas diócesis existen ya juntas mistas de eclesiásticos y seglares, nombradas por los Prelados, para disponer y ordenar cuanto crean conducente al mejor éxito de esta obra, que ha de servir de consuelo á nuestro inmortal Pontífice, enmedio de las amarguras sin cuento que le hace apurar la revolucion. Tambien en todas las diócesis se han abierto suscriciones extraordinarias al dinero de San Pedro, con el fin de presentar una ofrenda pecuniaria al Jefe supremo de la Iglesia, tan necesitado de recursos materiales con que atender á las múltiples atenciones de su cargo pastoral. Diariamente llegan á nuestra noticia las pastorales con que los M. R. Arzobispos y Obispos exhortan á los fieles á que contribuyan, en cuanto les sea posible, al mayor esplendor del grandioso testimonio de amor y adhesion al centro de Unidad, que se dispone á hacer el orbe católico en el próximo mes de junio. La falta de espacio nos impide insertar en nuestra crónica tan bellos documentos.

2. El resultado de las elecciones de Diputados provinciales ha sido el mismo que acostumbramos á ver en estos casos, es decir, que los candidatos ministeriales han triunfado en la inmensa mayoría de los distritos de Madrid y provincias. Como particularidad digna de ser mencionada, citaremos la de haberse presentado en ellas un número de candidatos mucho mayor que el ordinario, aspirando á representar los intereses de sus conciudadanos; lo cual forma contraste con la apatía de los electores, que nos ha proporcionado ocasion de apreciar lo cansado que se halla el pueblo de esta clase de experimentos, y su escaso afan por ejercitar los *derechos* que se le otorgan las más de las veces á pesar suyo. Por lo que toca á Madrid, las siguientes cifras que han publicado los periódicos, son una cumplida demostracion de esta verdad. «En las elecciones provinciales, dicen, han votado en Madrid 17.017 electores segun los datos hechos públicos, y haciendo caso omiso de los votos perdidos. Siendo la cifra del cuerpo electoral 52.000, resulta que solo un 38,58 por 100 de los electores han tomado parte en la lucha.»

3. La proximidad de las elecciones de Senadores da margen á que ya

empiecen los cálculos sobre la representacion que lograrán tener en la alta Cámara los diversos partidos políticos. La fraccion centralista del Congreso parece prometérselas muy felices en este punto, á juzgar por las esperanzas de que hacen gala sus órganos en la prensa. La agitacion electoral, que apenas si ha tenido tiempo de calmarse terminadas las elecciones de diputados provinciales, se deja sentir de nuevo y más visiblemente ante la perspectiva de las que se han de verificar en el mes próximo. Aunque todavía sea prematuro cuanto pueda conjeturarse sobre su resultado, es probable sin embargo que las oposiciones lleguen á reunir un número considerable de votos, en razon á ser declaradamente anti-ministeriales muchos de los Senadores por derecho propio y algunos de los que cuentan con probabilidades de ser elegidos por las Academias y Universidades, donde la influencia del Gobierno no es tanta ni tan directa como la que puede ejercer sobre la gran masa del cuerpo electoral. Los grandes de España tratan de prevenir los perjuicios que pudieran seguírseles de interpretar el Gobierno en sentido restrictivo el precepto de la Constitucion vigente en lo relativo á la senaduría por derecho propio, como lo demuestra la siguiente noticia que tomamos de un periódico liberal:

«Háblase de una reunion que parece van á celebrar los grandes de España que tienen derecho, como presuntos Senadores, á tomar asiento en la alta Cámara, desde que esta funcione con el carácter de junta, en vista del estrecho criterio que, segun indicaciones de la prensa ministerial, va á adoptar el Gobierno en lo que respecta á los actos precedentes á la definitiva Constitucion del Senado.»

4. La fusion de los republicanos positivistas con las varias fracciones del partido radical, que el *Pueblo Español*, órgano, como es sabido, de los republicanos unitarios, llegó á dar como cosa hecha, no sólo no se ha verificado todavía, sino que tropieza segun se dice con grandes dificultades. Nacen éstas de las pretensiones de Martos y Castelar á ejercer la jefatura sobre los dos partidos coaligados, y de la falta de concordia entre los grupos en que se halla dividido al presente el radicalismo, algunos de los cuales, lejos de recibir las inspiraciones de Martos, se le han declarado abiertamente hostiles. *La Nueva Prensa*, órgano de uno de ellos, revela en un artículo que publicó hace pocos dias sobre las jefaturas de los partidos, el ningun éxito de las negociaciones entre radicales y positivistas para llevar á cabo la fusion, y las profundas divergencias que separan á los *pro-hombres* del radicalismo. De este artículo, cuya importancia no es posible desconocer, tomamos los siguientes párrafos:

«Cualquiera que atienda más á los detalles que al fondo de las cosas, *al ver las periódicas reuniones que en casa de algunos pro-hombres tienen lugar, las conferencias que con frecuencia celebran los personajes más importantes de algunos grupos*, y el movimiento de concentracion que se observa en las distintas agrupaciones, creerá sin duda que es llegado el momento de que cese el *atomismo* de los partidos, y que estamos en vísperas de que organicen grandes y poderosas agrupaciones.

Pero ¡vana ilusion! En esas mismas manifestaciones que parecen un síntoma consolador, se descubre un fondo de egoismo y de intransigencia, que será un obstáculo á que se realice aquella obra; y por más que parezca que

obedecen á un móvil patriótico y levantado *los que hoy se concilian, conferencian y cabildean, sólo son movidos por el ódio que á sus enemigos profesan, y á las veces por imposibilitar la obra de sus propios amigos.*

De esas reuniones que los moderados, los centralistas, los constitucionales, disidentes y *otros, celebran periódicamente en casa de los personajes que se creen con títulos bastantes á la jefatura de un partido,* no esperamos nosotros ningun buen resultado para la política española, por más que haya ilusos que crean que esas reuniones han de dar por resultado, en dia más ó menos lejano, la formacion de grandes partidos políticos.

Y no esperamos nada de esas reuniones, porque áun dado el personalismo que todo lo determina é informa, y áun cuando por ese medio pudieran organizarse agrupaciones políticas, *las personas que se han encargado de esa organizacion, y que aspiran á la jefatura de los nuevos partidos, no reunen, por mucho que sea su talento, las condiciones necesarias para ejercer dignamente el alto puesto á que aspiran.*

La alianza proyectada entre centralistas y constitucionales para combatir al Gobierno, parece haberse aplazado hasta la reunion de las Córtes, si hemos de dar crédito á lo que nos dicen los periódicos. Entretanto no cesan los cabildeos entre las personas más caracterizadas de ambos partidos, y las reuniones semanales de los centralistas, con el fin de *hacer política* y ocuparse en los preparativos de las elecciones de Senadores.

5. El interés que ofrece cuanto se relaciona de algun modo con la enseñanza, y singularmente con la intervencion de la Iglesia en este órden, nos mueve á consignar en nuestra Crónica el notable incidente ocurrido, al discutirse este punto tan esencial en el Consejo de Instruccion pública, no obstante el tiempo que ha trascurrido desde entonces.

El *Diario de Barcelona,* bien informado por lo general en estas materias, ha dedicado dos importantes artículos intitulados *El Clero y la Enseñanza,* al exámen de la base relativa á la intervencion del clero en la instruccion pública, del primero de los cuales, en que se hace la historia, por decirlo así, de dicha base, tomamos los párrafos más conducentes á nuestro objeto, que son los siguientes:

«Corre en los círculos políticos, y aun creemos que lo ha anunciado *El Pabellon Nacional,* que al Consejero de Instruccion pública, Sr. Barrantes, se debe que en las bases para la futura ley, presentadas al Congreso el dia 29 de Diciembre, se establece la inspeccion de los diocesanos en las escuelas católicas, que segun parece habia sido suprimida, indudablemente sin conocimiento del Gobierno, á quien hacemos esta justicia, puesto que él la habia establecido en el proyecto primitivo que publicó *El Imparcial.* Efectivamente, allí, en la base 9.ª, donde se determina el régimen interior de la enseñanza, encontramos esta declaracion terminante, que honraba mucho al Gabinete presidido por el Sr. Cánovas.—*La instruccion y educacion católica de los alumnos estará siempre bajo la inspeccion de los diocesanos;* pero cojemos el proyecto presentado á las Córtes, ó sea las bases del Gobierno, reformadas ya por el Consejo de Instruccion pública, y no solo ha desaparecido de la 9.ª completamente este párrafo, sino que en su lugar nos encontramos con esto, cuyo sentido, á medias racionalista y á medias católico, es ocioso encarecer.

9.° «La doctrina católica es parte esencial de la enseñanza y educacion de las escuelas públicas de primeras letras.

»Podrán fundarse escuelas especiales, destinadas á los hijos de los que profesen cultos disidentes.

»La religion y la moral católica se comprenderán en la segunda enseñanza; pero los hijos de los que profesen opinion distinta, prévia declaracion de los padres, no tendrán obligacion de asistir á la clase de la respectiva asignatura.

»La enseñanza superior será puramente científica. Deberá, sin embargo, guardar constante respeto al dogma y la moral de la Iglesia católica.»

«Despues de un minucioso cotejo de las bases primitivas con las presentadas á las Córtes en la sesion del 29, únicamente hallamos alteracion sustancial en la 14 del proyecto Toreno, que es hoy la 15 del definitivo, y refiriéndose justamente á las inspecciones: allí creemos que es donde debe haberse introducido la enmienda en cuestion del Sr. Barrantes.

Decia, pues, la base anteriormente:

14. «Se organizará la Inspeccion de la Instruccion pública en todos sus grados.»

Y dice ahora la base 15:

«Se organizará la inspeccion de la instruccion pública en todos sus grados, sin perjuicio de lo que corresponda á los diocesanos en la enseñanza católica de las escuelas.»

Evidentemente esta adicion oportunísima y altamente plausible, no por el lugar que ocupa, sino porque completa y garantiza el principio de la enseñanza católica, debe ser, como nosotros sospechamos, el resultado de la enmienda del Sr. Barrantes, enmienda que, como tambien acabamos de insinuar, nos hubiera satisfecho más en la base 9.ª, por ser allí más lógica y natural su colocacion.»

Como verán por aquí nuestros lectores, á los laudables esfuerzos del ilustrado Consejero, Sr. Barrantes, hemos de agradecer el que saliera á salvo del Consejo de Instruccion pública el principio de la intervencion del clero en la enseñanza religiosa, por más que no se consigne, ni con mucho, en la citada base de la manera explícita y categórica que hubiera sido de desear.

6. Es escandalosa la manera como se está haciendo la propaganda protestante en Reus y Castellon, donde contra lo terminantemente dispuesto en el artículo 11 de la Constitucion y en las instrucciones del Gobierno, sobre el modo de interpretarlo, se permite la venta de Biblias y estampas, y hasta las predicaciones anti-católicas en medio de las calles. Es de desear que el Gobierno adopte enérgicas medidas sobre el particular, haciendo cumplir con su deber á las autoridades, cuya culpable apatía autoriza estos hechos.

7. Como en compensacion de estas noticias, que no pueden menos de contristar el ánimo de los católicos, podemos participar á nuestros lectores, la de que en la isla de Menorca, donde la propaganda protestante habia concentrado sus esfuerzos, gracias al laudabilísimo celo del Ilmo. Sr. Obispo y de algunos Sacerdotes, apenas quedan protestantes, habiéndose alejado de allí el peligro que puso en cuidado hasta á nuestros políticos, y vuelto la isla á disfrutar casi completamente de la paz que en ella reinaba.



CRONICA ESTERIOR

ITALIA: 1. La prensa revolucionaria y la salud del Papa.—2. Audiencias de Su Santidad.—3. Peregrinacion á Roma.—4. Las protestas contra la ley llamada de los abusos del clero.—FRANCIA: 5.—La Universidad católica de Lila y las autoridades radicales.—6. Desenfreno de la prensa revolucionaria.—7. Discurso del Conde de Chambord.—BÉLGICA: 8. Muerte del P. Bellynck.—ORIENTE: 9. La paz entre Turquía y Servia.—10. Actitud de los polacos durante la guerra.

1. La prensa radical italiana no cesa de publicar noticias alarmantes sobre la salud de Pio IX, noticias que, acogidas por las agencias telegráficas, vienen á llenar frecuentemente de inquietud el corazon de los católicos. Con este motivo, el primer médico de Cámara de Su Santidad, Dr. Pancaldi, ha publicado una carta, donde desmiente tales rumores, y declara que el estado de la salud del Pontífice es satisfactorio.

2. Así lo demuestra la circunstancia de no pasar un dia sin que Su Santidad conceda numerosas audiencias á los peregrinos que incesantemente acuden á Roma, á rendir al sucesor de San Pedro el homenaje de su adhesion. Entre las principales que se han verificado últimamente, mencionaremos la de los estudiantes de los colegios católicos extranjeros, establecidos en Roma, la de los alumnos de la Academia de música vocal, fundada y sostenida á espensas de Pio IX bajo la direccion de las hermanas de las escuelas cristianas, y la de los estudiantes del colegio polaco, presididos por su superior, el P. Lemneuk.

3. Apenas pasa un dia sin que llegue á Roma la noticia de alguna peregrinacion que se prepara para la época del jubileo episcopal de Su Santidad. Se esperan más de 20.000 peregrinos. En Lucerna se ha constituido un comité para organizar la peregrinacion suiza. De Lyon deben salir el 15 de Mayo gran número de peregrinos. El Presidente del *Pius Verein* de Austria ha anunciado en las columnas del *Vaterland* de Viena, una gran peregrinacion para este mes. En Posen se ha celebrado un *meeting* para llevar á cabo una manifestacion análoga; y se tiene noticia de los grandes preparativos que hacen con el mismo objeto los católicos de Bélgica, del Canadá, del Brasil y de los Estados-Unidos.

4. A los consuelos que la universalidad de este movimiento derrama en el corazon del Pontífice, se unen los que le proporciona la enérgica protesta de todos los católicos italianos contra la inícua ley sobre *los abusos del clero*, cuyo texto conocen ya nuestros lectores. En todos los ángulos de Italia se

ha levantado una voz unánime para condenar la conducta incalificable de los revolucionarios que tienen en la actualidad las riendas del Gobierno. Las protestas que han publicado ya los periódicos católicos de Roma, Turin y otros puntos, son innumerables. Distínguese entre todas la de la Sociedad de los intereses católicos de Roma, adoptada tambien por la sociedad artística y obrera de caridad recíproca. Su texto es como sigue:

«Considerando que el proyecto de ley acerca de los pretendidos abusos de los ministros del culto, contiene disposiciones odiosamente especiales contra una clase de ciudadanos que para esto no han dado ningun pretesto razonable; considerando que este proyecto hace al poder civil juez de los actos del ministerio espiritual, para los que es absolutamente incompetente; considerando que obliga á la autoridad judicial á condenar á víctimas inocentes por el sencillo hecho de cumplir sus imprescriptibles deberes, y que promueve una persecucion en abierta oposicion con el primer artículo del estatuto italiano;

Considerando tambien que siendo el objeto manifiesto de la ley propuesta, ahogar la voz de los Pastores de la Iglesia, especialmente la del Pastor Supremo, y fomentar la rebelion contra las legítimas autoridades eclesiásticas, sin siquiera excluir la del Soberano Pontífice;

Considerando que el proyecto de ley repugna á la dulzura de carácter, al buen sentido y al universal sentimiento católico del pueblo italiano, y que amenaza con una enorme injusticia á los católicos de todas las naciones, que tienen el derecho vital y el supremo interés de mantener independiente y respetado el poder espiritual en su centro y representacion más sublime;

Considerando que el efecto de la ley, lejos de ser el que se indica, á saber, protejer la conciencia pública y la paz de las familias, sería precisamente al contrario, es decir, que suscitaría en el público y en las familias las más deplorables perturbaciones;

Protestamos, con todas las fuerzas de nuestras almas, contra el inícuo y funesto proyecto de ley, é invitamos á todos los hombres de buen sentido y de corazon, á unirse á nuestra protesta.»

5. El espíritu hostil al catolicismo del actual gobierno francés y de las autoridades locales procedentes del radicalismo, se revela frecuentemente en multitud de hechos, de entre los cuales es digno de especial mencion el que sigue, acaecido recientemente. La ciudad de Lila no posee más que un hospital, situado enmedio de la poblacion, apenas suficiente para contener los enfermos que acuden á él, y falto por consiguiente de las condiciones higiénicas que requiere esta clase de edificios. No es esto solo, sino que el presupuesto del hospital tenia un déficit anual de 200.000 francos, debido principalmente á que el municipio habia suprimido en 1869 la subvencion con que contribuia desde mucho tiempo antes á su sostenimiento. En tal estado, la Universidad católica que acaba de ser fundada en aquella ciudad se dirigió á los administradores del hospital, ofreciéndoles la cantidad de 160.000 francos anuales, que, unidos á 60.000, donativo de un particular, bastarian para cubrir el déficit del establecimiento; á condicion de que fueran trasladados ciento veinte enfermos por lo menos, á otro edificio destinado á hospital en un principio, y abandonado al presente por falta de recursos, en el cual

pudiesen explicar sus cursos de clínica médica y quirúrgica los profesores de la Universidad católica. Los administradores del hospital aceptaron desde luego esta proposicion, considerando el gran bien que de ello habia de resultar para la poblacion, y singularmente para los enfermos confiados á su cuidado; pero el municipio, compuesto de radicales furibundos, desentendiéndose de tan poderosas razones y no queriendo ver en esto más que una causa de incremento de la Universidad libre resolvió anular lo hecho, apelando para conseguirlo al ministro Marcere, el cual, dejándose llevar del espíritu de secta, declaró insubsistente el contrato, fundándose en que los administradores del hospital carecian de las facultades necesarias para su otorgamiento. Llevada por estos la cuestion al Consejo de Estado, han tenido la fortuna de ver anulada la decision del ministro, como contraria á la legislacion vigente en Francia en estas materias.

6. El desenfreno de la prensa radical no conoce límites. Véase como prueba, en que términos se expresaba hace algunos dias el *Hombre libre*, periódico de Luis Blanc, refiriéndose al clero católico: «Los clericales comprenden que el pueblo está cansado ya de mantenerlos; que se aproxima el reinado de la igualdad, y que llegará un dia en que serán despojados de sus privilegios y obligados como todo el mundo á cumplir sus deberes de ciudadanos. Ese dia no bastará para librarse del servicio militar, hacerse pagar una renta por el Estado para engordar, mientras vivan, á costa de sus conciudadanos; no bastará hacerse afeitar la parte superior del cráneo, ponerse traje talar y comprometerse á pasar la vida de un modo que condenan de consuno el sentido comun y la naturaleza. Será preciso trabajar para vivir, y esto parece bastante duro á los clérigos.» Otro periódico radical insulta de esta suerte á los prelados: «Los Obispos han inaugurado la Cuaresma con sus pastorales del mismo modo que los saltimbanquis y los payasos procuran á fuerza de gritos reunir la multitud en torno suyo. Para que la semejanza sea más completa nuestros Obispos concluyen como Polichinela ó *Pierrot*, haciendo un llamamiento al bolsillo de las gentes sencillas.» (Alude con esto último á las suscriciones para Universidades católicas.) El gobierno, cuyas relaciones de intimidad con la gente que redacta estos periódicos son notorias, estimula, asegurándoles la impunidad, tan groseros insultos. No es menos disolvente la propaganda anticatólica que se procura hacer con los grabados y estampas, por cuyo medio se pretende ridiculizar los misterios de nuestra religion é incitar al odio contra los Obispos y el clero, género de propaganda en que aparece clara la complicidad del Gobierno, puesto que la autorizacion para que circulen dichos grabados ha sido concedida espresamente por Julio Simon. Las autoridades municipales del radicalismo secundan los esfuerzos del Gobierno y de la Asamblea, llevando á cabo hechos tan brutales, como el ejecutado por el *maire* de un pueblo del departamento de *Eure* y *Loire*, que en su furor sectario, ha querido arrancar por sí mismo la imagen de Nuestro Señor de las paredes de la escuela municipal.

7. Contestando á una comision de industriales franceses que habian ido á consultarle sobre la conducta que debian seguir en estas circunstancias, el Conde de Chambord ha pronunciado el siguiente discurso, publicado por el periódico *L'Union*, el órgano más caracterizado de los legitimistas, y re-

producido despues y comentado por toda la prensa, cuya gran importancia sobre todo en la crítica situacion por que atraviesa Francia, no es posible desconocer. Dice así:

«Os doy gracias, señores, por haber comprendido que en mí encontraríais ayuda y consejo en medio de las dificultades actuales.

»Me habeis hablado de las inquietudes que en Francia paralizan el vuelo á la prosperidad pública, y con una franqueza que os agradezco no me habeis ocultado tampoco las persistentes calumnias que se propagan con no menor desdoro de la verdad y de mi propio honor.

»Ya me eran conocidas. Ya sabia que alguien decia que, por no salir de una fácil holganza, dejaba á Francia en peligro y renunciaba á toda esperanza de salvarla.

»Por medio de esta odiosa mentira, contra la cual protesto, los enemigos del principio tutelar de la monarquía legítima, mantienen la duda en los entendimientos y el desaliento en los corazones.

»El desaliento, señores; hé aquí el gran peligro que os denuncio para que le combatais.

»La revolucion desempeña su papel tratando de abusar de la credulidad pública; pero yo permanezco inconmovible en mi derecho, y perfectamente decidido á cumplir con mi deber cuando llegue la hora propicia para mi accion directa y personal.

»A mis amigos y á todos los hombres de buena voluntad pido que la preparen y que tengan confianza.

»Con su concurso y con la permision divina, la monarquía no dejará el paso libre ni á las aventuras del imperio, ni á las violencias del radicalismo, que preludia su triunfo, creyéndole ya asegurado, insultando todo lo que una nacion está obligada á respetar, si quiere que á ella la respeten: el Clero y la magistratura; es decir, la Religion y la justicia; el ejército, imágen viviente del pueblo y de su honor.

»Supuesto que en mi busca habeis venido, decid cuando regreseis á la pátria cuáles son las firmes resoluciones que me inspiran mi amor á Francia, y los peligros que la amenazan.»

8. La Bélgica católica ha experimentado recientemente una pérdida sensible con la muerte del ilustre jesuita P. Bellynck, miembro de la Academia Real de Bélgica, tenido con razon por uno de los más eminentes naturalistas de aquel pais. Notables obras sobre Botánica y Zoología le habian conquistado tan universal reputacion, que la *Institucion Smithsoniana* de Filadelfia, uno de los centros donde se cultivan con mayor esplendor las ciencias naturales, solicitó del modesto religioso que le enviase su retrato para colocarlo en la Galería de naturalistas eminentes formada por dicha Sociedad. El P. Bellynck se contaba entre los fundadores de la *Sociedad científica* de Bruselas, á cuya Revista dedicaba su último escrito intitulado *La Botánica en* 1876.

9. Los temores de una guerra general, como consecuencia del giro de la cuestion de Oriente, parecen haberse disipado con el tratado de paz entre Servia y Turquía.

Las principales condiciones estipuladas por las dos potencias beligerantes, son: Sostener el *statu quo ante bellum*, dar una amnistía general, y que

el territorio servio sea evacuado en el término de doce dias por las tropas turcas.

No es dudoso que á este tratado de paz seguirá otro con el Montenegro, con lo cual habrá perdido la cuestion de Oriente mucho de su gravedad, cuando menos por ahora; pues en caso de que el Gobierno del Czar renunciase á las intenciones pacíficas que demuestra en estos últimos dias, la guerra que amenazaba ser europea, quedaria reducida á Turquía y Rusia.

10. Los polacos permanecen á la espectativa, aguardando que la marcha de los sucesos políticos les ofrezca una coyuntura favorable para recobrar su independencia. Aleccionados, sin embargo, por la experiencia, proceden con tacto y mesura, á fin de no excitar contra sí medidas de represion, que pudieran en un dia dado paralizar sus esfuerzos y su libertad de obrar. Esta actitud se revela principalmente en el lenguaje de los periódicos del partido polaco en Cracovia y Leopol, que, bajo la dominacion de Austria, gozan de alguna más libertad que sus hermanos de Prusia y Rusia. El *Czas*, la *Gaceta Narodowa* y el *Dziennik Polski* que constituyen la prensa polaca de aquellas dos ciudades, se han limitado hasta ahora á dar noticia de los hechos más importantes de la campaña de Servia, sin añadir á esto muchos comentarios sobre la conducta de Rusia. Por lo demás se han abstenido y se abstienen de excitar á la insurreccion, y en una palabra, se ha reducido como se ha dicho con razon á *una espectativa casi rigorosa*. Táctica excelente aplaudida por todos los que se interesan por la suerte de aquella nacion infortunada, pues lo que principalmente ha hecho abortar hasta el presente sus varias tentativas para recobrar la independencia, ha sido el dejarse llevar de su carácter fogoso, acometiendo empresas prematuras.

La rabia que demuestran los periódicos de Bismarck en vista de la actitud de los polacos, prueba evidentemente que éstos han emprendido el mejor camino posible en la triste situacion á que se encuentran reducidos. «Los periodistas asalariados por *los fondos de los reptiles*, no cesan de agobiarnos de injurias y de provocarnos, decia á este propósito un diputado polaco: esperan por este medio comprometernos, como otras veces, antes de tiempo. Pero ha pasado ya la época en que esto sucedia. No crean que vamos á arriesgar imprudentemente el éxito de nuestra santa causa; antes bien sabremos aguardar.»

BONDAD Y BELLEZA

Despues de haber rendido un tributo de alabanza y honor al nuevo académico de la lengua D. Pedro Antonio de Alarcon, uniendo nuestra palabra á la suya para condenar en union tambien con el Sr. D. Cándido Nocedal (cuya elocuente voz, hace siempre consonancia con la verdad), el falso apotegma de «el arte por el arte,» parécenos bien proceder al exámen detenido de los conceptos que enunció el Sr. Alarcon ante el ilustre cuerpo que en aquel mismo punto le recibia en su seno, como á quien habia sido antes llamado y escogido para limpiar, fijar y dar esplendor á nuestro rico y hermoso idioma.

Si hemos de decir desde luego la verdad lisa y llanamente, como obra doctrinal el presente discurso no merece la pena de ser prolijamente examinado y discutido, sin duda porque su autor, de quien galantemente dijo su ilustre padrino, que habia cursado sagrada teología, si por ventura llegó á estudiarla formalmente, hoy no parece sino que la ha olvidado casi por completo, no quedándole sino vagas reminiscencias de ciertos términos, para cuya explicacion é inteligencia ya no dispone el Sr. Alarcon de la preciosa clave que hubieron de enseñarle en el Seminario. ¡Padece tanta disminucion y detrimento en nuestros dias el caudal de ciencia verdadera en los que recorren la distancia que separa el Seminario del Consejo de Estado! No nos maravilla, pues, que en la obra del nuevo académico apenas perciba ni áun el entendimiento más lince, algun leve rastro ó vestigio de teológía, ni siquiera

de filosofía; lo cual es un verdadero dolor, porque si al claro entendimiento del nuevo académico, si á sus dotes especiales de escritor se allegasen las luces del saber teológico, no ofuscadas ni oscurecidas por los vanos esplendores del mundo, no hay duda sino que podria ocupar un alto puesto en la república de las letras. Explícase muy bien por lo tanto, que toda la fábrica laboriosamente levantada por el Sr. Alarcon en su discurso, haya venido por tierra al soplo de un escritor que á sus brillantes facultades, no menores ciertamente que las suyas, reune buenos estudios metafísicos, los cuales le dan una superioridad indisputable sobre el nuevo académico, cuando menos, en la materia que eligió este último para desplegar su ingénio y su saber, sin haber antes consultado sus fuerzas.

El pensamiento del Sr. Alarcon está contenido en el siguiente lugar de su discurso:

«La filosofía nos enseña que si en el órden metafísico figuran como distintas las tres ideas capitales, Bondad, Verdad y Belleza, es porque así se presentan á nuestra limitada razon, la cual no puede reducirlas á un solo concepto. No puede, no; lo reconozco de buen grado. A ser posible esa reduccion, el mundo psicológico se regiria por otras leyes, y la justicia se fundaria en otras bases muy diferentes de las de hoy. Baste decir, en lo respectivo á mi propósito (y como leve indicio de mayores absurdos), que por resultas de la aleacion de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrian sancion penal, y la fealdad se castigaria como delito, cosa que tan abiertamente pugna con los dictados de nuestra conciencia..... Pero la distincion no arguye contradiccion, y si bien consideramos como distintas esas tres ideas supremas, las contemplamos en una armónica unidad absoluta, donde no cabe antagonismo.»

¡Qué confusion de ideas! ¡qué extraña mezcla de verdad y error contienen las anteriores líneas! Porque siendo cierto, como lo es, que el concepto de belleza se distingue de los otros conceptos capitales de bien y de verdad, al tratar el Sr. Alarcon de demostrar esa distincion, solo prueba una cosa, y es, que confunde el concepto universal de *belleza* con el de *belleza moral*, y el concepto trascendenta

de *bien* con el de *bien moral;* ó en otros términos, que confunde la especie con el género, de cuya confusion sale el error capital de su discurso. Así lo ha notado el claro entendimiento de D. Alejandro Pidal, á quien arriba nos referimos, en el juicio que ha dedicado en *La España* á este propósito, recordando las nociones más elementales de la ontologia, olvidadas por el nuevo académico. Por nuestra parte, siguiendo las huellas del ilustre orador católico, procuraremos tambien aclarar el punto de estética oscurecido recientemente ante los ojos de la Academia de la Lengua.

La belleza, segun su concepto mas general, contiene alguna perfeccion por lo menos, radicada en los objetos que llamamos *bellos;* y como no hay cosa ninguna real ni posible que no contenga las perfecciones propias de su naturaleza, fácil es concluir, que toda cosa es intrínseca y metafísicamente bella, con aquella belleza trascendental que recordaba dias pasados en *La España* el Sr. Pidal. Pero precisamente debemos decir otro tanto de la bondad: *bueno* llamamos todo lo que tiene sér y perfeccion; todas las cosas son intrínseca y esencialmente buenas, como lo prueba, entre otras razones, haber sido hechas por la Bondad infinita, y el llevar todas impresas alguna semejanza más ó menos remota con el soberano principio de todo bien. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese que el bien y la belleza son en sí una misma cosa, como ya lo dijeron los antiguos muchos siglos antes que se aplicara al estudio y consideracion de lo bello, y cierto con impropiedad notoria, el nombre de *Estética;* síguese que en la realidad, ó como dicen, objetivamente, el bien y la belleza no se distinguen, ni pueden distinguirse entre sí; que toda esencia criada contiene la bondad y la belleza con la medida con que contiene el sér y la perfeccion; y por último, que allí donde la bondad se halla sin tasa ni medida, en Dios, perfeccion

absoluta, bien infinito, allí está la belleza en toda su plenitud y escelencia, aquella belleza siempre antigua y siempre nueva, que hace la felicidad de los justos en el cielo, y les cautiva el corazon áun en este mundo, como confesaba de sí San Agustin; de la cual se deriva á todo el universo y á cada una de las partes que lo componen, la hermosura con que resplandecen ante los ojos que saben ver, para las almas que en todas partes contemplan huellas por lo menos, vestigios en cierto modo sagrados, y en el alma del hombre la imágen del bien y de la belleza infinita.

Es tan verdadera y corriente esta doctrina de la unidad é identidad objetivas de la belleza y del bien, que el mismo Sr. Alarcon se acuerda algunas veces de ella en el mismo discurso en que las distingue, iluminada su razon acaso de alguna reminiscencia inconsciente de sus primeros estudios. En las últimas palabras que leyó ante la Academia, aspiraba á elevarse «á la contemplacion del Eterno Sér, en quien juntamente residen la suma Bondad, la suma Verdad y la suma Belleza,» con cuyas palabras dió claramente á entender, que estas tres cosas son una sola y misma cosa en Dios, cuyo sér es absolutamente uno, con unidad de simplicidad, que es la más perfecta, en la que no es posible concebir distincion alguna. En otro lugar de su discurso, despues de repetir que dichas tres ideas (llama *ideas* á la verdad, á la bondad y á la belleza, de que tenemos *ideas*), son distintas entre sí, añade: «pero *consustanciales* en esencia.» ¡Consustanciales! Es decir, que la sustancia del bien es la misma sustancia de la belleza. Pero entonces, ¿qué es de su distincion? ¿Puede darse distincion esencial, ni accidental siquiera, en ninguna sustancia comparada consigo misma? Lá identidad sigue á la unidad, y á la identidad se opone la distincion; de donde resulta evidentemente, que si la belleza y la bondad son consus-

tanciales, por fuerza tienen que ser una misma cosa, y que la distincion que entre ellas pone el Sr. Alarcon, es una de las contradicciones de su discurso. Sigamos discurriendo.

Pero aunque la belleza y el bien sean en sí, ontológicamente considerados, una misma cosa, con relacion á nuestra mente resultan cosas distintas, con distincion meramente lógica, que no trasciende al órden de la realidad: entendémoslas por medio de conceptos que no son realmente idénticos, sino distintos. En efecto, á todo lo que de algun modo nos conviene ó perfecciona, y bajo este concepto es objeto de alguna de las tendencias con que toda cosa anhela á su perfeccion, llamámosle *bueno*, y á su conveniencia con la fuerza impulsiva que la solicita, *bondad;* y reservamos el nombre de *bellas* á las cosas cuya sola consideracion nos deleita, y el de *belleza* á aquella perfeccion y excelencia intrínseca que brilla ante nuestros ojos cuando los fijamos en las obras de Dios, ó en las de las hombres que de alguna manera reflejan la belleza divina. Pero ¿sabe el Sr. Alarcon la razon misteriosa de ese purísimo deleite que produce en nosotros el aspecto de las cosas bellas? ¡Oh! esa razon no es otra, sino ser estas intrínsecamente buenas, y ser su bondad objeto de aquel amor puro y desinteresado, que cuando el entendimiento le muestra el término de su anhelo, se convierte en purísimo gozo. *Pulchra sunt quæ visa placent*, dijo el ángel de las escuelas; y es evidente, que lo que agrada al corazon humano, es el bien que ama. El bien es, pues, áun con relacion á nosotros, el fundamento y como la sustancia de la belleza (*consustanciales* hemos visto que los llama el Sr. Alarcon); y decimos con relacion á nosotros, porque considerados en sí mismos, son una misma cosa. Por donde se ve que al distinguirlos el Sr. Alarcon, cometió juntamente un error, y una contradiccion.

¿Quiere decir esto por ventura, como asegura formalmente el nuevo académico de la lengua, que «por resultas de la aleacion de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrian sancion penal, y la fealdad se castigaria como delito?» ¡Qué locura! El Sr. Alarcon olvida en esta objecion que si la belleza en general no cuenta ni puede contar con la proteccion del Código, tampoco goza de semejante privilegio la bondad en general, y que por consiguiente no tienen necesidad de separarse ni distinguirse entre sí, ni áun con relacion á los jueces de primera instancia y la policía. Nadie, en efecto, puede ser castigado por estar privado de natural belleza; pero tampoco puede serlo por carecer de aquel bien y perfeccion que pide su misma naturaleza. La unidad de lo bueno y de lo bello es, pues, indivisible: no hay pena alguna en el Código, ni tormento de hierro ni de fuego en manos del hombre, capaz de romper esa preciosa unidad.

Advierta el Sr. Alarcon, que el bien que los Códigos protejen, que el mal que los tribunales castigan, no son el bien ni el mal puramente naturales, sino el bien y el mal moral, las acciones buenas y las malas respectivamente: el vicio, la torpeza, la inmoralidad, eso es lo que las leyes deben reprimir con sanciones penales; todos los demas bienes y los males contrarios, están fuera de su jurisdiccion vindicativa. Pero precisamente acaece, que las mismas acciones que los tribunales persiguen, esas acciones que á los ojos de la moral son malas, en los de la estética son deformes, torpes, feas, con aquella horrible fealdad con que el pecado mueve á veces al mismo pecador á abominarlas.

Segun esto, las leyes penales, que parecen hechas solo para prevenir y castigar los delitos, están asimismo ordenadas para quitar del mundo moral las manchas que lo afean; y que las mismas sanciones destinadas á protejer

la pureza y santidad de las costumbres, y en general, todas las virtudes sociales, son el muro que defiende la belleza moral de nuestra vida contra las oleadas del fango que las pasiones arrastran en su corriente. Diráse quizá, que el código penal no castiga los actos moralmente feos en razon de su fealdad, sino de su malicia; ¿pero qué se sigue de aquí? ¿por ventura el resultado no es el mismo? Verdaderamente no hay modo de condenar y reprimir el vicio y el delito, sin condenar y reprimir su horrenda fealdad, y sin protejer por el mismo caso la bondad y la belleza, que son una misma cosa en el órden moral, como lo son en el órden universal, ó si decimos con el Sr. Alarcon, que son cosas *consustanciales;* aunque formalmente, y segun nuestro modo de entender, nos parezcan distintas.

En resolucion, la belleza la consideramos ó como propiedad trascendental de todo sér, ó como escelencia especialísima de las acciones libres: en el primer caso es una misma cosa con el bien y la perfeccion, considerados ontológicamente; en el segundo, es el mismo órden moral que resplandece á nuestros ojos con todos los encantos de la virtud; y en ambos forma con el bien la unidad indivisible de lo bello y de lo bueno. No se puede ponderar debidamente la importancia de esta doctrina; porque una vez asentado que la belleza es la misma perfeccion intrínseca de las cosas, y que reside asimismo en el órden moral, siendo más pura y escelente allí donde este órden se ofrece en su mayor plenitud y sublimidad, conviene á saber, en la vida humana santificada por la gracia de Dios y elevada hasta el heroismo, el artista se eleva tambien en alas de la fe y del amor divino, y desdeñando los tipos de belleza natural que se ofrecen ante sus ojos terrenos, la busca, y no descansa mientras no llega á contemplarla en la verdad y la virtud cristiana. Este es el gran principio

de la verdadera estética, del que se derivan los conceptos elevados del arte, considerado segun sus diversas formas ó maneras de espresarlos; principios cuyas aplicaciones á la representacion de lo bello perteneciente al órden moral, deben ser reguladas por la ciencia de las costumbres, de tal suerte que, cuando desgraciadamente se apartan de la regla de lo justo y de lo bueno, por el mismo caso y en idéntica proporcion se tornan en obras feas y abominables ante el tribunal de la crítica, y ante los de la justicia ordinaria.

¿Cuál ha sido en este punto la conducta del arte en la prolongacion de los tiempos? ¿Ha recibido siempre inspiracion y vida de la verdad y del bien en el órden de las creencias y de la perfeccion moral, ó se ha emancipado de esta ley primordial de la estética, llegando á veces sus extravíos hasta el estremo de divorciarse de la religion y de la moral, y esforzarse á denigrar la virtud y embellecer el vicio? Ociosa parecerá á nuestros lectores esta pregunta, pues todos saben que fuera del cristianismo, así como desfallece y casi se extingue la luz de la verdad suprasensible en todas sus esferas y aplicaciones, así la belleza, *splendor veritatis*, se oculta á los ojos de los artistas, desvanecidos lo mismo exactamente que los filósofos en sus propios pensamientos; y sin embargo, es no menos cierto que inverosímil, que á esa cuestion, si tal nombre merece, ha respondido el Sr. Alarcon afirmativamente, diciendo que «nunca, en ninguna edad ni en ningun pueblo, bajo los auspicios de *ninguna Religion*, ni en las tinieblas del más feroz ateismo, han caminado separadas la Bondad y la Belleza, ó sea la Moral y el Arte.» Acerca de esta proposicion, que no vacilamos en calificar de absurda, escribiremos algunas líneas.

Si el Sr. Alarcon se hubiera limitado á decir, que las bellas artes dignas de tal nombre son morales en su

esencia, nada le opondríamos, pues ya hemos visto que la belleza y el bien son una misma cosa; pero desgraciadamente la tésis del nuevo académico comprende no solo á las artes bellas, sino hasta las artes pseudo-bellas y á sus producciones más notables, desde «*los piadosos versos del Coran* hasta los de Byron y Voltaire!!!» Bien es cierto que en este punto el Sr. Alarcon es tan ancho de manga, «que para conceder, dice, á un autor el dictado de *moral*, deberá bastarnos que haya tenido intencion y propósito de serlo, de la propia suerte que llamamos *religioso* al que sinceramente profesa una religion *falsa*.» No pensaba así San Agustin, cuando definia la Religion diciendo: «*Cultus verus Dei veri;*» de cuya definicion se sigue, que fuera de la Religion verdadera no hay sino impiedad, supersticion ó idolatría, que es lo que debió de aprender el Sr. Alarcon en el Seminario. Por lo demás, si para ser un autor *moral* bastara la simple intencion existimada ó presunta, ¿dónde habria altares bastantes donde poner á tantos como han corrompido el arte y las costumbres, con la sana intencion de *ilustrar* al género humano, enseñándole *presuntas* verdades, ó de *auxiliar á las religiones*, *á las ciencias y á la filosofía?*

A la imaginaria confirmacion de esta idea, no menos falsa que peligrosa, y tan atrevida é inaudita como peligrosa y falsa, dedica el Sr. Alarcon la segunda parte de su discurso, exponiendo á grandes rasgos la historia de las artes, para ofrecer á su auditorio en cada uno de los monumentos artísticos que menciona, la intencion moral que atribuye á sus autores, aunque estos hayan sido gentiles, ó mahometanos, ó herejes, ó cismáticos, ó ¿por qué no decirlo tambien? incrédulos y positivistas. A la luz de esta extraña filosofía del arte, «cada mezquita ó cada alcázar mahometano, revestido de versículos religiosos ó de afiligranadas combinaciones geométricas de mística alego-

ría..... es un *libro santo* que habla de la eternidad y de Dios.»

De la poesía griega no dice el Sr. Alarcon sino escelencias morales, sin recordar siquiera la profunda sentencia de San Jerónimo..... *carmina poetarum, rhetoricorum pompa verborum, cibus dæmoniorum.* Y como al hacer la apología de la literatura pagana bajo el *concepto moral* (cosa hasta ahora no oida, que sepamos), se ofreciese á sus ojos aquel vergonzoso símbolo de la corrupcion, representado en la desnuda Venus de Médicis, el Sr. Alarcon, firme en el propósito de sostener la razon de su sinrazon, idea una teoría, segun la cual «cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra *veneracion.* Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó *escrúpulos* terrestres, rebaja la dignidad y ofende el decoro de la belleza olímpica. La Venus de Médicis está reputada como la más *púdica,* inmaterial y candorosa creacion del arte helénico: *por lo mismo que su desnudez es absoluta:* ¡nadie ve en ella á la mujer; todo el mundo ve á la diosa!» Cierto, á la diosa adorada en Chipre, á la diosa que se agradaba con el sacrificio de la castidad, á la diosa que personifica el amor carnal divinizado entre los gentiles.

A la luz, decimos, de tan extraña filosofía del arte, el nuevo académico, de paso por Roma, contempla casi con admiracion el estoicismo, que tan profunda depravacion contenia debajo de sus formas austeras; y hasta pretende, no sin contradecirse y vacilar, pretende sacar adelante su tésis—que las obras artísticas fueron siempre morales—con Lucrecio y Ovidio. En el mismo renacimiento, despues de confesar que los artistas no buscaban la forma en su inspiracion, sino *escavando en las ruinas de los edificios paganos*, ve el Sr. Alarcon la esencia moral de las producciones del arte, diciendo que «todas encierran un fin *moral*,

ora cristiano, ora *gentil;»* como si la moral entre los cristianos pudiera ser nunca gentil, ó como si la apostasía pudiera ser moral. ¿Qué más? Hasta los mismos autores modernos que absolutamente renegaron de Dios y de su Cristo, un Göthe, un Voltaire, un Byron, se muestran en el discurso del Sr. Alarcon como testigos que abonan su singular sentencia. Göthe, en particular, propone en sus Memorias esta cuestion, si el escritor y el artista deben proponerse un fin moral, y se declara por la negativa. «Una buena produccion, dice, puede y debe tener resultados morales; mas exigir que su autor tenga ante sus ojos este fin durante la composicion de su obra, es matar el arte y corromper sus creaciones [1].» Esto en el órden teórico, que en el práctico, Göthe, como ha dicho de él su compatriota Menzel, «es un maestro de bellas formas, donde se encierra un fondo inmoral [2].» Asegura, sin embargo, el Sr. Alarcon, que Goëthe *«rinde culto á la moral de su época,* y en la parte filosófica se afana constantemente por el *bien absoluto.»* Fácil culto, por cierto, el rendido á la moral de la época de Göthe, culto que no exige el sacrificio del corazon contrito y humillado! Cuanto al *bien absoluto*, ya sabemos lo que esta palabra significa en boca de los panteistas alemanes: la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida!

Byron fué, como es sabido, imitador en parte de Göthe, y en parte, cantor del sensualismo más desenfrenado, sazonado con la impiedad. El Sr. Alarcon lo confiesa; pero no obstante, dice hablando de él, que «aquella angustia y desesperacion, que van unidas á sus impiedades y sarcas-

[1] Ap. Thery, Tableau des littératures anciennes et moderne, t. II, livr. XI,. 5 El error de Göthe viene á ser el mismo concepto falsísimo del arte por el arte condenado por el mismo Sr. Alarcon.

[2] Lo cita Jungmann en su obra «La Belleza y las Bellas Artes,» obra que recomendamos al Sr. Alarcon.



mos, son tan moralizadoras como lo fuera una buena estátua de Orestes, de Cain ó de Satanás, sobre cuyo rostro hubiese impreso el escultor con mano maestra el espanto del crímen, el horror del remordimiento ó la tristeza de un alma precita.» ¡Oh, no, mil veces no! Cierto que en las obras de Byron se echan de ver la desesperacion y el remordimiento, consecuencia del desarreglo del corazon y de la fantasía; pero estos efectos son puramente accidentales y agenos de la intencion del artista, y la cuestion propuesta y resuelta afirmativamente por el señor académico, es «si los grandes poetas y artistas *se propusieron siempre.....* alguna idea que les pareciese útil y saludable, alguna predicacion, alguna enseñanza, algun consuelo, alguna apoteosis.» No negaremos que la amargura que destila la poesía de Byron, podrá ser un testimonio rendido á la virtud por el vicio, un testimonio que revele las espinas que punzan al alma que quiere dormirse en brazos del deleite; pero forzoso será convenir que la predicacion y la enseñanza y la apoteosis que contienen las obras de Byron, son las de la irreligion y la licencia.

Nos faltan tiempo y aliento para contestar al Sr. Alarcon sobre lo que dice hasta del mismo Voltaire (cuyo cínico aspecto hubiera debido bastarle para retroceder ante lo absurdo), que fué «impulsado por aquel fanatismo negativo que á él le parecia la suprema moralidad.» El señor Alarcon no se ha parado á meditar sobre el carácter y espíritu de Voltaire: no era Voltaire hombre que pecase de ignorancia, no; difícilmente se encontrará en la historia otra inteligencia más profundamente pervertida, con mayor reflexion y malicia, ni más intencionalmente corruptora, de quien ha dicho De Maistre, que semejante al insecto que solo muerde en las raices de las plantas más preciosas, así Voltaire con su aguijon no cesa de picar las dos raices de la sociedad, conviene á saber, las mujeres y

los jóvenes, infiltrándoles su veneno, que de esta suerte se trasmite de generacion en generacion.

El mismo De Maistre repite la sentencia pronunciada por Voltaire contra sí propio, cuando dijo:

Un esprit corrompu ne fut jamais sublime.

El Sr. Alarcon pone término á la segunda parte de su discurso con las siguientes líneas:

«En el siglo presente, la literatura francesa ha ido descendiendo, y haciendo descender las letras latinas, desde el romanticismo objetivo, que predicó *lo inmoral, creyéndolo moral.....*»

Estas últimas palabras son la expresion más acabada del triple error en que incurrió el nuevo académico, despues de haber roto en la primera parte de su discurso la unidad esencial de la bondad y la belleza. No muchas páginas antes habia dicho, refiriéndose á la obra romántica por excelencia: *Nuestra Señora de París*, por Víctor Hugo, que en ella «se cometia un verdadero sofisma, cuando en nombre de la belleza moral, Cuasimodo solicita el amor de Esmeralda. Victor Hugo, añade el Sr. Alarcon, se guarda muy bien de advertirnos, al llegar á este punto de su obra, que la belleza moral de Cuasimodo, ó SEA su virtud [1], se habia trocado en una monstruosidad mayor que la de su físico desde el momento que el jorobado dió alas á aquella pasion leonina; pero tengo la seguridad de que el gran poeta repararia inmediatamente en su propio contrasentido, y de que, si pasó adelante, *fué por desprecio á la penetracion de sus lectores.*» Y despues de citar este ejemplo del príncipe de los románticos, todavía nos dirá el nuevo crítico, que tales autores predican *lo inmoral, creyéndolo moral.*

---

[1] Note el lector la fuerza de la palabra *sea,* con que enuncia el Sr. Alarcon la *identidad* del bien y de la belleza morales.



Decia San Pablo [1], condenando aquella vida informada de la moral *gentil* de que habla el Sr. Alarcon con elogio, decia de los sábios paganos, que no conocian el Evangelio: que Dios los entregó á los deseos de su depravado corazon; que habian colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo á las criaturas en lugar de adorar al Criador, atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de perversidad: tales hombres conocieron claramente lo que se puede conocer de Dios, y así no tienen disculpa, *ita ut sint inexcusabiles*. En tan tremenda sentencia están comprendidos todos aquellos ingenios de la antigüedad que prostituyeron las artes, de forma que en vez de glorificar con ellas á Dios, que es su último fin, su destino verdaderamente glorioso, *dieron culto* con ellas, y *sirvieron á las criaturas*, á sus apetitos y antojos, sus vicios y concupiscencias. Ahora bien, sí á los que retuvieron la verdad de Dios en la injusticia, los condena el Apóstol, diciendo, que la ira de Dios descargará sobre la iniquidad é injusticia de ellos, y eso que no conocieron el Evangelio, donde se nos ha revelado la justicia que viene de Dios, ¿qué no deberá pensarse de los que, despues de diez y ocho siglos de haber sido predicada esta misma fe, llaman bien al mal, ó como dice el Sr. Alarcon, predican lo inmoral creyéndolo moral? Si aquellos, ensoberbecidos, se desvanecieron en sus discursos, y quedó su corazon lleno de tinieblas; estos otros, autores de no sabemos qué romanticismo objetivo, en cuyas obras se ven ensalzados el duelo y el suicidio, y escusado el adulterio, y menospreciada la autoridad divina y con ella toda autoridad verdadera, y minadas las bases de la religion y de la sociedad y de todo vivir honesto, y disipadas las esperanzas y consuelos de la virtud desgraciada, estos, deci-

---

[1] Ep. ad Rom., c. 1.

mos, ¿serán por ventura excusables delante de Dios ni delante de los hombres, en los templos ni en las academias? No los escuse el Sr. Alarcon, ni menos atribuya á sus obras carácter alguno ni fin moral, sino antes declare, que sus obras son moralmente perversas y estéticamente horribles. «Toda obra de mano de hombre, nos ha dicho recientemente un gran maestro de la verdadera estética, que reniega de las leyes de la vida moral, tales como el cristianismo nos las enseña, en algun punto esencial, no es de suyo buena, sino mala, y lo malo carece absolutamente de belleza, pues es precisamente feo [1].

Este es el pensamiento que debiera haber animado el discurso de quien empezó á tratar su segundo punto declarando noblemente que la «moral verdadera es la de Jesucristo,» si bien añadiendo pocos renglones despues: «No teman, pues, los enemigos de Jesus.....» ¡Oh! los enemigos de Jesus tienen tanto menos que temer del Señor Alarcon, cuanto menos esperanzas les hacen concebir á los discípulos del Crucificado las páginas de un discurso en que tanto la verdad estética como la moral se ven retenidas en la injusticia, por más que la fe que el Sr. Alarcon llama suya, y los recuerdos de su antigua Teología, ya olvidada, le hayan movido á ofrecerle alguna que otra flor en su discurso.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

[1] Jugmann, la Belleza y las Bellas Artes, part. 2, 28.

EL CISMA GRIEGO

III

Despues de la toma de Constantinopla, no hay duda sino que habia de ser más triste y deplorable la situacion de la Iglesia griega. Aquellos patriarcas, que se igualaban con los dueños del imperio, y se consideraban infinitamente superiores á los demás obispos, y pretendian imponer leyes á la cristiandad entera, vinieron á parar á horrible estado de servidumbre y abyeccion; estado quizás providencial, pues el Señor abate á los que neciamente se ensalzan. La antes codiciada dignidad de patriarca de Bizancio quedó reducida á tal extremo, que aun en nuestros dias es como lo que se vende en pública subasta, que se adjudica al mejor postor, con esta diferencia, que el comprador está seguro de conservar la cosa comprada, lo cual no sucede con la dignidad patriarcal, que aun despues de adjudicada, vuelve á venderse si hay quien la compre por más subido precio.

No es, pues, maravilla que en un mismo año ocupen dos ó tres obispos la silla de Constantinopla, con lo cual no pierde nada el Erario del Sultan, ni gana cosa el prestigio de la Iglesia griega. Ni es mejor la situacion de los demás obispos cismáticos, los que están asimismo obligados á pagar un tributo al emperador; y sucede muchas veces que para pagar el patriarca un tributo, impone una contribucion á los Obispos, y estos á su vez la imponen al resto del clero, que vive en la miseria y degradacion más espantosas. A los que en nombre de la civilizacion moderna pre-

tenden que el clero católico, á semejanza del griego, debe casarse y vivir fuera de la comunion de la Santa Sede, no les estará mal informarse de lo que realmente es el clero cismático. No es comun en Oriente, dice Eizaguirre [1], elevar al sacerdocio á jóvenes instruidos con esmero en los Seminarios, ni el promover á la cátedra episcopal á varones encanecidos en el estudio de las ciencias eclesiásticas. Campesinos, aprendices, simples criados, son ordinariamente las personas que se llegan á recibir las órdenes, sin otro título que su osadía, ni otra aptitud que saber leer medianamente en su propio idioma. En 1854 era patriarca cismático de Jerusalén el portero que habia sido del templo del Santo Sepulcro; y por la misma época el criado del arzobispo de Alepo fué consagrado por su señor para que le sucediera en aquella silla. El mismo escritor refiere que en Grecia vió á los presbíteros, «sentados á la puerta de su casa, vestidos como cualquier jornalero, fumando su pipa, rodeados de sus hijos,» y en el Asia Menor, Siria y Antioquía, los veia «discurrir por los mercados, sentados en los mostradores de los artesanos ó en los bancos de las tabernas.» Y añade el señor Eizaguirre despues de decir que en los monasterios de griegos cismáticos, el lugar de la caridad lo ocupa la codicia: «No olvidaré que los monjes de San Sabas, al recibir cincuenta piastras turcas, con que les recompensaba yo el hospedaje de una noche pasada en su monasterio, sin haber recibido de ellos ninguna especie de servicio que no necesitaba, dénos V. un poco más, me decian, pues tenemos esto demasiado caro. Ni tampoco olvidaré que el archimandrita armenio, guardian del Santo Sepulcro, desempeñaba su comision en virtud de treinta mil piastras pagadas á la caja del patriarca, que le aseguraba por dos años la posesion de su empleo, que le pone en aptitud de

---

[1] EIZAGUIRRE, *El catolicismo en presencia de sus disidentes,* tomo II, cap. IV.

explotar la devocion de los pobres peregrinos de su comunion. ¡Ved ahí la caridad de los monasterios de la Iglesia oriental! Amontonar dinero, comprar con él despues la dignidad episcopal, es todo el conato de sus religiosos.»

Triste espectáculo ofrecen tambien los *popes* griegos con sus mujeres. «En Patrás, dice el Sr. Eizaguirre, las mujeres de los clérigos cismáticos que asistian á la iglesia, vestidas con los capotillos negros de sus maridos, llevando cubierta la cabeza con bonete tambien clerical, y oyendo la Misa que celebraban aquellos, me ofrecieron un conjunto repugnante. Las funciones augustas que desempeña el sacerdote en el altar, parecen ajadas cuando se las ve bajo el influjo de estas mezclas, que abaten la dignidad del hombre separado de los demás para ofrecer por ellos á Dios el sacrificio del Cordero inmaculado. Digan cuanto piensen los que abogan por la conveniencia del matrimonio de los eclesiásticos, sus teorías tendrán cuanta fuerza quieran, pero mayor que esta, sin comparacion, es la que ofrecen los inconvenientes que de él resultan. El clero ruso, sometido á la influencia de sus mujeres, y el griego, degradado en parte por las escenas que representan las *santipes*, pueden más que todos sobre la conciencia que juzga imparcialmente de las cosas.»

Estos y otros hechos innumerables que pudieran citarse muestran bien claramente el triste estado de esa Iglesia, en mal hora separada del centro de unidad. Un argumento, sin embargo, se aduce con frecuencia á favor suyo, el de haber conservado la invariabilidad del dogma hasta nuestros dias; pero debe tenerse presente que la invariabilidad de que se jacta no es la que nace de la fe, de la firmeza de convicciones; es la ausencia del movimiento y la vida.

Como dice de Maistre, todas las Iglesias separadas de la Santa Sede á principios del siglo XII, pueden compararse á ciertos cadáveres helados, cuyas formas se han

conservado por el frio de la ignorancia. Si penetrara la ciencia en el seno de la Iglesia griega, penetraría en ella la muerte, pues la experiencia demuestra que solo en el regazo de la Iglesia católica se abrazan cariñosamente la ciencia y la fe. Además, no es tan absoluta como se supone la invariabilidad en que viven esas Iglesias. Humildes siervas del poder civil, sujétanse á todas las variaciones que este quiere imponerles; por lo cual no es extraño que se hayan ido separando de Constantinopla, á medida que los Estados en que vivian se han ido haciendo independientes.

Muy lejos está el Patriarca de Constantinopla de ser el jefe de todos los cismáticos orientales. Los rusos se separaron de Constantinopla en el siglo XVI; los griegos, así que se libertaron del yugo de los turcos. Son nada menos que nueve ó diez los jefes de las Iglesias separadas de la llamada griega ortodoxa; el patriarca *independiente* de Chipre, el sínodo de Rusia, el sínodo de Grecia, el arzobispo de Monte Sinaí, los patriarcas de Moldavia y Valaquia, el patriarca de la Servia griega, el de la Servia austriaca, y el patriarca de Montenegro. Tampoco pertenecen al patriarcado de Constantinopla la Iglesia armenia, la caldea ó nestoriana, la de los coptos, y la de los jacobitas, todas ellas cismáticas. La armenia data nada menos que del siglo VI, en que su patriarca Narsés condenó por nestoriano al Concilio de Calcedonia. Muchas tentativas se hicieron despues para unirla con Roma, aunque sin éxito; dichosamente el catolicismo ha hecho y continúa haciendo grandes progresos en el seno de dicha Iglesia. Los armenios cismáticos tienen tres patriarcas independientes unos de otros, y su número puede calcularse en 2.400.000 en Turquía, 335.000 en Rusia, y 76.000 en Persia.

Los caldeos continúan profesando la herejía de Nestorio, y son unos 125.000 en Caldea, y 25.000 en Persia.

Los jacobitas, llamados así del monje sirio Jacobo,

que los arrastró al cisma, son eutiquianos, y de ellos se cuentan todavía unos 300.000 esparcidos por Siria, Babilonia y Constantinopla.

Los coptos tienen unos 150.000, y tienen un patriarca en el Cairo [1]. Todas estas Iglesias prostituidas, ignorantes, fanáticas, se aborrecen mútuamente, y viven en la miseria y abyeccion formando doloroso contraste con la santa Iglesia católica, que se extiende del Norte al Mediodía, del Oriente á Occidente, y vence, impera, reina, á despecho de los poderes cesáreos y de las revoluciones impías; ¿que Iglesia como esta, que se levanta cuando todo está caido, y brilla con mayor esplendor cuando todo parece oscurecerla; que abraza en su seno á los pueblos más remotos y á las razas más diversas, alimentándolos á todos con las mismas enseñanzas, manteniéndolos á todos unidos con el centro de unidad, haciendo de todos una sola grey, gobernada por un solo Pastor Supremo?

No es posible en el reducido espacio de un artículo, exponer detenidamente el estado de las Iglesias cismáticas. Basta á nuestro propósito poner los ojos en la de Rusia, hoy verdadero centro y cabeza del cisma, la cual se cree llamada á borrar la Media Luna del horizonte europeo, y unir á todos los Estados á la sombra de la cruz griega, cuando en puridad no es sino el instrumento de que se valen los Czares para fundar un inmenso imperio, que posea el Báltico y el Bósforo, el Volga y el Danubio, que se extienda desde el Dniester hasta el extremo septentrional de América. Y hénos aquí tocando ya la cuestion de Oriente, estrechamente enlazada con el cisma, y cuya trascendencia religiosa es mayor de lo que generalmente se supone.

Sin la existencia del cisma, no hubiera surgido cierta-

[1] CHANTREL, *Annales Ecclesiastiques*, pág. 10.

mente la cuestion de Oriente, pues no se hallaria hoy á orillas del Bósforo, el *moribundo* cuya herencia se disputan las potencias europeas. A no haber sido por Focio y Cerulario, y por los viles emperadores de Oriente, la cristiandad dirigida por los Papas, hubiera arrojado de Europa á los turcos, caso de haber pisado entonces su suelo. Sin el cisma no hubieran tenido los Czares el inmenso poder que les da su calidad de autócratas, esto es, de jefes del Estado y de la Iglesia, del imperio y del sacerdocio, por donde vienen á convertirse en vivo símbolo de la fe nacional, y en visible personificacion de todos los derechos, de todas las fuerzas y de todas las esperanzas del imperio [1].

El cisma es, pues, el orígen de la cuestion de Oriente, y el instrumento de que se vale el Czar para la realizacion de sus planes. No es la Iglesia en Rusia la benéfica institucion que obra saludablemente sobre las almas, dominando hasta los corazones más rebeldes; la estrella que las dirije y conforta en este valle de lágrimas, animándolas y exhortándolas á hacerse superiores á la fuerza de los poderes tiránicos; es solo una rueda de la máquina gubernamental. Llevada al cisma por los patriarcas de Constantinopla, dependió de ellos hasta el siglo XVI, en que el Czar Iwanowiz consiguió hacerla independiente, merced al oro con que compró al patriarca bizantino Jeremías II. No obstante, los patriarcas de Moscou continuaron pidiendo á Constantinopla la confirmacion de sus cargos hasta 1651, en que el influjo de que gozaban los patriarcas moscovitas disgustó al famoso emperador Pedro I, que abolió la dignidad patriarcal, inaugurada por un obispo intruso y simoniaco, sustituyéndola con el *santo Sínodo*. Y para que se comprenda la significacion de esto, bastará saber, que haciendo algunos obispos reclamaciones á Pedro I acerca

[1] *La Civiltà Cattólica*, cuaderno 623, pág. 513.

de la supresion del patriarcado, contestó lleno de terrible cólera, arrancando de la vaina el cuchillo que llevaba al cinto, y diciendo: «Hé aquí vuestro patriarca.» Era Pedro I digno sucesor de aquel Ivan, el terrible, que hizo encerrar vivo en una piel de oso á un obispo, para que fuese comido de los perros. Dice con razon *La Civiltà Cattólica* que en las palabras de Pedro se compendia el *Tu es Petrus* del nuevo pontificado ortodoxo. Con efecto, por medio del sínodo se asienta el Emperador con látigo y espuelas sobre la Iglesia rusa, no siendo aquel sino un tribunal ejecutivo de las órdenes del Czar. Compuesto de obispos, presididos por un lego, que las más de las veces es un militar, hace en todo la voluntad del emperador. Todo prelado que por alta dignacion del Czar se sienta en el sínodo, jura obediencia en estos términos: *Confiteor porro et jurejurando assevero, supremum hujusce collegii judicem esse ipsum totius Russiæ monarcham nostrum clementissimum.* Por muchos años hasta 1860, presidió el sínodo el coronel de húsares Protasoff, encomiado del siguiente modo despues de su muerte por un órgano de la cancillería rusa: «Por medio del sínodo de que era verdadero jefe, distribuyó las mitras á eclesiásticos jóvenes y civilizados, y reorganizó completamente el sistema de educacion en los seminarios.» Por esto se echará de ver cuán triste es la situacion de la Iglesia rusa. El marqués de Cristine, que viajó por el imperio moscovita, dice: «He visto en Rusia una Iglesia cristiana, á la que nadie ataca y que todo el mundo respeta al menos en la apariencia, una Iglesia á quien todo favorece en el ejercicio de su autoridad moral; y sin embargo, esta Iglesia no sabe hacer más que hipócritas y supersticiosos [1].» Otro viajero digno de fe, dice que los monasterios rusos de ambos sexos son focos de inmoralidad,

---

[1] *Rusia en* 1833 POR EL MARQUÉS DE CRISTINE, tomo IV, pág. 431.

las fiestas religiosas pretexto para los placeres de los concurrentes, los *popes* embusteros, soberbios é ignorantes. El honor de los altares es concedido sin mas prueba de santidad que la ideada por la codicia de los *popes*.

Y un escritor liberal pinta de este modo al clero ruso: «Ninguna comunicacion estrecha entre el alto y el bajo clero, ninguna esperanza en el bajo de dejar su casta sino por la degradacion que le convierte en soldado, ni mejorar su suerte entregada á la doble tiranía del episcopado y del pueblo; silencio general en el sacerdocio, que no puede predicar sino en la fiesta del emperador para sostener la obediencia ciega á una autoridad sin límites; se imponen al clero todas las obligaciones de los esbirros, hasta la de revelar á la policía los secretos de la confesion..... Esta Iglesia es un ejército mecánico.»

Es, pues, la Iglesia, repetimos, mero instrumento político del Czar. Solo que al revés de lo que hacen los demás reyes de Europa, tan insensatos que fomentan en sus Estados las divisiones religiosas, el Czar intenta unir á todos los eslavos bajo la bandera del cisma; funda en la unidad religiosa la principal base de su poder, de su dominacion, de su grandeza. ¿Logrará al fin su intento, arrojando del trono á los Osmanlis, y consumando la unidad política de los esclavones?

Difícil es preverlo; pero no se debe olvidar que la situacion le es favorable por muchas circunstancias. Todos los pueblos de la raza latina, poseidos de vértigo insensato, están labrando apresuradamente su propia perdicion. Hacen guerra crudísima á todo lo que pudiera darles vida, y abrázanse estrechamente á todo lo que ha de causar su ruina. Austria hállase en situacion harto parecida á la del imperio turco y á la de todos los pueblos latinos. Alemania es el coloso de piés de barro que se vendrá fácilmente al suelo, cuando le hiera la piedrecilla desprendida de la montaña.

En cambio Rusia pone al servicio del *panslavismo* la *ortodoxia* tradicional; el régimen autocrático; un pueblo jóven y vigoroso imbuido del espíritu de raza. Puede, pues, Rusia llegar á la completa realizacion de sus designios; puede desde las orillas del Bósforo extender sus redes sobre una gran parte del mundo, y declarar á la Iglesia la guerra más encarnizada que han presenciado los siglos.

Con todo creemos pasajera la borrasca.

El socialismo, que como dice un ilustre escritor español, «tiende á la autocracia, porque la considera verbo en quien pueden mejor encarnarse las abstracciones socialistas y ejecutor el más eficaz de cuanto en el radicalismo de esa fanática secta es materialmente practicable,» será el elemento de destruccion que hiera de muerte á la autocracia, cuando vea que ésta no puede realizar por completo sus aspiraciones. Y cuenta, que el socialismo es en Rusia poderosísimo. Dice un escritor, que los círculos socialistas se extienden allí por todas partes con una organizacion poderosa, semejante á la establecida por los carbonarios en Italia durante la dominacion de las monarquías legítimas. «Un príncipe, añade, preside el círculo de Petersburgo; un propietario territorial de primer órden el círculo de Jarolasff; un manufacturero millonario, el círculo de Tamboff; y un juez retirado, de un crédito sin igual y de una integridad sin tacha, ha gastado cerca de cuarenta mil duros de su bolsillo particular en esta propaganda.» La *Civiltà Cattolica* calcula en quince millones el número de prosélitos que cuentan las sectas socialistas. Hay además en Rusia otra multitud de sectas, que no pueden menos de ser elementos de disolucion y de muerte. Su corrupcion, su inmoralidad, sus horribles extravagancias, ponen espanto en el ánimo más sereno. Hay la secta de los *Phitzi*, que considera el suicidio como acto heróico; hay la de los

matadores de niños, que quiere poblar el cielo de inocentes; la de los *estranguladores*, en la que se exige muerte violenta para entrar en el cielo. Pertenecen á las sectas que acabamos de nombrar más de un millon de individuos. Hay tambien la de los *Flagelantes;* la de los *Skopzi*, que se mutilan; la de los *Stazowerzi*, á la que pertenecen cinco millones de individuos; y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Ahora bien; para contrarestar estos principios de division y de ruina, y otros muchos que un imperio desmesurado no puede menos de contener, no cuentan los Czares más que con una Iglesia tiranizada, corrompida, sujeta á los caprichos del poder civil, y que vive solo como instrumento del Czar, pues realmente está muerta, no tiene vida espiritual ni divina. Así, pues, los mismos principios que hoy favorecen la extension del poder moscovita y sus proyectos de dominacion universal, han de ser el orígen de su ruina y aniquilamiento. Y acaso sea esta la ocasion favorable de llevar á cabo la union de la Iglesia griega con la Iglesia católica. ¿Y quién sabe si el Señor, en sus inescrutables designios, viene preparando los sucesos para este fin verdaderamente grande y digno de su Providencia? ¿Quién sabe si el cisma que trajo la cuestion de Oriente ha de resolverla definitivamente, volviendo los cismáticos al seno del catolicismo?

Bien se puede pensar que el Señor, que saca el bien de las mismas entrañas del mal y todo lo encamina á su mayor gloria y bien de los hombres, despues de castigar la locura de los pueblos latinos con la dominacion moscovita, hará salir de tan graves males la union de Oriente y Occidente.

Suceso feliz y maravilloso, que sería sin duda el precursor del triunfo definitivo de la Iglesia.

URBANO FERREIROA.

JEHOVA

ó

EL TETRAGRAMATON DE LOS HEBREOS

IV

Para confirmar ó fijar más y más el sentido y significacion propia de la palabra *Jehova*, permítasenos trasladar aquí varias otras autoridades de la Sinagoga y de la Iglesia, cuyo voto es comun y acorde en esta materia. Con efecto, el rabino Aben-Ezra, que nació en Toledo en 1119, y moria probablemente en Rodas, cuando el Rey D. Alfonso VIII el Bueno y el Noble, deshecho Alarcos (1194), se refugiaba en la imperial ciudad, dejó dicho en sus famosos comentarios al Exodo: «*Ehyé* está en la primera persona; *Jehova* en la tercera; en singular entrambas. Uno y otro se forman de la palabra Yah; *pero estos tres son los nombres propios de la Divinidad.*» Sirven asimismo á nuestro propósito aquellas doctrinas del *Hhezkuni*, que es comentario al Pentatéuco, harto apreciado entre la gente hebrea, y original de Rabi Hhezkia. Hé aquí sus palabras: Ehyé=Yo Soy Ehyé, Dios, el Sér; porque soy en los siglos de los siglos sin fin..... *Este es mi nombre:* Ehyé, mi nombre eternamente. Así escribimos nosotros el *nombre reservado de Jehova;* porque el muy Santo, bendito sea, se llama á Sí mismo *Ehyé*=Yo soy: nosotros le llamamos Jehova=*El Es.*»

Dejamos á un lado no pocos otros rabinos y doctores hebreos para no ser difusos; pero no queremos pasar adelante sin advertir que en la célebre obra castellana del erudito *Menasseh-ben-Israel,* intitulada el *Conciliador*, están

consagradas nada menos que once páginas en 4.°, á probar que los nombres Ehyé y Jehova son idénticos y tienen la misma significacion.

Este predicador de los judíos en Lisboa, donde nació, fué de la Academia de los de Amsterdam, y allí sacó á luz su traduccion del Pentatéuco en 1631.

Acertados estuvieron, por consiguiente, los Setenta, al traducir nuestro *Ehyé=yo soy;* por, Yo soy el que estoy siendo, *ego eimi o on*. Aclara en gran manera este punto la famosa paráfrasis caldáica de Jonatan-ben-Huziel, trasladando el mismo nombre santo de esta manera: Jehova, *Yo que era y que seré*, me envia á vosotros.

Los Santos Padres de la Iglesia, colocados por Dios en las sendas espinosas y difíciles de la vida, para que como faros clarísimos alumbren á los infelices hijos de Adam, confirman la doctrina é interpretaciones que del sacro tetragramaton dejamos establecidas. El genio sin rival de San Agustin, azote y muerte de todas las herejías, y el más profundo y claro intérprete de los libros santos, hablando de la sublime escena del monte Horeb, dice estas palabras tan elocuentes como útiles para nuestro propósito: «Inquiriendo Moisés el nombre de Dios, se le dijo: *Yo soy quien soy:* así dirás á los hijos de Israel: *El que Es me envia á vosotros*. ¿Qué es esto? ¡Oh Dios y Señor nuestro! ¿Cómo os llamais? Me llamo *Es*, dijo: ¿Y qué quiere decir *me llamo Es? Que soy inmutable: permanezco en la eternidad*. Luego la inconmutabilidad divina se ha dignado encerrarse en este vocablo: *Ego sum qui sum.=Yo soy quien soy* [1].»

En otro lugar, el sapientísimo doctor de Hipona, con mucha gracia pone en boca de Moisés estas bellísimas frases: «¿Qué responderé á los que me pregunten quién

---

[1] *¿Quid est hoc? O Deus, o Domine noster, ¿quid vocaris?* Est *vocor, dixit. ¿Quid est.* Est *vocor? Quia maneo in æternum, quia mutari non possum. Ergo incommutabilitas Dei isto vocabulo est intimare*, Ego sum qui sum. *Serm. VI, de Scripturis*, c. 3, núm. 1.



me envia? Yo soy, responderás. ¿Quién? *El que soy*. ¿Y ese es tu nombre, todo tu nombre entero? ¿Tendrías por nombre al *mismo Sér*, si no halláramos que todo lo que Tú no eres, comparado contigo, verdaderamante *no es?* Tal es tu nombre..... *Yo soy El que soy: El que Es* me envia á vosotros.» Hélo ahí, que Es grande, grande Es [1]. Y en otra parte continúa: «La Eternidad misma solamente puede decir con toda verdad al humano entendimiento: Yo soy quien soy. De Ella sola decirse pudo con toda justicia: *El que Es*, *me envia* [2].» Como fácilmente se deja entender, el terrible martillo de pelagianos y maniqueos, en las sublimes palabras que acabamos de copiar, define y explica como nosotros el nombre *inefable Jehova.*»

El famoso Teodoreto (387-458), Obispo cirense, Prelado insigne, aparte de su temporal devocion á Nestorio, al cual anatematizó por fin, autor clarísimo de la historia eclesiástica, de la historia religiosa, de las fábulas heréticas y de otras varias obras, habla del nombre santo de Jehova en el mismo sentido en que lo explica la tradicion constante de la sinagoga hebrea y de la Iglesia cristiana. En la cuestion 15 sobre el Exodo, se expresa como sigue: «¿Qué significa *y yo no les he revelado mi nombre Jehova?* En ello declara Dios á Moisés cuánta honra y estimacion le prodiga, enseñándole el nombre que no habia revelado á los patriarcas; pues le dice: Y*o soy Aquel que está siendo.* Tal es el nombre que los hebreos apellidan *inefable* [3].» Los Padres casi todos de la Iglesia, y señaladamente San Jerónimo (*Comment. in Epist. ad Ephes.)*, San Gregorio Na-

---

[1] *¿A quo me missum esse respondebo quærentibus?—Ego sum.—¿Quis?—Qui sum.—Hoc est nomen tuum, hoc est totum quod vocaris? Esset tibi nomen* ipsum esse *nisi quidquid est aliud tibi comparatum, inveniretur, non* esse *vere? Hoc est nomen tuum..... Ego sum qui sum. Qui est misit me ad vos. Magnum ecce est, magnum est.* (*In Psalm. CL. Enar. Sermo II.*)

[2] *De vera religione, cap.* 49.

[3] Εφη γὰρ προσ αυτον, εγω εἰμι ὁ ὢν τουτο δὲ παρ Εβραιυις αφραςτον ονομαζεται.

cianceno *(De fide ortodoxa contra Arianos)* y San Irineo *(Adv. hæreses, lib. III, cap.* 6), interpretan, explican y comentan en el propio sentido el augusto nombre de las cuatro letras, enseñándonos de paso que los doctores católicos fueron siempre profundos filólogos, á la par que grandes expositores y consumados teólogos.

V

Si necesario fuera insistir y dejar mejor fundada la idea arriba dicha, es á saber; que el tetragramaton bendito encierra en sí los tres tiempos, presente, pretérito y futuro, diríamos que con los modernos hebraizantes, Ghesenio y Micaelis, andan contestes los maestros rabínicos y los exegetas cristianos. Veamos si no algunas otras autoridades. «Es preciso que entiendas, dice Rabbi Behhai, escritor español del siglo XIV, en la Exposicion al Pentatéuco, fól. 64, que el nombre *Ehyé* corresponde á los tres tiempos del verbo *Ser*, enseñando así que El (Ehyé) bendito sea, es dueño de los tiempos, *es*, *fué* y *será*, lo cual tan claro vemos, que sería supérfluo hablar más de ello.»

Asimismo dice tambien el *Schem-Tob,* que suele ir unido al *More-Nebuhhin:* «Las letras del Tetragramaton no solamente explican la esencia divina, sino que además, atendida la puntuacion, significan el *Sér necesario:* pues en Sí mismo tiene la existencia, siendo además causa eficiente de todas las existencias que viven fuera de Él. Quien les da y hace ser El es.....»

Y porque nunca sobra conocer y medir cuanto se haya dicho sobre el soberano y dulce nombre *Jehova*, oigamos con atencion la juiciosa é interesante advertencia del erudito judío cordobés, R. Maimónides, que nació en 1131, y murió en el Cairo en 1204: «Posible es, dice, que este nombre tenga otras significaciones, segun la lengua he-

bráica, la cual conocemos solo en parte. Pero atendiendo al modo de pronunciarlo, implica en verdad *aquel Sér que necesariamente existe* [1].» Así viene á resultar por demás notorio y claro, que la tradicion y ciencia rabínica halló siempre, y halla hoy mismo, la verdad de la tésis que intentábamos demostrar; esto es: que en el nombre tres veces santo de *Jehova*, está señalada la necesaria Eternidad de Dios, ó los tres tiempos, presente, pretérito y futuro.

Igualmente, los maestros santísimos de la Iglesia primitiva, descubren los tres tiempos dichos en el misterioso Tetragramaton. Persuadidos por completo tan respetables y venerandos doctores, que solo estudiar y conocer á Dios es cierta y verdadera sabiduría, escudriñaron con grandes ventajas y singular provecho los adorables enigmas ocultos en el nombre augusto de *Jehova*. Por eso San Clemente Alejandrino (Strom. lib. V) escribe: «Jehova significa *El que es y será*.» Oigamos las palabras de otra gran columna de la Iglesia. De todos los nombres que á Dios se dan, el que mejor le cuadra es: *Está siendo:*» así se explica San Cirilo de Alejandría. Ni menos terminantemente, escribe San Epifanio al interpretar el Tetragramaton hebráico: *Javé* [2], dice, significa: «*El que era, El que es, El que siempre será* [3].»

Hasta el mismo Lutero, el infeliz y desventurado apóstata aleman, recordando muy bien el estudio, por cierto nada superficial, que del idioma hebreo habia hecho en las aulas de su antiguo monasterio, escribe del santo nombre del Señor lo que vamos á copiar: «La suma importancia,

---

[1] No todos ignoran que existe además del *Schem-Tob,* otro comentario al Moré-Nebuhhím, de Maimónides, que lleva por título *Ephod* ó *Ephodi,* y en el cual se lee al lado de muy curiosas interpretaciones del Tetragramaton, la misma que en el fondo acabamos de exponer.

[2] Así pronunciaban los naturales de Samaria.

[3] Epiph., Hær. XL.

dice, que á este nombre *(Jehova)* dan los hebreos, y la extremada veneracion que le profesan, nace de que la Escritura nos señala con la palabra *Jehova, la Esencia de Dios y su majestad.* Diez nombres posee la lengua santa para designar á la Divinidad: de estos, la mayor parte significan la naturaleza divina, segun se nos revela en sus prodigiosas obras. Pero solo al nombre *Jehova* le es dado expresar al mismo Dios en su propia Esencia.» Es, por consiguiente, unánime el sentir tradicional y científico de los doctores del judaismo, de los sapientísimos y santos Padres de la Iglesia, y hasta de los mismos herejes, enemigos de judíos y cristianos, al interpretar y exponer el nombre divino de *Jehova.*

Parécenos conveniente y útil advertir en este lugar, que las palabras *Ehye*, *Yah* y *Jehova*, consideradas por los buenos maestros del idioma hebreo como *nombres propios*, jamás pueden ir precedidas del artículo, ni hallarse tampoco en el *status constructus*, como dice el tecnicismo de la lengua. Todos tres, que como hemos visto, significan la Eternidad de Dios, la misma Esencia divina, aparecen empleados por los autores de los libros santos indiferentemente, y segun reclaman las circunstancias, el ritmo y la eufonía del lenguaje israelítico.

Ni tampoco hemos de pasar por alto que la última letra de *Jehovah* y de *Yah* nos presenta una diferencia, la cual, aunque pequeña, puede ser de importancia capital; porque al decir del profundo orientalista y doctor de la Iglesia San Jerónimo, cada letra de uno y otro Testamento oculta y es verdadero misterio. El *h* final, pues, de la palabra *Jehovah* no es de la misma naturaleza que el *h* de *Yah:* en el primer vocablo es muda, mientras que en el segundo aparece con *mapik*, y por consiguiente reclamando suave pronunciacion: y dejando á un lado la explicacion gramatical, ¿quién sabe las admirables é in-

teresantes significaciones que en ello puede haber, y que la ciencia lingüística no acierta aún á descifrar?

Con la edicion de las obras de San Jerónimo, hecha por los Padres Benedictinos, va unido un notabilísimo tratado que lleva por título: *De Deo et nominibus ejus*. Para los bibliófilos viene á ser el conjunto de apuntamientos y notas recogidas de los santos Padres primitivos sirios y griegos. Pues bien; el notable escrito explica y prueba en primer término lo sinónimo de los tres nombres divinos que acabamos de indicar. Y afirmándose allí que todos ellos expresan la Eternidad de Dios, se añaden estas significativas palabras: «Solus autem *Pater* cum *Filio et Spiritu Sancto veraciter Est*, cujus Essentiæ comparatum esse nostrum, *non esse est*.» En cuyas frases, como es claro, descúbrense nuevos misterios y significados envueltos en la adorable palabra Jehova. Más de esto hablaremos despues.

VI

Estudiando aún más la significacion del inefable Tetragramaton, adviértese que, además de mostrarnos como por enigma y en espejo la eternidad y esencia de aquel *Ser que es à Se*, y en quien y por quien todos los demás séres somos y vivimos, expresa tambien la misericordia divina; así en promesa, como en realidad; lo mismo en este valle de lágrimas, que en la morada felicísima de los escogidos. Tal significado aparece manifiesto y con toda claridad en las Escrituras Santas, las cuales usan mas especialmente de la palabra *Jehova* para la misericordia y perdon prometidos; la *Yah* para la concedida ya de hecho por el Señor á los mortales [1]. Y con efecto; en el capítulo 31 del Exodo leemos que *Jehova* es, ó significa, el

[1] V. Arias Montano, Joseph, sive de arcano sermone, cap. 1, pág. 9.

Dios misericordioso, paciente, de gran clemencia y miseracion, que ejercita su misericordia entre millares, limpia los pecados y arranca los crímenes y la iniquidad.

Lo propio, y más aún, vienen á revelar aquellas exclamaciones de entusiasmo santo y arrebatador en que el profeta-rey prorumpe en sus divinos salmos (26, 15, 4, y 51): Jehova es mi luz y salvacion: ¿á quién temeré? Jehova es el protector de mi vida: ¿quién me hará estremecer? Jehova, Tú eres mi esperanza; Tú la parte de mi caliz y de mi heredad. *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

En los mismos himnos sagrados y poéticos de David señalados con los números 101, 102, 106, 112, 113, 115 y 135 aparece el misterioso nombre bajo la silaba=*yah,* indicándonos bien á las claras la divina misericordia, ejercitándose entre los hombres, y el reconocimiento de éstos enviado al cielo en la sublime poesía del real profeta. «Por cuanto el Señor (Jehova) edificó á Sion..... y atendió á la súplica de los humildes y no despreció sus preces..... el pueblo acrecentado alabará á *Yah,* ó lo que es igual, *Halelu-Yah=Laudate Dominum.* Otras veces, despues de ponderar y ensalzar el divino cantor, la virtud y beneficios de nuestro Dios, exclama: Bendito sea eternamente el Señor Dios de Israel (à sæculo et usque in sæculum), que el pueblo repita: Amen: *Halelu-Yah.*» Y en otro lugar: «No los muertos te alabarán *oh Yah,* ni los que descienden al infierno: nosotros los que vivimos, bendecimos á *Yah,* ex hoc et usque in sæculum: *Halelu-Yah.* Numerosos pasajes bíblicos que declaran el nuevo significado que vamos dando al augusto Tetragramaton hebreo, se hallan en casi todos los sagrados libros del Antiguo Testamento [1].

[1] Véase la palabra=yah en el *Arcano Sermone* de Arias Montano, pág. 11: y sobre todo el excelente manuscrito inédito del doctísimo P. Sigüenza, intitulado: «His-



Así vamos descubriendo paso á paso siquiera no sea más que la sombra y el reflejo de las grandezas, que están escondidas en el misterioso nombre de las cuatro letras. Apoyándonos confiadamente en la ciencia bíblica, en la tradicion católica y en la rabínica, observamos cómo el tetragramaton santo, nacido en la montaña de Horeb, es el nombre verdaderamente *propio* de la Divinidad. Razon tuvieron, pues, los miembros de la Sinagoga judía para apellidar al sacratísimo nombre, desde los siglos más remotos, *el nombre fuerte; el nombre grande; el nombre de la sustancia; el nombre sublime; el nombre venerado* y *terrible; el nombre* INCOMUNICABLE, *misterioso*, *distinguido*, *inefable*, *tetragramático* por antonomasia, y en fin, *el nombre por excelencia*. Tan notoria verdad es, que la vieja ciencia y tradicion rabínica, creyeron siempre propio y exclusivo del Señor el nombre adorable de Jehova.

Con no menos acierto, además, la Sinagoga antigua enseñó constantemente, que la palabra Jehova es voz *incomunicable*. Y tenia razon; porque siendo solo Dios propia y verdaderamente eterno, á Él solo tambien pertenece y conviene aquel divino apellido, que principalmente significa eternidad [1]. Ni mas ni menos, que suyo y exclusivo ha de ser el nombre que en toda propiedad significa la divina sustancia, el nombre *del Sér*, porque solo Dios es *Sér por*

---

toria del Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Jesus Christus heri et hodie, ipse et in sæcula; pág. 23. De los nombres divinos. En la riquísima Biblioteca del Escorial formada y enriquecida por aquel grande amigo de la ciencia y del arte, el insigne Monarca Felipe II, creemos haber visto y manejado otro ejemplar del Código de Sigüenza, que vivamente deseamos ver publicado para provecho y utilidad de la ciencia y del saber.

[1] Claro es para cuantos hayan saludado los rudimentos de la Metafísica cristiana, que solamente de Dios es la eternidad, y de Él solo se debe predicar. Los demás séres podrán estar dotados de inmortalidad; pero ninguno puede ser eterno, porque todos tuvieron principio. De donde hemos de inferir, que la vida de los bienaventurados que reinan con Dios en la pátria celestial, se llama eterna solamente en cierto sentido indirecto, y no muy propio; pues algun dia principió para ellos tan ansiado vivir *inmortal y perpétuo*, pero *no de todo punto eterno*.

esencia, y en sí mismo, fuente inagotable y soberanamente celestial, en donde beben el suyo todos los séres de la creacion.

Quedará muy confirmada la bellísima verdad que nos ocupa, si nos paramos á considerar que todos los demás nombres atribuidos á Dios son meros calificativos, que convienen tambien al hombre, y áun á veces á las falsas divinidades. El apelativo Señor se da frecuentemente á los grandes y poderosos del mundo; y las mismas Escrituras Sagradas, denominan Dios á los séres que reciben culto de latría. En el santo libro del Exodo (XXXIV, 31) leemos, que Moisés, dirigiéndose al Señor, le dice: «gravísimo pecado ha cometido el pueblo, pues ha hecho para sí un *Dios de oro.*» Tambien pudiéramos al propio fin recordar aquellas bíblicas expresiones: «Chamos, *dios de Moab; Moloch*, *dios* de los amonitas; Astarte, *diosa* de los sidonios; Beelzebub, *dios* de Acaron.» Y hasta el nombre misterioso y antiquísimo *Elohim*, aparece á veces usado indistintamente para determinar el verdadero Dios de Jacob y las divinidades falsas de Laban: «Que Elohim=Dios de Abraham, y *Elohim*=los dioses de *Nacor*, sean testigos de nuestra alianza,» etc., como se lee en el Génesis [1].

No vayamos adelante sin apuntar primero la opinion de muchos y muy juiciosos orientalistas, entre los cuales descuella el doctísimo Drach, quienes hablando del nombre *Elohim* dado por los gentiles y divinas Escrituras á los dioses del paganismo, lo toma como calificativo irónico en el presente caso: á la manera que se llamaron *gnósticos* (significa conocedores, inteligentes) aquellas sectas primitivas y cristianas que, lejos de ser lo que indica su nombre, fueron despreciadoras de la misma razon, y gran-

---

[1] La tradicion rabínica llama en este pasaje al *Dios de Abraham*, Dios santo (Kadosch=santo); al de Nacor, profano (jol=manchado, profano).



demente impías en su propia esencia. Siempre la ignorancia usurpó el nombre de ciencia; la tiranía, el de libertad; la desvergüenza, el de nobleza é hidalguía; la traicion y la deslealtad, los de honradez y patriotismo.

Ni mas ni menos que el nombre de *cataros* (del griego=catharos=puro) con que se adornaron los montanistas, maniqueos, novacianos y otros herejes, que de todo tenian menos amor á la pureza cristiana. Con la propia significacion irónico-satírica se apellidaron *puritanos* aquellos heterodoxos ingleses, que solo por la superficie y aparentemente, conocian la austeridad y rigidez; ó como los *furiosos*, gentes llenas de fanatismo y pestilencia pertenecientes á la cátedra de Satanás, que con descaro sin igual se intitularon á sí propios *Eumenides*, palabra helénica que significa *dulces*, *suaves*, *amables*, *buenos*, ó lo que es lo mismo, todo lo contrario de lo que eran. No debe parecer, pues, descabellado pensar que en este propio sentido fuesen llamadas Elohim,=dios, las divinidades gentílicas [1].

VII

A explicar la excelencia del santo vocablo *Jehova* sobre todos los demás nombres divinos, consagra R. Joseph Albo, en su libro *Ikarim (Fundamentos de la fe)*, un capítulo entero, y nada pequeño por cierto [2]. «El nombre, dice,

[1] Este celebre rabino, natural de Soria, fué uno de los que asistieron en 1412 á la famosa discusion religiosa habida entre judíos y cristianos en presencia del anti-papa Benedicto XIII. Su famoso Hikkarim, ó *Fundamentos de la fe*, tuvo por principal objeto, al decir de muchos, sostener y confirmar en la doctrina á sus correligionarios abatidos y desmayados en la lucha teológica con los hijos de la cruz. Las Bibliotecas rabínicas de Bartoloccio y Wolfio, dan noticia de las varias ediciones, y algunas en latin, que se han hecho de esta obra.

[2] Cuando se trata de investigar el orígen de la idolatría, sobre lo cual hay escritos tantos volúmenes, no debe, como en general sucede, pasar inadvertido un pasaje del Antiguo Testamento, que pudiera muy bien considerarse escrito exclusivamente con dicho propósito. Así dice el sagrado libro de la Sabiduría, cap. XIV, vers. 21: «Y este fué el error de la vida humana, que los hombres, por satisfacer afecciones particulares, ó adular á los príncipes, impusieron el *nombre incomunicable* á los troncos y á las piedras.»



escrito con los caraçtéres *yod*, *hé*, *vav*, *he*, se denomina el *nombre distinguido:* lo cual quiere decir, distinto y separado de todos los otros nombres; porque estos pueden aplicarse, ya á los hombres, y ya á los espíritus celestiales; mientras que el nombre de las cuatro letras no puede absolutamente, ni por ningun camino, convenir sino á Dios, bendito sea, porque es la expresion de *su Sér necesario.*» Escusado sería advertir que Joseph Albo es el eco fiel de la tradicion rabínica; pues no otra cosa dejaron escrito en órden al tetragramaton sagrado, Maimónides, Aben-Ezra, Abarbanel y cien otros maestros del judaismo.

Ni de este pensamiento se apartó un solo punto la tradicion católica, porque los santos Padres griegos y latinos confiesan con San Juan Crisóstomo, que ni la sinagoga hebrea, ni los doctores rabínicos toleraron nunca, que con el nombre de las cuatro letras se designara alguna cosa más que la Divina esencia. Sea aquí representante de la creencia católica, y valga por los varios testimonios que pudiéramos citar, el Angel de las escuelas, el maravilloso doctor de Aquino. «Habiendo sido, dice, el nombre de Dios impuesto para significar la Naturaleza Divina, y no siendo esta multiplicable, se sigue que ha de ser incomunicable el mismo nombre..... Y si algun otro nombre existiera que designara á Dios, no por parte de la naturaleza sino del supuesto..... incomunicable sería tambien en cualquier sentido; *sicut forte est nomen tetragrammaton apud hebreos*, como sucede con el nombre Tetragrammaton entre los hebreos [1].» De esta manera providencial nos enseña la tradicion y la ciencia rabínico-cristiana, que el nombre de Jehova (que honrado y alabado sea por los siglos de los siglos) es supremo y el más escelente de todos los nombres de Dios.

---

[1] Summa Theol., Q. XIII, art. 9.

Otro de los apellidos con que las divinas Escrituras califican tan augusto nombre, es «inefable *(ha schem, hamifelá*=el nombre inefable). Dicho adjetivo expresa lo que no se puede concebir, ni decir, ni hay palabra ni razon humana que lo pueda declarar: así que, los libros santos nos quieren enseñar con el presente calificativo, que la palabra Jehova envuelve en sí además de lo dicho, lo misterioso, lo sublime, lo que no se puede comprender ni expresar. A lo menos esta misma fuerza y significacion tiene en el original hebreo *(pheléh*=inefable, inexplicable, indecible, milagroso [1].)

Platicando dulce y reposadamente aquel varon justo y sencillo llamado Manué, de la estirpe de Dan, con el ángel del Señor sobre el hijo que milagrosamente habia de dar á luz su estéril esposa, lleno de temor y de confianza al mismo tiempo, preguntó al representante de Dios, diciendo: «¿Qué nombre tienes?» Y el ángel le responde: «Por qué preguntas por mi nombre, si es *inefable?* [2]» Como si dijera: ¿por qué tratas de inquirir un nombre que no puedes comprender, ya que es inefable? Por eso mismo la *paráfrasis* caldea traslada tan bellísimo pasaje así: «¿Por qué preguntas por mi nombre, si es *distinto y superior* á todo otro nombre?» Y David Kimhhi en sus comentarios al propio lugar bíblico, se expresa en los términos siguientes: «Demasiado abstracto es el nombre de Jehova, para que tú, ó Manué, lo puedas entender.»

Igualmente explica el propio pensamiento aquel gran Padre y doctor de la Iglesia San Gregorio de Nacianzo cuando exclama, hablando del augusto tetragramaton: «Tan inasequible es al espíritu como á la lengua [3].» Huellas tradicionales que sigue fielmente nuestro insigne y erudi-

---

[1] Drach. Armonia, f. 1, pág. 340.

[2] Jud. XIII, 17.

[3] Ουτε νῳ καταλεπτον, ουτε λόγω ρητον=Oute no katalepton, oute logo reton.

tísimo compatriota San Isidoro de Sevilla. En el libro séptimo de la magnífica y excelente obra que todos llamamos *Las Etimologías*, escribe estas frases: «*Yod, he, var, he, ineffabile, illud et gloriosum Dei nomen efficiunt.* Se llama *inefable*, continúa, no por falta de diccion, sino porque ni el sentido, ni el entendimiento humano lo pueden comprender, ni nada digno de él pueden expresar.»

En la postrera mitad del siglo XIV y á principios del XV, gozaba reputacion inmensa entre los judíos españoles Pablo de Santa María, ó de Búrgos, como otros quieren, en cuya ilustre ciudad habia nacido. Habiéndose convertido al cristianismo, merced á la divina gracia y á la lectura de Santo Tomás, fué muy respetado y admirado por la Iglesia y el pueblo cristiano. Los profundos conocimientos que poseia, así en la ley de Moisés, como en la ciencia católica, lo elevaron nada menos que á ser preceptor del rey D. Juan II de Castilla, y mas tarde á las sillas episcopales de Cartagena y Búrgos [1].

Pues bien; la erudicion vastísima del insigne Prelado dió á luz, entre otros, un escelente tratado, que suele citarse con el título: *De nomine divino quæstiones duodecim*, en cuya obra puede verse defendida con grande acopio de datos histórico-científicos, la doctrina que sobre el santo nombre de las cuatro letras vamos estudiando. Pero muy especialmente queremos recomendar y dejar aquí transcrito, uno de los pasajes más explícitos que puede leerse en la primera de las «doce cuestiones:» Así confiesa allí lo inefable del augusto nombre: «el Tetragramaton, dice, es *intransferible*, y no se puede reemplazar con ningun otro, como sucede con la palabra Adonai y los demás nombres divinos: así es, que los traductores caldeos, latinos y

[1] La Sede episcopal de Búrgos no se elevó á la categoría de Arzobispado hasta el año 1566, reinando el gran Felipe II.



aun arábigos, pusieron en lugar de aquel (Jehova) el vocablo *Señor*, que viene á ser version del predicho Adonai, pero nunca del primer nombre Tetragramaton.» De cuyas frases aparece clara la creencia general de cristianos y judíos; es á saber: que el misterioso nombre de Jehova es inefable, inenarrable, misterioso.

No está demás dejar aquí apuntado que el célebre Pablo de Búrgos tuvo antes de su conversion tres hijos de legítimo matrimonio, que se bautizaron con su padre, y todos tres de mucho valer y excelente ánimo. El primero, llamado Alfonso, llegó hasta tomar asiento en la silla episcopal de Búrgos, que su padre habia dejado, y á ser esclarecedor de la historia de España. El segundo, cuyo nombre fué Gonzalvo, gobernó como Prelado, y con acierto, por algun tiempo el obispado de Plasencia. El tercero, á quien llamaron Alvaro, permaneció en el estado seglar, pero no sin méritos, porque nos dejó escrita verídica y bella historia de D. Juan II, rey de Castilla.

Consideremos ya los caractéres y propiedades intrínsecas de cada una de las letras que constituyen el santísimo nombre.

José Fernandez Montaña,

Presbítero.

CARTA Á UN ACADÉMICO DE LA LENGUA

SOBRE LA EPISTOLA MORAL ATRIBUIDA A RIOJA

(Continuacion)

«Pasáronse las flores del verano,
El otoño *llegó* con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.»

Me separo del autor por lo que hace á *llegó*, y siento no opinar como el Sr. de Castro, que cree más elegante el terceto como está, y que la repeticion del verbo *pasar* existe más hermosamente trazada no continuándose en todos las versos. Pues el referirse en los tres versos constituye una anáfora, figura de mucho gusto, y que lo es más aquí por estar pospuesto el verbo al sujeto, precediéndole en los versos anterior y posterior, así (que es como traen el terceto los testos conocidos):

«Pasáronse las flores del verano,
El otoño *pasó* con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.»

Además es más suave el verso con *pasó* que con *llegó*, y mas oportuno, pues se está diciendo que todo pasa.

**Pasáronse las flores del verano
el otoño llegó con sus racimos
pasó el invierno con sus nieves cano.**



«Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, y *nosotros* á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.»

Esto no puede ser de otro modo.

«Temamos al Señor, que nos envia
Las espigas del año y la hartura
Y la temprana *pluvia* y la tardía.»

Así debe quedar ese terceto. ¿A qué poner *mies* en donde dice *pluvia*, como hicieron Sedano y Estala? Léase bien el terceto y el que le sigue, y se verá que esa pluvia no representa la abundancia, representada ya por las espigas y la hartura, sino á la filosofía, la sabiduría, que como rocío del cielo cae á fecundar el alma, y que debemos apresurarnos á recibir cuando nos viene, tarde ó temprano, sin imitar *á la tierra dura á las aguas del cielo y al arado, ni á la vid, cuyo fruto no madura.* ¡Qué hermosura de idea! Eso es de lo más granado que hay en la Epístola.

«¿Piensas acaso tú, que fué criado
El varon *para el rayo* de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,

Las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron y..... á porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía
las espigas del año y la hartura
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
á las aguas del cielo y al arado,
ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
el varon para el rayo de la guerra,
para sulcar el piélago salado?

> Para medir el orbe de la tierra
> O el cerco por do el sol siempre camina?
> ¡Oh, quién así lo piensa, cuanto yerra!»

No hay para qué pensar en el *para-rayo* del Sr. Marchena; mucha luz hay, sí, en el pasaje, pero no es de tormenta.

En el verso central del segundo terceto, hay que considerar dos cosas: si ha de comenzar con la conjuncion disyuntiva original, ó con la copulativa de los textos conocidos; y en segundo lugar, la construccion de todo él. La disyuntiva es mejor, porque por su mismo carácter deja abierto á la imaginacion el campo para pensar que hay otras muchas cosas tambien para las cuales no fué criado el hombre; la copulativa cierra el campo como con llave.

En cuanto á la diccion, me adhiero al voto del Sr. Castro; es mejor *el cerco por donde camina el sol*, que *el cerco donde*. Pero el verso es fatal, y mucha culpa tiene en ello ese *siempre*, adverbio no solo innecesario sino hasta impropio, porque en rigor, ni es el mismo siempre ese camino por donde nos figuramos que anda el sol. Yo lo echaria fuera, y dejaria así el verso:

> «O el cerco ya por donde el sol camina?»

y diria luego:

> «¡Oh! quien así lo *entiende*, ¡cuanto yerra!»

pues ese *entiende* de los textos conocidos es mejor, siquie-

---

> **Para medir el orbe de la tierra**
> **ó el cerco por do el sol siempre camina:**
> **¡oh! quién así lo piensa cuanto yerra!**

ra sea porque evita la desinencia, tan inmediata, de *piensa* y *yerra*.

> «Esta nuestra porcion alta y divina
> A mayores acciones es llamada,
> En más nobles objetos se termina.»

Los textos vulgares dicen:

> «*Y* en más nobles, etc.»

Esta *Y* vendria bien si la idea de ese verso fuese distinta de la del anterior, ó de otro género. Pero esa idea no es más que una amplificacion ó un complemento de la que precede. Por tanto, la pausa del autor es mejor que la conjuncion citada.

> «Y así aquella que *á solo el hombre* es dada,
> Sacra razon y pura, me despierta,
> De esplendor y *de luces* coronada.»

Esa *Y* consecuencial es desgraciada, y debe quitarse como se ha hecho hasta ahora.

Lo de *á solo el hombre* ó *solo al hombre*, es cuestion de gusto: para mí es más elegante la primera, la del autor.—*Sacra razon*, es cacofónico; yo diria *alma razon*.—En cuanto al último verso, si los que lo alteraron diciendo *de esplendor y de rayos*, tuvieron en mira huir de la sinonimia que parece haber en *esplendor* y *luces*, lo único que lograron fué construir un verso menos suave y simpático

---

Esta nuestra porcion alta y divina
á mayores acciones es llamada,
en mas nobles objetos se termina.
Y así aquella que á solo el hombre es dada
sacra razon y pura me despierta
de esplendor y de luces coronada.

que el del autor. Este debe conservarse no solo por su eufonía, sino porque de él resulta que *esplendor* está significando *nobleza*, majestad.

«De aqueste pecho enciende *nueva* llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.»

Nueva es el calificativo propio, pues la luz estaba muerta.

Viva es el que hubiera usado cualquiera de esos versificadores que colocan los adjetivos sin intencion ni oficio especial y necesario, sino solo para llenar las sílabas del pié.

«Quiero, Fabio, seguir á quien me llama
Y callado pasar entre la gente,
Que no *imito* los nombres ni la fama.»

Los textos conocidos dicen «que no *afecto* los nombres;» frase tal vez aparentemente más correcta, ó más llana, estando *afectar* en su acepcion antigua de *desear con ánsia;* pero no exprime todo lo que hay en la otra. Como *seguir* es *imitar*, *imitar* es *seguir;* y el autor dice que no sigue el ejemplo de los mimados de la fama, que no los imita en lo de andar siempre metiendo ruido y ansiosos de que se los nombre. *Los nombres* son ahí, por metonimia,

---

Y en la fria region dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama
y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama
y callado pasar entre la gente
que no imito los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del oriente
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal puro y luciente,

los hombres renombrados; y la frase del autor, es perfectamente correcta y hermosa á la vez.

«Apenas *halla* ya á *comprar* los modos.»

En ese verso, *comprar* está en su acepcion de *pagar*, y el autor, de seguro, escribió *basta* donde el copista *halla*. De todas maneras, el verso carece de armonía, lo mismo que el que los otros textos traen en su lugar, á causa del sitio en que está colocado el adverbio *ya;* donde es tal la fuerza de su acento, que debilita á los que le siguen, despues de haber destruido completamente los que le preceden; pues desde que el verso comienza, ya se presiente ese adverbio, y la voz va disparada á cargar en él. Conservando el mismo sentido del autor, y buscando mejor armonía, pudiera decirse:

«Ya alcanza apenas á comprar los modos.»

«¡Triste de aquel que *vive* y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!»

Dicen otros textos:

«*¡Pobre* de aquel que *corre* y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidos del oro y de la plata.»

Bien puede dejarse este terceto; es claro é intachable;

Apenas halla ya á comprar los modos
del pecar; la virtud es mas barata,
ella consigo mesma ruega á todos.
Triste de aquel que vive y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidos del oro y de la plata.



solo objetaria yo el adjetivo exclamatorio, pues el *triste* del original es mejor como más despectivo; *pobre* es más sinceramente compasivo, y no tiene, como sí *triste*, la fuerza de *mezquino, bajo, despreciable.*

Por lo que hace al terceto original, me parece que no se le ha estimado en todo su valor, ni aun se le ha comprendido; y lo prueba el haberse reducido las dos acciones de los verbos *vivir* y *dilatarse* (que se corresponden con los sustantivos *climas* y *mares*) á una sola, poniendo *corre* en vez de *vive;* y el haberse escrito *perseguidor* en lugar de *perseguidos,* siguiendo la misma unidad de accion. Dice V. muy bien, mi doctísimo amigo, en sus conceptos acerca de la EPÍSTOLA, citados por el muy entendido Sr. Castro: «no sabemos que se pueda estudiar nunca mucho modelo tan por demás perfecto y acabado.» Ella no es únicamente un poco de filosofía y de moral, sino tambien de arte retórica.

El cambio de número del singular al plural, y viceversa, más que tolerable y tolerado, es recomendable y recomendado, como resorte que da inesperado vigor y grandeza á los pensamientos. Lo que se requiere es, que este cambio pueda efectuarse; es decir: en un caso, que todas las partes que forman un plural puedan condensarse en un singular que las contenga; y en el otro, que el singular que ha de resolverse en plural, sea un nombre colectivo. ó una voz que en alguna forma tenga fuerza de pluralidad. Ejemplo de lo primero: «Diputados y Senadores ardian en deseos de demostrar á Bolivar la gratitud de la nacion: al presentarse, el Congreso á una voz le aclamó Padre de la Patria.»—Ejemplo de lo segundo: «A nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente *les* estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.»—Otro ejemplo igual. «¿Ay

de *aquel* que desoyere sus preceptos y siguiere la senda de la sensualidad y la abominacion! porque *pagarán* con años de tormentos cada deleite.»—¿Por qué se ha podido decir en este ejemplo *pagarán*, habiéndose dicho antes *aquel?* Porque ese pronombre se refiere á todos los quebrantadores de la ley divina.—¿Por qué pudo Cervantes decir en el anterior «*les* estaban,» habiendo dicho antes «*le* era?» porque *nadie* ha tomado fácilmente la forma de *todos*, sin que haya sido necesario expresarla, á causa de su fuerza de pluralidad.—Vamos al terceto: ¿Qué representa el pronombre *aquel?* No á un hombre solo, representa á todos los codiciosos que viven en cuantos climas hay, y se dilatan por cuantos son los mares, abrasados en la sed de la codicia. Y todavía más; la fuerza natural de pluralidad que tiene dicho pronombre, está reforzada por los verbos *vivir* y *dilatarse*, de distinta accion, y por los sustantivos plurales *climas* y *mares;* climas y mares que ve el lector en su mente, poblados de los adoradores del precioso metal. *Perseguidos* es, pues, el plural en que se resuelve el singular *aquel*.

En cuanto al uso de *perseguidos* con preferencia á otra voz, es muy del autor, que iba siempre á lo hondo. Pudo haber dicho:

«Codiciosos del oro y de la plata,»

pero la energía de su ingenio queria más: queria pintar á los codiciosos atormentados por su misma ansia de riquezas, acosados por la codicia, perseguidos por el oro y la plata, representantes de la codicia, que los instigan y los hacen cruzar climas y mares, y no les dejan paz ni reposo. Esa es la persecucion que hacen los vicios; y la idea es digna del que dijo, hablando del deleite:

«..... que aun el vicioso
En sí mismo le nota, y le es molesto.»

Lo único que daña un tantillo, es la concurrencia de esos dos sustantivos masculinos y en plural, que preceden á *perseguidos*. Léase el terceto diciendo *las mares*, para evitar que se quiera formar concordancia, y se verá cómo resalta más el pensamiento.

«Un ángulo me basta entre mis lares.»

Es perfecto y delicioso ése terceto, y no se concibe cómo pudiera Sedano encerrarlo entre interrogaciones, y cambiar en indicativo el subjuntivo *perturben*.

En el que le sigue:

«Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza *al parco* y al discreto
Y algun *comun manjar* honesto y leve.»

es acertada y pertinente la traslocacion que todos han hecho diciendo más bien *manjar comun*.—Lo de sustituir *parco* con *simple*, no pasa de ser una *simpleza*.

«No porque así te escribo hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio;
Que aun esto fué difícil á Epiteto.»

Sedano dijo *verdad* en vez de *virtud;* no hay necesidad ni fundamento en que ello se apoye.

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto
y algun comun manjar honesto y leve.
No porque así te escribo hagas concepto
que pongo la virtud en ejercicio;
que aun esto fué difícil á Epitecto.

Pues que, por el consonante, no debe decirse *Epitecto*, escríbase *Epicteto;* no solo porque por metátesis podemos hacer cambiar de lugar á la *c*, más tambien porque no fué otro el nombre original del estóico filósofo, *Epictetos*.

«Basta *el* que empieza *á* aborrecer el vicio,
El ánimo enseñar á ser modesto;
Despues le será el cielo más propicio.»

Segun las ediciones más estimadas, el sentido es, que *al* que empieza le basta aborrecer el vicio *y* enseñar el ánimo á ser modesto; y para hacer decir esto al autor, se vuelve dativo el nominativo *el*, se suprime la preposicion *á* delante de *aborrecer*, y se agrega la conjuncion copulativa al comenzar el segundo verso. «*Y* el ánimo, etc.»

La idea del autor es diferente y mejor, á saber: que el que empieza á aborrecer el vicio, ya por ese hecho se basta á sí mismo para aprender modestia,—y se sobreentiende claramente que dice luego: «y póngalo por obra, que Dios hará lo demás.» Falta solo, á mi juicio, la preposicion *á* delante de *enseñar*.

«En sí mísmo le nota *y le es* molesto.»

Opino como el Sr. de Castro; este verso es más expresivo que el hasta hoy conocido; y la razon está en que envuelve dos ideas, á saber: que el vicioso mismo halla censurable el deleite, y que además le es molesto.

Basta el que empieza á aborrecer el vicio
el ánimo enseñar á ser modesto,
despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en sí mismo le nota y le es molesto.

El vulgar tiene en su favor el ser más suelto y desenfadado.

«En sí mismo le nota de molesto.»

«Más no podrás negarme cuán forzoso
Este ánimo *sea* al alto asiento,
Morador de la paz y del reposo.»

Todos los textos dicen:

«*Morada* de la paz y del reposo.»

Para mí no cabe duda que el autor no usó el adjetivo *forzoso* como equivalente de *inexcusable*, sino de *vigoroso, lleno de fuerza*. Y así, tengo para mí que dijo: «Pero no puedes negarme cuánto de fuerza tiene (ó adquiere) para subir muy alto, el ánimo que vive en paz y reposo.» *Morador de la paz y del reposo*, es una proposicion expletiva, que vale, *cuando vive en paz y reposo, lejos de los vicios que enervan las fuerzas de la virtud*.

«No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duracion *del todo* á su talento.»

De todo es mejor, sin duda. Creo sí que es indispensable marcar pausa en *todo*, para mayor claridad, ya que la

---

Mas no podrás negarme cuán forzoso
este ánimo sea al alto asiento
morador de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duracion del todo á su talento.
Flor la vimos primero hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida,
y perfecta despues dulce y madura.



frase *á su talento* (á su querer, segun su voluntad y sabiduría) es hoy arcáica, y no sé por qué se la degrada, tan expresiva y hermosa. Yo, por mí, además de las voces antiguas que tenemos en vigor todavía en América, usaré sin ningun empacho cuantas se me presenten con sus credenciales de propiedad, concision y elegancia en toda forma. Hacerlo así, es *prudencia;* y esta es virtud que recomienda mucho el autor de la EPÍSTOLA. Si no, oigámosle, y viene de molde.

«Tal la humana prudencia es bien que mida
Y *comparta* y *dispierte* las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.»

De ninguna manera debe aceptarse la alteracion que se ha hecho hasta hoy del segundo verso, ni con *dispense* y *comparta*, ni con *comparta* y compense. Nada de esto viene á cuento; pues lo que el autor dice está claro: que el hombre prudente debe ser medido en sus acciones, compartirlas (para sí) con arreglo á las ocasiones, y tenerlas despiertas, es decir, prontas para ceñirse á ellas en la vida practicándolas, no fingiéndolas á la manera de los hipócritas, falsificadores de la verdad.

«No quiera Dios que imite *los* varones.»

Si ha de sustituirse el artículo plural con un demostrativo, este no puede ser otro que *esos*. El *estos* de los textos conocidos, es muy determinado, es demostrativo de un su-

---

Tal la humana prudencia es bien que mida
y comparta y dispierte las acciones
que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite los varones
que moran nuestras plazas macilentos
de la virtud infames histriones,



geto muy inmediato; y no lo están tanto esos varones que andan por las plazas, calles y sitios públicos; á lo que se agrega la más conveniente idea de desprecio que encierra el pronombre *esos*.

«Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun.»

Trágicos está sustantivado, é *inmundos* es calificativo suyo; por consiguiente, esas dos voces no deben separarse con pausa, como corren marcadas en algunos textos.

«*¡Qué* callada que pasa *á* las montañas.»

No cabe duda que es mejor suprimir esa preposicion *a*. Con gusto esquisito prefiere el Sr. de Castro *¡Qué callada!* á ¡CUÁN *callada!* Este es afectado; el otro es delicioso. No hay para qué hablar del *calada* que usa otro colector. Esa sí es calada, y á la bayoneta.

«¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido,
Por el vano, ambicioso y aparente!»

La coma de *vano,* que se suprime en algunas ediciones, es necesaria, porque multiplica tácitamente los sujetos aludidos, que son, el vano, el ambicioso, el que apa-

---

**Esos inmundos trágicos atentos
al aplauso comun, cuyas entrañas
son infaustos y obscuros monumentos.
¡Qué callada que pasa á las montañas
el aura respirando mansamente!
¡qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!**

renta lo que no es; pues el artículo *el*, que se ha expresado en *vano*, está sobreentendido delante de *ambicioso* y de *aparente*, por la elipsis llamada anacoluto, adjetivos sustantivados de la misma manera que *vano*.—No hablemos del *altera de ruido* del alterador de marras, que ya nos altera á nosotros tambien con sus alteraciones.

«Sin presumir de roto *y deslucido.*»

Mal ceñido, dicen los otros textos. Es más apropiado *deslucido*, sino que preferiria conjuncion disyuntiva donde está la copulativa.

«Una mediana vida yo posea,
Un *estado comun* y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.»

Supongo que eso quedará así y desaparecerá de la Epístola aquel *estilo comun*, impropio de ella, que tiene el suyo propio, sencillo sí, pero nada *comun*. ¡Lástima (dirán muchos) que afee el verso ese sonsonete de est*ado* y moder*ado!* sin advertir que no hay pausa en *estado*, y que el acento, cargando en el epíteto *comun*, no deja que se perciba consonancia con la palabra final.

«Como en el vaso mírrino preciado.»

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres solo á los mejores,
sin presumir de roto y deslucido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estado comun y moderado
que no le note nadie que le vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso mírrino preciado.



Que *mirrino* no se refiera únicamente á lo que toca á la mirra, sino que tenga tambien la significacion de *múrrino*, lo que es hecho de murra (especie de cristal de varios colores), me basta que el Sr. de Castro lo diga: yo no lo sabia.—Ese *múrino* más suave de los textos conocidos, podria defenderse buscándole raiz latina en *murina*, aromático vino en que entraba como componente el fruto de un árbol semejante al moral, el mismo que, segun ficcion de los poetas, habia sido regado con la sangre de Píramo y Tisbe, de donde sus frutos se tornaron rojos de blancos que antes eran. Con todo, parece que el adjetivo está significando la materia de que está construido el vaso, y no el jugo que lo llena. Además, *múrino*, si para algo se le pudiera usar con propiedad en castellano, sería para expresar lo que se relaciona con el raton, atento á su raiz latina y á que *ratonesco* y *ratonino* son vocablos que parecen hechos á martillo. Opino, pues, con el Sr. de Castro, que *múrrino* es inmejorable.

«Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó como si fuera *vil gaveta*,
Del cristal trasparente luminoso.»

Dicen los textos conocidos:

«Que usó como si fuera *plata neta*.»

verso que desgracian los tres sucesivos troqueos con que finaliza. Pero no es eso todo, ni lo principal. Por poca atencion que se ponga, sé echa de ver en el terceto original, que el autor tuvo en mientes expresar dos ideas, am-

---

Y alguno tan ilustre y generoso
que usó como si fuera vil gaveta
del cristal transparente luminoso.

bas de templanza ó de poco aprecio de lo valioso, contrapuestas la una á la otra. Allá realza la bacía ó alcarraza de barro *plebeyo y mal tostado*, á la dignidad de *vaso múrrino:* acá desprecia, deprime el *trasparente*, *luminoso cristal*, usándolo como *vil gaveta*. Nótense todas las contraposiciones que obran en los dos tercetos, y se verá que *plata neta* no es lo que puede sustituir á *vil gaveta:* en ese lugar no conviene sino un objeto menospreciable. Dificilillo será, pero no imposible, hallar el buen equivalente, con ese aprieto del consonante y del estrecho campo que apenas dejan esas cuatro sílabas. Ese *vil gaveta* no hay duda que es una perífrasis que oculta el indigno nombre de algun indigno objeto—no sé cuál.—A menos que (á pesar de su ortografía) *gaveta* sea alguna derivacion ó corrupcion del *gabata* latino, que significa *escudilla*, bien que en español lo tenemos, aunque esdrújulo: gábata.—Yo dejaria la perífrasis.

«Sin la templanza, ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh, muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta;
No en la tonante máquina preñada
De *fuego* y *de rumor*, que no es mi puerta
De *dorados* metales fabricada.»

En estos dos admirables tercetos, hallo reparo en el sustantivo *rumor*, como un tanto débil para lo que manda la *tonante máquina*. *Fragor* tendria el inconveniente de tener *f*, como *fuego;* por lo demás, sería preferible. *Dorados metales*, me parece tambien mejor que *doblados*

Sin la templanza viste tú perfeta
alguna cosa? O muerte, ven callada
como sueles venir en la saeta:
No en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor, que no es mi puerta
de dorados metales fabricada.

metales, que traen los textos conocidos. Para la idea de fortaleza, basta *metales*. *Dorados* parece agregar, ó decir que el que ahora espera la muerte, no es ni *fuerte* ni *opulento*.

«Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia, la verdad y *el* albedrío
Con ella se compone y se concierta.»

Mi albedrío dicen los textos vulgares.

El albedrío tiene un sentido más elevado. En *mi albedrío* hay algo de voluntarioso y caprichoso. En la otra frase se ve desde luego á esa alta facultad concedida al hombre, rindiendo tributo á la verdad y ajustándose á ella por conviccion y conveniencia.

«No te burles de ver cuánto confio.»

No hay qué decir respecto de este verso, que el buen sentido ha conservado, contra la variante de Sedano y Estala.

«¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio y la virtud? *O más füerte?*
No la arguyas de flaca *ó* temerosa.»

El terceto de los textos que teníamos, dice:

«¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? *¿Es menos fuerte?*
No la arguyas de flaca *y* temerosa.»

Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad y el albedrío
con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confio,
ni al arte de decir vana y pomposa
el ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿O mas fuerte?.
No la arguyas de flaca ó temerosa.

Esta segunda pregunta no añade fuerza ninguna, antes quita, porque repite la anterior, y aun empleando un adjetivo más débil, como lo es *fuerte* respecto de *poderosa*. El autor dice: «¿Es la virtud menos poderosa? O bien ¿es más fuerte?» Para evitar, pues, la diéresis de *fuerte*, como para dar más énfasis al inciso, creo que debe decirse: *¿O bien más fuerte?*

La conjuncion disyuntiva del tercer verso, es la que debe quedar, porque es la que tiene fuerza de *negativa;* y equivale ahí á *ni*, y dice: «no la juzgues flaca ni temerosa.» La copulativa expresa que no se le pueden hacer á la virtud al mismo tiempo los dos cargos; pero deja abierto el campo para creer que puede ser una de las dos cosas.

«La codicia en las manos de la *muerte*
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la *suerte*.

En este terceto se contiene la más notable variante. El de los textos conocidos, como sabe todo el mundo, difiere en la traslocacion que hace de los sustantivos *muerte* y *suerte*, nada más; y así es mucho. ¿Cuál de los dos tercetos será el aceptado? El Sr. de Castro halla difícil que se siga el nuevo, ó sea el original, á causa de estar ya enseñados los oidos al otro; y es verdad que cuesta trabajo enmendar en la memoria pasajes grabados hondamente desde remota fecha. Yo, sin embargo, creo haber procedido hasta ahora en esta conversacion, si ya no con acierto, por lo menos con independencia de toda preocupacion, y apoyándome tan solo en lo que mi escaso saber ha juzgado razonable; y parece prueba de ello, que en tan alto nú-

---

La codicia en las manos de la muerte
se arroja al mar, la ira á las espadas
y la ambicion se rie de la suerte.

mero de apreciaciones es contada la vez en que no he opinado por que se reformen los textos que conocíamos y se ajusten al hoy descubierto por el Sr. de Castro. Pues con la misma imparcialidad, y cediendo á igual fuerza me pongo desde ahora en el número de los sostenedores del terceto antes conocido. Diversas razones obran en su favor, si bien una sola es el fundamento de todas: su perfeccion. Yo no sé de nadie que lo haya leido, y de seguida y sin vacilacion no haya proclamado su excelencia. Y cuando tantos hombres eminentes y de diversa profesion, edad y circunstancias concurren para discernirle tan alto y singular mérito, es porque cierta é indudablemente es sublime (regla de Longino). ¿Se dirá que se le hallaba sublime porque no se conocia esta variante? Lo sublime está muy á cubierto de esos contratiempos: lo sublime es solo uno, no tiene más que una forma: lo que es susceptible de dos, no tiene ese título, porque esa doble forma engendra diversidad de juicios; y lo sublime descansa, como sobre una roca, en un solo juicio, universal é indiscutible.

Luego, consistiendo la variante en una mera traslocacion de las voces *suerte* y *muerte,* si ella hiciese más exacto el pensamiento ¿no le habria ocurrido, no digo á uno, á todos los que han pesado, analizado y preconizado el terceto, no les habria ocurrido proponer aquella y aun verificarla de una vez? ¿No habria saltado á la vista? Pero no podia; porque á todos satisface y aun maravilla la grandeza de los pensamientos, la energía de la expresion, y la brillantez y brevedad de relámpago de su elíptica forma. Y esto quiere decir, que se conviene en que la codicia es la que está siempre echándose en brazos de la suerte y jugando al azar por este y el otro camino: y es la ambicion la que no teme á la muerte. No es del codicioso arrostrar esta; antes es carácter suyo propio la timidez por lo que hace á exponer la vida; y la razon es, que ama

á esta más, y es en él más vehemente el instinto de la propia conservacion, cuanto mayor es su amor á las riquezas y á los bienes del mundo. El ambicioso de honores, de gloria, de poder (pues el de riquezas es el codicioso), sí sale á combatir brazo á brazo con la muerte, y se rie de ella aun muriendo, porque la muerte misma es para él un triunfo.

Siento pensar en esto tan opuestamente al Sr. de Castro; que bien puede ser él entre los dos, quien tenga la razon, y yo quien no lo conozca.

«Y no serán siquiera tan osadas
Las contrarias acciones, si las miro
De más ilustres génios ayudadas.»

Creo que las interrogaciones en que los textos conocidos encierran este terceto dañan á la énfasis con que está expresada la idea, cuya sustancia es: «Las acciones virtuosas las vemos acometidas por ánimos más levantados; y no creeremos que requieran, por lo menos, tanta fortaleza y valor como aquellas!» Si algo pide el terceto, son signos de admiracion.

«Ya, dulce amigo, huyo y me retiro:
De cuanto *siempre* amé, rompí los lazos;
Ven y verás al *grande* fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

El cuarteto que conocíamos, le va muy en zaga á este.

Y no serán siquiera tan osadas
las contrarias acciones, si las miro
de mas ilustres génios ayudadas.

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro:
de cuanto siempre amé rompí los lazos;
ven y verás al grande fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Simple no reemplaza á *siempre*, que está allí significando *hasta ahora*. Además, al extender la primera proposicion hasta la mitad del segundo verso, se rompe este y su sentido, y se daña á la expresion, la espontaneidad y la armonía. Lo que sí prefiero es *alto* en vez de grande; así por el valor del adjetivo, como porque es regla (que quisiera ver más atendida), que *grande* se use delante de las voces que comienzan con vocal, y la forma apocopada cuando es consonante la primera: *grande empresa*, *grande objeto*, *grande alma: gran corazon*, *gran capitan*, *gran rey*.—Esta me parece la buena regla, porque la apoya el buen gusto; y sutileza todo lo que se diga en contra, alegando énfasis, ó la idea de la grandeza, si material ó moral. Ni se alegue que muchos escritores clásicos (como es verdad) no hacian esta distincion, porque si así nos apegásemos á ellos, las lenguas no se perfeccionarian ni adelantarian nada.

Pero al conservarse el adjetivo *alto,* no debe escribirse *al alto fin;* pues tambien es regla de buen gusto y eufonía, deshacer la contraccion *al* en casos como ese, en que la voz que le sigue principia con las mismas letras; y decir *á el alto fin*, *á el alma*, *á el alcance*. Si esta regla se hiciera más general, los que la siguen cuando escriben no verian, en sus obras publicadas, que la imprenta les ha vuelto á poner la forma contraida, achacándola á descuido ó ignorancia.

Al llegar aquí, yo tambien, dulce amigo, huyo y me retiro, y rompo los enojosos lazos con que he tenido sugeta la benévola atencion de V. Los que sí no se romperán jamás son los muy cordiales de amistad que á ambos nos unen, pues en Dios fio que habrán de conservarse estrechos hasta «que el tiempo muera en nuestros brazos.»

B. L. M. de V.

José Antonio Calcaño.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

(Continuacion)

—El caso es, continuó el Disgustado, que mañana llegarán los dos: el Rey al castillo y Ranimiro á su casa, que es, segun dicen, un gran palacio. Ya puede tener palacios ese grandísimo ladron, con las tierras y molinos que nos ha usurpado.

—¿El?

—El ó sus abuelos, para mí es igual. Parece que hay más de diez..... más de veinte..... tufa..... No sé cómo las llaman esos bárbaros.....

—Tiufadías.

—Sí, tiufadías ó regimientos de á mil hombres en Iruña: unas cuarenta en Olite, cincuenta en Vitoriaco y Agurain, otras cincuenta hácia Calahorra, y otras tantas vienen andando con el Rey, mientras Ranimiro trae de Cantábria cerca de ciento.....

—Vete echando tiufadías por esa boca.

—Pues de todos esos doscientos ó trescientos mil hombres, no rebajan uno los siervos que acuden al mercado, ni por una libra, ó lo que da lo mismo, ni por veinte sueldos de plata. Agregad á esto que toda esa innumerable gente se va á poner á las órdenes de un caudillo tan audaz como Ranimiro..... Cuyos planes son..... ¿No conoceis los planes de Ranimiro?

—Hombre, contestó Miguel sonriendo como un bienaventurado; con los planes de Ranimiro nos sucede lo mismo que con tus noticias: mientras no nos las cuentes, no las sabremos.

—Pues bien: los planes de Ranimiro son traer á los Pirineos los moros del Africa.

—Sí, y llevarse al Africa los vascos del Pirineo. Eso se concibe.

—¿Lo sabíais?

—No: pero oyendo la primera parte, se cae fácilmente en la cuenta de la segunda.



—Pero, como eso es imposible.....

—Se concibe tambien.

—Dice la gente que los vascos tendremos que firmar las paces.

—Eso es lo que no alcanzo á concebir, dijo sériamente Miguel, que hasta entonces habia estado tan risueño y tan de broma con el Disgustado.

—¡Bien dicho! exclamó toda la tertulia.

Y algunos añadieron:

—Bebamos á la guerra perpétua entre vascos y godos.

—Ese es un voto que no haré yo jamás. Si los godos nos dejan en paz, si nos devuelven lo que nos han usurpado, no seré yo quien vaya á buscarlos para hacerles guerra; no la deseo, no la quiero, no la querré jamás.

—Pero ¿cómo resistimos á tanta gente, sin un Rey que nos mande?

—¿Cómo hemos resistido hasta ahora?

—Vaya, que buenos deseos se le pasarán á vuestro hijo Teodosio de ponerse al frente de todos los euscaldunas del Lauburu: pero como sola una tribu no hace nada, tendria que marchar de acuerdo con los de Arriaga y los de Guernica, y los parientes mayores de Aitor, de donde resulta.....

—De donde resulta que los godos todavía no nos han conquistado.

—Porque no pueden.

—¿Y por qué no pueden?

—Porque tenemos montañas inaccesibles.

—Y costumbres más duras y arraigadas que las montañas.

Si un taquígrafo de nuestros tiempos hubiese tomado nota del precedente diálogo, habria puesto entre paréntesis: rumores de aprobacion.

Más á pesar de ellos, Saturnino, que además de mal contento parecia testarudo, no se dió por vencido.

—Pues eso de Rey de Vasconia no ha salido de mi caletre, replicó; pues á personas muy sabiondas y muy leidas he oido que, segun profecías, el que se case con la hija de Aitor, ha de ser nuestro caudillo.

—Cosas de Amagoya, que no son para tratadas aquí.

El anciano Miguel se vió interrumpido por un semi-tumulto femenino. El corro de hilanderas, al oir el nombre de Amagoya, se habia fijado en el de Ranimiro en que hasta entonces no paró mientes, y todas, excepto Plácida, empezaron á chillar con extraños aspavientos.

—¡Silencio! exclamó la señora, y preguntádselo al amo.

—Señor, dijo la más atrevida poniéndose en pié, pero sin dejar de hilar: ese Ranimiro que va á mandar á los godos, ¿no es el que hace años llegó hasta el valle de Aitormendi?

—El mismo.

—¿El que dió fuego al caserío de Aitor?

—El mismo.



—¿Hallándose dentro la hija mayor, la difunta Lorea?

—El mismo.

—¿Que por más señas dicen que estaba casada en secreto y embarazada?.....

—El mismo.

Y al oir esto todas las mujeres y todos los hombres se levantaron por un mismo impulso.

—¡Muera Ranimiro!

—¡Juremos no tener nunca piedad, ni compasion, ni tregua, ni descanso con ese mónstruo, con ese tigre!..... ¡Juremos hacerle tajadas si cae en nuestras manos!.....

—¡Silencio! exclamó el anciano, el único que habia permanecido sentado: gritais como en un ojeo, y sin levantar caza, habeis espantado á los perros.

Sabuesos y lebreles, en efecto, habian principiado á gruñir despertándose, moviendo la cabeza, levantándola luego como para ventear, con ladridos breves y secos, y un momento despues se pusieron en pié lanzándose hácia la puerta de Jaureguía, ladrando ya con toda la fuerza de sus pulmones. A sus voces parece que respondian los ecos de la montaña.

Pero no; eran ladridos huecos y atronadares de los mastines que en corrales y apriscos lejanos guardaban los rebaños del valle y de las sierras.

Parecia que el alboroto de la cocina se habia comunicado como el mugido del viento á todas las selvas del contorno.

—Gente forastera viene, dijo Miguel.

—Será Jaun Teodosio con guerreros de otros valles.

—A mi hijo no le ladran jamás los perros de Goñi, contestó Plácida. Puede entrar y salir á cualquiera hora de la noche sin que se le sienta más que una mosca.

—¡O lobos, ó godos! dijo el Disgustado.

Y todos se echaron fuera de la cocina y áun de la puerta de casa.

—¡Pronto á Gasteluzar! dijo Miguel.

—Ni godos ni fieras. Los nuestros son. Ya se van aquietando los perros, repuso la señora de Goñi, cuyas observaciones denotaban tanta penetracion como presencia de ánimo.

En las descarnadas rocas que forman escalones por la cuesta que sube entre Gasteluzar y Jaureguía, sintióse estrépito de caballos, y un zagal se acercó á la puerta del Palacio, diciendo al Señor del valle:

—No hay cuidado: García y los de Abarzuza y las Amescuas. Los he conocido desde lo alto de Munárriz.

—¿Viene Teodosio con García? preguntó Miguel.

—Creo que no, porque el Señor de las Amescuas no habla con nadie.

Plácida comenzó á dar órdenes á los criados, y al poco rato entró Miguel con un mancebo de atléticas formas y de hermoso aunque varonil

semblante. Era su edad de veinte á veinte y dos años, la cabellera negra, ensortijada y reluciente, la barba corta y fina, la expresion modesta y sencilla, la mirada franca, abierta y seductora, el continente airoso y resuelto. Parecia un hombre en todo superior á los demás; en fuerzas, en estatura, en agilidad y en talento; pero cuya superioridad por todos reconocida, tan solo por él fuese ignorada.

Vestia sayo de lana sujeto con rico cinturon de cuero recamado de oro, del que pendia la famosa espada, ancha, corta, puntiaguda y de dos filos *(ezpata)*, que de los cántabros tomaron los romanos, denominándola espada cantábrica: calzon corto de la misma tela y borceguíes de piel de cabra. Una corta y airosa capa negra completaba su trage, porque los montañeses del Pirineo, á semejanza de los francos, ni áun en tiempo de guerra llevaban en la cabeza más adorno ni defensa que sus hermosos cabellos tendidos por la espalda.

Solo algunos añadian un capuz al sayo para resguardarse de la lluvia. La *guecia*, lanza con hierro en forma de saeta, les servia de báculo.

Trás el Señor de Abárzuza y las Amescuas fueron entrando algunos otros mancebos que llevaban poco más ó menos el mismo trage, é iguales armas, sin más diferencia que el arco y las flechas, el escudo llamado *pelta*, y la honda cruzada al pecho.

—Pero, ¿qué buscas por aquí á estas horas, loco de atar? decia Miguel no pudiendo disimular su regocijo al verse entre tanta gente moza, armada y animosa.

—Vengo en busca de Teodosio, dijo García: ¿no ha vuelto desde esta tarde?

—No; pero ante todo, sentaos. Leña, muchachos, que estos chicos traerán frio. Bien es verdad que á sus años....., y tú, Plácida, sácales.....

El anciano no concluyó la frase, porque vió á su mujer colocar un jamon cocido sobre la mesa, y luego á dos criados, el uno con un odre de vino y el otro con un escriño de pan.

—Bien está, Plácida; pero es preciso no olvidar á los de fuera, añadió Miguel, que al ver sentarse tranquila á su mujer, se tuvo por feliz creyéndose más previsor que ella.

—Los de fuera ya están comiendo y bebiendo, le contestaron los criados.

—Ya podeis suponer adonde vamos, dijo García; pero en lugar de bajar á la Burunda por las Amescuas, he querido venir por aquí para que se pusiera al frente de la expedicion un hombre tan valiente como Teodosio. Siento no llevarlo por capitan.

—Pero, ¿lo has pensado bien?

—Sí, señor; en lugar de esperarlos en la Burunda, los esperaremos en las Dos Hermanas, y en vez de atacar por esta parte hácia donde siempre miran más los enemigos, los atacaré por la parte de Aralar.

—Sí; pero es fácil que os veais envueltos por las tropas que cruzan de Victoriaco á Iruña.



—Si nuestros movimientos no son rápidos, ese peligro corremos; pero si caemos sobre Ranimiro como un rayo, y con la misma celeridad desaparecemos en la montaña, entonces no hay cuidado.

—No se te ocultará, García, que eso es provocar la guerra, cuando aquí van llegando miles y miles de hombres.....

—Eso no es provocarla, porque esos millares de godos no vienen en son de páz. Pero si sale bien este golpe de mano, que sí saldria dado por Teodosio, podemos hacer abortar la próxima campaña, y quizá, quizá la guerra. Pero no puedo detenerme.....

—Sí, necesitas el tiempo. Pero dime, García, ¿te sirvo yo lo mismo que Teodosio?

—Lo mismo precisamente no, señor Miguel; pero podeis servirme de mucho, preparando camas para los heridos y comida para los que volvamos.

—Todo eso corre por cuenta de mi mujer. García, hablemos claro. Porque si tú me dices: Miguel, monta á caballo; yo protestaré cuanto se me antoje contra eso de emprender la nueva campaña por tu capricho, ó por sugestiones de..... ya me entiendes; pero te seguiré hasta Toledo.

—Gracias, padre mio, le contestó el señor de Abárzuza con efusion; pero creo que no nos haceis falta.

Y viéndolos dispuestos á marchar, exclamó Miguel, dirigiendo la mirada á la mesa; ¿sereis capaces de salir de casa sin honrarla como es debido?

—Haremos aprecio, contestaron los montañeses.

Y en un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamon, el cesto de pan y un par de quesos. En cuanto al pellejo de vino quedó, como suele decirse, pez con pez, de la primera embestida, y fué necesario reemplazarlo con otro que llegó muy firme y orondo, y se quedó temblando.

García, entretanto, habia estado departiendo con el anciano, que al despedirse le dijo:

—No hay que tenerle lástima. Él no la ha tenido nunca de nosotros. A mí me engañó: estuvo á punto de seducirme hace veinte años. Pero poco despues..... Lo de Aitormendi..... el caserío..... No perdonar siquiera á su..... ¡A una pobre mujer embarazada! Si muere, habrás vengado á la familia de Aitor, y con ella á todos los vascongados.

García se lo prometió, y montando dos ginetes en cada caballo, segun costumbre de vascos y astures, desaparecieron los expedicionarios por el camino que siguen las aguas del riachuelo llamado Udarbe, para salir por el valle de Ollo al camino de la Barranca.

Miguel echó de ver al poco rato que su tertulia se habia quedado exclusivamente reducida al bello sexo.

Los hombres se habian armado de prisa y marchado con García. El Disgustado fué el único que no desamparó al anciano.

—Ya lo veis, le dijo, un loco hace ciento.



—Y contando conmigo hubiera hecho ciento y uno, si me hubiese cogido no ya en tu edad, sino en más que doble que la tuya, contestóle el nonagenario con sequedad inusitada.

—Es que á mí solo me gustan las cosas en regla.

—Tambien á mí. Pero mi regla es ayudar á los amigos cuando los veo en peligro, salvo el juzgar su conducta cuando el peligro ha pasado.

Saturnino les dió las buenas noches.

—Sí, sí: á la cama nosotros los viejos, le dijo Miguel, que estaba duro como nunca con el Disgustado: á la cama, mientras nuestros pobres amigos pasan la noche al raso, ó desangrándose heridos en la maleza.

La severidad de Miguel no provenia solo del desprecio que le inspiraba la conducta del refugiado de Errotalde, sino del sentimiento de que su hijo no formase parte de la expedicion, y del empacho que tenia de no saber qué contestar á los que por él con tanto interés le preguntaban.

Así que marido y mujer se quedaron solos, declaró el anciano todo su pensamiento, interpelando bruscamente á Plácida.

—Pero, mujer, ¿no sabes tú en qué pasos anda tu hijo?

—Sospecho que debe andar buscándote una hija.

—¡Calla! Pues tienes razon. Pero es todavía un niño.

—De treinta años.

—Es preciso pensar en el acomodo de ese muchacho.

—De eso creo que se cuida él más que nosotros.

—¿Te ha dicho algo?

—Ni una palabra. Pero su extraña ausencia de Goñi en ocasion semejante, no tiene otra explicacion.

—Es cierto: ni tampoco otra disculpa. ¡Oh! Pero si aquí hubiese estado hoy, volvería mañana con Ranimiro.

—¡Con Ranimiro! exclamó Plácida: si cae el godo prisionero, ni tu hijo ni nadie es capaz de volver aquí con él.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

Ratio novæ collectionis operum omnium, sive editorum sive anecdotorum Seraphici Eccl. Doctoris S. Bonaventuræ *proxime in lucem edendæ, manuscriptorum bibliothecis totius Europæ perlustratis, mandante Reverendissimo P. Bernardino à Portu Romantino, totius ordinis S. Francisci Generali ministro, studio ac labore* P. Fidelis a Fanna *lectoris, theologi et sociorum ejusdem Ordinis. Taurini, ex thypographia pontificia et archiepiscopali eq. Petri Marietti. MDCCCLXXIV.*

Muchos son los que en nuestros dias reconocen la necesidad de proseguir la gran obra de la restauracion de los buenos estudios, singularmente la filosofía en todos sus ramos, segun los cultivaron los grandes doctores y maestros de la Edad Media, entre los cuales brillaron como astros de primera magnitud Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; pero pocos los que se esfuerzan á investigar todas las fuentes y monumentos que contienen íntegramente la sabiduría con que ilustraron al mundo aquellas dos maravillosas lumbreras. Dichosamente, con relacion al Doctor Angélico muy poco queda que hacer en este punto, pues á la edicion de sus obras de Rubeis, se han añadido algunas producciones inéditas publicadas recientemente, y no sabemos que reste nada por publicar de cuanto escribió aquella pluma incomparable.

No podemos gozarnos con tal dicha respecto al Doctor Seráfico, y eso que sus obras encierran tesoros de inestimable precio, que ya fueron objeto de admiracion para el mismo Santo Tomás. Porque nuestros lectores saben, que ámbos fueron contemporáneos y amigos, y que su doctrina concuerda tan maravillosamente, que bien puede decirse que el uno se completa con el otro, formando entre los dos un solo haz luminoso de verdadera ciencia divina y humana. Gloria fué y será siempre de las órdenes religiosas de Santo Domingo y de San Francisco, haber salido de su seno respectivamente los dos grandes maestros hasta de los que saben, y haber ellas recogido y guardado fielmente sus documentos y doctrinas, si bien respecto de la órden seráfica nos parece bien recordar que asimismo ha venido oyendo como á maestro al ilustre Escoto, con muchísima razon llamado en las escuelas el *Doctor Sutil*, cuyas doctrinas no conforman siempre con las del Angélico, antes por el contrario, en no pocas materias ofrecen diferencias notables, que dieron orígen á la escuela *escotista* en contraposicion á la *tomista*. Hoy Escoto no tiene partidarios, ni sus obras suelen ser estudiadas, aunque tampoco faltan quie-

nes busquen en ellas muy buenas razones para ilustrar ciertos tratados; y sin embargo, el nombre de Escoto vivirá siempre en la memoria de los fieles y de la Iglesia toda, y será reputado del órden seráfico por uno de los más gloriosos entre los nombres de sus más ilustres hijos, como el campeon insigne de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, que es hoy uno de los dogmas de nuestra santa fe católica. Pero rendido este tributo de honor al sutil Escoto, justo es reconocer la ventaja que le hace San Buenaventura, no solamente por ser venerado en nuestros altares, sino por ser doctor de la Iglesia, cuyas doctrinas concuerdan como hemos dicho con las de Santo Tomás de Aquino; por cuya razon era muy justo y saludable que la órden seráfica, á que perteneció, volviese á él todo su estudio y consideracion, empezando por sacar á luz todas sus obras, inclusas las inéditas, que hasta aquí yacian ignoradas en las bibliotecas.

Esta es la empresa acometida con celo no menos vigoroso que inteligente por el ilustre Padre Fidel A Fanna, lector teólogo de la órden seráfica, por expreso mandato del superior general de este sagrado instituto. Difícilmente hubiera podido elegirse otro sugeto tan apto como el Padre Fidel para obra de tanto momento; porque son muchas y muy excelentes las dotes que reune este sapientísimo Padre: diligencia suma, teson incansable, doctrina y erudicion copiosa, especiales conocimientos caligráficos, crítica segura, y en suma, cuanto es menester para reunir grandes materiales científicos, compulsarlos, discernir en ellos lo cierto de lo dudoso, y proporcionar á su órden y al mundo entero docto una edicion completa de las obras de San Buenaventura. Todas esas dotes resplandecen admirablemente en el libro que ha dado á luz con el título que hemos escrito al frente de estas páginas; libro acogido por los sábios católicos de toda Europa con alegría y hasta con entusiasmo, como lo prueban los artículos que le han dedicado en varias revistas y periódicos extranjeros que tenemos á la vista. Para que nuestros lectores formen alguna idea de esta publicacion, vamos á ofrecerle un como breve bosquejo ó indicacion de su contenido.

Consta el libro del Padre A Fanna de tres partes. La primera de ellas está dividida en tres capítulos, que tratan respectivamente de San Buenaventura, considerado como doctor seráfico de la Iglesia, de las colecciones más generales de sus obras, y del modo de disponer una nueva edicion en que se contengan todos los escritos del Santo, así los ya conocidos como los inéditos, con los medios ó criterios para discernir los verdaderos de los espúreos y dudosos. Sobre cada uno de estos tres capítulos apuntaremos algunas de las interesantes noticias que en ella se contienen.

Fué San Buenaventura religioso profeso, discípulo del célebre Alejandro de Hales, doctor de la universidad de París, amigo de Santo Tomás de Aquino y de San Luis Rey de Francia, lector de teología en su

órden y ministro general de ella, orador sagrado celebérrimo, obispo cardenal de la Santa Iglesia Romana, santo y doctor de la Iglesia universal, llamado por autonomasia el *Doctor Seráfico*. ¿Qué significa este singularísimo título? «Fué llamado así, dice nuestro autor porque juntó la luz con el fuego, el conocimiento con el amor, la doctrina con la caridad, y la ciencia con la sabiduría, y todo esto por tan maravillosa manera, que el Sumo Pontífice Sixto IV no vaciló en decir en su bula de canonizacion, que no parece sino que el Espíritu Santo habló por su boca, *Spiritum Sanctum in eo locutum videri.*» Muchas son las razones en que se extiende el docto minorista para demostrar aquel título, en las que no podemos detenernos: solo diremos, que su doctrina ilustró toda clase de materias teológicas, filosóficas, ascéticas; que su influencia fué siempre purísima y saludable en las almas, y en general en toda la Iglesia; y que con harto fundamento hizo su elogio el célebre canciller Gerson por estas palabras: «Si me preguntas quién entre todos los doctores me parece más idóneo, responderé sin preocupacion alguna que Buenaventura, porque su enseñanza es sólida y segura y pia y devota. Si quieres tú, pues, ser docto y devoto, fija toda tu mente en sus obras.»

La primera edicion de las mismas se hizo en Roma con los tipos del Vaticano, la cual comenzó por órden de Sixto V el año de 1588, y se vió terminada el de 1549, bajo el pontificado de Clemente VIII; consta de siete tomos en fólio, de los cuales el sesto y séptimo contienen los opúsculos del santo doctor, y los cinco restantes sus obras. En esta edicion tomaron parte los doctísimos varones, el cardenal Sarnano, minorista conventual, Angel Rocca, de los ermitaños de San Agustin, prefecto del sagrario apostólico y obispo de Tagaste, Francisco Lamata, doctor teólogo, y por último, Pedro Galeisinio, protonotario apostólico. Fué tanta la autoridad que obtuvo esta edicion, que conforme á ella se hizo otra en Maguncia, año 1609, y otra en Leon de Francia, en 1678.

La cuarta edicion de las obras de San Buenaventura fué la de Venecia, donde vió la luz el año 1751, bajo el cuidado y direccion de los Padres Juan Mazzucato y Juan de Augustinis, ambos franciscanos, los cuales se tomaron el espacio de cuatro años para estudiar la materia y disponer la forma conveniente. Esta edicion consta de trece volúmenes en cuarto, donde se comprenden todas las obras y opúsculos de la edicion vaticana, distribuidos en tres partes, comprensiva una de ellas de las obras ciertas del santo doctor, otra de las dudosas, y otra de las que se le atribuyen sin fundamento, en sentir de los editores; á que se allegan la *Vida* del doctor seráfico, y una *diatriba histórico-cronológico-crítica*, en la cual son tantas las obras que se tienen por dudosas ó espúreas, que solo le conceden á San Buenaventura ser autor cierto de cinco obras, entre las que contienen los trece volúmenes de dicha edicion.

Despues de la edicion de Venecia todavía se pensó en otra nueva, de que hubo de encargarse el ilustre Padre Benedicto Bonelli de Cavalesio,

cuyo encargo se extendia á inquirir y publicar las obras inéditas. Pero este esclarecido sábio no pudo llevar á cabo su encargo, por haberle tomado la muerte, dejando en cambio un *Prodromus ad opera omnia S. Bonaventuræ*, donde el autor trata de la vida y doctrina del doctor seráfico, de las diferentes controversias relativas á sus obras, y de los catálogos, manuscritos y ediciones que las contienen. Tambien dejó un *supplementum* que contiene en tres volúmenes en fólio las obras inéditas del santo doctor.

Por último, el año de 1864 la casa de Vives publicó en París la quinta edicion de las obras de San Buenaventura, bajo la direccion del señor A. C. Peltier, canónigo de Reims, conforme á la de Venecia; pero sin haber tenido en cuenta el prodromo ni el suplemento de Bonelli, pues aunque en el curso de esta edicion llegara á tener conocimiento de uno y otro, no se aprovechó de ellos, usando del primero como de una norma segura, ni publicando las obras contenidas en el segundo.

Enumeradas las ediciones de las obras de San Buenaventura, el Padre Fidel A Fanna da á conocer la variedad de juicios pronunciados por los más famosos censores que han entendido en este negocio, que fueron en primer término los editores romanos y el ilustre Wading, célebre historiador de la órden de San Francisco, los cuales casi concordemente atribuyeron al santo doctor en calidad de ciertas casi todas las obras de la edicion vaticana; en segundo lugar, un Casimiro Oudino, que fué primero religioso profeso, y despues apóstata de su religion y de la fe, hombre á quien arrebató el furor que le poseia, hasta el extremo de negar á San Buenaventura y á Santo Tomás de Aquino los méritos que les hicieron acreedores al glorioso título de doctores de la Iglesia; y por último, los padres de la edicion de Venecia, que rechazaron justamente varios de los juicios temerarios de Oudino, aunque por desgracia fueran más indulgentes con su crítica de lo que la razon demandaba. Estos dos franciscanos fueron corregidos en esta especie de discrecion de las obras del doctor seráfico por otro religioso de su misma órden, el Padre Juan Jacinto Sbaralea, varon eruditísimo, si los ha habido, y de mucho y delicado discernimiento, el cual rechazó las invectivas del apóstata, y con argumentos victoriosos restituyó á San Buenaventura el honor que le corresponde por haber producido las obras que el otro le negaba. Pero el gran héroe de la sana crítica aplicada á la materia que vamos tocando, fué el célebre Bonelli, á quien el General de su órden, sabiendo que los editores de Venecia cayeron en el lazo dispuesto por Oudino, dió el encargo de hacer la edicion más completa y genuina; al cual es debido el *prodromo* que dejamos apuntado, que es el monumento más insigne de la crítica concerniente á dichas obras, y el preliminar indispensable de toda nueva edicion rectamente ordenada. A este prodromo debió de seguir la edicion entera y acabada de las obras, tanto de las conocidas como de las inéditas; pero temiendo Bonelli (que sentia sobre sí el peso

de los años, agravado por los efectos del trabajo) no poder acabar su obra, dió á luz todo lo inédito que habia llegado á recoger, en tres volúmenes en fólio, ilustrados con notas copiosísimas.

Pone en seguida el Padre A Fanna una tabla en donde el lector puede ver sobre cada una de las obras atribuidas á San Buenaventura el juicio respectivo de los censores; y á seguida el índice de las obras que comprende el suplemento del Padre Bonelli, de que no hizo cuenta el editor francés, obras inéditas, las cuales deben formar parte de toda edicion que aspire al mérito de la integridad; y despues de ofrecer tantos y tan copiosos datos ante la consideracion de los lectores, concluye exponiendo las razones que aconsejan y aun reclaman la nueva edicion que viene preparando el docto y celoso franciscano.

Por estas breves indicaciones se puede venir en conocimiento de las graves razones que exigen la nueva edicion de San Buenaventura. Porque en primer lugar deben incluirse en ella, tanto el *prodromo* como el *suplemento* de Bonelli, y ordenarse todas las obras contenidas en el último junto con las de la primera edicion romana, conforme á lo que piden las reglas de sana crítica y el buen método en tales colecciones. A que se añade en segundo lugar la alta conveniencia de completar la coleccion con la impresion de los numerosos é interesantes manuscritos que ha encontrado nuestro autor en las bibliotecas que ha visitado, que son todas las de Europa, inclusas las de España, en cuya córte reside actualmente, prosiguiendo su laboriosa é inteligente exploracion, el sábio franciscano. Cincuenta y tres manuscritos ha llegado hasta aquí á descubrir del doctor seráfico esparcidos en aquellas; por cierto que para obtener este feliz resultado no ha contado en vano con el concurso de sus hermanos de religion y de los oficiales encargados de las bibliotecas, á los que se debe por este concepto un tributo de alabanzas.

En la segunda parte de la obra que examinamos aparece San Buenaventura como orador sagrado digno de toda admiracion. Así lo muestran sus sermones inéditos, que fueron muchos. Un solo códice manuscrito italiano ha puesto en manos del Padre Fidel hasta doscientos noventa y cinco sermones inéditos. Predicólos el santo en Italia y en Francia, la mayor parte en París, en presencia de San Luis, y de la córte y de la Universidad. El manuscrito que los contiene es digno de entero crédito; no creemos que nadie dude, si por ventura lee las razones demostrativas del Padre A Fanna, que las piezas que proporciona á la literatura sagrada, son del doctor seráfico.

De uno de los sermones contenidos en este códice nos da el autor una muestra *(specimen)*, que conviene con el mismo sermon, tal como se halla en otros manuscritos, y dos ejemplos de otro sermon, uno de los cuales se halla muy condensado en el Códice itálico, y el otro, concordando con él, pero con mucha mayor explanacion, que fué descubierto en Francia.

Vienen despues cuatro muestras de variantes sobre la obra de *Illu-*

minationibus Ecclesiæ in Hexaemeron, obra en que parecen las variantes de los manuscritos para castigar su edicion; y otra, de las cuestiones que se ven resueltas en los manuscritos descubiertos. Tambien se hallan en esta segunda parte las obras de San Buenaventura hasta ahora incompletas, que esperan recobrar su total integridad de los códices examinados por el sábio investigador, así como las lagunas, yerros y variantes de los comentarios de San Buenaventura al *Eclesiastes* y á los libros de las Sentencias. El capítulo X contiene la cuestion propuesta á San Buenaventura por San Luis, rey de Francia, y el bosquejo de un sermon, predicado en París, sobre las veintiocho maravillas del sacramento de la Eucaristía; y el XI las cuestiones disputadas, hasta ahora inéditas, entre las cuales se encuentra la que se refiere al modo de conocer y al fundamento de la certeza, de cuya importantísima cuestion nos da una escelente muestra el futuro editor, bien que incompleta; por cuya razon, atendida la trascendencia del punto esclarecido y decidido por el santo doctor, en un opúsculo aparte, de que pensamos tratar de propósito en La Ciencia Cristiana, el mismo Padre Fidel ha publicado la entera doctrina de San Buenaventura sobre ese espinoso problema, resuelto exactamente como le resolvió Santo Tomás de Aquino, contra el ontologismo que en nuestros tiempos ha invadido la metafísica, apoyándose precisamente, aunque sin fundamento, en la autoridad del Doctor Seráfico.

Finalmente, la tercera parte de la presente *Ratio* es el catálogo de las obras manuscritas que hasta aquí han sido halladas bajo el nombre de San Buenaventura, y no publicadas debajo del mismo nombre, ahora sean ciertas, ahora dudosas ó supuestas, y de las que han sido impresas con nombre de otros autores.

Juzgue ahora el lector de la entidad y trascendencia de la empresa acometida por el docto franciscano, de las dificultades que ha tenido que vencer para su ejecucion, de las luces y auxilios que ha necesitado, del caudal de crítica y erudicion empleado en ella, y de los merecimientos contraidos por el incansable futuro editor; y despues de admirar tanto trabajo, estudio, sabiduría y diligencia, gócese en el dichosísimo resultado que ha venido á coronar tales esfuerzos, contemplando ya como cierto el tesoro de luz y de verdad con que en breve se ha de enriquecer más y más la ciencia cristiana. Porque se trata nada menos que de mostrar al mundo en toda su integridad, brillo y pureza, á uno de los dos mayores doctores de la Edad Media, eclipsado en gran parte hasta ahora, y destinado á ilustrar los entendimientos con la plenitud de sus obras. Gracias sean dadas al ilustre Padre A Fanna, y gracias á la órden seráfica, que en medio de sus presentes tribulaciones, despojada de sus recursos legítimos y combatida por la revolucion, recompensa de esa suerte, con beneficios, á las letras y á la civilizacion en general, los ultrajes recibidos.

Juan Manuel Ortí y Lara.

II

Zeitschrift für Katholische Theologie Erstes Heft.—(*Revista de Teología Católica*. Número primero). Innsbruck, 1877.

Ha llegado felizmente á la direccion de La Ciencia Cristiana el primer número de la revista alemana, que lleva por nombre *Revista de Teología Católica,* redactado y dirigido por los doctores J. Wieser, J. Stentrup, y otros muy venerados y doctísimos hijos del ínclito y glorioso San Ignacio de Loyola. Bien venida sea. Publicacion puramente católica, recomiéndase por sí sola, y más aún si se considera que sale inspirada por la muy santa Compañía de Jesus. Para los verdaderos católicos, en los dias que atravesamos, es prenda cierta de la verdad y pureza de los escritos, ver á sus autores animados del espíritu científico-religioso de aquella sociedad. Porque bien podemos declarar, fundados en la experiencia, que la virtud y sabiduría de los institutos religiosos constituye hoy, como en los pasados tiempos, *la consolacion de la Iglesia y el ornato del Cristianismo*, como Pio VI, pontífice inmortal, enseña.

Todas esas dotes excelentes adornan la reciente publicacion periódica de Alemania, porque al pié de sus magníficos artículos, aparece siempre la firma de sabios y celosos hijos del Santo admirable de Loyola.

Las materias contenidas en este primer número, son las siguientes: 1.° *Mision de la ciencia católica en nuestros tiempos*, por el doctor J. Wieser S. J.[1] 2.° *El concepto de hipóstasis*, por el doctor Stentrup, S. J.[2] 3.° *El Sacramento de la Confirmacion entre los nestorianos*, por el profesor G. Bieckell[3]. Sigue despues una excelente revista crítica, que nosotros podíamos llamar *seccion de variedades,* donde aparece en primer término el juicio descriptivo de la obra del doctor Francisco Kaulen, intitulada *Introduccion á la Sagrada Escritura*, Antiguo y Nuevo Testamento[4]. Es produccion que está viendo la luz pública en nuestros dias. Contentémonos hoy con recomendarla muy eficazmente, como fuente saludable, en que se pueden beber las aguas purísimas de la ciencia bíblico-cristiana: á su debido tiempo daremos razon minuciosa de tan útil introduccion á la Sagrada Biblia. El artículo de la revista germánica, que habla y da noticia del libro, va firmada por el doctor Bickell.

---

[1] Die Aufgabe der Katholischen Wissenschaft in der Gegenwart. Von Profesor J. Wieser, S. J.

[2] Zum Begriff der Hypostase, Von profesor F. Stentrup, S. J.

[3] Das Sakrament der Firmung bei den Nestorianern. Von professor G. Bickell.

[4] Einleitung in die heilige Schrift Alten und neuen Testaments, Von Doctor Franz Kaulen.

Sobre manera importantísimo es el tratado que despues examina la «Teología Católica de Inspruck: intitúlase de esta suerte: «Genésis Caldeo de Jorge Smith [1].» Ilustran esta obra 27 láminas monumentales y antiquísimas, de gran provecho y utilidad suma; viniendo á ser el todo un excelente libro de 321 páginas, en las cuales se ofrecen interesantes pruebas y noticias en inscripciones cuneifermes, sobre la creacion, pecado original, diluvio, torre de Babel, Nemrod y otros datos relativos al cristianismo asirio-babilónico de los siglos más remotos. La traduccion de tan antiguas escrituras va autorizada por el ilustrado German Delitzsch. Las aclaraciones é importantes comentarios, son originales del doctor Federico Delitzsch.

Curioso y útil es tambien otro escrito que examina y elogia la publicacion teológica «Trozos de lectura asiria [2].» Tal es el nombre con que la llama su conocido autor Federico Delitzsch, profesor en la universidad de Leipzik. Los dichos trozos ó modelos de escritura asirio-babilónica, aparecen revisados unos, y publicados por vez primera conforme á los originales, otros.

Más adelante, en la página 131, la revista de instruccion nos llama la atencion sobre los tratados históricos. El nombre del primero es como sigue: *El Venerable Beda y su tiempo* [3]. Apellídase el segundo de esta manera: *Alcuino y su siglo* [4]. Escusado es advertir que el periódico aleman de la Teología Católica, prodiga á entrambos libros los elogios que se merecen, pues ambos han de iluminar en gran manera aquellos siglos en que nuestros presumidos sabios no aciertan á ver sino las *tinieblas de la Edad Media*. El juicio crítico en que se nos recomiendan ambos tratados está formado por el docto profesor Grisar, tambien de la Compañía de Jesus.

Profundo y de gran mérito en nuestros tiempos, juzga la revista científico-teológica que ha de ser otro libro recientemente publicado en Freiburgo. Lleva al frente el siguiente nombre: *La Constitucion Unigenitus, su objeto y sus consecuencias* [5]. Es obra cuya lectura interesa sobre manera, no solo por la grande erudicion que en ella ostenta su autor Andrés Schill, doctor en teología, sino porque desenmascara y hiere de muerte á la terrible víbora del Jansenismo, cuyo veneno tiene maleada la sangre de no pocos que se llaman defensores de la religion en nuestros

---

[1] George Smiths chaldäische Genesis. Leipzig 1876. IX, 321, SS.

[2] Assirische Lesestücke, nach den originalem, Theils revidirt, Theils zum erstenmale herausgegeben und durch Schrifttafeln eingeleitet Von Doctor Friedrich Delitzsch. Leipzing, 1876, 8.°, 66, 65.

[3] Beda der Ehrwürdige und seine Zeit. Von Doctor Karl Werner. Wien, 1875 Braumüller. 8.° 235, SS.

[4] Alcuin und sein Jaharhundert. Paderborn, 1876. Schoningh. 8.° 413. SS.

[5] Die Constitution Unigenitus, ihre Veranlassung und ihre Folgen. Freiburg. Herder, 1876, 8.°, 336 SS.



mismos dias. El artículo que nos describe y recomienda tan precioso escrito, es original del profesor Nilles, hermano en religion de tantos otros publicistas de la esclarecida Compañía.

En la página 152 empieza una série de observaciones y «noticias sobre cuestiones y escritos varios, que interesan y excitan la curiosidad de los amantes del cristiano saber. Tales son, entre otras, las *discusiones sobre Rosmini;—la Inquisicion de España;*—«el Pontífice y los altos centros *de enseñanza;—el pretendido Seminario de Ratenberg, en el Tirol;*— «el racionalismo aleman en Italia;» y por fin, *nuevos descubrimientos orientales que testifican y confirman la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Madre de Dios.* Entre los puntos que toca dicha publicacion teológica, elegiremos la página que dedica á la Inquisicion española, por ser materia y cuestion palpitante, y harto debatida desde principios de este siglo; en cuya infausta época, los perversísimos principios de la revolucion francesa encarnados en Napoleon, dieron con el Santo Tribunal en tierra, arrancando ya desde entonces los fundamentos y barreras de nuestra unidad católica, nunca bastante bien alabada, y desgraciadamente, perdida en los revueltos tiempos que atravesamos.

Hablando, pues, de la Inquisicion española, los doctos escritores de la nueva revista alemana se expresan de esta suerte:

«*La Inquisicion española.—El Siglo Futuro*, periódico de Madrid, está publicando una série de artículos sobre la Inquisicion, que han empezado ya á ser traducidos en lengua italiana. Es su autor el profesor Ortí y Lara, el más aventajado filósofo secular de España en la actualidad, el cual, tan recomendable y benemérito se ha hecho á la Iglesia católica por sus obras y escritos. Los artículos van divididos en tres séries. La primera demuestra el derecho que la santa Madre Iglesia tiene á mantener á raya y á castigar á los herejes; en la misma trata el autor del orígen y carácter peculiar de la Inquisicion de España. Allí tambien defiende el Sr. Ortí y Lara la idea que nos representa la Inquisicion española como institucion puramente eclesiástica, conformando sus procedimientos legales con la idea de un tribunal eclesiástico y político. Con grande erudicion, y aduciendo no pocos documentos pontificios, combate la opinion de aquellos que con el obispo Hefele, en su obra notable sobre el cardenal Cisneros, defienden que la Inquisicion en España ha sido Tribunal civil y secular, instituido por los monarcas españoles para fines políticos. En la segunda série defiende á la Inquisicion de las inculpaciones calumniosas que generalmente contra ella suelen echarse á volar. Prueba con documentos históricos, que tan santa institucion procedia con mayor prudencia, justicia y hasta mesura, en igualdad de tiempos y circunstancias, en la introduccion, exámen y resolucion de las causas y expedientes criminales, que ningun otro Tribunal de los siglos pasados.»

La seccion tercera de los mismos artículos, que ahora empieza, se

extiende sobre la utilidad y provecho de aquel instituto. Quien quisiere en adelante emitir acertado juicio y opinion sobre la Inquisicion española, no dejándose arrastrar de necias y vanas suposiciones, sino apoyándose en los robustos fundamentos de la historia, no debe prescindir ni olvidar tan escelente publicacion.»

Tal es el sentimiento y espíritu de la ciencia histórica, especialmente en Alemania. Téngase muy en cuenta que las gentes y países que más han contribuido al desdoro de Tribunal tan santo, graves fundamentos y razones habrán hallado para volver en nuestros dias por el honor y veneracion debidos á este instituto glorioso, tan calumniado y vilipendiado en folletines heréticos é innobles caricaturas. Es, por último, digno de notarse el profundo respeto que en el extranjero inspiran los escritos de nuestros escritores católicos, al paso que por acá, ó son desconocidos, ó indignamente rechazados, con carcajadas burlescas, indignas de quien sinceramente busca la verdad.

JOSÉ FERNANDEZ MONTAÑA.

VARIEDADES

A LA RESURRECCION DEL SEÑOR

ODA

Resurrexit sicut dixit. Alleluja.
(*Cant. Eccl.*)

Detrás del alto monte,
Dilatada barrera que al Oriente
Limita el horizonte,
Ya Febo refulgente
Se dispone á guiar su carro ardiente.

Tres soles van que llora
Con sublime dolor Naturaleza,
Pero risueña ahora
Ya á desplegar empieza,
Vistiéndose de gala, su belleza.

La Pascua se ha iniciado
Con torrentes de luz; más este dia
No viene acompañado
Del gozo y alegría
Que á la ingrata ciudad traer solia.

En vano hallar reposo
Buscó Jerusalen durante el sueño:
Fantasma pavoroso
Con iracundo ceño
Do quier le muestra ensangrentado un leño.

Su faz contempla adusta,
Cuyo torbo mirar el alma hiela;
Cualquier rumor la asusta,

De todo se recela,
Y el recuerdo de un Númen la desvela.

Los torpes vigilantes
Que el exánime cuerpo del Ungido
Guardaban horas antes,
Atónitos han ido
A dar cuenta al Pretor de lo ocurrido.

«Sabed que el Nazareno,
Le dicen á una voz, al ser de dia,
De mágia ó virtud lleno,
Movió la losa fria,
Y la cárcel dejó donde yacia.

»Se alzaron sus despojos
De un fulgor celestial iluminados,
Abrió luego los ojos,
Miró á nuestros soldados,
Y en el suelo cayeron desplomados.

»Cuando cobrado hubimos
De nuevo la razon, con paso incierto,
Al túmulo acudimos,
Le hallamos descubierto,
Y ya no estaba en su recinto el muerto.

»Ningun rumor se oia
En torno del sepulcro; en la callada
Region todo dormia,
Y ver no pudo nada
La cohorte pretoria allí situada.

»¿Seria un hechicero
Más que nosotros poderoso y fuerte,
O el hijo verdadero
De Dios, quien de tal suerte
Rompió las ligaduras de la muerte?»

—«¡Callad, callad, impíos,
Les contesta el Pretor, guardad secreto!
¡Que ignoren los judíos
El caso por completo!
¡Desgraciado el que hablar ose indiscreto!

»Si al vulgo ese relato,
Sin visos de verdad, no satisface,
Temed que en su arrebato
Furioso os amenace,
Y os persiga, y os prenda y despedace.»

—«De falso nada tiene
Cuanto aquí con verdad contado habemos;
Si enmudecer conviene,
Desde hoy mudos seremos;
Más si el pueblo pregunta, ¿qué diremos?»

—«Que hallándoos dormidos,
Numerosos discípulos llegaron
De noche, y atrevidos
La losa levantaron
Y el cadáver en hombros se llevaron.

»Así el Pretor lo ordena;
Callad si no quereis, por vida mia,
Sufrir la dura pena,
Que ya vengar debia
Con todo su rigor tal cobardía.»

. . . .

Un ángel, entre tanto,
Anuncia á las mujeres que lloraban
Junto al Sepulcro Santo,
Que en él ya no se hallaban
Los restos de Jesus, á quien buscaban.

«Salió de aquí triunfante,
Como habia á las gentes prometido;
Id, pues, y en adelante
Dé el ánimo oprimido
Las pasadas angustias al olvido.»

Con paso presuroso
Van á dar testimonio por do quiera
Del hecho portentoso,
Y la comarca entera
Le comenta y explica á su manera.

¡Consuélate, ó María!
¡Truéquese ya el dolor en regocijo!

¡Lució sereno el dia,
El dia en que tu Hijo
Se alzó de entre los muertos, segun dijo!

¡Tu linfa trasparente
Apresura, ó Cedron, y alborozado
Dí al valle floreciente,
Que ya se ha levantado
De su Rey y Señor el cuerpo helado!

¡Dá saltos de contento,
Montaña de Sion, que ya vacío
Se encuentra el monumento
Do el mísero judío
Con inútil afan velaba impío!

¡Antorchas celestiales,
Que del Gólgota dísteis en la cumbre
Tan públicas señales
De duelo y pesadumbre,
Velando entre tinieblas vuestra lumbre;

Con luz más viva y pura
Brillad desde hoy, que por contraria suerte
Sus triunfos inaugura,
Vencida ya la muerte,
El Santo de Israel glorioso y fuerte!

Y tú, pueblo malvado,
Que en Él cebaste tu furor sangriento,
¿No ves despedazado
Por cruel remordimiento,
Tu duro corazon con tal portento?

Mas ¡ay! en tu fiereza
¡Caiga, caiga, gritaste maldiciente,
Su sangre en mi cabeza!
Y la sangre inocente
Vengadora selló tu inícua frente.

¡Oh prole infortunada,
Raza infame del pueblo deicida!
Do quier abominada
Do quier aborrecida,
Correr verás tu desastrosa vida!

Y en duelo sempiterno,
Como herencia que el padre legó al hijo.
Sin pátria, sin gobierno,
Sin domicilio fijo,
Tu rostro quemará llanto prolijo!

¿Por qué en tu rebeldía,
Tu error fatal impenitente agravas,
Y ciega todavía,
De comprender no acabas
Que era un Dios el que ayer torpe insultabas?

¿Por qué no abres los ojos
Y demandas perdon á su presencia?
¡Cae, mísera, de hinojos
Movida á penitencia!
¿No es mayor que tu crímen su clemencia?

RAIMUNDO DE MIGUEL.

CRONICA INTERIOR

1. Los nuevos Cardenales españoles y la llegada del Nuncio de Su Santidad.—2. La eleccion del P. Fita.—3. Vindicacion de la primera romería española al Vaticano.—4. Las representaciones teatrales y la Semana Santa.—5. Situacion de la prensa.—6. Alianza y discordia entre los revolucionarios.

1. Con dos faustas noticías podemos empezar nuestra Crónica interior. Es una de ellas la elevacion á la dignidad cardenalicia de tres Prelados españoles: los Emmos. Sres. Arzobispos de Zaragoza y Santiago y el Patriarca de las Indias. La segunda la llegada á Madrid del Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Cattani, verificada el 24 del actual. Ambos sucesos son motivos de regocijo para los católicos españoles, que ven en el primero una señalada muestra de amor del venerable Pontífice á la Iglesia de España, y esperan de la venida del Sr. Nuncio, cuyo celo y demás escelentes cualidades son notorias, gran incremento para los intereses católicos en nuestra pátria.

2. Suceso importante, y en este concepto digno de figurar en nuestra Crónica, es tambien la eleccion de académico de número de la Real de Historia, del R. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesus, cuyos notabilísimos trabajos sobre filologia oriental y clásica, y demás publicaciones sobre puntos de erudicion histórica y literaria, lo hacian acreedor al homenaje que acaba de recibir de una de las primeras corporaciones científicas de España.

3. A título de documento importantísimo para la historia de la peregrinacion española al Vaticano, copiamos á continuacion algunos párrafos de la pastoral del Sr. Arzobispo de Granada á sus fieles con motivo de la peregrinacion que se prepara, donde la vindica y defiende el venerable Prelado «de los ataques con que algunos sin justicia ni razon han intentado proyectar algunas sombras políticas sobre el nítido brillo, alto y esclusivamente religioso de nuestra gran romería nacional, y hásta han querido disputarla y arrebatarla el sagrado carácter de verdadera peregrinacion católica que tuvo en realidad.»

Dice así el citado documento:

«Y, en efecto, A. H. N., ¿qué es una peregrinacion, segun la suelen definir los autores de derecho canónico, y aun litúrgico, que se ocupan de esto? Es un viaje emprendido por motivos de fe y de piedad á algun lugar consagrado por recuerdos ó monumentos insignes de nuestra santa Religion,



como, por ejemplo, á los Santos Lugares de Jerusalén y de la Palestina, donde se obraron los grandes misterios de nuestra Redencion, á los sepulcros venerandos de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, al de nuestro esclarecido patron Santiago en Compostela, á los sepulcros de los mártires y de otros santos, á iglesias, basílicas y santuarios célebres ó á otros lugares insignes, donde Dios haya querido ó quiera ostentar de algun modo su poder y su misericordia en favor de los hombres. La historia de las peregrinaciones es tan antigua, puede decirse, como la de la misma Iglesia, y ésta las ha aprobado y sancionado siempre que se han hecho con el espíritu y forma debidos; reprobando únicamente los abusos que á veces se han introducido en ellas como en todas las cosas humanas, aun las más santas y sagradas.

»Las mismas leyes civiles de los pueblos y naciones católicas han favorecido las peregrinaciones; y son muy notables algunas disposiciones que se encuentran en nuestras leyes de Partida y de la Recopilacion Novísima en favor de los peregrinos y romeros á quienes definen y distinguen perfectísimamente. El Ritual romano en su parte de bendiciones, y en la que tiene por epígrafe *Benedictio peregrinorum ad loca sancta prodeuntium*, advierte y previene en la rúbrica que los peregrinos que han de partir para santos lugares, antes de emprender el viaje, deberian, *deberent*, segun instituto de la antigua Iglesia, obtener de su Ordinario ó de su párroco letras patentes ó comendaticias, las cuales, obtenidas ó dispuestas sus cosas, despues de haber hecho una buena confesion de todos sus pecados, y oida la Misa en la que se dice la oracion *pro peregrinantibus*, reciban devotamente la Sagrada Eucaristía; y despues de todo esto, dice el sacerdote sobre los peregrinos arrodillados las preces que marca el Ritual, como marca tambien otras para el regreso de la peregrinacion.

»Lo que se necesita, pues, sustancialmente segun esto para que las peregrinaciones católicas tengan el carácter de tales, es que se dirijan á lugares santos, que se emprendan con espíritu de religion y de piedad y en la forma que dejamos dicha, y que se hagan con la licencia verbal ó escrita del Ordinario, ó del párroco, ó de otros legítimos superiores eclesiásticos: y decimos *licencia verbal ó escrita*, porque las letras patentes ó comendaticias de que habla el Ritual romano, no parecen de rigoroso deber y necesidad absoluta como se indica con la palabra *deberent;* ni era posible dar estas patentes sino cuando los peregrinos eran pocos, más no cuando eran algunos centenares y millares, pues entonces tenian que contentarse con la bendicion y licencia tácita ó expresa del Obispo, ó de otro superior legítimo. Esto supuesto, veamos si fué ó no verdadera peregrinacion católica la última española.

»Lo fué indudablemente, A. H. N., y tuvo los caractéres de tal en la sustancia y en la forma. Más de ocho mil peregrinos de todas las provincias de España, unos por tierra y otros por mar, emprendimos nuestro viaje á la ciudad de Roma, á la santa capital y centro del Catolicismo, no por fines mundanales y terrenos de politica, de lucro ó de placer, sino por motivos de religion y de piedad: fuimos esclusivamente con el doble objeto de visitar las grandes basílicas y monumentos religiosos de Roma, y de consolar y ofrecer nuestros homenajes de amor y de respeto al verdadero Vicario de

Jesucristo en la tierra, al gran Pontífice de la Inmaculada, del *Syllabus* y del Concilio Vaticano, recluido y moralmente aprisionado hace siete años en el recinto de su Sacro Palacio de San Pedro.

»Nuestra peregrinacion, como tal, principió con la anuencia expresa y con la bendicion apostólica más tierna y expresiva del Supremo Gerarca de la Iglesia, del Obispo de los Obispos, del Pastor universal de todo el rebaño de Cristo y del Moderador supremo de todas las obras católicas, quien se dignó concedernos facultades extraordinarias para el mejor régimen y mayor provecho espiritual de la peregrinacion. Obtuvo tambien las bendiciones y la aprobacion tácita ó expresa de los Obispos y Ordinarios de España, quienes bajo una ú otra forma directa ó indirectamente la apoyaron y promovieron. Principiaron los romeros su camino con solemnes funciones religiosas, con la recepcion de los Santos Sacramentos y con las preces y ceremonias del Ritual; y bien público y notorio es que los peregrinos que de casi todas las provincias de España acudieron á la córte, además de los actos religiosos que practicaron en San Isidro el Real y en la Encarnacion, recibieron la Sagrada Eucaristía de mano del legítimo Prelado Ordinario de Madrid, del Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal el Arzobispo de Toledo, quien se dignó bendecirles y concederles indulgencias.

»Fueron presididos los romeros por dos ilustres miembros del Episcopado español, los RR. Obispos de Oviedo y de Vich y por Nos el menor de todos ellos, y acompañados de más de mil y quinientos respetables sacerdotes, bajo cuya direccion practicaron en comun, durante su largo viaje de mar y tierra y dentro de la misma Roma, actos religiosos tan devotos, tan tiernos y tan edificantes, que conmovieron y llenaron de admiracion y de consuelo, no solo al Padre Santo y á sus Cardenales y Prelados, sino al mismo clero y pueblo romano, aunque tan acostumbrados á esta clase de manifestaciones religiosas, y á todos los católicos de Italia, de Europa y del mundo. En forma de peregrinacion católica y nacional atravesaron los romeros españoles la Francia y la Italia: como á verdaderos peregrinos se les recibia y consideraba en todas partes; como verdaderos peregrinos fueron recibidos en Roma y en el Palacio apostólico del Vaticano; como verdaderos peregrinos, en fin, se presentaron y hablaron á nuestro Santísimo Padre Pio IX, y como tales fueron admitidos y apellidados por Él en las innumerables audiencias que se dignó concederles; y en el mismo discurso que nos dirigió á todos en la solemnísima recepcion general del 16 de Octubre en la gran basílica de San Pedro, dijo expresa y terminantemente: «que la »peregrinacion española que tenia ante sus ojos le consolaba mucho.»

»Despues de leer y considerar atenta y desapasionadamente lo que dejamos dicho, no creemos que haya nadie que pueda disputar séria y razonablemente á nuestra gran romería de Octubre último el carácter y el mérito de verdadera peregrinacion católica.»

«El tierno y sublime espectáculo que dió al mundo nuestra gran peregrinacion, no solo ha edificado y llenado de admiracion á los católicos, sino que además ha avivado su fe, ha estimulado su piedad, y ha despertado en ellos una santa emulacion por imitar el grande ejemplo de los romeros españoles, como ha sido y es bien público y notorio. La peregrinacion española, protegida visiblemente por Dios, por la Santísima Inmaculada Vírgen

María, y por nuestra ilustre y esclarecida compatriota Santa Teresa de Jesus, parece haber sido en los designios del Altísimo como el *granum sinapis* que, sembrado de repente en el campo de la Iglesia y regado y fomentado con las penalidades y fatigas, con la abnegacion y el sacrificio, y con los sudores y lágrimas de amor y compuncion de nuestros fervientes romeros, habia de germinar y producir un árbol de gran esbelteza y lozanía, que, extendiendo sus ramas y benéfica semilla por el mundo, hiciese brotar en todas partes las innumerables peregrinaciones que hoy se están anunciando y preparando para la primavera próxima en el antiguo y nuevo mundo.»

4. Ha sido objeto de justa censura por parte de los periódicos católicos la resolucion adoptada por el Gobernador civil de Madrid, facultando á los empresarios de teatros para celebrar representaciones el sábado de Pasion y el Domingo de Ramos. Semejante acuerdo, sobre inferir una grave ofensa á los sentimientos católicos, está en contradiccion hasta con la legislacion vigente en esta materia, como se echa de ver desde luego con solo leer el artículo 11 del decreto orgánico de teatros de 1852, cuyo texto es como sigue:

«Todos los dias son hábiles para espectáculos teatrales, exceptuando la víspera de Difuntos, los viernes de Cuaresma, y desde el de Dolores hasta el Sábado Santo inclusive, como tambien los casos especiales en que el Gobierno, por causa fundada, mande suspender los espectáculos públicos.»

5. El mes de Marzo no ha sido muy propicio para la prensa, á juzgar por el siguiente cuadro de las suspensiones y denuncias sufridas por varios periódicos, durante la primera quincena.

La Fe, suspendido.
La Paz, id.
La Patria, id.
El Constitucional, id.
El Parlamento, denunciado.
El Solfeo, id.
La Integridad de la Patria, id.

Algun periódico, como *El Mercantil Valenciano*, ha sido denunciado tres veces.

El Anunciador, de Valencia, ha sido suprimido *ab irato* por el Gobernador de la provincia. Una de las causas de esta resolucion, segun se ha dicho, ha sido el haber insertado aquel periódico el discurso pronunciado por el señor Arzobispo de Granada en el Vaticano, al presentar á Su Santidad la Romería española.

La denuncia de *El Correo Catalan* está pendiente de sentencia del Tribunal Supremo de Justicia. Esta situacion de la prensa, y la circunstancia de ser rarísimos los casos de absolucion de los periódicos denunciados, ha movido á *La Iberia* á proponer á la prensa de oposicion, que renuncie á la facultad de defenderse de las denuncias del fiscal de imprenta, proposicion acogida desde luego por *La Fe*, *La Mañana*, *La Patria*, *La Nueva Prensa*, *El Parlamento* y *El Pueblo*.

6. No obstante las noticias contradictorias que corren sobre el particular, se considera ya como muy probable la tan anunciada fusion entre radicales y posibilistas, que habia presentado en un principio graves dificultades. Como consecuencia de este hecho, se asegura que ambos partidos coaliga-

dos, dirigirán un manifiesto á sus amigos de provincias, en el cual se consignará por una parte, que los posibilistas no se separarán un punto de la línea de conducta que les trazó su jefe el Sr. Castelar el 2 de Enero de 1874, y por otra, que el partido radical profesa en la actualidad los mismos principios que sostuvo en la sesion parlamentaria de 11 de Febrero de 1873.

Se cree que en esta fusion no entrará la fraccion del partido radical obediente á las inspiraciones de Montero Rios y Gasset y Artime, cuyo órgano en la prensa, *El Imparcial*, ha publicado recientemente un artículo en el cual expone sus ideas sobre la conducta que debe seguir el partido radical, artículo combatido rudamente por la *Nueva Prensa* y *El Pueblo Español*, representantes de otras fracciones del radicalismo.

Los siguientes párrafos que tomamos de un artículo de *El Imparcial*, revelan bien á las claras la existencia de dos tendencias contrarias en el seno del radicalismo, y el estado de disgregacion de este partido.

«Cuando el gobierno abrió el período electoral para reunir las actuales Córtes, los hombres más autorizados del partido radical, á la sazon residentes en Madrid, creyeron llegado el momento de reunirse y deliberar acerca de la actitud y conducta que las circunstancias aconsejaban. Convinieron en la redaccion de un manifiesto, cuya circulacion fué prohibida por el Gobierno, y en ese documento se hacian las declaraciones más terminantes, lo mismo sobre los principios del partido, que sobre la línea de conducta más conveniente en la próxima campaña electoral.

No todos los elementos del antiguo partido radical, se mostraron conformes con aquel documento: unos lo firmaron, y otros le negaron su asentimiento, y aun se hizo público en cuanto fué permitido, encargándose más tarde la prensa ministerial de revelar al país cómo pensaban, y cuál era la actitud de los radicales que no aceptaron la línea de conducta trazada por el Manifiesto de 19 de Enero de 1875.

Como la tertulia radical no ha sido ni es más que un círculo de recreo, no habia para qué provocar la separacion de personas unidas por los lazos de una antigua amistad.

La renovacion de la junta de gobierno, hace poco más de un mes, evidenció, no obstante, que ni á unos ni á otros convenia vivir en esa confusion ocasionada á disgustos, por fortuna conjurados hasta ahora, y un dia, recientemente, la junta directiva acordó disolverse, dejando la mayoría de sus individuos de pertenecer á aquel círculo de recreo, cuya conducta han seguido los socios que lo han tenido por conveniente.

Esta es, pues, la misteriosa historia de las dimisiones, disidencias y divisiones surgidas en la Tertulia, reducidas, como se ve, á una separacion amistosa de personas que lo estaban ya hace más de dos años, por solemnes declaraciones.»

La union entre las varias fracciones del partido constitucional y centralista, no se ha verificado todavía, ni parece estar en vias de realizarse. Los intereses encontrados de estos diversos grupos, y las pretensiones á ejercer la jefatura suprema sobre todos ellos, que muestran Sagasta, Ulloa y Alonso Martinez, sigue siendo obstáculo permanente y dificilísimo de allanar para que se verifique la fusion proyectada.

Por otra parte, las teorías de gobierno, que ante la espectativa del poder

exponen los centralistas, son otro motivo de desavenencia entre ambas fracciones, aunque no tan difícil de salvar como el antes citado. Al propósito de reformar en sentido más liberal la Constitucion, manifestado varias veces por los órganos del partido constitucional, oponen los periódicos centralistas en estos últimos dias la declaracion de que el partido que representan no transigirá «con nada que parezca anulacion, suspension ó reforma de cuanto establece la Constitucion vigente.»

CRONICA ESTERIOR

Roma.—1. La alocucion de Su Santidad, la prensa revolucionaria y la circular del Gobierno italiano.—2. La discusion de la enseñanza religiosa en el Parlamento.—3. Los Círculos Católicos en España y la *Scienza e la Fede* de Nápoles.—Francia. 4. Nuevos ataques del radicalismo á la Iglesia Católica.—Escocia. 5. Progresos del Catolicismo.—Hungría.—6. Preparativos para una peregrinacion al Vaticano.—Oriente. 7. Las cláusulas del protocolo y el viaje del general Ignatieff.

1. El suceso de mayor importancia ocurrido desde nuestra última crónica es, sin duda alguna, la admirable alocucion de Su Santidad en la apertura del Consistorio, verificada el 12 del actual. En ella, despues de condenar el Pontífice en términos enérgicos la invasion de Roma por los piamonteses, ha enumerado las leyes dictadas por el Gobierno de Victor Manuel contra la Iglesia Católica, deplorando que la Santa Sede se vea privada de los medios que necesita para cumplir su mision y para poner un freno á las doctrinas inmorales y á las sectas anti-religiosas que corrompen la sociedad. Ha dicho que carecia de libertad para ejercer su ministerio, añadiendo que no hay conciliacion posible entre la Santa Sede y los usurpadores del Poder temporal del Papa. Finalmente, Su Santidad apela á todos los prelados del orbe católico, y por medio de estos á los fieles, para que hagan ver á sus respectivos Gobiernos la crítica situacion en que se halla la Santa Sede, á fin de que procuren remediarla.

En el próximo número de La Ciencia Cristiana daremos á nuestros lectores el texto íntegro de este notabilísimo documento.

La Alocucion de Su Santidad ha excitado, como era de esperar, las iras de los revolucionarios. Las impiedades y los groseros insultos al Jefe Supremo de la Iglesia han excedido á toda ponderacion, distinguiéndose la prensa revolucionaria de Italia y Francia por los brutales ataques que ha dirigido con ocasion de esto á las cosas y personas mas santas y dignas de respeto.

El Gobierno italiano, por su parte, en una circular dirigida á los prefectos, ha hablado en términos irrespetuosos del discurso del Padre Santo, mostrando claramente su intencion de cometer nuevas violencias, aunque dijera en ella que permitia á los periódicos la reproduccion de aquel documento para hacer ver su *tolerancia* y *generosidad*. La prensa, sin embargo, debia abstenerse de comentar la Alocucion so pena de sufrir los rigores de la justicia revolucionaria. Esta última prescripcion se encaminaba únicamente á impedir que los periódicos católicos hicieran ningun linaje de con-



sideraciones sobre el documento en cuestion, como lo demuestra el hecho de haber consentido el Gobierno que todos los periódicos revolucionarios, y señaladamente los ministeriales, se desatasen en injurias contra el Pontífice y comentaran á su placer, es decir, en términos indecorosos y violentos, la Alocucion de Su Santidad.

2. La discusion de la ley sobre la enseñanza religiosa, ha proporcionado otra ocasion de atacar al Catolicismo á los revolucionarios italianos. El Parlamento italiano, compuesto en su mayoría de fanáticos sectarios de la revolucion, ha escuchado, al discutirse esta ley, de labios del diputado Cairoli, que «un padre de familia deberia colocar el Catecismo entre los libros prohibidos.» Otro diputado llamado Bovio ha dicho en un discurso no menos impío y absurdo que el anterior: «No debemos consentir que vuelva la Iglesia á recobrar su imperio por medio de la instruccion. No debemos permitir que la pila de Volta ceda su puesto á la del agua bendita; por eso queremos escuelas laicales.»

3. Con el título de «Los Círculos católicos en España y la cuestion social,» publica la *Scienza e la Fede* de Nápoles, en su número de 16 de Marzo de este año, un escelente artículo, donde aplaude como se merecen los esfuerzos del ilustre prelado de Córdoba para aclimatar en nuestra patria la institucion de los Círculos católicos, que tantos y tan admirables frutos ha producido y sigue produciendo en otros paises, entre los cuales ocupan el primer lugar Bélgica y Francia.

Despues de exponer el objeto de estas Asociaciones y los medios de plantearlas segun el plan ideado «por el celoso pastor, que al merecidísimo título de Maestro de filosofía cristiana une el de verdadero apóstol,» y de hacer suyas las consideraciones de *El Siglo Futuro* á este propósito, expone el autor del artículo los frutos saludables que debe Francia á los Círculos de obreros, haciendo al concluir el siguiente voto, al cual nos asociamos de todas veras:

«Quiera Dios que los Círculos y Congresos católicos alcancen en España el incremento que admiramos en la vecina Francia; pues no es dudoso que regeneradas íntegramente en la fe estas dos naciones, el resto de Europa cambiará de aspecto, y recobrará su primitiva influencia la sacrosanta religion de Cristo.»

4. Los radicales franceses continúan haciendo alardes de hostilidad al Catolicismo y escogitando cada dia nuevos medios con que destruir la influencia de la Religion en la vida social. A la proposicion presentada en la Asamblea por muchos diputados para la supresion definitiva y absoluta del servicio religioso del ejército, que es casi seguro será votada por la mayoría, tenemos que agregar el reciente proyecto de ley dirigido á prohibir la enseñanza religiosa en los establecimientos oficiales, y las exposiciones, mas recientes todavía, de algunos cientos de electores radicales, presentadas en la Asamblea nacional por los diputados Bertholon y Naquet, pidiendo la espulsion de los sacerdotes de la Compañía de Jesus.

5. Los siguientes datos estadísticos que tomamos de la excelente revista católica de Nápoles, *La Scienza e la Fede*, nos muestran los progresos del Catolicismo en Escocia, pais que se consideraba hasta hace poco tiempo como casi perdido para la Iglesia Católica. Escocia cuenta en la actualidad con 258 sacer-

dotes, 252 iglesias ó capillas, 124 escuelas católicas y 22 conventos. El distrito occidental, que es en el que hay mayor número de católicos, tiene 146 sacerdotes, 122 iglesias, 49 escuelas y 8 conventos. Los sacerdotes escoceses ordenados en 1876 han sido 14, 9 para el distrito occidental, 3 para el del Este y 2 para el del Norte. Débense en parte estos grandes progresos del Catolicismo al celo y liberalidad de algunos convertidos. Citaremos como ejemplo de esto la reciente fundacion de una Abadía benedictina en *Fort Augustus,* sobre el famoso canal de Caledonia, para lo cual ha hecho lord Lovat donacion de una extensa propiedad suya, además de una cantidad considerable. El marqués de Bute ha dado para este mismo fin 25.000 duros, 5.000 el marqués de Ripon, otros 5.000 el comendador Monteilh, y otras cantidades de importancia varios católicos de posicion. Despues de mas de tres siglos de destierro vuelven, pues, á Escocia los Benedictinos, que siguiendo las tradiciones de su Orden, trasformarán en monasterio, colegio y hospicio, la fortaleza, cuarteles y terrenos que han recibido como donacion. El *Fort Augustus* fué comprado en 1867 al Gobierno inglés por lord Lovat. Su Santidad Pio IX ha concedido la bendicion apostólica á cuantos cooperen de algun modo á la construccion de este grandioso monumento de la piedad de los protestantes convertidos recientemente al Catolicismo en Escocia é Inglaterra.

La heróica firmeza de los escoceses que han permanecido fieles al Catolicismo es otra de las causas, y sin duda alguna, la principal, del incremento de la Religion Católica en esta comarca. Son notables por lo que á esto se refiere, las siguientes palabras que escribia monseñor Nardi, el insigne polemista católico cuya reciente muerte llora la Iglesia, hace algunos meses, con motivo de su viaje á Escocia:

«La persecucion en Escocia, decia, fué bajo muchos aspectos mas furiosa y terrible que en Inglaterra; y menores, por no decir ningunos, los auxilios que los católicos de esta última y mas remota parte de la Gran Bretaña podian recibir de los paises católicos. No obstante la fuerza y la persistencia de esta persecucion, la fe católica no solo no se extingió en algunas parte de Escocia, sino que hubo puntos donde, como en la Escocia Occidental, trescientos años de guerra no fueron poderosos á estinguirla. Así sucedió, por ejemplo en los distritos de Arisag, de Mordat, y otros. Trescientos años de privaciones, de humillaciones y aun de crueles persecuciones, no bastaron á triunfar de la constancia admirable de estos católicos. Su número ha crecido tanto de algunos años á esta parte que en solo Glasgow hay ya 130.000, y muchos millares en Edimburgo, Stirling, Aberdeen, Perth, etc.»

6. Los católicos húngaros se disponen á tomar parte en la peregrinacion universal que se prepara con ocasion del jubileo episcopal del Pontífice. En un manifiesto impreso en Buda Pest con fecha 25 de febrero, suscrito por los nombres mas ilustres de la aristocracia magyar, se dice que «para conmemorar la union con que Hungría se mantiene ligada desde hace muchos siglos á los Pontífices Romanos, y como muestra de reconocimiento á la Sede Apostólica que salvó de su ruina el reino de San Esteban, han resuelto los húngaros ofrecer al Pontífice reinante, por los insignes beneficios que de él han recibido, un precioso regalo como muestra de gratitud á Su Santidad: la tapa de la caja que lo contenga representará á la celestial patrona del reino de Hungría.

7. El telégrafo nos ha dado á conocer recientemente algunas cláusulas del protocolo sometido por Rusia á la aprobacion de las potencias de primer órden. Son estas las de que Turquía haga la paz con el principado de Montenegro, que envie un embajador á San Petersburgo. Rusia, en cambio, se obliga á renunciar por ahora á sus intenciones belicosas, y á desarmar las fuerzas que tenia dispuestas para la guerra, á condicion, sin embargo, de que Turquía la preceda en este camino. El viaje del general ruso Ignatieff á las Córtes de Prusia y Austria, con el objeto de lograr de estas dos potencias la aprobacion del protocolo, no ha producido hasta el presente ningun resultado definitivo.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas.

ARTICULOS DOCTRINALES

REVISTA DE LIBROS



VARIEDADES

LA CIENCIA CRISTIANA

LA
CIENCIA CRISTIANA

REVISTA QUINCENAL

VOLÚMEN II

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO
1877



LAS EPOPEYAS CRISTIANAS

DANTE Y MILTON

Suele nuestra época preguntarse á sí propia la causa de que en su vergel literario no arraigue la encina de la epopeya: y suele tambien, buscando la explicacion del fenómeno, dar con menos razones que razonamientos.

Acordes todos los críticos en el hecho de la esterilidad, achácanla los unos á las condiciones de las sociedades y al grado de desarrollo que las actuales han alcanzado: porque la epopeya—dicen—solo brota en tiempos oscuros, míticos y heróicos, allá en la edad de hierro de los pueblos, cuando los sucesos son cataclismos y gigantes los hombres, ó bien en períodos de coherente unidad, cuando todas las voluntades se dirigen al mismo punto, y el mismo sentimiento hace latir todos los corazones. Y la atribuyen otros á las costumbres, notando que hoy se vive muy de prisa, y carece el poeta de aquel recogimiento indispensable para dar felice cima á empresa tan árdua: que el campo épico exige para su cultura vida de cenobita y alientos de titán; que, además, ha producido ya frutos de esos que no maduran dos veces; que todo está agotado, que no es posible ir más allá; y que, en suma, en nuestros dias tiene la epopeya un valor puramente histórico.

Mucho distan estas sutilezas de resolver entera y definitivamente el problema de la muerte ó—si se quiere—del letargo en que yace la épica poesía. Porque si bien el Ramayana, los Niebelungen, el Mahabarata y la Iliada corresponden á épocas

para nosotros nebulosas y remotas, y sus héroes—como el de la Enéida—son otros tantos enigmas propuestos al historiador y al anticuario, no sucede asi con la Farsalia, los Lusiadas, la Jerusalén, la Divina Comedia, la Araucana y el Paraiso perdido. Ni, si se esceptúan los Niebelungen, dan los poemas más primitivas señales de pertenecer á una era de rudeza; antes algunos—por ejemplo, el Mahabarata—revelan una cultura sorprendente. Y por más que entre todos ellos quizá la Iliada y la Odisea correspondan á un período de unidad social; los demás son, al contrario, hijos de la contradiccion y la antítesis, representando el Mahabarata y Ramayana la lucha de las castas sacerdotal y guerrera, la Farsalia la pugna del cesarismo con las instituciones republicanas, la Araucana la resistencia de la independencia selvática á la civilizacion invasora, y la Enéida la última tentativa de galvanizar el caduco paganismo. Por lo que toca á la Divina Comedia y al Paraiso perdido, ¿quién podrá decir que germinaron en épocas de unidad, si creció la una entre las irreconciliables disensiones de güelfos y gibelinos, negros y blancos, y los esfuerzos desesperados de Italia y de los Pontífices por sacudir el extranjero yugo, y mecieron la cuna del otro los vaivenes del sanguinario Protectorado y las oleadas de la más fanática de las revoluciones?

No es tampoco la existencia complicada y febril que con mayor ó menor intensidad padecen los hijos de este siglo, lo que corta el épico vuelo: que con ser de suyo tan opuesta á la elevacion de espíritu necesaria á las grandes creaciones, aún deja á muchos lugar para poseer á fondo ciencias que sin duda alguna cuestan más asiduidad y trabajo que labor poética diez Odiseas. Ni menos será esa aridez, ese agotamiento, esa carencia de asuntos que lamentan las menguadas musas contemporáneas. Asuntos sobran: el campo, como el de Booz, está sembrado de espigas para los merodeadores. Aún nadie ciñó con el laurel de Apolo las frentes heróicas de Hernan-Cortés y Pizarro, las au-

gustas sienes de Colon [1] é Isabel la Católica. Y si solamente la historia de España brinda estos y otros no menos ricos filones que explotar, ¡cuántas inspiraciones épicas dormitarán en la de todo el globo!

No, lo que falta no son tiempos de oscuridad ó de unidad, héroes fabulosos ó reales, espacio ó argumento. Lo que falta es más íntimo—casi diré más subjetivo.—¿A qué viene desentenderse de lo que salta á los ojos? ¿Por qué velar con gasas hipócritas lo que se palpa á cada paso? Y lo que salta á los ojos, y lo que se palpa, es—la decadencia.

Ya no se tienden por las cúpulas de los templos composiciones titánicas como la de la Sixtina, ni se destacan del lienzo ó del cobre las poderosas cabezas de apóstoles y mártires de un Rivera ó de un Valdés Leal, ni las gentiles é idealizadas figuras de vírgenes y niños que Murillo envolvia en inflamados rompimientos de gloria. Ya no hace el cincel palpitar la inspiracion en el mármol, avalorando, como en el Moisés de Miguel Angel, la clásica perfeccion pagana con la viviente sublimidad del cristianismo; ni surgen del seno de la tierra las celestes catedrales, de fábrica atrevida, aérea, misteriosa, imposible, que riñe con todas las leyes de la estática, y se alza y sostiene como por la invisible fuerza de la fe que las erigió. Dános hoy el pincel insignificantes frescos con desmayadas alegorías mitológicas para los techos de los teatros y cafés, ó cuadrillas de género que suelen ostentar la chillona intemperancia de un cromo, ó el yerto realismo de una fotografía; vulgares reproducciones de incidentes de la vida ordinaria, que ni siquiera tienen la honesta gracia de las escenas de interior, reproducidas por la escuela flamenca. Desciende la escultura á la prolija y servil imitacion de

---

[1] El ensayo de poema intitulado *Colon*, debido á la pluma de D. Ramon de Campoamor, no tiene carácter alguno de epopeya, ya por sus dimensiones, ya por su plan y desarrollo: y no creo que en él se haya propuesto el autor más fin que mostrar que su brillante ingénio juega con todos los géneros. (N. de la A.)



ricas telas y minuciosos pormenores, no atreviéndose á estudiar valientes actitudes y musculaturas, ni severos y majestuosos paños: por manera que las estátuas se trasforman poco á poco en primorosos juguetes de sobremesa. Y contrastando con los templos, cada vez más frios, claros y desnudos, nacen edificios como el coliseo de la Grande Opera de París, en que el mármol, el jaspe, el pórfido, el bronce y el oro, prodigados con suntuosidad neroniana, y labrados en adornos y grupos provocativos por el génio mismo de la corrupcion y de la molicie, no alcanzan á cubrir la falta de idealidad artística y de vigor y pureza en el plan. Así tenemos pintores y escultores sin poseer apenas lo que se llama un cuadro ó una estátua; y arquitectos é ingenieros, sin que podamos legar á la posteridad un órden ni un estilo—á menos que recibamos por tales los estereotipados de las estaciones de ferro-carril, docks y palacios de la industria, prosáicos y efímeros como su destino y fin.—A la verdad el arte no ha muerto, pero vegeta mústiamente en el suelo, porque le arrancaron las plumas de las alas.

Si hay quien se duela de esta postracion y decaimiento, piense en que Murillo pintaba embriagado aún con la dicha inefable del católico que aposentó en su seno á Jesucristo, y que las verjas de las catedrales se forjaron al fuego de las creencias, y sus piedras se unieron y trabaron con argamasa amasada con lágrimas de contricion; que la piedad alzaba aquellos muros, y los enriquecian la penitencia y el arrepentimiento; que el artista entonces no se consumia en hidrópica sed de oro y fama, sino en ardiente emulacion y empeño de encarnar en la forma el pensamiento, y de iluminar con la luz de lo suprasensible las tinieblas de la materia. En una palabra, el arte se apoyaba en la fé, el hombre creia en Dios.

Los tiempos han cambiado: y si las artes plásticas, que aún logran hasta cierto punto compensar con brillantes esterioridades la pobreza del fondo, se resienten tanto de la grave herida,

¿qué hará la poesía, la manifestacion artística en que más se revela el espíritu, y que ménos puede prescindir de refrigerarse en la eterna fuente de donde toda belleza mana? La poesía, mutilada, llorará la pérdida de miembros enteros, como la tragedia y la epopeya; sin que le quede ni esperanza de que le sean devueltos cuando cese la crísis, y la sociedad se haya constituido en la forma á que se aspira; porque, aun siendo esto posible, no es probable que produzca Homeros el socialismo.

Cristianas son las grandes epopeyas de las edades modernas; y al detenernos ante estos dos colosos—Milton y Dante—saludamos en el uno á la Teología natural, en el otro á la Teología dogmática; en aquel á la Biblia, el libro de los libros; en éste á la ciencia de las ciencias; en ambos, á ricos florones de la corona artística que por cima de su incorruptible diadema luce la Esposa de Cristo.

DANTE

I

Corriendo el año 1274 y la tarde más apacible del mes de Mayo, celebrábase una fiesta, sabroso paréntesis á las civiles discordias, en la casa del opulento patricio florentino, Fulco Portinari. En Italia, en estos solaces, la alegría raya en delirio. Brillaban de júbilo todos los ojos; lucian los hombres sus más ricos y vistosos arreos, tejian las *donne* las pobladas trenzas, que á manera de marco les cercaban el rostro, con perlas y flores; ceñian á sus gargantas sartas de ámbar y corales, á sus talles pesada seda y brocado, á sus dedos sortijas preciosas. Divertíalas con sus bufonadas un contrahecho enano, en cuya cintura se abrochaba sutil cadena de acero, sujecion de un nervioso galguillo. Circulaban de sala en sala y de balconada en

balconada los criados, distribuyendo en macizas bandejas de plata raras golosinas, dulces y confites, figurando aves y peces de brillantes colores y argentada escama, panecillos dorados que parecian un áscua de oro, frutas conservadas con su natural matiz, apretados racimos de uvas, pirámides de limas y naranjas, y cuencos de tosca ágata henchidos de oscuro nebiolo ó fragante malvasía. No desairaba la concurrencia los refrescos, sin dar por eso de mano á las pláticas y chanzas. Sonaba una acordada música que, oculta tras los tapices, blandamente recreaba los sentidos; y en los intermedios, formábanse grupos en torno de algun galan mancebo, que recitaba con expresion las *canzonette* del príncipe Manfredo ó de Guido-Giunicelli.

Pero murmullos, pláticas, risas, música y canciones cesaron, como por mágia, al abrirse una puerta y parecer en ella el dueño de la casa, trayendo de la mano á Beatriz su hija. Fué como si entrara por las bulliciosas estancias el ángel del silencio.

Era la tierna virgencita semejante á los albos lirios campestres, á quienes—segun la poética frase de la Biblia—da Dios ropaje más espléndido que el que pudo ostentar Salomon en el apogeo de su gloria. Contrastaban tan vivamente su figura y atavío con el de la regocijada multitud, como pudiera una mística madona de Cimabue con las pinturas de Veronés ó Julio Romano. Entre tantos brocados y tisúes, galas y joyas, cubria á Beatriz ceñida túnica de lana color de fuego, y airoso manto verde; y bajo una corona de follaje de oliva, flotaba el cándido velo de lino sobre la rubia madeja [1]. En medio de tan-

---

[1] . . . .
Sobra cándido vel cinta d'oliva
donna m'apparve, sotto verde manto
vestita di color di flamma viva.

(Purg. XXX.)

Tengo por leve licencia el vestir aquí á Beatriz con el traje simbolico con que Dante la pinta al aparecérsele para guiarle al Paraiso. (N. de la A.)



to semblante risueño, encendido y agitado, adelantábase la hija de Portinari con el carmin de la modestia en las mejillas, la gravedad del recato en los ademanes, en los ojos la luz de la inocencia, y en todo su porte tal agrado y compostura, y tal nobleza y decoro, que pusieran admiracion en años más maduros, puesto que los primaverales suyos, de ocho no pasaban.

Nueve son los de aquel rapazuelo de vasta frente, de nariz aguileña, de mirar chispeante, envuelto en larga hopalanda y capucha, oscuras ambas, que en un rincon de la galería en que la sala remata, permanece ante la angélica aparicion suspenso y arrobado. Borrábase de su retina el movible mar de gentes vistosamente aderezadas, la rica decoracion de las estancias, el abigarrado conjunto de la fiesta, y solo veia aquella figura austera, cuanto puede serlo la infancia. Fuese realidad, fuese ilusion de un cerebro excitado por el ruido y las *canzonette*, lo que el niño percibia era que la bizantina figura, pintada por Francescone en el maravilloso retablo de San Juan, destacándose sobre vivo fondo de oro, se habia hecho carne y posado sus piés en la tierra. Entonces pudieron ver los convidados al sarao de Portinari, una cosa harto singular; el corto tiempo que empleó Beatriz en recorrer la sala, estúvose Dante Alighieri con las manos cruzadas, á guisa del que fervorosamente reza; y como llegase la gentil doncellita á pasar casi á su lado, se le oyó, arrancado del pecho, un gran suspiro, y exclamar en voz alta y clara:

Manibus o date lilia plenis [1].

---

[1] ....
L'alta virtú, che giá m'avea trafitto
prima ch'io fuor di puerizia fosse.
....
E fior gittando di sopra é dintorno,
Manibus o date lilia plenis.

(*Purg.* XXX.)

II

Solemne hora aquella, que decidió la vocacion del grande épico católico.

Quizás en la misma noche, cuando hubo vuelto Dante á su hogar modesto aunque hidalgo, herida la imaginacion, y despiertas y como electrizadas las facultades, ordenó las informes cláusulas de su primer sestina, rudo gérmen que encerraba en potencia el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso. O quizás, fija en la mente la imágen del retablo, no hizo sino pronunciar de rodillas aquella devocion del rosario, que el estirpador de la heregía albigense habia vuelto á poner en todos los labios en honor de la Vírgen madre. Ello es que desde la memorable fiesta, los labios del jovencillo Alighieri destilaron la miel de la poesía. Tímido, pero movido por secreto impulso, enviaba sus rimas á los poetas toscanos, que las acogian como obra de novicio, con indulgencia compasiva ó arrogante desden. En breve, no obstante, se dió á conocer como la rosa, por su perfume. Brunetto Latini, autor mediano, acertó á formar á Dante: Dante, á su vez, supo empaparse en Ovidio, en Estacio, en el que él llama el dulcísimo padre Virgilio, á la vez que robaba á Guido Cavalcanti el secreto de la cancion, y con la exquisita delicadeza del concepto, con la intensidad del sentimiento, con lo tierno de la melancolía, triunfaba de todos los trovadores de Sicilia y Toscana, como la luna de las estrellas.

¿Y Beatriz? Beatriz, entretanto, crecia en honestidad y gracias; enlazóse con un miembro de la familia Bardi, y á los veintiseis años bajó al sepulcro, espejo de mujeres en vida, edificacion de todos en muerte.

¿Qué fué, pues, para Dante aquella reverenciada hermosura,

que puesta sobre las telas de su corazon llevaba? ¿aquella que le dictó tantas canciones y le originó tantas tristezas; aquella cuya pérdida, con sublime alarde de dolor, participó epistolarmente á los reyes y príncipes de la tierra; aquella, en suma, á quien desde el punto y hora de su muerte tuvo en concepto y veneracion de santa?

Nada y todo. Nada para la vida real, todo para los vuelos de la poesía; nada para la pasion, todo para la caridad; nada para la tierra, todo para el cielo. La Providencia preservó á aquel claro ingenio de que se corrompiese la limpia y generosa aficion que á Beatriz consagraba: tan nítida y serena imágen no se enturbió jamás. Y la noble alma, recobrada ya su patria verdadera, volvió los ojos al valle de lágrimas en que aún andaba peregrino el Dante, mandándole en el rayo de ellos luz para idear

il poema sacro,
al qual ha posto mano é cielo é terra.

Beatriz es en él la verdadera heroina, heroina original y sublime, mitad recuerdo, mitad símbolo: porque no se parece á esas figuras convencionales y episódicas, destinadas á lisonjear la cansada fantasía, y á hacer ameno el relato; ni ménos es como ráfaga de sentimiento, homenaje que á su pesar rinda el poeta á una cara memoria: que entonces, por mucho que el entusiasmo del autor se esforzase á elevarla, siempre apareceria menguada y pálida ante la colosal magnitud del asunto de la Divina Comedia. Un poema en honor de Beatriz fuera mezquino campo para el genio del Dante; una Beatriz, es decir, una criatura, aunque tan cabal y perfecta, fuera insuficiente para desempeñar el primer papel en tan inmensa concepcion. Al superar esta dificultad, brilla la inspirada inteligencia del Dante. Beatriz no es una mujer como la Briseida de Homero: no es siquie-

ra la mujer, como la Eva de Milton: es la Teología, antorcha de las antorchas, ciencia de las ciencias, que el poeta personifica en una mujer bienaventurada, acordándose quizás que el espíritu Santo descendió á las entrañas de otra inmaculada y purísima, labrando en ella un templo al Divino Verbo.

(Se continuará.)

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS ESTADOS-UNIDOS

Ó SEA

EL MODELO DE LAS REPÚBLICAS

I

Hace un siglo casi justo, que llegaba á la corte de Luis XVI, donde aún resplandecia el fausto que le habian legado las sueltas y desenvueltas costumbres de Luis XV y la Regencia, un jóven delgado, de mirada perspicaz y atrevida, vestido con una sencillez extraña entonces en Europa, y sin peluca ni polvos blancos en el cabello.

Aquel jóven no halló obstáculo para llegar hasta las gradas del trono cristianísimo, del gran trono que en tiempo de Luis XIV habia hecho doblar la frente..... ¡ay! áun á los tercios españoles, jamás vencidos antes de Rocroy; y el buen sucesor del rey cesáreo que habia dicho: *El Estado soy yo*, conversaba casi amigablemente con el jóven de faz enjuta, aire resuelto y modesta apariencia.

Aquel jóven era Franklin. Venia en nombre de la independencia de un pueblo que deseaba constituirse bajo la forma republicana, á pedir auxilio á una de las más antiguas y más gloriosas monarquías de Europa; y aunque el hecho nos parezca hoy mismo increible, el rey de Francia accedia á las pretensiones del jóven Franklin, y bien pronto los soldados del Rey por derecho divino, junto con los hijos de los puritanos ingleses, alcanzaban victorias sin número sobre el ejército de la Gran

Bretaña allá al otro lado de los mares, y estremecian los aires con los gritos de *viva la república*, que pocos años despues habian de estremecer tambien los oidos del infortunado Rey que tanto contribuyera á fundarla en el continente americano.

Las antiguas colonias inglesas, que comprendian la mayor parte de la América del Norte, fueron desde entonces constituidas en república federativa con el nombre de Estados-Unidos ó República de la Union. Un hombre eminente por su valor, por su carácter y por sus altas dotes de gobierno, Washington, lograba imponerse á cuantos habian aprendido en ciertas escuelas filosóficas de Europa principios anti-sociales y anárquicos, y bajo la poderosa iniciativa de aquel carácter severo, se escribia una constitucion fundada en las leyes, tradiciones y costumbres anglo-sajonas, se respetaban las que en los demás estados eran proclamadas como garantía de la propia independencia, y salvo los lazos indispensables para la union de las antiguas colonias bajo un gobierno central, todo, puede decirse, que quedaba reducido á un cambio de nombre, más que á un cambio de órden social y político.

Tenian las antiguas colonias elementos grandísimos de prosperidad material, y gracias al fondo de espíritu cristiano y á cierta pureza de costumbres que los emigrados ingleses habian sabido guardar en medio de los errores de las varias sectas en que se dividian, no faltaba tampoco una base moral y religiosa, suficiente para impedir la rápida descomposicion de aquellas nacientes sociedades.

Que prosperasen materialmente, fácil es comprenderlo con solo tener en cuenta que habia extensos y feracísimos terrenos incultos, magníficos bosques donde no penetrara jamás la planta del hombre, hermosos valles regados por caudalosos rios, una naturaleza, en fin, exuberante, rica, inmensa, que ofrecia sus tesoros casi inagotables á la actividad humana. Activos y laboriosos y ávidos de riqueza eran los que, abandonando el viejo

continente, iban al otro lado de los mares á fundar nuevas familias que al punto formaban alegres aldeas, que bien presto se convertian en populosas ciudades. No es, pues, de extrañar que á poco de constituirse la república de la Union sobre las bases de las florecientes colonias inglesas, los europeos, entusiastas por las instituciones populares, comenzaran á levantar la voz ponderando la grandeza de la nueva república y esforzándose á persuadir á la Europa monárquica de la excelencia de aquellas instituciones; como si toda aquella prosperidad, con la cual hoy todavía se quieren demostrar las maravillas republicanas y democráticas, no fuese lógico efecto de las buenas tradiciones inglesas allí trasportadas y conservadas por los emigrados puritanos al principio, y por no pocos católicos irlandeses más tarde, y resultado natural de la extension y feracidad del país, que pagaba con ciento por uno de provecho las gotas de sudor caidas sobre la generosa tierra, de la frente de los *plantadores*.

Conviene, pues, estudiar la sociedad norte-americana, tener algun conocimiento de sus instituciones, de sus costumbres, de las ideas allí dominantes, de las fuerzas que se disputan el imperio de los ánimos, en una palabra, del estado de la república que como singular modelo se nos ofrece, para ver si efectivamente aquella es una nueva Jauja, ó bien una sociedad que marcha á su ruina por los anchos caminos de la corrupcion y del desórden.

Hé ahí lo que nos hemos propuesto averiguar en el discurso de este escrito, contando más con la ayuda de Dios y la benevolencia de nuestros lectores, que con la ruindad de nuestras fuerzas.

Sin que recordemos siquiera las causas que determinaron la independencia de la América del Norte, preciso es fijarse bien, sin embargo, en que el grito de *viva la república* lanzado por los colonos de la corona de Inglaterra, no era la expresion de un mismo sentimiento, no se informaba del mismo espíritu en to-

dos los que se cobijaron bajo la bandera republicana, como ligeramente hemos indicado al comenzar estas líneas.

La independencia surgió de la insurreccion, pero la insurreccion no fué promovida por el deseo de la independencia. Washington y Jefferson lo reconocieron así en no pocos documentos y cartas escritos poco despues del importante suceso. Mas al brotar la independencia del fondo mismo del movimiento insurreccional, hubo quienes, educados en el enciclopedismo francés que minaba las instituciones de la antigua Europa, quisieron que la bandera de la independencia y de la república fuese tambien la bandera de la revolucion atea; y quienes, firmemente adheridos á las tradiciones de su patria y libres de la manía de innovar, no pretendieron sino vivir independientes bajo la única forma posible, una vez rotos los lazos con la metrópoli, exigiendo sólo de los diferentes Estados el sacrificio de una parte de su autonomía para constituir la Union federal, ó sea el punto céntrico del gobierno.

Era de los primeros, y áun podria considerársele como su jefe, Jefferson, que se apresuró á hacer en Filadelfia la declaracion de los consabidos *Derechos del hombre*, símbolo de la democracia de todas partes; y pertenecia á los segundos el famoso Washington, cuya gloria militar le habia conquistado un prestigio indisputable sobre sus compatriotas. Logró Washington imponerse á los que, como Jefferson y Franklin, pretendian crear una nueva sociedad sobre los principios revolucionarios que poco despues se proclamaban en Francia para dar la vuelta al mundo, conmoviéndole en sus seculares cimientos; y gracias á esa victoria política de Washington hubo de redactarse en 1789 la Constitucion federal, «basada completamente en el respeto de los derechos tradicionales é históricos..... obra de prudencia política y de transaccion entre Estados independientes, fundada en el respeto de un tratado y en el equilibrio entre el poder de la Union y la autonomía de los Estados,» al decir del

distinguido escritor que nos sirve de guia en el presente estudio [1].

Creer, por esto, que aquella constitucion puede ser estimada desde el punto de vista de nuestra fé católica y de nuestros sentimientos monárquicos, sería olvidar el juicio, puramente relativo, que el historiador y áun el crítico deben formar cuando examinan esos hechos concretos, hijos ya del carácter peculiar de las épocas, ya de las condiciones particulares de los pueblos.

En este sentido merece el nombre de conservadora la Constitucion de Washington, en la cual no hallan cabida el decantado sufragio universal ni el imperio tiránico del número, como puede verse en su prudentísimo sistema electoral, casi nunca directo ni fundado en la voluntad de los individuos, sino más bien en la de las corporaciones y los Estados. Véase la forma en que se previene la eleccion del Senado y del presidente de la república, que son las dos más altas magistraturas del país [2].

Recházase tambien en ese Código la soberanía parlamentaria y la responsabilidad ministerial, principios de que tanto se glorian los admiradores de nuestro constitucionalismo europeo; y déjase, finalmente, ancho campo á lo que en la raza anglo-sajona de aquende y allende el Océano ha sido siempre objeto de preferentísimo cariño: al derecho consuetudinario (*commón law*), que con tan indisculpable menosprecio han mirado los insensatos reformadores de las naciones latinas.

Con la guarda escrupulosa de esa Constitucion, y una perfecta tolerancia para la Iglesia católica, es posible que la gran República norte-americana, sin perder un átomo de la prosperidad material de que se jacta, antes bien estimulándola, hubiera logrado evitar las profundas llagas que hoy consumen

---

[1] Claudio Jannet.—*Les Etats-Unis contemporains, ou les mœurs, les institutions et les idées après la guerre de Sécession.*

[2] *Ib.*, cap. I, p. II.

aquella existencia, al parecer tan lozana, y tal vez con el tiempo, ó se hubiera formado una gran monarquía libre de odiosas dictaduras, ó una confederacion de principados cristianos, aunque recibiesen el nombre de repúblicas.

Pero fuése apoderando poco á poco el espíritu revolucionario y democrático de los que se disputaban el goce del poder; dividiéronse, como es de rigor, en mil partecillas las sectas protestantes, siendo sus disidencias y variaciones contínuas causa forzosa del indiferentismo religioso; brotó con nuevo vigor el antagonismo existente entre el Norte y el Sur, por mil diferentes causas que más adelante indicaremos; propagóse la fracmasonería, que ya desde Francia habian importado antes de la revolucion de 1787 los Franklin y Jefferson; aumentó la inmigracion alemana en muchos Estados, llevando con su escéptico filosofismo un nuevo elemento de corrupcion á las ya míseras sectas protestantes; y todas estas desdichas juntas no podian dar otro resultado, que el de poner aquella vigorosa sociedad en la boca del abismo, marcando antes su frente juvenil con las tristes señales de la decrepitud.

Consecuencia forzosa de este espíritu de rebelion y disolucion fué la preponderancia de los partidos políticos, sus luchas encarnizadas, sus pasiones aviesas, y por último, la supremacía en todas las cosas del gobierno y en todos los negocios públicos, de una casta de hombres, harto conocidos en Europa, llamados allí *politiciens*, que vale tanto como *politicastros*.

No se advirtió, sin embargo, la funesta influencia de tales principios y de semejantes hombres hasta la guerra de secesion ó separacion, verificada quince años há, cuyo término fué la victoria del Norte sobre el Sur.

Se ha distinguido siempre el Norte por su industrialismo, por su aficion á las aventuras mercantiles, y por la preferencia que siempre ha dado á la riqueza movible y brillante del comercio sobre la que se funda en la propiedad territorial. Estas afi-

ciones le han hecho más propicio á las ideas revolucionarias y democráticas, de tal suerte que con razon se acusa á New-York de ser la puerta principal por donde la corrupcion entra en los Estados-Unidos. Distinguíase el Sur, en cambio, por su carácter agrícola y en cierto modo feudal, y por un menosprecio poco disimulado hácia los industriales *yankees*. Se tenian los del Sur por aristócratas, y conservaban, en efecto, junto con las señales de su origen, harto más noble que el de los *yankees*, muchas de las costumbres de la aristocracia inglesa, y el poderoso influjo que esta ejerce sobre las clases inferiores. Gozaban, por añadidura, de una superioridad intelectual muy notable, de tal modo que la mayor parte de los hombres eminentes de la República, comenzando por el mismo Washington, eran naturales del Sur, y generalmente del Estado de Virginia.

Estas diferencias entre los hombres del Norte y los del Sur, engendraron un ódio recíproco, que no podia menos de estallar en ocasion oportuna por medio de una guerra civil.

Añádase que el Norte, dedicado á la industria y al comercio, no habia menester de la esclavitud, y la declaró abolida inmediatamente, convirtiéndose por esto, y por las interesadas sugestiones de la fracmasonería, en ardoroso propagandista de la abolicion; mientras el Sur, esencialmente agrícola, necesitaba de los esclavos negros, y tenia sus más grandes fortunas empleadas en esta dolorosa y repugnante propiedad. Los hombres del Norte, aprovechando hábilmente la simpatía que forzosamente despertaba su bandera abolicionista, hubieron de comenzar por herir la susceptibilidad del Sur, atropellando algunos de sus indisputables y legítimos derechos. El Sur entonces amenazaba con separarse de la confederacion, pues que abiertamente se faltaba al pacto federal: unió á la amenaza el alarde belicoso, y no fué menester más para que el Norte, desplegando á los cuatro vientos la bandera de la libertad de los esclavos y de la union de la jóven República, diese principio á la desastrosa guerra lla-

mada de Secesion, que aniquiló á los Estados del Sur, no solo por la destruccion de sus mejores propiedades rústicas y urbanas, sino porque la violenta y repentina libertad de los esclavos arruinó por completo las inmensas fortunas que sus dueños habian empleado en adquirirlos.

Montalembert, César Cantú y otros escritores católicos, ofuscados por todo lo que fuese brillo de libertad y aparato de civilizacion, saludaron entusiastas la victoria del Norte. Reconocemos gustosos la generosidad de sentimientos que movia á esos hombres ilustres á saludar el triunfo de los mercaderes *yankees* sobre los plantadores del Sur; pero es de sentir que no viesen lo que venia en pos de ese triunfo: el predominio absoluto de las ideas revolucionarias, de las ideas democráticas é igualitarias que esos mismos católicos combatian en Europa; una tendencia fatal hácia la República unitaria, primera forma del cesarismo; y finalmente, la esclavitud de los blancos del Sur, como inmediata consecuencia de la repentina libertad de los negros, los cuales, juntos con su autonomía, recibieron tambien la triste libertad de morirse de hambre y de aumentar las huestes de la demagogia.

Lo que ha venido á ser la República de la union despues de la guerra entre el Norte y el Sur, lo veremos en el artículo siguiente.

VALENTIN GOMEZ.

EL OSCULATORIO DE MENDOYA

BREVES INDICACIONES SOBRE LA ANTIGUA POBLACION DE GALICIA, RELIGION DE SUS HABITANTES, Y PROPAGACION DE LA CRISTIANA FE.

Treinta y cuatro siglos hace que invadieron á España los celtas, apropiándose por suyo exclusivamente lo que media entre Bilbao y la Coruña, y desde las occidentales playas batidas por el Océano Atlántico, hasta Miranda de Ebro, los rios Cea y Esla, Alcañices, Peñaranda de Bracamonte, Ávila, Guadalupe, Castilblanco, Elvas y la confluencia del Ardila y Guadiana. Pues como de toda parte no lograran desalojar al noble y antiquísimo Ibero, habitante primitivo de España; y al fin, como tuviesen que hacer alianza iberos y celtas, uniéndose en matrimonio las tribus de unos y otros más aguerridas, allí donde ambos partian lindes, surgió una tercer region entre el Océano y el Mediterráneo, llamada Celtiberia. El nombre de IBERO, tanto quiere decir como *ribereño;* opuesto al de CELTA, que vale *montañés;* mientras el de CELTO-ESCITA, significa *montañés armado de arco.*

En vanílocuas, rivales á veces, y siempre inquietas y guerreadoras tribus, los celtas procedian de Circasia, de las intratables llanuras moscovitas, del Turquestán y de las márgenes del Indo. La circasiana tribu de los *Asturicanos* hubo de ocupar nuestras comarcas de León y Asturias; excepto las del Eo al Nalón, hasta el nacimiento del Narcea y del Íbias, que hicieron suyas los *Paésicos,* pueblo escita de la region colocada entre el mar de Aral y el Caspio, hácia los montes Oxios. Pero el último confin de nuestra península, ceñido por el Atlántico, desde la boca del Eo á la del Duero, y por las sierras donde

brotan las fuentes del Aliste, Cabrera, Sárria y Návia, fué de los celtas callaïcos ó gallaecos, y se dijo *Gallaecia*.

Muy poco despues los fenicios, y más adelante los griegos, aportando á las riberas andaluzas, pelearon con iberos y celtas, mal avenidos entre sí, y arrancáronles algunos de sus dominios; llegando los helenos á enseñorearse de los alfoces de Tuy, Puenteáreas, Vigo y Redondela. De aquí el activo comercio que tenian los riquísimos habitantes de Cádiz, veinticinco siglos ha, con los puertos del seno Caláctico (ó sean los situados entre la desembocadura del Miño y el Cabo de Finisterre), segun testimonio del navegante fenicio Himilcón, citado por Avieno. Quizá se cuenten ya pasados más de 2400 años, desde que Himilcón hizo y publicó sus viajes.

Necesariamente los helenos debieron ejercer influencia en la lengua, costumbres y religion de los celtas callaïcos. Estrabón, sin embargo, que septuagenario murió hácia el año 25 de nuestra era, nos da en el libro IV de su *Geografía*, cap. XVI, muy singular noticia: «Afirman algunos (dice) que los callaïcos son ateos.» Pero esto no se compadece bien, ni con lo que en general sabemos de la mitología céltica, ni con lo que patentizan numerosas lápidas en aquel territorio. Las cuales nos ofrecen un Olimpo de veintiocho dioses gallegos, que ahora se llaman *Aegiamunniaego*, *Bormánico*, *Castaeca*, *Cecaïgo*, *Edovio*, *Poemana*, *Rego*; ahora llevan nombres todavía más enrevesados y peregrinos, v. gr. *Crougintoudadigoe*, y los lares *Tarmucenbaciceceaecos;* ahora muestran con evidencia cabal ser la deidad una montaña, un rio, una ciudad, y hasta un puente. Díganlo, si no, *Ladico,* hoy monte Ladoco ó Larouco, entre Puebla de Tribes y Valdeorras, identificado con Júpiter por los romanos; *Durio*, el rio Duero; *Nabia*, el Navia; *Navia Sésmaca,* ¿la Puebla de Navia de Suarna?, y el dios *Tameobrigo*, un puente sobre el Támega.

Si pues tuvieron por númenes los gallegos aun á obras de la

mano del hombre, á las montañas engendradoras de tempestades, á las aguas salutíferas, á las ya impetuosas ya apacibles corrientes de los rios, á bien murados alcázares, y á puentes que salvaban espantables abismos, ¿cómo podian ser motejados de ateos por los griegos, que entre sus dioses menores contaban á las ideales Oceánidas, ninfas marinas, habitadoras en ignotas simas del Océano; á las Nereidas, que poblaban los hondos senos del Mediterráneo; á las Náyades, moradoras felices en grutas de lagunas, fuentes y rios; á las Oréadas, ninfas montaraces; á las Napeas, que no salian de valles fresquísimos; y á las Dríadas y Hamadríadas, encerradas en el corazon de los árboles, y sujetas como ellos á la muerte?

Pero en fin, sea lo que fuere, y entendiérase como quiera la incredulidad galáica por los que informaron á Estrabón, nadie negará haber sido Galicia de las primeras regiones españolas vivificadas por la regeneradora luz del Evangelio.

Aquellas antiquísimas relaciones comerciales con los fenicios gaditanos, y por ende con los alongados emporios de Fenicia y Palestina, dan satisfactoria explicacion de no haber tardado varones apostólicos en llevar la Verdad Cristiana á esos últimos confines españoles. «Id á las ovejas que perecieron de la casa de Israel; id á enseñar á todas las gentes: Vosotros seréis testigos y daréis testimonio de mí en el extremo de la tierra;» les acababa de decir la eterna Sabiduría.

Trajeron, pues, hasta el cabo de Finisterre la buena nueva; y á confirmarla vino á España, hácia el año 41, el hijo del trueno, Santiago el Mayor, á quien tocó esta provincia, cuando todas se sortearon entre los Apóstoles, en obediencia del mandato divino. Y fué disposicion del Cielo tambien, segun testifica San Jerónimo, comentando los capítulos XXXII y XXXIV de Isaías, que muerto cada Apóstol, habian de descansar sus reliquias en la provincia de su evangelio, señalada en suerte por el Espíritu Santo: *Spiritus illius congregaverit eos, dederitque eis sortes,*

atque diviserit, ut alius ad Indos, alius ad Hispanias pergeret; et unusquisque in evangelii sui, atque doctrinae provincia requiesceret. Maestro de San Jerónimo el alejandrino Dídimo, que nació por los años de 309, y compuso tres libros acerca de la Santísima Trinidad, tenia ya escrito (II, 4) que «los Apóstoles fueron de tal manera distribuidos por el mundo, que el uno se hubiese de detener (διάγων) en la India ('εν Ἰνδίᾳ) y el otro en España ('εν Σπανίᾳ), cuanto se necesitase para dejar bien arraigada la fe hasta los extremos de la tierra.» Ya lo cantaba en aquel mismo siglo IV el himno de la Iglesia española, segun el antiquísimo Oficio de entonces, conocido ahora con los nombres de gótico y mozárabe:

Regens Ioannes dextrâ solus Asiam,
Eiusque frater potitus HISPANIAM.

Continúan la tradicion de haber Santiago iluminado el ocaso del mundo viniendo á España, el prodigio de erudicion y ciencia, San Isidoro de Sevilla, en 616; San Julián, de Toledo, en 680; y Odoario, de Lugo, que murió el año de 786.

Poco antes del 814, se llenó de gozo la cristiandad con el hallazgo de tesoro preciosísimo. Allí, á seis leguas del Océano, hácia la divisoria de los rios Ulla y Tambre, sobre la colina que abrazan el Sar y el Sarela, pareció arqueada cripta, y dentro en un sepulcro marmóreo, el cuerpo del apóstol Santiago. Llamábase *Liberum Donum*, al comienzo de nuestra era, aquel lugar, próximo á la famosa via romana del puerto *Brigantino* (La Coruña); apartábase tres leguas, bien cumplidas, por el cierzo de la renombrada *Iria Flavia* (conserva su nombre, á kilómetro y medio N. del Padron), gallega ciudad de los *Caporos;* y en igual direccion distaba seis y media de *Aquis Cálidis*, hoy Caldas de Rey, célebre municipio de los *Cilenos*. Establecida silla episcopal en Aquis Cálidis ó Cilenis, desde la predicacion del Evangelio,

pasó en el siglo VI á Iria Flavia, y en el IX al lugar santo de *Compostela*, ó sea el antiguo *Liberum Donum*, tan luego como se descubrió el cuerpo bendito de Santiago. En aquella hora apacentaba Teodomiro la cristiana grey de Iria Flavia, ceñia la corona de los reyes godos ovetenses D. Alfonso el Casto, restauraba Carlo Magno el imperio de Occidente, y era Leon III el vicario de Cristo. Al saberlo el rey D. Alfonso, voló, y su córte, al sitio; y «con lágrimas y ruegos adoró y veneró (son palabras suyas) tan precioso tesoro, aclamando al Apóstol ínclito patron y señor de toda España.» Hizo reunir los monumentos y pruebas, y tambien las memorias conservadas en los archivos catedrales, que evidenciaban la grandeza del caso; remitiéronse al Papa; y Leon III eternizó noticias de tamaña valía, en su epístola á todos los obispos del orbe.

¿Por qué fué preferida Galicia, la atea Galicia de Estrabón, para aquel depósito sagrado? ¿El alumno de Cristo vino á descansar allí donde habia sido mayor su predicacion ó más copiosa? ¿Allí donde se extremaba la dureza de los corazones? ¿Allí donde hubo que perdonar más; ó por el contrario, que recompensar mayores méritos?

Santiago, dejando encomendada aquí la prosecucion de su obra á Teodoro y Atanasio, dos de sus nueve discípulos escogidos en Galicia, con los otros siete regresó á Jerusalen, donde antes de la Pascua (fué á 24 de marzo) del año 42 le hizo degollar el tetrarca Herodes Agripa, deseando complacer á los judíos. Por la noche recogen los siete discípulos el cadáver santo, y envuelto en lienzos y aromas huyen con él al puerto de Joppe, en sazon de zarpar una nave para España, que los lleva prósperamente á Galicia. Desembarcan en el Padron ó puerto Iriense, y andados veinte kilómetros hácia el Norte, por el camino de Brigancio, convirtieron en templo santo una profana cueva ó gruta de pobre heredad, poniendo dentro de arca marmórea el cuerpo del beatísimo Jacobo. Para custodiarle quedá-

ronse allí Teodoro y Atanasio; y los otros discípulos salieron á esparcir la vivificante semilla de la predicacion por las Españas, erigiendo al punto cátedras de la Verdad en las ciudades más ilustres.

Galicia y Asturias viéronlas surgir inmediatamente, nada menos que en las capitales de sus tres conventos jurídicos, á saber, *Augusta Bráccara* (Braga), donde la estableció el varon apostólico San Pedro Ratistense; *Lucus Augusti*, ó Sagrado Bosque de Augusto, hoy Lugo, que en boca del rey D. Ordoño II y por los años de 915, se jactaba de que su venerabilísima sede habia sido fundada desde el comienzo de la predicacion apostólica primitiva, *ab ipso initio praedicationis apostolicae primitivae Ecclesiae;* y *Astúrica Augusta,* á quien llama Plinio magnífica ciudad, chancillería de los astures augustanos y transmontanos. De ella fué obispo Basílides, que el año 250 y en la persecucion de Trajano Decio, apostató míseramente, recibiendo libelo de idolatría y blasfemando de Dios, por temor á los ministros imperiales. Depuesto de la dignidad por los fieles, en aquella hora le sucedió Sabino.

Si, pues, como setenta años antes, por el de 180, San Ireneo (140—202) desconcertaba á los herejes, y les argüía con el hermoso ejemplo de las iglesias iberas y celtas, limpias de error, firmes y unidas en la creencia salvadora; si el gran Apologista de la Cristiana Fe protestaba desde Africa, á últimos de aquel siglo II, contra el feroz presidente consular de las Españas, que en lagos de sangre queria ahogarla de astures y gallegos; si el mismo Tertuliano (160—245), contendiendo con los pérfidos judíos, escribe: «Confiesan á Cristo muchos pueblos de Mauritania; en las Galias, regiones diversas; en España, todas: sus cerrados y ásperos montes son impenetrables para los romanos, pero súbditos de Cristo,» *inaccesa loca Romanis, Christo vero subdita;* y finalmente, si los padres del Concilio XVII Toledano (694) pudieron con tanta razon afirmar que «desde el principio,

y fué muy notorio al orbe de la tierra, todos los confines de España florecieron en plenitud de fe,» *quod Fidei plenitudine fines semper Hispaniae floruerunt;* ¿podrá causarnos extrañeza que, desenvolviendo antiguas ruinas de poblaciones ó santuarios galaicos ó astures, llegue á parecer algun objeto del culto cristiano primitivo?

De uno singularísimo voy á decir breves palabras.

Se halló, habrá como diez años poco más ó menos, en los Codos de Larouco, banda izquierda del rio Sil, á un kilómetro de Mendoya de Sobrado, partido judicial de Tribes, en la provincia de Orense. El ingeniero D. Felipe de Mena lo regaló al escudriñador infatigable de las antigüedades de Galicia, D. Ramon Barros Sivelo, y este en 1869 á la Real Academia de la Historia. La cual me pidió informe acerca de tan curiosa antigualla; lo dí, fué escuchado y aprobado con benevolencia, y se mandó pasar al archivo, segun costumbre: en mi dictamen calificaba yo de *osculatorio* aquel desconocido objeto. Quise que tuviera de él noticia mi sabio amigo el Director de las Catacumbas de Roma, caballero comendador Juan Bautista de Rossi, alta gloria de la Arqueología Cristiana; y á fines de noviembre del mismo año de 69, le envié un excelente dibujo, y las razones en que se apoyaba mi conjetura. La creyó muy probable, y dijo no haber visto cosa igual en Roma ni en ningun museo de tantos como ha recorrido. Justo es ya que por más tiempo no permanezca ignorada para los estudiosos.

El territorio en que vino á encontrarse, perteneció á los *Astures augustanos*, fronteros allí con los gallegos bracarenses. Habitaban aquella comarca los *Tiburos*, colocados á la izquierda del Sil, á quien por el Norte y en la opuesta orilla ceñian el pueblo astur de los Egurros, y el gallego lucense de los Lémavos; y por el ocaso, mediodía y oriente, rodeaban los Bibalos, Límicos y Nemetatos, gallegos todos tres del convento de Braga. Y cabecera del distrito fué *Nemetobriga*, ciudad asentada sobre el

rio Navea, que de su puente recibió nombre famoso. La diccion *briga*, de arios y celtas, equivale á *puente*.

A los Tíburos correspondia el municipio *Lais* (San Pedro de Alais, junto al Sil), que menciona Idacio; y vicos ó barrios de Nemetobriga eran, por el siglo V, las actuales feligresías de Santa María, San Mamed, San Lorenzo, San Brégimo y la Puebla de Tribes, comprendidas todas ellas entonces bajo la denominacion de *Antiribis*.

Atravesando, en fin, por los Tíburos una de las vias militares que enlazaban á Braga con Astorga, permítaseme describir tan reducido trecho, terminando así esta escursion geográfica á que me brinda lo nuevo de la materia.

De SALIENTIBUS (hoy Tióira, cerca de los Baños de Molgas), en los pueblos Límicos, hasta

PRAESIDIUM, que ya en el siglo V se dijo *Caldellas* (hoy Castro Caldelas), fortaleza de los Tíburos, con valiente guarnicion romana sobre la via, y en la frontera astur, se contaban XVIII mil pasos, ó sean casi 29 kilómetros;

á NEMETOBRIGA, XIII m. p., poco menos de 20 kilómetros;

á Puebla de Tribes, uno; á Mendoya, 4 640 metros; á Larouco, 13020 metros; y á La Rúa, 10 kilómetros: componiendo casi 29 kilómetros, ó sean los XVIII m. p. que Nemetobriga distaba de

FORO, capital de los pueblos Egurros, convertidos hoy en Val-de-Orras.

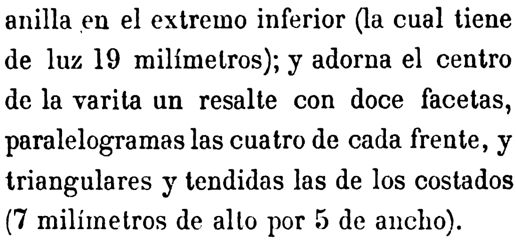
Ya la poblacion de Larouco, Laroco, ó Ladoco (de todas estas maneras se escribe) ha de haber recordado al lector el *Monte Ladico*, y sus codos ó revueltas, donde tantos siglos estuvo escondido bajo tierra el que hemos de llamar *Osculatorio de Mendoya*.

Voy á dibujarle al márgen, con ligereza pero con exactitud, y de su tamaño mismo; y á recordar algo de lo que hace nueve años expuse en mi informe á la Real Academia de la Historia.

Este pequeño y muy curioso objeto de bronce, con linda pátina verde oscura, y en perfecta conservacion, tiene 122 milímetros

de alto, y 26 por lo más ancho. Su antigüedad, y el uso para que hubieron de labrarle, no se adivinan sin muy detenido estudio; yo por mí sé decir que es el primero en su clase de que tengo noticia.

Redúcese á tosca paloma (de 26 milímetros), puesta sobre la punta de una varita (de 82 de largo por 3 de grueso), con su anilla en el extremo inferior (la cual tiene de luz 19 milímetros); y adorna el centro de la varita un resalte con doce facetas, paralelogramas las cuatro de cada frente, y triangulares y tendidas las de los costados (7 milímetros de alto por 5 de ancho).



¿A qué siglo ha de atribuirse tan ligera y desconocida piececilla de bronce? ¿Está completa, ó formaria parte de otra mayor? ¿Se contaria por aventura entre los innumerables instrumentos y mueblecitos del tocador de una dama romana? ¿Serviría para los arreos varoniles, ya de la ciudad, ya de la milicia? ¿Cómo se debió usar? ¿Será un utensilio ó instrumento de religion?

No pertenece al arte greco-romano puro, ni al genial ibérico, anteriores á nuestra era cristiana; pero conforma con el arte español de la época media entre los primeros y los últimos Antoninos.

Hállase completo; y no pudo ser parte de otro, pues en ninguna se ven restos de union, tope ó enlace.

Su forma dista mucho de la de un pasador, de la de un broche para sujetar el vestido ó el pelo, faltándole como le faltan charnela y clavillo. Menos pudiera ser *discerniculo*, alfiler grande para separar los cabellos; ni *aguja co-*

matoria, destinada á sostener el rodete, pues carece de punta para clavarla. Conocidísimos son esta clase de objetos, por el libro que escribió Francisco Eugenio Guasco, *Delle Ornatrici;* por el pasmoso número de ellos, hechos de diversas materias y figuras, descubiertos en Herculano y Pompeya; y por los publicados en el *Museo Borbónico*, IX, 15. Ninguno de tantos ejemplares presenta afinidad con éste, acerca del cual la Academia quiso que yo le diera informe.

Digo lo propio si se le quisiera estimar hebilla ú otra cualquier pieza del trage militar ó civil; ó gancho de lámpara; ó llave ó pestillo, etc. De nada de esto se puede calificar.

Pero si fijamos la atencion sobre la manera con que debió usarse, nos será luego patente el destino de tan curiosa antigualla.

La anilla se adapta muy bien á la segunda coyuntura del dedo índice; y cerrando el puño, y poniendo el dedo pulgar de suerte que su yema descanse blandamente sobre la varita, resultará erguida y de frente la paloma, y en disposicion de ofrecerse á la espectacion pública.

Tenemos, pues, delante un utensilio ó instrumento de la antigua liturgia.

¿Un amuleto? Usábanse precisamente del modo contrario al que acabo de manifestar: traíanse al cuello; eran por lo comun de figuras monstruosas é informes, con algo del cuerpo humano; y la supersticion los creia preservativo contra enfermedades y casos adversos; bien que se usaron igualmente como distintivo de clase. Las obras de Rossino, Montfaucon, y del Conde de Caylus desengañarían á quien clasificase de amuleto pagano este bronce; así como las de Macri, Boldetti, Aringhi, Fabretti y Lenormant, á quien le imaginara amuleto cristiano.

Lo principal en esta piececita es la *paloma:* todo lo de demás repútese accesorio, y medios vulgares para sostenerla y servirse de aquel símbolo místico á un fin determinado.

Siendo, pues, un *objeto de religion*, y consistiendo en el *simulacro de la paloma*, forzoso es tambien calificarle de *cristiano*, y entre los necesarios *para el culto de nuestra Iglesia primitiva.*

Fué la paloma el signo más característico de los primitivos cristianos; los cuales, como reparó Boldetti, hubieron de prodigarle sin medida en anillos, lámparas, sepulcros, pinturas y mosáicos, habida contemplacion seguramente, á que Dios hizo intervenir la paloma en los más altos misterios, nada menos que descendiendo el Espíritu Santo en figura corporal de paloma sobre la cabeza de Jesus, cuando el Precursor le bautizó en las aguas del Jordán.

Nuestro Divino Redentor propuso á la paloma como emblema de la santa simplicidad. Y así la primitiva Iglesia vino á estimarla jeroglífico de la inocencia y de la pureza, de la humildad y mansedumbre. Pero, lo que es más todavía, simbolizó en ella alguna vez al mismo Cristo, tanto por ser la fuente perenal de aquellas virtudes, como porque el nombre griego de la paloma, περίστερα, da igual suma que las dos letras A y Ω, en quien se personificó á Nuestro Señor, reconociéndole principio y fin de todas las cosas. Prudencio figura tambien á Cristo en la paloma poderosa que vence á Luzbel, buitre carnicero.

Con la paloma bebiendo en una fuente, se designó al cristiano regenerado por el bautismo y por la sagrada Eucaristía. Varios monumentos que han llegado á nosotros ofrecen el símbolo de doce palomas; y San Paulino escribió que ellas representaban á los doce Apóstoles. Yo poseo un anillo de bronce descubierto en el cementerio de Sierra Elvira, donde campea la cruz con sendas palomas á los lados.

Pero la intencion con que más generalmente pintaron y esculpieron la paloma los primeros cristianos, fué como símbolo de la *Paz*, recordando que apareció mensajera de ella despues de las aguas del universal diluvio. Por eso la llama Tertuliano

«*a primordio, divinae pacis praeco;* desde el principio, constante pregonera de la divina paz.» Dibujábanla cerniéndose sobre el horno de Babilonia, para infundir la divina paz en los tres mancebos, hacerles prorumpir en alabanzas á Dios, quitar su poder á la llama abrasadora, y desconcertar á Nabucodonosor, monarca impío. Entallábanla (segun se ve en una hermosa lámpara de bronce que existe en el Museo Arqueológico Nacional), aludiendo á las palabras de San Pablo, de que Nuestro Divino Redentor «pacificó por la sangre de su cruz todas las cosas, lo mismo las de la tierra que las que están en los cielos.» Y esculpíanla con un ramo de oliva en los sepulcros, haciendo veces de la fórmula: «Descanse fulano en la paz del Señor.»

¿Cómo es posible que la primitiva Iglesia olvidase este elocuente símbolo de la Paz, en el santo sacrificio de la Misa?

Desde que en la última cena se despidió de los Apóstoles el Salvador, diciéndoles: «Os doy la *Paz*, mi *Paz* os dejo,» fué para los cristianos ceremonia religiosa darse el ósculo de paz, en señal de caridad y fraternidad, como parece de todas las epístolas de San Pablo. Pero hacíase más especialmente en la Misa, antes de la Comunion eucarística; bien que entre los orientales tenía lugar esta ceremonia en el ofertorio, ajustándose á las palabras que dijo Cristo en el sermon de la montaña: *Vade prius reconciliari fratri tuo;* y entre los occidentales, despues de la consagracion y de la oracion dominical, por las razones que se desprenden de San Agustin y San Cesáreo de Arlés.

En el principio, los fieles se daban unos á otros en la Misa el ósculo de paz; costumbre que no duró mucho, y fué reemplazada por la de ofrecerles á besar una pequeña imagen esculpida en mármol, bronce ó marfil, ó una tablilla. Este objeto se designó variamente con los nombres de *Osculatorium*, *Asser ad pacem*, *Lapis pacis*, *Tabula pacis*, hasta que en el año 180 de nuestra era, poco más ó menos (conforme al testimonio de Tertuliano), en vez de aquel porta-paz se dió á besar la patena á los

fieles asistentes, exceptuando á los cortesanos, por causa de su ambicion, y á los envidiosos y díscolos. Pero desde el siglo VIII sustituyó á la patena la lámina de oro, plata, cobre ó marfil, con una imagen ó reliquia, tal como hasta hoy se usa entre nosotros.

Un monumento labrado en ese mismo siglo VIII, y que ha llegado hasta nuestros dias, se considera el más antiguo en su clase. Consiste en una tablilla de marfil con su marco de plata sobredorada, al cual enriquecen preciosas piedras y muy lindos arabescos; representa la crucifixion de Nuestro Señor Jesucristo, existe en Cividale, en el Friuli; y su dibujo ha sido vulgarizado discretamente por Mozzoni (VIII, 89). Pero vuelvo á mi propósito.

En resolucion, la paloma era uno de los símbolos más usuales é importantes, y de las alhajas más necesarias en los primitivos templos cristianos. Ricamente labrada de oro, y del tamaño natural, aparecia como emblema del Espíritu Santo suspendida de muy preciosa cadena en la cúpula del Baptisterio, sobre la pila bautismal. Como jeroglífico de Nuestro Redentor, que nos dió en alimento su propio cuerpo y sangre, veíase, no menos rica, pendiente del ciborio (baldaquino ó tabernáculo), reservando su seno para los enfermos la sagrada Eucaristía. Una de éstas, de oro purísimo y costosas piedras, se encontró en el tesoro de Guarrazar, y fué destruida bárbaramente. Ocioso es decir que no siempre ni para todos templos estas palomas se fabricaron de esquisitos metales, y que la pobreza de algunos santuarios aceptó el estaño y el bronce.

Yo creo haber descubierto en el pequeño simulacro regalado á la Academia por su individuo correspondiente el Sr. Barros Sivelo, otro objeto análogo del culto cristiano primitivo, curiosísimo, y de que no se recuerda otro ejemplar igual ninguno. Figúrome ver en este pequeño bronce un *Osculatorium*, un *Asser ad pacem*, un *Porta-paz* de los que debieron usarse por la

Iglesia primitiva desde fines del primer siglo hasta últimos del segundo.

No era aquella edad de oro, sino de bronce y de hierro para el cristianismo; y la riqueza de sus templos consistia en la fe ardentísima y en la constancia invencible de sus mártires.

En mi opinion, la ciencia de las antigüedades cristianas cuenta hoy con un Porta-paz de los primeros siglos de la Iglesia. En él, descollando en su extremo superior, lo es todo la paloma, que anunció la paz á raiz del diluvio, y que simbolizó á Cristo, porque al nacer trajo la paz y nos la dejó en su última cena. Evidénciase el uso de este Porta-paz, porque la anilla colocada en el extremo inferior de la varita se adapta perfectamente al dedo índice, y hace que resulte el simulacro en perfecta disposicion de darse á besar á los fieles. Paréceme ser el punto donde precisamente se besaba, ese resalte polígono que hay en mitad de la varita; la cual, como queda dicho, se apoya natural y forzosamente en la yema del dedo pulgar: por donde no hay términos de que en la ceremonia se caiga, tuerza ni desfigure el simulacro.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

LUZ DE LOS JURISCONSULTOS

Emmo. Sr.:[1]

Hoy hace tres años que los alumnos de *Derecho romano* de esta Universidad literaria asistian con devoto recogimiento en el templo de San Cárlos á la solemnísima funcion con que el pueblo zaragozano celebraba el sexto centenario de la dichosa muerte de Santo Tomás de Aquino: ahora nos reunimos en este hospitalario recinto, atraidos por la benevolencia paternal de nuestro sábio y virtuosísimo Prelado, que con mano generosa protege todos los nobles y elevados pensamientos de sus hijos, singularmente los de la juventud estudiosa, para dar libre espansion á los sentimientos de veneracion y amor que profundamente sentimos por el hijo más ilustre de la familia de los Guzmanes, por el santo doctor á quien anhelamos tener por maestro en nuestros estudios, por guia y modelo en nuestra vida, y por protector y patrono que ampare nuestra debilidad. Intérprete en este momento de los sentimientos de estos jóvenes escolares que veis aquí reunidos, quiero hablaros del sol de la Iglesia, del ángel de las Escuelas, del que es la gloria y el ho-

---

[1] El Cardenal Arzobispo de Zaragoza. En su palacio y bajo su presidencia leyó el presente discurso el docto colaborador de LA CIENCIA CRISTIANA, Sr. Pou y Ordinas, catedrático de leyes de aquella universidad, conocedor de nuestros antiguos juristas, verdaderas lumbreras de una ciencia que tambien va desfalleciendo en nuestros dias. Sabemos que aquel escogido auditorio oyó embelesado el discurso del ilustre profesor, y que el Emmo. Cardenal le honró sobremanera dándole el parabien, y lo que es más, poniéndole al frente de la *Juventud católica* de Zaragoza.



nor del sagrado órden de predicadores, del hijo ilustre del más ilustre entre los españoles, Domingo de Guzman, del incomparable Santo Tomás de Aquino. ¿Qué podré yo decir que sea digno de la grandeza del santo doctor, y merezca ocupar la atencion de mis ilustrados oyentes? Si en alguna ocasion he sentido que mi inteligencia no sea tan poderosa como intensos son en este instante los latidos de mi corazon, y tan fácil y armoniosa mi palabra como el amor que la impulsa, es sin duda alguna en la ocasion presente. Pero la gracia que me otorga el eminente Prelado que me escucha, y la benevolencia que tan ilustre ejemplo debe despertar en todos mis oyentes, me animan á dirigiros mi incorrecta palabra, como de quien piensa en idioma diferente de aquel en que habla.

Nadie duda que Santo Tomás es el Príncipe de la sagrada teología. ¿Lo será tambien en otros ramos de las letras cultivadas por el humano ingénio? Poetas ha habido, y poetas insignes, que hubieran trocado todas sus obras por una sola estrofa de los himnos con que el santo ha enriquecido la poesía sagrada..... ¿Qué no deberemos decir y pensar del santo Doctor los que consagramos nuestras vigilias al estudio y meditacion de la justicia y del derecho, los que investigamos con incansable afan las reglas con que han de ser regidas las sociedades humanas? Cuando abatido nuestro espíritu á vista del escaso fruto de sus esfuerzos, levanta al cielo los ojos en busca de luz que esclarezca nuestras ideas vacilantes, no lo dudeis, la dulcísima mirada del ángel de las escuelas nos conforta é ilumina tambien, mostrándonos esas reglas cuya justicia enamora los corazones rectos. Si, pues, los teólogos reconocen por su principal maestro á Santo Tomás de Aquino, nosotros los juristas debemos asimismo aclamarle por nuestro primero y más esclarecido doctor. Tal es, Emmo. Señor, el asunto de mis modestas reflexiones. ¿Será, señores, fuera de propósito, que en este instante repita yo aquella admirable plegaria con que, dirigiéndose al cielo

el santo doctor siempre que iba á dar principio á sus estudios, le invocaba diciendo:

Creator ineffabilis, qui linguas infantium facis esse dissertas, da mihi intelligendi acumen, retinendi capacitatem, interpretandi subtilitatem, dicendi gratiam copiosam, ingressum instruas, progressum dirigas, egressum compleas, qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.

I

Si queremos juzgar con acierto del mérito de algun autor jurista, debemos atender lo primero al concepto que se propone enseñarnos acerca de la ley; porque como la ley sea la regla y norma de la justicia, á cuya virtud pertenece dar á cada uno su derecho, es claro que en la idea de la ley están contenidos los gérmenes de la ciencia jurídica. Abramos, pues, con profundo respeto y veneracion religiosa, la obra más colosal y espléndida que jamás ha producido la inteligencia humana, la *Suma Teológica* de Santo Tomás; y en el art. 4.°, *quest.* 90 de la 2.ª 2.ae, leeremos esta concisa y preciosa definicion de la ley: *Lex est rationis ordinatio ad bonum commune, ab eo qui curam communitatis habet promulgata.* Concision, claridad, elegancia, todo brilla en esta admirable definicion. Algunos doctores, sin embargo, la hubieran querido más explícita. El Maestro Soto [1], considerando que las palabras *rationis ordinatio*, no expresan bastante la idea del mandato imperativo que debe encerrarse en la ley, amplía la definicion del Santo, añadiendo la palabra *præceptio*. *Lex est*, dice, *rationis ordinatio et præceptio*. En este sentido abunda tambien el Padre Suarez [2], apartándose algo más de la forma de la definicion del Santo Doctor, cuando defi-

---

[1] De Just. et Jur., lib. I, quæst. 1, art. 1.
[2] De leg., lib. I, c. 12.

ne la ley diciendo: *Lex est commune præceptum justum ac stabile, sufficienter promulgatum;* definicion parecida á la romana contenida en el Digesto, que dice: *Lex est commune præceptum, virorum prudentum consultum: delictorum quæ sponte vel ignorantia contrahuntur coercitio: communis reipublicæ sponsio* [1].

El Padre Forus propone otra pequeña modificacion á la definicion angélica, que formula en estos términos: *Ley es, la ordenacion de la razon al bien comun, segun exije la justicia, promulgada por aquel que tiene cuidado de la comunidad* [2]. Estas son las ligeras variaciones con que algunos discípulos del santo doctor han modificado la definicion del Maestro. Pero no debemos olvidar que segun la doctrina tomista, la ley es en su esencia un acto del entendimiento, el cual supone y connota un acto de voluntad [3]; que el mandar, *præcipere, est actus intellectus per prudentiam;* y por último, como observa el mismo Soto, que el legislador *ordinando præcipit, præcipiendoque ordinat.* De donde nos parece justo inferir, que las palabras del Doctor Angélico *rationis ordinatio*, expresan íntegramente el concepto de la ley. «En honor del claro y penetrante talento de »Santo Tomás, se apresura á añadir el P. Forus [4], debemos decir »que en la série de artículos que á esta materia consagra, pone »la nocion de la ley bajo su verdadero punto de vista.» Por esta razon sin duda la idea científico-católica más moderna no se presenta reformadora, sino antes se complace en tomar en su pureza nativa la definicion de la ley del santo maestro. Así proceden, entre los autores que tenemos á la vista, los maestros Puig y Xarrié y el P. Ceferino Gonzalez entre los dominicos; los PP. Liberatore y Cuevas, entre los jesuitas; el presbítero napolitano Prisco; el ilustre catedrático de Lovaina,

---

1 L. I. D., *De leg.* (1, 3.)
2 Lecciones de Teología moral, cap. 1.
3 Vid. Inst. theolog. MM. Puig y Xarrié: Franck. *De leg.* cap. I, par. 1.
4 Loc. cit.

Carlos Perin, y otros muchos que pudieran añadirse. Concluyamos, pues, que la definicion de la ley de Santo Tomás es hoy clásica entre los escritores católicos, y reconocida como la más perfecta y adecuada de cuantas hasta el presente se han producido.

Si ahora penetramos en el laberinto de las definiciones que han dado de la ley los jurisconsultos y filósofos agenos á la tradicion escolástica, ¿encontraremos por ventura una siquiera que ni aun remotamente pueda compararse con la del venerando maestro? Sabido es que, proclamada por Lutero la desdichada reforma, los protestantes han pretendido apoderarse del movimiento científico en órden al derecho, y *modestamente* confiesan que solo desde que ellos han escrito sobre asuntos jurídicos, puede decirse que existe ciencia del derecho. Examinemos, pues, las lucubraciones de estos *génios ilustres*. Tomasio nos dice: *Lex est jussus imperantis, obligans subjectos, ut secundum istum jussum actiones suas instituant* [1]: y no necesitamos citar ninguna otra definicion, porque todas giran alrededor de este centro. Casi con los mismos términos se expresan Puffendorff, Barbeyrac, Wolfio, Burlamaqui y otros, y con algun mejor sentido Grocio y Heineccio. Ya veis, señores, que citamos las lumbreras de la escuela protestante. No pudiendo entrar en la crítica detallada de esas definiciones, trabajo que, por otra parte, está hecho de mano maestra por el P. Rosselli en su nunca bastante alabada *Summa philosophica* segun la mente de Santo Tomás [2], me limitaré aquí á llamar la atencion sobre uno de los carácteres dominantes en esas definiciones: todas se reducen á declarar ley lo que el gobernante mandare: *Quod Principi placuit, legis habet vigorem.*

No puedo desentenderme de otra definicion de la ley que los

---

[1] Jurisprud. Div., L. I, c. I, f. 20.

[2] Ethicæ Quæst. IV, art. I.

filósofos juristas presentan como modelo en su género; me refiero á la que escribió el célebre Montesquieu en su «Espíritu de las Leyes.» *Les Lois,* dice, *dans le sens le plus général, sont les rapports nécéssaires des choses* [1]. Ya Ciceron habia dicho: *Lex ratio profecta à rerum natura* [2]; por donde se ve, que no es original la definicion citada; pero dejada aparte la falta de originalidad de Montesquieu, debemos decir que la esencia de la ley no consiste en semejante relacion, sino en ser regla y medida de los actos. No toda relacion es ley, aunque de la ley puede decirse que es relacion. Un estudiante de lógica hubiera recordado al magistrado francés, que las definiciones deben contener género próximo y última diferencia. Al menos si, como observa el abate Bautaine [3], hubiese dicho Montesquieu, que la ley es una relacion entre un sér de naturaleza superior y otro de naturaleza inferior, relacion en cuya virtud el primero comunica al segundo su propia vida, hubiera expresado un concepto exacto, aunque con alguna vaguedad é indeterminacion. Por otra parte, de la definicion de Montesquieu se pasa fácilmente á las formuladas por la escuela que declara autónoma á la razon, diciendo que el hombre no está sometido á otra ley que á la que cada cual se pone á sí propio; y al concepto de las *relaciones necesarias* de la escuela de los Comte, Littré y demás corifeos del positivismo contemporáneo, los cuales niegan la realidad de todo lo que no sea materia y fuerza inherente á la materia, con todas las trasformaciones que derivan de estos principios.

Tenemos, por lo tanto, la una en frente de la otra, dos definiciones de la ley: la católica, formulada por Santo Tomás, y la protestante y racionalista, dictada por los atrevidos jefes de las sectas. En la primera se expresan con claridad el género, el

---

[1] Esprit des Lois, liv. I, ch. I.

[2] De Leg., lib. II.

[3] Filosofía de las leyes bajo el punto de vista cristiano, cap. 1.

fin, la causa y la forma de su posicion; en la segunda no es tan preciso su contenido. Santo Tomás sube al cielo para buscar en la razon y voluntad de Dios el fundamento y la causa de toda ley; porque tratándose en particular de la ley humana, la fuerza de sus preceptos sigue á la voz de la razon, que es regla de los actos humanos, como resplandor de la verdad divina en nuestro corazon, *refulgentia divinæ claritatis in anima.* Por el contrario, los enemigos de la fe no han sabido elevarse más allá de la voluntad arbitraria del legislador humano; en cambio muchos de ellos han dado en suponer á la razon autónoma. El doctor angélico, con su felicísima *rationis ordinatio*, nos revela toda una teoría legislativa, segun la cual el Estado solo puede exigir del individuo actos conformes con la ordenacion divina, conocida por la razon y definida y aplicada por la autoridad de la Iglesia, viniendo á ser en esta escuela el legislador un ministro de Dios para el bien, que no puede ligar á sus súbditos *propter iram*, si antes no les obliga *propter conscientiam.* Por el contrario, los autores del derecho nuevo, despues de haber desterrado á Dios y á su Unigénito Jesucristo de la vida de las sociedades, hánse visto precisados por la lógica á proclamar la omnipotencia de la razon, y cierto de la razon sin norma que la dirija, ni freno que la sujete; de donde ha nacido en el legislador humano un *sic volo sic jubeo*, sin límite ni medida, quedando así desamparada la dignidad humana y sin garantías sólidas la libertad de la vida.

Si de la serena region de las ideas descendiésemos á los heches de la vida práctica, ¿cuántos desafueros y calamidades no pudiéramos señalar como efecto de este abominable empeño de la razon en apartarse de Dios? ¿No lo dice todo en este punto el constante afan de los falsos políticos por rodear á la persona humana de un triple muro que la defienda de los ataques é intrusiones del Estado? Nada tiene que temer el hombre de la ley cuando en ella se deja oir la voz de la razon, cuando se ofrece á

la conciencia con el sello augusto de la autoridad divina, de la cual recibe su fuerza de obligar; pero todo puede temerlo el hombre de la ley, si esta es obra de la razon desligada de toda norma superior, y por consiguiente, si es mera expresion de la voluntad arbitraria de los legisladores. Lógicamente proceden pues las escuelas que para conservar un resto de dignidad en el hombre, tienen que negar á la ley toda accion sobre las esferas de los intereses morales y de los puramente económicos. ¡Y para llegar á tal estado de negacion y envilecimiento, obra debida á los progresos iniciados por la reforma protestante, fué necesario que Tomasio insultase á los filósofos escolásticos con aquellas frases: *mire et inepte sudant scholastici, in lege generatim definienda!....*, ¡Los filósofos escolásticos!.... esos sabios cuanto modestos obreros de la ciencia cristiana, en los azarosos tiempos de la Edad Media, no solo definieron la ley en su sentido genuino, sino juntamente derramaron luz abundante sobre todas las verdades del mundo intelectual y moral, y construyeron una ciencia dentro de la que vive y se desenvuelve el hombre, circundada su frente de la hermosa aureola de dignidad y nobleza, tanto más esclarecida, cuanto es más íntima y ferviente la veneracion tributada á Aquel por quien los legisladores decretan cosas justas. Oid en favor de los escolásticos, el testimonio irrecusable de un hombre ilustre por su genio y por sus conocimientos universales. «Los escolásticos, decia Leibniz en una de sus cartas, han tra»tado de emplear útilmente para el Cristianismo todo lo que en »la filosofía de los paganos puede conducir á este propósito. »Muchas veces he dicho: *aurum latere in stercore illo scholasti»co barbarici* (no olvidemos que habla un protestante), y desea»ria que se hubiese podido encontrar un hombre hábil y versa»do en esta filosofía hibérnica y española *(hibernoise et espagno»le)*, que tuviese capacidad é inclinacion para extraer de ella »todo lo bueno. Estoy seguro que veria recompensado su traba»jo con el descubrimiento de muchas bellas é importantes ver-

»dades [1].» Moderen, pues, su entusiasmo los que se desviven por introducir y aclimatar en esta noble tierra española exóticos sistemas filosóficos, cuyos conceptos no son susceptibles de ser expresados en el rico idioma de Cervantes y Luis de Granada; y participen algo más de la admiracion del gran Leibniz, con ser este aleman y protestante, para con los filósofos escolásticos de nuestra querida patria. Hasta que la Providencia haya enviado el hombre de Leibniz, que reuna los conceptos y verdades que acerca del derecho se hallan esparcidos en las obras de nuestros escolásticos, y les dé la forma acomodada á las necesidades de nuestra época, nadie podrá con justicia calificar á nuestra nacion de atrasada en el estudio y perfecto conocimiento de las ciencias morales; porque nunca será justo blasfemar de lo que no se conoce. Ya que el amor pátrio no les mueve, siquiera por respeto á la verdad déjense nuestros tudescos de magnificar en academias y ateneos, y de erigir estátuas á una ciencia forastera y falsa; dejen por Dios de ponerla sobre el saber nacional, y aprendan alguna vez á contemplar, bajo el espeso manto de tinieblas con que hasta ahora se han imaginado ver envuelta la Edad Media, los siglos más sábios y gloriosos de nuestra historia. Pero aquí me detengo algunos instantes, que no he venido á atacar la ciencia vana del siglo, sino á defender la ciencia de nuestros sabios juristas.

ANTONIO JOSÉ POU Y ORDINAS.

---

[1] Tom. 5. epist. 3.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO II

CASA NUEVA Y NUEVA VIDA.

Corta es la distancia de Pamplona á Goñi, sobre todo por el aire; más para el ejército godo, bien puede decirse que el valle de Miguel yacia en los antípodas. No corrian otro peligro los súbditos del anciano que el de una sorpresa como las que Ranimiro solia llevar á cabo en su juventud, y que desde aquellos tiempos habian caido en desuso. Fuera de esta contingencia, ya casi inverosímil, la paz reinaba allí en medio de la efervescencia de la guerra, y el Señor de Gasteluzar creia haber llegado á los últimos límites de la prevision, cuando atestaba de víveres, dardos y flechas el castillo y mandaba á saber las nuevas que bullian en la plaza levantisca de Iruña.

Por las sierras de Urbasa y Andía, y el monte frontero de Sárbil, no habian de entrar huestes regulares, ni mucho menos la temida caballería de Toledo, y en la garganta de Ollo bastaban á detener á un ejército veinte hombres resueltos.

Esta era la única salida llana, digámoslo así, del valle, formada por el cáuce del torrente que abrió un portillo entre peñascos, hayas, bojes, espinos y carrascos: áspero camino que exigia ciertas precauciones durante el dia, y que de noche y á caballo era casi intransitable.

García, prudente y circunspecto á pesar de sus pocos años, habia contado con la claridad del astro de la noche próximo al plenilunio para cruzar de Goñi al valle de Ollo; sin embargo de lo cual, tuvo necesidad de mandar que los ginetes echaran pié á tierra y llevasen las caballerías de la rienda.

Al ver á los naturales del país con tanto cuidado por terreno que conocian á palmos, compréndese bien la calma y sosiego en que habitualmente vivia Miguel, y la tranquilidad con que se acostó en su espacioso lecho para dormir á pierna suelta, sin cuidarse de los centenares de tiufadías y llegadas de Reyes y caudillos godos, con que en vano trató de alarmarle el Disgustado.

La gente que García sacó de Abárzuza, y la que luego se le fué agregando, compondria unos cien hombres, y aunque por primera vez iban á las órdenes de aquel mancebo de poco más de veinte abriles, al verle tomar disposiciones que por lo previsoras y acertadas parecian de viejo, se decian unos á otros:

—Este mozo va á ser un hombre de provecho.

La verdad es que tenia que anticiparse á sus años. Su padre, Jimeno, señor de las Amescuas, habia perecido meses antes en un encuentro con los godos, y su madre, que llevó en dote la villa de Abárzuza, se la cedió á su hijo con la mira de hacerle uno de los más ricos mancebos de Vasconia, ya que por su continente parecia el más apuesto, y por su corazon el más bizarro.

Al recibir la triple herencia del nombre, la sangre y los pueblos de un héroe muerto por la independencia de la patria, tuvo un arranque de piedad, demostrando que no solo era ilustre, gallardo y opulento, sino lo que valia más, temeroso de Dios.

Pocos dias despues de la gloriosa muerte de su padre, se fué secretamente á visitar al santo Obispo Marciano, y puesto de hinojos le pidió su bendicion.

Diósela el Prelado; dióle tambien con su propia mano el Pan de los fuertes; y despidiéndolo con paternales consejos, entre otras cosas le previno que desechase de su corazon todo sentimiento de venganza.

—La guerra, le dijo el Prelado iruniense, puede ser derecho de natural defensa ó recurso extremo de la justicia; pero aun la guerra más santa será motivo de condenacion para quien á ella concurra con ese espíritu de ódio y rencor que Dios reprueba. Cuando el Señor nos manda amar á nuestros enemigos, no exceptúa á los que hacen armas contra nosotros. Tenlo siempre presente, García, porque lo habrás menester cuando te acuerdes de tu padre.

Desde entonces, era esta la primera ocasion que se le habia presentado de empuñar la *guecia.*

Llegados los expedicionarios á los alfoces de Ollo, y antes de asomarse á la parte de la cuenca, que caia, por decirlo así, bajo la jurisdiccion visigótica, dispuso el caudillo que la gente descansara un rato al márgen del riachuelo Ilzarbe.

—¿No estamos perdiendo el tiempo? decian algunos á García.

—No; les contestaba el jóven: tenemos que cruzar hácia la sierra de Aralar, atravesando país ocupado por enemigos, y esperar á que desaparezca la claridad que hasta ahora nos ha favorecido. Como la luna se pone media hora antes del alba, es preciso aprovechar ese corto espacio de tinieblas y profundo reposo para salvar con toda rapidez, lejos de poblaciones y caseríos, el territorio que media de aquí á las Dos Hermanas. No han de sentirnos ni los perros. Si alguien nos conoce y avisa de la emboscada á Ranimiro, tiempo perdido.

—¿Habeis contado con Echeverría?

—Yo no he contado con nadie más que con Dios y con vosotros: ni tiempo he tenido para ello desde que supe que por aquí pasaba el incendiario. Pero ¿quién es ese Echeverría, cuyo nombre solo ha sonado en mis oidos como el de un salteador que no deja en paz á los godos, y á todos los de esta comarca los hace tributarios nuestros?

—Suyos. Echeverría es de la tierra baja, y de muy noble cepa, pariente de Amagoya.

—Entonces podemos fiarnos de él.

—Completamente, y sobre todo contra Ranimiro.

Por fortuna para los amezcuanos, se levantaron espesas nieblas por la parte del rio Burunda: la cima de Aralar se cubrió de negros nubarrones, y se anticipó lo menos una hora la de la oscuridad deseada.

Guiados por naturales de aquellas cendeas, hicieron la travesía con toda felicidad sin tocar en Irurzun, vadeando dos rios engrosados por el deshielo, y sin que los mastines alborotaran escandalosamente.

La gente quedó muy satisfecha de su capitan.

—Ha heredado, decian, no solo los pueblos y tierras, sino el arrojo y la prudencia de su padre.

Despues de una corta subida, siguiendo el curso de un rio torrencial, cuyo murmullo crecia conforme el agua menguaba, imágen del díscolo que vocifera más cuanta menos razon tiene, llegaron al magnífico portillo formado por dos enormes rocas calizas, primitivamente unidas, que rasgándose en una de las terribles convulsiones de la tierra, ó limadas por la corriente del rio Larraun, que por allí rompe hasta el Arga, dejaron patentes sus bien tajadas entrañas, para estudio del geólogo y embeleso del artista.

Por entre las dos peñas hermanas, separadas unos treinta ó cuarenta metros por su base, y cuya altura acaso llegue á ciento setenta, no sin riesgo de ser aplastados por algun desprendimiento de la roca, accidente que más de una vez ha sucedido, sepultáronse en un espesísimo bosque de robles y hayas, corpulentos á la márgen del rio, y menos robustos cerca de las rocas escarpadísimas que aquel barranco circundan.

Allí hicieron alto, pues habian llegado al término de la jornada.

Las condiciones topográficas de las Dos Hermanas han variado un poco de once siglos acá, y de estas modificaciones hay indicios de que prescindo ahora. El peñasco de la izquierda, verticalmente cortado en frente de su compañero, tenia entonces por el opuesto lado, es decir, por el bosque tendido en las vertientes del Norte y Mediodía, fácil subida, no solo para la gente de á pié, sino para la de á caballo, pues formaba una rampa de tierra arcillosa y fragmentos de roca calcárea que el tiempo y los aguaceros se han llevado despues, dejando hoy la peña inaccesible, escueta y descarnada.

Por este repecho subió García á la cima, cuando las nieblas se disipaban á lo largo de la calzada del Burunda, antigua via romana, que al pié del monte Aralar cruzaba el país de los aracelitanos estipendiarios de Roma, hoy llamado valle de Araquil. Este camino debia traer Ranimiro si venia por la parte de Agurain (Salvatierra), como Pacomio el ermitaño aseguraba.

Quedóse frio García y desconcertado, al vislumbrar á lo lejos una columna de godos que marchaban hácia Pamplona, con la completa seguridad que infunden el número y la fuerza.

—¿Quién me dice á mí, pensó el caudillo vasco, que en ese ó en otro semejante cuerpo de dos mil ginetes, no viene Ranimiro? Y en tal caso, ¿no sería temeridad el atacarlo á campo raso?

Y de todos modos, ¿cómo averiguo yo que el godo de quien trato de apoderarme, pasa ó no en las huestes que cruzan hácia Iruña?

Dió gracias á Dios por no haber dado de manos á boca con los escuadrones que tenia enfrente, y ordenó que sus montañeses estuvieran apercibidos por si, lo que no parecia regular, trataba el enemigo de correrse hácia las Dos Hermanas. Y él se quedó en observacion de la hueste, en el mismo sitio quizás en que se ponia el antiguo *speculator* de los romanos.

De pronto sintió que le tiraban de la capa por detrás, y vió á sus piés un bulto negro, que andaba á rastras como un reptil.

—¿Quién sois? le dijo García, volviéndose sorprendido.

—Por mucha prevision que tengais los mancebos, no hay remedio, el chico siempre ha de ser chico, y ha de hacer alguna trastada. ¡Abajo!

—¿Qué decis?

—Que te tiendas ó te sientes. ¿No ves que en la cima de esta peña te destacas á los ojos de los godos sobre los negros nubarrones del horizonte, é iluminado por añadidura por los rayos del sol naciente, como un santo sobre su peana?

—Teneis razon.



—Para acechar no se necesita ponerse de pié como la cigüeña en la punta de la torre.

—¿Quién sois? tornó á decir García sentándose en la roca.

—Luego te lo diré. Ahora observemos.

—¿Habeis venido en la cuadrilla?

—No: la cuadrilla es la que ha llegado aquí adrede para estropearme los miserables sembrados que tengo ahí detrás del bosque.

—¡Ah! Ya os conozco. Sois.....

—Echeverría.

—El mismo. Contaba con vos.

—¿Para acabar con mis trigos?

—Eso por ahora, repuso García sonriéndose, y luego con vuestra despensa.

—Oye, muchacho, á mí puedes comerme un lado; de mi casa haz lo que se te antoje; pero á mis pobres campos y ruines haciendas, hay que respetarlos. Yo tengo aquí panes, prados y bosques, que son estos, dijo señalando al terreno próximo á la peña; y luego mis vasallos, que son esos, y designó expresivamente el camino y pueblos frecuentados por los godos..... Mi obligacion es protejerlos, y.....

—Saquearlos. Hablaremos de eso, Echeverría. Por de pronto Dios te ha traido aquí como una.....

—Culebra.

—¡Bueno! Como una culebra para sacarme de un apuro.

—El apuro fué el mio, exclamó Echeverría, cuando ví á tus caballos cebándose en mis sembrados como lobos en un rebaño, mientras tú dispones sorpresas de convoyes desde mis dominios, sin saber que aquí nadie sorprende ni saquea nadie más que Echeverría.

—¿De cuánta gente disponeis?

—Yo y mis dos hijos tres, seis pastores y zagales..... Cuenta una docena entre todos, porque en caso de necesidad nos ayudan hasta las mujeres.

—Pues toda esa gente no es nada para apoderarse, como yo trato, de Ranimiro.

—¿De Ranimiro? exclamó el merodeador.

—Sí, y por consiguiente, ningun perjuicio se te para.

—Y aunque lloviesen calamidades sobre mí y sobre mi hacienda, tratándose de descuartizar á Ranimiro, sería igual. Aquí nos tienes á mí y á mis hijos, y á mis pastores, y hasta á la loca de mi mujer, dispuestos á servirte contra ese malvado.....

—Por de pronto, Echeverría, necesito saber si el tal malvado está pasando ahora mismo á nuestras barbas, al frente de esa columna y

burlándose de nosotros como un hato defendido por buenos mastines, se burla de la raposa que le acecha desde la madriguera.

—¿De dónde viene?

—Del castillo de Cantábria: más allá de la Berrueza y de Codés, encimita de Vária.

—¿Y qué camino trae?

—El de Victoriaco y Aguráin, sin duda por no encontrarse con el nuevo Rey de los godos, que viene tambien al castillo de Iruña por el Arga arriba.

—Por aquí tiene que pasar forzosamente.

—¿Cuándo salió?

—Hoy hace tres dias.

—¿Qué gente trae?

—Dos docenas de bucelarios bien armados, y otros tantos entre siervos y siervas. Por lo ménos esa gente llevó cuando fué á Cantábria á dejar á su hija con su deudo Favila, antiguo Duque de los godos en esta tierra.

—¡Ranimiro! ¡Su hija! ¡Favila! No sabes tú, muchacho, no sabes bien lo que esos nombres traen á mi memoria, exclamó el merodeador con cierta melancolía.

—¿Los conoceis?

—Dejemos eso. A lo que importa, y no distraernos.

—Yo no me distraigo, contestó García; hablo y miro, y creo poder asegurar que esa gente no ha reparado en nosotros, y ha torcido un poco hácia el Sur, tomando la falda de.....

—Derechos á la cuenca de Pamplona. Podemos bajar sin cuidado.

—Es que tenemos que hablar.

—Es que tengo que cuidar de mis panes.

—Pues bien, miremos desde aquí tan pronto á un lado como á otro.

—Cuando decia que no nos distrajésemos, repuso Echeverría levantándose, hablaba conmigo más que contigo; porque no quiero pensar ahora en cosas antiguas, sino en lo de hoy, en lo del momento. ¿Viene Amaya con el godo?

—¿Quién es Amaya?

—¡Ah! ¿No la conoces? Amaya es la hija del Conde, del que fué Conde de Pamplona, ó para que me entiendas mejor, del príncipe.....

—¿Quién es el príncipe?

—Hombre, tu no sabés nada. El Príncipe, el Conde antiguo de Iruña, el sobrino de Favila, y el tio del nuevo Rey, son una misma persona, llamada Ranimiro.

—Muy enterado estais de esa familia.

—¡Demasiado! Pero no nos distraigamos nuevamente. ¿Sabes si viene Amaya?

—Hanme dicho que la hija se queda allá, y lo infieren de que el Rey se hospeda en el castillo, y Ranimiro no trae más objeto que disponer el plan de la nueva campaña.

—Nunca hará el Rey de los godos cosa más funesta para nosotros, que seguir los consejos y planes de Ranimiro.

—¿Tanto vale?

—Más de lo que se piensa, jóven, y te aseguro que no se teme poco de él.

—¡Oh! ¡qué presa, Echeverría, qué presa se nos prepara!

—¡Presa! La de su hija, si viniera con él: la del padre, para los cuervos.

—Eso no, porque es cristiano, y aunque no lo fuera, habria que enterrarle.

—Paso por el entierro. ¡Y que no dejaremos de enterrarle, García, si Dios quiere!

—Si Dios quiere, dices bien. Pero queriendo nosotros lo que quiere Dios, debemos pensar en.....

—En que se confiese primero. ¡Qué muera como Dios manda!

¡No, que no! exclamó Echeverría, que iba participando del entusiasmo y lenguaje cristiano del mancebo. Aguarda.

Y se puso á contar por los dedos.

—Hoy hace tres dias. Antes de ayer saldria del país de los Verones, esta noche pasada ha dormido en Agurain; hoy á la caida de la tarde baja por aquí. De noche no cruzan los príncipes godos la Burunda, ni con el ejército de Wamba por escolta. Tenemos tiempo. Podemos almorzar en casa sosegadamente, y volver más tarde. Llama á uno ó dos de tu confianza.

García dió un grito particular, al cual contestaron otros dos gritos iguales.

—¡Ola! exclamó Echeverría; tienes el mismo estilo que nosotros los de la costa. Me alegro. Eso nos ha de sacar hoy de apuros.

—¿Qué decís?

—Nada: no me distraigas.

Echeverría aparentaba tener unos cincuenta años: de rostro enjuto y curtido por la intemperie, musculatura vigorosa, brazos velludos y manos encallecidas, ancho y fornido, y de mirada perspicaz, parecia haber nacido para la vida azarosa del guerrillero, á que los campos góticos rayanos le incitaban.

Pero si estas apariencias no desdecian de tan rudo como peligroso ejercicio, su fisonomía, en cambio, denotaba gran bondad de corazon que á más dulces ocupaciones le atraia.

En aquel momento estaba pensativo.

La llegada de dos mancebos de las Amescuas le sacó de sus imaginaciones.

—Aquí nos teneis, García.

—Aquí os habeis de quedar de centinelas, mirando siempre hácia el camino de Aráquil, les dijo Echeverría. Si veis venir un peloton de godos, dais el grito de llamada semejante al que os ha hecho subir aquí.

—Está bien, contestaron.

—Ese grito será contestado por otro igual hasta que llegue á nosotros que vamos al próximo caserío de Echeverría.

—Ya os conocemos.

—Perfectamente. Con eso no os inquietareis por el almuerzo y la comida, pues ya sabeis que no suelo olvidarme de los amigos. Pero escuchad ahora con atencion. Es posible que oigáis el *deyadara* ó grito de alarma, en cuyo caso los que crucen delante de estas peñas serán enemigos, más no los enemigos que buscamos. No os encargo que os echeis entonces al suelo, porque estar de pié queda desde ahora terminantemente prohibido. Pero si al divisar columna, convoy ó partida oís por la parte de Aralar el *irrinzina* y el grito de triunfo, lanzadlo entonces sin perder momento, porque será señal de que se acercan Ranimiro y los godos que esperamos.

—Pero ¿quién conoce á Ranimiro? ¿quién nos dará el aviso? preguntó García.

—Mi hijo Máximo. Ese quedará en acecho donde verá de cerca á los godos sin ser notado. A cierta distancia se colocará su hermano Fermin, y luego los que fueren menester para que el grito llegue como un eco á nuestros oidos. Yo no espero á Ranimiro hasta la tarde; pero apostaremos nuestra gente desde ahora á todo evento apercibida. Con que, ya lo habeis oido, muchachos: vista de águila, y oido de jabalí, y luego garganta.....

—De montañés. Pero la garganta de la montaña.....

—Necesita vino de la ribera. Lo tendreis. Os lo traerán mis hijos con algo más para hacer boca, de paso que se corren hácia el valle de Araquil, y situan los escuchas donde convenga.

Dadas estas órdenes, descendieron los dos jefes al bosque que servia como de falda á entrambas rocas, y García no tuvo que mandar que los caballos respetasen el sustancioso pasto de los trigos de Echeverría, que todavía no habian granado en aquellas alturas, pues atados á los árboles estaban paciendo la yerba de las orillas del rio Larraun, cuyo nombre significa *buenos pastos*, y despues de adoptar disposiciones más importantes como un consumado capitan, subió con el huésped al caserío.

—La casa que vais á ver vale poco, dijo modestamente su dueño,

pero tiene el mérito de haberla construido yo de nueva planta. Por eso la llaman *Echeverría* (*Casa nueva*), y de ella y del próximo pueblecillo de Echeverri, me ha venido el nombre.

—Pues antes, ¿cómo os llamábais?

—Lupo ó Lope, ó lo que es igual en nuestro idioma, *Ochoa.*

—Y aquí no habeis nacido, porque vuestro vascuence no es el de navaerria.

—Por mi desgracia he nacido cerca de Aitormendi; pero.....

—¿No sois deudo de Amagoya?

—¡Deudo yo de esa bruja pagana, que me ha desterrado de la casa de mis padres, de mi hermoso y pacífico valle..... No: soy pariente mayor de Aitor; pero ¡de esa judía!..... Hablaremos más tarde, ó lo mejor será que de eso no hablemos nunca.

La costumbre y ocupacion del merodeo era general en la raya que podemos llamar divisoria entre godos y vascos. Muchos de los primitivos habitantes de las llanuras á la sazon ocupadas por los invasores, habian emigrado en tiempos de Leovigildo á las vertientes septentrionales de los Pirineos, estableciéndose en una region llamada con este motivo Vasconia, y luego por corrupcion Gasconia, y últimamente Gascuña; pero otros, con esperanzas de recobrar lo suyo, ó con menos bríos para imitar resolucion tan brava, se refugiaron en los vecinos montes, como quien solo trata de ponerse á salvo de inundacion pasajera. Desde allí con torvos ojos contemplaban sus casas y campos usurpados, y descendian á impulsos de la venganza y acosados por la necesidad de mantener á su familia, y entraban á saco sus antiguas viviendas, y por lo regular, maltrataban á los intrusos moradores.

A semejanza de estos emigrados, y huyendo á lo que parece de Amagoya, Ochoa se habia instalado en las Dos Hermanas.

La casa nueva tenia el sello del carácter de su dueño. La codicia y la penuria de los tiempos habian convertido al pacífico Lupo en lobo rapaz, que desde aquellos montes acechaba la ocasion oportuna de caer sobre los enemigos de su pátria; mas era por naturaleza de inclinaciones cultas y suaves; guerrero por necesidad y por índole agricultor; enemigo de los godos por instinto nacional; amigo de su progreso de propio instinto.

Este doble carácter se reflejaba en el edificio.

A primera vista parecia una fortaleza; mirándolo mejor, una granja. Constituia el cuerpo principal una gran torre cuadrada con pequeñas ventanas, que podian pasar por saeteras, y sobre las pesadas almenas del adarve, alzábase un tejado de pizarra con rápidas vertientes.

Este fué el primitivo pensamiento del guerrero, que quiso formarse una guarida; pero las exigencias y gustos del labrador, fueron complicando la sencillez de aquella idea.

Desde la puerta principal, situada al Mediodía, trepaba hasta las ventanas más altas una parra, templando con sus pámpanos los rayos del sol, nunca bastante ardiente, sin embargo, para sazonar y dulcificar los menguados y siempre verdes racimos. Una banda de palomas posábase de contino sobre las almenas y el adarve, y el hueco que formaba el puntiagudo techo, servia de palomar. Al mismo tiempo los patos surcaban los remansos de la fuente, que á modo de foso lamia los cimientos del castillo. Estaba este desfigurado además, á la derecha por un horno y la cocina, á la izquierda por un cobertizo que servia para guardar los haces de hojarasca, de que habia menester en abundancia para mantener el ganado durante las nieves. Detrás, defendido por la torre, se extendia un corral, que servia para recojer el ganado y las gallinas, las cuales durante el dia lo invadian todo: horno, leñera y planta baja del castillo, buscando con preferencia el abrigo del Mediodía y los desperdicios que abundaban en la era, delante de la fachada principal.

Cuando llegaron Ochoa y García al caserío, todos sus habitantes se ocupaban en sus respectivas faenas: pero las labores estaban descuidadas. La curiosidad les habia llevado á las peñas para conversar con los espedicionarios; pero así que vieron al amo descender de la cumbre, temor de disgustarle les hizo volver apresuradamente, y acudir cada cual á su puesto.

Era muy amigo del órden, y á nadie permitia estar ocioso. Pero aquella mañana, aunque el ganado seguia en el corral, y resonaba lastimero el impaciente balido de las ovejas que se agolpaban á la puerta para salir al campo, gritó con alegre voz:

—¡Máximo! ¡Máximo!

Y se presentó con miedo un mozallon de veinte y tres años, alto y fuerte como un roble secular.

—Me alegro de que no hayas salido con el ganado. Dile al pastor Prudencio que lo lleve por el monte arriba, dejando en el corral una docena de carneros para que tome un bocado esa gente. Al cabrero, que entregue el hato á las zagalas, y se quede aquí con un par de cabritos para nosotros. El es hombre que sabe matar bien y sacar las pieles con limpieza, y tú y tu hermano Fermin volved á la cocina á todo escape, que tenemos que hablar.

Y se detuvo escuchando primero sorprendido, y luego con paternal regocijo, este cantar que salia del establo:

Si poco trigo nos dan
los peñascos de las sierras,
siembre el godo en nuestras tierras,
que no ha de faltarnos pan.

—¡Es ella, es mi hija!—¿Pues no se me figuró al principio que habia cambiado de estilo la loca de su madre?—Olalla!

—Allá voy, que estoy ordeñando las vacas, contestó de adentro una voz femenil y de sonido argentino.

Y un momento despues apareció en el umbral una niña de quince á diez y seis abriles, con un cuenco de leche en la mano izquierda, y sacudiéndose los rosados dedos de la derecha, mojados en blanca espuma.

Daba gozo ver aquella jóven, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza, y de mirada inocente y graciosa como la de una paloma.

—Padre, no me regañeis. He sentido venir á los amezcuanos, y no he podido resistir la curiosidad.

—Bien está, muchacha, contestó Echeverría, que á falta de sonrisa en sus labios, permitia á sus ojos las miradas más risueñas.

¿Qué hace aquí este costal de trigo?

—Para lavarlo y hacerlo al molino.

—Bien.

Y soltándole la boca, cogió Echeverría una ambuesta de grano, y se lo echó á los patos y gallinas que le seguian y le miraban, conociendo su habitual liberalidad y bizarría.

—¿Has hecho lumbre?

—De eso se cuida mi madre, que ya está en la cocina.

—Corriente: prepáranos algo que se pegue al riñon.

—¿Almuerza tambien este señor?

—Tambien, contestó García: y si os parece, Ochoa, entraremos todos en la cocina.

Así lo hicieron. Como todas las de la montaña, estaba situada á piso llano. Era oscura, ahumada, y no recibia otra luz que la que descendia por la chimenea. Los bancos se confundian con el color de las paredes.

Al entrar García no vió á nadie, á pesar de la llama del hogar: pero conoció al punto que habia gente dentro. De un rincon salia cierto susurro monótono como el murmullo de una fuente; cadencioso y triste como el arrullo de las tórtolas.

—¿Qué es esto? preguntó el mancebo.

—¡Mi pobre madre! contestó Olalla suspirando.

—No hagas caso, añadió Echeverría. A duras penas logramos alguna vez que se levante y varie de postura. Pero hacerla callar, eso nunca. Ha perdido el juicio, gracias á.....

Echeverría frunció el ceño y dió una patada en el suelo.

—Sí; pero no hace mal á nadie, repuso la niña, y la pobre cuida de la lumbre y aun de los pucheros. A mí me descansa mucho.

Conforme los ojos del huesped se iban haciendo á la poca luz, se fué dibujando sobre el negro fondo del hogar la figura de una mujer atlética, sentada medio en cuclillas, con la barba entre ambas rodillas apoyada, abrazadas las piernas con las manos cerca del suelo.

Por su rostro moreno, pálido, de pómulos salientes, más no flaco y consumido sino de facciones regulares, caíanle mechones de pelo entrecano, abundante y recio. Los labios, contraidos por una sonrisa estúpida, movíanse apenas para modular el canticio que de ellos fluia sin cesar: sus ojos negros y hermosos; pero su mirada, que habia sido altanera y enérgica, era melancólica y distraida.

Ya la habrá reconocido el lector. Su complexion robusta, su estatura gigantea y sus brazos arremangados, que por lo vigorosos y membrudos pudieran sujetar á un toro, nos hacen recordar á la amiga de Paula, á la noble y altiva Petronila, la única depositaria del secreto de Aitor.

Aunque á primera vista parecia inmóvil, observándola bien, advertíase un pequeño balanceo, un leve y acompasado movimiento en todo su cuerpo, que marcaba la cadencia de su canto.

—¿Qué es lo que dice? preguntó García á su huésped.

—Canciones de..... de esa condenada heredera de Aitormendi.

—¡Mentira! exclamó la loca con voz terrible y bronca, que resonó debajo de la chimenea con el zumbido de una campana.

—¡Mentira! se me olvidaba, repuso tristemente su marido. Mentira: porque Amagoya no es la heredera.

Y luego volviéndose al mancebo, añadió murmurando:

—¿Ves esa correccion de títulos y derechos? Pues ahí tienes el orígen y la causa de todas nuestras desventuras. Bien que la base del mal está en otra parte: está en ese Ranimiro, que hoy va á caer en nuestras manos.

—¿Y quién la ha enseñado esas canciones?

—Yo no sé dónde diablos las ha aprendido, porque antes de caer en ese estado, de fijo no las sabia todas. ¡Castigo de Dios! No queria yo ni que se mentara en casa el nombre de esa pagana, y mi mujer me refriega los oidos á todas horas con sus cantos. Y el caso es que tan habituados estamos á ese murmullo, como un pescador al estruen-



do de la mar. Cuando estoy en casa y no lo oigo, paréceme que me falta alguna cosa. Si cesa, al punto acudimos, porque es señal de que se ha dormido, ó de que se siente mal. A veces la fuente se seca por breve tiempo: pero brota luego con más fuerza.

—¿Y no se mueven sus labios más que para recitar canciones?

—Con las canciones lo expresa todo, como el ruiseñor con sus trinos, porque las sabe de todos géneros, y las acomoda á todos sus afectos ó caprichos.

Por este lenguaje que Olalla entiende á maravilla, y porque en ocasiones toma parte en la conversacion, creo que su razon, ordinariamente extraviada, no está del todo perdida.

—Pues si alguna vez contesta acorde; si, como decís, con mas ó menos discrecion y oportunidad aplica sus cantares á los asuntos que á su lado se tratan ó personas que la rodean, esperanza podeis tener de que recobre el juicio.

—Ninguna. Se necesitaria..... ¡qué sé yo! Así como una fuerte sacudida. Pero aquí entran mis hijos. Los he llamado adrede para hablarles de la celada que preparamos á Ranimiro. Tengo curiosidad de saber qué efecto produce en la loca esta noticia.

Echeverría enteró en alta voz á sus dos hijos de la trama que habia ideado para saber á tiempo y con seguridad cuándo pasaba el Tiufado.

Petronila no suspendió su cántico; pero escuchaba el relato de su marido con atencion y alegría.

—¿Le conoces bien, Máximo? preguntó el padre á su hijo mayor. ¿Conoceis al infame incendiario de la casa de Aitor?

—Como á vos. Muchas son las veces que he llevado terneros á vender á Iruña, solo por conocer á ese mónstruo, que ha sido la perdicion de nuestra familia, y lo he conseguido, y no se me ha despintado, no. Llevaré el arco y las flechas; tengo el ojo certero, y si quereis que desde la peña en que voy á ponerme en acecho le apunte á mi gusto, os ahorraré el trabajo de esperarlo.

—Máximo, exclamó la loca levantándose como un coloso: te prohibo que viertas una gota de la sangre de Ranimiro.

—Pero ¿por qué, madre, por qué?

—Porque yo te lo mando, y mi amiga me lo dejó encargado!

Y despues de decir estas palabras, Petronila volvió á su cántico y á su anterior postura.

La cancion que en su perdurable tono de salmodía recitaba, era uno de esos romances ó cuentos de muchachas emparedadas, tan comunes en la literatura popular vascongada.

Recuerdo sin duda de la madre de Amaya, muerta entre las cuatro paredes de la torre de Aitor.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! exclamó Olalla: ¿no os parece, padre mio, que llora con la voz á falta de lágrimas en los ojos?

—Sí, hay más ternura en su acento. Conserva la memoria, y sobre todo el corazon para su amiga Paula.

—¡Madre mia! ¡Madre mia! exclamó Olalla, besando á la loca como si fuera á darle en cada beso el juicio que la faltaba.

La loca le contestó:

—Eso es lo que ella hubiera querido oir: ¡Madre mia!

—¿Quién? preguntó García.

—La emparedada de Aitormendi.

—¿La que pereció abrasada por Ranimiro?

—¡Mentira!

—¡Cómo! ¿No es cierto que el godo incendió el caserío de Aitor?

—¡Mentira!

—¿No es cierto que Lorea murió abrasada por las llamas del incendio?

—¡Mentira!

—Pues que, ¿vive todavía?

—¡Vivir! ¿Pues estaria yo loca si viviera? ¡Muerta, muerta; pero tú vienes á vengarla!

—Yo vengo á sorprender y coger prisionero á Ranimiro.

—¡Y á su hija!

—No viene con su padre.

—El padre no se separa nunca de su hija.

—Lo siento.

—No lo sientas. Mancebo, ¡estoy soñando contigo hace veinte años!

—¡Conmigo!

—Sí; con aquel que la traiga á vivir para siempre entre nosotros, arrojando á los paganos que han usurpado su derecho.

—Pero esa, ¿quién es?

—Explícaselo, Ochoa. Yo no puedo más. Dios te lo manda.

Y se marchó cantando [1]:

---

[1] Años hace que el autor de *Amaya* tuvo la dicha de salvar la vida de una jóven emparedada en las ruinas de un caserío contiguo al que habitaban sus padres. Cuando se la descubrió estaba loca, con una locura que recuerda la de Petronila. Al abrir la puerta de aquel encierro, algo parecido tambien al de la torre de Aitor, nada se veia; pero á los piés de las personas que iban á libertar á la infeliz, y por cierto hermosísima jóven, sentíase el murmullo monótono y acompasado que se ha querido describir en estas páginas. La emparedada estaba moribunda y cantaba; se vió de repente con aire, luz y gente, y ni por un momento interrumpió su canto. Aunque su postura habitual fuese la de Petronila, la debilidad sin duda la habia obligado á dejarse caer en tierra; pero con las piernas encogidas y las manos siempre cruzadas. Llevaba tantos dias,

¡Ay, señora del alma!
¡Ay, mi querida amiga!
Bien has hecho en morirte,
querida amiga mia! [1].

—Bien lo decia yo, dijo Echeverría, que su cerebro necesitaba de un gran sacudimiento, y que ninguna campanada podia resonar más fuerte dentro de esa cabeza, que el nombre de Ranimiro.—Pero las órdenes de mi mujer son para mí sagradas. Dios te lo manda, ha dicho, y la voz de los locos es la de la verdad. Salgamos á la pradera, desde donde podemos vigilar á la gente y oir las señales. Escucha, Olalla: esa torta de miel y manteca ha de mantenerse al rescoldo muy suave. El fuego igual y lento para el asado. Sigue untándolo poco á poco con manteca, y ten cuidado de que no le llegue la llama. Sebastian, cuando esté el desayuno lo sacas á la pradera: allí corre el fresco;—y allí podremos hablar con libertad, García.—Sígueme.—¡Ah! se me olvidaba: Olalla, dame pan de miga para los pollos.

Francisco Navarro Villoslada.

---

tantos meses quizá en aquella situacion, que su magnífica cabellera negra y tendida se habia incrustado en el suelo, y fué necesario cortársela para que levantara la cabeza. A fin de conservar el cabello así cortado, como cuerpo del delito, fué preciso proceder como cuando se quiere arrancar un árbol con todas sus raices. Pues á pesar de aquella operacion y del completo cambio de vida, la pobre loca seguia cantando.

Gracias al acierto y al celo del excelente facultativo de Aramayona, la jóven recobró por completo la salud, y casi, casi llegamos á creer un dia que habia recobrado el juicio. Ya no cantaba, hilaba con primor, y se ocupaba con las demás labores propias de su sexo, pues habia sido esmeradamente educada en el famoso convento de la Enseñanza de Vergara. Pero teniendo que intervenir, como era natural, los Tribunales, fué necesario llevarla de Aramayona á Vitoria, y de aquí no sé si á Búrgos, y sujetarla á varios reconocimientos, á diversos médicos y sistemas de curacion, lo cual debia de perjudicar á su restablecimiento. Al fin murió demente en Valladolid. ¡Pobre Paula! ¡Dios la tenga en la gloria!

[1] Imitacion, casi traduccion de una estrofa del antiguo canto de la *Torre de Alos*, que trae D. Juan V. Araquistain en la leyenda *Gau-illa* de sus entusiastas *Tradiciones Vasco-Cántabras*. Tolosa; 1866.

REVISTA DE LIBROS

De ratione cognoscendi, seu utrum quidquid certitudinaliter cognoscitur a nobis cognoscatur in rationibus æternis. Quæstio anedocta SERAPHICI DOCTORIS S. BONAVENTURÆ. Taurini, ex typogr. pont. eq. Petri Marietti. MDCCCLXIV.

Así se intitula el tratado de San Buenaventura que el Padre Fidel de Fanna ha hallado, cual una preciosa margarita, envuelto en el polvo de seis siglos. En ese tratado ventiló y resolvió admirablemente el doctor seráfico una de las cuestiones más difíciles é importantes de la filosofía, cuestion renovada en el presente siglo y resuelta en diversos sentidos, la cual ha venido á ser un principio de division no ya solo entre católicos y racionalistas, sino hasta entre los mismos filósofos cristianos. Es tan grave este punto, que por la varia explicacion que nos dan de él los filosofos, son denominados los sistemas que respectivamente profesan, uno de los cuales es el que llaman *ontologismo*, que viene hace tiempo turbando á las escuelas con el ruido de disputas vivísimas y trascendentales, en que al fin ha tenido que intervenir la autoridad espiritual [1]. Pues como el futuro editor de las obras de San Buenaventura, que á su notoria erudicion junta el conocimiento de las ciencias filosóficas y de las vicisitudes de estos estudios en los tiempos modernos, comprendiera á vista de su precioso descubrimiento, cuánto importa conocer sobre tan delicada materia el voto decisivo de aquella gran lumbrera de la Edad Media, á quien los partidarios del ontologismo vienen contando entre sus patronos, no contento con haber incluido el tratado del Santo en la *Ratio novae collectionis*, ha querido sacarlo á luz separadamente, aumentado con algunas

---

[1] Nos referimos á la respuesta dada por la congregacion de la Inquisicion universal romana el 18 de Setiembre de 1861, donde se contienen siete proposiciones en que se ve formulado el ontologismo, acerca de las cuales declaró la sagrada Congregacion, que no pueden ser enseñadas con seguridad de conciencia.



variantes, para que más fácilmente pueda llegar á manos de todos los filósofos, y mostrarles cual fué la sentencia definitiva del doctor seráfico, cuya autoridad no pueden recusar los pensadores católicos, singularmente los que la invocan á favor de una doctrina que no es ciertamente la de Santo Tomás, los cuales es razon que vean en el presente opúsculo su propio desengaño, y acaben por adherirse humildemente á la doctrina comun. Vamos pues en el presente exámen á exponer la doctrina de aquel santo doctor, contenida en el interesante opúsculo que debemos á la solicitud de nuestro ilustre investigador, opúsculo destinado, en la intencion al menos del docto franciscano, á poner término á una division deplorable entre escritores unidos por el vínculo de la fé, y á ser como un vínculo de paz y alianza entre los filósofos católicos contra el enemigo comun de la verdadera filosofía. Antes, sin embargo, de proceder á esa exposicion, parécenos conveniente recordar los principios que sustenta la escuela ontológica, contrarios á la filosofía comun, representada por el mayor de sus doctores, Santo Tomãs de Aquino.

Trátase de saber cuál sea la luz inteligible por cuya virtud conoce el entendimiento la verdad en la presente vida. Esta luz, decia el angel de las escuelas, no es otra sino la misma virtud con que el entendimiento ilumina las representaciones procedentes de los sentidos, removiendo de ellas por medio de las abstraccion las determinaciones particulares que contienen, y convirtiéndolas de esta suerte en representaciones ó especies inteligibles, de que se sirve nuestra mente para causar el acto de entender reproduciendo idealmente la cosa entendida. Así comienza, segun el santo doctor, el proceso del conocimiento, que luego prosigue pasando nuestro espíritu del órden externo de las cosas corpóreas al órden interior de nuestro mismo sér inmaterial, y elevándose sobre ambos al conocimiento de Dios, principio y fin de todas las cosas. Esta doctrina concuerda admirablemente con la conocida sentencia del Apostol: *Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas* [1]; y es la

[1] Rom., I, 20.

que generalmente siguen las escuelas de filosofía cristiana. Conforme á la cual el órden del conocimiento empieza en los sentidos y se perfecciona en el entendimiento, sin que haya necesidad de recurrir á la hipótesis de las ideas innatas ni á la antigua doctrina de Platon para explicar el conocimiento intelectual, porque la misma fuerza intelectual de nuestro espíritu es la luz que nos hace inteligibles la naturaleza de las cosas visibles, luz participada de la divina, segun aquellas palabras del Salmista: *¿Quis ostendit nobis bona? Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* [1].

Esta fué la doctrina ordinaria, recibida en las escuelas por tradicion constante desde Aristóteles, llamado por antonomasia *el filósofo;* doctrina ingeniosa, bella, proporcionada á la naturaleza del hombre y á su condicion presente, contra la cual nada han podido oponer jamás sus adversarios. Desgraciadamente, la Metafísica recibió de manos de Descartes las semillas de todos los errores que despues han venido á turbar la inteligencia científica y áun al mundo moral; entre las cuales una fué la pretension de elevarse el espíritu al conocimiento de Dios sin necesidad de subir la escala de las criaturas visibles, por donde la razon se llega á conocer su existencia y sus atributos adorables. De aquí nacieron dos de las principales direcciones del pensamiento especulativo: una la de Espinosa, seguida por los partidarios de la filosofía llamada de lo *absoluto;* y otra la de los pensadores católicos que habiendo abandonado, á ejemplo de Descartes, las tradiciones de la antigua escuela, se esforzaron á conciliar con los dogmas de la fe la doctrina ontológica de la vision directa de Dios en la presente vida. Hubo, pues, dos maneras de ontologismo, conviene á saber, el panteístico, y el fundado por Mallebranche, á quien llamó Victor Cousin el *Espinosa cristiano.* Es una verdad demostrada, que el sistema ontológico de los discípulos de Mallebranche y de los restauradores de su doctrina, conduce á los delirios del panteismo; conclusion confirmada por el mismo Gioberti, el cual no ha vacilado en decir que el panteismo es «la única felicidad sólidamente establecida.» Y á la verdad, si, como pretenden los partidarios del ontologismo,

---

[1] Ps. 17, 7.

el entendimiento humano solo puede conocer las cosas finitas en cuanto conoce á Dios, y no en razon de ser ellas inteligibles, como la inteligibilidad no se distinga realmente de su mismo ser, fácilmente se inferiria que pues no las podemos conocer en sí mismas, gracias á la virtud abstractiva de nuestra mente, sino solo en Dios, por fuerza han de carecer de sér propio y distinto del sér divino; ó en otros términos, que son una misma cosa con la sustancia absoluta. Esta es la consecuencia que se sigue de rehusar al entendimiento humano la luz que hace inteligibles las cosas del mundo externo, y de poner el principio de nuestros conocimientos en la intuicion directa de Dios y de sus atributos, donde asimismo ven los ontólogos las razones eternas de las cosas que percibimos por medio de la experiencia. Esa vision conduce además al racionalismo teológico, porque no se compadece con los misterios de la fe. En efecto, para el hombre que viese directamente en esta vida la misma esencia divina, nada habria en Dios que él no entendiese: la luz inaccesible en que Dios habita, presente á los ojos del hombre mortal, le descubriria las profundidades investigables del sér divino, y el resplandor de la gloria eterna ahuyentaria en la vida del tiempo las sombras que rodean las verdades eternas á los ojos del hombre viador. Racionalismo y panteismo: tales son las consecuencias ineludibles de la filosofía ontologista.

En Francia, desde los primeros decenios del presente siglo, se vió renovada esta peligrosísima doctrina en escritores católicos muy estimables bajo otros conceptos: distinguiéronse particularmente Fabre [1], profesor de filosofía en la Sorbona, Brancherau, sacerdote de San Sulpicio [2], el abate Hugonin [3], despues obispo dignísimo de Bayeux, y el más hábil quizá de cuantos han expuesto este sistema, el autor conocido bajo el nombre de Jean de Sans-Fiel, con que quiso ocultar el suyo propio. En Belgica penetró tambien el nuevo Mallebranchianismo, hábilmente reformado, habiendo sido su más famoso representante el Sr. Ubaghs, profesor de la universidad y redactor de la revista católica de Lovaina [4]. Hé aquí como definió Fabre

---

[1] *Défense de l'Ontologisme,* p. 1.

[2] Prælectiones philosophiæ in majori seminario Cleromont. primum habitæ.

[3] *Etudes philosophiques*, ontologie.

[4] Y en otros escritos, el más notable de los cuales es su famosa *Teodicea.*

el ontologismo: «Es el sistema, dice, que despues de probar la realidad objetiva de las ideas generales, afirma que estas ideas no son formas ó modificaciones de nuestra alma; que no son cosa alguna criada, sino objetos necesarios, inmutables, eternos, absolutos, que se concentran en el sér absoluto, y que este ser infinito es la primera idea percibida por el entendimiento, la primera cosa inteligible, la luz en la cual vemos todas las verdades eternas, universales y absolutas. Los ontologistas dicen, que estas verdades eternas, solo en la eterna esencia pueden gozar de realidad, que no subsisten sino unidas con la sustancia divina, y por consiguiente que solo en esta sustancia pueden ofrecerse á los ojos de nuestro entendimiento [1].» La diferencia entre este sistema y la teoría de Santo Tomás no puede ser más evidente: para los filósofos ontologistas, Dios es objeto de la vision directa de nuestra mente; para Santo Tomás el conocimiento que tenemos de Dios en esta vida es discursivo, no intuitivo. Los primeros dicen, que viendo á Dios directamente, el alma ve en él las verdades eternas, inmutables, que son una misma cosa con Dios; los discípulos de Santo Tomás, por el contrario, que las razones eternas de las cosas son las ideas con que Dios las conoce, y que estas ideas no estan patentes á nuestro espíritu. Por último, segun los primeros, Dios es la verdadera luz inteligible de nuestra mente, en razon de contener las verdades universales é inmutables, luz sin la cual nada puede ser conocido del espíritu humano, al paso que segun el angel de las escuelas, la luz que nos hace inteligibles tales verdades es la propia virtud de nuestro entendimiento.

Es de notar, que aunque segun el doctor angélico no veamos en Dios la verdad de las cosas, pero bien podemos contemplarla en el mismo Dios como en su causa, de quien procede la realidad y aun la luz de nuestro conocimiento. Más claro: las cosas todas que conocemos son participaciones, reflejos, semejanzas del sér divino, y el conocimiento que tenemos de ellas es asimismo luz participada del conocimiento divino. En este sentido, que no en el de los ontólogos, bien puede decirse que todas las cosas las vemos en Dios, «porque la misma luz

---

[1] En la *Défense de l'Ontologisme* antes citada.

natural de la razon, añade el santo doctor, es una participacion de la lumbre divina, *nam et ipsum lumen naturale rationis participatio quaedam est divini luminis*[1].» Decia San Agustin, que los objetos de las ciencias no pueden ser vistos si no son ilustrados por un principio que sea como su sol, *disciplinarum spectamina non possunt nisi aliquo velut suo sole illustrentur*[2];» y Santo Tomás, comentando este pasaje del gran Obispo de Hipona, añade: «Esto es, por Dios.» Y en seguida, para poner en su punto su doctrina, la explica diciendo: «Así como para ver alguna cosa sensible no es preciso que se vea la substancia del sol, así no es menester para la contemplacion de las cosas inteligibles, que veamos la esencia de Dios[3].» En este sentido, repetimos, bien puede decirse, que todas las cosas las vemos en Dios; pero mientras los ontologistas, cuando dicen esto mismo, hablan de Dios como objeto directo de una vision que ningun hombre tuvo jamás en esta vida, Santo Tomás nos enseña que nuestro conocimiento en tal caso se refiere á Dios como á causa de donde proceden todas las cosas reales y todas las verdades que iluminan nuestro espíritu.

La doctrina de Santo Tomás, absolutamente contraria al ontologismo, ¿fué tambien profesada por San Buenaventura? Este es el punto que nos proponemos demostrar en este artículo con el precioso hallazgo del Padre Fidel de Fanna. Desde luego no vacilamos en decir, que sin necesidad de este nuevo testimonio, San Buenaventura debe ser reputado por contrario á las doctrinas ontológicas, originadas de Descartes: así lo demuestran muchos pasajes de sus obras, expuestos y comentados por los filósofos más insignes de nuestros tiempos[4], contra Gioberti, Sans-Fiel y demás corifeos de esta peligrosísima secta, los cuales han querido inscribir el glorioso nombre del doctor seráfico entre los patrocinadores de su falsa sentencia. Pero ¿qué

---

[1] I. P., q. XII, ad 3.

[2] Primo Soliloquiorum, cap. VIII.

[3] Sicut ergo ad videndum aliquid sensibiliter non est necesse quod videatur substantia solis; ita ad videndum aliquid intelligibiliter, non est necessarium quod videatur essentia Dei. Loco cit.

[4] El Padre Liberatore en su magnífica obra *La conoscenza intellettuale*, el Padre José de Kleugen en el interesante opúsculo *El Ontologismo y las Siete Tésis* (en aleman y en italiano), y recientemente el Padre Zigliara en su obra magistral *Della luce intellectuale*.

mucho que se hayan así gloriado vanamente en la supuesta conformidad de San Buenaventura con la doctrina ontológica, cuando al mismo San Agustin, cuyas obras son la fuente comun en que bebieron los doctores de la Edad Media, quieren que suscriba sus propias ideas? Y, lo que todavía es más maravilloso, hasta el mismo Santo Tomás de Aquino, el más ilustre defensor del sistema ideológico, en cuya verdad se estrellan todos los errores modernos en general y el ontologismo en particular, no ha temido hacerle deponer en su favor uno de los más famosos partidarios de esta teoría, hoy dichosamente abandonada y proscrita.

Pero dejemos ahora la discusion de todos estos puntos, que pueden verse en los autores que más *ex professo* los han ventilado en nuestros dias, no sin mucha gloria de la filosofía cristiana, digna de este nombre; y despues de indicada brevemente la materia controvertida, veamos acerca de ella el sentir del doctor seráfico, tal como resulta del opúsculo, inédito hasta aquí, que al mundo sabio le ha revelado el erudísimo Padre Fidel.

Hé aquí los términos en que el santo doctor expone la cuestion disputada. «Como las razones eternas no se distingan realmente en la mente divina, trátase de saber si ellas son las razones del conocimiento, siempre que conocemos alguna cosa con certeza: ó lo que es lo mismo, si lo que nosotros conocemos ciertamente, lo conocemos en las mismas razones eternas [1].» Como ve el lector, la cuestion está admirablemente formulada, y en realidad de verdad es la misma que resuelven afirmativamente los ontologistas modernos, diciendo que en efecto nuestra mente contempla la realidad de las cosas criadas en los tipos inmutables y razones eternas de Dios, que son la luz que nos hace inteligible todo lo que en este mundo conocemos. Así, por ejemplo, cuando yo veo un acto justo, un objeto bello, un juicio recto, un hombre, un animal, una planta, todas estas cosas se ofrecen á mis ojos espirituales, porque la mente contem-

---

[1] Supposito quod rationes æternæ sint realiter indistinctæ in arte divina vel cognitione, quæritur utrum sint rationes cognoscendi in ordine certitudinali cognitione: hoc est quærere utrum quidquid certitudinaliter cognoscitur à nobis, cognoscatur in ipsis rationibus æternis.



pla intuitivamente la justicia, la belleza, la verdad, y las otras razones que pertenecen al concepto de esos tres géneros de séres, razones sin cuyo conocimiento no podríamos percibir de un modo intelectual cosa ninguna. Oigamos ahora al santo doctor.

Despues de referir varios testimonios de los Padres antiguos, singularmente de San Agustin, con un testo de San Anselmo y otro de Aristóteles, que parecen favorecer al ontologismo, y de alegar no pocas razones en pro de esta doctrina, siguiendo el método rigurosamente escolástico, que empieza oponiendo dificultades contra la sentencia verdadera, y viniendo por último á la conclusion, el santo doctor se expresa de esta suerte: «La sentencia segun la cual todo lo que conocemos con certeza, es conocido en la luz de las verdades eternas, puede entenderse de tres modos. Uno de estos es, que para el conocimiento cierto *concurre la evidencia de la eterna luz, como la única y completa razon de conocer, y este modo de entender dicha sentencia es menos recto;* porque de entenderse así, seguiríase que nada podríamos entender sino en el Verbo, en cuyo caso no habria diferencia del conocimiento que tenemos mientras somos peregrinos en este mundo al que se goza en la pátria, ni del conocimiento en el Verbo al conocimiento de las cosas en su propio género, ni del conocimiento de la ciencia al de la sapiencia, ni del conocimiento de la naturaleza al de la gracia, ni del conocimiento de la razon al de la revelacion. Ahora bien, como *todas estas cosas sean falsas,* no ha de seguirse de modo alguno semejante procedimiento. De la doctrina que algunos sentaron diciendo que nada es conocido ciertamente sino en el mundo archetipo é inteligible, como dijeron antes que ningunos otros los nuevos académicos, se engendró el error de que habla San Agustin en el libro segundo contra los académicos, conviene á saber, que nada podemos conocer; cuyo error sostuvieron los mismos académicos, fundándose en que dicho mundo inteligible está oculto para el entendimiento humano: y así los que tuvieron la primera sentencia en ese sentido, cayeron en un error manifiesto, pues los errores que en los principios son pequeños, se tornan grandes hácia el fin [1].»

---

[1] Ad prædictorum intelligentiam est notandum, quod dicitur omne quod cognoscitur certitudinaliter, cognoscitur in luce æternarum rationum, hoc tripliciter potest

Son tan claras estas palabras del Santo, que no necesitan esplicacion ninguna; en las cuales se ve con evidencia, que lejos de haber profesado la teoría de los que pretenden conocer todas las cosas en la luz de las razones eternas, ó sea en el mundo archetipo é inteligible, se declaró abiertamente contra ella, mostrando los graves errores que se siguen y de hecho se han seguido de la misma, conviene á saber: de una parte la confusion del órden natural con el sobrenatural, ó sea la supresion del órden mismo sobrenatural, y de todo misterio revelado, que sería el triunfo del racionalismo; y de otra el escepticismo, ya deducido de la misma doctrina por los filósofos de la antigua Academia. ¿Qué más quisieran los positivistas contemporáneos, sino que la filosofía cristiana, apartándose de la antigua doctrina de los Padres y Doctores de la Iglesia, pretendiese conocer las cosas en Dios, ó sea en la luz de las ideas divinas, y no en sus propios géneros y especies, mediante la luz de nuestro entendimiento? Los escépticos y materialistas triunfarian fácilmente con solo negar semejante manera de vision; y pues el mundo archetipo ó inteligible es un libro de siete sellos, si no hubiese otro modo de conocer para el entendimiento sino el soñado por los continuadores de Mallebranche, concluirian, ó que el hombre no sabe nada de nada, ó que solo conoce las cosas materiales por medio de los sentidos, negando toda realidad inteligible, la esencia de los objetos externos, la realidad de nuestro espíritu, el órden moral y su mismo divino autor. *Modicus error in principio, magnus in fine.*

«El segundo sentido, continúa el seráfico doctor, es que para

---

intelligi. Uno modo, ut intelligatur quod ad certitudinalem cognitionem concurrit lucis æternæ evidentia tanquam ratio cognoscendi tota et sola, et hæc intelligentia est minus recta, pro eo quod secundum hanc nulla esset rerum cognitio nisi in Verbo, et tunc non differret cognitio viæ à cognitione patriæ, nec cognitio in Verbo à cognitione in proprio genere, nec cognitio scientiæ à cognitione sapientiæ, nec cognitio rationis à cognitione revelationis, quæ omnia cum sint falsa, nullo modo est ita via tenendi. Ex hac enim sententia quam quidam posuerunt, nihil certitudinaliter cognosci nisi in mundo archetipo et intelligibili, sicut fuerunt academici primi, natus fuit error, ut dicit Agustinus contra academicos, lib. secundo, quod nihil omnino contingeret scire sicut posuerunt academici novi, pro eo quod ille mundus intelligibilis est occultus mentibus humanis: et ideo volentes primam tenere sententiam et suam positionem, inciderunt in manifestum errorem, quia modicus error in principio magnus est in fine.

el conocimiento cierto de las cosas concurre la razon eterna con su influencia, de suerte que en el acto de conocer no sea aprehendida del entendimiento la misma razon eterna, sino únicamente su influencia. Este segundo modo debe ser habido por insuficiente segun las palabras de San Agustin, el cual con razones espresas declara que en el conocimiento cierto la mente ha de ser dirigida por reglas inmutables y eternas, no como por algun hábito de su virtud intelectiva, sino como por razones que están sobre ella en la verdad eterna [1].» En otros términos: el entendimiento conoce con certidumbre las verdades universales y necesarias tocantes á las cosas finitas en la luz de Dios, no solo por ser esta luz una participacion de nuestra misma inteligencia, sino tambien porque las cosas conocidas en sus propios géneros son reflejos y semejanzas del sér divino; y así, en el acto de conocerlas, el entendimiento es regulado por las razones que están sobre él en la verdad eterna, viéndolas, por consiguiente, no ya directamente en sí mismas, sino en los objetos que las reflejan, á modo de copias donde está impresa la idea divina. Luego el decir que solo las conocemos por la virtud que Dios comunica á nuestra mente, influyendo en ella como influye, por ejemplo en la tierra, haciéndola fecunda, es una expresion insuficiente de la verdad, en la que se omite uno de los respectos del conocimiento, conviene á saber, el que mira á su objeto real, del cual debe decirse que está iluminado por el sol eterno, y que lo percibimos realmente iluminado, aunque no percibamos ni podamos percibir en esta vida intuitivamente el sol que la ilumina. Así creemos explicar rectamente el pasaje de San Buenaventura, del cual nada pueden sacar los ontólogos, que no sea su propio desengaño.

Viene, finalmente, el tercer modo de explicar la sentencia controvertida, el cual consiste, dice San Buenaventura, en esto: «que para el conocimiento cierto se requiere necesariamente la

---

[1] Alio modo, ut intelligatur quod ad cognitionem certitudinaliter necessario concurrit ratio æterna quantum ad suam influentiam, ita quod cognoscens in cognoscendo non ipsam rationem æternam attingat, sed influentiam ejus solum. Et hic quidem modus dicendus est insufficiens secundum verba beati Augustini, qui verbis expressis et rationibus ostendit, quod mens in certitudinali cognitione per incommutabiles et æternas regulas habeat regulari, non tanquam per habitum suæ mentis, sed tanquam per eas quæ sunt supra se in veritate æterna.



razon eterna, como razon á un mismo tiempo reguladora y causal, no á la verdad como única razon, y en su claridad omnímoda, sino juntamente con la razon criada, y en cuanto por nosotros es contemplada en parte, *segun el estado proporcionado á nuestra condicion de viadores* [1].» En apoyo de este modo tercero, que es su propia sentencia, cita el doctor seráfico aquellas admirables palabras de San Agustin: «Sepa el impío que se convierte al Señor como á luz tal, que por ella, aunque apartándose él de Dios, era en cierto modo tocado. Porque de aquí procede que los mismos impíos piensan la eternidad, y reprenden con recto criterio muchas cosas y alaban otras, acertadamente tambien, en las costumbres de los hombres. Esto lo hacen, añade San Agustin, de conformidad con las reglas escritas en el libro de aquella luz que se llama verdad [2].» Por cuyas palabras, muy propias del lenguaje platónico del águila de Hipona, se nos enseña que la verdad de Dios, lo mismo que su bondad, su belleza y su justicia, resplandecen á nuestros ojos siempre que juzgamos de estas mismas escelencias cuando se nos ofrecen en las cosas criadas; pero no de suerte que las contemplemos intuitivamente, sino de un modo abstracto, mediato, ó sea por medio de los reflejos que reverberan las criaturas, donde las vemos *in saeculo et in aenigmate*. Que es precisamente lo que enseña San Buenaventura, diciendo, que *la verdad eterna no la vemos sola ni en su omnímoda claridad, sino junto con la razon criada, segun nuestro presente estado de viadores*.

Esto con relacion al objeto de nuestros conocimientos, porque en órden al sugeto de ellos, ó sea á nuestra mente, San Agustin declara en otro lugar, que ella se hace en cierto modo la misma ley, en cuanto es posible, como participacion que es de la razon increada. El doctor seráfico esplana su sentencia, observando que «para aprehender la mente en algun modo *(ali-*

---

[1] Et ideo est tertius modus intelligendi, quasi medium tenens inter utramque viam, scilicet, quod ad certitudinalem cognitionem necessario requiritur ratio æterna ut regulans et ratio motiva, non quidem ut sola et in sua omnimoda claritate, sed cum ratione creata, et ut ex parte à nobis contuita *secundum statum viæ*.

[2] Commemoratur impius ut convertatur ad Dominum, tanquam ad eam lucem, quæ etiam cum ab illa averteretur, quodammodo tangebatur. Nam hinc est quod et impii cogitant æternitatem et multa recte reprehendunt, recte quoque laudant in hominum moribus. (*De Trinitate, cap.* 15, *n* 21.)



quo modo) [1] aquellas reglas y razones inmutables, se requiere necesariamente la nobleza del conocimiento y la dignidad del sugeto inteligente. La nobleza, digo, del conocimiento, porque no puede darse el conocimiento cierto si de parte de lo escible no se da la inmutabilidad, y la infalibilidad de parte del que sabe. Porque la verdad creada no es inmutable absolutamente *(simpliciter)*, sino condicionalmente ó bajo alguna suposicion; y por un modo semejante debe decirse, que la luz de la criatura no es del todo infalible por su propia virtud, atento que una y otra, la verdad y la luz creadas, pasan del no sér al sér. Luego si para el conocimiento pleno hay que recurrir á la verdad enteramente inmutable y á la luz enteramente infalible, por necesidad ha de recurrirse al arte divino como luz y como verdad; luz, digo, que da estabilidad á la ciencia é inmutabilidad á la verdad. Pues como las cosas tengan su sér (ideal) en nuestra mente y en su propio género, y en el arte eterno, síguese que no le basta al alma, para llegarse á la ciencia cierta de las cosas, que estas tengan su sér ideal en la mente, ni que lo tengan en su propio género, pues por ambas partes son mudables, sino es menester que de algun modo las aprehenda en el arte divino [2].» Aquí tiene el lector una explicacion luminosísima de la verdadera doctrina ideológica, para cuya mas perfecta inteligencia conviene recordar, que la razon de la necesidad é inmutabilidad de las esencias criadas es su conformidad y semejanza con los archeti-

---

[1] Ita etiam quantum potest lex ipsa, etiam ipse *(homo)* fit, secundum quam judicat omnia, et de qua judicare nullus potest. *(De Trinitate, cap. XXXI, n.* 58.)

[2] Quod autem mens nostra in certitudinali cognitione aliquo modo attingat illas regulas et incommutabiles rationes, requiritur necessario nobilitas cognitionis et dignitas cognoscentis. Nobilitas, inquam, cognitionis, quia cognitio certitudinalis esse non potest nisi sit ex parte scibilis immutabilitas, et infallibilitas ex parte scientis. Veritas autem creata non est immutabilis simpliciter, sed ex conditione sive suppositione; similiter neque lux creaturæ est omnino infallibilis ex propria virtute, cum utraque sit creata et prodierit de non esse in esse. Si enim ad plenám cognitionem fiat recursus ad veritatem omnino immutabilem et stabilem, et ad lucem omnino infallibilem, necesse est quod in hujusmodi cognitione recurratur ad artem supernam ut ad lucem et veritatem; lucem, inquam, dantem infallibilitatem scienti, et veritatem dantem immutabilitatem scibili. Unde cum res habeant esse in mente et in proprio genere, et in æterno actu, non sufficit ipsi animæ ad certitudinalem scientiam veritas rerum secundum quod esse habent in se, vel secundum quod esse habent in proprio genere, quia uti ubique sunt mutabiles, nisi aliquo modo attingat eas in quantum sunt in arte æterna.

pos ó ideas con que están representadas eternamente en la inteligencia divina: toda cosa es lo que es y no otra cosa diferente, porque en ella se refleja el divino tipo ó ejemplar conforme al cual fué criada, al modo que en las artes las obras del artista estan primero en su mente por via de concepcion ideal, tornándose despues en hechos reales y externos, donde se revela el ingenio de su autor. Pues bien, así como el que contempla las obras del arte humano, ve en cierto modo reflejadas en ellas las concepciones del artista, así cuando conocemos las cosas naturales que forman el universo, que son obras del arte divino, vemos en ellas tambien las razones eternas de este supremo arte, de las cuales reciben los objetos criados el sér, la verdad, la belleza, la bondad, las perfecciones todas de sus respectivas esencias, á las cuales se deriva aquella necesidad é inmutabilidad con que están representadas en la inteligencia infinita. Ahora, como nuestro conocimiento de las cosas sea su reproduccion ideal en nuestra mente, síguese que, pues la esencia de ellas es necesaria con necesidad fundada en su semejanza con las razones eternas, cuando el entendimiento la contempla y ve que es imposible ser de otro modo, en el punto mismo entiende dichas razones, no ya directa, sino indirectamente, segun lo consiente el estado de viadores en que vivimos, reservándosenos el verlas directa é intuitivamente para cuando de viadores pasemos á comprensores, cuando podamos ver cara á cara el sol de verdad que ahora solo vemos reflejado en las verdades criadas. A que se añade, que así como la razon de la inmutabilidad de estas verdades se funda en la de los tipos del arte divino, así la luz interior con que las conocemos se deriva de la luz divina, principio y causa de la nuestra, del cual procede como de su orígen la seguridad y certidumbre con que las entendemos, toda vez que nuestro entendimiento en sí mismo es de suyo mudable y defectible, y há menester el arrimo y la cooperacion ó concurso de Dios para adherirse á la verdad conocida con asenso inconmovible y cierto.

Concuerda con esta esplicacion lo que añade el santo doctor al final del opúsculo que examinamos, que «pues el conocimiento cierto de las cosas compete al espíritu racional en cuanto es imágen de Dios, síguese que en dicho conocimiento aprehende las razones eternas; mas con ellas aprehende las se-

mejanzas de las cosas ***abstraidas del fantasma sensible, como razones propias y distintas del conocimiento, sin las cuales no le basta la luz de la razon eterna, mientras permanece en el estado de viadora,*** si no es que trasciende y sobrepuja este estado, gracias á alguna especial revelacion.....» Este último pasaje es del todo concluyente contra los ontologistas: el objeto propio y distinto de nuestros conocimientos universales y necesarios durante la presente peregrinacion, son las semejanzas de las cosas, ó sea las cosas mismas semejantes á sus eternos modelos, conocidas de nuestro entendimiento mediante el acto de abstraer, que las hace inteligibles. Pero precisamente este es el proceso del conocimiento, segun Santo Tomás, y esta la diferencia capital que separa su doctrina de la de los filósofos que rehusan á nuestro espíritu la luz con que hace inteligibles las cosas que nos rodean, pretendiendo verlas, no ya en sí mismas, en sus propios géneros y especies, sino en la luz de Dios, en las razones eternas percibidas en su misma fuente, confundiendo de esta suerte el estado de viadores con el de comprensores, la razon con la revelacion, la naturaleza con la gracia, el conocimiento discursivo de Dios que tenemos en el destierro, con el intuitivo que esperamos alcanzar viéndole cara á cara en los esplendores de la patria.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

SANCTISSIMI DOMINI NOSTRI PII

DIVINA PROVIDENTIA

PAPAE IX,

ALLOCUTIO

HABITA DIE XII MARTII MDCCCLXXVII AD S. R. E. CARDINALES IN ÆDIBUS VATICANIS.

Venerabiles Fratres:

Luctuosis exagitati Nostri Pontificatus temporibus pluries vestrum amplissimum ordinem in has ædes advocavimus, ea mente ut gravia mala apud Vos deploraremus quibus Ecclesia indigne affligitur, et contra ea quæ sive en Italia, sive in aliis regionibus in perniciem Ecclesiæ ac Sedis Apostolicæ patrata sunt, Nostras protestationes ederemus. Novissimis vero hisce annis novos et violentiores usque impetus atque injurias spectare debuimus, quas Ecclesia Dei in variis Orbis catholici partibus pertulit ab infensis hostibus, qui opportunam satis occasionem Jesu Christi sponsam oppugnandi reputaverunt calamitosam conditionem rerum nostrarum, et solitudinem, eam in qua Nos omni humana ope destituti versamur. Optassemus quidem hodierna die, Venerabiles Fratres, menti et cogitationi vestræ proponere immanem hanc lateque diffusam persecutionem, quæ in pluribus Europæ regionibus contra Ecclesiam sævit, sed habentes in animo acerbam hanc descriptionem alio Vobis tempore exhibere, interim facere non possumus, quin Ecclesiæ in hac Italia labores et vexationes in dies asperiores Vobis commemoremus, ac pericula quæ quotidie majora Nobis et huic Apostolicæ Sedi impendere conspicimus, aperiamus.

Septimus jam procedit annus, ex quo invasores civilis Nostri Principatus omnibus divinis ac humanis juribus proculcatis, solemnium pactionum fide violata, et calamitates illustris Nationis catholicæ opportunitatem suam reputantes, vi atque armis provincias quæ in nostra potestate adhuc erant occuparunt, hanc sanctam civitatem expugnavere, ac tantæ iniquitatis opere Ecclesiam universam luctu ac dolore compleverunt. Simulatæ atque infidæ promissiones, quas iis funestis diebus ipsi super rebus nostris, Guberniis exteris obtulere, declarantes se velle obsequium et honorem reddere libertati Ecclesiæ, et liberam ac plenam esse velle Romani Pontificis potestatem, efficere non potuerunt ut Nos vana spe illecti non penitus præciperemus animo, quæ luctuosa ac misera Nos sub eorum dominatione manerent; quin probe conscii consiliorum impiorum quæ propria sunt hominum quos novarum rerum studia et sceleratum fœdus consociat, aperte prænunciavimus eam sacrilegam invasionem non tantum spectare ad civilem Nostrum Principatum opprimendum, quantum ad destruendas facilius, temporali nostra dominatione oppressa, institutiones omnes Ecclesiæ, ad evertendam Sanctæ Sedis auctoritatem, ad vicariam Christi potestatem, quam licet immerentes gerimus in terris, omnino labefactandam.

Jamvero hoc opus demolitionis et eversionis omnium rerum quæ pertinent ad ecclesiasticum ædificium atque ordinem, si non quoad consilia ac odium persecutorum quoad gravissimas tamen ruinas quas usque ad hanc diem congesserunt, pene consummatum dici potest; ac satis est oculos convertere ad leges et decreta ab initio novæ dominationis huc usque edita, ut luculenter perspiciatur Nobis singillatim ac sensim alia ex aliis in dies media et præsidia fuisse sublata, quibus ad catholicam Ecclesiam, ut par est regendam et gubernandam, omnino indigemus. Enimvero iniquitas quæ completa est supprimendis ordinibus religiosis, Nos strenuis ac utilibus adjutoribus damnose spoliavit, quorum opera in expediendis ecclesiasticarum Congregationum negotiis, in tot partibus ministerii Nostri exercendis Nobis omnino necessaria est, ac eodem tempore hinc in urbe nostra tot domicilia delevit, quæ religiosos viros ex exteris nationibus excipiebant, qui statis temporibus in hanc metropolim convenire consueverant ad roborandum

spiritum, ad rationes de suo ministerio reddendas, atque ab ipsis radicibus crudeliter abscidit tot utiles et feraces plantas, quæ fructus benedictionis et pacis in omnes terræ plagas afferebant. Eadem autem suppressionis injuria quæ Collegia perculit pro sacris missionibus in urbe constituta ad dignos operarios efformandos, qui Evangelii lucem in dissitas etiam et inhospitas terras animose proferrent, ea misere subduxit tot populis tam salutare pietatis et charitatis auxilium magno cum detrimento ipsius civilis humanitatis et cultus, qui à Religionis nostræ sanctitate doctrina virtute dimanat.

Hujusmodi vero leges per se acerbissimæ et non solum Religionis, sed ipsius humanæ societatis utilitati perquam adversæ, majorem etiam acerbitatem deinde accepere ex novis ordinationibus rei publicæ ministrorum, quibus religiosarum familiarum communi in domo consociationes, et novæ admissiones pro regularibus utriusque sexus sub severis sanctionibus prohibentur. Disjectis Ordinibus religiosis, Clero sæculari destruendo consilia et opera conversa sunt, ac funesta ea lex lata fuit qua Nos et Pastores italici populi magno cum luctu videre debuimus juvenes clericos, Ecclesiæ spem, à sanctuario nequiter avulsos, et coactos, ætate ipsa qua se Deo solemniter consecraturi sunt, sæcularis militiæ balteum accipere, ac vitæ genus perferre, quod ab institutis et à spiritu vocationis eorum longissime abhorret. ¿Quid plura? Subsecutæ sunt aliæ injustæ leges, quibus universum patrimonium, quod Ecclesia sacris diuturnis inviolabilibus titulis possidebat, magna ex parte fuit ereptum, substitutis ejus loco ac ex parte tantum exiguis reditibus, qui ancipitibus temporum vicibus, et voluntati ac arbitrio publicæ potestatis penitus subjiciuntur. Deplorare etiam coacti fuimus magno numero ædificia quæ pieta fidelium gravibus admodum sumptibus toleratis erexerat, quæ christianis Romæ temporibus digna erant, quæque pacatum hospitium præbebant virginibus Deo devotis aut Regularium familiis, indiscriminatim legitimis possessoribus ejectis occupata fuisse, et in profanos usus destinata. Adempta insuper fuerunt potestati Nostræ, et sacrorum ministrorum curationi, tot pia opera et instituta caritati ac beneficentiæ exercendæ consecrata, quorum nonnulla egestati aliisque miseriis et necessitatibus sublevandis mira munificentia ipsi Romani Ponti-

fices Prædecessores Nostri et exterarum gentium pia liberalitas condiderant; ac si qua ex iis publicæ caritatis operibus adhuc sub Ecclesiæ vigilantia manent, lex quædam non serius roganda esse fertur, qua illa à Nobis subtrahantur aut funditus aboleantur, veluti publica documenta non dubie nec obscure prænunciant. Vidimus præterea, idque anima Nostra supra omnem modum dolore perculsa commemoramus, Ecclesiæ auctoritati et moderationi subductum publicum ac privatum doctrinarum et artium magisterium, et docendi munus concreditum hominibus suspectæ fidei, aut apertis Ecclesiæ inimicis, et qui non dubitarunt atheismi impietatem publice profiteri.

Occupatis hac ratione et eversis tot religiosis magnique momenti institutionibus, id non satis visum est filiis Ecclesiæ desertoribus nisi etiam impedimenta ponerent sanctuarii Ministris, ne suum spirituale ministerium valeant libere exercere; atque huc etiam nefarie perventum est ea lege, in aula oratorum legibus ferendis novissime approbata, quæ de *Cleri abusibus* inscribitur, cujus vigore crimini et noxæ vertuntur Episcopis itemque sacerdotibus, ac gravibus pœnarum sanctionibus mulctantur ii actus, quos sub insidioso nomine perturbationis conscientiæ, quam dicunt publicæ, aut pacis familiarum prædictæ legis auctores complectuntur. Ejus porro quam innuimus legis jussu, verba ac scripta omnis generis quibus Religionis administri decreta leges aut alium quemque publicæ auctoritatis actum vel rei sacræ juribus, vel Dei aut Ecclesiæ legibus adversantem, pro sui officii ratione notandum ac improbandum censeant, animadversioni et pœnis perinde subjiciuntur, ac opera illorum qui prædicta scripta ediderint aut diffuderint, quocumque ex ordine ecclesiasticæ auctoritatis, aux ex loco ipsa manaverint. Ubi hæc lex perlata et promulgata fuerit integrum erit laico tribunali judicium ferre, utrum ac quomodo sacerdos in sacramentis administrandis, in divini verbi prædicatione conscientiam publicam et domesticam tranquillitatem perturbaverit, ac episcopalis et sacerdotalis vocis ea erit conditio ut ea comprimatur aut obstruatur, non minus quam vox ipsa Jesu Christi Vicarii, qui quamvis in se ipso nulli animadversioni obnoxius dicatur ob rerum politicarum rationes, in persona tamen eorum qui ejus novæ affines fuerint puniendus esse censetur, uti publicus regni administer in conventu le-

gumlatorum palam significare non dubitavit, cum respectu ad Nos habito aperte profiteretur nec novum aut insolitum esse in legibus, nec à juris criminalis ratione, scientia ac usu absonum, pœnis subjici participes criminis, ubi præcipuus auctor puniri non possit. Ex quo intelligitur ad Nos etiam ex dominantium sententia hujus legis telum spectare, ita ut ubi nostra verba aut acta in offensionem ejus legis incidant, Episcopi aut sacerdotes qui nostros sermones et monita aut evulgarint aut executi fuerint, pœnas laturi sint ejus prætensi criminis, cujus reatum et culpam Nos uti præcipuus auctor sustinere indicabimur.

En, Venerabiles Fratres, quemadmodum non solum tot præsidia, tot instituta roborata sæculis, invicta tempestatibus, Ecclesiæ administrationi necessaria hostili violentia ac demolitione apud Nos aversa sunt, sed eo etiam progressum est, ut sublime illud munus docendi, vigilandi animarum saluti, prospiciendi quod Ecclesia à suo divino conditore accepit, nefario modo impediatur, severissimis pœnis indictis ad obstruendum os ministrorum ejus, qui dum docent populos servare omnia quæ Christus mandavit, dum instant opportune, importune arguunt, obsecrant, increpant in omni patientia et doctrina, illud agunt quod divina eis et apostolica auctoritate præcipitur. Alias auten tenebrosas molitiones oppugnatorum Ecclesiæ silentio præterimus, à quibus nonnullorum etiam ex publicis administris consilia et incitamenta non abesse cognoscimus, quæ eo spectant ut majorum tribulationum dies Ecclesiæ ipsi adducantur, vel promovendis schismatis occasionibus ubi futuri Pontificis electio inciderit, vel Episcoporum qui Ecclesiis Italiæ præsunt spiritualis auctoritatis usu impediendo, cujus rei causa Nos novissime declarare coacti fuimus, tolerari posse ut acta canonicæ institutionis eorumdem Episcoporum laicæ potestati exhibeantur, ad occurrendum quantum in Nobis est, funestissimis rerum adjunctis, in quibus non amplius agebatur de temporalium bonorum possessione, sed ipsæ fidelium conscientiæ, earum pax, animarum procuratio et salus, quæ suprema Nobis lex est, in apertum discrimen vocabantur. Verum in hoc quod egimus ad gravissima pericula removenda, palam ac iterum agnosci volumus, Nos injustam eam legem quæ *regium placitum* vocatur omnino improbare ac detestari aperte declarantes, per ipsam

lædi divinam Ecclesiæ auctoritatem, ejusque libertatem violari.

Post hæc autem quæ hactenus exposuimus, omittentes plura alia, ad quæ deploranda sermonem nostrum producere possemus illud petimus, qua ratione fieri possit ut Ecclesiam gubernare valeamus sub dominatione ejusmodi potestatis, quæ omnia Nobis media et præsidia ad Apostolatum nostrum exercendum continenter adimit, omnem viam obstruit, nova in dies impedimenta, novas difficultates interponit, novos usque laqueos insidiasque molitur? Profecto Nos satis mirari non possumus eos homines reperi quorum nescimus, utrum levitas an malitia major sit, qui sive per publicas ephemerides, sive peculiaribus scriptis, sive impudentibus sermonibus plurium occasione conventuum habitis, obtrudere et persuadere populis conantur, præsentem Summi Pontificis in urbe conditionem talem esse, ut etiam sub alterius potestatis dominatione constitutus plena libertate fruatur, ac tranquille et plene possit suo supremo spirituali primatu perfungi. Ad quam opinionem publice confirmandam nullam elabi occasionem sinunt, sive cum Episcopi et fideles ex exteris plagis ad Nos visendos accedunt, sive cum eorum pios cœtus in conspectum nostrum admittimus, sive cum impios ausus contra Ecclesiam Nostris ad eos sermonibus deploramus, quin de industria et callide incautis insinuare studeant, Nos reipsa plena potestate et libertate frui tum loquendi tum excipiendi fideles, tum Ecclesiam universam administrandi. Mirum Nobis est quod talia impudenter jactari possint, quasi exercitium illorum actuum qui recensentur plene et omnino esset in nostra potestate, et quasi iis tota gubernationis Ecclesiæ ratio quæ ad munus Nostrum pertinet, contineretur. Quis enim nescit non sub Nostra sed sub dominantium potestate esse actus ejus libertatis, quam tantopere extollunt, ita ut eatenus et tamdiu eosdem actus exercere possimus, quatenus et quamdiu hoc ab iis non impediatur?

Quæ tamen nostrorum actuum libertas quantum sub eorum potestate sit, etsi alia argumenta deessent, satis innuit ac docet novissima ea lex quam nuper deploravimus, qua liberum exercitium spiritualis nostræ potestatis, et ministerii ecclesiastici ordinis nova et intollerabili oppressione constringitur? Quod si nonnullos actus Nos posse exercere permiserint, ea de causa

quod agnoscant quantopere eorum intersit Nos sub eorum dominatione liberos existimari, quam multa tamen gravissima pernecessaria summique momenti sunt quæ ad formidanda onera ministerii Nostri pertinent, quibus reipsa ac rite perficiendis, Nos dominantium jugo subjecti, omni necessaria facultate et libertate caremus? Vellemus quidem illos qui ea quæ retulimus scribunt aut loquuntur, oculos suos ad ea quæ circa Nos accidunt conjicerent, ac alieno paulisper à partibus animo dijudicarent, utrum vere dici possit Ecclesiæ regendæ potestatem Nobis divinitus commissam, eum eo statu ad quem Nos adegit invasorum dominatus posse componi. Vellemus eos agnoscere convicia, injurias, contumelias quæ etiam in aula Oratorum Populi continenter contra humilitatem Nostram effunduntur, convicia in quibus Nos quidem ignoscimus miseris qui ea promunt, sed tamen in offensionem maximan fidelium cedunt quorum communis Pater violatur, et eo tendunt ut imminuatur apud eos existimatio, auctoritas, veneratio, quam Vicariatus Christi quem indigni sustinemus, suprema dignitas et sanctitas postulat. Vellemus eos testes esse probrorum et calumniarum quibus tum amplissimus ordo vester, tum sacri Ecclesiæ Magistratus omnibus modis impetuntur, tanto cum administrationis eorum detrimento; testes esse irrisus ac ludribii quo augusti ritus ac institutiones catholicæ Ecclesiæ dehonestantur, petulantiæ qua sanctissima religionis mysteria profanantur, ac conspicere publicis honoris significationibus et pompis decoratam impietatem et atheos homines, dum contra, religiosæ supplicationes et pompæ vetantur, quas avità italorum pietas libere semper celebrare solemnibus temporibus consuevit. Vellemus etiam ipsis notas esse blasphemias, quæ impune, auctoritate publica dissimulante, contra Ecclesiam in legumlatorum conventu conjiciuntur, in quo Ecclesiæ ipsi subvertendi et aggrediendi criminatio est illata, libertas ejus nefarium ac fatale principium vocatum est, doctrinæ ejus perversæ, ac societati et moribus adversantes appellatæ sunt, vis et auctoritas ejus tanquam civili consortio perniciosa incusata fuit. Neque possent iidem confictæ nostræ libertatis præcones inficiari tot multiplices continuas graves occasiones, in id comparatas ut incauta juventus inflammatis cupiditatibus corrumpatur, ac ex ejus animo catholica fides radicitus extirpetur.

Si ipsi demum vias hujus urbis, quæ per B. Petri cathedram religionis sedes et caput est, obirent, indicare percommode possent utrum templa acatholici cultus his temporibus excitata, scholæ corruptionis quaquaversus diffusæ, tot domus perditionis passim constitutæ, obscena et fœda spectacula quæ oculis populi offeruntur, talem rerum conditionem faciant, quæ tolerabilis sit ei qui pro sui apostolatus officio debet quidem et vellet tot malis occurrere, at contra omnibus mediis et rationibus, omni potestatis exercitio privatur, quo possit vel uni tantum ex tot malis necessaria remedia adhibere, et animabus in exitium ruentibus opem ferre. Hic tandem est, Venerabiles Fratres, status cui subesse cogimur opera ejus Gubernii quod in hac urbe dominatur, hæc est illa libertas et potestas exercendi ministerii nostri cujus nomine abutuntur et qua Nos potiri impudenter jactitant: libertas scilicet videndi demolitionem in dies deteriorem ordinis et constitutionis ecclesiasticarum rerum, videndi exilium animarum, quin operam nostram ad tot damna opportune reparanda impendere et navare possimus.

His ita se habentibus nonne nova amarulenta irrisio et ludibrium existimandum est illud quod sæpe dicitur, nempe debere Nos conciliationis et Concordiæ consilia cum novis dominatoribus inire, cum hæc conciliationis ratio non aliud ex parte nostra esset, nisi omnino prodere, non modo summa Sanctæ hujus Sedis jura, que tanquam sacrum et inviolabile depositum ad hanc supremam cathedram evecti custodienda ac tuenda recepimus, sed etiam et præcipue prodere divinum ministerium Nobis pro salute animarum commissum, tradere hæreditatem Christi in manus auctoritatis hujusmodi, cujus opera ad ipsum catholicæ religionis nomen, si fieri posset, delendum, diriguntur? Nunc profecto terrarum orbi claro in lumine omnique ex parte conspicienda præbetur vis, vigor, fides earum concessionum, quibus ad fidelium illusionem hostes nostri libertatem et dignitatem Romani Pontificis tueri se velle ostentarunt, quæ fundamentum suum positum habent in arbitrio ac hostili voluntate reipublicæ moderatorum, quorum in potestate est juxta sua consilia et rationes, ac pro lubitu eas aptare, servare, interpretari, atque executioni mandare. Haudquaquam certe, haudquaquam Romanus Pontifex est aut erit unquam plenæ libertatis compos, ac suæ plenæ potestatis, donec aliis in urbe

sua dominantibus subjiciatur. Alia ejus sors Romæ esse non potest nisi aut supremi Principis aut captivi: nec unquam catholicæ Ecclesiæ universæ pax, securitas, tranquillitas constare poterit, donec exercitium supremi apostolici ministerii obnoxium fuerit studiis partium, arbitrio dominantium, vicibus politicarum electionum, consiliis et operibus hominum callidorum ac utilitatem justitiæ præferentium.

At in tantis malis queis laboramus et premimur ne putetis, Venerabiles Fratres, aut animum Nostrum fractum concidere, aut illam in Nobis fiduciam deficere, qua Omnipotentis et Æterni decreta expectamus. Nos quidem consilium eum inissemus post occupationem ditionis Nostræ Romæ potius manendi quam quærendi alienis in terris tranquillum hospitium, idque ea mente ut penes Beati Petri sepulcrum pro re catholica vigiles excubias ageremus, nunquam destitimus, auxiliante Deo, pro causa Ejus tuenda certare, et quotidie certamus nullibi loco cedentes hosti nisi vi depulsi, ut perpauca illa quæ adhuc reliquia sunt, ab impetu diripientium et pervertere omnia conantium vindicemus. Ubi autem cætera Nos defecerunt præsidia quibus Ecclesiæ et religionis rationes tueremur, Nos nostræ vocis et nostrarum expostulationum officio usi sumus; cujus rei testes estis ipsi quibus communia pericula communis Nobiscum dolor fuit: sæpe namque verba excepistis publice à Nobis prolata, sive ut nova facinora reprobaremus et contra invalescentem hostium violentiam protestaremur, sive ut aptis monitis fideles instrueremus ne insidiis improborum et simulatæ religionis specie, neu noxiis falsorum fratrum doctrinis deciperentur. Utinam vocibus Nostris tandem admoveant aures, animumque adjiciant illi quorum ad officium pertinet et maxime interest, auctoritatem Nostram sustentare, et causam qua nulla justior et sanctior, viriliter tueri. Nam qui fieri potest ut illorum prudentiam fugiat, frustra solidam ac veram prosperitatem in nationibus, tranquillitatem ac ordinem in populis, stabilitatem potestatis in iis qui sceptra tenent expectari, si Ecclesiæ auctoritas quæ societates omnes recte constitutas vinculo religionis continet, impune contemnatur et violetur, ejusque Caput supremum in suo ministerio obeundo plena libertate uti nequeat, et potestatis alterius sit obnoxius arbitrio?

Illud sane feliciter accidisse lætamur, ut voces Nostræ ab

universo catholico Populo filiali pietate Nobis obstricto, libentissime magnoque cum fructu exceptæ fuerint; talia enim sunt quæ ab ipsis accepimus dilectionis assidua et iterata testimonia, ut et ipsis et Ecclesiæ summam gloriam conferant, et bene sperare Nos jubeant lætiores dies eidem Ecclesiæ et huic Apostolicæ Sedi orituros. Ac profecto vix verbis æquare possumus jucunditatem solatii quod percepimus validis licet auxiliis undique destituti, intuentes egregios animorum motus et generosa studia quæ sponte excitata latius in dies propagantur inter gentes etiam remotissimas, ut Romani Pontificatus et humilitatis Nostræ causam suscipiant, dignitatem tueantur. Liberalia subsidia quæ ex omni terrarum parte ad Nos perveniunt ut urgentibus necessitatibus Sanctæ hujus Sedis prospiciamus, et frequentia tot filiorum nostrorum qui ad has Vaticanas ædes ex omni gente confluunt, ut visibili Ecclesiæ capiti devotam voluntatem suam testentur, ejusmodi pignora animorum fidelium sunt, pro quibus pares agere gratias divinæ bonitati omnino nequeamus. Vellemus tamen ab omnibus intelligi, quod salutaris documenti loco esset, intimam vim et significationem veram peregrinationum istarum, quas hoc tempore crebro iterari videmus, quos Romanus Pontificatus teterrimum bellum experitur. Scilicet illæ non eo valent tantum ut amorem et observantiam fidelium prodant erga humilitatem Nostram, sed manifestum præbent indicium sollicitudinis et anxietatum quæ eorum corda perturbant, quod communis Parens in abnormi prorsus ac incongrua conditione versatur. Neque hæc anxietas et sollicitudo conquiescet, imo augeatur oportet, donec in possessionem plenæ et veræ libertatis, Pastor universæ Ecclesiæ restituatur.

Interea nihil magis optamus, Venerabiles Fratres, quam ut voces Nostræ ex hoc parietum septo ad ultimos terrarum fines manent, ut totius orbis fidelibus pro illustribus quæ continenter ipsi exhibent filialis dilectionis et obsequii argumentis, sensus gratissimi animi nostri testentur. Optamus enim iis gratias agere pro pia liberalitate, qua etiam interdum difficultatis rerum suarum obliti Nobis opitulantur, agnoscentes Deo offerri quidquid Ecclesiæ tribuitur, gratulari pro magnanimitate et virtute, qua impiorum iras et irrisiones despiciunt; Nosque iis devinctos profitere pro alacritate qua significationes sui amoris

Nobis offerre student ad celebrandam anniversariam diei illius memoriam, quo ante quinquaginta annos Episcopalis consecrationis munus, licet indigni, suscepimus. Nec minus nobis in votis est, ut omnes etiam Ecclesiarum quæ late per orbem diffusæ sunt, Pastores, voces has Nostras excipientes ex iis incitamentum sumant, ut significent fidelibus suis pericula, oppugnationes et incommoda quotidie graviora, quibus premimur, eosque simul certiores faciant, Nos quidem nunquam destituros, quicumque rerum exitus futurus sit, ab improbandis iniquitatibus quæ coram Nobis patrantur; verum fieri posse aliquando, cum propter leges nuper rogatas, tum propter alias quæ prænuntiantur etiam sæviores, ut vox Nostra usque ad eos nonnisi rarius, et ægre admodum per interpositas difficultates possit afferri. In his tamen rerum adjunctis Pastores ipsos excitamus, ut greges suos præmoneant, ne fallacibus capiantur artibus queis homines fraudulenti veram rerum conditionem, in qua positi sumus, verbis invertere et deformare nituntur, sive celantes acerbitatem ejus, sive libertatem Nostram extollentes, et potestatem nostram nemini obnoxiam esse affirmantes, dum vere rem totam sic paucis complecti possumus, scilicet Ecclesiam Dei in Italia vim et persecutionem pati: Christi Vicarium neque libertate, neque expedito plenoque usu suæ potestatis frui.

Cum res hoc loco sint, nihil opportunius ducimus, nihil cupimus impensius, quam ut iidem omnes Sacrorum Antistites, qui miram concordiam in tuendis Ecclesiæ juribus et egregiam in Apostolicam Sedem voluntatem suam multiplici indicio Nobis constanter probarunt, fideles quibus præsunt excitent, ut ea ratione ac ope quam jura sinunt cujusque regionis, sedulo agant apud eos qui summam rei publicæ tenent, quo accuratius gravis conditio perpendatur, in qua Caput catholicæ Ecclesiæ degit, atque efficatia adhibeantur consilia obstaculis amoliendis, quæ veram ac plenam *independentiam* ejus impediunt. Quoniam autem Dei omnipotentis est mentibus lumen inmittere et flectere hominum corda, non solum Vos rogamus, Venerabiles Fratres, ut fervidis apud Eum precibus hoc maxime tempore utamini, sed et ipsos catholicorum omnium populorum Pastores vehementer hortamur, ut fideles sibi concreditos in sacra templa convenire curent, ubi pro Ecclesiæ matris salute, pro inimicorum nostrorum conversione, et fine malorum tam gra-

vium lateque patientium humiles preces ex intimo animo effundant. Excipiet, ut firmiter confidimus, orationem populi ad se clamantis Deus, cui beneplacitum est super timentes Eum, et in eis qui sperant super misericordia Ejus.

Cæterum, Venerabiles Fratres, confortemur in Domino et in potentia virtutis Ejus, atque induti armaturam Dei, loricam justitiæ et scutum fidei, præliemur strenue ac fortiter adversus potestatem tenebrarum, et nequitiam hujus sæculi. Ita certe studium omnia miscendi perturbandique eo devenit, ut torrentis instar omnia se in præceps tracturum minitetur, nec pauci ex iis qui novarum rerum auctores aut fautores extiterunt, respectant conterriti, operis ipsi sui formidantes effectus. At Deus Nobiscum est, eritque usque ad consummationem sæculi. Timendum est iis de quibus scriptum est: «Vidi eos qui operantur iniquitatem et seminant dolores et metunt eos flante Deo periisse, et spiritu iræ Ejus esse consumptos.» At Deum timentibus et certantibus in nomine Ipsius ac in Ejus potentia sperantibus, misericordia et præsidium reservatum est, neque dubitandum quin cum Ejus sit causa, Ejus sit pugna, Ipse certantes adjuvet ad victoriam.

CRONICA INTERIOR

1. Resultado de las elecciones de Senadores.—2. La cuestion de fueros en Vizcaya.—3. Conflicto en la Habana con motivo de la provision de la Canongía penitenciaria.—4. Muerte de Fernan-Caballero.

1. El resultado de las elecciones de Senadores ha sido tal como se esperaba, habiendo triunfado en la inmensa mayoría de los distritos los candidatos ministeriales, segun costumbre, y aun en algunas corporaciones de las que con arreglo á la legislacion vigente tienen derecho á enviar un representantes á la alta Cámara.

El periódico constitucional *Los Debates*, clasifica de la manera siguiente á los senadores de oposicion elegidos por las provincias y corporaciones:

«Moderados. Egaña (D. Pedro), Casado, Barona, Conde de Hust, Gomez Sillero, Abril, Villanova, Hierro, Baron de Cuatro Torres, Duque de Villahermosa, Baron de Covadonga, Quintana, Benavides, Madrazo, Alonso Rubio.—Total 15.

Constitucionales. Pelayo Cuesta, general Rey, Montejo, Abascal, Moreno Benitez, Maluquer, Mazo, Rodriguez Arias, Conde de Almina, general Gaminde y Valera. El Sr. Monteverde se presenta por Canarias, donde probablemente será electo.—Total 11.

Radicales. Beranger, Becerra, Escosura y Asquerino.—Total 4.

Ultramontanos. Los Sres. Obispos de Córdoba, de Tortosa, de Sigüenza, de Segorbe, de Salamanca, de Jaen, de Oviedo, de Palma y Prior de las Ordenes.»

De los 106 senadores de nombramiento de la Corona, cuyos nombres publicó hace algunos dias el periódico oficial, 83 son ministeriales y 23 de oposicion.

Representan al Episcopado en la alta Cámara, además de los 9 prelados elegidos por los cabildos metropolitanos, los Eminentísimos Cardenales Arzobispos de Toledo y Zaragoza, el Cardenal Patriarca de las Indias, los M. R. Arzobispos de Granada,

Valladolid, Valencia y Manila, senadores por derecho propio, y el R. Obispo de Orihuela, senador por nombramiento de la Corona.

2. La provincia de Vizcaya, al decir de un periódico ministerial, se ha separado en todo y por todo de la conducta seguida por las de Guipúzcoa y Alava, resistiéndose á tratar con el Gobierno sobre la forma más adecuada de dar cumplimiento á la ley de 21 de Julio último.

El *Irurac-bat*, periódico de Bilbao, ha dado cuenta en la forma siguiente de los sucesos á que se alude en las líneas que anteceden:

«Dos grandes, solemnes y extraordinariamente importantes sesiones celebró el lunes y martes de esta semana (dias 2 y 3 de abril) la comision permanente de Vizcaya, compuesta de la Diputacion, regimiento general, padres de provincia y representantes de las merindades. Duró la primera desde las ocho hasta las doce y media de la noche: se prolongó la segunda hasta las once. Levantados y luminosos debates se sostuvieron en ambas, y al cabo se adoptaron acuerdos de gravísima trascendencia.

»Acordada en la primera, por 16 votos contra 13, la no necesidad de reunion de juntas en medio de las circunstancias actuales, en la segunda se acordó unánimemente, prévias algunas salvedades indispensables hechas por los indivíduos de la que habia sido minoría, la disolucion de la comision permanente y suspension del régimen foral. Este acuerdo fué notificado inmediatamente al señor corregidor político, por una comision salida del seno de la asamblea.

»Ha cesado, por tanto, de existir el régimen foral.»

El gobernador de Bilbao ha publicado en *Boletin* extraordinario, á consecuencia de haberse disuelto la diputacion foral, una órden concebida en estos términos:

«Vizcainos: La Ilma. Diputacion y el regimiento general del Señorío se han disuelto espontáneamente, haciendo dejacion completa de sus cargos, segun me han informado.

»A fin de que la provincia no quede sin administracion, y en tanto que se reunen las juntas generales del país, que voy á convocar para que resuelvan sobre este y otros puntos, he dispuesto que la junta extraordinaria de señores jueces de primera instancia, que ya funciona en esta y en las demás capitales de las Provincias Vascongadas, se ocupe de la marcha de los asuntos que venian estando encomendados á la Ilma. Diputacion.

»Al haceros saber esta determinacion, os anuncio que han sido confirmados en sus puestos todos los funcionarios y empleados de la Ilma. Diputacion, y que en nada se altera el sistema que aquella corporacion tenia establecido.

»De vuestra sensatez y cordura espero me ayudeis con buena voluntad á no causar ningun mal á este país, que es el vehemente deseo de vuestro gobernador, *Antonio de Aranda é Ibarrola.*=Bilbao 28 de marzo de 1877.»

3. El nombramiento de canónigo penitenciario de la Habana, hecho por el ministro de Ultramar á fines del año último, contra los más terminantes principios de los Sagrados Cánones y del derecho español, ha dado lugar á un conflicto entre las potestades civil y eclesiástica, conflicto tanto más lamentable, cuanto que la especial situacion de la isla de Cuba hace necesario el mejor acuerdo y armonía entre todos los elementos que pueden contribuir con eficacia á la mejora de la administracion pública y á la conclusion de la guerra.

El Vicario capitular de la diócesis se ha negado, en cumplimiento de su deber, á dar posesion al presbítero D. Eugenio Neter de la prebenda con que ha sido agraciado por el ministro fundándose en multitud de prescripciones canónicas y civiles, resumidas y compendiadas con lucidez en un notable escrito por el distinguido jurisconsulto y escritor católico D. Nicolás María Serrano. Por los siguientes párrafos que tomamos de dicho opúsculo, podrán juzgar nuestros lectores del asunto en cuestion, en el cual, como se deja ver fácilmente, toda la razon está de parte de la autoridad eclesiástica.

«El Papa Benedicto XIII, en la Constitucion *Pastoralis Officii,* mandó que las canongías lectoral y penitenciaria se proveyesen por oposicion. Benedicto XIV, en Breve de setiembre de 1753, relativo al cumplimiento del Concordato con el rey de España, confirmó la Constitucion anteriormente citada, haciendo extensivo el requisito de la oposicion á las canongías doctoral y magistral, que con las dos referidas constituyen, como es sabido, las cuatro prebendas de oficio, que segun lo determinado por el Concilio Lateranense IV, por el Tridentino y las Constituciones de Sixto V y Leon X, deben existir en todas las iglesias Catedrales.

»Las leyes de Indias, conformes con los Cánones, establecen

(ley 7.ª, tít. 6.°, lib. I de la Novísima Recopilacion de Indias), que las cuatro canongías de oficio *se provean por oposicion y exámen, como en la ciudad y reino de Granada*, fijándose préviamente edictos en las *ciudades, villas y lugares, para que los letrados sepan el concurso y puedan concurrir á dicho acto*. En la ley 8.ª se define quiénes han de tener voto en la eleccion, y en la 9.ª, qué se cumpla lo que acerca de las cualidades que han de tener los elegidos dispone el Concilio de Trento.

»Estas leyes de Indias han estado siempre vigentes, y reconociéndose su validez se han dictado varias reales órdenes, entre ellas la de 3 de setiembre de 1867, 4 de diciembre del 74 y 24 de abril del 75, y en esta última, siendo rey de España D. Alfonso XII y presidente del Consejo el Sr. Cánovas del Castillo, se mandaba proveer por oposicion la Penitenciaría de la Habana, á tenor de lo que prescribe la ley 7.ª, tít. 6.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion de Indias.

»Pues cuando se hallaban ya fijados los edictos para la oposicion de la penitenciaría de aquella Catedral, y por este hecho iniciado ya el acto de la provision de la prebenda, hé aquí que el Sr. Ministro de Ultramar nombra por sí canónigo penitenciario al citado Sr. Neter.

»Tal es la causa que hoy motiva la oposicion del Vicario Capitular de la Habana, á quien su conciencia y el conocimiento de los Cánones y de las mismas leyes, le impiden en este punto dar la posesion al capitular nombrado, contra lo que se prescribe en las referidas disposiciones eclesiásticas y civiles.»

4. Las letras españolas acaban de esperimentar una sensible pérdida con la muerte de la distinguida escritora Doña Cecilia Bohl, tan popular y tan justamente apreciada bajo el pseudónimo de *Fernan-Caballero*.

Hija de padres alemanes, aunque domiciliados en España, habia llegado á ocupar un lugar eminente en la república de las letras, dedicando su peregrino ingenio á la noble tarea de difundir, por medio de sus escritos, los principios de la moral cristiana, y á conservar, en narraciones y cuadros, notables por su naturalidad y sencillez, la memoria de nuestras tradiciones y costumbres.

CRONICA ESTERIOR

Roma.—1. Audiencia concedida por Su Santidad á las Sociedades católicas de Roma y á los Alumnos del Colegio de *Propaganda Fide*.—2. Presagio de nuevas iniquidades contra la Santa Sede.—3. La circular de Mancini, juzgada por algunos periódicos liberales.—Prusia.—4. La dimision de Bismarck: Oriente—5. El protocolo y sus resultados.

1 El domingo 11 de marzo recibió Su Santidad en audiencia privada al marqués Francisco Patrizi con el Consejo Directivo de la Sociedad Católica del Socorro, y escuchó benignamente el relato de los progresos de esta Asociacion, que cuenta al Papa mismo entre sus principales bienhechores; Su Santidad contestó con palabras satisfactorias, dando á todos su bendicion apostólica. Rodeado de su noble Córte y de varios Emmos. Cardenales, concedió luego audiencia á todos los Consejos Directivos de las Sociedades Católicas Romanas, que componen la federacion *Piana*.

El marqués Capránica leyó un notable mensaje, en el cual expresó los sentimientos de adhesion y de afecto de toda la federacion hácia Su Santidad, haciendo notar entre otras cosas, que si la Sociedad confederada producia en Roma algunos frutos de consuelo para la Iglesia, todo se debia á la gracia celestial avalorada con la bendicion del Papa. Porque, añadia, la razon y la fe han demostrado en todos tiempos que las instituciones católicas tienen tanto más vigor y vida, cuanto más próximas están á la Sede de Pedro, á la Maestra infalible del Orbe Católico, pues la cátedra de Pedro es la fuente viva de donde manan los arroyos que fecundizan con sus aguas saludables toda la tierra; el sol benéfico, que rompe las tinieblas de la ignorancia y del error, y enseña á las inteligencias el camino que deben seguir; y la única maestra de verdadera sabiduría. Ella salvó á la filosofía de la incredulidad, del racionalismo y del ateismo. Ella libró á Europa de la barbarie que la amenazaba en la Edad Media; y ella únicamente es quien enarbola en los tristes tiempos que alcanzamos la bandera de la justicia y del

derecho, hoy incesantemente conculcada por traiciones, felonías, engaños y violencias de todo género. Si Roma fué siempre la Atenas de las letras y la Corinto de las artes, débelo tan solo á la Sede de Pedro, que protegió, premió y formó siempre al ingénio.

Terminada la lectura de este mensaje, el Padre Santo respondió con breves palabras, pero llenas de altísima sabiduría, mostrando la necesidad de oponerse con buenas obras al cúmulo de males producidos por el descreimiento y la impiedad, y encareciendo la necesidad de proseguir cada dia con mayor celo la noble tarea emprendida por la federacion, para impetrar de Dios la gracia de ver el triunfo de la Iglesia y merecer las bendiciones celestiales en esta vida y en la otra.

El domingo 25 de marzo, eran los Alumnos del Colegio Pontificio de *Propaganda Fide* los que recibian la gracia de una audiencia del Padre Santo, el cual se dignó contestar al mensaje que le presentaron, segun vemos en la *Voce della Veritá*, con un notabilísimo discurso, dicho con el acento de bondad que le es propio, y con voz fuerte y robusta, haciendo notar esto último, para desmentir los falsísimos rumores que habian difundido en estos dias los periódicos liberales sobre el estado de la salud del Padre Santo. Su Santidad, añadia la *Voce della Veritá*, no ha dejado de levantarse todos los dias muy temprano para celebrar la santa Misa, y de recibir todos los dias en audiencia á los Emmos. Cardenales, y á todos los prelados que han tenido que tratar con él sobre asuntos relativos al gobierno de la Iglesia, así como á muchos particulares italianos y extranjeros. Es cierto, sin embargo, que en las audiencias concedidas á estos últimos, se ha procurado que no entrasen muchos de una vez para no fatigar al Padre Santo. Pero de estas ligeras precauciones, á estar malo, hay mucha diferencia.

2. El Ministro de Justicia, Mancini, no contento con haber promulgado la ley sobre *los abusos del clero*, piensa segun dan á entender sus periódicos, en dictar otra no menos inícua; declarando el Vaticano territorio nacional, y propiedad del Estado, en su consecuencia, las bibliotecas, el precioso archivo, los museos y coleccion de cuadros que contiene: hecho lo cual se invitaria al Papa á trasladarse al Palacio Apostólico contíguo á la Basilica Laterana, porque esta es *dogmate papali atque impe-*

riali omnium Ecclesiarum mater et magistra. Es de creer que el admirable efecto producido en todos los paises por la última alocucion de Su Santidad, será parte para impedir que el Ministerio italiano consume tan inícuo propósito.

3. Algunos periódicos liberales, tanto italianos como extranjeros, han juzgado la Circular de Mancini sobre la alocucion de Su Santidad, en términos que no honran mucho á quien la ha escrito.

L'Opinione la considera tan mala en la forma como en el fondo, y la *Gaceta de Italia* la ha comentado de esta suerte: «Con que fin, sino es el de ejercer presion sobre los senadores contrarios á la ley de los abusos del clero, haya publicado el ministro esta circular, no podemos adivinarlo..... Si es solo por la vanidad de entrar en polémica con el venerable Pontífice, el Sr. Mancini obra mal aconsejado. Quien tiene un público tan corto y limitado, no puede esperar vencer en una polémica con quien tiene por escena el mundo, y por auditorio doscientos millones de fieles. La voz de un ministro italiano es, comparada con la del Papa, lo que la esquilà de una oveja comparada con el estampido del cañon. Por otra parte un Ministro no dispone sino de los medios legislativos, y un Pontífice tiene en su auxilio todas las ciencias, y desde el catecismo al dogma, todo concurre á hacerle fácil una polémica con hombres que, como Mancini, se han alejado de la vida del profesorado para lanzarse en el laberinto de la política engañosa. ¿Qué se puede decir de un hombre que, como Mancini, levantándose sobre la punta de los piés para parecer mas alto y alzando la voz para parecer mas autorizado, pretende redargüir al Pontífice, acusarlo de ingrato y rebajar la ley de las garantías á la categoría de *concesiones espontáneas* y franquicias concedidas, desde la esfera mucho mas elevada de límites reconocidos, de derechos sancionados y de deberes establecidos? ¡Cuánta razon tiene el Papa para mirar esta ley como cosa puramente provisional, que depende del arbitrio de un hombre observar ó no observar!

4. Segun telégramas recibidos de Berlin con fecha 11 y 12 del actual, el Emperador Guillermo ha concedido licencia al Príncipe de Bismarck para abandonar, hasta el próximo mes de agosto, la direccion suprema de los asuntos políticos del imperio aleman, que le estaba encomendada. Harán entretanto sus

veces los Ministros Bulow y Camphausen, el primero de los cuales tendrá á su cargo la gestion de la política extranjera, y el segundo la de la gobernacion interior del imperio. No se sabe á punto fijo las causas de la retirada temporal de Bismarck, atribuida por unos á sus diferencias con el Ministro de Marina, y por otros á la actitud poco benévola del Parlamento, hácia el Canciller del imperio, en las últimas sesiones. De las noticias contradictorias que por espacio de muchos dias nos han trasmitido sobre el particular las Agencias telegráficas se infiere, que el Príncipe de Bismarck deseaba retirarse por completo de la vida pública, habiendo sido necesario para hacerle desistir de este propósito, los reiterados ruegos del Emperador y del Príncipe imperial. Sea de ello lo que se quiera, es lo cierto que su alejamiento temporal de los negocios públicos, no parece deber influir sensiblemente en la marcha de la política prusiana.

5. El 31 del pasado marzo fué firmado en Lóndres el protocolo internacional de la cuestion de Oriente. Al verificarse este acto declaró el conde Schouvaloff, en nombre del gobierno del Czar, que Rusia desarmaria su ejército si Turquía ajustaba la paz con el Montenegro, é impedia las atrocidades de que ha sido teatro la Bulgaria; pero que de reproducirse estas, el desarme sería imposible. Que por lo demás, Rusia estaba dispuesta á entablar negociaciones con la Sublime Puerta, y á recibir en San Petersburgo á una comision del ministerio turco.

A continuacion damos á nuestros lectores el texto del protocolo internacional, como documento de verdadera importancia para apreciar las diversas fases y estado actual de la cuestion de Oriente.

«Las potencias que emprendieron en comun la pacificacion del Oriente y tomaron parte con ese objeto en la conferencia de Constantinopla, reconocen que el medio mas seguro de alcanzar el fin que se han propuesto, es mantener ante todo la inteligencia tan felizmente establecida entre ellas, y afianzar de nuevo, unidas, el interés comun que tomen en la mejora de la suerte de las poblaciones cristianas de la Turquía y en las reformas que han de introducirse en Bosnia, Herzegovina y Bulgaria, que la Puerta ha aceptado, salvo aplicarlas ella misma.

Ellas toman nota de la conclusion de la paz con la Servia.

En cuanto al Montenegro, las potencias consideran como apetecible en interés de un arreglo sólido y duradero la rectificacion de las fronteras y la libre navegacion del Bojana.

Las potencias consideran los arreglos intervenidos ó que hayan de intervenir entre la Puerta y los dos Principados, como un paso dado en el sentido de la paz, que es el objeto de sus deseos comunes.

Ellas invitan á la Puerta á consolidarlo, reponiendo sus ejércitos en el pié de paz, salvo el número de tropas indispensables para el sostenimiento del órden, y poniendo en práctica, en el plazo mas breve posible, las reformas necesarias para la tranquilidad y el bienestar de las provincias del Estado, de que se ha preocupado la conferencia. Ellas reconocen que la Puerta se ha declarado dispuesta á realizar una parte importante de las mismas.

Las potencias toman nota especialmente de la circular de la Puerta de 12 de febrero de 1876, y de las declaraciones hechas por el gobierno otomano durante la conferencia, y despues por medio de sus representantes.

En presencia de esas buenas disposiciones de la Puerta y de su interés evidente en llevarlas á efecto inmediatamente, las potencias se creen con fundamento para esperar que aquella aprovechará el apaciguamiento actual, para aplicar con energía las medidas destinadas á llevar á la condicion de las poblaciones cristianas la mejora efectiva, unánimemente reclamada como indispensable para la tranquilidad de la Europa, y que, una vez en esa senda, comprenderá que es tanto de su honor como de su interés perseverar en ella leal y eficazmente.

Las potencias se proponen vigilar con cuidado, por medio de sus representantes en Constantinopla y de sus agentes locales, el modo como serán ejecutadas las promesas del gobierno otomano.

Si su esperanza quedara una vez mas frustrada, y si la condicion de los súbditos cristianos del sultan no fuese mejorada de una manera que prevenga la repeticion de las complicaciones que perturbaron periódicamente el reposo de Oriente, creen deber declarar que tal estado de cosas sería incompatible con sus intereses y con los de Europa en general. En semejante caso, se reservan acordar en comun los medios que juzguen mas pro-

pios para asegurar el bienestar de las poblaciones cristianas y los intereses de la paz general.

Hecho en Lóndres á 31 de Marzo de 1877.=(Firmado).= *Munster.=Beust.=L. D. Harcourt.=Derby.=L. F. Menabrea.=Schouwaloff.*

La actitud de Turquía respecto del Montenegro en estos últimos dias parece mas conciliadora, y hay quien cree que la Puerta se apresurará á hacer la paz con este principado, en razon á ser una de las condiciones exigidas por Rusia para llevar á cabo el desarme.

Es indudable, sin embargo, que, á pesar de haberse firmado el protocolo, no ha adelantado un paso la cuestion de Oriente hácia su solucion definitiva, ni es de esperar que influya mucho este incidente en la marcha de los sucesos; pues mientras los periódicos rusos declaran al protocolo ineficaz para zanjar las dificultades pendientes, la prensa de Constantinopla dice claramente que no tiene en sus resultados confianza alguna.

LAS EPOPEYAS CRISTIANAS

DANTE Y MILTON

III

Dante ha sido muy acusado, no precisamente de plagio, pero sí de falta de originalidad en el plan de su portentosa obra. Aparte de las bajadas al infierno, que pudo haber visto en los poetas paganos, y singularmente en el capítulo VI de la Eneida; aparte del poema *Il Tesoretto*, de que era autor Brunetto Latini, maestro de Dante, y en el cual el vate se supone guiado por Ovidio al través de intrincada selva, en demanda de soluciones para los arcanos de la naturaleza y de la filosofía; aparte de las visiones de Habacuc y Ezequiel, que parece han sugerido algun rasgo feliz de la *Divina Comedia;* aparte, en fin, de la mascarada que con el título de *Los Condenados* [1] fué representada al aire libre en uno de los puentes del Arno, en Florencia, recordáronse, en menoscabo de la inventiva de Dante, las numerosas leyendas de raptos al Infierno, Purgatorio y Paraiso, cuyos relatos corrian de boca en boca, y señaladamente las milagrosas de dos monjes, inglés el uno, italiano el otro, muertos en olor de santidad, y que afirmaban haber sido trasportados en cuerpo y alma al Purgatorio, y de allí al Empíreo. Ocasion han dado á este género de inquisiciones, casi todas las obras culminantes

[3] Mas bien que Dante en la mascarada ó auto pudo haberse inspirado esta en Dante, toda vez que los siete primeros cantos del Infierno fueron, segun la opinion más problable, escritos antes de 1302, y la mascarada se representó en 1304.

del ingenio humano: y no deja de ser curioso y útil el resultado que suelen ofrecer, y viva la luz que arrojan sobre los orígenes de las grandes creaciones: pero cuando llevan un fin denigrante y tienden á oscurecer maravillas como la *Divina Comedia*, suenan á negacion de que el sol brille con propia luz: que harto persuadidos están los que ponen esa clase de tachas, de que la originalidad absoluta y como infusa no existe ni áun en la poesía lírica, más personal que la épica; de que la epopeya singularmente es una poderosa concentracion de las impresiones por el poeta recibidas; de que exigir otra cosa equivaldria á sustituir lo que llamamos inspiracion, nada menos que por la revelacion; y de que el privilegio del talento es precisamente dar con un diamante magnífico allí donde el vulgo solo recogió arena.

Pero aun admitiendo que los éxtasis, las visiones, la *Eneida* ó el *Tesoretto* suministrasen á Dante la idea matriz de su poema, y que esto cediese en mengua de su originalidad y fertil fantasía, ahí está Beatriz, creacion incomparable y sin precedentes, figura celestial en que armoniosísimamente se funden y compenetran la realidad y la idealidad, el sentimiento y la fe. Nada nos ha legado la antigüedad—¿ni cómo habia de legarnos?—que la bosqueje ó indique: la fria Minerva helena es precisamente la antítesis de la Beatriz caritativa y santa, porque Minerva es la razon humana con sus construcciones impotentes y áridas, y Beatriz el amor poderosísimo que irradiando de su divino foco

muove il Sole é l'altre stelle.

Yo creo que despues de Dante, nadie ha conseguido tampoco idear una cosa parecida á Beatriz. Todos los artistas, para hacer interesante un tipo femenino, le imprimen un grado mayor ó menor de pasion, y algunos hasta le conducen fatalmente al estravío y á la culpa; y á fuerza de luchas, de lágrimas y de infortunios, despiertan la simpatía, el terror, la pie-

dad. El drama, el drama, y siempre el drama, desde la Margarita de Goethe hasta la misma Santa Justina de nuestro inmortal Calderon. Beatriz es, por ahora, la única figura serena y feliz inmortalizada por el arte: serenidad que no le roba la fuerza, beatitud que no disminuye ni en un ápice la emocion que al poeta y al lector ocasiona.

Colmóse, pues, el juvenil anhelo de Dante, el temerario propósito que desde la pérdida de su predilecta formara, de erigirle un monumento sin par en las edades, de decir de aquella bendita alma lo que jamás se oyera de mujer alguna. A diferencia de aquellos insensatos césares de Roma, que arrojaban de sus aras á las divinidades para colocar á los objetos de su cariño, Dante vuelve á Dios por medio de Beatriz muerta, y apagando un profano fuego, aviva en el altar de su espíritu la llama inestinguible de la fe.

¡O triunfo del genio! Concilia el tipo de Beatriz los términos más encontrados, sin que repugne su armonía: la natural dulzura femenina, la compasion y la indulgencia, y lo acerado y preciso de la dialéctica. Beatriz es á un tiempo bondadoso guía, ardiente serafin y consumado teólogo. Resuelve los más árduos problemas, y á la vez revela la ternura de su corazon en el interés y la ansiedad con que sigue las oscilaciones del alma de Dante, en el dolor con que lamenta su moral extravío. Desde la morada dichosísima de los justos, sumergida en el deleitoso océano de increada luz, Beatriz no puede olvidar la tierra, ni al que por sus agrios senderos camina. Ve á Dante triste, desterrado, perseguido, saqueado el hogar, abatido el espíritu con las contrariedades, nublada la inteligencia con el rencor y la saña que siembran las agitaciones políticas, presa del ódio, del desprecio, de todas las mezquinas pasiones que en los períodos de discordia señorean los ánimos más libres: véle cada vez más desasogado, cada vez menos cristiano, desandar la senda del bien, á la cual le llamaban sus raras prendas y nobilísimas fa-

cultades. Beatriz no acierta á soportar el espectáculo de la caida del alma por que vela: impetra la divina misericordia, ruega con lágrimas al buen Virgilio, y obtiene que al través de las veredas sombrías de la morada sin esperanza y de los valles de espiacion y penitencia, encamine al poeta á las rientes laderas del fértil Eden, donde ella le aguardará para iniciarle en las beatíficas alegrías de las esferas del cielo. Primero, el arte, las letras, la filosofía; despues la teología y la fe: primero los terrores infernales, los castigos tremendos y sin fin, la atricion; despues el amor, la contricion perfecta. Beatriz se ha propuesto salvar aquella alma, y lo conseguirá por la fuerza incontrastable de su raciocinio y por la amorosa violencia de su caridad: con argumentos, con súplicas, con llanto, moverá desde el corazon pecador de Dante y el muerto corazon de Virgilio, hasta el divino corazon del Verbo, que se derrite como cera al contacto de una lágrima.

Y cuando, en los límites del Purgatorio y entre festivos clamores de ángeles, encuentra, por fin, la mujer bienaventurada á su amigo, es de ver con qué blandos reproches, preñados de melancolía y de lo que casi llamaré celos del espíritu, le echa en cara el haber olvidado, muerta ella, la recta direccion en que, viva, le mantuvo con el poder de sus juveniles ojos.

«Alcun tempo l'sosteni col mio volto:
»mostrando gli occhi giovinetti a lui,
»meco l' menava in dritta parte volto.
»Si tosto come in su la soglia fui,
»di mia seconda etade, c mutai vita,
»questi si tolsi a me, e diessi altrui.
»Quando di carne a spirto era salita
»é bellezza é virtú cresciuta méra
»fu'io a lui men cara e men gradita.
»E volse i pasi suoi per via non vera,
»immagini di ben seguendo false

»che nulla promission rendono intera.

....

»Tanto giu cade, che tutti argomenti
»alla salute sua eran giá corti
»fuor che mostrargli le perdute genti.
»Per questo visitai l'uscio de morti:
»ed a colui, che l'ha quassú condotto,
»li prieghi miei piangendo furon porti.»

....

IV

En opinion de los profanos, y aun de los críticos, es el Infierno la parte más bella y pasmosa de las tres en que se divide la epopeya dantesca. La manera libre, singular y conmovedora con que el poeta entra de lleno en la accion, prescindiendo de pedantescos exordios é invocaciones al númen; la incomparable riqueza de fantasía que rebosa el relato; el cabal conocimiento que revela del corazon del hombre; los celebradísimos episodios que lo esmaltan, señaladamente el tan trágico de Ugolino; las pinceladas magistrales con que el poeta define á esos séres sin principios, que viven privados de loor y de infamia, y se lavan las manos cuando el pueblo pide la sangre del Justo; lo filosófico y tremendo de la penalidad; y por último, la misma desesperada tristeza y sombrío espanto que produce el seguir al poeta al través de aquellas oscuras y erizadas selvas, en que los árboles exhalan hondos gemidos y lloran lágrimas ensangrentadas; aquellas llanuras áridas, aquellos pantanos infectos, lagos de duro hielo, lagunas estancadas y corrompidas; aquellos riachuelos muertos, rios de hirviente sangre, torrentes de llama; aquellos lúgubres desfiladeros, informes montones de peñascos, abismos de fuego devorador, son propios y adecuados para herir la imaginacion ménos despierta y para poner horror y lástima en

el ánimo más entero. No cabe duda, el Infierno es la parte verdaderamente dramática de la Divina Comedia.

Pero precisamente la intuicion ó el arte refinadísimo del poeta resplandecen, en mi concepto, en haber ido suprimiendo gradualmente el drama, á medida que asciende hácia los círculos de paz eterna en que le aguarda Beatriz: bien como el viajero que sube á las altas simas, ve formarse á sus piés las tormentas, imposibles en la atmósfera dilatada que respira. El Infierno es el hombre con sus tentaciones, sus caidas y sus pecados; el Purgatorio y el Paraiso, la gracia que le regenera por la penitencia, ó por la predestinacion le sublima. La accion, el interés, los rasgos sorprendentes de fantasía ó de sentimiento, abundan más en la primera parte: á la segunda y tercera corresponden las especulaciones, el razonamiento y la ciencia, y en la cumbre de todo, la teología, Beatriz divina, que irradia su inefable serenidad sobre el poema.

Difiere tambien la índole de la erudicion que despliega Dante en cada parte de su epopeya. Guiado en el Infierno por el arte profano que simboliza Virgilio, lo reconoce como maestro [1], y luce las galas de su cultura clásica—un tanto incompleta, á despecho de su vasta instruccion.—Reviven en sus tercetos los héroes y mónstruos de la antigüedad fabulosa: éntrase al lugar de penas, surcando las negras aguas del Aqueronte, en la barca que dirije el viejo Caron, atestada de almas; en el segundo círculo está Minos, juez terrible que falla de su suerte; en el tercero, el perro trifauce asorda el espacio con temerosos ladridos; en el cuarto, se consume de rabia Pluton, génio de las riquezas y de la sacrílega codicia; más adelante, la Estigia emponzoña el aire con sus palúdicos miasmas, y la ciudad

---

1 Tu sé lo mio maestro é lo mio autore:
tu sé solo colú, da cu'io tolsi
lo bello stile che m'a fatto onore.
(*Inf.* I.)

horrenda de Dite levanta aquellos férreos y rojizos muros sobre los cuales se posan las Furias, agitando su melena de víboras, y asoma la Gorgona la faz mortal; guarda las colinas el Minotauro, y vigilan los Centauros á los pecadores, y las Harpías anidan en los infelices troncos; precipítase en el abismo el Flegetonte, y aprisiona á los traidores el helado Cocito. Pero no bien abandona el poeta el vano reino de las sombras para entrar en el lugar de expiacion, enmudece la pagana lira, y solo el harpa brota acordes majestuosos. Entonces es cuando Dante se abre camino con entera independencia, y desembarazado de alegorías y tradiciones clásicas, inicia el vibrante romanticismo cristiano. Aquí ya no marcha el claro génio sobre las huellas de sus predecesores, sino que en alas de la grande inspiracion católica, vuela más alto que todos ellos. Ya señorea regiones que Homero, Ovidio y Virgilio no lograron ni columbrar; y ya el sentimiento, la ciencia y la fe se enlazan y juntan con órden vistoso y magnífico en el sagrado poema.

Yo no ocultaré que por todo esto, me embelesan más las dos últimas partes que la primera. Aparte de los superiores manantiales en que beben la inspiracion, se acercan infinitamente más al ideal épico, toda vez que traducen y encarnan la época que las produjo, y no piden adornos al muerto pasado, ni cojen mústias flores cuando pueden cosecharlas frescas y brillantes. Y bien cabe decir que entre todas las epopeyas que han producido los tiempos, la Divina Comedia es la que mejor llena su mision histórica y social. No la escribió ciertamente un solo hombre, ni podia encerrarse tan vasto océano de ideas en un solo pensamiento; cantáronla en coro sublime aquellos siglos XI, XII y XIII, nunca superados, quizás insuperables en intelectual grandeza: siglos cuya luz interior eclipsa el brillo del de Pericles, del de Augusto, del de Leon X, mas refinados, pero menos pujantes; siglos en que si aún por falta de método esperimental, caminaban con paso tardo las ciencias de la materia y

de la naturaleza [1], volaron en cambio, con sublimidad no vista, las ciencias del espíritu, y se alzaron los colosos del pensamiento. Ellos, ellos son los colaboradores de la Divina Comedia. Ayudaron, en efecto, al poeta á alzar el monumento titánico, no solo Averroes y Pedro de Abano, con sus teorías fisiológicas y médicas, no solo Ptolomeo con su errado sistema astronómico,—tan grandioso, sin embargo, en la concepcion del Dante,—no solo Cimabué con sus pinturas ascéticas y Casella con sus melodiosísimas canciones, sino muy principalmente aquella pléyade de inteligencias que del siglo XI al XIII, sin cuidarse del huracán político que bramaba, ni de las guerras, ni de las heregías, ni de las pestes; venciendo la rudeza de las lenguas vivas á las dificultades de las lenguas muertas, desde la celda ó desde la cátedra, encendieron la antorcha de la filosofía en la hoguera del divino amor. Anselmo de Cantorbery, ideando la demostracion racional de la existencia divina, y venciendo en singular batalla á Roscelino y al peligroso nominalismo, y San Bernardo estrechando cuerpo á cuerpo al conceptualismo en Abelardo; Alberto el Grande comentando á Aristóteles y desenvolviendo las leyes físicas, y San Buenaventura organizando la ciencia toda de su tiempo; y más que nadie, el dominico de imperial estirpe y de entendimiento de querubin, haciendo á la dialéctica pagana humilde sierva de la

---

[1] Sin que por eso dejen de hallarse en Dante pasajes que revelan conocimientos cuya exactitud sorprende hoy á filósofos naturales de la talla del ilustre jesuita Padre Secchi, que menciona señaladamente aquel que parece formular la ley de gravedad,

.... il punto
al qual si traggon d'ogni parte i pesi.
(*Inf.* XXXIV.)

Y aquel otro que indica la transformacion de las fuerzas y la accion química del calor solar en los vejetales:

Guarda il calor del sol che si fa vino
giunto all'umor che dalla vite cola.
(*Purg.* XXV.) (N. DE LA A.)



cristiana metafísica, y desentrañando en la Suma Teológica cuanto puede ser dado al conocimiento humano, informaron el sagrado poema, del cual, sin jactancia, pudo decir su autor, que era obra de tierra y cielo, y que así como recibe clara luz de la teología, es vivificado del calor de la fe, y del sentimiento que en él derraman desde el mártir Cacciaguida, representante de la manifestacion de las Cruzadas, hasta el seráfico San Francisco, espejo de toda mansedumbre, caridad y pobreza.

V.

Escritores hubo y hay que no pueden llevar con paciencia el que la gloria de Dante sea patrimonio del catolicismo; y dispuestos á desengarzar á toda costa del collar de la Iglesia tan rica perla, danse á elegir acá y acullá algun pasaje en el cual hacen al poeta, mal de su grado, que diga lo que no pensó jamás. Género de violencia es este que suelen padecer muy á menudo, no sólo los escritores profanos, sino los Santos Padres, por no mencionar al mismo Jesucristo. Examinando otros con vista miope la inmensa epopeya, señálanle un objeto y fin pasajeros y mezquinos, esencialmente profanos y políticos, y la rebajan hasta reducirla á mera y helada alegoría, ó quizás quizás á libelo hábilmente disfrazado. Abierto tengo ante mí el volúmen en que un crítico protestante estampa las siguientes frases: «Concibió y ejecutó (el Dante) el proyecto de crear la lengua »y poesía de una nacion, de exponer todas las poéticas heridas »de su pátria—de mostrar á la Iglesia y á los Estados de Italia, »que la imprudencia de los Papas y las guerras civiles de las »ciudades, y la consiguiente intervencion de las armas extran»jeras, habian de conducir forzosamente á la eterna desventura »y servidumbre de los italianos,—y para ello llamó en su ayuda

»á la misma Divinidad con todos sus terrores y esperanzas [1].» De modo que el deseo de crear un lenguaje y una poesía—que, entre paréntesis, estaban creados ya, y aun manejados con soltura y éxito por muchos poetas, si bien füé Dante el que los magnificó,—y el propósito de dar una leccion política á la Iglesia y á lòs Estados de Italia, dictaron las páginas de oro y luz del sacro poema. ¡Bendigamos á Dios, que de tan leves móviles hace resultar portentos tales!

Ello es verdad que, por su desdicha, era Dante acérrimo gibelino, y, por la nuestra, no lo echó en olvido al visitar los círculos del infierno ni las esferas celestes. Mala ventura es de Dante el haber profesado la opinion gibelina, ya por desviarse así de la tradicion de su familia, adicta siempre á los Pontífices, ya por aliar su nombre á la causa del despotismo cesáreo, odioso de suyo, y particularmente funesto á Italia, á la cual privó acaso de alcanzar su natural, orgánica y definitiva constitucion bajo la Silla del sucesor de Pedro. Pero mayor infortunio fué para la posteridad el que los sinsabores y amarguras que estas lides políticas acarrean al que con empeño las riñe, hiriesen tan hondamente la imaginacion del poeta, que no pueda ménos de volcar á cada paso, en la Divina Comedia, la urna de sus rencores, ódios y venganzas. Con toda la cólera de un Juvenal, se revuelve contra sus adversarios, mostrándolos entre las tremendas penas del Infierno ó las expiaciones del Purgatorio, mientras que, sin cesar, flagela su despiadada mano á las ciudades todas de la pátria, y quizá más que á ninguna, á la que diera la primera luz á su pupila y el primer latido á su corazon.

---

[1] «He conceived and executed the project of creating the Language and the poetry »of a Nation—of exposing all the poetical wounds of his country—of teaching the »Church and the States of Italy, that the imprudence of the Popes, and the civil wars »of the cities, and the consequent introduction of foreing arms, must lead to the eter»nal slavery and disgrace of the Italians»—«and he called to his aid Heaven itself, »with all its terrors and all its hopes.»

(*Selections from the Edinburg Review.*)



No cabe en los límites de este trabajo el aquilatar la mayor ó menor equidad con que fueron distribuidos los duros latigazos de Dante, ni sus apoteosis, que muchas hace de sus adictos y correligionarios. Pero desde luego se entiende cuánto pierden la armonía y sublimidad del poema con las continuadas alusiones locales, con la mezcla confusa que el poeta hace de celebridades históricas y de oscuros conciudadanos, cuyos nombres se ignoraran hoy totalmente á no haberlos él infamado. Y si bien muchas de estas postizas circunstancias se incrustan en la epopeya con arte exquisito, si bien no es dable imaginar episodio más trágicamente bello que el de Ugolino, condenado á perecer con sus hijuelos entre los horrores del hambre, ni más sentido y fantástico pasaje que aquel en que el espíritu del cruzado, tatarabuelo de Dante, se destaca de la luminosa cruz que forman las almas de los que sellaron con sangre la fe de Cristo, para reconocer con júbilo al retoño de su raza:

¡O sanguis meis! ¡O super infusa
gratia Dei! sicut tibi, cui
bis unquam cœli janua reclusa!

(PARAD., XV.)

y relatarle, como muerto gloriosamente en la cruzada segunda,

venni dal martirio a questa pace;

si es verdad que es inimitable la descripcion del estado de un país á quien las banderías agitan y desgarran,

Quante volte nel tempo che rimembre
legge, moneta ed ufficio e costume
hai tu mutato e rinovato membre?



E, se ben ti ricordi e vedi lume
vedrai te simigliante a quella inferma
che non puó trovar posa in su le piume
ma con dar volta suo dolere scherma,

(PURG. VI.)

tambien lo es que no compensan tantas bellezas las muchas innecesarias digresiones gibelinas, que fatigan al lector, y distraen su atencion de un modo perjudicialísimo para el efecto total del poema. Otro tanto puede decirse de las alusiones cesaristas, que aplanan la alteza de ciertos trozos: Bruto y Casio, por ejemplo, sufren en lo más hondo del báratro igual castigo que el apóstol traidor y deicida, triturado entre las mandíbulas de Lucifer:

Quel anima lassú, c'ha maggior pena,
disse l'Maestro, e Giuda Scariotto,
che l'capo ha dentro, e fuor le gambe mena.
Degli altri duo, c'hanno l'capo di sotto,
quei che pende dal nero ceffo, é Bruto:
vedi come si storce, é non fa motto.
E l'altro é Cassio.

(INF. XXXIV.)

Y como si no fuese bastante, Justiniano desde el Paraiso injuria á los dos conjurados republicanos:

Bruto con Cassio nell Inferno latra.

(PARAD. VI.)

Y en la misma morada celestial, multitud de lucientes espíritus se combinan formando un águila, emblema de la Justicia de aquel Imperio, político ideal de Dante.

Peor quizá que estas reminiscencias terrenales, se avienen con la elevacion del argumento de la sagrada epopeya los pa-

drones de vergüenza y los estigmas de infamia con que marca el poeta las frentes de muchos que fueron sus amigos, y hasta sus hermanos en gaya ciencia, sin que perdone ni áun al maestro que abrió á su mirada los horizontes del arte. Habrá quien nombre este proceder, generoso desembarazo; yo por mí le tengo en concepto de desenfadada licencia. Particularmente es desagradable aquel pasaje en que el espíritu del poeta Bonagiunta de Lucca habla á Dante en el Purgatorio: fué su pecado la golosina,

. . . . e purga per digiuno
l'anguille di Bolsena é la vernaccia.

(PURG. XXIV.)

¿Y por qué elegiria Dante aquellos labios degradados por la gula, para poner en ellos, y no en los purísimos de Beatriz, la prediccion del nuevo amor que el destino le preparaba? Solo á la mujer bienaventurada correspondia de derecho sondear aquel corazon, cuyas llaves habia poseido en vida y en muerte. Pero quizás fué primor del respeto el no atribuir á la boca que destilaba la mirra de la ciencia de Dios, el vaticinio de un afecto terrenal. El papel de Beatriz era por cierto más alto. Recibir al trémulo Dante con la misma majestad que la madre á su hijo; sumergirle, penitente y humillado, en el rio que lava las huellas de la culpa; convocar en torno suyo el coro honesto de las Virtudes morales y teologales, transfigurarse ella y transhumanarlo á él para que los ojos mortales puedan no fallecer deslumbrados ante los fulgores que crecen y las claridades que se agregan á otras claridades; mostrarle el órden maravilloso de este Universo, creado por la divina Esencia, que es puro acto; rasgar el velo que envuelve lo sobrenatural y las tinieblas que cercan á los misterios, declarando con inspirada elocuencia cómo es vencido el pecado por la gracia, y la muerte por la resurreccion; cómo satisfará Jesús inocente por Adan culpable, y será amoro-

samente violentada la eterna sabiduría por las almas que hacen de la caridad escala para el paraíso; ilustrar en su mente flaca la armonía de la predestinacion con el libre albedrío; y por último, entre los surcos resplandecientes que dejan las huellas de doctores, evangelistas, vírgenes, beatos y mártires, conducirle ante la más perfecta de las criaturas, cuya gallarda cabeza coronan las estrellas, y avecinarle á los nueve círculos de luz que rodean á la Esencia, hasta que, ante el triple anillo que encierra el arcano inefable, caiga sin fuerzas; que no las hay para tanto en el hombre.

¿Quién pensára que despues de tal vision, aún se habia de encender llama efímera de terrestres y tornadizos cariños en el alma del poeta? ¿Quién no creyera que las memorias del viaje extático durarian tanto como la vida, y que el autor de la Divina Comedia fuese, desde aquel punto y hora, rendido á la ciencia de Dios que personifica Beatriz, la del amor casto é inextinguible?

(Se continuará.)

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS ESTADOS-UNIDOS

ó SEA

EL MODELO DE LAS REPÚBLICAS

II

No se crea que el Sur, á pesar de lo que llevamos dicho, fuera una sociedad ejemplar, donde no hubiesen penetrado las ideas disolventes que brotan por fuerza al calor de las sectas protestantes, y más aún, cuando las sectas comienzan á multiplicarse y á perder por consiguiente, aquel prestigio que á los ojos del pueblo tiene un culto guardador de la tradicion, y arraigado por el trascurso del tiempo.

No: el Sur, con el fin de introducir la perturbacion en el Norte, se unió á la masonería, y siguió la misma conducta que ha seguido casi siempre Inglaterra en el continente europeo; esto es, poner fuego á la casa del vecino, sin considerar que puede el incendio devorar la propia. Del mismo modo los aristócratas del Sur, por ódio al Norte, formaron al principio un partido político con tendencias esencialmente democráticas, de acuerdo con las doctrinas sustentadas por Jefferson, hasta que la marcha de los sucesos, y el mismo interés de los llamados *caballeros del Sur*, hubo de modificar los antiguos partidos, de cuya disolucion se formaron los que aún hoy luchan encarnizadamente por ejercer la suprema direccion de los negocios federales, es decir, el republicano ó radical, y el demócrata, siendo aquel el verdaderamente democrático ó revolucionario, y este el conservador ó tradicional.

Pero rotas las hostilidades y victorioso el Norte, los radicales quedaron dueños absolutos del campo, y árbitros de dirigir la política á su gusto.

Desde entonces la república de la union entró de lleno en el camino de la democracia europea. Comenzó la obra de Washington á desnaturalizarse; interpretóse la constitucion federal á capricho de los radicales, como en Europa interpretan las constituciones los partidos políticos; hubo en los Estados frecuentes revisiones constitucionales, siguiendo el principio de Jefferson, de que toda ley fundamental debia servir únicamente para la generacion que la hubiese hecho; desarrollóse como una plaga la raza de los *politicastros* y negociantes: retiráronse de la vida pública los grandes propietarios, los hombres pensadores, las personas de posicion y de arraigo; y la gran república, el modelo de las repúblicas, el bello ideal de los demócratas europeos, vino á ser en el trascurso de diez ó doce años el más acabado modelo de corrupcion, el tipo de una sociedad decrépita á poco de haber nacido.

El primer efecto de la influencia de los radicales en el poder, fué arrebatar á los Estados una buena parte de su autonomía, y hacer que hasta la opinion pública, lastimada por el desbarajuste y la inmoralidad que las nuevas ideas han introducido en los Estados, pidiera cada dia mayor centralizacion. Era necesario que los hechos justificasen en los mismos Estados-Unidos, el divorcio que existe entre la libertad y el espíritu revolucionario. A medida que aquel país ha querido modelarse por las ideas de la revolucion europea, la libertad ha ido perdiéndose, y ya el Dios-Estado comienza allí á levantarse con su natural despótica arrogancia, apoderándose hasta de la inteligencia del individuo, para someterla á un régimen desligado por completo de toda nocion religiosa.

La navegacion, los caminos de hierro y los trabajos públicos, que antes corrian por cuenta de los Estados particulares, son

hoy ya dirigidos y explotados por el gobierno federal, en menosprecio de la Constitucion; y casi nos parece inútil decir, que todos esos trabajos públicos son verdaderas minas para los patriotas radicales y los negociantes de que se sirven en esta pingüe explotacion. No son escasos los ejemplos que pueden presentarse de los negocios que se han hecho en esos trabajos y servicios públicos, negocios en los cuales han tomado parte hasta los severos representantes del pais, los graves senadores, que, segun la ley, forman el cuerpo político directivo de la república.

Há poco más de cuatro años, una sociedad rentística llamada de *Crédito mobiliario*, tenia á su cargo el ferro-carril del *Central-Pacific.* Obligada la justicia á intervenir los libros de la sociedad, vióse en sus registros que muchos miembros del Senado habian recibido grandes sumas de dinero del *Crédito mobiliario,* sin que pudiera justificarse ningun título legal. Hubo de abrirse una informacion en el Senado, y al fin de la jornada fué preciso dictar una grave sentencia de censura contra algunos senadores. Las ramificaciones de este escandaloso negocio fueron tales, que hasta el vice-presidente Colfas fué tachado de cómplice en el asunto por la opinion pública.

Pero esta inmoralidad es tan corriente, que casi al mismo tiempo, en marzo de 1873, la justicia francesa condenaba por estafa y abuso de confianza á una de las celebridades militares de los Estados-Unidos, al general Fremont, que habia sido tres veces candidato á la presidencia de la república. El general habia organizado en París la sociedad de un ferro-carril completamente fantástico, el *Memphis trascontinental*, que costó al público francés más de veinte millones de francos. Seis millones y medio habian pasado á América por manos del general, sin que hubiera modo de descubrir siquiera el rastro de su empleo.

En febrero de 1875, el Congreso abrió una informacion sobre el uso que se habia hecho de una subvencion concedida por los Estados-Unidos á la empresa de trasportes postales entre

América y Asia (*Pacific-Mail*). El agente de esta sociedad, Trwin, fué convicto de haber gastado 750.000 dollars para que se le aprobase un *bill* concediendo la subvencion. Esa cantidad fué recibida por un gran número de diputados, de legistas, de periodistas y de agentes de negocios, *lobbysts*, que pululan en los pasillos de la Cámara, y sirven de intermediarios entre los incorruptibles legisladores y las personas que quieren comprarlos [1].

Estas breves muestras de la integridad republicana, pueden servir para que nuestros lectores se formen una idea bastante incompleta de cómo la centralizacion y el *negocio* se han dado allí, como en otras partes, un ósculo de fraternidad inquebrantable.

Así y todo, se pide aún que la centralizacion se extienda á las rentas públicas. Y en efecto, no faltan motivos para ello, pues muchos Estados se encuentran al borde de la bancarrota, por causa de la inmoralidad administrativa que, partiendo del Centro, ha invadido ya hasta los últimos confines de la inmensa república. En 1870, las deudas reunidas de los Estados, de los Condados y de las villas, subian á más de 868 millones de dollars, y despues acá han aumentado considerablemente; esto, prescindiendo de la deuda federal. Pero ¿podrá el mal remediarse con la centralizacion? Veámoslo: la elocuencia de los números es superior á la de los más sutiles razonamientos.

En 1838 la Union tenia un presupuesto de 37 millones de dollars, alimentado casi únicamente por las aduanas y la venta de las tierras públicas para la colonizacion: además habia pagado completamente su deuda.

En 1860, con la misma extension territorial que hoy tiene la república, es decir, comprendiendo los nuevos Estados del Oeste, los gastos no pasaban de 77 millones de dollars. Nueve años despues de la guerra de Secesion, en 1874, el presupuesto de gastos ascendia á 289 millones de dollars y la deuda pública

---

[1] Claudio Jannet.—*Les Etats-Unis contemporaines*, págs. 148 y 149.

á 2.143 millones, cuyo enorme capital consumia además 103 millones de intereses. Ante la incontrastable severidad de estos datos, ¿qué valen las ilusiones que puedan forjarse los amigos de la centralizacion acerca de su eficacia para salvar á los Estados particulares de su próxima ruina? No pueden ganar, al centralizarse, mas que eximirse de la responsabilidad de la bancarrota; pero por el camino que sigue el gobierno central, la bancarrota llegará para todos, no bien los nuevos terrenos recientemente colonizados, esto es, la riqueza natural y vírgen de aquel fecundo país, haya tocado la meta de su abundancia.

Otra consecuencia ineludible del aumento de atribuciones y del desarrollo de la accion del gobierno federal, es la exorbitante multiplicacion de los empleados públicos. La gran república no quiere tampoco en esto distinguirse de nuestros Estados europeos, y ya hay allí, como aquí, un poderoso ejército de empleados, que se reparten amigablemente los despojos de los vencidos en las luchas de la vida política. Los empleados federales llegan por lo menos á 60.000; y si á estos se añaden los de los estados particulares, pasan de 200.000. Considerando que el número de ciudadanos mayores de veintiun años es de 8 á 9 millones, tenemos que hay un empleado por cada 40 á 45 ciudadanos. Se creeria, al ver esto, que estábamos hablando de cualquiera de nuestras naciones latinas regeneradas por los principios de la moderna libertad. Pero no nos asombre; las mismas causas producen en todas partes los mismos efectos; y si en estas naciones, los ejércitos de empleados se forman al calor de los partidos políticos que no pueden fiar la gestion de los negocios sino á sus adeptos, ni recompensarlos de otro modo que entregándoles el rico filon de las oficinas públicas, en los Estados-Unidos, desde que el presidente Jackson proclamó la máxima de que *los despojos pertenecen á los vencedores* —y esto mucho antes de la guerra de Secesion,—los partidos todos cuentan con su numeroso estado mayor civil y su incontable hués-

te para llenar los puestos abandonados por el enemigo que acaba de sufrir una derrota. Antes, los empleados federales eran pocos y generalmente inamovibles, mientras cumplian con su deber; pero una vez establecido allí, como en España, el famoso turno de las instituciones, cada cambio presidencial trae consigo un cambio completo de empleados, comenzando por el cartero del último villorio ó el recaudador de la más insignificante aduana.

Lógico efecto de esa perpétua variacion de empleados es la inmoralidad administrativa. Quejámonos, y con razon, nosotros de semejante daño, y solemos decir que los escándalos administrativos de nuestro país son una de nuestras mayores ignominias. Pues oigamos lo que en 1868 decia una comision nombrada por el Congreso federal para que informase acerca de este mismo asunto:

«Es necesario espulsar del servicio público á todos los ladrones: pero esto es cuestion de tiempo, porque los ladrones infestan todas las oficinas, y así se encuentran en los humildes destinos de correos, como en los de las grandes aduanas. Seméjanse á las trichinas en el sistema animal; no solo son peligrosas cuando se introducen, sino que su infinita reproduccion es causa de los más funestos resultados. No hay ramo de servicio donde no se hallen, y el ejemplo es tan contagioso, que la honradez es la excepcion en lugar de ser la regla. El audaz contrabandista, comerciante en géneros que pagan derechos muy subidos, no se sirve del lente *schooner* ó de la barca de remos del antiguo contrabandista, sino que viene francamente á velas desplegadas ó con la chimenea del vapor encendida, á los grandes puertos, y allí espera ó compra la ocasion de desembarcar..... En cuanto al *whisky*, grandes fábricas de destilacion hay establecidas fraudulentamente en los puntos más populosos de nuestras primeras ciudades, y ha poco se han descubierto en Nueva-York y sus alrededores algunas tan bien fortificadas y defendidas, que ha habido que tomarlas por asalto.»

Pudiera creerse que semejante inmoralidad, reconcentrada en las oficinas públicas como efecto de lo instable de los empleos que á su vez sufren las consecuencias del juego corruptor de los partidos, no se estendia á las demás clases de la sociedad americana. Nada de esto: aquella sociedad está gangrenada hasta la médula de los huesos. Allí al *dollar* se le llama *omnipotente*, y lo es. El hombre rico está autorizado para todo: el pobre parece que no tiene ni áun el derecho á que se le considere como un sér humano. «¿Cuántos *dollars* vale este hombre?» se pregunta á quien hace la habitual presentacion de un desconocido en una tertulia ó á una persona. La virtud, la inteligencia, el mérito, despojados del prestigio de la riqueza, no valen un ardite. De ahí el poco aprecio en que se tiene la literatura y las artes liberales, y la necesidad en que se ven médicos, abogados y pastores protestantes de dar marcadísimo carácter industrial á sus profesiones.

«La pobreza, dice Jauvet, es despreciada hasta un extremo que no pueden imaginarse siquiera nuestras antiguas sociedades, formadas en la escuela del catolicismo y de la caballerosidad. A pesar del sufragio universal y de la igualdad política absoluta, en ningun pais es tan profundo el abismo que separa al pobre del rico.»

Y claro es que esta como idolatría del oro, si de una parte da algun impulso al comercio y á la industria, y mueve al *yankee* á desafiar todo género de peligros para alcanzar la riqueza, como los antiguos caballeros cristianos corrian las más arriesgadas aventuras por amor á la gloria, de otra parte es orígen de crímenes espantosos, crímenes de los cuales en Europa tenemos frecuente noticia, sin que sepamos ordinariamente que son tales. ¿Cuántas veces no leemos en los despachos telegráficos del extranjero, que en tal ó cual ciudad importante de los Estados-Unidos ha estallado un incendio horroroso, que ha reducido á pavesas una calle ó un barrio entero? Pues no atribuyamos á la ca-

sualidad el siniestro. Quien ha empuñado la tea, quien ha cometido el horrendo crímen, es un comerciante quebrado que salva una gran parte de sus intereses con perjuicio de sus acreedores, pidiendo á la sociedad aseguradora la indemnizacion correspondiente del desastre. Por añadidura, en aquella sociedad no se mira con malos ojos al quebrado de mala fe, con tal que haya conseguido rehacer su fortuna. En una palabra, alli lo que deshonra, no es ser ladron, sino ser pobre. Quizá en muchas naciones del antiguo continente suceda dentro de pocos años lo mismo, si es que ya en algunas la preponderancia del dinero no ha llegado á convertir el rico metal en varilla de virtudes que hace bueno al malo, ilustre al grosero, jóven al viejo, hermoso al feo, y nobilísimo á quien no puede presentar ni una prueba de limpieza de sangre.

Pero á lo ménos, se nos dirá, la justicia, los tribunales, los guardadores de la ley se habrán librado de esa invasion horrible de inmoralidad!..... Hablen por nosotros los mismos americanos.

El *New-York Times* de 1870, refiriéndose á la ciudad de Nueva-York, decia:

«Despues que un agente de policía ha estado á punto de perder la vida por apresar algun conocido presidiario, tiene el disgusto de ver á su prisionero puesto en libertad por un juez para el cual ha obtenido una influencia.

¿Cómo se quiere que una policía cualquiera cumpla perfectamente con su deber en tales circunstancias?

Los hombres pierden el valor y la confianza. Saben que es inútil arriesgar su vida: *un cuerpo judicial corrompido* tiene la certeza de neutralizar sus esfuerzos más enérgicos, y hasta les impedirá probablemente manifestar demasiado celo en servicio del público.»

La Abeja de Nueva-Orleans se expresaba en enero y abril de 1874 en estos términos:

«Hemos dicho varias veces que la justicia era un nombre

vano en Nueva-Orleans, por lo que toca á los criminales. Un asesino, por poco dinero que tenga, si además tiene la suerte de merecer los servicios de un abogado influyente, está casi siempre seguro de salir libre, ó en el caso de que la opinion pública se mostrase demasiado claramente contra él, se arregla el asunto de manera que el proceso vaya retardándose un mes y otro mes, hasta que los testigos, seducidos por ofertas de dinero ó aterrados por amenazas, hayan desaparecido de la escena; entónces se hace una peticion para retardar indefinidamente el negocio, que ya todo el mundo ha olvidado, salvo quizás algunos periodistas de buena memoria, y el abogado general firma con su más hermosa letra un *nolle prosequi*..... Condenemos, añade, una justicia corrompida que absuelve mediante el dinero, y á esos abogados sin vergüenza, que sirven de mediadores entre los ladrones y sus víctimas: tratemos de que los jurados no estén compuestos de un hato de hombres que se venden al mejor postor cuando son entendidos, ó que juzgan á la ventura sin darse cuenta de su responsabilidad, cuando son honrados, pero ignorantes.»

En un sentido análogo escribia el *New-York Observer* de 10 de febrero de 1870, y Mr. Janet, en la obra ya citada de donde tomamos estos datos, añade por su cuenta que «en ninguna parte como en aquel país de democracia los ricos tienen tantas probabilidades de burlar las leyes, ni es más desigual la condicion de los pobres. En todas las causas los jueces pueden conceder la libertad bajo fianza, fianza que un rico encuentra siempre y un pobre no;» de donde se deduce que aquella decantada libertad política, á la cual miran con ojos amorosísimos los demócratas de nuestro continente, encubre, bajo su seductor aparato, la más vil, la más grosera, la más infame de todas las tiranías: la tiranía de la riqueza.

VALENTIN GOMEZ.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

LUZ DE LOS JURISCONSULTOS

II

Examinado el pensamiento enunciado por Santo Tomás en su magnífica definicion de la ley, contemplemos ahora su pensamiento político, que tambien fué Santo Tomás *hombre político:* las ciudades y los Monarcas acudian á su sabiduría, para que resolviese las árduas cuestiones que se suscitaban en la gobernacion de los Estados. Para satisfacer los deseos de Hugo II, Rey de Chipre, hubo de escribir su obra de política cristiana, *De Regimine Principum.* Veamos, pues, algunos de los principios fundamentales de esta sublime política.

Ante todo, el Santo Doctor pone por fundamento de ella, el fecundo principio de que todo poder viene de Dios: *omnis potestas à Deo.* Esta verdad considérase bajo un triple aspecto, á saber: cuanto al poder en sí mismo considerado; en órden al modo con que ha sido obtenido, y por último, con relacion al ejercicio de la autoridad. Es por lo tanto sublime el poder, no solo en su orígen, sino tambien en sus funciones, dispuestas y ordenadas para hacer que reine en las sociedades el órden por Dios establecido. Ministros de Dios para el bien, gobiernan á sus pueblos los príncipes cristianos *non dominandi cupiditate, sed officio consulendi, nec principali superbia sed providenti misericordia.* Las acciones del Monarca son más bien cuidados de padre, que actos de dominacion: porque *de ratione Regis est, quod sit pater, commune multitudinis bonum et non suum quærens* [1].

[1] De Reg. Princ. Lib. I, c. I.



No es solo la potestad temporal quien rige la sociedad humana: tambien ejercita en ella su accion soberana la potestad espiritual. Procedentes ambos poderes de un mismo origen, y ordenados el uno á la salud temporal, y el otro á la felicidad eterna del hombre, deben proceder de comun acuerdo, y segun la excelencia de este último fin sobre el primero, mantener entre sí una armonía plena, profunda y comunicativa. El Estado recibe de la Iglesia el órden moral, sobre el que únicamente puede descansar la vida privada del individuo y la pública de las sociedades; y por esto, el príncipe debe someterse al pontífice, como «*al mismo Señor Jesucristo:* porque aquellos á quie»nes pertenece el cuidado de los fines antecedentes, deben so»meterse y ser dirigidos por la accion de aquel á quien perte»nece el cuidado del fin último [1].» Sobre estas dos firmísimas bases asienta el ángel de las escuelas el órden cristiano de la sociedad humana.

Ha dicho el italiano Cavagnari [2] en su *Sentido contemporáneo de la filosofía del Derecho*, que Santo Tomás presintió antes que nadie, que la idea del derecho debia ser el producto de la compenetracion de los tres elementos, ideal, natural é histórico, pero que entendió el elemento histórico en sentido exclusivamente cristiano. A vuelta de esta especie de salvedad, que indudablemente cede en elogio del Doctor Angélico, el autor italiano añade que Santo Tomás presintió tambien la coexistencia de la ley moral y de la jurídica, y que no cabiendo su inmenso genio en el espacio de la Edad Media, al tratar de la intervencion del pueblo en el gobierno de los Estados, sentaba la base de las modernas monarquías constitucionales, de que hace parte el famoso dogma de la soberanía nacional. Por último,

---

[1] Div. Thom., obr. cit., lib. I, cap. 1.

[2] Vid. Odierno indirizzo della filosofía del Diritto di D. P. Antonio Cavagnari, página 30 y siguientes.



atribuye á Dante, uno de los más ilustres discípulos de Santo Tomás, ya que no se atrevió á poner en cuenta del mismo santo la separacion entre la Iglesia y el Estado.

No negaré, por mi parte, que Santo Tomás presintiese tales novedades, porque precisamente una de las dotes de su genio esclarecido fué prever la série de errores en que sucesivamente ha ido despues cayendo la humana razon. Pero prever no es asentir, mucho ménos cuando la cosa prevista ha sido refutada antes de sér. Así, como sea conocida la doctrina, bien precisa por cierto, del Santo Doctor acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, no insistiremos sobre este punto. Tampoco admitió Santo Tomás la separacion impía de los modernos entre la moral y el derecho, iniciada por los autores protestantes y racionalistas, tales como Tomasio, Kant y Fichte. Bien es cierto que, segun el Santo Doctor, un acto puede ser estimado justo, *etiam non considerato qualiter ab agente fiat;* pero esto no quiere decir que el acto justo pueda ser inmoral, ó que deje de ser objeto de la virtud de la justicia, porque en sentido absoluto dice el santo, que *jus est objectum justitiæ.* Lo que únicamente resulta de aquellas palabras, es, que el medio intentado por la virtud de la justicia ofrece cierta ecuacion á *parte rei,* que en sí puede merecer aunque impropiamente el nombre de *justa.* Pero el derecho en su propia perfeccion solo cabe en aquella operacion *quæ fit per actionem justitiæ et ad quam terminatur*, como observa Bañez, apartándose algo del modo de sentir de Soto y del Cardenal Cayetano [1].

Pero ¿es cierto que Santo Tomás diera su aprobacion y preferencia á ciertas formas de gobierno, que han venido planteándose en los tiempos modernos? Parécenos que desde que nuestro sabio paisano el Padre M. Puigserver dejó *ahogado en las angélicas fuentes al teólogo democrático*, esta cuestion puede darse

---

1 Vid. Sum. Theol., 2.ª 2.ae, Quæst. 57, art. 1.—Bañez. Com. in loc. cit.

por resuelta, y por bien definido el sentido de los textos del Doctor Angélico, sobre los que versaba la controversia. Justo es advertir, que cuando escribieron Santo Tomás y los Doctores escolásticos, aún no habian aparecido las obras de Rousseau y de los enciclopedistas; por donde se explica que aquellos usaran de ciertas palabras que hoy tienen un sentido diferente del que ellos les dieron. Así resulta del espíritu de sus obras. Examinemos el texto capital en que se fundan los modernos para considerar á Santo Tomás inclinado á ciertas formas de gobierno. Dice á la letra el Santo Doctor: «El mejor órden de los príncipes en una ciudad ó reino..... se halla en el gobierno BIEN *combinado ó* MIXTO. *Talis vero est hominis politia bene commixta, ex regno, in quantum unus præest, et aristocratia, in quantum multi principantur secundum virtutem; et ex democratia, id est, potestate populi, in quantum ex popularibus possunt eligi principes, et ad populum pertinet electio principum. Et hoc fuit institutum secundum legem divinam* [1]: y floreció esta especie de gobierno en el pueblo hebreo, desde Moisés hasta Saul. Habrá, por consiguiente, *politia bene commixta* en un gobierno en el que las facultades de uno, las de pocos y las de la multitud, se hallen en perfecto equilibrio. Ahora, el crítico discreto juzgará si esta nota característica de Santo Tomás es aplicable á ciertos gobiernos que paso á paso van á perderse en esa forma informe que se llama *parlamentarismo*, gráficamente calificado por el ilustre Padre Ceferino Gonzalez, *de explotacion del pueblo por la ambicion y la intriga* [2].

Excesivamente larga resultaria esta disertacion, si nos detuviéramos en el análisis de la mente del Santo Doctor acerca de la *soberanía del pueblo*. Los que deseen conocer á fondo la

---

[1] 1.ª 2.ªe, Quæst. 105, art. 1. Vease á Puigserver: Respuesta al Tomista en las Córtes, pág. 43, Mallorca, 1815.

[2] Filosofía elemental, tomo II. pág. 526.

doctrina tomista sobre este punto, podrán consultar con fruto al citado Padre Puigserver.

En resolucion, Santo Tomás nos presenta al Estado organizado segun el órden cristiano, dentro del que reina Jesucristo por el ministerio de su vicario infalible, con soberanía real, no solo en la conciencia de los individuos, sino tambien en las instituciones públicas. El gobernante cristiano cumple con un deber altísimo, ejerce una especie de sacerdocio, es el ungido del Señor; pero es el brazo, no la cabeza de la cristiandad, y bajo su régimen los súbditos obtienen toda la libertad rectamente apetecible, que consiste en la facultad amplísima de hacer el bien en todas sus esferas, de practicar las virtudes todas, y de cumplir en todo tiempo y lugar sus deberes. Fuera de este círculo, que es el de la razon y de la ley, la libertad, como lo ha confesado el mismo Kant, deja de ser poder para trocarse en impotencia.

Con esta hermosa idea del Estado cristiano, triunfó Santo Tomás de todas las fórmulas con que ha sido expresada la idea del mismo Estado fuera de las doctrinas católicas, conviene á saber: del Estado griego, ποινωνία τῶν ελενθέρων, que absorbe los individuos y los sacrifica á su unidad artística; del Estado romano, *cœtus multitudinis juris consensu, et utilitatis communione sociatus*, sin otra norma que la pública utilidad; del Estado de Grocio, donde apenas se satisface el instinto de la socialidad; del estado de Hobbes, producido por el miedo; del de Rousseau, cuya ciudad atomística y mecánica es obra del contrato; del de Kant con su unidad formal y externa, su indiferencia entre lo bueno y lo malo, y su divisa de *dejarlo todo hacer;* del estado de Hegel, realidad de la idea ética, espíritu del Ethos, como manifestacion de la voluntad sustancial, en conciencia de sí misma, que se piensa y sabe y cumple esto que sabe, y en cuanto lo sabe; del Estado..... pero basta: seguid todas esas fórmulas; interpretadlas en su propio sentido; com-

paradlas despues con las claras y concisas del Doctor Angélico, y decidme dónde está la verdad.

La concepcion racionalista del Estado es engendrada del ateismo, del racionalismo, que despues de arrebatar al Dios personal de los creyentes sus adorables atributos, los aplica á sus concepciones panteísticas. «Solamente en el *todo,* dice un »profesor contemporáneo, se halla la completa realizacion de la »idea del hombre; el *hombre verdadero* es el *todo.* Los indivi»duos son las condiciones merced á las cuales el todo se reali»za, y el todo es la condicion para la realizacion de los indiví»duos..... La idea universal del hombre la encontramos realiza»da en el Estado [1].» En este sentido, tan crudamente panteista, se explica el catedrático de *Enciclopedia del Derecho,* en la antigua Sapienza de Roma, en aquel palacio construido por Miguel Angelo, el arquitecto de los Papas, para que en él tuviese digno alojamiento la sabiduría pontificia. Es preciso desengañarse. Fuera de Dios no queda más que el hombre, y el naturalismo político no puede dar de sí sino una concepcion panteista del Estado, y por consiguiente atea. Lo ha dicho Sthal: el racionalismo, no solo termina en el ateismo, sino empieza por él. El Estado ateo vendrá por su propia tendencia á ocupar el puesto de la Divinidad en la sociedad racionalista; y el Dios-Estado, consecuente con su *Divinidad,* no sufrirá rivales. Es inútil, por tanto, que busquemos en el Estado moderno un principio ó una tendencia donde fundar sus relaciones con la Iglesia. Lo más que del Estado moderno podrá obtenerse, es el que reconozca en la Iglesia el solo valor de un mero hecho histórico, hecho decadente á sus ojos, ya que no le parezca un verdadero anacronismo. Pero la Iglesia ostentará siempre su triple corona, bien que allí donde no es Reina, su condicion es la esclavitud. La Iglesia no puede abdicar su dignidad de obra de

[1] **Enciclopedia giurídica per J. Filomusi, pág. 147.**

Dios, la mayor de todas sobre la tierra, para descender al nivel de las obras de los hombres. De aquí la incompatibilidad entre la Iglesia y el Estado moderno. Bien lo conoce él, y demasiado ha dejado entrever el plan que se propone. Considerad si no los hechos de la historia contemporánea: unas veces el Estado aparenta querer la separacion y recíproca independencia entre la Iglesia y el Estado; otras pide que la Iglesia se someta á su direccion, cual si fuera uno de sus órganos; al fin la querrá suprimir por inútil para el fin social, y áun por contraria al juego de las funciones del Estado. Dichosamente vive Dios en el cielo, y con su luz y fortaleza los pueblos, cansados de la opresion y de la mentira, reconocerán al borde del abismo, que solo hay salvacion en las verdades que la Iglesia enseña, y volverán al redil de donde nunca debieran haberse apartado.

Hemos confirmado nuestro tema: que Santo Tomás es luz de los jurisconsultos, y puede añadirse tambien de los hombres de Estado.

«El que haya comprendido á fondo la teoría de la ley de »Santo Tomás, dice el ilustre Balmes, nada le queda que saber »con respecto á los grandes principios que deben guiar al legis»lador.» Un jóven escritor añade oportunamente estas palabras: «El dia en que la teoría social y política del Santo Doc»tor sea comprendida por todas las inteligencias, la tiranía, »bajo todas sus formas, habrá desaparecido de sobre la haz de »la tierra [1].»

Saludemos, pues, con fé viva al sabio maestro. Soto invocando su auxilio, escribe su profunda obra de *Justitia et Jure*. Suarez estudia la doctrina del Santo, y luego brota de su pluma el admirable tratado de *Legibus*. Grocio acude á beber á las angélicas fuentes, y escribe así lo bueno que se halla en su excesivamente celebrado libro sobre el derecho de la

---

[1] Santo Tomás de Aquino por Alejandro Pidal y Mon, pág. 145. Madrid, 1875.

paz y de la guerra. Lo cual no es maravilla, pues el mismo Grocio aconseja á la juventad el estudio de los tratados de *Justitia* y de *Legibus* del Santo Doctor [1], de los cuales se aprovechó en gran manera, como tambien de las obras de los escolásticos, especialmente de las de nuestro P. Victoria, de quien dice Morhosio: *Sunt qui eo usum fuisse Grotium in multis autumant, quamquam raro ille allegetur* [2].

Oid, por último, la aclamacion del Magisterio de Santo Tomás hecha por un sabio español, por el ilustre Francisco Vargas, embajador de Cárlos V y de Felipe II en Venecia y Roma, orador del rey católico en el Concilio Tridentino, donde se hizo admirar por su ciencia profundísima. Dice este eminente jurisconsulto: «A este Santo Doctor le debo más en mi estudio »de la sabiduría, que á infinitos comentarios de los jurisperitos, »abundantes más en palabras que en sentencias. Santo Tomás »presenta en pocas palabras la verdad desnuda; marcha con so»lidez y firmeza, y armándose de razones invencibles, se abre »camino por medio de las dos partes contrarias, y le deja expe»dito y llano para todos los que le quieran seguir..... ¡Buen »Dios! ¡Si ciertos jurisconsultos le hubiesen leido! ¡Si le hubie»ran entendido!.... ¡Cuanta ignorancia, cuántos errores hubie»ran desterrado de su espíritu y de sus libros!.... [3]»

III

¡Triste y á la vez consolador es el espectáculo que se ofrece á nuestra vista cuando nos fijamos en el movimiento intelectual de las naciones en los infelices dias que alcanzamos! Triste, porque en todas partes no se descubre sino la

[1] Epist. 54 ad Benj. Maurerium.
[2] Polyhistor. l. 1, c. 14, §. 41.
[3] De Episcop. jurisdict. et Pontif. Max. auctor. conflt. 2.

anarquía en las ideas, el antagonismo en los espíritus, y como luctuosa herencia de esas luchas y desórdenes, el escepticismo, no ya simple enfermedad de la vejez, sino cáncer que corroe las inteligencias juveniles. El felicísimo consorcio de la razon y de la fe, madre de los grandes caracteres é inspiradora del genio, ha sido reemplazado por la guerra impía de las ciencias extraviadas contra la filosofía, y de la filosofía y de las ciencias veleidosas contra la fe. El empirismo se ha enseñoreado del mundo de las inteligencias, y apenas si tiene que luchar con el espiritualismo impotente de los racionalistas y la indolencia de los que prefieren encerrar en su corazon la fe, á mover en ella y por ella su mente, y á darle testimonio con sus obras. Falto el positivismo de ideales, todo lo mide, sentimientos, personas é instituciones, por la regla del seco utilitarismo. La esterilidad invade las inteligencias, la ignorancia se extiende entre las clases ilustradas, aquella ignorancia de la peor clase, que es la que se ignora á sí misma, porque se disimula bajo la capa de conocimientos superficiales, y la palabra sonora y vacía sustituye á la modesta expresion de la verdad. No indagaremos la causa de este descenso en el nivel del verdadero saber en pleno siglo XIX: indicamos el hecho, y esto nos basta.

Pero esto que llena de tristeza el corazon, es al mismo tiempo causa de consoladora esperanza; porque la misma gravedad del mal hace que se piense seriamente en el remedio; y de aquí esa reaccion saludable hácia la verdad, que promete frutos sazonados y abundantes. La cultura perfecta del entendimiento exige la unidad en el órden de las ideas, porque todos los ramos del saber, ha dicho Ciceron, estan unidos por cierto parentesco. La tendencia á la unidad ha sido la inspiracion suprema y constante de las almas; y así los varios saberes de esta vida han menester recibir ese carácter que los unifique y ordene en forma de ciencia universal y comprensiva. No hay por otra parte, contradicion alguna, sino antes conformidad y

armonía, entre la ciencia esperimental y las nacidas de la razon y de la fe. La razon religiosa, la razon filosófica, y la razon, por decirlo así, crítica, pueden hablar en cierto modo un mismo idioma y hasta expresar sus aspiraciones con una sola palabra, la que expresa el principio y el fin, el alfa y omega de la realidad y del saber: las escuelas sienten vigorosamente esta necesidad, y se esfuerzan á satisfacerla; aunque por desgracia muchas yerran horriblemente al establecer el principio de la unidad. Los positivistas, por ejemplo, reducen la suma de los conocimientos humanos á las ciencias naturales y exactas, rechazan la filosofía propiamente dicha, y la teología sagrada, reputándolas neciamente por meras abstracciones, por creaciones puramente fantásticas. En cambio las escuelas racionalistas, encerrándose en el análisis del espíritu y aislándose de todo lo que no sea la razon, sin tradicion ni porvenir, niegan por una parte valor á las ciencias exactas, y por otra al pensamiento y doctrina religiosa que es la luz del mundo. Entre estas dos soluciones viciosas está por dicha nuestra la que nos ofrece la teología. Esta ciencia es universal y comprensiva en grado eminente. Todo lo contiene dentro de sus horizontes; todo lo descubre y fecundiza desde su sublime altura. Dedícase con atencion preferente á las cosas del órden divino, porque es la ciencia de Dios; vivifica las ciencias del órden humano, particularmente la filosofía, porque de ellas se sirve para explicar rectamente los misterios de Dios. Es por consiguiente la Teología la suma absoluta del saber humano [1].

Los teólogos han sabido elevar el pensamiento humano á su más alto grado, mediante la fecunda union del pensamiento del hombre con la palabra divina. Es pues, Santo Tomás, el autor de esa gran suma del humano saber en el siglo XIII, á cuya sombra vive aún y florece la inteligencia. «Este genio vastísimo, dice

---

[1] V. Lacordaire, Paneg. de Santo Tomás.

»el Padre Didon, á quien todo ha sido familiar, la ciencia, la »filosofía y la tradicion, que nada ha excluido, que todo lo ha »aprovechado y armonizado, será perpetuamente el tipo del »Doctor cristiano. Se podrá perfeccionar ó modificar la letra de »sus obras, pero nunca alterar en nada su espíritu; él ha sabido »acertar con la verdadera síntesis, donde toda la ciencia, toda la »filosofía y toda la fe se reunen para mezclar, sin confundirlas, »sus espléndidas enseñanzas [1].»

¡Qué mucho, pues, que la generacion presente levante á Santo Tomás su mirada suplicante, y vea solamente posible la salvacion de los intereses del espíritu, por medio del restablecimiento de la sabiduría del Sol de Aquino!

En Nápoles, bajo aquel cielo purísimo que un dia cobijó las inspiraciones del Angel de las Escuelas, los sábios Sanseverino y Prisco reconstruyen la filosofía de su comun maestro, y comparándola con todos los sistemas antiguos y modernos, demuestran claramente su incomparable superioridad y excelencia. En Roma, Liberatore y Taparelli, y en general, los ilustres filósofos y publicistas de la *Civiltá Cattólica*, hace ya treinta años que con superior talento difunden la doctrina de Santo Tomás. En Bolonia se funda una Academia filosófico-médica, bajo la advocacion del sábio de Aquino. En Francia ilustran la cátedra sagrada con los panegíricos del Santo, y vulgarizan su doctrina, los elocuentes Lacordaire y Montsabré. En Bélgica, el ilustre Perin escribe las leyes de la Sociedad cristiana, segun la norma que ilustró el Sol de las Escuelas. En España, el ilustre Fray Ceferino Gonzalez, dedica sus profundos estudios á exponer la filosofía tomista. En Alemania..... en todas partes, en fin, es proclamado el magisterio de nuestro Santo Doctor. Felizmente, esos esfuerzos poderosos, aunque aislados, de los discípulos de Tomás, están recibiendo hoy mismo un auxilio

[1] L'enseignement supérieur et les Universités catholiques, p. 88.

que les asegura del triunfo de la santa empresa de iluminar en nuestros tiempos las ciencias con la doctrina tomista. Nos referimos á las universidades católicas, á esos batallones de sábios profesores que en columna cerrada han de atacar y vencer todas las teorías y sistemas en que no se refleja el Sol de la Iglesia.

Los Obispos del Orbe católico, y los Generales de todas las órdenes religiosas, han suplicado al Sumo Pontífice Pio IX, que declare con solemne decreto *Patrono* de todas las universidades y escuelas católicas de la tierra, á Santo Tomás de Aquino; nuestro gran Pontífice, Rey prisionero en la cárcel del Vaticano para ignominia de este siglo, aunque nunca fué más grande el magisterio católico, esperamos que declare Patrono de las Escuelas á Santo Tomás, con que así resultará confirmado el triunfo de la verdad. La doctrina de Tomás es siempre nueva, y para triunfar solo necesita ser universalmente conocida. Esta es la mision providencial que vienen á llenar las nuevas universidades católicas. El pensamiento humano pide con necesidad extrema una enciclopedia católica, una suma universal de sus conocimientos, y esta obra superior pide á la vez una escuela católica. «Una universidad ó escuela, ha dicho Julio Si»mon, no es un asilo material que proporcionamos, contra el »viento y la llùvia, á todo el que quiera enseñar cualquier cosa, »una especie de hotel abierto á todas las doctrinas. Para formar »escuela ó universidad se necesita una doctrina comun.» Esta doctrina ya la tienen los católicos en la gran suma de Santo Tomás; solo falta ampliarla de suerte que contenga todos los adelantos científicos de que justamente puede gloriarse la edad moderna. Los sábios profesores de las universidades católicas, trabajando en todos los ramos del saber humano, iluminados y dirigidos por la ciencia de las ciencias, la Sagrada Teología, pondrán término feliz á la discordia que divide los entendimientos, y estudiarán como objeto de una ciencia en cierto modo única, el mundo de la fe, el de la filosofía y el de la simple na-

turaleza visible, recogiendo con amorosa diligencia todo lo que la tradicion científica de buena ley ha producido en los tiempos pasados, y así verán coronados sus esfuerzos con el establecimiento del órden fundamental, natural y cristiano en las ideas, que es la paz de Dios ofrecida á los hombres de buena voluntad.

«Cuando los futuros historiadores de Santo Tomás, ha escri- »to el Sr. Pidal, traten de formular el influjo de su doctrina so- »bre lo que falta de siglo, probablemente escribirán en las pá- »ginas de sus libros estas palabras: *La civilizacion europea »y cristiana estaba próxima á perecer para siempre á manos del »positivismo materialista y ateo de los impugnadores de Santo To- »más, y solo se salvó merced á la elevada y grandiosa restaura- »cion de la Escolástica purificada, llevada á cabo por los numero- »sos discípulos de Santo Tomás de Aquino.*»

Permitidme ahora poner término al elogio del Santo, con estos hermosos versos de un esclarecido religioso de su hábito:

Murió el esposo amado
De la ciencia inmortal; pero su nombre
No morirá jamás, y su memoria
El tiempo arrebatado
A las cien trompas de la eterna fama
Entregará, y su ciencia alto renombre
Alcanzará en la futura historia,
Do quiera el sol en la tendida tierra
Los bellos rayos de su luz derrama.
Y él será en las edades
Que han de venir, el astro refulgente,
Que irradiará las nuevas saciedades
A través de los siglos, y su gloria
Por siempre volará de gente en gente [1].

ANTONIO JOSÉ POU Y ORDINAS.

---

[1] Santo Tomás de Aquino en presencia de San Alberto Magno, ó sean Los dos Genios, por el M. R. P. Fr. Joaquin Fonseca. Manila, 1874.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

Art. IV

EFECTOS DE LOS DOLORES EN EL CUERPO DE JESUCRISTO

PARTE PRIMERA

En lo que hasta aquí se ha dicho de los tormentos y dolores de Nuestro Señor Jesucristo, más que su eficacia y la impresion que hicieron en su cuerpo, hanse considerado las causas y el orígen de donde procedieron. Tiempo es ya de hablar de sus efectos inmediatos, para de esta manera ir abriendo camino á la investigacion de la parte que pudieron tener en la muerte del Redentor de los hombres.

No hay duda que la Sagrada Humanidad del Hijo de Dios fué la obra más perfecta que ha salido de las manos divinas. Criada para que fuese asiento de la santidad y pureza infinita, y lanzada desde el primer instante de su existencia en el abismo de la Divinidad, y toda ella embebida y penetrada de sus soberanas excelencias y perfecciones, nada pudo contener que no fuese puro, santo, honesto, loable, y soberanamente bueno y hermoso. Y así como el alma santísima, unida estrechamente con la propia persona del Verbo, era de su natural inclinada á todo lo recto, noble y excelente, así el cuerpo dichoso donde residia como engastada esta bendita alma, brillaba con todas las cualidades y condiciones que pueden hacer á un cuerpo honesto, puro, limpio y resplandeciente de santidad y sobrehumana belleza. Este cuerpo divino, formado por el autor de

toda santidad y hermosura en las limpias entrañas de la Vírgen Nuestra Señora, hecho y amasado con la flor de toda carne y sangre, y sustentado con el purísimo alimento del seno virginal, crióse, por una parte, exento de todo vicio ó mala inclinacion, y por otra, vigorosamente suave, tierno, delicado, y por extremo sensible á la impresion de los objetos exteriores. Con esta excelentísima complexion, nacida de la buena armonía de sus partes ó elementos, estaba maravillosamente dispuesto para recibir el influjo y acto del alma que lo informaba, y no ménos para comunicar á esta cualquier dolor, lesion ó movimiento que recibiese de fuera. Y así como no ha habido cuerpo y alma de hombre que mejor se correspondiesen y armonizasen entre sí que el cuerpo y el alma de Nuestro Señor Jesucristo, así tampoco ha habido corazon que se abriese tan fácilmente como el suyo á los afectos más delicados, ni que sintiese más viva y profundamente las penas ó alegrías, las glorias y tristezas que levantan ó abaten el espíritu del hombre en el mundo de prosperidades y desgracias en que nuestra vida se desenvuelve.

Al tiempo de la Pasion este cuerpo santísimo estaba en su edad más florida. La Sagrada Humanidad, que siempre fué creciendo en años, en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres, habia llegado al colmo de su virtud. Al entrar en la edad de perfecto varon, los miembros del cuerpo habian alcanzado todo su vigor, agilidad y lozanía; y su espíritu poseia aquella suavidad, aquella delicadeza, templanza y armonía de afectos, siempre igual é inalterable, aquel *temperamentum perpetuum* (ἀΐδιος εὐκρασία) como por galana manera lo llama Clemente Alejandrino [1], que tanto resplandece en todos los actos de su vida pública y gloriosa predicacion. Y en este punto fué cuando descargó sobre esta Santísima Humanidad el nublado terrible de angustias y tormentos que ya le amagaba desde su

[1] Fragment., t. II, p. 743.

entrada en el mundo, envolviéndola por todas partes y quebrantándola de manera, que le causó la muerte en pocas horas.

No pudieron pasar de quince á diez y ocho las que duró la dolorosa Pasion del Salvador. Porque habiendo su Divina Majestad celebrado con sus discípulos la cena de la Pascua, la cual empezaba á la puesta del sol, que en el solsticio de primavera sería como á las seis de la tarde, y lavádoles los piés, é instituido el Sacramento de la Eucaristía, dice el Evangelista San Juan [1] que cuando salió Judas de la casa donde estaban todos reunidos, para poner en efecto su pérfida traicion, hacia bastante tiempo que era anochecido. Y como despues tuviese aún el Señor con sus apóstoles aquellos largos y admirables razonamientos que nos ha conservado el mismo Evangelista, y en los cuales con tanto sosiego, regalo y dulcedumbre se entretuvo con ellos, dándoles sus últimos consejos, despidiéndose de su dulcísima compañía y descubriéndoles las soberanas riquezas de su entrañable caridad, no pudo ser sino que al encaminarse todos juntos al huerto ó granja de Getsemaní, fuese ya bastante avanzada la noche. Y poco despues de llegar al huerto, al abrir su alma á la angustia y tristeza de que nos hablan los Evangelistas, comenzó verdaderamente la trajedia lamentable de su Pasion, la cual no acabó hasta pasadas las tres de la tarde del dia siguiente, en que levantado de la tierra en el árbol de la cruz, destrozado el cuerpo con dolores y heridas, y despedazada el alma con angustias imponderables, entregó su espíritu al Eterno Padre.

En tan corto espacio de tiempo no es creible la muchedumbre y variedad de tormentos que padeció el Señor. El dia mismo, y áun la misma tarde que precedió á la noche tristísima de su Pasion, habia venido á pié de Betania á Jerusalen (camino de dos á tres millas), con grande fatiga y cansancio; habia llenado

---

[1] Joan, 13, 30.

todas las ceremonias de la Pascua, largas y minuciosas, comiendo con sus discípulos el cordero legal, lavándoles los piés, y despidiéndose de ellos con palabras de singular ternura y afecto, al fin, como de quien iba á morir; habia sufrido junto á sí al pérfido y aleve discípulo, y peleado con la dureza de su obstinado corazon, sin poderle vencer ni doblegar. Y así, con el cuerpo quebrantado, flaca la cabeza y desvanecida por falta de sueño, y acongojado el corazon con la lucha de tan encontrados sentimientos, entró nuestro benignísimo Salvador en el mar borrascoso de su Pasion, cuyas aguas no sólo habian de bañar el cuerpo por de fuera, sino penetrar en los senos más escondidos de su alma, y envolverle y amargarle con terribles é incomparables dolores.

En profecía de estos tormentos nos le representa el Profeta David [1] cercado por todas partes de canes rabiosos, y novillos, y toros gruesos, y bravos leones, y unicornios muy feroces, rodeándole y espantándole con sus bramidos, y desgarrándole con sus uñas, y mordiéndole y despedazándole con sus bocas, y con sus cuernos volteándole de una parte á otra. De esta suerte fué Jesús entregado á la braveza y crueldad de sus enemigos; los cuales así se cebaron y encruelecieron contra él, que espanta la muchedumbre de tormentos que descargaron sobre su persona, y el destrozo que hubieron de causar en su santa Humanidad. Fatigado por el hambre y la sed, llevado varias veces á empellones por las calles de Jerusalen, maltratado con todo linaje de injurias y agravios, molido y agobiado por el peso de la cruz, y todo herido y despedazado con golpes, azotes, espinas, clavos y otras mil penalidades y molestias, se vió sujeto á tan graves, tan contínuos y acerbos dolores, que no hubo en él sentido ó parte del cuerpo exento de pena ó afliccion, ni clase de tormento que en él no se ensayase. Y como á los tormentos del cuerpo

[1] Ps. 21.

se allegaban las congojas y amarguras del alma, aquella bendita Humanidad de tal manera fué quebrantada y abrevada de dolores, que bien se podia decir de ella que no le quedaba parte sana en el cuerpo, ni gota de consuelo en el corazon.

Con tanto y tan agudo padecer quedó Nuestro Divino Salvador enteramente desfigurado y hecho un retablo de dolores. Y aunque el entendimiento humano no llegará jamás á penetrar su increible muchedumbre, ni su vehemencia y acerbidad, ni por consiguiente el destrozo que causaron en la Humanidad Santísima, para formar de él alguna idea conviene considerar atentamente aquellos tormentos que, por su mayor acerbidad y viveza, hubieron de causar mayores estragos en el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Varias veces habia declarado el Gobernador romano, á quien los judíos sometieron la causa del Salvador, que no encontraba en él motivo bastante para condenarle. Habíale examinado despacio y en secreto; y la modestia, el comedimiento y la gravedad de las palabras de Jesus, la santidad y celestial hermosura de su semblante jamás oscurecido por las mayores descortesías y humillaciones del mundo, de tal suerte vinieron á impresionar el espíritu de Pilatos, que lleno de asombro y admiracion preguntaba qué clase ó linaje de mal podia haber hecho aquel santo mancebo. Deseando librarle de la muerte de cruz que contra él pedian sus enemigos, le habia puesto en comparacion con Barrabás, famoso bandolero y homicida, para que el pueblo escogiese á Jesus y le diese libertad; mas como por la violencia y perversa voluntad de los Príncipes y Sacerdotes no surtiese efecto aquel intento, antes, cuanto con más resolucion hablaba el Procurador Romano en favor de Jesus, tanto más porfiada y clamorosamente pedian ellos su cabeza, pensó dar vado á tan furiosa pertinacia, ejecutando en él castigo suficiente á dejarle tan lastimado, que desistiesen de pedir contra él la última pena.

El tormento de la flagelacion, propio de esclavos y de gente ruin y abatida, era tan terrible, que no pocas veces morian en él los infelices, á quienes el capricho ó la severidad de la ley romana condenaba á semejante suplicio. Eusebio de Cesaréa [1] pondera el horror con que los espectadores vieron á veces los cuerpos de los mártires cristianos destrozados por los azotes hasta el punto de descubrírseles, no solo las venas y arterias, pero aun las entrañas y partes mas ocultas de sus cuerpos. A ese tormento condenó Pilato á Nuestro Divino Redentor, entregándole á los soldados ó ministros de la justicia para que lo llevasen á cabo.

Toman estos aquel divino y delicado mancebo, y quitándole arrebatadamente sus vestiduras, dejan desnudo el cuerpo virginal, blanco y sonrosado, y el más hermoso entre los hijos de los hombres. Atadas con suma violencia las manos que fabricaron los cielos, y sembraron el espacio de centelleantes resplandores, y sostienen con su divino poder la máquina del Universo, le sujetan á un poste, ó columna baja y humilde, que para este efecto solia haber en las casas de los Gobernadores Romanos; y teniéndole asi desnudo, encorvadas las espaldas, y vuelta la cabeza hácia la columna á que está asido, se disponen á ejecutar en él la cruelísima sentencia. Habiendo sido dada ésta por un Gobernador de Roma, es natural que en su ejecucion se atuviesen á las leyes y costumbres del imperio; segun las cuales el suplicio de la flagelacion, de los más crueles que las leyes romanas, afrenta y horror del género humano, señalaban á los delincuentes, se aplicaba por los lictores ó soldados, ya con varas, ya con riendas ó cordeles hechos de varios ramales, armados á lo largo de pedazos de hueso, ó ruedecitas de metal, y aun terminados á veces por pequeños ganchos ó garfios de hierro [2].

---

[1] Historia eclesiast., lib. IV, 35, p. 129.

[2] Smith. *Dictionary of Greek and Roman Antiquities*, palabra *flagrum*, donde se pone el dibujo de uno de estos azotes, sacado de un bajo relieve de la estátua de Cibeles en el Museo del Capitolio en Roma, y que justifica el epíteto de Horacio *horribile flagellum*.

Levantan, pues, los sayones los crueles y espantosos azotes, y blandiéndolos en alto, amenazan con ellos los miembros delicados del Salvador. Rásgase el aire con tenebroso crujido, y caen los fieros instrumentos impetuosos y restallando sobre las carnes divinas. Toda la santa Humanidad se resiente vivísima y agudamente. Y alzando de nuevo los verdugos los azotes, y asegurando y repitiendo los golpes cada vez con más prisa y furor, se arma la más horrible carnicería que al humano sentimiento es posible imaginar. La tierra tiembla; el espacio se atruena con el sonido de los golpes que caen sin cesar sobre el cuerpo de Jesus; y éste agobiado, herido y despedazado horrorosamente, ofrece á los ojos el más triste y lastimero espectáculo. La tez blanca y hermosa se va sonrosando primero, y amoratándose despues con los cardenales; hínchanse poco á poco las carnes tiernas y sensibles; y menudeando los golpes, rásgase el cútis delicado, penetran los azotes en la carne viva con agudísimos dolores; y rotas al fin las venas, revienta la sangre en abundancia, tiñendo los instrumentos del suplicio, y salpicando á los atormentadores. Desángrase por momentos la Sagrada Humanidad; las llagas abiertas por los azotes se extienden y ahondan más y más con los nuevos golpes que reciben encima, y surcos de sangre se abren en aquellas benditas carnes, que destilando por todo el cuerpo del Señor, llegan hasta la tierra y humedecen y la empapan toda en derredor. Tan fiero espectáculo, que pusiera horror en los pechos más inhumanos, no conmueve ni ablanda los de los crueles sayones, antes cual lobos carniceros, encendidos con la vista de la sangre del Cordero inocente, descargan sobre él más y más golpes hasta dejar su santo cuerpo, los hombros, los brazos, el pecho y los demás miembros, acribados de llagas y dolores y espantosamente despedazados.

A este tormento cruelísimo sucedió otro no menor, porque azotado que hubieron á Jesus los viles y despiadados sayones,

dieron en otra traza diabólica que solo pudo ocurrir á su furor y vanidad soldadesca. Porque reuniéndose en torno de Jesus, con gran tumulto y algazara, le echaron á las espaldas una clámide ó manton andrajoso de púrpura, y tejiendo con agudos juncos ó cambroneras una corona, se la clavaron en la cabeza con imponderable afrenta y crueldad [1]. Las espinas largas y agudas, con fuerza apretadas, penetraban en la Divina cabeza. Despuntábanse unas al entrar, enredábanse otras en los largos y hermosos cabellos, estirándolos y arrancándolos de camino; y las más llegaban hasta el cráneo y se fijaban en la carne delicadísima del Salvador. Abiertas y agujereadas por mil partes las sienes, brotaban de la venerable cabeza hilos de sangre, que caian rapartidos por los cabellos, por la frente, y por todo el sagrado rostro, anublando la luz brillantísima de sus ojos y afeando aquel divino semblante, que por su celestial hermosura baña de gloria á los bienaventurados. En cada uno de los puntos ó agujeros taladrados por aquella diadema horrible, sentia el Divino Señor agudísimos dolores; y como las espinas al unirse é incorporarse con la sangre se hinchasen enconando más y más las heridas, avivábase por momentos la impresion del dolorosísimo tormento. No contenta todavía con esto la vil y desaforada gavilla de los sayones, le escupian en el rostro y daban fierísi-

---

[1] Es imposibie determinar con precision el arbusto que hubo de servir para hacer esta corona; pues las palabras στέφανον 'εξ 'ακανθῶν, στέφανον ἀκάνθινον, de que usan los Evangelistas, por su generalidad pueden aplicarse á cualquier planta espinosa. Autores antiguos creen que seria el *juncus marinus*, cuyos tallos terminan en puntas muy fuertes y agudísimas. Otros, como San Jerónimo y San Gregorio Nisseno, se inclinan á que fuese alguna planta de la familia de las ramnáceas, muy comun en Palestina, y aun quieren que fuese la llamada *rhamnus*, *spina Christi*, ó *zizyphus*, *spina Christi*. Entre los modernos varian las opiniones. Sieber, atendiendo á la dificultad de entretejer el rhamnus, á causa de su rigidez, piensa que las espinas de la corona del Salvador provendrian del *lycium spinosum*, que es la planta significada por la palabra شوكة (chauca) en la version arábiga de los Evangelios. Otros opinan por el *prunus spinosa* de Linneo. Mr. Rohault de Fleury (*Mémoire surles instruments de la Passion*, lib. II, c. III), dice que la corona de Jesucristo hubo de hacerse de una rama del *zizyphus spina Christi* doblada á manera de capacete, y entrelazada con un haz, ó manojo de juncos.

mas bofetadas, y cogiendo la caña que como á Rey de burlas le habian puesto en las manos, le golpeaban con ella en el rostro, hincándole más adentro las espinas, y abatiendo aquella cabeza que lo es de los ángeles y de los hombres, y por cuyo abatimiento y humillacion habíamos de levantar la nuestra los que la traíamos caida y humillada con la vergüenza de nuestros pecados.

Puso colmo y remate á los dolores del cuerpo el suplicio de la cruz, tormento horrible donde revivieron, llegando á su más alto punto de acerbidad, los tormentos anteriores. De varias maneras vemos en los autores antiguos que solia ejecutarse el suplicio de la crucifixion. Porque alguna vez, teniendo la cruz fija en el suelo, hacian subir á ella al que querian ajusticiar, y así le enclavaban, ayudándose de sogas y escaleras; y otras, tendida la cruz en tierra, se echaba ó acostaba en ella el delincuente; y despues de haberle enclavado, alzaban en alto el espantoso madero, y lo metian y sujetaban en el hoyo ó agujero que al efecto tenian hecho. Como quiera que en los Sagrados Evanjelios no haya nada decisivo sobre este punto, algunos han tenido por muy probable, que los soldados romanos usasen con Nuestro Señor Jesucristo esta segunda manera de crucifixion. Pues sobre creerla más conforme con la opinion vulgar, les pareció verla indicada en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, en las cuales, hablando de su futura crucifixion, dijo á los apóstoles [1]: «Cuando *fuere levantado* de la tierra, todas las cosas atraheré á mí.» Y cuando hablando con Nicodemus, dijo [2]: «Como Moisés *levantó* en alto la serpiente en el desierto, así conviene que *sea levantado* el hijo del hombre.» Estas palabras distan mucho de ser decisivas, en especial, si se atiende á que el verbo griego (ὑψωθῆναι), usado por San Juan, más que ser alzado ó levantado de la tierra, significa la actitud de estar en

---

[1] Jo. 12, 32.
[2] Jo. 3, 14.

alto y levantado en los aires. La opinion más admitida entre los Santos Padres, es que Jesucristo fué enclavado en la cruz, enarbolada ya y fija en la tierra [1]. Esta era la manera más comun de crucificar entre los romanos [2]. En la lengua latina son usuales las frases de *tollere*, *suffigere*, *ascendere*, *salire*, *excurrere in crucem*, empleadas generalmente por los Santos Padres, y que denotan tal manera de crucificar; ni faltan autores que describiendo la crucifixion de Nuestro Señor Jesucristo, hacen mencion de las cuerdas con que ataron á la cruz el cuerpo Divino, para que no se viniera hácia adelante antes de sujetarlo con los clavos. El códice de la Biblia Siriaca del año 586, perteneciente á la Biblioteca de San Lorenzo de Florencia, trae una pintura de la crucifixion del Salvador, donde estan los dos ladrones con las cuerdas cruzadas en el pecho sujetándolos á la cruz; en la figura del Salvador no se descubren las cuerdas á causa del *colobio*, ó túnica sin mangas, que cubre todo el cuerpo [3]. Esta circunstancia así como la de la forma de la cruz, acerca de la cual tanto han disputado los autores [4], es claro

---

[1] Véase Danko, *Historia Revelationis divinæ Novi Testamenti. Vindobonæ,* 1867, página 250, donde se indican los lugares de los Santos Padres.

[2] No la única, como sostuvo Zestermann en el congreso arqueológico internacional reunido en Amberes el año de 1868. (*Compte-rendu p.* 125.) V. Acta S. Pionii et sociorum apud Bollandum, c. 5 n. 21. febr. I, 46. et Lipsium de Cruce II, 7. p. 659.

[3] Reproduce esta pintura Rohault de Fleury en su obra *L'Evangile. Etudes iconographiques et archéologiques*, t. 2, planche LXXXVII.

[4] En la antigüedad se conocian varias formas de cruces: la cruz simple, *simplex*, que era un palo puntiagudo, donde se clavaban los cuerpos de los ajusticiados, de suerte que la punta del palo entrase por la espalda y saliese por la boca; la *decussata* conocida vulgarmente por *cruz de San Andrés*, compuesta de dos maderos de igual longitud cruzados hácia el medio y formando un ángulo agudo; la *commissa* ó *patibulata* en forma de tau griega, hecha de dos palos, uno largo y otro más corto puesto encima del primero, y formando con él un ángulo recto; y la *immissa*, que es la que generalmente nos representan los pintores y escultores cristianos, formada de dos palos desiguales y atravesados hácia uno de los extremos del más largo, pero sobresaliendo este último, de suerte que pudiese apoyarse en él la cabeza del ajusticiado. Entre los escritores y arqueólogos reina gran variedad de opiniones acerca de la forma que hubo de tener la cruz del Salvador, alegando cada cual razones y autoridades en apoyo de su opinion. Siendo este punto tan controvertido y oscuro, y como quiera que la forma de la cruz no habia de acrecentar ó disminuir en gran manera los dolores de Jesucristo, juzgamos ocioso detenernos más en este punto.

que no habia de influir ordinariamente en el acrecentamiento ó disminucion de los dolores de la crucifixion, sobre todo respecto á retardar ó acelerar por mucho tiempo la muerte de Jesucristo.

Otro punto hay en el cual parece no haberse fijado bastantemente la generalidad de los escritores, y que á nuestro juicio merece detenido exámen y atencion. Segun San Justino, San Ireneo, Tertuliano y otros autores antiguos, de la mitad de la cruz salia un palo corto, ó estaca, donde estaba descansando el cuerpo del ajusticiado. Mr. Rohault de Fleury, en su magnífica y eruditísima *Memoria sobre los instrumentos de la Pasion* [1], afirma que este sosten ó asiento de que hablan los Santos Padres, servia para los piés, los cuales descansaban en él, y en él, puestos de plano, eran enclavados. Sin negar que esto se hiciese alguna vez, sobre todo en los últimos tiempos en que se usó este linaje de tormento, no puede menos de confesarse que el texto de San Justino, leido no en la traduccion latina citada por Rohault de Fleury, sino en el original griego, se opone abiertamente á esta interpretacion. En el diálogo contra Trifon, dice San Justino: καὶ τὸ ἐν μέσῳ πηγνύμενον ὡσ κέρασ, καὶ αὐτὸ ἐξέχον ἐστὶν, ἐφ' 'ῷ ἐποχοῦνται οἱ σταυρούμενοι «y el madero, que fijo en medio á manera de hasta, él mismo sobresale, y en él se asientan los crucificados.» El verbo ἐποχεῖσθαι no significa *asentarse* como quiera, sino *asentarse cabalgando*, y esta es la significacion que le dan Eustacio y todos los lexicógrafos (ἐισ τὸν ἵππον 'ανάγειν, καὶ ἐποχον ποιεῖν). Los textos de San Ireneo y Tertuliano, aunque no tan decisivos, apoyan lo que dice San Justino: «Ipse habitus crucis, dice el primero [2], fines et summitates habet quinque: duos in longitudine, et duos in latitudine, et unum in medio, ubi *requiescit* qui clavis affigitur;» la misma forma de la cruz tiene cinco cabos ó extremidades, dos en su longitud y dos

[1] Lib. I, c. II, D. III.
[2] Lib. II adversus hæres. c. 44.

en su latitud, y uno en medio, donde descansa el que es enclavado.» Y el segundo [1]: pars omnis et quidem major est omne robur quod erecta statione defigitur; sed nobis tota crux imputatur, cum antenna scilicet sua, et cum illo sedilis excessu; «la parte mayor y más principal de la cruz es la que se clava en el suelo enhiesta y levantada; mas á nosotros se nos echa en cara toda la cruz, con su traviesa, y con la parte que sobresale á manera de asiento. «Este *sedilis excessus* es el ἐξέχον ’εν μέσῳ πῆγμα de San Justino. Pudieran aducirse otros testimonios del mismo Tertuliano, de San Agustin y otros autores, pero los citados parecen bastar á nuestro propósito. Aunque no pueda afirmarse como seguro y puesto fuera de cuestion, que la cruz de Cristo tuviese este apéndice ó asiento, hace mucha fuerza para admitirlo la autoridad de los Santos Padres, en cuyo tiempo se usaba todavía esta manera de ajusticiar, y el darlo ellos por cosa llana y corriente. En tal caso, no hay duda que algo se disminuirian los dolores de Jesucristo, pues con esto ya no cargaba todo el peso de su cuerpo sobre las heridas de las manos, sino que se apoyaba principalmente sobre el asiento ó palo que sobresalia de la cruz.

Como quiera que fuese, estando el Señor tendido en la cruz, desnudo de sus vestiduras, con suma vergüenza é ignominia, alargó él mismo aquellos sus brazos divinales, en los cuales estaba la fortaleza de Dios, para que se los clavasen en el madero. Cogiéronlos violentamente los crueles sayones, y á fuerza de durísimos martillazos empezaron á taladrarlos con terrible crueldad. Penetraban los clavos, gruesos y esquinados, en los sagrados miembros, rasgando los tejidos, rompiendo nervios y venas, y descoyuntando los huesos de aquellas partes tan delicadas, hasta que fijos ya y fuertemente asidos en el madero, pudieron sostener el peso del cuerpo que de ellos habia de quedar sus-

---

[1] Lib. II adversus nationes.

pendido. Taladradas las manos, acudieron los verdugos á los piés, y se los enclavaron de igual manera, y con tan crecido é intenso dolor, por ser más los huesos y tendones que era preciso atravesar, que segun Tertuliano era este el tormento más atroz de los que morian en la cruz. Las llagas, expuestas al aire y al frio, se inflamaron rápidamente. Dilatándose las heridas, y resentidos é irritados los nervios con el peso y estiramiento del cuerpo, acrecentábase por momentos la viveza y terribilidad de los dolores. A donde quiera que se volvia, y como quiera que se apoyase, hacia más agudo é intolerable el tormento. Si cargaba sobre los piés, desgarrábanse las heridas de estos con los clavos que los atravesaban. Si se apoyaba en las manos, rompia más sus heridas con el esfuerzo y peso del cuerpo. No podia aliviar ni socorrer á ninguno de sus miembros, sino con mayor perjuicio y tormento de los demás; y toda contraccion ó movimiento, voluntario ó convulsivo, de cualquier parte de su cuerpo, causaba en toda su persona, y especialmente en los piés, en las manos y en las espaldas, cubiertas de las heridas todavía recientes de la flagelacion, prolijos y vehementísimos dolores. Con la violenta posicion de todo el cuerpo, las manos y los piés estirados y descoyuntados, la cabeza sin arrimo donde poder descansar, no pudiendo cambiar de postura por espacio de tantas horas, y sin esperanza de alivio, sino la que consigo traeria la muerte, no es posible imaginar el punto de intensidad y vehemencia á que subirian los atrocísimos dolores que sufria el cuerpo benditísimo de nuestro Salvador. Y como la sangre que sale del corazon y se derrama á todas las partes del cuerpo, encontraba impedida su circulacion por las extremidades de las manos y de los piés, estirados violentamente, afluia con más fuerza y abundancia hácia la parte superior del cuerpo que quedaba libre, hinchando desmesuradamente las arterias, agitándolas sobre manera, y produciendo en su cerebro dolores agudísimos, y en todo el cuerpo angustia y desasosiego indecible.

Impedido, pues, el libre curso de la sangre, y detenida esta y represada en las arterias, desconcertábase el movimiento del corazon, forcejando por expeler la sangre que el pulmon le enviaba; con lo cual y con el exceso y acumulacion de la misma sangre en entraña tan vital, las venas, las arterias, y todos los nervios, músculos y vasos que la rodean, se resentirían espantosamente, causando un dolor, una opresion y congoja más atroz é intolerable que la misma muerte.

De esta manera, clavado y cosido con la cruz, estuvo nuestro Rey y divino Salvador más de tres horas, desangrándose y debilitándose, desflaquecida la cabeza, oprimido y acongojado el corazon, desgarrado el cuerpo y calenturiento con las llagas y alteracion de la sangre, amargada la boca con hiel y vinagre, y lastimados sus oidos con el clamoreo áspero y furioso, con las risas y blasfemias de implacables enemigos. Suspendido entre los cielos y la tierra, y expuesto á las miradas de todo el mundo, aparecia ante Dios y ante los hombres como padron de ignominia, de abyeccion y vilipendio. Y colgando de aquellos garfios de hierro, oprimido de trabajos, de humillaciones y angustias, presentaba á su Eterno Padre sus llagas, sus dolores y humillaciones, y extendia en las nubes del cielo el arco de su cuerpo bendito, todo enrojecido con la sangre que de los miembros destilaba, como prenda y memorial de la eterna confederacion que en aquella hora se estaba realizando entre Dios y los hombres, y como señal de la lluvia de bendiciones y gracias que la Majestad Divina estaba á punto de derramar sobre la tierra seca y maldecida, para fertilizarla y santificarla para siempre.

MIGUEL MIR, S. J.

REVISTA DE LIBROS

Aprecio y estima de la Divina gracia, obra escrita por el V. Padre Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesus. Un volúmen en 4.º menor de cerca de 800 páginas. Madrid, imprenta de la viuda de Aguado, 1877.

La excelencia de este tratado del *Aprecio y Estima de la Divina gracia*, es, á quien quiera que le lee, tan patente, y son tantos y tan conocidos los elogios que se le han tributado, que sería trabajo inútil ponernos á encomiarle de nuevo largamente. Un solo género de alabanza nos parece conveniente añadir, y es la que resulta del conocimiento de las virtudes heróicas y saber profundo del autor, como en su vida resplandecen. Porque así se verá que si *apreciaba* y *estimaba* en tanto la gracia, era porque la propia experiencia, con la abundante y no interrumpida posesion de ella, le habian hecho conocer cuánto valia, y que las razones que en inexhausta copia sacaba de su pecho para mover á los hombres á procurarla, retenerla y acrecentarla, le habian impelido á él primero con fuerza indeficiente á buscarla afanoso, á guardarla vigilante, á perfeccionarla y consumarla con diligencia incansable. Así las obras ratificarán las palabras, y al impulso ya irresistible de la elocuencia del autor, añadiéndose el peso del ejemplo de su vida, acabará el libro de arrebatar á los lectores, y persuadirles lo que el Padre Nieremberg se propuso al escribirle. Veránse aquí las fuentes de tanta, tan varia, tan maravillosa doctrina, en el ingenio admirable, inmensa lectura é íntimo trato del autor con Dios, y se descubrirá cómo de esos manantiales, que todos tienen su orígen en la peña viva del Corazon Sagrado de nuestro divino Redentor, brota ese rio ancho, profundo é impetuoso de sentencias que, corriendo mal comprimido en sus márgenes por las páginas del libro, inunda el pecho de quien lee con atencion, y es en él tor-

rente de viva luz que hace nacer en el alma un nuevo dia de inusitados resplandores, y es raudal de aguas limpio y cristalino que apaga la sed de los mundanales bienes, y hace florecer hermosas y llevar fruto abundante á las plantas de las virtudes, y es, en fin, caudal de llamas del cielo, inextinguible, que prende en el corazon el fuego del amor divino, consumiéndole en sus eficacísimos y sin par deleitosos ardores. ¡Oh, y qué bien, puesta la vida á par de la enseñanza, se descubre al alma moviendo la pluma é imprimiendo al estilo esa viveza, ese ímpetu, esa abundancia, ese fuego que todo lo avasalla, que lo doma todo, y arrebata y suspende, convence y determina, y no lleva, sino arrastra en pos de sí al ánimo sin dejarle accion para resistirse! Mirando la vida, estos son, se dice uno á sí mismo, los únicos verdaderos maestros de la humanidad. Mirando la obra: este es el *opus oratoris* de Ciceron, pero incomparablemente más alto y sublime en la sustancia, más noble, más verdadero, más bello, si no más pulido, en la forma, que el que en su idea concebia el príncipe de los romanos ingenios. La vida del Autor nos muestra un hombre celestial, una mente angélica, ingenio esclarecido cultivado con incansable estudio, pecho sin ambicion ni codicia, ajeno á los intereses, separado de los deleites del mundo; alma con pasiones, pero nobilísimas y enfrenadas por la razon, purificadas, ennoblecidas y levantadas por la gracia, alma que ha puesto su nido en el cielo, y pasa allí en aquella serena region de la eternidad las horas fugitivas del tiempo, ó conversando con los sábios y santos de los pasados siglos, ó tratando familiarmente con Dios; y desde allí, como nube llena de las divinas influencias, derrama en benéfica lluvia sobre la tierra sedienta lo que en aquellas purísimas fuentes ha bebido. En la obra, la luz de la Teología católica, brotando de aquel sol de justicia, Cristo Jesus, y cayendo como en limpios espejos en la mente de los Apóstoles, reflejada de allí y derramada en las sagradas Escrituras, quebrándose con vistosísimos cambiantes como en clarísimos prismas en los ingenios sutiles de los Padres y Doctores, y esparciéndose más y más en sus obras, recogida cual por poderosa lente por el iluminado entendimiento del escritor místico, entra en nuestras almas con toda la abundancia y claridad de sus rayos, con toda la variedad, riqueza, hermosura y limpieza de sus colores. Asunto, estilo, len-

guaje, todo consuena, y se armoniza para la perfeccion, utilidad y hermosura de la obra. Nació el autor cuando Toledo, Molina, Valencia, astros de primera magnitud en el cielo estrellado de la Teología, iban descendiendo al ocaso de la muerte; alcanzó los tiempos de las dos grandes lumbreras, Suarez y Vazquez, de los Arrúbales, Granados, Ripaldas y Montoyas, de Esparza y los dos Lugos; la era en que la Teología llegó en España, y por los teólogos españoles ó súbditos de España en la Iglesia católica, á su más alto grado de esplendor; vivió en los reinados de los tres Felipes, cuando la lengua y literatura española tocaron la cumbre de su gloria; y échase bien de ver uno y otro en sus tratados, y especialmente en este que ahora de nuevo se publica. Métese desde luego en el asunto sin preámbulos inútiles, y despues de lamentar en un brevísimo exordio el desprecio que se hace comunmente de la gracia, encendiendo así el ánimo del lector en deseos de conocer lo que aquella vale, pone de repente á su vista en el capítulo II toda la materia del tratado en una maravillosa definicion de la gracia, que desenvuelve despues en los cinco libros de la obra. En el primero da nociones generales, levantando como por grados al lector á la contemplacion de tan alto y divino tesoro; muestra á la gracia elevada sobre todas las obras de naturaleza y superior á las milagrosas, y descollando sobre todas las demás obras de Dios; lánzase despues de un vuelo á aquellas inconmensurables alturas, y explica, en cuanto esto puede ser explicado, el sér divino de la gracia, y muestra al que la tiene enlazado en íntimo parentesco con el mismo Dios, participando por altísima manera de su naturaleza y de sus bienes con incomparable plenitud, endiosados cuanto cabe en una criatura su entendimiento y voluntad, reflejando en el nuevo sér y vida de su espíritu, y en sus pensamientos y afectos, la perfeccion, la alteza, el órden, la claridad, la santidad, la soberana hermosura del sér y vida de Dios; participacion íntima, cuanto lo es á nosotros mismos nuestra propia naturaleza; participacion que puede crecer indefinidamente, porque el bien que por ella nos viene no conoce límites; beneficio de beneficios, al cual se ordenan y tienen por fin todos los otros que Dios nos ha hecho y hace, inclusos los de su propia encarnacion y el de la Eucaristía; dignidad y excelencia que sobrepuja hasta á la de ser Madre de Dios; joya, en fin, de

tanta estima, que el divino mercader y enamorado esposo de nuestras almas, no titubeó en comprárnosla á costa de su sangre y vida. ¿Quedan aún más maravillas por decir? Sí; pintada la hermosura divina de esta celestial princesa, síguese hacer alarde del vistoso cortejo de bienes que la acompañan, y en pos de ella entran en el alma: bien extrínsecos los unos, que se cuentan en el libro segundo. La morada perenne y dulcísima compañía de las tres personas de la Santísima Trinidad en el alma, la vivificacion de esta por el Espíritu Santo, la adopcion de hijos de Dios, y la herencia de los cielos que sigue á cuantos poseen la gracia; la particularísima estima en que Dios los tiene, la amistad que con ellos entabla, el amor especialísimo que les profesa, la suma hermosura que en ellos causa, la admirable union consigo y con sus ángeles y Santos en que los estrecha; cómo se desposa con el alma en gracia, cómo le infunde un rio de celestiales y contínuos deleites, y le pone en la mano el cetro del mundo, y la hace Reina y Señora de todas las cosas. Pues ¿y los bienes intrínsecos á la misma alma, que se refieren en el libro tercero? La gracia difunde por ella el fuego vivo de la caridad divina, enriquécela con todos los hábitos de las virtudes sobrenaturales, reálzala con los dones del Espíritu Santo, destruye en ella el pecado mortal reparando los estragos por él causados, por donde viene á quedar el alma pura, limpia, resplandeciente y hermosa como la luz, regocijando con su vista á los ángeles, y gozando el singular privilegio de que muchos de estos celestiales espíritus la asistan, guarden y acompañen. La gracia comunica á las obras tan inestimable valor, que con ella se merece la vida eterna, y se satisfacen las deudas contraidas con Dios por los pecados. Por la gracia se está eternamente en la comunion de los Santos, y se participa de sus bienes espirituales, resultando de todas estas grandezas de la gracia que se da á los hombres, que tiene mayor título para ser estimada que la que se dió á los ángeles. Sobre todas estas excelencias, trae la gracia al hombre para esta vida presente otros privilegios que se enumeran en el libro cuarto: porque quita la indignidad que tienen los pecadores de recibir los auxilios divinos é inspiracion del Espíritu Santo, haciéndonos fácil durar mucho tiempo sin hacer pecado mortal, lo que sin ella es moralmente imposible; imprime en el alma fuerzas maravillosas, robusteciendo la flaca

naturaleza; acarrea sobre los bienes sobrenaturales y espirituales tambien los temporales en cuanto convienen, y da áun en esta vida la bienaventuranza que en ella cabe: de todo lo cual ¿qué se sigue sino la diferencia suma que va del hombre en gracia al que está sin ella, y de la gracia de Dios á la de los hombres; y que sin esta gracia no hay dicha verdadera, antes la mayor de todas las miserias es carecer de ella? Acábanse de encender los deseos del lector, poniéndole delante lo que por tenerla hicieron los Santos, y las peregrinas maneras que para significar lo que la estimaban inventaron.

Abrasado ya el lector en vivas ánsias de bien tan inestimable, enséñansele en el quinto y último libro cuatro disposiciones para alcanzar la gracia, que son: fe, temor de Dios, esperanza divina y contricion verdadera, y dos medios generales de conservarla, penitencia y santa vida; tres grados para acrecentarla hasta lo sumo, conviene á saber: no tenerla ociosa, sino producir con ella los doce frutos del Espíritu Santo, y no contentándose con las obras ordinarias de las virtudes, obrar tambien por los dones del Espíritu Santo los heróicos de las ocho bienaventuranzas, ni parando todavía aquí, emular en la tierra la vida del cielo, empleándose todo en lo que es efecto y obra propia de la gracia, que es amar á Dios: y eso como el obrar no así de cualquier modo, sino intensamente, con todo fervor y diligencia. Dánse en seguida tres medios para guardar las riquezas así ganadas, que son:—vivir de fe, limpieza de alma, evitando cuanto se pudiere pecados veniales, y pureza del cuerpo; y ciérrase el libro con llave de oro, poniendo las señales con que cada cual puede, en cuanto cabe, certificarse que está en gracia, y ha de tener la dicha inestimable de morir en ella. ¡Oh plan verdaderamente vasto, magnífico, admirable! ¡Y con qué abundancia de doctrina, con qué riqueza de erudicion, con qué maestría y dominio de la materia está realizado! ¡Qué seguridad en tratar los puntos más delicados! ¡Qué pasmosa habilidad para sacar á luz lo más recóndito de la Filosofía y Teología, para dar cuerpo y colores á las ideas más abstractas! ¡Qué torrentes de razones! ¡Qué irresistible fuerza de discursos! ¡Qué oportunidad de símiles y comparaciones! El lenguaje y estilo son un encanto. Muéstrase aquí la lengua española con aquella su proverbial pompa y lozanía; y en su majestad senci-

lla, y en su fuerza mansa, y en su peculiar armonía, parece como que se gusta un dejo de la suavidad del lenguaje usado en los cielos, y siéntese en estos libros que es la lengua propia para hablar con Dios y de Dios. Es pura, castiza y propia la diccion; es limpia y sonora la frase; son sueltos y varios los giros; y es el estilo animado con vivas imágenes, iluminado con espléndidas figuras. ¡Con qué garbo y gentileza suele comenzar la cláusula, con cuánto brio y libertad gira, se desenvuelve y rodea, y con cuánta naturalidad y plenitud remata y descansa! ¡Oh! ¿por qué libros de tanto mérito yacen en el polvo de las bibliotecas desconocidos? ¿Por qué las almas piadosas de nuestra nacion no se alimentan de estos tan delicados manjares? ¿Por qué á lo menos los predicadores no vienen á beber en estas fuentes tan abundantes y cristalinas? ¿Por qué hemos de necesitar los españoles que vengan los extranjeros á mostrarnos el valor de nuestras propias alhajas? Pero pongamos fin á este artículo, exhortando al lector á que aprecie por sí y saboree á su placer las delicias de tan celestial doctrina y belleza tan admirable como resplandecen en esta obra del V. Padre Nieremberg.

CIRCULAR

DEL EMINENTÍSIMO CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO SIMEONI Á LOS NUNCIOS DE LA SANTA SEDE

«Ilmo. y Rmo. Señor: La circular del ministro guarda-sellos, á los procuradores generales de los tribunales de apelacion sobre la última Alocucion del Padre Santo, circular que la prensa ministerial ha publicado ayer en Roma, no se ocultará, seguramente, á la atencion de V. S. I.

La circular declara que los periódicos que publiquen el documento pontificio no serán perseguidos, á no ser que lo acompañen de algun comentario que exprese su adhesion. Y esa decision es presentada como una prueba tanto más patente de la libertad asegurada al soberano Pontífice en el ejercicio de su ministerio, cuanto que la Alocucion, al decir del señor ministro, habria traspasado todos los límites imaginables, y sería una confirmacion de la ingratitud pontificia respecto de un gobierno que se ha mostrado tan franco y tan generoso con la Iglesia.

El hecho es que si necesitáramos un argumento más para poner en claro el deplorable estado de cosas expuesto en la Alocucion del Padre Santo, la circular de que se trata lo suministraria de la manera más evidente. En efecto, desde el momento en que la publicacion de la palabra pontificia está subordinada á la voluntad de un guarda-sellos, cualquiera que sea la libertad concedida á esa palabra, no es ni puede ménos de ser ilusoria. Es el ministro mismo el que declara que si no ha aplicado el rigor de las leyes, es porque ha querido hoy usar de tolerancia. Mañana el mismo ministro ó cualquiera otro que le suceda en ese puesto, podria, en vez de ceder á esos sentimientos de tolerancia de que hoy se blasona, mostrarse con igual derecho severo ejecutor de leyes fáciles de invocar, y á falta de otros motivos, recurrir al pretesto ordinario á que se apela sin fundamento alguno en la última circular, á saber: que el Pontífice romano sale del terreno espiritual para entrar en el terreno político.

Digo que ese pretesto se alega hoy particularmente sin ningun fundamento, porque para todo el que ha leido la Alocucion de 12 de Marzo, es evidente que la exposicion de los hechos que contiene concierne únicamente á los intereses religiosos, entre los cuales hay que colocar ante todo la reivindicacion de una plena y verdadera independencia en el ejercicio del ministerio apostólico. Si las heridas causadas á la Iglesia, heridas contra las que se reclama ahora, y contra las que no se ha cesado de reclamar en lo pasado, por mas que diga el autor de la circular, son los tristes efectos de una política injustamente llevada á un terreno que no es el suyo, no puede decirse que sale de su esfera el que tiene el derecho, y al mismo tiempo el deber, de reclamar hasta que obtenga reparacion.

Pero hay en la circular en cuestion otros puntos que demuestran mejor todavía lo que es la libertad *generosamente* concedida al Soberano Pontífice. Esa libertad consiste en esto: por una parte se permite á la prensa hostil á la Iglesia alzarse de todas maneras contra la palabra del Padre Santo, haciendo de ella un tema de injurias y de blasfemias, y hasta falseando su sentido; en tanto que por otra parte se prohibe á la prensa buena todo comentario conducente á confirmar la verdad de los hechos deplorados, y que muestre deferencia á la palabra del Jefe augusto de la Iglesia y á sus consejos y enseñanzas. Ya algunos periódicos católicos de provincias, perseguidos por el único motivo de haber expresado su admiracion por la alocucion pontificia, han sufrido los efectos de esa prohibicion.

En cuanto al clero en particular, la libertad que se le promete se formula con nuevas y más apremiantes amenazas: de suerte que si los ministros del culto, obedientes á la voz del Supremo Pontífice, predican sus doctrinas y recomiendan al pueblo que las ponga en práctica, se hallarán bajo el peso de una ley que declarará esa conducta un abuso intolerable, penable con la prision y las más grávosas multas.

¡Y cuando se manifiestan semejantes disposiciones se querria hacer creer en la independencia absoluta del Soberano Pontífice, y hacer que se tomen en serio concesiones que se dicen hechas á la Iglesia por el Parlamento! El guarda-sellos apela al buen sentido público; pero no parece, en verdad, que tenga en él gran confianza puesto que, siendo solo permitido el ataque,

y estando prohibida la defensa y hasta la simple adhesion, su apelacion viene á ser irrisoria.

Por lo demás, el solo hecho de que un ministro, en presencia de un discurso pronunciado solemnemente por la autoridad más augusta que hay sobre la tierra, deje á un lado los hechos denunciados como otras tantas injusticias de que esa autoridad es víctima, y citándola en cierto modo á comparecer ante él, se dedique exclusivamente, en un lenguaje capcioso y enteramente diferente de aquel á que quiere contestar, á tacharla de violencia y de excitacion á la rebelion, y llegue hasta echarle en cara haber proferido quejas cuando, por el contrario, hubiera debido, segun él, expresar reconocimiento: este solo hecho, digo, bastaria para demostrar qué confianza puede tenerse en sus protestas reiteradas de respeto y deferencia hácia la jurisdiccion espiritual del Jefe supremo de la Iglesia.

La conciencia de los católicos, puede decirse aquí en verdad, y sin que esto sea un recurso oratorio, no podrá dejar de apreciar como se merece semejante pretension. Sabrá especialmente discernir de qué parte está la ingratitud, quién es el que siempre ha amado á la Italia, quien ha buscado su verdadero bien y es hoy todavía su sosten, su esplendor y su más bello ornamento, y quién el que se ocupa en arrancar de nuestra pátria sus glorias más grandes, las que debe al Pontificado, y en acumular en el alma del augusto Pontífice las amarguras y los dolores.

No descuide vuestra señoría por su parte el llamar sobre el lenguaje del guarda-sellos, como tambien sobre las observaciones á que da lugar, la atencion del señor ministro de Negocios extranjeros. Hacedle observar especialmente, que si tienen justo motivo de hallarse lastimados los católicos italianos, que á pesar de la oposicion que sufren, y á pesar de ciertos plebiscitos bien conocidos, de que habla la circular, muestran de mil maneras, con una espontaneidad verdadera y en toda ocasion, su firme adhesion al Soberano Pontífice, los católicos de las demás naciones no tienen menos razon para quejarse.

Por consiguiente, sus gobiernos respectivos tienen un interés particular en preocuparse sériamente de semejante estado de cosas, segun las recomendaciones hechas precisamente sobre este particular por el Padre Santo en su última alocucion, con

tanto más motivo cuanto que al invocar, como lo hace la circular, las relaciones diplomáticas que existen de hecho, y cuya importancia se ha exajerado intencionalmente, se querria hasta hacer recaer en parte sobre esos mismos gobiernos extranjeros, la responsabilidad de los males que el Soberano Pontífice deplora en Italia.

Sería igualmente útil hacer observar, que si al quejarse el Padre Santo de no poder en su situacion actual gobernar como conviene á la Iglesia, hace un llamamiento á la accion de los fieles cerca de sus gobernantes, quiere, no obstante, aunque el guarda-sellos calle con intencion sobre este punto, que esa accion sea conforme con las leyes de los diferentes paises.

Al autorizaros para dejar copia de este despacho al señor ministro de Negocios extranjeros, si de ello muestra deseo, os confirmo los sentimientos de mi mayor estimacion.

Roma 21 de Marzo de 1877.=*Juan*, *Cardenal Simeoni*.»

REVISTA DE CIENCIAS NATURALES

Estrellas fugaces. El sabio astrónomo inglés, M. Proctor, en una série de conferencias pronunciadas en Lóndres, acerca del orígen y naturaleza de los meteoros luminosos llamados *estrellas fugaces*, ha demostrado las relaciones que los unen con nuestro planeta. Estos meteoros discurren por el espacio en vastas cantidades, formando grandes y numerosos sistemas, que se mueven en órbitas muy escéntricas al rededor del sol. Al acercarse á la tierra, sometidos á la gravitacion, entran en la atmósfera y caen á manera de lluvias de estrellas. No pasa noche en que no caigan algunos, y en ciertas épocas y meses corren sin cesar por el firmamento, ofreciendo animado y sorprendente espectáculo. Naturalmente, caen tambien de dia; pero no se los ve, porque su luz está amortiguada por la del sol. Segun Mr. Proctor, se calculan en centenares de miles los cuerpos extra-terrestres que en 24 horas vienen á incorporarse con nuestro planeta, y en unos 400 millones los que caen todos los años. Su peso y volúmen son muy varios, desde un gramo hasta una tonelada y más; pues en la América del Sur cayó uno que pesaba 15 toneladas. A pesar de esto, serían necesarios muchos millones de años para que el diámetro de nuestro globo creciese un solo pié con tales aumentos de materia.

Distancia de algunas estrellas. Hasta época reciente no ha podido calcularse la distancia que nos separa de las estrellas. Faltaba para esto conocer su parálage anual, ó más bien, averiguar si realmente la tenian; pues por mucho tiempo se creyó, que mirada cualquier estrella desde los extremos más distantes de la órbita terrestre, no formaban las dos visuales ángulo apreciable. Merced á la perseverancia y delicadeza de las observaciones, dicho ángulo ha logrado medirse en muchas estrellas, y calcularse por este medio lo que distan de nuestro globo. Vamos á presentar á nuestros lectores una lista de algunas de di-

chas estrellas, las más próximas, indicando su parálage anual, y el tiempo que tarda su luz en llegar hasta nosotros. Para determinar este tiempo, suponemos con Struve, que el que emplean los rayos solares en recorrer la distancia media de la tierra al sol, es de 8 minutos y 17,78 segundos. La cuarta columna indica los años que tarda la luz en salvar las distancias indicadas en la tercera. Estas distancias expresan su alejamiento de la tierra, tomando por unidad de medida lo que dista el sol de nuestro planeta.

NOMBRE y magnitud de las estrellas.	Parálage anual.	Distancia de las estrellas.	Años que tarda la luz en venir á nosotros.
α del Centauro (1 y 4)............ ...	0″.928	222,300	3,5
61.ª del Cisne (5 1/2 y 6)............	0.553	373,300	5,9
Lalande 21185 (7 1/2).........	0.501	411,700	6,5
β del Centauro (1)	0.470	439,100	6,9
μ de Casiopea (5 1/2)................	0.342	603.100	9,5
Groombridge 64 (8 1/2)..............	0.307	671,900	10,6
La Cabra (1)....	0.305	676,300	10,7
Lalande 21258 (8 1/2)................	0.271	761,400	12,0
Oeltzen 17415 (8 1/4)	0.247	835,100	13,2
σ del Dragon (5).........	0.246	838,500	13,2
Sirio (1).....................	0.193	1,059,000	16,9
α de la Lira (1)..	0 180	1,146,000	18,0
70 de Ofiuco (4 1/2).......	0.162	1,273,000	20,1
η de Casiopea (4 1/2 y 7)...	0.154	1,339,000	21,1
Procion (1).............	0.123	1,677,000	26,5
Groombridge 1830 (6 1/2)............	0.118	1,748,000	27,6
La Polar (2)...........	0.091	2,267,000	35,7

Así pues, la luz, que en un segundo recorre 85.000 leguas, necesita tres años para llegar á la tierra desde la estrella más

próxima á nosotros, y nada menos que 35 para salvar la distancia que nos separa de la Polar. Segun el último valor de la parálage solar, dado por Leverrier, y el diámetro del ecuador de la tierra, dado por Clarke, la luz del sol llega al planeta Neptuno en 4 horas y 10 minutos, y necesita de consiguiente ocho y media para atravesar los espacios de nuestro sistema planetario actualmente conocidos.

Petrificacion de los cuerpos orgánicos. Es sabido que los cuerpos sumergidos en agua que contenga en disolucion sustancias calizas, pasado algun tiempo, se cubren de una costra ó capa de cal; por lo cual se dice que están petrificados. Segun Mr. Chevreul esta operacion se hace muy lentamente: primero, penetrando la materia disuelta en el líquido por todos los poros de la sustancia orgánica, y fijándose químicamente poco á poco y por afinidad en su superficie, hasta cubrir todos los espacios vacíos; andando el tiempo, las materias calizas atacan las partes sólidas del cuerpo, y se sustituyen á las mismas, de suerte que cuando la petrificacion es completa, las representan á todas exactamente, y con ellas su tamaño, forma y dimensiones. Para esta operacion muchos habian creido ser necesario número extraordinario de siglos. Mas habiendo examinado recientemente Mr. Daubrée un pedazo de madera petrificado, y otros objetos vegetales y animales hallados en Bourbonne-les-Bains en un pozo de construccion romana, vió que la sustancia leñosa habia desaparecido en parte, sustituida por el carbonato de cal, y la parte de madera que quedaba, sin perder su tejido, estaba llena de la misma sal hasta los más pequeños intersticios de sus celdillas. De esta y otras observaciones se colige que, como sucede en otros procedimientos de composicion ó descomposicion, en especial en los minerales, la duracion del tiempo necesario para la petrificacion depende del concurso de las circunstancias, favorables ó desfavorables, las cuales son muy difíciles de reconocerse y observarse aun teniéndolas á la vista, y de todo punto imposible de imaginarse cuando, pasados muchos siglos, no han dejado más rastro de sí que el fenómeno cuya esplicacion se busca.

Intermitencia del sonido. Un profesor de Viena, Mr. Urbantschitsch, ha demostrado con esperimentos muy curiosos, que cuando un sonido es muy débil, pero contínuo y de igual inten-

sidad, no lo percibe el oido de una manera igual y contínua, como parece debia suceder, sino que sentimos aumentarse su intensidad y apagarse del todo, y esto por intérvalos y sucesivamente. Lo mismo pasa con la vision; pues estando en completa oscuridad, si fijamos la vista en un objeto escasamente iluminado, lo vemos aparecer y desaparecer por intérvalos. Ambos fenómenos son debidos á que cuando los nervios de la vision y del oido reciben una impresion demasiado débil, pero contínua, á causa del esfuerzo que tienen que hacer, experimentan una fatiga que suspende sus funciones, las cuales se renuevan y se ejecutan con mayor energía y viveza, pasado aquel momento de cansancio.

La anemia y la hemoglobina. Una de las enfermedades más comunes, en especial en las grandes poblaciones, es la *anemia*, caracterizada por la debilidad, palidez y poca resistencia á los trabajos y fatigas corporales. Su asiento y raiz está en la sangre. Esta es un líquido incoloro, en el cual nada infinita muchedumbre de globulillos, ligeramente aplastados, de color encendido, y compuestos casi en su totalidad de una sustancía albuminoidea, ferruginosa y cristalizable, llamada *hemoglobina.* Dicha sustancia, que es el principio esencial de la sangre, pues forma sus 90 centésimas partes, da á los glóbulos la propiedad de absorber el oxígeno que encuentran en los pulmones, y llevarlo á las diferentes partes del cuerpo. De la disminucion del número de estos glóbulos, depende la *anemia,* y los grados de su intensidad. Su curacion consiste en aumentar la hemoglobina de la sangre hasta el punto conveniente. Lo difícil hasta ahora fué obtener esta sustancia en grandes cantidades. Mas habiendo recientemente logrado obtenerla en proporciones considerables el Dr. Lebon, este hecho ha tenido gran ruido entre los médicos, los cuales se han apresurado á administrar dicho medicamento á los enfermos, con satisfáctorios resultados. En su estado normal, la sangre humana contiene unos 6 millones de glóbulos por milímetro; en los anémicos puede bajar hasta un millon. Administrando la hemoglobina se ve subir esta cifra con prodigiosa rapidez. Para graduar dicho aumento de glóbulos sanguíneos, se ha ideado un aparato que permite calcular con maravillosa precision los contenidos en un espacio determinado.

Extrago de los ciclones en Bengala. Segun datos oficiales, han sido unas 250.000 las víctimas del gran ciclon de Bengala en las tres inundaciones que sucesivamente tuvieron lugar, y que cubrieron más de 7.766 kilómetros cuadrados. El ciclon del 31 de octubre empezó sus estragos en la bahía de Bengala echando á pique grandes navíos al dirigirse hácia el Norte. Dejando á Calcuta, destrozó la ciudad de Chittagong, situada en el ángulo nordeste de la bahía, arrojando á la costa los buques anclados en el puerto, y destruyendo casi por completo dicha ciudad. El mar encrespado inundó las grandes islas de Hathah, Sundeep y Dakhin puestas en la embocadura del Ganges; cubrió otras islas menos importantes, é invadió la tierra firme en un espacio de 8 á 10 kilómetros. Las olas inmensas se revolvian con prodigiosa rapidez. A las once de la noche los despachos recibidos en Calcuta no anunciaban peligro real, á media noche todos los puntos susodichos estaban ya cubiertos por seis metros de agua. Es indescriptible la sorpresa de los habitantes de estas islas al verse repentinamente invadidos por las aguas; los que podian se subian á los árboles y puntos más elevados, y allí eran acometidos por los tigres, serpientes y bestias feroces, que como ellos buscaban salvarse del furor de la inundacion; millares de casas vinieron abajo por el ímpetu de las olas; apenas ha quedado la cuarta parte de los habitantes, y el mal olor de los cadáveres ha desarrollado el cólera, que amenaza generalizarse.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO III

«Y CAYÓ COMO CUERPO MUERTO CAE»

Despues de almorzar al aire libre, al márgen de la fuente y á la sombra de un nogal, por entre cuyas ramas encorvadas casi hasta el suelo, veian Echeverría y su huésped la cumbre de entrambas peñas gemelas, despidió el amo de casa á su hija y al zagal que les habian servido, encargándoles que llevasen pan, carne y vino á la partida; y se quedó en una de esas situaciones que tanto apetecia, á saber, despues de un buen almuerzo, un buen huésped con quien charlar de cosas interesantes y saborear despacio un buen vino.

Llenó los vasos, ó para hablar con exactitud, las escudillas, hasta el borde, y colocando un jarro al alcance de su mano, mientras otro se enfriaba en el manantial, dijo, empezando á un tiempo la operacion de desocupar la vasija y desahogar su pecho:

—¿Se puede saber, ante todo, qué motivo particular te induce á sorprender á Ranimiro, con ánimo sin duda de arrojarlo en una sima ó precipitarlo de una roca (porque contigo no rezan las prohibiciones de Petronila), cuando hace diez años, por lo corto, que ese hombre está como enjaulado?

—Motivo particular, ninguno, contestó el señor de Abárzuza: contra Ranimiro solo tengo los motivos generales que tiene todo vascongado. No le conozco siquiera, y ni remotamente puedo atribuirle la muerte de mi padre. Precisamente cuando esta desgracia nos ha sobrecogido

reinaba todavía Witiza; por manera que ni directa, ni indirectamente, ni con sus armas, ni con sus consejos ha podido contribuir á la pérdida que aún lamentamos.

—Pues entonces, ¿cómo es que mi mujer ha dicho que tú eres el hombre con quien está soñando hace veinte años? ¿Que tú estás destinado á vengar á Lorea, la primogénita de Aitor?

—No lo sé. Pero ¿quién hace caso de las palabras de una loca?

—Yo, García, yo. Y tú se lo harias igualmente si estuvieses en mi lugar. Ella habla poco, pero bien. Cada palabra, una sentencia.

—Pues en ese caso, os diré la significacion que en mi concepto pueden tener las misteriosas palabras de Petronila. ¿Qué pensais vos de esta guerra?

—Pienso que es un dolor que los godos no nos dejen cultivar en paz nuestros campos, vivir á nuestro modo, y respetar sus cosechas al ver que nuestros hogares son respetados. ¡Oh! ¡Cuánto bueno podíamos hacer! Nada hay que enseñe tanto como la necesidad: la tierra pobre es la gran maestra del cultivo. Te aseguro que si hoy tornase á empuñar la reja, que por el ejercicio de las armas abandono á mis hijos, habia de dar gozo ver mis sembrados. ¡Qué bien podian sanearse aquellas laderas! ¡Qué mezcla de tierras, qué abonos, qué!....

—Sí; pero antes de pensar en sanearlas, contestó García, atajándole en aquel sendero por donde se le extraviaba; preciso será tratar de defenderlas ó recuperarlas.

—Defendiéndolas estamos hace trescientos años. En cuanto á recobrar las perdidas, exclamó Echeverría con un suspiro, ya es harina de otro costal. Algunas hay, como las playas, que con la misma facilidad con que el mar las cubre, se quedan en seco. Yo recuerdo que Wamba avanzó como marea viva de Setiembre, y sin embargo, jóven, bien tranquilos nos reposamos hoy en los terrenos anegados.

—Sí, pero la Navaherría, la tierra llana ha quedado sumergida; ¿y qué vascongado piensa hoy en reconquistarla?

Ochoa, que á la sazon tenia la taza en la mano, sin acordarse de acercarla á los labios, quedóse mirando á su huésped de hito en hito.

—Ninguno, contestó con leve sonrisa de incredulidad; ninguno como no sean locos semejantes á Amagoya y.....

—A vuestro huésped.

—¡Tú!

—Amagoya y yo somos dos locos; y con tu mujer, por lo visto, hacemos tres.

—¡Calla! Pues es posible que te haya conocido como uno de los de su jaula, y que por eso diga que hace veinte años está soñando contigo.

—Soñar es, dijo García, porque yo hace veinte años apenas habia na-

cido. Pues te aseguro, amigo Ochoa, que solo he dado en pensar en estas cosas desde la muerte de mi pobre padre.

—¡Ola! ¿Tienes ambicion? Me alegro, le contestó el merodeador apurando la escudilla.

—¡Ambicion! No seais insensato. Cuando pienso en cosas tan altas, ¿cómo he de fijarme sino en quien está más alto que yo? Mi padre, como sabeis, era guerrero infatigable, valiente; nada avaro de su sangre y sus riquezas, y entendido como pocos en la montaña. El me enseñó á leer y escribir, y entre otras cosas, con el auxilio de los monjes, la lengua fina de los godos, ó por mejor decir, el latin de los romanos. Pues bien, amigo Echeverría: cuando he visto que con todas estas dotes y excelencias de Jimeno, y con ser además señor de ambas Amescuas y de la villa de Abárzuza, ha muerto de una flecha disparada por mano desconocida, en un encuentro solo memorable por esta desgracia, y sin dejar en el suelo vascongado más rastro de sus proezas que el que deja el águila cuando se cierne en el aire ó cruza de cordillera á cordillera; ni más nombre que el que yo llevo llamándome Jimenez, como hijo suyo, entonces, amigo mio, he dicho para mí: esto no debe ser, y no será.

—Será como ha sido; será, pesiá ti, hasta la consumacion de los siglos. García, escarmienta conmigo, y no te empeñes en otra cosa.

—¡Cómo! ¿Tanto ha desmayado el valor de los hijos de Aitor? ¿Se ha enervado, por ventura, el brazo de aquellos que desafiaron por más de un lustro al mismo Octavio? ¿No seremos capaces de imitar las hazañas de Lecovide y de Uchin Tamayo? ¿O nos creeremos deshonrados con terminar la guerra de los godos, como ellos pusieron fin á la de los romanos?

—¿De dónde sales, García? le preguntó el señor de Echeverría con verdadero asombro.

—Salgo de mis Amezcuas, donde he estado hace meses solo con el sepulcro de mi padre, con los ensueños de mi madre y con los libros de mis monjes. Salgo de aprender nuestra historia, mirando no solo á los Pirineos, sino á Roma y Toledo. Salgo dispuesto á herir en la cabeza y apuntar al corazon. Por eso, cuando en mi palacio de Abárzuza me han dicho: el Rey viene por la derecha y Ranimiro por la izquierda á concertar el plan de campaña, he resuelto dejar pasar al monarca y acometer al antiguo tiufado de Aitormendi. ¿Qué significa vuestro asombro? ¿Tanto han cambiado las cosas desde la muerte de Jimeno, señor de las Amezcuas?

—Por lo mismo que no cambian, replicó Echeverría, deben admirarte menos mi incredulidad y pocas esperanzas. Para resistir vale-

mos mucho, para atacar nada. No sé si te han enseñado eso tus libros; yo lo he aprendido en el de la experiencia.

Y encogiéndose de hombros apuró el vaso.

García le acompañó esta vez y permaneció algun rato en silencio, al parecer paladeando el vino, en realidad sin saber siquiera si habia ó no bebido.

El viejo guerrillero, que no estaba tan distraido, empuñó el jarro para escanciar á su huésped, que maquinalmente alargó la taza.

—Habeis dado en el punto de la dificultad, Ochoa, dijo al fin el mancebo; somos inconquistables, mas no conquistadores. El peligro nos une, la confianza nos separa.

—Algo hay de eso.

—Y aún algos, amigo mio. Cuando nuestro patriarca Aitor tomó asiento en los frescos valles del Pirineo, repartió la tierra en sendos pedazos para sus siete hijos. ¿Qué importaba que los unos morasen al Septentrion y los otros en las faldas del Sur, si todos eran hijos de un mismo padre, y adoraban á un mismo Dios, y hablaban un mismo idioma? Eran siete hermanos que dieron siete familias, siete tribus confederadas. Las del norte, sin embargo, se separaron luego de la hermandad, y el resultado fué la prolongacion de la lucha con los romanos, la paz á que nos vimos forzados.

—Bien: pero los cuatro pueblos restantes, desde entonces, han permanecido unidos. Como emblema de la nueva confederacion alzaron nuestros padres el *Lauburu*, y esas cuatro cabezas en forma de cruz son hoy nuestro estandarte.

—¡Cuatro cabezas! exclamó García. Yo no conozco ni hombre, ni animal, ni sér viviente que tenga más de una. Solo los mónstruos que adoraban ó inventaban los gentiles, tenian dos ó siete; las que ellos querian. Cuatro cabezas son cuatro entendimientos, cuatro voluntades distintas, que si pueden unirse para determinado fin, nunca tendrán el mismo vigor eficaz, ni la misma disposicion de ánimo. El espíritu es como un licor cuya fragancia varía, segun el tonel en que se vierte. Reunid cuatro excelentes vinos en un mismo vaso y vereis que no hay paladar que lo resista. Pase el *Lauburu* en tiempos de paz, cuando cada tribu se gobierna por sí, reclamando únicamente de los confederados el mútuo apoyo y cariño de hermanos. El *Lauburu* sirve entonces para recordarnos nuestro comun orígen y señalarnos nuestras recíprocas obligaciones de hermanos. Pero cuando ataca un enemigo comun, cien veces más poderoso que las cuatro familias juntas, prodigios de valor se necesitan para no sucumbir: mas para vencer y recuperar lo perdido, serian menester milagros. Y si no, ¿quereis decirme, Echeverría, cómo se gobiernan hoy los vascos para hacer la guerra?

—Muy sencillamente, contestó el interpelado. Mañana se levanta de mal humor el señor de Goñi, el de Guesalaz ó la Berrueza, porque los godos le han robado sus rebaños, ó porque se le ha indigestado la cena; pues toca el cuerno de caza ó el esquilon de la iglesia para congregar á sus vasallos, y los arma como puede. Cuando más, pide auxilio á los señores comarcanos, y solo ó quizás así acompañado desciende á tierra enemiga. Tala campos, saquea granjas, dispara centenares de flechas, da cuatro tajos y reveses, y recobra el ganado con usuras, para cubrir los gastos de la guerra. Con esto se le aplaca la ira, se le sienta el estómago, y torna á su palacio ó su torre, y agur. ¿Ogaño se secan los pastos porque ha llovido poco, ó se recuestan y se pudren las mieses porque ha llovido demasiado? Reúnense unos cuantos cofrades del campo de Arriaga, y caen, la noche ménos pensada, sobre la llanura, y tornan á la montaña con algun hijo de menos, como ha sucedido siete veces á Miguel y á mí dos, ó con un Jimeno de las Amezcuas tendido en parihuelas; pero con carne y lana y trigo para todo el año. Y *junac, jun* [1].

—Tienes razon, exclamó tristemente García.

—¿Pues no he de tenerla, si tú mismo nos estas dando el ejemplo? Ayer mañana te levantaste en Abárzuza, que es uno de los pueblos más lindos de esta tierra, pensando en tus pergaminos, en tus monjes, en tu madre, ó en los corzos y jabalíes de la sierra: en todo menos en los godos, en su Rey y Ranimiro. De repente recibes aviso de que ese terrible godo sale á ponerse al frente de los enjambres de tropas que preceden á Rodrigo, y ¿qué haces tú?

—Convocar á mis gentes, decirles: Ranimiro vuelve á Iruña, pues es preciso que no pase de las Dos Hermanas, y todos me lo prometen. Y como soy mancebo sin experiencia, sin arte en cosas de la guerra, he ido á buscar á mi amigo Teodosio de Goñi, que es el hombre de Navarra, para que se ponga á la cabeza de la espedicion que he concebido y puesto en ejecucion en breves horas.

—Y como Teodosio tiene su valle y sus cinco pueblos seguros con su Gasteluzar, y sobre todo con sus montes de Sárbil, Urbasa y Andía, va por esos valles de Dios en busca, no de los enemigos de su cuerpo, sino de ciertos enemigos de su alma, que el diablo y yo nos sabemos.

—Razon por la cual he venido á buscaros. No lo disimulo, Echeverría. Todo casual, todo fortuito. Mal ó bien, de buena ó de mala gana, de buena, segun creo, porque para pelear siempre estamos dispuestos, si matamos ó cogemos prisionero á Ranimiro, todos los euscaldunas nos ayudarán, y la guerra se habrá renovado por esta vez con gran

[1] Al que se muere, lo entierran.

ventaja para nosotros: y aquí entro yo, Echeverría. Estoy pensando hace tiempo, con la vista fija en Toledo mas que en nuestras sierras, que nunca con mayores ventajas ni en mejor coyuntura podemos principiar de nuevo nuestra campaña. El imperio gótico se está desmoronando: esa abundancia de gentes, esos millares de hombres que aquí vienen, le estorban, y le ahogan. Dos capitanes tienen que sepan manejarlos; Ranimiro y Pelayo. Del primero me encargo yo; del segundo nos salvará él mismo.

—¿Quién?

—El mismo Pelayo que no quiere, y con muchísima razon, hacernos la guerra. Pues bien, ahora que no pueden, que no deben y que no saben los godos combatirnos, ahora es cuando suspiraba yo por una imprudencia, por uno de esos dias de mal humor, por una cena indigesta que nos obligase á todos á tomar las armas. Y por eso cuando ayer tarde vino á verme cierto amigo, y me dijo: el Rey y Ranimiro van á pasar, exclamé: que pase el Rey, pero Ranimiro no pasará. Y aquí teneis, amigo Ochoa, aquí teneis lo que hay de casual y de previsto en esta visita, es decir, lo que hay de Dios en ella, porque si lo previsto es bueno, es como inspiracion, y lo imprevisto Providencia.

—Pero ¡cuánto sabes, muchacho! exclamó el guerrillero.

—Solo sé que para moverme necesito de Teodosio de Goñi, de vos, de cualquiera que en achaque de lides sepa más que yo. Solo sé, buen Ochoa, que si hemos de volver á recobrar nuestros llanos, nuestras pingües campiñas de la ribera, si hemos de vivir en paz algun dia, vos y yo, y todos los señores y súbditos vascos, necesitamos una sola cabeza, no cuatro; llámese Duque, Señor ó Rey, que el nombre es lo de menos.

García fué bruscamente interrumpido por una tremenda puñada que la robusta mano del capitan labriego descargó sobre la mesilla baja de pino, haciendo saltar el jarro y echando á rodar las escudillas sobre la yerba del arroyo.

—¡Diantres! exclamó: no habia caido en ello. ¡Un caudillo, un Rey para las cuatro tribus! No hay más que juntarnos y nombrarlo.

—¿A quién?

—A ti.

—¡A mí! Ochoa, te retiro la patente de sabio que acabo de concederte: no sirvo para el paso. Ni soy conocido de nadie, ni tengo edad para gobernarme á mí, ni de manejar cuatro soldados.

—Pero tienes cosas que no se me ocurren á mí, ni á ninguno de nuestra tierra, y eso es lo que vale.

—No hay que pensar en ello, buen Ochoa; no tenemos tiempo que perder, repuso García con un tono que no admitia réplica. Me he fijado en el de Goñi, y él será.

—Hombre, tú por jóven no quieres, y ese por demasiado viejo no puede. ¡Mira que tiene más de ochenta Navidades!

—No me referia al padre, sino al hijo.

—¿A Teodosio?

—No tiene ya otro, todos los ha perdido en la guerra.

—Y ese le perderá á él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ahora me haces caer en la cuenta de que esas coronas y ducados no han salido de tu costal, sino del zurron que lleva á la espalda Teodosio de Goñi.

—Te aseguro que no.

—Pues yo, como viejo malicioso, lo hubiera jurado, y por lo visto muy malamente, porque te creo. Pero es rara casualidad, añadió Echeverría, bebiendo del nuevo jarro que sacó de la fuente, y con los ojuelos un poco encandilados con tantos saboreos y libaciones: es rara casualidad que tú hayas pensado en un trono para Teodosio, mientras él está dando los pasos necesarios, indispensables, para subir y sentarse en él.

—¡Teodosio!

—Teodosio. Pero en vano; porque no le hago la injuria de creer que por ser Rey de los Pirineos ha de renegar de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué estás diciendo, Echeverría, si lo primero que se necesita aquí para reinar, es reinar en nombre de Jesucristo Nuestro Señor?

—Pues por eso, nunca será Teodosio marido de mi sobrina, la hija de Aitor, y ni su padre Lartáun, ni su tia Amagoya, consentirán en que la chica se case con ningun cristiano.

—¿Qué historias son esas? preguntó el señor de Abárzuza.

—Las que mi mujer me ha mandado contarte, y que con el almuerzo y la presencia de Olalla, y nuestras dulces pláticas, habia olvidado.

—Sí, y con el vino de Mendigorría, más dulce que las pláticas. Os ruego que no bebais más si habeis de cumplir el encargo de la loca.

—Al contrario, tengo que hablar mucho, y necesidad, por consiguiente, de remojar la palabra. Pierde cuidado: conservo siampre firme la cabeza, y en cambio, he menester así de cierto aceite ó bálsamo para que no se me atraganten algunas especies.

—Os lo advierto, además, porque luego hay que pelear, y.....

—Pues, hombre, precisamente para pelear se necesita llevar el corazon fortalecido con el buen mosto. Ya irás aprendiendo el oficio.

Y como para darle una leccion, aunque no nueva, se echó un trago. Luego prosiguió:

—Has de saber, jóven inexperto, que yo, por mi desgracia, soy no solo de la tribu, sino casi del valle de Amagoya. Era ella, como lo es

hoy y como lo ha sido siempre, una loca furiosa, y á veces simple y extravagante, y yo, mal que me esté el decirlo, de mozo y de casado, hombre de seso; y no podíamos congeniar. Yo vivia feliz en mi tierra. Suelo pobre, más no ingrato. Si yo le trataba con cariño, él me pagaba con bizarría. Si en los prados no probaba bien una yerba, traia simiente de otra, aunque fuese menester procurármela en tierra de godos. Lo mismo sucedia con los aperos. Nosotros hemos sido siempre más ganaderos que agricultores, y teníamos necesidad de aprender el oficio. ¿Y de quién se ha de aprender una cosa, sino de quien mejor la sepa? Tú, por ejemplo, sabes latin, sabes hebreo, y qué sé yo cuantas cosas; pero no sabes disponer una batalla, y vienes á aprenderlo de mí. Haces perfectamente: y cuando á mí me dé por aprender á leer y escribir, y ese romano fino de los libros, acudiré á ti sin empacho. Porque yo no lo tengo, ni en confesar mi ignorancia, ni en beber delante del sol dorado.

—Como por ejemplo, le dijo García, viéndole con la taza en la mano.

—Mira, no me lo recuerdes, porque es peor, le contestó Echeverría, para quien, sin ser hegeliano, lo peor y lo mejor iban siendo una misma cosa. Pues, como iba diciendo, traia yo á casa un instrumento de labranza usado por los extraños, y quizás lo mejoraba al acomodarlo á nuestro suelo: me gustaba y me gusta vivir con holgura y disfrutar buenamente de lo que tengo: beberé mientras pueda vino hecho como Dios manda, vino de cepa, y esté segura, Amagoya, de que no robaré á los godos su antigua costumbre de beber cerveza de trigo; pero tampoco gastaré mucho tiempo en hacer como los vascos ese maldito *sagardua*, bueno solo en Julio y Agosto para refresco. Pues bien, huésped hermano: todas estas indicaciones y estas ideas, formaron mi proceso ante el tribunal de la hija de Aitor, que me condenó como corruptor de las rancias costumbres de nuestros padres, como traidor. ¡A mí, á mí, que hiero á los godos avarientos donde más les duele, que es en la hacienda! ¡A mí, terror de los que viven en los llanos, y á quienes doy, es verdad, excelentes consejos para que cultiven bien, á fin de que luego me paguen más á gusto el tributo que en la cosecha les exija! En fin, se acabó de remachar el clavo cuando supo que yo era cristiano, y que mi mujer, la hermana de Lartaun, su cuñado.....

—¿La loca?

—La loca, que (rematada y todo como está, tiene más juicio ahora, y tuvo muchísimo más entonces que Amagoya) se habia bautizado para casarse conmigo.

Echeverría bajó de repente la cabeza, y guardó silencio con aire melancólico.

—¿Qué teneis, Ochoa? le preguntó el mancebo, que temia los efectos del vino.

—¿A que no sabes en qué estaba pensando, amigo hacedor de Reyes? En una de nuestras más antiguas canciones, en que se dice hablando de los romanos enemigos:

«No importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro;
más agiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.»

Desnudos, esto es, con sayo de lana y en cabellos, sin nada en la cabeza..... ¡Ah! Pensaba, á propósito de las cosas de Amagoya, que si mi hijo Antonio y tu padre Jimeno hubiesen tomado la malla de los godos y el casco de los romanos, tal vez á estas horas se sentarian en este yerbin y beberian sendos tragos como nosotros....! No señor: lo bueno, de todas partes: lo bueno no tiene más pátria que el cielo, que es de todos. Los romanos tomaron la *ezpata* de nosotros: ¿por qué no habíamos de adoptar nosotros la coraza y el capacete de los romanos?

—Bien, exclamó García impaciente ya, y temeroso de que Echeverría quedase perdido y abismado en su prolija narracion: todo eso me esplica la inquina de Amagoya; pero ¿qué tiene que ver con Teodosio y Ranimiro?

—Más de lo que se te figura. Dime, muñeco por la edad, si no por la estatura, que es prima hermana de la de mi mujer: dime, ¿has oido hablar de la profecía de Aitor?

—Algo.

—Pues necesitas saberla á fondo más que el latin y el griego; que tengo yo para mí que sólo á los monjes y á los obispos les hace falta, y tú no tienes esos ojillos traviesos para perder la vista descifrando el griego de los judíos. Pues has de saber, mocito, que esa Amagoya tenia una hermana mayor.

—Sí, Lorea. ¿Y qué? Despáchate.

—Lorea por hacerse cristiana huyó á tierra de godos y se casó con..... con..... ¿lo diré?

—¿Con quién?

—¡Con Ranimiro!

—¿Sabes lo que te dices? ¡Lorea, la hija de Aitor, casada con Ranimiro!....

—Sé perfectamente lo que me digo; y mira tú si para recordarlo y repetirlo, se necesita confortar el pecho con estos sorbos.

—No, no estás en ti, buen viejo, no sabes lo que te dices. Porque

Ranimiro incendió el caserío de Aitor, por más que la loca diga lo contrario, y en sus llamas pereció abrasada Lorea la hija mayor: y en ese caso, Ranimiro sería no sólo incendiario, sino parricida, asesino de su esposa.....

—¡Asesino de su esposa, de su santa, de su inocente y hermosísima esposa!....

—Y á lo que dicen, tambien de su propia hija. ¡Imposible, Echeverría, imposible. Aun cuando se trate de un godo, y de un godo como Ranimiro, digo y repito que es imposible!

—Pues bien, García, diciendo y repitiendo: ¡es imposible! es como mi pobre mujer, la fiel amiga de Paula, se ha vuelto loca.

—Pero ¿es cierto? ¿estoy soñando, por ventura? ¿estás tú borracho de odio ó de vino?

—Estoy en mi juicio; y la prueba es lo que te voy á decir. Una parte grande, muy grande, de lo que entónces se contó, era cierta: Ranimiro incendió el caserío, y dentro de él, entre los escombros del incendio, se halló el cuerpo de su santa mujer, de Paula; pero, segun la loca, su hija se salvó, su hija vive.....

—¡Cómo! ¿Y esa hija de Ranimiro lleva la sangre de Aitor?....

—La lleva, sí, y es, segun las profecías, nuestra verdadera Amaya, la heredera, lo cual saben pocos, muy pocos en este mundo, y desde ahora, y por voluntad expresa de mi mujer, eres tú uno de ellos. Mira si estoy borracho.

—Cuéntame, cuéntame, Ochoa, eso de las profecías, exclamó el jóven de las Amézcuas con un acento de interés, con un sobrealiento de ansiedad, que hasta la sazon no habia manifestado.

—Te lo diré; pero déjame beber otro vaso.

—Bebe cuanto quieras, pero acaba presto.

—Pues has de saber, amigo mio, que esa pagana, la noche en que perdió el caserío de su padre, que no era suyo, sino de la desdichada Paula, perdió tambien el marido, que más que de vasco tenia trazas de judío. Quedóle á Amagoya una hermana llamada Usua, casada con mi cuñado Lartáun, del cual tuvo una hija que es nuestra sobrina, la *hija de Aitor*. Esparciéronse sobre esa niña rumores misteriosos de que quiero hacerte gracia, porque más que historias parecian cuentos de viejas, buenos sólo para narrados en invierno mientras hilan las mujeres y nosotros asamos castañas en el hogar.

—No, no, cuéntalo todo. No me hagas ahora gracia ninguna. Dime cuanto sepas acerca de esos rumores que llamas tú misteriosos.

—Bien está. Reducido el caserío de Aitor á cenizas, Amagoya quiso reedificarlo, y como el empeño no era solamente suyo, y la obra era verdaderamente vascongada, se hizo como por ensalmo. Entónces fué

cuando, bajo los escombros de la torre, se descubrió el cadáver de Paula, y fué entónces tambien cuando Amagoya dió en perseguir á mi mujer acusándola de espía de los godos, de amiga de Ranimiro y de cómplice suyo en los horrendos crímenes que se le achacan. ¡Qué habia de hacer mi pobre Petronila, sino perder su cabeza y más cabezas que hubiera tenido, aunque fuesen tantas como el lauburu! Tuvimos que salir de allá, tuvimos que venir acá huyendo de Amagoya, odiándola de muerte, y aborreciendo y detestando aún más á ese Ranimiro, que faltando á su palabra, á su honor de caballero y de príncipe, y á lo que se debia á sí propio como marido de Paula y como favorecido un tiempo por Petronila, emborrachado de sangre y de venganza, se hundió en el abismo de la maldad y de la infamia.

—Pero esos rumores.....

—Pues has de saber que una de esas eternas noches de invierno, hallándose Amagoya sola y dormitando en el hogar del restaurado caserío, de pronto, en un escaño de roble que yacía enfrente, vió sentado á un anciano de barba y cabellos blancos como el ampo de la nieve. Su fisonomía era cándida, la mirada bajo las nevadas cejas dulce y cariñosa, el continente hermoso, grave y venerable. Vestia paños blancos festoneados de figuras celestes, á semejanza de los antiguos adivinos.....

—¿Era Aitor?

—Así al ménos se lo figuró Amagoya, que por mi cuenta soñaba como el ciego, lo que quería.

—¿Y qué pasó?

—Aitor, ó quien quiera que fuese, prosiguió el escéptico narrador, parece que la reprendió con bondadosa severidad por su tristeza, y le dijo que su sangre no se habia extinguido, y que aún vivia una hija de Aitor, y que aquel á quien esa niña diese su mano, sería el caudillo de los vascos, el llamado á recuperar el territorio usurpado por los enemigos, y á disponer para este objeto de los inmensos tesoros que de generacion en generacion se habian conservado. Y diciendo estas palabras se alejó el anciano de la luenga barba, dejando en pos suavísima fragancia. Y cuenta Amagoya que el mastin de su rebaño, tendido á la sazon en el hogar, fué lamiendo las huellas que dejó la Sombra y meneando la cola con alegres ladridos.

—¡Oh! si eso es cierto, exclamó el mancebo, no hay duda: Dios permitió la aparicion de Aitor. ¿Y luégo?....

—El cuento se extendió con maravillosa rapidez por toda la escualherría: creció nuestra sobrina, hízose moza la hija de Lartáun, y Usua, á la cual, como puedes suponer, no le han faltado ni han de faltarle pretendientes.....

—Y uno de ellos, segun antes habeis dicho, ¿es Teodosio de Goñi?

—¿Te lo he dicho ántes?—No me acuerdo. Pues bien, sí; debe ser cierto. Por aquí pasa y repasa con mucha frecuencia. Es su camino el camino de Aitorechea, ó por decirlo claro, el de Aitormendi, y el caserío de mi sobrina Amaya de Butron. A veces entra en Echeverría y toma un bocado, y procura sonsacar á la loca algo de lo del tesoro de Aitor ó de la historia de Paula: pero si él es reservado y cazurro, á cantar mucho y hablar poco nadie le gana á mi mujer. Y gracias que Petronila no barrunta que por los amoríos de su sobrina trata de congraciarse con la pagana de Amagoya, porque entónces seria capaz de cogerle por la garganta y retorcerle el pescuezo lo mismo que á un pollo.—¡Pero cá, tiempo perdido!

—¿Cuál?

—El que emplee Teodosio y cualquier cristiano en conquistar á Amaya. Mi sobrina no se casará sino con quien Lartáun y Amagoya quieran, y este par de gentiles no han de entregarla sino á un pagano como ellos.

—¿Y crees tú, buen Ochoa, que quien no sea cristiano, pueda ser nuestro rey?

—¡Jamás!

—Dices bien, ¡jamás! Pero en ese caso, ¿dónde se queda la profecía de Aitor?

—¿Dónde? Pregúntaselo á Petronila; dile que una pagana protegida por esa bruja de Aitormendi puede llegar á ser reina y señora nuestra, y te contestará ¡mentira! y añadirá: ¡antes la hija de Paula, la verdadera hija de Aitor!

—¡La hija de Ranimiro!

—Que es un godo, pero cristiano.

—¿Eso dice Petronila?

—Eso, y añade: una pagana no será nunca heredera de los tesoros de Aitor.

—¿Con que es decir, que tu mujer es depositaria de esos secretos?

—¿Ahora te desayunas?

—Bebamos, amigo Ochoa, bebamos, porque llevamos charlando mucho rato.

—Nunca te he visto más puesto en razon, contestó Echeverría, rellenando las tazas antes de beber.

Pero en el punto de concluir la operacion, quedóse suspenso con el jarro en la mano.

—¿Oyes?

—Sí, contestó García: el *deihadara*. Pasa tropa enemiga; pero no la que esperamos.

—Aguarda.

Y Ochoa lanzó un grito igual al que acababa de resonar detrás de las peñas.

—Es fácil que Ranimiro venga cerca, y que para mayor seguridad haya echado estos por delante, observó el mancebo.

—Cierto: pero esta temporada vienen todos descuidados. Son muchos, no tienen miedo.

—¿Con que tu mujer es la única depositaria de ese secreto?

—La única.

—Pero como tu mujer está loca.....

—El secreto está perdido, como Dios no haga un milagro.

—Solo Dios, en efecto.....

—¡Y Amaya! exclamó Ochoa.

—¿Amaya lo sabe?

—¿Amaya la pagana? No.

—¿Cuál Amaya, la goda? ¿La hija de Ranimiro?

—Tampoco. Esa hija de Aitor, única á quien correspondia saberlo, segun mi mujer, es quien menos se cuida de averiguarlo. Ni ella, ni su padre. Esa es una de las cosas que más han herido la fantasia de la pobre loca.

—Ignorarán que existe ese secreto, y que pueden tener algun derecho, siquier soñado, á las riquezas de.....

—Lo saben perfectamente. Paula dió conocimiento de todo á su marido.

—¿Y Ranimiro despues no ha tratado de averiguar el secreto á título de padre de Amaya?

—Nunca. Lo ha mirado con absoluto desprecio, lo cual contrasta con las gestiones de Amagoya, que han acabado de trastornar el seso á mi pobre mujer.

—Sí, por lo que veo, Ranimiro ha visto con indiferencia la pérdida de esos tesoros cuando podia reclamarlos como suyos; pero no cuando como él estaban interesados los demás deudos. Tiene corazon, Ochoa. Pues bien, ese hombre no es tal como nosotros le apellidamos: ese hombre, no ha dado muerte á su esposa, ni ha incendiado la casa solar de su Lorea; Petronila dice bien.

—Tienes razon, ¡es imposible! pero es un hecho.

—¿Pero no dices tú que el secreto de Aitor lo guarda una Amaya? Que Amaya es esa? ¿Cuántas Amayas hay?

—Esa es otra cosa que he dicho, que se me ha escapado, pero que nada tiene que ver con lo que estamos hablando. Esa Amaya es la Cruz.

—Pero ¿cómo la Cruz guarda ese secreto?

—Lo guarda la cruz, porque *Amaya* es *Asiera*.



—¿Qué quiere decir eso?

—¡Que el secreto está en la cruz!

—¿Y dónde está esa cruz? ¿quién la tiene?

En aquel momento resonó otro grito, el grito de triunfo, el grito deseado: *¡Iaó, iao, iao!*

—¡Ranimiro! exclamó Echeverría.

Y para apurar el vino que quedaba se llevó el jarro á los lábios y se fué á levantar, pero cayó al suelo y se quedó tendido al márgen del manantial.

García le dirigió una mirada de lástima y se lanzó á la carrera gritando: *¡ia, ia, ia, ó, ó, ó!*

Los suyos le estaban esperando á caballo.

En la cima de la roca se veia una mujer en cuclillas que oscilaba como un barco en la bahía, llevando el compás de una cancion guerrera.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

VARIEDADES

SOLUCION PROFÉTICA DE LA CUESTION DE ORIENTE

(Traducido del Tablet de Lóndres, de 7 de abril de 1877)

Creemos que interesa á nuestros lectores saber que la crisis por que hoy pasa la Turquía, fué prevista y predicha claramente 2.500 años hace por el Profeta Daniel (VII, 24, 26). No de nuestra propia autoridad solamente aseguramos esto, sino fundados tambien en la de Rhorbacher, autor de la *Historia general de la Iglesia Católica.* Demuestra él con toda claridad, en la segunda edicion de ella (tomo III, págs. 47, 48), publicada hace 30 años, más ó ménos, que la «pequeña asta» de que habla el Profeta, y que nació de entre las «diez astas» (ó poderes), representa indudablemente al Imperio Mahometano; y hace ver de sorprendente manera, cómo áun las fechas de crecimiento, dominio y decadencia de este Imperio, están marcadas con toda precision en las palabras del Profeta: «un tiempo, dos tiempos, y mitad de un tiempo.»

Omitiremos, en obsequio á la brevedad, la interpretacion del autor acerca del caracter que da Daniel á la «pequeña asta;» pero sí nos valdremos de sus mismas palabras cuando habla del «tiempo y tiempos y mitad de un tiempo,» con referencia á las diferentes épocas del dominio mahometanó.

Las «diez astas» que vió el Profeta, eran, segun interpretacion de todos los comentadores, los diez reinos que surgieron de las ruinas del Imperio Romano; y la «pequeña asta» que nació de entre ellas y se hizo más poderosa é hizo caer tres Reyes, no es otro que el Imperio de Mahoma, nacido en 622, y que, andando el tiempo, echó por tierra al Imperio persa, el de los visigodos en España, y el de los griegos en Constantinopla.

El Mahometismo, aunque de palabra queria honrar á Dios y á Cristo, no tuvo reparo en perseguir cruelmente á los cristianos; y á tal punto llevó la persecucion, que con toda propiedad mereció el nombre de Anti-Cristo.

Dió tambien cumplimiento el Mahometismo á la prediccion que de él se hizo, á saber: que se creeria poderoso á cambiar los tiempos y las leyes; pues en vez de guardar el sabath, el sábado, como los judíos, ó el domingo como los cristianos, lo celebra el viernes; y á la ley de Moisés ó de Jesucristo, sustituyó el Korán.

Dice Rhorbacher, comentando estas palabras de Daniel (VII, 25), «esta asta tendrá poder por un tiempo y dos tiempos y mitad de un tiempo,» que en lenguaje apocalíptico el reino caracterizado por la «pequeña asta» durará un año, dos años, y mitad de un año. El Profeta del Nuevo Testamento, San Juan, hace uso de la misma expresion, pero sustituyéndola con dos equivalentes, que son, «cuarenta y dos meses» (XIII, 5) y «mil doscientos sesenta dias» (XI, 3, XII, 6).

»Ahora bien, los mahometanos, á fin de corregir los errores de su defectuoso calendario, se rigen por ciclos ó períodos de treinta años, ó sea de un mes de años. Tomando la palabra «mes» en este sentido, los cuarenta y dos meses, ó mil doscientos sesenta dias (á que Daniel y San Juan limitan la duracion del Imperio anticristiano), harian mil doscientos sesenta años; y como el Mahometismo comenzó el 622, concluiria en 1882.

»Además, en estas palabras de Daniel y San Juan «un tiempo, dos tiempos y mitad de un tiempo,» se pueden ver tres distintas épocas del poder mahometano: una de crecimiento, una de dominio, y una de decadencia. Durante «un tiempo,» esto es, doce meses de años (trescientos sesenta años) de 622 á 982, á fines del siglo X, triunfó el Mahometismo, casi sin obstáculo, donde quiera. Durante «dos tiempos,» esto es, dos años de años (setecientos veinte años), desde fines del siglo X, cuando la cristiana España comenzó á echar fuera la media luna y á formar y corroborar las cruzadas, hasta fines del siglo XVII, hubo un batallar casi equilibrado entre el Mahometismo y el Cristianismo. Desde el fin del siglo XVII, cuando Cárlos de Lorena y Sobieski de Polonia, coronando la obra que comenzó Pio V el dia de la batalla de Lepanto, acabaron con la preponderancia del poder del Sultan, el Mahometismo ha estado en

decadencia. Por fin, no sólo es posible, ***sino muy probable***, que, partiendo desde principios del siglo XVIII, despues de «medio tiempo,» es decir, pasados seis meses de años (ciento ochenta años) hácia el año del Señor 1882, sea desmoronado el Imperio anticristiano.»

Asi se expresa el historiador Rhorbacher, que, segun escribe, somete su opinion á la decision de la Iglesia. En otro párrafo añade: «Cuando los bárbaros ejecutaron la sentencia pronunciada contra la Roma idólatra, fué concedido poder á los Santos del Altísimo, á los Cristianos; y á partir de entónces, establecieron nuevos reinos y crearon una nueva raza llamada la Cristiandad. Cuando se ejecute la final sentencia contra el imperio anticristiano de Mahoma, entónces se dará á la nacion de los santos la soberanía, el poder y dominio sobre todo reino bajo los cielos.»

Consuela leer esas palabras. Cúmplanse literalmente las promesas de Dios, y vivamos para presenciar el glorioso triunfo de nuestra Santa Iglesia.

CRONICA INTERIOR

---

1. Exposicion de los prelados de la provincia eclesiástica de Sevilla.—2. Pastorales de los Obispos de Cádiz y Vitoria, y protestas de los católicos con motivo de la última alocucion de Su Santidad.—4. Reuniones de la mayoría parlamentaria y de la minoría constitucional.—5. Reapertura de las Córtes.

1. Los Prelados españoles, atentos á la augusta voz del Pontífice, han empezado á poner por obra el encargo que daba Su Santidad en la alocucion de 12 de Marzo á los Obispos de todo el orbe católico, cuando los exhorta á que, en union con los fieles, «obren con la mayor asiduidad cerca de sus Gobiernos, para que estos se hagan cargo del triste estado en que se encuentra el Jefe de la Iglesia Católica, á fin de que adopten resoluciones eficaces para remover los obstáculos que le impiden su verdadera y plena independencia.» Cumpliendo con el deseo manifestado por Su Santidad, los Prelados de la provincia de Sevilla hacen la siguiente exposicion, cuyo texto, en razon á su importancia, presentamos íntegro á nuestros lectores:

«Señor: Propio fué siempre de vuestros augustos predecesores, los católicos monarcas españoles, ese tradicional celo con que en todos tiempos se distinguieron en procurar el bienestar temporal de los pueblos que la Providencia un dia les confiara, y ese constante interés en favor de los grandes y sagrados derechos de nuestra católica religion, única firmísima base sobre que descansa toda sociedad bien organizada, y único centro de la felicidad apetecida.

»Por eso los Obispos de esta provincia eclesiástica, fundados, Señor, en estos gloriosos antecedentes de vuestros mayores, y con presencia de la Alocucion de Su Santidad de 12 de Marzo último, se acercan hoy, llenos de confianza, al trono de V. M., para implorar su poderoso apoyo y seguro patrocinio en favor del Pontífice atribulado, vuestro egrégio y cariñoso Padrino.

»Señor: el triste clamor que se percibe al repasar una por una las páginas de ese inmortal documento, y que, á través de

sus quejidos y bajo la más dolorosa impresion, deja latir el corazon de Pio IX, no ha podido menos de afectar hondamente nuestro ánimo, como el de todo el orbe católico, con pena tanto más sensible, cuanto que esa nueva y luctuosa tempestad revela al mundo el período álgido de esa constante lucha del error contra la Iglesia y el Pontificado, ya de antemano prevista por el Representante de Jesucristo, cuando en veintinueve de octubre de mil ochocientos sesenta y seis, con acento dolorido y sentida frase nos decia: «Estamos oprimidos de tristeza al ver cada dia combatida y sin trégua la Iglesia Católica, sus leyes salvadoras y sus sagrados ministros, porque por todas partes no cesan de gritar los briosos enemigos de la Santa Sede que la ciudad de Roma habrá de ser, no solo partícipe de sus estravíos, sí tambien centro y cabeza de la rebelion. V. M., con todo el mundo católico, es testigo del exacto cumplimiento de tan fatal prediccion.

»Sin duda no fué bastante para los amantes hijos de la Iglesia Católica el haber visto á las huestes italianas marchar sobre Roma, y apoderarse á viva fuerza de la capital del mundo cristiano y centro del Catolicismo; estábanles reservados dias más aciagos, dias de extremado luto y de vehementes sensaciones, impropias, lo diremos con franqueza, de una época en que tanto se enaltecen los derechos. Pero la verdad es, Señor, que ese augusto Anciano, admiracion del mundo, vive hoy sometido á la ley del vencedor, y en las mismas condiciones con que el fuerte, apoyado en la robustez de su brazo, rinde al débil bajo la accion poderosa de su mano. Situacion difícil y asaz amarga que el mismo nos denuncia en las siguientes palabras de su reciente Alocucion: «La Iglesia de Dios, dice, padece violencia y »persecucion en Italia, y el Vicario de Jesucristo ni goza de li»bertad, ni del uso expedito y pleno de su derecho.»

»Los que suscriben, Señor, se abstienen de consignar comentarios; las palabras trascritas son más elocuentes que cuanto ellos pudieran decir, dejándolas al ilustrado criterio de V. M., que sabrá apreciarlas en su verdadero y legítimo valor.

»Deseosos, pues, los que tienen la altísima honra de dirigirse á V. M., de contribuir á suavizar la inmensa amargura y honda pena del gran Pontífice, no han titubeado un momento en invocar al presente, en favor de tan justa causa, las magníficas

frases que en cuatro de diciembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, el gobierno de vuestra augusta madre hizo resonar, en circunstancias menos difíciles y comprometidas que las actuales, en los consejos de las naciones extranjeras y en todos los ámbitos de nuestra Península.

«No se trata ya, decia, de protejer la libertad del Papa, sino »de restablecer su autoridad de un modo estable y firme, y ase»gurarla contra toda violencia, proporcionándole una posicion »independiente. La España cree que las potencias católicas no »pueden abandonar la libertad del Papa al capricho de la ciu»dad de Roma.»

«Cuando un peligro comun, se decia en otro documento im»portante de la misma fecha, amenaza combatir sin tregua ni »descanso la Iglesia y el Estado, el trono y la verdadera liber»tad, todas las instituciones útiles y todos los sentimientos no»bles y elevados, no es lícito permanecer espectador quieto y »pasivo, sin exponerse á ser víctima sin gloria de funestos ex»travíos. La tranquilidad espiritual de los fieles, asegura el »bienestar de las familias y de los pueblos; el santo ministe»rio, trasmitido sin interrupcion desde los Apóstoles á través »de las alteraciones de los tiempos, mantiene la rectitud de las »conciencias, y por medio de éstas, en pie los tronos y en paz »las sociedades. La Iglesia no sucumbirá; pero mientras se vea »perseguida, la agitacion será el patrimonio de las sociedades.»

»Este apoyo, Señor, que España entonces dispensara al Papa, es el mismo que los firmantes hoy reclaman, con tanto más motivo, cuanto que felizmente V. M. aparece como el continuador de las gloriosas tradiciones de su augusta madre, que tanto ama el Soberano Pontífice, cuyas actuales tribulaciones deben, á no dudarlo, apenar su real ánimo, como el de V. M., que, á la señalada merced de haber sido su Padrino de bautismo, debe añadir la muy distinguida de haber recibido de su mano la primera Comunion. Que no se diga, señor, que la nacion católica por excelencia, renunciando á sus tradiciones y á uno de sus más gloriosos timbres, se ha mostrado sorda al llamamiento cariñoso del augusto Prisionero del Vaticano; porque si en 1848 hizo valer su derecho ante las naciones extrañas, hoy, que aquel no ha variado, no hay razon que aconseje distinto proceder.

»Los medios para ejecutarlo podrán quizá ser distintos; pero siempre llevarán consigo la expresion tierna é inalterable con que este pueblo de San Fernando vela por los sagrados intereses de la Religion y del trono.

»Que lo haga así V. M. suplican los Prelados de la provincia eclesiástica hispalense, mientras ruegan á Dios por la importante vida de S. M., y por la prosperidad y ventura de su católica monarquía.=Señor: A los reales piés de V. M.=Alcalá de los Gazules 5 de abril de 1877.=*Fr. Félix María*, Obispo de Cádiz.=Con autorizacion del Obispo de Canarias, *el Obispo de Cádiz.*=*Fernando,* Obispo de Badajoz, 12 de abril de 1877.=Sevilla 14 de abril de 1877.=El Vicario capitular, Sede vacante, *Ramon Mauri.*=Córdoba 15 de Abril de 1877.=*Fr. Zeferino,* Obispo de Córdoba.»

2. Los Ilmos. Sres. Obispos de Córdoba, Cádiz y Vitoria han publicado, con motivo de la Alocucion de Su Santidad, cartas pastorales excitando á los fieles á que firmen las protestas de amor y adhesion al Padre Santo, que han visto la luz en varios periódicos católicos de Madrid y provincias, algunas de las cuales cuentan ya millares de firmas. El Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria recomienda muy particularmente á sus diocesanos que firmen una protesta, que ha sido propuesta á su examen, y aprobada por él, escrita en la primitiva lengua *euskara* y en la de Santa Teresa de Jesus. En todas las diócesis han ordenado los Prelados la celebracion de solemnes y extraordinarias funciones religiosas, á que asiste gran concurrencia de fieles, con el fin de implorar del Padre de las misericordias el remedio de las graves necesidades de la Iglesia.

Las noticias que se tienen acerca de los preparativos para la próxima peregrinacion á Roma, hacen esperar que España esté dignamente representada en tan solemne manifestacion religiosa. Los católicos de Portugal se muestran dispuestos á unirse á los romeros españoles con este objeto. Se cree que asistirán los Eminentísimos Cardenales Arzobispos de Zaragoza y Valencia, el Cardenal Patriarca de las Indias y varios Ilmos. Sres. Obispos, entre los cuales se hallarán los de Pamplona, Almería y Tenerife.

3 El dia 24 del actual se celebró en la Presidencia del Consejo de Ministros, la reunion preparatoria de la mayoría parla-

mentaria, con objeto de ponerse de acuerdo sobre la conducta que debia seguir en el período parlamentario que se ha iniciado el 26 con la reapertura de las Cortes. En ella despues de un discurso del Presidente del Consejo, en el cual encareció éste á los circunstantes la necesidad de mantenerse unidos para combatir á las oposiciones, y expuso á grandes rasgos los resultados (brillantes á su entender) de la política seguida hasta ahora, se acordó la votacion de la siguiente candidatura para constituir la mesa del Congreso:

Presidente. D. José Posada Herrera.

Vice-Presidentes. D. Pedro Nolasco Aurioles, D. Lope Gisbert, D. Ignacio José Escobar, D. Manuel Danvila.

Secretarios. Sres. Cadórniga, García Lopez y Hernandez (D. Antonio), dejando la eleccion del cuarto puesto á las oposiciones.

La reunion de la mayoría del Senado tuvo lugar el 25. El Sr. Cánovas del Castillo expuso en ella los propósitos del Gobierno, y se procedió luego á la designacion de candidatos por la Junta Directiva de la alta Cámara.

Les representantes del partido constitucional en ambas Cámaras, juntamente con algunos individuos de este partido que han tenido el mismo carácter en otras situaciones políticas, se reunieron tambien el dia 24 para ponerse de acuerdo sobre si convenia ó no á los intereses del partido el retraimiento de que algunos de sus jefes se mostraban partidarios. Los Sres. Mazo, Ulloa y Gonzalez Fiori, defendieron la conveniencia del retraimiento, y hablaron contra ella los Sres. Ros de Olano, Lopez Dominguez y Leon y Castillo, no faltando quien, como el señor Navarro y Rodrigo, se declarase partidario de la mera abstencion. En vista de esta discordancia de pareceres, el Sr. Sagasta, que presidia la reunion, propuso una fórmula de conciliacion, que fué aceptada desde luego por unanimidad, concebida en estos términos:

«Las minorías del partido constitucional, en el Senado y el Congreso, acuerdan por unanimidad, oir la opinion de su partido por medio de los comités de las provincias, acerca de la conducta que han de seguir en los difíciles momentos por que atraviesa el pais, limitándose entretanto en ambos cuerpos Colegisladores, á defenderse, si fueren atacados.»

4. El dia 25 del actual se verificó en el palacio del Senado la solemne apertura de las Córtes, y el 26 celebraron estas la primera sesion, en la cual se procedió á la eleccion de mesa, resultando votada casi por unanimidad la candidatura acordada en la reunion de la mayoría, y elegido para el puesto de Secretario que el gobierno habia dejado á eleccion de las oposiciones, el candidato centralista Sr. Rico. Los constitucionales, consecuentes con su actitud, se han abstenido de tomar parte en la votacion.

CRONICA ESTERIOR

FRANCIA.—1. Nuevas tentativas de los revolucionarios contra la enseñanza religiosa.—2. Las universidades libres.—ORIENTE.—3. La circular de Turquía y el manifiesto del Emperador Nicolás sobre la declaracion de la guerra.—4. Complicaciones interiores en Turquía y Rusia.—5. Situacion de ambos ejércitos y primeras operaciones de campaña.—6. Actitud de las potencias.

De una excelente revista católica francesa extractamos los siguientes párrafos, donde se exponen los últimos manejos de los revolucionarios franceses contra la enseñanza católica, y el estado próspero de los establecimientos docentes dirigidos por el clero y de las nacientes universidades católicas.

1. Despues de haber intentado disminuir las consignaciones de los Obispos, trata ahora el radicalismo francés de suprimir las subvenciones concedidas á los seminarios dirigidos por las congregaciones religiosas no autorizadas. Los Obispos de las diócesis interesadas han dirigido una memoria al ministro de cultos, donde combaten con solidísimas razones la legalidad de semejante resolucion. Invocan el decreto de 1808 que ordena que se paguen las becas y las medias becas con fondos del Estado, mediante la propuesta de los obispos, á cada seminario diocesano, sin distinguir por quienes son dirigidos estos establecimientos, y el decreto del mismo año, que da á los Obispos y Arzobispos el derecho de escoger á su arbitrio los directores y profesores. Créese que el Ministro de cultos recordará sin duda estas dos disposiciones legislativas á los miembros de la comision de presupuestos.

Nadie duda de la intencion que ha dictado esta medida. El golpe se dirige sobre todo contra los jesuitas á quienes están confiados siete de estos seminarios. Todos los Religiosos ó Sacerdotes que se dedican á la enseñanza, comparten además con ellos el honor de las calumnias revolucionarias.

Causa maravilla ver las invenciones que se han imaginado con este fin. Bien saben sus autores que toda imputacion, por

absurda que sea, en recayendo en los Religiosos y el Clero encuentra credulidad en el pueblo.

2. Las escuelas y colegios de las congregaciones religiosas, continuan sin embargo prosperando cada vez más. No solamente las congregaciones tienen la mayoría en cuanto al número de las escuelas, decia hace algun tiempo un periódico revolucionario, *El Siglo XIX,* sino que se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que tienen tambien una mayoría formidable en cuanto al número de los discípulos. No les es posible negar el éxito que estos obtienen; pero se consuelan insinuando que esto sucede con detrimento de los estudios sérios, ó proclamándolos el fruto de maniobras desleales. Lo cierto es que las revelaciones picantes que pretendian hacer se vuelven contra los calumniadores, y que la luz con que se lisonjeaba de inundar á la Francia, tocante á esto, no ha iluminado más que su mala fe y su imprudencia. Por otra parte, poseidos de un celo inesperado por la religion, representan á los profesores religiosos y eclesiásticos como más atentos á formar bachilleres que cristianos.

No es esta la opinion del orador católico que exclamaba en Tolosa hace algunas semanas: «La Francia está cubierta de colegios católicos y libres; las escuelas especiales se regeneran, salen de ellas hombres que alarman á los impíos; el espíritu del siglo retrocede delante del espíritu de Dios.» Mr. de Belcastel, hablando de la regeneracion de las escuelas especiales, hacia alusion á los 400 discípulos de la escuela de Saint-Cyr que se han acercado á la Sagrada Mesa el dia de Navidad; y hácia el fin de la Semana Santa, anunciaba un periódico que 500 habian cumplido ya con el precepto Pascual.

Pero en la obra de la enseñanza todo el interés se concentra ahora en las universidades libres. Reconocidas la necesidad y las ventajas religiosas y sociales de aquella institucion, no queda más que seguir el camino emprendido.

La universidad católica de Lila posee ya las cinco facultades de teología, de derecho, de medicina, de letras y de ciencias.

El 7 de Marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, Lyon veia reunidos dentro de sus muros diez y siete Obispos, que habian llegado á esta ciudad para deliberar sobre la ampliacion de los estudios de su universidad católica. Se decidió que dos nuevas

facultades, la de letras y la de ciencias, abrieran sus cátedras el próximo año escolar. No hay que temer que Lyon, la ciudad de las buenas obras y de las limosnas, desmienta su reputacion de generosidad tratándose de una obra tan grande, tan fecunda, tan digna de la caridad católica.

En Angers se ha fundado un colegio de internos para los estudiantes de su universidad, que deseen preservar de los escollos de la libertad, su piedad, su trabajo y sus costumbres.

Tolosa, demasiado lejos de los cuatro centros de enseñanza libre ya creados, no ha querido que su juventud se viese obligada á pedir la instruccion superior á las facultades del Estado. Capital natural de las provincias que se extienden á la falda de los Pirineos, depositaria de las reliquias de Santo Tomás de Aquino, y gloriándose todavía con el recuerdo de su antigua universidad, ha querido continuar la cadena de sus tradiciones y constituirse tambien en metrópoli de enseñanza católica.

3. La circular con que ha contestado el gobierno turco á la notificacion del protocolo internacional de 31 de Marzo último, ha sido el pretesto escogido por Rusia para declarar la guerra á Turquía. La importancia del mencionado documento diplomático, nos mueve á trasladar aquí sus principales párrafos.

Laméntase en él la Sublime Puerta, «de ver que las grandes potencias amigas no han creido deber dar parte al gobierno imperial de las deliberaciones en que, sin embargo, se han agotado cuestiones que atañian á los más vitales intereses del imperio. La alta deferencia, prosigue, de que el gobierno imperial ha dado prueba en toda ocasion para con los consejos y deseos de las grandes potencias; la íntima solidaridad que tan felizmente une los intereses del imperio á los del resto de Europa; los principios de equidad más incontestables, y finalmente, solemnes compromisos, autorizaban á la Sublime Puerta á creer que ella tambien sería llamada á concurrir á la obra destinada á devolver la paz al Oriente, y á establecer la concordia entre las grandes potencias acerca de este punto, sobre una base justa y legítima.

«Pero desde el momento que así no ha sucedido, la Sublime Puerta se ve en la imperiosa obligacion de reclamar contra la autoridad de tal precedente, y de señalar las funestas consecuencias que de él podrian resultar en el porvenir para los principios tutelares de la seguridad de relaciones entre los Estados.»

»En contestacion á la declaracion de S. E. el embajador de Rusia, la Sublime Puerta notifica á las potencias signatarias del protocolo, la siguiente declaracion:

1.° Adoptando para con el Montenegro la misma línea de conducta que ha producido la pacificacion de la Sérvia, la Sublime Puerta ha dado á conocer espontáneamente al príncipe Nicolás, há ya dos meses, que ella no omitiria esfuerzo alguno para llegar á una concordia con él, áun á precio de cortos sacrificios; considerando al Montenegro como formando parte del imperio, le ha propuesto una rectificacion de la línea de demarcacion, que asegura ventajas al Montenegro, dependiendo ya de los consejos de moderacion que, segun espera la Puerta, prevalecerán en Cetinge, el que este asunto sea considerado como ultimado.

2.° El gobierno imperial está pronto á aplicar todas las reformas prometidas, pero estas reformas conforme á las disposiciones fundamentales de nuestra Constitucion, no podrian tener un carácter especial y esclusivo, y el gobierno imperial permanecerá en estas intenciones al aplicar sus instituciones.

3.° El gobierno imperial está dispuesto á poner sus ejércitos en pié de paz, inmediatamente que vea que el gobierno ruso adopta medidas con este mismo objeto, porque los armamentos de la Turquía tienen un carácter exclusivamente defensivo, y las relaciones de amistad y estimacion que unen á los dos imperios, hacen esperar que el Gabinete de San Petersburgo no será el que únicamente persista en el pensamiento de que las poblaciones cristianas de Turquía estén expuestas por parte de su propio gobierno á tales peligros, que sea necesario amontonar contra un Estado vecino y amigo, todos los medios de destruccion y de invasion.

4.° Respecto á los desórdenes que podrian estallar en Turquía y detener la desmovilizacion del ejército ruso, el gobierno imperial rechaza los términos injuriosos con que está expresado este pensamiento; cree que la Europa está convencida de que los desórdenes que han turbado el reposo de las provincias, eran debidos á excitaciones venidas de afuera, que el gobierno imperial no podria ser responsable de ellas, y que desde luego el gobierno ruso no estará justificado al no desmovilizar sus ejércitos por semejantes eventualidades.

5.° En cuanto al envio á San Petersburgo de un enviado especial, encargado de tratar del desarme, el gobierno imperial, que no tendria razon alguna en rehusar un acto de cortesía que las conveniencias diplomáticas imponen á cargo de reciprocidad, no vé ninguna conexion entre este acto de cortesía internacional y el desarme, que no podria ser retardado por ningun motivo plausible, y que podria hacerse por medio de una sencilla órden trasmitida por telégrafo.

«Al hacer llegar las declaraciones que preceden á los gabinetes signatarios, la Sublime Puerta les ruega que tomen acta de ellas, que aprecien el espíritu que las ha dictado, y que tengan á bien darles la importancia á que tienen derecho en la situacion presente, situacion de que el gobierno imperial no sabria proclamar demasiado los peligros, y cuya responsabilidad declina formalmente.»

Despues de estas declaraciones protesta el gobierno turco contra las cláusulas del protocolo, que juzga ofensivas para su dignidad é independencia, en estos términos:

«Cuando el protocolo dice que las potencias se proponen vigilar con cuidado por medio de sus representantes en Cónstantinopla, y de sus agentes locales el modo con que son ejecutadas las promesas del gobierno otomano;» cuando añade que «si su esperanza se hallase de nuevo fallida, y si la condicion de los súbditos cristianos del Sultan, no se mejorase de modo que previniese la repeticion de complicaciones que periódicamente turban el reposo de Oriente, creen deber declarar que semejante estado de cosas sería incompatible con sus intereses y los de la Europa en general, y que en semejante caso se reservan disponer en comun de los medios que juzgarán más oportunos para asegurar el bienestar de las poblaciones cristianas, y los intereses de la paz general,» es evidente que debe provocar las protestas más legítimas del gobierno imperial, y su más formal oposicion.

»En frente de sugestiones hostiles, de inmerecidas sospechas y de manifiestas violaciones de sus derechos, que son al mismo tiempo violaciones del derecho de gentes, la Turquía siente que hoy lucha por su existencia. Fuerte con la justicia de su causa, y confiado en Dios, declara ignorar lo que ha podido ser decidido sin ella y contra ella: decidida á conservar en el mundo el

lugar que la Providencia le ha destinado, no cesará de oponer á los ataques que contra ella se dirigen, los principios del derecho público y la autoridad de un gran acto europeo, que compromete el honor de las potencias signatarias del protocolo de 31 de Marzo, que á sus ojos no tiene exigibilidad legal; apela á la conciencia de los gabinetes, á quienes considera animados para con ella de los mismos sentimientos de alta equidad y amistad que en el pasado.»

Consecuencia inmediata de la notificacion de esta circular, ha sido la declaracion de la guerra, que ha comunicado el príncipe Gortschakoff por telégrafo á las potencias firmantes del protocolo.

El manifiesto del emperador Alejandro, con motivo de la declaracion de la guerra, contiene los siguientes párrafos:

«Todo nuestro reino, continua el emperador, atestigua nuestra constante solicitud por la paz. Ante todo, hemos tenido por objeto obtener por medios pacíficos la mejora de la situacion de los cristianos de Oriente.

De concierto con las grandes potencias amigas y aliadas, hemos hecho por espacio de dos años incesantes esfuerzos para inducir á la Puerta á que cumpliese reformas que preserven de la arbitrariedad de las autoridades locales á los cristianos de la Bosnia, Herzegovina y Bulgaria. El cumplimiento de estas reformas se derivaba absolutamente de los compromisos anteriores, solemnemente contraidos por la Puerta para con la Europa.

Los esfuerzos diplomáticos hechos en comun no han obtenido el objeto propuesto. La Puerta ha permanecido inquebrantable en su negativa categórica de conceder toda garantía efectiva por la seguridad de los cristianos, y ha rechazado las conclusiones de la Conferencia de Constantinopla.

Entonces es cuando hemos propuesto á los gabinetes que redactasen un protocolo especial, comprendiendo las condiciones esenciales de la Conferencia, invitando á la Puerta á asociarse á este acto internacional.

Pero no se han realizado nuestras esperanzas.

La Puerta no ha deferido al voto unánime de las potencias cristianas.

Habiendo agotado todos los esfuerzos pacíficos, la altanera obcecacion de la Puerta nos obliga á usar de medios coercitivos.

Los sentimientos de equidad y nuestra propia dignidad nos lo imponen. Con su negativa, la Turquía nos ha puesto en la necesidad de recurrir á la fuerza de las armas.

Convencidos de la justicia de nuestra causa, confiados en la asistencia de Dios, hacemos saber á nuestros fieles súbditos que hoy ha llegado el momento que habíamos previsto, cuando pronunciamos en Moscou las palabras á que toda la Rusia se asoció.

Hemos expresado la intencion de obrar independientemente, cuando juzgásemos que así lo exigia el honor de la Rusia.

Hoy, pidiendo la bendicion de Dios sobre nuestros valientes ejércitos, les ordenamos que franquen la frontera turca.

Kicheneff 24 de Abril.=Firmado: *Alejandro.*

4. Los cristianos de várias de las comarcas dominadas por Turquía se han sublevado, dándose por cierto que solo en la Albania pasan de 14.000 los insurrectos en armas. Por otra parte, los súbditos musulmanes de Rusia se aprestan á tomar las armas en favor de Turquía. Yacoub, Bey de Kachgar, uno de sus principales jefes, se ha puesto al servicio de Turquía, reconociéndose su vasallo y excitando á los musulmanes á que se subleven contra el gobierno del Czar.

5. Segun un artículo publicado en la *Prensa-libre* de Viena por el general polaco Klapka, de quien se ha dicho que los turcos le habian ofrecido el mando en jefe de su ejército, el ejército ruso destinado á operar sobre el Danubio, podrá elevarse á 160.000 hombres. De estos habrá que deducir 60.000 que se ocuparán en guardar las líneas y proteger las fortalezas. Debe presumirse que los rusos preferirán pasar el Danubio entre Galatz y Braila, mas bien que entre Rustchuk y Silistria, á menos que pretendan apoderarse de estas dos plazas.

En cuanto á los turcos, cuyas fuerzas en campaña serán casi iguales á las de los rusos, tienen tres líneas de defensa sucesivas: el Danubio, los desfiladeros de los Balkanes con las fortalezas de Schumla y Varna, y por último, los montes Balkanes. Estas líneas son muy fuertes y permiten hacer una prolongada resistencia, aun dado caso que los turcos perdieran las plazas de Rustchuk y Silistria y aun cuando perdieran tambien la primer batalla, que deberá librarse en el centro mismo del cuadrilátero que forman las fortalezas del Danubio.

El ejército ruso, cuyo cuartel general está situado en Kicheneff, segun noticias publicadas con fecha 23 por un periódico de París, estaba dividido en tres columnas y acantonado en tres puntos, disponiéndose una de las columnas á pasar el Pruth por lo más alto de Jassy, de Seona y de Cagul. Por un telégrama de Constantinopla fecha 25 se ha sabido despues que ha tenido lugar un encuentro, cuyo resultado se ignora, entre las tropas turcas y los rusos por la parte del Asia. Mientras parte de las fuerzas rusas traspasaba las fronteras por este lado, el ejército ruso del Cáucaso ha empezado á operar por aquella frontera contra el territorio turco invadiendo la Rumanía. El gran duque Nicolás ha dirigido á los Rumanos la siguiente proclama:

«Por órden de S. M. el emperador, el ejército destinado á combatir á los turcos, entra hoy en vuestro territorio.

»Venimos como amigos.

»Esperamos encontrar los mismos sentimientos que en vuestros antecesores.

»Nuestro paso será de corta duracion y no debe inspiraros inquietud alguna.

»El gobierno Rumano es amigo nuestro. Nuestros mayores han vertido su sangre por vuestra libertad.

»Tenemos el derecho de pedir vuestro concurso para el ejército que va á atravesar vuestro país con el único objeto de socorrer á los desgraciados cristianos de Turquía, cuyos infortunios han despertado la compasion de Rusia y de la Europa entera.»

6. La actitud de las potencias firmantes del protocolo es, hasta ahora, meramente espectante, siendo la creencia más general que la guerra quedará localizada en el territorio de las dos naciones contendientes. La prensa inglesa, sin embargo, se muestra hostil á Rusia, cuya brusca resolucion encuentra de todo punto injustificada.

LA ALOCUCION DE SU SANTIDAD

Una de las maravillas de la Religion es no haber en el mundo fuerza ninguna poderosa á encadenar la palabra que al mundo mismo le arguye y convence de reo. *Verbum Dei non est alligatum* [1], decia el Apóstol de las gentes; y la historia de la Iglesia da perpétuo testimonio á la verdad de esta inspirada sentencia, siendo cosa muy digna de ser notada, que precisamente cuanto es mayor la violencia que padece el Vicario de Cristo, tanto vibra con mayor fuerza y más aterra á sus enemigos la espada de dos filos de la palabra que sale de su boca, como fidelísimo eco de aquella voz omnipotente que sacó el mundo de la nada. Hoy lo estamos viendo con nuestros propios ojos: nunca fué más que ahora angustiosa la opresion, ni mas estrecho el cautiverio, ni más absoluto el desamparo del sucesor de San Pedro; y hé aquí que en estos mismos momentos pronuncian sus lábios las palabras quizá más valerosas que han salido de ellos, y eso que jamás enmudecieron ante la iniquidad sentada en el sólio, ni dejaron nunca de defender áun en medio de los mayores peligros, incluso el de la vida, los derechos de la verdad y de la Religion. Fuera del catolicismo, ¿dónde se obró nunca semejante portento?

Muy bien se explica por aquí la universal conmocion causada en el orbe cristiano por la última alocucion de Pio IX. Del pecho de los católicos ha salido un grito de indignacion contra

[1] 2 Tim. 2, 9.

los opresores del Vicario de Cristo, mostrándose en ellos aquel afecto filial que no sabe dar paz á los movimientos de su piedad y largueza: la Iglesia docente exhorta á los poderes públicos á dejarse penetrar del espíritu de la religion y de la justicia, gravemente injuriadas en su cabeza visible; los mismos protestantes, en Inglaterra sobre todo, dejan ver al través de sus palabras las simpatías del alma naturalmente cristiana en favor de la inocencia perseguida; y es de creer que hasta los mayores enemigos de la fe, á vista de tan universal conmocion, crean y tiemblen. ¿No será, pues, muy justo que los escritores católicos repitan y comenten las palabras de la alocucion pontificia, rindiendo el homenaje debido á la verdad que en ella resplandece, y comunicando á los demás el amor de la causa en cuya defensa ha sido pronunciada? Porque es mucho el fruto que podemos sacar de la leccion y estudio de un documento como ese, donde se contienen hechos gravísimos, conceptos muy profundos, avisos sobre manera elocuentes: en él tenemos la relacion auténtica de los sucesos que más nos importa conocer, todo un tesoro de luminosa doctrina sobre cuestiones de vida ó muerte, y la direccion del impulso que la misma alocucion despierta en todos los hombres de buena voluntad, que aman sinceramente la verdad y la justicia y anhelan al triunfo de la Iglesia.

No reproduciremos aquí los hechos referidos por Pio IX: todos los sabemos ya de memoria. Aun antes que los refiriera con prolija elocuencia el venerando Pontífice, eran conocidos de los fieles, y venian pesando sobre su corazon como una losa de plomo. ¿Quién hay tan peregrino en Europa que no tenga noticias, por ejemplo, de la *ley sobre los abusos del clero*? Pero lo que no habíamos considerado bastante, lo que la Alocucion *Luctuosis* nos enseña con maravillosa exactitud, es la trascendencia de los hechos en que consiste la opresion y cautiverio del Vicario de Cristo. «Nos han ido quitando, dice en ella el mansísimo Pio IX, todos los medios que absolutamente necesitamos para

gobernar como conviene á la Iglesia universal [1].» ¡Cosa notable! El Vicario de Jesucristo declara aquí solemnemente que uno de estos medios, absolutamente necesario, son las órdenes religiosas [2]: sin estos sagrados institutos es imposible el régimen conveniente de la Iglesia: ellos son, pues, no ya solo ornamento y perfeccion de la vida cristiana, sino parte esencial del cristianismo. Cuando las palabras del ilustre Pontífice no contuvieran sino esta sola leccion, esta apología tan concisa como elocuente de las órdenes religiosas, todavía debiéramos estimar la Alocucion *Luctuosis* como joya de inestimable valor.

Pero entre todas las sombras del cuadro que nos representa el cautiverio de Pio IX, ninguna tan horrenda como la del sacrílego juicio que hacen de su sagrada persona, reputándola por criminal en las de los Obispos y Sacerdotes que difunden su enseñanza y ponen por obra sus providencias, en todos los cuales quieren ver los enemigos de la paz otros tantos perturbadores de las conciencias: de donde resulta, que juzgándolos y condenándolos á ellos, á quien virtualmente juzgan y condenan es al mismo Papa, como á reo principal [3], añadiendo á la iniquidad de este juicio la irrision de la gracia que lo hacen en cierto modo, perdonando á Su Santidad. Pero ¿hubo nunca ni puede haber impiedad igual á la de constituirse los hijos, hijos rebeldes, en jueces de su inocente padre, ni mayor afrenta de la razon y del pudor, que perdonar los reos á su legítimo juez? Reservado estaba al mundo moderno, ufano y pagado neciamente de

---

[1] Nobis singillatim ac sensim alia ex aliis in dies media et præsidia fuisse sublata, quibus ad catholicam Ecclesiam, ut par est regendam et gubernandam, omnino indigemus.

[2] Quorum opera in expediendis ecclesiasticarum congregationum negotiis, in tot partibus ministerii Nostri exercendis, Nobis *omnino necessaria est*.

[3] Ex quo intelligitur ad Nos etiam ex dominantium sententia hujus legis (lex de *Cleri abusibus*) telum spectare, ita ut ubi nostra verba aut acta in offensionem ejus legis incidant, Episcopi aut sacerdotes qui nostros sermones et monita, aut evulgarint aut executi fuerint, pœnas laturi sint ejus prætensi criminis, cujus reatum et culpam Nos *utique* PRÆCIPUUS AUCTOR sustinere judicabimur.



sí, presenciar, y lo que todavía es más vergonzoso y humillante, ejecutar por medio de los que dignamente le representan en la ciudad eterna, injuria tan atroz contra la verdad y la santidad que moran en el Vaticano, personificadas en el representante en la tierra de Jesucristo. Ahora, ¿podrá reputarse por ventura libre el sagrado Pontífice en manos de los que, jactándose de tener razon y autoridad para encarcelarle, todavía, por un exceso de fingida magnanimidad, le dispensan, como á reo privilegiado, la gracia que rehusan á los que le siguen y obedecen?.... Es por otra parte tan violenta y subversiva esta actitud del liberalismo italiano, y tan difícil de ocultar bajo el velo de la hipocresía la ira que le posee contra el Sumo Pontífice, que no se hará esperar el momento en que, tras las palabras algun tanto melosas que hoy pronuncia, salga la mano de hierro hoy oculta, con que la revolucion amenaza á la sagrada persona á quien hasta aquí no se ha atrevido á herir sino en los Obispos y Sacerdotes, inermes como él. Bien lo deja vislumbrar la Alocucion pontificia [1], donde todo está previsto, hasta las más secretas arteras maquinaciones con que la impiedad aspira á quitar la piedra fundamental de la Iglesia [2]; intento del todo infernal, que debe encender llamas de celo abrasador en todos los corazones nobles, poniendo en medio de ellos la generosa resolucion de sacrificarlo todo, empezando por la vida, en obsequio de la inmaculada esposa de Cristo, la Iglesia santa.

Ya son pasados muchos años desde que el Papa, y con el Papa los Prelados todos de la Iglesia, declararon la necesidad de la soberanía temporal de la Santa Sede. Esta palabra no podia faltar, y en efecto, el tiempo se ha apresurado á confirmarla

---

[1] Verum fieri posse aliquando, cum propter leges nuper rogatas, tum propter alias quæ prænunciantur etiam SÆVIORES, ut vox Nostra usque ad eos nonnisi rarius et ægre admodum per interpositas difficultates possit afferri.

[2] Cujus opera ad ipsum catholicæ religionis nomen, si fieri posset, delendum diriguntur.

plenamente. No parece sino que nuestro siglo está condenado á ver traducidas en hechos de experiencia, terrible por cierto, las verdades que se niega á recibir de la razon y de la autoridad. Al menos, ¡si le instruyeran las lecciones que recibe en la escuela de la desgracia, á vista de tantas alteraciones y ruinas!.... Muy más dura va todavía á ser la presente leccion, si Dios no lo remedia; dura y peligrosa, no ya para la Iglesia, que cuenta con la fidelidad del mismo Dios, sino para los pueblos y sus gobernantes; porque es imposible que padeciendo violencia el Vicario de Cristo, no la sufra asimismo el orbe cristiano en los objetos más preciosos y vitales, que son precisamente los que simboliza la corona que la revolucion ha desprendido de las augustas sienes de Pio IX [1]. De todos modos, los peligros que hoy vemos, las crísis que hemos de ver, las angustias que aguardan á Europa por efecto de la opresion que sufre la Iglesia en la ciudad eterna, donde el hombre enemigo ha derribado por tierra el muro levantado para defensa de su libertad por la mano de la Providencia, serán nuevos testimonios que confirmen, con sangre acaso, esta verdad: que el Pontífice no será libre [2], ni la Iglesia recobrará la paz, ni la sociedad su asiento, ni la civilizacion la aureola de honor de que la ha despojado la barbarie moderna, mientras no sea del todo reparada la brecha causada en los muros de la puerta pia por la revolucion usurpadora, imágen de la que hicieron sus autores en el derecho siempre

---

[1] Frustra solidam ac veram prosperitatem in nationibus, tranquillitatem ac ordinem in populis, stabilitatem potestatis in iis qui sceptra tenent expectari, si Ecclesiæ auctoritas, quæ societates omnes recte constitutas vinculo religionis continet, impune contemnatur et violetur, ejusque caput supremum in suo ministerio obeundo plena libertate uti nequeat, et potestatis alterius sit obnoxius arbitrio.

[2] Haudquaquam certe, haudquaquam Romanus Pontifex est aut erit unquam plenæ libertatis compos, ac suæ plenæ potestatis, donec alii in urbe sua dominantibus subjiciatur. Alia ejus sors Romæ esse non potest, nisi aut supremi Principis aut captivi: nec unquam catholicæ Ecclesiæ universæ pax, securitas, tranquillitas constare poterit, donec exercitium supremi apostolici ministerii obnoxium fuerit studiis partium, arbitrio dominantium, vicibus politicarum electionum, consiliis et operibus hominum callidorum ac utilitatem justitiæ præferentes.

antiguo y siempre nuevo, contra el cual no puede chocar el mundo sin tornarse en humeantes ruinas.

Bien claramente enseña el Padre Santo esta verdad en su Alocucion, recordando á los Príncipes y sus gobiernos el deber que les corre de amparar la libertad é independencia de la Santa Sede, en las cuales se cifra el mismo interés del órden temporal. Desgraciadamente, los que en tan grave negocio debieran sentirse más obligados para con la Iglesia, tienen oidos y no oyen: ¿los abrirán al fin, despues que han oido los gemidos de la Iglesia exhalados por el venerable cautivo? Este es el deseo del Vicario de Jesucristo, en que se contiene claramente el dolor que le causan su desamparo presente, y el recuerdo del que viene sufriendo durante todo el tiempo, harto largo por cierto, de sus aflicciones. Pero ¡ay! ¡cuán poco puede esperar la Iglesia de los gobiernos liberales! ¿Por ventura no son ellos los que han reducido la Iglesia en todas partes al estado de opresion en que vive en la misma capital del orbe cristiano? Porque si bien se mira, todos los hechos referidos en la Alocucion Pontificia en prueba de la violencia que padece, han pasado y están pasando, sobre poco más ó ménos, en las naciones dominadas del liberalismo: órdenes religiosas suprimidas, instruccion pública secularizada, la prensa convertida en pozo del abismo, las costumbres relajadas hasta el paganismo, profanadas las cosas santas, las mordazas en los labios de los que deben hablar, en cambio sueltas las lenguas bajo las cuales se esconde veneno de áspides, y en una palabra, establecida la libertad de la impiedad, y encadenada la santa libertad de la justicia. El árbol de la libertad es el mismo en todas partes, y su último fruto es la opresion y hasta la extincion, si fuera posible, de la Religion; solo que estos frutos en Roma tienen que ser más amargos, porque allí es más necesario á la Iglesia que en parte alguna el aire libre. Si alguno duda de nuestra observacion, que traslade á Roma con el pensamiento á cualquiera de nuestros partidos

liberales, incluso el moderado, y con la vista fija en nuestra historia contemporánea, díganos sinceramente si puesto en sus manos el timon que hoy está en las de los dignos sucesores de Cavour, gozaría la santa Iglesia romana de más libertad que la que viene gozando bajo el influjo del espíritu moderno la Iglesia española. Y á la verdad, en la hipótesis de que mandaran en Roma nuestros moderados y conservadores (que hoy son todos unos), en calidad de ministros y diputados de Víctor Manuel, ¿restablecerian por ventura las órdenes religiosas, sin las cuales el Papa declara que no puede regir del modo conveniente á la Iglesia? ¡Oh! el mismo espíritu que les impidió restablecerlas en España, de donde fueron lanzadas por el huracan revolucionario, les moveria á negar á la cabeza de la Iglesia tan precioso auxilio; y si por ventura, forzados por altas conveniencias políticas, tuviesen necesidad de aceptar acerca de esta materia alguna manera de reparacion, desde luego empezarian por rehusar á todas las órdenes religiosas [1], ménos una (lo mismo precisamente que hicieron en España), el derecho á resucitar de entre los muertos, sin perjuicio de echar todo el peso de su poder sobre la losa sepulcral que oprime materialmente la vida religiosa. Pues ¿qué diremos de la secularizacion de la enseñanza, de la libertad del error y de la blasfemia, del *placet* régio, y de tantos otros anillos de la cadena labrada por el liberalismo para oprimir á la Iglesia en su cabeza y en sus miembros, privándola de su libertad omnímoda, y paralizando su accion sobrenatural y divina? Con harta razon, pues, se limita el Padre Santo á expresar el deseo de que por fin abran sus oidos los Príncipes á la voz de la verdad, pero sin que un rayo siquiera de esperanza conforte su voz doliente ni ilumine sus palabras!

---

[1] Sabido es que por el Concordato de 1851, la Iglesia de España sólo pudo obtener del Gobierno, fuera de las congregaciones de San Vicente de Paul y San Felipe Neri, *otra órden de las aprobadas por la Iglesia* (Art. 29), como en efecto no se llegó á establecer.



En cambio el augusto cautivo vuelve los ojos lleno de confianza al pueblo fiel, que le reconoce y acata como á Vicario de Jesucristo, menospreciando con dignidad cristiana los ídolos que adora la política que hoy priva en el mundo moderno, bien así como privaba en el antiguo cuando el mismo Jesucristo pasó por él haciendo bien. Despues de Dios, del pueblo lo espera todo el piadoso Pontífice, del pueblo que conserva pura la fe, la fe viva que obra portentos iguales á los sacrificios que inspira, de cuya virtud proceden en particular esos movimientos inexplicables para los que no conocen otro resorte que el vil interés: las peregrinaciones, decimos, cuyo sentido, segun las notables palabras de Su Santidad, es mostrar no solo el amor y piedad de los fieles al sucesor de San Pedro, sino principalmente la solicitud y angustia de los corazones conmovidos y alarmados, viendo que el Padre comun de los cristianos sufre la violencia y humillacion del cautiverio [1]. Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre este altísimo concepto de las peregrinaciones de nuestros dias, porque ellas son la verdadera norma de esas religiosas manifestaciones de los fieles, los cuales deben conservar la pureza de su espíritu, libre de extraña liga, mirando como á falsos hermanos á cuantos de algun modo respiran el aire envenenado de los que han provocado esas sublimes protestas de la cristiandad, y de los que próxima ó remotamente se han hecho partícipes de su iniquidad.

¡Qué confianza, en efecto, la del bondadoso Pontífice en su escogida grey! Como si no fueran conocidos de ella los trabajos, angustias y temores que oprimen el pecho de nuestro Padre comun, y como si sus mismas palabras no hubiesen de llegar á oidos de todos los fieles, todavía quiere que les sean notifi-

---

[1] Scilicet, illæ non eo valent tantum ut amorem et observantiam fidelium prodant erga humilitatem nostram, *sed manifestum præbent indicium sollicitudinis et anxietatum quæ eorum corda perturbant, quod communis parens in abnormi prorsus ac incongrua conditione versatur*.



cadas[1] por el ministerio de los venerables obispos diseminados por todo el orbe, á los cuales encarga con toda la fuerza de un deseo encendido en el amor de la justicia, que exhorten á sus respectivos súbditos á obrar, que no solo á orar, con toda asiduidad cerca de los gobiernos, para que estos provean á la salud de la Iglesia, que sufre violencia en su sagrada cabeza. Permítanos el lector que nos detengamos un momento bendiciendo de todo corazon á Dios á vista de estas palabras de Pio IX, en las cuales vemos elevada á la dignidad de sentencia emanada de los labios del Pontífice, la doctrina que otras veces hemos sustentado contra los escritores que condenan con su sola autoridad privada, bajo el nombre de *politicomanía* [2], el noble propósito de intervenir los católicos en la cosa pública para bien de la religion y de la pátria. Lo cual deberán hacer por todos los medios que permite el derecho en cada país [3], y por consiguiente, valiéndose de la prensa, de las elecciones, del derecho de peticion, y en suma, de todos los derechos políticos consignados en las modernas constituciones, allí donde el Estado es regido de esta nueva forma política creada por el espíritu de los tres últimos siglos que Donoso Cortés llamaba reprobados.

Es cosa muy digna de atencion, que el deseo del Sumo Pontífice acerca de la accion pública de los fieles en los respectivos

---

[1] Nec minus nobis in vobis est, ut omnes etiam Ecclesiarum quæ late per orbem diffusæ sunt, Pastores, voces has nostras excipientes ex his incitamentum sumant, ut significent fidelibus suis pericula, oppugnationes et incommoda quotidie graviora, quibus premimur..... scilicet ECCLESIAM DEI IN ITALIA VIM ET PERSECUTIONEM PATI: CRISTI VICARIUM NEQUE LIBERTATE, NEQUE EXPEDITO PLENOQUE USU SUÆ POTESTATIS FRUI.

[2] Véase nuestro *Ascetismo liberal.*

[3] Cum res hoc loco sint, nihil opportunius ducimus, nihil cupimus impensius, quam ut iidem omnes Sacrorum Antistites..... fideles quibus præsunt excitent, ut *ea ratione ac ope quam jura sinunt cujusque regionis*, sedulo agant apud eos qui summam reipublicæ tenent, quo accuratius gravis conditio perpendatur, in qua caput Ecclesiæ degit, atque efficatia adhibeantur consilia obstaculis amoliendis, quæ veram ac plenam *independentiam* ejus impediunt.



Estados, no es otro sino que los Prelados exciten su celo, moviéndoles santamente con la uncion de su palabra á esta especie de cruzada pacífica, á que acaso seguirá la cruzada propiamente dicha de los católicos, como tales, contra los sarracenos del siglo XIX, mil veces peores y más temibles que aquellos contra quien se levantó Europa entera á la voz de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo. Pero la direccion del movimiento político religioso que debe producir la voz del Pontífice, secundada por la de los Prelados, no es preciso que la trace expresamente la autoridad de los últimos, pues está trazada en la ley política de cada Estado, conforme á la cual quiere el Padre Santo que ejerciten su accion los fieles para influir con eficacia en la accion de los gobiernos. Este es un punto que conviene mucho esclarecer, porque acerca de él pueden deslizarse, y acaso se han deslizado ya, ciertas apreciaciones nacidas al parecer del justo respeto á la autoridad de los Prelados, pero cuya verdadera raiz es el liberalismo. Recuérdese á este propósito lo que sucedia á fines del siglo pasado con los reyes: los filósofos y jansenistas los adularon de suerte que faltó poco para adornar su frente con la misma tiara de los Pontífices, y esto no por amor á la Monarquía, sino en odio de la Iglesia, con el malvado intento de destruirla, traspasando la autoridad de los Pontífices á la persona de los Reyes, salvo adular despues á otro poder físicamente superior en ciertos momentos al de los últimos, menospreciando la régia autoridad para caer de hinojos ante la majestad improvisada del pueblo soberano. A este género de lisonja, hecha hoy á los venerables Obispos por ciertos publicistas, pertenece el decir que los simples fieles no pueden moverse absolutamente sin ser movidos por sus prelados, ni áun tratándose de acciones conocidamente honestas y útiles, ó cuando los mismos fieles obran como miembros de la sociedad política con fines santos y religiosos. ¿En qué pueden fundar su pretension? ¿Por ventura, la sociedad cristiana no está regida por le-

yes que conceden á sus miembros ámplia libertad para hacer todo lo que no está prohibido, y con mayoría de razon aquellas obras buenas y meritorias que á cada cual inspiren su caridad y celo? Entre las cuales hay muchas realmente obligatorias, que evidentemente no necesitan licencia alguna del superior; otras simplemente buenas ó libres, que como tales pueden hacerse libremente, sin violar sus autores ningun género de respetos, antes por el contrario, conformándose con el beneplácito de la autoridad espiritual. Esto acaece principalmente en el ejercicio de los derechos civiles, ordenados al bien del Estado y de la Iglesia: aquí la iniciativa de los simples fieles, no solamente es lícita y honesta, sino en muchos casos hasta necesaria; porque acaece á menudo que la misma Iglesia no considera conveniente promover ni dirigir inmediatamente la accion de los seglares, aunque por otra parte los vea con gozo de su corazon unidos en un mismo espíritu de caridad y celo, formando un como escuadron cerrado contra el enemigo comun. Pues segun esto, ¿qué cosa más contraria al espíritu de santa libertad que debe animar así á los simples fieles como á sus maestros en la fe, ni más funesta por su desoladora esterilidad, que el impedir ó paralizar la actividad de los católicos, y hasta procurar ahogarla en su cuna, sujetándola á procedimientos lentos y embarazosos, precisamente cuando más apremian las necesidades urgentes de cada dia? Eso sería conspirar contra la autoridad en nombre de la autoridad. En resolucion, no es bien que cosas buenas y santas, y por consiguiente gratas al corazon de la Iglesia, dejen los católicos de defenderlas y glorificarlas de obra y de palabra, en aquellos casos en que sus legítimos prelados no les prescriben ninguna obra determinada, sin duda porque quieren que los fieles las hagan todas, hasta las imposibles, en su defensa.

Y este es precisamente el caso en que nos hallamos. Los Obispos españoles cumplen fielmente el deseo vehementísi-

mo de Su Santidad, trasmitiendo á los pueblos las mismas palabras con que son llamados á influir en los gobiernos, moviéndolos eficazmente á defender al augusto prisionero: á los pueblos les toca ahora responder á ese augusto llamamiento. Pero, ¿quién habrá de imprimir al celo y actividad de los fieles *una* direccion en que se junten los esfuerzos de todos? ¿Qué medios deberán emplearse para el intento? Cuanto á lo primero, parécenos necesario constituir ante todo un principio ó centro de unidad que dirija la accion pública de los fieles. Y respecto á lo segundo, ya lo hemos dicho: los medios en cuyo uso debe ser dirigido el pueblo católico, son todos los que permitan las leyes, ora buenas, ora malas, de la Europa en que vivimos: si viviéramos en Inglaterra, las leyes inglesas; si en las repúblicas de América, las constituciones efímeras de aquellos Estados; si en Bélgica ó en Austria, las dictadas por el liberalismo más ó menos católico. El Pontífice no se refiere á ninguna de ellas en particular, ni mucho menos las aprueba ni puede aprobarlas, sino únicamente dice que conforme á su tenor procedan los fieles en la obra que el mismo Pontífice les demanda, bien así como procedian los primeros cristianos conforme á las leyes de los Césares perseguidores.

Ordenadas las fuerzas de los fieles por el principio de unidad que naturalmente surja del seno mismo de las personas que den principio á esta obra, empezando por asociarse, y dirigidas conforme á las permisiones de la ley civil, prévia la bendicion de los gerarcas sagrados, ¿cuál será el resultado? No concibamos ilusion alguna: los gobiernos liberales es una verdad evidenciada por la historia y la razon, que no han respetado nunca, ni respetarán jamás, la voluntad de los pueblos, cuando esta voluntad concuerda con la divina. Esta conclusion, sin embargo, no debe desanimar á los católicos: el Sumo Pontífice no les pide otra cosa sino que ejerciten sus derechos legales para la defensa de la Iglesia: el éxito queda en manos de la Providen-

cia. Cumplan sobre todo su deber con espíritu de obediencia, puesta la confianza únicamente en Dios, y el mismo Dios bendecirá sus esfuerzos y coronará su constancia: que siempre ha sido y será fecundo el cumplimiento del deber. ¿Por ventura no es nada, llegarse á conocer claramente que la Iglesia nada puede esperar de los gobernantes, si, como tememos, estos se hacen de nuevo sordos á la voz del Vicario de Jesucristo? ¿No es nada el aparecer en tal caso en la Iglesia el derecho de preterir en adelante en sus alocuciones á los gobiernos que la desamparen, y entenderse directamente con los pueblos para que acudan en su auxilio, no ya solo por los medios que permitan las leyes y costumbres de cada país, sino además y principalmente valiéndose de todos los que permitan las leyes de Dios? «Los miembros de toda sociedad, dice un ilustre filósofo y publicista contemporáneo, están obligados á defenderla y asegurar su existencia pacífica contra los perseguidores de dentro ó contra los agresores de fuera; y de aquí que el Estado, por lo mismo que es católico y representa á una nacion católica, está obligado á proteger y defender á la Iglesia. Y si el mismo Estado, haciéndose reo de apostasía, se niega á cumplir ese deber, la necesidad moral de cumplirlo recae por su naturaleza en los fieles, los cuales, como miembros que son de la Iglesia, no pueden ciertamente perder su naturaleza social, por culpa de quien está obligado á representarlos [1].

J. M. Ortí y Lara.

[3] Liberatore, *La Chiesa e lo Stato,* cap. I, art. VI: del dovere di tutela que lo Stato ha verso la Chiesa.



SOBRE LA ETIMOLOGIA DE LA PALABRA MUDEJAR

Varias son las etimologías dadas á la palabra *Mudejar* por los escritores nacionales y extranjeros. Segun Mármol *(Reb. de los Moriscos de Granada, cap. I, lib. II)*, «los Mudejares, que proceden de los alárabes y agemes africanos y de otras naciones, son los que se quedaron en España en los lugares rendidos, por vasallos de los reyes cristianos, á los cuales, porque servian y hacian guerra contra los otros moros, los llamaron por oprobio *mudegelin,* nombre tomado de *Degel*, que es en arábigo el Antecristo, y no por ser de casta de judíos, como algunos han querido decir.»

Covarrubias *(Tesoro de la leng. Castell.)*, citando á Garibay *(lib.* 18, *cap.* 28 *del Comp. hist. de España en la* Vida del Rey Don Fernando el Católico), se limita á decir que *Mudexares*, vocablo arábigo, vale tanto como Moros *vasallos de cristianos*, los cuales, habiéndose convertido con el tiempo á nuestra Santa Religion, son los moriscos antiguos de Castilla, Aragon y Cataluña, distintos de los de Valencia y Granada.»

El Conde Alfredo de Circourt, en su *Historia de los Moros Mudejares y de los Moriscos* (vol. 3, pág. 307), deriva al vocablo *Mudexar* del verbo árabe *dájara*, *ser pequeño*, *vil*, *despreciable.*

En su *Glosario de las palabras Españolas y Portuguesas derivadas del árabe*, impreso en Leiden en 1861, Mr. Engelman hace venir la voz *Mudejar* de la arábiga *mochár*, que significa *aquel que está bajo el patronato de otro.*

Mr. Müller, distinguido orientalista bávaro, en las observaciones publicadas al Glosario de Mr. Engelman en la *Sitzungsberichte der K. b. Akademie der Wissenschaften*, 1861, *Heft II,*

página 111 (Reseña de las sesiones de la Academia Real Bávara de ciencias, 1861, cuaderno II, p. 111), demostró con copia de datos, que reprodujo más tarde en la nota á la página 137 de la obra que dió á la estampa en Munich en 1863, intitulada *Die lezten Zeiten von Granada* (*Los últimos tiempos de Granada*), que el vocablo *Mudejar* no es más que la transcripcion al castellano del arábigo *Mudáchchan,* participio pasivo formado de la segunda forma del verbo *dáchchan*, que significaba *detenerse*, *fijarse*, *establecerse en un sitio*.

En 1866 vió la luz pública en Madrid la obra del Doctor D. Francisco Fernandez y Gonzalez, intitulada *Estado social y político de los Mudéjares de Castilla,* premiada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1865, en la cual el autor laureado, despues de disertar sobre los vocablos *dájala* y *mudejalat*, citando dos pasajes, uno del *Holatu Siyara de Ben Alabar*, y otro de la *Historia de los Berberiscos* de Ben Jaldun, enderezados á justificar la derivacion del término *mudejar* del arábigo *mudejal*, encuentra como superiormente determinado en las voces *mudechchan* y *ahladachan*, lo propio que Müller, y fundándose en los mismos textos, con excepcion de el del *Nafadu alchirab* de Ben Aljatib, el ejemplar arábigo de la palabra *Mudejar*.

Finalmente, el ilustre orientalista holandés, Mr. Dozy, en la nueva edicion del Glosario de Mr. Engelman, dada á la estampa en Leyden en 1869, acepta la etimología del Dr. Müller.

Expuestas sumariamente las opiniones de los escritores citados sobre la etimología de la palabra *Mudejar,* vamos á examinar del propio modo el valor de cada una de ellas.

Y comenzando por nuestro insigne historiador Luis de Mármol, luego al punto salta á los ojos, que la derivacíon de la palabra *Mudejar* de la arábiga *Degel*, epíteto entre los musulmanes del falso Mesías, del Antecristo, carecia de todo fundamento sólido, si se considera que no se compadecia con la con-

dicion forzosa de vasallaje impuesta á los musulmanes españoles por los príncipes cristianos, el estigma vergonzoso é infamante que el diligente autor del *Rebelion y Castigo de los Moriscos*, supone les impusieron sus hermanos independientes. La razon determinante de tal calificativo, que alega Mármol, consistente en que los Mudejares *servian* y *hacian la guerra* en los ejércitos cristianos *contra los otros moros,* no descansaba en fundamentos reales, pues si bien intervinieron alguna vez, como sucedió en las campañas que dieron fin al reino árabe Granadino, es cosa sabida de todos, que les estaba vedado, no ya el formar parte de las tropas castellanas, sino aun habitar en los lugares fronterizos, por el fundado y acreditado temor de que sirviesen de espías y adalides de sus correligionarios.

Por otra parte, Mármol no debia ignorar que al pasar los súbditos musulmanes á la condicion de vasallos de los reyes cristianos, lo hacian con templadas y honrosas capitulaciones, entre las cuales descollaba en primer término el ejercicio de su religion y culto.

Pero es más; ni la abjuracion de su propia secta mereció nunca el apodo denigrante cuanto antojadizo de Mármol, pues los que abandonaban la fe del Islam abrazando la cristiana, eran conocidos entre los musulmanes con el nombre de *Mortadies*, ó lo que es lo mismo, *apóstatas, renegados* ó *tornadizos*, segun se lee en las crónicas árabes y cristianas, y muy especialmente en la relacion de los últimos tiempos de la dinastía Nazarita de Almacarí y del autor anónimo publicado por Müller.

De haber tenido presentes estas consideraciones, es indudable que el atildado escritor de las cosas de Granada no hubiera propuesto una etimología tan fuera de todo buen discurso, como lo es el verbo *dachál*, que en su segunda forma significa *untar con alguna cosa, dorar*, *platear*, ni inventado un participio que se acomodase al nombre *Degel* ó *dachal*, á que equivale su pronunciacion.

No menos desacertada fué la etimología del Conde de Circourt que se lee en su *Historia de los Moros Mudéjares y de los Moriscos*. Creyendo el erudito escritor francés que la transcripcion del vocablo *Mudejar* ó *Mudexar*, que de ambas á dos maneras se escribe, era trasunto fiel de las articulaciones del nombre arábigo, con una ligereza indisculpable en hombres de su experiencia y seso, olvidando que la j y la x de nuestro alfabeto, representan el *chin* ó el *xin* del *abuche* árabe, pero nunca el *ja* fuerte de este, sin pararse en barras, nos brindó con la radical *dejara*, cuya segunda letra es el referido *ja* fuerte arábigo, con la matriz del vocablo españolizado *mudejar*. Acaso la significacion de *ser pequeño*, *vil* ó *despreciable*, que corresponde á aquella raiz, deslumbró al docto historiador francés, haciéndole creer que la situacion de vasallaje y dependencia en que se hallaban los *Mudejares,* debió de achicarlos, ya que no de envilecerlos á los ojos de sus correligionarios, hasta el punto de merecer de estos el epíteto de los *pequeños* ó *chiquitos*.

No satisfaciendo al Dr. Engelman las etimologías de Mármol y del Conde de Circourt, propuso en su Glosario una nueva, que corre parejas con la de aquellos escritores. Observando Mr. Engelman, que la palabra *Mudexar* era de estirpe musulmana, como lo consigna Covarrubias en su Tesoro, y sinónima en los diccionarics castellanos de *moro vasallo de los reyes cristianos*, trató de rebuscar una raiz que tuviera aquella significacion, y con efecto, en la página 87 de su Glosario, nos dice: «que la voz Mudexares (*los Moros vasallos de Cristianos)*, viene de *Mochár*, que significa *el que está bajo la dependencia de otro.*» Este cómodo procedimiento del Dr. Engelman, de mutilar el vocablo que trataba de explicar suprimiendo la sílaba *da*, primera radical del verbo regular *dáchana*, pecado frecuente en los etimólogos, transformándolo en el irregular cóncavo *chara,* mereció con justicia las censuras del Dr. Müller, el cual, en sus Observaciones al Glosario del orientalista holandés, probó que

la etimología de Mr. Engelman era inadmisible, ya porque la intercalacion de la sílaba *de*, segunda de la palabra española *Mudejar*, que lleva el acento, sería inexplicable, ya porque el nombre con que eran conocidos los Moriscos que vivian bajo la dominacion cristiana, era no *Mochar*, sino *Mudechchan*. En su demostracion adujo el ilustrado orientalista bávaro, varios pasajes de autores musulmanes, algunos de los cuales reprodujo en una nota á la página 137 y 138 de su curioso opúsculo *Die letzen Zeiten von Granada*, enderezado á corregir los errores cometidos en la ortografía del vocablo *dáchan*, escrito *dájan*, y *dáhan* en la edicion hecha por el baron de Slane, del texto árabe de la *Historia de los Berberiscos*, de Ben Jaldun. Figura en primer término entre ellos uno de Ben Aljatib (*Nafadu alchiráb*, *mss. fol.* 135), que dice así: «Un hombre de los *Maddachana (Mudéjares)* de Lisboa ó del gobierno de Pamplona.» El segundo está tomado de las *Analectas* de Almacarí *(tomo II*, *página* 810 *de la edicion de Leiden)*, donde se lee: «Llegó el enemigo á la vega (de Granada), y con él los *Mortadíes* (renegados), y los *Mudechamin* (los *Mudéjares)*. Para probar que los Mudéjares se llamaban tambien *Ahl adachn* ó *Adachn* (la gente de *Adahn* ó simplemente *Adachn*), trae un texto de Almacarí (*Analectas II*, *pág.* 812 *de la edicion de Leiden):* é irá el muslin por tierra de cristianos con seguridad en su persona y bienes, y no llevará señales como llevan los judíos y la gente de *Adachn (los Mudéjares)* [1].

En el primero de Ben Jaldun (*Historia de los Berberiscos*, *tomo I*, *pág.* 401, edicion Slane), se lee: dió el rey cristiano [2]

---

[1] Así como los judíos y cristianos súbditos de los príncipes musulmanes llevaban en sus trajes una señal llamada *Xiar*, los moros vasallos de los Reyes de España, tenian distintivos que los diferenciaban de los cristianos, como eran, el cabello cercenado en derredor de la cabeza, el capuz amarillo verdoso que les servia de toca, y la luneta azul que hombres y mujeres tenian sobre el hombro derecho.

[2] El texto dice: *Taguía*. que segun Freytag significa *superbus*, *insolens*, *tyrannus*, *Rex græcorum*, voz que los cronistas árabes usan frecuentemente como epíteto de los Reyes Cristianos de España.

por jefe á la gente de *Adachn* (*el texto dice equivocadamente Adajn*) (los Mudéjares) que *habia* en ella (en Sevilla), á Abdelhac Ben Abí Mahomad el Baecí, de la familia de Abdelmumen.» Y en el segundo (op. cit., tomo II, pág. 557): «continuó su cautiverio hasta que buscó el medio de fugarse por su familiaridad con un muslim de *Adachn* (*de los Mudéjares*).

En el artículo *Mudejar* de la segunda edicion del Glosario de Engelman, el sabio orientalista Mr. Reinhard Dozy, que tan señalados servicios ha hecho á la lexicología pátria, con las nuevas cuanto numerosas etimologías añadidas á aquel estimable libro, se hace cargo de las opiniones de su discípulo, y de las juiciosas cuanto acertadas observaciones de su impugnador, cuyas citas reproduce, y á seguida añade: «En cuanto á la significacion de estos términos, es de observar que el verbo *dáchana,* significa en la primera y cuarta formas *permanecer*, *quedar*, *bimacán*, en un lugar (red. Lane). *Adachn* (este infinitivo empleado en este sentido lo trae Lane) es por consiguiente *quedar allí donde se está, no emigrar cuando el país que se habita ha caido en poder de un príncipe cristiano.* Así se lee en el texto publicado por Müller (p. 52, l. 5): «que los Granadinos que emigraron vendieron sus tierras y sus casas, ya á los cristianos, ya á los musulmanes *que tenian intencion de quedarse* (de hacerse *Mudéjares*); y más lejos (p. 53, ult. l.): *ásamu ala*, *alacama qua adachan*, donde *adachan* es el sinónimo de *alacama* (*quedarse allí donde se está*): *adachn* en el Mss. no es más que la pronunciacion dulcificada de *adachn*. La segunda forma debe significar *hacer* ó *dejar permanecer, permitir á alguno quedar allí donde se encuentra*, *no forzarle á que emigre,* y el participio pasivo *mudechan*, como lo ha observado Müller: *aquel á quien se ha dado permiso de quedarse donde se encuentra*. Lo que concuerda perfectamente con las palabras de Mármol (*Rebelion de los Moriscos*), que dice que los Mudéjares son «los que se quedaron en España en los lugares rendidos.» La quinta forma del verbo

se encuentra en el texto publicado por Mr. Müller (p. 32, l. 8), con el sentido de hacerse *Mudejar*.

Hasta aquí Mr. Dozy, el cual, como se ve, de acuerdo con Mr. Müller, declara que la palabra *Mudejar* significa *aquel á quien se ha dado permiso de quedarse donde se encuentra.* Pues bien, esta interpretacion de ambos distinguidos orientalistas, tiene más de ingeniosa que de verdadera. Partiendo uno y otro de la significacion del verbo *dáchana* en su primera forma *detenerse*, *fijarse*, *establecerse en un lugar, etc.*, dieron á las derivadas segunda y tercera que se encuentran en el Mss. de la Biblioteca del Escorial, publicado por Müller con el título de *Die letzen Zeiten von Granada*, el valor causativo y reflexivo respectivamente que gramaticalmente les correspondian en su relacion con aquella. Pero si este procedimiento no tenia nada de censurable, basado como se hallaba en las leyes que regulan el valor de las expresadas formas, no podia decirse lo propio en cuanto á la interpretacion del vocablo *Mudejar* por el significado del verbo *dáchana*, *detenerse*, *fijarse*, *establecerse en un lugar*, con el cual nada se especificaba ni particularizaba, pues en tal hipótesis aquella denominacion, así sería aplicable á los musulmanes residentes en los estados cristianos, como á los Indios ó cualquier otra clase de gentes, de todo linaje y procedencia, que se hubieran detenido, fijado ó establecido en los paises conquistados por los Reyes de España, ó á los cristianos que se detuviesen, estableciesen ó fijasen en pais musulman.

Hay, pues, que convenir en que la apuntada significacion del verbo *dáchana*, por lo que tiene de general y absoluta, no especificaba la condicion social y política del pueblo musulman que durante el curso de la reconquista pasó á formar parte de la nacion española. Pero hay más; que la palabra *Mudejar* no significa lo que pretenden los reputados orientalistas Müller y Dozy, lo declaran sus propios testos. Sirva de muestra el siguiente de Mr. Dozy que va más arriba inserto, tomado de la pág. 53,

última línea del Códice arábigo de la biblioteca del Escorial sobre los últimos tiempos de Granada, publicado por Müller, que dice así: *ásamu ala alacama qua adachan*. Pues bien, considerando sinónimas las voces *alacama* y *adachan*, el ilustre orientalista holandés interpreta la oracion en esta forma: resolvieron *quedarse* y *permanecer*, peregrina redundancia de expresion, en la cual, á ser exacta la apreciacion de Mr. Dozy, habia que suprimir como innecesario el vocablo *alacama* ó la voz *adachan*, pues no es concebible que el autor musulman emplease una al lado de la otra dos palabras expresivas de un mismo é idéntico concepto, cuando con el uso de una sola expresaba adecuadamente su pensamiento. Lo que la expresada oracion significaba, era que los musulmanes resolvieron *permanecer* (*alacama*) en el territorio nuevamente conquistado por las armas castellanas, y *pagar tributo* (*adanhan*), ó lo que es lo mismo ser ***Mudejares***.

Corresponde el honor de haber indicado la verdadera y legítima raiz de aquel vocablo á nuestro compatriota el Reverendo Padre de la Orden de San Jerónimo Fray Patricio de la Torre, el cual en su *Vocabulista Castellano-arábigo* (Códice H. II, 22 de la Bibl. del Escorial), interpreta la voz ***Mudejar*** por ***Mudechchan***, plural *Mudechchanin*, participio pasivo de la segunda forma del verbo primitivo regular *dáchana* [1]. Determinada la raíz, faltaba aún especificar su significacion, pues en los diccionarios árabes no se registra aquella forma ni aquel vocablo. Ganosos de encontrarlos, los Sres. Müller, Fernandez Gonzalez y Dozy,

[1] El título íntegro de este precioso diccionario es el siguente: *Vocabulista Castellano-arábigo*, compuesto y declarado en letra y lengua castellana por el muy Reverendo Padre Fray Pedro de Alcalá, del órden de San Jerónimo, corregido, aumentado y puesto en caracteres arábigos por el Padre Fray Patricio de la Torre, de la misma órden, bibliotecario y catedrático de lengua arábiga erudita en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Esta interesantísima obra debió ser compuesta en los primeros años de la presente centuria, pues consta que su autor Fray Patricio de la Torre profesó en el referido monasterio en 1805. Dicha obra fué dada á la estampa; pero no se imprimió más que hasta la palabra *ofrecimiento*. *Vid. Simonet, Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes, pág.* 174 *y nota de la* 175.



partiendo del significado de la raiz *dáchana* con que les brindaban los testos de Ben-Aljatib Ben-Jaldun, Almacari y el Códice de la Biblioteca Escurialense dieron á la segunda y quinta forma el valor cusativo y reflexivo que les correspondia respectivamente, como derivadas de la primera que entre sus varias acepciones figuraba en primer término la de *permanecer*, *fijarse*, *establecerse en algun punto*, lo que cuadraba á maravilla con la descripcion de Mármol, segun lo hace notar Mr. Dozy, en cuanto afirma que los *Mudejares* son los Moros que se quedaron en España en los lugares rendidos por los príncipes cristianos.

Dado el silencio de los Diccionarios hay que hacer justicia á la interpretacion ingeniosa y aguda de estos escritores, así como son dignos de excusa las desacertadas etimologías propuestas por Mármol, el Conde de Circourt y Mr. Engelman, que hemos examinado.

Es más, á no haberse publicado el precioso Diccionario de Raimundo Martin [1], compuesto en la primera mitad del si-

[1] Segun se lee en el prefacio de esta obra inapreciable, primera en su género en la literatura europea, Raimundo Martin, que nació en Subirats, en el principado catalan. á comienzos del siglo XIII, vistió el hábito de los frailes predicadores en Barcelona. Él fué uno de los doce que por órden del maestro de la órden se encargaron en 1250 de aprender el árabe para la conversion de los moros, cuya empresa pusieron por obra en Túnez en 1260. Segun el Padre Francisco Diago (*Historia de la provincia de Aragon de la Orden de Predicadores*, Barcelona 1599, libro I, cap. 2, y lib. II, cap. 28), tuvo Raimundo Martin estraño conocimiento de las lenguas arábiga, hebráica, siriaca y caldáica. Fué filósofo y teólogo, como lo atestigua su *Pugio Fidei*, del cual tenemos dos ediciones (la de París de 1651 y la de Leipzig de 1689), y segun Renan (*Averroes y el Averroismo, Paris*, 1861, *pág.* 219, *nota)*, conocia obras árabes que no llegaron á noticia de los otros escolásticos. Escribió tambien una *Summa* contra el Coran, y otras varias obras. Su piedad y su subiduría le grangearon la alta estima del rey D. Jaime I de Aragon y de los maestros de la Orden, de los cuales recibió difíciles cuanto honoríficas distinciones. Murió poco despues de 1286.

Tales hombres producian las órdenes religiosas, fecundos planteles de sabios y de santos, principales fautores de nuestra grandeza intelectual, literaria y artística, *frondosos Aranjueces del cielo*, como los apellida Cervantes, y á las cuales somos deudores, con innumerables tesoros científicos, de monumentos tan exímios para conocer las *Haderas* ó dialectos arábigo-españoles como los vocabulistas de Fray Raimundo Martin, de Fray Pedro de Alcalá y de Fray Patricio de la Torre. ¡Cuán cierto es, por desdicha nuestra, que desde la supresion de las órdenes religiosas data nuestra decadencia moral, literaria y cientifica!

glo XIII, aún continuaría sin determinar la verdadera significacion de la palabra *Mudejares*: pero afortunadamente, en aquella curiosísima obra se encuentra satisfactoria y cumplidamente explicada.

Consta el libro de Raimundo Martin de dos diccionarios; el primero contiene el *Vocabulario arábigo-latino*, y el segundo el *latino-arábigo*. Este último tiene sobre el primero la ventaja de ofrecer al lado del vocablo latino todos los significados sinónimos del árabe, con lo que es empresa fácil el determinar la verdadera y genuina significacion y valor de las voces. Veamos nosotros de hacerlo con la palabra *mudejar*, que Raimundo Martin escribe, como lo hizo á principios del siglo Fray Patricio de las Torres, *Mudechchan*, *Mudechanin*, é interpreta *tributarius* (tributario) en su *Vocabulista Latino-Arábigo*. Pues bien; determinando y especificando el celoso cuanto sábio misionero catalan en su *Vocabulista Latino-Arábigo* el vocablo *Tributarius*, nos da juntamente con la voz *Mudechchan (Mudejar)* sus sinónimas *Dzimmy* y *Mudhid*, que tienen significaciones análogas, como vamos á demostrar. La palabra *Dzimmy* segun se lee en los Diccionarios de Freitag y Kazimirski, significa *cliente que goza de proteccion*, *y se aplica á los cristianos y judíos súbditos de un estado musulman*. Los mismos Diccionarios explican la voz *Muáhid*, participio de la tercera forma del verbo trilítero regular *áhada*, primera radical *aín*, por *aliado*, *confederado*, *cliente*.

De esta sinonimia entre las voces *Mudechchan*, *Dzimmy* y *Mahid* resulta que los Mudéjares eran los musulmanes, súbditos *tributarios* de los príncipes cristianos, como los *Dzimmies* eran los cristianos y judíos súbditos tributarios de los monarcas musulmanes, bajo cuya egida, proteccion y amparo vivian unos y otros en sus respectivos estados.

Veamos ahora en qué concepto se daba á los musulmanes que pasaban á ser súbditos de los reyes cristianos, el nombre de *tributarios*. Pues bien, segun se desprende de las equivalencias

arábigas que trae Fray Raimundo Martin al vocablo *tributum*, los Mudéjares eran llamados así, no solo por el que abonaban por sus propiedades, sino tambien por su capitacion. En efecto, como sinónimos arábigos de la palabra *tributum*, *dachchn*, trae en su segundo vocabulista el clarísimo Fray Raimundo Martin las voces siguientes: *Chizia*, *Jarch*, *Jarach*. Sabido es que la voz *Jarch* (sinónima de *dajl* y *mudajil*) denota *la renta de una tierra*, y su congénere *Jazach la renta*, *la contribucion financiera en general* y particularmente *el tributo que los Mozárabes pagaban á los príncipes musulmanes por sus propiedades;* y finalmente, que la palabra *Chizia*, entre sus varias acepciones, tiene la particular de *capitacion* ó *tributo pagado por cabeza por los cristianos súbditos de los musulmanes*. Pues bien, idéntica á la de aquellas con las propias cargas y derramas, gabelas y contribuciones, era la condicion de los musulmanes que, conservando su religion y culto, pasaron á ser súbditos de los reyes de Portugal, Aragon y Castilla, conocidos en nuestras crónicas é historias con el nombre de *Mudejares* ó *Mudexares* (*Mudechchanin*) ó lo que es lo mismo, *tributarios* [1].

Conocida la significacion de la palabra *Mudejar*, con ayuda de su sinónimo *Dzymmy* podemos determinar aún más la de las varias formas de la raiz *dáchana* citadas por Müller, Fernandez Gonzalez y Dozy. Por ejemplo, la expresion *Ahl Adahhn*, que se lee en Almacarí (II, pág. 812, línea 19, edic. de Leiden), ó

[1] Que el vocablo Mudéjar significa *súbdito ó vasallo de los príncipes cristianos*, como lo interpreta Fray Raimundo Martin, se confirma, entre otros que seria prolijo enumerar, por los siguientes expresivos pasajes.

Refiriendo el Arzobispo D. Rodrigo la conquista de Sena por D. Fernando el Magno, nos dice: *Cumque in tranquillitate secura gauderet, congregatu exercitu processit ut Portugalliam et Lusitaniam occuparet, quas tunc temporis arabes detinebant. Et primo ingressu cæsis pluribus cepit Senam, eo pacto ut incolæ remanerent et essent* SUBDITI SUB TRIBUTO. (*De Rebus Hispaniæ, lib. VI, cap. XI, pág.* 99.) El mismo escritor y en la propia obra (lib. VIII, cap. XI, pág. 117, edicion de Francfort 1603), narrando la entrega de Baeza á D. Alfonso VII, refiere que «*Mauris incolæ quia resistere non valebant ejus dominio se dederunt et ei nobis præsidium tradiderunt, quod ipse in continenti replevit bellatoribus et incolis Christianis, et remanserunt Mauri* subditi sub tributo.»

simplemente *Addachchan*, como lo escribe Ben Jaldun *(Historia de los Berberiscos, I, pág.* 401, *línea* 1, *texto de Slane)*, como apelativo de los musulmanes, súbditos de los príncipes cristianos, puede traducirse por *la gente de la clientela*, *del seguro del tributo*, y no *la gente de la permanencia en el lugar donde habita,* como con evidente error, citando á Mr. Lane, interpreta el *ahl Addachn* el distinguido arabista Mr. Dozy. Y que esta version nuestra está más puesta en razon que la suya, lo demuestra bien paladinamente por cierto la locucion sinónima *Ahl adz-dzimma*, que se lee en Kasimirski, y traduce los *que gozan de la proteccion*, frase, añade el docto lexicólogo, *que se dice de los cristianos y judíos súbditos de un estado musulman.* Y cuenta que al hacer nosotros correlativos los términos *seguridad*, *clientela*, *tributo*, nos fundamos en la sinonimia establecida por Fray Raimundo Martin entre las voces *Mudechchanin*, *Dzymmy* y *Moahid*, considerando que la condicion de clientes y asegurados ó apaciguados, les venia á los musulmanes, súbditos de los príncipes cristianos, del hecho de ser *tributarios.* Ni los esclavos de raza árabe, ni los hombres libres de la misma prosapia llevaron el nombre de *Mudejares.* Este nombre se halla adscrito á los que, en virtud de solemnes estipulaciones, eran garantidos por el Estado católico en sus personas y haciendas, y en el culto de su religion, mediante tributos parecidos á los que pagaban los Cristianos en los paises musulmanes, viviendo vida apartada y solitaria en los recintos de las *morerías*, como en lo antiguo en España y en nuestros dias en Marruecos viven los judíos en los *Melah* ó Juderías.

Desde el punto en que un mudéjar apostataba de su religion y abrazaba la cristiana, pasaba de la condicion de *tributario* á hombre libre, gozando de las mismas franquicias, inmunidades y privilegios (salvo los abusos del poder) que los cristianos viejos, no pechando más gabelas ni exacciones que las comunes y ordinarias de los súbditos católicos. A estos se refiere el epíteto

de *Mortadíes* ó renegados que llevaban entre los árabes, y consta por sendos documentos que los descendientes de los que ingresaron en el gremio de la Santa Iglesia Católica antes de la conversion definitiva de los moros granadinos, hicieron valer su derecho ante los Tribunales españoles para ser eliminados de la expulsion.

Pero prosigamos el discurso. El texto del Códice del Escorial (pág. 52, línea 5.ª de la edicion de Müller) que dice: *Aladzin azamu ala addachchn*, que vierte Mr. Dozy por aquellos *que tenian la intencion de quedarse* (*de hacerse mudejares*), debe traducirse por *aquellos que resolvieron ser tributarios.* Si la voz *Mudejar* significare lo que autoritariamente quieren los señores Müller y Dozy, habia que convenir en que á los moros de la ciudad de Granada que no abandonaron sus hogares, ó lo que es lo mismo, que *resolvieron quedarse en sus casas como súbditos de los reyes católicos*, habia que aplicarles aquel epíteto, y sin embargo, desde la abjuracion de su secta mahometana hasta su definitiva expulsion en tiempo de Felipe III, no se les conoció por otro nombre que por el de *moriscos*, palabra que Fray Pedro de Alcalá hace sinónima de *Moslimin.*

Pero es más: que la interpretacion que los orientalistas Muller, Fernandez Gonzalez y Dozy dan al vocablo *Mudechchan* ó *Ahl adachan* «*gente de la permanencia,*» es equivocada, y por el contrario, que la de *tributario* de Fray Raimundo Martin es la genuina y verdadera, lo demuestra bien paladinamente por cierto el hecho de haber llevado el nombre de *Mudejares* varios régulos árabes que no vivian en los territorios ocupados por las armas castellanas, los cuales eran así llamados por *el tributo* que pagaban á los Reyes de España *en razon de vasallage.* Tales fueron Abu Chafar Ahmed, Almortansir Ben Hud, señor primeramente de Rueda y rey luego de Valencia y de Múrcia, Abu Mahomad Ben Gánia, que lo fué de Córdoba, Abu Abdalá Mahomad Ben Mardaníx (Martinez), soberano de Múrcia, Abu Ma-

homad el de Baeza, régulo de esta ciudad, con otros varios de que hace sumaria mencion el Doctor Fernandez y Gonzalez, á la pág. 445 y siguientes de su obra *Los Mudejares de Castilla*, bajo el epígrafe «*Tabla de los Reyes de los Mudejares de Castilla desde el siglo XII*, cuya série termina con Boabdil, último sultan granadino, y señor por algun tiempo de varias Taas en las Alpujarras.

Con lo expuesto, creemos haber demostrado que la voz *Mudejares* significa *tributarios*, como lo declara Fray Raimundo Martin, ó *súbditos tributarios* de los príncipes cristianos, por los especiales que pagaban á los Reyes de España, como llama el Arzobispo D. Rodrigo á los moros sometidos, ó *moros vasallos de cristianos*, como interpreta Garibay y Cobarrubias sin indagar la etimología del vocablo, con lo que damos fin y remate á esta indagacion filológica.

LEOPOLDO EGUILAZ.

REVISTA DE LIBROS

La Inquisicion, obra publicada por vez primera en *El Siglo Futuro* por D. Juan Manuel Ortí y Lara, catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid. Edicion corregida y aumentada. Un volúmen de 355 págs.—Madrid, imprenta de la Viuda é Hijo de Aguado, 1877.

Cádiz 28 *de abril de* 1877.

Sr. D. Juan Manuel Ortí y Lara.

Mi muy respetable é ilustrado señor y amigo: Acabo de leer su nuevo libro acerca de la Inquisicion, obra de altísimo criterio, fácil y elegante estilo y de importancia suma, como encaminado á desvanecer errores ofensivos á la honra del catolicismo en España y al propio tiempo á nuestra patria.

Con efecto, D. Antonio Puigblanch, en su *Inquisicion sin máscara*, y D. Juan Antonio Llorente, primero en sus *Anales* y luego en su *Historia crítica de la Inquisicion,* escribieron en estilo vehementemente apasionado contra el Tribunal, y sobre todo con temerarios juicios y falsedades clarísimas; clarísimas, sí, porque lo es pretender el último de estos escritores, que la Reina Isabel la Católica jamás manifestó adhesion al Santo Oficio cuando en su testamento lo recomienda á sus sucesores, ejemplo que siguieron Cárlos V, Felipe II, Felipe III, etc., en los suyos. En el deseo de denigrar á la Inquisicion, ¿no afirmó Llorente que nuestro gran artista y poeta Pablo de Céspedes murió en Roma perseguido por ella, cuando acabó tranquilo y respetado sus dias en Córdoba su patria, recibiendo su cuerpo honrosa sepultura en la catedral, como se ve en ella y en su inscripcion conmemorativa? Pues así es la *Historia crítica* de Llorente.

¿Qué extraño que la juventud de dos generaciones, leyendo inadvertidamente estos libros, y con la autoridad de muchos

agenos aplausos de personas de canas y ciencia pero de preocupado criterio, creyese que todo cuanto en aquellos se lee era verdad incontrovertible, verdad augusta, defensora de la memoria de los perseguidos?

Son libros que hablan á la imaginacion y al sentimiento; mas que analizados, no pueden resistir á la fuerza del raciocinio y á la realidad de los hechos.

Ciertamente, el criterio libre de preocupacion es aquel que hable del Santo Oficio, declarando cuanto bueno haya podido hacer é hizo, y al par todo lo que algunos de los hombres que ejercieron principales cargos pudieron ejecutar abusivamente.

Ya en mi *Historia de Cádiz* (1858 y 1859) hablé con este recto criterio acerca de la Inquisicion, con motivo de las discusiones sobre el tribunal vertidas en las Córtes de 1813, y en mi patria, manifestando que el Santo Oficio no resolvia por sí: era un Jurado real y eclesiástico, que fallaba sobre la culpabilidad ó no del acusado y sobre la clase en mayor ó menor escala del delito. Que en cuanto al tormento, era un medio general de prueba en todos los tribunales de España y fuera de España; y que cuando todos los de nuestra patria y el extranjero no daban publicidad á las causas, la Inquisicion la daba en los Autos de Fe, leyendo éstas é imprimiendo luego sus extractos para conocimiento público: hablé de la prision ó el proceso de algunos literatos y los motivos que para ello hubo, y, en fin, explané rápidamente cuanto creí oportuno para rectificar con mi anterior criterio el criterio de los demás.

En 1871 y en los preliminares de las *Obras escogidas de filósofos* (Biblioteca de Rivadeneira), he probado que eso de decirse que la Inquisicion perseguia el pensamiento y la ciencia solo por ser ciencia y pensamiento, vulgaridad insensata que repiten con ridícula y maniática pertinacia muchos modernos escritores, preciados de muy discretos, es una falsedad que contradicen con la más victoriosa de las elocuencias los *Indices expurgatorios*, esos índices que se citan, sin haberlos, muchos de los que hablan de ellos, leido ni aun siquiera á la ligera. Los nombres de Montaigne, de Galileo, de Gassendi, de Ticho-Brahe, de Descartes, de Pascal, de Malebranche, de Locke, de Leibnitz, de Hobbes, de Newton y hasta de Benito Espinosa, no aparecen insertos en los *Indices*. No combatió la Inquisicion á los inno-

vadores de las ciencias: sus pensamientos podian penetrar y penetraban en España.

Con estos antecedentes calcule V. si habré leido ó no con toda atencion y agrado su precioso libro, cuando con superior raciocinio, novedad en los argumentos, seguras noticias y acierto en todo V. se ha propuesto presentar al Santo Oficio tal como fué.

Bajo el punto de vista de la humanidad, lo que más se extraña, por el que juiciosamente discurra con libertad en estas materias, es aquello de ofrecernos á cada paso argumentos de extranjeros, que describen la España del siglo XVI y XVII, como entregada á la ignorancia forzosa, por la opresion de un Tribunal enemigo de la sabiduría y de los sabios, y centro de las ejecuciones más crueles que ha podido imaginar la tiranía más soberbia.

Volvamos un instante los ojos á la Inglaterra de Enrique VIII, y veremos los suplicios cruentos por cuestiones de religion. Si pasamos á Francia, ahí están la Mariscala de Ancré, Urbano Grandier, el cura Gauffredi, y tantas personas *quemadas vivas por hechiceras.*

En España á nadie se dió muerte por pertenecer á la secta de los brujos: fueron sí sometidos á penitencias ó castigos de mayor ó menor importancia los que habian abrazado esas doctrinas supersticiosas. Y en Francia no existia la Inquisicion.

Tampoco ese Tribunal estaba constituido en Ginebra, y sin embargo el español Miguel Servet fué quemado vivo por sugestiones de Calvino. Servet en sus cuestiones con este otro heresiarca, afirmaba que Cristo no queria la muerte sino en caso de obstinacion, y lo probaba con la adúltera; y Calvino le replicaba que no por perdonar á la adúltera dió impunidad á los adulterios. Si aquel decia que Jesucristo recomendó la mansedumbre, y que Isaias escribió que no acabaria de quebrar la caña cascada ni apagaria la torcida que humeaba, Calvino le respondia que si Jesus vino como doctor á enseñar, tambien empuñó el azote para arrojar del templo á los que le profanaban..... «Crueldad es esa mansedumbre que predican, exclamaban, pues perdonando á los lobos dejan que las ovejas sean su presa.»

El Tribunal publicaba edictos admitiendo á reconciliacion, y aun á los encausados admitia á ella amorosamente cuando

presentaban estos señales de arrepentimiento verdadero, y sin esta conviccion, cuando estas parecian siquiera un tanto verosímiles.

En ese punto no es menos admirable el trabajo que con tanto ingenio como ciencia ha empleado V. para esclarecerlo debidamente. Nada ha omitido V.: el respeto del Tribunal hácia la honra del venerable Juan de Avila, á quien obligó á predicar en el Salvador de Sevilla, despues de un proceso en que salió justificadamente absuelto, para que en el instante de subir al púlpito una música lo saludase en señal de regocijo y victoria: la órden de restituir *su honor y honra enteramente*, *y la cátedra que tenia* en la universidad de Salamanca á Fray Luis de Leon antes de su proceso, etc., etc.

Todo ha sabido V. expresarlo cual anhelara el más exigente deseo.

No recuerdo que en todo el tiempo de la existencia de la Inquisicion haya sido relajado en persona literato alguno, ni que haya salido á auto público otro que el poeta dramático el doctor Felipe Godinez por judaizante, en 30 de Noviembre de 1621 en la ciudad de Sevilla. «Fué condenado en que saliese al tablado con sambenito, y se le quitase en llegando al castillo (de Triana), en un año de reclusion y seis de destierro y lo declararon por irregular.

Transcurrió el tiempo de la sentencia, y vuelto á la vida sacerdotal y á la consideracion pública, honró el teatro con algunos dramas, el púlpito con aplaudidos sermones, y la amistad con profesarla cariñosamente á poetas insignes sus contemporáneos.

Es indudable que los más de los mayores hombres de España en armas y letras, asociaron sus tareas á las del Tribunal de la Inquisicion. El historiador Garibay; el celebre Rioja; el tierno y filosófico poeta, consejero que fué de la Suprema, Lope de Vega, familiar del Santo Oficio; el dramático sevillano D. Diego Jimenez de Enciso; el cantor de las *Ruinas de Itálica*, Rodrigo Caro; el que murió haciendo á los que lo veian «envidiar la quietud de conciencia con que dejaba esta vida» Alonso de Tobar, el pintor de las pastoras, etc., etc.; Francisco Pacheco, el protector de artistas y poetas, el suegro y el maestro Velazquez, fué censor de pinturas por el Santo Oficio de Sevilla.

Alonso Cano aborrecia á los que habian sido penitenciados por el Santo Oficio, y dedicó su pincel á describir la muerte de San Pedro de Arbués. Asimismo el gran Murillo pintó el martirio de San Pedro de Arbués en un cuadro calificado de hermoso, de tres y media varas de largo por dos de ancho, que estaba en la sala principal de la Inquisicion de Sevilla.

Con razon, pues, observa V. que ninguno de los grandes varones de España, ha dejado de ser grande por el Santo Oficio, que se honraba con tener en su seno y con dispensar la proteccion al talento.

Y con respeto á la justificacion con que el Tribunal procuraba siempre proceder, léase en cualquier biblioteca pública importante de España la coleccion que allí exista de relaciones impresas ó manuscritos de autos de fe, y se verá el rigor con que procedia en castigar á los testigos falsos.

Hoy se usa aún una frase que todos dicen y que pocos saben apreciar, porque ignoran su orígen. Hablo de la de *Sacar á uno en palmas*. Costumbre era del Santo Oficio restituir en esta forma el honor á los calumniados y que hubiesen sufrido grandes perjuicios por los calumniadores. En el auto de fe celebrado en Lima el 23 de enero de 1639, hallo, por ejemplo, que salieron siete individuos con palmas. (La relacion se imprimió al siguiente año en Madrid.) Los siete iban en caballos blancos riquísima y bellamente enjaezados, y ellos se presentaron vestidos con gran lujo.

En la sentencia, despues de absolverlos y declararlos libres de toda sospecha, se mandó que saliesen al auto «entre dos caballeros que les señalaremos, *llevando una palma en las manos que demuestre su inocencia*, y en el tablado tengan asiento con los mismos, donde se lea esta nuestra sentencia.»

Se cree hoy por el vulgo, y por personas entendidas y muy enteradas, vulgo más vulgo que el vulgo, que el Santo Oficio fomentaba ¿qué? la supersticion. ¡Oh absurdo de los absurdos!

¿Quién persiguió con más severidad á los eclesiásticos y religiosos que tuvieron la hipocresía ó el desvarío de fingirse santos? La Inquisicion. ¡Cuántos casos de fanáticos de esta especie recibieron correccion en el Tribunal de la Fe, y en autos públicos y solemnes, para desengaño de crédulos! ¡De cuántos y cuán-

tos no hizo patente la santidad fingida y el mal vivir que procuraba encubrirse con aquella! ¿Fué un Tribunal de seglares el que atroz y enérgicamente castigaba á los que ofendian la dignidad del sacerdocio, perteneciendo á la secta de los alumbrados? En 1627, por ejemplo, ¿no penó los embustes y santidad aparente y maliciosa de la beata Catalina de Jesús, y del mal sacerdote Juan de Villalpando, en San Pablo de Sevilla?

¡Supersticion el Santo Oficio, cuando era el más acérrimo perseguidor de ella!

¿Qué nos dice el Padre Gaspar Astete en su *Tratado del gobierno de la familia y estado del matrimonio?* (Búrgos, 1595.)

«Han de advertir mucho los padres cuando enseñan á sus hijos, que les enseñen cosas escogidas, católicas y verdaderas, y no algunas vanas y supersticiosas..... Por la misma razon, por los catálogos que el Santo Oficio de la Inquisicion ha hecho, se vedan las horas donde suele haber esas supersticiones, y donde se suele decir que cualquiera que dijere tal oracion ó la trajere escripta al cuello, no morirá muerte subitánea, ni en aqua ni en fuego, ni con hierro ni á manos de enemigos.»

Con efecto; así está la prohibicion entre las reglas generales, advertencias y mandatos que preceden al expurgatorio en las antiguas ediciones (es decir hasta la de 1707 y algunas mas), respecto á «libros, horas, nóminas, oraciones ú otros devocionarios supersticiosos..... Asimismo se prohiben las láminas, sellos, medallas, sortijas, y las cuentas, cruces, imágenes, retratos y otras cosas de este género á que se atribuyen efectos que penden de sola la voluntad de Dios ó libertad humana, afirmando que sucederán infalible ó regularmente, y asimismo los papeles y relaciones que contienen semejantes gracias, privilegios y virtudes concedidas á las cosas referidas, aunque traten de reliquias ó Misas dichas en número señalado ó con número cierto de velas, ó otras cosas que aligadas á las dichas circunstancias, prometan de cierto ó regularmente sucesos contingentes, *porque es todo fundado en supersticion y engaño.*»

Repítese igualmente hoy, que si los estudios de la lengua árabe llegaron á una gran decadencia en nuestro país, debióse á la intolerancia del Santo Oficio, cuando cabalmente este alentó á muchos á aprender ese idioma, con el conveniente deseo de tener intérpretes muy doctos al servicio del mismo tribunal.

Así tambien estaban permitidos los libros ***historiales ó gramaticales*** de los Rabinos y Mahometanos.

Y prosiguiendo en el análisis de lo que combatió de supersticioso en todo género el Santo Oficio, bien es recordar todo lo de adivinaciones de astrología judiciaria.

Hoy se defiende que proscribió la astronomía ó que impidió sus progresos. ¡Necedad de necedades! «Se permiten, dicen los expurgatorios, los juicios y naturales observaciones que..... se hacen para ayudar á la navegacion, agricultura ó medicina, y los que traen al conocimiento de los tiempos y sucesos generales del mundo, que necesaria y frecuentemente provienen de causas naturales, como son los eclipses, etc.

»Tambien se permiten los juicios de nacimientos, que sin afirmacion enseñan á sospechar ó conjeturar las inclinaciones y calidades y complexiones corporales de cada uno, sin pasar en manera alguna á los dichos futuros contingentes, sucesos ó casos fortuitos ó acciones que penden de la voluntad libre.»

¿Se puede pedir más atinado criterio? ¿Se halla algo aquí favorecedor de la supersticion ó contradictorio de la ciencia dentro de los límites de la razon más cuerda?

Convengo con V. en que nada hubo de mayor popularidad en España desde los primeros años del siglo XVI que el Santo Oficio. El haberse mantenido España libre de guerras de religion, era un bien que tendrá el pueblo y un motivo inevitable de gratitud perenne.

Así es que en el auto de fe de Valladolid, en que salieron Cazalla y sus hermanos y otros de sus secuaces, auto á que concurrió inmenso número de gentes atraidas por aquella novedad, cuando el Inquisidor General preguntó á los circunstantes si juraban defender al Santo Oficio, fué tan unánime é imponente el clamor que dió en respuesta el pueblo, segun un testigo, que *parecia el dia del juicio final.*

En 12 de Enero de 1624 fué condenado á muerte un catalán, por haber en la cárcel arrebatado la Hostia Consagrada al Sacerdote que decia la Misa, y haberla hecho pedazos y pisoteado, y el Tribunal de la Inquisicion temió que el pueblo indignado al leerse la causa, diese muerte en su furor al delincuente. Por eso la relacion dice: «Pregonóse que ninguna persona fuese osada de ofender la de aquel hombre, pena excomunion mayor

y otras, por librarlo del homicidio voluntario, pues el mandamiento de no matarás á todos alcanza, y porque no le quitasen el tiempo en que le podia Dios llamar..... Llevóse de la Plaza al lugar del suplicio con tan gran concurso, como si no quedara en ella un alma, habiendo más de setenta mil, y con ser de noche y tan grande el trecho hasta su muerte, cosa bien nueva (tanto pueden los mandatos y la obediencia del Santo Oficio), llegó vivo al brasero.»

Al publicarse los autos de fe, siempre se prevenia al pueblo, bajo graves penas, que no arrojase piedras ni ofendiere de otro modo á los reos, lo cual prueba el odio de éste á los herejes y herejías, y que las causas y sus castigos y el Tribunal que los declaraba culpados, eran simpáticos.

El poeta Luis de Belmonte Bermudez nos pinta en la comedia *La Renegada de Valladolid*, por boca del gracioso lo popular de las solemnidades de los autos de fe. Hé aquí esta festiva pintura:

Si reniego y me aventuro
á volver á España, allí
no harán comedia de mí;
pero auto yo lo aseguro.
Entre tanto familiar
¿qué será si se repara
ver á Naranjo con cara
de sentenciado á quemar?
Verme aquí ya encorozado
y en dia claro, es forzoso,
pues segun es de dichoso,
nunca le llueve á un quemado.
Habrá aquel dia en mi alarde
turroneras y limeros,
mucha gente y seis cocheros
descalabrados. ¡Gran tarde!

Cuando en 1811 se empezó á tratar de la supresion del Santo Oficio por las Córtes, algunos de los periódicos que en Cádiz se publicaban, empezaron á combatir este Tribunal. Entonces fué cuando Puigblanch, encubierto con el seudónimo de *Natal*

nael Jomtob, dió á luz en cuadernos periódicos su libro de la Inquisicion *sin máscara* que en 1813 se reimprimió en Sevilla.

Salieron á la defensa del Santo Oficio con opúsculos de mayor ó menor extension varios escritores, guiados por el propósito de que la verdad quedase en su punto, y no se infiriesen calumnias al Tribunal, juzgando de sus actos como habia hecho Puigblanch, airadamente y alterando los sucesos.

Esta parte de nuestra literatura ha quedado en la oscuridad, y yo por residir con frecuencia en mi patria, he podido conocer algunos de estos opúsculos, merecedores de estima. He aquí un resúmen de los que en este instante se ofrecen á mi memoria.

Ilustracion sobre el Tribunal de la Inquisicion, que ofrece á su patria un castellano viejo, D. R. A., impreso en Cádiz en la imprenta de Figueroa, año de 1812, reimpreso en Sevilla por D. Anastasio Lopez, 1813, en 4.° 16 páginas.

Conciliacion apostólico-cristiana del sí y el no, por el doctor Laceredo: en 4.°, Cádiz, 1813, en la imprenta de D. Antonio de Murguía.

¿Para qué la inquisicion? folleto reimpreso en Valencia, por Salvador Fauli, 1811, en 4.° 12 páginas.

La Verdad Triunfante, ó la sagrada Escritura, la tradicion y la historia despojando á Natanael Jomtob de la máscara de religion con que se cubre para batir en brecha la intolerancia religiosa, sancionada por la nacion, infamando al Santo Tribunal de la Inquisicion. La escribia D. Teófilo Sanz. Cádiz, en la oficina de la viuda de Comes, 1815, en fólio, 96 páginas.

Reflexiones del venerable Fr. Diego José de Cadiz, misionero apostólico, sobre la utilidad del Tribunal de la Santa Inquisicion. Cádiz, imprenta de la Junta de Provincia, 1812; en 4.°, 28 páginas (son sacadas del sermon que predicó en Loja en la festividad de San Pedro Mártir el año de 1786).

Decreto definitivo sobre la Inquisicion al gusto de los liberales. Cádiz, imprenta de D. José María Guerrero. Año 1813, en 4.°, 28 páginas.

Tiempo es ya de concluir esta carta que empecé con palabras de gratitud á V. por su libro, y del parabien más cumplido; pero convidado de una parte por la belleza atractiva de su libro, y de otra por lo interesante del asunto, me he detenido

en hablar más de lo que debiera á quien tanto sabe y más que yo en este particular, como se muestra de indubitable modo por ese trabajo dignísimo de su talento y de su ciencia.

Creo que á muchos desagradará el libro de V., porque para muchos que juzgan de los anteriores siglos con un criterio de jactanciosa superioridad, para esos que en sonando la voz Iglesia, imaginan que equivale á fanatismo, á ignorancia, á abajamiento de la dignidad del hombre, para aquellos que consideran incompatible con la razon emancipada lo que no halague las preocupaciones de esta; para esos, en fin, que no medran con otra cosa que con el idealismo de una ciencia que se pierde en la inmensidad del espacio, y por la que tienen una supersticion (que tambien hay supersticion en la ciencia), y supersticion tan osada como temerariamente altiva, su libro de V. no puede ser considerado bueno. Y la razon es muy óbvia..... porque dice la verdad, y con prudentes argumentos, con pruebas convencedoras, con sana erudicion, con lenguaje apropiado y con designio noble en defender la pátria, y evitar que con juicios erróneos se designe el carácter antiguo español, pintándolo sujeto á un afrentoso y tenaz yugo, contrario á toda grandeza de almas, y á un tribunal que fué guardador, sí, de la fe, y en inevitables ocasiones severo, más no cruelmente sanguinario y perseguidor de las ciencias, de las letras y de las artes, justamente en los siglos en que más resplandecieron estas á la sombra de ese mismo Tribunal, cuya existencia pasó, y de quien debe escribirse sin ira, y con la justicia é imparcialidad que merecen los hombres notables que en su mayor parte lo compusieron.

¿Por qué infamar por solo infamar?

Cuando la sublevacion de Gonzalo Pizarro en el Perú, se halló Cárlos V sin bajeles y sin gente pronta á la empresa de la sumision de aquellos rebeldes tan lejanos. El inquisidor Don Pedro de la Gasca pasó allá con plenos poderes de Cárlos V, firmas en blanco, y sin otras armas que su breviario. Y por cierto que con su gran discrecion, su prudencia y su energía, allegó parciales al César, y á tiempo hizo dar la batalla á los rebeldes, y pacificó el Perú con muerte de Pizarro en público cadalso. En las Cámaras inglesas y en nuestro siglo, no ha faltado quien elogiase el proceder y la fuerza de voluntad de aquel inquisi-

dor, que aparte del castigo de los pocos mayores culpados, castigo de todo punto forzoso, dió una esplendente muestra de su humanidad en la pacificacion del imperio de los Incas.

Pero para carta basta..... basta..... Ruego á V. que mire con benevolencia este escrito, y solo contemple en él la expresion leal de mi afecto hácia la persona de su autor, tan merecedora del público aprecio por un libro de tal doctrina y de un mérito tan eminente.

Reciba V. al mismo tiempo el homenaje de mi agradecimiento, y no dude le aprecia de corazon su afectísimo amigo Q. B. S. M.

Adolfo de Castro.

UNA EXPOSICION

DEL REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE GRANADA

Habiendo espedido con fecha 19 de Marzo el Ministerio de Gracia y Justicia una Real Cédula, rogando y encargando á los Prelados del reino el cumplimiento de la ley 12, tít. 3.°, libro 2.° de la Novísima Recopilacion, que prescribe «el Real método para dirigir las pretensiones que ocurran en la Curia Romana por medio de la Agencia general de Preces á Roma, establecida en el Ministerio de Estado;» y que por el mismo conducto se remitan á los Prelados, para que las hagan llegar á manos de los recurrentes, «las Bulas, Breves y Rescriptos en »que se les concedan las dispensas, indultos ó gracias que hu»bieren impetrado,» el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Grana»da ha contestado á ella en los términos siguientes.

«Excmo. Sr.: Concluidas las grandes solemnidades de Semana Santa y octava de Pascua, y la régia visita con que se han dignado honrar á esta capital y á nuestra iglesia S. M. el Rey (Q. D. G.) y su augusta hermana la Serenísima Señora Princesa de Astúrias, me he ocupado preferentemente en contestar á la Real Cédula de 19 de Marzo último, en la que S. M., despues de recordar á los Prelados «que por la ley duodécima, título tercero, libro segundo de la Novísima Recopilacion, está prescrito el real método para dirigir las pretensiones que ocurran en la Curia Romana por medio de la Agencia general de Preces á Roma, establecida en el Ministerio de Estado,» nos *ruega y encarga* que excitemos á los fieles para que cumplan religiosamente dicha ley, y que dictemos las órdenes oportunas para que las pretensiones de dispensas, indultos y cualesquiera otras gracias que se impetren de Su Santidad, se dirijan á la dicha Agencia general de Preces como antes se hacia.

»En los quince años que llevo de Arzobispo, he recibido ya muchas Reales Cédulas de ruego y encargo, y algunas desde el

advenimiento de D. Alfonso XII al trono de sus mayores, y siempre las he respetado y acatado, como respeto y acato la presente á que contesto. Pero permítaseme, hacer ahora, excelentísimo señor, lo que se ha permitido hacer y han hecho en todo tiempo los Obispos, siempre que delante de Dios y en su conciencia han creido que debian hacerlo, esto es, suplicar y rogar á S. M., como yo le ruego y suplico desde luego por el digno y autorizado conducto de V. E., que se digne desistir por esta vez de su *ruego y encargo*, fundándome para ello en las razones jurídicas, teológicas y económico-morales que tengo el honor de exponer á continuacion, sin faltar en lo más mínimo al respeto debido á dicha Real Cédula ni á la persona y firma de V. E. que la refrenda, y que, como Ministro responsable, la ha aconsejado y propuesto á nuestro jóven y augusto Monarca.

»No entraré yo en el análisis detenido y profundo de la ley del Sr. D. Cárlos III, de 11 de Setiembre de 1778, á que se refiere la Real Cédula de S. M., ni de otras nada favorables á la libertad é independencia de la Iglesia, que se publicaron por aquel Monarca, digno de loa en alguno de sus actos, pero merecedor en muchos otros de la inexorable severidad con que le ha juzgado y le juzgará siempre la historia.

»No me entretendré tampoco en indagar las verdaderas causas y motivos que pudieron tenerse presentes para establecer la ley que nos ocupa: solo sí diré que, áun tomándola tal cual está recopilada en el Código legal citado por S. M., y estudiando detenidamente su contexto, se echa de ver desde luego que no tiene el carácter de perpetuidad que debe tener de suyo toda verdadera ley, sino que es meramente transitorio cuanto se ordena en la misma, sobre que no se envien derechamente á Roma las preces ó solicitudes de gracias, indultos y dispensas, y sobre que los diocesanos «las remitan con su dictámen en derechura por la primera secretaría de Estado y del despacho, ó por medio del Consejo y Cámara, dirigiéndolas á los fiscales del Consejo, ó á los secretarios de la Cámara, segun sus clases, con expresion de la calidad de la urgencia.....» Y que todo esto sea puramente transitorio, lo demuestran con harta claridad las palabras textuales con que principia dicha ley recopilada. «Desde ahora, »hasta que se establezca y ponga expedito el *nuevo método* para »dirigir las pretensiones que ocurran en la Curia Romana, se

»suspende el acudir á Roma derechamente y por los medios »usados hasta aquí, en solicitud de dispensas, indultos y otras »gracias: y si algunos se hallaren en urgente necesidad de soli»citarlas, acudan con las preces á sus diocesanos..... y estos me »las remitirán con su dictámen en derechura por la primera se»cretaría de Estado y del despacho..... con expresion de la ca»lidad de la urgencia.....» Esta misma interinidad se confirma en la Real órden de 30 de Noviembre de dicho año 1778, comunicada en circular del siguiente mes de Diciembre, por la que nombró S. M. un agente general de preces en Madrid, «entre »tanto que el Consejo ejecutaba las consultas que le estaban »encargadas sobre el nuevo método de dirigir las solicitudes á »Roma para las expediciones de dispensas, etc.»

»Aparece claro de todo esto, que la suspension en absoluto de acudir derechamente á Roma, como antes y siempre se hizo, y el dirigir las preces por medio del Gobierno y de la agencia oficial establecida por el mismo, fué provisional é interino, «hasta que se establezca y ponga expedito el nuevo método »para dirigir las pretensiones que ocurran en la Curia Roma»na; entre tanto que el Consejo evacuaba las consultas que le »estaban encargadas sobre el nuevo método de dirigir las soli»citudes á Roma.» Y, sin embargo, va á cumplirse ya un siglo desde que D. Cárlos III quitó á los Obispos, clérigos y fieles la omnímoda libertad que deben tener, y siempre habian tenido, de acudir directamente al Vicario de Cristo en demanda de las gracias espirituales que necesitasen, sin que haya aparecido todavía el *nuevo método* que se anuncia en la ley recopilada, y sin que se sepa cuándo ni en qué sentido evacuó el Consejo las consultas que se le tenian encargadas sobre dicho nuevo método, de acudir al Supremo Gerarca de la Iglesia; rigiendo desde entonces como ley en la materia una disposicion accidental y transitoria, una medida interina y de circunstancias, las cuales han variado por completo, y han hecho caducar la ley de que se trata, mudando sustancialmente su materia y objeto; y por lo tanto, creo que el Estado no debe reclamar á la Iglesia el cumplimiento de dicha ley, como la Iglesia no reclama al Estado el cumplimiento de otras leyes que la favorecen, y que están recopiladas en el mismo Código legal que la citada.

»Mejor que yo sabe V. E., como jurisconsulto que es tan

distinguido, que es doctrina comun de teólogos y de juristas que las leyes humanas, aun cuando no sean expresamente abrogadas y revocadas por el legislador, cesan por sí mismas y dejan de obligar á los súbditos, cuando por la mutacion sustancial de materia, objeto y circunstancias se hacen injustas y vejatorias para los particulares y completamente inútiles para el bien comun; y cuando una ley cae de esta manera no hay poder humano que la levante sin manifiesta injusticia y tiranía: y que las circunstancias han variado por completo, y han hecho anticuada y caduca á la ley de que se trata, no nos lo permiten dudar, siquiera entre otras, las reflexiones siguientes.

»En el siglo pasado eran muy difíciles y costosas para los particulares las comunicaciones con Roma, y aun podia temerse en algun caso la falsificacion de Bulas, Breves y rescriptos pontificios; pero hoy ha desaparecido todo esto. Las comunicaciones con Roma, y con casi todo el mundo conocido, son tan prontas, fáciles y seguras para los particulares como para los Gobiernos. El vapor y la electricidad nos ponen hoy á los Obispos en comunicacion casi instantánea con el Romano Pontífice y con las Sagradas Congregaciones y oficinas de su Curia; habiéndome ocurrido el caso de que en el espacio de algunas horas haya propuesto á Roma una duda y recibido solucion congruente para resolver un negocio de suma gravedad y urgencia.

»En el siglo pasado, cuando se adoptó la medida transitoria de que venimos hablando, se mantenia incólume y era ley fundamental del Estado la unidad católica de España, hoy, por desgracia, quebrantada y rota por el artículo 11 de la Constitucion política de nuestra monarquía; y bien conocerá V. E. en su recto é ilustrado criterio, que habia de parecer injusto y vejatorio á los ojos de todos el que á los Obispos, Clérigos y fieles de la única verdadera Iglesia de Cristo, se les sujetase á agencias y procedimientos oficiales para acudir á su cabeza visible, á la vez que se deja en completa libertad á los judíos, herejes y sectarios que haya ó pueda haber legalmente en España, para acudir directamente, y por los medios y conductos que mejor les plazca, á sus jefes y centros respectivos.

»En el siglo pasado, en fin, cuando se dictó la ley que nos ocupa, los agentes de preces y todos los que mediaban oficial-

mente en la solicitud y obtencion de las dispensas y gracias pontificias, eran hermanos nuestros en la fe, eran, y no podian ménos de ser, católicos, apostólicos, romanos; y aunque hoy tambien lo sean, y lo serán mejores que yo, pero pueden ser en adelante judíos, protestantes, cismáticos, espiritistas, racionalistas y hasta ateos, pues con sola la cualidad de españoles son admisibles á toda clase de empleos y cargos públicos, segun el artículo 15 de la Constitucion vigente; y estos, si tal llegase á suceder, bien conocerá V. E. que no podian ser conductos muy aceptables para que Obispos, Clérigos y fieles acudiesen con seguridad y confianza al augusto Jefe del Catolicismo.

»A las razones y doctrinas jurídicas que dejo expuestas hay que agregar las teológicas, que no puede olvidar ni desatender el Obispo, ni dejarlas de presentar y exponer en este caso, sin faltar á uno de los más altos deberes de su sagrado ministerio; y tanto más debe presentarlas aquí, cuanto que algunas de las más pertinentes al asunto en cuestion han recibido declaraciones especiales y solemnes, que no tenian cuando se estableció la ley recopilada que nos ocupa.

»Siempre se ha creido y confesado en la Iglesia como uno de los dogmas principales de nuestra santa fe católica, que el Romano Pontífice, como verdadero Vicario de Jesucristo en la tierra, y legítimo sucesor universal heredero del Apostol San Pedro, ha recibido de Dios la potestad suprema de regir y gobernar la Iglesia universal; y como consecuencia necesaria de este dogma de fe, siempre se le ha reconocido el perfecto y sagrado derecho de comunicarse libremente con todos los Obispos, Sacerdotes y fieles del orbe católico, pues de otro modo no pudiera cumplir ni ejercer sobre ellos el altísimo cargo de Maestro y Pastor de todo el rebaño de Cristo. Así como en los Obispos, Sacerdotes y fieles que componen este místico rebaño se ha reconocido tambien del mismo modo el derecho correlativo y necesario de comunicarse libremente con su Maestro, Pastor y Jefe supremo, para manifestarle sus dudas y necesidades, y recibir de él la luz y el oportuno remedio; sin que haya poder alguno humano, sea el que fuere, que pueda impedir ni coartar legítimamente este recíproco derecho, sin el cual no puede funcionar ni desarrollarse convenientemente el organismo y economía admirables que Jesucristo dió á su Iglesia, ni subsistir in-

cólume el recíproco y necesario comercio que debe haber perennemente entre la cabeza y los miembros.

Por eso en la Constitucion dogmática *Pastor Æternus*, aprobada en la Sesion IV del Concilio ecuménico del Vaticano y confirmada por Su Santidad, despues de dejarse sentada en el cap. 3.° la base de la doctrina precedente, se añaden estas notables palabras: «reprobamos y condenamos las sentencias ó »doctrinas de aquellos que dicen que puede impedirse lícita»mente esta comunicacion de la Suprema Cabeza con los pasto»res y rebaños de los fieles, ó que la consideran sujeta á la po»testad secular.....»

»Pues bien, Excmo. Señor; el *suspender* en absoluto el acudir derechamente á Roma, como lo hizo el Sr. D. Cárlos III en su precitada ley, en demanda de gracias espirituales, y el obligar despues á los Obispos, Clérigos y fieles á que dirijan sus preces y solicitudes á la Silla Apostólica por la agencia oficial del Gobierno, y no por otro conducto, yo no me atreveré á decir que esto impida totalmente la mútua y necesaria comunicacion que debe haber entre la Cabeza de la Iglesia y sus miembros, pero sí diré que la retarda y entorpece, sujetándola á un procedimiento embarazoso que no estableció Jesucristo ni ha sido aprobado por su Vicario en la tierra: yo no diré que con esto se niegue ó desconozca el derecho sagrado é inviolable que tienen los Obispos y los fieles de comunicarse con el Supremo Gerarca de la Iglesia, pero sí afirmaré que se les quita la libertad nativa que tienen de usarlo directamente y por los medios que se estimen oportunos, quedando sujeto en su ejercicio á la inspeccion de la potestad secular, que si hoy felizmente es ejercida por hombres religiosos y pios, mañana podrá serlo, conforme á la Constitucion, por hombres enemigos de la religion y de la Iglesia. Y por lo tanto, V. E. comprenderá muy bien que si un Obispo, en las actuales circunstancias y dada la doctrina antecedente, excita á los fieles, como se le ruega y encarga, á que cumplan religiosamente con el real método de la ley recopilada, y dicta las disposiciones oportunas, como tambien se le previene, para que las pretensiones de dispensas, indultos y otras gracias pontificias se dirijan por su conducto á la agencia general de Preces, y no de otro modo, podráse creer que prescinde de dicha doctrina y de las declaraciones recientes que han recaido

sobre ella, ó quizás lleguen á sospechar sus Clérigos y fieles ilustrados que admite de algun modo la doctrina condenada en la proposicion XXIX del *Syllabus*, concebida en estos términos: «Las gracias concedidas por el Pontífice Romano deben con»siderarse como nulas, si no han sido pedidas por mediacion del »Gobierno:» ó la otra doctrina condenada igualmente en la propocion LI del mismo *Syllabus*, á saber: «La autoridad civil puede »impedir que los Obispos y los fieles se comuniquen libre y mú»tuamente con el Romano Pontífice.» Llamo la ilustrada atencion de V. E. sobre esta proposicion, y en especial sobre los adverbios *libere ac mutuo*, libre y mútuamente, y paso á exponer las razones económico-morales, no menos atendibles que las jurídicas y teológicas para un Prelado, pues versan á la vez sobre los intereses espirituales y temporales de los fieles.

»Sabe muy bien V. E. que la revolucion cosmopolita que hace algunos años viene trabajando y perturbando á las naciones, y que acabará, si Dios no lo remedia, por hundirlas á todas en un espantoso abismo de corrupcion y de anarquía, en su constante y tenaz empeño de romper con todo órden sobrenatural y religioso, y de destruir si pudiera el reinado social de Jesucristo por medio de su Iglesia, no se ha contentado con secularizar los Estados en su parte política y administrativa, sino que ha intentado secularizar tambien el primer elemento constitutivo de toda sociedad y el último baluarte de ella, que es la familia, separándole radicalmente de Dios, eliminando del acto de su formacion todo elemento religioso. Sabe tambien V. E. que en estos últimos años intentó realizar en España esta obra nefanda, y lo logró en gran parte por desgracia, con la promulgacion de la infausta ley del llamado matrimonio civil, con sus reglamentos y posteriores declaraciones, la cual, además de alarmar justamente la conciencia de los verdaderos católicos, introdujo la division y el escándalo en muchos pueblos y familias, y multiplicó por do quiera los concubinatos y los más abominables incestos, puesto que la mayor parte de los que se casaron solo civilmente, al menos en este arzobispado, eran consanguíneos ó afines en grados más ó menos próximos. Desde entonces, deseando nosotros ocurrir á tan grave mal, y evitar, hasta donde nos fuese posible, el escándalo, y la perdicion de muchas almas, procuramos facilitar el matrimonio canónico á los casa-

dos solo civilmente, impetrando las oportunas dispensas á los que las necesitasen por los medios y conductos más breves y menos dispendiosos.

»Desde entónces empezamos los Obispos á prescindir por completo de la agencia oficial de un Gobierno que menospreciaba el único matrimonio verdadero que puede haber entre cristianos, el matrimonio instituido por Dios en el paraíso terrenal y elevado por Jesucristo á la dignidad del Sacramento, negándole todos los efectos civiles, y hasta llegando á calificar de hijos naturales á los habidos en el mismo.

»Desde entónces, en fin, dejó de cumplirse más ó ménos en todas las diócesis de España el real método del Sr. D. Cárlos III, y se introdujo en ellas la costumbre y jurisprudencia práctica de acudir á Roma directamente en solicitud de gracias y dispensas, valiéndose cada Prelado de las personas y medios que estimó más oportunos al intento.

»Bien es verdad, Excmo. Señor ¿cómo negarlo? que S. M. el rey D. Alfonso XII (Q. D. G.), apenas ocupó el trono de sus augustos mayores, accediendo á los deseos de la inmensa mayoría de los españoles, y cual cumplia á un monarca católico, derogó la infausta legislacion matrimonial antes citada, y reintegró el verdadero matrimonio sacramental y canónico en las prerogativas y derechos civiles que debia tener, y siempre habia tenido en España; y por ello yo no puedo ménos de consignar aquí mi más profundo y sincero agradecimiento á S. M. y á su Gobierno, por haber librado á nuestra amada pátria de uno de los legados más funestos que han dejado al mundo la revolucion y la impiedad: mas á pesar de esto, declaro y confieso á V. E. con la conviccion más íntima y con toda la ingenuidad y verdad con que un Prelado debe hablar siempre á un respetable consejero de la corona, que hoy no es conveniente ni posible volver otra vez al real método de D. Cárlos III, sin grandes estorsiones y violencias, y sin gravísimo detrimento de la moral y de la salud de las almas. La mayor parte de los fieles necesitados de dispensas, que ya desde antiguo miraba con impaciencia y con disgusto las tarifas y procedimientos de la agencia del Gobierno, y solia sostener á veces con los oficiales expedicioneros polémicas muy desagradables, ha visto y tocado en estos últimos años las inmensas ventajas de todo género con que obtienen las

dispensas los Prelados acudiendo directamente á Roma, y los dos gravísimos males de que ha adolecido y adolecerá siempre por necesidad la agencia general del Gobierno, á saber: *la mayor tardanza y los mayores dispendios* en la impetracion y despacho de las dispensas. Y como esto es preciso demostrarlo con datos, los he pedido á la oficina de embanque y expedicion de dispensas matrimoniales de este arzobispado, y tengo el honor de presentarlos á la alta consideracion de V. E., para que compare y juzgue con su reconocida imparcialidad.

»En cuanto á la dilacion de las dispensas pedidas por la Agencia general, resulta de dichos datos, que por término medio tardaban en venir de Roma de tres á cuatro meses, y á veces cinco y seis. Y si habia interés en que una dispensa viniese más pronto, y se pedia por via acelerada ó extraordinaria, sobre los costos de tarifa, se pagaban en la agencia de Madrid 160 reales en los grados menores, y 184 en los mayores: y aun pagando este *plus* extraordinario, solo se conseguia que viniese la dispensa un mes más pronto que las otras. Pues ahora, pedidas las dispensas por nosotros ó por nuestros encargados, sin necesidad de *pluses* ni propinas, las obtenemos en un mes, y á veces en diez y ocho ó veinte dias.

»Esta mayor celeridad en la impetracion de las dispensas, es más fácil obtenerla por el encargado de las de una ó dos diócesis, que por la Agencia general de Preces, que tiene que gestionar el despacho de las dispensas de todo el reino, las cuales solian ser en lo antiguo once ó doce mil cada año. Y es muy conveniente, y en la mayor parte de los casos necesario, negociar pronto la impetracion de las dispensas matrimoniales, para evitar escándalos y ofensas de Dios, para cubrir el honor de doncellas y familias honradas, y legitimar prole inocente, todo lo cual no podia hacerse muchas veces por no llegar á tiempo las referidas dispensas.

»Si de la comparacion del tiempo pasamos á la del dinero ó costo de las dispensas, encontraremos enorme diferencia entre las pedidas por nuestro conducto y las dirigidas por la agencia oficial del ministerio de Estado; pues en estas no solo se duplican y triplican, sino que cuadruplican y quintuplican muchas veces los gastos, como lo podrá observar V. E. en los casos siguientes. Segun la tarifa aprobada por el Gobierno, que la ofi-

cina arriba mencionada me ha presentado, resulta, que las dispensas pedidas por la Agencia general de Preces de grados menores de consanguinidad por causa honesta, esto es, de 4.° con 4.°, de 3.° con 4.°, y de 3.° con 3.°, computados solamente los gastos de Roma, los derechos de la Agencia de Madrid, y el importe de correo, costaban gradualmente desde 211 rs., 20 maravedises, hasta 668 rs. 28 mrs.; y si habia doble grado, 3.° y 4.° por ejemplo, ascendia á la suma de 808 rs. 20 mrs.—Pues todas estas dispensas de grados menores, aunque se dupliquen, pedidas por nuestro conducto, las obtenemos hoy por 80 reales solamente, computados todos los gastos de Roma, de agente y de correo.—Las dispensas de grados mayores de consanguinidad por causa honesta, pedidas por la agencia del Gobierno, computadas únicamente las de gastos arriba mencionados, importaban: la de 2.° con 3.°, 987 rs. 13 mrs.; las de 2.° con 2.°, 3371 rs. 14 mrs.; y las de 1.° con 2.°, 6356 rs. 12 maravedises.

»Y es de advertir, que en las dispensas de grados mayores, cuando los oradores tenian bastantes bienes, habia derecho para tomarles dos anualidades de sus rentas; y aunque es verdad que siempre se les hacia gracia y se les devolvia gran parte del depósito, pero este tenian que hacerlo, y á veces ascendia el embanque á veinte, treinta y hasta sesenta mil y más reales. Pues estas mismas dispensas pedidas por nuestro conducto, sin necesidad de depósitos ni embanques, las obtenemos hoy por nuestros encargados ó agentes particulares, las de 2.° con 3.° por 100 rs., las de 2.° con 2.° por 240 rs., y las de 1.° con 2.° por 340 rs.; y cuando por justas causas se piden estas mismas dispensas por penitenciaría, se obtienen todas ellas por 160 rs. Así resulta de los datos pedidos á que me refiero, y de los que he extractado lo antedicho como por via de ejemplo.

»Si son muy atendibles, Excmo. Señor, las razones jurídicas y teológicas que arriba dejo expuestas, no lo son menos ciertamente las económico-morales que acabo de presentar, acompañadas con datos matemáticos. La diferencia que hay de tiempo, y sobre todo de dinero, entre las dispensas dirigidas por la Agencia general de Preces y las pedidas directamente por nosotros, como V. E. acaba de ver, es enormísima. Los pueblos están abrumados de contribuciones y de impuestos; y no

es justo ni posible exigirles hoy las sumas exhorbitantes que pagaban á la Agencia en otro tiempo por la obtencion de dispensas y gracias espirituales; y si despues de haberlas obtenido en estos últimos años por cantidades tan exíguas se les sujeta de nuevo al real método antiguo, tan largo y dispendioso, es muy de temer, y yo casi me atrevo á asegurarlo de estas regiones meridionales tan trabajadas por la herejía, por la impiedad y el socialismo, que serán muy pocas las dispensas que se pidan: pero en cambio podrán ser muchos los incestos que se cometan, y los concubinatos, impurezas y escándalos que pululen por do quiera, con gravísimo detrimento de la Religion, de la moral pública y de la salud eterna de las almas: y como todo esto no lo quiere ni lo puede querer S. M. C. ni su religioso Gobierno, por eso concluyo la presente rogando con el mayor encarecimiento á V. E. que, en mérito á las razones expuestas, incline el ánimo de S. M. á que se digne desistir por esta vez de su *ruego y encargo,* y dejar á los Obispos y á los fieles en la libertad que les dió Nuestro Señor Jesucristo de acudir directamente á su Vicario en la tierra por el conducto que mejor visto les fuere. Creo conocer bastante la religiosidad y rectitud de S. M. el rey (q. D. g.) y la de V. E., y espero por lo tanto con la más dulce confianza, que serán atendidos y favorablemente despachados los tiernos ruegos de un Prelado, que no tiene más interés ni otro fin en el asunto que el bien de la Iglesia, la salvacion eterna de las almas, y la prosperidad de esta nuestra católica monarquía, y que ante Dios descarga su conciencia diciendo clara y entera la verdad con los debidos respetos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Granada 17 de abril de 1877.=*Bienvenido, Arzobispo de Granada.*

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO IV

QUE TRATA DE BATALLAS DESCONOCIDAS Y DE MOTINES HARTO VULGARES

Rápido como el relámpago subió García á la roca más accesible, y asomándose con precaucion, tendió la vista por el valle de Aráquil, hácia la Burunda, divisando á cierta distancia todavía, un peloton de gente á pié y á caballo.

La loca, mal sentada cual de costumbre, y haciendo balances al borde mismo del precipicio, con una impavidez estúpida que helaba de espanto, con falta absoluta de conciencia acerca del peligro que corria, terminaba en aquel momento la cancion de Lecovide y Uchin Tamayo, guerrera, como las circunstancias lo exigian; pero de un ardor y patriotismo habituales, y por decirlo así, regulares y ordinarios. Los centinelas amezcuanos tendidos en tierra y algo más apartados del derrumbadero, la contemplaban con la tranquilidad que su respeto casi supersticioso les infundia. Estremeciéronse, sin embargo, cuando de pronto la vieron alzarse y ponerse en pié, con el mismo abandono y ligereza que pudiera tener en el hogar de su casa; pero con cierta súbita exaltacion de espíritu, extraña y peregrina expresion en aquel hasta entónces impasible rostro de máscara trágica. Este cambio, que acrecentaba el temor de una catástrofe, era debido, al parecer, á la presencia del jóven caudillo cuyos movimientos enérgicos, dominio de sí propio, mirada de águila y rostro iluminado con la luz del genio, la hicieron presentir instintivamente el héroe que los vascos á la sazon necesitaban.

—¡Ellos son! ¡Los godos! gritó García, ¡á ellos!

Y descendió con los centinelas amezcuanos.

Al oir estas voces: «¡los godos! ¡á ellos!» Petronila se sintió conmovida en lo más hondo de sus entrañas. Si hubiera tenido juicio, diríamos que se habia vuelto loca: tratándose de una loca, tenemos que expresarnos indicando la sospecha de que su demencia tomaba nueva faz, convirtiéndose en delirio de amor á su nativa tierra, en la embriaguez de los combates; y que en semejante estado, confundiendo especies que habia recogido al vuelo, el paso de columnas, la venida del rey, la inminencia de la batalla, veia juntos á Rodrigo y Ranimiro, á los godos del Arga y los de la Barranca; los vascos en el peñon, los enemigos avanzando al frente, y resonando en torno gritos entrecortados de «¡á ellos! ¡á ellos!» como estallidos de la leña arrojada al horno de una guerra santa, en que el triunfador que sobrevive alcanza una corona, y el mártir que sucumbe otra mayor. Los nombres de Paula, de Amaya y Amagoya, se habian borrado ya de su fantasía: en ella campeaban solos godos y vascos, la raza invasora y la raza independiente. Para Petronila ya no habia recuerdos, ni ternura, ni amistades: no habia más que suyos y extraños, victoria ó muerte.

Echóse atrás con ambas manos el cabello que le caia por la frente, y viendo acercarse al enemigo, tornó á su postura y balanceo de siempre, pero cantando como si quisiese ser oida, con toda la fuerza de su poderoso acento:

Se alza un grito, allá en el fondo
de la sierra vascongada,
y el Amo acude á la puerta,
y escucha y dice:—¿quién llama?
El perro que á sus piés duerme,
se despierta y se levanta,
y sus ladridos resuenan
en torno rocas cercanas.
Retumba sordo rumor
del Burunda en la garganta,
y por izquierda y derecha
rompe los ecos y avanza.
Es el lejano murmullo
de la hueste toledana,
que en apretadas falanges
serpea por la Barranca.
De la cumbre de los montes
los nuestros gritan: ¡al arma!

y suena el cuerno de guerra,
y el Amo aguza la *ezpata.*
¡Ya vienen! ¡Ya vienen! Mira;
¡parece un bosque de lanzas!
¡Como al pié de cien banderas,
relampaguean sus armas!
¿Cuántos son?—Cuéntalos bien,
muchacho.—Allá voy..... Aguarda:
uno, dos, tres, cuatro, veinte.....
Tres docenas van pasadas.....
Cincuenta, ciento..... ¡Imposible!
¡Centenares, millaradas!
Y otras más..... Perder el tiempo
fuera empeñarse en contarlas.

Todos á una arranquemos
peñascos de la montaña,
y de la cumbre lanzados
al hondo rodando caigan.
Y aplastemos á los godos;
Ni uno quede de su raza.
¿Por qué los hijos del Norte
han de invadir nuestra casa?
¿Qué tienen que hacer aquí?
¿Por qué turban nuestra calma?
Dios hizo la sierra, y quiso
que el hombre la respetara.
Ruedan peñas al barranco,
la hueste enemiga aplastan,
la sangre corre, y la carne
palpita despedazada.
¡Qué de huesos triturados!
¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
¡Huid, huid: el valor
solo es cebo á la matanza!
Huye, ¡oh Rey de plumas negras
y de capa colorada!
¡Quien fuerzas tenga y caballo,
huya, y torne á tierra llana!

Ya se van.—Y ahora, ¡oh vascos,
todos presto á la hondonada!
¡Flechas contra el fugitivo!
Ni uno del barranco salga.

¡Ya huyen! ¿Dónde la hueste?
¿Dónde está el bosque de lanzas?
¿Dónde las ricas banderas
á los vientos desplegadas?
Teñidas en sangre y lodo
ya no deslumbran sus armas.
—Muchacho, cuéntalos bien:
¿cuántos son?—¡Espera, calla!
Veinte, diez y nueve, quince,
doce, diez; de seis no pasan.....
cinco, cuatro, tres, dos, uno.
Ni uno sólo á ver se alcanza.
¡Todo se acabó!—Ya puedes
volver con tu perro á casa,
y dar un beso á tus hijos
y á tu mujer, que te aguardan;
Limpiar dardos y bocina,
tender encima la cama,
y acostarte sin cuidado
y dormir sobre tu espada.
A cebarse en carne goda
vendrán de noche las águilas,
y blancos siempre los huesos
quedarán de la batalla [1].

---

[1] Creo que se me perdonará fácilmente el anacronismo de poner en boca de Petronila esta rapsodia del canto de Roldan, un siglo antes de la rota de Roncesvalles; pero he creido que semejante cancion debia entrar de una manera ú otra en un libro de la índole de *Amaya*, centon de antiguas tradiciones euskaras.

Harto más difícil de perdonar es el atrevimiento de haber puesto en verso tan precioso poemita, cosa que nadie ha intentado, que yo sepa. Sírvame de disculpa, que el romance de Petronila resulta una imitacion, no traduccion literal del *Altobiscaren cantua*.

Para que no carezca de ella el lector, la insertaré por apéndice al final de este capítulo.

Advierto al lector, que la traduccion, aunque algo retocada por mí, no es mia. Recuerdo que me la dió, muchos años há, un insigne escritor vascongado. Por eso la prefiero á tantas otras como corren por toda Europa.

¿Qué habia pasado durante este canto que no hemos querido interrumpir, y que la solemnidad del espectáculo que lo inspiraba y las mismas exigencias de la improvisacion, prolongaron más tiempo del que podia costar en otras circunstancias?

Algo, muy poco, de lo que Petronila se figuraba ver; pero muchas y muy graves cosas, que tuvieron la importancia de trascendentales acontecimientos para nuestra historia, y quizá para la de toda España.

Enardecido más y más García con las primeras estrofas del canto, cuyos ecos llegaban á sus oidos al pié de la roca gemela, inspirado por una fuerza interior cual nunca igual habia sentido, dispone en un momento el ataque con firmeza y acierto sorprendentes en su inexperiencia, superiores á sus pocos años.

Una docena de ginetes se adelantan hácia la parte de Pamplona, y se emboscan para salir de improviso y detener á los que intenten escaparse de la refriega; situa el resto de la caballería detrás de un repecho, y coloca á los infantes á la falda de las peñas, ocultos en la maleza, con órden de correrse atrás y envolver y cortar la retirada al enemigo, así que acabe de entrar en el sitio escogido para el combate.

La primera salutacion que van á tener los godos, es una súbita y nutrida descarga de dardos, flechas y guijarros, que momentáneamente al menos ha de introducir en el convoy la perturbacion y el desórden, aprovechando el cual saldrá la caballería á completarlo.

Máximo, el hijo de Echeverría, acababa de volver al campamento, despues de haber dado oportuno aviso de la llegada de Ranimiro.

—¿Los has visto? le preguntó el jóven caudillo.

—Sí; Ranimiro viene con coraza de escamas, plumas negras y capa roja.

—¿Son muchos?

—Bastantes; pero la mayor parte, gentes que solo servirán de estorbo. Siervos y siervas.

—¡Siervas! exclamó García. Entónces, tenia razon tu madre; vendrá tambien Amaya.

—Que venga; mujeres hay, pero algunas cubiertas con el velo.

—Máximo, quédate al frente de los arqueros y honderos; yo mandaré la caballería. Pero, mirad bien dónde apuntais: sentiria en el alma que cayese herida mujer alguna. Cuidado con la descarga.

—Toda advertencia es inútil: ya los tenemos encima.

—Pues bien, adelante, y no disparar hasta que los godos lleguen á tiro.

Máximo se sonrió y se quedó murmurando:

—¡Oh! lo que es esta vez, como á tiro se ponga ese que ha sido causa de la locura de mi madre..... no se me escapará.

Un instante despues se distinguia ya desde el bosque de Echeverri á Ranimiro y Amaya, á los bucelarios de la escolta, los siervos, tambien armados, y las siervas montadas en las acémilas del equipaje.

El prócer godo y su hija venian tranquilos, porque llevaban delante, á corta distancia, una tiufadía, y acababan de salir sin el menor tropiezo del peligroso barranco de la Burunda.

—¿Qué distancia nos separa ya de Pamplona? preguntó Amaya á su padre.

—De tres á cuatro leguas. Llegaremos antes de ponerse el sol.

En aquel momento sintióse un tremendo estrépito de cornetas de asta, alaridos salvajes y silbidos de flechas y dardos que cruzaron el aire. Una de las saetas dió á Ranimiro en el corazon, pero no traspasó la coraza; otra se quedó clavada en la blanca túnica de Amaya, sin que nada indicase que la dama estuviese herida.

Con la rapidez del pensamiento, volvióse Ranimiro hácia su hija diciéndola:

—Sálvate tú, tienes caballo de brios; corre al encuentro del milenario, que va delante.

—Nada sin vos, contestó la goda.

Y arrebatando una cateya al siervo que estaba más próximo, la blandió con denuedo, gritando con fuertes y enérgicos acentos:

—¡A ellos, mis godos! ¡á salvar á mi padre!

¡Que anomalías tiene la verdad! ¡que irrisiones aparentes de la consecuencia vulgar presentan á veces los caracteres humanos y la sencilla historia de los hechos! Petronila, que vivia al parecer para salvar á Ranimiro, cuando llega el trance, escita frenéticamente á los vascos contra su protegido; y Amaya, vascongada de corazon, dulce y sencilla como una tórtola, conviértese en Belona para ponerse al frente de los godos en el combate.

No lo extrañemos; con juicio ó sin él, Petronila era ante todo vascongada, y Amaya, buena hija, á nadie, despues de Dios, amaba en el mundo más que á su padre.

Este, sin replicarla, sin decirla una palabra, porque no podia perder momento, sacudió un latigazo al caballo de Amaya, el cual, encabritándose, dió un salto y se lanzó luego á todo correr por la calzada de Pamplona adelante, sin que la dama, á pesar de montar admirablemente á fuer de goda, pudiese contenerlo.

Era cuanto Ranimiro apetecia por el pronto. Creia á su hija en salvo. La hacanea perla la conduciria en breve á la columna de godos, que solo les llevaba una media legua de ventaja. No era de temer que ningun vascongado pusiera el menor obstáculo á la fuga de una dama,

de una jóven, sola y sin amparo. Incorporada esta á la tiufadía, quedaba libre de todo riesgo.

Mas de repente, y despues de la nube de piedras y flechas, prolongada y dirigida por Máximo, muy especialmente contra el incendiario de Aitormendi, precipítanse *guecia* y espada en mano los vascos sobre los godos, aún no repuestos de la perturbacion primera, y Ranimiro se encuentra frente á frente de García, que vino contra él enarbolando su pica.

—Ríndete, le dijo el vasco, toda resistencia es inútil.

—Morir primero, le contestó el godo arremetiendo á García con la destreza de un antiguo guerrero, y todo el valor de que su corazon era capaz y su desesperada situacion requeria.

Pero el corazon del caudillo navarro no cedia en nada al de su enemigo, y su vigor, su agilidad y fuerza suplian por las ventajas que en experiencia y serenidad por ventura Ranimiro le llevaba.

Empeñáronse de recio en un duelo á muerte; y no sabemos cómo habria terminado, si un acontecimiento imprevisto no lo hubiese interrumpido.

Los ginetes vascos ocultos en el bosquecillo que se extendia delante del camino de Pamplona, salieron tambien, segun las órdenes que del capitan habian recibido, á cortar y envolver á los godos, y aparecieron precisamente dando gritos desaforados, y haciendo resonar las discordes y horribles bocinas de asta, al tiempo mismo que llegaba el caballo casi desbocado de Amaya, el cual, nuevamente asustado del estrépito y ademanes semisalvajes de los ginetes, se vuelve atrás, y se lanza por la opuesta via de Aráquil y la Burunda.

—¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó Ranimiro al verla retroceder y cruzar sin velo ya, sin la cateya, con entrambas manos en la brida, pero firme como una estátua ecuestre en aquel caballo ciego del todo y bañado en sudor, que en los saltos y gallardía semejaba un ciervo por monteros de cerca perseguido.

—¡Salvémosla, le contestó García, bajando al suelo la punta de la *guecia;* y alzando la voz gritó á los suyos: ¡detenedla, detenedla!

Y como dos hermanos se lanzaron en pos de la dama los dos enemigos.

Era ya tarde: cubriendo la retirada estaban los peones de las hondas y las flechas mandados por Máximo, y el caballo completamente desbocado, pero huyendo de los vascos que le aterraban con sus trajes negros, sus gritos y descomunales movimientos, tomó como única salida la rampa de la peña en que habia quedado la loca sola, asomada al portillo de Las Dos Hermanas, precipicio de quinientos ó seiscientos pies de altura, y por donde fatal, indefectiblemente, tenia que arrojarse la hacanea.

Petronila, más animosa que nunca por el estruendo del combate y el triunfo de los suyos, seguia cantando frenética sin ver nada cerca de sí. Solo en el hondo del valle percibia confusamente el encuentro, lo cual bastaba para que su extraviada fantasía le presentase como clarísima verdad, lo que su canto, medio rapsodia, medio improvisacion, tan gallardamente celebraba. La cancion la absorvía por completo, restos de juicio, de memoria, y hasta de sentidos. Mientras estuviese cantando, ya podia el caballo venírsele encima, pisotearla y arrastrarla consigo al despeñadero: la loca no se apartaria ni una pulgada del borde del abismo, ni perderia hasta caer el compás que llevaba con todo su cuerpo.

Amaya, pues, no tenia remedio: estaba perdida, no habia salvacion para ella. Si se arrojaba al suelo, se estrellaria contra las peñas, y un horror instintivo á tan cruel y repugnante fin, un sentimiento de pudor y modestia, y la ignorancia misma del peligro, por no serle conocido el terreno, ó no darse cuenta de él, alejaban de su mente todo otro medio de salvacion que no fuera el de mantenerse firme en la hacanea.

Pero esta acababa de llegar á la cumbre, sin freno ya, la crin erizada, sangrientos los ojos, y ciega hasta el punto de no reparar en el bulto inesperado y amedrentador de la loca oscilando en cuclillas.

Tan terrible era la situacion, tan tiránicamente subyugaba el ánimo aquel espectáculo, que vascos y godos, sin ponerse de acuerdo, sin decirse una palabra, suspendieron el combate, con la vista fija en la dama que aparecia en la cima del peñon como celestial figura, con su gracia, su belleza y juventud, en medio de una muchedumbre muda de espanto, á diez ó doce pasos del portillo de inmensa altura, vertical, tajado, cortado á plomo como una pared maestra.

Mas de repente álzase un vasco en la opuesta roca, tiende el arco y dispara con audaz y breve puntería una saeta que va á clavarse en el pecho del caballo. Este no se detiene, sin embargo: un caño de sangre brota de la herida; pero aún tiene vida y fuerzas el desenfrenado bruto. Pocos pasos le faltaban para despeñarse, y solo la violencia de la carrera basta á lanzarlo al derrumbadero, aunque hubiera sido cuerpo inerte.

Seguia la ansiedad en todos los circunstantes; reinaba un silencio cada vez mas profundo y pavoroso.

En medio de él sentíase la bronca voz de lo ciclópea demente, que cantaba con un entusiasmo desgarrador en aquellos indescriptibles momentos.

Afortunadamente terminaba la cancion cuando el caballo se le venia encima, y alzó los ojos y dió un grito, no de miedo sino de sorpre-

sa, casi de júbilo al fijarse en el rostro encantador de Amaya, que comprendiendo ya su trance y creyéndose perdida miraba al cielo y exclamaba:

—¡Madre mia!

Alzase entonces la gigante vascongada, y con la agilidad de un tigre, con un ímpetu de que solo es capaz el heroismo ó la locura, dió un salto que, si no la hubiera salido bien, la habria estrellado contra la roca y hecho rodar al abismo, asió con sus nervudos brazos la cabeza del caballo, le cubrió los ojos con su cuerpo, se descolgó de su cuello, lo dejó inmóvil, lo rindió, lo postró á la orilla del precipicio „ y quedóse mirando á la dama de hito en hito, diciéndola con alborozado acento:

—¡Paula! ¡Paula, Paula! ¡Si parecia que te estoy viendo! ¡Amaya! ¡Si eres lo mismo que tu madre!....

Una exclamacion general, un grito unánime de alborozo, en honor de la verdad debemos decirlo, lo mismo de vascos que de godos, de amigos que de enemigos, resonó en el campo de batalla. Todo habia pasado en pocos instantes, que, sin embargo, parecian eternos.

Amaya se habia arrojado del caballo á los hombros de su salvadora, la cual, fijando de pronto los ojos en el brazalete que llevaba puesto la hija de Ranimiro, quedó nuevamente sorprendida y regocijada, y con una alegría infantil, ingénua y cándida, se puso á cantar:

¡Ay! mi querida Paula.
¡Ay! mi querida amiga,
ya te tengo en mis manos,
querida amiga mia!

Y mientras esto murmuraba, con mano experta, como de persona que de antiguo conocia y manejaba aquella joya, apretó el resorte, abrió el aro, echó á correr con ella por la rampa abajo, triscando y cantando, con una soltura de que nadie la hubiera creido capaz, con una hermosa alegría, franca, natural, inverosímil al parecer en un loco, y hasta impropia de aquel semblante, cetrino, ordinariamente tétrico y adusto.

Amaya se quedó en pié al lado de su hacanea muerta ó desangrada. Pero sin darse todavía cuenta de lo que la habia pasado, por instinto de piedad, por impulso habitual de su corazon cristiano, cayó de hinojos y se prosternó exclamando:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias, madre mia!

Acababa de subir su padre á todo escape, trémulo y demudado, sin acordarse de la batalla, sin pensar en defenderse, sin ojos ni corazon más que para su hija.

Echó pié al suelo, y al verla pálida, inmóvil, con la frente apoyada en sus manos suplicantes, lanzó un grito creyéndola muerta.

No estaba muerta, más sí á punto de perder el sentido: la presencia de ánimo, el varonil esfuerzo, el heróico valor que hasta entonces la habian sostenido, la abandonaban ya, y la crisis nerviosa, milagrosamente contenida por el dique de la Providencia, se derrumbaba como una catarata, cuando el grito paternal llegó á sus oidos, y la removió la sangre estancada en el corazon.

Todo lo vió claro y todo serena.

Se levantó con presteza y se arrojó á los brazos de su padre, gritando con un acento que salia vibrando desde lo hondo del pecho.

—¡Padre de mi vida!—¡Estoy buena!—Nos hemos salvado.

¡Prodigioso esfuerzo de cariño! ¡Admirable serenidad! Era imposible proferir en aquel momento palabras más consoladoras ni con más ansia deseadas.

Ranimiro, en cambio, no sabia qué decirla: repetia su nombre entre sollozos, que no se curaba de reprimir allí, por lo mismo que estaban solos, y nadie más que su hija era testigo de aquella debilidad.

Trató, sin embargo, de recobrarse, haciendo un esfuerzo sobre su corazon, porque sentia la necesidad de aprovechar los momentos, y decir algunas palabras, quizá las postreras que con libertad podia dirigir á su hija, y quizá las últimas de su vida; porque Ranimiro conocia bien á los vascos: nobles, capaces de los más generosos arranques, dulces y cariñosos con el vencido; pero duros, inflexibles y salvajes tratándose de quien ofendia á sus padres, á sus tradiciones, y á las cosas y personas á quienes ellos tenian en amor y veneracion. Ranimiro esperaba la muerte, el suplicio usado por sus enemigos, el despeño en una sima, el precipicio de lo alto de una roca.

—Amaya, la dijo, yo quedaré prisionero: tú te salvarás; déjame entre los vascos y sálvate. Hija mia, sospecho que ese brazalete de tu madre, es algo más que una memoria suya. Guárdalo siempre, y ocúltalo hasta que llegue la ocasion á las miradas de todo vascongado.

—Pues qué.....

—No lo sé: pero desde la noche aquella de Munio, me he figurado que esa joya tiene algun enlace con el secreto de Aitor. Si te vieses en algun apuro, con ella acaso podrias salvarte entre esta gente.

—¡Ah! exclamó Amaya con un grito desgarrador: con ese brazalete os hubiera salvado..... Pero.....

Y no se atrevió á seguir.

—¿Pero qué?.....

—¡Lo he perdido! Una mujer á quien debo la vida, una vasconga-

da con ojos de loca, que cantaba y llamaba á mi madre, me lo ha robado!.....

—¡Petronila!

—Ella debia de ser.

—Ella te lo guardará.

—Pero yo lo necesito ahora, en este momento, exclamó Amaya penetrada ya del peligro que amenazaba á su padre: ¿qué me importa recobrarlo mañana? Si en esa joya está el secreto de Aitor, por él pediré vuestra libertad y vuestra vida.

—No hablemos más de esto.—Amaya, si muero, ten por cierto que con la misericordia de Dios moriré como cristiano. Más pronto ó más tarde, espero reunirme con tu madre en el cielo; allí te aguardamos.

—¡Padre mio!

—Allí te aguardamos..... Hija mia, no nos faltes.....

—Padre de mi alma: no hagais vuestro testamento. No morireis, y si os matan, tampoco á mí me perdonarán. No morireis, no: un vasco me ha salvado desde la roca de enfrente: una vascongada ha completado la obra de ese desconocido. No nos matarán los vascos: para algo nos ha traido Dios entre ellos.

Y como respondiendo con el más acerbo desengaño á sus palabras de consuelo y esperanza, llegó un grito de la muchedumbre hasta lo alto del peñon, grito semejante al del pueblo judáico contra nuestro Divino Redentor:

—¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Mientras esto pasaba en la cima del peñasco, García habia cercado y hecho rendir las armas á los bucelarios y demás gente de guerra; pero tuvo la delicadeza de dejar solos todo el tiempo posible á Ranimiro y su hija, dando terminantes órdenes de que nadie fuera á interrumpirlos.

No quiso el caudillo navarro confiar á persona alguna esta comision, y subia solo y á pié por el repecho de la peña, cuando los vencedores, calmada la excitacion del peligro de Amaya, pensaron en el incendiario del caserío de Aitor, y creian tan justo y natural castigar al fin su crímen y vengar el ódio y miserable saña que aquel antiguo, pero siempre vivo atentado revelaba, que sencillamente y como quien hace una advertencia oficiosa y casi escusada, le gritaron los suyos:

—García: ¡por el portillo abajo! Subiremos nosotros á despeñarlo.

—¡Eso no! Dejadme á mí solo con ellos. Nadie ha de subir á la peña sino yo, les contestó el caudillo con firmeza.

Pero aunque al parecer se aquietaron por el pronto los expedicionarios, no sé quien hubo de hablar con desconfianza de García, por-

que de repente prorumpió toda la partida en aquel terrible grito que llegó hasta la cumbre, y heló de espanto á la hija del tiufado.

—¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Más terrible, más pavoroso aún que este grito, fué la insubordinacion, la indisciplina de unos cuantos soldados de la cuadrilla, que *guecia* en mano echaron á correr hácia la roca, resueltos á dar muerte á Ranimiro, despeñándolo sin más dilacion desde aquella altura, que estaba, si es lícito hablar así, como convidándoles al suplicio.

Eran cosa de dos docenas, y subian completamente desmoralizados, quizá un poco ébrios con el vino de Máximo, excitándose mútuamente con destempladas voces contra el tiufado, repitiendo y dando por ciertas é indudables cuantas calumnias se habian esparcido por el vulgo en veinte años de rencor y despecho.

García, sin desenvainar siquiera la espada, se volvió hácia ellos sereno y apacible, diciéndoles con una sonrisa que tenia más fuerza que un escuadron apercibido al encuentro:

—¿A dónde vais, muchachos? ¿No veis que ya se arremolinan los godos? ¿Qué se nos quieren escapar?

Id á contener á los del llano: yo me encargaré de los de arriba.

Y aquella gente, acostumbrada al respeto y sumision á la autoridad, aquellos amotinados, que gritaban para aturdirse y sofocar quizá la voz de sus remordimientos, se volvieron confusos al campo de la refriega.

Pero de allí salian nuevos gritos contra Ranimiro.

—Aguardad, muchachos, añadió García: decid de mí parte á esa gente que se calle.

—¿Pero no sabeis quién está allí? le contestó Máximo que venia entre los amotinados. ¿No lo distinguís bien entre los nuestros?

—No distingo á nadie: ni á ti siquiera te conocia, Máximo.

El hijo de Ochoa, dejando pasar por alto la leccion, contestó:

—Pues acaba de llegar el salvador de Amaya.

—¿Quién?

—El vasco desconocido que ha disparado el arco desde el peñon de enfrente.

—¿Quién?

—Teodosio de Goñi.

El caudillo de las Amescuas sintió entonces que por un instante se le detuvieron los latidos de su corazon.

—Corred, volad, exclamó reponiéndose al punto. Decid á Teodosio que me aguarde: que bajo al instante con los prisioneros.

Y prosiguió tranquilo hasta la cumbre, murmurando para sí:

—No puede ser cabeza de motin. Al contrario, Dios le ha traido

aquí para salvarnos á todos: la vida á la goda, y á mí y á sus navarros el honor.

Y asomándose á la cima, dijo á Ranimiro y su hija en correcto latin:

—¡Abajo! No estais bien aquí. Seguidme.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IV DEL LIBRO II

EL CANTO DE ROLDAN.

Un grito se alza
en el centro de los montes vascongados,
y el amo de pié en la puerta
escucha y dice:—¿Qué es eso? ¿Qué me quieren?
Y el perro que dormia á los piés de su amo,
se levanta y atruena con sus ladridos las cercanías.
En el collado de Altabiscar se oye ruido
que se acerca, repitiéndole á derecha é izquierda las rocas.
Es el sordo murmullo de un ejército que viene.
Los nuestros responden desde la cima de las montañas
dando la señal de alarma con sus cuernos,
y el amo afila sus dardos.
¡Ya vienen! ¡ya vienen! ¡qué bosque de lanzas!
¡Cómo flotan entre ellas las banderas de todos colores!
¡Qué relámpagos destellan sus armas!
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte, y millares más.
Es perder el tiempo contestarlos.

—Unamos nuestros brazos nervudos y fuertes, arranquemos estas rocas;
lancémoslas desde lo alto de la montaña
sobre sus cabezas,
aplastémoslos, hirámoslos de muerte.

¿Qué quieren esos hombres del Norte en nuestras montañas?
¿Por qué vienen á turbar nuestra paz?
Cuando Dios hizo estas montañas, fué para que los hombres no las traspasasen.
Las rocas descienden rodando, y aplastan á las tropas;
la sangre corre, los restos de carne palpitan.
¡Oh, qué de huesos despedazados! ¡qué mar de sangre!
¡Huid! huid cuantos conserveis fuerzas y un caballo.
Huye, rey Cárlo-Magno, el de las plumas negras y manto rojo.
Tu amado sobrino el fuerte Roldan, está tendido y muerto allá abajo.
De nada le ha servido su valor.
Ahora, vascongados, dejemos estas rocas,
Bajemos pronto, lancemos nuestros dardos á los fugitivos.
¡Ya huyen! ¡ya huyen! ¿dónde está el bosque de lanzas?
¿Dónde están las banderas de todos colores que flotaban entre ellos?
Sus armas, manchadas de sangre, no relampaguean ya.
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Ni uno se vé!
Todo concluyó. Amo, puedes volver á tu casa con tu perro,
besar á tu mujer y tus hijos,
limpiar tus dardos, guardarlos con tu cuerno, y acostarte y dormir sobre ellos.
Por la noche, las águilas vendrán á comer de estas carnes aplastadas,
y todos esos huesos blanquearán ahí eternamente.

Francisco Navarro Villoslada.

VARIEDADES

LA CAMPANA

POR FEDERICO SCHILLER

(Traduccion del aleman)

Vivos voco, mortuos plango,
fulgura frango.

Ya en la tierra el molde fragil
Firme está y asegurado.
Hoy fundimos la campana.
Compañeros, esforzado
Cada cual se preste y agil;
Que así estima el hombre gana.
Largo en hilos difluentes
Sudor caiga de las frentes.
Del autor los elogios la obra dice,
Cuando el Señor empero la bendice.

Bien alegre palabra, ó bien discreta
Que el fatigado corazon aquieta,
Es al trabajo estímulo precioso.
Jóvenes, conozcamos,
Cuando las fuerzas débiles unamos,
Qué no puede el mortal, y cuán odioso
El indolente sea
Que del polvo jamás el vuelo alzando,
La razon el estólido no vea
Que así nos ennoblece, forma dando
Al ejemplar que como sábia trace
Y con las manos industriosas hace.

Pino echad del que enjugó
Austro en Julio y resecó:
Y la llama, aunque cautiva,
Se mantenga siempre viva.

Venga estaño,
Venga cobre,
Ni que falte ni que sobre,
Y hervirá sin mengua ó daño
Desde ahora
El metal que el fuego dora.

Esta masa rubicunda,
Que del fuego en compañía
Va á sacar de hoya profunda
Mano vuestra y mano mia,
En la torre volteando
Estarános alabando,
Vivirá edades y edades,
Llorará calamidades,
Santos coros juntará,
Y al sepulcro asistirá
Con gemido y compasion
Y lejano y triste son.

Ampollas saltan. Bien:
Dichoso fin arguye.
Echemos sal tambien;
Así el líquido fluye.

La escoria se espumea,
Para que puro sea,
Y acento dé sonoro,
Como lengua de oro.

Aplaude lisonjera la campana
Al párvulo querido
En el regazo, como flor temprana,
Materno adormecido.

En torno de la cuna ya le asiste
La suerte afable ó triste:
Y la madre á la aurora ya le vela
Como fiel centinela.
Mas ¡ay! que pronto huyeron,
Cual huye sombra vana,
Juegos pueriles con la amante hermana.
Le llevaron los piélagos del mundo,
Corrió el golfo profundo;
Y otra vez las memorias le trajeron,
Dulces memorias del pasado goce;
Mas ya nadie en su patria le conoce.

Vírgen honesta de halagüeño hechizo
Ante sus ojos deslumbrado mira:
Ya vivo ardor el pecho le deshizo;
De los amigos huye, y se retira,
Y en bosque solitario gime y llora,
Y de tan dulce llanto se sustenta.
Luego la sigue y de su boca pende,
Ni quiere más ni á cosa más atiende,
Y sumiso guirnaldas le presenta,
Y el rostro la vergüenza le colora.
¡Oh primeros amores y venturas,
Cuando el alma se anega en mil dulzuras!
¿Por qué amor tan sencillo y tan honesto,
Por qué voló tan presto?

El hervoroso derretir empieza.
Baje al hondo este baston:
Si en la delgada punta algo adherente
Queda al salir, como cristal luciente,
Ya segura es la entereza
De la noble fundicion.
Ahora hay riesgo, y es el punto
Que nos dice por crítica señal
Si lo duro y blando junto
Se han de unir en un metal.

Bien parece la ternura

Sostenida en la firmeza.
Así esposo cuando jura
Fe perenne á la belleza,
No lleguen al altar si ambos leales
No ven que sus costumbres son iguales.
Que el placer es fugitivo,
Y el pesar es luengo y vivo.
Ramillete en el cabello
Como el sol dorado y bello,
De la esposa apetecida
Tiene el alma embebecida,
Y campana sonorosa
Lo celebra jubilosa.
Mas el gozo ya pasado,
Velo y cíngulo quitado
Do las dichas se albergaran,
Las imágenes volaran
Como efímera vision,
Como Abril acelerado
Que nos lleva su ilusion.
Se templó el encendimiento;
Mútuo amor quede y subsista,
Y la flor que se deshoja,
Sazonado y rico fruto
Vaya dando en rendimiento.
Tienda el hombre ya la vista,
Y en trabajo y en congoja
Busque plácido tributo,
Fabricando y añadiendo,
Y poniendo y trasplantando,
Y sembrando y recogiendo,
Y no cese, y se avalance
Hasta dar feliz alcance
A la rápida fortuna
Y su rueda contener.
Así por fin aduna
Prosperidad sin tasa,
Riquísimo hasta ver
Rotos los trojes, rebosar la casa.

Y reina dentro,
Madre y señora,
Como en el centro
Donde gobierna,
De vírgen tierna
Siendo doctora
Por recta vía,
Y freno y guía
Con ojos fijos
Siendo á los hijos,
Siempre amorosa,
Siempre afanosa
De la ganancia,
De la abundancia.
Y el huso de torcer no se desdeñan
Sus dedos delicados, y esto enseñan;
Y de cofres y armarios la fragancia
De lejos esparcida
Se siente difundida,
Y lana y lienzo como nieve pura
Dentro del arca limpia acomodando
Va siempre, y aumentando
Con el caudal holgura;
Y sabe unir provecho y esplendor,
Y su varia labor
Con ocio desmedrado nunca templa.

Desde altiva solana
De gozo el padre henchido,
La copia abundantísima contempla
Con ojo complacido,
Y el espacioso campo de que mana,
Los postes eminentes,
Las cillas redundantes,
Los trigos florecientes:
Y sale de su boca
Esta voz de soberbia:
«Ya firme está mi casa
»Como la inmoble roca,

»Y mi risueña dicha sobrepasa
»De todo mal el daño y la protervia.»
Mas ¡ay! con la fortuna
No hay perdurable convencion alguna,
Y el daño subsecuente
Con triste faz asoma de repente.

Ya comienza la fusion;
Mas primero el corazon,
Si algun desman no queremos,
Religioso á Dios alcemos,
Suplicando que ferviente
De su cárcel impelido
Salga sí, pero inocente,
El arroyo derretido
Pues se unieron los metales.

¿Quién destapa los canales,
Y correr libre le deja?
Dios, amigos, nos proteja.

Vedle aquí. Viene formando
Altas ondas y humeando.

Bienhechora es del fuego la potencia,
Si la rige del hombre la prudencia,
Y cuanto forma y traza, don es de este
Noble poder celeste.
Devastadora empero,
Si con ímpetu fiero
Rompe una vez su horrísona cadena.
¡Qué grima! ¡Oh Dios! ¡Qué pena!
Profundo, inconsolable,
Cuando ya con sus llamas espantosas
Por calles populosas
Ávido va, indomable,
Todos los elementos aborrecen,
Todos persiguen con rencor insano
Las claras obras del poder humano,
Y ¡ay dolor! en un punto desparecen.

De la nube
Aterradora,
Lenta, obscura,
Malhechora,
Rayo, corre;
Sigue luego
Muerte dura.

¡Ay! que gritan de la torre;
¡Fuego, fuego!
En los aires. ¡Qué pavor!
Como sangre es el color.
¡Ah qué espanto!
¡Desman sumo!
¡Grito y llanto!
¡Fuego y humo!
Se encaraman,
Se derraman
Iracundas,
Furibundas,
Por instantes
Las centellas
Devorantes.
Lleva el viento
Abrasamiento,
Cual del horno
La tremenda
Boca horrenda,
Y rechinan,
Y se rompen
Y se arruinan
Los tejados
Derrocados.
Truenos rugen,
Bueyes mugen,
Niños lloran, madres corren,
Hombres vuelan y socorren,
O atropellan y maltratan,
Todos huyen y refluyen,

Y peligran y arrebatan;
Y la noche de quebranto
Y de muerte y agonía
Se convierte en claro dia
A la luz de incendio tanto.
De las bombas afluentes
Agua sube en mil torrentes
Repetidos, presurosos,
Resonantes, sinuosos
Por los techos abrasados;
Mas los ímpetus aumenta
El fragor de la tormenta
Con ardores irritados,
Y las llamas van corriendo
Y en cenizas convirtiendo
Ricas trojes y arbolados,
Y manojos resecados,
Y de mieses ya maduras
Las vastísimas llanuras.
Y cual ímpetu de guerra,
Si la tierra
Levantasen
Y á los astros la llevasen,
Del incendio voraz es la pujanza.
Al fin, sin esperanza,
Exangüe, entorpecido,
Y con el alma de congoja llena,
Se para el hombre miserable y mira
Tan lastimosa escena,
Ante Dios abatido,
Que así el rigor descarga de su ira.

¡Terrible encono, formidable saña!
Los quemados solares
Ya no son más que míseros vivares
Donde se alberga el monstruo y la alimaña,
Do viento y nieve cruda
Penetran libremente, y cuando muda
Pasa la nube, allí solo contempla

Las que antes fueron regias oficinas,
Ya solitarias ruinas.
   Una tierna mirada
Y última y prolongada
Les da con todo el hombre, ya el camino
Presto á tomar, el báculo en la mano
De pobre peregrino;
Si bien al triste corazon alienta
Consuelo soberano;
Que á sus queridos lleno
De afan piadoso cuenta,
Y á todos mira salvos en su seno.

   Fiel la tierra nos ha sido,
Y la forma entera está.
¿Pues qué? el arte esclarecido
¿Hoy su premio no tendrá?
¿Al fin se romperia?
¿Funesto es este dia?
¡Ay! tal vez mientras hablamos,
Desventura ya probamos.

   Así al seno fecundo
De ávida tierra agrícola oficioso
El grano rubicundo
Esperanzado manda,
Y al cielo generoso
Ciento por uno en galardon demanda.
Simiente más divina
En humilde sepulcro reponemos
Llorando los mortales;
Mas celeste fanal nos ilumina,
Y con su luz vivífica sabemos
Que ornada en esplendores celestiales
Resucitar gloriosa la veremos.

Doble
Ronco,
Doble

Bronco
Cunde,
Infunde
Compasion,
Y acudimos,
Y al viajero
Lastimero
Gemebundo,
Moribundo
Para siempre despedimos
Con el ¡ay! del corazon.

¡Oh momento cruel de la agonía!
A esposa y dulce madre muerte impía
Arranca de los brazos
Del infeliz esposo,
Y despedaza el nudo cariñoso
De los tiernos abrazos
Con que á los hijos anegó en dulzura,
Y el vínculo se rompe que estrechaba
La mútua caridad, y gobernando
Su recinto de bienes abastaba.
Y ya ¡oh dolor! á la region oscura
La delicia comun va caminando.
Y presto será cuando
Voz de madrastra hogar ageno rija
Y á los míseros huérfanos aflija.

El calor bien desfogado
Y el metal asegurado
Ciertos, hijos, hasta ver,
Cese un tanto el afanoso
Trabajar, y así al reposo
Podeis blando lecho hacer,
Como alondra fatigada
Busca sombra deseada.

Puesto el sol, la torre suena;
Su oracion devoto dijo,

Suelto vase de la pena
Laboriosa el aprendiz;
Mas el amo al remo fijo,
No es con mucho tan feliz.

Por el vecino bosque
Ya vuelve al fin volando
Viajante suspirando
Por el nativo umbral.
De lejos grato escucha
De ovejas el balido,
De vacas el mugido,
La voz del mayoral.

Ve el placentero colmo
De espigas abundantes,
Y ruedas rechinantes
Llevan á casa el bien.
Mira, en señal de fiesta,
Zagales inocentes
Con ramos florecientes
Ceñidos en la sien.
Y en defendida sombra
A distinguir alcanza
Dispuesto á leve danza
Gozoso al segador.
Sigue tranquila noche,
Y en torno á los hogares
Se juntan familiares
Los que adunó el amor.

Las puertas resbalando:
Con doble cerradura
Se afirman, y segura
Reposa la ciudad.
Todo maligno teme
Turbar los habitantes;
Las leyes vigilantes
Reprimen la maldad.

Orden santo, que naciste
De las cumbres eternales,
Y con lazo amigo uniste
Por su bien á los mortales:
El hogar, los altos muros
Tú solícito elevaste
Tú á los hombres fieros, duros,
A civil union llamaste.
De ti dulces, de ti humanos
Cómo ser de ti aprendieron,
Y apacible amor de hermanos,
Y el de patria amor sintieron.
Manos mil así conciertan
El sosten de su alianza,
Y los frutos acrecientan
De copiosa bienandanza.
Y en el gremio de los suyos
El artífice disfruta
De los fueros que son tuyos,
Y ganancia en paz computa.
Altos reyes, la diadema
Noble timbre os da á vosotros;
Mas industria, la suprema
Gloria y prez, es de nosotros.

Paz gozosa
Pon aquí tu habitacion,
Paz hermosa,
Júntanos en suave union.

Y Mavorte aborrecido
De sus hordas circuido
Nunca pise este risueño
Valle oculto, que engalana
Sol propicio á la mañana,
Y en las cumbres á la tarde
Hace alarde
Lento al irse
De benigno despedirse.

Rompamos el molde
Del barro embozante,
Y salga elegante
La hechura gentil.
Alzad el martillo,
Y el golpe y medida
Los trozos divida
Ya inútiles mil.

Romper el molde del metal sonante
Al oportuno instante,
Es arte de experiencia y de maestría.
¡Ay de mí! ¿qué sería
Si del estrecho dique libertado
Saliese, no en sazon desenfrenado?
Con arrogancia fiera
Terrores esparciendo,
Indómito corriera
Como volcan horrendo.
Salvaje, y tosca y ruda
Naturaleza es; más la sazona
La direccion del hombre y perfecciona;
Cuando no, desbarata ó descaece.
Así el pueblo que bárbaro sacuda
El yugo paternal, ¡ay Dios! perece.
No ya teme, no ya calla;
Descontento, sedicioso
La cadena impetuoso
Rompe al fin, y el fuego estalla.
Multitud rabiosa corre
Pronta al mal, aspecto ingrato,
Y en tropel toca en la torre
Las campanas á rebato,
Y clamores roncos gritan:
«A las armas, á las armas;»
Y á la lid se precipitan.
Nombre horrible oyóse apenas
De igualdad y libertad,
Los vecinos, de puñales

Y rejones y corazas
Ved armados en las plazas,
Y las plazas y las calles
Rumorosas, llenas, llenas
De asesinos ¡guay! mirad.
Las mujeres, como hienas
De los crímenes riendo,
Van de sangre lago haciendo,
Y famélicas devoran
En su furor temerario
Las entrañas del contrario.
Religion y pátria lloran
Tanto horror y maleficio.
Tiemble y huya la virtud
Rompe el freno todo vicio,
Y con frente vil y altiva
Los alcázares derriba
De la pública salud.

Dañoso es del leon
La furia despertar,
Segura perdicion
Del tigre cerca estar;
Pero muy más temeroso
Del furioso
Hombre atroz el frenesí.
¡Ay político, ay de ti,
Que á rebeldes tan procaces
Luz infausta en mano pones!
Esa luz á las naciones
Clara antorcha no será,
No, mas tea que á las haces
Fuego aplique, y en montones
La ceniza quedará.
Dios nos ha favorecido,
Sea su nombre engrandecido.
Ved aquí salir luciente,
Lisa, igual y complaciente
La elegancia y el decoro

De la flor de los metales
Como alumbra estrella de oro
Por caminos celestiales.
Todo es justo, todo acorde,
Asas, cuerpo y ancho borde.
Permitid que en este dia
Se envanezca el arte mia.

Cerquémosla, dispuestos
Con júbilo aquí mismo,
Nombre en feliz bautismo
Glorioso á darle ya.

Campana, porque ahuyentes
La pérfida discordia,
Te has de llamar *Concordia;*
Tu elogio tal será.

De escoria degradante
Para tu honor salida,
Y á la region subida
De la cerúlea alteza,
Del poderoso trueno allá cercana
Y á los sublimes astros comarcana,
Tu destino sagrado en adelante
Será decir al hombre
Que alabe la grandeza
Del Hacedor supremo,
Ministra de la gloria de su nombre;
Como desde el extremo
De Oriente al mar de Ocaso
En bien medido paso
Los coros estrellados le bendicen
Y su ciencia y bondad festivos dicen.
Siempre lo eterno y grave y santo digas,
Y en el contar de las veloces horas
La rapidez del tiempo nos adviertas,
Y á la voluble suerte el paso sigas,
Que unas veces en alas voladoras

Llévanos rauda, ó bien con alas muertas
De improviso nos hunde; y desempeñes
Tu oficio excelso en fin, y sábia enseñes
Que semejante al tono de tu lengua,
Claro y fuerte al salir, á poco mengua,
Y luego se amortigua y enmudece,
Todo en la tierra así desaparece.
Las maromas, pronto, arriba;
Y el que empuja, y el que estriba
Al tirar, el peso aguanten,
Y á una todos la levanten
De la luz á las mansiones
Y del canto á las regiones.

Ya subiendo bambolea
Sonora, esbelta, capaz:
Su clamor primero sea
Para bien de todos, Paz.

Ramon García, *S. J.*

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO PERUJO (D. Niceto), Canónigo doctoral de la Iglesia metropolitana de Valencia.—La pluralidad de mundos habitados ante la fe católica. Estudio en que se examina la habitacion de los astros en relacion con los dogmas católicos, se demuestra su perfecta armonía con estos, y se refutan muchos errores de Mr. Flammarion. Un volúmen en 8.° de 456 páginas. Madrid, imprenta de Gaspar, editores, 1877.

De esta importante publicacion del Sr. Perujo pensamos hablar oportunamente, dedicándole el espacio y tiempo que merece, en la seccion correspondiente de esta Revista. Entretanto, no vacilamos en decir que el docto canónigo de Valencia ha sabido discernir con singular precision y maestría, en las obras de Mr. Flammarion, la parte puramente científica que se refiere á la habitabilidad, harto problemática por cierto, de los astros, de los errores y delirios con que el pseudo-sabio francés quiere alucinar á las gentes, explotando en este sentido la grandeza de su tema aparente. La refutacion del Sr. Perujo es completa en toda la línea, y su obra, sobre ser de carácter polémico y acomodado á las circunstancias de la lucha suscitada por Flammarion, contiéne copiosa y excelente doctrina teológica y filosófica, exornada con la erudicion más escogida y una forma de estilo clara, sencilla y elegante. Por todos estos conceptos, es muy digna del aprecio público, y muy acreedor el Sr. D. Niceto Alonso Perujo, á los plácemes de cuantos se alegran de los triunfos de la Religion en el terreno de la ciencia.

ALVAREZ (P. Pedro), Sacerdote de las Escuelas Pias de Castilla.—Himnodia sacra: ó sea los himnos que usa la Iglesia romana en todas sus festividades, traducidos en igual número de estrofas y clase de metros que el original latino, seguidos del Ordinario de la Misa segun el Misal romano. Un volúmen en 12.° de 238 págs. Madrid, imprenta de Miguel Ginesta, 1875.

Ofrecer á los fieles, no versados en el conocimiento de la lengua latina, una traduccion, lo más fiel y exacta posible, de los himnos eclesiásticos, para que puedan apreciar justamente el mérito y la belleza de estos modelos de la poesía sagrada, tal ha sido el laudable propósito del autor de esta obrita. La ejecucion es asimismo digna de elogio, y tal como debia esperarse de persona tan familiarizada con los clásicos sagrados y profanos, y tan conocedora de la lengua del Lacio y de nuestro propio idioma.

APARICIO (D. Antonio E.).—Corona Mariana. Poesías escritas en alabanza de la Vírgen, dedicadas á los niños y niñas que asisten á las escuelas dominicales de España. Un volúmen en 12.º de 63 págs. Madrid, imprenta de Guttemberg, 1877.

Esta preciosa coleccion de poesías inspiradas por la devocion á la Reina de los Cielos, la destina el autor, como lo indica el título que acabamos de transcribir, á los niños y niñas de las escuelas dominicales de España. Tanto por el metro en que están escritas, como por la sencillez, verdad y sentimiento que en ellas resplandece, las juzgamos muy á propósito para lograr el fin á que se encaminan, que no es otro sino despertar y avivar en el corazon de los niños los más tiernos sentimientos de piedad y de devocion á la Reina de los Angeles.

BERNAL DE O'REILLY (A.).—Jerusalen. La Semana Santa. Apuntes histórico-religiosos. Un volúmen en 8.º de 112 páginas. Bayona, imprenta de Lamaignere, 1877.

Bajo el modesto título de «Apuntes histórico-religiosos,» nos presenta en esta obrita el Sr. Bernal de O'Reilly un cuadro animado y verídico de las ceremonias con que se celebra la Semana Santa en los lugares que presenciaron la vida y muerte del Redentor del mundo. Su lectura amena é interesante agradará seguramente á todo género de lectores.

CABALLERO (Fernan).—Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles. Un volúmen en 8.º de 504 págs. Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1877.

Esta obra, última produccion literaria de la insigne escritora, cuya reciente pérdida lloran las letras pátrias, se dirije principalmente, como indica el título, á la juventud, en cuyo ánimo trata de inculcar por medio de breves y sencillas narraciones, de tiernas plegarias y de refranes morales, los más sanos y sólidos principios religiosos. La misma pureza de diccion y la misma verdad, ingenuidad y sencillez que brillan en todas las producciones de la fecunda y popular escritora, hacen recomendable en alto grado esta última obra salida de su pluma.

GARCIA DE LA IGLESIA (P. José Antonio), Sacerdote de las Escuelas Pias de Castilla.—Flores de Mayo, ó mes de María en verso. Un tomito en 12.º Madrid, 1877.

Al publicar esta breve coleccion de poesías dedicadas á la Santísima Virgen, con ocasion de las fiestas del mes de Mayo, consagrado al culto de la Madre del Salvador, ha rendido su autor á la patrona del religioso instituto de que es individuo, un homenaje de veneracion y amor, que podrá servir para avivar en el alma de los fieles los sentimientos de devocion á la Reina del Cielo.

HUELIN (D. Emilio).—Cronicon científico-popular. Bienio primero. Un tomo en 8.°, 1876. Segunda edicion. Bienio segundo, tomos I y II, en 8.° Madrid, 1877.

Merece grande alabanza el señor Huelin, por el celo y laboriosidad con que ha procurado dar á conocer en España los adelantamientos de las ciencias naturales, hechos en los últimos tiempos. Admirando su erudicion y conocimientos bibliográficos, no podemos menos de confesar que desearíamos en el *cronicon científico-popular* más exactitud en las ideas metafísicas, más hechos é ideas, y sobre todo, más correccion, claridad y pureza de estilo. En especial, creemos haria bien el Sr. Huelin en suprimir todo el libro I del tomo I del segundo bienio, pues sobre la confusion de ideas que en todo él reina, hay muchísimas que no resisten á un exámen filosófico detenido.

De lamentar es que, como apéndice estraño á ella, acompañe á la presente obra un catálogo de publicaciones, entre las cuales se encuetran algunas notoriamente heterodoxas.

LERCARI (P. Javier), de la Compañía de Jesús.—Mes Eucarístico, ó preparacion y accion de gracias para recibir al Señor, traducido por un Sacerdote de la Compañía de Jesús. Con licencia del Ordinario. Un tomito en 18.° de 111 págs., en pasta. Madrid, imprenta de D. A. Perez Dubrull, 1877.

Las personas piadosas sabrán apreciar en lo que vale, el bien que les ha hecho el traductor de esta obrita, al ofrecerles vertidas al castellano, legítima, textual y elegantemente, las preciosas meditaciones sobre la Sagrada Comunion del R. P. Javier Lercari, de la compañía de Jesus, escritas originalmente en latin, cuyo mérito y estima han sido causa de que hayan sido traducidas en las principales lenguas de Europa.

LESMES ZAFRILLA (Dr. D. Felipe).—Novena al angélico Doctor y Maestro Santo Tomás de Aquino. Un opúsculo en 12.° de 56 págs. Leon, imprenta de Miñon, 1877.

Este precioso librito fué impreso por vez primera por encargo de la Real Academia de Teología de Madrid en 1832, y ahora lo saca nuevamente á luz el Ilmo. Sr. Obispo de Leon, no creyendo poder hacer mejor obsequio á los alumnos de su Seminario conciliar, que el de poner en sus manos esta interesante novena, en que los exhorta á ayudarse para alcanzar del Señor el don de inteligencia, y aquella pureza angélica, humildad profundísima y amor ardiente de las cosas celestiales que resplandecieron en el Santo Doctor de Aquino. No necesitamos ponderar la oportunidad de este escrito, hoy que la ciencia pone sus ojos en aquella gran lumbrera de la Iglesia, bajo cuya especial proteccion quieren colocar muchos prelados la enseñanza católica.

OLIVAN (D. Alejandro).—De locuciones viciosas y de la filosofía flamante. Un opúsculo en 8.º de 35 págs. Madrid, imprenta de D. Rafael Anoz, 1876.

En este opúsculo su docto y discreto autor, el académico D. Alejandro Olivan, desenvuelve algunos puntos de un artículo suyo publicado en la *Revista de España*. La parte primera sobre locuciones viciosas ocupa pocas páginas; las más están dedicadas á refutar con armas de buena ley, ora tomadas de las ciencias naturales, ora de la sátira y del ridículo, á que tanto se presta la materia, la flamante teoría de la *evolucion* sostenida por los secuaces de Darwin. En todo el opúsculo resplandece un estilo puro, elegante, brioso y desenfadado, que muestra que la nieve de los años no ha entibiado el fuego del entusiasmo ni la llama del ingénio en su respetable autor.

PARVILLE (Enrique de).—El año científico—1876.—Traduccion de M. J. Bender. Un volúmen en 8.º Madrid, imprenta central, 1877.

Nos complacemos en anunciar la traduccion del tomo perteneciente al año 1876 de la série que con el título de *Causeries scientifiques* ha escrito el célebre vulgarizador de los descubrimientos científicos modernos, M. Enrique de Parville.

PERIN (Cárlos).—Las leyes de la Sociedad cristiana. Version castellana de D. Francisco Morera: con aprobacion de la autoridad eclesiástica. Dos volúmenes en 8.º de 335 y 351 páginas respectivamente. Barcelona, imprenta del Diario de Barcelona, 1876.

Exponer los principios fundamentales de la política cristiana, y las verdaderas reglas del arte de gobernar á los pueblos, rebatiendo al paso los gravísimos errores con que la revolucion ha logrado inficionar los ánimos en puntos tan esenciales, este es el fin á que se encamina la magnífica obra, cuyo título encabeza estas líneas, debida á la pluma del insigne profesor de la universidad católica de Lovaina, Cárlos Perin, autor, entre otros varios escritos que le han conquistado merecido renombre, de la titulada «La riqueza en las naciones cristianas,» en donde expone las bases de la economía cristiana, y refuta las absurdas teorías utilitarias y materialistas que hoy privan en el órden económico. Su última obra no es menos recomendable que la anterior, tanto por la profundidad y pureza de la doctrina como por la gran erudicion que revela, y está llamada sin duda alguna á producir excelentes frutos. El Sr. Morera ha prestado, por consiguiente, un señalado servicio á la Religion y á la ciencia, traduciéndola al castellano, siendo tambien digno de elogio por el acierto y la fidelidad con que ha desempeñado esta tarea.

RODRIGUEZ Y MIGUEL (D. Luis).—Manual del Archivero, ó sea teoría y práctica del arreglo y clasificacion de los archivos de las Diputaciones, Beneficencia, Gobiernos de provincia, Ayuntamientos y Administraciones económicas. Un volúmen en 4.° mayor de 132 págs. Toledo, imprenta de Cea, 1877.

Si bien esta obrita tiene por principal objeto el arreglo de determinados archivos, como se advierte en la portada, con todo, suministra no escasa luz para toda clase de archivos, y por el excelente método y claridad suma con que trata este asunto, y por la carencia total de publicaciones análogas en nuestro idioma, la consideramos de gran utilidad para todo el que se dedica á trabajos de esta índole. Contiene además en la introduccion interesantes datos sobre los archivos en general; y como era de esperar de los religiosos sentimientos de su autor—socio activo de los más celosos, y secretario que ha sido de la Juventud Católica de esta corte,—no duda asegurar que «las Corporaciones eclesiásticas se han distinguido siempre por el celo con que han cuidado los archivos;» y luego añade que «los archivos de los suprimidos Monasterios, como los de las catedrales, nada han dejado que desear, ni en su conservacion, ni en su clasificacion,» sobre lo cual desciende luego á pormenores que evidencian su aserto.

ROSELLÓ (V.).—De la tierra al cielo, ó ecos de la gloria. A Balmes. Poemita original de Victor Roselló. Con aprobacion del Ordinario. Un opúsculo en 4.° de 40 págs. Barcelona, librería de Luis Niubó, 1877.

SANCHEZ Y CASADO (D. Félix), Profesor auxiliar del Instituto del Noviciado.—Prontuario de Historia de España para uso de los alumnos de los Seminarios, Institutos y Colegios. Quinta edicion. Un volúmen en 8.° de 148 págs. Madrid, librería de G. Hernando, 1876.

—Prontuario de Retórica y Poética para uso de los alumnos de los Seminarios, Institutos y Colegios. Quinta edicion. Un volúmen en 8.° de 112 págs. Madrid, librería de G. Hernando, 1876.

El mérito y las excelentes condiciones didácticas de los Compendios del Sr. Sanchez Casado son harto conocidos y apreciados, por cuantos se dedican en nuestro país á la segunda enseñanza, para que hayamos menester encarecerlos. Las numerosas ediciones que de ellos se ve obligado á hacer el autor frecuentemente, demuestran el éxito cada vez mayor, y, no dudamos en decirlo, cada vez más merecido de estas obritas, puesto que, lejos de limitarse el autor á reimprimirlas, procura con el más exquisito celo y diligencia mejorarlas, utilizando para este fin los últimos progresos é investigaciones, siempre que tiene que ha-

cer nueva edicion de alguna de ellas. Para hacer la última edicion del Prontuario de Historia de España, el autor ha revisado detenidamente el texto de la anterior, á fin de dar animacion y vida á la narracion histórica, presentando á los personajes en accion y movimiento, señalando los móviles de su conducta, las pasiones, los sentimientos, y en una palabra, su caracter y personalidad. En cuanto al Prontuario de Retórica, aparte de otras mejoras que realzan el mérito de la última edicion sobre el de las precedentes, es de notar el que, al señalar modelos en cada género, no se ha contentado el autor con presentar una árida y descarnada lista de autores, sino que los ha caracterizado, señalando sus cualidades más relevantes, y supliendo de este modo la historia sucinta de la literatura nacional, que hoy forma parte integrante de esta asignatura en todos los planes de segunda enseñanza del extranjero.

SAYOL Y ECHEVARRIA (D. J.), Canónigo de la Santa metropolitana y primada Iglesia de Tarragona.—El Sagrado Corazon de Jesús. Devocionario, para los niños de ambos sexos, de la primera Comunion. Va unida á él una Semana Santa, dedicada al Sagrado Corazon de Jesús, escrita por el Rdo. Don José Ildefonso Gatell, Cura párroco. Aprobado por la Autoridad eclesiástica. Un volúmen en 8.º de 492 págs. Barcelona, Llorens hermanos, 1877.

SEGUR (Monseñor de).—El Infierno. Si le hay, qué cosa sea. Cómo huir de él. Traducido de la séptima edicion francesa, por D. Antonio de Balbuena, Abogado, ex-presidente de la Juventud Católica de Vitoria. Un volúmen en 8.º de 210 páginas, Madrid, imprenta de D. A. Perez Dubrull, 1877.

Sin perjuicio de ocuparnos detenidamente otro dia en el exámen de esta obra, que es sin duda alguna de las más notables que ha publicado el sabio y fecundo prelado francés Monseñor de Segur, la recomendamos desde luego á nuestros lectores, y damos la enhorabuena al traductor Sr. D. Antonio de Valbuena, por la feliz idea de traducirla á nuestro idioma, y por el cuidado y esmero con que la ha llevado á cabo.

SERRANO DEL CORAZON DE JESUS (P. Casimiro), Rector del Colegio de Escuelas Pias de San Fernando de Madrid.—Guia de las madres de familia en la educacion de sus hijos. Un volúmen en 8.º de 413 págs. Madrid, imprenta de la Compañía de impresores y libreros, 1874.

El autor de este libro, el M. R. P. Casimiro Serrano, hoy dignísimo Provincial de las Escuelas Pias de Castilla, ha utilizado en esta obra, excelente bajo todos conceptos, el fruto de su larga y provechosa práctica en la enseñanza de la juventud, para ofrecer á las madres cristianas

una serie de saludables instruceiones y acertados consejos que puedan servirles de guia en el arte difícil de formar el corazon y la inteligencia de sus hijos. El presente libro llena cumplidamente su objeto, así es que no vacilamos en recomendarlo eficacísimamente á nuestros lectores.

SCHWEINFURT.—Viajes de Schweinfurt al Africa Central, redactados con sujecion á las memorias y relaciones del mismo Doctor, por F. García Ayuso. Tirada aparte del artículo VIII de los *Descubrimientos geográficos modernos*. Un volúmen en 8.° de 256 págs. Madrid, Administracion, Capellanes, 12, 1877.

El Sr. García Ayuso ha formado, valiéndose para este fin de las memorias y relaciones del Doctor Schweinfurth, una amena y curiosísima relacion de los viajes de este famoso y atrevido explorador á las desconocidas regiones del Africa Central, la cual no dudamos que entretendrá agradablemente á los aficionados á este género de lecturas.

VALLE-AMENO (Marqués de).—La libertad de cultos. Un volúmen en 8.° de 160 págs. de texto y XXXVIII de apéndices. Con licencia de la Autoridad eclesiástica. Madrid, imprenta de P. Conesa, 1876.

El objeto de este libro que reproduce, segun advierte el autor, el texto de los discursos que pronunció en la Academia de Jurisprudencia al discutirse el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, aunque con las variaciones que exige la distinta forma de exposicion, no es otro sino defender desde el punto de vista filosófico, histórico y político la unidad católica, combatiendo con argumentos de todo género el principio de la libertad de cultos. El Sr. Marqués de Valle-Ameno manifiesta en su obra haber estudiado detenidamente la cuestion que trata, poniendo de relieve con fuerza de lógica y gran copia de erudicion los inconvenientes de la libertad de cultos y las ventajas inapreciables de la unidad religiosa. Sirven de apéndice á la obra algunos documentos importantes que pueden contribuir á ilustrar la materia.

VILLENEUVE (E.).—Epagathus ó los mártires de Lyon. Escenas de la vida cristiana en el siglo II. Traducido por J. J. V. Un volúmen en 8.° de 228 págs. Barcelona, imprenta de A. Ricidor y Compañía, editores, 1877.

CRONICA INTERIOR

1. Nuevas exposiciones del episcopado con motivo de la última alocucion de Su Santidad.—2. Discusion del Mensaje en el Senado y el Congreso.—3. El retraimiento de los constitucionales.

1. Los Eminentísimos Cardenales Arzobispos de Toledo y Santiago y Patriarca de las Indias, en union de los Ilmos. Obispos sufragáneos de ambas metrópolis, han hecho la siguiente exposicion cuyo objeto, así como el de la publicada anteriormente por los Prelados de la provincia eclesiástica de Sevilla, es excitar al Gobierno á que adopte las medidas convenientes para asegurar al Jefe Supremo de la Iglesia la independencia que necesita para el ejercicio de su divina mision.

«SEÑOR: Una voz augusta acaba de resonar en el mundo, y su eco imponente y majestuoso, prolongado con rapidez pasmosa hasta los más remotos pueblos y naciones, ha producido una conmocion general, como no podia menos, habiendo denunciado hechos que hieren en lo más vivo los corazones de los creyentes, y asustan á todo hombre de buena voluntad, á todo espíritu recto que, aun extraviado en sus creencias, rinde homenaje á las prescripciones de lo honesto y de lo justo, á la santidad de la virtud y á los fueros de la libertad santa que Dios ha dado á los hombres, para que le amen y adoren en espíritu y verdad. Esa voz es la del defensor inquebrantable del derecho y de la justicia, la del Gerarca, Padre y Pastor supremo de la Iglesia; del Vicario de Jesucristo en la tierra, del inmortal Pio IX.

»V. M., que tiene la dicha de conocerle, y le debe un amor entrañable, se habrá sin duda afectado dolorosamente al oir su voz en esta ocasion solemne, y sobre todo cuando haya leido la série interminable de atentados de que se queja en su Alocucion *Luctuosis*, nunca bastantemente ponderada; y como rey católico, y rey de tantos millones de católicos, no habrá podido menos de alarmarse tambien en gran manera al ver que en la citada Alocucion se afirma que *la Iglesia de Dios padece violen-*

cia y persecucion en Italia, y que el Vicario de Cristo, ni goza de libertad, ni del uso expedito y pleno de su poder.

»Afirmacion gravísima que, si no estuviera sumamente demostrada por los actos incalificables ejecutados en Italia y en la misma Roma á vista de todos, y que han reducido á la Santa Sede á la lamentable y precaria situacion en que hoy se encuentra, hallaria una confirmacion completa y evidente en la circular del ministro de Justicia italiano, fecha 17 de Marzo último, dirigida á los funcionarios del ministerio público.

»En esta circular, no solo se falta á todos los respetos y miramientos que se deben al Soberano Pontífice, se le insulta en ella, y se le escarnece, sino que erigiéndose además el ministro en juez y en censor del Papa, se arroga la facultad de dar licencia para que pueda la prensa reproducir dicha Alocucion, y como si esto fuese poco todavía, la concede con tales cortapisas, que resulta permitido todo ataque, y prohibida toda defensa de tan insigne documento pontificio.

»No calificarán los exponentes como se merece esa deplorable circular, ni tampoco pretenden afligir el ánimo de V. M. con las reflexiones á cual más tristes á que la misma se presta. No: no es este el objeto que se proponen al elevar al pie del Trono esta reverente exposicion, sino otro muy distinto.

Lo que desean los Prelados que la suscriben, y lo que piden con el mayor encarecimiento á V. M., es que, del modo que lo permitan estas circunstancias, influya para que lo más pronto posible cese la opresion del Papa, se le restituya su libertad é independencia, y se aplique un correctivo eficaz contra tantos y tan graves desmanes, contra los muchos desafueros que, en daño de la Religion y en perjuicio de la moral, se han cometido y siguen cometiéndose en Italia.

»Y esta peticion la dirigen á V. M. tambien en nombre de los españoles, los que, á pesar de las pruebas á que en dias aciagos han sido sometidas sus creencias y costumbres, continúan siendo casi en su totalidad, por la misericordia de Dios y por el religioso y recto sentido que les anima, dignos herederos de la fe y piedad de sus católicos padres.

»Ponderar la justicia de esta peticion, sería ofender la ilustracion de V. M. Es tan clara y evidente, que basta dirigir una rápida ojeada sobre lo que está pasando en Italia, para conocer

que el estado de las cosas allí establecido es cada dia más insostenible, como que pugna contra todo derecho y toda justicia, y que si ha de haber paz en el mundo, urge que las naciones tomen mano en este asunto y contribuyan cuanto antes, de comun acuerdo, á que concluya esa perturbacion que ha cundido por todas partes, y llevado la angustia y la alarma á las conciencias de sus respectivos súbditos católicos.

Hasta por propio decoro, y aun atendiendo solo á razones de conveniencia, no pueden permitir que el Padre comun de los fieles, el Soberano espiritual de más de doscientos millones de católicos, dependa de nadie, y menos de los que le cohiben el libre ejercicio de su ministerio sagrado, y se conducen con Él de tal manera, que se ha visto precisado muchas veces á clamar contra la opresion y violencia que sufre, y á denunciar últimamente á esas mismas naciones, por medio de la Alocucion antes citada, que *la Iglesia de Dios padece violencia y persecucion en Italia; y que el Vicario de Cristo ni goza de libertad, ni del uso expedito y pleno de su poder.*

»La proteccion de esa libertad y de la independencia que el Papa necesita para ejercer sus elevadas funciones, es un deber santo, impuesto á todos los soberanos, y aún más si son católicos; porque aunque su poder emana de Dios, no lo han recibido para contrariar, sino para secundar las superiores ordenaciones del mismo Dios.

»V. M., que comprende bien sus deberes de soberano católico, sabrá cumplirlos como corresponde, adoptando en su alta sabiduría, y por consejo de su ilustrado gobierno, todas aquellas medidas prudentes que con seguridad conducen á que *la Iglesia de Dios deje de padecer la violencia que sufre, y el Vicario de Cristo goce de la libertad completa y del uso expedito y pleno de su poder.*

»Este será el modo de que V. M. atraiga sobre sí las bendiciones del cielo y la abundancia y plenitud de sus dones, mereciendo al propio tiempo el aplauso del pueblo español, que siente como nadie las amarguras y tribulaciones de nuestro Santísimo Padre, y que, aunque le vea ensalzado ó abatido, coronado de rosas ó de espinas, con cetro de oro ó de caña, será para él siempre, lo mismo en el Tabor que en el Calvario, el objeto de su admiracion, de su respeto y de su amor. Y á fin de demos-

trarle, de la manera que puede, estos nobles y cristianos sentimientos, desea vivamente proporcionarle algun consuelo; que terminen de una vez las injusticias de que está siendo víctima, y que por medio de resoluciones prontas y eficaces, se remuevan todos los obstáculos que le impiden su plena y verdadera independencia.

»Madrid 4 de mayo de 1877.=Señor.=A los R. P. de V. M. Por sí y debidamente autorizado á nombre de los Reverendos Obispos de Coria, de Plasencia y de Sigüenza y del Vicario Capitular de Cuenca, *Juan Ignacio Cardenal Moreno*, Arzobispo de Toledo.=*Francisco de Paula, Cardenal Benavides*, Patriarca de las Indias.=Por sí, y expresamente autorizado á nombre de los Reverendos Obispos de Lugo, Oviedo, Orense y Tuy, y del Vicario capitular de Mondoñedo, sufragáneos, *Miguel Cardenal Payá*, Arzobispo de Compostela.=*Ciriaco María*, Obispo de Areópolis, auxiliar de Toledo.»

El Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona ha publicado recientemente una pastoral, tambien con ocasion de la última alocucion consistorial del Padre Santo, ordenando la celebracion de tríduos de rogativas dirigidos á rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia, y singularmente porque libre á su Vicario en la tierra de la opresion y violencia que sufre en la actualidad. El Ilmo. Sr. Obispo de Orense se ha dirigido tambien á sus diócesanos encargándoles que eleven «desde lo más íntimo de su conazon, humildes preces á Dios por el triunfo de la Santa Madre Iglesia, por la conversion de sus enemigos y por la cesacion de los males tan enormes de que se lamenta nuestro Santísimo Padre el inmortal Pio IX.»

2. El laconismo del discurso de la Corona, en lo relativo al estado de las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Seda, ha dado lugar á algunas elocuentes protestas en el seno de ambos cuerpos colegisladores. El texto del mencionado documento en este punto es el siguiente:

«Mi Gobierno continúa tambien en buenas relaciones con la Santa Sede.»

El mensaje de contestacion del Senado al discurso de la Corona, se limitaba á repetir, segun costumbre, con alguna levísima modificacion las mismas palabras.

El senador Sr. Carramolino propuso al Senado que se adi-

cionara al texto del mensaje un párrafo concebido en estos términos:

«El Senado espera confiadamente que el Gobierno de S. M. adoptará cuantos medios crea los más conducentes, á fin de que el Sumo Pontífice recobre la libertad necesaria y la independencia de que ha menester para regir y gobernar la Iglesia Universal.»

Habiendo aludido el Sr. Carramolino, en el discurso con que defendió su enmienda, al Eminentísimo Señor Cardenal Patriarca de las Indias, levantóse este respetable Prelado y pronunció un notable discurso, en el cual, despues de exponer la lamentable situacion del Padre comun de los fieles, exhortó al Gobierno á fin de que procurase remediarla por cuantos medios tuviera á su alcance.

Los Sres. Lopez Borreguero y Ministro de Estado que contestaron á ambos discursos, en nombre de la comision del mensaje el primero y el segundo en nombre del Gobierno, se opusieron á la admision de la enmienda, declarando que no obstante abundar en muchas de las ideas expuestas por los dos citados oradores, creian que el Gobierno no debia obrar en este punto por su propia cuenta, sino de acuerdo con los gobiernos de los demás paises católicos, los cuales habian procedido hasta ahora con la mayor reserva, no tomando sobre el particular resolucion alguna.

La enmienda que, concebida en términos análogos á la anterior, presentó el baron de Cuatro-Torres, fué combatida en nombre de la comision por el Conde de Bernar, siendo retirada por su autor, como lo habia sido anteriormente la del Sr. Carramolino.

En el Congreso se ha escuchado la voz elocuente del ilustre orador católico Sr. Pidal, que, interpretando los sentimientos católicos de nuestro pueblo, ha combatido enérgicamente los desmanes y atropellos de que es víctima el Vicario de Jesucristo en la tierra, exhortando asimismo al Gobierno, que ha contestado del mismo modo que en la otra Cámara, con palabras vagas y evasivas, para que contribuyera á mejorar la triste situacion de la Santa Sede.

3. El retraimiento de los constitucionales, sobre el cual tan diversas opiniones se habian manifestado en el seno de esta

agrupacion política, parece que será pronto un hecho, á juzgar por la siguiente noticia que sobre este particular encontramos en los periódicos:

«No cabe ya duda alguna sobre las contestaciones que remitirán á Madrid los comités constitucionales de provincias. La mayoría pedirá el retraimiento de los diputados y senadores en las Cámaras; algunos se limitarán á deponer su iniciativa en favor de la libertad de la junta directiva, y otros, los ménos, á reclamar la abstencion absoluta del partido en todas las corporaciones, así políticas como administrativas.»

CRONICA ESTERIOR

ITALIA.—1. La discusion de la ley sobre los *abusos* del clero en el Senado italiano.—ORIENTE.—2. Principales sucesos de la guerra.—3. Actitud de las potencias.

1. Las reclamaciones y protestas que ha suscitado en todos los paises católicos la última alocucion de Su Santidad, han hecho conocer á los revolucionarios italianos la eventualidad de una intervencion más ó ménos próxima de las naciones católicas en favor del Pontífice. Para prevenir este suceso, el Senado italiano ha desechado la ley denominada de los *abusos del clero*, votada por la Cámara popular, y que habia sido una de las principales causas de la Alocucion del Santo Padre. En la sesion del dia 28 de Abril fué rudamente combatido el proyecto en cuestion por el senador Pantaleoni, que lo juzgaba opuesto al principio de la libertad de conciencia y al de la separacion de la Iglesia y el Estado. Otro senador, Ansari, defendió la necesidad de adoptarlo, aduciendo en apoyo de su tesis el siguiente argumento:

«El clero italiano, decia, goza de muchos privilegios. No debemos menospreciar á nuestros enemigos. Desechar este proyecto sería incurrir en un error político de gran trascendencia.»

Como se ha dicho con razon, estas palabras no necesitan comentarios, porque vienen á confirmar más y más la necesidad que tiene el Pontífice de ser libre, quebrantando las cadenas con que la revolucion lo tiene aprisionado.

Despues de animadísimos debates, la ley fué desechada en la sesion de 7 del actual, por 105 votos contra 92. El telégrafo, al trasmitir esta noticia, hacia constar que este resultado habia producido una sensacion inmensa.

2. En la imposibilidad de ofrecer á nuestros lectores un relato verídico y ordenado de los sucesos de Oriente, por faltarnos un hilo con que penetrar en el laberinto de telégramas contradictorios que diariamente se reciben sobre el particular, nos limitaremos á reproducir algunas de las principales noticias que

nos dan el telégrafo y los corresponsales de los periódicos estranjeros, procurando seguir el órden cronológico.

El telégrama oficial dirigido al Ministro de la Guerra de San Petersburgo sobre las operaciones del ejército ruso en Asia, dice lo siguiente:

«Kicheneff, sábado 16, 28 Abril.—Se han recibido las siguientes noticias telegráficas, procedentes de la frontera turca del Cáucaso.

Las tropas del cuerpo de Alexandropol, mandado por el general Luis Melikoff, han hecho un reconocimiento el dia 14-26.

Seis batallones turcos y una batería, que se encontraban en Hadji-Vali, se han replegado sobre Kars.

El 15-27, nuestra infantería llegó á Korouck-Dara, y la caballería á Hadji-Vali.

El 14-26, tres buques acorazados turcos se aproximaron al fuerte de San Nicolás y comenzaron el bombardeo, pero se retiraron en seguida.

El batallon del regimiento de infantería de Alexandropol, que ocupa este canton, ha tenido un alferez muerto y un soldado herido.

El 15-27, al romper el dia, los acorazados turcos se aproximaron á Poti, pero tomaron en seguida el mar sin hacer un solo disparo.»

Es grande la actividad con que se prosiguen las operaciones militares por una y otra parte, tanto en el Asia como en Europa.

En Europa han pasado el Danubio pequeños destacamentos, y en Asia es cosa evidente ya, segun todos los indicios, que los rusos han formalizado el sitio de Kars, empleando sus piezas para bombardear la plaza, á la que han dado dos asaltos, siendo rechazados.

Otra columna rusa de 12.000 hombres, que iba camino de Erzerum, ha sido batida por los turcos.

Aunque el telégrama no nos dice el sitio en que se ha verificado este encuentro, sospechamos que habrá tenido lugar entre Kars y Erzerum, acaso cerca de Olti, donde habia acampado con sus huestes Muktar-pachá, para impedir la marcha de los rusos sobre la capital de Armenia.

Bien se deja conocer que el objetivo principal de los rusos,

por ahora, en la Turquía asiática, es apoderarse de Erzerum, para lo cual, una vez dueños de Bayazid, atacan á Kars, y si consiguen tomar esta plaza harán de Bayazid y de Kars la base de sus operaciones contra Erzerum, y proseguir de esta manera sus conquistas en el Asia Menor. Para realizar este plan nada omiten los rusos, así es que se les ve aumentar á cada paso el continjente de su ejército en aquella comarca. Todos los periódicos extranjeros dan cuenta de que cinco columnas rusas atravesaron las montañas que hay cerca de Akhatlzrik, á fin de unirse al grueso del ejército que opera en los alrededores de Kars.

El comité de la insurreccion búlgara ha publicado un manifiesto excitando á sus compatriotas á la rebelion, y á que reciban á los rusos como libertadores.

El comercio de la ciudad de Moscow ha entregado un millon de rublos para la guerra. Los comerciantes al por menor, 25.000 rublos. En otros pueblos se están haciendo recaudaciones de dinero que voluntariamente ofrecen los habitantes, formando sumas de gran importancia.

Entre Rusia y el Principado de Rumanía se ha celebrado una convencion, que fija de una manera regular la forma en que las tropas rusas han de regirse mientras dure la guerra y tengan que permanecer ocupando al Principado.

Rumanía ha acordado permitir á los rusos el uso de sus caminos de hierro, comunicaciones fluviales, carreteras, postas, telégrafos, y poner á su disposicion todos los recursos del país para su aprovechamiento.

Los despachos oficiales rusos tendrán prioridad sobre los despachos privados, aunque sean de súbditos rumanos.

Los heridos y enfermos del ejército ruso, serán curados en los hospitales organizados y costeados por los rusos, y solo en el caso de que no cupieran en los hospitales rusos, podrán entrar en los hospitales rumanos.

Rumanía se compromete á proporcionar á los rusos barcas y maderas para construir puentes.

Todos los gastos que ocasione la estancia del ejército ruso, se pagarán en metálico en el espacio de dos meses.

Este tratado, que hace ilusoria por completo la neutralidad en Rumanía, fué objeto de un vivo debate en las Cáma-

ras. Combatida rudamente por MM. Blaremberg y Jonesen, fué defendida con calor por M. Cogalniceano, Ministro de Negocios extranjeros, decidido partidario de la causa rusa.

3. El Ministro de Negocios extranjeros de Francia, ha enviado una circular á los representantes de aquella potencia en el extranjero, determinando su actitud en la guerra de Oriente.

Empieza por recordar que Francia, amiga de la paz, ha hecho cuanto estaba en su mano por conjurar los peligros que amenazaban perturbar el sosiego de Europa.

Habla de las Conferencias de Constantinopla, á donde envió sus delegados. Recuerda el protocolo firmado en Lóndres, que debiera merecer el asentimiento de Turquía: pero que, mal aconsejada, rechazó aquel documento, único medio para poder llegar á un acuerdo.

Y por último, manifiesta su resolucion de guardar una actitud enteramente neutral.

Hé aquí el párrafo más importante en que así lo declara.

«Despues de tantos trabajos para impedir este desenlace, no nos queda otro recurso sino expresar nuestra opinion de mantenernos ajenos por completo á las complicaciones que puedan sobrevenir.

»Podeis, pues, decir muy alto que la política de Francia es la de la neutralidad más absoluta, garantizada por la abstencion más escrupulosa. El unánime sentir del país y sus representantes en este punto, el hallarnos lejos del teatro de la lucha, y en fin, la naturaleza de nuestros intereses esenciales, todo contribuye á imponernos semejante conducta, que no modificaremos hasta que llegue el dia en que nuevas circunstancias permitan la accion comun de Europa, para preparar y facilitar que torne la paz.»

LAS EPOPEYAS CRISTIANAS

MILTON

I

Ya jugaban los apetecidos rayos del sol primaveral sobre las pardas neblinas de Lóndres, cuando visité á San Pablo, interior y exteriormente. Fuera, la naturaleza renacia: colábase un blando airecillo—saturado de emanaciones de los jacintos, que á miles florecian en los *squares*—por entre las corintias columnas del pórtico, ayudando á derretir las últimas escarchas en los peldaños de mármol de la gran escalinata; y la mágia de la luz, en ninguna parte más poderosa que en las comarcas septentrionales, alcanzaba á embellecer el edificio, decadente como la época en que se alzó sobre las ruinas de la primitiva Iglesia sajona. Dentro, ya era otra cosa: faltaban el tibio céfiro; la claridad diurna, el rodar de los carruajes, el vaivén de los transeuntes, y aquellas bóvedas yertas, pobladas de funerarios monumentos, oprimian el corazon. En los austeros cenotafios—greco-romanos por lo general—dormia toda una bizarra legion de héroes, marinos inmolados al pié del mástil, guerreros segados en los campos de batalla: cada uno ostentaba su elocuente epitafio: parecia que vagaba entre ellos el génio de la gloria. Más no por eso estaba menos vacío el recinto. Y es que no hay nombre de hombre que baste á llenar un templo, aunque este hombre sea lord Nelson.

Pensaba yo en el efusivo culto católico, en sus catedrales, que tanto hablan á los sentidos, puertas de la inteligencia; en la rica variedad de imágenes, advocaciones y emblemas, entre



los cuales nunca falta uno que responde á la necesidad actual del corazon ó del espíritu, y comparándolas con aquellas desnudas paredes y desiertas aras, el frio del protestantismo visitaba la médula misma de mis huesos. Ante aquel páramo, abandonado por el arte y por la fe, entendí cómo el príncipe de la epopeya inglesa, á pesar de su entusiasmo reformista, solo pudo hallar campo y alientos para su obra, convirtiendo el alma á la Biblia y á los Evangelios, limpia ejecutoria del catolicismo.

Así es que en Milton hay dos sujetos, tan diversos, tan antitéticos, que no acierta el historiador á comprenderlos, ni el crítico á conciliarlos. Por una parte, el hijo de la sombría revolucion inglesa, el secretario del Parlamento y de Cromwell, que pone al servicio de un Sanhedrin y de un déspota con humos de iluminado, sus profundos conocimientos en la elegante lengua de Virgilio; el patriota que con su *Defensa del pueblo inglés* envuelve á todos sus conciudadanos en la responsabilidad de la ejecucion de Cárlos; el polemista sañudo, que corona con la sátira del *Iconoclast*, el lúgubre drama de Whitehall; el sociólogo que aboga con lirismo por el regicidio y el divorcio, el *roundhead* implacable, conjunto de devocion fanática y de disolvente rabia, de ánsias de libertad y de homenajes rendidos á la tiranía militar, la más depresiva de todas; el fundador de una ideología que huella el principio de autoridad en nombre de la inspiracion privada; el místico, que oscila de los puritanos á los presbiterianos, y de los presbiterianos á los independientes; el hombre, en fin, totalmente esclavo de su época, incapaz, á despecho de la más vasta instruccion y del talento más universal, de elevarse á concepciones superiores á las del momento presente. Por otra, el cantor sublime del cristianismo, ciego como Ossian y Homero, como ellos resignado y melancólico; interesante en sus infortunios, probado á porfía por las contrariedades y discordias domésticas, y por la miseria, valerosamente sufrida,—aunque, como á Job, se le agravasen los

reproches de una impaciente compañera, y la codicia de libreros y editores, negándole un pedazo de pan á cambio del *Paraiso perdido;*—el artista y científico, músico exquisito, humanista consumado, laborioso bibliófilo, filólogo insigne, amigo de Grocio y de Galileo, distinguido en sus inclinaciones, y humano y culto como solo lo fueron entonces sus enemigos políticos, los realistas, y franco admirador de las magnificencias de todo género que atesoraban aquella Italia, aquella Roma y aquel Vaticano, objeto del ódio de los puritanos intolerantes y selváticos, tan deseosos de pegar fuego á la que era metrópoli á un tiempo del catolicismo y de la civilizacion.

Este segundo Milton, y no otro, fué el inspirado arquitecto del majestuoso monumento á la teología natural. Hizo el arte oficio de áscua encendida que purificase los lábios del poeta, á fin de que las estrofas más serenas, los más armoniosos acordes que jamás brotó lira alguna, se alzaran inmaculados por cima de la agitacion revolucionaria y de los caliginosos vapores del horrendo fanatismo. ¿Qué mayor milagro? En una época en que los Santos Libros habian dejado de ser manantial de consuelo del creyente, punto de meditacion del pensador, y pasmo y deleite del literato, para trocarse en arma cortadora de múltiples filos, cohonestándose—y es poco cohonestar—canonizándose con sus dislocados textos toda violencia; en que Cromwell mandaba *en nombre del Señor* el fuego á sus ginetes, y estos acuchillaban en Irlanda grupos de mujeres y niños, sin interrumpir el rezo de los salmos; en que todo caballero era un amalecita ó filisteo, y Cárlos I recibia los nombres de Barrabás, y Ocozías, y el Protector y su yerno los de Samuel, Josué y Gedeon; en que cada mozuela se imaginaba una Rebeca, y cada soldado de la república se apellidaba *santo;* en que á media Inglaterra, en suma, se le habia subido á la cabeza la Biblia, y andaba ébria de profetas y evangelistas, mal entendidos y peor aplicados, Milton, con la facultad sintética del génio, se aisla

de todas aquellas profanaciones grotescas y terribles, y busca en las Escrituras lo que realmente hay, la revelacion, el libre albedrío, la responsabilidad moral, la caida, la redencion, el orígen del hombre y del mundo.

II

No tendria objeto el haber recordado aquí las ridiculeces de los Puritanos, flageladas de consuno por el ingenio de Walter Scott y por la historia, si no fuera imprescindible para que se entienda todo el mérito del Paraiso. La elevacion y maestría con que Milton se pone fuera del alcance del contagio, son—teniendo en cuenta cuán cercado se hallaba de aquella fiebre—lo más sorprendente del poema. Obra es en que no cumple desentrañar el influjo del momento histórico, ni aun de las ideas y convicciones del autor, sino, por el contrario, admirar la completa independencia con que se desenvuelve el inmenso drama, sin que entre su apacible y divino concierto se escuche jamás el grito apasionado del disidente político y religioso. Así es que puede afirmarse que ***Paradise lost*** y ***Paradise regained*** componen una epopeya cristiana y católica en su índole, y en su asunto, desarrollo y fin.

Por eso es el poema miltoniano el más objetivo de todos cuantos conozco. Desde luego desaparece en él la personalidad del vate, anonadada ante la inspiracion. Persuadido de que no es él quien habla, comienza pidiendo voces á una musa celestial, la musa del Oreb y del Sinaí, la que se solaza en la colina de Sion ó en el arroyo de Siloe. El hombre enmudece, y se alza la humanidad, relatando su primera flaqueza y su primer dolor, y el Hijo de Dios venciendo el mal para rescatarla. No busqueis á John Milton en su obra: si solo nos quedase de él la bilogia del Paraíso, ignoraríamos totalmente los íntimos sentimientos

de su poeta. Aseméjase allí Milton á los perfectos comediantes, que al entrar en escena reemplazan sus propias amarguras y contentos por los del personaje que representan, con verdad tanta, que no parece sino que las lágrimas fingidas por agenos infortunios son llanto de fuego que el rostro les escalda, y que la risa que sueltan por regocijos de otros, les brota del mismo corazon. Así en el Paraíso, la ficcion poética toca y se mantiene en lo sublime. La narracion no desfallece, como si en vez de nacer de humana pluma, cayera de la cristalina garganta de aquellos arcángeles de luz, guardadores del Eden. Todo es reposado y sonoro, todo se funde como en bien instrumentada sinfonía.

¿Quién, al leer aquellos almos cantos, puros y correctos en la forma, llenos de uncion en el fondo, no los creyera engendrados por un poeta recogido y meditabundo, en la soledad del campo, entretenido en amoroso comercio con la naturaleza, ó en el silencio del gabinete atento solo á la voz interior? Germinó, sin embargo, concepcion tan profunda y alta, cuando el espíritu de Milton, embarcacion frágil al cabo, era sacudido de todas las pasiones, y giraban en su cerebro todas las utopias, y su corazon se henchia con la hiel de todos los desengaños. La noche, helada y lóbrega, envolvia uno de sus ojos, comenzando á velar el otro; sus correligionarios le olvidaban, y buscábanle irritados sus enemigos, al extremo de que fuese preciso esparcir la voz de su muerte, y simular la conduccion de su cadáver al cementerio por medio de un ataud vacío, á fin de burlar las pesquisas de los que tras él andaban, no sin diversion de Cárlos II, que, al saberlo, se holgó con tan ingenioso recurso [1]. Eran sus obras *(Iconoclast* y *Defence of the people)* quemadas en la plaza pública por mano del verdugo; y sus dos hijas mayores,

---

[1] No deja de ser un hecho interesante el de que, al dejar Milton su escondite, debiese á la intercesion de Sir William Davenant con Cárlos II la seguridad y la libertad; siendo así el poeta laureado del rey, el salvador del poeta adicto á Cromwell.

semejantes á las impías Gonerilla y Regana de Shakspeare, no sólo se negaban á guiar sus ciegos pasos, sino que con dureza é ingratitud inconcebible le maltrataban, llegando hasta regalar ó vender los libros favoritos de su padre, Horacio, Homero, Eurípides, sin que se les cayese de vergüenza el rostro cuando, al buscarlos á tientas el poeta para palparlos como se palpan las facciones de un sér querido, suspiraba no hallándolos. Verdad es que al lado de aquellas dos sierpes con figura de hembras, florecia otra Cordelia, la hija menor, la cariñosa Débora, rayo de sol del hogar triste. Ella é Isabel Minshall, tercera esposa de Milton, han sido representadas mil veces por los pintores en la piadosa tarea de leer en voz alta, para consuelo y solaz del ciego, ó de escribir bajo su dictado estancias del Paraíso. Y como si las ondulaciones de la luz, que ya no escitaban la gastada retina del vate, penetrasen y se propagasen en su alma, era generalmente al alborear la claridad del dia cuando Milton, dejado prestamente el lecho, media la habitacion á grandes pasos, y dictaba.

III.

Aparte del mérito extrínseco que toma el Paraíso de haber nacido tan sereno en un espíritu por tantas causas atribulado, sobresale intrínsecamente y aventaja quizás á todas las demás epopeyas, en la creacion de los caractéres sobrenaturales y en el profundo estudio del corazon del hombre.

Cuan difícil sea el dibujar con vigor y majestad figuras más que humanas, se ve harto en Homero, cuyo genio portentoso no alcanzó á medir ni áun una talla mediana para sus divinidades. En Milton, las proporciones son agigantadas y titánicas. Satanás, el ángel rebelde, tiene, en particular, bastante afinidad con el Prometeo de Esquilo. Pero el poeta inglés abre abismos más

hondos todavía que el trágico griego. Es Satanás un tipo inimitable en que se pinta el ideal, por decirlo así, de la perversidad, con su real manifestacion en la vida; perversidad activa, que no acierta á saciarse. Es verdad que conserva unas como ráfagas del eclipsado esplendor, semejantes á la belleza de un palacio que áun se mantiene erguido cuando ya lo devora el incendio; es verdad que es monstruosamente grande al retar á su poderoso contrario; pero tambien lo es que se deja entender lo bajo que ha caido, cuando con astuta maña pierde al hombre inocente, cuya ventura le roe de envidia. En este sentido, Satanás es más lógico que Prometeo, que presume de paternal solicitud por la humanidad, á la vez que provoca con bravatas á los dioses. Prometeo es el error, pero Satanás es el mal por excelencia.

Milton traza con energía los inmensos contornos de esta gran figura, eje sobre que gira la accion y desenlace de la epopeya. El príncipe de las tinieblas gana no poco en magnitud con el fantástico crepúsculo en que Milton le baña. Entrevisto así Satanás, como enorme sombra que oscila sobre el fondo de llamas del infierno, es mil veces más trágico que si el poeta se hubiese empeñado en fijar sus líneas colosales. Las descripciones del arcángel maldito son generalmente vagas y apocalípticas. He aquí cómo le pinta flotando en el lago de fuego [1]:

....

»*Thus satan, talking to his nearest mate,*
»*with head uplift above the wave, and eyes*
»*that sparkling blazed; his other part besides*

---

[1] «Así Satanás, conversando con su más próximo compañero, erguida sobre las »olas la cabeza, relampagueándole y brillándole los ojos, sumergido en el lago el resto »del cuerpo, y tendido cuan largo era, yacia flotando sobre el abismo, inmenso en su »tamaño como aquellos monstruos titanes de la fábula.»

»*prone on the flood, extended long and large,*
»*lay fleating many a rood, in bulk as huge*
»*as whom the fables name of monstruouss size*
»*Titanian*.........................

(Parad. Lost. Book I.)

La imaginacion puede ciertamente soñar esta vigorosa escena, pero el pincel encontraria dificultad en traducirla, y ninguna estátua, áun llegada á colosales dimensiones y extraordinarios movimientos en la actitud, alcanzaría á expresar la amenaza suprema de Satanás columpiándose sobre el ardiente abismo. Milton domina los anchos horizontes: sus cuadros son demasiado vastos para que las artes plásticas, esclavas de la composicion y el diseño, consigan reproducirlos. Solo un genio de titan sale airoso de la empresa de encerrar el Juicio Final en la bóveda de un templo: y realmente el único pintor, el único escultor en quien no pareciera loco intento el inspirarse en Milton, sería Miguel Angel.

Este mágico poder de condensar mundos de ideas y representaciones en una estrecha combinacion de palabras, pertenece por entero á la poesía. Qué paleta hallará matices propios de aquel momento espantoso en que Satan, arrojado del cielo y pisando por vez primera su reino sombrío, recuerda con frenético arranque la luz perdida, y en son de desesperada protesta se dirige á sus negros dominios, y los saluda con bárbaro regocijo [1]:

».............*Farewell, happy fields,*
»*where joy for ever dwells! Hail, horrors; hail,*
»*infernal world! and thou, profoundest hell,*

---

[1] «Bien hallados, campos felices, mansion eterna de alegría; salud, horrores; salve, mundo infernal! Y tú, profundísimo tártaro, recibe á tu nuevo señor, cuyo espíritu no cambia á merced de los tiempos ó de los lugares.»



»receive thy new possessor; one who brings
»a mind not to be changed by place or time.»

. . . .

(PARAD. LOST. BOOK I.)

La diabólica soberbia, áun en el mismo punto de probar el castigo tremendo, se exalta, porque á aquellas regiones condenadas no irá el Dios que vibra el rayo á disputarle la primacía. Satanás divide en su mente el poder soberano: para el Eterno, las luminosas regiones del Empíreo; para él, las informes tinieblas del horrible Pandœmonium; allí reina, entre el dolor y la muerte, pero al cabo reina; y en torno de su trono execrado se juntan dócilmente el hórrido Moloch, cubierto de sangre de niños y de maternales lágrimas, el sensual Tegor, la impura Astarté, el engañoso Belial, todos los vanos ídolos y torpes deidades que, andando el tiempo, serán adoradas por los hombres. En su orgullo inconmensurable, casi parece que tiene en más Satan el nuevo mando que la antigua gerarquía. No se humilla su cabeza al peso de la divina cólera, antes con doblados bríos la levanta, para escupir mejor la ponzoña de su rabia al inaccesible cielo. Vencido, proscrito, pero no domado. Verdaderamente que el arcángel rebelde de Milton responde á la idea expresada por el que le llamó «primer protestante.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Se continuará.)

JEHOVA

ó

EL TETRAGRAMATON DE LOS HEBREOS

VIII

LAS LETRAS EHEVI

Despues de haber pesado y visto con admiracion y reverencia, alguna de las verdades y excelencias divinas que en sí mismo lleva el sacrosanto nombre de Jehova, excelencias y verdades que en él nos señalaron, así los santos padres y doctores católicos, como los maestros de la Sinagoga y de la ciencia rabínica, entremos á considerar, aunque solo sea de paso y por encima, la naturaleza y cualidades intrínsecas de los caractéres que forman el Tetragramaton inefable. Ha de tenerse en cuenta antes de todo, que en la composicion del nombre augusto de Jehova y de sus análogos *Ehye* y *Yah* entran solamente aquellas letras del alfabeto hebráico que los gramáticos llaman *quiescentes*, *mudas* ú *ocultas*, conocidas de los hebraizantes con las palabras *nohim nistarim=pacíficas recónditas*.

Con las propias letras formaron los antiguos el vocablo *ehevi*, á lo cual se refieren las gramáticas hebreas cuando nos enseñan las reglas de las letras *quiescentes*. Ni faltan autores que las dan á conocer con esta frase: «letras del reposo,» ó como ellos dicen en hebreo: *otiot hanuaj*. Claro está qne es letra quiescente=*nah* la que no tiene sonido, ó la que apenas se oye, en contraposicion á las *movibles=na,* que se dejan oir en la pronunciacion.

Pues bien; las letras *Ehevi*, ó Alef, H, vav y Yod, de las cuales se compone el admirable nombre, sirvieron siempre y en todos los tiempos de vocales entre los hebreos, y hasta en los siglos primitivos, en que carecia la lengua santa de los puntos masoréticos, que constituyen hoy las vocales propiamente dichas en los escritos hebráicos [1]. Por eso mismo eran llamadas las misteriosas letras, antes que nacieran dichos puntos, *madres de la lectura;* pero sin perder el carácter especial de *mudas*, *quiescentes*, *letras de reposo*, ó voces que nada expresan sin el auxilio de las consonantes. Y sin embargo, cosa singular; esos mismos caractéres, con excepcion del Alef, se convierten á veces en quiescentes *visibles*, esto es, en letras sensibles al oido por efecto de las vocales que les preceden, como *Bah*, *alay*, y otras semejantes.

De suerte que, juzgando por lo que acabamos de escribir, tan singulares letras son mudas, ocultas y misteriosas por un lado, y nos envian sonidos perceptibles por otro. ¿Y no son, por consiguiente, las más propias para llamar y representar el soberano é inefable Sér escondido é inasequible á los ojos de la carne, y al mismo tiempo perceptibilísimo y manifiesto en las obras y maravillas del universo? Sí: ellas, mudas y elocuentes á la vez, señalan á Aquel de quien el profeta rey dejó escrito: «los cielos cantan la gloria de Dios, y anuncia sus obras el firmamento:» las mismas letras que misteriosamente ocultan al Señor incomprensible y omnipotente, al Padre, á quien ninguno conoció sino el Hijo.

Si alguno sospechare que la idea precedente es pura abs-

---

[1] Los conocedores de la lengua santa saben que los manuscritos hebreos anteriores al siglo décimo se hallan sin los puntos *masora*, cuya formacion no empieza hasta el siglo VII, que es el principio del período *masorético*, como dicen los orientalistas. Añadieron las gentes de Judea los puntos vocales ó la *masora=tradicion*, del verbo caldeo *mesar=trasmitir*, para fijar de una vez la lectura hebrea conforme á reglas y tradiciones antiquísimas, pues así lo reclamaban las frecuentes dispersiones que de los árabes y otras naciones sufrian los infelices hijos de Abraham.



traccion caprichosa y metafísica, engendrada por cualquier peripatético de los siglos medios para emborronar papel y pergaminos, cambiará de opinion en leyendo los testimonios de los doctores católicos y judáicos, cuyas palabras vamos á dejar aqui transcritas. Y á la verdad; la doctrina en que se defiende que las vocales especialmente de la lengua santa, participan de cierta espiritualidad, mientras que las consonantes se acercan más á la materia, no es nueva; la encontramos profesada y creida por las gentes de la antigua sinagoga y por los santos padres de la Iglesia primitiva. Ni dice otra cosa la tradicion veneranda del pueblo de Dios; ni una palabra en contra la ciencia rabínica de todos los tiempos. Por eso es natural y justo que el nombre de Jehova, del Sér espiritual por esencia, esté compuesto de letras vocales, como opinaron los autores que vamos á citar.

IX

El primero ha de ser el sabio y celebrado preceptor del príncipe D. Juan II de Castilla, el eruditísimo Pablo de Búrgos, de quien más arriba hemos hecho mérito. En la cuestion sexta de la obra que ya conocemos con el título de *De nomine divino quæstiones duodecim*, compuesta por el convertido israelita de Búrgos, examina su autor las razones intrínsecas del nombre tetragramático de esta manera: «Muchas y muy varias razones asignan los expositores hebreos al nombre Jehova; y no faltan entre ellos quienes hagan valer las tomadas de la naturaleza íntima de las letras que lo componen, *las cuales en verdad todas son vocales*. Ahora bien, *las letras vocales aparececen más abstraidas y depuradas de materia que las demás*, y por lo mismo son más á propósito para significar la Sustancia Divina infinitamente extraña á todas las condiciones materiales.» En cuya expli-

cacion estamos viendo con toda claridad nuestra tésis acerca de la espiritualidad y aptitud exclusiva de los caractéres santos, Ehvi, escogidos por la divina sabiduría para revelar á los mortales aquel excelentísimo nombre que es admirable en los cielos, en la tierra y hasta en los más profundos abismos.

Poco importa que un entusiasta del idioma hebreo en el siglo XVI haya dicho con atrevimiento y ligereza, que en el nombre de Jehova no existe vocal ninguna; porque el diligente Drusio, á quien pertenece tan singular opinion, por más que, al decir de Bayle, conociese la lengua sagrada á la temprana edad de nueve años y explicase el salterio de David en el propio idioma con asombro de los mismos judíos, no podrá jamás oscurecer la ciencia filológica de San Jerónimo, ni la general autoridad de la tradicion rabínica, cuyos testimonios, á cual mejor, llaman vocales á los caractéres que constituyen el sagrado nombre. Y con mayor razon lo hemos de creer así; puesto que el mismo hebraizante de Leiden, exponiendo su nuevo pensamiento sobre esta materia, cae en manifiesta duda, si no es en manifiesta contradiccion. He aquí cómo. En los célebres *Escolios* á las Doce cuestiones de Pablo de Búrgos, ó de Santa María, anotando aquellas palabras poco há citadas: «las cuales letras, en verdad, todas son vocales,» hace la siguiente observacion: «ó más bien, consonantes: no hay vocal ninguna en este nombre, *aunque San Jerónimo llama vocales al yod y al vav.*» [1]

Corría el año de 858 cuando el tristemente célebre Focio, autor del escandaloso cisma que lleva su nombre, de simple individuo secular, y consintiendo en la deposicion violenta de San Ignacio, verdadero patriarca de Constantinopla, subia á ocupar la silla de tan alta dignidad. Dejando á un lado los afliç-

---

[1] El doctísimo Drach en su *Harmonie*..... tomo I, página 511 (N. 98) asegura que la opinion de Drusio demuestra haber tenido muy superficial conocimiento del lenguaje hebreo.

tivos y negros recuerdos que consigo lleva aquel intruso y ambicioso patriarca, nadie le puede disputar erudicion vasta y profunda, claramente revelada en sus numerosas obras. Pues bien; en la carta 162 de tan gran perturbador y cismático, que va dirigida á Amfiloquio, hace notar que el Tetragramaton de los hebreos está formado de letras todas *quiescentes mudas*, las cuales enumera y señala despues en su conocida paráfrasis al Exodo, capítulo VI, versículo III: dice así: «Este nombre (Jehova) se pronuncia *Aya* entre los judíos y *Yavé* entre los naturales de Samaria. He aquí las letras de que se compone: yod, Alef, vav, He; por cuyos caractéres aparece indicado *El Sinprincipio* y *El Sinfin; Dios.*

La intencion de Focio en el sobredicho pasaje está manifiesta, con solo observar que llama quiescentes y mudos á los caractéres constituyentes del santísimo nombre y al mismo tiempo indícadores del ἄναρχον=*anarjon*=*sin principio* y del ἀτελεύτετον *ateléuteton*=*sin fin*. Y nada obsta que el moderno é incansable Cotelerio, rebuscador y compilador de monumentos y escritores griegos, no acierte á adivinar el pensamiento del intruso y perverso patriarca en el analizar y apellidar *quiescentes* á las letras del Tetragramaton judáico; puesto que la sólida erudicion y grandes conocimientos semíticos que aquel hombre, grande y pequeño á la vez, poseia, suficientemente nos lo aclaran. En el dia nadie duda ya que tuvo intencion de señalarnos la especial actitud de aquellas vocales para significar al autor de la vida que permanece eternamente envuelto en el misterio, y «que al mismo tiempo se muestra visible y manifiesto en sus divinos efectos.»

Los conocedores de la ciencia histórico-rabínica saben muy bien la grande autoridad que entre los suyos goza el célebre Rab-Aben-Ezra; pues es tanta, que los literatos judíos le apellidan el sabio, el grande, el admirable por antonomasia: tanto brilló el celebrado astrónomo, comentador y filósofo de

siglo XII en el templo del saber y de la ciencia hebráica [1]. Pues este mismo Aben-Ezra fué uno de los gramáticos hebreos que mejor y con mayor extension ha expuesto y desarrollado la excelencia de las letras *Ehvi* ó quiescentes mudas. En sus comentarios al Exodo, capítulo VI, nos dejó escritas las siguientes palabras, que tan perfectamente cuadran á nuestro propósito: «Así es que, dice, he hecho ver, y dejo demostrado, que estas cuatro letras son vocales; y por eso precisamente constitutivas de los nombres venerables propios y exclusivos de Dios; es decir, de los nombres *Ehye* y *Jehova*.

El famoso rabino en el susodicho pasage, áun cuando no expresa literalmente la «singular espiritualidad de las cuatro letras sagradas,» nos abre el camino para comprender que á ella se refiere; porque despues de declarar la quiescencia y mutismo elocuente de las vocales hebreas, indica su propiedad en significar al Dios misteriosísimo que, aparte de sus prodigiosas obras, se halla inasequible á nuestra razon en las profundidades de su eternidad.

X

Conviene exponer ahora mejor que despues el pensamiento «explicado por otro de los doctores hebráicos que mayor reputacion logró entre las gentes de la sinagoga.» Sobre todo, ha hecho célebre su nombre la famosa obra que en la literatura de Oriente conocemos con el título de *Cuzari*, *Cozri*, ó mejor dicho, *Sefer hacozri;* esto es: libro de Cuzar. R. Judas Levita, ó Rabbi Judas Hallevi, que es su verdadero nombre, nacido en el año

[1] Citan los bibliófilos como obras principales del rabino *Ezra* el *Reshit-kodmo,* initium sapientiæ: Comentarios al Pentatéuco, al Cantar de los Cantares, y á toda la Biblia; Exposicion del Talmud con muchos estudios y tratados especiales de gramática general. Es bastante conocida la edicion que de sus obras anda impresa en Viena en el año 1526.



1090, parece ser el autor de dicho libro, aunque no faltan indagadores de la ciencia semítica que lo consideren con más ó ménos razon producto de escritores arábigos [1]. Pero lo que más nos importa dejar aquí sentado es, que el docto y habil Hallevi profesa y enseña clarísimamente la doctrina que intentamos declarar en órden á la espiritualidad de las vocales consabidas, y de la propiedad especial que ocultan en sí mismas para significar el nombre de Jehova.

Hé aquí sus palabras terminantes, que para nuestro propósito valen y prueban más que cualquiera otro testimonio. «Escondido y misterioso, escribe, es el nombre de Jehova; pero habla y dice bastante la *dignidad de los caractéres que lo componen*. Porque las letras alef, he, vav, yod (*Ehevi*), son la causa del movimiento y articulacion de todas y cada una de las consonantes. Con efecto; no puede ser articulada ninguna consonante sin ir acompañada de una de aquellas; esto es: del Alef, ó He, para que suene á; vav, para las vocales o, u; y yod, para los sonidos e, i. Estas cuatro mudas ó quiescentes son, como si dijéramos, el *espíritu;* las consonantes, como el *cuerpo* [2].» Despues añade, que el nombre Yah es equivalente al de Jehova, del cual debe formarse Ehye, aunque este último puede nacer de la raíz *jayah=fuit*, *ser* [3].

Aunque no necesiten comentarios las significativas frases que acabamos de transcribir, es necesario confesar á vista de su claridad, que el rabino Hallevi, eco de muy remotas tradiciones, ve y señala en las letras *Ehevi*, ó *quiescentes*, cierto miste-

[1] En el fondo viene á ser el *hacozri* un diálogo animado y de mucha erudicion entre el rey Cuzar y el rabino Isaac Sangur, ó Sangueri, como otros quieren. Su objeto es hacer formal apología del judaismo, á cuyas doctrinas se convierte al fin el contrincante de Rab. Isaac.

Imprimióse este libro en Venecia en los años 1547 y 1594; y traducido al español, le publicó en Amsterdam R. Mendana.

[2] Cuzar de R. Judá Levita: discurso segundo, núm. 80.

[3] Nuevo testimonio que Jehova procede de javah, que, como jayah, significa ser, vivir.



rio y espiritualidad que, siendo vida de la palabra en general y como alma de las consonantes, se hallan con sapientísima razon consagradas á revelarnos en su dignidad el adorable nombre de Jehova. En apoyo de lo cual, ha de considerarse aquella doctrina de los buenos hebraizantes que nos enseña á suponer siempre al lado de las vocales largas *Camets*, *Tseré*, *Jirék*, *magnum*, *Jolem* y *Schurek*, una de las maravillosas *Ehvi* que entran en la formacion del Tetragramaton santo.

¡Cosa admirable y sorprendente, digna de eterna contemplacion! No solamente el hombre, criatura racional, y los seres todos de la naturaleza viven y subsisten por el soplo vivificador de Dios, del Dios de los católicos, vivo y personal, distinto de esos otros dioses caprichosos, llamados *Yo*, *Idea*, *todo*, *puro Fenómeno*, que soñaron Fichte, Hegel, Kant y Krause, sino que hasta el lenguaje humano, la palabra, la concepcion del entendimiento revelada al exterior, no existe, ni puede ser, ni nada dice, si no anda animada de la suprema y necesaria influencia del Criador; si no se halla como fermentada y actuada por aquellas cuatro vocales que forman el nombre, cuya magnificencia es superior á la majestad y gloria de los cielos.

El reconocido autor de las antigüedades y guerras judáicas, que escribia precisamente en los dias en que habia sonado la hora de Dios para el pueblo hebreo, y cuando los soldados de Tito reducian á escombros y cenizas la ciudad deicida, hablando de aquella lámina que el gran sacerdote ostentaba en la frente, nos dejó escrita la siguiente observacion: «los *caractéres sagrados* que llevaba (el gran pontífice) en su corona de oro, eran cuatro vocales.» Claro está que semejante advertencia envuelve la idea que nos viene preocupando; porque no ignoraba tan docto escritor judío que las letras todas del abecedario hebreo eran y son simples consonantes; en eso precisamente estriba la admiracion y el pensamiento que quiere comunicar á sus lectores, señalando las cuatro vocales del nombre santísimo que

adornaba la corona de oro del grande y primer sacerdote entre las gentes hebreas.

Yerra el protestante Grocio por completo al hablar con alguna extension del nombre de Jehova en los comentarios al capítulo XXII de San Mateo. Con grande inexactitud cita en ellos el pasage de Flavio Josefo que acabamos de exponer. Con grande inexactitud decimos, porque el autor israelita, en el libro tercero, capítulo séptimo de sus Antigüedades, en donde, como de paso, trata de la celebrada lámina de oro que el gran sacerdote mostraba en su frente, no trae las palabras que pretende el escritor holandés: simplemente advierte que los caractéres del augusto nombre, grabados en aquella lámina, son sagrados, ó como nota sabiamente el caballero Drach, cuadrados, para distinguirlos de la escritura profana, cuyas letras ú otras muy parecidas, usaban los samaritanos [1]. En el libro V de *Bello judaico*, y no en el tercero de las Antigüedades, es donde Josefo señala y admira las vocales quiescentes del Tetragramaton bendito, corroborando el punto que tratamos de ilustrar.

Dejando por ahora otros muchos testimonios que aseguran y evidencian la significacion maravillosa, oculta y manifiesta al propio tiempo, de los caractéres del santo nombre, no pasaremos en silencio en la presente ocasion las palabras de otro rabino, tambien muy célebre escritor de la Edad Media, venerado entre los hijos de Jacob, y notable comentarista del famoso libro de Cuzar arriba mencionado, *R. Juda Moskato*, apellidado así por los suyos, en el discurso II, núm. 3, fólio 302 y siguientes [2], escribe estas terminantísimas frases: «Procura notar aún otra especial propiedad en las letras alef; he; vav; yod; es á

---

[1] Ningun anticuario medianamente estudioso ignora que los judíos y muchos otros pueblos antiguos usaron y poseyeron las dos clases de escritura comun y extraordinaria. La numismática da razon y cuenta de este hecho, enseñando huellas de entrambos modos de escribir en las medallas y monedas de muy remota antigüedad.

[2] Edicion de Venecia, 1594.



saber: que vienen á resultar quiescentes de dos maneras: 1.° *quiescentes ocultas*, es decir, que no se oye su pronunciacion; y *quiescentes sensibles*, ó que se dejan oir al ser proferidas. Pues así tambien Jehova, Dios Santo, bendito sea, permanece en gloria y eterno reposo; de suerte que, por su inmutabilidad absoluta es tambien *quiescente oculto* en la verdad de su esencia, pero es al mismo tiempo *quiescente sensible*, que se manifiesta al mundo por medio de sus obras.»

No sigamos, pues, aduciendo las pruebas de los demás doctores del rabinismo; porque despues de haber visto que es general y uniforme el sentir de todos ellos en esta materia, hemos leido ya testimonios suficientes que evidencian el acierto sapientísimo y divino con que el mismo Dios, inefable é incomprensible en su esencia á nuestra razon limitada, pero harto perceptible en sus efectos y obras del universo, se denominó á sí mismo con el admirable nombre de las cuatro letras tan escondidas y misteriosas, bajo el velo enigmático del silencio por un lado, como sensibles y manifiestas en la forma y sonido que siempre van comunicando á las consonantes por otro.

XI

El muy docto y celebrado Eusebio de Cesarea, que justamente escribia cuando el emperador Constantino daba paz y libertades á la Iglesia de Dios, en una de las obras que dió á luz tan admirable ingénio, conocida con el nombre de *De Præparatione Evangelica*, nos dejó aquellos célebres versos tomados de cierto poeta griego, que han sido quebrantamiento y mareo de cabeza para los sábios que intentaron buscarles cumplida aplicacion. Pues bien: la clave y solucion de las poéticas frases, para muchos tan enigmáticas y difíciles, aparece con justa sor-

presa de los orientalistas en el análisis y significacion misteriosa de los caractéres componentes del Tetragramaton judáico.

En el libro undécimo, capítulo IV de la indicada y tan recomendable *Preparacion evangélica* de Eusebio, se halla el célebre pasaje sobre que tanto se discutió y pensó en los pasados tiempos. No siendo nada fácil traducirlo literalmente á nuestra hermosa lengua castellana, lo trasladaremos, sin embargo, aunque sea con alguna libertad. «Siete versos dulcísimos me celebran como Dios grande, simplicísimo inmortal, padre eterno de cuanto vive: *Siete letras vocales* forman con admirable alianza mi nombre. Yo soy aquel *heptacordio* [1] imperecedero que conservo en armoniosa consonancia el movimiento de los cielos [2].

El verdadero compromiso y dificultad de los eruditos, y en esencial de los Havercamp y Fuleros, estaba en tropezar con un nombre tan raro y singular, que constando de siete letras vocales, segun el verso griego, apareciese siempre escrito con solas cuatro. Quiénes empezaron á discurrir sobre la manera y forma con que los griegos han figurado el santo nombre de Jehova, y quiénes presentaron y trajeron por los cabellos, como suele decirse, los siete planetas que los sacerdotes egipcios dibujaban, para representar las siete letras vocales de los griegos. Todo lo cual no tiene lugar aqui, y se viene abajo por su propio peso. Porque seguramente, no ignoraba el doctísimo obispo de Cesarea, las diversas maneras de escribir y nombrar el ben-

[1] χελυς, jelus, en griego: Chelys=jelis en latin. Viene á ser instrumento musical de siete cuerdas en forma de tortuga, usado entre los antiguos, y sin duda semejante á nuestras cítaras ó bandurrias.

[2] Así dice la edicion del Haya de 1522, que tenemos á la vista:

«Invictum magnumque Deum nihil molis habentem:
Corpore cunctorum hominum rerumque parentem
Dulcisona extollunt septem me carmina vocum
Ex septemque meum constat vocalibus ipsum,
Compositum, miro signorum fœdere nomen.
Ast æterna Chelis, *ego sum*, quæ mentibus acta
Cœlorum dulci risono modulamine cantus.



dito Tetragramaton entre los griegos, ni mucho menos los usos, conocimientos y tradicion más remota de los egipcios, como lo revelan suficientemente todas y cada una de sus obras, llenas de profunda y vasta erudicion.

Y que en el lugar susodicho de la *Preparacion evangélica*, se trata del santo nombre Jehova, y de las misteriosas letras que lo constituyen, se infiere de la admiracion que al mismo Eusebio embarga al encontrarse con un sábio griego de los tiempos más remotos, que posee conocimiento exacto del nombre inefable, á pesar del misterio que del mismo hicieron siempre los descendientes de Abraham. Verdad es que de todos modos queda en pié la dificultad de las siete vocales extraordinarias, que al decir del poeta helénico, citado por el sábio cronista del gran Constantino, cantan al Dios grande y gobernador eterno de todo el universo. ¿Cuáles pueden ser, pues, esos siete caractéres, heptacordio regulador del concierto y armonías de la naturaleza? El preclaro Drach responde por nosotros, declarando cumplidamente que todas y cada una de las siete letras aparecen en el sagrado apellido Jehova: el nombre tetragramático, dice, tuvo siempre *tres* puntos vocales; y acabamos de demostrar que las *cuatro* letras del mismo nombre son tambien consideradas como vocales [1].

Considerando despacio las anteriores frases del erudito hebreo convertido, permiten dudar si admite ó no los tres puntos vocales en el nombre Jehova, antes de la invencion y existencia de los signos masoréticos, que, segun dejamos apuntado, tuvieron principio á fines del siglo VI, desarrollándose muy poco á poco acá en Europa en las tres centurias siguientes, aunque sin llegar jamás á generalizarse por completo entre los he-

[1] Le nom Jehova a toujours eu *trois* points-voyelles, et il vient de voir que les *quatre* lettres de ce nom sont également considérées comme des voyelles. De l' Harmonie...., vol. premier, pág. 349. París, 1844.



breos [1]. Pero debemos buenamente creer que el insigne Drach, señalándonos el santo nombre del Señor escrito con los *tres puntos vocales* en todo tiempo, se refiere á los correspondientes sonidos, representados por dichos signos ó figuras masoréticas, que acompañan hoy al tetragramaton glorioso. Nuestra apreciacion no es gratuita, sino fundada en las mismas obras de dicho autor, en las cuales defiende con grande erudicion que la masora fué introducida despues de algunos siglos de haber empezado la Edad Media.

XII

SHADAI

Antes de examinar la escritura y pronunciacion del celestial vocablo Jehova, parécenos oportuno recordar otro de los nombres con que las Sagradas Escrituras llaman y denominan á la infinitamente adorable y divina Naturaleza de Dios: es la palabra que los hebreos pronuncian *Shadai:* está compuesta de dos voces, es á saber: el relativo=*she*=*que*, y el sustantivo=*dai*=*abundancia*, *acopio;* de suerte que el término santo *Shadai* significa, tomado en sentido literal, el que tiene copia, suficiencia, abundancia y amplitud. Anda muchas veces acompañado en los libros santos del otro nombre bendito *El* ó *Elohim*, que como dejamos dicho, expresa la idea de fuerte, valeroso, omnipotente. Juntemos ahora ambos apellidos celestiales *Shadai-Elohim*, segun se encuentran en el Antiguo Testamento, y ve-

[1] Los publicistas modernos que han escrito sobre la literatura y lengua hebrea se equivocan grandemente señalando al siglo X como época fija para la generalizacion de los puntos masoréticos, pues sabemos por las obras del célebre Maimónides, rabino cordobés nacido en el año 1139, que en su tiempo se escribia la lengua hebrea sin los signos vocales en general, y con pocas excepciones. Y aun hoy mismo los orientales, dejando á un lado á los naturales de Etiopía, escriben ordinariamente sin hacer uso de la masora.



remos con evidencia que con tan santísimas palabras se nos da á conocer á nuestro Dios y Señor, valeroso y omnipotente, riquísimo, de caudal y suficiencia infinita, tan lleno de bienes, que aunque perpétuamente está dando y haciendo bienaventurados á todos, jamás se cansa, ni se llega á ver el suelo de sus arcas, siempre repletas de tesoros y riqueza sin tasa.

De cuya significacion é interpretaciones son testimonio y garantía los sagrados libros del Viejo Testamento. Veámoslo: cuando quiso Dios hacer como alarde y ostentacion de virtud y de poder á su fiel amigo el patriarca Abraham, se denominó á sí propio con el apelativo *Schadai=El*. Celebradas son y muy repetidas aquellas palabras del capítulo 17, v. 1.º del Génesis, que suenan de esta manera: «Y vió Jehova á Abraham, y le dijo:= *ani-El-Schadai=Ego Dominus omnipotens=Yo soy el Señor Omnipotente, copioso y de gran virtud: anda delante de mi y sé perfecto.*» Como si le dijera: marcha y vive en mi fe y obediencia, que yo te engrandeceré y multiplicaré tus riquezas y descendencia más de lo que tú puedas creer, ni nadie sea capaz de imaginar. Con la bendicion de los dos nombres *Schadai—El*, bendijo y despachó Isaac á su hijo Jacob para el pais de Mesopotamia, diciéndole: =*Schadai—El=El Señor copioso y fuerte* te bendiga, etc. Y fué de tanta eficacia aquella tierna bendicion y despedida en nombre de *Schadai*, que llegó el gran patriarca á ser riquísimo en linaje, hijos y bienes, y fué constituido padre de muchos pueblos y gentes.

Todo lo cual echó bien de ver aquel falso profeta Balaam, quien, al contemplar la vision de *Schadai,* abriendo más los ojos, exclamó: «¡Cuán hermosas son tus tiendas, ó Jacob, y tus habitaciones, ó Israel! Como arroyos están extendidas; como huertos junto al rio; como linaloes plantados por Jehova; como cedros junto á las aguas..... Elevarse há su rey más que Agag, y su reino será ensalzado. Dios lo sacó de Egipto, tiene fuerzas como de unicornio, comerá á las gentes sus enemi-

gas, y desmenuzará sus huesos. Se encorvará para echarse como leon; y como gran leon ¿quién lo despertará? Benditos los que te bendijeron, y malditos los que te maldigan [1]. De cuyos pasajes, y de muchos otros que pudiéramos citar, aparece manifiesto el significado de la sacrosanta palabra *Schadai.*

Veamos ahora qué nos dice la ciencia y tradicion rabínica en órden á las leyes que prohibian entre los hebreos la pronunciacion del inefable nombre Jehova.

José Fernandez Montaña,
Presbítero.

[1] Libro de los Números, cap. 24.

LOS ESTADOS-UNIDOS

Ó SEA

EL MODELO DE LAS REPÚBLICAS

III

Puede considerarse por lo que ligeramente hemos dicho acerca del estado social y rentístico de la república de la Union, lo que será aquel orgulloso modelo de las democracias del mundo en lo referente á su mecanismo político, y á los resortes que en guerra ponen en juego para dar impulso á ese género de gobiernos populares, que con sus arrogantes pretensiones de no tener más norte que la libre voluntad de los ciudadanos, están en realidad fundados sobre la caprichosa tiranía de los partidos políticos, cuya organizacion, desarrollo é influencia, son allí incomparablemente más perfectos y por esto más desastrosos que en ninguna otra parte del globo.

Los partidos en aquella afortunada república, moviéndose bajo la artera y escandalosa direccion de los *politiciens*, tienen su comité local de pueblo ó de barrio en las grandes ciudades, su comité de Estado ó de distrito, á lo que llaman *meeting*, y su asamblea general ó *Convencion*, en que están representados los comités particulares, y en la cual existen los dos poderes deliberativo y ejecutivo, este último encomendado á una presidencia de tres ó más personas. Cada partido presenta sus candidatos, no solamente para los altos cargos de la república, sino tambien para los últimos y más humildes destinos: de suerte que los partidos forman verdaderas repúblicas particulares, nuevos Estados dentro de los Estados de la Union, con la gra-

vísima desventaja de que los espolea constantemente el interés ó la impaciencia por alcanzar el poder, y la actividad que despliegan en las luchas políticas, no sirve sino para aumentar el desórden y la anarquía generales.

Si dijéramos á nuestros lectores, que en medio de esas contiendas de partido, de ese agradable juego de las instituciones, hay un desprecio profundo á la soberana voluntad de los electores, fuente y raíz del poder en los gobiernos democráticos, de seguro su asombro los llevaria hasta los límites de la incredulidad. Mas no teman asombrarse de un fenómeno inverosímil, que pudiera amortiguar sus justas desconfianzas respecto de la democracia: la venalidad de los votos, el escarnio de la libertad humana en este punto, son allí superiores á cuanto conocemos y presenciamos en nuestra vetusta Europa.

Cierto que la ley, allí como en otras partes, castiga severamente á los corruptores y á los que se dejan corromper en la eleccion. Pero así y todo, un candidato en 1861 y en la misma ciudad de Nueva York, no tuvo reparo en publicar una alocucion donde se leian estas palabras: «Sabeis que á pesar de nuestros esfuerzos, y de una *liberalidad sin límites*, no hemos podido obtener sino el tercer lugar en la última lucha.»

Ahora mismo, en la eleccion del presidente Hayes, verificada hace poco más de dos meses, se ha demostrado la corrupcion y la absoluta falta de respeto á la ley que se observa en semejantes operaciones, de las cuales depende nada ménos que la legitimidad de la autoridad soberana. Decia un periódico francés á últimos de Febrero: «Parece que los miembros de la gran comision del voto se pasaron toda una noche raspando nombres en los documentos electorales. Se asegura que el gobernador Wells presidia esta falsificacion, segun lo que ha depuesto uno de los secretarios, mister Littlefield. Otro testigo, llamado Modox, declara haber ido á Washington á vender el voto de la Luisiana por un millon de duros.»

Salvo el precio de los votos, que es muy superior á lo que estamos acostumbrados á ver en este continente de gobiernos constitucionales, ¿no les parece á nuestros lectores que están oyendo un relato de sucesos acaecidos en tiempos no lejanos, y en lugares muy próximos á las puertas de nuestra casa?

Que un lector vote dos, cuatro, ocho y hasta doce veces en pró de su candidato, es cosa harto frecuente en las elecciones; se proveen de falsos documentos que acreditan personalidades distintas, y van de colegio en colegio depositando sus votos con la imperturbable tranquilidad propia de los *yankees*. ¿Qué más? Conócese allí un delicioso procedimiento que se llama *colonizacion*, y que nos permitimos recomendar á nuestros demócratas y parlamentarios europeos. Consiste en trasportar de un Estado ó de un distrito á otro, en el mismo dia, por el camino de hierro, convoyes enteros de electores que van á votar á todas las partes en que las mesas han sido ganadas por su propio partido.

Por donde se ve que, á pesar de lo muy adelantados que en este punto estamos los europeos, nuestra soberanía nacional no ha llegado á ese extremo de perfeccion que los libres americanos pueden presentar como título glorioso á nuestro respeto y á nuestro asombro. Confiemos en que, fieles partidarios de aquel ideal de progreso que en canoros párrafos han ponderado los apóstoles de la democracia europea, lograremos algun dia la incomparable fortuna de podernos codear, sin sonrojarnos, con los hijos de los puritanos ingleses.

Entre tanto, y ya que hemos mencionado la última eleccion presidencial, que ha recaido en favor de Mr. Hayes, copiemos las líneas que á este asunto dedicaba un periódico protestante de Lóndres, *The Standart*, con fecha 21 de Febrero:

«Las noticias de los Estados-Unidos confirman nuestros pronósticos. En el caso de la Luisiana como en el de la Florida, el tribunal de los diez y seis en Washington ha decidido no entrar en los antecedentes de la votacion misma. Se tiene por se-

guro que esta decision dará la victoria á Mr. Hayes (como se la dió en efecto), y así se resuelve la cuestion presidencial; pero se resuelve del peor modo, escandalizando á la mayoría del país, y avergonzando á todo lo que en sí es respetable..... De suerte que la instalacion de Mr. Hayes será una desgracia.

No es un hombre respetable ni escrupuloso, y con dificultad será un buen presidente, pues debe su triunfo al olvido de toda ley, de toda justicia, de toda verdad y de toda decencia, hallándose por lo mismo obligado á proteger á todos los tiranuelos, á todos los políticos desacreditados y venales que en estos diez y seis años, y especialmente en los ocho últimos, bajo el patrocinio del general Grant, han llenado de escándalos la república. De este modo, completando el descrédito y la ruina, y cubriendo de manchas la silla del primer magistrado de la nacion, no se hace otra cosa que comprometer grandemente la paz pública.»

Las palabras del *Standart* son una confirmacion de nuestras apreciaciones. De diez y seis años á esta parte, es decir, desde el triunfo del Norte sobre el Sur, desde el predominio absoluto de las doctrinas revolucionarias, la gran república es piedra de escándalo y madriguera de bandoleros. Es un periódico protestante y liberal el que lo confirma. Recusen su autoridad los demócratas, si les place, pero no hagan tal los demás que de liberales se precian, y alardean de ser respetuosos conservadores de los principios de 1789, en ninguna parte aplicados con más escrupulosidad que en la América del Norte.

Podríamos añadir á los anteriores detalles acerca de la legalidad de las elecciones en aquella república, otros muchos no ménos curiosos y divertidos, por ejemplo, que todos los empleados públicos, movidos del deseo de conservar su puesto, se convierten en activos agentes electorales; que el correo lleva *gratis* á todas partes los periódicos del partido gubernamental, miéntras pone trabas á los de oposicion: pero nada más exacto, más instructivo y más propio para enseñar á todo

el mundo cómo se entiende allí el ejercicio de la soberanía popular, que la escena principal de una comedia intitulada *La escuela de los políticos*, escrita por Mr. Gayarré, de Nueva-Orleans, personaje político de gran respetablidad en su país, que dió al teatro su obra en 1854, cuando no habia llegado la corrupcion al punto en que hoy la vemos.

En esta escena figuran los *politicastros* consumados Lovedale, Ganomon, Turncoat, Trimsail, el Gobernador saliente de la Luisiana, y un neófito de la política, Raudolfo, candidato para el cargo de gobernador, á quien le aleccionan y le imponen las condiciones propias del caso.

Hé aquí la escena:

«Raudolfo. ¿Habeis sondeado al pueblo en lo que toca á mi candidatura?

Lovedale. ¡Será inocente! ¿Qué diablo tiene que ver el pueblo en este asunto? El pueblo no se mezcla en semejantes cosas, si no es para ratificar lo que nosotros, sus directores, decidamos; gracias á nuestra organizacion de partido, nosotros arreglamos las cosas de suerte que nadie pueda rebelarse contra nuestros *ukases*, y que el pueblo acepte por fuerza los candidatos que le elijamos. Le servimos el manjar caliente y echando humo, y no tiene que hacer más que tragarle así.

Raudolfo. ¡Me asombrais!

Lovedale. Para abreviar, voy á deciros lo que teneis que hacer. Por de pronto comprareis el apoyo de una docena de periódicos influyentes en el país, y áun para aseguraros, el de toda la prensa de Nueva-Orleans. Será, sin embargo, preciso que uno de esos periódicos parezca hostil á vuestra candidatura, y ensalce los merecimientos de uno de los rivales, que podeis tener antes de la convencion, pero de modo que se le corte el pescuezo. Esto se llama buena y hábil política. Tambien necesitareis de un periódico independiente, y entónces la operacion será completa.

RAUDOLFO. ¡Comprar la prensa! El gran *palladium* de nuestras libertades!

LOVEDALE. ¡El gran *palladium* de nuestras libertades! ¡Oh inocencia primitiva!

RAUDOLFO. ¡Pero comprar la prensa debe ser una cosa carísima!

GANOMON. Bastan unos seis mil dollars, y bien podeis gastarlos sin sacrificio.

LOVEDALE. Dice bien M. Ganomon. Con una ligera remuneracion, esos periódicos dirán que sois el hombre más perfecto de la tierra, y demostrarán que el pueblo os pide para gobernador á voz en cuello. Despues de esto, habrá que trabajar en las asambleas preparatorias. En todas las parroquias rurales hay dos ó tres que lo mangonean todo, y pueden hacer que se nombren los delegados que les plazca. Al conquistar esos hombres adquirimos la influencia del país, y estad seguros de que conocemos los medios adecuados para conseguirlo. Por lo que toca á Nueva-Orleans, es la cosa más fácil del mundo: cuestion de dollars sencillamente.

RAUDOLFO. ¿En eso estamos? ¿Es posible que hombres libres se vendan como ganado en feria? ¡Bueno! ¿Y qué podrá costar eso?

TRIMIAIL. Para los arreglos preliminares y tener delegados propios en los distritos de la ciudad, hay que contar con unos cinco mil dollars.

LOVEDALE. Una vez admitido por la asamblea preparatoria, lo demás es fácil. Todo lo que teneis que hacer es entregar diez mil dollars al comité central, que comprará ó fabricará para vos, si no existen, cuatro mil votos por Nueva-Orleans. Esto basta para asegurar nuestra eleccion.

RAUDOLFO. ¿Y nada más?

TURNCOART. Nada más. Se desparraman luego tres ó cuatro mil dollars para los agentes y para adquirir los votos que puedan ser comprados en las diferentes parroquias rurales.....

EL GOBERNADOR. En números redondos, puede decirse que los gastos totales ascenderán á veinticinco mil dollars.

RAUDOLFO. Si tal es el estado de los negocios, un hombre pobre tiene bien pocas ventajas políticas.

LOVEDALE. Perdonad; las tiene, pero de otro género. Si fuéseis pobre, yo os hubiese dicho: demostrad vuestro talento, adquirid deudas y fingid algun vicio para que la envidia os perdone el talento. Cada uno de los méritos que podais tener, debe contrabalancearse con alguna imperfeccion notable. Con tal que el pueblo pueda decir: ¡qué inteligencia tiene ese tunante! ¡qué desgracia que sea un vagabundo! estad seguro de que todos votarán en favor vuestro: pero si sois un candidato excepcional, estais perdido. Dad un apreton de manos á cualquiera que encontreis en la calle: cuanto más sucio sea, mejor; vestíos con descuido, mostrad grosería, jurad mucho y fuerte, golpead afectuosamente la espalda de todo el mundo, emborrachaos una vez á la semana en una taberna conocida, entrad en una de esas asociaciones que se forman diariamente en Nueva-Orleans, declamad contra los tiranos, los aristócratas y los ricos, pero sobre todo, hablad eternamente del pobre pueblo oprimido y de sus derechos, y podeis contar con una eleccion victoriosa, y más si.....

RAUDOLFO. ¿Vacilais? ¿Y más si..... yo prometiese ser dócil instrumento de los jefes?

GANOMON. Exactamente.

TRIMIAIL. Juguemos con nobleza. La ciencia política consiste ahora en comprar ó ser comprado, en servir de instrumento á otros, ó hacer de los otros instrumentos.

RAUDOLFO. ¿Teneis más instrucciones que darme?

LOVEDALE. Sí. Cuando la convencion os elija, y hayais puesto todos los recursos necesarios en manos del comité, viajareis tranquilamente por el Estado, y de vez en cuando pronunciareis un discursito. Esto es conveniente para el efecto teatral; el verdadero trabajo se hará detrás de la cortina.

Raudolfo. Pero, caballeros, preveo más dificultades de las que os figurais. Háblase de Cramford como candidato para el gobierno, y nadie tiene la centésima parte de sus derechos. A mi juicio, tiene tanto talento como el mejor hombre de Estado de la República, y no podrá ménos de ser elegido.

El Gobernador. Cramford está fuera de lugar y de tiempo: carece de formalidad y de buen sentido.

Lovedale. Y además, no nos conviene, no es amigo nuestro, y es fácil echarlo á un lado. Con algunos agentes hábiles esparcidos por la ciudad y otros por el campo, lograremos nuestro objeto cómodamente. Cada vez que se pronuncie el nombre de Cramford, nuestros agentes fingirán ser sus mejores amigos, y dirán que es la perfeccion misma; pero con un gesto de desaliento profundo exclamarán: «¡Qué desgracia que sea tan impopular! La opinion pública está contra él, y no hay modo de resistir esa impetuosa corriente.»

Raudolfo. Bien, pero yo he viajado recientemente por el Estado, y sé que el país le quiere.

Turncoat. Olvidais que nuestros agentes harán correr la voz de que la ciudad le es hostil: lo dirán con fingida pena, y esta hábil maniobra será bastante para que el país le abandone.

El Gobernador. Además, mi querido Raudolfo, es muy fácil convencer separadamente á cada parroquia. Enviamos nuestros agentes á Attakapas y á Opelousas, por ejemplo:—¿Por quién votais? preguntarán al pueblo.—Por Cramford.—Tambien nosotros, responderán, y toda Nueva-Orleans es de nuestra opinion, pero desgraciadamente todo será inútil, ¡es un hombre tan impopular!—¡Lástima! exclama el pueblo, nosotros le habíamos designado, pero naturalmente tendremos que abandonarle para no romper la unanimidad del partido.—Naturalmente, continuan los agentes con las lágrimas en los ojos, es muy triste, pero no hay otro remedio.—Y ¿á quién elegiremos en su

lugar?—A Raudolfo.—Nunca le hemos oido nombrar.—¡Cómo! al hombre más popular del Estado!—No es de nuestra eleccion; pero si todo el mundo le desea, le daremos nuestra preferencia.—Os aseguramos que es el candidato que reune más probabilidades de triunfo, responden los agentes. Y con esto queda arreglado el asunto.

LOVEDALE. Se representa la misma escena en los demás distritos del Estado, y el hombre que todo el mundo deseaba, queda hundido para toda su vida.

RAUDOLFO. Pero nos preguntarán la causa de su impopularidad.

GANOMON. Amigo mio, un *politicien* no da jamás razones particulares al pueblo. Cramford es impopular, porque es impopular: el hecho es inexplicable, pero..... Cramford es impopular! Podrá tal vez añadirse que es altivo, que no es del pueblo, que es aristócrata..... Esto da resultados, estad seguro, y nuestro hombre se va al fondo para siempre.

EL GOBERNADOR. ¿Qué tal, Raudolfo? ¿Teneis algo que objetar ahora?

RAUDOLFO. Señores, al oiros comprendo que, aunque nuestro gobierno sea constitucional en apariencia y democrático en el papel, no es en realidad más que una oligarquía.

EL GOBERNADOR. La culpa no es nuestra.

RAUDOLFO. Sea de quien quiera. Si me eligen gobernador, deberé el cargo á esa oligarquía y no al pueblo; luego ¿qué es lo que la oligarquía exigirá de mí?

LOVEDALE. ¡Oiga! Apoyo mútuo. ¡Vos la ayudareis, y ella os ayudará!

RAUDOLFO. Pero pueden exigirme cosas contrarias á mi juramento y á lo que yo creeria deber al pueblo.

LOVEDALE. ¡Que el diablo se lleve al pueblo! ¿Quién piensa en el pueblo? Nosotros hablamos aquí como amigos, en confianza, como hombres prácticos, como hombres po-

líticos. Sospéchome que nuestro amigo no quiere comprendernos [1].

Añadir una sola palabra á este cuadro perfectísimo de las costumbres políticas de los Estados-Unidos, sería desvirtuar el mérito y la exactitud de la pintura. Baste decir que la obra de donde la escena está tomada, representóse en la misma ciudad de Nueva-Yorck, con éxito completo, cuando la corrupcion política no habia sido refinada por la habilidad incomparable del radicalismo.

Si de las elecciones pasáramos á considerar el modo de prepararse y aprobarse ciertas leyes importantes, veríamos la falta absoluta de intervencion que el pueblo, el pueblo soberano, tiene en tales operaciones, y cómo el secreto, la confabulacion, la intriga y los intereses puramente personales ó de camarilla, sustituyen á los grandes y ponderados principios de publicidad, de independencia y de patriotismo con que suelen llenarse la boca los declamadores impenitentes de la democracia. Pero de semejantes cosas nada nuevo diríamos que más ó menos profundamente no fuese conocido de nuestros lectores, habituados á seguir con atencion la marcha regular de algunos gobiernos de Europa.

Todo cuanto ellos saben acerca de este y otros puntos, pueden aplicarlo á la república de los Estados-Unidos, y con esto basta para que sepan lo que allí acontece.

¿De manera, se nos dirá, que en resolucion aquel es un país gangrenado y podrido hasta el extremo de que no sea lícito siquiera acariciar esperanzas de su salud?

Aún no hemos dicho todo lo repugnante de las llagas que consumen la existencia de aquella sociedad recien formada. Para esto sería necesario penetrar en el fondo de las causas del

---

[1] M. de Sastige, *Las Costumbres electorales en los Estados-Unidos*, citado por Mr. Janet en su obra ya mencionada.



desarrollo extraordinario que allí tienen las más espantosas aberraciones del entendimiento humano. ¿Ignora alguien la rapidez y el entusiasmo con que en la república de la union se propagó la lepra del espiritismo? ¿No es de todo el mundo sabido lo que en poco tiempo creció y se estendió el mormonismo, secta en que parece competir la infamia con la monstruosidad? ¿No asombra la maravillosa multiplicacion de sectas nuevas, disgregadas del caduco protestantismo, todas las cuales contribuyen poderosamente al crecimiento de las escuelas racionalistas y escépticas, engendradoras de la inmoralidad sistemática y del crímen ilustrado? Alli episcopales, congregacionalistas, presbiterianos, metodistas, baptistas, tembladores y otro infinito número de sectarios, no sirven hoy más que de maestros del indiferentismo, y de auxiliares directos ó indirectos de la masonería secreta, fuerza colosal desarrollada de un modo increible en la gran república, á pesar de la libertad de asociacion. Más de 6000 logias hay establecidas en cada Estado al rededor de una logia matriz, sin contar los ritos especiales; y de estas misteriosas y á veces terribles asociaciones, salen doctrinas disolventes del Estado, de la familia y de la Religion, que los políticos se encargan de aplicar á las leyes y de introducir en las costumbres.

Y hé aquí una de las dos grandes fuerzas que se disputan con rigor el imperio de la sociedad norte-americana. La otra fuerza, como habrán adivinado nuestros lectores, es el catolicismo. La masonería y el catolicismo, uno en frente de otro, son los dos enemigos irreconciliables que sostienen en los Estados-Unidos una lucha á muerte, de cuyo resultado depende el porvenir de aquella sociedad desventurada.

Desde el año 1852 en que, segun parece, Kossut, el agitador húngaro, hizo un viaje á los Estados-Unidos para reorganizar la masonería, esta fuerza demoledora ha estendido sus misteriosas corrientes por todas partes, fijando su atencion de una

manera particularísima en la enseñanza, de donde ha querido arrancar, y no sin fortuna, todo concepto religioso que pudiera recordar á los niños y jóvenes la existencia de la otra vida y el nombre de Jesucristo. Merced al influjo masónico, se han establecido gran número de escuelas en que no solamente se prohibe la enseñanza de todo principio religioso, sino se ven confundidos los niños de ambos sexos, estableciéndose bajo la direccion de los mismos maestros, relaciones entre uno y otro, que engendran la corrupcion más infame que hubiera podido imaginar el infierno.

Conquistada á fuerza de perseverancia y abnegacion la libertad de la Iglesia católica en aquel país, claro está que habia de fijar sus ojos con aquella altísima sabiduría que de Dios recibe, en los males de la sociedad norte-americana, y muy singularmente en los trabajos de la masonería respecto de la enseñanza.

Y así es que el catolicismo, hácia el cual converjen y en el cual hallan el reposo de sus nobles sentimientos todos los protestantes de buena fe, que miran con horror los progresos de la incredulidad, ha sembrado de escuelas y establecimientos de enseñanza el territorio de la inmensa república, y con la palabra, y con la pluma, y con la caridad, y con el sacrificio, y con el esplendor, en fin, de todas las virtudes, y del copioso saber que son el hermoso ornamento de los celosísimos obreros de la fe católica, han conseguido propagarla así en las más altas como en las más humildes clases sociales, con una rapidez que asombra á los adversarios, y regocija y enorgullece á los fieles hijos de nuestra Madre la Iglesia. No es de maravillar, por tanto, que sean hoy los católicos más numerosos que los prosélitos de cualquiera secta de las que gozan de existencia legal en aquellos Estados, ni que la masonería, redoblando sus esfuerzos contra los esfuerzos crecientes de la Iglesia, haya abierto una campaña ruda, colosal, á muerte, de cuyo éxito depende el porvenir de la república norte-americana.

El catolicismo y la masonería; la Iglesia de Cristo y la iglesia de Satanás: hé aquí los dos poderosos contendientes que allí, más que en ninguna otra parte, se disputan el imperio de las conciencias. Si la Iglesia de Cristo vence en la lucha, como esperamos en Dios, las particulares condiciones de actividad, de intrepidez y de inteligencia, que son características en los norte-americanos, harán de aquella república un Estado floreciente y duradero, cuya irresistible influencia modificará radicalmente la situacion del Nuevo-Mundo: pero si en los inescrutables designios de Dios está decretado que se permita el triunfo á la masonería, la vida de los Estados-Unidos apenas será más larga que el siglo en que vivimos.

La disgregacion, que ya se indica, llevaráse rápidamente á cabo, y el coloso de hoy se derrumbará con estrépito hecho partecillas insignificantes, que aventará el soplo tempestuoso de la anarquía.

VALENTIN GOMEZ.

FERNAN CABALLERO

Fernan Caballero, el eminente novelista español, ha muerto: la literatura nacional está de luto; pero ¿qué significa este triste suceso á los ojos del mundo que se agita en torno nuestro? En cambio llama gravemente la atencion que el toro Lagartijo haya maltratado al torero Frascuelo: y los nobles, los banqueros, los altos funcionarios, los políticos, los periodistas, los ganaderos y el cultísimo pueblo todo de la villa y córte, deben glorificar la tauromaquia en la persona de su actual famoso representante el diestro herido. ¿No estan, pues, perfectamente justificados aquella diferencia y aquel olvido? Sería á la verdad un contrasentido que la culta sociedad moderna se *preocupase* de un literato, novelista por más señas, católico por añadidura, y que ha tenido el atrevimiento, por último, en su preciosísima *Gaviota*, de criticar duramente las corridas de toros, y hasta..... (¡oh escándalo!) los toreros majetones y desalmados como Pepe Vera. ¿Tenemos algo que ver nosotros con semejante novelista? . .

. . . .

Todos saben que Fernan Caballero era el pseudónimo ó mote de guerra, usado en las literarias lides por Doña Cecilia Bohl de Faber, de orígen aleman, pero andaluza por carácter y nacimiento. «Su padre, comerciante de Hamburgo, hombre de in»genio ameno, vino á España hace muchos años, y fué en Cádiz »cónsul de su ciudad natal. Allí tuvo de su última esposa á »nuestra célebre novelista, que muy jóven todavía, casó con el »Marqués de Arco Hermoso, y luego con D. Antonio Arron, cónsul de España en Australia [1].» Viuda por segunda vez, aminoraba sus penas escribiendo y ofreciendo partos al mundo, que

---

[1] Varios periódicos de Madrid.

como diria Cervantes, le han colmado de maravilla y contento. La *gloriosa* setembrina de 1868 contristó su ánimo hasta ahogar la voz en su garganta. «Desde la terrible algazara de impie»dades (le escribia en 6 de febrero de 1874 al director de *La »Civilizacion* D. José María Carulla), groseros insultos, burlas »indecentes á todo lo más respetable que se ha levantado, me »asusté, encogí y me retiré á un rincon, sin ánimo para nada, »sino para sentir. Así es que mi tintero se ha secado y mis plu»mas se han enmohecido; no he podido ni concluir una noveli»ta ó cuadro de costumbres que tenia empezado, para mandarlo »á una persona á la que se lo habia prometido.» En los últimos años de su vida estaba ocupada constantemente en ejercicios de piedad. Cuando ya no tenia vista para otras labores, hacia media para socorrer á los pobres. Rodeada frecuentemente de un escogido círculo de amigas, compartia con ellas sus oraciones y lecturas. El que esto escribe, conserva en su poder, con respetuoso aprecio, algunos autógrafos del escritor ilustre. Hablando de la enfermedad que por entonces le aquejaba, me escribia en 24 de Febrero de 1874: *Si esta repeticion de calenturas fuese un mensajero de la muerte, las recibiria con el placer que se reciben las golondrinas; pero no lo son (al menos inmediato), y sí creo que mi estado es el del gusano en su capullo, ni muerto ni vivo, hasta que la mariposa tome su vuelo hácia el cielo. Nada puedo hacer, ni salir, ni andar, ni escribir; pero, por fortuna, puedo leer.* Su presentimiento no era infundado: la bella mariposa de su alma suspiraba ya por más floridas regiones. Habiéndose agravado su estado, recibió fervorosamente los últimos Sacramentos; lavó su conciencia en las cristalinas penitenciales aguas; hizo los preparativos para emprender el último pavoroso viaje, recibiendo el Santo Viático y la Extrema-Uncion; y el dia 7 de abril, en Sevilla, á los 80 años de edad, murió en el Señor. ¡Dios recompense en las celestiales mansiones el mucho bien que durante tan larga vida ha hecho!

No teniendo en mi poder la coleccion completa de sus obras, difícil será indicar los títulos de todas ellas. Las principales son las siguientes: *La Gaviota, Clemencia*, *La familia de Alvareda*, *Elia ó la España treinta años ha, El último consuelo*, *La noche de Navidad, Callar en vida y perdonar en muerte*, *Justa y Rufina*, *Más largo es el tiempo que la fortuna, No transige la conciencia, La flor de las ruinas*, *El ex-voto*, *Los dos amigos*, *La hija del Sol*, *La estrella de Vandalia*, *Vulgaridad y Nobleza*, *Simon Verde, Más honor que honores*, *Lúcas García*, *Obrar bien..... que Dios es Dios*, *El dolor es una agonía sin muerte*, *Cuentos y poesías populares andaluzas*, *Una en otra*, *Un servilon y un liberalito*, *Con mal ó con bien á los tuyos té ten*, *¡Pobre Dolores! La Farisea*, *Las dos gracias*, *Deudas pagadas*, *Dicha y suerte*, *Promesa de un soldado á la Virgen del Cármen*, *El Eddistone*, *Una escursion á Waterlóo*, *Aquisgran*, *Episodio de un viaje á Carmona*, *El vendedor de tagarninas*, *Una madre, Un naufragio*, *Una visita al convento de Santa Inés de Sevilla*, *La Catedral de Sevilla en una tarde de Carnaval, Un verano en Bornos, Cosa cumplida...., solo en la otra vida, Lady Virginia*, y *Un estudio sobre la mitología griega y romana*. De todas estas novelas y cuadros de costumbres, relaciones, cuentos, artículos y poesías, se han hecho numerosas ediciones, y la mayor parte se han traducido á casi todas las lenguas de Europa. Con razon aseguraba uno de nuestros más distinguidos literatos, cuando apareció *La Gaviota*, que «era esta novela el primer albor de un »hermoso dia, el primer floron de la gloriosa corona poética »que ceñiria las sienes de un Walter Scott español.» Cumplióse el vaticinio: la corona poética de nuestro gran novelista enriquecida queda con mil y mil florones, que nadie será osado arrebatar á las sienes de Fernan Caballero.

. . . .

En tan solemnes honras fúnebres quisiera yo, agradecido, hacer su elogio; pero ¡ay! que en vano busco colores brillan-

tes en mi paleta, ni inspiracion á mi pincel. Con flores agenas tejeré, pues, una corona que el último de sus admiradores tendrá el honor de deponer ante su sepulcro. Me consta que no pretendió puesto alguno en el templo de la Fama; escribia *como canta el pájaro, sin cuidarse de ser oido;* y me dijo en una de sus cartas: *Solo dos aprobaciones tiene el escritor que anhelar: la de su conciencia y la de las gentes virtuosas y honradas. Estas ni mueven ruido ni tejen coronas, pero procuran al escritor la más dulce de las ventajas, la de no tener nunca que arrepentirse ni sonrojarse de lo que ha escrito.*

Esto, no obstante, Cecilia Bohl, educada por su padre con esquisito esmero, adornada estaba de condiciones para hacer famoso su nombre, como, sin ella quererlo, ha sucedido. Conocia profundamente el latin y hablaba con facilidad admirable el italiano, el francés, y el aleman. Su erudicion era inmensa: difícilmente se encontrará otro autor moderno en el que abunden tanto las citas y pensamientos de otros escritores. Le era familiar, no solamente la literatura patria, sino la europea. Conocia el Evangelio á fondo, y este era el manantial purísimo é inagotable de sus lucubraciones filosóficas. Con paciencia sin igual, estudió minuciosamente las costumbres andaluzas, y á este género modesto, pero nada fácil, pertenecen la mayor parte de sus novelas, cuadros y relaciones.

Imposible es, en un solo artículo, apuntar siquiera los argumentos de sus principales obras. Me reduciré, por lo tanto, á defenderle y elogiarle.

Católico entusiasta, Fernan Caballero tuvo siempre, ante todo y sobre todo, su pluma al servicio de la Iglesia nuestra Madre. Este es para nosotros gloriosísimo timbre; es, para los revolucionarios, inclusos los que reconocen su literario mérito, lunar que todo lo afea y desvirtua. Despues de tributarle merecidos elogios, añadia *El Imparcial:* «Pero..... no ha pintado siempre »con fidelidad, porque ha pintado para propagar y combatir.....

»Menospreciaba la España de nuestros tiempos, y no veia fuera »de lo antiguo más que vanidad, y miseria y corrupcion. Como »dice de ella un escritor italiano, no perdonaba nada de cuanto »se habia hecho en el mundo desde los tiempos de la Inquisicion. »Y era, en cuanto á esto, más inexorable que el *Syllabus.*» Años hace que ciertos literatos dieron en llamar á Fernan Caballero y á los de su escuela, *falsificadores* de costumbres. No falta tampoco quien los acusó de «haber hecho de España una Arcadia »á lo devoto, que la civilizacion extraña no podrá sino corrom- »per ó viciar,» añadiendo: ***Es imponderable la fuerza que saca de estos extravíos el partido absolutista.*** No me constan las opiniones políticas de Fernan Caballero; pero todos saben que vivia en el Alcazar de Sevilla, y que ha estado siempre en cordialísimas relaciones con la rama reinante, que acaba de tributarle en su entierro honrosísima prueba de merecido afecto. Al cargo de falsificador contesté tiempo há en un librejo mio [1] diciendo: «Al autor de La Gaviota le enamora y fascina lo bueno, como á la generalidad de los hombres nos fascina, atrae y subyuga lo malo. Y tan grande es su amor al bien, que se desoja por encontrarlo en la sociedad, lo sublima despues hasta las nubes, lo poetiza y encarece con tanta maestría, con calor tanto, que el que lee sus obras no puede menos de amarle como Fernan le ama. Esta es su pasion favorita, y *sin embargo*, tributa tambien el debido culto á la verdad y á la belleza. Su sentimiento y gusto estético son altamente delicados, y su pincel, en vez de inventar, casi siempre *copia.* El manantial inagotable de sus inspiraciones es el pueblo español (el andaluz con preferencia), tan fielmente reproducido en sus obras, que no hay más remedio que no leerlas ó encontrarse con caractéres, con tipos tratados hasta familiarmente en el mundo real. ¿Quién no recuerda, por

---

[1] «Costumbres populares de la Sierra de Albarracin,» un tomo en 8.° de 426 págs. Tercera edicion, Barcelona, 1876.

ejemplo, en la anciana tia María de *La Gaviota*, en el cándido fray Gabriel, en el rudo pescador, en Momo, en su padre Manuel Alerza, en D. Modesto Guerrero, etc., quien no recuerda personas á las que ha conocido y con quienes tal vez vive en la misma aldea ó bajo el mismo techo? Por mi parte aseguro al incrédulo que cerciorarse quiera de esta verdad, que sin salir del pueblo en que escribo (y eso que por pertenecer á Aragon tiene que diferenciarse de las aldeas andaluzas), puede conversar, si gusta, con media docena de ancianas como la tia María, con Momos albarracinenses y Pedros Santaló *labradores*, no marineros, que en Vallehermoso no se conocen más aguas que las de sus fuentes y las de su rio Blanco, Guadalaviar en árabe.

Respecto á si Fernan *inventa* sus coplas, cuentos y relaciones, bastará con que generosamente regale á sus Aristarcos lo siguiente. Conocidos son en toda esta Serranía (la de Albarracin) *Los Mayos*, especie de romance en el que el galan poéticamente describe las facciones de su amada. La tradicion se ha encargado de conservarle. Persuadido de que yo era el primero que recogia esta perla preciosa de la poesía popular, llamé al único mozo que recuerda por completo el largo romance, lo recitó, y con fruicion lo copié en mi prontuario. Más adelante, leyendo la ingeniosa relacion de Fernan Caballero: *Callar en vida y perdonar en muerte,* topé en la pág. 22 con *El Retrato*, que, con ligerísimas diferencias, no es ni más ni ménos que *Los Mayos* de mi país. Entónces lo sentí, soy franco: ahora celebro poder utilizar el hecho en pró de la nunca desmentida *veracidad* de Fernan.

Se ha acusado tambien á nuestro novelista insigne de «desplegar en sus producciones una *sensiblería* empalagosa y simplona, que jamás (dicen los Zoilos) ha sido prenda ni rasgo del carácter español, que se pretende retratar.» En 24 de Mayo de 1871 me escribia Fernan Caballero á este propósito: *Me es completamente indiferente la crítica que se hace de mis escritos*,

y más que la crítica me fatiga y apura el elogio. Si la crítica es meramente literaria la creo muy merecida, porque en ese sentido no tengo ningun género de pretensiones: siendo justa la crítica, de ninguna manera me incomoda. En cuanto á principios ó ideas, como estoy en lo firme, tampoco me incomodan los tiros de la impiedad embozada ó desembozada, antes bien me honran. Uno de los más distinguidos sabios de Alemania, ha dicho en un artículo sobre mis escritos: «Fernan Caballero nos ha hecho amar á la España.» *Y aquí hay quien dice, ridiculizándolos, que hago sentimental al pueblo español, que no lo es. Recuerdo, con tal motivo, estas líneas de mi relacion:* «Más largo es el tiempo que la fortuna.» *Dicen: «el tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres, comunes en España, que tienen una impasibilidad completa; que ni altera el temor, ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan.» Me parece que no se puede expresar mejor la falta de sensiblería. Ahora, si al apasionado cariño de las madres á sus hijos, al profundo amor de los amantes, se les da ese nombre, entónces, como dice V. muy bien, no ha estudiado el que lo dice al pueblo español más que en la corrompida hez de una capital.* Por ser auténtica, me parece esta la mejor y más oportuna refutacion.

Censúranle además, faltas de estilo, incorreccion de lenguaje, desaliño en alguna de sus obras y digresiones interminables. Contesta á estos cargos el académico D. Joaquin Francisco Pacheco, y dice: «¿Qué importa que peque contra el Diccio»nario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de »la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? »¿Por ventura puede escapar él al contagio que más ó ménos »nos ha alcanzado á todos, ó se han de libertar su diccion y su »lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de «nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos;

»si describen con admirable exactitud; si expresan los afectos »con poética sencillez; si son á veces sublimes, por esa simpli- »cidad misma, ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar »ó una leve mancha en esa corriente de naturales y ordinarias »perfecciones? Fernan Caballero no tiene, de seguro, presuncio- »nes académicas; y eso, no obstante, no sé yo si hay en la Aca- »demia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, orde- »nar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la »cuenta, ni con la gracia que él la escribe.» Por otra parte, su estilo, académicamente, podrá ser más ó ménos susceptible de crítica; pero es tan propio, tan exclusivamente suyo, que desafío al más consumado retórico á que lo falsifique y lo haga circular despues como moneda de buena ley. Familiarizada con el lenguaje del pueblo, naturalmente incorrecto, pudo resentirse alguna vez el suyo de este defecto; pero seguramente ganó en verdad lo que perdiera en correccion. Por último, sus digresiones, nunca pesadas, son con frecuencia lo más importante del libro.

Orillados estos reparos de la severa crítica, ¿cómo enumerar las prendas relevantes de sus escritos? Bondad suma, verdad escrupulosa, escogida belleza, poesía delicada, sencillez admirable, originalidad difícil, interés siempre en aumento, nudos simplicísimos, rara vez intrincados, inesperados desenlaces, acciones moralizadoras y morales, tipos deliciosos, gracejo andaluz del mejor gusto, personajes simpáticos, almas de Dios, diálogos inimitables, descripciones fotográficas, españolismo neto y religiosidad santa, son los elementos que el incomparable Fernan Caballero ha sabido combinar de la manera más ingeniosa y artística, para legarlos á la posteridad en forma de libros. ¿Creeis que exagero? Oid, pues, lo que el gran poeta Duque de Rivas decia de una de las más modestas obras de Fernan, y aplicadlo despues á sus producciones todas. «Es *La Fa- »milia de Alvareda* una sabrosa novela, escrita sin pretension »pedantesca, en que se pone de bulto una accion verdadera,

»sencillísima, coordinada con sumo gusto y con grande acier»to, y en que es tan buena la parte narrativa como la dialoga»da. Es, en fin, un ramillete de rosas silvestres, tan frescas, que »conservan en sus hojas las gotas del rocío, y que exhalan sus »suavísimos perfumes de pureza, de sentimiento y de verdad. El »pensamiento filosófico que anima á esta composicion, es alta»mente moral, é importantísima la enseñanza que da su lectu»ra. Las descripciones de las localidades son exactísimas, y las »de las personas parecen retratos de Velazquez; tan al vivo y »con mano tan maestra están dibujadas y coloridas. Sus lances »están imaginados con gran verdad y sencillez, y tan bien tra»bados; que llevan al lector hasta el desenlace, sin la menor »violencia, y sin que decaiga ni un minuto el interés. Los diá»logos son admirables, y la oportunidad con que en ellos se in»gieren coplas vulgares, sentimientos religiosos de nuestro »pueblo, que son, ó á lo menos eran, su consuelo en los contra»tiempos y adversidades, y modismos comunes, y frases pinto»rescas, y sentencias que andan muy en boca de la gente hu»milde de Andalucía, le dan una verdad y un encanto inexpli»cable.» Pero el mayor elogio que puede hacerse de un escritor lo hizo Gonzalez Pedroso de Fernan Caballero, cuando dijo de sus obras, que son *buenos libros y buenas acciones*.

Es indudable que si los libros tienen conquistada ya en el mundo imperecedera fama, para las acciones reserva Dios en el cielo gloria inmarcesible y perdurable. Fernan Caballero no ha muerto; que como dice San Juan Crisóstomo: *Mors, non est mors, sed dormitio temporalis*. Duerma, pues, Cecilia en paz, y goce en el Señor [1].

Teruel, Abril de 1877.

MANUEL POLO Y PEYROLON.

[1] Escrito el anterior artículo, he sabido con júbilo que por varios literatos se proyecta erigir á Fernan Caballero un monumento en Sevilla. De seguro que no son taurómacos.



AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO V

DE CÓMO SE FUÉ CADA CUAL POR SU LADO, EXCEPTO OCHOA, DE QUIEN NO SE CUENTA QUE SE MOVIERA DE SU SITIO.

Máximo decia verdad: Teodosio de Goñi se hallaba entre los vascos nuevamente amotinados, más no al frente del motin.

Volvia de la tierra baja por la parte del Norte, cuando al llegar al portillo de las Dos Hermanas, le sorprendió el ronco estrépito de cuernos de guerra y el descomunal vocerío que resonaba al otro lado de las peñas.

Háçia el camino de Guipúzcoa no habia un alma á quien preguntar la causa del alboroto: los hatos de ganado mayor y menor, estaban recogidos ó abandonados por los zagales; el caserío de Echeverría, sin humo; breñas y selvas, solitarias.

Trepó el caminante por la roca opuesta á la que habia servido poco antes de atalaya, con ánimo de enterarse de lo que pasaba en la calzada de Pamplona, acerca de lo cual ningun antecedente tenia.

Teodosio de Goñi, aquel rapazuelo de unos diez años de edad, que en cierta noche aciaga y tenebrosa condujo á Ranimiro á Gasteluzar, tendria ahora poco más de seis lustros. Era de altivo continente, de gran soltura de miembros, de talla mediana, robusto, fornido, de facciones agradables aunque vigorosas, de corta barba crespa, castaña, que tiraba á rubia, pero de enormes bigotes y de mirada audaz y dominante: todo lo cual, amen del hábito de imponerse á los demás y de ser respetado y obedecido, le daban cierto

aire de valentía y una superioridad que en vano se buscaria en su traje y arreos militares de *ezpata*, *guecia*, arco y aljaba comunes á todos los montañeses.

¿Cómo este personaje, que es uno de los principales de la presente historia [1] y de los más famosos en las tradiciones de Navarra, podia figurarse que estaba á tan corta distancia del incendiario de Aitormendi, por cuya cabeza hubiera él expuesto la suya cien y cien veces; y que su jóven amigo García, el aprendiz de monje, como él lo llamaba burlándose de sus estudios, iba á sorprender al temible y nunca vencido Ranimiro en aquel punto, donde solo se permitia proezas de esta clase el buen Echeverría?

¡Lograr de repente aquel mancebo, más aficionado á las letras que á las armas, lo que en treinta años de combates no habia podido conseguir hasta la sazon ningun otro vascongado!

Muy ageno de estos pensamientos seguia el de Goñi subiendo á la roca, de más difícil acceso entonces que la contraria, cuando de improviso cesó el estruendo de la batalla, quedando todo en un silencio inexplicable, como si la tierra se hubiese tragado á entrambas huestes.

Solo se oia el canto de la loca en el peñon frontero.

¿Qué acontecia en el camino de Iruña?

Desde la cima lo podia divisar y comprenderlo acaso de una mirada, y este afan le hacia trepar con la agilidad de un gato montés por las grietas y sinuosidades del peñasco.

Llegó por fin al vértice, y al asomarse hácia el valle, pudo contemplar el espectáculo más inesperado, sorprendente y peregrino; una escena que ni él ni nadie podia figurarse. Godos y vascos mezclados, confundidos con las armas en la mano, pero sin hostilizarse, sin hacer uso de ellas, con las miradas fijas en las Dos Hermanas; todos en silencio, todos como buenos amigos, y todos, sin embargo, aparejados al combate.

¿Quién mandaba los vascos? No era de fijo Lope de Echeverría, que nunca tuvo tanta gente á su disposicion.

Debia de ser caudillo principal y poderoso.

¿Habíanse celebrado paces? ¿Treguas quizá? Imposible le parecia. ¡Sin contar con él y en territorio de la alta montaña, que ya podia considerar como suyo, porque era de Navarra y próximo á su valle!

Algo llegó á comprender cuando por la ondulacion más saliente del terreno, que facilitaba la subida á la peña fronteriza, vió cruzar

---

[1] Que Teodosio fué contemporáneo de Rodrigo y de Pelayo, lo afirma como la *opinion más pública y más fundada* D. Martin José Marcótegui, abad de Atienza, en su *Compendio de la Historia de la Aparicion de San Miguel de Excelsis*.—Pamplona, 1818.



como una exhalacion el caballo desbocado de Amaya. Esto le bastó para tender el arco, apercibirse, y al aparecer la cabeza de la dama en el perfil del despeñadero, disparar la flecha con la felicísima puntería que hemos celebrado.

Nadie apenas habia reparado en él, porque los ojos de todos los circunstantes estaban fijos en Amaya: ocultóse detrás de un pico de la roca, y desde allí se quedó observando con vista de lince cuanto pasaba, dispuesto á descender y tomar parte en el combate si la lucha continuaba; pero á la verdad, con más ánsias de descifrar aquel enigma, que de intervenir en una accion para la cual no se le habia consultado, y sospechando que de ayudar á los suyos con las armas, tendria necesidad de impedir acaso alguna imprudencia ó debilidad, siquier no llegase á traicion.

Distinguió entonces á García: vióle con harto asombro adoptar disposiciones acertadas para que no se le escapase ni un solo godo. Contempló el desarme del enemigo, y entonces descendió taciturno y caviloso, resuelto á no dejarse ver de nadie, avergonzado quizás de sí propio, ó resentido de que el novicio de las Amescuas se hubiese inaugurado como caudillo y señor independiente, sin contar con él, que era su amigo, su maestro en la carrera de las armas, y en cierto modo su jefe, á quien, como hijo del venerable Miguel, respetaban y obedecian los *echecojaunas* de aquella region vascónica. Sin duda el resentimiento era una de las formas que tomaba la inquietud de su vergüenza.

Pero la curiosidad, más poderosa que el despecho, le movió á inquirir y averiguar quién era el caudillo godo que acababa de caer en manos de García.

Aunque no habia vuelto á ver á Ranimiro desde que le acompañó á Val de Goñi, es probable que lo hubiera conocido en lo alto del peñon; pero la entrevista del padre y la hija se habia verificado lo más lejos posible del precipicio, y por consiguiente fuera del alcance de las miradas de Teodosio, situado en la más baja de las Dos Hermanas.

Presenció desde ella el salto de Petronila, la muerte del caballo, el robo del brazalete, porque todo esto pasó, como hemos visto, al borde del tajado portillo; pero no lo demás. Nada podia hacerle presumir que aquella sorpresa tuviese para los vascos la importancia de un grande acontecimiento; que la captura del jefe fuese para ellos de más valor que la del Rey: porque reyes hacian y deshacian los godos con facilidad; pero hombres tan temibles como Ranimiro no se conocieron desde Wamba, y tan cordialmente detestados como el famoso incendiario de Aitor, ni las tradiciones y leyendas los recordaban siquiera.

Acercóse, pues, con precaucion al campo del combate, y preguntó al primer montañés que encontró, quien era el capitan de los godos.



—¡Es Ranimiro! le contestaron.

—¡Ranimiro, el de Aitormendi!

—¡El mismo! El asesino de mujeres y niños, el que los abrasa vivos.

—¿Y dónde está?

—En la peña, con su hija. Dicen que García sube á salvarlos, y eso no podemos consentirlo.

—¡Que los salve, que los salve! exclamó Teodosio con impetuosa y extraña voz: que los guarde para mí.

Y abalanzándose colérico, sin saber por qué, ni contra quién, se metió en el núcleo de la fuerza de donde salia aquel horrible grito:

—¡Precipítalo de la peña! ¡Precipítalo!

Halló á los vascos descompuestos, furiosos contra el antiguo conde de Pamplona; pero ¡cosa singular! quien mas los excitaba á la venganza y al motin, era uno de los prisioneros.

Iba este godo sin armas, y parecia un siervo ó peregrino agregado á la escolta para hacer bien acompañado la travesía del Ebro á Pamplona.

Su traje, empero, no era ni militar ni completamente godo, porque la túnica le caia hasta media pierna, y llevaba la cabeza envuelta en una especie de rostrillo que le cubria frente y cuello, dejándole la cara libre y descubierta.

Expresábase muy mal en vascuence: pero al fin se dejaba entender; y de pocas palabras habia menester, en verdad, para que los vascos comprendiesen el lenguaje del rencor contra Ranimiro.

—¡A ese! ¡á ese! decia, mitad en mal latin y mitad en peor vascuence; pero sazonada, comentada y puesta en claro la algaravía con gestos enérgicos y ademanes expresivos. No lo dejeis escapar. García quiere salvarlo, por eso va solo. Él no basta á precipitarlo de la roca. ¡Gente allá!..... ¡Ahora, en caliente!..... ¡Del peñon abajo! Si perece, os salvais todos..... todos nos salvamos.... porque yo soy tan enemigo de esa gente como vosotros. ¡Muera, muera nuestro mayor enemigo!

¿Cuál era el intento de aquel hombre? ¿Vengarse del tiufado, de quien estaria acaso ofendido por algun motivo especial, ó quizás promover el desórden y aprovecharse de él para escapar y salvarse, y salvar á sus compañeros?

Todo podia ser, porque los vencidos, al ver á los vencedores desmoralizados, se miraban unos á otros de reojo, pensando, sin duda, en hacer una tentativa, y se decian medias palabras, murmurando y sin mover los labios para mayor disimulo. Pero uno de los bucelarios de la escolta, liberto de Ranimiro, se acercó al desconocido, y sacando del pecho un puñal que llevaba oculto, y del que por esta razon no le habian privado al desarmarle, se lo clavó en el corazon, diciéndole:

—Toma, perro judío; anda á sublevar á los diablos contra Satanás.

Y arrojó el puñal al arroyo y se perdió entre los suyos, encargándoles silencio.

Cayó el peregrino sin sentido, y ni los godos trataron de denunciar al asesino, ni los vascos, que no le habian visto perpetrar el crímen, tuvieron grande empeño en averiguar lo ocurrido. Pero exaltados cada vez más con la sangre y lo misterioso y rápido del golpe, se pronunciaron en completo desórden, cuando se apareció inesperadamente Teodosio.

Aquel hombre, de pasiones vivas, fuertes y violentas, estaba ya trasformado. Pocos instantes le habian bastado para calmarse.

—¡Teodosio, Teodosio! exclamaron: este nos lo entregará, este nos dará al incendiario.

—Sí, contestó el hijo de Miguel, á mí me corresponde Ranimiro: García no me lo negará; y perded cuidado: yo os daré cuenta de él.

Palabras semejantes tranquilizaron como por encanto á los amotinados.

Entre tanto, Ranimiro, llevando de la rienda el caballo, y dirigiendo breves, pero solemnes razones á su hija, que hacia esfuerzos por mostrarse serena y varonil, llegó al pié del peñon y se vió entre los vascos. Preguntóles con tranquilo rostro y su habitual sonrisa, entonces admirable:

—¿Quién es aquí el jefe enemigo?

Nadie le contestó, porque el godo, desdeñando el vascuence, que sabia harto más que para hacer esa pregunta, la habia dirigido en latin.

Adelantóse el gallardo y gentil mancebo de elevada estatura, que ya conocemos, y le dijo con modestia:

—Yo he sido hasta este momento el caudillo de los vascos.

—¿Cómo os llamais?

—García Gimenez, señor de las Amescuas y de la villa de Abárzuza.

—Pues bien, García Gimenez, me rindo á vos: tomad mi espada.

Soy..... Ranimiro, príncipe de la real casa de Chindasvinto, Conde que ha sido de Victoriaco y de Pamplona.

—Ranimiro, yo no os he vencido, ni he medido apenas mis armas con las vuestras.

Dios os ha puesto en mis manos. Quedareis detenido entre nosotros, prisionero si quereis, mientras dure la campaña que va á comenzar, para trazar cuyos planes íbais á Iruña. Pero solo á vos os retengo; porque solo vos podeis hacernos daño. Vendreis conmigo, en la seguridad completa de que mientras viva yo, no atentará nadie á vuestra vida. Y eso no lo digo para tranquilidad vuestra, porque os des-

preciaria diciéndolo: lo digo únicamente para la de esta dama. Quedareis con la espada; sois caballero, y una palabra os ligará más que el desarme, las cadenas y mazmorras. Pero esta señora, y todas sus siervas y siervos, y todo su equipaje, y toda la gente que por escolta necesite, son libres desde este momento, y pueden seguir á Pamplona, ó volverse al castillo de Cantábria; si gustan, por el camino de los godos, ó cruzando nuestras montañas, si prefieren el más corto. En este caso, yo les serviré de guia.

—Me quedo con mi padre, contestó Amaya, seguiré su suerte.

—Pues bien, sereis nuestra huéspeda. Elegid ahora las siervas que os han de hacer compañía.

—No elijo á nadie, contestó secamente la princesa: si no nos salvamos todos, que no se vuelva ninguno.

—Pues si así lo quereis, así será, repuso García, disponiéndose para dar las órdenes al efecto.

Pero Ranimiro le tendió la mano y le dijo:

—García Jimenez, me habeis vencido doblemente: por la fuerza de las cosas ó de las armas, y por la cortesía. Guardo mi espada; pero os doy mi palabra.....

—Creo, y confio en ella.

Amaya entonces viendo el apacible y no esperado semblante que los sucesos iban tomando, se atrevió á dirigirse á García con aire de súplica, pero siempre en latin y no en el vulgar, sino en el más elegante y castizo de los libros.

—Vuestra bondad, señor de las Amescuas, me obliga á dirigiros un ruego.

—Hablad, quien manda no ruega.

—No es una, son dos súplicas, añadió la dama: en primer lugar, un vasco á quien no he visto jamás me ha salvado, disparando una flecha á mi caballo desde la roca de enfrente, y pocos pasos antes del precipicio; quisiera saber su nombre.

—Es mi amigo Teodosio Goñi, á cuya casa iremos á parar por de pronto. No sabia siquiera que estuviese aquí. Para que nada empañe la gratitud que le debeis, os diré que no ha tomado parte en la lucha, ni en sus preparativos, ni en nada de lo que os pudiera ofender ó mortificar. Si hay en todo esto alguna culpa, exclusivamente es mia. A él lo ha traido Dios inesperada, providencialmente, solo para salvaros de una muerte tan espantosa como inevitable.

Amaya no le contestó, pero despues de haber lanzado un suspiro que en vano se esforzó por reprimir, prosiguió diciendo:

—El segundo ruego se refiere tambien á la otra persona de quien Dios ha echado mano para mi salvacion. Es una mujer que estaba

sentada en la cima del peñasco, y sin cuyo heróico arrojo, á pesar del gran servicio de Teodosio de Goñi, hubiera yo perecido. Es alta, gigantea, desgreñada, con trazas de loca, y segun creo, se llama Petronila.

—La conozco, la he visto descender de la peña triscando y cantando.

—Ella, inocentemente, sin saber lo que hacia, se ha llevado cierta joya cuyo valor es insignificante; pero á la cual tengo en la mayor estimacion y cariño, por ser un recuerdo de familia, de mi pobre madre. Quisiera recobrar esa alhaja á toda costa. Os daré las señas: es un brazalete de oro, con un medallon ovalado que tiene una cruz en alto relieve.....

—¡Una cruz!

—Y por orla esta leyenda vascongada: *Amaya*.....

—¿Y *asiera?* preguntó García visiblemente conmovido.

—Sí, *Amaya da asiera*, dice la inscripcion.

—«¡El fin es el principio!» ¡Es ella! ¡Es ella! Pero ese medallon, esa cruz, esa *Amaya* deben de guardar un secreto.....

—¡Un secreto! ¿Cuál?

—¿Lo ignorais?

—Sí: pero vos, padre mio, lo sospechábais.....

—¿Sabiaís vos, Ranimiro, que el medallon de la cruz encerraba un secreto? dijo García, dirigiéndose al prisionero que los estaba escuchando silencioso.

—Ciertamente, contestó el tiufado, lo he sospechado.

—¿Y qué habeis sospechado? ¿Qué sabeis acerca del secreto? Para algo se ha hecho esa alhaja con tal arte, con tan misterioso emblema. ¿Qué encierra?

—García Jimenez, no teneis derecho para hacer esa pregunta.

—Ranimiro, contestó el mancebo, decid más bien que no tenia necesidad de hacerla. Lo sé todo, y mi curiosidad de averiguar algo, es solo por lo que redunde en favor vuestro. Creedme, sé lo que se encierra detrás de la cruz, y solo queria conocer vuestro mérito, aquilatar la abnegacion, la nobleza de vuestra conducta, si ningun uso habeis hecho hasta ahora de los arcanos de esa joya.

—Ninguno.

—Es importante que hableis con toda franqueza, y aquí podeis hacerlo sin empacho, pues nadie más que yo os entiende. Sois mi cautivo, y para exigir por vos el debido rescate, añadió García, dando á su voz la inflexion y á sus labios la sonrisa indispensable para que se comprendiese el verdadero sentido de sus palabras, es preciso que sepa yo lo que valeis.

—Muy poco.

—Sin embargo, se os ha tratado muy injustamente, segun veo, y quisiera haceros completa justicia, y que los vascongados os la hiciesen tambien.

—Gracias, García, exclamó el godo casi, casi enternecido: esa confesion y ese deseo en vuestros lábios y en este momento valen mucho! Pues bien, os lo repetiré: mi mérito en el presente caso es muy corto. He sospechado que en ese brazalete está la clave del secreto de Aitor, pero la sospecha hasta pocos dias há era tan vaga, que no me he fijado nunca en ella. Desde que he visto á personas extrañas á la familia de mi mujer pensar en el brazalete, todo se me ha ido presentando con claridad. Pero ha trascurrido tan poco tiempo, que mi respeto al tesoro no significa nada. Sin embargo, creo que los vascos pudiérais estar tranquilos por ahora. Es cierto que no he podido ir á sacar el tesoro; pero he podido intentar descubrir lo que se encierra en el brazalete, y no solo no lo he hecho, sino que ni siquiera lo he vuelto á tomar en mis manos.

—¿Y eso no es grandeza de alma? preguntó García.

—Eso no es mas que respeto á la voluntad de mi mujer. Lorea, bautizada con el nombre de Paula, primogénita de la casa de Aitor, mandó guardar la joya para su hija, cuando esta no habia nacido aún. De Amaya, por consiguiente, es herencia, no mia. Yo ni debo, ni quiero saber nada de lo que pertenece á la familia de Aitor.

—Os advierto que la hija de Lartaun de Butron cree indisputable su derecho al tesoro: y que su tia Amagoya, y en general todos los vascos, dicen que Paula perdió ese derecho al casarse con vos.

—¿Y vos tambien lo creeis así? No os lo pregunto sin motivo.

—Sí, añadió Amaya, mi padre y yo os cederíamos cuanto os interesa á los vascos y solo os reclamaríamos la joya.

—Yo creo que tanto unos como otros la hemos perdido ya para siempre desde que ha venido á poder de una loca.

—Pues bien, borrad de vuestra memoria el encargo de mi hija, repuso con entereza Ranimiro; no busqueis ese brazalete; no pregunteis siquiera por él, García: si encierra algun secreto, dejémoslo en manos de Petronila, dejémoslo en manos de Dios. Amaya, añadió volviéndose hácia su hija; más confianza me inspira Petronila loca que otros en sano juicio. Acuérdate del judío de Toledo, acuérdate de Eudon, el conde de los Notarios, acuerdate de Munio.

Confundido entre los guerreros, pero prestando al parecer más atencion que nadie á Ranimiro y Amaya, y escuchando con no disimulado interés ó la conversacion ó el eco de la voz de los que en castizo y correcto latin hablaban, como si estuviese embelesado en

oirlos, hallábase Teodosio, que dominaba con su mirada y prestigio á los navarros.

Llevaba echada sobre la frente la capucha del sayo, no por frio seguramente, pues además de que no lo hacia, podia ostentar hermosísima cabellera, rizada y copiosa, y de color algo menos rubio que la barba, cuyos sedosos rizos le caian delante de los hombros como escapándose de la prision del capuz. Pero habia en aquella singularidad un como deseo de distinguirse de los demás, una especie de alarde de recien llegado, y de extraño, por consiguiente á la expedicion, en la cual no habia tomado parte.

Si tal era su pensamiento, ciertamente no tenia necesidad ninguna de darle á entender á las dos únicas personas que podian ignorarlo, porque García se habia adelantado á decirlo con tanta nobleza como lisura.

Cuando terminó el diálogo se volvió el señor de las Améscuas hácia los suyos para dar órdenes, y quedó agradablemente sorprendido con la presencia del recien llegado, que miraba con particular interés á la hija de Ranimiro.

—¡Teodosio! exclamó García, ¡cuánto me alegro de que hayas venido! Sin duda te han dicho tus padres que anoche fuí á buscarte.

Y sin aguardar respuesta volvióse á la dama y le dijo en latin, mostrándole con la vista y el ademan al heredero de Goñi:

—¿Preguntábais, hace un momento, por vuestro salvador? Aquí lo teneis. Este es mi amigo Teodosio de Goñi á quien debeis la vida, el más valiente y más famoso caudillo de los vascos.

—Os doy gracias por vuestra bondad, y ni mi padre ni yo olvidaremos nunca, contestó Amaya con dignidad y dulzura inexplicables, dirigiéndose al hijo de Miguel de Goñi.

Teodosio ó no comprendió ó no quiso dar á entender que comprendia tan dulces frases. Pero como no podia dudar de que á él iban enderezadas, ni de la significacion que les daban los expresivos ojos y suavísimo acento de la dama, inclinó la frente, despejando con una sonrisa la nube que cubria su semblante.

—Te da las gracias por haberla salvado la vida, la dijo García en vascuence.

—No quiero entender otro idioma que el de mis padres, le contestó Teodosio con sequedad; pero al mismo tiempo tornó á bajar la frente ante la sublime mirada de la goda.

Aquella mirada decia al parecer: por Dios, no os desacrediteis los vascos ante los godos.

Hecho lo cual, separándose un poco el hijo de Goñi para departir con su amigo, se le quedó mirando como si dudase de cómo habia de

abordar la conversacion; pero García, mancebo sencillo, ingénuo, que todo lo hacia con naturalidad, se anticipó diciéndole:

—Teodosio, ¿por dónde andas estos dias? ¿En dónde te metes que no se te encuentra en ninguna parte?

El hijo de Goñi, á pesar de su indudable fortaleza y presencia de ánimo, perdió un poco el vivo color de su rostro, y le contestó casi turbado y descompuesto:

—¡Qué es eso! ¿No tienes bastante con hacer ya lo que se te antoja, que tambien aspiras á pedir cuentas de sus acciones á los que por lo menos son tan señores y tan independientes como tú?

—Tan independientes y tan señores, sí; tan amigo mio como yo tuyo, no. Teodosio, he hablado así por el sentimiento de haber venido solo á una expedicion que estaba dispuesta para ti, y á la que solo hubiera concurrido poniéndome á tus órdenes. A ti te buscaron para la sorpresa, tú debias haberla dispuesto y mandado, pero no te encontraron.

—Pues no era difícil dar conmigo, murmuró Teodosio con mal encubierta ira, que le llevó, como de ordinario acontece, más lejos de lo que él queria.

—Para mí, imposible, pues no tenia ni tengo idea de ello. Pero escogido para capitan en defecto tuyo, en vez de salir al encuentro de los enemigos por mis valles de las Amescuas, cayendo hacia la Burunda, preferí pasar á Goñi por ver todavía si habias vuelto á casa, y allí te esperé hasta lo último, hasta que comprendí que la ocasion se perdia deteniéndome. Pero Dios te ha traido á tiempo, Teodosio. Has llegado oportunamente para alcanzar, como mereces, la única gloria de esta expedicion, la de haber salvado á la dama.

—¡La única gloria! exclamó el hijo de Miguel, sonriéndose de muy extraña manera, la única gloria, y has hecho prisionero á nuestro mayor y más detestado enemigo y á su hermosísima hija, rival, segun parece, de su prima la de Lartaun. ¡Rico presente para Amagoya, el prócer y la dama!

—No será García de Abarzuza y las Amescuas, quien entregue dos cristianos al furor de esa pagana; que si ella es hija de Aitor, yo soy hijo de Jimeno, y si en la guerra ha perdido un esposo sabe Dios cómo y por qué, yo he visto morir á mi padre peleando brazo á brazo y frente á frente con los godos.

Esta respuesta ruborizó y tranquilizó al propio tiempo á Teodosio, que figurándose el partido que García podia sacar de su triunfo con la familia de Aitor, y quizá con la hija de Usua y Lartaun, ardia en celos anticipados.

—Supongo que por ella pedirás un buen rescate, si no para ti, al

menos para los que te han acompañado, le dijo; pero ¿qué vas á hacer del asesino? ¿Vas á precipitarlo de una roca, segun uso y costumbre de nuestros mayores?

—No sé lo que haré, contestó de mal humor García, un poco ofendido ya del tono, y sobre todo de las intenciones que se traslucian en las palabras y mal encubiertas amenazas de Teodosio.

—Pues yo sí.

—¿Qué? ¿Tú sabes lo que voy á hacer con Ranimiro?

—¡Entrégamelo á mí, qué ni soy pagano, ni he dejado de ser tu caudillo.

—Como amigo te lo entregaré, si me das palabra de respetar y cumplir las promesas que les he hecho; como caudillo mio, no; porque aún no eres rey, por más que nadie mejor que tú deba serlo. Teodosio, tú no mandas en mis prisioneros.

—¿Que no? ¿Quieres que diga media palabra, y verás cómo ese tu protegido y su hija vuelan de la peña abajo?

—No, Teodosio, no quiero que te deshonres, ni que me mates con esa media palabra; porque ya puedes suponer que antes que el godo y su hija volaran, pereceria yo.

—¡Tienes razon, García, soy un insensato! contestó Teodosio; sírvame de disculpa..... Mas no, nada puede disculparme. Tú mandas en ellos. Lo reconozco. Llévalos donde te plazca.

—A tu casa.

—No podía pedirte más.

—A tu casa; pero te advierto que la dama está libre, porque yo no hago cautivas á las mujeres. En cuanto al godo, yo tampoco lo he vencido: el inminente peligro en que se ha visto su hija, y del que tú la has salvado, lo ha puesto sin pelear en mis manos. Se lo entregaré á tu padre; él lo retendrá miéntras el ejército de Rodrigo nos amenace; pero despues lo conduciré sano y salvo á Iruña ó donde él quiera.

—Entre tanto lo llevarás esta noche.....

—A Gasteluzar, te lo prometo; no podremos pasar de Goñi, y aún se nos va haciendo tarde.

—Perfectamente. A Gasteluzar, y allí me aguardas.....

—Pues qué, ¿no nos acompañas? ¿No quieres venir con nosotros?

—No; me aguardas allí con todos los godos.

—Bien está.

—¿Me das palabra de dejarlos en Goñi?

—Te la doy por mi parte, y me extraña la solemnidad ó el ahinco con que lo pides. Por mi parte he dicho, porque esa doncella es libre, y puede ir y volver ó marcharse á donde guste. Así se lo he prometido, y así será.



—¿Pero no soltarás á su padre?

—Por ahora no.

—Entónces, tengo tiempo de sobra. Ella no se apartará de su lado, y yo no tardaré en volver á casa muchos dias.

—Pero ¿se puede saber, Teodosio, que es lo que traes entre manos? ¿Por qué faltas de Goñi en estos dias? ¿No quieres decir á tu amigo cuáles son tus intentos?

—Por ahora conviene que todo el mundo los ignore. Créelo; va en ello la salvacion de..... Déjame, García; harto me pesa haberte ofendido poco há, y no poder ser en este momento más franco contigo.

García le tendió la mano con verdadera efusion de ánimo, y le dijo:

—A mí no me has ofendido ni me ofendes, Teodosio. Cumple tu obligacion y guarda tus secretos, que yo respetaré siempre tu corazon y tu conciencia.

—Gracias, amigo mio: Dios me ha traido aquí á punto para salvar á esa Amaya, y presenciar algunas cosas de las cuales pende acaso la salvacion de otras muchas personas. No te digo más. Adios, y confía en mí.

—Una sola pregunta, Teodosio: ¿te quedas aquí esta noche?

—Es regular.

—En tal caso, te recomiendo una cosa. Amaya ha sido inocentemente despojada por la loca, por Petronila, de un brazalete de oro.

—Lo he visto desde la otra peña. Ten por cierto que esta noche la pasaré aquí.

—Pues bien, haz lo posible por recobrar esa joya y devolvérsela á su dueño.

—¡Oh! Pierde cuidado, García: haré lo posible y lo imposible por hallarla y entregársela á su dueño, exclamó Teodosio con regocijo.

Y se sonrió, y se alejó detrás de las peñas hácia la torre ó caserío de Echeverría.

Iba cayendo el sol, y no habia tiempo que perder si los expedicionarios habian de tornar á Val-de-Goñi, para lo cual dió García las órdenes convenientes, disponiendo que todos los godos, excepto Ranimiro y Amaya, fuesen á pié, y que se preparase á esta un caballo á gusto de su padre. Pero hallándose ya á punto de montar le dijeron que cierto godo mortalmente herido por uno de los suyos estaba espirando, y queria ver al caudillo de la partida.

Suponiendo García que acaso Ranimiro y no él fuese el llamado por el moribundo, hízose acompañar por el jefe godo, por no perder un solo instante; pero cuando el herido, que estaba desangrándose cerca del riachuelo que por allí desciende del alto de Lecumberri, cono-

ció al magnate por el traje y armadura, lo rechazó con rabia de no haber sido comprendido, hasta que apartándose Ranimiro de su vista, se le presentó García.

—¿Quién sois? le dijo el moribundo.

—García, Señor de las Amescuas, capitan de los vascos.

—A vos, á vos queria ver antes de morir.

—Hablad.

—¿Entendeis bien el latin?

—Como el vascuence.

—¿Y el hebreo?

—Para hablar no, aunque algo quiso enseñarme un monje.

—¿Pacomio?

—No. ¿Qué ha de saber Pacomio de lenguas como no sean estofadas?

—Pues bien: yo llevo aquí un pergamino..... en hebreo. Soy judío. La suerte de mis hermanos y la vuestra, es una misma; todos estamos oprimidos, vejados, igualmente perseguidos por los godos. Aquí va vuestra libertad, vuestra salvacion, vuestra independencia.

—¿Nuestra libertad?

—Sí.

—¿Nuestra independencia?

—Sí, mil veces sí. Todo esto y la ruina y destruccion de nuestros comunes enemigos.

—Explicadme.....

—Juradme que á ninguno de ellos habeis de leer ni entregar este pergamino.

Y al decir esto, con mano trémula quiso sacar del pecho un rollo. García le contestó:

—Yo nada te prometo, ni juro nunca en vano. Venga acá ese pergamino que me pertenece como despojo de guerra; y en Dios y en mi ánima, haré de él lo que me dicte la conciencia.

—Enteraos de él. Si llegais á comprenderlo, pronto, pronto, vascos y hebreos nos hemos salvado.

Y diciendo estas palabras volvió á señalar el pecho, de donde García le ayudó á sacar una especie de canuto cilíndrico y sellado.

—¿Quereis más?

—No.

—¿No quereis el agua del bautismo teniéndola tan cerca?

—Tampoco.

—¡Desdichado! ¡Mira que de este instante pende tu salvacion eterna!

—No: soy israelita, y soy..... soy además.....

Y el judío dobló la frente y cesó de hablar.

García guardó el pergamino el cual llevaba en latin y en caracteres romanos este sobre: «Para Rab Abraham Aben Hezra, en Pamplona.»

Lo poco que del hebreo quiso enseñar á García el monje su maestro, bastaba para hacerle comprender que la carta ó mensaje del judío iba dirigido á un personaje israelita, al principal maestro ó Rabino que por casualidad, ó de asiento, accidental ó constantemente, residia en Pamplona.

Cuando se reunió de nuevo á Ranimiro, le preguntó:

—¿Conocíais á ese desdichado?

—No: al separarme de él, miéntras le hablábais, he preguntado quién era, y me han dicho que es un judío que andaba al rededor de Cantabria, y que en Varia se ha entendido con unos mercaderes israelitas de Toledo.

—¿De Toledo?

—Sí; y que traia el camino de Pamplona. Al repasar nosotros el Ebro, se hizo amigo de los siervos y se agregó á mi escolta, creyendo de este modo hacer el viaje con toda seguridad. Esto sucede con frecuencia, y no se le niega á nadie, aunque sea un judío. Él en pago ha querido amotinar á vuestra gente para asesinarme.

—¿Conoceis en Iruña á un israelita, que debe de ser de los principales, ó tal vez el primero de todos, llamado Rab Abraham Aben Hezra?

—No, pero ese nombre no me coge de nuevas. No es, ciertamente, la primera vez que suena en mis oidos.

—¿En esta tierra?

—Aquí, en Vasconia.

—¿Recientemente, ó mucho tiempo há?

—No es de hoy mi recuerdo; no es de esta época. Esperad. Es de tiempos de Witiza, en que no sé quién, tal vez nuestro santísimo Prelado, me preguntó si miéntras fui conde de Pamplona tuve noticia de ese gran maestro de los hebreos. Le contesté, como á vos ahora, que no; y con más exactitud que á vos, porque entónces era ciertamente la primera vez que oia el nombre de ese rabino.

—Está bien; pero ¿habeis oido lo que me ha dicho el infeliz que acaba de espirar?

—Sí; todo lo he visto, y escuchado todo.

—Se ha negado á recibir el agua del bautismo, por ser judío y otra cosa más.....

—Cuyo secreto se ha llevado al otro mundo.

—¿Qué puede ser nadie más opuesto á la verdadera religion que judío? ¿Qué secta se conoce entre vosotros peor que la judáica, y sin

embargo, compatible con la ceguedad de los hebreos? preguntó García.

—No lo sé, pero hace tiempo que abrigo ciertos temores..... Guardad bien ese rollo, García; tened cuidado con él: mirad á quién se lo mostrais; porque sospecho que teneis en vuestras manos la clave de los misterios en que estamos envueltos..... Quizá la salvacion de España.

—Pero ¿qué podia ser ese hombre además de judío?

—Peores que judíos ha de haber otros hombres aquí y fuera de aquí, García. ¿Si será una dicha para España haber yo caido en vuestras manos?

—Hablaremos. Ahora seguidnos al valle de Goñi. Iremos todos: vuestra hija, sus siervas y toda vuestra gente.

—¡Cuidado con ese pergamino! García, ¡si pudiérais leerlo vos solo!

—Tal vez.

—¡Oh! Entónces confio en vuestro corazon: nos hemos salvado.

—¿Quién?

Ranimiro no se atrevió á responder, hizo cabalgar á su hija, montó él en su propio caballo y trató de seguir á García, que daba las órdenes de emprender la marcha, no sin haber comprendido la significacion del silencio del tiufado.

—Pero el godo ¿viene tambien con nosotros? preguntaron algunos de los más atrevidos.

—Ranimiro irá á donde yo le lleve, replicó con entereza el mancebo de las Amescuas: quien se quedará para siempre en el camino será el que se me oponga ó me replique. Adelante, muchachos. Llevaremos en medio de nosotros, no unos cuantos prisioneros, sino el honor de los navarros.

Y todos le obedecieron.

Tanto el tiufado como su hija lo comprendieron todo, porque sabian vascuence; pero Ranimiro lo oyó sin inmutarse, sin que nadie pudiera presumir que lo habia entendido.

Amaya dirigió á García una profunda é inefable mirada de gratitud.

Despues dejó caer el velo sobre su rostro, sin duda para ocultar su conmocion y sus lágrimas.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE ASOCIACIONES CIENTÍFICO-CATÓLICAS

En vez de examinar en el presente número algunas de las obras importantes que han llegado recientemente á nuestras manos, queremos dar á nuestros lectores alguna idea del movimiento general científico-católico que se está realizando fuera de España. El amor que tenemos á nuestra infortunada pátria, nos mueve á escribir las presentes líneas, con las que lejos de querer humillarla, poniéndole delante su triste estado de decadencia, queremos que se esfuerce en salir de la postracion presente, imitando los nobles modelos que vemos y contemplamos con admiracion y gozo en otras naciones cristianas.

Antes de referir los grandes hechos del órden científico-religioso, que revelan la fuerza intelectual de la razon católica en los tiempos presentes, importa mucho observar y conocer á fondo el género y la calidad de las armas que el espíritu anti-cristiano usa, particularmente en nuestros dias, para extinguir en las almas hasta el último rayo de fe. Bien conocen sus enemigos que los medios puramente materiales, tales como la *Culturkampf* alemana, son ineficaces para ese dañado propósito, y que antes suelen producir efectos contrarios á la intencion de los perseguidores; por cuya razon, sin dejar de la mano este arma, pero con preferencia vienen empleando otra mil veces más temible, cual es decir y esforzarse á probar que la religion es incompatible con la ciencia, que entre ambas median verdaderos conflictos, los cuales deben resolverse renunciando el espíritu humano á los sentimientos y creencias que en tiempos menos ilustrados que los presentes, y á la sombra de la intolerancia, enemiga, dicen, de todo progreso científico, le han dominado y dirigido en las edades pasadas. Esta calumnia se ha extendido y aplicado á todos los ramos del saber y de la erudicion, y muy particularmente á las ciencias naturales; y es cosa para llorar amargamente, que sean muchas las personas doctas

que dén crédito á tamaña falsedad, de las cuales pasa esta luego en forma popular á las inteligencias menos cultivadas, formando una como nube de incredulidad y orgullo, que amenaza de muerte, no ya solo á la religion sino hasta la misma sociedad. Ahora bien, para conjurar este peligro, deshaciendo esa horrible mentira, y tranquilizando á las almas alarmadas á vista de los Goliats de la ciencia moderna, los sábios verdaderamente dignos de este nombre, es decir, católicos, animados, ayudados y dirigidos por la Iglesia, están organizando una verdadera cruzada científica, que será la admiracion de las gentes en los tiempos futuros, y mayormente despues que sean conocidos y gustados los frutos exquisitos de las inteligencias más esclarecidas que hoy se conocen, empleadas santa y gloriosamente en rendir á las verdades reveladas el obsequio y testimonio que les son debidos, poniendo de esta suerte á los piés de Jesucristo los trofeos obtenidos en el campo de las mismas investigaciones naturales.

I

A la vista tenemos los documentos relativos á la *Academia filosófico-médica de Santo Tomás de Aquino, para conciliar las ciencias con la fe católica y conseguir su incremento*, instituida en Roma con aprobacion de la Santidad de Pio IX, el 7 de Marzo de 1874, por el doctor en Medicina y Cirugía, Alfonso Travaglini. Esta Academia cuenta, en calidad de presidentes honorarios, diez y seis cardenales de la Santa Iglesia romana; el presidente de ella es su mismo fundador, y su vicepresidente el R. Cornoldi, de la Compañía de Jesus. El consejo de esta sociedad está dividido en tres secciones, una de Teología, otra de Filosofía y otra de Medicina, en las cuales figuran los más ilustres filósofos de Italia y del mundo, tales como los RR. PP. Cornoldi y Liberatore, los ilustres Doctores Santi Liverani y Venturoli. Consta además de gran número de Arzobispos y Obispos, entre quienes hemos visto complacidos al M. R. Nuncio de Su Santidad en esta córte; y de otro número todavía más crecido de doctores y profesores de Teología, de Filosofía y ciencias naturales y de Medicina y Cirujía, italianos, franceses, belgas, ale-

manes. Pero lo que hay de más notable en esta institucion, es la unidad de la doctrina que deben profesar sus miembros, condensada en el diploma que reciben del presidente y del consejo de la Academia de Santo Tomás de Aquino. Es tan grave este documento, que bien merece ser literalmente traducido. Dice así.

«Constándonos que vos (*N.*), profesais la doctrina que tiene y profesa la Sede Apostólica acerca del orígen y naturaleza de las cosas, y principalmente del hombre,—lo que es objeto de la ciencia médica,—conforme á lo que enseñan el Concilio de Viena, celebrado bajo el pontificado de Clemente V, el Concilio de Letran, bajo el de Leon X, las epístolas del Papa Pio IX contra los errores de Gunther y de Baltzer, y la censura de la proposicion XIII del *Syllabus* del mismo Papa Pio IX, y que además asentís á los principios enseñados por el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino sobre la union del alma intelectiva con el cuerpo humano, y sobre la forma substancial y la materia prima, y que por lo mismo rechazais los sistemas mecánico, atomístico y dinámico, os admitimos en el número de los miembros de esta Academia, aprobada por la autoridad de Pio IX.»

Es cosa muy digna de ser notada, que al otorgar su alta aprobacion á esta sociedad, la Santa Sede se dignó manifestar «la complacencia con que vé la resolucion de sus fundadores, de recibir únicamente como miembros de ella á los que sostengan y se hallen prontos á defender las doctrinas propuestas por los Santos Concilios y por la Santa Sede, y en particular los principios del Doctor Angélico, *sobre la union del alma intelectiva con el cuerpo humano, y sobre la forma substancial y la materia prima.*» No menos graves é importantes son las palabras por donde Su Santidad les encarga que cuiden de no admitir en el seno de la sociedad, «á los que sigan opiniones nuevas, sectarios hinchados por vano aparato de erudicion,» asegurándoles que «perseverando en la unidad de la doctrina, merecerán bien de la Iglesia, de la ciencia y de la sociedad religiosa y civil.» En suma, la Santa Sede atiende ante todo á la verdad, y promueve primariamente la ciencia á que pertenece la primacía entre todas las ciencias; y al mismo tiempo declara que la misma verdad que «solo parece ocupada en inclinar las almas á rendir el homenaje debido á la fe, provee al mismo tiempo á la esplicacion y progreso de la ciencia.»

El ilustre Padre Cornoldi, una de las mayores glorias en el dia de hoy de la gloriosísima Compañía de Jesus, ha consagrado su pluma, verdaderamente áurea, á exponer las razones científicas y de autoridad en que está fundado el diploma de esta Academia. De este insigne filósofo son las *Lecciones de Filosofía escolástica*, uno de los más preciosos monumentos de la filosofía cristiana, que hace años empezó á florecer de nuevo, y que hoy parece haber llegado á su más alto punto de fecundidad y belleza, gracias á los Kleutgen, Jungmann, Liberatore, Sanseverino, Signoriello, Zigliara, Ceferino Gonzalez y tantos otros restauradores de las doctrinas angélicas. Pues bien, el autor de aquellas lecciones, en las que pensamos tener siempre fijos los ojos, ha escrito además una preciosa memoria intitulada la *Síntesis química segun los principios filosóficos de Santo Tomás de Aquino* (Bolonia 1876), donde se ven explicados los principios y fundamentos doctrinales de la Academia; y otra memoria, todavía más concreta, bajo el título de *Conciliacion de la fe católica con la verdadera ciencia*, ó sea *Academia filosófico-médica de Santo Tomás de Aquino*. Por último, en otro escrito dirigido á los académicos con el expresivo epígrafe: *viribus unitis*, enuncia conceptos tan claros, tan precisos y adecuados acerca del objeto y fin del nuevo instituto, que de seguro se nos agradecerá que los traslademos, aunque solo parcialmente, en castellano.

«Objeto, dice el Padre Cornoldi, de nuestra Academia, es la ciencia, que si bien ha progresado inmensamente en el órden experimental, pero en cambio ha venido andando hácia atrás en el racional, hasta el extremo de caer en el abismo del materialismo y del ateismo. Cuatro clases de hombres concurrieron especialmente, aunque no por idéntico modo, á dirigir la ciencia á estado tan miserable.

»Concurrieron los filósofos abandonando casi todos la filosofía italiana, expresada por Santo Tomás de Aquino en sus obras inmortales, y adhiriéndose ora á este sistema, ora á este otro, con inconcebible volubilidad, de tal suerte que desde Descartes acá no han sido ménos las sectas filosóficas que las religiosas engendradas del espíritu de Lutero. No es, pues, maravilla la imposibilidad de concebir error alguno ni delirio que no lo hayan dicho los filósofos. Los cuales, pasando de un extremo á

otro absolutamente contrario, despues de haber dicho en el sistema panteístico, que todo es Dios, vinieron á reducirlo todo, en el idealístico, á la nada; y juntando despues ambos extremos, conformándose con ciertos filósofos alemanes en una síntesis absurda, enseñaron que el todo es la nada, y que el ser es el no ser.

»Los naturalistas desprendieron de improviso del estudio de la filosofía el de las ciencias naturales; y no reconociendo nunca ni en cosa alguna otro criterio que el metro y la balanza, llegaron no pocas veces al extremo de negar lo que no veian con sus propios ojos ni tocaban con sus manos. Gran parte de los sabios modernos heredaron de Bacon el odio al silogismo, por donde se explica, no sin sentirse uno movido á compasion, que personas muy instruidas en las ciencias naturales yerren vergonzosamente en las deducciones lógicas, y nieguen el principio de causalidad, base de los verdaderos juicios sintéticos, y admitiendo efectos sin causas, caigan ciegamente, en el siglo de las luces, en el ateismo y en el materialismo vil. Y cuenta que no hablamos sólo de sabios adocenados, sino tambien de ciertas celebridades modernas, v. gr., de un Tyndall, de un Bois-Reymond, de un Huxley, de un Büchner, de un Moleschott, cuyos escritos son reproducidos á cada paso en ediciones elegantes, citados como fuentes del saber en las cátedras universitarias, y colocados en los aparadores de las librerías como otras tantas perlas del progreso científico.

»Por su parte los médicos, no es posible imaginar el grado de corrupcion á que han abatido la ciencia. Si hemos de creer lo que nos dice el Doctor Davase en un opúsculo reciente, existe una verdadera conspiracion, tramada por la Medicina, para implantar el materialismo y desarraigar la sana moral. Esta conspiracion es horriblemente eficaz, porque los médicos tienen entrada libre en el seno de las familias.....

»Por último, aunque nada más distante de nuestro ánimo que hacer partícipes á los teólogos en la obra de difundir los errores científicos, pero sí decimos que no los combatieron con toda la fuerza que se necesita para refutarlos y aniquilarlos. Y la razon de esto es, que casi en todas partes, pero principalmente en Alemania, dejaron la teología escolástica para dedicarse de un modo especial á la teología positiva. Esta fué la causa de

que los teólogos, sin abandonar su estado militante, no se presentasen con las armas más poderosas que en tiempos anteriores fueron tan eficaces contra las heregías, contra la incredulidad y contra todos los errores filosóficos tocantes á la fe. Tal fué la consecuencia natural de haber sido abandonada la filosofía itálica de Santo Tomás de Aquino; porque la teología no puede ser escolástica cuando deja de serlo la filosofía, que es su preparacion natural y necesaria.

»Síguese de todo esto, que á la reforma de la ciencia deben concurrir esas cuatro clases de sabios, que ya de una manera ya de otra, concurrieron á su desfallecimiento y ruina.....»

No se oculta á la penetracion del ilustre Cornoldi la magnitud y dificultad de la empresa: ¡reformar la ciencia en los tiempos presentes, arrostrando la frialdad y hasta el menosprecio del mundo que se llama científico, y del mundo propiamente dicho, enemigo de la verdad! «La lucha, dice, es la de un niño contra un gigante; pero cuando Dios dirige el brazo y la piedra, el gigante luego cae por tierra agonizando.» En ménos de un año, esta Sociedad, bendecida por el *Crescite et multiplicamini* del Padre Santo, ha reunido en su seno 110 teólogos, 100 filósofos y doctores ó profesores en ciencias físicas y naturales, y 65 médicos.

Aunque los frutos de esta magnífica institucion deban mostrarse principalmente en la enseñanza, pero la prensa ha debido tambien prestarle su poderoso auxilio. Así que la Academia de Santo Tomás posee ya una revista científica de primer órden, intitulada *La ciencia italiana*, que se publica en Bolonia bajo la direccion del ilustre Venturoli. Tambien tenemos á la vista esta magnífica publicacion, una de las primeras de Europa. Hé aquí algunos de los artículos contenidos en el primer volúmen.

LIBERANI.—*De los principios supremos aplicables á las ciencias naturales.*

ROTA.—*De la transfusion de la sangre en el asilo de dementes de Brescia.*

TAMBA.—*La accion de los objetos corpóreos en el entendimiento humano.*

SANTI.—*Nociones fundamentales de fisiologia comparada.*

TRAVAGLINI.—*Restauracion de los principios superiores en Antropologia y en Medicina.*

VENTUROLI.—*La química moderna y la ciencia.*

MASCHI.—*Incertidumbres y consecuencias del sistema celular.*

SANTI.—*La teoría de Darwin y la creacion llamada independiente.*

VENTUROLI.—*C. Darwin. Sobre el orígen de las especies por seleccion natural, ó conservacion de las razas perfeccionadas en la lucha por la existencia. Traduccion italiana sobre la sexta edicion inglesa.*

No pondremos término á esta breve noticia de la Academia italiana de Santo Tomás, sin hacer algunas reflexiones que nos parecen de sumo interés. El carácter esencial de esa admirable institucion, es la unidad de las doctrinas que resplandece en ella; unidad que no impide á las diversas ciencias á que debe extenderse la reforma, moverse en su respectiva esfera, y producir cada una de ellas frutos excelentes segun su especie. La unidad no excluye la variedad; sólo exige que entre las múltiples y áun diversas verdades de que constan las ciencias, haya principios comunes que les sirvan de vínculo, y mantengan el enlace y armonía del sistema científico universal, expresion sublime del sistema de cosas visibles é invisibles que forma el plan general de la creacion. Esas verdades y principios comunes son, por ejemplo, la existencia de un sér inmaterial, absolutamente perfecto y necesario, el cual sacó todas las cosas de la nada, y con su providencia las conserva y dirige á su fin; la simplicidad, inmaterialidad é inmortalidad del alma, unida sustancialmente al cuerpo, con el que forma una sola naturaleza completa y una sola persona; el orígen divino del hombre, que no ha sido ciertamente producido mediante un concurso fortuito de átomos; la diferencia íntima y esencial de las diferentes sustancias corpóreas, y la trasmutacion esencial de los cuerpos en los tres reinos de la naturaleza. Estas y otras verdades fundamentales de órden filosófico son como el centro de donde parte la luz que ilumina las demás ciencias, en cada una de las cuales va tomando colores y matices varios, que léjos de disminuir su claridad, la reflejan, aumentan y embellecen más y más, simbolizándose de esta suerte la inmensa riqueza y variedad de determinaciones de que son susceptibles las ideas primeras de nuestra mente, verdaderos principios de la unidad que es concedido al hombre formar de sus conocimientos científicos, distinta así de la que sueñan los

filósofos trascendentales de Alemania cuando presumen sacar de una idea todas las ideas, como de la multitud desordenada é inconexa de hechos que las ciencias experimentales, abandonadas á sí mismas, y privadas por consiguiente de la luz de la filosofía, han logrado ver reunidos, aunque no concertados ni reducidos á verdadero sistema.

Fácilmente se comprende, que á esta gran obra de restauracion y reforma intelectual no puede llegar una sola inteligencia, por alta y esclarecida que sea. ¿Qué inteligencia hay que pueda abarcar el conjunto de hechos, principios y aplicaciones de que constan las ciencias especulativas y prácticas, teológicas, metafísicas, físicas, químicas, médicas, matemáticas, que forman la enciclopedia universal del humano saber? Para comprenderlas y ordenarlas, refiriéndolas á sus principios supremos, se requiere la accion y concurso de muchas inteligencias, de sabios de diversos géneros de sabiduría, entre quienes haya unidad de espíritu, de tendencia, de amor á la verdad, muchos que no sean sino uno, y uno que se multiplique y distribuya en muchos, aplicados cada cual á su estudio predilecto, iluminados todos de la misma luz, como obreros que levantan una gran fábrica en medio del dia. En otros términos, para tamaña empresa hay necesidad del concurso de muchas inteligencias unidas en la verdad. Así lo han comprendido los ilustres fundadores de la Academia de Santo Tomás de Aquino; y para que nada falte á la solidez de su instituto, como prenda de bendicion divina, de fecundidad y gloria verdadera, desconfiando justamente de las fuerzas humanas, de donde fácilmente se engendra la discordia, han buscado el principio de unidad, no ya sólo en la ciencia, sino en la autoridad divina, en el centro mismo de la unidad, en la cátedra infalible de San Pedro.

II

El primer dia del mes de Marzo de 1875 algunos amigos, diez eran nada más, sabios y profesores eminentes en diferentes saberes, reuníanse por vez primera, y discutian el proyecto de una institucion denominada: *La sociedad científica de Bruse-*

las. Tres semanas despues aquellos ilustres maestros trazaban definitivamente en otra sesion las líneas de la nueva fundacion; y habiendo dado á conocer á otros muchos su pensamiento, convocadas al efecto otras muchas personas, en los dias 10 y 17 de junio del mismo año, fueron votados los estatutos. No faltaba ya otra cosa sino obtener el asenso y cooperacion de otras personas de buena voluntad, y poner manos á la obra; dichosamente la ejecucion y el éxito más feliz han venido á coronarla. El 18 de noviembre del mismo año la sociedad contaba ya 453 adhesiones, cuyo número se eleva hoy al de 620 miembros, entre los cuales figuran cien sabios extranjeros, miembros del Instituto de Francia, de la Sociedad Real de Lóndres, de la Academia pontificia de los *Nuovi Lincei*, etc. Excusado es añadir que la Iglesia ha acogido llena de gozo la nueva institucion científica: honróla desde el principio el Cardenal Arzobispo de Malinas incribiendo su venerado nombre en la lista de los miembros fundadores, y el Padre Santo bendijo desde luego su primera reunion.

¿Cuál es el objeto de esta sociedad?

«Constituida esta sociedad, dice la *Revista de Lovaina*, bajo la divisa: *Nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest*, propónese construìr un dique en el que se estrelle la corriente de materialismo y fanatismo anti-religioso que de algunos años á esta parte aspira á reinar en las regiones de la ciencia. La sociedad científica de Bruselas se propone reünir y agrupar, en torno de su hermosa divisa, á los sabios cristianos, á los hombres religiosos, para combatir al racionalismo y al ateismo con las armas de la verdadera ciencia, demostrando al mismo tiempo claramente con el prestigio de sus nombres y con el mérito sólido de sus trabajos científicos: que bien puede uno ser hijo fiel y sumiso de la Iglesia, é ingenio noble y fecundo en el estudio de la naturaleza [1].»

Bien quisiéramos trasladar aquí el magnífico discurso que pronunció en la inauguracion de esta sociedad el doctor Lefebvre, explicando el pensamiento enunciado en las palabras del Concilio del Vaticano, que forman su divisa: tambien traduciríamos con mucho gusto las que le dirigió su presidente el pro-

---

[1] *Révue Catolique*, nov. 1876.

fesor Gilbert al fin de la primera sesion anual; pero los límites del presente artículo nos imponen este sacrificio, que lo es verdaderamente, privar á nuestros lectores de rasgos brillantísimos, que muestran de un modo inequívoco la seguridad perfecta que abrigan los mayores sabios, de que la ciencia verdadera es fiel aliada de la religion, que la fe solo tiene que temer al saber á medias y á la ignorancia presumida, que á sí misma se decora con el pomposo título de ciencia, y por último, que los que en realidad temen el progreso del saber y de la verdad son los racionalistas é incrédulos, cuyos ojos enfermos no pueden soportar la luz.

Son órganos de la Sociedad científica de Bruselas las dos publicaciones siguientes: *Annales de la Société scientifique de Bruxelles*, de los cuales se ha publicado el primer volúmen de 600 páginas; y *la Révue de questions scientifiques.* Esta última sale á luz cada tres meses por entregas de 350 páginas cada una. Van ya publicadas dos, cuyos principales artículos son los siguientes:

Ceguera científica, por el R. P. CARBONELLE, S. I.

Camino de hierro submarino entre Francia é Inglaterra, por M. A. DE LAPPARENT, profesor de la Universidad Católica de París.

La cerebracion insconsciente, por M. E. MASSOIN, profesor en la Universidad católica de Lovaina.

La Iglesia y la Ciencia, por el R. P. DE SMET, S. I. (Este artículo es la refutacion del libro de Draper.)

Análisis microscópico de las rocas y enclaves de los minerales, por el R. P. RENARD, S. I.

Los matrimonios entre parientes, por el Dr. LEFEBVRE, profesor en la Universidad católica de Lovaina.

La cosmografía de los Griegos, por el Dr. LUIS DELGEUR.

Paleontologia y Darwinismo, por M. CH. DE LA VLLLÉ POUSSINI, profesor de la Universidad de Lovaina.

La Condenaciou de Galileo y las recientes publicaciones, por M. CH. GILBERT, profesor de la Universidad católica de Lovaina.

Clasificacion prehistórica de las edades de piedra, del bronce y del hierro, por Mr. ADRIANO ARCELIN, secretario perpétuo de la Academia de Macon.

Cómo se ha formado el Universo, por JUAN DE ESTIENNE.

Un sistema sobre las raices indo-europeas, por Mr. L'Abbé Wagner, profesor de la escuela de Ponlevoy.

La trata de negros en Africa, por el caballero Moreau d'Andoy.

Las exploraciones árticas de un siglo á esta parte, por el R. P. Praile, 17.

Bibliografía, 1. *El sol*, por el P. A. Sechi, S. I., por M. Ph. Gilbert.

Esta simple enumeracion de los artículos comprendidos en las dos primeras entregas, da claramente á entender qué tan vasto y fecundo es el campo que cultivan tantos y tan ilustres profesores como se han congregado para dar testimonio á la religion en nombre de la ciencia. No hay materia á donde no se extiendan sus investigaciones, ni profundidades que no penetren, ni verdades que no proclamen, ni errores que no pulvericen: todo lo tratan esos sabios con ánimo tranquilo y reposado, con riquísima copia de datos, llevando por delante el puro amor de la verdad, y la confianza que hemos dicho, que la verdad científico-natural no puede contradecir sino antes rendir homenaje á la verdad revelada, pues ambas proceden del Padre mismo de toda verdad y santidad, del Padre de las luces y Dios de las virtudes.

III

Llegamos, por último, á la tercera asociacion científico-católica de que nos propusimos dar noticias á los lectores de La Ciencia Cristiana, no dudando que les serán gratas, y hasta concibiéndo alguna esperanza de que esta breve semilla caiga en buena tierra. Nos referimos á la sociedad Goerres (*Goerres-Gesellschaft*) para promover los estudios científicos en la Alemania católica. Esta noble sociedad, fundada en 9 de octubre de 1875, gracias en mucha parte á la iniciativa del baron de Hertling, diputado en el Reichstag, cuenta ya con más de 1.200 miembros, entre los cuales brillan los nombres más respetados de la ciencia católica de allende el Rhin, tales como los Doctores Heinrich, de Maguncia, von Buss y Alzog, de Friburgo, Hergenroether, de

Wurzburgo, von Ringseis, de Munich, Schneid, de Eichstadt, Baudri, de Colonia, Walter, de Bonn, von Arnedts, de Viena, y el príncipe Cárlos de Loewenstein Werthein.

En la memoria publicada recientemente en Colonia (1877) con el título de dicha sociedad, figura primeramente el discurso inaugural del Doctor Heinrich, ó sea una nueva y brillante demostracion de las íntimas consonancias y simpatías entre la religion y la ciencia. Viene despues una interesante biografía del bienaventurado Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, en la cual anuncia su esclarecido autor, el baron de Hertling, la obra que prepara sobre aquel insigne maestro. Al fin de la memoria se lee la carta latina, en la que Su Santidad bendice á tan ilustre asociacion y á todos sus miembros.

Para mover el celo y los esfuerzos de los sábios católicos, la sociedad Goerres ha prometido tres premios respectivamente á los autores, primero, de la mejor *Vida de San Bonifacio*, apóstol de Alemania; segundo, de una *Historia popular de la filosofía y de la cultura alemana desde Kant hasta nuestros dias;* y tercero, de una *Vida de San Alberto Magno*.

J. M. Ortí y Lara.

DECRETOS DE CONGREGACIONES ROMANAS

I

DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACION DEL INDICE

DECRETUM

Sabbato die 24 Martii 1877

Sacra Congregatio Eminentissimorum ac Reverendissimorum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalium a SANCTISSIMO DOMINO NOSTRO PIO PAPA IX Sanctaque Sede Apostolica Indici librorum pravæ doctrinæ, eorumdemque proscriptioni, expurgationi ac permissioni in universa christiana Republica præpositorum et delegatorum, habita in Palatio apostolico Vaticano, die 24 Martii 1877, damnavit et damnat, proscripsit proscribitque, vel alias damnata atque proscripta in Indicem Librorum prohibitorum referri mandavit et mandat, quæ sequuntur Opera:

Rodrigues Hippolyte.—*Les trois filles de la Bible.*—París, 1868.

—*Les origines du sermon de la montagne.*—París 1868.

—*La justice de Dieu, introduction à l'histoire des Judeochrétiens.*—París, 1869.

—*Histoire des premiers chrétiens de l'an* 6 *à l'an* 38; première partie, le Roi des Juifs, 6–29; deuxième partie, Saint Pierre, 29–38.—París, 1873.

—*Les seconds crétiens.*—Saint Paul 37-66, orné de trois cartes semi-muettes des voyages de Paul.—París, 1876. *Opera prædamnata ex Constit. Clem. VIII* 28 *februarii* 1592.

Les origines de la religion, par Jules Bais sac.—París, G. Decaux, 1877.

Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania, por D. José del Perojo.—Madrid, imprenta de Medina y Navarro.

Ferrari Giuseppe, *Opera omnia.*

Buccellatti A. *L'Allucinato*, Romanzo, in tre libri, vol. 3.—Milano, 1876-77. *Auctor laudabiliter se subjecit et Opus reprobavit.*

Della società politica e religiosa rispetto al secolo decimonono, per Guglielmo Audisio, professore di filosofia del diritto nell'Università Romana, canonico di S. Pietro in Vaticano.—Firenze, 1876.—*Decr. S. Off. fer. IV die* 18 *Aprilis* 1877. *Auctor laudabiliter se subjecit et Opus reprobavit.*

Auctor Operis cui titulus: La quistione religiosa di ieri e di oggi, con quattro punti di riforma cattolica, per G. B. Fiorioli Della Lena. Padova, 1869, prohib. Decr. 22 Mart. 1899, *laudabiliter se subjecit et Opus reprobavit.*

Itaque nemo cujuscumque gradus et conditionis, prædicta Opera damnata atque proscripta, quocumque loco et quocumque idiomate, aut in posterum edere, aut edita legere vel retinere audeat, sed locorum Ordinariis, aut hæreticæ pravitatis Inquisitoribus ea tradere teneatur sub pœnis in Indice librorum vetitorum indictis.

Quibus Sanctissimo Domino Nostro PIO PAPÆ IX per me infrascriptum S. I. C. a Secretis relatis, Sanctitas Sua Decretum probavit, et promulgari præcepit. In quorum fidem, etc.

Datum Romæ die 20 Aprilis 1877.=*Antoninus Card. de Luca*, Præfectus.=*Fr. Hieronymus Pius Saccheri,* Ord. Præd., S. Ind. Cong. a Secretis.=Loco ✠ Sigilli.

II

DECISION DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS

Præfectus Cæremoniarum Patriarchalis Archibasilicæ Lateranensis hæc quæ sequuntur Sacrorum Rituum Congregationi exposuit: nimirum, cum festum S. Josephi, et Dominica III Quadragesimæ anno 1876 in unam, eamdemque diem simul inciderint, Lectiones de Scriptura, historiam Josephi a fratri-

bus venditi narrantes, omitti debuerunt; attamen aliquis Kalendarista ad primam diem non impeditam intra eamdem hebdomadam præfatas Lectiones reposuit; inhærens decreto S. R. C. die 26 Novembris 1735 in Hispalens. ad VI his verbis expresso: «Lectiones primi Nocturni de Exodo, quæ leguntur in Domini- »ca IV Quadragesimæ, quoties ista sit impedita aliquo festo »primæ classis, reasumendæ sunt intra illam hebdomadam in »festo occurrente, carente Lectionibus propriis primi Nocturni »quæ desumerentur de Scriptura occurrente, si festum illud »extra Quadragesimam incidisset.»

Cæremoniarum Præfecti tam Archibasilicæ Lateranensis, quam S. Petri in Vaticano, ac S. Mariæ Majoris, ad quartam tantum Dominicam hoc decretum pertinere existimarunt, cum ibi sermo sit de libro Exodi, qui solummodo in hac Dominica legitur, et eo magis ex illis verbis *quoties ista sit impedita;* Rubrica vero Fratrum, Minorum, n. 183, quæ translationem dictarum Lectionum præcipit, est peculiaris, nec sæcularem Clerum respicit.

Difficultatem aliquam facit opinio Michaelis Cavalieri, qui adhærens Guyeto, in commentario ad præfatum, illud extendit non solum ad secundam, et tertiam Dominicam Quadragesimæ, sed etiam ad Sexagesimam, et Quinquagesimam, si in aliqua ex his Dominicis festum primæ classis occurrat, quam opinionem comprobat: «Quia etsi Lectiones prædictæ non sint initia »libri alicujus, continent tamen singulæ insignes historias ab »aliis penitus distinctas, propriisque nominibus, Nohemi vide- »licet, Abrahami, Jacobi, Josephi et Moysis nuncupatas: quod- »que ad rem facit maxime non fortuito, seu obvia currentis li- »bri serie, sed cum delectu hisce Dominicis privilegiatis addic- »tas, utpote eximias ex sanctorum Patrum interpretatione, fi- »guras, ac veluti præludia quædam mysteriorum Redemptionis »nostræ, cujus tunc primordia recoluntur..... insuper duæ No- »hemi, et Abrahami continuantur in sequentis feriis, quod nisi »posito initio, haud satis congruentes fieri a simili de aliis fa- »cile est inferre. Insignis itidem Machabæorum historia ne »omitteretur transferri decernitur.»

His positis præfatus Orator ab eadem Sacra Congregatione humiliter in sequentis Dubii solutionem expostulavit: nimirum, an prædicta opinio Michaelis Cavalieri sit amplectenda: an vero

Decretum 26 Novembris 1735 de Dominica tantum IV Quadragesimæ intelligi debeat?

Sacra vero Congregatio, referente infrascripto Secretario, audita sententia in scriptis alterius ex Apostolicarum Cæremoniarum Magistris, ac mature accurateque perpensa, rescribendum censuit: «Affirmative ad primam partem; Negative ad secundam;» atque ita rescripsit ac servari mandavit.

Die 13 Januarii 1877.=*A. Ep. Sabinen. Card.* Bilio, S. R. C. Præf.=*Placidus Ralli*, S. R. C. Secretarius.

VARIEDADES

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

ODA

Præstet fides supplementum
Sensuum defectui.
(HYMN. ECCL.)

Contrapuestas ideas en la mente
De Jesus á la vez están luchando;
Y un plan maravilloso concertando
Que solo imaginar pudo el amor,
Subir quiere al asiento del Empíreo
Que á la diestra del Padre ocupar debe,
Y quedar con el hombre por quien bebe
La amarguísima copa del dolor.

Partir y no partir, irse y quedarse,
Volver al Cielo sin dejar el mundo:
Era aquel un problema tan profundo,
Que solo un Dios le pudo resolver;
Iba pronto á sellar su testamento,
Y á los hijos que tanto amó en la vida
Probarles quiere en él por despedida
Su infinita bondad y su poder.

En el santo Cenáculo congrega
Su ya huérfana grey, do cariñoso
Al discípulo aleve y al piadoso
Con profunda humildad los piés lavó;
Al supremo banquete les invita,

Y cercano al lindero de la muerte,
Sus cultos designios de esta suerte
Suspirando amoroso reveló:

«Tomad, comed, les dice, este es mi cuerpo,
Que entregado ha de ser, como está escrito;»
Y reparte á los doce el pan bendito
Trasformado ya en célico manjar;
Y en el vino les da su propia sangre,
La sangre que en la Cruz al otro dia
Del humano linaje debería
La negra servidumbre quebrantar.

Con acento patético y sublime
Como encargo postrero les ordena
Que el prodigio renueven de esta cena
Recuerdo perennal de su Pasion;
Y á la voz del apóstol que le invoca
Cumpliendo fiel su voluntad sagrada,
De súbito en la Hostia inmaculada
Se le ofrece el Cordero de Sion.

¡Oh misterio inefable, enigma santo,
Milagro del amor, pasmo del Cielo!
¡El que guia los astros en su vuelo,
El que rige y da leyes á la mar,
Y enfrena ó vibra el estruendoso rayo,
Y desata los roncos vendabales
Convoca en torno suyo á los mortales
Al sagrado convite del altar!

¿Y á la mísera y baja criatura
Todo un Dios viene á darse en alimento?.....
¡Oh abismo de las almas, oh portento
Que á los ángeles hace enmudecer!
¿Qué númen celestial, qué inteligencia,
Qué ardiente serafin, qué lengua santa
Sabria interpretar fineza tanta
Para hacérsela al hombre comprender?

¡El que el orbe sacó del negro cáos,
El que viste su sol de resplandores,
Y cuaja el campo de aromosas flores
Y da su melodía al ruiseñor;
El que enciende y apaga los volcanes,
El que anima los seres con su aliento
Se digna en el augusto Sacramento
Fijar amante su sitial de honor!

Doblad, reyes del mundo, la rodilla,
Deponed la corona, hundid la frente
A presencia del Dios omnipotente
Velado en la sustancia de ese pan;
Con voz más dulce que la miel Hiblea,
De aquel sólio divino ante las gradas,
Las celestes milicias agrupadas
Fervientes pruebas de su amor le dan.

Si no le encuentran los carnales ojos,
Si no llegan á herir nuestros oidos
De la cítara santa los sonidos,
Y la tosca materia nada ve;
Sumergida en profundo arrobamiento,
Sin que nada en redor turbe su calma,
El suntuoso festin presiente el alma
Guiada por la antorcha de la fe.

¡Bendecidle sin fin, brisas del lago,
Y tú, blanca paloma, y tú, ¡ó torrente!
Y tú, del valle cristalina fuente,
Y tú, del prado arroyo bullidor:
Y vosotros, ¡oh génios celestiales!
Haciendo resonar el arpa de oro,
Con noble afan en inspirado coro
Cantad las alabanzas del Señor.

Si no cabe en los ámbitos del mundo
La inmensa gloria de su excelso nombre,
¿Cómo pudo hasta sí elevar al hombre,

Y en lazo tan estrecho unirse á él?
Por cielo y tierra con acordes himnos
Pregonen su bondad las criaturas!
¡Hosanna, hosanna al Dios de las alturas!
¡Hosanna, hosanna al Santo de Israel!

RAIMUNDO DE MIGUEL.

CRONICA INTERIOR

1. Exposiciones y pastorales del Episcopado en favor de la Santa Sede.—2. Romerías en Cataluña: atropellos de que han sido objeto los romeros.—3. Los círculos católicos de obreros en la diócesis de Córdoba.—4. El Gobierno y los centralistas.—5. Conspiracion abortada.

1. Nuestros venerables Prelados continúan levantando su voz en defensa del Pontífice y excitando al Gobierno para que contribuya á mejorar la lamentable situacion de la Santa Sede, y á devolver al Jefe del Catolicismo la libertad de que necesita para el ejercicio de su suprema potestad espiritual. A las exposiciones que han elevado con este objeto los Prelados de las provincias eclesiásticas de Sevilla, Toledo y Santiago, cuyo texto hemos publicado en nuestros números anteriores, tenemos que agregar hoy la de los Prelados de la provincia de Valladolid, concebida en los términos siguientes:

«Señor: El Arzobispo de Valladolid y sus hermanos los Obispos de esta provincia eclesiástica, se acercan respetuosamente al trono de V. M., solicitando se digne tomar en consideracion la situacion angustiosa en que se halla el Jefe supremo de más de doscientos millones de almas confiadas á su direccion, que solemnemente acaba de declarar hallarse privado de la libertad é independencia necesarias para el ejercicio de ese cargo que le confió Jesucristo, Rey inmortal de los siglos.

»Los Prelados que suscriben no han de extenderse en largos razonamientos, ya porque su dolor, harto intenso aun antes de oir los últimos gemidos del augusto Jefe de la Iglesia Católica, es hoy intensísimo y vehemente; ya porque comprenden que á la clara inteligencia de V. M. no son extrañas las reflexiones que sobre el particular pudieran ofrecerle.

«La Iglesia de Dios padece violencia y persecucion en Italia; el Vicario de Cristo no goza de la libertad ni del uso expedito y pleno de su poder.» Esto dice, en la amargura de su espíritu, para que lo oigan el mundo y los poderes del mundo, el Representante de Dios sobre la tierra.

»Señor: Se trata de la libertad del Papa en el ejercicio de su poder espiritual, y por consiguiente de la libertad del espíritu de más de 200 millones de hombres, que tienen derecho á ella y á que ningun poder del mundo ose arrebatársela.

»¡Qué hermosa causa para interesar á un Rey católico! V. M., que además de serlo, ha tenido la honra de ser apadrinado en el sagrado bautismo por el venerable Pontífice que con tanta gloria ocupa el sólio de San Pedro, y más tarde la de recibir de su sagrada mano por primera vez el Pan de los fuertes; V. M., heredero de tradiciones gloriosísimas para los monarcas españoles en sus relaciones con la Iglesia y el Pontificado, no podrá menos de experimentar las vivas y profundas impresiones que causan en todo corazon noble los penetrantes clamores del Pastor Supremo, y de sentirse inclinado á proteger la libertad de accion de un poder altísimo, sin cuyo desembarazado ejercicio están inseguros todos los poderes de la tierra.

En esta persuasion consoladora, los Obispos que suscriben se concretan á rogar encarecidamente á V. M. que oiga las inspiraciones de la fe, de la justicia y de la conciencia y que obre conforme á los impulsos de su corazon católico, á fin de lograr que el Supremo Gerarca de la Iglesia sea puesto en las condiciones de libertad é independencia necesarias para enseñar, dirigir y gobernar la Iglesia de Dios sin trabas de ningun género. Por medios análogos han labrado su brillante corona los monarcas españoles que han sido grandes ante Dios y ante la historia, y cuyo catálogo desean los que suscriben ver continuado con el nombre de V. M.

»Señor: A los R. P. de V. M.=*Fr. Fernando*, Arzobispo de Valladolid.=*Bernardo,* Obispo de Zamora.=*Mariano*, Obispo de Astorga.=*Narciso*, Obispo de Salamanca y Administrador apostólico de Ciudad-Rodrigo.=*Pedro José*, Obispo de Avila.= *Antonio*, Obispo de Segovia.»

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Granada ha dirigido á sus diocesanos una importante pastoral, en la cual dispone la celebracion de rogativas públicas en la catedral, colegiatas, parroquias y oratorios, para implorar del Todopoderoso el remedio de los males que afligen á la Santa Sede. Prescríbese además en dicho documento el rezo de varias oraciones, encaminadas al mismo fin, al terminar el Santo Sacrificio de la Misa, y se re-

comienda la práctica de toda clase de ejercicios piadosos y su aplicacion por la libertad de la Iglesia, así como las peregrinaciones, concluyendo con una excitacion á los fieles para que por cuantos medios lícitos tengan á su alcance, procuren aliviar la situacion del Pontífice.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Jaen ha elevado á su Su Santidad, con motivo del aniversario de su nacimiento un notable mensaje de felicitacion, del cual tomamos los siguientes párrafos, sintiendo que la falta de espacio no nos permita publicarlo íntegro:

«Hoy alaba al Señor recordando vuestro nacimiento; ayer entonaba alborozada vuestra consagracion episcopal; mañana aplaudirá vuestro glorioso Pontificado; dia y noche repiten los himnos filiales la magnánima Providencia de su Papa y ni cesan los cantares ni se interrumpen los dulces epitalamios, y las tiernas elegías que la piedad y la reverencia improvisan á un tiempo en celebridad de vuestras glorias, y apesadumbradas por vuestros dolores.

. . . .

»La virtud es fuerza, y los pacientes siempre dominaron atrayendo y admirando. Sois el protegido de Dios y el ensalzado por los hombres. Vuestra mansedumbre da forma á una majestad envidiable, y el trono vuestro asienta en los corazones.

»Os bendice el mundo atribulado. El cielo se os muestra propicio. La Inmaculada María os señala ante el infierno, diciéndole: *Non occides*.

»Enviadnos, Beatísimo Padre, con mano extendida y brazo levantado un don de amorosa piedad que nos aliente y regocije.

»Festividad de San Eufrasio, 15 de Mayo de 1877.»

2. Los católicos de Cataluña han inaugurado una serie de piadosas peregrinaciones á los más famosos santuarios de aquella comarca, ofreciendo así un ejemplo que no dudamos habrá de ser imitado por los católicos de las demás provincias, pues servirá para despertar en todas ellas la aficion á estas solemnes manifestaciones religiosas, de que apenas conservamos hoy más que el recuerdo, no obstante haber sido tan frecuentes y populares en nuestra patria en el periodo más glorioso de su historia.

A mediados del mes actual se verificó la peregrinacion á la

Cueva de San Ignacio y al monasterio de Montserrat, y posteriormente han tenido lugar otras várias á los santuarios próximos, á los Llanos del Llobregat y á Vich, y á los del Milagro, de San Julian, de Uxuls, del Cami y de Busenit, siendo de notar en todas ellas el crecido número de peregrinos, que ha pasado algunas veces de 6.000, no menos que su fervor y recogimiento.

La piadosa muchedumbre que asistia á la primera de estas romerías, ha sido víctima de brutales atropellos por parte de la chusma revolucionaria en Sabadell y Barcelona, singularmente en la primera de estas poblaciones, en la cual nada hicieron las autoridades locales para contener á las turbas y evitar tan escandaloso atentado. Véase en que forma refiere lo acaecido uno de los peregrinos en carta dirigida al director del *Correo Catalan*.

«Fué á la estacion la parroquia á recibir á los romeros; una vez allí la sitió una multitud desenfrenada, que empezó á apostrofar á los sacerdotes y á los romeros con los más groseros y obscenos insultos; las señoras, señoritas y trabajadoras que en número de más de ciento regresaban de Monserrat, fueron atropelladas, escarnecidas y hasta golpeadas.

En esta disposicion emprendimos el camino hácia la Iglesia, cantando el *Ave, Maris Stella*. Desde luego se empezó á ver que no estaba aún concluida la fiesta; al llegar á la calle de Illa, una gran piedra, arrojada á la cabeza del señor Ecónomo, dió con él y con el pendon que llevaba en tierra. Cayó sin sentido bañado en sangre, y fué preciso entrarle en una casa de la vecindad, sin que cesasen los ahullidos de aquellos caribes que seguian la procesion. A poco trecho, otra piedra hirió en la frente á uno de los señores Beneficiados asistentes; más allá abrieron la cabeza de un ladrillazo á un seglar muy conocido, que acompañaba á dos señoritas hijas suyas.

Frente la Escuela Pia recibieron sendos ladrillazos el rector de dicho colegio D. Francisco Sellarés, el Padre Corominas y D. Félix Sardá, presbítero, que cerraban con hacha la procesion. Los que á ella asistíamos, encomendamos varias veces el alma á Dios, pues el grito general era *matarlos*, *arrastrarlos*, *pillos*, *etc.*, *etc.* Al llegar á la Rambla, logró contener algo á las turbas, con riesgo de la vida, D. José Sellarés, y á él debimos, despues de Dios, poder llegar vivos á la Iglesia. Al entrar en

ella la procesion, le fueron tambien arrojadas enormes piedras. Con todo, cerróse la puerta, descubrióse al Señor, rezóse la estacion mayor por aquellos infelices, y se acabó el acto con la bendicion. Los heridos de la refriega son tres, los contusos parecen ser diez ó doce, entre ellos varios espectadores.»

Interpelado el Gobierno en las Cortes por el Sr. Pidal sobre estos sucesos, contestó por boca del Presidente del Consejo, que áun cuando no tenia sobre ello noticia alguna, abrigaba el propósito de castigar á los culpables, y de proteger las manifestaciones que juzgue verdaderamente católicas, prohibiendo las que á su entender carecieren de esta condicion. Contestacion no muy satisfactoria, porque supone gratuitamente que haya ó pueda haber peregrinos que no merezcan la proteccion del Gobierno.

3. El proyecto de creacion de círculos católicos de obreros, iniciado, como ya saben nuestros lectores, por el Sr. Obispo de Córdoba, ha sido llevado á feliz término, y está produciendo ya los mejores frutos. El dia 22 del mes pasado se celebró su inauguracion con la mayor solemnidad en la Iglesia de San Francisco de Córdoba, siendo muchos los pueblos de la Diócesis que se han apresurado á plantear en su seno tan excelente institucion.

4. A consecuencia de una empeñada discusion parlamentaria entre el Presidente del Consejo Sr. Cánovas del Castillo, y el Sr. Alonso Martinez, Jefe de los centralistas, en la cual ha combatido éste rudamente la política del Gobierno, contestándole el Jefe del Gabinete con un enérgico discurso, que ha hecho perder por ahora á los centralistas la esperanza de alcanzar el poder, los diputados de este grupo, despues de algunas deliberaciones y de conferenciar con el Presidente del Congreso, han manifestado á este su propósito de no tomar parte en la discusion de la ley electoral, mientras no desistieran los constitucionales de su retraimiento, dando por razon de esta conducta, que no querian autorizar con su concurso el que, sin contar con un partido dinástico, se aprobase una ley tan importante y tan enlazada con la esencia del régimen parlamentario, como la ley electoral.

5. En varios periódicos de Madrid encontramos las siguientes noticias sobre las prisiones que se han verificado en estos dias, las cuales, dice *La Época*, «más que los efectos de un

complot político peligroso, pueden ser consideradas como un acto más de la celosa vigilancia con que el Gobierno de S. M. cuida de que estén garantidos los intereses pacíficos de la sociedad y la seguridad del órden público.»

«Por disposicion de la autoridad, dice *El Cronista* del 25, han sido detenidos ayer noche, y conducidos á las prisiones militares de San Francisco en esta Córte, diez militares, entre los que figuran un brigadier, un coronel y un comandante, y un teniente de reemplazo, algunos oficiales en la misma situacion, y varios sargentos.

»Han sido ocupados varios documentos de importancia y algunos despachos de empleos militares expedidos á favor de alguno de los detenidos, y firmados por el secretario general de la Junta revolucionaria de esta Córte.»

El número de detenidos, segun *La Paz*, se hace subir al de diez y ocho, pertenecientes á diversas clases del ejército, y algunos más del elemento civil.

Entre los primeros se citan los nombres de tres oficiales generales, de los cuales dos tenian señalado el cuartel fuera de esta Córte.

CRONICA ESTERIOR

ROMA.—1. Discurso de Su Santidad á los peregrinos de Saboya.—2. Los peregrinos de Francia, Inglaterra, Holanda, Suiza, Alemania y Bélgica en el Vaticano. FRANCIA.—3. Caida de Julio Simon y formacion del Ministerio Broglie. ORIENTE.—4. Sucesos de la guerra. RUSIA.—5. La supuesta tolerancia del Gobierno del Czar.

1. En la audiencia concedida el 30 de Abril último á los peregrinos de Saboya, pronunció Su Santidad el siguiente discurso, fecundo, como todos los que salen de los labios del inmortal Pontífice, en enseñanza acomodada á las circunstancias y á la índole de los tiempos.

«Vuestra presencia, hijos carísimos, me proporciona hablar libremente en mi idioma, y mientras que vosotros, como otros tantos devotos peregrinos, formais á mi derredor mi alegría y corona, os manifestaré brevemente un pensamiento muy á propósito para confirmaros en el fin que os habeis propuesto con el viaje á la tumba de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que es obtener de Dios por su intercesion mayor fuerza en la union, en la concordia, en la paz que reina entre vosotros.

En el principio de este mes la Iglesia ha recordado uno de los más grandes misterios de nuestra Santa Religion, el de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo. Despues de haber narrado este hecho, que es el fundamento de nuestra fe, la Iglesia en la octava de la Resurreccion viene confortándose poniendo á la vista los primeros acontecimientos consoladores que sucedieron á aquel misterio. Entre estos está la Aparicion de Nuestro Señor Jesucristo á la Magdalena, la cual ántes que los demás vió al Divino Salvador resucitado de la muerte, por su propia virtud, como quiera que le amó mucho y fué predilecta del Redentor.

Ahora bien: mientras la Magdalena lloraba junto al Sepulcro, oyó cerca de sí la voz del Divino Redentor, y con aquel fervor que la distinguia corre á arrojarse á sus piés para imprimir nuevamente en ellos las muestras de su afecto filial y de su amor profundo. Y mientras ella se disponia á arrojarse ante el

Salvador, Este la rechazó exclamando: *Noli me tangere*. Pasado poco tiempo, otras almas buenas y santas, hijas, como aquella, de la caridad y del amor, unidas tambien á la Magdalena, tuvieron la fortuna de encontrarse con Jesucristo. Y entónces Jesucristo, viendo la union de aquellas buenas almas no las rechazó, como habia hecho con una sola, sino que, con afecto paternal, con amor propio de un Dios Redentor, las saludó, *Avete;* Yo os saludo, almas queridas.

Y saludándolas las bendijo; y se arrojaron á sus piés y los besaron. *Illæ autem accesserunt, et tenuerunt pedes eius, et adoraverunt eum.*

Y así, lo que Jesucristo no concedió á una sola, lo concede á muchas cuando se reunen.

Hacen muy bien, por lo tanto, los peregrinos del orbe católico en unirse en santa paz y caridad para enfervorizarse más y más á poner en práctica buenas obras, orar y conseguir de esta suerte la libertad de la Iglesia, oprimida y conculcada. ¡Oh, que bello y conmovedor espectáculo, ver esa muchedumbre de peregrinos venir como pacífico ejército, no para pelear, sino para protestar contra las inícuas disposiciones de algunos que nacieron católicos, pero que ahora, por sus leyes y sus atentados contra la Religion, se han convertido en infieles ó renegados.

En estos dias, y precisamente en el mismo momento en que os hablo, una gran potencia heterodoxa pone en pié de guerra un numeroso ejército defendido por terrible artillería, y todo esto para castigar á una potencia infiel á quien acusa de haber gobernado injustamente muchos de sus súbditos que profesan la misma religion heterodoxa.

La lucha ha comenzado ya, y por mi parte ignoro cuál de las dos potencias saldrá vencedora; mas puedo asegurar que sobre una de estas potencias, que se llama *ortodoxa* y es cismática, pesa gravemente la mano de la Justicia Divina por la sangrienta persecucion contra los católicos, há tantos años comenzada, y que todavía no ha concluido.

Dirigiendo mi vista á otro lado, veo que aumentan las peregrinaciones católicas en todo el orbe, armadas con el escudo de la fe, con el fuego de la caridad y con la esperanza del triunfo. Este pacífico é inocente ejército avanza sin cesar, para rogar á Dios por la libertad de la Iglesia y la paz del mundo.

¡Oh, queridos mios! estoy incierto acerca de cuál potencia triunfará, si la infiel ó la cismática; pero estoy cierto del triunfo del ejército cristiano católico, porque mi seguridad está fortalecida con la promesa de Jesucristo: *Portæ inferi non prævalebunt*. Vosotros que viníSteis á formar mi corona, sentireis en vuestro corazon el eco infalible de aquella palabra infalible de Jesucristo: *Ecce ego vobiscum usque ad consummationem sæculi.* Sí, Jesucristo está con nosotros, almas queridas, Él está con nosotros con el brazo omnipotente de su fuerza divina, Él está con nosotros con la luz celestial, con que se digna dirigir y guiar á su pueblo para combatir la impiedad y la ingratitud de ciertas almas vendidas al demonio, peores que el mismo infierno. Jesucristo está con nosotros en la vida y en la muerte, y esperamos que estará tambien con nosotros como premio en la eternidad.

¡Ah! mis queridos hijos, unidos á Jesucristo, no temamos, y sigamos combatiendo valerosamente hasta el fin. Y para aumentar nuestra fuerza y obtener la victoria, sigamos rogando, sigamos mortificándonos y pidiendo á Dios la conversion de nuestros enemigos, á fin de que caigan al pié de la Cruz nuevos triunfos de la divina misericordia.

La bendicion de Dios descienda en tanto sobre vosotros y sobre todos los peregrinos del Orbe católico, descienda sobre los sagrados Pastores de Tarantasia y de San Juan de Morienna, sobre Saboya entera, y acreciente con la antigua fe la paz, la concordia y la constancia. Que esta bendicion os acompañe en la vida y en el trance de la muerte, y sea prenda eterna de las que dirijais á Dios en el cielo.

Benedictio Dei, etc.

2. No pasa dia sin que de todas partes del mundo lleguen á Roma numerosas peregrinaciones de católicos, ávidos de depositar á los piés del Padre comun de los fieles, el homenaje de su amor filial é inquebrantable adhesion. En la imposibilidad de enumerarlas y dar cuenta minuciosa de todas ellas, nos contentaremos con mencionar como las más importantes que se han verificado en el mes actual, la de más de 1500 católicos franceses, presididos por el vizconde de Damas, que fué recibido en audiencia por Su Santidad el dia 5; la de los peregrinos ingleses, cuya audiencia tuvo lugar el 10, dirigida por el Obis-

po de Elifton, Monseñor Clifford, y por el Duque de Norfolk; la de los holandeses, bajo la direccion de M. Keekers; y la de los católicos alemanes y belgas, presidida por el ilustre baron Félix de Loe la primera, y la segunda por el Conde de Scherer-Boccard.

El texto del discurso pronunciado por Su Santidad al recibir á los peregrinos franceses, en la audiencia del 5 de Mayo, es como sigue:

«Os saludo, amadísimos hijos, con la palabra misma de Nuestro Señor Jesucristo: *Avete;* saludo en vosotros á los hijos afectuosos y devotos que vienen á confortarme en este lugar de donde la prudencia me veda salir. Es esta una verdad conocida de todos, ignorada solo de aquellos que no quieren conocerla.

»La Iglesia, en algunos puntos del orbe, está oprimida, y la Iglesia se recoge y ora, y perseguida levanta su acento y protesta en los términos más convenientes: vosotros mismos lo habeis testificado ahora, y por la voz de vuestro presidente habeis protestado contra esta opresion.

»La Iglesia en tanto se concentra con sus hijos y se dedica á orar, á visitar los santuarios, como habeis hecho, habiendo venido á venerar la tumba del príncipe de los apóstoles: vosotros venís como un ejército extraordinario, es verdad, pero siempre pacífico, humilde y devoto; gran cosa es una union estrecha, que tiene en las manos, no la espada, sino el rosario; que lleva al pecho, no la coraza, sino la cruz; esta union impone é inspira temor á cierto gobierno, el cual toma precauciones sugeridas por la humana política para prevenir asaltos imprevistos, imaginados y temidos por vuestra presencia, como si buscárais la caida, no se puede decir del *órden* sino del *desórden* presente, y Dios os da fuerzas para soportar estas calumnias y constancia en el proceder, á fin de que el órden verdaderamente conculcado llegue á ser restablecido. Pero nuestros enemigos y de la Iglesia temen donde no hay motivo para temer: *illi trepidaverunt ubi non erat timor:* esto es un principio de contra-revolucion. Temen, en verdad porque su conciencia está turbada. ¡Justo castigo de Dios que pesa sobre los usurpadores, y gran motivo de bellas esperanzas para nosotros!

»Estas esperanzas deben ser alimentadas por nosotros en

frente de las apariencias contrarias. El ódio de los tristes, que son muchos, el temor que embarga á los gobernantes y los rigores extremos que preparan, son apariencias contrarias. Pero la union de los buenos católicos que ruegan y multiplican las obras de piedad debe mantener viva en nosotros la esperanza en Dios, que por sí solo cobrará el gran rescate cuando llegue el momento señalado en los eternos decretos.

»Si volvemos la vista á toda Europa, bien poco hay que esperar, cuando se ha llegado á esperar que el Papa asiente. No diré por quién ni dónde; pero se ha dicho: El Papa perdona. Pongamos, pues, en Dios toda nuestra confianza, y de Él, que es poderoso sobre todos los poderosos, esperemos nuestra salvacion.

»Recordaremos un hecho de la Sagrada Escritura para confirmar mejor esta esperanza. A consecuencia de las muchas victorias conseguidas por los filisteos, cayó el pueblo de Israel en el abatimiento y el temor. Para animarse á las nuevas batallas que habian de dar, dispusieron llevar al campo el Arca Santa, confiando con esto hacerse superiores al poderoso adversario. Grande y entusiasta fué la alegría de los israelitas al aparecer el Arca, y acreció el vocerío de los combatientes, hasta el punto de que los filisteos tuvieron cuidado por ello: mas no por eso dejaron de alcanzar el triunfo, y el Arca cayó en su poder con gran número de prisioneros, y fué llevada al templo del falso dios Dagon.

»No podian los infieles hacer mayor honor al Arca del Testamento, pero ésta no podia permanecer en manos de los enemigos de Dios, y triunfó por sí sola. ¿Qué ocurrió? Cae una vez al pié del Arca el ídolo de los filisteos, y cuando se restableció sobre su base, cayó de nuevo mutilado y deforme. Aterrados entonces, acordaron restituir al pueblo de Israel con grandes honores y regalos el precioso depósito, con el que Dios habia obrado tal prodigio: aunque en nuestros dias los modernos filisteos han ganado muchas victorias y el Arca Santa está prisionera, subsiste en pié todavía, pero al lado de las falsas religiones enseñadas y corruptoras enseñanzas, para hacerla despreciable á la vista de las naciones; hé aquí, amantísimos hijos, que estamos en el caso del abandono, y por lo que el corazon se dilata y pone toda su esperanza en Dios.

»Caerán, ciertamente, los Dagones, y el Arca obrará maravillas siendo librada por el brazo del Dios omnipotente, el cual hará de nuevo sentir su voz como al principio de la Creacion, y repetirá *fiat lux*, y á las tinieblas del error y de la incredulidad hará suceder la luz de la verdad y el sol de la justicia.

»Sea, pues, la confianza en Dios la que os sostenga, y la seguridad de obtener lo que deseamos, la que nos conforte, porque ninguno que debidamente haya confiado en Dios, será confundido.

»A este fin los católicos aumentan las oraciones, frecuentan cada vez más los sacramentos, renuevan las obras de caridad, con las cuales alimentan la fe para obtener la perseverancia en el bien. Con tales sentimientos elevo las manos y os bendigo, rogando á Dios, os conceda luz y fuerza en los peligros de la vida, á fin de que cumplais fielmente vuestros deberes y la gracia de Dios permanezca en vosotros hasta el último momento que esteis en este mundo.

»*Benedictio Dei*, etc.»

3. Un suceso de innegable trascendencia política se ha verificado recientemente en la vecina república. Nos referimos á la caida del Ministerio presidido por Julio Simon, y á su sustitucion por un Gabinete á cuyo frente está el Duque de Broglie. La política disolvente y declaradamente hostil á la Iglesia del Ministerio Simon, y las alarmas y protestas de todos los elementos católicos y conservadores, en vista de la desatentada conducta del Gobierno y de la mayoría parlamentaria, han decidido por fin al Mariscal Mac-Mahon á censurar públicamente la conducta del Ministerio, en carta dirigida al Jefe del Gabinete, lo cual ha motivado la dimision de este, que fué aceptada desde luego por el Presidente de la República. Habiendo sido infructuosas las tentativas del Mariscal para formar un Ministerio bajo la presidencia de Dufaure ó del Duque de Audriffet-Pasquier, actual Presidente del Senado, llamó finalmente al Duque de Broglie, encomendándole la formacion de un Gabinete, que ha quedado constituido del modo siguiente.

Presidencia y Justicia, el Duque de Broglie; Interior, Fourton; Hacienda, Caillaux; Obras públicas, París; Agricultura, el vizconde de Meaux; Instruccion pública, Brunet; Marina, el vicealmirante Gairnaut. El Ministerio de Negocios Extranjeros sigue á cargo del Duque Decazes, á quien ha rogado el Maris-

cal Mac-Mahon, por medio de una carta que han publicado los periódicos, que persevere en aquel puesto. Tampoco ha variado de jefe el Ministerio de la Guerra, pues continúa en él el general de Cissey.

Inmediatamente despues de aceptada por el Mariscal la dimision del Ministerio Simon, la Asamblea ha aprobado, á propuesta de Gambetta, por 315 votos contra 154, una órden del dia en que se declara abiertamente hostil á cualquier Ministerio que no represente y defienda las doctrinas de la izquierda parlamentaria. Se cree probable que, en vista de la imposibilidad de gobernar con esta Asamblea, el nuevo Ministerio la disolverá muy en breve.

Sin embargo de que el Ministerio presidido por el Duque de Broglie, cuyas ideas católico-liberales son notorias, no ofrece todas las garantías apetecibles para los católicos, su subida al poder en las circunstancias actuales, es por el momento un dique contra las corrientes impías y anárquicas que habian empezado á anegar la vecina república, y creemos que este suceso significa una mejora en la situacion de los católicos, que habia llegado á ser casi insostenible.

La disolucion del Consejo municipal de París, que, como compuesto en su casi totalidad de socialistas, era un poderoso elemento de perturbacion, y la destitucion de muchos prefectos conocidos por sus ideas anti-sociales, medidas ambas adoptadas desde luego por el nuevo Ministerio, parecen demostrar que se halla dispuesto á combatir enérgicamente la política de la izquierda, y á velar por el mantenimiento del órden.

Es de temer, sin embargo, que las ideas doctrinarias de la mayor parte de los miembros del Gabinete, detengan á este en el camino emprendido, privándole de la fuerza necesaria para llevar á cabo la obra de la regeneracion de su pátria.

4. Las noticias más importantes que se han recibido acerca de la guerra entre Turquía y Rusia desde nuestra última crónica, son las siguientes:

La escuadra turca ha bombardeado el puerto fortificado ruso de Soukoum-Kale, en el Cáucaso.

Los turcos desembarcaron en seguida, y trabaron con los rusos un combate, en el que estos últimos fueron derrotados.

Los turcos permanecen dueños de la posicion, habiéndose

unido la poblacion de las cercanías á las tropas turcas, para combatir contra los rusos.

Los rusos se han concentrado en las cercanías de Kars.

El 16 se libró un encarnizado combate en las inmediaciones de Kars, en el que tomaron parte por un lado la infantería, la artillería y la caballería rusa, y por el otro los dragones, la artillería y ocho batallones turcos.

Tuvieron estos 64 muertos y muchos heridos, perdiendo gran número de armas y caballos.

Las pérdidas de los rusos fueron 1 oficial y 20 soldados de caballería muertos, 5 oficiales y 54 soldados heridos.

Entre los heridos se halla el general Tchekalaieff.

Segun un telégrama de Pesth, fechado en 15 del actual, las noticias de Sérvia son muy alarmantes.

El partido de la guerra excita al príncipe Milano á combatir ó á abdicar. El príncipe desearia conservar la neutralidad.

Créese que si el partido de la guerra triunfa, Austria intervendrá.

La llamada del cónsul ruso en Belgrado, se considera como la prueba de que Rusia abandona á Milano, y que trata de ofrecer la corona de Sérvia á Nicolás de Montenegro.

La insurreccion de los súbditos musulmanes de Rusia en el Cáucaso ha tomado tales proporciones, que el general ruso encargado del mando militar de aquel distrito, se ha visto precisado á replegarse con las fuerzas de que podia disponer, por no aventurar un encuentro con los sublevados.

6. Con el título de *Las Atrocidades en Bulgaria y Polonia*, publica la *Revista general* de Bruselas en uno de sus últimos números, el extracto de una notable coleccion de documentos, comunicada recientemente al Parlamento inglés por el gobierno de este país. Ellos nos revelan la incalificable conducta del gobierno ruso para con los católicos de Polonia que siguen el rito griego, y la triste suerte que aguarda á los católicos sujetos al gobierno del Sultan, si llegan á ser dominados por los rusos. La mayor parte de los documentos á que nos referimos, son debidos al Coronel Mansfield, Cónsul general de Inglaterra en Varsovia. A continuacion ofrecemos á nuestros lectores el resúmen de los principales de ellos.

El 21 de Setiembre de 1871, el Coronel Mansfield participa-

ba al Conde de Granville, Ministro de Negocios extranjeros á la sazon, la órden imperial, en virtud de la cual las Iglesias heterodoxas de Rusia se considerarian desde entónces colocadas bajo la jurisdiccion del Santo Sínodo, el cual por su parte está sometido á la autoridad autocrática del Czar. El Cónsul general de S. M. Británica, en Varsovia, reconocia que el fin de aquella medida tiránica es obligar por *fas* ó por *nefas* á los griegos unidos á entrar en el seno de la Iglesia «ortodoxa.» Anteriormente á la fecha de aquella famosa órden, el gobierno ruso habia nombrado un Administrador diocesano, y recomendado (léase mandado) una multitud de modificaciones que se debian introducir en los usos eclesiásticos. Por ejemplo, que los sacerdotes *uniatas* debian en adelante llevar el mismo traje que los *popes* rusos; que cada Iglesia *uniata* debia hallarse provista de una puerta llamada puerta del Emperador, á semejanza de la que en las Iglesias «ortodoxas» separa el coro y el altar, del comun de los fieles, y no se abre nunca más que delante de S. M. el Czar, etc. «Una compañía de monjes rusos» se habia instalado por entónces en el convento de San Basilio, perteneciente á los griegos-unidos de Varsovia.

El 23 de Noviembre de 1872, Mr. Mansfield daba cuenta á su gobierno de una nueva série de órdenes dictadas por el gabinete de San Petersburgo. Segun ellas, se debia perseguir con energía la introduccion del rito griego; «y toda resistencia» debia ser reprimida con mano firme y secretamente castigada; declaraban que los sacerdotes que se mostrasen bien dispuestos serian indemnizados por todo perjuicio material que fuera resultado de su sumision; pero que los recalcitrantes serian despiadadamente arrojados del Imperio. El agente consular inglés daba cuenta en seguida de la instalacion de una «comision de inquisicion» en Siedhe, ante cuyo tribunal se ven citados á comparecer periódicamente los sacerdotes *uniatas* para sufrir un interrogatorio sobre la manera como llenan sus funciones sacerdotales. Todo eclesiástico que rehusa presentarse, ó que, estando presente, no contesta el interrogatorio de los inquisidores, es, ó internado en otra diócesis, ó arrojado del país. Mr. Mansfield expone el cuadro lamentable de la situacion de las parroquias, absolutamente privadas del ejercicio del culto y de la administracion de los sacramentos.

LAS EPOPEYAS CRISTIANAS

MILTON

IV

Hay sin embargo una situacion en que inspira el ángel degenerado punzadora lástima, que al fin él es inteligencia, é inteligencia muy amada de Dios antes que la mudase y corrompiese su falta.—Tras la deliberacion y el consejo de los próceres infernales, oidas la iracunda peroracion de Moloch, el melífluo dictámen de Belial, y el abyecto y servil discurso de Mammon, prevalece finalmente el parecer del sesudo orador Belzebú [1], y se arroja Satanás al confuso piélago del caos, á intentar la seduccion de las nuevas criaturas, colocadas por Jehovah en el reciente globo de la tierra. Llegado ya al límite de su travesía el espíritu del mal, ¡qué espectáculo amargo y embelesador á un mismo tiempo le presenta el jóven mundo! Balancéase el planeta, colgado de áurea cadena, en el límpido espacio, ostentando la lozana frescura de su virgen esplendor. Los mares brillan como sábanas de zafiro, los grandes bosques se visten de esmeralda, y por el jamás torcido cáuce resbalan las argentadas ondas de los claros riachuelos. Y

---

[1] Es muy de notar la forma parlamentaria que da Milton á las maquinaciones del espíritu del mal, reservando la absoluta para los fallos de la Voluntad divina. Así el poeta se pone en abierta contradiccion, inconsciente quizás, con el político y el sociólogo.

en el bendito rincon del Paraiso, todas las alegrías de la primavera, todas las fertilidades del estío, todas las madureces del otoño, se juntan para deleite de los sentidos. Lloran los árboles perfumadas gomas y bálsamos; penden frutos de oro de las pobladas ramas; ábrense las rosas sin espinas; frescas y sombrías grutas rezuman entre el musgo cristalino hililllos de agua; pace el ganado la mullida yerba; la brisa, cargada de fragmentos, orea las trémulas hojas, y por aquellas soledades risueñas discurre la primera venturosa pareja, estrechamente asida de las manos. Los ojos de Satanás, hechos á ver de cerca las perfecciones celestes, no pueden sin embargo menos de estasiarse con la gallarda forma de ambas criaturas, modeladas á imágen y semejanza del Criador. Ambos son la más cabal muestra, el arquetipo de su especie: Adan, de elevada estatura, de sueltos y vigorosos miembros, lleva en la despejada frente el fulgor de la razon, y le coronan la erguida cabeza bucles negros como el jacinto, que apenas alcanzan á los morenos hombros. Eva parece un compuesto de matices de aurora y rayos de luna; cúbrenla las hebras de sus cabellos de oro, y respira gracia todo movimiento de su cuerpo. El desterrado arcángel presencia la comida de aquellos predilectos de Dios, templada y pura como sus almas; los manjares son frutos de néctar, y la bebida las trasparentes linfas del manantial cercano. Vé cómo les festeja la naturaleza, su madre, y como retozan y triscan amigablemente en torno suyo el tigre y la oveja, la paloma y el halcon, exentos todavía de la ley terrible de la concurrencia y lucha por la vida. Tanta juventud, fuerza y hermosura, mueven en algun modo al mal espíritu; un relámpago de compasion le alumbra; duélese casi de los progenitores del hombre, pero en el mismo punto se le ennegrece el rabioso corazon, retorciéndose como hoja de papel en las llamas, ante el cuadro de su inocente dicha. Entonces piensa en que no hay para él alegría ni amor, y en que sus placeres únicos han de ser las agenas

amarguras, y con la ironía suprema que más tarde condensó Göthe en Mefistófeles, prorumpe en amenazas oscuras [1].

> ....*Live while ye may,*
> *yet happy pair: enjoy, while I return,*
> *short pleasure: for long woes are to succeed.*
>
> (Parad. Lost. Book IV.)

....

V

Al lado del estudio magistral de la réproba soberbia, el análisis psicológico de las tendencias ingénitas en la mujer: la vanidad y la nimia curiosidad. Despues del seductor, la pecadora: Eva en pos de Satanás. Hay que confesar que si el mal espíritu está diseñado á rasgos inmensos, la madre de la humanidad, pintada con sombras y suaves medias tintas, resulta algo pequeña: es la exageracion del lado infantil femenino; bien es verdad que así lo exige el contraste, claro-oscuro que da realce á la epopeya.

Eva es una figura poética, cifra y compendio de los atractivos mujeriles: su lenguaje, palpitante de pasion, más melodioso que el gorjeo de los ruiseñores del Paraiso. Es de ver con qué viveza sabe espresar su conyugal ternura; qué bellas y floridas imágenes le sugiere el ameno paisaje del Eden; cuánto instinto y penetracion revelan todas sus palabras y actos, como si naciesen de más despierto entendimiento que el del hombre, ya que no de superior inteligencia. Sin embargo, aunque no muy confiado en sus protestas de entereza y respeto al mandato divino,

---

[1] «Vivid mientras podais, pareja todavía dichosa: gozad, gozad hasta mi vuelta »de esos rápidos placeres: ya vendrán los largos infortunios.»



la consiente Adan que camine sola á través de los embalsamados bosquecillos. Entonces no se sabe que fué más pronto, si tentarla la serpiente, ó dejarse ella tentar gustosísima. Háblala el reptil en voz humana, y su lengua derrama el sabroso veneno del elogio en los oidos femeniles: abre la sorpresa las puertas á la curiosidad, la curiosidad á la desobediencia, y la desobediencia á la muerte. Y despues que su culpa ha profundizado para siempre el abismo, aún cae del exaltado desconsuelo en la sombría desesperacion, proponiendo al resignado Adan el suicidio.

Tal es la Eva miltoniana, sér tornadizo, impresionable, indiscreto y vehemente, que resbala antes de tropezar, y casi sin combatir se rinde. A pesar de su debilidad,—ó quizás en virtud de ella misma,—es por todo extremo conmovedora y dramática: tiene felices rasgos de ternura, y su adios al perdido Paraiso, es elegiacamente bello, vislumbrándose en su tristeza el profundo apego de la mujer al hogar doméstico, una de las más graves virtudes femeninas. La mitad del alma de nuestra primera madre, se queda en los amados jardines en que Dios mismo le fabricó tálamo; y se queja con anticipada nostalgia [1].

....
Must I thus leave thee, Paradise? thus leave
the native soil!..........................
.... *O flowers,*
that never will in other climate grow,
my early visitation!....

(Parad. Lost., Book XI.)

Adan, pensador y pio áun en medio de su caida y de su culpa, es grandioso: nunca le falta la simpatía de los espíritus

[1] «¿Y he de dejarte así, Paraiso? ¡Dejarte así, suelo natal! Y vosotras, ¡oh flores, á quienes consagraba mi primera visita al amanecer, y que nunca crecerán en otro clima.»



del cielo, que lloran su error, ni la mirada benigna de Dios, que no cesa de amarle, en términos que al ofrecerse el Verbo en holocausto para su redencion, no parece que sacrificio tan inaudito sea desproporcionado á la esencial nobleza de la predilecta criatura. Milton salva la energía y rectitud del carácter de Adan, haciendo que infrinja la ley no por curiosidad pueril ni olvido imperdonable de la divina palabra, sino por generoso y desmedido amor á su frágil compañera. Este arranque extraordinario viene fundado y desarrollado durante el curso del poema con mil toques magistrales: la tristeza de Adan al verse solitario en la creacion, su gozo y reconocimiento cuando recibe de manos del Señor á la bellísima Eva, la efusion con que la acoje, la participacion que le da en sus más recónditos pensamientos, la paciencia con que la adoctrina, el cariño con que la sostiene; y por último, como si el arte del poeta no descuidase perfil alguno, hasta al volver Eva del árbol funesto, húmedos aún los lábios del zumo de la fatal manzana, temblando ya de remordimientos, halla á su esposo ocupado en tejerle una guirnalda de flores.

VI.

Milton es el cantor del libre albedrío cristiano: de este principio parten la accion del Paraiso y los caractéres de sus personajes, desde el guerrero arcángel Rafael y el alado gerarca Miguel, hasta Moloch, el sanguinario, y Satanás, el réprobo; desde Adan, el hombre, hasta Jesus, el Hijo de Dios. La fatalidad, númen impío de la tragedia griega, no existe, y en su lugar se alzan la tentacion y la prueba, contra las cuales hay gracia y fuerzas suficientes en el espíritu. Así es que la caida y la muerte, no son en Milton castigo odioso, antes justa expiacion: todo el mundo obra con conciencia y pleno conocimiento

de causa; los ángeles mismos de Dios, libremente elijen el renegar ó servirle; y en aquella gran consulta y batalla que entre ellos surge sobre adorar ó no al Verbo, Satanás los excita á la rebelion, y mientras muchos le escuchan sin espanto y se le allegan innumerables como las estrellas, el serafin Abdiel se levanta á reprocharle el crímen, y fulmina sobre el seductor su celosa y ardiente elocuencia.

Menos que nadie podrán alegar Adan y Eva que cedieron á la necesidad, ya que la víspera del pecado, los angélicos lábios de Gabriel iluminaron su razon con la pura doctrina. «Hijo del »cielo y de la tierra, escúchame: á Dios debes el haber nacido »feliz; á tí propio el continuar siéndolo. Tu felicidad, no lo ol»vides, pende de tu obediencia. Hízote Dios perfecto, pero no »inmutable; bueno, pero á discrecion tuya dejó la perseveran»cia. Tu voluntad es libre por naturaleza: no la rigen el hado »incomprensible ni la extricta necesidad.» «Yo mismo, y la »angélica hueste admitida á la vision de Dios, gozamos de es»tado tan feliz, mediante la sumision: servimos libremente, por»que libremente amamos: muchos cayeron por desobediencia, »del cielo al abismo.» Así encuentra el genio sus más bellas concepciones en la alta enseñanza del cristianismo y de la Iglesia, que siempre mantuvo incólume la idea en que funda el hombre su dignidad y su destino.

Ahondando Milton el asunto, despues de mostrar el Paraiso perdido por la libre voluntad humana en Adan, le canta recuperado por la libre voluntad de Cristo. La tentacion en la montaña es el argumento de *Paradise regained.* Tiempo hace ya que Satanás observa con inquietud á un hombre extraordinario, á un nazareno en la plenitud de la vida bautizado en la sagrada corriente del Jordan por el Precursor; y el recelo crece al verle há cuarenta dias ayunar orando en los desfiladeros de una áspera sierra. Teme que el austero penitente sea aquel nacido de mujer que ha de aplastar la cabeza del dragon. Imagina entonces,

para aclarar sus dudas, hablarle bajo la figura de un viejo labrador; pero desde el primer momento conoce que tiene que habérselas, no con la sencilla Eva ó el apasionado Adan, sino con una inteligencia más que humana, más que angélica; la audacia infernal se arrastra ante la majestad divina. Con rabia nota el ángel caido en aquel solitario, perfeccion absoluta, gracia invencible, espíritu suficiente para los hechos más altos. Nuevo conciliábulo en Pandemonium, en que el enervado Belial propone para Jesus indignas asechanzas: pero Satanas entiende ya la grandeza de ánimo del que quiere vencer. «Tú, dice con des»den al disoluto espíritu, mides harto la ajena virtud por la »tuya.» Y corre á abrir al misterioso nazareno más vastas y brillantes perspectivas. Empieza por ofrecer al Hijo del Hombre, cuya mansion carnal desfallece estenuada por el ayuno, manjares suculentos, y á vueltas de una dialéctica sutil, brinda bebidas deliciosas á sus lábios secos é inflamados de calentura. Y como Jesús le rechazase con supremo desden, evoca el tentador los prestigios espléndidos de la ambicion y de la gloria. Cristo, hijo de David, puede aliarse á los Partos, y reclamar y apoderarse del trono de Judea, que por derecho de sucesion le corresponde; ó si esto fuere poco, derrocar á Tiberio César del corroido sólio imperial, y ser árbitro de Roma y del mundo. ¡Y el mundo es tan vasto, tan rico, tan bello! Grecia ofrece nuevas coronas: la ciencia, la sabiduría, las artes, la elocuencia de los tribunos, la especulacion de los filosofos, la esquisita cultura, la sublime poesía, son otras tantas mágias que ignora el humilde galileo, y de que Satanás le cercará, si él quiere rendirle acatamiento. Pero Jesús se sonrie, y eleva su apacible voz. Todo es corrupcion en el arte y en la ciencia, esclavo aquel de los sentidos y ésta de los errores; Roma y Atenas llevan en su seno la úlcera vergonzosa del paganismo, y Satanás, el réprobo, está condenado por una eternidad. En esto sobreviene la noche: la tormenta evocada por el tentador, conmueve los

graníticos fundamentos de la montaña; el rayo hiende las encinas, mujen en la oscuridad los torrentes, arranca de cuajo el huracan los cedros; los espectros y las fantasmas danzan en torno de Jesus, que con la túnica empapada y adherida á los miembros, aguarda con sereno corazon á que amanezca un dia alegre y claro, y la rosada luz matutina halla al Salvador transido, hambriento y moribundo, pero victorioso.

VII

Esta es la unidad de la bilogia del Paraiso y el estrecho lazo que la ata: creacion, caida, redencion; Génesis y Evangelio. La misma magnitud del asunto vedó á Milton que ingiriese episodios extraños: generalmente sigue fiel las huellas bíblicas, parafraseando pasajes enteros de los Santos Libros. Pero en las descripciones y en el estudio de los caractéres da rienda suelta á la fantasía. Tiene Milton don especial de encarnar las abstracciones en imágenes sensibles sin amenguar su extension. Véase la pintura de la muerte y del pecado. Ambas misteriosas figuras, en pié ante las puertas del Infierno, la una como negra sombra, cuya cabeza de espectro ciñe la apariencia de una corona real, el otro como fantástica mujer cuyo soñado cuerpo remata en escamosa cola de sierpe, se apoderan de la imaginacion, y parece que los vemos, pero con desmesuradas dimensiones, flotando y perdiéndose en el espacio infinito. Lo mismo acontece con la descripcion del caótico abismo, en que se revuelven, chocan y luchan átomos, gérmenes, embriones y elementos, anárquicamente confundidos, como olas de un océano sin márgen ni límites, al través del cual boga y vuela Satanás, semejante á una pirámide de fuego, dejando tras sí el indeleble rastro sobre que el Pecado y la Muerte han de echar un puente que enlace al infierno con el mundo. Todo

esto nos lo representamos, como los paisajes de noche, sin perfiles determinados, sin forma clara y fija, mas adecuado,—por lo mismo,—para herir vivísimamente la fantasía y arrebatarla á ignoradas regiones.... Hay en Milton un no sé qué vago é indefinible, que hace que su poema, como la buena música, arranque lágrimas al triste y mueva á inusitada expansion al dichoso; por eso á despecho de la rudeza británica y de la puritana sequedad, Milton es armonía.

Milton aparece profundamente idealista; si la imitacion y copia fiel del mundo que por convenio llamamos real, puede alcanzar un subido valor artístico, es evidente que el autor del Paraiso lo desconoció. No busca lo sensible para encontrar la belleza, sino que trae la belleza á velar y enaltecer lo sensible. Retira de la creacion lo árido, lo prosáico, lo vulgar, para quedarse con lo fértil, lo poético, lo grande. Elige sus descripciones de la naturaleza como elegiria las vistas de un cosmorama: de grado ó por fuerza, han de reflejar la idea y sujetarse á ella. Los retiros deliciosos del Paraiso, los grupos de mirtos y adelfas, la alfombra de narcisos y blando césped, el gorjeo del ruiseñor, la plateada luz de la luna, son decoraciones del teatro de la felicidad de nuestros padres, como los volcanes del infierno y sus lagos de llama son meros accesorios del precito Satanás. No es Milton un poeta de la naturaleza como Virgilio, ni siquiera como Dante y Camoens; gracias á esto nos parece á veces algo abstracto y monótono, pero siempre sublime.

VIII

Hay en el Paraiso un pasaje comentado y criticado hasta la saciedad, y que conocen muchos que ni siquiera leyeron el poema: aquel en que los malos espíritus recurren á la artillería para sembrar el desórden en las filas de los buenos. Nunca echara

mano Milton de tan atrevida ficcion. Ello es que al pronto no deja de disonar el que las cohortes angélicas riñan á cañonazos, ni más ni ménos que los ejércitos de Napoleon. Llovieron epigramas sobre esta licencia: no cabe duda que ella es tal, que solo el génio de Milton pudiera hacerla tolerable. Pero en tan arriesgado expediente, no hay el descuido monstruosamente anacrónico que piensan los que no conocen al Paraiso y á su autor. En el lugar indicado, Satanás revela á sus seides la existencia de «oscuros ingredientes que heridos por el rayo del cie»lo estallan.....» «Introducidos en máquinas huecas, largas y »cilíndricas, enviarán á nuestros enemigos, con el estrépito del »trueno, daños horribles.....» «Harán trizas cuanto se les pon»ga por delante.....» Y añade despues: «No faltará quien un »dia, con malicia ó inspiracion diabólica, invente este gé»nero de instrumentos, por mal del hombre.....» No es este un error ingénuo como el de los pintores de la Edad Media, que vestian de castellanas feudales á las vírgenes, y de pajes á los ángeles: es una osadía, quizás de no tan buen gusto como otras á que Milton se propasa. Ciertamente, que no podia en materia alguna pecar de ignorancia el que era uno de los hombres más cultos de su tiempo. Tan familiares le fueron los clásicos, que quizás dañaron á su naturalidad, y al carácter cristiano de su epopeya, llevándole á comparar á un Arcángel con Mercurio, á un Querubin con Jano, y á Adan y Eva con Pirra y Deucalion, estilo que, por otra parte, era hijo legítimo del Renacimiento. No ménos conocia la copiosa literatura rabínica y árabe, y poseia las lenguas así vivas como muertas, escribiendo fácilmente elegantes cármenes latinos. Manejaba sin esfuerzo la dialéctica, y era versado en teología, y grande amador de las ciencias naturales, en cuya aficion estribó su íntima amistad con Galileo. A pesar de ella, rechaza la hipótesis de la rotacion de la tierra y de la habitabilidad de cuerpo celeste alguno. En su epopeya menciona y ataca con frecuencia esta opinion: al bajar Rafael

al Paraíso terrenal, ve nuestro mundo como una diminuta estrella, no distinta de los demás lucientes globos: sólo sobresalen en él los cedros del Eden [1]:

. . . .
as when by night the glass
of Galileo, less assured, observes
imagined lands and regions in the moon.

(PARAD. LOST. BOOK V.)

Al describir la creacion, dice que los astros han sido puestos en el firmamento del cielo para iluminar la tierra y regular las vicisitudes del dia y de la noche, y dividir la luz de las tinieblas. Con todo, cabe dudar si Milton se negaba á admitir las teorías de su amigo por tenerlas por falsas, ó más bien por creerlas inaccesibles al conocimiento humano, en vista de que, al preguntar Adan á Rafael cómo este planeta, átomo perdido en las profundidades del espacio é inferior en magnitud á otros muchos, es el único sedentario é inmóvil, mientras que cuerpos más nobles y grandes giran sin descanso en torno suyo para servirle, responde el Arcángel con una exposicion de las probabilidades que pueden aducirse en favor del nuevo sistema del Universo, pero termina aconsejando á Adan que no sueñe con otros mundos. Todo este trozo trasciende á reminiscencia de un coloquio entre Galileo y Milton.

IX

Afirman que es necesaria una gran paciencia y decision para leer la bilogia del Paraiso: de mí sé decir que no me cansó.

---

[1] «Bien como de noche divisa con ménos seguridad el anteojo de Galileo imaginarias »tierras y regiones en la luna.

Tambien se quejan de que despues de los seis primeros cantos, la decadencia comienza, y palidece todo. Pero en el IX se halla la viva y dramática escena de la tentacion de Eva; en el XI, la vision imponente de Adan; en el X, la muerte y el pecado cuelgan el puente enorme sobre el abismo. En cuanto á *Paradise regained*, en general se le pone muy por bajo de *Paradise Lost;* pero nadie negará que es imposible idear argumento más profundo que el del bien y el mal en lucha directa, sin otras armas que la palabra. Hay quien se lamenta de la misma sublimidad miltoniana, alegando que el ánimo se rinde á su grave peso, y los resortes se quiebran con tan contínua tension. Pero Milton no debe ser leido de una vez, que es prueba esta que no resisten los libros elevados, sin exceptuar muchas partes de la Biblia, que confunden más que embelesan, si no se meditan despacio. Lo mismo acontece en las vastas composiciones de los pintores de escenas complicadas: el lienzo del Pasmo de Sicilia, por ejemplo, se entiende mal al pronto, sus figuras se destruyen entre sí: pero en breve los ojos se serenan y perciben toda la armonía y fuerza del cuadro. Hay que reflexionar sobre el Paraíso, y saborearle detenidamente: aunque de esta manera se note más el artificio, crece tambien la maravilla.

Cinco años de trabajo, cinco años de austero comercio con la musa cristiana costó á Milton su epopeya, alumbramiento del genio, laborioso sí, pero magnífico. Cinco monedas de oro dió el editor por él: mejor remunerado es cualquiera otro ciego, si canta coplas en una esquina. ¡Alta leccion para quien se embriagare con la ruidosa popularidad! Cuando Milton, ardiente *roundhead*, republicano y político, dictaba los fulminantes acuerdos de la *Commonwealth*, ó escribia todas aquellas obras hoy olvidadas y que entónces inflamaban, como la mecha al reguero de pólvora, los ánimos de Inglaterra y de Europa—*Iconoclast*, *Defence of the people*, *Tenure of Kings and Magistrates*, *Doctrine of Divorce*, *Treatise of Education*, *Areopagetic*—su nom-

bre estaba en todas las bocas y sus obras en las manos de todos; pero cuando, llegada ya la Restauracion, solo, pobre y olvidado, dió por fin al viento el perfume de la celeste flor de su génio y terminó la epopeya de la responsabilidad moral y la dignidad humana, obtuvo cinco libras de salario, y hubieron de pasar largos años antes de que se vendiesen tres mil ejemplares del Paraíso.

(Se concluirá.)

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

Art. V

EFECTO DE LOS DOLORES EN EL CUERPO DE JESUCRISTO

PARTE SEGUNDA

El estrago que hubieron de causar en la sagrada humanidad de Jesucristo los padecimientos corporales fué, sin duda alguna, muy grande. Mas se puede con verdad asegurar que las tristezas y aflicciones de su alma, aunque no obraron en el cuerpo inmediata y directamente, lo destrozaron más que los tormentos físicos y exteriores.

Los padecimientos del cuerpo se pueden en alguna manera describir, ó imaginar. Los de su espíritu no serán del todo conocidos jamás; porque jamás llegará el hombre á comprender las causas de estos dolores. Así, la parte mayor y más terrible de la Pasion de Cristo quedará eternamente oculta al entendimiento humano. En el artículo tercero hemos procurado investigar algunas causas de esta pasion invisible de Jesucristo. En cuanto á los efectos que hubo de causar en su cuerpo, únicamente podemos medirlos, ó más bien, conjeturarlos por algunas ligeras indicaciones de los Evangelistas, y por las breves y entrecortadas palabras que brotaron del corazon divino en sus momentos de mayor agonía, tristes ayes de su espíritu atribulado, ecos débiles y apenas perceptibles que llegaron hasta la superficie de aquel abismo de amargura, y que nos permiten hasta cierto punto calcular su profundidad insondable.

Ya hemos dicho en otra parte que la noche que precedió á la muerte de Jesucristo, despues de celebrar la cena del cordero legal, figura de la Santa Humanidad que iba á sacrificarse por los pecados del mundo, rodeado de sus discípulos, amigos fieles y cariñosos, testigos de sus milagros y gloriosa predicacion, se fué á un lugar retirado, por nombre Getsemaní, distante unos mil pasos de la ciudad de Jerusalen y puesto á la raiz del monte de las Olivas, á donde solia recogerse con sus discípulos á hacer oracion. Habiendo atravesado el barrio de Sion donde estaba el cenáculo y dado la vuelta al templo por el ángulo sudeste, bajaron la vertiente oriental del monte Moriah, á cuyo pie se extendia ondeando el espacioso valle de Josaphat. Su aspecto lúgubre y sombrío, como de vastísimo cementerio, las sepulturas y monumentos de la muerte que le poblaban, el recuerdo de los sacrificios abominables ofrecidos allí á los espíritus infernales, las asperezas y hendiduras del terreno cubiertas de bravíos matorrales, su aridez, el color rojo oscuro de sus campos, y las aguas del torrente de Cedron, que murmuraban en el fondo del valle, causaban en el ánimo profunda y tristísima impresion, despertando en él las ideas terribles, los misterios y tradiciones con que animaba aquel lugar de desolacion la fantasía popular.

Pasado el torrente, y torciendo á la mano diestra hácia donde se estrecha el valle, enderezó Jesus sus pasos al huerto ó granja de Getsemaní; y al llegar á su entrada, mandó á ocho de los once discípulos que le acompañaban se quedasen allí velando y orando, porque no fuesen vencidos de la tentacion; mientras él, llevándose consigo á los otros tres, Pedro, Juan y Diego, se retiraba más adentro á derramar á solas su corazon en el acatamiento de su Eterno Padre.

Apenas habia empezado á caminar, y á internarse en la espesura de los árboles que muy altos y frondosos crecian en aquel sitio, el Divino Salvador comenzó á sentir en sí un desacostum-

brado afecto de pavor, desmayo y caimiento de espíritu, que se revelaba á lo exterior por tristes y espantosas señales. Parósele el rostro descolorido y mortal, los labios trémulos, turbia y angustiosa la mirada, todo el cuerpo agitado y tembloroso. Mirábanle sus discípulos llenos de temor y sobresalto, y no acertaban á explicar las causas de tan extraña alteracion y sentimiento.

Eran muchas las que el Redentor Divino traia encerradas en su corazon, las cuales quiso que se descubriesen entonces á lo exterior, y rebosasen y se comunicasen al cuerpo, para mostrar que era hombre, y que sabia de enfermedades y dolores, y sobre todo para que no ignorásemos nosotros las tristezas amarguísimas que le costaba el negocio de nuestra salvacion en que estaba empeñado.

Porque fuera de la agitacion y sentimiento que le habian causado los sucesos de aquel dia, la celebracion de la Pascua, las largas y tiernísimas conversaciones con sus discípulos, la obstinacion y alevosía del discípulo traidor, y la deslealtad de los demás, que tenia prevista y de la cual les habia avisado de antemano, próximo ya al término de su mortal carrera, vió cernerse sobre su cabeza la tempestad que tantas veces habia columbrado de lejos. Habiéndose hecho cargo de todos los pecados de los hombres para satisfacer por ellos á la Justicia divina, entendió ser llegado el momento en que debia tener cumplido efecto aquella satisfaccion. Y en esta hora terrible del poder de las tinieblas, vió abalanzarse furiosamente hácia él el torrente de la ira y de la indignacion divina represado por tantos siglos, en el cual venian envueltos los pecados, crímenes y maldades de todos los hombres, y las penas y castigos espantosos que merecian de la Justicia de Dios. Y juntos todos estos castigos, y condensando toda su acerbidad y violencia, estaban á punto de caer sobre él para sumergirle en una inmensidad de dolores.

Siendo Dios eterno é inconmutable, soberano Señor de los

cielos y la tierra, entiende que aquella misma noche, dentro de pocas horas, ha de ser vendido por uno de sus discípulos más allegados, y entregado á traicion á sus más fieros enemigos, y llevado atado por las calles de Jerusalen con afrenta y vocería indescriptible, resonando en sus oidos las blasfemias, las imprecaciones, los insultos más afrentosos.

Resplandor de la gloria del Padre, y honrador y honra de los hombres, contémplase en manos de la turba rahez y desenfrenada de los sayones, que horas enteras han de entretenerse con él, haciéndole burla con injurias, con visajes y risotadas, dándole bofetadas y pescozones, mesándole las barbas y el cabello, y mofándole como profeta falso y mentiroso.

Represéntansele vivísimamente los tormentos que ha de padecer, y aprehende con su nobilísima fantasía los crueles dolores que se aparejan para el más delicado de los cuerpos.

Mírase extenuado por el hambre, la sed y el cansancio, todo herido y maltratado; la sagrada cabeza traspasada de agudas espinas; cegados y oscurecidos los ojos con la sangre que le corre de las heridas; escupido y abofeteado el rostro hermosísimo, llagadas las espaldas con innumerables azotes, y todos sus miembros doloridos y ensangrentados.

Ve cómo ha de ser llevado de tribunal en tribunal, y acusado de blasfemo ante Dios, de traidor á los reyes, de embustero y alborotador, y otros crímenes odiosos y gravísimos, sin que nadie vuelva por él, ni sea posible defenderse.

Pónesele delante el escándalo y desamparo de sus discípulos, la rabia cruel, la hipocresía, la impiedad y voluntaria ceguera de sus enemigos, su envidia y perversidad, su enfurecido corazon, y aquella atmósfera abominable de crímenes, locuras, injusticias y villanas cobardías en que se vería obligado á respirar; la mofa de las palabras, las afrentas de los golpes, las befas, los escarnios, el ser tratado como fátuo y loco, y pospuesto á un público malhechor y homicida, y pedida su muerte con espanta-

ble gritería por aquel pueblo, testigo de su vida inocentísima y divinas enseñanzas, y en aquella misma ciudad de Jerusalen, donde pocos dias antes habia entrado triunfante entre los vítores y aclamaciones de la muchedumbre.

Y siguiendo con el pensamiento los trances varios de su causa, mejorándose unas veces y dando buenas esperanzas de sí para tornar súbitamente á empeorarse despues, lucha su alma entre la esperanza y el temor, hasta que con amargura indecible de su alma ve prevalecer la iniquidad y la violencia, y mírase él, que es la misma inocencia y santidad, condenado como el mayor de los criminales á ser clavado en una cruz para morir en ella con muerte afrentosa y cruelísima. Y ve el alboroto, la confusion, la frenética algazara con que se apresuran aquellos malvados á poner en ejecucion la inícua sentencia; llega á sus oidos la bronca voz del pregon, y el agitarse y clamorear de la muchedumbre; y camina con paso lento, temblándole las rodillas, abrumado con el peso del afrentoso madero, hasta que falto de aliento llega penosamente al Calvario, y es enclavado en la cruz, desnudo vergonzosamente, y puesto en medio de dos criminales, cual si fuese el mayor de todos ellos; y así pendiente entre el cielo y la tierra, á la vista de todo el mundo y en presencia de su santa Madre, que despedazado el corazon de dolor le está en aquella hora asistiendo y contemplando, maldecido y afrentado de sus enemigos, y desamparado de sus amigos y hasta del Eterno Padre, entre el fragor y el espanto de toda la naturaleza, viene á espirar en el tormento entre infinitas ignominias, y crueles é inenarrables dolores.

Al llegar con la consideracion á este punto, no hay sentimiento que alcance la pena y afliccion de nuestro divino Salvador. Porque si se hiela de pavor el corazon solo al oir los trabajos infinitos que en tan corto espacio de tiempo llovieron sobre él ¡qué pena, qué angustias, qué congoja mortal traspasaria su bendita alma, qué dolor atrocísimo traspasaria su corazon al ve-

nírsele á los ojos la imágen de tantos dolores que iban á oprimirle con crueldad intolerable! Si la idea de morir es amarga para todos, ¿cuánto más lo sería para quien ni aun como hombre podia estar sujeto á la muerte? Si la injuria y el dolor son tanto más asperos y difíciles de sufrir cuanto el que los padece está más seguro de su inocencia, ¿qué angustia sentiria al verse acometido por infinito tropel de injurias, dolores y afrentas el que era la santidad por esencia, en quien no pudo haber jamás ni rastro siquiera de pecado?

Y cuando de la consideracion de su inocencia levantase el pensamiento á la causa por la cual habria de verse en tan terribles trabajos, ¿qué lenguas ni qué palabras serán bastantes á declarar la tristeza y amargura de nuestro benignísimo Redentor? Porque figurándose con no creible viveza todos los horrores y mónstruos de crímenes que se han cometido en el mundo, aprehendia perfectamente su muchedumbre innumerable, su espantosa fealdad, su gravedad como infinita por la injuria y desacato que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan á los hombres condenándolos á los eternos tormentos del infierno. Y como amaba con fuerza de amor inefable á la Divina Majestad, y vivísimamente deseaba su honra y servicio, el ver á la Deidad tan gravemente ofendida, y á los hombres, hermanos suyos segun la carne, perdidos, degradados de su dignidad y excelsa grandeza, y sumidos en los mayores males y miserias, y todo por el pecado, era agudísimo cuchillo que entrañablemente heria y traspasaba su corazon; é inflamado en celo de la gloria divina y salvacion de los hombres se ofrecia á satisfacer á la Divinidad por el mal inmenso de la culpa, y á llevar adelante nuestra salvacion y remedio, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida, y aun sabiendo de antemano el poco provecho que los hombres ingratos habian de sacar del beneficio que estaba á punto de dispensarles.

Este último pensamiento, á lo que el entendimiento humano

puede imaginar, hubo de afligir estremadamente su benditísimo corazon. Porque conociendo con toda claridad y evidencia que los méritos de su pasion eran suficientes á salvar á toda la universalidad del linaje humano, entendió que de tantos millones de hombres como habian de existir en el ámbito de la tierra, á pocos relativamente, y esto por culpa de ellos mismos, habia de llegar la noticia de su pasion y de su muerte; y de tan corto número muy pocos habian de estimar tal beneficio, y muchos menos aprovecharse de él. Y por estos poquísimos que corresponderán á tan grande y costoso remedio, ¡cuán innumerables han de ser los que de los medios de salvacion y vida eterna han de servirse para su condenacion y eterna ruina!

Aquí se le pone delante su sangre preciosísima, aquella sangre divina, que con tantos tormentos del cuerpo y angustias del alma va á derramar por la libertad del género humano, ultrajada, escarnecida é indignamente pisoteada; su doctrina santísima despreciada; atropellados los sacramentos; sacrilegios espantosos, blasfemias horrendas, la abominacion de la desolacion cubriéndolo todo, y hasta manchando con su aliento impuro la parte esterior del Santuario, su divina persona blasfemada, y hecha objeto de burlas, de escarnio cruel, y ¡oh perversidad increible del corazon humano! hasta de satánico odio personal.

Allí entiende que las afrentas, las burlas, las irrisiones, el desamparo, las villanías, blasfemias, traiciones y alevosías de su Pasion se reproducirán en adelante por infinito número de veces, y aun con mayor ignominia y acerbidad. ¡Cuántos Judas ve allí que, por un puñado de dinero, por un capricho vil, han de armarle traicion, y venderle y entregarle infamemente á sus enemigos! ¡Cuántos Pedros, que llevados de ruin pasion, de miserable interés, ó vano punto de honor, han de negarle, no tres, sino trescientas veces! ¡Cuántos Pilatos cobardes y contemporizadores, que le entregarán al furor de envilecida muchedumbre!

¡Cuántos Herodes presuntuosos y sensuales, que le tomarán por objeto de burla y escarnio! ¡Cuántos príncipes del pueblo, conjurados en acabar con él, y no dando paz á sus almas hasta verle en ignominioso patíbulo! ¡Qué tristes historias se desenvuelven ante los ojos del divino Redentor! ¡Qué cuadros de tan horrible abominacion y perversidad pasan ante su vista! Uno tras otro van desfilando delante de él los herejes de todos los siglos, erguida y rebelde la frente, con la blasfemia en los labios, y el fuego de todas las concupiscencias en el corazon; los cismáticos, haciendo girones la túnica de la Iglesia santa; los hipócritas y seductores que con la piel de oveja destrozan la grey escogida; los apóstatas y prevaricadores; los impíos y descreidos, maestros de falsas doctrinas y blasfemadores de la divina ley, todos capitaneados por el primer rebelde, y arrastrando ¡ay! tristemente en pos de sí muchedumbre innumerable de pueblos y naciones que gritan y vociferan contra él, apostatan de su fe, reniegan de sus beneficios, blasfeman de su doctrina, y se ensangrientan en su sagrada persona, en su Vicario en la tierra, en el sacerdocio que él instituyó, y en su cuerpo místico que es la Iglesia. Y mientras contempla con angustia la febril actividad de los malos, y sus iras é incansable furor, ve por otra parte con profundísima tristeza el descuido y cobardía de los buenos, el desamparo en que le dejan, su deslealtad y pereza en aprovecharse de los medios tan eficaces para su salvacion y perfeccion que en aquella hora les está negociando, y cómo en lugar de atender á su honra y servicio consienten que sea blasfemado, condenado y llevado al Calvario, y mil y mil veces crucificado.

Entregado á tan terribles pensamientos, el Corazon santísimo de Jesús se revuelve en un mar de tristezas y congojas. Un tedio y disgusto de todas las cosas hácele insoportable el vivir; temores y agonías de muerte le combaten de todas partes, afligiendo su alma y estremeciendo y trastornando su santísimo

cuerpo. La palidez extrema que baña el semblante, descubre el hielo de pavor que discurre por sus venas, y el quebranto de muerte que asombra su corazon.

Hablando de angustia tan terrible, dice San Márcos, el cual probablemente lo habria oido del Apóstol San Pedro, testigo de la escena, que, retirado Jesús con sus tres más queridos y regalados discípulos, comenzó á tener pavor, miedo, espanto, congoja, tedio, y caimiento de espíritu; que todo esto expresan las vehementísimas palabras de que usa el Evangelista (ἤρξατο ἐκθαμβεῖσθαι καὶ ἀδημονεῖν) [1], y que oprimido su corazon por la fuerza de tan espantosa agonía, como para aliviarse de ella, la quiso el mismo divino Salvador declarar á sus discípulos; y así con voz lánguida y temblorosa les dijo: «mi alma está excesivamente triste (περίλυπος); de todas partes la cercan tristezas y agonías de muerte, cerrándole todas las puertas por donde podria venirle algun consuelo; y estas angustias son tan grandes que bastarian á darme la muerte, y en efecto me la darian, á no impedirlo el poder y la fuerza de la divina voluntad.» Habiéndoles descubierto así su pecho, les encargó que se estuviesen quietos velando con él, y acompañándole en devota y fervorosa oracion. Y haciéndose esfuerzo para separarse y arrancarse (que esta es la palabra que usa San Lúcas) de aquellos amigos en cuyo amor descansaba, se adelanta solo y lentamente, y á la distancia como de un tiro de piedra párase, hinca humildemente ambas rodillas,

---

[1] San Márcos, c. 14, v. 33. San Mateo, c. 26, v. 37, dice: ἤρξατο λυπεῖσθαι καὶ ἀδημονεῖν. El verbo λυπεῖσθαι de San Mateo, significa dolerse, entristecerse, tener tedio y angustia en el alma *(tristari.)* El ἐκθαμβεῖσθαι de San Márcos, viniendo de θαμβέω, espantarse, tener miedo y pavor *(pavere)*, significa estar espantado, consternado y como fuera de sí por el miedo y estupor que viene de improviso. En cuanto al verbo ἀδημονεῖν usado por los dos Evangelistas, Hipócrates (apud Rosenmüller) lo empleó para expresar las terribles fatigas y congojas de la agonía. Como se ve, las palabras con que los Evangelistas quisieron declarar la tristeza y angustia de Nuestro Señor Jesucristo, son de las más vehementes que tiene la lengua griega, una de las mas ricas, briosas y gallardas que se conocen.



póstrase en la tierra, y caido sobre su rostro da principio á su oracion al Eterno Padre.

El lugar era solo, retirado y sombrío; la noche fria y desapacible; dormia toda la naturaleza en silencio de muerte, solamente interrumpido por el sordo y confuso ruido de la marea que bullia las hojas de los árboles, y por el murmurio de las aguas que saltaban en las guijas del vecino torrente de Cedron; y la melancólica luz de la luna, penetrando temblorosa por entre las ramas de los árboles, iluminaba vagamente la superficie de la tierra, humedecida por el relente de la noche.

Aquellos discípulos y amigos del Señor á quienes habia dado tantas muestras de afecto y entrañable caridad, apenas los hubo dejado, se rindieron al sueño, no por flojedad, pereza ú olvido de las palabras del divino Maestro, sino, como advierte San Lúcas, por la tristeza que afligia su espíritu, como se rinde el buen hijo velando congojoso á la cabecera del padre doliente.

Entre tanto, el soberano Redentor de los hombres permanece solo, en medio de la majestad de la naturaleza, levantados sus ojos al cielo y traspasada el alma de mortales angustias. Constituido Redentor y cabeza del linaje humano, preséntase en el acatamiento del Eterno Padre, no como el Hijo muy amado en quien tiene sus divinas complacencias, sino como la víctima elegida para sacrificarse por los pecados del mundo, y como tal cargado de las iniquidades y pecados de todos los hombres. «Todos nosotros, dice Isaías, anduvimos descarriados; cada cual se desmandó por su camino; mas el Señor puso sobre él las iniquidades de todos.» Y todos estos pecados, las maldades de todos los siglos, las injusticias, las iniquidades, los sacrilegios, las impurezas, los adulterios, las perfidias, las traiciones, las bajezas y villanías, toda la corrupcion y ruindad que ha brotado y brotará eternalmente de nuestra corrompida naturaleza, descarga en aquel momento sobre él; diluvio espantoso que envuelve y oprime la Santísima Humanidad de Nuestro Señor

Jesucristo. Derribado en el suelo, con la frente cosida con la tierra, agobiado por el torrente impetuoso de tantos crímenes como de todas partes caen sobre él, y por los cuales ha de satisfacer á la Divina Justicia, no ya como fiador solamente, sino como si él mismo fuese el culpado y los pecados fuesen propios, gime bajo esta horrible pesadumbre que le cubre de vergüenza y confusion. La vehemencia de su congoja y tristeza entrañable, se manifiesta en el semblante pálido, conturbado y confuso; lágrimas abrasadas corren por sus mejillas, y gemidos y sollozos profundos se escapan del sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grande agonía, y envueltos en estos suspiros y sollozos suben al Padre soberano ardientes plegarias, pidiéndole que si es posible llevar á efecto la Redencion del género humano sin tener él que arrostrar tan ásperas afrentas y tormentos, sea servido de librar al amado Hijo de trance tan terrible. «Padre, Padre mio, dice, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga como yo lo quiero, sino como tú.» ¡Oh pobre corazon de mi dulcísimo Jesús! ¿Y es esta la hora que deseábais con tanto ardor, que viviais en apretura hasta verla llegada? Esas tristezas, esas congojas y agonías de muerte, ¿son las aguas en que deseábais veros sumergido? ¡Oh ansia! ¡Oh deseo! ¡Oh pasion de padecer por mi amor, que ardia en el pecho divino! ¡Oh caridad incomparable de mi dulcísimo Jesús! ¡Oh gravedad inmensa de mis pecados, que á tal extremo de tristeza y agonía trajeron á mi amorosísimo Redentor! ¡Oh locura! ¡Oh ceguedad la mia, que con mis crímenes y execrables extravíos de tal manera afligí aquel santísimo Corazon! Salgan de mis ojos rios de lágrimas, broten del corazon amargos gemidos, y despedazado el pecho de dolor, acompañe con mi llanto y arrepentimiento la amarguísima pena que cuestan á mi dulcísimo Sálvador mis innumerables pecados.

Estaba aquella soberana Majestad postrada en el suelo, inclinada la frente, revolviéndose en un mar de angustias y tris-

tezas. Todo turbado y entristecido volvia el pensamiento á todas partes, y en ninguna hallaba consuelo ni alivio. El Padre amado, que antes tenia en él sus divinas complacencias, parecia no dar oidos á su oracion. Su Madre Santísima estaba ausente. Sus discípulos dormian. Llena el alma de ansias y congojas mortales, instaba una y otra vez al Eterno Padre se dignase apartar de él cáliz de tan inmensa amargura; y á estas súplicas el cielo se mostraba de bronce. Agitado y confuso por la tristeza que afligia su alma, iba y venia á donde estaban sus discípulos, y los hallaba tendidos por el suelo, y durmiendo. Así, trabajado su espíritu de tan terribles angustias, tornaba á repetir su oracion con largos y sentidos clamores, aunque resignado siempre con la voluntad de su Eterno Padre, hasta que al fin, movido este de la humilde y devota reverencia del amado Hijo, como dice San Pablo [1], le envió del cielo un ángel que confortase y esforzase su corazon. Hízolo así el celestial mensajero, y el que es alegría de los justos y fortaleza de los atribulados, admitió este consuelo de su criatura. Con lo cual, esforzada su voluntad á arrostrar los trabajos é ignominias necesarias para llevar adelante el negocio de nuestra Redencion, llegó á su extremo la lucha trabada en su alma, batallando por una parte el temor y repugnancia de su naturaleza humana, la cual rehuia la amargura de cáliz tan acerbo, y por otra el deseo de cumplir el beneplácito del Eterno Padre, el celo de la gloria divina y el amor á Dios, y el que por su respeto tenia á los hombres.

¿Quién podrá jamás conocer los misterios y la vehemencia y eficacia de lucha tan terrible? ¡O luna, que en aquella noche tristísima iluminabas con el rayo apacible de tu lumbre la

---

[1] Hebr., c. 5, v. 7. «Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque ad eum qui possit illum salvum facere a morte, cum clamore valido et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia.» Estas palabras de San Pablo, como sienten muchos, pueden aplicarse indistintamente á la oracion de Nuestro Señor Jesucristo en el huerto de Getsemaní, y á la que hizo enclavado en el madero de la cruz en los postreros instantes de su vida.



figura divina del Redentor! ¡O estrellas, que desde el fondo azul del firmamento os estremecísteis de horror al contemplar velada con nube de angustiosa tristeza la frente augusta de aquel que con su mirada encendió vuestros resplandores! ¡O huerto de Getsemaní, ó aire, ó silencio, ó sombras de la noche, testigos de su afan y de su cuidado! ¡O ángeles de paz, que agrupados en torno de Jesus, derramábais amargo lloro viendo al Rey de la gloria todo entristecido y acongojado! ¡Quién pudiera ver lo que vosotros vísteis, y penetrar la agudísima pasion y agonía del pecho divino! ¡Quién describir aquellas olas de temores y tristezas, de repugnancias y amarguras, de ánsias y congojas mortales, que iban y venian sobre el corazon benignísimo de Jesus, alcanzándose unas á otras, chocándose espantosamente entre sí, y conmoviendo todas las fibras de su santa Humanidad?

Dice el Evangelista San Lúcas, que en tan terrible y porfiado combate, el Divino Salvador instaba en su oracion más fervorosa y largamente, no rindiéndose al peso de la inmensa agonía, antes, segun crecia la tristeza y congoja de su espíritu, creciendo tambien el esfuerzo, el teson y el valor incomparable de su alma, que salia al encuentro de estos temores, y los resistia y sujetaba con la fuerza de su caridad invencible.

Y fué tal el esfuerzo que hizo su corazon en esta lucha y contraste de afectos, que avivada la fantasía, embargados los sentidos, y turbadas las fuerzas, elementos y humores de la santísima Humanidad, se produjo en toda ella, y en especial en el sistema nervioso, sometido principalmente á la influencia de las pasiones, un horrible estremecimiento. Con lo cual, revuelto y destemplado el cuerpo, la sangre hinchó las arterias hasta tal punto, que no pudiendo contenerla sus vasos naturales, los rompió y reventó por ellos y salió afuera en forma de sudor [1].

---

[1] No es ocioso advertir que San Lúcas, el único Evangelista que describe la escena del sudor de sangre, era médico; por lo cual su relacion, fuera del valor y certeza



Era espectáculo horrendo ver cómo se enrojecia y ensangrentaba la divina faz del Señor. La sangre divina, mezclada con sudor copiosísimo, brotaba por los poros, y reunida y como cuajada en grandes gotas, corria por el rostro sagrado, borrando y oscureciendo su celestial hermosura. Cegados los ojos clarísimos con los hilos sangrientos que caian de la frente, é inundaban el bellísimo semblante, aquella lluvia espantosa corria por la larga y tendida cabellera, arroyando las barbas, el cuello, y las espaldas, y descendiendo por sus vestiduras hasta llegar al suelo y empaparlo. Es de todo punto imposible describir ni

---

de autor divinamente inspirado, tiene la autoridad científica, que no es de escasa importancia en este caso. Además, las palabras de que se sirve, como nota agudamente el Dr. Stroud (Physical cause of Christ's death. Note III), son rigorosamente exactas y propias de la medicina. Dice así el texto griego de San Lúcas:

43. Ὤφθη δὲ αὐτῷ ἄγγελος ἀπ' οὐρανοῦ ἐνισχύων αὐτόν.

44. Καὶ γενόμενος ἐν ἀγωνίᾳ ἐκτένεστερον προσηύχετο. Ἐγένετο δὲ ὁ ἱδρὼς αὐτοῦ ὡσεὶ θρόμβοι αἵματος καταβαίνοντες ἐπὶ τὴν γῆν.

43. Y se le apareció un ángel venido del cielo confortándole.

44. Y estando en agonía oraba más intensamente; y fué su sudor como gotas de sangre que descendian hasta la tierra.

El sustantivo ἀγώνια derivado de ἄγων, *combate*, significa lucha de afectos contrarios, lucha vehemente, acompañada de miedo, pavor y congoja por algun peligro grave é inminente, ó por la incertidumbre del resultado; θρόμβος segun Hesiquio, Galeno, y los lexicógrafos, es en latin *sanguis concretus*, *vel grumus*, esto es, sangre gruesa y como cuajada. Con el adverbio ὡσεὶ, *como*, no se quiere indicar que las gotas del sudor de Jesucristo tuviesen solamente la apariencia ó semejanza de las gotas de sangre, sino que realmente lo eran, pues este adverbio denota á veces, no la semejanza sino la realidad. Para explicar este sudor algunos autores antiguos, creyéndolo naturalmente imposible, hicieron intervenir una causa sobrenatural y milagrosa. No hay razon bastante para admitir tal opinion; pues esta clase de hemorragias es harto conocida en la medicina, y las causas que obraron en Cristo Nuestro Señor, segun se colige de la narracion evangélica, fueron más que suficientes á producirlo. (Véase el curioso tratado que con el título de *Etude sur la sueur de sang et les hémorragies névropathiques* escribió el Dr. Julio Parrot (París, 1859), pág. 43, 44, y el del médico Florentino Baricelli, *Hidronosa natura*, *Neapoli*, 1614, p. 155.) En cuanto al orígen y principio determinante de sudor tan extraño, unos lo ponen en la congoja, tristeza y agonía del Salvador, la cual, así como en muchos suele ser causa de sudor, así cuando es muy crecida é intensa, principalmente en sujetos de constitucion delicada é impresionable, puede causar sudor de sangre. Examinando atentamente el órden de la relacion de San Lúcas, parece más natural atribuirlo al esfuerzo y energía con que Cristo Nuestro Señor luchó contra las tristezas, temores y repugnancias de su naturaleza humana.

imaginar los dolores que en tan angustiosos momentos hubo de séntir su Humanidad.

Así terminó aquella crísis terrible; así acabó aquella lucha espantosa entre la voluntad de Dios y la pobre voluntad del hombre, entre la virtud divina y la flaqueza humana, entre el temor y el amor, triunfando al fin la inefable caridad de Nuestro Señor Jesucristo, á costa de angustias incomparables de su alma y dolores agudísimos de su santo cuerpo.

En el discurso de la Pasion, y especialmente en el tiempo que el divino Salvador estuvo en la cruz, no hay duda que más de una vez se renovó esta lucha y contraste de afectos en su espíritu. ¿Cuáles fueron entonces los efectos que causó en su sagrada Humanidad? ¿De qué manera conmovieron y alteraron su santísimo cuerpo? Y sobre todo, ¿qué parte hubieron de tener estas angustias del alma y los tormentos del cuerpo, que mas arriba se han ponderado, en la muerte de nuestro divino Redentor?

Antes de responder á estas preguntas, conviene considerar atentamente las circunstancias y síntomas de esta misma muerte, tales como nos la describen los Evangelistas.

MIGUEL MIR, S. J.

LA MUJER ARÁBIGO-HISPANA

Al estudiar la historia de nuestro país bajo la dominacion sarracena, han notado algunos eruditos y críticos un fenómeno singular, y que ofrece patente contradiccion con los principios sociales y religiosos que constituyen la civilizacion muslímica. Entre otros el baron Adolfo Federico de Schack, en el capítulo V de su obra *De la poesía y del arte de los árabes en España y en Sicilia* [1], advirtió que las mujeres alcanzaron más libertad entre los mahometanos españoles que entre los orientales; y brillando por su ingénio y por su ilustracion, gozaron de una estimacion que jamás les tributó el Oriente musulman.—«Mientras que allí (añade), con raras excepciones, el amor se funda en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinacion de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos.»—Y el orientalista Mr. Dugat [2], despues de dar una breve noticia de varias literatas y poetisas arábigo-hispanas, mencionadas por el historiador Almaccari, escribe lo siguiente: «Por estos detalles, aunque escasos y sumarios, sobre la cultura intelectual de la mujer, se comprenderá hasta qué punto de civilizacion habian llegado los árabes en España durante los siglos XI y XII.»

En efecto: á diferencia de las africanas y orientales, que rara vez lograron salir de la oscuridad y abyeccion á que las condenó el islamismo, las mujeres arábigo-hispanas, triunfan-

[1] Traducida elegantemente al castellano por el Sr. D. Juan Valera, que en su prólogo acertó á corregir algunas de las exageraciones del autor aleman.

[2] En su introduccion al texto arábigo de Almaccari publicado en Leiden, página LXXXVIII.



do con su saber y su discrecion de las preocupaciones muslímicas, brillando con frecuencia como poetisas, como literatas y áun como princesas, supieron granjearse el amor y consideracion de sus esposos, el respeto de sus hijos y grande influencia social. Y siendo indudable que el talento y el saber predominan entre los hombres más larga y felizmente que la fuerza y la tiranía, forzoso era que aquellas cualidades, reunidas en amable consorcio con el encanto y la dulzura, ejerciesen grande y provechoso influjo en la sociedad hispano-muslímica, prevaleciendo sobre la ferocidad arábiga y berberisca.

Considerable en verdad, y asombroso, tratándose de una sociedad pagana, es el número de mujeres distinguidas y famosas que registra la historia de la España sarracena. Allí, al par de *Sobb* (Aurora), mujer del califa Alhacam II; de *Romaiquia*, caprichosa y mimada consorte del emir sevillano Almotamid ben Abbad; de *Hobab*, esposa del emir almohade Almamum; de *Zoraya*, que avasalló al sultan granadino Muley Hasen, y de tantas otras que alcanzaron grande intervencion en los negocios públicos, sobresale tal número de literatas, músicas, maestras y doctoras, que necesitaríamos muchísimas páginas para mencionar sus escritos, sus rasgos de ingenio, sus triunfos y demás recuerdos suyos que han apuntado con admiracion los historiadores arábigo-hispanos. En las crónicas del califato cordobés hallamos peregrinas memorias y lindos trozos de *Radhia,* de *Mozna*, de *Lobna* [1], de *Aixa*, de *Mériem* (María), de *Jadicha*, de *Wallada*, de varias *Fatimas*, y de otras muchas que formaron el encanto y el ornamento de aquella brillante córte, con sus versos, con su enseñanza y con sus varios conocimientos artísticos, literarios y científicos, desde la música hasta la teo-

---

[1] No será impertinente á nuestro propósito notar que las literatas Mozna y Lobna merecieron ocupar por su discrecion, al par que por su gallarda letra, puesto de secretarias cerca de los califas de Córdoba Abderrahman III y Alhacam II, como lo refiere Ibn Paxcual.



logía y el derecho muslímico. Y limitándonos á algunos ejemplos, por el célebre cronista Ibn Hayyan de Córdoba [1] sabemos que *Aixa*, hija de cierto Ahmed ben Mohammed ben Cádim, y nacida en aquella misma ciudad, no tuvo rival entre los españoles de su época en ingénio, en ciencia, en literatura, en poesía, en elegancia de estilo, en pureza de costumbres, en discrecion y buen sentido; que compuso poesías laudatorias y epístolas dirigidas á los sultanes y príncipes de su tiempo, con que sobrepujó en elocuencia y perspicuidad á la mayor parte de los escritores contemporáneos; que además de esto se distinguió por lo hermoso y gallardo de su escritura, que atestiguaron á la posteridad numerosos códices de su puño y letra; por su incansable aficion al saber, y por lo copioso y escogido de su biblioteca, en que empleó una gran parte de sus cuantiosos bienes. Lenguas se hacen los mismos cronistas al tratar de la célebre *Wallada*, hija del califa Mohammed III de este nombre, que, hundido el trono paterno, supo reinar en Córdoba por sus raras prendas físicas é intelectuales, por su agudeza, su erudicion, sus versos y su talento musical; siendo sus recepciones verdaderas academias y certámenes literarios, en que nunca terciaba sin que obtuviese la palma del triunfo, aventajándose sobre los mayores ingénios, y cautivando á cuantos la veian y escuchaban [2]. En la próspera Sevilla, rival de Córdoba en ilustracion y cultura, brilló durante el siglo XI, respetada por su honrada conducta y excelentes cualidades, y admirada por sus talentos, *Meriem*, hija de Abu Yacob el Faisolí, natural de Xilb; la cual, si dió preciadas muestras de su estro poético, sobresalió principalmente como doctora y maestra, enseñando á las sevillanas

---

[1] Citado por Ibn Paxcual en su *Sila*, cód. Escurialense, núm. 1672 segun la *Biblia Ar. Hisp.* de Casiri, y 1677 segun la numeracion que ahora rige. Murió Aixa en el año 400 de la hegira, 1010 de nuestra era.

[2] Wallada murió en Córdoba, año 1087 de nuestra era, y segun otros, en 1091. Acerca de su vida y escritos, véanse los datos apuntados por Ibn Paxcual, Almaccari y otros historiadores.

humanidades y literatura [1]. Consultando á la brevedad, nada diremos de *Gáliba*, de *Safia*, de *Amat arrahman* [2], de *Thona* (Antonia), de *Carima*, de *Hind*, de *Mohabba*, ni de otras *Fatimas*, *Aixas*, *Meriemes* y *Jadichas* que suenan en la historia literaria de los siglos posteriores; pero bueno será apuntar que solo en el reino arábigo de los Nazaritas resplandeció una brillante pléyade de maestras, literatas y escritoras ilustres, como *Meriem*, hija de *Ibrahim*, *Mosada*, *Leila*, *Mohcha*, *Hamda*, *Rihana*, la *Vellisylla* (la de Velez), y aquellas tres insignes poetisas, *Nazhun*, *Zainab* y *Hafsa*, que, segun cierto escritor cordobés, bastarán para ennoblecer á Granada en lo tocante al ingénio y á la sabiduría [3].

Pero ¿será lícito colegir de estos datos históricos [4] y del respeto á la mujer, que revelan á veces las poesías de nuestros árabes, que tal cultura, tal condicion, favorable y privilegiada del bello sexo, fueron propio, natural y legítimo fruto de la civilizacion arábigo-muslímica, y de cierto espíritu caballeresco, importado á nuestra Península por sus conquistadores? Así parece haberlo entendido el ya mencionado Schack, al decir atrevidamente que «las poesías amorosas de los árabes españoles respiran una veneracion fervorosa á la mujer, á que era extraña la Europa cristiana de entonces.» Que tales sentimientos no pudieron ser inspirados por el islamismo y por el espíritu propio y nacional de la raza árabe, pruébalo de por sí solo el hecho

---

1 Ibn Paxcual, en su mencionada obra, segun este autor, floreció tan celebrada escritora y maestra despues del año 400 de la hegira (1010 de nuestra era).

2 Significa este nombre «la sierva del Misericordioso.»

3 Abulwalid el *Xocundi*, llamado así por ser natural de *Xocunda* ó Secunda, arrabal de Córdoba, y citado por Almaccari, II, 147.

4 Acerca de las poetisas que produjo la España árabe, véanse las noticias contenidas en los escritos de Ibn Paxcual, Alhomaidi, el Dhabbi, Ibn Alabbar é Ibn Aljathib existentes en la Real Biblioteca Escurialense, y estractadas por Casiri en el tomo II de su *Bib. Ar. Hisp.*, las *Analectas* de Almaccari, II, 536 y siguientes; la introduccion de M. Dugat al testo arábigo del mismo autor, edicion de Leiden, página LXXXVIII, y en lo tocante al reino nazarita, nuestra *Descripcion del reino de Granada*, páginas 209 y siguientes de la segunda edicion.

confesado por el mismo Sr. de Schack: «que las mujeres alcanzaron entre los árabes españoles una libertad, una ilustracion y una estima que jamás les tributó el oriente musulman.» Pero ahondando algo más en la materia, debemos advertir, en primer lugar, que la ley alcoránica, y la civilizacion por ella producida, no podia menos de oprimir y degradar á la mujer, convirtiéndola, de compañera del varon, en un sér abyecto y esclavizado, sin conciencia de su libre albedrío y de su dignidad humana. Humillada y envilecida por la poligamia y por otras doctrinas y prescripciones de la legislacion muslímica [1], sometida al despotismo marital, convertida en mero instrumento de deleite y de servicio, privada ordinariamente de educacion y cultura, así moral como intelectual, falta de autoridad y ascendiente con sus propios hijos, la mujer musulmana no puede granjearse el cariño de su esposo y el señorío del hogar doméstico, sino por medio de sus gracias y hechizos corporales, acrecentados con la más refinada coquetería, pero transitorios y fugaces como la flor de la juventud y de la hermosura.

Y en segundo lugar, en cuanto al pretendido espíritu caballeresco de los árabes, diremos, distinguiendo tiempos y países, que si entre los antiguos y anteriores á Mahoma, la necesidad de amparar á los seres débiles contra las demasías de los poderosos, y la influencia del Cristianismo, predicado en aquellas regiones, produgeron algo de galantería y de proteccion al sexo bello [2], estos sentimientos perecieron con la invasion del

---

[1] Véase *El Coran,* sura XLIII, aleya 17; sura XXX, aleya 20 y sura IX, aleya 38.— Sobre el estado miserable de la mujer y de la familia en la sociedad muslímica, véase al Dr. Pedro Guerra de Lorca, en varios pasajes de su interesante libro, titulado: *Catecheses mystagogicæ pro advenis ex secta Mahometana,* Madrid 1586; al abate Gaume en su preciada *Historia de la sociedad doméstica*, y al Sr. D. Pedro Madrazo, en el bellísimo prólogo que puso á nuestras *Leyendas históricas árabes,* Madrid, 1858.

[2] Hace muchos años que, impulsados de ideas preconcebidas y de opiniones agenas, emprendimos un estudio sobre el espíritu caballeresco entre los árabes del desierto anteriores al islamismo: estudio que abandonamos al fin, convencidos de que si la ley natural y la influencia cristiana produjeron entre aquellos árabes ciertos senti-

islamismo, cayendo la mujer oriental y africana en la humillante servidumbre del harem. ¿Qué rendimiento apasionado y cortés, qué respeto caballeresco podia inspirar al soberbio árabe ó al feroz bereber la mujer ignorante y esclava, custodiada en perpétua cárcel por viles eunucos, que solo era honrada por la fuerza, y que solo pensaba en aumentar su gordura y sus encantos físicos para complacer al sensual marido? Ni vale alegar algunos datos y testimonios de romanceros y novelistas cristianos, que pintan á los moros de Granada como cumplidos caballeros, por extremo galantes y rendidos con sus damas, cuyos motes y divisas llevaban en sus escudos al romper lanzas en su obsequio en público palenque. Aquellos escritores, con un idealismo muy comun en nuestros antiguos pintores y poetas, atribuyeron á sus héroes musulmanes los sentimientos, ideas, usos y costumbres de los caballeros cristianos de su tiempo. Y si hay algo de realidad histórica en esos relatos, es sin duda lo que aquellos moros granadinos habian tomado de la España cristiana, á cuya superioridad y predominio en poder material y en cultura, rindieron el homenaje de la más completa y servil imitacion, como lo refiere un crítico árabe [1]. Por cuyas razones, y otras muchas que sería prolijo aducir, la crítica moderna proclama que el espíritu caballeresco nada debe á los hijos del desierto [2].

---

mientos de honor y galantería (bosquejados en poesías y relatos históricos de la edad anteislámica), todo aquello quedó extinguido con el triunfo del mahometismo, y no ejerció influjo alguno en la Europa cristiana.

[1] El célebre Ibn Jaldun, de Túnez, que escribia á principios del siglo XV, en los prolegómenos á su grande *Historia Universal*, donde dice asi: «Un pueblo vecino de otro que le sobrepuja en cultura intelectual, y á quien debe la mayor parte de la suya propia, no puede ménos de copiarle y remedarle en todo. Esto pasa hoy mismo entre los moros andaluces por sus relaciones con los gallegos (los cristianos castellanos y leoneses); pues tú los verás cuánto se les asemejan en los trajes y atavíos, en usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros, tanto en lo exterior cuanto en lo más retirado de sus alcázares y edificios. Quien observa esto con ojo de sabiduría, lo habrá de estimar como resultado forzoso de extranjera superioridad y predominio.»

[2] Así lo reconoce el mismo Renan en su *Hist. des langues semitiques*.

Siendo, pues, indudable que la ley, al par voluptuosa y tiránica del Korán, no tiende á perfeccionar, sino á malear y deprimir la condicion de la mujer, corrompiéndola y esclavizándola; y siendo juntamente un hecho reconocido por los más entusiastas admiradores del pueblo y cultura árabe, que el bello sexo alcanzó incomparablemente más libertad, respeto y consideracion entre los musulmanes españoles que entre los orientales, forzoso es buscar la razon de una diferencia tan profunda é importante en las condiciones españolas de nuestro país, y en alguna idea tan superior, tan elevada, tan fecunda y hondamente arraigada en nuestro suelo, que, luchando con las doctrinas y preocupaciones de los conquistadores, acabase por vencerlas y sobrepujarlas. Ni la civilizacion, ni la literatura, ni el idioma mismo de la España árabe se pueden comprender y explicar satisfactoriamente, sin tener en cuenta la grande y eficaz influencia del pueblo indígena, harto superior en número, en ciencias y en letras, en artes y en todo género de cultura á los musulmanes que le sojuzgaron. Este pueblo indígena, en su mayor parte hispano-romano, aunque sometido por las armas, llegó á predominar con el poderoso ascendiente de su literatura latina y de su civilizacion romano-cristiana, sobre el número harto exíguo de la poblacion árabe y el más copioso de la mauritánica y berberisca, como en otro tiempo habia prevalecido sobre la raza visigoda, ménos bárbara sin duda que las huestes de Taric y Muza. De esta considerable y provechosa influencia hemos tratado con suficiente extension en otra parte: bástenos ahora notar que á la mezcla del elemento indígena hispano-romano cristiano se deben, sin duda alguna, los principales rasgos característicos que distinguen á los musulmanes españoles de los orientales, y muy especialmente cierto espiritualismo, cierto perfume de pureza cristiana y de verdadera civilizacion, que no pudo venir de los incultos riscos del Atlas, ni de esas hordas salvajes que, con sus periódicas é incesantes avenidas, destruyeron

en el litoral africano los últimos restos de la cultura romana, tan floreciente en otro tiempo.

Mejorar la condicion del sexo debil, producir un cambio tan radical y tan saludable en la viciosa constitucion de la familia muslímica, fué un prodigio reservado á la poderosa influencia del elemento cristiano, introducido en aquella sociedad por medio de la mujer indígena, que, armada con la dignidad cristiana, con la entereza ibérica y con la ilustracion hispano-latina, supo reportar tan señalada conquista sobre sus bárbaros dominadores. Los conquistadores de España fueron conquistados por los hechizos de las mujeres españolas; prendados árabes y moros de la gentileza, dignidad y discrecion de las damas indígenas, las solicitaron para esposas, prefiriéndolas á las de su propio linaje; y como ellos se habian hecho ricos y poderosos con los bienes y riquezas arrebatados á los vencidos, y ellas estaban acostumbradas al fausto y regalo de la corte y época visigoda, bien pronto el cálculo y la moda autorizaron enlaces que reprobaban de consuno la conciencia y el patriotismo [1]. Desde Egilona, viuda del rey D. Rodrigo, que admitió por esposo al árabe Abdelaziz, y Sara, nieta de Witiza, que adoptó sucesivamente dos esposos musulmanes, hasta la completa extincion de la cristiandad muzárabe, hubo innumerables españolas que casaron con infieles, expiando muchas con grandes sufrimientos y desventuras el interés que las arrastró á tan reprobados enlaces. Pero al admitirlos y al unir su suerte con los sectarios del Islam, no lo hacian sin pactar condiciones ventajosas, sin el for-

---

[1] Tambien pudo influir en la flaqueza femenina el miedo á sus altivos dominadores, la necesidad de buscar un apoyo firme contra los peligros de la orfandad desvalida ó de la hermosura malamente solicitada. ¿Qué extraño es que Sara, nieta del rey godo Witiza, cuando pasó al Oriente á impetrar el apoyo del califa contra su tio el traidor Ardabasto, que la habia despojado de sus bienes, aceptase el esposo árabe y musulman que le ofreció aquel monarca? Más culpable encontramos á Lampegia, que siendo hija de un príncipe francés, el duque Eudon de Aquitania, y por lo mismo menos expuesta á caer en manos de los musulmanes, casase con el bereber Munuza, labrando su trágica ruina.

mal compromiso de que se las permitiese continuar en su fe, en su rango y libertad cristiana; con tal extremo, que consta de muchas que, sobreviviendo á sus maridos, educaron á sus hijos en la religion católica, no obstante la prescripcion muslímica, que condenaba semejante educacion con la última pena. Mas si el rigor de la ley no les permitia tanto, procuraban al menos suavizar la aspereza nativa de sus esposos, y educar á su prole en principios de honestidad y virtud, ajenos á la impura moral alcoránica y á la grosera cultura muslímica.

Puede asegurarse que las mujeres que más descollaron en la España árabe por su espíritu, talentos é influencia social, fueron de raza indígena, y muchas de ellas hijas de cristianos mozárabes ó libres, y educadas en esta Religion. Cristianas fueron, por ejemplo, la vascongada *Sobh*, esposa del califa Alhacam II; la portuguesa *Sairalhom* (el *non plus* de la hermosura), que cautivada en Santaren fué madre de Abdallah ben Yacub, titulado Aladel, uno de los mejores soberanos almohades, y elogiado por sus cronistas como discreto, prudente y religioso; *Hobab*, que casó con el sultan almohade Almamun, y mereció ser celebrada por los mismos historiadores arábigos como mujer distinguida y dotada de grande inteligencia [1], y *Zoraya*, hija del alcaide de Martos, y que al lado del emir Muley Hasen ocupó el sólio real de Granada. De familia española, aunque renegada, fué la célebre poetisa granadina *Mosada*, hija del insigne literato y maestro Abulhassan ben *Alpedex*, y como dice su biógrafo Ibn Aljathib, mujer de mucha agudeza, ingenio, piedad y literatura [2]. Aun las españolas islamizadas conservaron tenazmente y por mucho tiempo el espíritu, ideas y costumbres recibidas de sus cristianos ascendientes. De tal manera, la tradicion hispano-cristiana, sostenida y perpetuada por los mozárabes ó

---

[1] Cronicon arábigo del *Carthas*, página 170 del testo arábigo, publicado por Tornberg.

[2] Murió en el año 1196 de nuestra era.

cristianos sometidos, y por los mulladíes ó españoles islamizados, influyó constantemente en la sociedad arábigo-muslímica, y produjo esos frutos fenomenales que tanto sorprenden á los que desconocen su verdadera causa. Tal influencia y tradicion son palpables y evidentes en todo cuanto se relaciona con la civilizacion, y especialmente con la condicion de la mujer y de la familia. Entre las poetisas árabigo-hispanas de que hicimos mencion anteriormente, hubo algunas que, caso raro entre musulmanes, no quisieron tomar esposo, muriendo doncellas [1]. El ejemplo de las mozárabes y españolas, ayudado por el espíritu de rivalidad tan ordinario entre mujeres, debió despertar en las árabes y africanas el sentimiento natural de la dignidad humana, que yacia olvidado, pero no extinguido, en lo más recóndito de sus corazones, enseñándolas á mirar más por su decoro y á exigir mayor pureza, más agasajo y consideracion en sus relaciones amorosas, conyugales y maternales [2]. En los escritores arábigos de nuestro país hay noticia de muchas familias de orígen español, que por sus talentos é instruccion, por sus cualidades y hechos insignes, brillaron durante uno y otro siglo entre los musulmanes. Así lo revelan los apellidos de *Bono*, *Burriel*, *Carloman*, *Guzman*, *Fandila*, *Ferro*, *Fortix*, *Fortun*, *Pascual*, *Yenneco* (Iñigo), y otros tales que tanto abundan en la historia literaria de la España árabe, y muy especialmente los apodos de *Ibn Alcuthia* (el hijo de la goda), é *Ibn Arromia* (el hijo de la romana ó cristiana), con que fueron conocidos muchos literatos y varones insignes, demostrando que á la influencia femenina debian aquellas familias su ilustracion, valer y nombradía. Pero aquí, por no dilatarnos, sólo haremos especial

---

[1] Así lo cuenta Ibn Paxcual de Córdoba al tratar de sus compatriotas las ilustres poetisas y literatas Aixa bent Ahmed, que murió en 1010 de nuestra era, y Fátima Ibent Zacaria, que murió en 1037.

[2] A tal extremo llega el envilecimiento de las mujeres musulmanas en Africa, que á sus propios hijos varones les suelen dar el tratamiento de *sid* ó señor.

mencion de una familia muy distinguida del propio linage, que brilló como fúlgida antorcha en el foco de la civilizacion árabigo-hispana, y que si no conserva en la historia su apellido español, por haber fingido un abolengo arábigo-persa [1], traia su orígen, nada remoto por cierto, de la cristiandad mozárabe de Elepla (Niebla). Tal fué la familia de los *Benu Hazm*, que, fijando su residencia en Córdoba y abrazando el islamismo, dió grandes motivos de alabanza á los historiadores arábigos. Segun el célebre cronista Razi, citado por Ibn Alabbar, en el siglo IX de nuestra era, aquella familia produjo al sabio *Hazm*, apellidado el maestro universal, que en union de su hijo Mohammed y de una hija, grande literata (cuyo nombre ignoramos), sostuvo en Córdoba un establecimiento de enseñanza, principalmente histórica y literaria, en que recibieron su instruccion muchos escritores y sabios famosos, y que dejó en aquella Corte provechosa tradicion y glorioso recuerdo. *Mohammed*, hijo de *Hazm*, sobresalió notablemente en los estudios históricos y literarios, mereciendo ser elogiado por el Razi como *enciclopedista de todo asunto y cronista de todo suceso*. Más adelante, corriendo ya el siglo X y el más brillante período del califato cordobés, floreció en la propia familia el insigne hablista, literato y sabio *Ahmed ben Said ben Hazm* [2], que fué wacir ó consejero del célebre hagib Almanzor, primer ministro de Hixen II. Hijo de *Hamed* fué *Alí ben Ahmed ben Hazm*, que llegó á ser ministro del califa Abderraman V de este nombre, y el ingenio más sobresaliente de su tiempo [3]. Su talento privilegiado y vastísimo abarcó todos

---

[1] Como los mulladíes ó musulmanes nuevos solian ser mirados con desprecio por los rancios, los renegados de nuestra fe y sus descendientes, para alejar de sí toda sospecha y rastro de origen cristiano, tomaban apellidos árabes y pretendian ser oriundos de regiones orientales. La familia de que tratamos, suponiendo que procedia de la Pérsia, logró sepultar en el olvido su antiguo apellido español, mas no engañó del todo á los escritores de su tiempo, que hacen constar juntamente sus pretensiones persianas y su origen hispano-cristiano.

[2] Murió en el año 1012 de nuestra era.

[3] Murió en el año 1043 de nuestra era. Hemos hallado estas noticias acerca de la

los conocimientos humanos, pues brilló igualmente en el cultivo de la teología y del derecho musulman, de las tradiciones mahometanas, de la poesía, de la gramática, de la elocuencia, de la dialéctica y de las ciencias filosóficas en general; dejando escritos sobre todas estas materias numerosos y preciados libros, que desgraciadamente se han perdido en su mayor parte. Pero en los opúsculos y fragmentos que de él se conservan, hallamos, al par con pruebas indudables de su prodigiosa capacidad, rasgos interesantes de sentimientos puros, tiernos, delicados y casi espirituales, extraños al génio arábigo y musulman, bebidos en la fuente de la tradicion hispano-cristiana, y que le han valido el ser llamado por un orientalista moderno, *el más cristiano entre los poetas musulmanes* [1].

A la tradicion hispano-cristiana, y sólo á ella, pertenece ese espiritualismo, ese rendimiento amoroso lleno de abnegacion y pureza, que hallamos en los poetas arábigo-hispanos, y que en vano se buscará en la poesía musulmana de otras regiones, tan groseramente sensual. Se dirá tal vez que esa especie de espíritu caballeresco se refleja igualmente en los versos de vates andaluces que no tenian en sus venas una sola gota de sangre española, y que por lo mismo no habian heredado de sus ascendientes ni bebido en la tradicion nacional tales sentimientos é

---

ilustre familia de los Benu-Hazm en el Diccionario biográfico y bibliográfico de Ibn Alabar, llamado la *Tecmila*, cod. Esc. núms. 1675 y 1678, segun la numeracion moderna, y en la *Ihátha* de Ibn Aljathib, cod. 1673 moderno. El que desee más noticias puede consultar las *Analectas* de Almaccari y la *Hist. des mus. d'Espagne*, por Mr. Dozy.

[1] En el libro IV de su mencionada *Historia* Mr. Dozy escribe las notables palabras siguientes: «No debemos olvidar que este poeta, el más casto, y aun me atreveria á decir el más cristiano entre los poetas musulmanes, no era un árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no habia perdido enteramente la *manera de pensar y de sentir, propia de la raza á que pertenecia*. En vano estos españoles arabizados renegaban de su orígen, puesto que en el fondo de su corazon quedaba siempre algo de puro, delicado y espiritual que no era árabe.» En la misma obra hallará el curioso lector una interesante anécdota amorosa del mencionado poeta, contada por él mismo, y que revela los sentimientos casi cristianos que á la sazon le animaban.

ideas. Pero á esto replicaremos que, á nuestro juicio, ni las ideas ni las creencias son caractéres distintivos de las razas, bastando á comunicarlas la educacion y el ejemplo. En las escuelas cristianas adquirieron los árabes, así occidentales como orientales, la mayor y mejor parte de su instruccion literaria y científica. Y limitándonos á esos nobles sentimientos que brillan en los versos de Ibn Hazm y de otros poetas arábigo-hispanos, es indudable que áun en la imaginacion exaltada de los mismos árabes no pudieron ménos de encender las llamas de un casto y poético amor tipos femeninos que aquellos no habian soñado hasta entonces. Veian á la mujer indígena, merced á su educacion cristiana y española, rodeada de una aureola de pureza y dignidad que no habian contemplado jamás en las hijas de su pueblo; veíanla esquiva con los tiranos y amable con los rendidos; veíanla en las estipulaciones matrimoniales, atender más á la felicidad doméstica que al interés de una dote crecida [1]; veíanla honrada y fiel en medio de la libertad, y sobrellevar sus desengaños é infortunios con noble paciencia, sin recurrir á los torpes remedios que arbitró la sabiduría musulmana [2]; veíanla, finalmente, sobresalir en el cultivo de las letras y las ciencias, y padecer y morir heróicamente en defensa de su fe sobre los patíbulos de Córdoba [3]; y como advierte un elegantísimo escritor de nuestros dias, «¡cuán fecundos gérmenes de poesía brotaron

---

[1] Temerosas del repudio y divorcio absoluto. sancionados en muchos casos por la ley alcoránica y harto frecuentes en aquella sociedad, las mujeres mahometanas ponen su principal cuidado en asegurar una dote proporcionada á su edad, hermosura y otras prendas; y así, más que unirse por amor, lo que hacen es venderse ó alquilarse. Véase lo que discurre á este propósito el Dr. Pedro Guerra de Lorca en sus *Catecheses mystagogicæ pro advenis ex secta mahometana*, fól. 52.

[2] Segun la ley mahometana, *quæ bis fuerat repudiata, ad priorem virum redire non potest, nisi ab alio fuerit carnaliter cognita et repudii lege poterit tunc antiquo viro reconciliari.* «Guerra de Lorca,» ibidem, fól. 51 verso.

[3] Allí alcanzaron la palma del martirio durante la persecucion sarracénica las Floras y las Marías, las Argénteas y las Aureas, las Benildes y las Liliosas, dignas sucesoras de las Leocadias, las Eulalias y las Victorias, que tanto honor habian dado á Toledo. á Mérida, á Barcelona y á Córdoba.



al calor del suelo andaluz en la imaginacion popular, excitada por el espectáculo sublime de la mujer ocupando un trono ó sumida en hedionda cárcel, padeciendo por la verdad y la justicia! [1]»

Buscar la razon de estos hechos en la civilizacion muslímica, afirmar con Mr. de Schack que la Europa cristiana de los siglos medios era extraña á la fervorosa veneracion que los poetas arábigo-hispanos tributaron á la hermosa mitad del humano linaje, es desconocer la filosofía de la historia, olvidando que al Evangelio se debe la emancipacion y ennoblecimiento de la mujer; es desconocer la historia de la familia y de la sociedad europea, en cuya regeneracion y progresivo perfeccionamiento tanto resplandece la accion civilizadora del Catolicismo; es, por último, desconocer la literatura de los pueblos cristianos, á cuyo lado, todo eso que nos deslumbra y admira en los mismos árabes españoles, no es más que engañosa apariencia y tosco remedo [2]. La crítica moderna proclama altamente por boca de nuestro insigne Balmes [3], que todo el respeto y consideracion

---

[1] El Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra.

[2] Cabalmente, al apuntar estas razones, llega á nuestras manos un discurso leido recientemente ante la Real Academia de la Historia por D. Victor Balaguer, y en él hallamos una página muy bella (23-24), por donde aparece que la poesía provenzal de allende y de aquende el Pirineo refleja los sentimientos de que tratamos, pero realzados hasta un punto á que ni llegó ni se aproximó la arábigo-hispana. El Sr. Balaguer advierte de paso que «la mujer esclava en el Norte es reina soberana en el Mediodía:» prueba evidente de que el espíritu caballeresco no nació entre los germanos, sino entre pueblos más meridionales y más influidos por la civilizacion latina y católica. Pero el Sr. Balaguer, cediendo á la confusion de ideas que impera en nuestros tiempos y embota las más claras inteligencias, sospecha que «la poesía provenzal pudo nacer de la misma fuente que la española toda, es decir, de la poesía árabe:» error ya desacreditado y combatido aún por escritores tan apasionados de la cultura árabiga, como Renan y Dozy. «Ni la poésie provenzale (dice Renan en su *Hist. des langues semitiques*), ni la chevalerie ne doivent rien aux musulmans. Un abîme separe la forme et l'esprit de la poésie romaine de la forme et de l'esprit de la poésie arabe.» Y Mr. Dozy (en sus *Recherches*, tomo I, pág. 600 y sig. de la edicion) ridiculiza la supuesta influencia de la poesía árabe en la española.

[3] En los capítulos XXIV á XXVII de su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*.



de que goza la mujer europea, se lo debe exclusivamente al Catolicismo, que con sus doctrinas sobre la virginidad y sobre el vínculo indisoluble del matrimonio, elevó su condicion hasta un punto que no sospecharon siquiera las naciones más civilizadas de la antigüedad [1]; y cabalmente á su carácter, por excelencia católico, debe nuestra España la honra singular de ser el pueblo clásico del honor, de la galantería y del verdadero espíritu caballeresco, tan brillantemente reflejado en su literatura.

En ella, y muy especialmente en la admirable dramática del siglo XVII, bellísimo y fiel reflejo de nuestra civilizacion, se eleva á su más alto grado la apoteosis de la mujer cristiana: allí tambien encontramos el contraste de la dama española y de la muslímica. En su comedia, *Virtud, pobreza y mujer*, y en una escena que pasa en Africa, el fénix de los ingénios pone el siguiente diálogo en boca del moro Alí y el español D. Cárlos.

ALÍ. «Yo pienso que amor te engaña:
En la libertad de España
Virtud, pobreza y mujer,
No puede ser.....
D. CÁRLOS. Las que aquí son virtuosas,
Alcaide, sónlo forzadas.
En España son honradas
Por sí mismas, siendo hermosas.
ALÍ. Si aquí con tanto recato
Aún no podemos vivir.

---

[1] Es cierto que durante la Edad Media entre los bárbaros de la Germania y los árabes del desierto hallamos á la mujer más considerada que en la antigua sociedad romana, y en la muslímica fundada por Mahoma; pero esto se debe á que las naciones bárbaras conservan por tradicion los principios de la ley natural, principios falseados en Grecia, en Roma, y en otras naciones de la antigüedad por un paganismo del todo materialista, y posteriormente en una gran parte del mundo por la gran herejía musulmana, que tanto ha detenido los progresos del Evangelio.

D. CÁRLOS. Hay tantas allá tan buenas,
Que con esa libertad,
De ejemplos de honestidad
Están las ciudades llenas.»

Recapitulando, pues, cuanto llevamos dicho, séanos lícito afirmar que la mujer indígena, ya cristiana, ya islamizada, cultivando su corazon y su inteligencia, y realzando sus prendas morales, únicas que aseguran al bello sexo un ascendiente sólido y duradero sobre el corazon del hombre, atendiendo á la educacion de sus hijos y á la posible mejora de sus esposos, descollando con público aplauso en las letras y en las artes, y manteniendo cuidadosamente la dignidad y los derechos que le conquistó la fe cristiana de sus mayores, contribuyó eficazmente á la ponderada civilizacion de los árabes españoles [1].

Más esta condicion de la mujer arábigo-hispana, sostenida por el espíritu y tradicion recibidos de sus ascendientes, no debió subsistir hasta los últimos tiempos de la dominacion sarracena. Disipado por la accion destructora del tiempo y la in-

---

[1] Permítasenos estampar aquí unas frases bellísimas que, á decir verdad, han sido el móvil del presente trabajo. En su erudito y elocuente discurso de contestacion al pronunciado ante la Real Academia Española por el Sr. D. Luis Fernandez Guerra, su hermano D. Aureliano ha escrito lo siguiente: «La mujer fué un poderoso elemento de civilizacion entre los árabes españoles..... Y todo esto fué hacedero, porque nunca entre los mahometanos españoles vino la mujer al extremo de abyeccion que en Asia y Africa: nunca pudo la infelicidad del cautiverio arrebatar á la dama española su genial resolucion y travesura, la majestad latina, la altivez y piedad visigóticas. Igual esmero puso en avalorar sus gracias naturales que en avivar y enriquecer su entendimiento. Ciñóse el laurel del poeta y del sabio, pero con afectos de mayor delicadeza y ternura. Logró que le fuera lícito desplegar las alas de su espléndida fantasía en las academias de los árabes más doctos. Concurrió á los plácidos saraos, junto á los saltadores de agua y floridos jazmines y limoneros, donde, como el ruiseñor en la enramada, bellas muchachas coristas y cantoras, detrás de los egipcianos tapices y de las altas celosías, embelesaban los sentidos. Y en justas y torneos, al estruendo de trompetas y añafiles, ocupó dorados miradores, gozándose al ver cómo al pasar ante ellos el justador que la servia enamorado, hizo que se arrodillara su corcel; y luego, alzándose en los estribos, le ofreció sujeto al hierro de la lanza, el bordado liston, la rica joya y la cadena de oro, premio de la fortuna y del valor en el ardoroso palenque.» (Págs. 56, 57.)

fluencia perniciosa del islamismo aquel aroma cristiano, tan extraño á la moral y á la ley alcoránica, la mujer, degenerada y corrompida, descendió y se despeñó fácilmente de la altura que le habian granjeado sus antiguas virtudes y dotes morales. La historia nos hace ver que muchos pueblos, apartados de la religion verdadera, conservaron durante largo tiempo cierta sombra de virtud y de civilizacion, gracias á los elementos de vida que habian llevado consigo al tiempo de su apostasía, hasta que, produciendo esta sus inevitables resultados, cayeron y se hundieron en la más completa ruina [1]. Así decayó, para no levantarse jamás, la cultura arábiga de Oriente y de Occidente, cuando perdió los elementos saludables, los principios civilizadores, recibidos en el órden moral del Cristianismo y en el literario y científico de griegos y romanos; y quedando reducida á su propio caudal pagano y muslímico, manifestó claramente su esterilidad é impotencia, que tocan ya en los límites de la barbarie. Hundido, pues, el califato cordobés, tan penetrado por la civilizacion hispano-cristiana, y predominando en la España sarracena la ferocidad berberisca y el fanatismo musulman, disipáronse aquellos sentimientos generosos y delicados; y la mujer, envilecida y despreciada, solo pensó ya en avalorar sus encantos físicos.

Segun el célebre historiador Ibn Aljathib, que escribia en la segunda mitad del siglo XIV y en el sensualismo de la córte nazarita, las granadinas, conservando algun resto de las gracias que antiguamente atesoró la mujer indígena, se distinguian por lo ingenioso de sus palabras y el donaire de su conversacion; más habian llegado al mayor desenfreno en el lujo, la compostura y la vanidad. «Las granadinas, dice, son hermosas, señalándose por lo regular de su estatura, lo garboso de sus

---

[1] De aquí esta gran decadencia de la Europa cristiana, infestada hace tres siglos por el protestantismo y el racionalismo.

cuerpos, lo largo y tendido de sus cabelleras, la blancura y brillantez de sus dientes, el perfume de su aliento, la graciosa ligereza de sus movimientos, la agudeza de sus palabras, y su buena aunque demasiada conversacion. Más han llegado en nuestros dias á tal variedad en el atavío, á tal ostentacion en los primores de la industria, á tanto afan por las joyas de oro y las telas preciosas, á tal desenfreno en la multitud y diversidad de trajes y adornos, que excede á toda ponderacion [1].» El lujo y desenvoltura de las granadinas, fué uno de los mayores obstáculos que se opusieron á la conversion de aquellos infieles. Aun despues de reducidas á nuestra Religion, las moriscas se obstinaron en conservar el traje pomposo y liviano á que estaban acostumbradas, y que por los años de 1526 llamó tanto la atencion al viajero italiano Andrés Navajero, embajador de Venecia cerca del emperador Cárlos V [2]. Un escritor católico del propio siglo, y que trabajó mucho por extirpar los vicios que aquejaban á la poblacion morisca, hace, á propósito de las mujeres, observaciones muy curiosas. Extractando de su interesante relato solo aquello que cumple á nuestro propósito, diremos que, segun este escritor, las moras y moriscas, atentas solo á realzar sus encantos naturales y agradar á sus sensuales maridos, consumian malamente todo su tiempo en ungir, retocar y aliñar sus cuerpos, de tal manera, que las viejas se presentaban en público sin los surcos y arrugas propias de su edad, y con todas las pretensiones y el aspecto de jóvenes casaderas. Para conservar su frescura y aumentar su obesidad, porque los moros se pagan mucho de la gordura femeñil, absteniéndose de toda fatiga y trabajo corporal, no pensaban más que en comer,

---

[1] Ibn Aljatib, en su *Historia de la dinastía nazarita*, titulada *El esplendor del plenilunio*, cód. Esc., 1771 segun el catálogo de Casiri, 1776 segun la numeracion moderna.

[2] El curioso relato de Navajero puede verse en los apéndices á nuestra *Descripcion del reino de Granada.*



bañarse y dormir, como hoy las moras en Africa, hasta el punto de convertirse, segun el mencionado escritor, en cochinos cebados *(pingues sues)*; usaban un atavío muy pintoresco y voluptuoso [1], y, olvidado el recato propio de su sexo, competian en liviandad y desvergüenza con los mismos hombres de su raza [2]. De cuya corrupcion femenina resultaban naturalmente, como en lo más degenerado de nuestra sociedad moderna, que retrocede hácia el paganismo, innumerables divorcios, inmensa prostitucion, y gran muchedumbre de niños abandonados á la muerte, á la miseria y al vicio [3].

Tal fué la condicion de la mujer en la sociedad arábigo-hispana, tal la verdadera cáusa de su venturosa suerte en los primeros tiempos, y de su caida y envilecimiento al declinar aquel imperio y civilizacion, tan néciamente admirados y celebrados por muchos escritores modernos. Si alguno de estos, desconociendo que el Cristianismo es la fuente de todo progreso humano y social, nos objetase que en la sociedad cristiana y europea se toca ya semejante decadencia y degeneracion del

---

[1] «Atque hinc Arabicis mulieribus illud venit, ut in curandis, fovendis, ungendis»que corporibus omnem vitam suam male insumant, et in media senectute, nec »arata fronte, nec immutata facie, quasi puellæ nubiles in medium procedant ne á »suis lascivis viris repudium valde sibi noxium patiantur.» (Guerra de Lorca, *ibidem*, fólio 52.) Observa luego este autor que menguando el amor de aquellas mujeres á sus maridos al par que progresaban en lujo y liviandad, concluian por verse repudiadas, pero que ellas, previsoras como la hormiga, habian asegurado su futura subsistencia por medio del dote concertado en el contrato matrimonial; y así, durante el divorcio, podian vivir á sus anchas y con toda holgura, ó pasar á segundas nupcias.

[2] «Cum autem libidinosi Arabes pinguium mulierum amore trahantur..... omne »suum studium parandæ pinguedini ipsæ applicant, quo vero carni accrescat, externo »labori parcunt, callido cibo et præsertim pingui jure reficiuntur, ita ut citius ex ma»cris ac macilentis pingues sues ipsæ evadant. Quod si ars ista interdum non valuit »naturam juvare, alia arte suæ libidini antidotum parant, et in patrio amictu pinguio»res seu corpulentiores ita incedunt: caligis cœrulei coloris multum plicatis longis. »Alcandoris ab humeris usque ad talos pendentibus, vestibus mutatoriis more patrio »consutis, quibus ornatæ in publicum procedunt.....»

Acerca del traje, harto lascivo, de las moriscas, véase al mismo autor, fól. 27, cuya curiosa descripcion conviene á maravilla con la que hace Navajero.

[3] Ib. 61 y alibi.

sexo bello, replicaremos que tamaña desventura es forzoso efecto de la reaccion pagana que viene estragando una gran parte del mundo civilizado, desde la invasion del protestantismo; de esa reaccion gentílica, que tantos golpes ha asestado contra las vírgenes del Señor y contra la santidad é indisolubilidad del matrimonio.

Gran desdicha es ciertamente para el mundo moderno, que la mujer educada paganamente goce de la libertad que solo merece la cristiana y virtuosa, y que, por el contrario, esta no obtenga el respeto y estimacion que la otorga el cristianismo: de cuyos opuestos extremos se originan sin cesar tantas tragedias y tal reata de males para la familia y la sociedad.

Lo que sacaremos de esta decadencia femenina, es la grandísima importancia social que encierra la educacion de la mujer, lo mucho que debe trabajarse para inculcar en su ánimo los principios de honestidad, recato y temor de Dios, de que pende todo su realce y consideracion, toda la dicha y tranquilidad de su porvenir, toda la grandeza de su triunfo: que es reinar como ángel de candor y bondad en el hogar doméstico ó en la familia religiosa del cláustro. Bien lo comprendió en el siglo XVI el ilustre Cardenal Silíceo, al fundar y dotar en Toledo, con régia munificencia, un colegio de cien doncellas, educadas para buenas madres de familia; bien lo alcanzaron tantos otros varones eminentes, que en los siglos de nuestra grandeza prodigaron su fortuna, y extremaron su celo para asegurar la subsistencia de las religiosas, para sustento é instruccion de las arrepentidas, para promover y difundir prodigiosamente la educacion de ambos sexos, é introducir en todas las almas la luz vivificante del Cristianismo.

Si en la España muslímica brotaron algunas flores de pureza y decoro, es porque el sol del Evangelio habia iluminado copiosamente esta region occidental. Más no es razonable el dejarse deslumbrar por ciertos frutos de cultura, que brillan por

algun tiempo en las sociedades prevaricadoras, desgajadas del árbol divino de la Iglesia. El respeto y consideracion que la mujer hispano-cristiana obtuvo de sus bárbaros dominadores, no deben considerarse como regla general y constante de un órden social en tan opuestos principios fundado, sino como venturosas excepciones, como reliquias del gran naufragio que sufrió en el Guadalete la sociedad hispano-católica. Es indudable que la mayor porcion del sexo hermoso, y principalmente el arábigo y berberisco, yacía en la vergonzosa esclavitud de los harenes; donde, segun refieren los historiadores arábigos, se encerraban centenares de mujeres sometidas al antojo, veleidad y despotismo de un disoluto señor. Y por último, todo lo más sobresaliente que en punto á galantería, honor y caballerosidad se halla en la literatura arábigo-hispana, dista mucho de lo que con tanta sublimidad, y con admiracion de los mismos extranjeros, resplandece en la castellana y católica literatura de Lope y Calderon, y de lo que, no obstante la decadencia presente, goza y disfruta aún la privilegiada mujer española.

F. Javier Simonet.



AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO VI

DE LOS PASOS QUE DIÓ TEODOSIO EN BUSCA DEL BRAZALETE DE AMAYA.

Cuando Teodosio se despidió de García Gimenez, tomó, segun queda dicho, el camino del fuerte ó granja de Echeverría, anhelando, al parecer, por cumplir el encargo que acerca del brazalete, con no disimulado ahinco, le habia hecho su amigo.

Esto no obstante, ya se puede figurar el discreto lector, que no eran menester grandes encarecimientos ni recomendaciones para que el hijo de Goñi tratara, no solo de averiguar el paradero de la misteriosa alhaja, sino de adquirirla y salvarla á toda costa.

En cuanto á restituirla despues á sus legítimos dueños, tampoco podia caber la menor duda. Pero ¿quién eran estos? ¿Los godos ó los vascos? ¿La hija de Ranimiro ó la de Lartáun?

Debemos suponer á Teodosio completamente decidido á favor de la última, por grandes apariencias de razon que amparasen las imaginarias pretensiones de la primera.

Desde el momento en que supo ó pudo presumir que el secreto por excelencia vascongado, el tesoro de la *escualherría*, se encerraba en aquella joya, esta no podia, en concepto del caudillo, seguir perteneciendo á los enemigos del pueblo eúscaro, fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegaran. Una vez perdido para ella el legado de Aitor, ya no debia recobrarlo jamás. Ni la procedencia del brazalete, ni su no interrumpida ni has-

ta el presente disputada posesion, ni el cariño filial, ni la voluntad de Paula, justificarian nunca que el patrimonio de los vascos, la herencia, por decirlo así nacional, fuese á parar á manos de los aborrecidos godos; que la riqueza guardada por espacio de tantos siglos, exclusivamente para beneficio y esplendor del pueblo euscaro, solo por el capricho, ó más bien, por la defeccion inconcebible, y por lo tanto imprevista, de una mujer de la prole de Aitor, viniera á convertirse en arma de guerra contra la raza favorecida.

Paula, en rigor, habia dejado de ser vascongada desde el punto en que se hizo goda: sus derechos pasaron íntegros á sus hermanas Amagoya y Usua; y como esta tenia sucesion y aquella no, de la hija de Usua, de la Amaya de Butron, por todas las tribus reconocida y aclamada como *hija de Aitor*, era el tesoro, y por consiguiente, todo cuanto al descubrimiento y conservacion al tesoro esencialmente correspondiese y atañera.

Así, poco más ó menos, discurria Teodosio; pero la imparcialidad histórica nos obliga á sospechar que, aparte de estas razones legales ó políticas en que se fundaba como vascongado, tenia algunas otras singulares y especialísimas, que más poderosa, si no más desinteresadamente, le inclinaban hácia la Amaya de Aitorechea.

Como quiera que fuese, el hijo de Miguel, que habia escuchado con suma atencion el diálogo de García y sus dos ilustres godos al pié de la roca, y comprendido, á pesar de su afectada ignorancia del latin culto, la importancia, el inmenso valor del brazalete, concibió allí mismo el proyecto de apoderarse de él, rescatándolo del poder de los godos, que en mengua del honor y menoscabo quizás de la independencia eúscara lo habian retenido, y poniéndolo á salvo de los caprichos, arrebatos y manías de una loca: á todo lo cual él se creia más obligado que nadie, como presunto caudillo de todos los vascos en la próxima campaña, como amigo tambien de Lartáun y su familia.

Para llevar á cabo su propósito con mayor seguridad, disimuló que habia comprendido aquella conversacion, y para no perder un tiempo precioso, rehusó acompañar á los expedicionarios al valle de Goñi, á donde prudentemente se retiraba García para ponerse á cubierto del desquite que pudiera intentar alguna de las muchas columnas enemigas que á la sazon cruzaban la Vasconia.

Iba Teodosio impaciente y presuroso en busca de la codiciada joya, pero alegre y esperanzado. Si algun amargor le dejaron en el corazon el disimulo á que se creyó forzado, y su desabrimiento y sequedad, al fin habia tenido el valor de reconocer y confesar su yerro, y la inmensa satisfaccion de que su amigo le encomendara por cuenta de

una de las partes interesadas en el negocio, lo mismo que él trataba de ejecutar en provecho exclusivo de la otra.

—¿Qué más puedo apetecer? se decia á sí propio, dirigiéndose ufano al caserío: estoy obligado á salvar el secreto de Aitor como el primero de los vascos, y por si esto no fuera suficiente, recibo el encargo tambien de esa familia de godos en mal hora enlazada con la de nuestro patriarca. Tanto unos como otros estamos interesados en que el brazalete salga del poder de esa pobre loca: luego, Dios dirá. Esto me allana el camino para llegar al fin que me propongo: Dios me proteje; Dios lo quiere.

Y aquel jóven, que en medio de los grandes sofismas de su entendimiento, y de las violentas y mal refrenadas pasiones de su corazon, conservaba una fe viva y un fondo de religion que le protegian contra sus malos instintos, produciendo en la lucha esas extrañas anomalías y desigualdades de carácter que ya habremos notado, se detuvo un momento á santiguarse, repitiendo:

—¡Dios lo quiere! Mi intencion es recta: yo voy á buen fin..... ¡Dios lo quiere!

Por lo demás, la empresa de recobrar el brazalete, le parecia fácil y sencilla.

Petronila habria tornado sin duda al acostumbrado hogar, á sus sempiternos murmullos, á su canticio y mecimiento perpétuos, y por única novedad en tan monótona existencia, veríase la suspirada joya resaltando en el denegrido brazo de la demente, si es que con inocencia infantil no la habia escondido donde todo el mundo pudiese verla, ó cuando no, en sitio harto fácil de descubrirse, por las frecuentes visitas que á modo de niña hiciese al flamante juguete.

Al acabar de hacer la señal de la cruz, sintió la voz de una muchacha, que venia cantando por las breñas detrás de dos vacas que al parecer, con el sonido de sendas esquilas, la acompañaban en sus regocijados cánticos de triunfo.

Era Olalla, que á pretesto de apacentar el ganado, se encaminaba nuevamente hácia el portillo, solo por el placer de acercarse nuevamente al teatro donde tantas y tan interesantes escenas se acababan de representar, y de las cuales es de presumir que la curiosa niña ni una sola habia perdido.

—¿Qué es eso, futuro rey de Vasconia? exclamó con una carcajada tan franca como inocente; ¿tan fea te parezco que me saludas como si vieses al mismísimo diablo? ¿O por ventura me confundes con mi prima la pagana, y quieres espantarme haciéndome la cruz?

—La hija de Aitor no se espanta de la cruz de los cristianos, contestó Teodosio.

—Bueno es que se vaya acostumbrando, porque no hemos de parar hasta ponérsela en la frente.

—De lo cual me holgaria yo tanto como cualquier cristiano.

—Ya lo creo, y que no sería todo por amor de Dios.

Y tornó á reirse con cierta malicia siempre candorosa.

Viendo el de Goñi que no podia luchar en travesura con la gentil vaquera de Echeverría, la dijo para desviar la conversacion:

—¿Y á dónde vas, Olalla, por el monte abajo?

—¿Y de dónde vienes tú, Teodosio, por el monte arriba?

—Me extraña verte llevar las vacas hácia dónde están los godos.

—Más me extraña á mí verte venir como escapado de donde los vascos quedan vencedores.

—Si para vencer no han necesitado de mí, ¿qué falta les hago despues de la victoria? Todo ha concluido, niña, diré yo como la cancion de tu madre: ya puedes volverte á casa con tus vacas. García, que ha sido el héroe de la jornada, añadió el de Goñi con su incorregible ironía, ha debido de marcharse á la sierra con sus prisioneros, y yo, mero espectador de sus glorias, vengo á pedirte un pedazo de pan y un haz de heno para dormir esta noche en Echeverría.

—¿Con que ninguna parte has tomado en la funcion, y has sido autor nada menos de la principal hazaña?

—¿Has visto, Olalla, qué cosa tan casual? le contestó Teodosio, que se complacia en el recuerdo.

—Mejor que nadie, repuso la niña. Te he seguido los pasos,—con la mirada, se entiende—desde que te asomaste por el camino de Aitormendi.

—¡De Aitormendi!

—O de Aitorechea, lo mismo da, replicó la vaquera encogiéndose de hombros, con tanta naturalidad como donaire. Hace mucho tiempo que no llevas otros, aunque á mí me parezcan caminos de perdicion. Rio arriba y rio abajo, subiendo al monte y descendiendo al valle, buscando puertos y salvando cordilleras; pero al Norte, al Norte siempre. ¡No se desviará mucho Teodosio de Goñi de la estrella polar!....

—Veo que, en efecto, me sigues bien los pasos.....

—No soy yo sola, desdichado, no lo soy.

Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien;
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.

Lo ve mi padre, con torbos ojos por cierto; lo ve todo fiel cristiano con igual pena. Todos, menos mi madre; que si esta lo supiera!.... Y no se lo figura, porque te cree mejor de lo que eres, y te respeta, y porque está así la pobre...., como esa pagana amiga tuya se ha complacido en ponerla.

—¿Pero á mí qué? Lo mismo me da que te empeñes en casarte con mi prima la hija de Aitor, como con su tia la viuda de Basurde.....

—¡Con Amagoya! exclamó Teodosio prorumpiendo en una carcajada, con la que se desquitó de todas las de la niña.

Pero esta no tenia trazas de cortarse ni con un cuchillo bien afilado, y replicó:

—Pues que, ¿no vas buscando un trono entre las hijas de Aitor? ¿No llevas entre ceja y ceja lo de la profecía? ¿Qué más te da á ti moza que viuda, si al darte su mano te entrega una corona?

Esta vez, y con harta razon, hay que confesarlo, se picó y se dió por ofendido el hijo de Miguel, y contestó con sequedad:

—¡Calle la rapazuela! Olalla, ¿dónde está tu madre?

—Teodosio, dijo la vaquera con verdadero sentimiento: te digo estas cosas porque te quiero; y vale más que las oigas crudamente de mis labios, que de otros que te hablarán con menos franqueza, pero tambien con menos cariño. Teodosio, vuélvete á Goñi; aprovecha estos dias, estas horas, poniéndote al frente de todas las tribus como caudillo. Te lo digo porque lo dicen todos, y á todos nos toca muy de cerca, aunque á nadie más que á ti. Teodosio, escucha á la pobre niña, cuya voz es la de toda esta tierra: hazte rey, ó duque, ó capitan nuestro: que la fruta se va pasando ya de madura, y si al suelo se cae la cogerá cualquier muñeco. Hazte rey, que despues, eso de mi prima vendrá si está de Dios. Porque, Teodosio, si quieres convertirte de primero en último de los vascos para eso de mandar á cristianos, no tienes más que casarte con una pagana.

—¡Cierto!

—¡Digo! ¡No ha de ir un hijo de Miguel de Goñi á quedarse á la zaga, solo por enamoricarse con una muchacha que no esté bautizada.

Y viendo que el caudillo guardaba silencio, añadió algo recelosa:

—Al menos, así me lo parece, Jaun Teodosio.

—Y tambien á mí, Andra Olalla.

—Gracias á Dios, que te veo alguna vez puesto en razon. Pues bien, Teodosio, no pierdas el tiempo, te lo repito: deja á los monjes predicar y convertir á niñas infieles, deja el corazon de Amaya en manos de Dios. Mira que su tia Amagoya es la que manda, y que esta es más terca que un azor, más áspera que un erizo, más cerril que un potro

de Aralar, y más salvaje que lobo hambriento: mira que esa mujer no se da á partido, ni se dobla ni se tuerce. ¿Ves lo pino que está el peñon de aquella cumbre? Pues tan tiesa dicen todos que es Amagoya. Solo una mujer se ha conocido mas altiva: mi madre antes de ponerse loca.

—Olalla, hablaremos en otra ocasion, contestó el de Goñi: principiaste por ofenderme, y concluyes por dejarme agradecido. Te diré lo que he dicho á García: quien me quiera, que tenga confianza en mí. Yo seré rey, porque todo el mundo se empeña en darme el cetro, y solo quiero que se deje á mi eleccion el cuándo y cómo he de empuñarlo. Por ahora me voy á tu casa: necesito ver á tu madre, y si es posible, á solas, mejor. Supongo que se habrá vuelto al hogar, cual de costumbre.

—Pues supones mal.

—¿Por qué?

—Porque desde que bajó del peñon de las Dos Hermanas, no ha tornado al caserío.

—¿Lo sabes de cierto? ¿la has visto? preguntó el de Goñi con alguna inquietud.

—La vi saltar como un oso al caballo de la goda, la vi detenerlo, derribarlo, completar tu obra.

—¡Salvar á la hija de Ranimiro!..... Ella, ella es quien realmente la ha salvado.

—Y sabiendo lo que se hacia.

—Pero despues..... ¿á dónde ha ido despues?

—La he visto correr y brincar con una alegría de que no la creia capaz, con un rostro radiante y hermoso como nunca me lo habia figurado; exaltada, sí, pero natural; llevando en la mano una cosa que relucia al sol, y besándola y apretándola luego contra el corazon, con muestras de cariño. Debe de ser algun amuleto que la goda le ha dado agradecida.

—Bien: pero despues, ¿qué ha sido de tu madre? ¿A dónde ha ido con esa cosa reluciente?

—A la montaña.

—¡A la montaña! Eso es muy vago, y yo quisiera, yo necesito saberlo á punto fijo.

—Pues te lo puedo decir, porque acabo de ver á los pastores que al percibir el encuentro de esta mañana, han bajado de Aralar.....

—¿Y qué dicen de tu madre?

—Que tomó por el monte de Echarren á Ichasperri, y de aquí por la senda de Aguirigui arriba.....

—¡A la peña!

—Sin duda, y siempre con esa torce, patena ó relicario en la mano.

—Y ¿á qué habrá ido Petronila á la peña de Aralar? ¿Qué piensas tú? ¿Qué te figuras, Olalla?

—Pienso que la infeliz habrá ido á esconder el regalo de la dama, como si fuese un tesoro: pienso que si la expresion natural de su semblante podia infundirme alguna esperanza de curacion, eso de escaparse al monte con tan insignificante joya, es descorazonarnos; eso es de loca.

—Mira, Olalla, ya no voy á tu casa.

—Lo siento. Y si es para volver hácia el norte, lo sentiré más.

—¿Tienes pan?

—Una hogaza entera. Me la eché al saco con algunas otras cosillas, por si alguno de los nuestros no habia podido comer.....

—Perfectamente. Esas vacas ¿tienen algo de leche?

—Poca será, porque las he ordeñado esta mañana, y con este trastorno no he podido hasta ahora sacarlas á pacer.

—Dame la que sea. Apenas me he desayunado hoy.....

—¡Pobrecillo! Y dentro de poco será hora de cenar. Mira, Teodosio, ven á casa, allí tenemos de todo.

—No, no puedo perder un momento. Me basta un cuenco de leche y un pedazo de pan. Luego vaciaré en mi morral las provisiones del tuyo, y marcharé no al norte, no, sino al ocaso, por esos montes casi despoblados en busca de tu madre.

—¡Oh! Pero ella volverá, contestó la hija, no tengas ningun cuidado por mi madre. Volverá, vendrá á cenar y á dormir á casa. Nadie se mete aquí con ella. Aquí no estamos como allá bajo, cerca de su hermano Lartaun, ó de su concuñada Amagoya. Aquí todos somos amigos; porque el peligro nos une, y no tenemos vagar para esas rencillas, propias de brujas que ponen el grito en el cielo, porque una vez, solo una vez, al cabo de tres siglos se han descolgado los godos. Aquí los tenemos como moscas, y los encuentros y refriegas más frecuentes que malos nublados.

La niña que tenia tanta soltura como desparpajo, daba muestras de haber sido educada por su padre, pues aprovechaba el tiempo á maravilla, hablando y haciendo una obra de misericordia, esto es, dando de comer al hambriento futuro señor de Goñi, y presunto rey de Navarra.

Del zurron ó blanco morral que traia al lado sacó un cuenco de madera, y una hogaza, y puesta de hinojos delante de una vaca la ordeñó hasta que la leche caliente y espumosa rebasó los bordes de la cazuela.

—Toma, añadió presentando á Teodosio la frugal merienda con toda bizarría.

El hijo de Goñi se habia sentado á la sombra de unos olmos para tomar la leche, y la muchacha se colocó á su lado sin ceremonia, y con la mano en la barba y el codo en la rodilla le estaba contemplando sin pestañear.

Era morena, de cara redonda y de ojos llenos de candor y travesura.

—¡Qué apetito, qué apetito! exclamó. ¡Bien se conoce que vienes de tierra de infieles! ¡Y qué mal te corresponden los muy gentiles! ¡Por mi santiguada que esos pícaros, paganos y todo como son, te han hecho ayunar sin devocion alguna!

En efecto, Teodosio de Goñi sentia inefable satisfaccion en comer aquel pan moreno empapado en templada y sustanciosa leche: gozábase en estar sentado en frente de aquella inocente y gentil muchacha, llena de sencilla y graciosa malicia, y extendia los ojos por los desiguales contornos de las azuladas sierras y las violadas tintas de los valles, que en vano procuran imitar las suaves nieblas del fuego de Bengala; en los juegos de luz del sol de poniente, que por las aberturas de las opuestas peñas se abria paso á los barrancos, como esos desprendimientos de celestial fulgor que envuelven con nueva aureola la cabeza de los bienaventurados en los cuadros de Zurbaran ó de Murillo. No perdia ni el canto de las aves que ya buscaban su nido, ni el vuelo de las palomas que tornaban á las almenas de la torre como el inocente busca el amparo de los fuertes, ni el susurro del aire, ni el murmullo de los manantiales, ninguno de los misteriosos encantos de la tarde. En suma, Teodosio, como presintiendo su próxima ventura, disfrutaba de todo cuanto veia y le rodeaba. Extraña condicion la suya, tan dada por el vigor de su cuerpo á los arrebatos y ceguedad de la materia, como por la vaguedad de su espíritu al embeleso de la contemplacion.

Solo la muchacha parecia como encantada de verle comer y gozar, y hubiera querido que no tuviese tanta prisa por marcharse.

Cuando Teodosio acabó de tomarse la leche, le dijo Olalla:

—Vamos, ahora, este cuarto de cabrito.

Y sacó de su zurron pastoril, no mal provisto, segun trazas, una pierna asada y con el riñon bien cubierto, que fiambre y todo, despedia excitante y seductora fragancia.

—Gracias, niña, gracias, le contestó Teodosio, por ahora tengo bastante; lo guardaré para la noche.

—Pero ¿no te he dicho que mi madre ha de volver?

—Sí, pero necesito encontrarla, para que nadie le quite esa



cosa que relucia en sus manos, que es el brazalete de la dama goda.

—Nadie quita aquí nada, como no sea los vascos á los godos y los godos á los vascos; porque eso está en el órden, repuso la hija del merodeador.

—Sí, pero quitar á tu madre ese brazalete no seria hurtar, porque ella, sin saber lo que hacia, se lo arrebató del brazo á la goda, la cual lo reclama.

—¿Por qué?

—Porque dice que es suyo.

—¡Cómo! ¿y echa de menos ese juguete que puede distraer siquiera algunos momentos á una pobre loca á quien debe la vida? dijo Olalla con muy sentido, pero desdeñoso acento.

—Esa joya es para la dama de inapreciable valor, de indecible cariño. Por ella daria quizá cuanto posee, porque es la única memoria que le ha quedado de su desdichada madre.

—No se perderá en manos de la mia. Porque la madre de esa dama era Paula, la íntima amiga de mi madre, y el cariño que aún la tiene—bien la has podido observar—es superior todavía á su demencia, ha sobrevivido á la muerte de su razon. ¡Si ese brazalete ha pertenecido á Paula, si en tanta estima lo tenia, yo te lo aseguro, no se perderá!

—¿De veras?

—Teodosio, ahora caigo en la cuenta, ahora lo veo todo con claridad: creo que somos felices, creo que nos hemos salvado, exclamó la niña como súbitamente inspirada y con un arrebato de alegría.

—¿Por qué?

—Porque eso de irse tan lejos para esconder, sin duda, en un lugar determinado, no una joyuela cualquiera, sino el brazalete de Paula, pensando en el cual la he sorprendido alguna vez, lejos de ser un acto de locura, como antes creia, paréceme prueba de que mi madre ha recobrado el juicio.

—Explícate, muchacha, dijo Teodosio procurando disimular la mala impresion que le producian estas palabras.

—Teodosio, yo no sé más sino que soy su hija, y que en los años que cuento todavía no he recibido una caricia de mi madre; al paso que para su antigua amiga, ni pasa el tiempo, ni hay locura que valga: sólo sé que el amor que la tiene parece que se extiende..... ¿qué te diré yo? al mismo Ranimiro.....

—Bien, pero ¿cómo supones tú que trata de esconder el brazalete en determinado sitio, y que eso es prueba de que tu madre ha recobrado el juicio?

—¿Qué se yo? Porque en las cosas que atañen á su amiga Paula creo que nunca lo ha perdido. Y luego, bien le puedes conocer tú; una loca no hace eso, no anda así dos ó tres horas de camino..... Algun fin ha de tener..... Por alguna razon se ha de guiar, y si obra con intencion..... obra con conocimiento.

—¡Cierto! ¡Cierto! exclamó Teodosio desconcertado: discurres bien. Pero si ha escondido esa joya en la inmensa montaña de Aralar, echarnos á buscarla sería tiempo perdido.....

Y el hijo de Miguel, por disimular su mal humor y su inquietud, por tomarse tiempo para discurrir, por hacer algo en la impaciencia que le devoraba, trepó á los peñascos que circundan el barranco, y parecen como cimiento de aquel soberano monte, y al llegar á la altura volvióse al Occidente, tendió la vista por la sierra y gritó:

—Sube, Olalla, sube si puedes.

La vaquerilla, que conocia á palmos aquel terreno, subió fácilmente por un sendero.

—Mira, le dijo Teodosio con una mano debajo de la frente para que no le ofendiesen los rayos del sol, y señalando con la otra una persona que descendia de la parte de Aralar. ¿La conoces?

—Es mi madre que se vuelve á casa. ¿No te lo decia yo?

—Y baja presurosa, pero naturalmente.

—Sí, Teodosio, sí: esa manera de andar no es de loca. Ya no salta, no brinca..... sigue derecha su camino..... el camino más breve..... Tiene prisa por llegar. ¡Bendito sea Dios! Yo si que voy á perder el juicio, si llego á tener una madre que me conozca y que me quiera!

—Saldremos á su encuentro.

—No, no la interrumpamos, no la contrariemos en nada. Ella volverá..... Viene desalada..... Diríase que le falta el tiempo para hacernos felices!.....

La observacion de Olalla le pareció á Teodosio prudentísima; fuera de que en las subidas y bajadas, vueltas y revueltas de aquel camino casi discrecional de cabras y pastores, era no solo fácil, sino probabilísimo que se cruzaran sin encontrarse.

Aguardaron, pues. No quiso Teodosio descender de los peñascos, como si temiera que Petronila se le fuese á escapar, hasta que, al fin, mucho despues de puesto el sol, sintieron el *irrintza* lanzado por la poderosa garganta de la gigante.

—¡Abajo! dijo Olalla: todo como siempre.

Y descendieron á la pradera. Encima de las rocas se destacaba luego la colosal figura de la cantora, que conoció á su hija y le gritó:

—¡Olalla, Olalla! ¡Victoria completa!

Un momento despues la pobre niña recibia el primer abrazo, el

primer beso, y lo que para ella fué todavía más profundamente consolador, las primeras lágrimas de su madre.

—¡Qué gozo, madre de mi vida!

—¡Qué triunfo! le contestó Petronila, cuya mirada parecia algo estraviada todavía.

—Sí, todos nos hemos salvado.

—*Todo* se ha salvado, Olalla.

—Aquí teneis al hijo de Miguel de Goñi, que ha disparado la flecha contra el caballo de la dama.

—Sí, dijo Teodosio adelantándose; yo os he ayudado á salvar á la hija de Ranimiro.

—¡A la hija de Aitor! exclamó Petronila frunciendo un poco el entrecejo. Se la puede arrebatar su casa, pero no su sangre!....

—A la dama goda. Es una dama, al fin, aunque hija de nuestro mayor enemigo.

Petronila le miró de arriba abajo, y se puso á cantar, con harto desconsuelo de su hija, que la escuchaba llorando:

Torre de Aitor, será un mónstruo
quien te asalta á fuego y sangre;
pero quien mata á su hermana,
ese es un mónstruo más grande.
El dia en que me dió á luz,
y en dos se partió mi madre,
mil gallinas se mataron,
corderos á centenares.
Me casé con ese godo,
y en mi boda no hubo nadie:
ni el cura que nos bendijo
quiso á la mesa sentarse.
Torre de Aitor, que servias
de palomar á mi padre,
dentro tus cuatro paredes
mi hermana me mata de hambre.
¡Torre de Aitor, será un mónstruo
quien te asalta á fuego y sangre,
pero quien mata á su hermana,
ese es un monstruo más grande!

Olalla, como sabemos, comprendia perfectamente el significado de los cantos de su madre; pero en la presente ocasion, no eran necesarias ni la costumbre, ni la agudeza de ingenio de la niña para conocer

todo el alcance de aquellas estrofas, que la mal curada demente tomaba de antiguas canciones, y con facilidad admirable acomodaba á sucesos de actualidad.

Teodosio mismo, que á pesar de transitar tanto por aquel valle no abusaba ciertamente de la hospitalidad de Echeverría, cayó luego en la cuenta de que Petronila le habia contado á su manera una historia tan interesante como terrible, tan misteriosa como nueva y desconocida de la noche de Aitormendi; y teniendo en descifrar el enigma del incendio, relacionado indudablemente con el brazalete y con el secreto de Aitor, más vivo interés que ningun otro vascongado, se apresuró á sacar todo el partido posible de aquel lúcido intervalo de la loca, antes que la presencia del marido ó de los hijos, ó cualquier otro accidente se lo impidiese.

Por eso, acercándose á Petronila la dijo:

—Petronila, los dos hemos salvado á la goda: yo hiriendo en el corazon á su caballo, vos deteniéndole al borde del abismo. Amaya la goda os está vivamente agradecida, pero echa de menos el brazalete de su madre.

La loca por toda respuesta, se puso á cantar:

¡Ay, hija de mis entrañas,
cuando mi seno rasgaste,
en el palomar de Aitor
un cuervo vino á posarse!
Cuá, *cuá*, graznaba, y te dije:
—este viene á devorarte,
que te ve recien nacida,
y sin cuna y sin pañales.
Y aunque en la torre de Aitor
y en la casa de tus padres,
de frio vas á morir,
y barrunta tu cadáver.—
Hija de mi corazon,
¿por qué me llamas tan tarde?
¿Por qué has de ser enemiga
de la amiga de tu madre?

—¿La habeis oido? Echa de menos Amaya el recuerdo de su madre: teme que se pierda.

Y Petronila, sonriéndose con una expresion de sublime inteligencia y de supremo desden, le contestó:

—¡No se perderá!

—Pero la goda lo reclama como suyo.

—¡Mio! Suya podrá ser la joya, pero lo que encierra es mio.

—¿Cómo así?

—El secreto de Aitor ha vuelto á mis manos. ¡Es mio, sólo mio!..... Teodosio, déjame decir una palabra antes que vuelva á perder el juicio. ¿Sabes tú quién dió fuego al palacio de Aitor?

—¡No fué Ranimiro!

—¿Pues quién?

—¿Sabes lo que ese brazalete encerraba?

—Decídmelo.

—¡El secreto de Aitor! Exclamó Petronila con su antigua altivez. Vete, díselo á tu Amagoya: véte, y dile que su marido Basurde mató á su cuñada. Y dile que ya no estoy loca, que no quiero estar loca; que necesito el juicio, mi sano juicio; y que lo conservaré, Dios mediante. ¡Dios mio, yo no quiero estar loca!

—Bien; pero si Amaya reclama, no el secreto, que no es suyo, porque es goda, sino el recuerdo, la memoria, la joya de su madre, ¿dónde le diré que puede recobrarla?

—¡Pobre infeliz! A ti te lo digo, Teodosio, no á ella. ¡Pobre infeliz, que quieres esconderte detras de mi cariño! Dile que esa joya queda en Aralar, el rey de los montes de toda esta cordillera.

—¿En qué punto?

—En la sima, sobre la cual he puesto una cruz..... Ya lo ves, no me duelen prendas.

—¡Cielos! exclamó Teodosio retrocediendo de su curiosidad ante la idea de algun nuevo y más profundo misterio.

—Sí; la cruz vascongada protege desde esa montaña toda la *escualherria*. Vete á buscar ese nuevo tesoro. Atrévete tú, hijo de Jaun Miguel y de Andra Plácida de Goñi; atrévete á robar á las tribus del *lauburu* su santa y nueva enseña, el *lauburu* divinizado.

—No, no será así, Petronila, os lo juro. Antes bien, en esa nueva enseña, más que en la otra confío.....

—¿De veras? Pues bien, confía en ella, Teodosio: ten el valor de tu vocacion, y sé bueno, y sé mi amigo. Si necesitamos reyes, tú lo serás, ó los harás tú. De eso te respondo. Sacúdete manto y túnica de todos esos infieles. Somos del cielo antes que de la tierra.

Y dándole la mano con un vigor y energía más que varoniles, soltó su voz y se puso á cantar como loca:

Torre de Aitor, será un mónstruo..... *etc.*

Olalla miró á Teodosio con tristeza, no exenta de amargura:

—¡Ah! venía bien; volvia tal vez curada, y la has trastornado de nuevo el juicio.

El hijo de Goñi comprendió que aquella reconvencion no era del todo infundada, por más que no fuese completamente justa: pero no queriendo luchar con el dolor de una hija, ni exponerse á palabras ó miradas menos soportables de Ochoa y de sus hijos, se despidió de la niña, tomando el camino de Navarra por el lugarcillo de Echeverri.

Cuando perdió de vista la torre almenada con techo de pizarra puntiagudo; cuando observó que los zagales de Echeverría encerraban sus rebaños en el aprisco, y dejó de percibir en los corrales el balido de los corderillos recien nacidos, blancos y sin mancha, que aguardaban hambrientos é impacientes la llegada de las madres, torcióse Teodosio hácia la derecha, y dejando el rellano del caserío, tomó pecho arriba por la parte de Eguiarreta hácia la montaña, célebre hoy gracias á su nombre y los extraños acontecimientos en que le hizo intervenir desde entónces la Divina Providencia.

Cuando se vió fuera del camino y entre los bosques y asperezas de aquellas breñas, buscó las chozas y majadas de que antes huia, y habiéndose encontrado con un carbonero, le preguntó si habia visto por casualidad aquella tarde á la loca de Echeverría, que de esta manera antonomástica era más que por su nombre conocida en toda la comarca.

Contestóle afirmativamente el tiznado montañés, añadiendo que le dejó asombrado verla trepar á la cueva del próximo peñasco y sepultarse en ella.

—¿Vísteisla salir?

—No, señor, contestó el carbonero de Aralar, pero de seguro que no está dentro, porque al cabo de un rato, movido de curiosidad, entré en la cueva por ver qué hacia allí la loca, y no la encontré. Sin duda se habia marchado, echándose para bajar más presto por unos derrumbaderos, por donde solo cabras pueden descender.

—Y en la cueva ¿qué hizo la loca? ¿No vísteis allí nada que llamara vuestra atencion?

—Nada. Solo una cruz de palo enclavada en la hendidura de la peña.

—¡Ola! ¡Una cruz de madera! ¿Pero de hechura reciente?

—La loca acababa de plantarla allí. Eso se conocia claramente.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—¿Qué he hecho de la cruz de palo? exclamó el carbonero extrañando la pregunta: rezar un Credo y dejarla en su sitio.

—¿Y qué hay debajo de la cruz?

—¿Debajo de la cruz? ¡Qué preguntas! Debajo está la sima.

—De manera que la cruz se alza sobre la sima.....

—Sobre la misma boca de la sima.

—¿Y nunca habeis descendido á ese pozo?

—Nunca, jamás. Pero no debe de ser difícil, porque no parece muy hondo, segun suenan las piedras que yo he tirado.

—Pues bien, hermano carbonero, cuento con vos para bajar esta misma noche. Habeis visto entrar en la cueva, pero no salir, á la loca de Echeverría: esa circunstancia y la de la cruz de madera, me hacen sospechar si en un rapto de locura se habrá tirado esa infeliz al pozo. Es preciso averiguarlo. Con que arriba os espero. Dejad el horno á buen recaudo, y subid luego con una cuerda, luquetes y teas. ¿Me conoceis?

—Os he visto pasar algunas veces de la sierra de Andía á la de Abuñemendi y descender al valle de Butron.

—Soy Teodosio de Goñi, y si me servís bien, no quedareis descontento de mí.

—¿Quereis que suban mi mujer y mis hijos para ayudarnos?

—No hacen falta. Por el contrario, que se queden en la *chabola* cuidando de la hoguera: quiero que esta bajada á la sima sea un secreto entre vos y yo.

—Así será, esperadme arriba, que no tardaré en reunirme con vos. Afortunadamente, tendremos buena luna.

Teodosio llegó poco á poco á la cumbre de la montaña, en cuya espaciosa meseta de peña viva álzase hoy la gran Basílica de San Miguel, tan rica un tiempo, monasterio de ingentes fábricas y hospederías, señora de la villa de Muruela y de grandes caseríos, cuando era el glorioso Arcangel patrono de Navarra. La grandiosa Basílica cubre la boca de la cueva, y por consiguiente la sima ó pozo donde Petronila habia arrojado el brazalete de Amaya. A la sazon, ni templo, ni casas, ni monasterio, ni hospederías existian. La cumbre estaba cubierta de matas de robles y carrascos, que brotaban de las grietas; la cueva, formada por un hundimiento brusco de la roca caliza medio oculta entre espinos y matorrales, y allá dentro, en el fondo, bajo una concavidad, descubríase la boca de la sima, sobre la cual, una cruz tosca de madera enclavada en la hendidura del peñon, tendia al aire y medio inclinada hácia el fondo, sus brazos protectores.

No habia duda; aquella cruz se habia puesto pocas horas antes, y sólo una persona de colosal estatura y de hercúleas fuerzas podia haberla hincado tan honda y firme allí.

Sentóse Teodosio á la entrada de la cueva esperando al carbonero; pero sumido en tan graves reflexiones, que al poco tiempo se olvidó de la temerosa soledad en que yacía, y no echaba de menos ni aun á la persona á quien estaba aguardando.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

La Peregrinacion Española en Italia, 1876, por D. Manuel Perez Villamil, con un prólogo y una carta de D. Ramon Nocedal. Un volúmen de 486 en 8.º Madrid, 1877.

«Cuatro libros, que yo sepa, dice D. Ramon Nocedal en su excelente prólogo al libro del Sr. Perez Villamil, y no contando algun folleto de que solo tengo noticia, se han escrito y publicado á propósito de la Romería de Santa Teresa. El primero que vió la luz, obra del conocidísimo escritor católico D. Leon Carbonero y Sol, se titula: *Crónica de la primera peregrinacion española al Vaticano;* y no es posible idear libro más oportuno ni título más adecuado y propio. Porque allí estan, puestos en órden, todos los documentos, escritos y noticias referentes á la romería, á su organizacion y consecuencias; tan ingeniosamente, que quien los lee, imagina estar viendo y oyendo, como si pasaran delante de él, las cosas que sucedieron..... Anuncióse al mismo tiempo que el anterior, y se publicó poco despues, otro libro titulado: *De Cádiz á Roma*, álbum histórico-descriptivo de la peregrinacion española al Vaticano. Su autor, el infatigable y celosísimo presbítero D. José María Leon y Dominguez, era de ántes muy conocido por otras obras de merecida fama; y cuantos siguieron con atencion los varios sucesos de la pasada romería, saben cuanta parte tomó en organizarla, y que nadie trabajó más que él, y no todos hicieron tanto, para vencer obstáculos y dificultades. Divídese su libro en dos partes. La primera es animada reseña de la peregrinacion, desde Cádiz hasta Roma, llena de datos, anécdotas, dichos y sucesos que su autor presenció y cuenta con galanura y gracia. La segunda es una guia con amenas descripciones, que dan idea de las principales ciudades y monumentos italianos á quien no los ha visto, con itinerarios y noticias útiles para quien viaje por Italia.

La tercera obra sobre *La Romería Española* al Vaticano en el año 1876 fué escrita con este título por el docto presbítero D. Manuel Aguilar y Gallegos, y publicada con un prólogo de D. José María Diaz Calvo. Testigo presencial de los hechos que

refiere, el autor cuenta fielmente la historia de la peregrinacion, interpolando en la crónica oportunas observaciones, juicios y descripciones de monumentos y lugares, que la hacen por todo extremo agradable y provechosa.

Ultimo de todos en órden cronológico (que del mérito de cada uno el público juzgará.....) sale hoy á luz este libro, compuesto por el Sr. D. Manuel Perez Villamil, y titulado: *La peregrinacion española en Italia.*

Dejando, pues, al público el juicio relativo al mérito más ó ménos graduado de tan excelentes producciones, y viniendo nosotros únicamente á la última, no vacilamos en decir, que pocas personas reunen tantas y tan excelentes partes y talentos como su jóven y ya esclarecido autor, para tratar del asunto de suerte que la utilidad y provecho de los lectores compitan con el atractivo y deleite de la leyenda. ¿Ni qué mayores dotes pueden apetecerse en el autor de ese libro, que un talento sólido y claro, un corazon sinceramente religioso y pio, imaginacion viva y fecunda, afan por explorar los asuntos hasta verlos y ofrecerlos en sus primeros orígenes, amor de las bellas artes no menor que el conocimiento y juicio delicado de sus obras, y estilo fácil y galano que refleja las bellezas morales, religiosas, históricas, artísticas, de que está como sembrada aquella tierra privilegiada, aunque hoy harto profanada, que lleva el nombre de Italia? Pues todas estas dotes posee en grado muy alto nuestro distinguido amigo y compañero, de las cuales es buen testimonio *La peregrinacion española al Vaticano.*

En las líneas que, despues del elegante prólogo del Sr. Nocedal, preceden á la obra por vía de introduccion, el autor enuncia claramente su pensamiento y el admirable espíritu que le animó al escribirla. «De las ruinas morales y materiales, dice, que la revolucion ha amontonado en el suelo de Europa, sepultando en ellas obras maravillosas de la civilizacion cristiana, brota de algunos años á esta parte consoladora restauracion de las ciencias y de las artes, de las costumbres y de las instituciones religiosas de los pueblos, que abre el corazon á la esperanza de nuevos triunfos para la Iglesia y para la sociedad. Mientras los sabios, avergonzados de los extravíos de la ciencia emancipada de Dios, corren á estudiar en la *Suma* de Santo Tomás y en las obras de los escolásticos las verdaderas nociones del espíritu humano, y los

artistas, indignados del grosero sensualismo del arte paganizado, van á beber la inspiracion en los monumentos admirables de la cultura cristiana, en las portentosas catedrales y magníficos monasterios levantados por la piedad, y consagrados por las lágrimas de muchas generaciones, el pueblo cristiano huyendo de la sangrienta catástrofe de la revolucion, consecuencia legítima de la llamada *civilizacion moderna,* va á buscar en las civilizaciones antiguas, en las fiestas y empresas religiosas el calor y la vida del sentimiento cristiano que animaron á los fieles de las pasadas edades.»

Digno intérprete de este noble sentimiento, el autor del presente libro ha sabido trazar á grandes rasgos el cuadro de las antiguas peregrinaciones, cuyo espíritu, dice, renace en la sociedad actual como prenda segura de la restauracion católica tan necesaria. El orígen primero de aquellos grandes movimientos del pueblo creyente hácia los lugares más devotos del orbe cristiano, singularmente hácia Jerusalén, Roma y Compostela, forman la materia de casi toda la primera parte de su obra. Cuán llena de noticias y documentos históricos, de relaciones interesantes, cuán impregnadas del perfume de la piedad, cuán instructivas é insinuantes, en fin, sean las páginas que consagra el Sr. Villamil á tales peregrinaciones, no es cosa fácil de encarecer; y así nos contentamos con suplicar á los lectores que las lean si quieren edificarse con los sentimientos y ejemplos de los antiguos peregrinos. Entre los cuales, porque el amor de la patria hiciese parte del hermoso ramillete que aquí se nos ofrece, el Sr. Villamil concibió y puso por obra la idea de representarnos á la España caballeresca en uno de los personajes más insignes y populares de nuestra gloriosa tradicion histórica, en el Cid Campeador, de quien dice el romance:

Ya se parte D. Rodrigo,
Que de Vivar se apellida,
Para visitar Santiago,
A donde va en Romería.
. . . .

Concluye el autor este tratado á un mismo tiempo erudito y poético con los frutos de aquellas santas romerías; y como ani-

mado á vista de su riqueza y excelencia, despues de dedicar un interesante capítulo al renacimiento de ellas en nuestros dias, llega con esta suave transicion al orígen de la romería española llamada de Santa Teresa, acaso la página más bella de la historia religiosa de España en estos últimos tiempos. El Sr. Villamil, conocedor perspicaz de la belleza literaria, se limita, en llegando aquí, á reproducir fielmente los hechos; tiene razon: hay objetos que el escritor no ha menester idealizar, porque ellos de por sí son tales, que no hay sino ofrecerlos ante los ojos del alma para cautivarla. Por lo demás, vivos están en la memoria de todos los buenos, y áun en la de los malos, aquellas escenas conmovedoras de la piedad de nuestros primeros peregrinos; todavía se oye la voz del Arzobispo de Granada, que en vano se ha querido encadenar, y la voz siempre sublime del inmortal Pio IX.

Forman la segunda parte del libro, las cartas que en su viaje por Italia, durante la peregrinacion y despues de ella, escribió el Sr. Perez Villamil, donde expresó sus sentimientos, sus recuerdos y sus juicios á vista de las escenas y monumentos cristianos que pasaron ante sus ojos. Estan fechadas respectivamente en Bayona, Lourdes, Marsella, Génova, Roma, Nápoles, Pompeya, Asís, Florencia, Pisa, Bolonia, Padua, Venecia, Milan y Loreto. Los lectores de La Ciencia Cristiana conocen ya las de Nápoles y Bolonia, por las cuales pueden juzgar del valor é interés de las demás. En todas ellas embelesa al lector el Sr. Villamil con el interés de sus noticias, con sus recuerdos religiosos, históricos y literarios, con sus juicios siempre seguros; en todas ellas derrama el bálsamo de su piedad. La de Loreto está escrita por D. Ramon Nocedal, autor del prólogo; por donde se ven unidas esas dos flores más á las del precioso ramillete formado por el Sr. Villamil.

Por via de apéndices van los discursos de Su Santidad y del Sr. Arzobispo de Granada, y la lista de los peregrinos. Así se juntan en un mismo lugar el ejemplo y la palabra, es decir, la doble enseñanza que debe recordar para siempre á las generaciones futuras la peregrinacion española en Italia, tan graciosamente descrita y exornada por el Sr. Perez Villamil en su interesante libro.

J. M. Ortí y Lara.

VARIEDADES

EPIGRAFIA

Nos proponemos tener al corriente á nuestros lectores, no solo de los más notables descubrimientos hechos en los paises extranjeros, sino de los de España muy particularmente. De ellos, los últimos en epigrafía, son los que siguen.

CARTAGENA. Extramuros de la ciudad, próximo á la estacion del ferro-carril, como á medio kilómetro de la puerta de San José, y á poco más de medio al S. O. de la Torre Ciega, en el sitio del Almajar, apareció el dia 8 de mayo anterior una lápida sepulcral interesante. Junto á la Torre Ciega, ruinosa mole que se construyó para sepulcro, en la edad romana, pasaba la via pretoria de la colonia *Victrix Iulia Nova Carthago*, Cartagena, á la colonia *Iulia Ílici Augusta,* hoy Elche. La lápida recien descubierta, lo fué entre escombros de muy antiguo edificio, sepulcro tambien: es de mármol blanco, de forma circular, su diámetro 275 milímetros, y su grueso 24. Téngase por una de las incrustadas en el monumento, labrado en la edad augustea, á la vera del camino, pues en sitios tales erigian sus ostentosos y magníficos sepulcros las familias adineradas. El carácter de la letra corresponde al año 20, poco más ó menos, antes de nuestra era cristiana; y la memoria se puso á una jóven que murió de quince años, perteneciente á la familia Antonia, y que llevaba por sobrenombre el de Sambarula, desconocido, hasta ahora, en epígrafes hispanos, itálicos é ingleses. El mármol dice así:

D ·M
ANTONIA
SAMBARVL
LA·AN·N·XV
HIC·SITA EST
S, T, T, L,

D(iis) M(anibus). Antonia Sambarulla, ann(orum) XV, hic sita est. S(it) t(ibi) t(erra) l(evis). «Memoria á los dioses manes. Antonia Sambarula, de quince años, yace aquí. Séate la tierra leve.»

Los puntos cuadrados ó triangulares, toman forma de corazones en la última línea.

Hoy se guarda en la coleccion de antigüedades reunida en Murcia por D. Javier de Fuentes y Ponte, correspondiente de la Academia de la Historia.

Bailén. A tres cuartos de legua, por el occidente de esta ciudad memorable, hanse descubierto varios sepulcros, y en ellos lápidas con letreros tallados hácia los últimos dias del siglo IV ó primeros del V.

Una de aquellas grandes losas areniscas se engalana con adornos parecidos á los de monumentos astures de igual época.

Veíanse los cadáveres dentro de cajas dobles, de plomo la exterior y la otra de madera, y se hallaron dentro espátulas de hueso, que servian de armazon á los vestidos y arreos, y brazaletes de cobre, arracadas, y tal cual lucerna.

Ostenta en la parte superior, la principal de las lápidas, un cáliz con asas, entre dos círculos que encierran sendas flores de seis hojas, unidos ambos por un tallo semicircular. Debajo, las letras M S publican ser aquel un sagrario á los manes. Álzase todo ello sobre un hueco realzado por sencillo marco, donde encajaba el mármol con la inscripcion que ha desaparecido quizá á los golpes del arado, ó por codicia, si tuvo letras de bronce.

Otra de las lápidas muestra separados por líneas los renglones, y dice así:

D M S
HERMIONE
PIA·IN SVIS
ANNORVM XXV
H·S·E·S·T·T·L

D(iis) M(anibus) s(acrum). Hermione, pia in suis, annorum XXV, h(ic) s(ita) e(st). S(it) t(ibi) t(erra) l(evis). «Sagrario á

los dioses manes. Hermione, piadosa con los suyos, de veinticinco años, yace aquí. Séate ligera la tierra.»

Por último, muy gastados los letreros de otras dos piedras, su lectura no ofrece confianza mientras no veamos un buen calco de ambas. Lo que se puede rastrear es esto:

3.ª

D M S
¿BERIITO? AN
XXXVII HIC
S· EST· S·T
T· L·

4.ª

DIBIIS· M· S
¿BARIA? ·A·XXXV
IINAIO *f*.....

Ignoramos el primitivo nombre de la ciudad de Bailén; aun cuando su forma nos parece fenicia. *Baalim* se denomina en el poema rimado de la conquista de Almería, al fin de la crónica de Alfonso VII, año de 1147. Del de 691 posee una lápida, puesta por el abad Lócuber, reinando Egica, para memoria de dos coros é iglesias construidos y consagradas por el buen sacerdote. Y en fin, ostenta monumentos romanos en abundancia. Falta que se descubra una inscripcion geográfica, parlera del nombre primitivo de la ciudad.

CRONICA INTERIOR

1. Exposicion del Episcopado de la provincia eclesiástica de Búrgos, y pastorales del Arzobispo de Valladolid y del Obispo de Antinoe en favor del Pontífice.—2. Exposicion de los estudiantes de Valencia á Su Santidad.—3. Segunda peregrinacion española al Vaticano.—4. Prohibicion de una romería en Valencia.—5. La cuestion de quintas en Vizcaya.

1. El Excmo. Sr. Arzobispo de Búrgos, en union de los Prelados sufragáneos de esta Santa Iglesia metropolitana, ha elevado la siguiente exposicion en demanda de auxilios eficaces para que el Padre comun de los fieles recobre la libertad é independencia perdidas, y que ha menester para ejercer el sublime ministerio que le ha sido confiado por Nuestro Señor Jesucristo. Dice así:

Señor: El Metropolitano y Obispos sufragáneos de la provincia eclesiástica de Búrgos, cumpliendo un estrechísimo deber de su conciencia, se acercan respetuosamente al trono de V. M. para suplicarle que, por los medios que estime más eficaces, interponga toda su influencia á fin de que el Padre comun de los fieles recobre la libertad é independencia perdidas, y que ha menester para ejercer el sublime ministerio que le ha sido confiado por Nuestro Señor Jesucristo.

No es la vez primera que el Episcopado español ha implorado la mediacion de los poderes públicos del reino para impedir los ataques dirigidos en estos últimos tiempos contra la sagrada autoridad del sucesor de San Pedro, y protestar contra las usurpaciones y violencias de que ha sido víctima; pero hoy se ven en la triste necesidad de reiterar una vez más sus instancias en presencia de la angustiosa situacion á que se halla reducido el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, Cabeza visible de su Iglesia: que no sería una simple falta, sino un verdadero delito, el de los hijos que no compadeciesen la desdicha de su Padre amantísimo, y mirasen con indiferencia sus amarguras.

Desde que se consumó el despojo de la soberanía, diez veces secular de la Santa Sede, pudo preveerse que su libertad é

independencia quedaban á merced de los autores de tan sacrílego atentado. El sentido comun bastaba para comprender que los despiadados enemigos del Pontificado no podian ser fieles custodios de su independencia y libertad. Pero lo que todos temíamos y llorábamos, acaba de ser notificado al mundo entero con acentos del más profundo dolor, por la voz augusta del gran Pio IX.

No hay necesidad de enumerar una por una las trabas puestas, por los que ahora son dueños de Roma, al ejercicio de su autoridad Apostólica, ni las violaciones escandalosas de los derechos de la Iglesia, que desde entonces se han llevado á cabo. El Padre Santo, compendiando la expresion de su aflictivo estado, nos lo dice en su Alocucion Consistorial de 12 de Marzo de este año, con estas sentidas palabras: «La Iglesia de Dios »padece violencia y persecucion en Italia: el Vicario de Cristo »ni goza de libertad, ni del uso pleno y expedito de su poder.»

Y bien, señor, ¿podemos ver sin espanto lo que jamás vió sin horror el mundo católico, desde la era de los mártires y la época de las Catacumbas, al Lugarteniente de Dios en la tierra en poder de sus enemigos, sufriendo prolongado cautiverio, y cohibido en el uso de su autoridad espiritual y divina? ¡Ah, no es posible! La privacion de la libertad, y más que de la libertad, la privacion de aquella palabra, que debe hacer resonar en el mundo en virtud de mision celestial, sería la muerte de la Iglesia. La palabra de verdad, la palabra de salvacion, que suena tremenda con el implacable *Non licet*, es el aliento con que respira la Iglesia, y si se sofoca esa palabra, se sofoca la Iglesia misma.

La revolucion, que más de una vez ruge con sus insultos y blasfemias bajo los pórticos de San Pedro, no ha subido aún las escaleras del Vaticano, donde reside el Papa moralmente prisionero. Hoy la detiene la fuerza invisible que detuvo á Atila y suavizó á Genserico: pero si Su Santidad no recobra su soberana independencia, ¿no es de temer que, saltando por todo, extreme, más feroz que aquellos bárbaros, sus violencias en la persona sagrada del Pontífice? Para impedirlo y contribuir por su parte á conjurar esos peligros, los Prelados que tienen la honra de dirigirse á V. M., invocan en favor de la justa causa del Pontificado, todo el peso de la influencia de vuestro gobier-

no, bien persuadidos de que en ello prestan un servicio á la Religion y á la sociedad, interesadas ambas en el restablecimiento de la completa independencia del Soberano Pontífice.

Cuando el Salvador de los hombres confirió al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, el doble primado de honor y de jurisdiccion sobre la Iglesia universal, no le sujetó, ni quiso sujetarle á poder alguno humano. De orígen especialmente divino, y ordenada inmediatamente á un fin divino, la autoridad del Romano Pontífice es soberana é independiente, y excluye por su esencial naturaleza la dependencia de toda autoridad terrena, por extensa y elevada que se la suponga. No solo tiene por objeto enseñar la verdad, de que el Pontífice es maestro infalible, á pastores y rebaños, reyes y pueblos, sino tambien establecer leyes convenientes al fin más necesario y trascendental del hombre; y estas divinas prerogativas de maestro infalible y legislador supremo, exigen la independencia en su ejercicio de todo poder humano.

La historia nos enseña con multiplicados testimonios, que para los Papas sin independencia no ha habido más que el destierro, las calumnias ó el cadalso. La persecucion ha revestido diversas formas, blandas ó duras, segun el espíritu de los tiempos; pero lo mismo en los tres primeros siglos, en que la eleccion para el Supremo Pontificado era como una designacion para el martirio, que despues de dada la paz á la Iglesia, y cuando la Cruz por un patente milagro voló desde el Calvario al Capitolio, y subió desde las Catacumbas á la corona de los Césares, hechos repetidos nos demuestran que los Papas, mientras no fueron completamente independientes, se vieron perseguidos y desterrados, y á veces muertos por no doblegarse ante los señores del mundo en el ejercicio de su apostólico ministerio.

En la época presente, esta independencia para el Padre Santo, es tanto más necesaria é indispensable, cuánto que el antiguo mundo se compone de naciones divididas entre sí, más que por montes y rios, por costumbres é intereses opuestos, que engendran con deplorable frecuencia luchas sangrientas, pudiéndose decir con verdad que la paz misma no tiene entre ellas sino el carácter de tregua. ¿Y cómo pueblos tan divididos, enconados y celosos unos de otros, obedecerán y acatarán al Padre comun, si carece de la independencia política necesaria?

¿No es de temer que rehusen someterse al Maestro y Pastor supremo de sus almas, á pretexto de que en sus enseñanzas no ven al Padre comun de todos los cristianos, sino al súbdito de un príncipe temporal? No ha mucho que estando el actual Pontífice refugiado en Gaeta, expidió una Bula, condenando los atentados de los rebeldes que le habian obligado á huir de Roma. ¿Y qué contestaron éstos para excusar la obediencia? Que el Papa no era libre en sus decretos, porque vivia bajo el dominio del rey de Nápoles. La resistencia no se consumará de repente, pero comenzará por entibiarse la obediencia, y terminará para muchos en completa rebeldía.

No son estos, no, temores vanos é imaginarios, sino peligros reales y verdaderos, como que forman el plan de los enemigos del Pontificado, para acabar con la unidad de la Iglesia católica, revelado en varios documentos. Se empezaría por la formacion de las iglesias llamadas nacionales, se creará un Patriarca para cada Estado, seguirá la separacion de la unidad de la Iglesia, teniendo cada país una religion aparte, segun la máxima de los protestantes: *Cujus regionis et religionis*, y acabaría con el Pontificado, si fuera posible su destruccion. Porque, no hay que dudarlo; si la Iglesia es esencialmente una, el resorte y la causa de esta unidad es el Primado conferido por Jesucristo á San Pedro y sus sucesores. El Pontificado es el centro, el corazon y la vida del pueblo cristiano. El gran edificio fundado por Jesucristo tiene en la autoridad soberana del Pontífice el cimiento de su estructura y la clave de su cúpula; sin esa autoridad inmortal, la sociedad cristiana no puede tener cohesion: por eso decia San Francisco de Sales, que «el Papa y la Iglesia es todo uno.» Atacar, pues, la autoridad soberana del Papa, es atacar su independencia, su autoridad espiritual y el organismo esencial del Cristianismo.

Y no se diga que las promesas de respetar la plena libertad del Pontífice en asuntos espirituales, bastan para conjurar todos esos peligros. No, el Papa no puede vivir como de gracia y estar pendiente en el ejercicio de su apostólico ministerio, de los que se atribuyen el derecho de impedir la publicacion de sus Alocuciones á los católicos de todo el orbe, y tienen por un acto de consideracion, digno de reconocimiento, el permiso para darlas á luz sin comentarios. ¿Qué promesas se han guar-

dado á la Iglesia? ¿Qué seguridad pueden ofrecer pactos firmados hoy para romperlos mañana, como nos enseña una triste y dolorosa experiencia?

La libertad ofrecida se convertiria en verdadera esclavitud con unas nuevas elecciones políticas, y hasta con un simple cambio de ministerio, atendido el curso de la política movediza de estos tiempos. No hay medio de salvar la divina autoridad del Papado, sino restituyéndole su verdadera independencia. Así lo reconocen los verdaderos hombres de Estado, cualquiera que sea su religion, cuando quieren ser sinceros. Sismondi afirma que «á la condicion del Pontífice repugna la esclavitud.» Thiers, que «la unidad católica no podria tener lugar, si el Pontífice no fuese bajo todos conceptos independiente;» y hasta el mismo Proudhon dice que «aquellos que juzgan que nunca será el Papa mejor obedecido que cuando solo se ocupe de los negocios del cielo, son ó políticos de mala fe, que disfrazan con palabras devotas atroces designios, ó católicos falsos, incapaces de comprender que en las cosas de la vida, lo temporal y lo espiritual son, á la manera del alma y del cuerpo, solidarios entre sí.»

Y en efecto, el Papa, sin independencia, está colocado en la alternativa ó de aplaudir el error y el mal, ó de recorrer el camino del destierro, ó bajar á las Catacumbas. Es, pues, de interés vital para la Iglesia la completa independencia del Vicario de Jesucristo. Pero no es solo una necesidad puramente religiosa, sino tambien una necesidad social.

Para todo el que sigue con ojo avizor los acontecimientos contemporáneos, es evidente que los enemigos del órden social preparan, alientan y aplauden la guerra contra el Pontificado, como medio seguro de producir las destrucciones sociales en que sueñan. La ruina de este poder venerando es la primera etapa que anhelan recorrer para pasar á la de todo gobierno y autoridad, y despues á la de la propiedad universal y de la sociedad misma. Los gobiernos cristianos, si conocen y cumplen sus deberes, deben tener por males propios los males que sufre el Papa, y creer que, defendiendo la independencia del Pontificado, no hacen otra cosa que defenderse á sí propios. Cuando la Religion dirige é impulsa á la sociedad, ésta camina por las gloriosas sendas de la verdadera perfeccion social; pero cuando

se emancipa de la Religion, se extravian y destruyen los elementos mas vitales del organismo social.

«En balde, dice con justísima razon la Alocucion *Luctuosis* de Su Santidad, en balde se buscará sólida y verdadera prosperidad para las naciones, tranquilidad y órden en los pueblos, y estabilidad del poder para los que empuñan el cetro, si fuere impunemente desgarrada la autoridad de la Iglesia, que á todas las sociedades rectamente constituidas contiene dentro del vínculo de la Religion, y si la Cabeza suprema de la Iglesia misma no puede usar de plena libertad en el cumplimiente de su ministerio, y está sujeta á la potestad arbitraria de otra persona.» Preciso sería cerrar los ojos á la luz para no ver con perfecta claridad que la independencia católica del Padre Santo no solamente es una necesidad religiosa, sino tambien una necesidad social, cuya satisfaccion reclaman imperiosamente el bienestar y el porvenir del mundo. Lo dicta la recta razon, y lo demuestra la historia con elocuencia superior á todos los razonamientos. ¡Tanto importa la independencia del supremo Pontificado para salvar la verdadera libertad de los pueblos!

En interés, pues, de tan sagrados objetos, y en su vivísimo anhelo de llevar al lacerado corazon del Papa, el consuelo que en sus tribulaciones no pueden escatimarle los que de hijos suyos se precian, los Prelados que suscriben piden con el mayor encarecimiento á V. M., que se adopten las resoluciones más eficaces y de éxito más seguro, á fin de que cese de una vez la opresion en que gime Nuestro Padre comun, con no pequeña alarma é inquietud de los católicos, y se le restituya su completa independencia y su libertad verdadera, y no simulada, que son los votos de la inmensa mayoría de esta católica nacion, cuyos destinos rige V. M.

Búrgos 16 de Mayo de 1877.=Señor: A los Reales piés de V. M.=*Anastasio*, Arzobispo de Búrgos.=*Pedro María*, Obispo de Osma.=*Juan*, Obispo de Palencia.=*Vicente*, Obispo de Santander.=En nombre y con autorizacion de los señores Obispos de Vitoria, Calahorra y Leon, *Anastasio*, Arzobispo de Búrgos.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Valladolid ha dirigido á sus diocesanos, con motivo de la Alocucion *Luctuosis*, una carta pastoral, en que los exhorta á frecuentar los Santos Sacramentos

y á la práctica de la Oracion, singularmente á la del santo Rosario, disponiendo además la celebracion de rogativas y funciones religiosas, en los dias 3, 16 y 21 del mes actual, y el rezo de preces por Su Santidad, al terminar el Santo Sacrificio de la Misa.

El Vicario apostólico de Gibraltar, Monseñor Scandella, Obispo de Antinoe, ha publicado tambien con el mismo motivo otra pastoral, dirigida á los fieles de su Vicariato.

2. Gran número de alumnos de la facultad de Derecho y Ciencias exactas de la Universidad de Valencia, han enviado á Su Santidad un mensaje de adhesion, en el cual, despues de felicitarle con ocasion del aniversario de su Consagracion Episcopal, manifiestan su dolor por los atropellos y violencias de que es víctima el Vicario de Jesucristo. Noventa y nueve alumnos de la facultad de Medicina, han enviado tambien al Pontífice otro mensaje de adhesion concebido en términos análogos. Digna del mayor elogio es la conducta de los estudiantes de Valencia, que tan noble y elocuente testimonio han dado de su fe con estas demostraciones, las cuales desearíamos encontrasen muchos imitadores en el seno de nuestra juventud escolar.

3. El dia 2 del actual salió de Madrid con direccion á Roma un considerable número de peregrinos, presididos por el Ilustrísimo Sr. Obispo de Areópolis, auxiliar de Madrid. En la estacion se habian reunido con ellos los peregrinos andaluces, á cuya cabeza va el Sr. Obispo de Zela, preconizado de Jaen, y muchos peregrinos valencianos. Además de los Prelados que acabamos de mencionar, forman parte de la peregrinacion el Sr. Obispo de Zamora, que, con los peregrinos de su diócesis se incorporó en Medina á los que salieron de Madrid, y los Obispos de Santander y Pamplona, que se han unido á la romería en las estaciones de Venta de Baños y San Sebastian respectivamente.

El Sr. Obispo de Zamora es quien, como más antiguo en el Episcopado, preside la peregrinacion y ha de presentar á Su Santidad á los romeros españoles.

Los donativos que ofrecerán á Su Santidad los romeros son muy cuantiosos.

Segun las últimas noticias que se han recibido de la peregrinacion, ésta llegó á Roma el dia 8, sin haber sufrido en su viaje contratiempo alguno.

4. Segun el periódico de Barcelona *La Imprenta*, de quien han copiado la noticia algunos periódicos de Madrid, se ha dirigido una circular á los Gobernadores de provincia, recordándoles la de 7 de Febrero sobre reuniones públicas, y previniéndoles que no concedan permiso para las romerías sin consultarlo préviamente con el Ministro de la Gobernacion.

Se sabe, por otra parte, que ha sido prohibida por el gobernador de Valencia la proyectada romería de los católicos valencianos al Santuario de la Vírgen de Puig.

Ambas noticias vienen á confirmar los temores que manifestamos en nuestra última Crónica de que redundará en daño de la libertad de las manifestaciones católicas, la distincion gratuita entre peregrinacion puramente ó no puramente religiosa, hecha por el Gobierno al contestar á la interpelacion del señor Pidal sobre los atropellos de que han sido víctimas los romeros de Cataluña.

5. Las dificultades con que parecia haber tropezado en un principio el procedimiento para hacer efectivo el cupo de soldados que ha tocado dar á Vizcaya para la próxima quinta, se ha allanado por completo segun las últimas noticias. El Gobierno ha ampliado el plazo para la rectificacion de las listas, y á instancia de los Comisionados de la Diputacion provincial interina, ha aceptado cien forales en pago de otros tantos individuos para el próximo reemplazo.

Segun vemos tambien en un periódico de aquella provincia, una de las concesiones que han obtenido del General en Jefe, Sr. Quesada, los comisionados de la Diputacion provincial interina, parece que ha sido la de que sea relevada de entender en los expedientes relativos á las quintas, los cuales volverán á ser de la exclusiva competencia de la comision de Jueces, que antes formó el tribunal para entender en este asunto.

CRONICA ESTERIOR

ROMA.—1. Discurso de Su Santidad á los peregrinos ingleses.—2. Recepciones de peregrinos en el Vaticano y del Sacro Colegio de Cardenales.—ORIENTE.—3. Sucesos de la guerra.—INGLATERRA.—4. La contestacion del gobierno inglés á la circular de Gortschakoff, y el estado de las relaciones entre Inglaterra y Rusia.

1. Insertamos íntegro á continuacion el testo del discurso pronunciado por Su Santidad, el dia 10 de mayo, en contestacion al mensaje de los peregrinos ingleses:

«Bien consolador es, hijos queridísimos, ver en mi presencia reunion tan numerosa de devotos hijos de Albion, unidos todos por la misma fé y relacionados con los vínculos de la misma caridad.

»¡Oh, cuántos motivos tengo para alegrarme y agradecer á Dios los progresos que en vuestra patria ha hecho la fe de Jesucristo! Aminoradas las antiguas preocupaciones que oscurecian la mente de muchos, hecha la luz, se han multiplicado las conversiones y las casas del Señor, señales evidentes que indican los progresos que la verdadera Iglesia hace en vuestra patria.

»No podia ser de otra manera, teniendo vosotros tantos y tantos Santos, los cuales ruegan incesantemente por vosotros. Teneis los Santos que vieron la luz y respiraron las primeras auras de la vida en vuestra tierra, en vuestras islas. Teneis á nuestro predecesor San Gregorio, el cual, ciertamente ruega aun ahora por aquellos que permanecen inciertos, y por los que ya gozan de aquella libertad de espíritu, que solo puede dar la fe católica. Teneis á María Santísima que está con la planta fija sobre la cabeza de la serpiente infernal, la cual vomita la baba de todos los errores.

»Este notable aumento de la fe católica en Inglaterra se presagiaba ya en los primeros años de mi Pontificado. Y entonces un Obispo inglés me contaba con complacencia haber tenido un coloquio con un hombre de Estado, perteneciente al gabinete de

Saint-James, quien le habia pedido con mucha eficacia hiciese cuanto estuviera en su mano para moralizar al pueblo bajo. ¿Y á quién no hubiese parecido un buen presagio para la difusion de la fe católica en la Gran Bretaña, oir á un ministro de Estado rogar á un Obispo católico que coopere con los suyos á esparcir y difundir la moralidad en medio del pueblo inglés? Y así fué. Despues de la gracia de Dios, de la intercesion de los Santos y del celo de sus ministros, débese á la tolerancia y al indirecto concurso del gobierno inglés tan gran progreso de la fe.

»Porque la Iglesia católica, no solamente es tolerada en Inglaterra, sino que es del todo libre en el ejercicio de su culto y de sus obras; no hablo de las Colonias, donde la Iglesia, más que libertad, goza de la proteccion del gobierno.

»¡Oh, sea Dios siempre y eternamente alabado por esta misericordia! Y yo, queridos mios, antes de daros la Bendicion Apostólica, os ruego multipliqueis las oraciones en favor de vuestra patria, á fin de que esta tierra ya tan bendecida, pueda merecer que la misericordia de Dios descienda sobre ella, apresurando con la oracion el momento designado por la Providencia.

»Os bendigo, pues, con todo el corazon en este dia, que es el dia propio de la bendicion, porque la Iglesia recuerda hoy la Ascension al Cielo del Hijo de Dios, el cual, antes de partir de este mundo, *elevatis manibus benedixit eis*, alzando la mano llena de amor, como siempre, bendijo á los apóstoles, á los discípulos y á toda la Iglesia naciente; y esta bendicion fructificó tan maravillosamente que multiplicó el número de los que creian.

»¡Oh! yo ruego á Dios que en este instante comunique fuerza al brazo de su viejo é indigno Vicario para dar una bendicion que produzca frutos copiosos de vida, y que lleve la paz á las familias, confirme la union y la concordia entre el clero regular y secular, y dé á todos mayor fuerza para sostener los derechos de la Iglesia hasta el último dia de la vida. Dios os bendiga ahora en el tiempo, á fin de que seais dignos de bendecirle por los siglos eternos en el Paraiso.

»*Benedictio, etc.*»

Los peregrinos depositaron á los pies del Pontífice juntamente con el mensaje de adhesion leido por el Obispo de Clifton,



cuyo documento está firmado por más de medio millon de católicos ingleses, una ofrenda de 400.000 francos y otros donativos, entre los cuales son de notar un magnífico cáliz de gran valor y mérito artístico, y un medallon de oro esmaltado con la imágen de la Vírgen Santísima.

2. A las audiencias concedidas por Su Santidad en el mes pasado, á los peregrinos de varias naciones de Europa, de que dábamos cuenta en nuestro último número, tenemos que añadir la de de los peregrinos portugueses, la de los fieles de la diócesis de Espoleto, primera sede episcopal de Pio IX, y la de los peregrinos croatas, verificadas el 30 de mayo, y la de los peregrinos franceses del arzobispado de Bourges y de los obispados de Perpignan, Troyes y Poitiers, que tuvo lugar el jueves 31.

Acerca de las audiencias concedidas por Su Santidad á los peregrinos belgas, norte-americanos y alemanes, mencionadas en nuestro último número, podemos dar hoy á nuestros lectores los siguientes detalles:

La numerosa peregrinacion de los Estados-Unidos de América, estaba compuesta de respetables eclesiásticos y distinguidas familias de todos los puntos de los Estados-Unidos, de Nueva-York y California, de San Pablo y Nueva-Orleans.

Presidíala el Arzobispo de Filadelfia, Mons. Wood, en union de los Reverendos Obispos de Alleghany, de Nachitoches, de La, de Albani, de Louisville, de Galveston, Tejas y otros puntos.

El ilustre Arzobispo de Filadelfia, en nombre de la peregrinacion, leyó un notabilísimo mensaje, poniendo despues á los piés del Padre Santo un considerable óbolo de su diócesis, lo que efectuaron despues los comisionados de diferentes puntos.

El Soberano Pontífice contestó bendiciendo á Dios por la prodigiosa dilatacion de la fe en América. Despues, por uno de aquellos rasgos de su memoria, siempre jóven, el Padre Santo recordó lo que le decia *hace treinta años* un Cardenal, respecto á las esperanzas que le inspiraba la América, á saber: que ella suministraria á la Santa Iglesia numerosos hijos, y que éstos se harian notar por la actividad de su celo. En efecto, prosiguió el Padre Santo, vuestra nacion produce frutos abundantes de salvacion, porque es una nacion todavía jóven y se halla en la plenitud del vigor.

Pero la juventud tiene tambien sus defectos, ha dicho el Papa: se inclina á la precipitacion y al espíritu de independencia. Tales son los dos escollos que debeis evitar. Combatir la precipitacion con el espíritu de tranquilidad y de sabiduría. No os entregueis á la insubordinacion, á pesar de la ocasion que parece ofreceros la atmósfera republicana en que vivís. Para esto recordad que el camino del cielo es estrecho, y que es preciso humillarse, abatirse para pasar por él.

El Padre Santo recomendó tambien á los católicos americanos que no sacrificasen á la sed del lucro, á la preocupacion de los negocios materiales, el único y grande negocio de la salvacion del alma.

Confirmó estos sentimientos por medio de la bendicion apostólica que concedió á la concurrencia y á los pueblos que esta representaba, y terminó diciendo que pedia á Dios para los católicos la gracia de la perseverancia, y para los protestantes la de conocer y abrazar la verdad.

Los peregrinos belgas, cuyo número se aproximaba á 500, se hallaban presididos por el ilustre Obispo de Lieja y otro prelado belga por los organizadores de la peregrinacion y los miembros directores de las obras pontificias de Bélgica. Entre los asistentes, hallábanse Mons. de Moreau, Dean del Cabildo de Lieja; Mons. Cartuyvels, Vicerector de la Universidad de Lovaina, y dos eminentes Profesores de esta Universidad, los Comendadores Perin y Lefebvre; el Senador Cannart d'Hamale, el Conde de Robiano, el Conde de Villermont, Director del excelente *Courrier de Bruxelles;* los Condes de Alcántara, de Robins de Inkendade, de Renese, de Filoes, de Rensens, los Barones de Hauleville, de Vancaloen, de Pycke de Petegham y de Surmont, Mr. Misson, Presidente honorario del Tribunal de Cuentas, y otros varios personajes militares y políticos.

El Sr. Obispo de Lieja leyó en nombre de los asistentes un mensaje lleno de sentimientos conmovedores y enérgicos.

Leido el mensaje, el Sr. Obispo presentó en nombre de los fieles de su diócesis una ofrenda especial consistente en una suma de 110.000 francos en oro. En nombre de la diócesis de Tournai se ofreció otra suma de 180.000, y el Vicerector de la Universidad de Lovaina presentó á Su Santidad una magnífica cruz pectoral.

El Soberano Pontífice contestó alabando la fidelidad y el celo inquebrantable de los católicos belgas, añadiendo que esperaba ver á Bélgica perseverar en estos sentimientos, con lo cual continuaria mereciendo las bendiciones de Dios.

Los peregrinos de Austria y Hungría, que eran cerca de 300, fueron presentados á Su Santidad por Su Eminencia el Cardenal Príncipe de Schwarzemberg, Arzobispo de Praga. Entre ellos se encontraban tres Príncipes de Windischgraetz; dos Príncipes de la casa de Lobkovitz, Mauricio y Jorje; los Condes Choter y Upsidon; el Baron Andrian; el Baron Rayer; el Conde Dessenffaus de Avernat; el Conde Brandis; el Conde Zaber, y otras muchas personas de distincion. Habia tambien habitantes de la Moravia con su traje característico. Próximos á los numerosos Cardenales y Prelados de la Corte pontificia, notábanse SS. AA. RR. el Duque y la Duquesa de Parma, y la Princesa Elena de Turn y Taxis.

Su Eminencia el Cardenal de Schwarzemberg leyó en nombre de sus peregrinos un breve y enérgico mensaje en lengua latina, al que Su Santidad respondió haciendo al principio el elogio de la conducta leal de que en otro tiempo habia dado pruebas el gobierno austriaco en favor de los derechos de la Santa Sede.

Los peregrinos croatas se presentaron presididos por Monseñor Mehalovic, Arzobispo de Calabria, á quien acompañaban el Obispo de Bosnia, Mons. de Strossmayer, de quien tanto se habló cuando la definicion dogmática del Concilio Vaticano, y el Obispo de Kuzevac, perteneciente al rito griego. Todas las clases, dice *El Times*, desde el más pobre habitante de las márgenes de Herzegowina, hasta los más elevados representantes de la nobleza de Croacia, se hallaban representados en esta recepcion con los característicos trajes de sus respectivos paises. El Conde Vognobic, Catedrático de la Universidad de Agram, leyó un mensaje en latin, y Su Santidad, en su contestacion, se felicitó de ver reunidos en torno suyo á tantos fieles eslavos; los felicitó por su firmeza en la Fe, igual á su valor en los campos de batalla; recordó las estrechas relaciones que habian mediado entre ellos y la Santa Sede desde los tiempos de Gregorio VII y Bonifacio VIII, y concluyó anunciándoles su propósito de elevar al cardenalato á su Primado Mons. Mehalovic, para honrar

en él á la nacion croata ó, mejor dicho, al pueblo, dijo Su Santidad interrumpiéndose, pues no quiero hablaros de cosas políticas.

Los peregrinos croatas entregaron á Su Santidad una suma considerable y varios donativos de valor.

Con ocasion de la fiesta del Corpus que se celebraba el dia 31, recordó Su Santidad en su discurso á los peregrinos franceses, la solemnidad con que se verificaban en la Roma Pontificia las procesiones del Corpus antes de la invasion piamontesa, extendiéndose en consideraciones teológicas y litúrgicas sobre el sacrosanto misterio que se celebraba aquel dia.

«Con estas procesiones, decia el Santo Padre, se trataba de reparar de una manera pública y elocuente los ultrajes que sufrió el Divino Redentor en las calles de Jerusalen cuando comenzó la Pasion. Pero ¡ay! exclamaba, esas públicas demostraciones de nuestra fe son impedidas por los que tienen la fuerza de su parte, y no solo se impide que salga á la calle nuestro Señor Jesucristo en esta Ciudad Santa, sino que se autorizan oficialmente demostraciones llamadas populares, cuya impiedad renueva la Pasion de nuestro Redentor.»

En la recepcion de los peregrinos portugueses, Su Santidad contestó al mensaje que le fué leido por el Emmo. Cardenal patriarca de Lisboa, jefe de la peregrinacion, alabando los sentimientos católicos y las costumbres del pueblo portugués, y recordando los hechos históricos que más enaltecen á la nacion portuguesa.

Su Santidad les habló además de los males de nuestra época, señalando como uno de los principales de ellos á la fracmasonería, plaga que infesta actualmente todos los paises, no siendo Portugal de los que menos sufren sus estragos.

El dia 2 de junio, víspera del aniversario del jubileo episcopal del Pontífice, recibió este en audiencia solemne al Sacro Colegio, en nombre del cual leyó el Cardenal di Pietro un mensaje de felicitacion y adhesion al Jefe de la Iglesia. Su Santidad le contestó manifestándole su complacencia y consuelo por los homenajes de adhesion y fidelidad que continuamente recibe de todo el orbe católico.

3. Las últimas noticias de alguna importancia que se han recibido del teatro de la guerra, pueden reducirse á las siguientes:

Segun un telégrama de Lóndres, fecha 4, unos 4.000 circasianos, á las órdenes de Mousa, que estaban cercados en Beklihamed, han sido degollados, logrando escaparse unos 200 solamente.

Se añade que la caballería de Mouktar-bajá ha sido completamente derrotada, y que Mousa, jefe de los circasianos, ha desaparecido.

Segun noticias de Constantinopla, están interrumpidas las comunicaciones con Kars, y Mouktar-bajá se ha replegado sobre Zcain.

La situacion de los turcos en Asia se agrava.

Un despacho de Viena confirma y aclara el hecho de que Muktar-pachá se haya visto obligado á retirarse detrás de Erzerum. Posesionados los rusos de Ardaham, y habiendo llegado hasta Olti, cerca de los desfiladeros de Soghanli, temian los turcos verse cortados y separados de Erzerum, dando la vuelta á aquellos desfiladeros las tropas rusas. Las avanzadas de la caballería rusa habian llegado ya á aquellas cercanías, por cuya razon Muktar-pachá creyó lo más prudente retirarse.

Sobre el estado de la insurreccion musulmana en el Cáucaso dice lo siguiente un telégrama enviado á San Petersburgo por el Comandante en jefe de aquel distrito militar, ampliando noticias que ya conocen nuestros lectores:

«La escuadra turca ha llevado á cabo un desembarco en Asler el dia 23; 3.000 montañeses han favorecido este desembarco. La guarnicion, compuesta de un batallon de infantería, se ha retirado á Sotchy; hemos tenido 18 muertos y 7 heridos. Se han enviado tropas á Huban para guardar los desfiladeros.

Un despacho de orígen turco da cuenta de la toma del puerto de Sukhum-Kaléh, en los términos siguientes:

«Por órden del comandante de la division militar de Batum nos embarcamos el 10 de Mayo en la flota imperial, que manda Hussein-pachá, que inmediatamente se hizo á la mar dirigiéndose á Sukhum-Kaléh.

Gracias á las hábiles disposiciones del comandante, durante la noche verificamos sin obstáculos nuestro desembarco en las cercanías de Sukhum.

Las tribus circasianas corrieron á nuestro encuentro, hicie-

ron causa comun con nosotros, y por la mañana teníamos ya más de 3.000 musulmanes bajo nuestras banderas.

Los voluntarios asaltaron el pueblo de Gadavata-Ortch, sostenidos por el fuego de la escuadra acorazada. La guarnicion, compuesta de cosacos, pereció en su mayor parte, y el resto huyó vergonzosamente.

Nuestras tropas, á las cuales se habian unido más de 10.000 indígenas, continuaron al dia siguiente su marcha sobre la ciudad de Sukhum-Kaléh, en frente de la cual vinieron á situarse las acorazadas de la escuadra, abriendo un fuego violento contra la plaza.

Despues de cinco horas de encarnizado combate con los cosacos, la ciudad fué tomada por asalto y entregada á las llamas.

En estos dos combates, si se exceptúan doscientos fusiles distribuidos por el comandante de la escuadra, nuestros aliados indígenas no tenian más armas que viejos fusiles de chispa, sables y cuchillos: la derrota del enemigo y la conquista de la plaza se deben, pues, al valor invencible y al ardor entusiasta que los inflamaba.

Cuando el *Makin Zafer* de la escuadra acorazada partió para Batum con objeto de recoger 5.000 fusiles y las municiones necesarias, la ciudad estaba todavía ardiendo, y los indígenas, nuestros hermanos, proseguian su combate con los rusos.

Los habitantes musulmanes de aquí se unen con sus hermanos de Constantinopla en ardientes votos por la conservacion de los dias de S. M., y la prosperidad de su reinado.»

Otro despacho de procedencia rusa habla de un importante combate que ha tenido lugar en las cercanías de Degli, dando acerca de él los siguientes detalles:

El dia 29 de Mayo por la mañana, una columna de caballería turca descendia de Soganlugh á Kars. El general Loris-Melicoff envió por la tarde, para que le saliese al encuentro, una fuerte columna al mando del general príncipe Tschavatschavatz. Los turcos fueron atacados por tres lados á la vez cerca de Degli, siendo completamente derrotados. Los rusos se han apoderado de dos piezas de montaña, cuatro furgones de municiones, dos estandartes, y han hecho además un considerable número de prisioneros, entre los cuales se halla un oficial superior del ejército regular.

Las pérdidas de los rusos consisten en seis muertos y treinta heridos; las de los turcos se elevan á cien muertos. El regimiento Nigni Novogorord es el que más particularmente se ha distinguido en este combate.

Es de advertir que un telégrama de Erzerum de 1.º de Junio, esto es, de procedencia turca, da cuenta del suceso en estos lacónicos términos, que confirman la derrota de los turcos:

«En un encuentro que ha tenido lugar entre un cuerpo de ejército ruso y la caballería turca, ésta se ha visto obligada á retroceder.»

Sobre las operaciones del ejército turco contra los montenegrinos, dice un despacho oficial de orígen turco:

«Soliman-bajá, comandante en jefe del ejército de la Herzegowina, atacó á los montenegrinos en las alturas que ocupaban entre Orcaba y Kristach. Despues de un reñido combate, las tropas imperiales tomaron todas las posiciones de los montañeses, igualmente que el fuerte de Kristach. De resultas de esta derrota quedó levantado el sitio de Ditrotop.

Por su parte, Alí-Saib-bajá, comandante de la division de Scutari, ocupó, sin obstáculo, varias posiciones importantes, al mismo tiempo que el general de brigada Hadji-Hussein-bajá se apoderaba de las trincheras de Yasikein, de Sexk y de Boyalat.

Mehemet-Alí-bajá, comandante de Novi-Bazar, telegrafia igualmente que ha derrotado á los montenegrinos, y que nuestros soldados han ocupado victoriosamente á Achvik-Bala, á distancia de una hora de marcha en territorio montenegrino.

En estos diferentes combates los montenegrinos tuvieron grandes pérdidas.

A tres habitantes de Isborg, que cayeron vivos en manos de los rebeldes, les cortaron éstos la nariz, los labios y los brazos. Los montenegrinos cortaron además la cabeza á un niño de once años, y asesinaron á dos mujeres y á dos hombres de la Religion cristiana.»

Parece confirmarse la creencia de que el paso del Danubio por los rusos se verificará principalmente por la parte alta del rio, en cuya direccion marchan considerables fuerzas.

Varios trenes de puentes han sido dirigidos allá. Se cree tambien, conforme se ha anunciado, que el paso tendrá lugar

por diferentes puntos, opinándose que de un momento á otro se recibirá la noticia de haber sido echados los primeros puentes.

Se han tomado muchas precauciones en el campo ruso para que no se divulguen noticias que puedan perjudicar el éxito de las operaciones.

Los telégramas expedidos en Bucharest y demás estaciones rumanas son objeto de la más escrupulosa censura.

Muchas de las noticias que se reciben del campo ruso proceden de correspondencias recibidas de la frontera de Austria y comunicadas á este punto por telégrafo.

4. A continuacion verán nuestros lectores el texto de la contestacion del Ministro de Negocios extranjeros Conde de Derby á la circular del príncipe de Gortschakoff, sobre la declaracion de guerra á Turquía. Dice así este importantísimo documento:

Milord:

He remitido á V. E. con mi mensaje del 24 del pasado mes, una copia de la circular del Príncipe Gortschakoff, fecha 7 (19 de Abril), anunciando que el Emperador de Rusia habia dado á su ejército la órden de franquear la frontera turca.

El Gobierno de S. M. ha recibido esta comunicacion con un profundo sentimiento. Le es imposible aceptar las declaraciones del Príncipe Gortschacoff y las conclusiones que de ella deduce para justificar la resolucion tomada.

El protocolo en que el Gobierno de S. M. la Reina habia tomado recientemente parte, á solicitacion de la Rusia, no exige, por parte del Sultan, nuevas garantías para la reforma de su administracion.

Con objeto de permitir más fácilmente á Rusia abstenerse de toda accion aislada, afirmaba el interés que todas las potencias tomaban de comun acuerdo en la situacion de las poblaciones cristianas de Turquía, declaraba que las potencias vigilarian cuidadosamente el modo con que las promesas serian mantenidas y practicadas, y que si sus esperanzas fuesen de nuevo defraudadas, se reservaban el derecho de recordar en comun los medios que pareciesen más próximos para asegurar el bienestar de las poblaciones y los intereses de la paz general.

El consentimiento de La Puerta á esta declaracion de las intenciones de las potencias no habia sido ni pedido ni buscado. Indudablemente, la Puerta ha juzgado conveniente (muy des-

graciadamente en la opinion del Gobierno de S. M.), protestar contra las expresiones de que se trata por constituir una intrusion en la soberanía é independencia del Sultan.

Sin embargo, al protestar y declarar que no podia considerar el protocolo con carácter obligatorio para la Turquía, la Sublime Puerta afirmaba de nuevo su intencion de ejecutar las prometidas reformas.

Por esta razon el Gobierno de S. M. no puede admitir como lo sostiene el príncipe de Gortschacoff, que la respuesta de la Puerta haya destruido toda esperanza de verla deferir á los deseos y consejos de la Europa, ó á toda garantía de aplicacion de las reformas indicadas.

No es de parecer que los términos de la nota debiesen necesariamente hacer imposible la conclusion de la paz con el Montenegro, ó el acuerdo para el desarme simultáneo. El Gobierno de S. M. cree todavía que, con la paciencia ó la moderacion por las dos partes, se hubiera podido probablemente obtener un acuerdo acerca de estos dos puntos.

El Príncipe de Gortschacoff, sin embargo, afirma que ha quedado cerrado todo camino de conciliacion; que el Emperador ha decidido acometer la tarea de obtener por medio de la fuerza lo que todas las potencias no han podido obtener de La Puerta por medio de la persuasion, y declara que S. M. I. se halla convencido de que esta medida está de acuerdo con los sentimientos é intereses de la Europa.

No se puede esperar del Gobierno británico que participe de este modo de ver. No ha disimulado su opinion de que la presencia de considerables fuerzas rusas en las fronteras de Turquía, al hacer imposible el desarme y al provocar un sentimiento de aprehension y de fanatismo entre la poblacion musulmana, constituia un obstáculo material para la pacificacion interior y para las reformas. No puede creer que la entrada de estos ejércitos en el territorio turco sea propia para remediar estas dificultades y mejorar la suerte de las poblaciones cristianas en los dominios del Sultan.

Pero la línea de conducta adoptada por el gobierno ruso da lugar á más graves y más sérias consideraciones. Constituye una violacion de la estipulacion del Tratado de París del 30 de Marzo de 1856, por el cual la Rusia y las demás potencias signata-

rias se comprometian, cada una por su parte, á respetar la independencia é integridad territorial del imperio otomano.

En las conferencias de Lóndres de 1871, en las que, al cerrarse, se confirmó con las demás la estipulacion dicha, el Plenipotenciario ruso, unido á los de las demás potencias, firmó una declaracion afirmando que era un principio esencial del derecho de gentes que ninguna potencia puede separarse de las obligaciones de un Tratado ni modificar sus estipulaciones, sin el consentimiento de las partes contratantes por medio de un arreglo amistoso.

Al obrar contra la Turquía por su propia cuenta y al recurrir á las armas sin haber consultado á sus aliados, el Emperador de Rusia se ha salido del concierto europeo, que hasta ahora no habia sido turbado: al mismo tiempo se ha separado de la regla que solemnemente se habia comprometido á seguir.

Es imposible preveer las consecuencias de semejante acto. El gobierno de S. M. se habria voluntariamente dispensado de hacer observaciones con este motivo. Pero como el Príncipe de Gortschakoff parece pretender en una declaracion dirigida á todos los gobiernos de Europa, que la Rusia obra en interés de la Gran Bretaña, como tambien en el de las demás potencias, se cree obligado á declarar de un modo igualmente formal y público, que la decision del Gobierno ruso no es propia para obtener su concurso ni su aprobacion.

Tengo el honor, etc.=Firmado: Derby.

Interpelado recientemente el Gobierno inglés en la Cámara de los Comunes, por Mr. Sanfort, sobre la actitud de Inglaterra en la cuestion de Oriente, ha contestado por boca del Subsecretario de Estado, Mr. Bourke, en estos términos:

La política de Inglaterra en la cuestion oriental, dependerá únicamente de las circunstancias; pero cuando se discutan las condiciones de paz, entonces el asunto tomará un carácter europeo. Las potencias deberán tener en cuenta entonces, que tienen el derecho de tomar parte en las deliberacionés, para garantizar el porvenir.»

Mr. Elcho ha dirigido otra pregunta al Ministro de la Guerra acerca de la actual situacion del ejército inglés.

El Ministro del ramo ha contestado que, áun manteniendo el ejército en pié de paz, es preciso no olvidar las complicaciones

que pueden surgir. «Espero, no obstante, añadió, que no surgirá ninguna de naturaleza tal, que pueda cambiar la situacion del país.»

La prensa inglesa, por otra parte, no oculta la desconfianza que le inspira la conducta de Rusia, y muestra sus sentimientos hostiles hácia el Gobierno del Czar. Véase lo que sobre esto dice uno de los periódicos más importantes de Lóndres, el *Daily Telegraph:*

«El Czar se apoderará, si puede, de Constantinopla, y mientras sus designios sean dudosos, Inglaterra faltaria á todos sus deberes si no hiciese todo aquello que está en su mano para desbaratar ese proyecto.

El atentado de Rusia contra Turquía es un ataque encubierto contra la Gran Bretaña.

Ella nos toca en Europa, nos aprieta en Asia, y extiende su mirgada hácia el Africa.

Cada golpe dado en el Asia Menor, tendrá un eco en las orillas del Indo, y á menos que no obremos con firmeza y prontitud, cada victoria rusa debilitará nuestra situacion en Oriente.»

Segun noticias telegráficas de autorizado orígen, la respuesta de Inglaterra á la última circular de Rusia, ha causado gran pánico en la Bolsa de Bruselas, y se teme que Inglaterra no pueda prescindir de tomar parte en la guerra muy pronto.

Una correspóndencia de San Petersbúrgo, dirigida á un periódico de Viena, da cuenta del mal efecto que ha producido en Rusia la contestacion del Conde Derby al Gobierno del Czar, que hemos copiado anteriormente, en estas palabras:

«La Rusia no tiene otra respuesta que dar á la nota Derby, que la de ignorarla completamente, y la Inglaterra puede marchar como quiera por las vias en que crea hallar su interés, sin que Rusia haga el más mínimo esfuerzo para separar el gabinete de Saint James, de resoluciones que podrian tener las más graves consecuencias.

La experiencia de la guerra de Crimea no ha sido perdida para Rusia..... La lucha, si llega á haberla, se verificará en las Indias y añadirá á los gloriosos anales militares de la Rusia, al paso de Souwaroff á través de los Alpes, una página no menos brillante, el paso del general Kauffman á través del Pamir. Por las palabras de su soberano, la Rusia ha declarado que no sigue

una política de conquista. Tampoco consentirá que la Inglaterra saque algun provecho material de complicaciones que ha tomado por papel arreglar por medio de las armas, papel cuya legitimidad se atreve á negar la Inglaterra, á pesar de la conferencia y el protocolo. La Rusia se opondrá á toda veleidad de la Inglaterra para establecerse en Creta ó en algun otro punto del territorio otomano, con tanta más energía, cuanto que ella misma ha proclamado una política desinteresada. No tiene interés alguno en dejar á un adversario tan poderoso como Inglaterra en Turquía. Sin embargo, si esto aconteciese, se consideraria Rusia como desligada de toda obligacion que pudiese impedirle presentar por su parte, como móvil de sus resoluciones, la política de los intereses.»

Aunque no se ha publicado todavía el texto de la nota enviada al Gobierno inglés por la Cancillería rusa, contestando á la comunicacion del Conde Derby, puede inferirse cuál será su contenido, y que está redactado en términos conciliatorios, por las siguientes consideraciones que hace sobre ella *El Times*, en un artículo publicado hace dias.

«El acontecimiento que hoy preocupa á los círculos diplomáticos y políticos, dice, es la nota de Rusia contestando á Inglaterra, que el conde Schouwaloff lleva á Lóndres, y cuyo contenido nadie conoce aún.

Parece que hay en él algo referente á una evacuacion eventual y temporal de Constantinopla por parte de Rusia; pero no se sabe si es contestacion á las preguntas de Inglaterra, ó declaraciones espontáneas de Rusia, aunque se cree más probable lo primero.

Al parecer, en dicha nota se dan tambien seguridades de que no se perjudicarán los interéses de Inglaterra, sin precisar por eso cuál será la conducta que Rusia se propone seguir.

En cuanto á las conquistas del imperio moscovita en Asia, se cree que tienden á ocupar la Armenia, y á conservarla en su poder. La ocupacion de Armenia es estratégicamente la llave de la Siria y de la Mesopotamia, y es adquirir moralmente un ascendiente inmenso sobre Pérsia y las tribus turcomanas del Turquestan, que de este modo se convierten en una vanguardia de Rusia.

En compensacion de estas eventualidades, Inglaterra exigiria

posiciones equivalentes, entre ellas el Egipto, no solo por el Canal de Suez, sino porque los que han ocupado á Egipto han mandado con su influencia en Siria, y á través de este país, se han puesto en contacto con la parte inferior del Eufrates y del Golfo Pérsico.

La contestacion de Rusia parece que suscita otras muchas cuestiones, y puede dar lugar á algunas disputas.

La espectacion de la aludida nota es la causa de que Europa goce de una calma relativa, aguardando Austria ver localizada la guerra, sin saber cómo ni por qué medios; manteniéndose Italia en su actitud espectante y silenciosa; enviando Francia á todas partes palabras de paz. Sin embargo, se dice que en presencia de la actitud de Inglaterra y de Austria, que desean localizar la guerra, el príncipe de Bismarck se propone ser arbitro de la paz, despues de haber sido acaso el misterioso promovedor de la guerra. Con este motivo se vuelve á hablar del misterioso proyecto que daba como término oficial de la cuestion de Oriente, la Sérvia, Herzegowina y Bosnia al Austria, convirtiéndose así el dualismo austro-húngaro en una trilogia austro-húngaro-eslava; la Armenia con Kars, Batum, Erzerum y Trebisonda á Rusia; Bulgaria á Rumania; la Bohemia á Alemania; la soberanía sobre Egipto y Siria con el protectorado de Kalafat, á Inglaterra; el país de Trento á Italia; y últimamente, la Lorena á Francia, con la condicion de desmantelar á Metz; Constantinopla sería un puerto libre y neutral con un príncipe inglés á su cabeza. Por desgracia en esta pintura encantadora sobresale una sombra, que es el discurso del rey de la neutral Bélgica, pidiendo recursos para preparativos militares.

Un telégrama de Londres, fechado en 10 del actual, confirma estas noticias, asegurando que «la carta del príncipe Gortschakoff de que ha sido portador el conde Schouvaloff, no contiene nada alarmante.»

El gobierno inglés ha declarado en la Cámara de los Comunes «que la intimacion que ha hecho Inglaterra, relativa á la navegacion del Canal de Suez, tiene por único objeto proteger el Canal contra cualquier propósito de destruccion del mismo, bajo el punto de vista ofensivo y defensivo; añadiendo, que dicha intimacion no hubiera sido hecha, si el gobierno no se hubiese encontrado dispuesto á obrar en caso necesario.»

Segun telégramas de San Petersburgo, todos los embajadores rusos cerca de las grandes potencias, han recibido órden de volver á sus puestos.

No se ha recibido órden para abrir las negociaciones de paz, pero el gobierno declara que no medita ninguna reforma en el mapa político, y solo quiere mejorar la suerte de los cristianos.

Rusia, asegura, desea el restablecimiento de la paz, pero con las garantías necesarias.

El ministro de Negocios extranjeros de Turquía se ha dirigido últimamente á las potencias, recordándoles su comunicacion anterior sobre la conducta de Rumania al facilitar la entrada de los rusos en territorio turco.

En este documento protesta contra la declaracion de independencia de dicho Principado, lo declara desleal y rebelde abriendo el país al enemigo.

Acúsale de ingratitud, recordando los favores que siempre le ha dispensado, y sostiene que son falsos los argumentos alegados por el gobierno de Bucharest.

Acusa á Rusia de ser causante de la rebelion de Rumania, declarándola cómplice de la revolucion y de los principios más subversivos, y rechaza estos actos, que son una infraccion de los tratados.

Manifiesta, por último, que la Puerta sostendrá sus derechos intactos, y pide á las potencias que se asocien á su protesta, en la confianza de que las naciones interesadas en mantener el derecho público europeo, elevarán la voz para condenar actos tan irreflexivos como culpables, para evitar las consecuencias desastrosas que podrian resultar contra el equilibrio europeo.

Al ocuparse el dia 9 del actual la Cámara de diputados de Hungría de la cuestion de Oriente, un diputado pidió que el gobierno austriaco tomase enérgicas medidas en vista de la alianza entre rumanos y rusos, que el orador creyó eontraria á los intereses austriacos.

Otros oradores terciaron en la discusion, manifestándose muy hostiles á la política rusa.

PIO IX

PONTIFICI MAXIMO

VIRTVTE PRVDENTIA CONSTANTIA

CVNCTIS SÆCULIS ADMIRANDO

CUIVS FALLI NESCIA AVCTORITAS

CHRISTIANÆ SCIENTIÆ COLVMNA EST AC FIRMAMENTVM

OB QUINQVAGESIMVM ANNIVERSARIVM DIEM

QVO AD EPISCOPATUS HONOREM PROVECTVS FVIT

EIVSDEM SCIENTIÆ CHRISTIANÆ CVLTORES

OBSEQVENTISSIMI

FAVSTA OMNIA ADPRECANTUR.

LAS EPOPEYAS CRISTIANAS

DANTE-MILTON

I

Los viajeros por recreo—*turistas* dijera si no tuviese escrúpulo de usar tan bastarda palabra—acostumbran trazarse un itinerario contraproducente para las impresiones que buscan. Decídese este por el Mediodía, y recorre Italia, España y Portugal; elige aquel el Norte, y explora uno tras otro los ventisqueros de Suiza, las márgenes del Rhin ó los lagos escoceses. Así no solo se advierte monotonía, sino que se pierden los efectos del contraste, y no es posible juzgar de la superioridad relativa de los espectáculos de la naturaleza. Para distinguir, la comparacion es indispensable, y para la comparacion es menester ir de extremo á extremo, por ejemplo, de Nápoles á Ginebra, ó de la sierra de Córdoba á la Carintia. Nunca se aprecian mejor las cálidas tintas de ámbar del Mediterráneo, que ante la celeste diafanidad de las aguas del Ródano; nunca brillan más las flores de púrpura del granado, que tras el verdor sombrío de los pinares; nunca hechizan más las rientes ensenadas de Baia, que al dejar los salvajes picachos de la Jungfrau.

Por eso hemos unido en estos estudios los nombres de Dante y Milton, en vez de pasar de la *Divina Comedia* á la *Jerusalen*, ó de la bilogia del *Paraiso* á la *Mesiada:* porque—aparte de que solo la colosal figura del vate inglés puede tocar á la

cima del monte en que se eleva la del florentino—ambos se realzan en razon directa de su diversidad, y esta diversidad, doble faceta de preciado diamante, se resuelve en unidad magnífica.

Quizás no se hallen dos poetas, ni más análogos ni más diferentes. Hombres los dos de meditacion y de entusiasmo, de fogosas opiniones políticas, pero de cumplida integridad moral, malaventurados, perseguidos y pobres, y altivos y desdeñosos de la suerte; bebiendo por igual la inspiracion en las corrientes de la fe, y depurando despues la concepcion artística en el crisol de la ciencia, tienen el amador de Laura y el padre de Débora estrecho parentesco. El *Paraiso* y la *Divina Comedia* son tambien á la vez descriptivos, didácticos y dramáticos: ambos comprenden todos los géneros sin agotar ninguno; ambos abrazan la esfera de la realidad, el cielo y la tierra, el bien y el mal, Dios y el hombre; ambos exigieron de sus autores genio al idearlas y vigor heróico al darles cima.

Tienen, pues, de comun las dos epopeyas, magnitud, fuente y alcance. Pero el plan y desarrollo—como puede verse por los anteriores artículos en que á la ligera los bosquejamos—siguen opuestas direcciones. En Milton la humanidad decae por la culpa; en Dante, se regenera por la expiacion. Dante es el héroe de su propio poema, y aunque una vez sola—y eso *di necessità*—suena allí su nombre, á cada momento nos refiere sus impresiones de terror y piedad, ó de amor y éxtasis, y narra aventuras sobrenaturales con detalles de tal naturalidad. que rayan en realismo. En Milton, al contrario, parece como si hablase una voz celestial, no articulada por lengua alguna.

Los personajes de Dante no son creaciones fantásticas ó personificaciones como en Milton, sino gentes sobrado conocidas del poeta, príncipes, artistas, eclesiásticos y guerreros, y hasta matones y rufianes. A todos ve y oye de nuevo en su misterioso viaje; todos le salen al paso, y no por cierto con la lívida y va-

ga aureola de los espectros, sino como hombres llenos de fuerza, vida y animacion. Parece que alientan, que se mueven, que escuchamos el crujir de sus dientes y percibimos el calor de sus lágrimas: tanta es la verdad de la ficcion de Dante. Y es que, si hay ficcion en la escena, es en cambio muy positivo el sentimiento que expresa el poeta cuando dice que el espíritu del eximio cantor Casella alzó su voz [1]:

> .... *sí dolcemente*
> *che la dolcezza ancor dentro mi suona*
> ....

y que al tornar á ver á Beatriz [2]

> .... *men che dramma*
> *di sangue me rimasa, che non tremí.*
> ....

ó cae desplomado á impulsos de la punzante lástima que le inspira el relato de Francesca. ¡Cuántas veces, en efecto, oiria de Casella vivo, aquella propia amorosa cancion cuya letra era obra del mismo Dante! ¡Cuántas la presencia de Beatriz le produciria aquella eléctrica sacudida, y cuántas le sobrecogeria de honda piedad la suerte de aquella desventurada doncella, á quien tan á menudo viera cojer rosas en el jardin de la casa paterna en Rávena! [3]

Milton no puede obtener estos efectos, aislándose como lo hace, de sus recuerdos é impresiones para elaborar su epopeya, y apartando los ojos, como los aparta, del vivo espejo de la naturaleza, para volverlos al de su propia fantasía. Por eso es tan

1 «Tan dulcemente, que aún resuena en mi interior aquella dulzura.»
2 «No me quedó dracma de sangre que no temblase.»
3 Nadie ignora que Dante fué íntimo amigo del padre de Francesca de Rímini, Guido da Polenta, señor de Rávena.



feliz en los personajes hipernaturales, cuyo modelo no podia ciertamente hallar en el diario comercio de la vida. Es, pues, idealista, y Dante realista, pero en el buen sentido de la palabra; no con el realismo grosero y brutal de que no anduvieron exentos muchos de nuestros clásicos, y que es uno de los más feos borrones de la moderna literatura, sino con el que pudiéramos llamar más bien *instinto de la realidad*, por medio del cual la poesía recoje y devuelve la belleza finita del universo.

II

¿Habeis visto el retrato de ambos poetas? Casi reflejan sus rostros el carácter de sus creaciones. Tiene el toscano la frente despejada y hundida por las sienes; el mirar de águila, triste y relampagueante, los ángulos de la boca caen á ambos lados con expresion de reflexiva amargura; la corva nariz da dignidad á la fisonomía; ésta, enjuta y macilenta; la barbilla saliente indica resolucion, y el conjunto es apasionado y austero. El inglés es de cara oval, de corte puro y agradable como el de los bustos de atenienses jóvenes que se ven en los museos; sus ojos son un tanto abultados, y en la forma del párpado y sobrecejo revelan aptitudes de proporcion y armonía; la frente apacible, como la de Apolo; abundantes y en bucles los cabellos (á despecho de la costumbre de los *cabezas-redondas*), y la boca delicada y de gracioso diseño, que se abre con la expansion de una flor: en vez de contraerse melancólica como la de Dante. Sea capricho de la naturaleza, sea que el alma señorée la fisonomía, ello es que al mirar los dos grabados que ante mí tengo, imagino que, áun exteriormente, Milton es el artista de la forma y Dante el de la fuerza.

El semblante de Milton, proporcionado, severo y hermoso,

segun las reglas de la estatuaria, corresponde al neo-clásico, que da á la fisonomía la risueña y olímpica serenidad—y quizás tambien la correcta afectacion—de los mitos griegos. El de Dante, concentrado, grave y resplandeciente pertenece al poeta teólogo, al pensador católico y ardiente, en quien cada palabra es un grito, y cada grito un arranque como los de Jeremías al llorar la ruina de su pueblo, ó los de Job en el estercolero. Y así como Job llagado y desnudo no es bello para el vulgo ni para los ojos de la carne, así Dante es feo para el que prefiera á la espresion la nimia regularidad. En el Paraiso perdido descuellan la elegancia, el esmero, la cuidadosa eleccion de las imágenes, el estudio ideal de los caractéres, el primoroso vaciado de los pensamientos, la elevacion y la grandeza: en la Divina Comedia, los arrebatos del sentimiento, los impulsos de la fe, la sagacidad de la observacion, el rigor del raciocinio: en la lira de Dante no hay bordon, no hay cuerdas templadas de propósito para la nota sonora. Milton es una sinfonía, pero Dante es la voz humana con toda la escala de sus inflexiones.

III

¿Responden ambos épicos al génio de su país? Sí y no.

Si hay alguna nacion en que la forma, las galas del estilo y las mágias de la composicion hayan andado escasas, esta nacion es seguramente Inglaterra. Shakespeare, sol del firmamento literario inglés, lleva el menosprecio de los moldes convencionales y de las reglas hasta el reto, y la licencia hasta la barbarie; sus arrojos son inauditos, brutal en ocasiones su grosería, y siempre insuperable su mérito. Intenta una vez Spencer imitar en *Fairy Queen* la clásica elegancia italiana, y solo logra ser difuso ó áspero; Dryden, Swift, Pope, rescatan con la

originalidad el descuido más ó menos reprensible de sus sátiras y poemas. En nuestros dias, Byron capitanea la falange ultra-romántica, despues que Walter Scott arrastra por las libres sendas de la fantasía á la novela histórica y á la novela de costumbres.

Propiamente no tiene la Gran Bretaña esa época obligada de culteranismo, de hinchazon y de retórica, que con mayor ó menor intensidad padecieron, Italia con sus afiligranados sonetos, sus blandas canciones y su género pastoril; Francia, con la fria imitacion de los clásicos, envuelta en modales y giros cortesanos y galantes; y España con las sutilezas y metáforas semi-caballerescas y semi-orientales, que gracias á cierta gravedad y vigor de ideales peculiares á la raza ibérica, hacen la decadencia menos sensible. En Inglaterra, al siglo de oro no siguieron literaturas vacías, mecánicas y pueriles. La índole del idioma no se presta á ello: la sobriedad es su rasgo distintivo, así como cierta pobreza enérgica, muy en armonía con el carácter del pueblo que adoptó por lema: *Time is money*.

Milton no es, sin duda, culterano, ni imitador, ni poeta de decadencia, antes al contrario, génio alto y noble, astro de luz purísima. Pero su *manera* no es inglesa, en cuanto no manifiesta la independencia selvática de un Byron ó de un Shakspeare, y rinde párias al clasicismo, y se sujeta al artificio—artificio armonioso, sublime—pero artificio al cabo. Lo que se advierte en *Paradise Lost* y *Paradise Regained*, no es el desahogo de lo que allende el Pirineo llaman *Trop plein*, sino la fábrica maravillosa de un poema en que ninguna situacion, ningun cuadro, ningun carácter, revelan descuido ó torpeza; en que nada se fia á la conviccion filosófica, ni á la cuerda doliente que vibra en el corazon y en el alma, sino á la majestuosa sucesion de brillantes períodos, al inteligente enlace de las ideas, al hervidero de rasgos felices y magníficos, á la dignidad y sublimidad perennes. Y todo con el instrumento de una lengua intensa y un

tanto récia y dura: milagro no menor que si con bloques de áspero granito sin labrar se edificase el armonioso Partenon.

Milton es, sin embargo, hijo del Norte, por la indefinible grandeza de ciertas concepciones, y por la vaguedad de ciertas escenas. Vemos que de todos los clásicos griegos, al que más se acerca es á Esquilo, que es sin duda alguna el de superior libertad y de menor gracia y elegancia. Si observamos con atencion las figuras fantásticas del Pecado y de la Muerte, hallaremos en ellas á vueltas del sabor apocalíptico, reminiscencias de las antiguas baladas sajonas.

Dante parece más austero, amargo y sombrío de lo que conviene á un hijo de las floridas campiñas italianas: pero aparte de que su viva imaginacion y su perspicacia le declaran por latino, hay que recordar que la etrusca Florencia no respira la alegría casi pagana de Nápoles, antes grave recogimiento.

IV

Hay del florentino al inglés un abismo, el que separa á la Edad Media del Renacimiento: abismo tan hondo, que no son parte á cegarle las tentativas conciliadoras de la novísima crítica, ni ménos el eclecticismo artístico, máscara quizás de la presente indiferencia y anarquía.

En todos los ramos del arte se abre esa zanja profunda, dividiendo á dos escuelas rivales. A todos vemos sufrir las mismas metamórfosis en la procesion de la historia. La pintura alcanza sus dos formas cristianas, con los bizantinos, Cimabue, Oberweck, y con los románticos, Murillo y la Escuela española; pero se desposa con la antigüedad—como Fausto con Helena—en la persona de Rafael, que da á sus Madonas el rostro y contornos de la Fornarina. La arquitectura arriba á la más alta expresion religiosa en el gusto ojival y en el rico simbolis-

mo, suministrado por la naturaleza á las catedrales de Estrasburgo, Maguncia y Búrgos, y á la abadía de Westminster, y en el semi-oriental del espléndido mosáico de San Márcos en Venecia; pero vienen posteriormente otros órdenes que sacrílegamente se aplican al templo, y á despecho de la majestad de Miguel Angel y Vignola, de un modo inevitable traen la corrupcion de Bernino ó la extravagancia de Buonvicino y Borromini. La escultura sustituye los Crucifijos extenuados, agonizantes, ceñidos con la aureola del sacrificio, con los Cristos de Benvenuto, semejantes á gladiadores, que el arte actual imita valiéndose de cualquier modelo de academia. El drama florece arrancando de la viva raíz del auto sacramental, pero se hiela como rama de almendro ante la imposicion de los preceptistas, á cuyo férreo yugo se doblega—salva en muy contados casos—la límpida inspiracion de Racine y el génio varonil de Corneille.

Siempre el mismo fenómeno: desarrollo que arranca de la Edad Media, decadencia que procede del renacimiento — ó por mejor decir, y para que no peque de apasionado este juicio—decadencia hija de haberse puesto en pugna el ideal clásico con el ideal romántico y cristiano.

Y romántica en verdad era la época que cierra Dante, fértil, lozana, vigorosa y jóven como ninguna. Por todas las venas y arterias del cuerpo social corria la generosa sangre del cristianismo; y rota ya del todo la tradicion pagana, edificios nuevos se alzaban presurosos para ocultar las antiguas ruinas. Así como en la edad de las ilusiones cada dia añade gracias al semblante, así en aquella creciente cristiandad, cada paso era una orientacion hácia magníficas perspectivas. Las nacionalidades se definian sin temor á las invasoras hordas, que trocaron ya la tienda y la lanza por la ciudad ó el arado; los idiomas brotaban frondosos sobre sus troncos teutónicos ó latinos; el mundo germánico se fundia con el mundo sujeto antes al cetro de los Césares, y el fiero Sicambro adoraba definitivamente al Dios de paz y manse-

dumbre. Todo confluia hácia la Iglesia, y la Iglesia, como el sol, favorecia con su accion y luz el crecimiento de todo. Ella es quien suaviza la intratable ferocidad del bárbaro del Norte, trabajando el hierro de su áspera naturaleza en la fragua de la caridad,—y aquella raza nómada no corrompida por el refinamiento, se penetra mejor que otra alguna del espíritu de abnegacion cristiana.—Ella, la Iglesia, es la que dirime las cuestiones de fronteras, y sosiega el conflicto de intereses y dominios; ella es la que afianza la diadema de los francos en las legendarias sienes de Carlo-Magno, y la que aplaca el azote del hambre distribuyendo á la puerta de los conventos á manos llenas el preciso sustento. Ella pone coto á la ambicion de los Césares alemanes, y empuja á las cumbres de la gloria á Ricardo Corazon de Leon y á San Luis; ella forma la escuela filosófica de París y la escuela artística de Viena. Y la copiosa sávia del grande árbol de la Edad Media se desahoga en romanticismo: romántica es toda la literatura que producen en aquella sociedad juvenil y rica de imaginacion, las leyendas de Artus en Bretaña, de Tristan en Inglaterra, de los doce Pares de Francia; románticas las *sirventes* de los trovadores provenzales y las canciones de los *minnesingers* zuavos; románticas y subjetivas las trajedias de la monja Roswhita, y romántica y elegiaca la sublime queja del *Stabat Mater*.

Al lado de esta actividad literaria y social de una época tan orgánica, el desarrollo del Renacimiento sólo parece grande en virtud de una sencilla ley óptica: le vemos más de cerca. Es verdad que—si no son hijos suyos—coinciden con él Colon y Gama, que ensanchan la tierra, y Galileo, Keplero y Copérnico que ensanchan el firmamento; Harvey, descubriendo como circula el torrente vital [1], y Miguel Angel estudiando la forma

[1] Por señas que este descubrimiento es reclamado por el Padre Feijóo, con grandes visos de derecho, para España, en la persona del albeitar burgalés Francisco de la Reina, que le consignó en un libro años antes que Harvey expusiese su teoría.



humana. Pero tambien lo es que se embriaga demasiado el mundo artístico con sus descubrimientos, como si el grupo de Laocoonte, con ser un precioso hallazgo, ó el Perseo de Cellini, con ser una obra maestra, representasen á la vez la agonía del romanticismo cristiano, y condenasen á las concepciones todas del arte á encerrarse docilmente en los moldes estrechos del clasicismo.

No es esto desconocer el renacimiento: tan léjos me hallo de desconocer su importancia, como de hacerle causa de la Reforma. Por el contrario, tengo por verdad vulgar que el vandalismo de los reformistas fué contrarestado por la difusion del gusto y de la cultura, que tomaron á su cargo los Pontífices, señaladamente Leon X. Todo lo que en el renacimiento significó ensanchar horizontes, aumentar medios de expresion para la belleza, y acrecentar, recuperando soterradas maravillas, el caudal del arte, fijando reglas precisas y encauzando la desbordada fantasía, me parece loable. Lo absurdo es consagrarse á galvanizar un cadáver; lo nocivo es ajustar á un ideal yerto el vivísimo ideal cristiano; y á este empeño, proclamado más tarde á gritos por Schiller, obedeció inconscientemente Milton. Sin embargo, no extremó su propósito, y por eso su poema, aunque no palpita como el de Dante, es digno del nombre de cristiano.

(Se continuará.)

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS PUNTOS NEGROS

DE

LA CIENCIA MODERNA

III

LA MORAL PURA

Señores:

En la leccion anterior sobre la nueva facultad introducida por Kant en las fuerzas ó potencias de nuestra alma, procuré demostrar que el crítico de Könisberg quita á la voluntad humana la virtud afectiva con que tiende á su bien, bien inmensamente superior á los sentidos, y que sacrifica de esta suerte los más nobles sentimientos del corazon en aras de la razon pura, verdadero ídolo de la ciencia moderna. En este sacrificio de la voluntad se contiene virtualmente el sacrificio de la virtud moral, de la cual decia bella y profundamente San Agustin, que es el órden del amor, *ordo amoris.* Y á la verdad, consistiendo, como consiste, la esencia de la moral en el órden de las acciones con que tiende el hombre á la posesion del bien supremo, al que anhela su pecho con impulso irresistible, es evidente que suprimido este impulso inicial, y privada la voluntad del amor de los bienes invisibles y eternos, la vida moral desfallece y muere, pues carece del fin á que naturalmente se inclina, y de la direccion que recibe de este supremo fin. Esta consecuencia,

indicada en mi leccion anterior como uno de los puntos negros de la ciencia moderna, la vamos á ver confirmada en la presente, cuyo objeto es la *razon práctica* de Kant, ó sea la moral pura é independiente que el presunto Copérnico de la filosofía pretendió fundar sobre las ruinas en que convirtió á esta noble ciencia su *crítica de la razon pura.*

Algunos, señores, han creido que el filósofo de Könisberg aspiró á levantar con una mano el edificio de las creencias que habia derribado con la otra, y que de esta suerte se esforzó á reparar por medio de la razon práctica y de la moral fundada en ella los funestos efectos del escepticismo á que le condujo miserablemente el exámen de los principios del conocimiento. Nada más falso: el gérmen de la moral kantiana, es la misma crítica de la razon pura. Por regla general, siempre, señores, que veais á algun filósofo sembrar dudas en el entendimiento humano sobre las verdades del mundo suprasensible, estad seguros que á lo que mira es, á seducir y corromper el corazon; que los sofismas de los filósofos, bien así como los errores é ilusiones de todos los novadores y sectarios, contienen efectos semejantes á sus causas: nacen del orgullo y de la corrupcion del corazon, y tienden esencialmente á sublevar al hombre contra la autoridad y santidad de la moral verdadera. Cierto, señores, la crítica con que hizo Kant el vacío en torno de la razon humana levantándole un trono solitario sobre las ruinas de la verdad, desde el cual pudiera dictar leyes al universo mundo, esa crítica, digo, estéril y disolvente, soberbia y perniciosa, fué la que abrió el camino que conduce al nuevo calvario donde el racionalismo contemporáneo viene sacrificando la justicia esencial en nombre de la moral autónoma. «Lo que Kant, ha dicho recientemente un doctor aleman, viene á dar en sustancia de positivo en su doctrina, es la Etica; mas para llegar á este punto hace un camino bien largo, y este camino es la teoría de la experiencia; tan larga es la jornada, que al que le sigue en ella, apenas

le parece posible que por ahí se llegue efectivamente á la Ética.» [1] El mismo Kant no vaciló en confesar esta triste verdad; refiriéndose á su crítica de la razon pura, decia con aire de triunfo: «De esta suerte la disciplina moral y el conocimiento de la naturaleza quedan establecidos y confirmados en su respectivo lugar, que ciertamente no hubieran podido hallar á no haber ido por delante la crítica que descubre la ignorancia que irremediablemente nos posee en órden á las cosas en sí diciéndonos que todos nuestros conocimientos especulativos se reducen á la simple experiencia.» [2]

Si pues no hay para nosotros en este mundo otra luz que la experiencia, ni otra realidad conocida y cierta, que la materia de nuestras intuiciones empíricas, ó sea el mundo que se aparece á nuestros ojos bajo la forma de fenómenos de la sensibilidad, es evidente, que el bien sumo, que da á la moral su fin y su direccion, así como carece de certidumbre y de valor objetivo, asi tambien carece de virtud para determinar y mover la voluntad conforme al órden eternamente representado en la inteligencia divina, y revelado al hombre por medio de la luz de su razon. Este órden admirable, que trasciende y sobrepuja á la experiencia, para cuyo conocimiento decia el Profeta, que Dios ha sellado sobre nosotros la lumbre de su rostro [3], el órden de la honestidad y de la belleza moral, Kant no nos consiente verle, ni contemplar en él la expresion de la sabiduría divina, el carácter sagrado del deber que imprime en ese mismo órden la voluntad del Señor al intimárnosle bajo la forma augusta de ley moral. Kant cierra los ojos sobre el órden moral objetivo, para buscar dentro de sí mismo, en su razon práctica pura, la ley suprema y universal de las acciones humanas. Porque la razon

---

[1] Dorner, *Ueber die Principien der Kant'schen Etik*, Halle 1875. S. I.

[2] Véase este lugar en Pesch, S. I., *Die moderne Wissenschaft* (Freiburg, 1876) sechst. Kap. S. 69.

[3] Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine. (*Ps.* IV, 7.)

es en esta ciencia el centro de todo el sistema: de ella proceden los conceptos *a priori* del entendimiento, las ideas de la razon misma, las leyes de la naturaleza exterior, y por último, la ley moral con toda su austeridad y pureza [1].

En la crítica de Kant la ley moral tiene con la voluntad humana una relacion más íntima todavía que la que media entre el efecto y la causa: el vínculo que enlaza aquellos términos es la identidad: la voluntad y la ley son una misma cosa. *Sic volo, sic jubeo*, esta es, señores, la ley que segun Kant oye la conciencia de cada sér racional como una especie de *factum* único y primitivo, que impone al hombre su misma voluntad pura, ó sea su razon práctica, deificada de esta suerte con sacrílega osadía. Difícilmente acertareis, señores, á comprender esta doctrina, con que pretende Kant, que la autonomía de la voluntad, es decir, la independencia absoluta, en cuya virtud la misma voluntad nada ama, nada quiere ni desea fuera de sí misma, sea el principio único de todas las leyes morales y de todos los deberes: no acertareis á comprenderlo, porque lo absurdo es ininteligible, y la doctrina que confunde la voluntad con la ley que moralmente la encadena, es absurda. ¿Cómo os esplicaré yo, pues, con cierta claridad relativa, la teoría en que establece Kant la identidad de la razon y de la ley? ¿Cómo haceros visible en su doctrina este punto negro, en el cual se mira expresada la moral independiente? Afortunadamente para este intento, en la crítica de la razon práctica se leen las siguientes líneas que pueden darnos la clave de esta explicacion: oigamos á su autor:

«En la inteligencia soberanamente perfecta debe concebirse

---

[1] «Al modo como la necesidad del conocimiento, v. gr., en el juicio $2\times2=4$, procede en Kant no de la realidad de las cosas y sus relaciones, sino de las formas del entendimiento, así la necesidad moral procede, no de un mandato objetivo que se nos pone delante intimándonos el deber, sino de un *mandato* imperativo categórico, que surge de mi propia voluntad.» (PESCH, ibid.)



la voluntad de forma que sus máximas todas puedan ser al mismo tiempo una ley objetiva, y el concepto de santidad que en razon de ella le conviene, no la exime de todas las leyes prácticas, sino únicamente de las leyes prácticas restrictivas, y por consiguiente de la obligacion y del deber.» [1]

¿Qué quiere decir Kant por estas palabras? En mi sentir, señores, ellas expresan todo el pensamiento del filósofo aleman; bien que para entenderlo con claridad se hace preciso exponer antes algunos conceptos ó razones capitales de esta extraña filosofía.

Conocida es de todos la distincion que hace Kant entre máxima y ley: máxima es una regla puramente subjetiva, conforme á la cual el autor de alguna accion tiende á conseguir este ó aquel bien; y ley, una regla objetiva cuyo valor es independiente de todo bien que no sea ella misma. Segun esta doctrina, las máximas que los hombres idean para sí mismos, son tantas y tan varias como sus fines ó intereses particulares y sus opiniones sobre la felicidad de la vida, al paso que la ley es una para todos los séres inteligentes. «Obra de modo que la máxima que dirige tu accion, pueda valer para todos los séres inteligentes» [2]. Esta ley carece, por consiguiente de contenido real, porque no prescribe al hombre ninguna accion determinada: es una simple forma deducida *a priori* de la razon práctica pura, forma universal, necesaria, de la voluntad, ó en otros términos, es la misma voluntad que se determina libremente á sí propia, sin otro respeto ni miramiento que el que exige la propia auto-

---

[1] «Dans la volonté souverainement parfaite, on doit concevoir la volonté comme incapable d'aucune maxime qui ne puisse être en meme temps une loi objetive, et le concept de la saintété, qui lui convient, ne la place pas sans doute au-dessus de toutes les lois pratiques mais au-dessus de toutes les lois practiques restrictives, par consequent au-dessus de l'obligation et du devoir.» (*Critique de la raison practique*, 1 p., lib. 1, cap. version de POELITZ.

[2] Handle so, dass die Maximen deines Willens jederzeit zugleich als Princip einer allgmeinen Gesetzgebung gelten können.



nomía ó independencia de todo bien extrínseco ú objetivo. Si el espíritu humano no estuviese sujeto á las condiciones de los séres dotados de sensibilidad, su voluntad se determinaria constantemente como razon práctica pura, y el órden de sus determinaciones necesarias sería la expresion y cumplimiento de la ley moral. Mas como el hombre no sea pura inteligencia, acaece que la voluntad es combatida de instintos sensitivos, que piden á menudo el sacrificio de la ley moral en aras del placer: de aquí la lucha entre los dos principios, y la necesidad de que esta ley haga oir á la conciencia su voz austera imponiéndose como imperativo categórico [1]. De donde Kant deduce, señores, el concepto del deber, el cual no liga la voluntad como principio de accion que se determina por sí mismo libremente, sino solo en razon de sujetar los apetitos sensibles para triunfar de ellos por medio de la virtud.

De esta breve exposicion resulta claramente, que ni la virtud ni el deber, ni el imperativo que lo impone, tienen valor absoluto en la moral de Kant, pues dicen relacion únicamente á la parte inferior del hombre, á la naturaleza sensible: la esencia de la moral, el principio constitutivo de la ley, son cosa más íntima, radican en la voluntad pura, autónoma, independiente de todo bien extrínseco, ó digamos, en la voluntad libre del yo, que es para sí misma su propia ley. En otros términos, la ley moral aparece en todo su esplendor y pureza en la voluntad humana considerada en sí misma, desasida de los apetitos y pasiones del hombre sensible, y constituida en principio que á sí propio se determina con absoluta independencia de todo bien y

[1] Lorsqu'elle (la ley) s'applique aux hommes, la loi prend la forme d'un imperatif. car si comme êtres raisonnables, on peut leur attribuer une volonté pure, comme êtres soumis a des besoins et a des mobiles sensibles, on ne peut leur supposer une volonté sainte..... le rapport de leur volonté à cette loi (moral) est une rapport de dependence auquel on donne le nom *d'obligation*, que designe une contrainte, mais imposée par la raison seule et par sa loi objective, et l'action qui nous est ainsi imposee, s'appelle *devoir*.» (Ibid.)

de toda regla que no sean la misma voluntad. Considerada de esta suerte, la voluntad no tiene ni deberes que la humillen ni enemigos que la combatan; las máximas que dirijen sus actos, valen para todos los séres inteligentes y libres, tornándose de esta suerte en fuente y principio de legislacion universal [1].

La ley moral es para Kant la misma razon práctica y autónoma. Ahora debo añadir, que esta independencia absoluta del hombre de todo bien estrínseco ú objetivo, lleva en su crítica el nombre de *libertad*. No es, pues, la libertad en este sistema la facultad en cuya virtud nuestro espíritu es señor de sus propios actos; no es la facultad de obrar en virtud de propia eleccion, libre ó exenta de necesidad interior, sino la misma voluntad independiente, el principio absoluto de sus determinaciones. Kant distingue la libertad que llama *negativa,* de la que pertenece á la esencia pura de la voluntad [2]: aquella es la independencia de los instintos sensibles; esta la facultad de determinarse absolutamente por sí misma, de forma que sus actos procedan de ella como de un principio absoluto, es decir, de un principio que no recibe de ninguna cosa fuera de sí la razon ó motivo de sus determinaciones [3]. El crítico aleman contempla la libertad en una esfera superior al órden de los fenómenos que acaecen en el tiempo, porque todo lo que acaece en el tiempo es, en su

---

[1] «*La voluntad de todo ser razonable es una voluntad universalmente legislativa*: Die Idee des Willens jedes vernünftigen Wesens als eines allgemein gesetzgebenden Willens.» KANT. *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten, S.* 60.

[2] «Cette indépendence (la independencia de la voluntad de todo objeto deseado) est la liberté dans le sens negatif; et cette legislation propre de la raison pure et pratique a ce titre, est la liberté dans le sens negatif; et cette legislatiou propre de la raison pure et pratique a ce titre, est la liberté dans le sens positif.» (*Crítica de la razon práctica,* p. I, lib. I, cap. I.)

[3] «L'autonomie de la volonté est l'unique principe de toutes les dévoirs qui y sont conformes; toute heterenomie de la volonté au contraire non seulement ne fonde aucune obligation, mais même est oppossée au principe de l'obligation et à la moralité de la volonté. En effet, la moralité reside uniquement dans une volonté indépendant de toute matière de la loi (c'est-à-dire, de toute object désiré) et exclusivement determiné par la forme universellement legislative que ses maximes doivent étre capables de revêtir.» (*Crítica de la razon práctica*, parte I, lib. I, cap. I.)

doctrina, efecto necesario de otro hecho ó fenómeno anterior, y por consiguiente acaece fatal y necesariamente. La libertad pertenece, pues, al mundo invisible de los noumenos; es un noumeno que se oculta á las miradas de la conciencia empírica, y solo se deja entender de la razon práctica pura, como un principio anterior y superior al conjunto de los fenómenos: allá está en el fondo del espíritu, detrás de la escena en que se representa el mundo fenomenal de los hechos internos que se suceden en el tiempo; allá está, digo, como forma absoluta de la voluntad autónoma y legislativa, independiente de todo bien, principio único de sus actos y norma de accion para todo sér inteligente. En una palabra, la libertad positiva de Kant es la *ratio essendi* de la ley, así como la ley es la *ratio cognoscendi* de la libertad.

Por esta breve exposicion de la moral kantiana, podeis ya ver que toda ella se reduce á confundir la pura voluntad humana con la divina. La razon de esto es evidente: Kant contempla en la voluntad humana un principio absoluto, la exime de toda ley que no sea ella misma (*Sich-Selber-Gesetz-sein oder autonomie*), del deber propiamente dicho, le confiere la libertad legislativa, pues sus máximas valen para todo sér inteligente, y la identifica con la razon. Ahora, ¿no son estos conceptos propios de la voluntad infinita y soberana del mismo Dios? Así lo reconoce el filósofo aleman, en los términos que, como antes os decia, expresan todo su pensamiento, conviene á saber, «que en la inteligencia soberanamente perfecta debe concebirse la voluntad de forma que sus máximas todas puedan ser al mismo tiempo una ley objetiva, y el concepto de santidad que en razon de ella le conviene, no la exime de todas las leyes prácticas, sino únicamente de las leyes prácticas restrictivas, y por consiguiente de la obligacion y del deber.» Segun esto, ¿qué diferencia hace Kant de la voluntad humana á la que concibe en la inteligencia

soberanamente perfecta? Ninguna. Ambas son positivamente libres, es decir, anteriores y superiores al tiempo y á la experiencia, que en eso cifra Kant la libertad nouménica del sér inteligente; ambas son autónomas é independientes, sujetas cierto á leyes prácticas de conducta, pero á leyes que no son sino la voluntad misma, la razon práctica pura [1], es decir, á leyes que no son leyes, porque la ley implica la razon de una autoridad superior; ambas son legisladoras, porque sus máximas son reglas de legislacion universal; ambas, en fin, son una misma cosa con la respectiva inteligencia, pues, así como en Dios no hay diferencia alguna entre las perfecciones de su esencia, por más que nosotros las entendamos bajo conceptos distintos, así en nosotros, segun el filósofo de Könisberg, son una misma cosa la razon práctica y la voluntad pura. Diráse, acaso, que entre la voluntad humana y la divina queda todavía esta diferencia: que solo la primera está sujeta á la necesidad moral, al deber que le impone la ley restrictiva que se deja oir en la conciencia, diciendo al hombre: «*Du solst*, tu estás obligado.» Pero esta diferencia, señores, puramente accidental y relativa, no destruye la identidad perfecta que establece el filósofo prusiano entre la voluntad humana y la divina; esa diferencia procede de considerar Kant en la primera una relacion que no existe en la segunda, conviene á saber, la relacion de la voluntad humana con la parte inferior del hombre, con los estímulos de la sensibilidad y de las pasiones, respecto de las cuales *debe* ejercitar su imperio, no dejándose cautivar de los atractivos é intereses del sentido. Mas en prescindiendo de esta relacion, la voluntad humana ostenta en la moral de Kant las propiedades mismas de la divina. Veamos todavía este punto negro á la luz de otras consideraciones.

---

[1] «La moral n'exprime pas autre chose que l'autonomie de la raison pure, c'est à dire, de la liberté.» (*Crítica de la razon práctica*, ibid.)

Es indudable, señores, que á la voluntad divina pertenece no ser movida ni determinada absolutamente, sino querer ella por sí misma. Dios, sér infinitamente perfecto, se ama á sí mismo con un amor perfecto y adecuado, y en este divino amor consiste la moralidad, la santidad absoluta [1]. Si habláramos de Dios en el idioma que usa Kant tratando de la voluntad creada, diríamos que Dios es para sí mismo su propio fin, pues encierra dentro de sí todo bien y perfeccion, de forma que sin salir de sí mismo, amándose á sí mismo, es soberanamente bueno, santo, feliz, la misma felicidad y bienaventuranza. Dios ama tambien las cosas que ha criado, singularmente al hombre, su imágen y semejanza; pero las ama porque en ellas se refleja su divina bondad y sabiduría, porque se ama á sí mismo, que por esto precisamente las ha criado, para que dén testimonio á su gloria [2]. Hay, sin embargo, esta diferencia entre el amor con que Dios se ama á sí mismo y el amor con que ama á las criaturas: que el primero es necesario, y el segundo libre. Antes que existiéramos, nos amó Dios libremente, y porque nos amó, determinó sacarnos de la nada por un decreto eterno de su voluntad adorable, dándonos juntamente con el sér la norma de nuestras acciones, conviene á saber, una legislacion esencial é inmutable, fundada primeramente en nuestra esencia racional, y remotamente en la misma esencia divina, reflejada en la nuestra. En todo lo cual se echa asimismo de ver la santidad del mismo Dios, que ama en las cosas criadas el órden de su eterna sabiduría, ó para decirlo en otros términos, que las ama en sí mismo y por razon del amor con que se complace en su perfeccion absoluta, infinitamente digna de ser amada. Ahora, seño-

---

[1] «¿Qué es la moralidad absoluta en Dios? ¿cual es el atributo del sér infinito que llamamos santidad? El amor de sí mismo, de su perfeccion infinita. En Dios no hay deber propiamente dicho, hay necesidad absoluta de ser santo, porque tiene necesidad absoluta de amar su perfeccion infinita.» (BALMES, *Filosofía fundamental,* lib. X, capítulo XX.)

[2] Universa propter semetipsum operatus est Dominus. (Prov. 14.)

res, ¿qué es lo que enseña Kant en su moral autonómica? Kant dice que el hombre, absolutamente independiente (*selbstandig*), es para sí su propio fin *(er sei sich selbst-zweck);* que su voluntad no puede moralmente ser determinada por ninguna cosa sino por sí misma, sin caer en la vileza de la heteronomia, contra lo que pide la dignidad de su *autonomía,* en la cual se cifra toda su grandeza moral; y no contento con eso su orgullo, el filósofo aleman atribuye á nuestra razon ó voluntad un carácter legislativo universal, pues conforme á sus propias máximas, quiere que se rijan todos los seres inteligentes, y que el hombre mismo, en lo que tiene de inferior y sensible, la obedezca como á principio del imperativo, cuya voz se deja oir en la conciencia. Pero ¿no son estos, por ventura, los atributos incomunicables de la voluntad divina, esencialmente santa, como que es una misma cosa con el bien infinito objeto de su amor, de la cual procede la ley que deben seguir las criaturas para ser santas como ella? *Eritis sicut Dii:* tal es en último análisis el pensamiento del moralista aleman: sois como dioses; en vosotros está el principio y el fin de vuestros actos, la norma de vuestra vida; el deber es obra vuestra, y la virtud corona labrada por vuestras propias manos: toda accion que no proceda del respeto á esa suprema ley, idéntica con vuestra voluntad autónoma, soberana, es contraria á la dignidad de vuestro sér, á la majestad de vuestra gloria.

No extrañeis, señores, que ofrezca á vuestros ojos con insistencia este resultado del pensamiento práctico de Kant, porque en él se ve claramente marcado el punto quizá el más negro de su filosofía, y porque una vez señalado con precision, es imposible mirarlo sin horror. Cierto, desde el punto que á los fautores antiguos ó modernos de la moral que llaman independiente, se les prueba que en el fondo de su doctrina se contienen implícitamente los delirios de la autolatría, es decir, el egoismo elevado á religion por los mismos que niegan ó despre-

cian esta virtud, su causa está juzgada: que nada hay más falso ni odioso respectivamente para el entendimiento y el corazon, que las doctrinas que hacen del yo el objeto exclusivo de sus afectos, al cual sacrifican los egoistas los sentimientos del amor desinteresado y de la justicia que procede juntamente del cielo; más cuando ese mismo yo, no satisfecho todavía con semejante sacrificio, vindica para sí, cual otro Nabucodonosor, honores divinos, y quiere ser engrandecido, respetado, adorado con los mismos honores que él niega al Dios de toda verdad y santidad, poniendo á cuenta de merecimientos la perfidia de la rebelion, coloreada con las vanas falacias del orgullo, nuestra mente no encuentra conceptos, ni nuestros lábios palabras que expresen adecuadamente tamaña infamia, ni el corazon que conserva alguna fibra siquiera de sensibilidad moral, consiente al escritor ni al filósofo largos discursos para demostrar lo que es más claro aún que la luz del medio dia: cuán abominable sea la ciencia que eleva al egoismo vil á los honores debidos á la majestad de nuestro Dios.

¿Pero es cierto que la moral de Kant supone la divinizacion de nuestro yo? Despues, señores, de haber visto la voluntad humana elevada á la sublime dignidad de principio absoluto y fin último de sí misma, de ley moral y fundamento del imperativo que impone al hombre el deber y la virtud, no es lícita la duda sobre este punto negro. A lo cual se allega que esta es la única explicacion posible, la raíz de que se deriva la moral independiente de Kant: así, debe decirse que si de una parte esta moral implica necesariamente la idolatría del yo, de otra esta misma egolatría, constituida en principio científico, engendra necesariamente la moral autonómica del crítico aleman. La razon es evidente, señores: si el hombre fuera Dios, como supone Kant, su voluntad no se sentiría movida de ningun principio anterior ni superior á ella, ni aspiraria á fin alguno que no fuese ella, ni podria ser dirigida por ley ninguna intimada por nin-

guna voluntad superior; y si, por imposible, se determinara á obrar por otro respeto que el de sí misma, el de su dignidad absoluta, luego caeria de la alteza de su soñada deidad, descendiendo hasta el nivel del objeto inferior que la moviera. Ahora, señores, á los filósofos de nuestros dias, en quien vive el espíritu de Kant, yo les pregunto con vosotros: ¿sois por ventura dioses? porque si no sois dioses sino hombres, y hombres caidos, ¿con qué razon podeis negaros á recibir la perfeccion que os falta, la luz, la vida, la felicidad á que anhela instintivamente vuestro corazon, de la fuente y principio de todo bien? ¿Qué mucho que quien os dió el sér que teneis, os dé tambien el que no teneis? ¿que quien puso en vosotros su imágen, ahora tan oscurecida y afeada, la restaure é ilumine con la virtud de su diestra? «¡Oh criatura racional, decia el venerable Granada, no estás aún acabada de hacer, mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion; apenas está acabado el dibujo, todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar..... Pues así como á este Señor pertenece dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenece darla á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mismo que la comenzó [1].» Ahora, señores, la perfeccion última de la criatura es la felicidad perfecta: ese es el fin supremo, el destino glorioso que la ciencia cristiana muestra al hombre, despues de haberle enseñado á ser humilde. Cierto, la verdadera ciencia empieza diciéndonos que somos solamente hombres, pero acaba por tornarnos en dioses, haciéndonos partícipes de la misma naturaleza divina por la union y semejanza de la vida, al revés de la filosofía kantiana, cuya primera palabra es el silbido de la serpiente: «sereis como Dioses,» y cuya última consecuencia es tornarnos en menos que hombres,

---

[1] Guia de pecadores, lib. I, cap. II.

pues tuerce y dobla la voluntad humana sobre sí misma, abatiéndola hasta la bajeza de la autolatría.

Muchos siglos antes de Kant dijo S. Agustin, que la causa final del hombre es la misma causa creadora, Dios, principio y fin de todas las cosas. Y el santo Doctor de Aquino, hablando de la felicidad, enseña ser esta el bien perfecto que llena cumplidamente el corazon, el fin último del hombre, más allá del cual no resta nada que desear; el bien universal que ninguna cosa criada es capaz de contener, sino solo Dios. Pues segun esto, ¿por qué género de delirio acusa Kant de inmoral la inclinacion del hombre racional hácia el sumo bien? ¿Acaso no es esta la ley universal de los séres criados? En todas las criaturas del universo se la ve claramente: no hay ninguna que no tienda y anhele á su perfeccion, que no la busque á su modo: en la naturaleza mineral se manifiesta esa ley por medio de la atraccion; las plantas, por su parte, extienden sus raíces y elevan sus tallos, pidiendo á la tierra, y al aire y á la luz, que las nutran y vivifiquen; los animales se mueven por instinto hácia las cosas que los conservan, aumentan y multiplican. Pues si todas las cosas buscan fuera de sí la causa y razon final de sus movimientos, en los cuales resplandece el órden maravilloso del universo, ¿por qué excluir de esta ley al hombre mismo, en quien están abreviadas, prohibiéndole en nombre de la moral, que abra su corazon á la esperanza de los bienes eternos, para correr fácil y alegremente por las vias de la justicia? Mayormente que la felicidad que anhela el corazon humano, es el premio de la virtud, digna ciertamente, aun á los ojos del mismo Kant, de eterna recompensa. A ella miraron siempre con los ojos interiores de la fe, los hombres más justos de la tierra [1], la flor es-

---

[1] De Moisés nos enseña San Pablo que soportó innumerables trabajos mirando al premio que Dios le tenia reservado, *aspiciebat enim ad remunerationem*. (Ad Hebr. XI, 26.) El rey profeta decia: *Inclinari cor meum ad faciendas justificationes tuas propter retributionem*. (Ps. CXVIII, 142.) Y el mismo San Pablo declara que nunca perdia de



cogida de la humanidad, en quienes la moral verdaderamente grande y divina contempla modelos de perfeccion y belleza sobrehumana, en los cuales, sin embargo, ese nobilísimo anhelo de sus almas no extinguia el fuego de amor purísimo que encendia en ellas, como enciende en todo corazon cristiano, la consideracion de la belleza siempre antigua y siempre nueva del mismo Dios [1].

En resolucion, los dos polos en torno de los cuales gira el mundo moral, conviene á saber, la libertad de la voluntad y el fin último del hombre, no los busqueis en el sistema de Kant. El filósofo de Könisberg da el nombre de *libertad* al noumeno invisible de donde procede, como de principio absoluto, la vida moral [2]; y en el hombre contempla con orgullo el objeto y la razon final de su sér, induciéndole de esta suerte á la adoracion de sí mismo. ¿Qué maravilla, pues, que habiendo así des-

---

vista la eterna corona.» (II ad Tim. II, 12.) Pero qué mucho que los santos se animasen á observar las leyes divinas con la esperanza del galardon, cuando su Salvador y Maestro les infunde ese aliento y esperanza diciendo á sus discípulos: *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis!* (Matt. V. 12) La Iglesia además tiene condenado el error en que incurrió Kant, diciendo que es inmortal toda accion que es ejecutada por otro motivo diferente del respeto á la ley (¡extraño respeto el de la voluntad, que nada quiere ni estima fuera de su propia independencia ó autonomía!) en la siguiente proposicion de Molinos: *Non debet anima cogitare nec de præmio, nec de punitione, nec de Paradiso, nec de morte, nec de æternitate.* Por donde se ve que la doctrina de Kant no es sino la reproduccion de un error ya olvidado por viejo.

[1] Lejos de extinguir el fuego purísimo de la caridad, que es amor desinteresado, la esperanza lo engendra: *Spes generat charitatem*, dice Santo Tomás (en el lib. III de las Sentencias, dist. 29, art. 4); de donde infiere que la caridad puede darse con la idea del premio, y aun añade que no solamente no excluye la merced sino hace convertir á ella los ojos. San Severino trae la sentencia de Muzzarelli, que en todo acto de perfecto amor de Dios hay siempre algun respeto al bien que tenemos ó esperamos de Él, esto es, que hay siempre alguna mezcla de amor santo de nosotros mismos. El mismo Sanseverino concluye observando que la moral Kantiana no es desinteresada, porque su autor dice que el hombre halla su dignidad en obrar independientemente de todo objeto, y semejante independencia, en que se contiene cierto *placer* interno (harto maligno por cierto), es el resorte que da Kant á la vida moral. Véase *La Scienza e la Fede*, 1844, vol. VII.

[2] «.....so ist Platz für die Freiheit geschafft, freilich nicht in Gebiet der Phënome»ne..... wohl aber in Schattenreiche der wirklichen Dinge, der ausserzeitlichen *Nou»mena. Pesch*, S. I. *Die moderne Wissenschaft*, cap. VII.»

truido esos dos puntos luminosos, entre los cuales la divina sabiduría ha trazado la línea recta de la justicia y de toda belleza moral, falsificara Kant los altos conceptos de ley, de deber y hasta de virtud? [1] «La ley, dice Santo Tomás, es cierta regla y medida de los actos, conforme á la cual es uno inducido á obrar ó dejar de obrar [2]; » y añade que «ella dirige los actos que convienen á los seres que están sujetos al régimen y gobierno de alguno, por cuya razon, hablando con propiedad, nadie se impone á sí mismo la ley [3].» Kant abusa doblemente de esta palabra *ley*, diciendo por una parte que la voluntad divina no está exenta de la ley, y de otra identificándola con la razon y voluntad humana, que considera como un solo principio autonómico y legislativo. No, señores: la razon práctica no es el principio de la ley, sino la luz que nos la revela [4]; una participacion de la sabiduría increada, donde están las razones del órden moral cuyo cumplimiento conduce al hombre á su último fin. La voluntad pura no es ley para sí misma, ni principio del deber, antes está sometida á las leyes que la ordenan al bien que ella naturalmente quiere. ¿Puede, señores, concebirse mayor delirio que el de considerar á la voluntad humana como principio y término de la obligacion, es decir, como reina y súbdita de sí misma? Bien es cier-

---

[1] Kant llama *deber* á la necesidad de las acciones que se hacen por respeto á la ley; y *virtud* al estado del hombre subordinado á la ley. Asi el deber como la virtud suponen la lucha con las pasiones, y la ausencia de todo motivo que no sea el respeto á la ley. Ambos principios son conocidamente falsos, sobre lo cual puede consultarse el escrito de *La Scienza e la Fede*, intitulado «Del ideal de la virtud moral,» ser. III, v. 32.

[2] «Lex quædam regula est et mensura actuum, secundum quam inducitur aliquis »ad agendum, vel ab agendo retrahitur.» (1. 2, q. XC, a. 1. c.)

[3] «Lex est directiva actuum, qui conveniunt subjectis gubernationi alicujus; unde »NULLUS, proprie loquendo, SUIS ACTIBUS LEGEM IMPONIT.» (1. 2, q. 93, a. 5.) Esta hermosa doctrina es la refutacion categórica del principio Kantiano, condenado recientemente en la proposicion III del Syllabus de Pio IX: «Humana ratio nullo prorsus rei respectu habito, unicus est veri et falsi, boni et mali arbiter, sibi ipsi est lex.»

[4] «Ratio humana secundum se non est regula morum, sed principia ei naturaliter »indita sunt regulæ quædam generales, et mensura eorum, quæ sunt per hominem »agenda.» (S. THOM. 1. 2, q. 91, a. 5, ad 2.)

to que el filósofo de Könisberg exime á la voluntad pura del vínculo del deber, y que hasta le atribuye no sé qué virtud imperativa, con que impone al hombre sensible la necesidad moral en que consiste la obligacion; pero de todos modos, ¿qué ley moral es esa, que no obliga al espíritu que la sigue? ¿O qué espíritu es ese, que no se reputa obligado por la ley moral? Aquí, señores, veo yo un punto negro, en que quizá no ha reparado bastante la crítica del criticismo kantiano, conviene á saber: que el sér inteligente, considerado en sí mismo, dejada á parte la condicion sensible y terrena del hombre, no esté sometido á la ley del deber; que no tenga obligacion alguna que cumplir ni áun para con el mismo Dios. De modo, señores, que cuando el ángel de las tinieblas, espíritu puro, se rebeló contra su Criador, negándose á servirle y adorarle, no hizo otra cosa que conformarse con la ley de su propia voluntad, pura y autónoma, no encadenada por consiguiente por ningun vínculo obligatorio; y cuando instigado de él, pronunció el hombre, dirigiéndose á Dios, el abominable *non serviam,* tampoco violó ningun deber, porque el deber se refiere á la parte sensitiva de la humanidad, pero tratándose de las inteligencias separadas ó abstraidas de la materia, la ley es no servir, no amar, no obedecer; de manera, señores, que segun esta doctrina, la soberbia de los ángeles rebeldes fué dignidad, y la caida de nuestros primeros padres ley de su voluntad autónoma, y la rebelion de los demás hombres en toda la prolongacion de los tiempos contra todo lo que se dice Dios, homenaje rendido á la voluntad humana, pura, absolutamente libre é independiente, á la que nadie, ni áun el mismo Dios, es poderoso á ligar con el sagrado vínculo del deber. Pero una moral, señores, sin deberes, sin preceptos que obliguen á la libertad, sin legislador que nos intime su voluntad soberana; una moral que empieza por romper toda alianza con Dios, y acaba por idolatrar á la voluntad humana, desligada de toda obligacion, y convertida en principio absoluto de honestidad y

justicia; una moral que, por añadidura, desconoce la ley del amor y del sacrificio, moral dura como el diamante, fria como la muerte, no iluminada por la fe ni animada por la esperanza, altanera como el orgullo, que no sabe encarecer la virtud ni abominar del vicio sino á nombre de la soberbia disfrazada de dignidad; una moral, en fin, que canoniza á los ángeles y á los hombres rebeldes contra Dios, al paso que condena por inmorales las virtudes heróicas de los santos, movidas en parte del deseo de alcanzar la corona de justicia que Dios mismo les prepara en el cielo, no tiene de moral sino el nombre, porque en realidad de verdad no es sino egoismo puro, orgullo refinado, impiedad y egolatría. En esto viene á parar la supuesta pureza de sus motivos, la austeridad aparente de sus preceptos, en dar á la voluntad emancipada de la ley natural y de la razon que la conoce y promulga, el cetro del bien y de la virtud.

Bien veis, señores, que la moral de Kant no es ni siquiera nueva: antes que él la formulase, fué practicada desde el principio del mundo, y revelada al hombre por el padre de la mentira. Exponiendo San Agustin en el libro XI de la Ciudad de Dios las palabras de la Sagrada Escritura, *Divisit Deus inter luces et tenebras*, decia que estas palabras tienen un sentido especial aplicadas á las dos sociedades de ángeles buenos y malos; y describiendo las propiedades de los últimos, despues de recordar la expresion del angel de las tinieblas: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*, dice de la sociedad de los malos, que está abrasada por la pasion de dominar y de dañar, y que aunque su naturaleza es buena, pero su voluntad es *perversa*. ¿No puede decirse otro tanto de los miembros que componen la ciudad terrena de los hombres, á quien alcanzan las palabras del Apóstol que los llama *Deo odibiles*, *superbos*, *elatos*, enemigos de Dios, soberbios, altaneros? El santo obispo de Hipona trazó en páginas inmortales los caractéres que distinguen á estos ciudadanos del siglo, que nunca conocieron las sendas de la paz, ni

tienen el temor de Dios ante sus ojos. Pero estaba reservado á los tiempos modernos ver tornarse en religion la perversidad del egoismo, oir de boca de sus filósofos las lecciones en que se viene explicando la filosofía del orgullo bajo el nombre de voluntad pura, de autonomía de la razon. Kant, en particular, es el príncipe de esta escuela, en cuya doctrina se miran unidos el *ego Martinus Luterus sic volo, sic jubeo* [1], el *quiero porque quiero de Hegel* [2], y reducido á ciencia trascendental el principio que viene informando la ciudad terrena desde el orígen de los tiempos, conviene, á saber: el espíritu enemigo del yugo de la autoridad divina, el cual espíritu es hoy el alma de la sociedad moderna, mejor dicho, el veneno que circula por sus venas y corrompe su corazon bajo el nombre de moral independiente.

Esta moral de Kant está en el fondo de todos los sistemas modernos que aspiran á dirigir la vida humana fuera de las vias trazadas por la fe y la filosofía cristiana: el mismo positivismo, ¿qué otra cosa es sino la filosofía que pone en el yo, reducido á las proporciones de forma material, sujeta á las condiciones de la carne y de la sangre, el principio y la ley de sus movimientos, y en la satisfaccion de sus instintos el término supremo de la vida? ¿Qué diferencia, hay, pues, entre el kantismo y el po-

---

[1] Kant ha reproducido esas odiosas palabras de Lutero, en el pasaje donde proclama la soberanía legislativa de la razon ó de la voluntad humana, que son una misma cosa á sus ojos; he aquí sus palabras en la version francesa de Poelitz: «On peut appeller la conscience de cette loi un fait *(factum)* de la raison..... le fait unique de la raison, qui se proclame par la *originairement legislative* (SIC VOLO, SIC JUBEO).» (Crítica de la razon práctica, 1.ª p., lib. I, cap. I.)

[2] «Querer solo por querer, es el puro y libre querer. Este principio está comprendido en el pensamiento, y el querer que quiere por sí mismo, es reconocido como querer libre, como el más íntimo y el último principio, como el fundamento substancial de todo derecho..... En la máxima—quiero porque quiero—puedo quererlo todo, adherirme á ella y *preferirla al bien mismo.*» (HEGEL, *Filosofía de la Historia*, par. 4, seccion 3, c. 3.) Esta preferencia y eleccion que hace la voluntad de sí misma, amándose sobre todas las cosas, incluso el *bien mismo* divino, es el carácter comun de todas las sectas religiosas, filosóficas y políticas penetradas del espíritu de la rebelion contra la autoridad divina; ese el punto en que coinciden el protestantismo, el racionalismo y el liberalismo, Lutero, Kant y Rousseau.



sitivismo en órden á la moral? Ambos sistemas hacen al hombre absolutamente independiente, ley de sí mismo, principio y fin de sus acciones; ambos secularizan y profanan la moral, privándola de la luz de las verdades divinas, y del fuego que consume los sacrificios de la virtud, tornándola de esta suerte en cosa puramente mundana y secular, flor arrancada del árbol de la vida, que luégo se marchita y seca al soplo de la concupiscencia y del orgullo. Bien es cierto que en el modo de secularizar la ciencia de las costumbres, el materialismo y el criticismo varian, porque el primero se limita á decir neciamente: «No hay Dios;» al paso que Kant, divinizando implícitamente al hombre, al modo de la serpiente, le hace decir en su corazon: *Non serviam.* Acaso, señores, haya quien piense que en esta extraña apoteosis el espíritu humano recibe de Kant, junto con el honor debido á Dios, la perfeccion y santidad del mismo Dios: ¡qué delirio! El rendir á la criatura el honor y la gloria debidos al Criador, en que consiste la idolatría, no es honrar á la criatura, sino ensoberbecerla y degradarla al mismo tiempo, induciéndola á que adore en sí misma una realidad finita é imperfecta, una voluntad débil é inclinada, ó si se quiere, el noumeno ininteligible del crítico de Könisberg, que no es ciertamente Dios, ni una estátua siquiera de la divinidad, como diria Guizot, sino una sombra, un fantasma de libertad, una vida sin realidad, ó para decirlo con su palabra propia, la nada. ¡Y á este vano producto del racionalismo kantiano ha de sacrificar el hombre los ídolos que adoran las pasiones, conviene á saber, los deleites de la carne, sosteniendo con los instintos sensibles las luchas en que cifra Kant la virtud? ¡Oh! si para triunfar de tales ídolos solo contase el hombre con el respeto que pide el imperativo de Kant, ¿qué sería del deber y de la virtud? ¿qué de la libertad destinada á resistir los asaltos del apetito? Por mi parte, señores, lo que veo en semejante caso es el pecado del Angel castigado por el pecado de la bestia, la soberbia á

los piés de la concupiscencia, es decir, las ignominias del positivismo, con la burla á que se exponen los que, seducidos del antiguo padre de la mentira, que pone en sus oidos por boca de Kant el «sereis como Dioses,» vienen por último á formar parte de los rebaños de Epicuro.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

EXAMEN CRÍTICO

DE LA HISTORIA DE LOS CONFLICTOS ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA, DE GUILLERMO DRAPER.

I

RAZON DE LA PRESENTE CRÍTICA

Es cosa de suyo muy clara, que cuando alguno quiere comparar dos términos entre sí, y fallar como juez sobre su conveniencia ó discrepancia universal y absoluta, debe antes conocer muy bien entrambos términos, y estar adornado de gran rectitud de ánimo, semejante á fidelísima balanza, pronto á inclinarse de aquella parte á donde sea mayor el peso de la razon, dispuesto á dictar su sentencia en pro de la verdad. Así pues, el que quiera decidir acerca de la conveniencia ó repugnancia entre la religion y la ciencia, debe conocer muy bien así la una como la otra, y hallarse además libre del tumulto de aquellas pasiones que, rebelándose contra la voluntad, inducen por medio de ella al entendimiento á proferir juicios anticipados y falsos, sentencias conformes con los deseos del corazon, prevenido contra la verdad. Pero precisamente acaece que, en tratándose de la religion, donde tanto se necesita de aquella rectitud de ánimo, á muchos les falta esta excelente dote; porque la religion es un freno, que el hombre se siente inclinado á tascar por efecto de las pasiones que azotan su corazon y oscurecen á menudo su entendimiento. Así es que Draper puso la mano á una empresa verdaderamente difícil: él mismo lo confiesa en su prefacio, diciendo que «para discutirle bien (el asunto de que se trata), es menester ser á un mismo tiempo filósofo,

historiador y profundo maestro en las materias teológicas; y que en cada página del escrito brillase la luz de los hechos, y resplandeciese la vida.»

La dificultad de la empresa aparece aún mayor, si se repara que Draper, interponiéndose entre la religion y la ciencia, se propone ser «franco y *exacto* narrador de su contienda,» recogiendo todo lo que se puede decir en nombre de la ciencia contra la religion; y así no teme afirmar que «nadie hasta ahora ha tratado de tal materia bajo este aspecto, del cual recibe su asunto interés y actualidad, tales como jamás tuvo ninguna otra materia.» Para disminuir algun tanto lo árduo de la empresa, Draper quiere dejar en paz á todas las sectas cristianas, así porque en el supuesto conflicto solo se debe tener cuenta con los partidos extremos, como porque no ve oposicion alguna entre ellas y la ciencia. «No he hecho gran caso del partido moderado, porque, si bien es de mucha significacion, en un conflicto de tal naturaleza, la faccion extrema es la que determina el éxito de la lucha. Así, no he tenido mucho que pensar sobre las dos grandes confesiones cristianas, á saber: sobre la protestante y la griega. Esta última (*sic*) no ha combatido á la ciencia.» Por esto solo quiere hablar de la religion cristiana, segun que se concentra en la Iglesia Romana: «hablando del cristianismo, dice, generalmente aludo á la Iglesia de Roma.» Draper, por lo tanto, á nombre de la ciencia declara la guerra contra Roma y solo contra Roma.

Advierte que hoy ya se está verificando una general apostasía de la Iglesia Romana. «Quien haya considerado atentamente, dice, el estado intelectual de los americanos y europeos, habrá observado bien que la esfera social educada y culta paso á paso se va apartando de la antigua religion, y que mientras algunos se glorían en semejante acto, los más la abandonan secretamente.» Este hecho, que Draper supone ser tan general, ¿procede, por ventura, á sus ojos de la lujuria, del interés, del

orgullo de los apóstatas? Nada menos que eso. Los apóstatas tienen mil razones para renegar de la fe romana, porque esta es inflexible delante de la ciencia que la condena: tal es el juicio de Draper. Así que el verdadero fin de la obra del profesor de Nueva-York, es hacer la apología de los apóstatas del catolicismo, y combatir á la Iglesia católica.

Si al comparar Draper la religion de la Iglesia romana con la ciencia, estuviese adornado de aquellas dotes que poco há decíamos y que él mismo confiesa ser necesarias á quien pone la mano en tal trabajo, no sufriría menoscabo alguno la gloria de la Iglesia. En efecto, siendo Dios fuente suprema de la verdad, todas las verdades que se creen por fe divina, y todas las que son ciertas segun la ciencia, de Dios dimanan igualmente, y no pueden encontrarse jamás en mútua verdadera oposicion. Podrá haber, sí, verdades que sean superiores á la humana comprension, las cuales, por esto mismo, deberán llamarse misterios; pero nunca podrá demostrarse que se hallen en contradiccion con la ciencia, esto es, con los principios racionales y los hechos de la naturaleza, sino que antes la ciencia misma demostrará con toda evidencia, que siendo el sér de Dios incomprensible, pues es infinito, es necesario que haya en él verdades que sobrepujen el humano entendimiento; ó lo que es lo mismo, es menester admitir los misterios. Estos misterios, la ciencia los mira luego bajo diversos aspectos, y haciendo uso de razones tomadas de la analogía, saca de aquí nuevas luces que la ilustran y perfeccionan.

Por el modo con que habla Draper desde el principio de su obra, declarándose todo menos imparcial, y áun afirmando que la Iglesia romana es la sola obstinada é inflexiblemente empeñada en combatir á la ciencia, y por esto mismo rea de aquella universal apostasía, coloreada en su ardiente imaginacion, creemos que ó no conoce las doctrinas de la Iglesia romana, ó desconoce la verdadera ciencia; ó que, conociendo ambos términos,

ha emprendido su trabajo con la perversidad de un ánimo dispuesto á calumniar, á mentir, á pasar en silencio culpable cosas que no debiera dejar de mencionar.

Carencia de doctrina ó de buena fe, ó ambas cosas juntas, hé aquí vicios que siempre encontramos en los censores de la fe romana, y en los apologistas de la herejía y de la incredulidad.

El traductor italiano de Draper, en una carta escrita en octubre del pasado año de 1876, puesta al principio del libro, dice así: «Me atengo al principio de que la verdad debe ser divulgada en alta voz; y si acaso esta verdad se hubiese en algo adulterado en el conflicto entre la ciencia y la fe, será menester probarlo, no ya con el anatema ó con el desprecio, sino con un riguroso exámen.» La obra de Draper incurrió ya en la censura de la Congregacion Romana del Indice: pero el traductor Sola no debería ignorar que la censura de esta Congregacion va siempre precedida de un riguroso exámen de la obra que se condena; exámen que en nada se parece á aquel desprecio y anatema con que los incrédulos condenan desde luego las obras de los sinceros católicos, sin tomarse el trabajo de sujetarlas á ninguna clase de exámen, ni riguroso ni templado. Mas, pues se dirije una especie de reto á todo el que quiera examinar con rigor la historia del susodicho *conflicto,* no rehusamos recojer el guante, con plena certidumbre de que si bien durante la lucha podrá ponerse en descubierto nuestra debilidad, nunca, á pesar de todo, se verá la fe romana oprimida ni convencida de error.

Nuestros lectores nos preguntarán acaso por qué no nos contentamos con una simple revista de la obra de Draper, sino que queremos oponerle una crítica y séria confutacion. A esto respondemos diciendo que tres motivos poderosos nos han movido á esta resolucion.

El primero justificar la censura de dicha obra por la Congregacion Romana del Indice, contra la cual se sublevan au-

dazmente los amigos de Draper y los enemigos de la Iglesia católica.

El segundo, porque en nuestros dias, todos los sectarios, en todo el mundo, con increible nnidad de consejo y perseverancia de accion, están moviendo inaudita guerra contra la fe romana, con las armas de una ciencia mentirosa. Decimos ser esta guerra inaudita, pues si bien es verdad que la fe ha sido en los siglos pasados de mil maneras perseguida; pero el valerse para este propósito de la ciencia es un arte diabólico, puesto en juego principalmente desde que comenzó á declinar el siglo pasado hasta nuestros dias. Prométense los desdichados vencer y destruir por medio de la ciencia, la fe que no pudieron domar y vencer innumerables y crueles persecuciones; y ciertamente saldrian con su intento, si la verdadera fe romana estuviese realmente en oposicion con la verdadera ciencia: más por dicha nuestra solo puede mostrarse semejante oposicion falseándose las doctrinas católicas, ó adulterándose los dictámenes del verdadero saber. Por esto el blanco principal de los sábios católicos debería ser en nuestros dias el demostrar la armonía que reina entre la fe y la ciencia, prosiguiendo así la obra iniciada por el sumo filósofo italiano Tomás de Aquino.

Dadas, pues, las presentes circunstancias, nuestros lectores conocerán evidentemente cuánto importa el no perder ocasion tan favorable como esta, y pues Draper se constituye en representante de todos los modernos incrédulos, para combatir la fe con la espada de la ciencia, nosotros debemos demostrar que esta espada no es de acero, sino de madera carcomida; ó lo que es lo mismo, que la ciencia que se quiere oponer á la fe, no es ciencia, sino pura ignorancia.

No podemos dejar de manifestar aquí una idea que pone de relieve el ódio sin límites que contra la Iglesia y contra Dios tienen los incrédulos de nuestro tiempo. No hay duda alguna sino que la ciencia y sus progresos son cosas nobilísimas y

dignas de ser deseadas por el hombre, porque áun prescindiendo de la relacion que tienen con la inmortalidad de su sér, la ciencia es un ornamento, el más noble de todos, del entendimiento, que es la parte más excelente del hombre, y cuyos deleites son puros, sublimes, espirituales, divinos. Con ser esto así, los hombres de nuestro tiempo, á trueque de hacer la guerra á Dios y destruir su religion, se dan á corromper la ciencia misma, y á mezclar entre sus verdades infinitos errores, y errores tan bajos y tan groseros, que hoy ya en no pocos los nombres de sábio y de insensato, vienen á ser enteramente sinónimos. Este sacrificio é inmolacion que desdichadamente se hace de la ciencia, poniéndola en lucha contra Dios, es ciertamente la mayor señal del ódio de los malvados contra el mismo Dios. En el exámen que haremos del supuesto conflicto entre la religion y la ciencia, tendremos ocasion de tocar con la mano este hecho sobre manera lamentable.

El tercer motivo es, para que se vea cuán falsa es la acusacion insinuada por el traductor de la obra de Draper, en la carta que lleva al frente, á saber: que tan fáciles como somos en decir anatema contra las obras en que se impugna la fe romada, tan grande es la repugnancia que tenemos que vencer para someterlas á crítica rigurosa: indicio cierto, al modo de ver de nuestros adversarios, de nuestra ignorancia, de la malicia de nuestra causa, y de la bondad de la suya. Más es achaque, ó mejor dicho, sofisma comun á los impugnadores de la verdad, el atribuir á los fieles que sinceramente la aman y practican las artes, no muy honrosas por cierto, que á ellos les son peculiares, con que quieren prevenir una acusacion de que en ley de justicia no pueden ser absueltos. Así se explica que mientras adoptan toda clase de medios, aunque les sean harto molestos, para privar á la sociedad civil de los frutos de los apologistas católicos, y afectan así suma ignorancia de cuanto por nosotros se dice y se demuestra en favor de nuestra fe y en contra de

sus sofismas, nos acusan de hacer con ellos lo que ellos hacen contra nosotros, que con exquisito cuidado consideramos todas sus dificultades, y pesamos sus argumentos, y queremos que aquellas y estos sean perfectamente conocidos de los jóvenes estudiantes de filosofía y de teología, para que sepan soltarlos y confutarlos con todo vigor. Pero vamos claros: no es la fe católica la que teme el exámen, pues está segura de salir de él victoriosa. Quien lo teme, es la incredulidad, y por esta razon cuando la fe se ve asaltada, combate y triunfa; más la incredulidad en viéndose acometida huye, y abandonando el campo de la ciencia, deja la pluma por la espada, apela á las multas, á la cárcel, al destierro, á la sangre, queriendo conseguir por fuerza lo que con razones le es imposible alcanzar.

Es tal la índole de nuestros adversarios, que no esperamos hacer en ellos fruto alguno con nuestro trabajo, ó nos le prometemos escasísimo, pues por mucho que levantemos la voz, no hay manera de que nos oigan los que padecen de sordera voluntaria, hija de mala disposicion, que no de naturaleza; pero en cambio, nos le prometemos abundante de los que, más ó menos vacilantes, quisieran tener buenas razones para animarse á perseverar en aquella fe que casi sospechan pueda ser derrotada por la ciencia. De estos los hay en número muy crecido, á quienes se propina el veneno con indecible prontitud, perseverancia y desinterés. El libro de Draper fué reimpreso por lo menos siete veces en el término de un año en Lóndres, y de allá se nos ha escrito que engaña á muchos, y que no ha sido todavía refutado. Aquí entre nosotros se le ha traducido á nuestra lengua, y como sucede con frecuencia con las obras malas, ha encontrado quien le imprima, y encuentra hombres celosos que le propaguen, y otros malos ó gentes de poco valer que lo compran como rara mercancía.

Para examinar esta *Historia del conflicto entre la religion y la ciencia*, queremos más bien recorrerla con órden, dete-

niéndonos sucesivamente, sobre cada uno de los puntos que merecen ser examinados, en vez de recoger sus principales afirmaciones y doctrinas, formando de ellas un todo para someterlo luego á la crítica, porque de esta segunda manera podrian quedar no pocas cosas inadvertidas, al paso que de aquella otra todo se nos irá ofreciendo, para ser en su lugar considerado y pasado por el tamiz de la crítica.

II

ORIGEN DE LA CIENCIA

La ciencia es el conocimiento evidente de la verdad, deducido de los primeros principios por medio del raciocinio; de manera que si alguno quiere descubrir el orígen de la ciencia, es menester que averigüe cómo aparecen en el hombre los primeros principios, y cómo salen de ellos, gracias al discurso de la razon, las ilaciones que forman el tesoro de la ciencia. Y aquí échanse de ver dos orígenes, uno que llamaremos *racional*, y otro que podemos llamar *histórico*. Hablando del primero, es claro que el orígen de la ciencia debe en alguna manera blasonar de la misma antigüedad que el linaje humano, pues así el conocimiento de los primeros principios como el de las consiguientes ilaciones son fruto de la humana razon, que es una facultad natural del hombre, y cierto la principal y la más noble entre todas sus facultades; y las facultades naturales no pueden permanecer ociosas siglos enteros, sino que naturalmente proceden á ejercitar sus actos en el respectivo dominio. Hemos dicho en alguna manera, porque si se quiere hablar no ya de algunos primeros principios y de algunas conclusiones aisladas, sino de un vasto conjunto de verdades primeras, y de una bien ordenada muchedumbre de conclusiones en el órden

especulativo y en el práctico, la ciencia así tomada; por más que existiese en gérmen en los primeros hombres, no obstante, atendida la debilidad de la razon humana, debió irse formando con lentitud semejante á aquella con que de su propia semilla sale y se eleva el roble que, extendiendo poco á poco sus ramas y alzando su frente, da su sombra á gran distancia á la tierra, y parece tocar las nubes y desafiar los huracanes y las tempestades.

Pasando ahora del orígen racional al histórico, solo muy tarde llegó la ciencia al estado de amplitud y robustez que acabamos de indicar; cual fué el que presentó en Grecia en los tiempos de Platon y de Aristóteles, cuya fuerza intelectual, si de alguien fué superada, no lo fué sino por el divino Agustin y el angélico Tomás. Y cuenta que aquellos dos sumos ingenios griegos no tuvieron el poderosísimo auxilio de la revelacion, ó si le tuvieron, solo fué con medida muy escasa é imperfecta, al paso que Agustin y Tomás, ilustrados por la revelacion, pudieron, cual águilas de robustas alas, tomar el vuelo desde aquel punto que podia considerarse como la meta sublime del genio del hombre segun su nativa debilidad. En efecto, entre las verdades reveladas tenemos una gran parte de aquellas proposiciones del órden metafísico y del moral, que pertenecen á la filosofía. De muchas otras, aunque no haya expresa y formal revelacion, la hay, no obstánte, implícita y virtual: y es inmensamente más fácil el demostrar con el raciocinio y con la experiencia una verdad préviamente conocida, que descubrir por vez primera, y demostrar una verdad enteramente ignorada. Agréguese á esto que el triunfo sobre las pasiones y especialmente sobre la sensualidad, solamente con la divina gracia puede ser perfecto, y que de este triunfo hay necesidad para que el entendimiento se encuentre vivo, claro y limpio de nieblas, y la voluntad siempre inclinada á la verdad y al bien. Mas esta divina gracia, tan eficaz, no es un don que corra con abundancia en

el seno de quien no quiere reconocer al verdadero Dios, ó de quien, conociéndole, no le glorifica como es debido. Por cuya razon la filosofía griega no está limpia de gravísimos errores; y en cuanto á los filósofos, que siendo cristianos, se rebelaron contra Dios y apostataron de la fe, no hay duda que cayeron no ya solo en grandes errores, sino en increibles locuras de que hubieran podido sonrojarse los antiguos paganos. La filosofía atea, epicúrea, panteística, idealística, materialista, profesada por los incrédulos de nuestros dias, está diciendo á los lectores que no nos equivocamos.

Al tratar Draper del orígen de la ciencia, se muestra enteramente ageno de estas nociones, que no nos parecen, sin embargo, tan peregrinas ó abstractas; y he aquí á nuestro hombre que pone el orígen de la ciencia (á la que entre paréntesis, no discierne bien del arte) allá en Alejandría de Egipto, por los tiempos de los Ptolomeos. Ni de este error histórico, ni de muchos otros, hubiéramos hecho caso, sin embargo, si no se hubiese propuesto Draper ordenarle hábilmente para predisponer los ánimos contra el cristianismo, queriendo hacernos creer que la decadencia y ruina de la idolatría, fué obra de la ciencia, y que este gran hecho acaeció bajo aquellos Ptolomeos, por cuyo consejo y direccion llegó á ser Alejandría el sol que iluminó á toda la tierra. Hablando Draper de Ptolomeo Soter, que erigió el gran museo alejandrino donde se colocó aquella tan famosa biblioteca, dice así: «Alejandría no era solamente la capital del Egipto, sino la metrópoli intelectual del mundo. Con razon se ha dicho, que el genio oriental se encarnaba en ella junto con el de Occidente.» Y más abajo: «el museo de Alejandría fué la cuna de la ciencia moderna.» Los Ptolomeos de Alejandría por medio de la ciencia, si hemos de dar fe á Draper, disiparon las tinieblas de la idolatría y triunfaron de ella. «Las tradiciones, las revelaciones, las ceremonias practicadas por tantas generaciones estaban del todo desacreditadas y despreciadas; la mito-

logía griega, las encarnaciones de Brama, los dogmas seculares del Egipto, habian ya cumplido ó estaban para cumplir su ciclo. Los Ptolomeos sabian pues cuán efímeras son las religiones. Pero los Ptolomeos conocieron tambien que si los sistemas religiosos y los ritos, como sucede con los fósiles de capas geológicas, en desapareciendo una vez no vuelven á la vida, no sucede lo mismo con las cosas que son esencialmente verdaderas; conocieron que entre tantas y tantas como son las ilusiones de este mundo, la verdad persevera eternamente. La constitucion del Universo no nos la pueden revelar las tradiciones que se remontan á una época intelectual primitiva, ni los sueños de los visionarios que se creyeron inspirados por Dios; esta revelacion debe proceder de la ciencia.» Así Draper, en cuyas palabras notamos tres gravísimos errores. El primero, afirmar que la supersticion pagana hubiese sido vencida por la ciencia, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo; lo cual es pura fábula. La sangre de millones de mártires, á quien se colocaba en la dura alternativa de ó adorar los ídolos, ó perder la vida, ¿no muestra ya acaso por sí sola, que la idolatría se mantenia aún en los tres primeros siglos de la Iglesia viva y robusta, sostenida por la autoridad de los tiranos y por el fanatismo de los pueblos?

El segundo, presentar á todas las religiones en oposicion con la ciencia, anunciarles á todas ellas, sin distincion alguna, segura é irreparable ruina, prometiendo en cambio á la ciencia. vida perenne y lozana. Pero supuesta la existencia de Dios, la cual no se puede dejar de suponer, es indispensable la religion, que no siendo otra cosa que el conjunto de los deberes del hombre para con el mismo Dios, forma el vínculo que nos une con este sumo é infinito sér. Es, pues, imposible dudar que, entre tantas religiones, haya alguna verdadera; y así como se puede conceder que las falsas, semejantes á los fósiles de capas geológicas, en desapareciendo una vez no vuelven á la vida, no

se puede decir lo mismo de la verdadera. La cual á manera de sol debió iluminar el nacimiento del género humano, y continuando en la sucesion de los siglos, debe acompañar las humanas generaciones, sin concluir jamás en la serie de los tiempos. Así lo pide la amorosa providencia de Dios, y asi lo manifiestan los hechos. Porque si Draper se digna consultar la historia, y no imaginársela á su capricho, verá que la religion cristiana tiene sus raices en el orígen mismo del linaje humano; que en nuestros dias dura la fe y la moral que ella contiene; y que no tiene trazas de desfallecer ni faltar jamás en lo porvenir. Verdad es, que esta divina religion tiene dos estados: el primero, de los que creian en Jesucristo que habia de venir; el segundo, de los que creen en Jesucristo, que ha venido al mundo; pero este doble estado no indica diversidad ó multiplicidad de esencias.

Al lado de esta única religion verdadera, vemos levantarse, crecer y desaparecer una infinidad de religiones falsas, ó de torpes supersticiones, todas las cuales despues de fátuo resplandor desaparecen á manera de meteoros; mientras que aquella religion única verdadera, á semejanza del sol, ha seguido y sigue con seguridad su carrera, ofreciendo á los hombres la luz de la verdad y el calor de la virtud, para encaminarlos á su último fin. Ya que Draper quiere ciertamente distinguir la medicina de la charlatanería, la filosofía de la sofística, la química de la alquimia, la astronomía de la astrología, y en general la máscara de la verdad, de la verdad real, le suplicamos que distinga tambien de las falsas religiones la verdadera, que entre ellas debe de haber, y la hay en efecto, y que la semejanza de los fósiles que no resucitan, la aplique, si gusta, á las falsas pero no á la verdadera, porque la lógica y el buen sentido absolutamente se lo prohiben.

El tercer error le tomamos de todo lo que dice con respecto á la constitucion del universo. Aquí Draper quiere prematura-

mente dar un mentís al Génesis de Moisés. Pero el modo mismo con que lo intenta, demuestra su impotencia. En efecto, para obtener su propósito, debiera haber razonado así: toda revelacion sobre el orígen del mundo es imposible; por esto los profetas no pueden ser sino mentirosos soñadores, y sólo por la ciencia puede descubrirse dicho orígen. Pero ciertamente no se atrevió á escribir de esta manera, asegurando claramente una imposibilidad, que nunca hubiera podido probar, y adjudicando exclusivamente á la ciencia un conocimiento, que puede tambien adquirirse de otra fuente. Por esto adoptó fórmulas equívocas y, digámoslo así, elásticas, que tomadas á la letra no diesen un concepto falso, pero que se debiesen entender por el lector en sentido no rigurosamente literal, y por lo mismo falsísimo. Así dice que la constitucion del universo no nos la pueden descubrir las tradiciones que se remontan á una época intelectual: ¿quiere decir aquí Draper que el objeto á que se refieren, es anterior á las humanas generaciones, y por ende imposible de ser percibido por los sentidos? En este caso tiene razon; pero si dicho lugar se entiende de las tradiciones que tuvieron su fundamento en la revelacion divina, que es lo que se debe creer, Draper se equivoca de medio á medio. Tambien es cierto que los sueños de los visionarios que se creyeron inspirados por Dios, no merecen otra cosa que desprecio: pero si verdaderamente fueron inspirados por Dios, y si los suyos no fueron sueños, sino manifestaciones de lo alto, entónces ya es otra cosa. No negamos á Draper, que es objeto de la ciencia investigar la constitucion del mundo, hasta el punto que ella puede hacerlo; pero atribuir exclusivamente á la ciencia dicho conocimiento, y negar por esto la posibilidad de la revelacion, es un error grosero, mil y mil veces refutado por la filosofía, como lo saben hasta los jóvenes imberbes que estudian sus elementos. Por lo demás, como Draper tocara aquí solo al vuelo estos puntos, no queremos ocuparnos más en ellos.

Otra acusacion han tomado de algun tiempo acá los enemigos de la Iglesia católica de la historia, fabricada, se entiende, en su cerebro; la cual se esfuerzan á divulgar entre la gente ignorante ó pervertida para que redunde en deshonor y desprecio del catolicismo. Esta acusacion es el incendio de la gran Biblioteca de Alejandría, poco há mencionada. Primero se nos quiere hacer creer que Alejandría con esta Biblioteca fué la cuna de todas las ciencias; y luego que la misma Biblioteca fué quemada por efecto del fanatismo cristiano, todo con la piadosa idea de que se atribuya aquel incendio á la Iglesia católica, y de presentarla en el órden de los principios y en el de los hechos, como perpétua enemiga de la ciencia. Despues de esto la calumnia corre, y la repiten muchas plumas, y la obligan á beber, como agua pura de verdad, los profesores de historia á la pobre juventud engañada y vendida. Draper, en este primer capítulo del orígen de la ciencia, nos ofrece ocasion de tocar este punto. El lugar que hace especialmente á nuestro propósito, es el siguiente, en que habla de los idólatras encendidos en furor contra los cristianos de Alejandría.

«Fijaron en el Serapeon su cuartel general, y tal fué el desórden y el alboroto, que el Emperador debió intervenir con un edicto que mandaba á Teófilo destruir el Serapeon. Así, aquella gran librería que habia sido formada por los Ptolomeos, que se habia escapado del incendio de Julio César, *fué deshecha por este fanático sacerdote.*» Y pocas líneas despues: «Así se extinguia en Alejandría la filosofía griega, y se suprimia de un golpe la ciencia que con tanto celo habia sido promovida por los Ptolomeos. La librería del Serapeon llamada:—*La hija*—desapareció. De allí en adelante se cortó su libre vuelo al humano pensamiento: fué menester que creyese punto por punto todo aquello que ordenaba la madre Iglesia.» Véase de qué manera se procura excitar el odio contra la Iglesia. Pero estas no son más que palabras: ¿conviene con ellas la verdad de los hechos?

Hé aquí cómo habla el continuador de Tito Livio [1] de la Biblioteca Alejandrina y del incendio ocasionado por César: «Porque no podia César con tan pocas tropas salvarlo todo, mandó que se pusiese fuego á todas las naves que habia en el puerto (de Alejandría). Propagándose la llama por los edificios próximos al puerto, prendió tambien en la Biblioteca, esclarecido monumento de la real elegancia y providencia. Dicen que perecieron muchos millares de libros, unos cuentan cuatrocientos mil, otros, los que más, hasta setecientos mil. El primero y el principal autor de aquella obra fué Ptolomeo, llamado el Filadelfo, príncipe de gran saber, é hijo de padre tambien instruido, por cuya diligencia se hizo tambien la version de los libros sagrados, que se llama de los Setenta. Adquirida por compra de un tal Nileo la biblioteca que habia formado Aristóteles, y juntando con ella los libros que él mismo habia comprado en Atenas y Rodas, enriqueció con ellos el Serapeo (nótese la palabra latinizada Serapeum); y luégo con gran diligencia y muchas expensas adquirió cuanto pudo hallar con ayuda de Demetrio Falereo, hombre ilustre en ciencias y artes civiles.» El historiador se muestra buen conocedor, así del orígen de la gran Biblioteca Alejandrina, como del incendio que la devoró. Su vacilacion entre el parecer de aquellos que dicen haberse consumido, en el incendio suscitado por César, cuatrocientos mil volúmenes, ó bien setecientos mil, deja entrever la probabilidad de

---

[1] Quia tueri tam parvis copiis omnia nequibat, incendi quidquid erat in portu navis iussit. Hac flamma cum et vicina portui ædificia comprehensa essent, simul arsit Bibliotheca, elegantiæ Regum, curæque egregium opus. Millia librorum perisse, quadringenta alii, qui plurimum, septingenta tradunt. Primus et maximus ejus operis auctor Ptolomeus cognomento Philadelphus fuit, perquam eruditus princeps, et erudito patre natus; quo curante, sacrorum quoque voluminum interpretatio, quæ Septuaginta vocatur, prodiit. Ille a Nileo quodam empta bibliotheca, quam Aristoteles collegerat, simul iis libris, qui erant ipsi Athenis et Rhodi comparati, Serapeum adornavit; magnoque deinceps studio et sumptu per Demetrium Phalereum, insignem studiis et civilibus artibus virum, quidquid investigari potuit conquisivit. (Lib. 112, XLIII. XLIV.)

aquella circunstancia de que dan fe algunos historiadores, que dicen que la gran Biblioteca estaba dividida en dos partes, y que la mayor de ellas pereció entre las llamas, quedando la menor en salvo. Es de notar además que advertidamente dice el historiador *Serapeum*, y no ya *templum Serapidis*, y entre lo uno y lo otro puede haber una diferencia semejante á la que hay entre *Vaticanum* y *templum Vaticani:* y así como el Vaticano es una altura que sostiene muchos edificios, así tambien el Serapeon era una colina que además del templo de Serapis tenia otros edificios, de manera que presentaba el aspecto de una ciudad. Por lo cual es de creer que no ya en el interior del templo de Serapis, sino en algun edificio vecino, estuviese colocada una parte de la gran Biblioteca Filadelfiana, á donde despues probablemente fué trasportada la librería que á Cleopatra regaló Marco Antonio, librería que habia sido formada por Eumenes, Rey de Pérgamo.

Es muy cierto que Teófilo, Obispo de Alejandría, dió ocasion al tumulto de los idólatras; es muy cierto que devastó sus templos; pero es falsísimo el hecho de la destruccion de la Biblioteca que habia en el Serapeon. La idolatría, que no habia sido disipada ni poco ni mucho, como quisiera Draper, á la presencia de la luz de la ciencia pagana en Alejandría, y que ni áun habia sido totalmente destruida por el cristianismo, seguia siendo profesada con loca obstinacion en aquella ciudad hasta los tiempos del gran Teodosio. La pluma rehusa trascribir al papel las abominables supersticiones que allí se cometian por los no cristianos; baste decir que no solamente eran adorados los vergonzosos númenes, sino hasta los obscenos símbolos de la lujuria, que extraidos de los antros de un antiguo templo de Baco, hubieron de ser conocidos de los ciudadanos, habiendo sido además divulgadas al mismo tiempo las infamias que se cometian, ora en crueles carnicerías de niños, sea con torpezas en honor de Mitra; no se puede decir con palabras hasta

qué punto quedaron confundidos y encendidos los idólatras en furor. Se encerraban estos, como en una fortaleza, en el templo de Serapis: y haciendo de allí salidas, acometian, como asesinos, á los cristianos, y los mataban bárbaramente. Conmovido Teodosio dió órden de que se destruyese el templo y se quemase el ídolo, y áun de que se arrasasen los otros templos. Así se hizo: mas Teófilo, para que quedase en lo porvenir un testimonio auténtico del culto no menos vil que estúpido á que habian estado entregados los idólatras, quiso que se conservase la estátua que adoraban de un repugnante mono, y la colocó en lugar patente de la ciudad, con increible vergüenza y confusion de aquellos.

Con haber recibido la idolatría por los edictos de Teodosio y por el celo de Teófilo como el último sacudimiento, no tuvo la ciencia que sufrir daño alguno, ya que los dogmas cristianos en nada eran contrarios á la filosofía, y dejaban un espacio infinito al contínuo progreso de la especulacion intelectual y al aumento de las bellas artes; y si aquella avanzó con rapidez por obra de los padres y doctores católicos Alejandrinos, estas no retrocedieron un paso. La imaginacion de Draper y no un sacerdote fanático deshizo la Biblioteca del Serapeon, la cual se conservó con celo, como incomparable tesoro, por los cristianos, y fué destruida, mucho más tarde, por los sectarios de aquel Mahoma, en quien Draper tendrá sin duda muy poco que censurar y mucho que alabar. Toquemos ahora este rasgo histórico, cuyo conocimiento no es ciertamente cosa de gran alabanza, pero que sería cosa torpe ignorarlo del todo. De él se saca no ya que los Mahometanos destruyesen libros sacados acá y allá á la ventura, sino que destruyeron una entera y bien conservada biblioteca, y tan copiosa, que no andaria muy errado quien dijese que no contenia ménos de seiscientos mil volúmenes. «Juan llamado el Gramático (dice Rollin), famoso Aristotélico, estaba en Alejandría cuando fué tomada (22 Diciembre 640). Este, á causa de su

saber, habia alcanzado la estima y la gracia de Amri Ebuol As, jefe de los sarracenos: por lo cual hizo ánimo de pedirle gracia para la Biblioteca de Alejandría. Amri le respondió que no podia por sola su autoridad acceder á tal peticion, y que escribiria sobre ello al Califa. Este, que era Omar, dió esta respuesta: que si aquellos libros contenian la misma doctrina que el Korán, eran inútiles, puesto que el Korán bastaba: y que si contenian doctrinas contrarias al Korán, debia prohibirse su lectura. Por lo cual mandaba que se los quemase á todos. Fueron entregados á los baños públicos (que no bajarian ciertamente en Alejandría de 4.000), en donde sirvieron por seis meses para calentar el agua en vez de leña; lo cual hace ver el portentoso número de libros que habia en aquella Biblioteca. Así pereció aquel inestimable tesoro de ciencia.» ¿Y se podrá todavía culpar de buena fe de la destruccion de la Biblioteca alejandrina al catolicismo ó al fanatismo de los sacerdotes católicos? Pero ya el partido está tomado: con tal que redunde en desdoro de la Iglesia, hay que sacrificar al error y á la mentira los hechos históricos más ciertos y las verdades filosóficas más evidentes.

AMAYA,

ó

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

CAPITULO VII

EN QUE SE CUENTA QUIÉN SALIÓ DE LA SIMA DE ARALAR, DEL HABLA QUE TUVO CON TEODOSIO, Y DE LA BODA QUE LE PROPUSO.

Si la montaña de Aralar, magnífico eslabon de la cadena pirenáica, soberbio hasta en frente de las sierras de Urbasa y Andía y al lado de las de San Adrian y Gorbea, tiene suma importancia en el órden geográfico, no menor le corresponde en el órden histórico y tradicional.

Los autores que apoyándose en la dudosa autoridad del historiador judío Flavio Josefo, suponen tubalina, y por consiguiente jafética la misteriosa raza eúscara, fijan desde luego su atencion en el nombre de Aralar, que con poca diferencia es el mismo que en griego lleva la Armenia, primer solar del mundo despues del universal diluvio.

Esta semejanza de voces por sí sola, no daria siquiera márgen á racionales conjeturas; pero se presenta acompañada de notables coincidencias. Resalta desde luego que á la falda de Aralar, en el valle mismo de Larraun, nace un rio llamado Araxes, y Araxes, como es sabido, se llama tambien el rio armenio, hermano del Eufrates, que desemboca en el mar Cáspio; Gordeya, el monte de Ararat en que posó el arca, y Gorbea y antes Gordeya, el gran nudo de la misma espina dorsal que Aralar, y teatro, como recordará el lector, de los primeros acontecimientos de nuestra historia. Estrabon nos cuenta tambien, que uno de los rios de Armenia se denomina Arago, y Arago, sin quitar ni añadir una tilde, con el artículo *á* pospuesto, *Aragoa*,

se dice en vascuence el Arga, que corre por la cuenca de Pamplona y recibe las aguas del Larraun y el Aráquil unidos al descender de la sierra de Aralar.

Todo esto podrá tener escaso valor para la crítica desabrida y regañona; para quien anda rebuscando tradiciones y leyendas, es muy interesante. En Aralar ocurrieron sucesos históricos hasta de carácter sobrenatural: si los que arriba quedan apuntados no pasan de conjeturas, por lo menos son tradicionales, y envuelven ese magnífico monte en cierto ambiente de misterio; pero si fuesen verídicos, esa atmósfera quedaria convertida en aureola, sería como primer indicio de una especialísima Providencia.

La peña de San Miguel de Excelsis, último escalon por la parte de Navarra de la cumbre de Aralar, que se eleva hácia el Norte á distancia de cinco minutos, era entonces fragosísimo desierto. De dia rarísima vez trepaban hasta la meseta de la cueva algunas cabras desmanadas que los pastores con la honda, y los mastines á fuerza de carreras y ladridos, solian hacer tornar al rebaño: de noche los osos, lobos, jabalíes y otras fieras quedaban dueños del campo.

Teodosio no se acordaba del peligro, no conocia el miedo; pero aquella cruz, aquella aventura, aquella mujer, loca rematada hasta la sazon, medio en sano juicio ya, que parecia imponerse á todos los vascongados, y lo que era más extraño, superior á las preocupaciones mismas de la gente vascónica; que tenia en sus manos la suerte del país, quizá la del mismo Teodosio; que unas veces daba á entender que le queria y otras que lo despreciaba; religiosa y altiva, de cuya religiosidad procedia su rectitud, y de cuya rectitud nacia quizá, eso que llamamos altivez; todo esto le hizo olvidar al carbonero y recostarse meditabundo cerca de la sima, no lejos de la cruz, creyéndose como en su casa de Jaureguia ó su castillo de Gasteluzar, guardian de sus pueblos, y predestinado á grandes hechos que se habian de verificar en aquel mismo paraje.

Estaba dentro de la gruta, reposando quizá sobre el secreto de Aitor, ó cuando menos sobre la joya que encerraba la clave del secreto.

Porque Teodosio no abrigaba ya la menor duda: Petronila, fuese por la falta de malicia propia de su estado, ó por su soberbia condicion, no le habia engañado, ni ocultado siquiera la verdad. Habia subido allí con el brazalete, lo habia arrojado al pozo, y puesto la cruz á la boca. No todo lo habia visto el ambicioso joven; pero la demente con su brutal franqueza no le iria á mentir en lo poco que le faltaba que comprobar.

Aquella sima no era insondable, ni excesivamente honda. El carbonero lo habia dicho, y á mayor abundamiento al asomarse á ella

Teodosio habia tirado adentro algunas piedras que caian en seco, despues de haber tropezado y detenídose brevísimos instantes en las paredes laterales. Angosta y circular, con un techo semejante en lo ojival á la arquitectura de este nombre, y por los artesones, colgantes, festones y filigranas á la mudéjar y gótica florida, debia ser uno de los prodigios de estalactitas y estalacmitas, de cristalizaciones y esmaltes, que como joyas de orfebrería guardan las montañas en su estuche de rocas calizas.

Todo argüia, pues, en su favor. De la posesion de aquella alhaja, y por ventura solo de la noticia cierta de su paradero, dependia su felicidad, el congraciarse con toda la familia de Aitor, con aquella temida y prepotente Amagoya, inflexible y en expresion de Olalla, tiesa como el peñon de Aralar, y de la cual tenia él necesidad para sus desconocidos planes.

Es verdad que el brazalete no era de Teodosio: pero ¿quién le podia disputar el derecho y hasta la gloria de salvarlo? Fuera de que García le habia encargado que lo recobrase, es decir, que se lo quitara á la loca, que lo devolviese á su dueño.

¡Su dueño!

¿Qué otro podia ser que la hija de Usua y de Lartaun de Butron? ¿No era ella la *hija de Aitor* por todos cuatro costados, y la heredera del patriarca por parte de madre? ¿No se referian expresamente á ella las profecías, las misteriosas palabras que Aitor, en su famosa aparicion despues del incendio, habia dirigido á Amagoya?

No faltaba, pues, ni á sus deberes, ni á su delicadeza en apoderarse de aquella joya, ó por lo menos, en averiguar fijamente su paradero, para que el secreto de que tanto bien habia de resultar al pueblo eúscaro, no quedara á merced de una insensata, ó no fuese á parar á manos de una familia mortal enemiga de los vascongados.

—Pensar, decia Teodosio, que hoy, esta mañana misma, esos tesoros estaban perdidos, sin esperanza, abandonados, olvidados, y que esta noche, dentro de poco, en cuanto llegue mi hombre, van á ser de mi dominio!..... ¡Y que partido tan grande puedo sacar del hallazgo! ¡Ranimiro en Gastelúzar, y en mis manos el brazalete!.....

Pero esta idea debia turbar un poco su conciencia, porque tornó á caer en taciturna meditacion, y exclamó luego murmurando:

—No temo á la cruz, no; porque cumplir con mi deber, es seguir los preceptos de Dios..... me temo á mí mismo. Yo la amo, la he pretendido cuando el tesoro de Aitor estaba olvidado, como cosa completamente perdida; pero si el secreto reaparece, si el tesoro se le adjudica, como necesariamente habrá de hacerse, la hija de Lartaun, que hoy no es más rica que yo, me llevará mañana inmensa ventaja, y se dirá

que Teodosio de Goñi la ha pretendido para esposa cuando la ha visto opulenta. Y no es esto, no, añadió levantándose inquieto y agitado, yo la quiero por fines más altos; yo la quiero para mí, pero tambien para su pueblo y para mi Dios. ¡Libradme, Dios mio, libradme de mí mismo!

Y volvió los ojos hácia la cruz.

La luna, casi redonda, que habia aparecido en el horizonte una hora antes de ponerse el sol, salia en aquel momento de entre las nubes que cruzaban como fantasmas desde los picos del Pirineo á la cresta de Aralar, y dió de lleno en el fondo de la cueva, dejando en descubierto sus rocas cortadas á pico, verticales y en hiladas de diversas estratificaciones rojas, parduscas, amarillentas y azuladas, solo interrumpidas por algunas zarzas ó matorrales de espinos, avellanos y manzanos silvestres que brotaban en las grietas, ó por algun enorme lagarto á quien el movimiento de Teodosio para ponerse en pie habia despertado.

La cruz se destacaba sobre el blando pedestal y proyectaba torcidas sombras en el lienzo iluminado por la luna, y allá, dentro de la negra boca de la sima, aparecióse de medio cuerpo arriba una mujer que desgreñada y con los brazos desnudos y cruzados delante del pecho, miraba á Teodosio con aire triste, desdeñoso y compasivo.

Era Petronila.

—Haces bien, en temerte á ti mismo, Teodosio. No tienes otro enemigo.

Y como el hijo de Miguel se quedase mudo de asombro ante la inesperada aparicion, prosiguió la loca:

—Estos son los mancebos esperanza de la patria; estos hombres son los que aspiran á reyes de un pueblo que no los ha tenido nunca. Estos los que vienen aquí de noche y con escalas de cuerda, como ladrones á robar lo que no les pertenece; los que principian queriendo descubrir secretos que no son suyos, y que yo, dueña de ellos, les arrojo á la cara desde la cumbre de mi derecho.

—Petronila, exclamó Teodosio con ira, no me insultes, porque puedo olvidarme de que estás loca, como.....

—Como te has olvidado de ti mismo! añadió Petronila completando la frase, y sonriéndose con una compasion, con una amargura de semidiosa. Como te has olvidado de que eres cristiano, hasta el punto, lo acabas de decir, de haber pretendido á mi sobrina la pagana. Siéntate, amigo Teodosio, siéntate. Yo no te quiero mal, no quiero ni he querido mal á nadie. Ni á esa misma Amagoya á quien tanto deseas complacer y por cuya conquista y alianza darias la mitad de tu soñado reino. No perderás el tiempo en esta inmensa soledad que recuerda la soledad universal del diluvio, pasando breves horas con una po-

bre vieja y loca. Ante todas cosas, añadió como pidiendo confirmacion de sus protestas, yo no estoy loca, te lo advierto. He tenido mis manías, me he sentido con la cabeza débil, muy débil, porque era un hervidero de encontrados pensamientos, de ideas inconciliables, de imaginaciones, de temores, de esperanzas, de torcedores, de angustias..... he perdido la razon dias enteros, meses, años quizá, y entonces descansaba. Por eso he vivido y me despierto ahora con todo el vigor de la juventud; con fuerzas para cogerte en volandas y sepultarte en la sima; para abrazar peñascos y peñascos y aplastar á todos los paganos de Aitormendi. Pero te le repito para tu gobierno, Teodosio, no estoy loca. Desde que la he visto..... ¡Qué hermosa es la hija de mi Paula! Desde que he recobrado el brazalete, y sobre todo, desde que tengo la seguridad de que nadie ha descubierto el secreto que la primera hija y heredera de Aitor cristiana, la reina, señora y madre del solar vasco, cristiano desde entonces para no dejar de serlo nunca, se dignó confiarme, ¡ah! desde ese momento tengo juicio, y tenerlo no es ya mi tormento, es la tranquilidad, es la esperanza. Y lo será más cuando haya completado la obra que se me encomendó. Mi razon será mi felicidad. Porque ya no tengo dudas, ni incertidumbre, ni temor, ni remordimientos. Hoy lo he descubierto todo y todo lo veo claro.

—¿Dónde lo habeis visto? ¿Qué habeis descubierto? preguntó el caudillo de Navarra, que cuantos mayores esfuerzos hacia la hermana de Lartaun por persuadirle de su sano juicio, más dudoso y endeleble lo creia.

—¿Dónde? En lo más hondo de mi cerebro. Hijo de Goñi, yo estaba loca, pero menos de lo que todo el mundo se figuraba. Hablaba la gente delante de mí, como delante del perro tendido al amor de la lumbre; y en tantos años de pasar y repasar por mi cocina, chicos y grandes, cristianos y gentiles, monjes y seglares, godos y vascos, y hasta judíos, Teodosio, ¡hasta judíos! todo se ha dicho, todo se ha revelado.—¿Quién está aquí? preguntaban.—La loca: no hagais caso.—Y seguian hablando.

—¿Y llegábais á comprender?.....

—Todo y nada. Comprendia lo que entonces se decia: pero como si no lo entendiera, porque rara vez acertaba á unirlo y ligarlo con lo demás. Estaba como sin memoria, como quien sueña que se ahoga y no tiene fuerzas para alzar el brazo y asirse á la rama que le roza la cara. Yo tenia en mi cabeza un almacen de secretos, revelaciones y descubrimientos, como quien tiene un monton de piedras labradas, y no sabe levantar con ellas una mala pared. Pero hoy recobro el juicio, miro hácia mi balumba de sillares, y los veo en hiladas, y sin esfuerzo ninguno los muros quedan hechos y la casa terminada.

Pero, ¿en qué piensas tú, Teodosio? ¿Nada tienes que decirme ni que preguntarme? ¿Todo lo he de charlar yo? ¿Quieres que vuelva á perder la razon? ¿Me prefieres loca á sensata?

—¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí?

—Lo he presumido, desde que te ví alejarte de Echeverría, donde era natural que pasaras la noche. Subí á un alto á ver la direccion que llevabas, y cuando tomaste mi camino no me quedó duda de la falta que ibas á cometer. Yo tenia la culpa. He sido siempre muy orgullosa y he creido á todos tan soberbios como yo. ¡Cómo suponer que un hijo de *Goñi,—Go-i-ñi*; en alto yo—habia de ser menos celoso de su dignidad que la pobre mujer de Ochoa? Eché detrás de ti.

Subí poco á poco, porque estaba ya cansada, cuando me encuentro á un carbonero con zahones de cabra, que subia hácia el pico de Alchueta con teas y cuerdas. Quedóse sorprendido al verme, y con regocijado semblante me dijo que iba á ayudarte á sacarme de la sima en que creias tú que me habia precipitado. Lo comprendí todo. Conocí que con pretesto de investigar si yo, que estuve esta tarde en la cueva, me habia sepultado en el pozo, querias descender al fondo para apoderarte del brazalete, y por eso le dije: «es inútil que subas; vuélvete á tu choza á cuidar de tus hogueras, y dame solo las teas y demás necesario para encender lumbre, por si acaso nos hace falta; porque yo subo en busca de Teodosio, y á traérmelo á casa, donde pasará mejor noche que en la cueva.

—¿Y por dónde habeis entrado en ella?

—Por la sima.

—¿Tiene salida á otro lado?

—Lo debias suponer. Su techo, sus columnas, sus cristales, se forman del agua que la roca destila, y si el pozo está seco, el agua que cae, tiene que salir por alguna parte.

—¿Y habeis hallado el brazalete?

—Sí, y á poco que me hubiera descuidado, no habria tenido esa fortuna.

—¿Con que es decir que habeis salido de las entrañas de la tierra, habeis trepado á la boca de la sima, solo por el gusto de decirme que me llevo chasco?

—Precisamente.

—¿Con que es decir que habeis venido á desafiarme?.....

—Teodosio, te veo muy próximo á tu perdicion, porque estás muy cerca de la amenaza. ¡Desdichado de ti si llega á salir de tus labios! No te temo, ni á ti, ni á ningun hombre, porque soy superior á vosotros en fuerza y en valor. Sé defender mi vida como nadie; pero en caso necesario sé despreciarla tan bien como el primer nacido. Así,

pues, quieto, Teodosio, y tengamos la fiesta en paz; porque yo, ni antes ni despues de loca, he sufrido ni amenazas ni insolencias. Te llevas chasco; sí, pero no como te lo figuras, no como lo temes. Te llevas chasco; porque sin necesidad de descolgarte al fondo del abismo en busca del brazalete de Paula, te lo subo yo.

—¡Vos!

—Y lo subo para que lo tengas en tus manos, para que lo palpes y lo examines y puedas decir á mi hermano Lartaun, á mi sobrina Amaya, á mi cuñada Usua, y sobre todo á mi concuñada Amagoya: esa alhaja ha parecido; ha estado en mi poder; he abierto sus secretos; los he registrado; he leido sus inscripciones, que son dos, una en vascuence y otra en latin: *Aitoris arcanum.*

—¿Será posible, Petronila? ¿No me engañas? ¿No te estás mofando de mí?

—Estoy hablando como solia hablar antes de volverme loca, con toda formalidad: cual debo hacerlo cuando de estas cosas hablo, y más aún, cuando de estas cosas tengo que tratar contigo por primera vez en mi vida; contigo, que tienes las mismas aspiraciones, y á tu manera, la misma ambicion que yo: contigo, que consideras á mi sobrina, como yo á la hija de mi amiga Paula, como inmediata heredera de Aitor, futura reina de Vasconia. Si no fuese para tratar contigo de cosas tan graves, ¿á qué habría yo subido aquí buscándote en el desierto, y en el silencio de la luna?

—Sentaos, pues, al par de mí, y hablemos presto.

—Presto, sí, no sea que recordando tantas y tan horribles cosas, se me escape la razon, se me trastorne nuevamente el juicio, y quede inútil para la gran obra que Dios ha puesto en mis manos.

—¡En vuestras manos!

—Y en las tuyas tambien, si quieres ser el hombre que nos hace falta, y con quien yo he soñado. Escucha, Teodosio, dijo Petronila, sentándose al borde de la peña: yo fuí quien por servir á mi amiga Paula, casada con el godo Ranimiro, avisé á este de que Amagoya y su marido Basurde, de triste recordacion, tenian como emparedada á mi amiga en la torre de Aitormendi: yo exigí palabra al godo de que, para libertarla, no habia de verter ni una gota de sangre, ni perpetrar siquiera ninguno de esos atentados que la guerra, al parecer, autoriza. Pero cuando ví que en opinion de todo el mundo el caudillo godo llevó su venganza al estremo de incendiar el caserío de Aitor, y de abrasar dentro de la torre á su propia mujer, á su misma hija, y de asesinar por la espalda al marido de Amagoya..... ¡Oh! entonces, sin datos y sin fuerzas tambien para defenderlo, comencé á sentir dudas, escrúpulos, y por fin espantosos remordimientos. No dormia, no co-

mia, no sosegaba en ninguna parte. El mundo entero acusaba á Ranimiro; yo me acusaba á mí misma, mi conciencia me decia que sin mi delacion, sin mi desmedido afan de servir á Paula, aquellos crímenes no se habrian perpetrado. Agrega á esto que yo tambien, por complacer á mi amiga, habia puesto en manos del terrible perseguidor de los vascos, del mortal enemigo de nuestra raza, ese brazalete en cuyo seno iba encerrada la clave del secreto de Aitor. Y gracias que guardé silencio acerca de este punto, y quise ocultar á Ranimiro esa última circunstancia. Considera, Teodosio, si hay fuerzas corporales bastantes para resistir esa tortura; si hay corazon de roca ó de bronce que no se quebrante en el yunque de tantos dolores; si hay cerebro que no quede aplastado bajo el peso de tan crueles pensamientos. Solo Dios me sostuvo suscitando contra mí cierta clase de enemigos, y principalmente una mujer que me aborrecia por haberme hecho cristiana, y haber contribuido á la conversion de Paula, la primogénita de Aitormendi. Amagoya, mi eterna enemiga, Amagoya y sus paganos, eran los únicos que se acordaban de mí para acusarme, para echarme en cara mis desgracias, para atribuirme hasta complicidad con Ranimiro. Su acusacion me fué tanto más sensible, cuanto que recaia sobre los remordimientos de mi propia conciencia. Como esta exageraba mis faltas, en caso de haberlas, y la viuda de Basurde las abultaba hasta el punto de convertir sus increpaciones en calumnias, se rebeló no sé si mi dignidad ó mi orgullo contra aquella mujer, y principié por defenderme como cristiana contra gentiles, y acabé por acusar á la que me acusaba, y queria convertirse en juez de mi espíritu. Sí, Teodosio, yo traia una batalla dentro de mi corazon, una balumba de imaginaciones en mi cabeza. Yo me decia: soy causa del incendio de Aitormendi, de la muerte de Paula y de las demás calamidades que aquella noche de espanto acontecieron; pero causa inocente, instrumento involuntario de la cólera divina. ¿Hice mal, por ventura, en procurar que Lorea, la heredera de Aitor, abrazara nuestra santa religion?

—No, exclamó el hijo de Goñi, no hicísteis mal, sino bien: y ese mismo bien procuro y solicito yo para su sobrina, para su cuñado, para toda esa familia, porque cuando esa gente sea católica, cuando todos los vascos seamos cristianos, ¿quién podrá con nosotros?

—¡Cuánto me alegro de oirte hablar así, Teodosio! ¡Cuánto bien me hacen esas palabras consoladoras, al cabo de veinte años de terribles imaginaciones! Pues bien, ¿hice mal en salir al encuentro de Ranimiro, cuando devastaba el pais vascongado y nos amenazaba con nuevos horrores para que le restituyésemos á su mujer, á su legítima esposa; hice mal en decirle: no busques rehenes, no persigas al inocente por

castigar al culpable: haz la guerra, si quieres; pero hazla con nobleza: sin crueldad, que yo te prometo descubrir el paradero de la mujer que buscas, y cuyas desventuras lamento como tú?

—Tampoco, y sobre todo tu intencion era buena, pura, santa; y si los hechos correspondieron.....

—A mi buena intencion correspondieron, Teodosio; porque desde entonces se aplacó la ira del godo como tempestad á la voz de Dios: la guerra perdió su feroz aspecto de implacable saña, de ciego esterminio, y los pueblos y caseríos de lo interior pudieron respirar, tornaron á vivir. Aún más, gracias á mi inteligencia con Ranimiro, y al convenio secreto que los dos habíamos celebrado, yo me sentí estimulada á inquirir el paradero de mi amiga Paula, y lo conseguí, y logré salvar el secreto de Aitor, que de otra manera hubiera acaso perecido. Despues de descubrir á Paula emparedada en la torre de su casa y con una hija en sus entrañas; á la primogénita de Aitormendi, injusta, bárbaramente maltratada por quienes, como inferiores, no podian ser sus jueces, ¿hice mal, por ventura, en dar cuenta de todo al que por ley de Dios era su señor, su esposo, y padre de la hija que aquella santa mujer llevaba en su seno?

—No: yo no me atrevería á condenaros, por espantosas que hayan sido las consecuencias de semejante paso.

—¡Bendito seas, Teodosio! exclamó la amiga de Paula, con voz entrecortada por hondos sollozos. Déjame llorar, amigo mio: despues de las que hoy han caido sobre la frente de mi hija, estas son las primeras lágrimas que vierto al cabo de veinte años.

Y despues de un rato de silencio, solo interrumpido por débiles suspiros y alguna que otra palabra de consuelo, que se aventuraba á decirle Teodosio, estrechando una de las manos de la anciana entre las suyas, prosiguió esta:

—Pues hubo más: valiéndome del ascendiente que me daban mis buenos oficios, mi amistad con Paula y las confianzas y encargos que me habia hecho, arranqué al temido capitan de los godos la promesa de no entregarse á nuevos actos de violencia, de no derramar una gota de sangre por salvar á su mujer. Los únicos que aparecian culpables eran Basurde y Amagoya, y entónces fué cuando, irritada yo por la persecucion de esa enemiga que tal prisa se habia dado en usurpar sus derechos, que ni á la muerte de Paula quiso aguardar para heredarla, entónces fué cuando se sublevó mi ánimo contra mi acusadora, y sin saber por qué, sin poderme fijar en otra razon más que en el instinto de mi orgullo, y si he de confesarte toda la verdad, en cierto respeto, ó simpatía, ó no sé qué, que inspira ese godo, ese Ranimiro, á quien llega á conocerlo, ello es que yo en lo íntimo de mi corazon de-

cia: no, no puede ser tan bárbaro, tan feroz, tan salvaje el marido de Paula, cristiano aunque godo; no puede ser tan criminal quien se enamora de una santa; no es posible que ese hombre leal y caballero, aun con sus más encarnizados enemigos, haya faltado á las promesas que á mí me ha hecho; á mí, que soy acaso la única vascongada á quien por amiga y como representante de Paula, ha mostrado siempre respeto y cariño. No puede ser que ese hombre haya incendiado por venganza el palacio de Aitor, el solar de su mujer, el más antiguo y preciado timbre de sus hijos; y ménos que haya asesinado, que haya quemado viva á la esposa en quien idolatraba; y menos, infinitamente menos á su hija, único fruto de sus amores, única esperanza y consuelo único de su corazon.

—Sí, Petronila, dijo Teodosio, no puede ser. No conozco á Ranimiro más que por vuestro relato, y por haber visto su noble semblante desde la cima de las Dos Hermanas, pero repito con vos: «no puede ser.» Y eso que atribuís al orgullo, era la voz de la razon, el consuelo que Dios os enviaba en la perturbacion de vuestra conciencia, en las diabólicas sugestiones de que érais combatida.

—Pues bien, de aquí pasé yo á sospechar de mis acusadores. Contra Amagoya no me atrevia. Llegaba hasta cierto punto, hasta el extremo á donde podia conducirla su exaltacion, su fanatismo religioso, su imaginacion á veces extraviada, su orgullo que en ocasiones hiere y lastima á los que son tanto como ella; pero eso no me explicaba los resultados que veia, las consecuencias que estábamos palpando, los atroces crímenes de aquella noche. No, no tengo que acusarme, á Dios gracias, de haberme dejado cegar por inquina contra la hermana de Paula; mis sospechas se dirigieron principalmente contra su marido.

—¡Basurde! dijo Teodosio: he oido hablar de él en muy diverso sentido.

—Y yo en uno mismo siempre; en el peor. Pero no anticipemos los sucesos. De Basurde, antes de volverme loca, no tenia yo más que el recelo que inspiraban la falsedad de su carácter, la manera poco noble con que llevó á su cuñada á la torre de Aitor; pero todas estas luchas trastornaron mi cabeza. Perdí el juicio, aunque tenia momentos de lucidez, y entónces, segun os he dicho, debí de oir cosas que se hablaban delante de mí sin empacho, como se habla delante de un niño; cosas que hoy acuden á mi memoria. Yo no podia compaginar, ni comprender como á Ranimiro se acusaba de la muerte de su esposa embarazada, y cómo al propio tiempo se hablaba de una hija de Ranimiro; y todo lo que con mi oscilante luz alcanzaba á vislumbrar, era que el godo habria tenido quizás esa hija de otra mujer, y que esa hija, goda por todos sus cuatro costados, y sin una gota de sangre eúscara, lle-

varia el brazalete de Paula, y si daba por casualidad con el resorte, el dia menos pensado seria dueña de nuestro secreto, de los tesoros de nuestro patriarca Aitor. Esa idea me mataba. Pero esta mañana la he visto; he visto que Dios me la traia por el camino del precipicio; que se venia á mí frente á frente, á buscarme, á decirme: sálvame, porque ahora que los hombres han hecho todo cuanto pueden dar de sí, ahora que se ha palpado la inhabilidad de todo esfuerzo humano, ahora lo toma Dios por su cuenta y te elije á ti por instrumento de su omnipotencia. Sálvame, y mira quién soy, mira á quién salvas. ¡Y la miré, Teodosio! exclamó Petronila con inefable ternura, la miré, la salvé, y Dios, completando su obra, me ha salvado por ella. ¡Sí, Teodosio: era ella! ¡Era la hija de Paula, vivo retrato de su madre! ¡No puede equivocarse, ni confundirse con ninguna otra! Es ella, hija de Ranimiro; pero hija de Aitor tambien. Ante esa luz, ante ese nuevo sol que despejó las nieblas de mi cerebro, he descubierto todo lo pasado; yo he recordado lo que de Basurde se ha dicho delante de mí cuando me creian imbécil ó estúpida, porque seguia maquinalmente murmurando mis canciones. Basurde se quedó en el caserío de Aitor la noche en que Amagoya, con todos los suyos, habia subido al monte á celebrar el plenilunio. ¿Por qué, siendo él pagano, no acompañó á su gente en la fiesta religiosa? ¿Por qué no huyó del caserío así que sintió el estrépito de la caballería enemiga? O si los creyó ginetes vascos, ¿por qué no se presentó á recibir cordial y hospitalariamente á los suyos? Despues del incendio se le vió salir de la casa y huir hácia el monte, y entónces fué cuando cayó muerto á saetazos por los godos: pero ¿no pudo ser él quien dió fuego á la torre ó palomar en que estaba encerrada Paula?

—¿A qué fin?

—¡A qué! Al único fin que llevaba en su perverso y corrompido corazon hacia mucho tiempo: á convertir á su Amagoya en heredera del poder, nombre, soberanía; y sobre todo, de las riquezas de Paula. Ese hombre, Teodosio, cuando tenia presa, encerrada á mi amiga, tuvo la osadía de proponerme que si esta renunciaba sus derechos en Amagoya, si la hacia, por consiguiente, depositaria de los tesoros de la familia, quedaria en completa libertad, y podria volver á tierra de godos, á vivir con su marido, como si nunca hubiese sido vascongada. Desdeñado por mí, rechazado sin duda por Paula, á quien es de suponer que hiciese, no una, sino mil veces esa misma proposicion, se halló con que su cuñada, la verdadera, la legítima hija de Aitor, acababa de dar á luz una niña, y que no habia esperanzas para él, tan avaro, tan codicioso como todos lo reconocian. ¿Qué extraño es que él diese muerte á Paula recien parida, y que aprovechando la entrada de los

godos, pegase fuego á la torre para ocultar su crímen con el incendio, y completar su obra infernal de exterminio de la rama primogénita del Patriarca?

—¡Es atroz!.....

—Sí; pero atrocidad menor que la que se atribuye á Ranimiro.

—Cierto, y más verosímil, dado el carácter del uno y del otro.

—Atroz; pero eso no lo he inventado yo: eso se ha dicho delante de mí, en mi hogar; y en mi hogar tambien se han indicado cosas aún más atroces de Basurde.

—¿Qué cosas?

—Cuando seas rey te las diré.

—Pero ¿no conviene que yo las sepa ahora?

—Ahora no, y tú ménos que nadie.

—Petronila, me duele en el alma tener que oirte hablar así de un vascongado.

—Antes que vasco era Basurde otra cosa.

—¿Qué?

—Pagano.

—Bien; pero pagana es su mujer, pagano es tu hermano, pagana tu sobrina, y no por eso piensas de ellos.....

—Lo que pienso de Basurde. Cierto..... Aunque de su mujer..... de Amagoya no lo juraria.

—Pues bien, entonces.....

—No te lo diré, Teodosio. Yo no me muerdo la lengua, yo desprecio el arma de la amenaza y del misterio. Ya lo sabes, ya lo estás viendo. Pero cuando debo de callar, callo, y cuando la ocasion llega, ni el miedo á la muerte me impediria hablar.

—Guarda silencio. Lo que has dicho de Basurde me escuece, porque..... porque es tio de tu sobrina; pero antes que la *escualherría*, antes que esa niña, antes que Amagoya están la justicia y la verdad.

—¡Qué bálsamo derramas en las heridas de mi alma con esas palabras! ¡Cuánto me consuela el oirte hablar así! No lo olvides nunca, Teodosio; antes que la *escualherría*, están la justicia y la verdad. Pues bien, hijo de Goñi, aplica esa sentencia al caso en que te encuentras.

—Hablad.

—Teodosio de Goñi, no te cases con mi sobrina, la Amaya vascongada; cásate con Amaya la goda, la heredera, la hija de Aitor.

—¿Estais ya loca por ventura? exclamó Teodosio con una carcajada que resonó con estrépito en la cueva. ¿Estaré perdiendo el tiempo escuchando desatinos y sandeces? añadió murmurando.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DE LIBROS

Curso de Metafísica por el profesor auxiliar de la universidad de Barcelona, Dr. *D. Delfin Donadiu y Puignau*. Un volúmen de cerca 500 páginas en 8.° mayor. Barcelona, 1877. Con licencia de la autoridad eclesiástica.

Con verdadero júbilo recibimos esta obra elemental de Metafísica, donde se echa desde luego de ver el espíritu excelente que la ha dictado, que no es otro sino el mismo que viene informando la filosofía cristiana, restaurada gloriosamente en nuestros dias por los grandes maestros de esta sublime ciencia. El jóven señor Donadiu ha dedicado este primer fruto filosófico de su ya docta inteligencia á la juventud que asiste en las cátedras universitarias, lo cual aumenta justamente nuestra alegría; porque si, como ha dicho recientemente ante la Academia de Ciencias morales y políticas el Sr. Alonso Martinez, «el carácter impío, anárquico y socialista de la doctrina de Krause es el alimento que se da al espíritu y al corazon de nuestra juventud en las universidades,» ¿qué motivo más justo de consuelo puede haber para los que aman y cultivan las sanas doctrinas, que el poner los ojos en un libro de filosofía destinado á la enseñanza universitaria, cuyo ilustrado autor empieza ofreciendo á sus lectores el testimonio favorable y la aprobacion de la autoridad espiritual, y acaba recomendándoles con todo el fervor de su alma, «que busquen la verdadera sabiduría, no en las fuentes corrompidas de las religiones paganas, cismáticas y heréticas, ni en los sistemas racionalistas, positivistas y demás aberraciones modernas, sino en los purísimos manantiales de la religion verdadera, que es la católica, apostólica y romana?» Es pues el libro que tenemos ante los ojos, un testimonio rendido á la fe por las ciencias metafísicas, un antídoto excelente contra los errores que al decir del Sr. Alonso Martinez, testigo mayor de toda excepcion, forman el manjar envenenado que se propina á la juventud en las universidades, y por consiguiente un título de legítima gloria para su autor, y de no menos justa alegría y verdadero consuelo para todo el que ame de veras la ciencia verdadera, la religion y la patria.

La obra está dividida en dos partes, conviene á saber: Metafísica general ú Ontología, y Metafísica especial. Esta última la divide el autor en cosmología, psicología racional y teodicea. La Metafísica general comprende las nociones generales tocantes al sér y á sus propiedades trascendentales, y los principios científicos supremos ó más universales de la razon, como el de contradiccion, el de razon suficiente, etc. En la cosmología se ven tratadas las cuestiones más graves y trascendentales acerça del mundo, empezando por la naturaleza corpórea, que es la parte más inferior de él, y concluyendo por la teoría de la vida, y la refutacion victoriosa del darwinismo. La Psicología racional comprende la existencia y naturaleza del alma, y su union y comunicacion con el cuerpo, el lugar donde reside, su orígen, y su fin último, y el alma de los brutos. Por último, en la Teodicea expone el Sr. Donadiu las verdades que naturalmente podemos alcanzar de Dios en esta vida, y refuta el ateismo considerado, ahora en su cínica desnudez, ahora disfrazado bajo las diversas formas de que hipócritamente le reviste el panteismo. Precede al estudio de estas diversas partes de la Metafísica una introduccion general sobre el orígen racional y el histórico de la Filosofía, y sobre su objeto, concepto, division y trascendencia, con que el autor dispone la inteligencia de la juventud al conocimiento de las verdades contenidas en este curso. Ya en la introduccion se declara el Sr. Donadiu campeon de la filosofía escolástico-cristiana, cuyas tradiciones, dice elegantemente, rompió y anuló Descartes en su doctrina semiracionalista, echando los cimientos de la filosofía del yo, cuya evolucion ha sido y es el panteismo y la divinizacion del hombre bajo diferentes formas. Aquí reconoce y proclama tambien el Sr. Donadiu el gran principio de los antiguos, *philosophiam esse ancillam Theologiæ,* que la filosofía es súbdita y esclava de la sagrada teología, como la razon humana de la divina, la ciencia de la fe.

No hay para qué decir, que estamos conformes con las doctrinas del jóven filósofo y profesor catalan Sr. Donadiu, y que muy de corazon alabamos el espíritu de que está animada su obra. ¿Quiere decir esto, por ventura, que la juzguemos del todo acabada y perfecta? Nada menos que eso: el libro que tenemos delante, es sin duda un noble ensayo, no el resultado en-

teramente maduro y definitivo de la inteligencia de su autor, que tan gloriosamente empieza una carrera cuyo término exige más tiempo, más estudio y meditacion. Así, ahora miremos al órden y encadenamiento de las materias, ahora al fondo de la doctrina, ahora, en fin, á la misma expresion de los conceptos, creemos que el curso del Sr. Donadiu es susceptible de mayor perfeccion y excelencia. Pondremos algun ejemplo de lo primero. Despues de haber expuesto nuestro autor en el tratado de Metafísica los conceptos relativos al sér en general, dedica nada menos que ocho artículos al *conocimiento* de él, siendo asi que la teoría del conocimiento pertenece incontestablemente á la Ideología. En llegando á la Psicología, el Sr. Donadiu nos la divide en racional y empírica, division del todo inadmisible, porque ni la primera puede prescindir ni un solo momento del conocimiento empírico de los hechos de la conciencia, ni la segunda puede constituirse por el simple conocimiento de estos hechos prescindiendo del raciocinio.

Tratando de los atributos del alma, el autor pone la unidad, la identidad, la actividad y libertad de que está dotada: pero es el caso que la unidad es una propiedad trascendental de todo sér, y en este concepto no hay necesidad de atribuírsela especialmente al alma, y aunque en el caso presente la unidad quiere decir que no hay en cada hombre sino un solo principio de vida, pero precisamente por esta razon debe decirse que el no tener sino una sola alma, no es propiedad de ella, sino cosa conveniente, no ya solo al hombre, sino tambien á los animales y hasta á las plantas. La identidad es la consecuencia de la unidad, y comun por consiguiente á todos los séres, que no privativa del alma. En cuanto á la actividad y libertad de nuestro espíritu, sobre ser impropio presentarlas como cosas distintas, siendo así que la libertad es la misma actividad aplicada á los objetos de nuestra eleccion, sabido es que el alma no posee actividad alguna que no sea su propia esencia ó naturaleza, ó las potencias que de ella proceden. Hubiera, pues, convenido á la razon del órden, por lo menos, que el Sr. Donadiu se hubiera ceñido en esta parte de su obra á demostrar la sustancialidad, simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma, sin añadir, como añade, el tratado relativo al alma de las bestias, que sin duda alguna corresponde á la cosmologia.

En cuanto al fondo de la doctrina, sentimos de corazon que el Sr. Donadiu se haya separado de la tradicion escolástico-cristiana, rechazando la doctrina del entendimiento agente y la necesidad de las especies inteligibles en que se tornan, merced á su actividad, las representaciones procedentes de los sentidos. Esta desviacion de la doctrina comun, al frente de la cual figuran gloriosamente los nombres esclarecidos de San Agustin y Santo Tomás de Aquino, esperamos que sea reparada por el jóven profesor, utilizando á este propósito los grandes y recientes trabajos de la escuela italiana, continuadora del Angel de las escuelas. El Padre Liberatore, por ejemplo, en su excelente obra *Della conoscenza intellectuale*, ilustra esta doctrina con tanta solidez y claridad, que no es fácil rehusar á sus conclusiones el asenso que reclaman. El Sr. Donadiu conoce tambien la obra monumental de Sanseverino, *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata* (Nápoles, 1862): pues bien, en el volúmen II de la *Dynamiologia* se encuentran con amplísima abundancia las razones á cuya luz pueden y deben desvanecerse las sombras que oscurecen la teoría intelectual en la mente y en el libro de nuestro jóven profesor. Acaso algun dia tratemos nosotros *ex profeso* esta materia, siguiendo las huellas de tan grandes maestros; y entonces probaremos al Sr. Donadiu que está equivocado. Bien sabemos que en su ánimo tiene mucha fuerza la autoridad del insigne Balmes: tambien la tiene en el autor de estas líneas, que tiene el honor de haberle tratado personalmente, y la dicha de haber sido prevenido en la juventud por sus hermosas enseñanzas; pero Balmes pensó, se formó y escribió antes de la gloriosa restauracion de la filosofía cristiana, y no es por consiguiente de extrañar que en sus obras no haya siempre toda la exactitud y demás perfecciones que resplandecen en filósofos posteriores, y que no sin razon sea corregido y rectificado en varios puntos doctrinales, que pudiéramos citar. Fuera de que en la cuestion relativa al conocimiento, el mismo Balmes suministra á los representantes de la tradicion escolástico-cristiana, textos importantísimos á favor de la verdadera doctrina.

No olvide el Sr. Donadiu que la filosofía es una, aunque conste de varias partes y teorías, y que no es fácil, ni acaso posible, rechazar ninguna de ellas sin que esa unidad resulte

herida: tal es la admirable armonía de sus partes. Recuerde lo que sucedió no há mucho al doctísimo Liberatore, que habiéndose desviado de la doctrina de Santo Tomás en la cuestion relativa á la distincion real entre la esencia y la existencia, luego hubo de abandonar su opinion, diciendo haber en las ideas del doctor angélico tan grande cohesion y conveniencia; que en rompiendo algun anillo de la áurea cadena, toda ella se descompone y cae por tierra hecha pedazos.

Por último, notamos en el libro del profesor auxiliar de Barcelona, algunas expresiones inexactas, que esperamos rectifique oportunamente; v. gr., que «el alma humana es la forma sustancial del *hombre,*» en vez de decir que es la forma sustancial del *cuerpo,* porque la materia de nuestro cuerpo y no el hombre recibe esa forma; que «el *yo* ó alma humana es una,» donde se confunde por inexactitud de espresion el yo con el alma humana. A propósito del alma, no nos place la espresion unidad *anímica;* esta palabra ni es castiza ni corriente entre los buenos autores de filosofía.

Excusamos añadir, que estos pequeños defectos y otros que acaso puedan señalarse, no pueden impedirnos felicitar al señor Donadiu, y animarle á proseguir un órden de estudios para el que posee talentos indisputables y vocacion manifiesta, en los cuales puede hacer mucho en honor de la juventud y de la patria, contribuyendo á la restauracion y propagacion de aquella filosofía perenne, de que hablaba Leibnitz, y que no es otra sino la de los sábios antiguos de la escuela socrática, la de los Padres y Doctores de la Iglesia, especialmente de San Agustin y Santo Tomás de Aquino, y en nuestros dias la de Liberatore, Zigliara, Kleutgen, Jungmann, Sanseverino y Ceferino Gonzalez.

JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

VARIEDADES

SONETO

Sin premio el sábio, el criminal impune,
Glorioso el vicio, la virtud con luto,
En muerte y perdicion cójese el fruto
Del lazo vil que á los malvados une.

Falaz plegaria al cielo no importune
Del avaro y soberbio y disoluto;
Que ya hácia el Capitolio marcha Bruto,
Y Atila ya sus bárbaros reune.

Alma sumisa á Dios, en noche oscura
De tempestad horrenda combatida,
Triunfa serena de implacable suerte:

Pues es del mundo la mayor locura
Llamar al Tiempo fugitivo, vida;
Y que la Eternidad se nombre muerte.

Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

CRONICA INTERIOR

1. Preconizacion de Prelados españoles en el consistorio de 22 del actual.—2. Carta del Ilustrísimo Sr. Obispo de Calahorra sobre el trabajo en los dias festivos.—3. La masonería en España.—4. Circular de la Diputacion de Vizcaya sobre la cuestion de quintas.— 5. Prohibicion de romerías en Zaragoza y Tortosa.

1. En el Consistorio celebrado el 22 del corriente ha nombrado Su Santidad, Arzobispo de Sevilla al Obispo de Barcelona Ilmo. Sr. Lluch, Arzobispo de Valencia al Ilmo. Sr. Monescillo Obispo de Jaen, y Obispo de esta última Sede al Ilmo. Sr. Gonzalez Sanchez, Obispo de Zela *in partibus infidelium.*

2. El Ilmo. Sr. Obispo de Calahorra y la Calzada ha dirigido al Gobernador civil de Logroño la siguiente importantísima comunicacion, relativa al cumplimiento del precepto divino sobre la observancia del descanso en los dias festivos:

«Excmo. Sr.: Al visitar las parroquias de esta mi diócesis, cumpliendo así uno de los deberes más principales de mi pastoral ministerio, observo que uno de los escándalos mas frecuentes que tengo que combatir es el de la profanacion de los dias festivos; formando, en este punto, muchos católicos notable contraste con los infieles y herejes, que suelen observar con puntualidad las leyes de su secta. Cabalmente anteayer, domingo, al regresar del pueblo de Murillo de practicar la Santa Visita, hallé en la carretera cuadrillas de peones, quienes, no contentos con profanar el dia santo trabajando, dejaron tambien de oir Misa, segun me confesaron.

»No se ocultan al ilustrado criterio de V. E. los daños que estos desgraciados causan, no solo á la moralidad, sino tambien á sí mismos. Ocupados únicamente en trabajos materiales que, así continuados, no pueden menos de alterar la salud, llegan á perder hasta las nociones de todo lo que constituye el culto interno y externo que debemos á Dios, á hebetarse sus inteligencias, endurecerse sus corazones, y á ser muchos instrumentos dispuestos á servir á los perturbadores del órden religioso y social, como por desgracia nos enseña la experiencia: porque no

es raro ver que los mismos que trabajan en los dias festivos, suelen pasar otros dias de la semana en huelga, y entregados á vicios y desmanes opuestos al órden público.

La persuasion y conviccion que con nuestras enseñanzas y predicacion procuramos llevar á los corazones de los fieles, sobre los males que causa este quebrantamiento de los preceptos de la religion, no tienen todo el resultado que sería de desear, porque generalmente los infractores no van á oirnos, ni son modelos de educacion religiosa y social: es preciso el auxilio de las autoridades locales, y en demanda de él acudo á V. E., que tambien deplora este mal, que reviste cierto carácter de social, además de moral.

Al talento de V. E. no se oculta que si en todos tiempos los católicos estamos obligados á ofrecer ejemplos de sumision, respeto y obediencia á las leyes de Dios y de la Iglesia, hoy, si cabe, es mayor nuestra obligacion en presencia de las sectas toleradas, y por lo mismo las autoridades tenemos mayor responsabilidad ante Dios y ante los hombres, si en la esfera de nuestras atribuciones no trabajamos porque sean, en lo posible, en todos una verdad esa sumision, respeto y obediencia.

Muy desatentado andaria yo, Excmo. Sr., si, exagerando mi celo, que procuro sea siempre prudente y discreto, me arrogase el derecho de deslindar las atribuciones de V. E. en este asunto. Me permitirá, sin embargo, V. E. que emita mi opinion respecto al real decreto de 28 de junio de 1867 con la Real órden de la misma fecha, que, en mi concepto, no están derogados, y en virtud de cuyas disposiciones V. E. puede dictar para su provincia las que crea procedentes en armonía con aquellas.

Así lo ha practicado recientemente un Señor Gobernador de provincia, cuyo bando sobre este particular ha merecido los plácemes, elogios y bendiciones de los buenos.

No pretendo exigir tanto de V. E., cuyas facultades se extienden á lo que las de su digno compañero en sus respectivas provincias; pero no puedo ménos de suplicarle que, por los medios directos ó indirectos que la autoridad tiene siempre á mano para evitar el mal, acuerde las disposiciones que su acreditado celo religioso y prudente le sugiera, para remediar el mal que lamentamos, y que motiva esta comunicacion.

Dios guarde á V. E. muchos años.=Logroño 12 de Junio

de 1877.=*Gabino, Obispo de Calahorra y la Calzada.*=Excelentísimo Señor Gobernador civil de esta provincia.=Logroño.

3. Con el propósito de zaherir al jefe de los constitucionales y calificándola de cosa de escasa importancia da el periódico *La Epoca* en uno de sus últimos números, la siguiente noticia, cuya gravedad comprenderán desde luego nuestros lectores:

«El *Boletin oficial del Gran Oriente de España*, que se publica en esta Corte, contiene en la seccion oficial una circular que va encabezada en la siguiente forma:

GRANDE ORIENTE DE ESPAÑA,

GRAN LÓGIA DE ADMINISTRACION.

Nos Práxedes M. Sagasta, gran comendador y gran maestre del Gran Oriente de España, enviamos á todas las lógias, capítulos y círculos de la obediencia, salud, salud, salud.

Sigue el decreto estableciendo los derechos que en lo sucesivo se han de percibir en la gran logia, por las iniciaciones, afiliaciones, regularizaciones y aumento de salarios que se verifiquen en los diversos centros á que se refieren. Así, por ejemplo, por cada carta constitutiva de una logia creada en Madrid, se pagarán 100 rs.; 80 en Sevilla, Barcelona, Cádiz y Valencia, y 60 en las capitales de provincia y poblaciones de más de 16.000 almas. Como secretario, autoriza el decreto, *Juan Utor y Fernandez.*»

Como no creemos que haya en España ley alguna que autorice la existencia de la masonería, cuyas tendencias anárquicas é impías han atraido sobre ella la condenacion de la Santa Sede y son reconocidas como una amenaza constante al órden social, no se nos alcanza cómo un periódico ministerial se haya decidido á publicar la anterior noticia, sin decir palabra sobre el carácter ilegal de estas asociaciones, y á dar cuenta del mismo modo de que se publica en esta Córte un órgano de dicha secta, que no tiene seguramente ni puede tener otro carácter que el de periódico clandestino.

3. Como documento importante para conocer las vicisitudes de la cuestion de quintas en Vizcaya, publicamos la circular

dirigida á los alcaldes de los pueblos de esta provincia por la Diputacion provincial interina. Dice así este documento:

«Desde que esta Diputacion, constituida en momentos críticos y difíciles, tomó sobre sí el honroso encargo de velar por los intereses de Vizcaya, viene dedicando sus afanes con especial predileccion á todo lo relacionado con la gravísima carga del reemplazo del ejército.

En la imprescindible necesidad de llevar á ejecucion inmediatamente en este grave asunto la ley de 21 de Julio último, la Diputacion no ha omitido diligencia alguna á fin de obtener para la provincia todos los beneficios que no fuesen absolutamente incompatibles con las prescripciones de aquella ley; y tiene la satisfaccion de que sus esfuerzos no han sido infructuosos, y de que el Gobierno de S. M. ha escuchado con benevolencia y atendido con toda la consideracion posible sus justas quejas y patrióticas reclamaciones.

Por causas de todos conocidas, debia presumirse que, en las listas rectificadas de mozos sorteables de Vizcaya, se habian incluido muchos que no debian figurar en ellas, y que en el número de 1.957 que resultaba, habia notable exajeracion, redundando en gravísimo perjuicio de la provincia, á la que se habia asignado en su consecuencia el cupo exorbitante de 903 hombres para el ejército activo.

La Diputacion acudió inmediatamente al gobierno solicitando que las listas se sometiesen á una nueva rectificacion, y los resultados de esta han correspondido de tal suerte al general deseo, que el número de «mil novecientos cincuenta y siete» mozos sorteables, ha quedado reducido al de «mil quinientos cinco,» y el cupo del ejército activo al de «seiscientos noventa y cuatro.»

A tan satisfactorio resultado ha contribuido en buena parte la concesion otorgada por el Gobierno, atendiendo á las altas razones de equidad y de justicia que la Diputacion le expuso, de que se excluyesen desde luego del alistamiento los que antes de la promulgacion de la ley se habian ausentado para Ultramar.

No satisfecha todavía la diputacion con haber obtenido este notable beneficio, inspirándose exclusivamente en el bien general y en altos propósitos de union y de concordia, ha gestionado y continúa gestionando cerca del Gobierno para que la exen-

cion establecida en la ley á favor de los que, con las armas en la mano, sostuvieron durante la última guerra civil los derechos del rey legítimo y de la nacion, redundase en beneficio de la provincia en general. Por más que la Diputacion confie en las poderosas razones que apoyan esta pretension, no puede lisonjearse con grandes esperanzas de vencer la oposicion que encuentra en el duro texto de la ley.

Practicada la rectificacion y reducido tan considerablemente el cupo de la provincia y el respectivo de cada pueblo, segun verá V. en el próximo *Boletin Oficial*, la Diputacion ha procurado conseguir otra clase de importantes ventajas, referentes á la forma y tiempo de la entrega del cupo, proponiéndose, como aspiracion general, para lo que cuenta con la cooperacion eficaz de todos los municipios, la redencion ó sustitucion de todo el cupo del ejército activo de la provincia. No es posible desconocer las altas razones de conveniencia que aconsejan esta solucion, aceptada tambien por la provincia de Guipúzcoa, la primera vez que se va á aplicar en este país la dura ley del reemplazo y mientras no sea conocido el definitivo resultado de las negociaciones pendientes para la aplicacion y cumplimiento de la repetida ley de 21 de Julio. El Gobierno de S. M., por conducto del general en jefe del ejército del Norte, mostrándose benévolo y atento á las necesidades del momento, ha concedido á esta provincia la facultad de solventar su cupo con sustitutos para la Península y para Ultramar, con lo cual la Diputacion espera que se conseguirá una notable ventaja pecuniaria; ha otorgado plazos para la entrega de los sustitutos; y finalmente, ha autorizado á la Diputacion y á los Ayuntamientos para disponer de sus fondos, y arbitrar los recursos necesarios para la sustitucion ó redencion, pero á calidad de que los mozos que forman el cupo del ejército activo, han de contribuir necesariamente á su redencion ó sustitucion, en alguna parte proporcional á su estado de fortuna.

Obtenidas todas estas ventajas, y facilitada de esta suerte la más satisfactoria resolucion posible en tan grave asunto, y aunque todavía no se han allanado por completo todas las dificultades que en la práctica ofrece, siendo los términos de realizacion angustiosos y apremiantes, la Diputacion ha establecido, para llegar á un satisfactorio resultado, las bases siguientes,

que encomienda, en la parte relativa, al notorio celo de ese Ayuntamiento por los intereses de Vizcaya, encargándole su cumplimiento y ejecucion.

1.ª La Diputacion contribuirá á la redencion ó sustitucion del cupo de la provincia de Vizcaya con la tercera parte de su importe.

2.ª Los Ayuntamientos deberán satisfacer en la tesorería de la Diputacion las dos terceras partes restantes del importe de la redencion ó sustitucion del cupo de sus pueblos respectivos.

3.ª Teniendo presente que esta carga reviste el carácter de personal, los Ayuntamientos fijarán prudencialmente, y exigirán á los mozos del ejército activo, sus padres ó curadores, la cantidad con que deben contribuir á la redencion ó sustitucion, con arreglo á su estado de fortuna; y se encarga muy especialmente á los Ayuntamientos que procedan en este punto con la más completa imparcialidad y consideracion.

4.ª Quedan autorizados los ayuntamientos para arbitrar, en la forma que tuvieren por conveniente, los recursos necesarios hasta cubrir las dos terceras partes del importe de su cupo respectivo.

5.ª La entrega de estas dos terceras partes se hará por los ayuntamientos en los plazos siguientes: la tercera parte de su importe en todo el presente mes de Junio; otra tercera parte antes del dia 20 de Julio próximo; y la tercera parte restante cuando sea llamado el cupo para Ultramar, si llegase este caso.

La Diputacion sentirá en extremo que los ayuntamientos, haciéndola faltar á los compromisos que tiene iniciados para dar cima á esta noble empresa, y á pesar de los medios que pone á su alcance para llevarla á cabo, dieran lugar á que se hiciese por su culpa, la suerte de los mozos de su respectivo cupo tan desgraciada como lo hubiera sido sin los esfuerzos y sacrificios con que se procura aliviarla.

Dios guarde á V. muchos años. Bilbao 17 de junio de 1877.=El Presidente, *Manuel María Cortazar*.=El Secretario, *Juan de Jáuregui*.

Segun ha dicho un periódico ministerial, el general Quesada celebró hace pocos dias una larga conferencia con el presidente del Consejo de ministros, el cual confirmó las satisfactorias noticias que la prensa ha dado á conocer estos últimos

dias, referentes á la cuestion de quintas en el territorio de su mando.

Alava, prosigue el citado periódico, está cumpliendo la ley de quintas con gran patriotismo, habiendo presentado ya en caja unos 200 mozos, de los cuales 90 han ingresado en uno de los cuerpos que guarnecen á Cádiz.

Guipúzcoa y Vizcaya hacen toda clase de esfuerzos para redimir á los mozos á quienes ha cabido la suerte de soldados, y bien sea por este medio ó por cualquier otro, la ley será respetada y cumplida en los plazos designados por el Gobierno.»

5. La libertad de las manifestaciones católicas sigue siendo violada por algunos alcaldes y gobernadores de provincia, que han prohibido recientemente las procesiones y romerías proyectadas en varios puntos, so pretesto de que podian dar márgen á que con su pretesto se alterase el órden público. Así ha sucedido en Zaragoza, donde el gobernador de la provincia ha negado la autorizacion para ir en romería al templo de la Vírgen del Pilar, y en Tortosa, donde ha sido prohibida la peregrinacion al Santuario de Nuestra Señora de la Providencia. El Ilustrísimo Sr. Obispo de esta última diócesis, ha publicado con este motivo una pastoral, en que se queja de la referida prohibicion. Comentando aquel documento y haciéndose cargo del especioso pretesto con que se pretende justificar este género de prohibicion, dice acertadamente el periódico católico ***La Fe:***

Lo que hay es que la calificacion de *políticas* dada á las manifestaciones religiosas, no es hija de la ignorancia, sino de la mala fe; es un pretexto para atacar cobarde y arteramente á la Religion de Jesucristo, por los que, haciendo de la antigüedad máscara de sus propósitos, no quieren nunca vender al Justo sin manchar su mejilla con el ósculo de traidora paz.

CRONICA ESTERIOR

ROMA—1. Los peregrinos españoles en el Vaticano.—2. Audiencia concedida por Su Santidad á los representantes de la prensa católica.—3. Peregrinaciones de Polonia, Italia, Austria é Irlanda.—4. Las elecciones municipales en Roma.—FRANCIA.—5. El Mensaje de Mac-Mahon al Senado sobre la disolucion de la Asamblea y el resultado de la discusion promovida sobre este asunto.—ORIENTE.—6. Sucesos de la guerra.

La recepcion de los peregrinos españoles por Su Santidad, se verificó el 12 del actual, dia señalado de antemano para esta audiencia. Por la mañana asistieron los peregrinos á la Misa de Comunion general, que dijo el Cardenal Patriarca de las Indias en el altar de la cátedra de San Pedro, recibiendo luego el Pan Eucarístico, en cuya distribucion ayudaron al venerable purpurado los Ilmos. Sres. Obispos de Zamora y Santander. La audiencia empezó á las doce y media, hora en que penetró Su Santidad en la sala ducal, precedido de los Cardenales Simeoni, Franchi, Monaco la Valletta, Pacca, Borromeo, Deschamps y Benavides. Acompañaban tambien al Pontífice en este solemne acto, el Padre Martin, General de la Orden de los Trinitarios, y otros varios Prelados, entre los que se encontraba el ex-Auditor de la Nunciatura Apostólica de Madrid, Monseñor Rampolla.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, Presidente de la peregrinacion, leyó el siguiente notable mensaje, escuchado por Su Santidad con muestras visibles de asentimiento y complacencia.

«Beatísimo Padre:

Está escrito por una mano tan sábia como la del gran San Agustin, que Dios quiere mejor permitir los males en el mundo, que eliminarlos de él por completo. *Voluit Deus de malis benefacere, quam nulla esse in mundo mala permittere.* Ayudados de esta clave, que viene á ser como el fundamento de la filosofía cristiana de la historia, encuéntrase la explicacion de muchos arcanos de la Providencia Divina en el gobierno del mundo.

Si permitió en el Paraiso la caida del primer hombre, aplicó en el momento mismo la medicina prometiéndole un Redentor, con tales ventajas, que mueven á la Iglesia á exclamar con insistencia: *Oh felix culpa, quæ talem ac tantum meruistis habere Redemptorem!* Si permite que su Hijo muy amado fuese víctima del furor de los judíos, tornó luego en bien aquel gran mal, haciendo que de su costado abierto brotasen los Sacramentos, que son otras tantas fuentes perennes de salud y de gracia para los infelices pecadores. Si en el trascurso de los tiempos permite muchas y grandes persecuciones contra la Iglesia, su Esposa querida, ha hecho despues, mediante su solicitud próvida y paternal, que sirviesen para su triunfo, propagacion y conservacion. Una cosa igual sucede precisamente en nuestros dias, y Vos, ¡oh Beatísimo Padre! sois la víctima inocente y expiatoria.

Con efecto, al pié de la letra se verifica en esta ocasion lo que escribió el Real Profeta: *Adstiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.* En todas partes es perseguida la Religion; sufre á toda hora, y de todas partes se lanzan maliciosos ataques contra vuestra divina Autoridad y contra vuestros imprescriptibles derechos temporales; y en medio de esta conjuracion general, no hay una espada sola desenvainada en defensa vuestra, ni en defensa de la Iglesia santa que Vos personificais. En semejantes condiciones, desesperadas humanamente, el infierno entero y todos sus satélites baten palmas, creyendo ya inevitable la destruccion de lo que ellos llaman Babilonia. Pero ¡oh prodigio de la sabiduría y providencia divinas! *Mentita est iniquitas sibi*, y los hechos no responden á la malicia de sus deseos.

La sola noticia del acontecimiento que con la celeridad del rayo ha atravesado los horizontes del globo, produce tal explosion de fe, de amor, de obediencia, de respeto y de adhesíon á vuestra augusta Persona y dignidad, que, unidos en un solo pensamiento los corazones de más de doscientos millones de católicos esparcidos por toda la redondez de la tierra, concurren á formar el pedestal más sólido y eminente sobre que colocan vuestro trono, levantado por encima de todos los grandes y poderosos de la tierra, todavía más robusto y esplendoroso que en las épocas de calma. A vuestros piés se humillan todas las gran-

dezas del mundo, y de todos los ángulos de la tierra vienen peregrinos que, animados de los más vivos sentimientos de piedad, religion y devocion hácia la Cátedra de Pedro y vuestra augusta Persona, protestan de mil maneras querer vivir y morir católicos, apostólicos, romanos, aunque para ello tuvieran que afrontar, si necesario fuera, los mayores tormentos, y derramar hasta la última gota de su sangre. Así, la Divina Providencia, haciendo servir siempre el mal para el bien, repite una vez más á toda la humanidad sus antiguas promesas: *Portæ inferi non prævalebunt, et regni ejus non erit finis.*

En esta manifestacion general no podia menos España de figurar en primera línea. Sí, Santísimo Padre, la católica España, apóstol y guerrero invicto de Dios, la Vírgen del Pilar de Zaragoza y su Divino Hijo; aquella España que antes de conocer al verdadero Dios lo adoraba ya, no doblando su rodilla ante las deidades gentiles; aquella España que se plegó dócil á la fe, no bien la oyó predicar al mayor de los hijos del Zebedeo y á San Pablo; aquella España que luchó por su fe contra los mahometanos durante siete siglos, hasta arrojarlos al otro lado de los mares; aquella España que, mientras Europa entera, por medio de las Cruzadas, presentaba en Oriente un muro inexpugnable á la Media Luna, protegida por el califa de Bagdad, ella sola, casi sola, resistia los poderosos manejos del califato de Córdoba, y lo atacaba despues hasta destruirlo enteramente, cosa que no pudieron conseguir las Cruzadas de su rival el de Bagdad; aquella España que, mientras gran parte de Europa sufria las influencias del espíritu corruptor del protestantismo, lo tuvo á raya sin tregua, manteniendo incólume la verdadera Religion que habia heredado de sus padres; aquella España, que durante mucho tiempo rechazó como por instinto las máximas disolventes del 89; la última nacion del mundo civilizado, que consignó en su Código fundamental la libertad de cultos, sin dejar por eso de agitarse para proscribirla dentro de las vias legales; aquella que en Octubre último presentó á los piés de Su Santidad la peregrinacion más numerosa que se ha visto en nuestros dias; aquella que no habiendo podido concertar para el dia de hoy otra peregrinacion más numerosa, se mueve y agita en todas direcciones, visitando los más célebres entre sus muchos santuarios, y envía á Vuestra Santidad millones de firmas

protestando su adhesion absoluta é inquebrantable á la Cátedra de San Pedro y á vuestra augusta Persona; aquella que en este momento tiene la ventura inefable de acercarse respetuosamente á las gradas de vuestro eterno trono, representada por miembros del Sagrado Colegio Cardenalicio, y otros siete de sus venerables Obispos, y por centenares de sacerdotes de toda condicion, órden y gerarquia, por una noble diputacion de sus beneméritas é ilustres Ordenes militares, y por una cifra mucho mayor de fervientes católicos, apostólicos, romanos, y peregrinos de uno y otro sexo, que recorriendo grandes distantancias, y superando muchas y grandes dificultades, os contemplan en estos instantes y se consideran más que suficientemente recompensados con vuestra mirada paternal y benévola, de todas las fatigas y molestias del viaje.....

Esta es, Beatísimo Padre, la España de ayer, esta la España de hoy, y esta será en adelante, con la ayuda de Dios, la España de lo porvenir. Acojed pues, y aceptad, amadísimo y veneradísimo Pontífice, como una débil muestra, el testimonio que humildemente os ofrece de la firmeza de su fe, de su amor, de su veneracion y adhesion inquebrantable á este centro de la Unidad católica y á vuestra sagrada Persona. Confortadla y dirigidla con vuestra palabra de salud y de vida eterna, y dignaos bendecirla con efusion en los presentes y en los ausentes, en los representantes y en los representados, á fin de que, mientras ella sigue pidiendo al Cielo innumerables bendiciones para Vuestra Santidad, y especialmente la de celebrar tambien vuestro Jubileo Cardenalicio, obtenga del Dispensador de todos los bienes la plenitud de las gracias necesarias para no apartarse jamás del recto sendero trazado por Nuestro Señor Jesucristo, de quien sois dignísimo Vicario, logrando así conseguir con Vos la posesion perfecta y eterna de la verdadera felicidad.»

Su Santidad se dignó contestar al anterior Mensaje con el siguiente admirable discurso cuyo texto presentamos íntegro á nuestros lectores:

«Al ver tantas pruebas de caridad de los españoles hácia el Padre comun de los fieles; al recibir tantas ofrendas preciosas y tantos presentes, he pensado en un buen capuchino lego, elevado hoy á los altares por su santidad y sus virtudes heróicas, que al hacer la cuestacion para el convento, sintió un dia en su

alforja un peso que no podia soportar. El buen capuchino no quiso llevar dinero al convento, sino pan y víveres para el sustento de sus hermanos.

»Agobiado, pues, por el excesivo peso de su alforja, la vació, apareciendo entonces una moneda, que dejó en el suelo, y volviendo á colgarse la alforja de los hombros, parecióle la carga mucho más ligera. ¿Qué haré yo ahora? No he recibido una sola moneda, he recibido muchas. Ya os lo he dicho: vuestra caridad y la de tantos miles de peregrinos ha sido industriosa para dar; preciso será que la caridad del Pontífice sea industriosa para distribuir. Habeis sido atraidos á esta segunda peregrinacion por la primera gran peregrinacion española, que vino el año último á postrarse ante el sepulcro de San Pedro y San Pablo. Ciertamente la caridad os ha traido aquí, porque el amor desea ver al objeto de su amor.

»He aquí por qué esta peregrinacion es la repeticion de la que ya tuvo lugar, y este nuevo testimonio de vuestro amor es un testimonio solemne, puesto que dirigen vuestra peregrinacion un gran número de Obispos, que han abandonado sus diócesis para acompañaros á Roma.

»¡Oh! ¡Plegue al cielo que la revolucion quiera comprender que ni la prision, ni el destierro prestan la fuerza que el amor, contra cuyas manifestaciones nada pueden los Nerones ni los otros enemigos de la Iglesia! Pertenecemos á una sociedad fundada y protegida por Nuestro Señor Jesucristo, y fecundada por su preciosa sangre.

»Elevemos, pues, nuestras plegarias al Todopoderoso para que nos ayude á combatir á nuestros enemigos y á la revolucion. Pero, para combatir bien, acordémonos de Jacob, que puesto en camino con su familia, sus ganados y sus riquezas, supo que Esaú marchaba á su encuentro. Tuvo miedo. Oró, y pronunció la admirable plegaria que los libros santos nos han conservado y que tan adecuada es á las actuales circunstancias. Pero sin perjuicio de rezar, no dejó de tomar las precauciones humanas. Dividió su familia y sus compañeros en varias secciones, para que fueran al encuentro de Esaú, y procuraran calmarle con presentes. El plan produjo buen resultado, porque Dios lo habia bendecido.

»Queridos hijos mios: ¿quereis alcanzar la victoria sobre los

Esaús modernos? Rogad y estableced campos atrincherados en España, Francia y en Alemania, donde la persecucion se deja sentir tan vivamente, y los católicos gimen en la opresion. Y ahora os diré, para abreviar, que solo debemos tener un objetivo, la gloria de Dios y la salud de nuestras almas, y objetivo que alcanzaremos mediante las oraciones y el buen ejemplo.

»Mostraos siempre fieles como en otro tiempo á las nobles tradiciones de vuestros padres, en esa España tan fecunda en almas santas. Pero para ello la concordia es necesaria, y la concordia incompatible con las divisiones interiores, las envidias y los odios que debilitan á los que riñen las batallas del Señor. Que Dios os dé la constancia y la fuerza necesarias para ello, y os bendiga, á fin de que seais soldados valientes bajo un solo capitan con una sola fe.

»Queridos hijos mios: no dudeis de que la union constituye la fuerza, y de que la union es indispensable para infundir miedo á la revolucion. Estad, pues, unidos, para alabar á Dios y darle gracias por sus beneficios. Que Dios os bendiga. Yo por mí os bendigo, bendigo á vuestras familias, bendigo á vuestros Prelados y á las diócesis, bendigo á España entera, á fin de que permanezca siendo siempre la España católica que por su religion asombró al mundo.

»Bendigo tambien vuestros bienes; en fin, os bendigo en el tiempo, para que podais un dia entregar á Dios vuestras almas, y alabarle y bendecirle por toda la eternidad.»

2. La audiencia de Su Santidad á los representantes de la prensa católica se celebró el dia 9, asistiendo á ella cerca de 400 escritores católicos, presididos por Monseñor Parochi, arzobispo de Bolonia, que por su cualidad de antiguo periodista unida á la de prelado de la Iglesia, fué el encargado de presentar al Papa en nombre de todos el homenaje de adhesion de la prensa católica á las infalibles enseñanzas de la cátedra de San Pedro. El mensaje leido por el ilustre prelado italiano se hallaba concebido en estos términos:

«*Beatísimo Padre:*

»Representantes de la prensa católica de todo el mundo, humillamos hoy ante vuestro trono de Pontífice y Rey aquel instrumento tan fecundo para lo bueno como terrible para lo malo, segun el uso que de él se hace.

»Sobre Vuestra Majestad no reconocemos ninguna otra sino la de Jesucristo cuyo Vicario sois; ninguna puede compararse con la Vuestra; nadie puede decir: Padre Santo, la autoridad que gozais os ha sido concedida por mí. Por eso la fuerza, la eficacia de nuestra mision, la hemos recibido de Vos que sois el orígen, la sancion y el fundamento de todos los derechos.

Firmes, por lo tanto, en detestar los pretendidos principios de progreso y civilizacion, cuya perfidia desenmascaró vuestro valiente *Syllabus*, firmes en profesar los principios contrarios que habeis promulgado en el Concilio del Vaticano y en los infinitos documentos emanados de vuestra sabiduría, enderezados principalmente á condenar el liberalismo moderno, repetimos ante Vos, Santísimo Padre, la exclamacion de San Jerónimo ante el Papa Dámaso: «Quien con vos no recoge, desperdicia; quien no está con Vos, está contra vos; esto es, fuera del Arca, y se arroja en las aguas del diluvio.»

»¡Padre Santo! Contaros las angustias sufridas en nuestras empresas, hablaros del cáliz que nos ofrece el mundo, tan amargo para nosotros como dulce y suave para otros, es empeño inútil para con vos, que colocado en lo alto de esta roca inespugnable, abarcais con una sola mirada todas las conmociones de la tierra, y contemplais las luchas de vuestros hijos, para animarlos. Los hombres odian la luz porque viven en las tinieblas; por eso lo que más detestan en los periodistas católicos es la justicia de su causa, que persiguen con odio irreconciliable, siquiera á veces aleguen como excusa la energía de sus formas y la ardiente sinceridad de sus palabras.

»Pero no tememos por esto. Algunos de nuestros hermanos llegan hasta el heroismo de santificar la prensa con el holocausto de la vida religiosa; aplaudiendo nosotros á estos hombres magnánimos, prometemos á Dios y á Vos, Padre Santo, seguir resueltos en este camino, confortándonos con vuestra augusta palabra, dispuestos á sufrir lo que Dios nos mande. Y, por último, á derramar nuestra sangre ántes que separarnos lo más mínimo de vuestras infalibles enseñanzas.

»¡Padre Santo! Nosotros, pobres auxiliares del periodismo católico, dando hoy gracias al Altísimo por vuestro jubileo episcopal, hacemos votos porque vuestra gloriosa existencia dure

años y años, para salud de la Iglesia y de la sociedad cristiana, hasta que llegue la hora del triunfo; y Vos, Padre Santo, bendecid á vuestros fieles agradecidos, émulos de la piedad.»

Su Santidad se dignó contestar al mensaje de la prensa católica con este notabilísimo discurso:

«Queridos hijos mios: Cuando la hipocresía desenmascarada me obligó hace veintiocho ó veintinueve años á abandonar á Roma y refugiarme en Gaeta, veia salir de la cloaca del infierno una masa de podredumbre, y extenderse en seguida por el mundo católico, gracias á los periódicos y grabados. Entonces alenté y aconsejé á los espíritus capaces de sostener los derechos de la verdad y de la justicia, que tomasen la pluma, que difundiesen la verdad por medio de los periódicos, y que contradijesen las mentiras de la revolucion.

»Mis deseos se vieron realizados, como lo prueba la actual asamblea, y yo estoy lleno de reconocimiento hácia las personas que se han consagrado á la defensa de los derechos de la Santa Sede y de la Religion, esforzándose en hacer que reinen la verdad y la justicia.

»Pero las cosas humanas, por buenas y perfectas que sean, *de humano pulvere sordescunt*, y nada puede subsistir en este mundo sin perder algo de su primitiva pureza. Así que se ha introducido hasta en el periodismo católico una cosa que me aflige, una cosa contraria de todo punto al bien de esta institucion.

»¿Cuál es, me preguntareis, tan peligroso defecto? Helo aquí: es casi siempre la falta de concordia y de union: la union constituye la fuerza, la desunion es causa de la debilidad. Cuando los soldados combaten unidos, resisten victoriosamente; cuando se separan, tórnanse débiles y caen para no levantarse. Sobre todo, concordia y union.

»Además, os repetiré lo que tantas veces he dicho: castigad al vicio; sostened valientemente la verdad, aun á costa de vuestra vida, pero respetad las personas; recordad que cuanto más se hiere á la serpiente, ¡más se ensaña contra vosotros; aparte de que cuando castigueis el vicio, castigado queda el vicioso.

»Esta es mi opinion, y entiendo que es faltar á la caridad no respetar á las personas cuando se combaten los vicios. No puedo extenderme más á este propósito, pero os suplico que os mantengais unidos. Si así lo hiciéreis, obtendreis el triunfo que

apeteceis. Recuerdo que cuando los peregrinos españoles se me presentaron el año último, les prediqué la concordia y les dije una cosa que les agradó. Les hablé de las corridas de toros. Me preguntareis, sin duda, qué tienen que ver las corridas de toros con el periodismo católico. Vais á saberlo.

»Una señora de alto rango que habia asistido á varias corridas de toros en Madrid, me contaba que cuando los toreros se presentaban aislados delante del toro, eran fácilmente vencidos; pero que, por el contrario, cuando se colocaban en la misma línea doce ó catorce, la bestia, al verlos unidos, se detenia, retrocedia y no osaba atacarlos. Así, pues, queridos hijos mios, uníos; porque de la misma manera que los toros de Madrid son vencidos por la union de los toreros, los toros de la revolucion son vencidos por la union de los que defienden la verdad, ansiando el triunfo debido á sus fatigas. Lo repito: union y concordia.

»No me resta ya sino confirmar las palabras que os he dirigido, con mi bendicion, que siempre es la del Vicario de Jesucristo. No mireis en el que os habla al débil anciano; mirad más bien á Dios, á quien en la tierra representa. Os bendigo en nombre de Dios y de la Santísima Trinidad. Que esta bendicion os acompañe siempre y os dé la fuerza del Padre, la sabiduría del Hijo y la caridad del Espíritu Santo. Que os conserve fieles á la fe durante todá vuestra vida y os conduzca al cielo.»

Estuvieron representados en esta audiencia cerca de cuatrocientos periódicos, entre los que se hallaban *La Fe*, *La España*, *La Cruz*, *El Siglo Futuro*, *El Consultor de los Párrocos*, *La Civilizacion*, *La Voz de la Verdad* y LA CIENCIA CRISTIANA de Madrid.

La Revista Popular, *El Correo Catalan*, *El Zuavo del Papa*, *El Propagador de la Devocion á San José*, *El Boletin Eclesiástico*, *Los Santos Angeles*, *Eco del Amor de María*, *La Devocion á los Sagrados Corazones*, *El Mensajero del Sagrado Corazon*, *Revista Carmelitana*, *El Rosario* y *La Revista Franciscana* de Barcelona; *La Propaganda Católica* de Palencia, y *La Union Católica* de Valencia.

El representante de LA CIENCIA CRISTIANA, así como los de los demás periódicos representados en la audiencia, depositó en

manos de Monseñor Tripepi, Director del excelente periódico italiano *Il Papato* y promovedor de la manifestacion de la prensa católica que acabamos de reseñar, la cantidad de 100 liras en oro para el dinero de San Pedro. La suma recaudada en esta forma, y ofrecida á Su Santidad por Monseñor Tripepi, fué la de 50.000 francos. Hubo tambien algunos donativos especiales, siendo de notar entre ellos el del *Univers* de París, que ascendió á 68.000 francos.

3. Además de la audiencia que acabamos de reseñar, á que por su importancia hemos dado el primer lugar en nuestra crónica, son dignas de particular mencion entre las que ha concedido Su Santidad en el presente mes, la de los peregrinos polacos, y las de los peregrinos de Irlanda, de Dalmacia y del Tirol austriaco.

La diputacion de peregrinos polacos se componia de 150 personas, representantes de las provincias de esta infortunada nacion dominadas por Austria y Prusia, pues los católicos de la Polonia rusa no habian podido reunirse á ellos, sino por medio de sus compatriotas residentes en Roma. El Emmo. Cardenal Ledochowki presentó á Su Santidad los peregrinos, entre los cuales se veia al príncipe Constantino Czartoryski, al príncipe Fernando Radziwll, el príncipe Jablonowski, á los condes Clapcowski, Lubienski, Potocki, Zoltowski, etc., de los cuales muchos llevaban su magnífico traje nacional. La bandera de la Polonia, de terciopelo carmesí, bordada de oro y plata, flotaba al frente de la peregrinacion. Sobre ella resplandecia la milagrosa Imágen de Nuestra Señora de Czestochwa, de la cual ha sido ofrecida al Soberano Pontífice, con los demás regalos de los peregrinos, una copia de plata enriquecida de pedrerías.

En el discurso que Su Santidad ha dirigido á los polacos, se han advertido especialmente estas palabras: «Rogad por vuestros perseguidores para que se arrepientan..... porque os digo que si no quieren escuchar la voz de la gracia, vuestras oraciones caerán sobre sus cabezas como carbones ardientes.» Y tambien estas otras: «No se triunfa de las persecuciones por medio de la violencia, sino por medio de la oracion, firmeza, valor, en una palabra, por todos los medios que están legítimamente en nuestro poder, y cuyo empleo aconseja la prudencia.»

Al dia siguiente recibió Su Santidad en la Sala del Consis-

torio á los peregrinos de Irlanda, de Dalmacia y del Tirol austriaco, y á los de la isla de Malta.

Los peregrinos irlandeses estaban presididos por el Eminentísimo Arzobispo de Dublin, el Cardenal Cullen; los de la Dalmacia y el Tirol, por Mons. Maupas, Arzobispo de Gaza, y Monseñor Josco, Obispo de Sebenico; los de la isla de Malta estaban presididos por Monseñor Grech, Obispo de Gozo.

Despues de haber oido los mensajes y recibido las ofrendas de estas diferentes diputaciones, el Soberano Pontífice contestó oponiendo este gran movimiento de las peregrinaciones, al espíritu de indiferencia religioso, de que han triunfado estas mismas peregrinaciones. Tambien habló del triunfo alcanzado sobre el respeto humano. Es tiempo, dijo, de que todos los hijos de la Iglesia deban saber lanzar al mundo este grito de fe: *¡Yo soy cristiano!*

Al mismo tiempo que concedia estas grandes audiencias, hallaba Su Santidad medio de prodigar elogios á las numerosas diputaciones de las ciudades italianas, que estaban representadas en masa en las recepciones solemnes del 3 y 4 de junio.

En el mismo dia concedió audiencia el Padre Santo á las Diputaciones de Udina, Brescia, Milan, Viterbo, Gubbio, Civitacastellana, como tambien los peregrinos de Corfú, de Lante y de Cefalonia, y los peregrinos franceses de la diócesis de la Rochelle.

Más tarde fueron recibidas las diputaciones de Plasencia, Luca, Faenza, Arezzo, Pádua, Narni, Macerata y Tolentino. Tambien concedió audiencia Su Santidad en este dia á los peregrinos de Buenos-Aires, conducidos por el metropolitano de esta ciudad, Monseñor Aneyros.

Todas las diputaciones llevaban ricas ofrendas. Los peregrinos italianos han dado mas de 200.000 francos, sin incluir los 102.000 recogidos por la *Unitá Cattólica*, ni los presentes enviados á la Exposicion Vaticana, y entre los que especialmente se advierte el magnífico *fac-simile*, en oro, de las cadenas de San Pedro.

El conde y la condesa de Chambord han entregado al Soberano Pontífice, por medio de su parienta la princesa Francesca Mássimo, la suma de 20.000 francos en oro, á título de ofrenda extraordinaria, para el Jubileo Episcopal. Sabido es que la

ofrenda ordinaria y anual que el conde de Chambord remite al Padre Santo, es de 10.000 francos.

4. El resultado de las elecciones municipales en Roma ha sido favorable á los revolucionarios, como era de esperar, atendidos los medios ilegales de que se ha valido el Gobierno la víspera de la votacion y durante ella. Sin embargo, el considerable número de votos obtenido por los candidatos católicos, no obstante haber sido inscritos á última hora por el prefecto de Roma en las listas electorales algunos millares de soldados, llamados *ex profeso* de las provincias, demuestran la inmensa fuerza de los católicos en la Ciudad Eterna, á quien los amigos de la revolucion tratan en vano de presentarnos como contentos con su suerte y adictos en su casi totalidad al gobierno de sus invasores.

5. Consecuente el Mariscal Mac-Mahon con el propósito de disolver la Asamblea, cuya hostilidad declarada al nuevo Gabinete amenazaba con producir cada dia un conflicto y dificultar la marcha del Gobierno, se dirigió al Senado proponiéndole la adopcion de aquella medida por medio del siguiente mensaje:

Señores Senadores:

En virtud del art. 5.° de la Ley constitucional de 25 de Febrero de 1875, el Presidente de la República se halla investido del derecho de disolver la Cámara de Diputados, segun el conforme parecer del Senado.

Esta grave medida me parece hoy necesaria, y vengo á pediros que deis vuestro asentimiento.

Mis Ministros están encargados de explicaros los motivos que á ello me determinan.

El 16 de Mayo último he tenido que declarar al país el disenso que existia entre la Cámara de Diputados y yo.

Estoy seguro que ningun Ministerio podrá mantenerse en esta Cámara sin buscar la alianza y sujetarse á las condiciones del partido radical.

Un Gobierno restringido á esta necesidad, ya no es dueño de sus acciones, sean cuales fueren sus personales intenciones, puesto que se halla reducido á servir los designios de aquellos cuyo apoyo ha aceptado, y á preparar su advenimiento. Esto es á lo que yo no he querido contribuir por más tiempo.

Cuando media tal desacuerdo entre los públicos poderes, la disolucion es el medio previsto por la misma Constitucion para ponerle término.

Sin embargo, hubiera preferido retardar la fecha, y especialmente hubiera deseado que, antes de separarse las Cámaras, hubiesen votado el presupuesto de 1878. El mes de prórroga que acaba de pasar, podia servir para calmar los espíritus y devolverles la tranquilidad necesaria á la discusion de los negocios.

No se ha obtenido este resultado. Apenas se habia pronunciado la prórroga, cuando han protestado 300 Diputados, por medio de un manifiesto, cuyos términos ya conoceis, contra el uso que yo habia hecho de mi prerogativa constitucional. Este manifiesto ha circulado con profusion; muchos de sus firmantes lo han acompañado ya con cartas á sus electores, ya con discursos pronunciados en numerosas reuniones. Hasta algunos, al abrigo de la impunidad parlamentaria, se han servido de expresiones que la justicia ha tenido que castigar en los periódicos que las han reproducido.

Semejante agitacion no podia prolongarse sin causar una turbacion profunda. Los que á ella se entregan no pueden asombrarse de que yo les llame ante el país á que ellos mismos se han dirigido. Me limito, pues, á pedir á la Cámara de los Diputados que vote algunas leyes urgentes, cuya necesidad no pondrá en duda el patriotismo de todos los partidos. Declarada en seguida la disolucion, permitirá que una nueva Cámara, convocada en los términos legales, se reuna á tiempo de asegurar los servicios del próximo ejercicio.

Me dirigiré confiadamente á la nacion; Francia quiere, como yo, mantener intactas las instituciones que nos rigen: no quiere, como no quiero yo, que esas instituciones sean desnaturalizadas por el radicalismo, y que en 1880, el dia en que las leyes constitucionales puedan ser revisadas, todo esté preparado de antemano para la desorganizacion de las fuerzas morales y materiales del país.

Advertida á tiempo, no admitiendo ninguna mala interpretacion ni tergiversacion, Francia, de ello tengo seguridad, hará justicia á mis intenciones, y escogerá por mandatarios á los que prometan secundarme. Vosotros comprendereis la necesidad

de deliberar al punto sobre la importante solucion que se os somete.

El Presidente de la república, visto el art. 5.º de la ley constitucional de 25 de Febrero de 1875, relativa á la organizacion de los poderes públicos, hace conocer al Senado su propósito de disolver la Cámara de los Diputados, y le pide su conformidad.

Dado en Versalles á 16 de Junio de 1877.=El Mariscal de Mac-Mahon, *Duque de Magenta.*

La comision nombrada por el Senado para dar dictámen sobre este mensaje, acordó desde luego, por seis votos contra tres, acceder á la disolucion de la Asamblea, reclamada con tanta urgencia y copia de razones por el Presidente de la República.

El Senador Mr. Depeyre, autor del dictámen, condensó en los siguientes párrafos de su discurso ante el Senado, las ideas que habian prevalecido en el seno de la comision.

«Despues de haberse persuadido, dijo, de que ningun Gabinete puede subsistir sin el apoyo del partido radical, el Presidente de la República hace presente el disentimiento, y pide la disolucion de la Cámara de Diputados.

El Senado debe investigar si, pidiendo la disolucion, el Presidente de la República obedece á un verdadero interés público, ó si cede á la impaciencia del absolutismo. (*Interrupciones en la izquierda.*) Todos los actos del Presidente de la República desde su advenimiento al poder, protestan contra esta última suposicion.

El Presidente de la República ha obedecido á los sentimientos más generosos y patrióticos, y á una conviccion profunda, pidiendo la disolucion.

La mayoría de la comision cree que el conflicto no tiene otra solucion, y nosotros esperamos que el Presidente de la República encontrará en los nuevos Diputados el medio de cumplir hasta el fin su noble mision. (*Vivas muestras de aprobacion en la derecha.*)

No están de acuerdo todos los de la comision. Tres individuos se han separado de la mayoría. Segun ellos, no hay nada que justifique la medida propuesta por el Mariscal, y ni siquiera media conflicto alguno entre la Cámara de Diputados y el Mariscal. Si el Mariscal creia deber separarse de M. Julio Si-

mon, no por eso debia disolver la Asamblea, ni tampoco llamar al poder Ministros cuyos sentimientos eran conocidamente hostiles á las instituciones republicanas.

Los miembros de la minoría han preguntado tambien qué haría el Presidente de la República si las elecciones eran contrarias á sus deseos.

Acerca de las instituciones que nos rigen, es preciso declarar que hasta que llegue la hora en que deban revisarse las leyes constitucionales, serán respetadas. El Presidente de la República ha dicho resueltamente, que nadie en Europa tiene derecho á dudar de su palabra. ¿Quién, pues, sería osado á dudar de ella en Francia? (*Aplausos en la derecha.*)

Francia, sábenlo muy bien las naciones extranjeras, desea hoy la paz con una ánsia igual á aquella con que rechazaba la guerra á que en otro tiempo se le quiso empujar á todo trance. (*Aprobacion en la derecha.*)

Esforzarse por hacer creer á Europa que existe en Francia un partido que quiere la guerra, es una política que será juzgada severamente, que no engañará á nadie. (*Viva aprobacion en la derecha.*)

La comision nombrada por el Senado propone la resolucion siguiente:

«Visto el Mensaje del Sr. Presidente de la República, fecha 16 de Junio, por el cual da á conocer al Senado su intencion de disolver la Cámara de Diputados, le pide el presente parecer por medio del art. 5.° de la ley acerca de los poderes públicos.»

El Senado emite un parecer conforme á la proposicion del Presidente de la República.

Despues de una animadísima discusion, en que tomaron parte, combatiendo rudamente el dictámen, Víctor Hugo, Laboulaye y Julio Simon, á todos los cuales contestó el Duque de Broché resumiendo el debate, acordó el Senado que se decretase la disolucion de la Asamblea, por 150 votos contra 130.

6. Las noticias recibidas en estos últimos dias, nos demuestran que los ejércitos beligerantes han entrado en un período de actividad, aumentando con esto los temores de que la guerra, circunscrita hoy á Rusia y Turquía, tome el carácter de una conflagracion general.

Dicen de San Petersburgo con fecha 22, refiriéndose á un telégrama oficial de Tiflis, que el sábado anterior se trabó una gran batalla entre 12.000 turcos y 20.000 rusos, cerca de Sadikan.

Los turcos fueron derrotados, viéndose obligados á retirarse á Dulivarra, dejando 600 muertos sobre el campo de batalla.

El general turco Mehemet fué muerto en este encuentro.

El agregado militar inglés Sr. Kemball, estuvo á punto de caer prisionero de los cosacos.

El periódico oficial del imperio turco, dice que el ejército otomano ha derrotado á los montenegrinos en los desfiladeros de Ostroz, cogiéndoles armas y municiones.

La Sérvia moviliza la primera clase de su milicia y llama á las reservas.

Se cree que á consecuencia del tratado de alianza ofensiva y defensiva que se debe haber ajustado hoy entre rusos y rumanos, el ejército de éstos no operará aisladamente de las fuerzas moscovitas, como se creyó en un principio.

Los despachos oficiales turcos pretenden que las salidas efectuadas por la guarnicion de Kars, han dado lugar á encuentros desfavorables al ejército sitiador, pero los telégramas de orígen ruso lo niegan terminantemente, asegurando que las operaciones del sitio continúan sin interrupcion.

El Gobierno turco no ha contestado todavía á las observaciones que le ha hecho el Gobierno inglés sobre la cuestion relativa al Canal de Suez.

Las correspondencias de Sérvia dicen que el partido exaltado pide la guerra, aprovechando la ocasion de poder tomar el desquite al abrigo de las armas rusas.

Se cree que al fin el Gobierno sérvio se verá arrastrado á la lucha, á pesar de la lastimosa situacion en que se encuentra el país á causa de sus grandes infortunios, y á pesar de que la abstencion de la Sérvia es la condicion *sine qua non* de la neutralidad de Austria.

La noticia de que se habia decretado la movilizacion de las reservas, ha producido en Austria muy mal efecto.

En la Cámara de los Comunes, el Sr. Bourke ha declarado que jamás se habia pedido la neutralizacion del Canal de Suez

á la Puerta Otomana, y que, por lo tanto, no se habia podido negar por el Gobierno turco.

El Ministro ha añadido, que el Gobierno turco no habia contestado todavía á las comunicaciones del Gobierno inglés á propósito del Canal de Suez.

Ha llamado la atencion el lenguaje de algunos periódicos rusos, asegurando que se deben abandonar las esperanzas de ver localizada la guerra.

Añaden que Rusia debe procurar bloquear el litoral turco del Mediterráneo utilizando los doce buques acorazados que han salido de Cronstadt.

Compónese esta escuadra de un navío, cuatro fragatas, una corbeta y seis monitores.

Los periódicos rusos dicen que las deserciones en el ejército inglés de la India son tan grandes, que se calculan las bajas, que por este concepto se originan, en un batallon por mes.

Un ukase (decreto) imperial, autoriza al gobierno ruso á emitir en el interior un empréstito de 200 millones de rublos en obligaciones del 5 por 100 al portador.

El representante de Turquía en Viena ha pedido al Gobierno austriaco que impida el paso por su territorio, de víveres destinados al ejército ruso.

La prensa rusa sostiene que la opinion de aquel país acusa á las potencias occidentales de haber provocado la crísis actual, no obligando á la Puerta á aceptar el programa de la conferencia de Constantinopla.

Segun las noticias recibidas últimamente, seis mil rusos habian logrado pasar el Danubio por la parte de Braila, apoderándose luego de la fortaleza de Matchin situada en la orilla del rio, dominada hasta hace poco completamente por las fuerzas turcas.

Un telégrama fechado el 23 en Braila, da cuenta del primero de estos sucesos en los términos siguientes:

«Despues de un combate encarnizado, en el cual experimentaron sensibles pérdidas, los rusos consiguieron ayer pasar el Danubio, apoderándose de las alturas que dominan á Matchin.

Otro telégrama de Bucharest, fecha 24, da la noticia de haber ocupado los rusos á Matchin, añadiendo que estaban pasando á la orilla derecha del Danubio considerables fuerzas rusas.

Al lado de estas noticias contrarias á los turcos, nos encon-

tramos con otras que les son muy favorables. Tal es la de que los tres cuerpos de ejército enviados por el Sultan contra los montenegrinos, habian logrado reunirse y marchaban sobre la capital del principado, dominando ya casi por completo el territorio enemigo, muchos de cuyos habitantes abandonaban en tropel sus hogares, refugiándose en Austria. Por otra parte, telégramas de Constantinopla aseguran que los rusos han sido batidos en Asia, y que Bayazid estaba cercada por el ejército turco.

El gobierno austriaco, segun telégrama de Viena del 24, ha manifestado á los de Rusia y Turquía su propósito de enviar tropas á Croacia y á Dalmacia.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

ARTICULOS DOCTRINALES

Páginas.

REVISTA DE LIBROS.

DOCUMENTOS

VARIEDADES


89091843367
B89091843367A

